

El Cristiano CON TODA la Armadura de Dios

Handwritten signature

WILLIAM
GURNALL



D.A.

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

“La obra de Gurnall no tiene igual y es valiosísima. Cada una de sus líneas está llena de sabiduría; cada frase es sugestiva. Esta ‘armadura completa’ es, por encima de todo, un libro de predicador. Tiendo a pensar que habrá sugerido más sermones que ningún otro volumen no inspirado. A menudo he recurrido a él cuando mi propio fuego ardía bajo, y pocas veces he dejado de encontrar algún carbón encendido en el hogar de Gurnall”.

CHARLES HADDON SPURGEON

Creo que *El cristiano con toda la armadura de Dios*, bien en esta versión abreviada o en la original que The Banner of Truth aún tiene en existencia, debería formar parte de la biblioteca de cada hombre y mujer de Dios. A ningún dirigente cristiano, maestro, pastor, evangelista u obrero debería faltarle. Esta obra respira santidad, pureza, y nos mueve a la oración y a una dedicación más plena a Jesucristo.

De todos los escritores puritanos, pienso que es Gurnall quien habla más directamente a esta generación. Este es uno de los libros más importantes jamás escritos aparte de la Palabra de Dios. Bendeciré eternamente el día en que lo hicieron llegar a mis manos.

DAVID WILKERSON

Autor de *La cruz y el puñal*

ISBN 978-1-84871-120-4



9 781848 711204

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

3 Murrayfield Road
Edimburgo EH12 6EL,
Reino Unido



P O Box 621
Carlisle, PA, 17013
EEUU

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

WILLIAM GURNALL

*Condensado por Ruthanne Garlock, Kay King,
Karen Sloan y Candy Coatí*



EL ESTANDARTE DE LA VERDAD
3 Murrayfield Road, Edimburgo EH12 6EL, Reino Unido
P O Box 621, Carlisle, PA 17013, EE.UU.

Copyright © 1986 por World Challenge, Inc.
Publicado por primera vez en inglés en tres tomos
en 1655, 1658 y 1662 bajo el título
The Christian in Complete Armour
Revisado y reimpresso en 1864 por Blackie & Sons, Glasgow
La edición íntegra fue reeditada por The Banner of Truth Trust
en 1964 y frecuentemente reimpressa
La edición condensada en inglés fue publicada por
World Challenge, Inc., David Wilkerson Crusades, Lindale, Texas,
EE.UU., en asociación con The Banner of Truth Trust en 1986

Primera edición en español: 2011
Copyright © 2011 por The Banner of Truth Trust
para la versión española

ISBN: 978-1-84871-120-4

Traducción: M. Anne Crandell de Garrido
Revisión: Ricardo Cerni
Revisión de estilo: Juan Sánchez Araujo

La presente edición se publica en colaboración con
EDITORIAL PEREGRINO, S.L.

Impreso en EE.UU.

Printed in USA

Recomendaciones del libro de Gurnall

"Si pudiera leer solo un libro aparte de la Biblia, escogería El cristiano con toda la armadura de Dios".

JOHN NEWTON (1725 – 1807)

*Tratante de esclavos convertido
Autor de "Sublime gracia...".*

"Una hermosa característica del libro de Gurnall es su riqueza en dichos expresivos, directos y epigramáticos. A menudo encontrarás en una línea y media alguna gran verdad, expresada tan concisa y, al mismo tiempo, tan completamente que te maravillarás de veras de que se pueda decir tanto con tan pocas palabras.

"En la iglesia debería valorarse y estudiarse una teología escrituraria y sólida, como la contenida en estas páginas. Libros en los que se considera reverentemente la Escritura como la sola regla de fe y de práctica; libros en los que se les da su oficio debido a Cristo y al Espíritu Santo; libros en los que se delinean y exponen con claridad, sencillez y precisión la justificación, la santificación, la regeneración, la fe, la gracia y la santidad; estos son los únicos libros verdaderamente provechosos. Pocas cosas necesitan más un avivamiento que el gusto por libros como estos entre los lectores".

J.C. RYLE (1816-1900)

Primer Obispo de Liverpool

"La obra de Gurnall no tiene igual y es valiosísima. Cada una de sus líneas está llena de sabiduría; cada frase es sugestiva. Esta "Armadura completa" es, por encima de todo, un libro de

predicador. Tiendo a pensar que habrá sugerido más sermones que ningún otro volumen no inspirado. A menudo he recurrido al mismo cuando mi propio fuego ardía bajo, y pocas veces he dejado de encontrar algún carbón encendido en el hogar de Gurnall”.

CHARLES HADDON SPURGEON (1834-1892)

Pastor del London Metropolitan Tabernacle

índice

TOMO I

Introducción a la edición en inglés 35

Nota biográfica 37

Capítulo 1

Llamada a las armas 41

I. LLAMADA AL VALOR CRISTIANO 42

La cobardía frente al valor 43

Fuentes del valor cristiano 45

1. Conocimiento sólido de la verdad de Dios 45

2. Un corazón bien dispuesto 46

II. LLAMADA AL SERVICIO 46

Las directrices 46

1. Renuncia a tus pecados predilectos 46

2. Conformar tu vida a Cristo 48

3. Salta los obstáculos 48

4. Confía en Dios en cada circunstancia 49

5. Sigue el camino hasta el final de la vida 49

III. LA ADMONICIÓN DE SER FUERTES

EN EL SEÑOR 50

La fuente de las fuerzas del creyente 50

La importancia de la fuerza de Dios 52

1. La naturaleza de la conciencia del creyente 52

2. El carácter de la conciencia 53

3. La naturaleza del plan de Dios 54

4. La naturaleza de Dios 55

Un aviso solemne 56

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

IV. LA ADMONICIÓN PARA APROPIARSE DE

"EL PODER DE SU FUERZA"	57
<i>¿Qué es el poder de su fuerza?</i>	57
<i>Apropiarnos del poder de Dios</i>	57
<i>Tres razones para confiar en el poder de Dios</i>	58
1. Su historial	58
2. Tu dilema presente	59
3. Su deseo eterno	60
<i>El quíntuple lazo que asegura el poder de Dios</i>	61
1. Su estrecha relación con los creyentes	61
2. Su gran amor a los creyentes	62
3. Su pacto eterno	62
4. Su propio compromiso	63
5. La intercesión de su Hijo	63
<i>Ocasiones para hacer uso del poder de Dios</i>	64
1. Cuando estás abrumado por el pecado	66
2. Cuando te vence la tentación	66
3. Cuando te oprime el deber cristiano	67
<i>Cuatro razones por que el poder de Dios a veces se oculta</i>	68
1. Puede que hayas pasado por alto el poder de Dios	68
2. Dios puede demorarse a propósito	69
3. El estorbo a la bendición puede estar en ti	69
4. Dios puede llamarte a perseverar en situaciones críticas	70

Capítulo 2

Primera consideración: La armadura del cristiano 71

I. EL CRISTIANO DEBE ESTAR ARMADO	71
<i>El cristiano armado: Su provisión divina</i>	72
1. Cristo como armadura	72
2. Las virtudes de Cristo como armadura	72
<i>El pecador desarmado: Su pésimo porvenir</i>	72
1. Separados de Dios	73
2. La ignorancia	74
3. La impotencia	74

Indice

4. La amistad con el pecado y Satanás	75
<i>El enemigo y su plan diabólico</i>	75
1. La inclinación natural del alma humana	75
2. La malicia sobrenatural de Satanás	76
<i>La armadura y su Creador</i>	77
1. Dios es el diseñador de la armadura de sus hijos	77
2. Dios hace la armadura de sus hijos y los adiestra para utilizarla	79
<i>La armadura: sus componentes</i>	80
1. Todos los componentes juntos cubren al cristiano entero: alma y cuerpo	80
2. Cada pieza tiene una función especial	81
3. Cada pieza es completa y perfecta	84
<i>Nuestros dones: Por qué perfeccionarlos</i>	84
1. Porque nuestros dones pueden deteriorarse	84
2. Porque Satanás sigue perfeccionando su ira y astucia	85
3. Porque cumplimos con el propósito de Dios cuando crecemos en gracia	85
<i>El uso correcto de la armadura</i>	86
1. Hay que ponérsela	86
2. Hay que ponérsela siempre	86
<i>La armadura: su lugar correcto</i>	89
<i>Exhortación final</i>	89
 II. POR QUÉ EL CRISTIANO DEBE ESTAR ARMADO	90
<i>El peligro de no estar armado</i>	90
<i>Satanás como tentador</i>	91
1. Satanás decide <i>cuándo</i> tentar	91
2. Satanás decide <i>cómo</i> tentar	94
3. Satanás escoge <i>el instrumento o la persona</i> que utilizará para la tentación	97
<i>Aviso</i>	100
<i>Advertencia</i>	102
1. Pide el consejo de Dios	102
2. Conoce tu corazón	102

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

3. Lee la Palabra de Dios con atención	102
<i>Satanás como acusador de pecado</i>	103
1. Satanás acusa a los cristianos de sus propios pensamientos malvados	104
2. Satanás exagera los pecados del cristiano	104
3. Satanás se nombra juez y jurado para juzgar a los creyentes	106
4. Satanás intenta robar la promesa del pacto a los cristianos	107
<i>La respuesta correcta del cristiano ante las acusaciones de Satanás</i>	109
1. Que sus acusaciones te hagan más diligente	109
2. Que te hagan más humilde	109
3. Que te demuestren la falsedad de su lógica	109
<i>La respuesta perfecta de Dios ante las acusaciones de Satanás</i>	111
1. Dios utiliza las tretas del propio Satanás para hacer sabios a sus hijos	111
2. Dios utiliza las tretas de Satanás para hacer agradecidos a sus hijos	112
3. Dios utiliza las tretas de Satanás para hacer cautos a sus hijos	113
<i>La fortaleza de los cristianos</i>	113
1. Satanás como seductor	113
2. Aférrate a la promesa divina de la justificación	114
3. Evita caer en la trampa	114
4. Mantén la seguridad de tu salvación	116
<i>Victoria segura si llevamos la armadura</i>	118
<i>La condenación de Satanás</i>	118
1. La maldición que pesa sobre Satanás	119
2. Los límites que Dios pone a Satanás	119
<i>Las intenciones satánicas y la intervención divina</i>	120
1. La intención de Satanás: enturbiar la conciencia del cristiano	121
2. La intención de Satanás: corromper a otros santos	122
3. La intención de Satanás: mancillar la relación del cristiano con Dios	123

Indice

Capítulo 3

Segunda consideración: La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo	127

I. NATURALEZA DE LA GUERRA	127

<i>Por qué deben luchar los cristianos</i>	127

1. La violencia del conflicto	127
2. La universalidad del conflicto	129
3. La duración del combate	130

<i>Cómo no se debe luchar</i>	130

1. No luches contra el Espíritu de Dios	131
2. No luches contra la providencia de Dios	131
3. No luches con tus propias reglas	132

<i>Cómo luchar</i>	133

1. Que Dios sea tu ayudador	133
2. Practica constantemente	133
3. Utiliza tu ventaja sabiamente	134

<i>Una palabra de ánimo para los luchadores</i>	134

II. EL CARÁCTER DEL ENEMIGO	135

<i>Adversarios menores del cristiano: "sangre y carne"</i>	136

1. Las corrupciones interiores son "sangre y carne"	136
2. Los seres humanos son "sangre y carne"	137

<i>Los mayores enemigos del cristiano:</i>	

<i>los espíritus malignos</i>	141

1. Su sistema de gobierno	142
2. Sus poderes	150
3. El reino satánico ("las tinieblas de este siglo")	159
4. La naturaleza de los espíritus malignos ("malicias espirituales")	180
5. El campo de batalla ("en las regiones celestes" o "en las cosas celestiales")	212

Capítulo 4

Tercera consideración:	
Segunda exhortación a las armas	225

I. LA EXHORTACIÓN Y LA IMPLICACIÓN	225

<i>Primera observación: Las implicaciones de una amonestación repetida</i>	225
Verdades imperativas	226
Las verdades principales o fundamentales	226
Las verdades incidentales	227
Las verdades prácticas	228
<i>Segunda observación: La necesidad de inspeccionar y reparar las virtudes</i>	229
1. Por qué tus virtudes deben hallarse en buen estado	230
2. Quién resulta ofendido cuando tu gracia disminuye	231
3. Cómo saber si tu virtud declina	233
4. Cómo recuperar la virtud decadente	237
II. RAZONES PARA LA EXHORTACIÓN	240
<i>Primera razón: La hora de la batalla</i>	240
1. Naturaleza y características del mal y del “día malo”	242
2. La certeza del día malo	245
3. Necesidad de la armadura para resistir en el día malo	246
4. Instrucciones para prepararse para el “día malo”	248
<i>Segunda razón: Los requisitos para un final feliz de la guerra</i>	250
1. La necesidad de perseverar	251
2. Nuestra necesidad de la armadura divina para perseverar	253
3. Por qué los no regenerados no pueden perseverar	253
4. La certeza de perseverar si se está armado	255
5. El resultado prometido de la perseverancia	260
 Capítulo 5	
Cuarta consideración:	
La postura que se debe mantener en la guerra	264

índice

I. PERMANECE FIRME: NO HUYAS NI CEDAS	264
<i>Es un mandamiento de la Palabra de Dios</i>	265
<i>Dios proporciona una armadura suficiente para la batalla</i>	266
<i>La seguridad del cristiano estriba en la resistencia</i>	267
<i>Solo se vence al enemigo por la fuerza</i>	268
1. Satanás es un enemigo cobarde	268
2. Satanás es un enemigo invasor	268
3. Satanás es un enemigo acusador	269
II. PERMANECE EN TU SITIO SIN USURPAR EL DE OTRO	270
<i>Cinco consideraciones para persuadirnos a estar firmes</i>	272
1. Pierdes la aprobación de Dios al abandonar tu puesto y trabajar fuera de tu vocación	272
2. Pierdes la protección de Dios al pasar por alto sus restricciones en cuanto a ubicación y vocación	273
3. Dios no te pide cuentas por el trabajo de otro	274
4. Sufres sin necesidad cuando llevas cargas que Dios no reservaba para ti	274
5. Un espíritu inestable suele alejar a las personas de su puesto y vocación	275
III. PERMANECE FIRME: NO TE DUERMAS	277
<i>Por qué el cristiano debe mantenerse despierto</i>	278
1. Su trabajo es demasiado importante y exigente para hacerlo medio dormido o de mala gana	278
2. La vigilancia consigue ventajas para el cristiano de tres formas importantes	279
<i>Cómo vigilar</i>	280
1. Hay que vigilar constantemente	280
2. Hay que vigilar totalmente	282
3. Hay que vigilar sabiamente	282

TOMO 2

Capítulo 6

Quinta consideración:

El cinturón espiritual de la verdad	287
1. LA VERDAD DOCTRINAL COMO CINTURÓN DE LA MENTE	288
<i>El juicio fundamentado en las verdades de Cristo</i>	289
<i>Por qué los cristianos necesitan un juicio fundamentado en la verdad</i>	290
1. Para protección contra la dañina naturaleza de las doctrinas falsas	290
2. Para protección contra la naturaleza sutil de los embaucadores	291
3. El juicio fundamentado en la verdad influye de modo general en todo el hombre	292
<i>Cómo fundamentar el juicio en la verdad</i>	293
1. Abraza la verdad sinceramente	293
2. Sigue el ministerio de la Palabra	294
3. Evita limitar tu juicio a una sola persona o grupo	294
4. Cuidado con la curiosidad	295
5. Busca humildemente la sabiduría fundamentada de Dios	295
6. No te ofendan las diferencias de opinión	296
7. Conoce el valor de la verdad en tu corazón	296
<i>Una profesión libre y valiente de la fe</i>	297
1. Mantén una profesión firme de la verdad	297
2. Dios ha confiado su verdad a sus hijos	299
3. Mantén tu profesión de la verdad frente a la muerte y el peligro	300
<i>Cómo estar ceñido con la profesión de la verdad</i>	301
<i>Embaucadores que utilizan la verdad</i>	302
1. Los que emplean la verdad para su beneficio carnal	302
2. Los que hablan de la verdad sin vivirla	302
3. Los que no tienen celo contra los enemigos de la verdad	303

Índice

<i>Cómo hacer que los corazones ardan de amor por la verdad</i>	304
1. Conformar tu corazón a la verdad	304
2. Que tu corazón se llene continuamente del amor de Dios	305
3. Medita con frecuencia en la excelencia de la verdad	306
4. Que tu corazón se llene del temor de la ira de Dios contra la apostasía	309

II. UN CORAZÓN SINCERO O ÍNTEGRO

COMO CINTURÓN DE LA VOLUNTAD	309
<i>Qué significa un corazón sincero</i>	309
<i>Por qué la integridad se compara a un cinturón</i>	310
1. Porque cubre las juntas de la armadura	310
2. Porque presta fuerza	310
<i>La sinceridad cubre las deficiencias del cristiano</i>	311
1. La verdad moral	311
2. La rectitud evangélica	312
<i>Las deficiencias que la sinceridad cubre</i>	315
1. Los bienes externos temporales	315
2. La fealdad del pecado	317
<i>Cómo la integridad cubre las deficiencias del cristiano</i>	317
<i>Por qué la integridad cubre las deficiencias del cristiano</i>	320
1. La integridad fluye de la gracia del pacto del evangelio	320
2. La integridad cubre las deficiencias por el gran amor de Dios	322
<i>Los compañeros inseparables de la integridad</i>	323
1. La integridad predispone el alma	323
2. La integridad abre el alma libremente a Dios	324
<i>Naturaleza de la hipocresía y la repugnancia de Dios</i>	326
<i>Las ofensas de la hipocresía</i>	328
1. La hipocresía viola la luz de la naturaleza	328
2. La hipocresía es la pecaminosidad de los demás pecados	328

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

<i>Falsa adoración y falsas pretensiones</i>	330
1. El hipócrita profana la santa adoración a Dios	330
2. El hipócrita finge una relación con Dios y Cristo	332
<i>Busca la integridad</i>	334
1. La eternidad depende de tu integridad	334
2. La hipocresía puede ocultarse en tu corazón	335
3. La búsqueda de la integridad es factible	335
<i>La falsa profesión de fe del hipócrita</i>	336
1. El hipócrita afirma que no soporta la hipocresía	336
2. El hipócrita se jacta de no tener miedo	336
3. El hipócrita revela sus devociones secretas	337
4. El hipócrita dice que declara la guerra al pecado	338
<i>Las características de la integridad</i>	339
1. El corazón íntegro es un corazón nuevo	339
2. Corazón íntegro, corazón sencillo	341
3. El cristiano sincero es constante	344
4. El cristiano íntegro es progresivo	347
<i>Instrucciones para los insinceros</i>	348
1. Reconoce la naturaleza mortal de tu insinceridad	348
2. Date cuenta de que no puedes curar tu propia hipocresía	350
3. Lleva tu hipocresía a Cristo: su destreza y fidelidad te podrán curar	350
<i>Instrucciones para los sinceros e íntegros</i>	352
1. Camina ante la mirada de Dios	353
2. Actúa con amor, no con temor	355
3. Medita en la sinceridad de Dios	357
4. Cuidado con los pecados de presunción	361
5. Ponte por encima del amor y el temor al mundo	362
6. Guarda tu corazón con una disciplina estricta	363
<i>Consuelo para el creyente sincero que tiene dudas</i>	364
1. No pienses que eres hipócrita porque en este momento no veas evidencias de tu integridad	364
2. Date cuenta de que Satanás quiere sembrar duda y temor en tu corazón	364
3. Busca las evidencias de tu integridad	367

Indice

<i>La sinceridad fortalece el espíritu del creyente</i>	371
1. La fuerza preservadora de la sinceridad	372
2. La fuerza restauradora de la sinceridad	375
3. La fuerza consoladora de la sinceridad	377
4. La fuerza de la sinceridad contra la tentación	386
5. La importancia de luchar por la sinceridad	387
6. La bendición de la sinceridad	387
7. La certeza de la sinceridad contra el miedo a la apostasía	388
8. Aviso: No te gloríes en la sinceridad	389
9. Teme la hipocresía, no la aflicción	389
 Capítulo 7	
Sexta consideración: La coraza del cristiano	391
 <i>El significado de la justicia</i>	391
1. La justicia legal	391
2. La justicia evangélica	392
<i>Por qué se compara la justicia con la coraza</i>	396
1. La coraza protege la parte central del cuerpo	396
2. La coraza da valor al cristiano	396
<i>El vínculo entre la coraza y el cinturón</i>	397
1. La verdad en la doctrina	397
2. La verdad del corazón	398
 I. POR QUÉ TODO CRISTIANO DEBE PONERSE SIEMPRE LA CORAZA	399
1. Dios quiere que sus hijos sean santos	400
2. Satanás desea la impiedad del pueblo de Dios	405
<i>La excelencia del poder de la santidad</i>	408
1. Solo ocurre en el ser humano	408
2. Da evidencias para el Cielo	408
3. Nos capacita para la comunión con Dios	409
4. Proporciona paz	409
5. Tiene mucha influencia en los demás	411
6. La santidad y la justicia son pilares de las naciones	413

II. CÓMO EXPRESA EL CRISTIANO EL PODER	
DE LA SANTIDAD	415
<i>En el combate contra el pecado</i>	415
1. Evita la apariencia del pecado	415
2. Lucha contra el pecado por las razones de Dios	416
3. Mortifica el pecado	417
4. Crece en la santidad contraria al pecado	418
5. Combate el pecado en la vida de los demás	419
6. Rechaza la vanagloria	419
<i>En la adoración</i>	420
1. Sé consecuente en todas las ordenanzas	420
2. Busca las metas de Dios	421
<i>En el trabajo</i>	424
1. Diligencia	425
2. Conciencia	425
3. Éxito	426
4. Contentamiento	426
5. Prioridades	427
<i>En el trato con los demás</i>	429
1. El poder de la santidad en la familia	429
2. El poder de la santidad en tu vecindario	435
III. DIRECCIÓN PARA EL CRISTIANO QUE	
DESEA LA SANTIDAD	438
<i>Cómo mantener la santidad</i>	438
1. Pon buenos cimientos	438
2. Fija la vista en la regla adecuada	439
3. Mantén tus motivos puros	442
4. Toma a Cristo como ejemplo de la vida santificada	443
5. Depende de Dios para tu santidad	444
6. Escoge amistades espirituales	445
7. Rinde cuentas a un cristiano maduro	446
8. Contempla la santidad desde la perspectiva de la muerte	447
9. Depende del pacto divino de gracia	448
10. Guárdate del desaliento	449
<i>La estrategia satánica para despojar al cristiano de su coraza</i>	450

Indice

1. Satanás dice que la rectitud estorba al placer	450
2. Satanás dice que la rectitud estropea la prosperidad	456
3. Satanás amenaza a la rectitud con la oposición del mundo	459
<i>Dos rasgos de la vida santificada</i>	462
1. El pecado y la santidad existen y se oponen mutuamente	462
2. Es posible vivir en el poder de la santidad	463
<i>Amonestación a los impíos</i>	464
1. Algunos se satisfacen con su impiedad	464
2. Otros se esconden tras una falsa santidad	465
3. Muchos se burlan de la justicia	466
<i>Exhortación a los cristianos</i>	469
1. Bendice a Dios por proporcionarte la coraza	469
2. Mantén ceñida la coraza	471
3. Sé humilde en la santidad	472

Capítulo 8

Séptima consideración:

El calzado espiritual del cristiano	476

1. QUÉ SIGNIFICA AQUÍ “EL EVANGELIO”	476

<i>La mejor noticia del mundo</i>	476

1. Dios perdona y luego da	477
2. No puede haber malas noticias después que se ha abrazado la buena noticia de Cristo	477

<i>Propiedades de un mensaje gozoso halladas en el evangelio</i>	478

1. Un mensaje gozoso debe ser bueno	478
2. El mensaje del evangelio es tan grande como bueno	478
3. Un mensaje bueno concierne íntimamente a sus oyentes	479
4. La sorpresa añade gozo a la noticia	480
5. Un mensaje bueno debe ser una verdad comprobada	480

<i>Una llamada a nuestra compasión por los que nunca han oído el evangelio</i>	481

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

<i>El mundo rechaza el evangelio</i>	482
1. Solamente un remanente abraza el evangelio	483
2. La mayor parte de la cristiandad se compone de discípulos viejos, no de recién convertidos	484
3. Hay divisiones en el pueblo de Dios	485
<i>Exhortación a los incrédulos y los creyentes</i>	485
1. A los incrédulos	485
2. A los creyentes	487
 II. QUÉ SIGNIFICA AQUÍ “LA PAZ”	 490
<i>La paz de la reconciliación con Dios</i>	491
1. La necesidad de paz con Dios	491
2. La paz solo proviene del evangelio	493
3. Por qué Dios efectúa la paz mediante el evangelio	495
<i>Superioridad de nuestra naturaleza en Cristo</i>	
<i>a la naturaleza de Adán</i>	500
1. Unión del pecador reconciliado con Dios	502
2. La comunión del pecador reconciliado con Dios	502
<i>Por qué buscar la paz con Dios</i>	504
1. Considera lo ofrecido: la paz con Dios	505
2. Considera quién te ofrece la paz: el Dios santo	507
3. Considera cómo te ofrece Dios la paz	507
4. Considera lo que ocurre cuando rechazas la paz de Dios	510
<i>Cómo hallar la paz con Dios</i>	512
1. Reconoce que hay enemistad que entre tú y Dios	512
2. Asegúrate de tener buenas motivaciones	513
3. Abandona tu rebelión y sométete a la misericordia de Dios	515
4. Corre humildemente al trono de la gracia y pídele a Dios que te dé la paz	518
<i>Exhortación a los que ya tienen paz con Dios</i>	521
1. No hagas las paces con el pecado	521
2. Reconcíliate con los demás	522
3. Confía en Dios para suplir tus necesidades	522

Indice

4. Soporta con paciencia la aflicción	523
5. Que la esperanza se alimente de la gloria celestial	524
6. Testifica a los demás	525
<i>La paz de la conciencia</i>	526
1. ¿Qué satisface la conciencia?	527
2. ¿Qué es lo que aplica la satisfacción a la conciencia?	527
<i>Amonestación a los que niegan que la paz de la conciencia sea la bendición del evangelio</i>	534
1. Algunos niegan la seguridad de la salvación	534
2. Algunos piensan cosas vanas acerca del evangelio	535
3. Algunos buscan la paz fuera del evangelio	539
<i>Características de la paz del evangelio</i>	543
1. El consuelo del evangelio se derrama en el corazón quebrantado	543
2. La paz del evangelio se da a los siervos obedientes	544
3. La paz del evangelio fortalece y restaura al cristiano	545
4. La paz del evangelio consuela el alma	546
<i>La paz del amor y la unidad</i>	549
1. La unidad de corazón entre los primeros cristianos	550
2. La perfección de esta paz y este amor mutuo en el Cielo	551
<i>Solo el evangelio une los corazones y las mentes en paz</i>	551
1. El evangelio presenta fuertes razones para la paz y la unidad	551
2. El evangelio borra las causas de la contienda	552
<i>La diferencia entre la paz de los cristianos y de los pecadores</i>	555
1. La paz y el amor entre impíos	555
2. El pecado de los pastores que avivan las contiendas	557
<i>Exhortación a mantener la paz</i>	560

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

1. Los cristianos deben buscar la paz por amor a Cristo	561
2. Los cristianos deben buscar la paz por su propio bien	564
3. Los cristianos deben buscar la paz por el bien de otros	568
<i>La paz con la creación</i>	570
111.EL APRESTO PARA PROCLAMAR	
EL EVANGELIO DE LA PAZ	571
<i>¿Qué significa este apresto?</i>	571
<i>¿Por qué se llama “el apresto del evangelio de la paz”?</i>	572
<i>La preparación para las pruebas</i>	572
<i>¿Por qué los cristianos han de estar preparados para las pruebas?</i>	574
1. Cristo exige este espíritu	574
2. Cristo merece este espíritu	576
3. Esta disposición evidencia un corazón lleno de gracia	579
4. Un espíritu dispuesto libera a la persona	580
5. La disposición a servir prepara al cristiano para el servicio	581
6. La disposición a servir ayuda a disfrutar de la vida	582
<i>Por qué tan pocos son cristianos</i>	584
1. Dios llama a todo cristiano a prepararse para sufrir	584
2. Muchos se niegan a ponerse el calzado del evangelio	585
<i>Exhortación a ponernos el calzado de la disposición</i>	587
1. El sufrimiento puede llegar de repente	589
2. Si no estás dispuesto a sufrir por Cristo en la tierra, no llevarás corona en el Cielo	589
<i>Instrucciones para llevar el calzado espiritual</i>	590
1. Examina la sinceridad de tu obediencia	590
2. Ora por la capacidad espiritual de sufrir	591
3. Medita acerca del sufrimiento	592

Indice

4. Acepta la voluntad de Dios diariamente	593
5. La abnegación debe formar parte de tu vida	594
6. Deja atrás las pasiones mundanas	595
<i>La paz del evangelio prepara al cristiano para las pruebas</i>	596
<i>Cómo la paz del evangelio prepara al cristiano para el sufrimiento</i>	598
1. La paz del evangelio eleva al creyente por encima del peligro	598
2. Quien tiene paz con Dios es hijo de Dios	599
3. El alma que tiene paz con Dios es heredera de Dios	599
4. La paz del evangelio hace invencible la fe	600
5. La paz con Dios llena el corazón de amor a Cristo	601
6. La paz con Dios fomenta la abnegación	601
7. La paz con Dios fomenta el don de la paciencia	603
<i>La paz y la paciencia del evangelio</i>	604
1. Paciencia en la aflicción sin la paz del evangelio	604
2. ¿Puede haber paz del evangelio sin paciencia en la aflicción?	605
<i>La sensibilidad de la conciencia cristiana</i>	605
1. Los pecados presuntuosos son “ladrones” que roban el consuelo	606
2. La negligencia es el “óxido” que estropea la fortaleza de la paz	606

TOMO III

Capítulo 9

Octava consideración:

El escudo espiritual del creyente	609

<i>La fe que el apóstol alaba</i>	609

<i>La naturaleza de la fe justificadora</i>	610

<i>Por qué la fe se compara con un escudo</i>	616

<i>El significado de la expresión “sobre todo”</i>	618

I. LA PREEMINENCIA DE LA FE SOBRE LAS DEMÁS VIRTUDES	619
<i>La razón de esta preeminencia de la fe</i>	620
1. Dios busca la fe	620
2. El favor dado a la fe	622
3. La importancia de nuestra justificación	623
4. La influencia de la fe en las demás virtudes	625
<i>Cómo influye la fe en las demás virtudes</i>	625
1. La fe da trabajo a las demás virtudes	625
2. La fe ayuda a las demás virtudes a recibir fuerza de Cristo	627
3. La fe defiende al cristiano en el ejercicio de todas las virtudes	627
4. Solo la fe gana aceptación ante Dios para todas las virtudes y sus obras	628
5. La fe proporciona ayuda cuando fallan las demás virtudes	628
6. La fe conforta al creyente cuando abundan las demás virtudes	632
<i>La preeminencia de la incredulidad sobre los demás pecados</i>	633
<i>Por qué debemos ser sensatos cuando se pone a prueba nuestra fe</i>	636
1. Según sea tu fe, así serán tus demás virtudes	637
2. La excelencia de la verdadera fe hace más repulsiva la fe falsa	637
3. La fe falsa y halagadora estorba la obra de la fe verdadera	638
<i>Cómo juzgar la verdad de la fe</i>	638
1. Cómo genera el Espíritu la fe en el alma	639
2. Las características de la fe generada por el Espíritu	643
<i>Exhortación a los incrédulos para que obtengan el escudo de la fe</i>	649
<i>Instrucciones a los incrédulos para obtener la fe</i>	651
1. Deja que tu corazón quede convicto de incredulidad	651
2. No te resistas al Espíritu Santo cuando te ofrece su ayuda	652

Indice

3. Clama en oración a Dios por la fe	655
4. Medita a menudo en la promesa	656
5. Apremia a tu alma con la fuerte obligación de creer	657
<i>Exhortación a los creyentes a conservar el escudo de la fe</i>	659
<i>La fe debe conservarse con esmero por su preeminencia sobre las demás virtudes</i>	659
<i>Instrucciones a los creyentes para conservar la fe</i>	661
1. La Palabra de Dios es vital para producir y conservar la fe	661
2. Examina tu conciencia	662
3. Practica tu fe	662
4. Enfrentate a cualquier incredulidad residual	663
5. Esfuérzate por aumentar tu fe	665
<i>Cómo saber si tu fe es fuerte o débil</i>	665
1. Mientras más plenamente puede el cristiano confiar en las promesas de Dios, más fuerte es su fe	665
2. Mientras más se conforma el corazón del cristiano con los cambios que la Providencia hace en su situación en este mundo, más fuerte es su fe	666
3. Mientras más puede esperar el cristiano las respuestas, más fuerte es su fe	668
4. Mientras más sufre el cristiano de buen grado por la promesa, más fuerte es su fe	668
5. Mientras más fácilmente se resiste el creyente a la tentación, más fuerte es su fe	669
6. Mientras más obediente y compasivo es el cristiano en su vida, más fuerte es su fe	669
7. Mientras más templada es la actitud del cristiano ante la muerte, más fuerte es su fe	670
<i>El creyente ha de reconocer la fe</i>	671
<i>Sospechas que llevan a una persona a negar su fe</i>	672
<i>Características de las dudas que pueden acompañar a la verdadera fe</i>	673
1. El creyente verdadero siente vergüenza y pena ante la duda	673

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

2. Un creyente sincero anhela la bondad de Dios a pesar de las dudas	673
3. Las dudas motivan al creyente a buscar en Dios lo que teme que le falta	674
4. A pesar de las dudas, el verdadero creyente se apoya en Cristo y aún desea aferrarse a él	675
<i>Características de la fe presuntuosa</i>	675
1. La fe presuntuosa es fácil	675
2. La fe presuntuosa es desequilibrada	676
3. La fe presuntuosa no disfruta de la comunión con el Salvador	677
II. UN ARGUMENTO EFICAZ PARA APAGAR LOS DARDOS DE FUEGO DEL MALIGNO	
<i>Descripción del enemigo</i>	678
1. La naturaleza del enemigo	678
2. La unidad del enemigo	679
3. La provisión guerrera del enemigo	680
<i>El poder de la fe sobre el enemigo</i>	682
<i>Los dardos de fuego de las tentaciones agradables</i>	682
<i>El poder de la fe para apagar las tentaciones agradables</i>	684
1. “Los deseos de la carne”	685
2. Cómo la fe apaga “los deseos de la carne”	685
3. “Los deseos de los ojos”	688
4. Cómo la fe apaga “los deseos de los ojos”	688
5. “La vanagloria de la vida”	689
6. Cómo la fe apaga “la vanagloria de la vida”	690
<i>La victoria de la fe contrastada con la victoria pagana</i>	692
1. La uniformidad de la victoria de la fe	692
2. La seguridad de la victoria de la fe	692
<i>Cómo utilizar el escudo de la fe para apagar las tentaciones agradables</i>	693
1. La oración de fe	693
2. La expectación de la fe	694
3. La fe confía en Dios	696
<i>Los dardos de fuego de las tentaciones terribles</i>	697

Indice

<i>El poder de la fe contra los dardos de fuego de las tentaciones temibles</i>	697
1. El dardo de fuego del ateísmo	698
2. Cómo la fe apaga el dardo del ateísmo	698
3. El dardo de fuego de la blasfemia	700
4. Cómo la fe apaga el dardo de la blasfemia	701
5. El dardo de fuego de la desesperación	708
6. Cómo la fe apaga el dardo de la desesperación	708
<i>La fe se opone al pecado al vislumbrar la grandeza de Dios</i>	709
1. La fe ve la grandeza de Dios	709
2. La fe ve la santidad de Dios y su perdón	710
<i>La fe alivia el alma que teme la justicia de Dios</i>	711
1. La propiciación de Cristo alude a la misericordia de Dios	712
2. Dios sella la propiciación de Cristo	713
3. La misericordia de Dios declara su justicia	713
4. La propiciación de Cristo paga toda la deuda del pecado	714
5. La justicia solo se glorifica pasivamente en la condenación de los pecadores	715
<i>La fe lucha contra el pecado mediante la grandeza de las promesas de Dios</i>	715
<i>La fe enseña la virtud de las promesas de Dios</i>	716
1. La fe acude a la fuente de las promesas	716
2. La fe llega al fondo de las promesas	716
3. La fe busca testigos en quienes Dios haya cumplido sus promesas	719
<i>La fe se opone a la desesperación</i>	721
 Capítulo 10	
Novena consideración: El yelmo del cristiano	723
 <i>La conexión del yelmo con el escudo y las demás piezas de la armadura</i>	724
1. La conexión entre las virtudes santificadoras en su nacimiento	725
2. La conexión entre las virtudes santificadoras en su crecimiento y deterioro	726

<i>Inferencias sacadas de la conexión entre las virtudes</i> 727	
1. Fuerza para las virtudes débiles	727
2. Consuelo para la turbación en cuanto al futuro	728
I. ¿QUÉ ES EL YELMO DE LA SALVACIÓN?	728
<i>La naturaleza de la esperanza que forma este yelmo</i> 728	
1. El autor de la esperanza	729
2. La meta de la esperanza	729
3. El objeto de la esperanza	729
<i>Por qué se llama “la esperanza de salvación”</i> 731	
1. La salvación abarca todo el objeto de la esperanza	731
2. La esperanza de salvación se distingue de la esperanza mundana	731
<i>Por qué la esperanza se compara con un yelmo</i> 731	
1. El yelmo defiende el alma	731
2. El yelmo alienta el alma	732
II. EL USO DEL YELMO	733
<i>La esperanza y las obras excelentes</i> 733	
1. La esperanza libera de los malos deseos	734
2. La esperanza causa el rechazo de los placeres mundanos	735
3. La esperanza da valor al cristiano	736
4. La esperanza fomenta deseos santos	736
<i>La esperanza y la diligencia en todo servicio</i> 738	
<i>La esperanza apoya al cristiano afligido</i> 739	
<i>La influencia de la esperanza en el cristiano afligido</i> 740	
1. La esperanza tranquiliza al cristiano afligido	740
2. La esperanza llena el alma de gozo	741
3. La esperanza alienta al alma afligida	742
<i>La esperanza y el consuelo cuando Dios demora el cumplimiento de la promesa</i> 746	
1. Dios a menudo demora el cumplimiento de la promesa	747
2. El creyente a veces tiene que esperar mucho tiempo el cumplimiento de la promesa	748
3. La esperanza facilita la perseverancia	749

Indice

<i>La esperanza da seguridad cuando Dios demora el cumplimiento de la promesa</i>	749
1. La esperanza afirma que aunque Dios se demore en cumplir la promesa, no tardará	749
2. La esperanza afirma que cuando Dios venga, recompensará con creces la espera	751
3. La esperanza afirma que mientras Dios se demora en cumplir una promesa, proporciona otra	752
 III. APLICACIONES DE LA DOCTRINA DEL YELMO CRISTIANO	 753
<i>El metal del yelmo de la salvación</i>	754
<i>Una exhortación a los poseedores de esta esperanza</i>	763
1. Agradece este don inefable	757
2. Vive según tus esperanzas	757
<i>Por qué debemos reforzar la esperanza</i>	763
1. Es tu deber	763
2. Negarte a fortalecer la esperanza demuestra poca estima por Cristo y su salvación	764
3. Puedes ver tu esperanza severamente probada	765
<i>Cómo fortalecer la esperanza</i>	763
1. Estudia la Palabra de Dios con diligencia	768
2. Mantén pura la conciencia	770
3. Pide a Dios una esperanza más fuerte	771
4. Aumenta el amor	772
5. Ejercita la esperanza	772
6. Recuerda las misericordias pasadas	775
<i>Una exhortación a los que no poseen este yelmo</i>	778
1. La desesperanza causa una gran tristeza	779
2. Es posible obtener la esperanza de salvación	780
3. La crueldad de atraer voluntariamente sobre ti la destrucción eterna	780
 Capítulo 11	
Décima consideración: La espada del cristiano	782
 <i>El arma del cristiano</i>	 782

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

1. Es defensiva	783
2. Es ofensiva	783
<i>La disposición y el lugar de esta pieza de la armadura</i>	784
1. Las virtudes del Espíritu de Dios son necesarias para emplear bien la Palabra	784
2. El cristiano no está a salvo sin la Palabra	785
I. EL ARMA EN SÍ	785
<i>Qué significa “la Palabra de Dios”</i>	785
1. El Hijo eterno de Dios	785
2. La Palabra declarativa de Dios, distinta según las varias maneras como él revela su mente	785
<i>Las Sagradas Escrituras: auténtica Palabra de Dios</i>	786
<i>La divinidad de la Escritura: su tema principal</i>	787
1. El aspecto histórico	788
2. El aspecto profético	789
3. El aspecto doctrinal	791
4. El aspecto preceptivo	792
<i>La divinidad de la Escritura: sus efectos sobrenaturales</i>	795
1. Tiene poder para escudriñar	795
2. Tiene poder para convencer	797
3. Tiene poder para consolar	797
4. Tiene poder para convertir	798
II. POR QUÉ A LA PALABRA DE DIOS SE LA LLAMA “LA ESPADA DEL ESPÍRITU”	801
<i>Por qué “la Palabra de Dios ” se compara con una espada</i>	802
<i>Por qué se atribuye esta espada al Espíritu</i>	802
1. Dios es su autor	802
2. El Espíritu es el único intérprete verdadero de la Palabra	802
3. Solo el Espíritu de Dios puede hacer que la Palabra actúe en el alma	802
<i>La Palabra escrita es la espada que vence a los enemigos del cristiano</i>	803
<i>La Palabra de Dios derrota a los perseguidores</i>	804

Indice

1. La conversión	804
2. La destrucción	805
<i>La Palabra de Dios derrota a los herejes</i>	806
<i>La Palabra de Dios vence las corrupciones y concupiscencias</i>	807
<i>La Palabra de Dios vence a la aflicción</i>	810
<i>La presunción de los sistemas religiosos que quitan esta espada espiritual al pueblo</i>	812
<i>La suficiencia de la Escritura</i>	813
<i>La perversidad de utilizar la espada en defensa del pecado</i>	814
<i>La gratitud por la Palabra</i>	815
1. Bendice a Dios por la traducción de las Escrituras	816
2. Bendice a Dios por el ministerio de la Palabra	816
3. Bendice a Dios por el poder de las Escrituras en tu alma	817
<i>La importancia de estudiar la Palabra de Dios</i>	818
1. El mandamiento	819
2. Los medios	820
<i>Dios puede interpretar su Palabra</i>	821
 III. CÓMO UTILIZAR LA ESPADA DE LA PALABRA	822
<i>Cómo utilizar la espada contra los perseguidores</i>	822
1. Adopta una postura respecto de los principios y las prácticas que enseña la Biblia	823
2. Que las Escrituras te enseñen más temor de Dios y menos temor al hombre	823
3. Entrega tus concupiscencias a la espada del Espíritu	824
4. Fortalece tu fe en las promesas divinas en cuanto a la persecución	825
<i>Promesas bíblicas para las penas del cristiano</i>	
1. Los problemas personales	826
2. Aflicciones de los creyentes por la causa de Cristo	827
<i>Cómo utilizar la espada contra los herejes</i>	828
1. No acudas a la Palabra con corazón impuro	829

EL CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS

2. No midas las verdades bíblicas por tu propio razonamiento	829
3. No juzgues de antemano las enseñanzas de la Palabra	830
4. Pide a Dios que te revele los misterios de las Escrituras	830
5. Coteja versículo con versículo	834
6. Consulta con autoridades fieles dentro de la iglesia	835
<i>Cómo emplear la espada contra las concupiscencias</i>	836
1. Recoge ejemplos bíblicos de la deformidad del pecado	837
2. Encuentra respuestas bíblicas al falso razonamiento de Satanás	842
3. Guarda la Palabra en tu corazón	847
4. Reclama ante el trono de la gracia la promesa contra el pecado	850
<i>Cómo utilizar la espada de la Palabra contra las aflicciones</i>	851
1. Conoce tu derecho a las promesas de Dios	852
2. Recoge y examina las promesas según sus aplicaciones	855
3. Recoge la totalidad de las promesas de Dios	855
4. Medita en las promesas de Dios	856
5. Reclama las promesas ante el trono de la gracia	858
6. Actúa creyendo que Dios cumplirá sus promesas	858
<i>Exhortación a los pastores en cuanto a la espada de la Palabra</i>	860
1. Conoce la Palabra de Dios	861
2. En el púlpito no utilices otra espada que la Escritura, y esgrímela con fidelidad	862

TOMO I

Introducción a la edición en inglés

Leonard Ravenhill, un muy buen amigo mío, me dio un Lejemplar de *El cristiano con toda la armadura de Dios* acompañándolo de las solemnes palabras: “Este libro revolucionará tu vida. Ha tenido un profundo efecto en la mía, y creo que ahora estás listo para recibir su mensaje”.

Al principio dejé el libro de lado: era demasiado largo, tenía demasiadas palabras y estaba escrito en el inglés del siglo XVII. Luego, por curiosidad, eché un vistazo a las primeras veinticinco páginas, y eso fue suficiente para hacerme caer de rodillas. Gurnall, el piadoso puritano, había tocado alguna fibra profunda de mi ser. Sus palabras eran tan escudriñadoras, tan abrasadoras, tan punzantes que sacudieron mi hombre interior, y devoré con avidez el libro entero.

Inmediatamente ordené más ejemplares para repartirlos entre algunos pastores amigos, pensando que ellos también se entusiasmarían tanto con la obra como lo estaba yo; pero pronto descubrí que pocos ministros se hallaban dispuestos o podían a dedicar el tiempo necesario a sacar el oro precioso que sus 1200 páginas contenían. Otros se quejaban de que no eran capaces de comprender el lenguaje puritano de Gurnall.

Puesto que el libro y su mensaje son tan importantes, decidimos devotamente buscar el mejor equipo editorial que pudiéramos conseguir para producir una versión abreviada en inglés moderno. Los resultados nos emocionaron de veras: nuestros redactores fueron capaces de conservar la carne del mensaje y lo mejor de los ejemplos de Gurnall.

Creíamos que siendo *El cristiano con toda la armadura de Dios* un libro tan importante, debía publicarse en una versión más breve y moderna para su más amplia aceptación.

Estamos encantados de que *The Banner of Truth* concordara con nuestra evaluación y decidiera publicar el manuscrito editado en una versión en rústica de tres volúmenes.

La coordinadora del proyecto fue Ruthann Garlock, asistida por Kay King, Karen Sloan y Candy Coan. Dedicaron al

mismo más de un año de cariñoso trabajo; y les estamos más que agradecidos por su tarea abnegada.

Creo que *El cristiano con toda la armadura de Dios*, bien en esta versión abreviada o en la original que *The Banner of Truth* aún tiene en existencia, debería formar parte de la biblioteca de cada hombre y mujer de Dios. A ningún dirigente cristiano, maestro, pastor, evangelista u obrero debería faltarle. Esta obra respira santidad, pureza y nos mueve a la oración y a una dedicación más plena a Jesucristo.

De todos los escritores puritanos, pienso que es Gurnall quien habla más directamente a esta generación.

Creo que Dios ha honrado en gran medida a *The Banner of Truth* encomendándole la proclamación del mensaje divino; y, sin duda alguna, este es uno de los libros más importantes jamás escritos aparte de la Palabra de Dios. Bendeciré eternamente el día en que lo hicieron llegar a mis manos.

DAVID WILKERSON
Siervo de Jesucristo
Autor de
La cruz y el puñal

William Gurnall

Nota biográfica

EL nombre de William Gurnall aparece pocas veces en la historia de la Iglesia del siglo XVII, pero su obra acerca de la guerra espiritual ha sido editada varias veces a lo largo de más de 300 años y ha bendecido a miles de creyentes desde su primera aparición.

La investigación demuestra que nació en noviembre de 1616, en la ciudad costera de Lynn, condado de Norfolk, Inglaterra, a unos 150 km de Londres. Su padre fue primero concejal y luego alcalde de Lynn, ciudad principal de la zona más profundamente protestante de la Inglaterra del siglo XVII. Los habitantes de Norfolk y Suffolk eran conocidos por su profundo amor por las doctrinas de la Reforma.

Excelente estudiante, Gurnall fue premiado con una beca por la ciudad de Lynn para asistir al *Emmanuel College* de Cambridge. Empezó sus estudios formales allí a los 16 años, poco después de la muerte de su padre. Fue educado según la reverencia de los puritanos, los “excelentes de la tierra”, y estudió en un colegio profundamente puritano, por lo que sería de extrañar que no adquiriera opiniones puritanas. Algunos de sus contemporáneos en *Emmanuel College* se hallaban entre los autores y dirigentes puritanos más prominentes de la época.

Los puritanos formaban un gran segmento del protestantismo del siglo XVII, que buscaba “purificar” la Iglesia anglicana. Creían que los atuendos sacerdotales y las complicadas ceremonias eran innecesarios. Muchos seguían un culto sencillo, sin el uso de breviarios, y usaban de una organización eclesiástica sencilla; la mayoría creía que todo el clero debía tener el mismo rango, y que ningún obispo ni alto dignatario debía controlar a los pastores de las congregaciones.

A los 28 años, Gurnall fue nombrado rector de la iglesia de Lavenham, en Suffolk, ciudad entonces de unos 1800 habitantes, la mitad de los cuales eran feligreses suyos. Al año siguiente

te se casó con la hija de un pastor, Sarah Mott, que le dio diez hijos. Gurnall pasó el resto de su vida —35 años— ejerciendo aquel pastorado.

Durante la mayor parte de su vida padeció mala salud. En los primeros días de su ministerio en Lavenham, fue llamado una vez a predicar ante la Cámara de los Comunes en Londres. Solo se pedía este servicio a los predicadores más dotados, lo cual demuestra la gran estima de que gozaba Gurnall como predicador. Sin embargo, se excusó, diciendo en su carta: “Es una carga demasiado pesada para mis hombros, especialmente al presente, cuando tantas enfermedades me oprimen que solo puedo salir por poco tiempo al aire libre sin que peligre mi salud. Tanto menos, entonces, podría hacer un viaje tan largo en esta época invernal” (Londres estaba a menos de cien kilómetros).

Los años del ministerio de Gurnall en la parroquia de Lavenham estuvieron llenos de grandes acontecimientos de la historia inglesa: una guerra civil, el regicidio de Carlos I, la declaración del Protectorado bajo el líder puritano Oliver Cromwell y, después, la muerte de este y la restauración de la monarquía bajo Carlos II. Pero el acontecimiento más significativo para Gurnall fue la aprobación del Decreto de Uniformidad.

Este decreto, aprobado en 1662, requería que todo ministro se conformara a las directrices de la Iglesia anglicana en cuanto a los cultos, uso del Libro de Oración y la autoridad eclesiástica. Fue la culminación de años de conflictos entre los puritanos y los líderes eclesiásticos oficiales (aunque no existe indicación alguna de que Gurnall participara en el conflicto). Como resultado, unos 2000 pastores y maestros puritanos abandonaron sus cargos, adquiriendo el sobrenombre de “inconformistas” y, por consiguiente, fueron perseguidos por la intolerancia de la Iglesia anglicana. Gurnall, en vez de alinearse con sus colegas puritanos, optó por permanecer dentro de la Iglesia estatal. Firmó la declaración requerida por el Decreto de Uniformidad, y fue ordenado presbítero por el obispo evangélico de Norwich, Reynolds.

He aquí la razón por que se ha escrito tan poco acerca de William Gurnall en los anales de la historia eclesiástica. Aun-

que sin duda era puritano en doctrina y práctica, no se unió al grupo con el cual estaba principalmente de acuerdo. Esta decisión no le hizo popular con ninguna de las dos partes en que Inglaterra estaba dividida en cuestiones religiosas. Un neutral nunca es popular; cada parte se ofende porque no se une a ellos. Por tanto fue desestimado por ambos lados.

Pero Gurnall no era neutral en asuntos espirituales. En aquella época de lucha y controversia civil y religiosa, predicó a sus fieles estos mensajes acerca de la guerra espiritual.

Con la ayuda de un mecenas, Gurnall editó el material en tres tomos entre 1655 y 1662. Dedicó el primero de dichos tomos a los habitantes de Lavenham. He aquí un extracto de su prólogo:

El tema de este tratado es serio: la guerra entre el creyente y Satanás. Una guerra tan sangrienta, que la guerra más cruel entre hombres es como un deporte infantil en comparación. Leerás aquí acerca de una guerra espiritual; no de la historia de una batalla ya terminada de épocas pasadas, sino de una guerra actual, pues la tragedia está presente entre nosotros. Y no ocurre en los confines de la tierra, sino que te incumbe a ti y a todos los que están leyendo. El escenario de esta guerra es la misma alma del hombre. No hay neutrales en esta guerra. Todo el mundo está implicado en la lucha, ya sea por Dios contra Satanás o por Satanás contra Dios.

Gurnall murió el 12 de octubre de 1679, a los 63 años. El hecho de que se publicaran seis ediciones de su obra durante su vida demuestra lo pronto que se reconocieron sus méritos. Otras obras de teología del siglo XVII fueron famosas en su día, pero ahora pocas veces se leen. En cuanto a Gurnall, todo lo concerniente a él menos su libro parece haber pasado desapercibido. Solo con este, *“aunque murió, habla todavía”* (He. 11:4). Las evidencias indican que vivió y murió a 50 km de su lugar de nacimiento. No tuvo mayor oficio que el de rector de Lavenham, y hoy día no hay señales de su descendencia.

William Burkitt, conocido comentarista del Nuevo Testamento y rector de Milden, cerca de Lavenham, conmemoró a

Gurnall en una conferencia dos meses después de su muerte. Terminó con estas palabras:

Estaría por debajo de sus méritos celebrar su muerte con lamentos verbales; ni se conforma nada a su memoria más que lo sagrado y divino, como lo son sus escritos. Que su justa fama por ellos, y sus virtudes, sea preciosa para toda época venidera; y cuando se borre todo epitafio en el mármol, como si se escribiera en el agua, cuando toda pirámide majestuosa se deshaga en polvo y todo monumento venerable de la antigüedad sea devorado por los dientes corrosivos del tiempo, permanezca entonces esta corta caracterización para describirlo como retrato mejor y más pleno:

“FUE UN CRISTIANO CON TODA LA ARMADURA DE DIOS”.

Llamada a las armas

El apóstol Pablo tenía un espíritu discernidor. Al escribir a los creyentes de Éfeso, sabía que tenía que prepararles para un sufrimiento sin precedentes. Pero primero quiso alentarlos y consolarlos, y por ello les recordó el poder del Señor: “Por lo demás [...], fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza” (Ef. 6:10).

Es como si pensara: “Algunos de mis queridos amigos estarán temblando al ver la fuerza de sus enemigos y su propia debilidad; al ver que aquellos son tan numerosos y esta tan poca; y que los adversarios van bien equipados y son diestros mientras ellos son novatos”. Sabía que un alma atormentada por el miedo está demasiado preocupada con el sufrimiento actual como para escuchar los consejos de los amigos mejor intencionados. El temor paraliza a su víctima como a un soldado que corre temblando a la trinchera ante el primer rumor de ataque, negándose a salir hasta que haya pasado toda amenaza de peligro.

Por eso Pablo busca un antídoto contra el temor, y pronto lo encuentra. Es la respuesta milenaria a la situación paralizadora sufrida por todo creyente desde Adán en adelante. Nos dice: “No te dejes abrumar por los temores. Sigue adelante con valor y sé fuerte en el Señor”. He aquí la gran consolación: “El final de la batalla depende de Dios, ¡no de tu capacidad ni fuerza!”.

Seguramente, toda alma temblorosa suspirará de alivio cuando oiga esta buena noticia. Ahora el creyente puede centrarse en la tarea que tiene entre manos: la de “ser fuerte”. Es una exhortación asaz frecuente en la Biblia: “Esforzaos y animaos” (2 Cr. 32:7); “Decid a los de corazón apocado: “¡Esforzaos, no temáis!” (Is. 35:4). Esto es como decir: “¡Reúne toda la fuerza de tu alma, porque te va a hacer falta!”.

I. LLAMADA AL VALOR CRISTIANO

La cobardía de espíritu está por debajo del deber cristiano. Va a hacer falta valor y determinación para obedecer al Capitán celestial. Él te manda: “Sé fuerte y muy valiente”. ¿Por qué? ¿Para librar batalla contra naciones guerreras? ¿Para ganar fama y fortuna? ¡No! Sino “para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó” (Jos. 1:7). Para obedecer fielmente a Dios hace falta un espíritu más valiente que para mandar un ejército, y para ser creyente más que para ser capitán. Este reto es superior al valor de los mejores, a no ser que tengan la ayuda de una fuerza mayor que ellos.

El razonamiento laico contempla al cristiano de rodillas y se burla de la débil postura que asume un hijo de Dios cuando sus enemigos se echan sobre él. Solo la comprensión espiritual puede percibir los poderosos preparativos que realmente están teniendo lugar entonces. Pero igual que un soldado sin armas no puede hacer las mismas hazañas que uno bien equipado, tampoco un cristiano carnal podrá llevar a cabo para Dios las obras que un creyente entregado puede esperar efectuar a través de la oración. La oración es la vía principal que nos conecta con el trono de Dios. Por ella el creyente se acerca a Dios con el valor humilde de la fe; se aferra a él; lucha con él; y no lo suelta sin recibir su bendición.

Mientras tanto, el cristiano carnal, inconsciente de los peligros de su estado pecaminoso, se lanza a la batalla con una confianza loca que pronto se acobarda cuando su consciencia se despierta y da la alarma porque su pecado se le viene encima. Entonces, asombrado por el ataque sorpresa, tira las armas y huye de la presencia de Dios como el culpable Adán, sin atreverse a mirarle a la cara.

Todo deber para con Dios en la vida del cristiano está plagado de dificultades que le acechan desde la maleza en su marcha hacia el Cielo. Debe luchar contra el enemigo por cada centímetro de terreno en el camino. Solo aquellas almas nobles que se atreven a tomar el Cielo por la fuerza son aptas para este llamamiento.

La cobardía frente al valor

Esta analogía guerrera revela la razón de que haya tantos que profesan a Cristo y tan pocos que son cristianos de hecho; tantos que salen a batallar contra Satanás y tan pocos que vuelven airoso. Todos pueden tener deseos de ser soldados de éxito, pero pocos tienen el valor y la determinación de luchar con las dificultades que los acosan en el camino a la victoria. Todo Israel siguió a Moisés con alegría al salir de Egipto. Pero cuando apretó un poco el hambre, y se aplazaron sus deseos inmediatos, estuvieron dispuestos a abandonar enseguida. Preferían la esclavitud del faraón a las bendiciones prometidas por el Señor.

Hoy en día nada es distinto. ¡Cuántos rompen con Cristo en la encrucijada del sufrimiento! Como Orfa, solo le acompañan parte del camino (Rt. 1:14). Profesan creer en el evangelio y se hacen llamar herederos de las bendiciones de los santos. Pero al llegar la prueba, pronto se cansan del viaje y se niegan a soportarla por Cristo. A la primera señal de dificultad, besan al Salvador y se alejan, reacios a perder el Cielo, pero aún más reacios a comprarlo a tan alto precio. Si tienen que resistirse a tantos enemigos en el camino, se contentan con sus propias cisternas estancadas y dejan el Agua de Vida para otros que se aventuran más allá. ¿Quién entre nosotros no ha aprendido por experiencia que hace falta un espíritu diferente del mundano para seguir a Cristo plenamente?

Por tanto, creyente, que esto te incite a pedirle a Dios la determinación y el valor santo que hacen falta para seguir a Cristo. Sin ellos no podrás ser lo que profesas. Los temerosos marchan hacia el Infierno (Ap. 21:8) y los valientes toman el Cielo por la fuerza (Mt. 11:12). Los cobardes nunca han ganado el Cielo. No pretendas que has nacido de Dios, con su sangre real en tus venas, a no ser que puedas probar tus antecedentes con este espíritu heroico: atreverte a ser santo a pesar del hombre y el diablo.

Encontrarás gran fuerza y ánimo al saber que tu comisión es divina. Dios mismo te apoya en la batalla y ha nombrado a su Hijo como Guía de tu salvación (He. 2:10, BJ). Él te llevará al campo de batalla con valor, y saldrás de allí con honor. Él vi-

vió y murió por ti; y vivirá y morirá contigo. Su misericordia y amor para con sus soldados no tiene comparación. Los historiadores dicen que Trajano rasgó sus propias vestiduras para vendar las heridas de sus soldados. La Biblia afirma que Cristo derramó su propia sangre como ungüento para sanar las heridas de sus santos, y su carne fue desgarrada para vendarles.

En cuanto a valor, nuestro Señor no tiene igual. Nunca volvió la espalda ante el peligro, ni aun cuando el odio infernal y la justicia divina parecían estar en su contra: “Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? (Jn. 18:4). Satanás no podía derrotarle; nuestro Salvador nunca perdió batalla, ni cuando perdió la vida. Ganó la victoria, llevando el botín al Cielo en el carro triunfal de su ascensión. Allí lo exhibe abiertamente, para el gozo inefable de santos y ángeles.

Como parte del ejército de Cristo, tú marchas entre los espíritus honrados. Cada uno de tus amigos soldados es hijo del Rey. Algunos, como tú, están en medio de la batalla, asediados por todas partes por la aflicción y la tentación. Otros, después de muchos asaltos, repulsas y recuperaciones de fe, ya están sobre la muralla del Cielo como vencedores. Desde allí observan y animan a sus camaradas en la tierra a marchar cuesta arriba tras ellos. Claman diciendo: “¡Lucha a muerte y la Ciudad será tuya, como ahora es nuestra! Por unos días de conflicto tendrás el galardón de la gloria celestial. Un momento de este gozo divino secará todas tus lagrimas, sanará tus heridas y borrará la dureza de la guerra con el gozo de tu victoria permanente”.

Es decir: Dios, los ángeles y los santos que están con el Señor son espectadores de tu manera de desenvolverte como hijo del Altísimo. Esta nube de testigos (He. 12:1) grita gozosamente desde la muralla celestial cada vez que vences una tentación, superas una dificultad, o recuperas terreno perdido al enemigo. Y si la lucha es superior a tus fuerzas, tu amado Salvador está listo con reservas para aliviarte en cualquier momento. Su corazón salta al ver tu amor y celo por él en tus conflictos. No olvidará tu fidelidad. Y cuando salgas del campo de batalla, te recibirá con el mismo gozo que tuvo el Padre al volver él al Cielo.

¿Quieres ser un soldado valiente? Entonces presta atención a lo que se dice a continuación.

Fuentes del valor cristiano

Si piensas luchar valerosamente contra la oposición en tu marcha hacia el cielo, tus principios deben estar bien fijados. De otra forma tu corazón será inestable, y un corazón inestable es tan débil como una casa sin vigas; la primera ráfaga de viento lo tirará. Hacen falta dos cosas para fijar tus principios:

1. Conocimiento sólido de la verdad de Dios

Al que solo conoce de vista al Rey, fácilmente le persuadirán a cambiar de lealtad, o por lo menos intentará permanecer neutral ante la traición. Algunos que profesan ser cristianos solo conocen el evangelio por encima. Apenas pueden dar cuenta de lo que o en qué esperan. Y si eligen algunos principios que les agradan, son tan inestables que cualquier brisa los barre, como tejas sueltas del tejado.

Cuando Satanás te golpea y la tentación te abruma como las olas, tienes que aferrarte a las verdades de Dios. Son tu refugio en cada tormenta. Pero debes tenerlas a mano, listas para ser utilizadas. No esperes a hundirte para remendar la barca. Una entrega débil es muy insegura ante la tempestad. Mientras esta ella hace aguas y se hunde, la santa determinación fundada en la Palabra levantará cabeza como una roca entre las olas más arboladas.

La Palabra promete: “El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará” (Dn. 11:32). Un ángel le indicó a Daniel los hombres que permanecerían firmes por Dios ante la tentación y persecución de Antíoco. Algunos serían engañados por el soborno de hombres corruptos; otros serían víctimas de la intimidación y las amenazas. Pero unos pocos, bien fundados en la base de su fe, harían hazañas para Dios. Esto significa que los halagos no los corromperían, ni serían vencidos por el poder y la fuerza.

2. Un corazón bien dispuesto

El conocimiento intelectual de Cristo no es suficiente; seguir a Cristo es principalmente un asunto del corazón. Si tu corazón no tiene un propósito fijo, tus principios por buenos que sean se soltarán y no servirán en la batalla más que un arco sin cuerda. Una decisión a medias no hará mucho por Cristo. Tampoco un corazón con motivaciones falsas. Un hipócrita puede mostrar cierta fuerza por el momento, pero pronto abandonará su profesión cuando se le pise el callo del pie; esto es, cuando se le pida que niegue lo que su corazón malvado deseaba negar desde el principio.

Si eres un soldado serio, no coquetees con ninguno de tus deseos inferiores a Cristo y el Cielo. Serán como rameras que te roban el corazón. Considera a Jehú, lo valiente y celoso que parecía al principio. Entonces, ¿por qué le falló la determinación antes de terminar siquiera la mitad de la obra? ¡Porque su corazón nunca estuvo únicamente puesto en Dios! Aquella ambición que primero avivó su celo, al final lo ahogó. Se comprometió con hombres malvados para obtener sus fines. Entonces, al alcanzar el trono, no se atrevió a poner por obra el plan de Dios por temor a provocar a aquellos mismos malvados y así perder el reino (2 R. 10:31). Su corazón estaba puesto en los placeres del mundo más que en el favor de Dios.

II. LLAMADA AL SERVICIO

Las directrices

Todo soldado está llamado a una vida de servicio activo, igual que el creyente. La misma naturaleza de ese llamamiento excluye una vida ociosa. Si pensabas ser soldado de verano, considera con cuidado tu comisión. Tus órdenes espirituales son rigurosas. Igual que el apóstol, no quiero que ignores esto y, por tanto, cito algunas directrices.

1. Renuncia a tus pecados predilectos

Aquellos pecados más cercanos a tu corazón deben ahora ser hollados bajo tus pies. ¡Y se necesita valor y coraje para hacer-

Llamada a las armas

lo! Crees que Abraham fue probado al límite cuando se le pidió tomar a Isaac —“tu hijo, tu único, a Isaac a quien amas” (Gn. 22:2)— y ofrecerlo con sus propias manos. Pero no tiene ni comparación con esto: “Alma, toma tu deseo, el hijo más cercano a tu corazón, tu Isaac, aquel pecado del cual piensas granjear mayor placer. Ponle las manos encima y ofréndalo; derrama su sangre ante Mí; clava el cuchillo sacrificial en su mismo corazón, ¡y hazlo con gozo!”.

Esto es superior a las fuerzas humanas. Nuestros deseos no se quedarán quietos sobre el altar con la paciencia de Isaac, ni como el Cordero que va mudo al matadero (Is. 53:7). Nuestra carne ruge y chilla, partiéndonos el corazón con sus horribles gritos. ¿Quién puede expresar el conflicto, la lucha, las convulsiones de espíritu que aguantamos antes de cumplir con esta orden de corazón? ¿Quién puede explicar plenamente la sutileza con que tal deseo defenderá sus derechos?

Cuando el Espíritu te convence de pecado, Satanás también intentará convencerte. Te dirá: “No tiene importancia, acéptalo”. O sobornará el alma con una proposición de secreto: “Puedes quedarte con esto, y también con tu buena reputación. No se notará para avergonzarte ante los vecinos. Puedes encerrarlo en el ático de tu corazón, lejos de la miradas, si me dejas de vez en cuando sentir los abrazos salvajes de tus pensamientos y tu afecto secreto”.

Si no se le permite esto, entonces Satanás pide una prórroga para la ejecución, sabiendo que en la mayoría de estos casos los pecados al final obtienen el indulto total. Mientras más lo aplacemos, más difícil será romper con los elocuentes artificios de este defensor del pecado y la muerte, para llevar a cabo su ejecución. En esto los hombres más valientes de la historia han sido como arcilla en manos del adversario. Vuelven de la batalla con banderas de victoria al vuelo, para vivir y morir en su casa esclavos de un deseo rastrero. Son como aquel gran general romano que, en su paseo triunfal por la ciudad, no podía quitar los ojos de una prostituta que iba por la calle; ¡un conquistador de imperios, cautivo de la mirada de una sola mujer!

2. Conformar tu vida a Cristo

Se nos manda no conformarnos a este siglo; esto es, no comprometernos con las costumbres corruptas del día. El creyente no debe ser un sastre tan complaciente que corte el manto de su profesión según la moda. En su lugar, debe plantarse en sus principios, demostrando abiertamente ser ciudadano del Cielo al revestirse de la verdad. Hace falta gran coraje para hacer caso omiso del menosprecio que sin duda arrostrarás por tu disconformidad. Tristemente, hay muchos que no pueden soportarlo. Hemos visto muchas veces como un manto de orgullo cubre rápidamente el manto celestial de la justicia imputada en aquel que teme las burlas de los hombres, si se atreve a hablar abiertamente de Cristo (*cf.* Jn. 7:13). ¡Cuántos pierden el Cielo por vergüenza a acudir “vestido de tontos”!

Mientras algunos se burlan, otros perseguirán a muerte al creyente que no se conforme a los principios y prácticas de este mundo. Esta fue la trampa que se les puso a los tres hebreos exiliados en Babilonia. Tenían que bailar al son de Nabucodonosor, o morir (Dn. 3:15). Igualmente en el caso de Daniel, que anduvo de forma tan perfecta que la única acusación que sus enemigos pudieron encontrar contra él fue su entrega a su religión (Dn. 6:5). En tal caso, cuando la decisión es de vida o muerte, cuando un creyente está ante la alternativa de negar a su Señor o ser presa de hombres sanguinarios, ¡cuántas retiradas y huidas inventa el corazón cobarde para protegerse! Es un gran honor para el cristiano si lo único que pueden decir sus enemigos es: “No vive como nosotros”. El cristiano que se enfrenta a tanta oposición debe aferrarse bien a su fe, si no quiere ser desmontado enseguida.

3. Salta los obstáculos

Siempre hay aquellos en la iglesia que, por medio de graves errores de conducta y juicio, han puesto piedras de tropiezo ante los cristianos profesos. Hará falta una santa resolución para enfrentarse al desánimo. Esfuérzate como Josué. Cuando la mayoría de los israelitas se rebelaban y su corazón miraba hacia Egipto, Josué mantuvo su integridad. Declaró que aunque ningún otro se le uniera, él igual serviría al Señor.

4. Confía en Dios en cada circunstancia

A veces el santo ha de confiar en un Dios escondido: “El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios” (Is. 50:10). Esto requiere un paso decidido de fe: aventurarse a entrar en la presencia de Dios con la misma temeridad que Ester lo hizo ante Asuero. Aunque no nos sonría, ni alce su cetro de oro para que nos acerquemos, debemos ir adelante con esta noble resolución: “Si perezco, que perezca” (Est. 4:16)

Esto nos lleva por la fe un paso más allá: también hemos de confiar en el Dios que nos “mata”. Hay que declarar con Job: “Aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15). Hace falta una fe sumisa para que el alma siga adelante cuando Dios, con rostro adusto, parece disparar flechas envenenadas contra ella. Es muy duro, y pondrá a prueba el talante del cristiano. Pero este espíritu se encontraba en la cananea, que recibió las negativas de Jesús y, con humilde valor, se las devolvió en su ruego (Mt. 15:22-28).

5. Sigue el camino hasta el final de la vida

Tu obra y tu vida deben terminar juntas. Persistir hasta el fin será el aguijón en tu carne cuando el camino parezca interminable y tu alma pida liberarse antes de tiempo. La constancia añade peso a todas las dificultades del llamamiento. Hemos conocido a muchos que se han unido al ejército de Cristo y les ha gustado ser soldados durante un par de escaramuzas; pero pronto se han hartado y han terminado por desertar. Se alistan por impulso en el deber cristiano, se persuaden fácilmente a profesar la religión, y con la misma facilidad la abandonan. Como la luna nueva, brillan un poco al empezar la noche, pero se esconden antes del alba.

¡Perseverar es difícil! Tomar la cruz a diario, orar siempre, velar día y noche, y nunca quitarse la armadura para descansar, hace que muchos se alejen entristecidos de Cristo. Pero este es tu llamamiento: hacer de la fe cristiana el trabajo diario, sin vacaciones cada año. Estos ejemplos bastan para demostrar el coraje y valor que necesitas. Cómo obtenerlos será el próximo tema que tratemos.

III. LA ADMONICIÓN DE SER FUERTES EN EL SEÑOR

La fuente de las fuerzas del creyente

Una vez exhortados todos los santos a la férrea resolución y al indómito coraje para la guerra, el apóstol nos lleva a buscar la fuente de nuestra fuerza no en nosotros mismos, sino fuera de nosotros, en el Señor: “Fortaleceos *en el Señor...*”.

La fuerza de un general está en sus hombres: él vuela sobre las alas de ellos. Si a estos se les cortan las plumas o resulta que se desnucan, queda desvalido. Pero en el ejército de los santos, la fuerza de toda la tropa se arraiga en el Señor de los ejércitos. Dios puede vencer a sus enemigos sin la ayuda de nadie, pero sus santos no pueden defender el destacamento más pequeño sin su brazo fuerte.

Uno de los nombres de Dios es “la Gloria [o Fuerza] de Israel” (1 S. 15:29). Dios era la fuerza del corazón de David. Con él, aquel pastorcillo pudo desafiar al gigante que retaba a todo un ejército; sin la fuerza de Dios, David temblaba ante la palabra del filisteo. “Bendito sea Jehová, mi roca —escribió David—, quien adiestra mis manos para la batalla y mis dedos para la guerra” (Sal. 144:1). El Señor es igualmente tu fuerza en la guerra contra el pecado y Satanás.

Algunos se preguntan si se comete algún pecado sin que Satanás tenga parte. Pero si la cuestión fuera si alguna acción santa se ejecuta sin la ayuda especial de Dios, está claro: “Separados de mí, nada podéis hacer” (Jn. 15:5). Pablo lo expresó así: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5). Los santos tenemos una reserva de gracia, pero es como el agua en el fondo del pozo, que no sube por mucho que bombeemos. Primero, Dios tiene que cebar la bomba con su gracia para despertarnos, y entonces brotará como un manantial.

Pablo dice: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18). Tanto la voluntad de hacer como la acción subsiguiente son de Dios: “Porque Dios es el que en vosotros

produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Dios está al pie de la escala y también arriba, como Autor y Consumador, ayudando al alma en cada peldaño para subir hacia el cumplimiento de cualquier acción santa. Y una vez que emprendemos la obra, ¿cuánto aguantaremos? Solo mientras nos sostenga la misma mano que nos dio poder al principio. Pronto agotamos la fuerza que nos da, de modo que para mantenernos en un caminar santo, hemos de renovar la fuerza celestial a cada momento.

El creyente, como una copa sin pie, no puede mantenerse solo ni mantener lo recibido si Dios no lo sostiene en sus manos fuertes. Sabiendo esto, Cristo, a punto ya de subir al Cielo y dispuesto para dejar a sus hijos, pidió que el Padre los cuidara en su ausencia: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre” (Jn. 17:11). Es como si dijera: “No se les puede dejar solos. Son niños débiles y pobres incapaces de cuidarse. A no ser que los sostengas con fuerza y los tengas siempre bajo tus ojos, perderán la gracia que yo les he dado y caerán en la tentación; por tanto, Padre, guárdalos”.

Hasta en la adoración, nuestra fuerza está en el Señor. Considera, por ejemplo, la oración. ¿Queremos orar? ¿Dónde encontrar temas de oración? “Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (Ro. 8:26). Por nuestra cuenta, pronto nos meteríamos en alguna tentación, y oraríamos por aquello que Dios sabe que no debemos tener. Para protegernos, entonces, Dios pone las palabras en nuestra boca (*cf.* Os. 14:2). Pero sin algún cálido afecto que deshiele el grifo del corazón, las palabras se congelarán en nuestros labios. Podemos buscar en vano en los pasillos del corazón y en los rincones del alma sin encontrar ni una chispa en nuestra propia estufa, a no ser un fuego extraño de deseos naturales, que no servirá. No; el fuego que deshiele el frío corazón debe venir del Cielo: un don del Dios que “es fuego consumidor” (He. 12:29).

Primero, el Espíritu se extiende sobre el alma, como el profeta sobre el niño; entonces el alma empieza a enardecerse, dando algún calor celestial a su devoción. Por fin el Espíritu deshiele el corazón, y la oración fluye de los labios del creyente tan naturalmente como las lágrimas de sus ojos. Y aunque hable el

santo, el Autor de la oración es Dios. Así vemos que tanto la fuerza para orar como la misma oración son de Dios.

Lo mismo se puede decir en cuanto a escuchar la Palabra. Se nos ha mandado escuchar la predicación de la Palabra, ¿pero de qué serviría si Dios no nos abriera los oídos del entendimiento? Durante seis meses David escuchó hablar de la ley sin conmovirse. Entonces Dios, por medio de Natán, removió los rescoldos de su corazón; la Palabra cobró vida y David se arrepintió. Todo lo dicho antes de la intervención de Dios puede que fuera bueno y verdadero, pero David permaneció frío y pasivo hasta que el Espíritu removió los rescoldos de su entendimiento y prendió el fuego santo. Entonces su corazón ardía mientras Dios hablaba. Lo mismo sucede en nuestra experiencia. Primero el Espíritu de Dios remueve nuestro espíritu, y entonces sabemos con seguridad que nuestra fuerza está en el Señor. La siguiente explicación te ayudará a comprender esta verdad.

La importancia de la fuerza de Dios

1. La naturaleza de la conciencia del creyente

La conciencia del hombre, igual que su cuerpo físico, fue creada por Dios. Por tanto, es propio de su *naturaleza* depender de él para existir y actuar. La capacidad de existir y actuar por sí mismo es una propiedad incommunicable de la Deidad. Nunca puede ser impartida a una criatura. Dios mismo es la fuente y el sustento de toda vida; por tanto, lo que mantiene viva la conciencia es su poder regenerador constante.

La conciencia se puede definir como la influencia divina que obra en el hombre para frenarlo ante el pecado. Una evidencia de su origen es que siempre habla en contra del pecado y a favor de la justicia. Por tanto no puede ser producto de nuestro corazón, que en su estado caído es “engañoso [...] más que todas las cosas, y perverso (Jer. 17:9). Dios utiliza la conciencia para dar algún conocimiento de su justicia a todos, a fin de que nadie pueda estar ante él en el Día del Juicio y alegar ignorancia (Ro. 1). Cuando llegas a ser cristiano y te consagras a Dios—incluyendo tu conciencia—, el Espíritu Santo empieza a perfeccionarte en Cristo.

Se dice que cuando Dios hizo el mundo terminó su creación; esto es, que no hizo nuevas especies de criaturas. Pero hasta hoy no ha terminado su obra providencial. Cristo dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja” (Jn. 5:17). Es decir, que sigue preservando y capacitando a su creación con la fuerza para ser y actuar. Una obra de arte, una vez terminada, ya no necesita al artista; ni una casa al carpintero, una vez que se ha colocado el último clavo. Pero la obra de Dios en el exterior e interior del hombre nunca se termina.

Si la obra del Padre es conservar, la del Hijo es redimir. Ambas son perpetuas. Cristo no concluyó su obra al resucitar de entre los muertos; al igual que el Padre tampoco lo hizo al terminar la creación. Dios *descansó* al terminar la creación; y Cristo, una vez que obró la redención eterna, y “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:3). Desde allí continúa la obra de intercesión por los creyentes y, por tanto, evita su ruina segura.

2. El carácter de la conciencia

La conciencia del cristiano no es solamente una creación, sino que también es débil, y constantemente está luchando contra fuerzas superiores. Es un blanco favorito de Satanás, tal vez porque lo encuentra tan fácil de distraer con los cuidados mundanos y de aplacar con sus placeres. Aun el creyente más fuerte se rendirá si no recibe ayuda.

Como si fuera un heredero real en la cuna, la conciencia es incapaz de defenderse. Satanás pronto usurparía el trono si el Cielo no protegiera al creyente. Para aplastar la insurrección, Dios conquista el corazón del creyente y le da su propia voluntad para gobernar la conciencia. Pero al igual que en una ciudad conquistada, algunos se rinden de buen grado al nuevo gobierno mientras que otros continuamente pretenden derrocarlo. Algunas partes de nuestra vieja naturaleza se niegan a rendirse sin luchar. Por eso, hace falta la misma fuerza para mantener un corazón que para ganarlo al principio.

Los cristianos tenemos una parte no regenerada descontenta por el cambio de gobierno. ¿Quién de nosotros no ha senti-

do la atracción de su naturaleza inferior que exalta las virtudes del yo? Damos tantas coces contra la sumisión al cetro de Cristo como los sodomitas contra la sumisión al juicio de Lot. Somos tan obcecados y egoístas, que si Dios no reforzara continuamente su recién implantada presencia en el corazón, los mismos nativos —las corrupciones— que aún permanecen saldrían de sus agujeros y madrigueras para comerse la poca buena conciencia que nos queda. Nuestras mejores intenciones serían, para estos devoradores, como migas de pan para los pájaros.

3. La naturaleza del plan de Dios

La tercera razón para depender de la fuerza de Dios reside en la naturaleza de su plan redentor y preservador. Dios hizo prioritario el llevar a los creyentes al Cielo, de manera que fuera recuerdo constante de su amor y misericordia. Él es un Padre sabio, que conoce el temperamento liviano hasta de sus hijos más obedientes. Por ello piensa ayudarlos visitándolos a menudo y poniendo en sus manos vacías esta o aquella gracia, justo cuando más falta hace. Esta comunicación acentúa doblemente su amor y su gracia; nos recuerda la fuente de toda bendición, y nos asegura que nuestras necesidades siempre se cubrirán.

Cuando encuentras algún consuelo en el alma, fuerza en el deber, apoyo ante la tentación, ello destila una dulzura especial en tu vida al considerar a aquel Amigo que ha enviado tales bendiciones. Estas no salen de tu almacén, ni de otra persona. Es el Padre celestial quien entra calladamente y deja el dulce perfume de su consuelo. Es su Espíritu bondadoso quien sujeta tu cabeza y tranquiliza tu corazón en lo más recio de la prueba. Es su aroma penetrante lo que evita que desmayes en la incredulidad. ¿Qué alma, así consolada, dudaría por un instante del amor y el cuidado de su Padre?

Te pregunto: ¿Qué amigo te ama más? ¿El que sabiendo de tu necesidad te extiende de inmediato un cheque, lo echa al correo y considera que ha cumplido con su deber para contigo, o aquel que lo deja todo, viene a tu casa y no se marcha hasta estar seguro de que se han suplido todas tus necesidades? Y aún entonces no ha terminado; vuelve una y otra vez hasta que la

crisis pasa del todo. A menos que seas demasiado orgulloso para reconocer a tu benefactor, o ames el dinero ante todo, seguramente preferirás el consuelo del segundo.

Dios es esta clase de amigo. Viene a nuestros corazones, mira la despensa, ve lo vacía que está, y envía su provisión para llenarla. “Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (Mt. 6:32,33), y las recibiréis. Él sabe que necesitas fuerza para orar, oír, sufrir por él; confía en él para mantener llena esa despensa.

Dios escoge este método para asegurar que no nos falten las fuerzas. Si se dejaran las provisiones en nuestras manos, pronto seríamos negociantes en quiebra. Dios sabe que somos débiles, como jarras agrietadas... Si nos llena del todo y nos deja, pronto se sale el contenido. De manera que nos pone bajo la fuente de su poder y nos llena constantemente. Esta fue la provisión que se le dio a Israel en el desierto: él abrió la peña y no solo se aplacó la sed del momento, sino que el agua corrió tras ellos como un arroyo, de forma que ya no se oyeron más quejas a causa del agua. Esta roca era Cristo. Todo creyente tiene a Cristo por respaldo, siguiéndole en el camino, con fuerzas para toda situación y prueba.

4. La naturaleza de Dios

Finalmente el creyente debe depender de la fuerza divina, ya que esta idea resulta en mayor progreso de la gloria de Dios (Ef. 1:4,12). Si Dios te diera un suministro vitalicio de su gracia al principio, y lo dejara de tu cuenta, lo considerarías muy generoso. Pero se incrementa aún más en la cuenta corriente que él abre a tu nombre. Ahora no solo debes reconocer que tu fuerza viene de Dios en primer lugar, sino que continuamente estás en deuda por cada entrega de dicha fuerza que recibes en tu carrera cristiana.

Cuando un niño viaja con sus padres, todos sus gastos los cubre el padre, no él mismo. Igualmente, ningún creyente dirá al llegar al Cielo: “Este es el Cielo que he ganado con el poder de mi fuerza”. No, la Jerusalén celestial es una ciudad “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10). Cada virtud es una piedra del edificio, y su coronamiento se coloca en la glo-

ria. Algún día los creyentes verán claramente que Dios no solo fue el Fundador al principio, sino también el Benefactor para terminarlo. La gloria de la obra no se repartirá —algo para Dios, algo para la criatura—; todo será íntegramente de Dios.

Un aviso solemne

¿Procede la fuerza del cristiano del Señor y no de sí mismo? Entonces la persona fuera de Cristo debe ser una criatura débil e impotente, incapaz de hacer nada por su propia salvación. Si un árbol no puede crecer sin la savia de la raíz, ¿cómo podrá un tronco podrido, sin raíz, reavivarse por su cuenta? Es decir, que si un cristiano dotado con la gracia de Dios debe depender continuamente de la fuerza divina, entonces, seguramente, aquel que está fuera de la gracia de Dios, muerto en pecado, nunca podrá producir esta fuerza en sí mismo. No ser regenerado es ser impotente: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Ro. 5:6).

La filosofía del humanismo hace tiempo que ha sido pretendiente del orgullo humano. Se jacta de su fuerza y su sabiduría natural, y lo halaga con promesas de grandes hazañas hoy y del Cielo después. Dios mismo ha desbaratado a estos constructores de Babel, y ha proclamado su preeminencia por toda la eternidad. ¡Malditos sean para siempre tales hijos del orgullo que confían en el poder de la naturaleza, como si el hombre, con sus propios ladrillos y cemento de capacidades naturales, pudiera abrirse camino al Cielo! Los lectores que aún siguen en su estado natural, ¿quieren hacerse sabios para la salvación? Entonces háganse primero necios ante sus propios ojos. Renuncien a esa sabiduría carnal que no puede percibir lo espiritual, y pidan sabiduría a Dios, el cual da sin reprensión (*cf.* Stg. 1:5).

Y en cuanto a los creyentes, sabiendo que su fuerza está en el Señor enteramente y no en sí mismos, permanezcan humildes, aun cuando Dios más les esté utilizando y bendiciendo. ¡Recuerda, cuando tienes puesto tu mejor traje, quién lo hizo y lo pagó! El favor de Dios no es hechura de tus manos, ni precio de tu valor. ¿Cómo jactarte de lo que no compraste? Si te apropias indebidamente del poder de Dios y lo acreditas a tu propia cuenta, él

pronto hará una auditoría y volverá a tomar lo que siempre ha sido suyo. Aun cuando parece más generoso con tu paga espiritual, la cuenta sigue estando a su nombre, y podría devolverte a la más absoluta pobreza si malversaras su gracia.

Entonces, anda humildemente ante Dios y utiliza bien tus fuerzas, recordando que son fuerzas prestadas. ¿Qué clase de persona malgasta lo que mendiga? ¿Y quién dará limosna a un mendigo que tira lo que se le ha dado? ¿Cómo mirarás a Dios a la cara para pedirle más, si malgastas lo que ya has recibido por gracia?

IV. LA ADMONICIÓN PARA APROPIARSE DE “EL PODER DE SU FUERZA”

Pablo continúa la exhortación subrayando de nuevo la fuente de nuestra fuerza: “...Y en el poder de su fuerza”. Dos preguntas se plantean aquí: 1) ¿Qué quiere decir “el poder de su fuerza”?; y 2) ¿Cómo se apropia el creyente de ese poder?

¿Qué es el poder de su fuerza ?

En términos sencillos, es *su poderosa fuerza*. Es como otro pasaje que dice: “Para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:6); y que significa: “Para alabanza de su gloriosa gracia”. A veces se describe al Señor como “poderoso y fuerte”, otras como “todopoderoso”. Lo importante es comprender el significado del poder infinito y total de Dios.

Apropiamos del poder de Dios

¿Cómo se conecta el creyente con esa fuente de poder? Fortalecerse en el poder de la fuerza del Señor requiere dos actos de fe. Primero, hay que ser firme y estar totalmente persuadido de que el Señor es todopoderoso. Esta es una verdad fundamental. Y segundo, no solo hay que creer que el Señor es todopoderoso, sino también que ese poder supremo suyo está disponible para tu defensa. Dios espera que te enfrentes a toda prueba y tentación apoyado en su brazo.

Como un padre da la mano a su hijo cuando pasan por un camino abrupto, Dios ofrece su poder para que se aferre al mismo la fe de sus santos. Lo hizo con Abraham, Isaac y Jacob, cuya fe puso a prueba más que la de la mayoría de sus hijos antes o después, porque ninguna de las grandes cosas que les prometió se cumplió durante su vida en la tierra. Entonces, ¿cómo se reveló Dios a ellos? Lo hizo demostrando este atributo de su poder (*cf.* Ex. 6:3). Era todo lo que tenían para mantenerse firmes. Vivieron fructíferamente y murieron triunfantes, legando la promesa a sus hijos. Nunca dudaron, porque era el Dios Todopoderoso quien había hecho la promesa.

Tres razones para confiar en el poder de Dios

1. Su historial

A lo largo de la historia Dios ha demostrado la suficiencia de su poder, pero no resulta fácil creer que él sea todopoderoso. Moisés mismo era una estrella de primera magnitud en cuanto a la gracia, pero mira como parpadea y flaquea su fe hasta superar las dudas. “Seiscientos mil de a pie es el pueblo en medio del cual yo estoy; ¡y tú dices: Les daré carne, y comerán un mes entero! ¿Se degollarán para ellos ovejas y bueyes que les basten?” (Nm. 11:21,22). Este creyente perdió de vista por un momento el poder supremo de Dios, y empezó a cuestionar que él pudiera cumplir con su palabra. Igual podría haber dicho lo que obviamente pensaba: “Dios, ¿no habrás sobrestimado tu poder esta vez? ¡No se puede hacer lo que has prometido!”. Porque así interpreta Dios su razonamiento: “Entonces Jehová respondió a Moisés: ¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová?” (v. 23).

Lo mismo se ve en el caso de María en el Nuevo Testamento: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Jn. 11:32). Y su hermana Marta añade: “Señor, hiede ya, porque es de cuatro días” (v. 39). Ambas eran piadosas, pero tenían serias dudas respecto al alcance del poder de Cristo. Una lo limitaba en cuanto al *lugar* —“si hubieses estado aquí”—, ¡como si él no hubiera podido salvar la vida de Lázaro igual estando ausente que presente! La otra lo limitó en cuanto al *tiempo* —“hiede ya”—, como si Cristo llegara tarde con su

remedio y la tumba no fuera a entregar a su cautivo al dar la orden. A pesar de su incredulidad, Dios se mostró fiel.

Ahora bien, creyente, antes de señalar las arrugas de la fe de ellos, busca primero los agujeros que hay en la tuya. No tengas tan alta opinión de ti mismo como para pensar que tu propia fe no necesita un esfuerzo constante para reconocer el poder supremo de Dios. Cuando ves cómo estos héroes de la fe tropiezan en esa clase de tentación, ¿cómo puedes tener ese tipo de confianza?

2. Tu dilema presente

Sin la fuerza de Dios no puedes resistir en la hora de la prueba. El desafío supera a la fortaleza humana. Supongamos que toda tu fuerza está ya comprometida en fortalecer tu alma contra la tentación, y que Satanás está constantemente debilitando tu resolución; ¿qué harás entonces? Que no cunda el pánico. Manda a la fe que clame ante la ventana de Dios —como el hombre de la parábola que pidió pan del vecino a medianoche—, y Aquel que guarda su pacto eternamente te proveerá. Cuando la fe falla, sin embargo, y el alma no tiene a quién enviar en busca de la intervención divina, la batalla casi ha terminado y en el mismo instante Satanás cruzará el umbral.

Cuando estés en medio de la prueba, no te rindas desesperado. ¡La fe es una virtud obcecada! A no ser que tu alma niegue rotundamente el poder de Dios, este mensajero —la fe— recorrerá el camino bien marcado hasta el Trono. La duda hiere, pero no incapacita a la fe. De hecho, a la vez que vacilas acerca de la misericordia de Dios y dudas de si acudirá en tu rescate, la fe se abrirá camino, aunque sea lentamente, hasta su presencia. Y el mensaje que allí entregue será: “Si quieres, puedes hacerme limpio”.

Pero si finalmente decides que Dios *no puede* perdonar ni salvar, *ni puede* rescatarte, esto le da el golpe mortal a la fe. Entonces tu alma caerá a los pies de Satanás, demasiado desanimada para mantener la puerta cerrada ante la tentación. Recuerda esto: aquel que abandona su fe en medio de la sequía espiritual se puede comparar con el necio que tira su jarra el primer día que el pozo se seca.

3. Su deseo eterno

Siempre ha sido y será la voluntad del Padre que solo confiemos en él. Dios exige que se le llame Todopoderoso; insiste en que confiemos en él. Un hijo sabio hace la voluntad de su padre. Se puede llamar al hombre sabio, misericordioso, fuerte; pero solo Dios es omnisciente, omnipotente, omnimisericordioso. Cuando quitamos el prefijo *omni*, rebajamos a Dios llamándolo por el nombre de una criatura, y él no nos responderá. Su insistencia sobre el particular se acentúa de varias maneras...

Primero, por su estricto mandamiento de darle la gloria por su poder. Dios ha dejado claro en su trato con los hombres que *todo* poder es suyo, y que no comparte su gloria con nadie más: “[No] temáis [...]. A Jehová de los ejércitos, a él santificad” (Is. 8:12,13). Y no solo en medio de una demostración maravillosa de su poder. En la hora más oscura, en las circunstancias más inadecuadas, la fe debe presentarse ante el Padre con alabanzas por su grandeza.

La severa disciplina que Dios administra cuando dejamos de confiar en él también demuestra la importancia de reconocer su omnipotencia. Nuestra fe le importa tanto a Dios que a veces disciplina a sus hijos más amados cuando tropiezan en esta área. Espera que confiemos en él aun cuando no damos la talla. No debemos discutir ni razonar: hemos de someternos y aferrarnos a la promesa de su poder derramado por nosotros. Zacarías simplemente preguntó al ángel: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada” (Lc. 1:18). Por atreverse a cuestionar la amplitud del poder de Dios, se quedó mudo al instante. Dios anhela que sus hijos crean su palabra, y no discutan su poder. La marca que distinguía la fe de Abraham era que estaba “plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Ro. 4:21).

Para estimular nuestra confianza, el Señor a menudo interviene de maneras poderosas a favor de su pueblo. A veces permite que surja la oposición, para que en el momento preciso se levante un pilar magnífico en memoria suya. Este pilar se alzará sobre la ruina de aquello que disputó su poder. Así, cuando él interviene, todos tienen que decir: “¡Aquí obró el Omnipotente!”.

Tal fue el caso de Lázaro. Cristo se mantuvo lejos hasta que este murió, para dar mayor demostración de su poder. Dios a veces empleaba este mismo método en el Antiguo Testamento. Recuerda el *éxodo*, por ejemplo. Si Dios hubiera sacado a Israel de Egipto mientras José gozaba del favor de la corte, habrían salido fácilmente. Sin embargo, él reservó su liberación para el reino de aquel Faraón soberbio que los oprimía y satisfacía sus deseos con ellos, a fin de que sus hijos supieran sin lugar a dudas Quién los había liberado.

La intervención precisa de Dios es la confirmación para que creas que puedes reclamar su poder supremo para tu defensa y ayuda en toda prueba y tentación. Dios sacó a Israel milagrosamente de Egipto, ¿pero los puso al otro lado del mar Rojo para que buscaran el camino a Canaán por su propia fuerza y habilidad? No, los llevó, “como trae el hombre a su hijo, por todo el camino” (Dt. 1:31).

Dios prepara al alma para salir de entre las garras de Satanás, y luego la saca del Egipto espiritual por su gracia regeneradora. Cuando el creyente emprende la marcha y todos se levantan en su contra, ¿cómo cruzará a salvo todas las fronteras del enemigo? Dios mismo lo rodeará con los brazos de su fuerza eterna. Somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación” (1 P. 1:5). El poder de Dios es aquel hombro sobre el cual Cristo te lleva a ti, su oveja perdida, a casa, con gozo en el camino (*cf.* Lc. 15:5). Los brazos eternos de su fuerza son alas de águila, sobre las que te lleva segura y amorosamente a la gloria (Ex. 19:4).

El quíntuple lazo que asegura el poder de Dios

1. Su estrecha relación con los creyentes

La relación de Dios con sus santos asegura su poder para con ellos. Eres su amado hijo, y la mayoría de los padres cuidan de los suyos. Hasta la torpe gallina corre para reunir a sus polluelos bajo sus alas ante el peligro. ¿Cuánto más Dios, Creador de tales instintos en sus criaturas, empleará toda su fuerza para defenderte? Una madre sentada en su casa oye un grito afuera y, al reconocer la voz, dice al instante: “¡Es mi hijo!”. Lo deja to-

do y corre a él. Dios responde como el corazón de una madre a la voz de sus hijos.

2. Su gran amor a los creyentes

El amor de Dios para con los santos pone en marcha su poder. El que tiene el corazón de Dios, no carece de su brazo. El amor reúne todos los demás sentimientos y pone en marcha todos los poderes del ser. Así, en Dios, el amor hace obrar sus otros atributos; todos están listos para ejecutar su voluntad. Dios considera a todas sus criaturas, pero el alma creyente es el objeto de su amor más cariñoso, el mismo que siente por su Hijo (Jn. 17:26).

Cuando un alma cree, entonces el propósito eterno de Dios y su voluntad para con ella, escogida en Cristo antes de la fundación del mundo, se lleva a término. ¿Te imaginas el amor de Dios por un hijo que ha llevado tanto tiempo en el vientre de su eterno propósito? Si Dios se deleitaba en su plan antes de dar forma al mundo, cuánto más se deleita al ver la plena fruición de su labor en el alma creyente. Habiendo obrado hasta aquí su voluntad, seguramente despertará todo su poder para aquel creyente, antes que dejarse robar su gloria a pocos pasos del hogar.

Dios nos demostró el valor de un alma por el precio que pagó. Le costó mucho, y lo que se gana tan duramente no se rinde con facilidad. Él derramó la sangre de su Hijo para comprarte, y derramará su propio poder para guardarte.

Un padre terrenal se goza en ver sus buenas cualidades reproducidas en sus hijos. Dios, el Padre perfecto, anhela ver sus atributos reflejados en sus santos. Es esta imagen de Dios reflejada en ti lo que enrabia tanto al Infierno, y contra ella lanzan los demonios sus armas más potentes. Cuando Dios te defiende, también se defiende a sí mismo. Sabiendo que la lucha es de Dios, ¡seguramente no te dejará salir a la guerra a tus propias expensas!

3. Su pacto eterno

El pacto de Dios incluye su poder supremo. Pone su mano y sello a la promesa, y como los montes alrededor de Jerusalén, es firme e inamovible. Como es su Nombre, así es su naturaleza:

un Dios que mantiene el pacto eternamente. No se reparte a sí mismo como si fuera migas de pan para los pajarillos: unas migas aquí, un mendrugo allá... Te permite reclamar todo lo que tiene. Hace su pacto con todo creyente. Si alguno se quedara solo para batallar según su propia capacidad, los fuertes probablemente tendrían más posibilidades de mantenerse, y los débiles de caer. Pero en el castillo del pacto todos están seguros, porque *todos* descansan en el poder de su fuerza.

4. Su propio compromiso

Ya que Dios exige nuestra confianza, está obligado a demostrar su fidelidad. Todas sus promesas son *sí* y *amén*; por tanto, se ha comprometido a utilizar su poder en nuestra defensa.

¿Adonde podemos huir ante la necesidad o el peligro del pecado, de Satanás o de sus instrumentos, si no es a Dios? “En el día que temo, yo en ti confío” (Sal. 56:3). Cuando buscas refugio en Dios, puedes estar seguro de que él no te entregará traicioneramente al enemigo. Tu dependencia de él despierta su omnipotente poder en tu defensa, tan cierto como el llanto del recién nacido despierte a su madre sin importar la hora. Dios ha hecho el mayor juramento que pudiera salir de sus sagrados labios: todos los que huyen a él encontrarán en él un refugio, una fuerte consolación (*cf.* He. 6:17,18). Esto debe dar a tu fe valentía para esperar un refugio tranquilo cuando busques la protección de Dios. Una vez establecido su Nombre y sus promesas como torre fuerte, Dios llama a su pueblo a sus cámaras, y espera que entren y se sientan como en casa.

5. La intercesión de su Hijo

La presencia y actividad de Cristo en el Cielo recuerdan a Dios su decisión firme de defender a los santos. Él nos ha prometido que una de las actividades eternas del Salvador en el Cielo es interceder siempre ante el Padre por nosotros. La intercesión es puramente un oficio de misericordia para con los creyentes, a fin de que se les dé lo que necesiten para hacer todo lo que Dios ha prometido. Jesucristo es nuestro embajador para ver que todo discurra entre nosotros y Dios según lo acordado. Aunque Cristo está sentado en su lugar exaltado al lado del Padre, y fue-

ra de la tormenta en cuanto a su propia seguridad, sus hijos se han quedado atrás, en la batalla con Satanás. Ellos permanecen en su corazón y no los olvidará ni por un momento. Véase la prontitud con que envió el Espíritu Santo a los apóstoles después de ascender. Casi en el momento de calentar un poco su asiento al lado del Padre, Cristo ya había enviado al Espíritu para consolar no solo a los primeros cristianos, sino a todo creyente hasta su regreso.

Ocasiones para hacer uso del poder de Dios

Una vez que te des cuenta de que el Dios omnipotente tiene la potestad en tu vida, dejarás de preocuparte por la forma de batallar contra tus enemigos. No hay asalto lo bastante fuerte para derrotarle a él, y nada puede penetrar tus defensas sin su permiso.

El diablo fue lo bastante listo como para pedirle a Dios que quitara el cerco alrededor de Job antes de lanzar su ataque, pero los hombres generalmente no son tan conscientes del poder de Dios. Su propia ceguera espiritual los engaña, haciéndoles suponer que el asalto al creyente se lanza contra un mero hombre. Es posible que no puedan ver más allá de su nariz, pero se lanzarán contra un creyente esperando terminar pronto con él. No saben que las tropas que defienden al creyente son innumerables, porque la línea de suministro desde el Cielo no la puede bloquear nadie sino Dios mismo.

Los egipcios pensaron tener atrapados a los israelitas cuando los vieron llegar a la orilla del mar. El faraón se jactaba: “Encontrados están en la tierra” (Éx. 14:3). Y así habría sido si no hubiera intervenido el poder supremo que los llevó a buen puerto. Pero en cuanto pasaron este peligro, se encontraron en el desierto, sin cobijo. Allí vivieron durante 40 años sin comercio ni labranza, sin robar ni pedir de las naciones colindantes.

¿Qué no podrá hacer el poder supremo para protegernos de la ira y el poder de los enemigos, sean hombres o demonios? La Biblia está llena a rebosar de relatos de la suficiencia absoluta de Dios. Igual que su poder se interpuso entre los israelitas y los egipcios, también estuvo con Josué en Jericó, y se enfrentó a Go-

liat en el valle de Ela. Este mismo poder expulsó a los demonios del gadareno, y resucitó al hijo de la viuda.

¿Acaso su poder se ha debilitado hoy, o se han fortalecido nuestros enemigos? Ciertamente no, aunque los hombres malvados actuales parecen más descarados que los enemigos de los santos de ataño. Entonces, a menudo huían ante la presencia de Dios entre su pueblo, mientras que hoy muchos prefieren dar el crédito de su derrota al mismo Satanás en lugar de reconocer a Dios en el asunto. Consuélate con esto: Dios ama tanto a sus hijos que no vacilará en dar naciones enteras por su rescate si su providencia así lo decreta. Abrió el vientre mismo de Egipto para salvar la vida de su hijo Israel (Is. 43:3).

Las demostraciones constantes del poder de Dios para con sus hijos presentan un fuerte contraste con la impotencia de los que están sin Cristo. El poder supremo de Dios es un manjar, e igual que lo puso delante de Abraham y Moisés, lo ofrece a los creyentes de toda época. Y mientras ellos se sacian, el pecador desvergonzado pide limosna. No puede disponer ni de una gota de poder celestial para su propio uso. Dios, a través de su siervo Isaías, avisa a los pecadores: “He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed” (Is. 65:13).

Dios es omnipotente en el perdón, pero no utilizará su poder para el pecador desvergonzado. Puede salvar y ayudar en la necesidad, pero si no te has arrepentido, ¿cómo podrás esperar su ayuda? El mismo poder que Dios derrama en la salvación del creyente se derramará para tu condenación, porque él se ha comprometido con juramento a destruir toda alma impenitente.

¿Qué narcótico esparce Satanás sobre las almohadas de los no regenerados? ¿Cómo pueden dormir tan bien aun después de haberles avisado de las consecuencias de pasar por alto el ultimátum de la gracia de Dios? Pecador, Satanás puede engañarte para que creas que hace falta valor o sabiduría para rechazar los términos de la misericordia de Dios, pero realmente es el colmo de la necedad. Tu destino eterno está en las manos de Dios. Si no tratas con él ahora, tendrás que responder ante sus cargos después. Sabe bien que “¡horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (He. 10:31).

Y tú, creyente, cobra fuerzas sabiendo que el fuerte brazo de Dios se extiende hacia ti, no con ira sino con amor. Con la misma fe que reconoces la existencia de Dios, cree también esto: que su poder supremo es tu amigo seguro. Puedes ponerlo a prueba en las siguientes circunstancias...

1. Cuando estás abrumado por el pecado

Puedes estar completamente seguro de que no hay pecado tan poderoso que sobrepase el poder de Dios. ¡Un Todopoderoso es más que muchos “fuertes!” . Él ha demostrado su anhelo de rescatarte una y otra vez. Provocado al límite por los pecados de su pueblo, ¿qué hace? ¡Les da una dulce promesa! Declara: “No ejecutaré el ardor de mi ira”. ¿Y por qué no? “Porque Dios soy, y no hombre” (Os. 11:9). Es como si dijera: “¡Te demostraré la *omnipotencia* de mi gracia!”.

¿Quién duda de la omnipotencia de Dios? Sabemos que él tiene *poder* para perdonar si quiere hacerlo. Pero aún hay más consuelo para el creyente: el que estriba en su *pacto* de perdón. Como nadie puede comprometer a Dios sino él mismo, así nadie puede romper ese compromiso que él hace consigo mismo. Estas son sus palabras: “Seré amplio en perdonar” (*cf.* Is. 55:7). En otras palabras: “Ahogaré tus pecados en mi misericordia y derramaré todo lo que tengo, para que no se diga que mi bien ha sido vencido por tu mal”.

Entonces, cuando Satanás te aterroriza con sus terribles acusaciones contra tu alma, puedes decir con confianza, “Dios mismo es el que me justifica. Ha prometido restaurar mi vida si me someto a él. ¿Alguna vez ha roto una promesa? Por tanto me he entregado a él como fiel Creador”.

2. Cuando te vence la tentación

Si temes algún día caer en la tentación, aférrate a la fuerza de Dios ahora y refuerza tu capacidad de resistir. Cree que tendrás victoria en el día de la prueba. Tu Padre vigila estrechamente mientras estás en el valle luchando; tus gritos de socorro le hacen correr en tu ayuda. Josafat pidió socorro en la lucha contra sus enemigos, y el Señor lo rescató (*cf.* 2 Cr. 20). Puedes estar igualmente seguro de su ayuda cuando estás contra la pared.

Recuérdale frecuentemente su promesa: “El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14).

Aunque la palabra *omnipotente* no aparece en este versículo, está implícita en esta y en todas las promesas. Decláraselo a tu alma: “¡El pecado no se enseñoreará de ti, dice el Dios Omnipotente!”. Ahora, si vas a cobijarte en este atributo, debes mantenerte a su sombra. ¿De qué sirve la sombra de la roca fuerte si nos sentamos al sol? Es decir, si nos alejamos de la protección divina aventurándonos al calor de la tentación, no debemos sorprendernos cuando nuestra fe se debilita y tropezamos, cayendo en el pecado. Somos débiles en nosotros mismos: nuestra fuerza está en la roca de la omnipotencia de Dios. Él ha de ser nuestro refugio constante.

3. Cuando te oprime el deber cristiano

Tal vez encuentras el deber de tu llamamiento demasiado pesado para tu débil fe. Busca en Dios la fuerza. Cuando estás hartado de tu trabajo y, como Jonás, dispuesto a huir, alientate con las palabras de Dios a Gedeón: “Ve con esta tu fuerza [...]. ¿No te envío yo?” (Jue. 6:14). Empieza la obra que Dios te ha dado y tendrás su fuerza de tu parte; huye de tu trabajo, y la tendrás en tu contra. Él enviará alguna tormenta para devolver a su siervo fugitivo a casa.

¿Estás llamado a sufrir? No te acobardes. Dios conoce los límites de tu fuerza. Él puede poner la carga tan equilibradamente sobre tus hombros que casi no la sentirás. Pero eso no es todo: siempre te vigila, y cuando tropiezas te recoge —con carga y todo— y te lleva a tu destino acurrucado en el seno de su promesa: “Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida” (1 Co. 10:13). ¿Cómo vas a lamentarte cuando estás envuelto en su pacto? Tu Padre celestial anhela tanto cuidarte que, mientras tú le pides tímidamente una migaja de paz y gozo, él desea que abras la boca todo lo que puedas, para poder llenarla. Cuanto más pidas, mejor; y si más pides, más cariñosamente te acoge.

Ve pronto ahora. Escudriña tu corazón entero y reúne tus debilidades. Ponías delante del Todopoderoso, como la viuda

puso sus vasijas vacías ante el Profeta. Espera un milagro o la liberación de los recursos inagotables de Dios. Si tuvieras más vasijas para traer, te las llenaría todas.

Dios tiene fuerza bastante para dar, pero no tiene fuerzas para negar. Lo digo con reverencia: en este aspecto el Todopoderoso es débil. Hasta un niño, el más débil en la gracia de su familia, que solo puede susurrar: “Padre”, puede convencerle. No dejes que la debilidad de tu fe te aleje de la presencia de Dios. Al ver las pálidas mejillas y el aspecto demacrado de tu fe, tu amor y tu paciencia, su corazón compasivo se conmovirá y eso será un fuerte argumento para su ayuda.

Cuatro razones por que el poder de Dios a veces se oculta

Pero un alma desanimada dice: “He orado una y otra vez pidiendo fuerza ante la tentación, ¡y hasta hoy tengo las manos débiles! Por mucho que me esfuerce, no puedo resistir. Si realmente me es posible reclamar el poder de Dios, ¿por qué no tengo la victoria en mi vida cristiana?”

1. Puede que hayas pasado por alto el poder de Dios

Mira de nuevo, y sin duda verás alguna fuerza que te ha pasado desapercibida antes. Tal vez oraste esperando que Dios respondiera de cierta manera; pero mientras lo esperabas mirando por la ventana delantera, él entró por la puerta de atrás. Esto es: esperaste un alivio repentino de la prueba, pero en su lugar Dios te dio fuerza para orar con mayor fervor. ¿Es eso nada? Cualquier médico te dirá que cuanto más fuerte llora un niño, más fuerte es.

No solo esto. ¿No ves que tienes mayor poder de abnegación que antes? Es decir, ¿no te humilla cada vez más la espina clavada en tu carne? Si es así, has luchado con un fuerte oponente —tu orgullo— y has luchado bien. ¿Qué cosa más dura y contra naturaleza hay que obligar al orgullo carnal a doblar la rodilla delante de Dios?

2. Dios puede demorarse a propósito

Cuando has esperado todo el tiempo que estás dispuesto a esperar, y Dios aún no ha respondido, no dejes que tu propia impaciencia le acuse de ser negligente. En su lugar, di: “Mi Padre es más sabio que yo. Enviará lo necesario cuando haga falta. Sé que si retrae su mano al presente, solo es porque sabe más que

yo.” Una razón para aplazar la liberación es darnos la oportunidad de crecer en la fe. Cuando una madre enseña a su hijo a andar, se aleja un poco y extiende su mano al niño, llamándolo. Si ejerce su fuerza acercándose al pequeño, eso no sirve, porque el niño no puede entonces ejercitar sus piernas débiles. Si lo ama, le dejará sufrir un poco al presente para asegurar su salud futura. Igualmente, ya que Dios ama a sus hijos, a veces los deja luchar para fortalecer las piernas de su fe.

No solo esto; también puede utilizar las pruebas como ocasión de mayor demostración de su poder. Supongamos que un niño anda por la orilla de un río; se resbala, y corre verdadero peligro. ¿Qué hace su madre? ¡Corre enseguida a salvarlo! Y sus brazos nunca antes fueron tan fuertes para consolarlo como en tal circunstancia.

Puede que seas una pobre alma débil en la fe y a punto de hundirte; pero hasta hoy perdura tu gracia, aunque haga aguas. ¿Hay mayor demostración del poder de Dios que ver cómo se remolca este barco afligido y fatigado por la tempestad ante una armada de pecados y demonios, para llegar al buen puerto de Dios? ¡Qué gran tributo a su poder, el que una nave tan débil derrote a todos los acorazados de Satanás!

3. El estorbo a la bendición puede estar en ti

Si tu corazón no está bien seguro cuando clamas por liberación, la fuerza no vendrá. Pregúntate lo siguiente cuando te sientas alejado del poder de Dios:

¿Confío realmente en Dios, y únicamente en él, para satisfacer mi necesidad? ¿O estoy dependiendo de mi resolución, de mi pastor o de otra fuente externa? Todas estas cosas son buenas, pero solo son servidores de Dios. Pasa por ellas hasta llegar a Cristo mismo. Tócale, y la liberación es tuya.

¿Doy gracias por la fuerza que tengo? En una carrera de larga distancia, los corredores emplean más de una velocidad. Tal vez te desanimas cuando ves a tantos fuertes adelantarte camino a la gloria. En lugar de gritar tras ellos, ¡da gracias porque tienes alguna fuerza! Aun el puesto más bajo en el ejército de los santos es de un gran honor. ¿Estás en la carrera? Es por la gracia de Dios, únicamente; dale gracias por el privilegio. Recuerda: todos los que terminan la carrera —hasta el creyente más débil— son ganadores.

¿Ha bloqueado mi orgullo el fluir del poder de Dios? Dios no enviará más poder si lo utilizas para tu propio provecho. Ten en cuenta lo rápidamente que te alejan de él las alas de tu orgullo. Porque te ama, te quitará tu porción de poder si esta te priva de la comunión con él. Todo esto lo hace por tu bien; para que cuando se ahogue tu orgullo, eso te obligue a volver a él.

4. Dios puede llamarte a perseverar en situaciones críticas

Tal vez nada de lo expuesto responda a tu caso individual. Tu corazón está bien con Dios; has esperado sinceramente en oración, pero Dios retrae su mano. Entonces tienes que vivir y morir en la espera, porque puede que sea lo apropiado. ¿Qué mayor evidencia de tu fe y de la obra de la gracia de Dios en ti que perseverar hasta el fin?

Consuélate con la promesa de que cuando estés en las últimas, *llegará* la fuerza. La Palabra dice: “Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Is. 40:31). El Profeta no fue enviado a la viuda antes de que esta hubiera cocido el último pan. Job no fue liberado hasta cumplirse el propósito de Dios. ¿Son tus pruebas mayores que las de Job? Esfuérzate por tener su mismo corazón, y sabrás que tu vida está en manos de un Dios lleno de tierna misericordia y compasión (*cf.* Stg. 5:11).

CAPÍTULO 2

Primera consideración: La armadura del cristiano

I. EL CRISTIANO DEBE ESTAR ARMADO

“Vestios de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Ef. 6:11).

Hemos visto que es el poder supremo de Dios, y no nuestra poca fuerza, lo que fomenta la fe y nos prepara para la batalla. ¿Pero cómo apropiarnos de este poder para nuestras vidas? Pablo nos lo dice: vistiéndonos la armadura de Dios. Vestirte de la armadura de Dios es apropiarte de su poder de forma muy personal. Primeramente, es cuestión de un corazón transformado. El que se jacta de su confianza en Dios, pero realmente no cree de corazón, nunca estará a salvo en la zona de guerra que separa el Cielo de la tierra. Si por negligencia o decisión deja de vestir la armadura de Dios y corre desnudo a la batalla, firma su propia sentencia de muerte.

Se cuenta de un fanático de Munster que valerosamente intentó rechazar a un ejército invasor al grito de: “En el nombre del Señor de los ejércitos, ¡huid!”. Pero su alma no regenerada no había recibido esa orden del General para quien pretendía luchar, y pronto pereció. Su ejemplo debe enseñarnos el alto precio que se paga por tal desatino. Oímos un lenguaje valeroso, pero necio, que sale de la boca de los más ignorantes y profanos de entre nosotros. Dicen que confían en Dios y esperan en su misericordia; y desafían al demonio y todas sus obras. Pero mientras tanto son pobres y desnudas criaturas sin tan siquiera una parte de la armadura de Dios sobre sus almas. Tal presunción no tiene sitio en el campamento del Señor.

El cristiano armado: Su provisión divina

La admonición de Pablo para que nos vistamos de la armadura de Dios tiene dos partes generales. Primera, la instrucción de lo que debemos hacer: “Vestíos de toda la armadura de Dios”; y segunda, por qué debemos hacerlo: “Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. Entonces, para empezar, cada recluta en el ejército de Cristo debe tener la armadura debida. La primera pregunta que se suscita es: ¿En qué consiste esta armadura?

1. Cristo como armadura

Se nos dice en otro lugar: “Vestíos del Señor Jesucristo” (Ro. 13:14); presentando a Jesucristo como armadura. El apóstol no solamente exhorta a los cristianos a vestirse de dominio propio en lugar de ebriedad, y de castidad en lugar de adulterio. En su lugar, les manda: “Vestíos del Señor Jesucristo”; implicando con ello que hasta que se vistan de Cristo, estarán desarmados. No es el hombre revestido de moralidad ni de virtudes filosóficas el que repele la carga de la tentación disparada por el cañón de Satanás, sino el que tiene puesta la armadura; esto es, el que está en Cristo.

2. Las virtudes de Cristo como armadura

Ahora hablaremos de “el cinto de la verdad”, etc. Se nos manda que nos vistamos del nuevo hombre (Ef. 4:24), compuesto de todas estas virtudes. Estar sin Cristo y sus virtudes es estar sin armadura.

El cristiano desarmado: Su pésimo porvenir

Una persona sin la gracia de Cristo está desnuda y desarmada, totalmente incapacitada para la lucha contra el pecado y Satanás. En el principio, Dios envió a Adán con la armadura completa, pero por un juego de manos el diablo lo desnudó. En cuanto se acabó de cometer el primer pecado, Adán y Eva estaban desnudos (Gn. 3:7). El pecado les robó la armadura y los dejó como criaturas débiles. A Satanás le costó trabajo abrir la

La armadura del cristiano

primera brecha, pero una vez que el hombre le franqueó las puertas para que entrara, se nombró rey y llevó a la corte su séquito de pecados mortales, sin desenvainar espada.

A esto voy: en lugar de confesar su pecado, Adán y Eva intentaron esconderse de Dios y lo trataron con evasivas. Se echaron las culpas el uno al otro, rechazando la responsabilidad de su desobediencia en lugar de suplicar misericordia. ¡Qué pronto endureció sus corazones el engaño! La naturaleza humana básica no ha cambiado hasta hoy. Esta es la misma condición de cualquier hijo de Adán: Satanás nos encuentra desnudos y nos hace esclavos, hasta que Dios, habiéndonos comprado con la sangre de su amado Hijo, viene para reclamar cada alma arrepentida para el servicio en su Reino.

Para mejor comprender la gravedad de estar sin la armadura de Dios, estudia estos cuatro conceptos de encontrarse desnudo y desarmado.

1. Separados de Dios

“Estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa” (Ef. 2:12). Si no eres hijo del Reino, no tienes más parte en las promesas del pacto que un ciudadano de Roma tiene en la Carta Magna de Londres. Estás solo en el mundo, sin Dios. Si te metes en problemas, habrás de presentar tu propia defensa. Pero si eres ciudadano del Cielo, Dios tiene poder para darte una inmunidad especial en cualquier situación. Y aunque el rencor del diablo se dirige contra ti, él no se atreve a pisar el terreno de Dios para tocarte sin su permiso.

¡Qué condición tan desesperada la del alma dejada a su propia defensa contra las legiones de demonios y concupiscencias! Será destrozada como una liebre entre los sabuesos; y no estará Dios ahí para frenarlos, sino Satanás para azuzarlos. Si Dios abandona a un pueblo, por militante que este sea, pronto pierde el valor y no puede luchar. Un grupo de niños podría levantarse y echarlos de su propio patio. Cuando el pánico cundió entre los israelitas al saber de gigantes invencibles y de ciudades amuralladas, Caleb y Josué los apaciguaron diciendo: “Nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de

ellos” (Nm. 14:9). ¡Cuánto más aquella alma que no tiene la defensa del Altísimo será pan para Satanás!

2. La ignorancia

Solo un alma ignorante es lo bastante necia como para salir desarmada del castillo durante un asedio. Obviamente no ha estudiado al enemigo, o sabría el peligro que hay fuera de sus puertas. Para empeorar las cosas, si lucha sin revestirse de Cristo, luchará a oscuras. El apóstol escribe: “En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor” (Ef. 5:8). Como hijo de luz, un creyente puede andar de vez en cuando a ciegas en cuanto a cierta verdad o promesa, pero siempre tiene la vista espiritual que le falta al inconverso. El hombre no regenerado es en todo momento demasiado ignorante para resistirse a Satanás, mientras que el conocimiento de la verdad del cristiano lo persigue y rescata su alma, aun cuando haya sido secuestrada por la tentación.

No te llates a engaño: las tinieblas espirituales nunca serán expulsadas si no es por la unión con Cristo. Igual que el ojo físico una vez destrozado no se puede reconstruir por medios humanos, tampoco es posible restaurar el ojo espiritual —destrozado por el pecado de Adán— mediante un esfuerzo humano o angélico. Esta es una de las enfermedades que Jesús vino a sanar (Lc. 4:18).

3. La impotencia

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Ro. 5:6). ¿Qué puede hacer el alma desarmada para romper el yugo de Satanás? No más que un pueblo desarmado para liberarse del dominio de un ejército vencedor. Satanás tiene tal poder sobre el alma que se le llama el hombre fuerte con el alma como palacio (Lc. 11:21). Si el Cielo no le molesta, no temerá un motín desde dentro. Lo mantiene todo bajo su control. Lo que hace el Espíritu de Dios en el cristiano, lo hace Satanás de forma diabólica en el pecador. El Espíritu llena el alma de amor, gozo, deseos cristianos; el diablo llena el alma del pecador de orgullo, lujuria, mentira... E igual que el borracho lleno de vino, el pecador lleno de Satanás no actúa independientemente, sino que es un esclavo impotente.

4. La amistad con el pecado y Satanás

Un alma que se niega a revestirse de Cristo se declara rebelde y se convierte en enemiga de Dios. Creo que podemos decir con seguridad que un enemigo de Dios es amigo de Satanás. ¿Y cómo hacer que alguien pelee contra su amigo? ¿Está Satanás dividido? ¿Luchará el demonio interior contra el diablo exterior?

A veces parece que el corazón carnal lucha contra Satanás, pero es una farsa, como dos espadachines en un teatro. Parecen pelear en serio, pero cuando se percibe el cuidado que tienen y a dónde dirigen los golpes, pronto resulta obvio que no quieren matarse. Toda duda desaparece al verlos después de la función, ¡disfrutando juntos de la recompensa del espectáculo! Igualmente, al ver un corazón impenitente que hace grandes gestos contra el pecado, síguelo al salir del escenario de las buenas obras, donde ha ganado su reputación de santo haciendo el hipócrita, y allí sin duda lo verás junto a Satanás, en un rincón, tan amigos.

El enemigo y su plan diabólico

Has visto algunos de los efectos secundarios de estar sin la armadura de Dios: la ignorancia, la impotencia, la separación de Dios y la amistad con el pecado y Satanás. Si vestimos de Cristo es la cura más eficaz para estas aflicciones mortales, ¿por qué vemos a tantos rechazar la dulce medicina de su gracia?

1. La inclinación natural del alma humana

Cuando miras alrededor y observas el vasto imperio del diablo y el pequeño territorio que pertenece a los súbditos de Cristo; así como los montones de almas preciosas que están postradas bajo los pies de Satanás y el escaso regimiento de cristianos que marcha bajo el estandarte de la gracia de Cristo, tal vez te preguntes “¿Es el Infierno más fuerte que el Cielo?”; “¿Son las armas de Satanás más victoriosas que la cruz de Cristo?”. Pero al considerar lo que voy a decir, te asombrarás de que Cristo tenga *algún* seguidor y no tan pocos.

Toda persona nace en pecado (Sal 51:5). Cuando el príncipe de este mundo se acerca a un alma joven con esta o aquella

propuesta malvada, la encuentra desarmada y en su estado natural, ya conocedora de su política. Ceder al control de Satanás entonces, no causará gran revuelo en el corazón del que es pecador por naturaleza. Pero cuando Cristo hace campaña por un alma, propone cambios devastadores; y el alma egoísta, a quien le gustan las cosas tal como están, le responde con el mismo desdén que los ciudadanos rebeldes de la parábola: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lc. 19:14). Es unánime: todas las concupiscencias votan contra Cristo, y se levantan como los filisteos contra Sansón, al que llamaron destructor de su país (Jue. 16:23,24). Si la gracia de Dios no interviniera y sobrepasara el veto, todo el mundo estaría en las garras de Satanás.

Las conquistas de Satanás se limitan a las almas ignorantes y desgraciadas que no tienen fuerza ni sentido para oponerse. Nacen presos del pecado; todo lo que el diablo tiene que hacer es mantenerlos cautivos. Pero cuando asalta a un cristiano, cuya libertad se ganó en la cruz de una vez por todas, entonces está poniendo sitio a una ciudad con puertas y murallas. Tarde o temprano deberá retroceder avergonzado, sin poder arrebatar ni al cristiano más débil de la mano del Salvador. Duda de tu propia fuerza, pero nunca de la de Cristo. En tus peores luchas con Satanás, confía en *él* para sacarte del dominio diabólico con mano firme, a pesar de la fuerza y la furia del Infierno.

2. La malicia sobrenatural de Satanás

No dudes por un momento que Satanás lanzará toda su furia contra los que aman la Palabra de Dios. Hace mucho que conoce la Buena Noticia de Cristo: desde el amanecer del tiempo. Ha visto el poder de la misma demostrado una y otra vez, y sabe que contiene un arsenal de armas y ayudas para el alma abatida.

El primer asalto del evangelio contra el reino de las tinieblas hizo temblar los cimientos de este y huir a las legiones infernales. Y aún siguen huyendo. Cuando los setenta misioneros comisionados por Cristo volvieron diciendo que hasta los demonios se sometían al poder del evangelio, Cristo respondió: “Yo

La armadura del cristiano

veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc. 10:17,18). En esencia les estaba diciendo: “Lo que me contáis no es ninguna noticia para mí; yo vi como echaron a Satanás del cielo. ¡Conozco bien el poder del evangelio!”.

¿Resulta entonces asombroso que Satanás luche para derrotar al evangelio que le derrota a él? Gracias a la luz del evangelio muchos que antes eran sus amigos hallan el camino de la verdad y la vida. Por esa misma luz, los cristianos se acercan con confianza bendita a su hogar eterno. Nada le atormenta más al diablo que ver a sus antiguos compañeros dejando sus viejos placeres pecaminosos para dedicar tiempo al estudio de la Palabra. Sabe que un cristiano sin conocimiento del evangelio es tan vulnerable como un ejército sin municiones; por tanto, intenta alejarle de la Palabra mediante la persecución, o le persuade a alejarla de sí por política.

Porque es la Palabra lo que nos enseña a revestirnos de Cristo y de sus virtudes para armarnos debidamente. No te halagues pensando que puedes pasarte sin este libro precioso. Todos conocemos a aquellos que se contentan con profesar a Cristo y tener un poco de dones y obras, pero no quieren saber si hay más en la vida cristiana. Son aquellos cuyas virtudes se hiebran cuando los vientos invernales azotan su alma. Pero el cristiano cuya fe se ha aislado del error con la verdad del evangelio, podrá aguantar todo el viento helado del demonio.

La armadura y su Creador

A estas alturas ya estás avisado de sobra de las consecuencias de andar desarmado. Miremos más de cerca la armadura apropiada. No vale cualquiera; mejor ninguna que una armadura sin acreditar. Solo la armadura de Dios pasa las pruebas. Dos cosas lo demuestran.

1. Dios es el diseñador de la armadura de sus hijos

Un verdadero soldado solo va al frente con la armadura reglamentada por su general. No se deja al gusto de cada cual llevar lo que se quiera; esto daría lugar al caos. El soldado cristiano, entonces, se sujeta igualmente a las órdenes de Dios. Aunque el

ejército sea terrenal, el Estado Mayor se sienta en los cielos, y es el que decreta las directrices: “Aquí tienes tus órdenes... estas son tus armas”. Y aquellos que hacen más de lo debido o utilizan otra cosa que lo ordenado por Dios, aunque parezcan tener cierto éxito contra el pecado, seguramente se les pedirán cuentas por su osadía.

La disciplina de la guerra humana es muy estricta en este caso. Algunos se han enfrentado al tribunal militar y a la muerte aunque hayan derrotado al enemigo, por haberse olvidado de su rango o haber actuado contra las órdenes. La disciplina divina también es muy precisa en este particular. Dirá a todos aquellos que se inventan formas propias de adorarle, o que fabrican su propia penitencia: “¿Quién te pidió que lo hicieras?”. Esto es realmente ser “sabio con exceso” (Ec. 7:16), como dice Salomón, atreverse a corregir la ley de Dios y añadir nuestras propias reglas. Dios le dijo a Israel que los falsos profetas malgastaban su tiempo porque no hacían su obra (Jer. 23:32). Tú también malgastarás tu tiempo si haces algo fuera de la voluntad de Dios.

Los pensamientos de Dios no son como los nuestros, ni sus caminos son los nuestros. Si Moisés hubiera dirigido el éxodo de Israel con su propia sabiduría, sería de esperar que saqueara a los egipcios sus caballos y armas. Pero Dios quería que su pueblo saliera desnudo y a pie, y Moisés se atuvo a las órdenes. La guerra era de Dios y, por tanto, era razonable que se sometieran a su mandato. Acampaban y marchaban bajo sus órdenes; peleaban cuando él lo mandaba; y las tácticas y armas utilizadas eran las prescritas por Dios. ¿Qué aprendemos de este ejemplo? En la marcha hacia el Cielo, luchando contra los espíritus malignos y las concupiscencias que nos estorban, también debemos guiarnos por la regla de Dios, detallada para nosotros en su Palabra.

Cristiano, ten cuidado de no confiar en la armadura de Dios, sino en el Dios de la armadura. Todas tus armas son solamente “poderosas en Dios” (2 Co. 10:4). El Arca era el medio de seguridad para Israel, pero cuando la gente empezó a gloriarse en ella en lugar de en Dios, aceleró su derrota. Igualmente, los deberes y las ordenanzas, los dones y las virtudes,

son refugio de defensa para el alma; pero deben mantenerse en su lugar. Satanás tiembla como los filisteos ante el Arca al ver a un alma diligente en el uso de sus “*virtudes*”, esto es, de la paciencia, el dominio propio, la virtud, etc. Pero cuando la criatura confía más en ellas que en el Señor, está en terreno movedizo.

2. Dios hace la armadura de sus hijos y los adiestra para utilizarla

Ya hemos visto que lo que hace invencible al alma no es la armadura en cuanto tal, sino en cuanto es de Dios. ¿Es la oración armadura, o lo son la fe, esperanza y justicia? Solo si constituyen el diseño de Dios y han sido decretadas por él. Lo que es nacido de Dios vence al mundo, ya sea una fe nacida de Dios, una esperanza nacida de Dios, etc. Pero la camada falsa y adúltera de deberes y virtudes egoístas con las cuales algunos creyentes se arman, habiendo brotado de simiente carnal, no pueden ser divinas.

Escudriña la etiqueta para ver si tu armadura es hechura de Dios o no. Hay muchas imitaciones en el mercado. La política de Satanás, si no puede satisfacer al pecador con su estado desnudo y pecaminoso, consiste en darle algo débil que, en sí mismo, ni le hace bien a él ni daña al diablo. Tal vez sea la asistencia a los cultos, o las buenas obras, o alguna penitencia autoimpuesta con la cual piensa impresionar tanto a Dios como a los hombres. ¿Creen estos impostores en Dios? Bueno, esperan no ser incrédulos. Pero cómo es su armadura, de dónde salió o si resistirá en el día malo, no se paran a preguntarlo. Así mueren miles que creían estar armados contra Satanás, la muerte y el juicio, y todo el tiempo se hallaban desnudos y miserables. Esta gente está peor que quienes no tienen ni un trapo de fingimiento para ocultar sus vergüenzas al mundo.

Para la mayoría de nosotros, una copia magistral de alguna obra famosa es igual de buena que el original. Pero cuando el pintor mismo viene, puede distinguir en un momento entre lo verdadero y lo falso. Ocurre lo mismo con el hipócrita, apoyado en su propia justicia, que pretende tener fe y esperanza en Dios. He aquí un hombre ataviado con armadura resplande-

ciente, arma en mano... Con la afilada espada de su lengua mantiene las distancias tanto con el predicador como con la Palabra: “¿Quién dice que no soy santo? ¡Nombra un solo mandamiento que no guarde, un deber que descuide!”, exclama indignado. Muchos se impresionan por su apariencia de piedad. Hace falta el ojo avizor del Espíritu para exponerlo, y aun entonces es difícil convencerlo porque Satanás lo ha engañado con tanta sutileza. Primero hay que desarmarlo y desnudarlo de su inmundicia propia, porque la armadura de Dios nunca se puede poner encima del traje hecho a la medida. Por otra parte, el alma que se encuentra desnuda y humillada ante Dios está plenamente consciente de la magnitud de su necesidad y anhela ayuda. ¿Qué es más fácil, entablillar un hueso recién fracturado o intentar corregir uno que se curó torcido?

Hipócrita piadoso: niega el nombre de Cristo bajo cuyo estandarte finges marchar, o bien abandona la falsa armadura de justicia propia y ven a él en verdadero arrepentimiento. No te atrevas a llamar a ninguna cosa “armadura de Dios” si no lo glorifica a él ni te defiende del poder de Satanás.

La armadura: sus componentes

Observa que el equipo del cristiano es totalmente suficiente: “*Toda* la armadura de Dios” (Ef. 6:11). Cuando se viste correctamente, la armadura cristiana es completa en tres aspectos.

1. Todos los componentes juntos cubren al cristiano entero: alma y cuerpo

Así, pues, los poderes del uno y los sentidos de la otra están bajo protección divina. No queda expuesta ninguna parte. De otro modo, los dardos de Satanás podrían colarse por una rendija, como el que penetró por las junturas de la armadura de Acab (1 R. 22:34). Si todo va protegido menos el ojo, Satanás puede dirigir sus flechas de lujuria allí y prender fuego a toda la casa. Eva solo miró el árbol, y un dardo envenenado le atravesó el corazón. Supongamos que el ojo está cerrado, pero el oído abierto a las conversaciones corruptas. Entonces Satanás

se colará por ese resquicio. O si los sentidos físicos se guardan con diligencia, pero el corazón no, los pensamientos mismos del hombre pronto lo traicionarán entregándolo en manos de Satanás.

Los enemigos nos rodean, de forma que debemos estar armados a derecha y a izquierda (2 Co. 6:7). El apóstol dijo que el pecado es un enemigo que nos asedia (He. 12:1).

Satanás divide sus tentaciones en varios escuadrones. Emplea uno para asaltarte aquí, otro allá. Leemos acerca de la maldad carnal y espiritual. Mientras repeles la tentación enemiga de la maldad carnal, puede entrar por tus puertas la maldad espiritual. Pero tú dices: “Todos mis actos son irreprochables”. Entonces, ¿qué armadura tienes para defender tu cabeza, tu juicio? Si te sorprende en esta área y planta allí semillas de herejía, estas pronto arraigarán y ahogarán tu fe. Así vemos la falta que nos hace esa armadura universal que cubra todo el cuerpo.

2. Cada pieza tiene una función especial

Dios diseña cada pieza de la armadura para un fin específico; por tanto, el cristiano debe vestirse correctamente. Es decir, que de nada sirve cubrir el corazón con el yelmo, ni sujetar el escudo donde debería ir la coraza. De hecho hay una serie de virtudes, cada una con su función, para llevar vida y salud al alma; igual que la red de venas y arterias que lleva la sangre por el cuerpo. Si pinchas una vena, la sangre de todo el cuerpo puede escapar por la herida; si abandonas un deber, la fuerza de todas las virtudes se puede perder.

Pedro alentó a los creyentes a aumentar todo el conjunto de la gracia. La verdadera salud, ¿no es cuando prospera todo el cuerpo? La fe es la gracia que encabeza la procesión. Si tienes fe, añade la virtud: “Añadid a vuestra fe, virtud”, dice Pedro (2 P. 1:5). Estas virtudes se benefician mutuamente. Las buenas obras y los actos de misericordia reciben vida de la fe; la fe, a su vez, aumenta y se fortalece con las obras. Eso dice Martín Lutero.

Tus obras pueden llevar un fruto de aspecto delicioso, pero no estarás a salvo de la corrupción diabólica sin añadir a la vir-

tud el conocimiento. Este es para la fe como el sol para el granjero. Sin el conocimiento, la fe no ve para poder obrar. Ni la obra terminada se inspecciona adecuadamente a la pobre luz de las medias verdades. Si no te instruyes en la verdad del evangelio, Satanás utilizará tu ignorancia para estorbar tu crecimiento espiritual. Él tiene una idea ingeniosa para cada ocasión. En un caso, puede intentar persuadirte de que no eres lo suficientemente humilde, y hacer que los abrojos de la autocondenación ahoguen la seguridad de tu salvación. En otra, te halagará con un sentido falso de orgullo por tu humildad, y la plaga de la justicia propia destruirá la cosecha de fruto espiritual en tu vida. A Satanás le da igual la mentira que utiliza: una vale tanto como otra si puede hacértela creer.

Pero el conocimiento no es el final de la obra de la gracia. Hay que añadir el dominio propio. Sin él, tanto la fe como la razón pronto pueden ceder su lugar a los placeres temporales. El dominio propio es un excelente mayordomo: inspecciona regularmente al alma y ordena los deseos del creyente para que no pase por alto los deberes cristianos para dedicarse a la diversión. Si permites que tu amor a la comodidad —o hasta a los familiares y amigos— sobrepuje el amor al Señor, no podrás ser soldado victorioso de Cristo. Por tanto, pide el dominio propio que mantiene seguro el nivel espiritual del corazón y toca la alarma cuando este se calienta demasiado en los afectos temporales, o se enfría para con Cristo.

Imagínate ahora bien equipado y marchando hacia el Cielo, pero solazándote mientras tanto con la prosperidad. ¿No deberías también prepararte para el mal tiempo, para una época de percances? Satanás llenará la maleza de mil tentaciones cuando llegues a los caminos estrechos de la adversidad, donde no puedes correr como en el día de la bonanza. Tal vez escapes del mundo atractivo solo para verte aplastado por un problema, a no ser que sepas perseverar. Por tanto, el apóstol nos manda añadir, al dominio propio, paciencia (2 P. 1:6).

¿Tienes paciencia? Una excelente virtud, pero no suficiente. Has de ser piadoso también. Según Pedro, hay que añadir a la paciencia, piedad. La devoción o piedad engloba toda la adoración a Dios, interna y externa. Tu vida moral puede ser im-

pecable, pero si no adoras a Dios, eres ateo. Si lo adoras devotamente, pero no según la Biblia, entonces eres un idólatra. Si sigues la letra pero no el espíritu del evangelio, eres un hipócrita. La única adoración que nos lleva a la cámara interior de la verdadera piedad es aquella que se ofrece “en espíritu y en verdad” (Jn. 4:24).

Hemos examinado una buena colección de virtudes, y tal vez te gustaría probártelas. Pero espera, aún no te has revestido del todo. Tienes hermanos espirituales, herederos de la misma promesa contigo; por tanto, a la piedad has de añadir afecto fraternal (2 P. 1:7). Este es uno de los grandes mandamientos de Dios. Nuestro amor mutuo es señal de nuestra lealtad a él. Si Satanás puede sembrar cizaña entre los hermanos, hiere profundamente nuestra piedad y toda la causa de Cristo. Él sabe que difícilmente uniremos nuestras manos en la obra si no podemos unir nuestros corazones en amor.

No solo tienes una responsabilidad dada por Dios hacia la familia de los creyentes, sino que tu Padre también te pide que andes impecablemente con los que están fuera de su familia. De forma que “al afecto fraternal, [añade] amor” (2 P. 1:7). Esta virtud te da poder para hacer el bien a los peores hombres. Mientras más te maldigan, más debes orar por ellos. Jesús oró: “Padre, perdónalos”, mientras sus verdugos le traspasaban el costado en busca de su sangre.

¿Dónde está hoy la compasión de Cristo por la Iglesia? Es evidente que la falta de esta pieza de la armadura le da mucha ventaja a Satanás actualmente. Nos hemos hecho avaros de la misericordia de Dios por temor a ser demasiado dispendiosos en la caridad; mientras que en el sentido bíblico, si esta no es tan amplia como el mundo, es demasiado estrecha para el mandamiento que dice: “Hacer bien a todos” (Gá. 6:10).

Ahora me dirijo a los pastores: ¿Dónde queda la caridad si todo sermón se dirige únicamente a los cristianos, y no se hace esfuerzo alguno por sacar a las pobres almas cautivas de las garras de Satanás? Este puede arrastrarlas al Infierno por cargamentos, mientras nos ocupamos consolando a los cristianos y predicándoles sus privilegios. Que Dios nos dé compasión por las almas perdidas la cual nos mueva a reprenderlas y exhor-

tarlas en amor, sacándolas de las garras mortales de Satanás. Es verdad que los pastores son mayordomos para proporcionar el maná a los cristianos, ¿pero significa esto que los demás oyentes no deben participar?

3. Cada pieza es completa y perfecta

No solo es perfecta la armadura completa, sino que Dios hace cada pieza perfecta y completa en sí misma. Entonces, el cristiano debe mantener su armadura lista para ser usada, reluciente... No solo debe buscar todas las virtudes, sino crecer y madurar en cada una en particular, hasta alcanzar la perfección misma. Como hay que añadir a la fe virtud, también hay que añadir fe a la fe. Las virtudes son preciosas como la plata; mientras más se utilizan, más brillan.

“Sed [...] perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mt. 5:48). Y purifícate, como Dios es puro. Ahí tenemos el modelo a imitar; no es que podamos igualar la pureza y perfección de Dios, sino que debemos proseguir hacia esa meta. Por ejemplo, si tu paciencia gime bajo una carga pequeña, puedes estar seguro de que una mayor te tiraría de espaldas. Entonces, empieza enseguida a ejercitar y aumentar tu paciencia para tener fuerza espiritual cuando la carga aumente.

Nuestros dones: Por qué perfeccionarlos

He aquí algunas razones por que debes madurar en los dones que son tuyos en Cristo.

1. Porque nuestros dones pueden deteriorarse

En un ejército en servicio activo, las armas frecuentemente se rompen o dañan. Uno tiene el yelmo abollado, otro la espada doblada, otro la pistola rota. A menudo hace falta reemplazar el material. En una tentación puede que te arranquen el yelmo de la esperanza, en otra que te aplasten la paciencia o el amor. Te hará falta una armería cercana para reponer las pérdidas cuanto antes, porque es más probable que Satanás te ataque cuando menos preparado estés para afrontar la carga.

Jesús le dijo a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha

pedido para zarandearos...” (Lc. 22:31). El diablo sabía que los discípulos estaban débiles en ese momento. Cristo, el capitán, les iba a ser quitado del regimiento. Estaban descontentos, discutiendo entre sí quién tendría mejor asiento en el Cielo; y la fe más fuerte, que el Espíritu les había de dar, no había llegado aún. Entonces Cristo les envió a Jerusalén a esperar la llegada de su Espíritu (Hch. 1:4). Así sabemos a quien pedir suministros cuando nuestras virtudes se debilitan.

2. Porque Satanás sigue perfeccionando su ira y astucia

Se le llama “la serpiente antigua” por una buena razón: sutil por naturaleza, es siempre más astuto; iracundo por naturaleza, siempre está más furioso. Como un toro, mientras más se le irrita, más se enfurece. Y considerando el poco tiempo que le queda, los que tenemos que lidiarlo debemos entrar en la plaza bien equipados.

3. Porque cumplimos con el propósito de Dios cuando crecemos en gracia

El fin de la obra de Dios es perfeccionar a los cristianos en virtud y consolaciones. Él cuida con sabiduría de nuestra alma. Cuando utiliza las aflicciones para podarla, solo lo hace con objeto de limpiarnos, a fin de que llevemos más fruto y mejor (Jn. 15:2). La misma tribulación que da resultados amargos en el alma árida del malvado, se utiliza para producir los dulces frutos del Espíritu en la fértil alma del cristiano.

¿Por qué insiste Dios tanto en perfeccionar a los cristianos? ¡Para preparar una novia sin mancha para su Hijo y cumplir su grandioso plan! Él ha provisto a la Iglesia de todos los instrumentos y dones necesarios “a fin de perfeccionar a los santos [...] para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:12). Si dejamos de avanzar a pesar de su provisión, anulamos el consejo de Dios. Por tanto, el apóstol amonesta a los cristianos judíos por su pobre rendimiento en la escuela de Cristo: “Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios” (He. 5:12).

El uso correcto de la armadura

1. Hay que ponérsela

Dios ha diseñado y fabricado la armadura de sus hijos; por tanto, es perfecta en todos los aspectos. La obligación del creyente es *vestirse de toda la armadura de Dios*.

En una palabra: ¿qué implica el mandamiento de “vestirnos”? Sabemos que es algo más que una vestimenta de palabras. De poco vale decir: “Tengo fe”, o “tengo esperanza”, o “tengo amor”, si en ese momento no estás creyendo, esperando o amando. Una cosa es tener la armadura en casa y otra ceñírtela, poseer el principio de la gracia o la gracia en acción.

2. Hay que ponérsela siempre

La armadura cristiana es para llevarla puesta —no te lo quites hasta acabar la carrera—. Tu armadura y tu manto carnal se quitan juntos. Entonces ya no hará falta ni escudo ni yelmo, ni vigilantes nocturnos. Estos deberes militares y virtudes de batalla —como pueden ser la fe, la esperanza y demás— se descargarán honrosamente. En el Cielo aparecerás, no con la armadura, sino con un manto de gloria.

Sin embargo, en el presente debes vestir el traje de reglamento día y noche. Has de andar, trabajar y dormir con él puesto o no serás un verdadero soldado de Cristo. Pablo se marcó una meta: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16). Aquí vemos al cristiano con sus armas, entrenándose como verdadero soldado, siendo su propio corazón la diana en la cual ensaya los dones en preparación para la batalla. Tenemos abundantes razones para portarnos de igual manera.

De entrada, Cristo lo manda. Nos ordena vestir la armadura de la gracia en acción: “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas” (Lc. 12:35). Habla como un general a su tropa: “Engrosa la armadura, enciende la antorcha, y prepárate para marchar. ¡Disponte a luchar a la primera alarma de tentación!”. Otra vez habla como un amo a sus siervos: “Si el dueño de la casa tiene que viajar y no se sabe cuando volverá, ¿cierra un siervo fiel la puerta, apaga el fuego y se acues-

ta? No; se queda vigilando toda la noche, listo para abrir la puerta a su señor cuando llegue”. Esto significa que no es digno de nuestro Señor que lo dejemos llamando a la puerta del corazón, estando nuestras virtudes dormidas.

Cada deber del cristiano exige este esfuerzo constante. Debe orar, ¿pero cómo? “Sin cesar”. Regocijarse, ¿pero cuándo? “Siempre”. Dar gracias, ¿de qué? “En todo” (1 Ts. 5:16-18). Debemos sostener el escudo de la fe y el yelmo de la esperanza hasta el fin (Ef. 6:16,17). Donde se emplaza al soldado, allí se queda y no debe ni moverse ni dormir hasta que lo releven. Cuando llegue Cristo, solo aquella alma que encuentre velando tendrá su bendición.

¿Por qué insiste tanto Cristo en que sus soldados estén alerta? Porque *lo exigen las acciones de Satanás*. La ventaja del enemigo es grande cuando sorprende a los dones dormidos. Cuando el diablo encontró a Cristo tan dispuesto a repeler su tentación, pronto se cansó: “Se apartó de él por un tiempo” (Lc. 4:13). Pero en su retirada vergonzosa parece haberse consolado con la esperanza de sorprenderle en otra ocasión más ventajosa para sus fines. Y vemos cómo acude de nuevo en el momento más propicio para haberse salido con la suya; pero solo si su adversario hubiera sido un hombre y no Dios (Mt. 27:42).

Y si este tentador descarado vigiló tan de cerca a Cristo, ¿no te parece que también te acechará a ti, esperando tarde o temprano sorprenderte con las virtudes dormidas? Lo que ahora deja de conseguir por tu vigilancia, puede ganarlo luego por tu negligencia. De hecho, él anhela que te agotes con el deber constante. Qué placer más maligno se granjearía dándoles la vuelta a tus esfuerzos sinceros por Cristo. Cuando ve un creyente sincero, Satanás dice: “Seguro que no durará”. Si lo encuentra más sensible al Espíritu y escrupuloso en su conducta, expresa: “Es cosa de poco; no podrá mantenerlo. Pronto soltará el arco y dejará la armadura, y podré darle fuerte”. Pero esto nunca pasará si continuamente le pedimos fuerza de Dios.

Satanás no es la única trampa; la misma naturaleza de nuestros dones hace necesaria la vigilancia. Si no se vigilan de cerca, se esfumarán. Y un alma que se ausente de la escuela de la

obediencia no estará muy dispuesta a volver y reanudar sus antiguas tareas. La razón es doble: primero, habiendo abandonado sus obligaciones, le da vergüenza enfrentarse al Maestro; y segundo, sabe lo mucho que ha olvidado por su negligencia, y las horas que tardará en recuperarlo. Lleva a cabo las tareas como un alumno que hace tiempo que no abre los libros: la lección se le ha olvidado casi del todo. Pero otro, que siempre la está meditando, la tiene a punto y está deseoso de emprender la próxima tarea.

No puedo subrayar demasiado la necesidad de mantener la mecha preparada y la lámpara encendida. Una de las manías favoritas de Satanás es el ataque sorpresa. Imagina la confusión de una ciudad si de repente, a medianoche, sonara la alarma porque el enemigo ya estuviera a las puertas, y todos los soldados acostados en su casa. ¡Qué tumulto! Uno buscaría el pantalón, otro la espada, un tercero no sabría dónde andan las municiones. Todos corren de un lado a otro y cunde el pánico; lo cual no pasaría si el enemigo los hubiera encontrado preparados. Habrá un tumulto parecido si no llevas siempre puesta la armadura espiritual. Buscarás apuradamente este o aquel don cuando deberías estar ya delante de Cristo para recibir tu destino activo.

No solo hacen falta las dones activos para tu propia protección, sino también para consolar y ayudar a otros creyentes. Pablo tenía esto en mente cuando se disciplinó para mantener la buena conciencia a fin de no ser tropiezo para otros cristianos. Sabía que la cobardía de uno puede hacer huir a otros; que la ignorancia de uno puede dañar a muchos. ¡Cuántas veces el error de un cristiano ha seducido a un hermano para dejar el camino estrecho por aquel ancho que lleva a la destrucción! Es uno de los más graves errores, porque se nos manda lo opuesto. Dios ordenó a los gaditas y rubenitas que fueran delante de sus hermanos armados para la batalla, hasta conquistar la tierra. Y tú debes ayudar a tus hermanos que quizás no tengan la misma medida de gracia o consuelo que tú. Ayuda a los débiles; lleva su escudo. No podrás hacerlo si no ejercitas tus propios dones y te ciñes la armadura.

Tal vez eres padre de familia. A los tuyos les va como te va

a ti. Si tu corazón se sacia de Cristo, nunca te faltará lo que necesitas para satisfacer las necesidades espirituales de ellos. Por otra parte, si tu propio corazón pasa hambre, ellos también carecerán del alimento espiritual. De la misma manera que una madre come más cuando está dando el pecho a su bebé, tú debes procurar alimentar tus dones y cuidarlos por el bien de tu casa.

La armadura: su lugar correcto

No solo debes vestir la armadura siempre, sino que esta debe ser visible para todos. Los hombres se enorgullecen de su fe, arrepentimiento, amor a Dios: virtudes muy preciosas. Entonces, ¿por qué tan pocos nos dejan verlas día a día en su conducta? Si tales invitados se alojan realmente en un alma, seguramente mirarán por la ventana o por lo menos se darán un paseo de vez en cuando, dejándose ver en el cumplimiento del deber y en las acciones santas.

La gracia, y con ello me refiero a aquellos atributos divinos infundidos en el espíritu humano por el Espíritu Santo, es algo vivo. No es un recuerdo de tu salvación, que puedes guardar en algún oscuro armario del alma. No, la gracia se nota. Te acompañará adonde vayas. Comprará contigo y venderá por ti, y tomará parte en todas tus actividades. Te alentará cuando seas sincero y fiel a Dios, y se quejará y te amonestará si no lo eres.

Exhortación final

Hemos demostrado la tendencia que tienen los dones a dejarse vencer por el sueño en esta vida. Cristo, aunque despertó dos veces a los discípulos dormidos en la noche de su arresto, los encontró dormidos por tercera vez. Si no ejercitas el carácter santo, tú también te dormirás. El tiempo es corto, el camino largo; vístete con los dones de Cristo enseguida, para que no te sobrevenga la noche antes de vislumbrar la casa del Padre.

Hay una doble ventaja en la posesión de estos dones: primeramente para ti, y luego para los demás. Mientras estés en la tierra, los demás estarán mejor cuando tus dones gocen de bue-

na salud. Tu entusiasmo en la carrera celestial ayudará a los que viajan contigo. Cuando ven la buena medicina que es la gracia de Dios para tu alma, pronto pedirán su porción. Es más: la fuerte voz de tus virtudes callará los pecados de otros. Vamos a considerar un ejemplo práctico. El blasfemo patológico no se percata de que existe una curación tan eficaz cuando el cristiano cierra la boca y no refleja el carácter de Dios. Pero si el hombre piadoso tiene preparado el antídoto y el valor para administrarlo con palabras sabias y compasivas, puede hacer que el pecado huya avergonzado a su madriguera.

Dios merece el mejor servicio que puedas darle en tu vida. Deja entonces que sus atributos divinos se manifiesten en tu experiencia ahora. Él no te otorga una porción limitada de su gracia, ni te la administra gota a gota. No seas como tantos que la guardan en el banco, en una cuenta que esperan utilizar algún día, pero no hoy. ¡Dios no es tan avaro con el Espíritu como para que tengas que presupuestar tus dones! Al contrario, el ojo de la Providencia nunca se cierra; el que te guarda no se dormirá. El Salmista nos dice: “Los ojos de Jehová están sobre los justos” (Sal. 34:15). Él ha fijado la vista para siempre en el objeto de su afecto y con deleite infinito se complace en el mismo. ¿Cuándo se cerró su oído a tu clamor o se acortó su brazo para suplir tu necesidad? ¿No ocupa tu bienestar los pensamientos de Dios, o no piensa él solo en cosas que son para tu paz? Unas gotas de este bálsamo mantendrán las ruedas de tu fe en movimiento.

II. POR QUÉ EL CRISTIANO DEBE ESTAR ARMADO

El peligro de no estar armado

Para mejor comprender la naturaleza del enemigo, observemos el término que utiliza Pablo: asechanzas, o métodos. La palabra griega denota “aquel arte y orden observado al esgrimir un argumento”. Implica una extraordinaria habilidad y astucia para componer esta clase de discurso, de forma que se habla de asechanzas o artimañas para expresar la sutileza de Satanás al planear sus estrategias contra el creyente. El soldado experto es

La armadura del cristiano

muy consciente de ese orden, como lo es el erudito. Comprende que hay un método para formar un ejército, al igual que un argumento.

Ya que el diablo es un enemigo muy sutil, el cristiano debe estar siempre en guardia. A Satanás se le llama “la serpiente antigua”. La serpiente es más sutil que otras criaturas; y más antigua que las demás. Si Satanás fue demasiado listo para el hombre en su estado perfecto, cuánto más peligroso será para nosotros en nuestro estado caído; ya que nunca nos hemos recuperado de la primera grieta abierta en nuestro entendimiento por la caída de Adán. Y a medida que hemos perdido sabiduría, Satanás ha ganado más experiencia. Es verdad que perdió su sabiduría celestial en cuanto se hizo demonio, pero desde entonces ha aumentado en astucia. Y aunque no tiene bastante sabiduría para hacerse bien a sí mismo, le sobra para dañar a los demás. Dios nos demostró la fuente de la fuerza de Satanás cuando prometió pisar la cabeza de la serpiente; con la cabeza aplastada, pronto morirá.

Ahora consideremos el asunto de la sutileza de Satanás examinando sus dos estrategias principales: la tentación y la acusación.

Satanás como tentador

Consideremos primero al diablo como tentador. Ninguno es más astuto que este maestro manipulador, que utiliza todo para alcanzar a su víctima.

1. Satanás decide *cuándo* tentar

“Todo tiene su tiempo” (Ec. 3:1), dijo Salomón. El mismo sabio nos dice por qué el hombre yerra con tanta frecuencia y se ve frustrado en sus empresas: porque tampoco conoce su tiempo (9:12). Distráidos por los cuidados o placeres de esta vida, son demasiados los que se incorporan a filas cuando ya han partido las tropas. Satanás vigila y sabe que un soldado desocupado puede buscar otro entretenimiento. De la misma manera que Cristo dirige al justo a escoger el momento apropiado para hablar palabras de consuelo y consejo, Satanás demuestra

su astucia al escoger el momento apropiado para hablar palabras de seducción y tentación. Una palabra a tiempo de Satanás es una tentación a punto de caer.

Al adversario le gusta especialmente tentar al cristiano recién convertido. En cuanto nazca el hijo de la gracia, el dragón fiero le lanzará tentaciones candentes. El primer llanto de la nueva criatura en Cristo sobresalta a todas las legiones infernales. Les molesta tanto como a Herodes y a Jerusalén cuando el Consejo se reunió para quitarle la vida al Rey recién nacido. Satanás no vaciló en tentar a los apóstoles mientras eran niños en Cristo. Sabía que su gracia interior era débil y el alimento prometido del Espíritu no había llegado aún. ¿Cuándo es más propicio para el enemigo hacerse con una ciudad, que cuando solo hay niños en casa? Las desventajas son tantas que perderíamos la esperanza en cuanto a todo niño cristiano si no supiéramos que está envuelto en la gracia del pacto y bien sujeto en los fuertes brazos de la promesa divina.

Otro momento propicio para los ataques de Satanás es cuando el cristiano pasa por alguna gran aflicción. Satanás obtuvo primero permiso de Dios para debilitar a Job en lo temporal, para luego tentarlo con la impaciencia. Dejó que Cristo ayunara cuarenta días antes de presentarse, y luego echó mano de las insinuaciones; igual que un ejército que bloquea la ciudad y espera negociar hasta que falte la provisión y probablemente esté dispuesta a asentir a todo. Si quieres estar firme en medio del sufrimiento, ten presente este hecho: la tentación nunca es tan fuerte como cuando el alivio parece vestirse del mismo pecado sugerido por Satanás. Por ejemplo, supongamos que tu familia está pasando apuros y no ves salida a la situación. En ese momento Satanás te dirá al oído: “¿Qué vas a hacer? ¡Dios no querrá que tus hijos se mueran de hambre! La huerta de tu vecino está al otro lado de la valla. Él tiene de sobra. Es una noche muy oscura. ¿Quién te verá si pasas y tomas solo lo necesario?”.

Satanás también vendrá cuando estés trabajando en algo notable para la gloria de Dios. Se levantará como serpiente en el camino, susurrando mentiras venenosas. La serpiente antigua nunca fue amiga de la obra del Reino. Qué buena excusa

La armadura del cristiano

les dio a los judíos: “¡No es el momento!”. Sí que era el momento de Dios, pero no el del diablo; por tanto, este pervirtió el sentir de la Providencia, como si no fuera el momento del Mesías.

Hay dos etapas destacadas en la vida de Cristo: el comienzo de su ministerio público en su bautismo, y la culminación en la Pasión. En ambos momentos tuvo un choque encarnizado con el diablo. Esto debe hacerte ver cómo trabaja el viejo tentador. Mientras más publico sea el puesto y más eminente sea tu servicio a Dios, tanto mayor es la probabilidad de que Satanás esté meditando en este mismo instante alguna treta mortal en tu contra. Si hasta los cadetes deben armarse contra las balas de la tentación satánica, ¡cuánto más los comandantes y oficiales, que están al frente de la batalla!

Sin embargo, Satanás no siempre esperará a que estés en una misión importante para tentarte; se aferra a toda oportunidad que se presente para emplear sus mañas tentadoras. Se le hace un poco más fácil si puede encontrar algún objeto que refuerce la tentación. Así engañó a Eva mientras miraba el árbol. Ya que la habían engañado primero sus propios ojos, fue fácil que Satanás tomara el objeto de su afecto, le diera más brillo, y lo utilizara para avivar el deseo que dormía en su corazón. Si nos asomamos a la ventana para escuchar la serenata de la tentación, Satanás puede estar seguro de que al poco tiempo saldrá victorioso. Si no queremos ceder al pecado, hay que cuidar de no pasar por delante ni sentarnos a la puerta de la ocasión. No mires la tentación con un ojo vago, si no quieres verte envuelto en ella; ni dejes que tu mente se detenga en aquello que no quieres que entre en tu corazón.

En otra ocasión llega el tentador justo después de una gran manifestación del amor de Dios. Tal es la débil constitución de nuestro carácter que no aguanta ni muchas sonrisas ni el ceño fruncido de Dios. Si Dios sonríe y se revela a nosotros un poco, tendemos a exaltarnos y volvernos orgullosos. Si frunce el ceño, la fe decae. Lo uno, como el tiempo soleado, hace brotar los hierbajos de la corrupción; lo otro, como la helada, quema y hasta mata las flores de la gracia. Hay un peligro latente en los dos climas; por tanto, Satanás se aprove-

cha para tentar al cristiano a un pecado u otro, sabiendo que marchitará la flor de su gozo celestial.

Finalmente, en la hora de la muerte, cuando la fuerza física del cristiano está postrada, se le echa encima el matón. Es su última oportunidad para una escaramuza, de forma que hace un último gran esfuerzo. En el momento en que el cristiano está entrando en la eternidad, el tentador le pisa los talones. Si no puede hacerlo tropezar para evitar que llegue al Cielo, por lo menos se asegura de que se despidan con dolor.

2. Satanás decide *cómo* tentar

El diablo no solo decide cuándo tentar, sino que también escoge el mejor método para exhibir sus tentaciones.

Una estrategia es el disfraz. Se acerca al cristiano vestido de amigo, de forma que se le abren las puertas antes de descubrir su verdadera identidad. Pablo dice que no nos sorprenda encontrar falsos maestros haciendo de apóstoles de Cristo, “porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Co. 11:13,14). De todas sus tretas tal vez sea esta la más peligrosa para los cristianos: cuando aparece bajo el manto de un profeta y dora su lengua corrupta con lenguaje hermoso. De esta manera corrompe a algunos en su juicio, interpretando la verdad del evangelio de forma que Dios parezca aceptar los comportamientos cuestionables. Estos creyentes se ven envueltos en la moralidad del mundo bajo la guisa de libertad cristiana.

No todos se dejan engañar por estas herejías; por ello Satanás les tienta con otras cosas, hasta disfrazándose de cristiano. Profana la Palabra magnificando la fe hasta excluir toda otra virtud. O bien, obra para minar el arrepentimiento y exaltar las buenas obras. Simula apartarse horrorizado por la corrupción de los administradores de la iglesia, alejando a las almas inestables de la comunidad de los creyentes. Fingiendo celo, enciende la ira en el corazón del cristiano y hace que su espíritu hierva con deseos de venganza en situaciones en las que Dios quiere que perdone. Lucas relata una ocasión cuando los discípulos deseaban que descendiera “fuego del cielo” (Lc. 9:54,55). Pensaban que su celo estaba encendido por una llama santa, hasta que Cristo les dijo: “Vosotros no sabéis de qué es-

píritu sois”. Hace falta estudiar mucho la Palabra, nuestro corazón y las artimañas de Satanás, para no dar entrada a este enemigo pensando que es Cristo el invitado.

Otro método del enemigo es vigilar los asuntos del cristiano. Satanás es el mayor espía del mundo. Se ocupa en investigar tus tendencias, pensamientos, sentimientos y planes. Entonces obra en consecuencia: viendo hacia dónde fluye el río, abriendo paso a la tentación y cavando una trampa para tus sentimientos. Casi no puedes salir del aposento interior de tu corazón sin que Satanás conozca a dónde vas. Alguna que otra pasión corrupta traicionará tu alma e informará a Satanás, diciendo: “Si quieres sorprenderlo, lo encontrarás en el bosque del empleo mundano, metido hasta las orejas en los deseos y afanes de la vida”.

¿Es el corazón propenso a la ambición? ¡Le sacaré proyectos enormemente placenteros! Es muy fácil, una vez que le haya soplado con esperanza vana, llevarlo a cometer pecados terribles. Así estimuló a Hamán —dispuesto a todo por ganar el favor del príncipe— a urdir el complot contra los judíos, resultando este finalmente mortal para sí mismo (*cf.* Est. 7: 9,10).

Al acercarse al alma sensible, Satanás utiliza una estrategia especialmente sutil. Cuando llega a tentarlo, es modesto y pide poca cosa. Sabe que puede conseguir con varias peticiones lo que se le negaría pidiéndolo todo de golpe. Así se insinuó en el corazón de Eva. No la animó a comer del fruto al principio. Sabía que la asustaría con un desafío tan audaz. En su lugar le hizo una pregunta provocadora que prepararía la escena para su debut como archienemigo del hombre: “¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”. Esto es: “¿Seguro que no te has equivocado? ¡Tú sabes lo generoso que es Dios! Te deja comer de todo lo demás del huerto, ¿por qué iba negarte lo mejor de todo?”. Así socava y mina la raíz de su fe, y el árbol cae más fácilmente con el siguiente viento de tentación.

Es sumamente peligroso conversar con Satanás. Muchos han accedido a acompañarlo una milla, si bien no pensaban andar con él dos. Pero una vez en camino, se han dejado llevar cada vez más lejos, hasta perderse y confundirse tanto que no sa-

ben cómo abandonar su compañía. Si cedes al principio, renuncias a tu fuerza para resistir en lo demás. Así Satanás hace bajar a sus víctimas por escaleras tortuosas hasta el abismo del pecado, de escalón en escalón. Estas corren el peligro de perderse eternamente si no escuchan la voz de Dios y dan la espalda enseguida al pecado.

Tal vez tú eres de los fuertes, capaz de rechazar todo amago de una cierta tentación. No bajas la guardia; Satanás no ha terminado tan fácilmente contigo. Llamará a su reserva. Como sabio capitán que siempre tiene tropas nuevas para los apuros, a Satanás pocas veces le falta personal. Cuando se rechaza una tentación, él manda rápidamente otra para cubrir la brecha y reforzar la línea. De esta manera tentó a Cristo a dudar de la providencia divina, mandándole transformar piedras en pan. Insinuó que ya era hora de que Jesús se defendiera solo. A fin de cuentas, su Padre le había dejado cuarenta días abandonado, sin alivio visible. Ante esto, Cristo respondió tranquilamente: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. (Mt. 4:4). Pero en cuanto nuestro Señor apagó ese dardo, Satanás ya estaba empuñando otro: la tentación a la presunción. “Le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti...” (v. 6). He aquí un argumento muy perspicaz: “Si tienes tanta confianza en Dios y su Palabra como dices, demuéstalo tirándote abajo, porque hay una palabra entre ti y la tierra, *si es que* confías en Dios”. Cristo ya tenía preparada la respuesta, y estaba listo para recibir la carga de Satanás por la derecha y por la izquierda, tan bien armado que ninguna tentación penetraba su armadura.

Satanás utiliza el mismo método con nosotros. Cuando hemos resistido de una manera, ataca de otra. De hecho, planta la siguiente tentación sobre nuestra resistencia misma a la anterior. Has de tener buena vista y habilidad en la gracia para guardarte.

Otra estrategia del enemigo es una retirada inteligente. No solo leemos acerca de cómo fue expulsado Satanás, sino también acerca de la huida voluntaria de los espíritus malignos con

el fin de volver con peores compañeros (Mt. 12:43-45). Satanás no siempre se ve derrotado por el uso y el poder de la gracia vencedora; a veces se retira voluntariamente para poner su propio asedio. Espera a que el cristiano salga de la trinchera con la idea de devorarlo en la llanura, si no puede vencerlo en su fortificación. Cuando Satanás parezca haber reconocido la derrota, no des por sentado que la batalla está ganada: su huida debe fortalecer tu fe, sin que por ello bajes la guardia.

3. Satanás escoge *el instrumento* o *la persona* que utilizará para la tentación

Hemos visto que el diablo decide el momento y la manera de tentar; ahora veremos que también determina *qué* o *a quién* utilizar para su obra.

Como obrero maestro, Satanás corta la tentación y le da forma; pero a veces permite que sus peones la terminen. Sabiendo que la tarea la pueden desempeñar mejor otros, considera cuidadosamente *quién* se puede encargar con mayor ventaja de su maligna causa. Al igual que no todo político sirve para embajador, tampoco toda persona vale para el servicio especial del diablo. Él examina a los candidatos con cuidado. En esto es distinto de Dios, quien no se ve limitado en cuestión de instrumentos, ya que no *necesita* a nadie, y le sirve igualmente uno que otro. Pero el poder de Satanás es finito, de forma que tiene que remendar los defectos en la piel del león con la del zorro.

Los embajadores preferidos de Satanás suelen ser de cuatro clases: personas de poder y preeminencia; personas de intelecto superior y diplomacia; personas con reputación de santidad; y personas influyentes con los poderosos.

Primero: Satanás busca personas de preeminencia y poder. Pueden ser del Estado o de la Iglesia. Si tiene la posibilidad, se hace tanto con el trono como con el púlpito, a modo de dos generales que mandan sobre todo el ejército. Un jefe de Estado puede influir en millones de personas; por tanto, Pablo le dijo a Elimas, cuando este intentaba disuadir de la fe al procónsul: “¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo” (Hch. 13:10). Como si dijera: “Has aprendido esto de tu padre

el diablo: a andar por las cortes reales y ejercer tu influencia sobre los demás”.

Satanás redobla su fuerza a fin de ganar a tales dirigentes para su bando. Primero, estos tienen el poder de arrastrar a otros. Si se corrompe el capitán, llevará a su tropa consigo. Si es Jeroboam quien instituye la idolatría, pronto todo Israel habrá caído en la trampa. Segundo, aunque el pecado se quede en la corte y no cunda la infección, sin embargo todo el reino puede pagar un alto precio por el pecado del soberano. David sucumbió a la tentación de Satanás de contar al pueblo, pero fue toda la nación la que padeció la plaga del castigo juntamente con él (*cf.* 1 Cr. 21).

Además de intentar infiltrarse en el gobierno, Satanás también apunta a los mandatarios de la iglesia. ¿Qué mejor manera de infectar a todo el pueblo que envenenando la cisterna de la que sacan el agua? Él se deleita especialmente en corromper el corazón de los pastores. Si puede entrar en su corazón, estará libre para pasearse invisible entre el redil del Dios: un diablo vestido de pastor. ¿Quién persuadió a Acab para ir a Ramot de Galaad y caer? Satanás lo sabe: “Yo saldré, y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas” (1 R. 22:22). ¿Cómo endurecer a los pecadores en su pecado? Que el pastor les ponga cojines de paz bajo su conciencia y les cante una canción de cuna que diga: “Paz, paz...”, y ya está hecho. ¿Cómo desacreditar la alabanza de Dios? Que el mundo observe la conducta escandalosa del pastor, y muchos —buenos y malos— rechazarán la verdad del evangelio por la mentira de su vida.

Segundo: Satanás también emplea a personas de gran intelecto y diplomacia. ¡Qué hazaña, predicar sus ideologías mal-ditas desde los estrados de las grandes mentes de la historia! Tan bien se le da, que pocos de este rango se encuentran entre los discípulos de Cristo: “No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles” (1 Co. 1:26). Tal vez sea porque la bendición del entendimiento se convierte muy fácilmente en la maldición del engaño. Dios no mantendría su Reino, ni en el corazón ni en el mundo, bajo principios carnales. ¡No, él manda que andemos en la sencillez divina! Jacob

consiguió la bendición mediante el engaño, pero podría haberla obtenido más fácilmente siendo justo.

Satanás busca las mentes más agudas —un Balaam, un Ahitofel, un Sanbalat— para vender su maldición y hacer que la humanidad la compre. Siempre busca a los mejores vendedores, “de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24). Pablo, por su propia experiencia, conocía el poder de Satanás sobre la mente, y temía por los corintios, a quienes él había unido a Cristo. No quería que sus “[sus] sentidos [fueran] de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Co. 11:3). Si Dios te ha bendecido con una mente excelente, dale gracias, ¡pero ten también presente el aviso de Pablo!

El gran ídolo adorado por el sector más inteligente del mundo y que forma el icono de su fe es la razón humana, de la cual brotan muchas herejías. Orgullosa por naturaleza, al hombre nada le gustaría más que ser su propio dios (aunque cayó por querer subir tan alto). Si encuentras una doctrina que alimenta una buena opinión del hombre a sus propios ojos, verás como el hombre se muestra glotón a esa mesa.

También le gusta saciarse de la libertad carnal —otro apetito natural—, y Satanás sabe como fomentar ese deseo. El hombre sin yugo es hijo de Belial; y si debe llevar alguno, le agrada más el que tenga el forro más suave y roce menos la carne. Por tanto, cuando los sinceros maestros de la Palabra hacen hincapié en la obediencia sincera, vienen los encargados de Satanás y dicen: “¡Qué duros son tus ayos! Te atan a un deber interminable. Ven, te enseñaremos un camino más fácil al Cielo”. El que vende más barato tendrá más clientes; pero al final, la verdad con la abnegación es mejor compra que el error con todo su placer carnal.

Tercero: ¿Prefiere Satanás la compañía de personas poderosas e intelectuales? También se deleita en entretener a aquellos que tengan la reputación de santidad. ¿Qué funciona mejor que un pájaro vivo para atraer a otros a la red? Tal es la astucia de Satanás —y la fragilidad de los mejores entre nosotros— que los más santos hayan sido su cebo para atrapar a otros. El gran patriarca Abraham tentó a Sara a men-

tir: “Di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya” (Gn. 12:13). El viejo profeta de Betel desvió al sirviente de Dios del camino, porque la santidad de su vida y la reverencia de su edad daban autoridad a su consejo (*cf.* 1 R. 13:18).

Esto debe hacerte muy vigilante si eres de aquellos cuyo largo viaje y grandes progresos en los caminos de Dios te han ganado un nombre eminente en la iglesia. Lo que dices y haces —por ser un dirigente—, mueve a otros a mirar menos a sí mismos y más a ti para marcar la pauta y poner las reglas.

Cuarto: Satanás escoge a personas capaces de influir en los poderosos. Si puede ganar familiares o amigos de estos, tendrá fácil acceso al objeto real de su deseo. Algunos piensan que por eso no acabó con la mujer de Job, para enviarle en su mano la copa envenenada: “Maldice a Dios, y muérete”. Sabemos que David no habría recibido de mano de Nabal lo que aceptó de Abigail. Satanás pensó en mandarle a Adán la manzana por mano de Eva, y envió la derrota a Sansón por medio de Dalila. Asimismo usó a Pedro, el discípulo, para tentar a Cristo. Algunos mártires han confesado que lo más difícil fue sobreponerse a los ruegos y lágrimas de sus amigos y parientes. Pablo mismo expresó este sentir cuando dijo: “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch. 21:13).

Aviso

Estudia las tretas de Satanás, y reconoce su táctica. Pablo da por sentado que todo cristiano las entiende en cierta medida: “Pues no ignoramos sus maquinaciones” (2 Co. 2:11). ¿Se puede decir lo mismo de ti? ¿Sabes tú lo sutil y astuto que es tu enemigo, y el amigo agradable que puede parecer?

“Siéntate a mi mesa de juego” —dice Satanás—. He aquí algunos premios tentadores: el estado terrenal, tu vida, tu libertad...”. Ahora bien, estarás de acuerdo con que estas ison cosas buenas y lícitas. Pero ese es el truco de Satanás: amplía

las reglas del juego de forma que, si juegas con él, seguramente violarás las leyes irrevocables e inmutables de Dios. Si no puedes obtener las cosas buenas limpiamente, sino solo haciendo trampas, sabes que el premio es falso y se volverá basura en tus manos. ¡Qué necio barajar rápidamente con Dios comprometiendo su verdad! Puede que pienses haber ganado alguna que otra mano, pero cuando el juego acabe, te encontrarás en la bancarrota.

Si Satanás te puede atraer al pecado con lo que asegura que es un premio digno, te hallas en un grave apuro, pero lo peor está aún por venir. Una vez que te tenga sentado a la mesa, empezará en serio a enseñarte los trucos del oficio. Este jugador diabólico te enseñará a deslizar tus pecados bajo la mesa, diciendo que nadie —ni siquiera Dios— lo verá. Ha estado enseñando el mismo truco desde Adán, que pensaba esconderse tras una hoja de higuera. ¿Qué hicieron los hermanos de José cuando lo dejaron por muerto, sino esconder el hecho bajo la túnica ensangrentada? ¿Y cómo respondió la esposa de Potifar cuando José dio la espalda a su mirada adúltera? Escondió su pecado, de nuevo en la túnica de este, y lo acusó de su propia maldad.

¡Guárdate de hacer juegos arriesgados con Dios! Ninguna túnica cubrirá tu pecado; ninguna mano es lo bastante rápida como para esconderlo bajo la mesa y engañar a la mirada de Dios. Si no te pide cuentas en esta vida, puedes estar seguro de que le responderás en la eternidad.

El más grave castigo que Dios puede imponer a este lado de la eternidad, es dejar al pecador a su aire, yendo camino del Infierno en compañía de Satanás. Uno de los peligros de jugar con el diablo es que llega a gustarte. Es adictivo como el vino, y crea una sed insaciable. Si practicas los trucos del diablo durante mucho tiempo, tu alma ennegrecida empezará a inventar jugarretas por su cuenta para satisfacer tu apetito ansioso de pecado. Ningún pecado refleja mayor logro de maldad que aquel que es resultado de la meditación deliberada. Si fijas tu corazón en la maldad, Satanás te prestará su propio carruaje y te hará de cochero para llevarla a cabo.

Advertencia

Estos son pensamientos solemnes, y nos llenarían de espanto si no tuviéramos una receta poderosa para la salud espiritual escrita por la mano de Dios. Léela con cuidado, y síguela al pie de la letra:...

1. Pide el consejo de Dios

El Cielo tiene vistas al Infierno, y Dios, en cualquier momento, te puede indicar las conspiraciones que allí se urden en tu contra. El que hace el reloj conoce todos sus engranajes. Dios creó a la retorcida serpiente (aunque no su retorcimiento), así que la conoce a fondo. Satanás también es prisionero de Dios; y el Señor es su vigilante y siempre lo tiene a la vista.

Toda transacción en el Cielo o en el Infierno pasa por las manos de Cristo. El Hijo sabe todo lo que sabe el Padre, y está dispuesto a revelar a sus santos todo lo que necesitan saber en esta vida (Jn. 15:15). Vivimos una época de alta intriga política. Solo unos pocos que están en las alturas del mundo comprenden los misterios de Estado; los demás sabemos poco más que lo que leemos en los periódicos. Es lo mismo con las conspiraciones que Satanás teje furtivamente contra las almas humanas. Pocos tienen idea del propósito de Satanás en su contra. Se trata de los cristianos, a quienes el Espíritu de Dios no solo revela lo que ha preparado para ellos en el Cielo, sino también la trama de las maquinaciones mortales de Satanás aquí en la tierra.

2. Conoce tu corazón

Ten un conocimiento íntimo de ti mismo, y podrás comprender mejor los designios de Satanás en tu contra. Él escoge su método de tentar según la inclinación que encuentra allí. Igual que un general recorre la muralla de la ciudad para examinarla y, luego, dirige su asalto al punto más ventajoso, así Satanás rodea y considera al cristiano en todos los aspectos antes de tentarlo.

3. Lee la Palabra de Dios con atención

Allí se encuentra la historia de las batallas más destacadas entre los grandes soldados de Cristo y su adversario, Satanás. Po-

drás leer cómo los venció el diablo, y como recuperaron el terreno perdido. No hay un deseo que ronde por tu mente, que no veas allí expuesto; ni una tentación contra la cual no te arme la Palabra de Dios. Se dice que cierto hombre planeaba envenenar a Martín Lutero, pero a este le avisó un amigo fiel enviándole un retrato del presunto asesino. Cristiano, la Biblia te muestra los rostros de aquellos pecados que Satanás emplea para destruir tu preciosa alma: “Tu siervo es además amonestado con ellos” (Sal 19:11).

Satanás como acusador de pecado

A estas alturas conocerás bien las tentaciones de Satanás. Sin duda, a menudo las ha ido a vender a tu puerta, porque le encanta granjearse la clientela fija de un cristiano. Puede ser difícil colocarte el género, y oro a Dios para que así sea; pero no pienses ni por un instante que a Satanás se le da largas fácilmente. Si no te gusta su caja de tentaciones, echará mano del saco de acusaciones y te las mostrará con tal arte que pensarás que las trae a instancias de Dios.

Igual que el Espíritu Santo es primero santificador y luego consolador, Satanás es primero tentador y luego perturbador. La dueña de José intentó primero excitarlo para que satisficiera su lujuria; y al romperse esa cuerda, tiró de otra para acusarlo. Ya hemos visto cómo utilizó la prueba de su túnica para encubrir su propia malicia. Igualmente, no es difícil que Satanás encuentre algún roto en el manto del cristiano, aun cuando este ande con la mayor prudencia.

Cuando desea tentarnos al pecado, Satanás llama a la puerta de la voluntad. Si quiere acusarnos del pecado, visita la conciencia. Pero no tiene ni un conocimiento ni un poder absoluto sobre ellas, porque están cerradas para todos menos para Dios. El diablo sabe que no puede hacer saltar las cerraduras de las que Dios tiene las llaves; de modo que maquina trucos astutos para que el cristiano le abra la puerta.

Satanás, como la serpiente, tiene una manera única de hacerlo. Otros animales se mueven derechos hacia delante, pero la serpiente se desplaza de lado, retorciendo el cuerpo. Cuando

ves arrastrarse a la serpiente, casi no se sabe hacia donde va. Satanás se mueve de forma parecida: girando de acá para allá a fin de ocultar sus intenciones. He aquí algunas maneras que tiene de acusar a tu alma y nublar tu relación con el Padre.

1. Satanás acusa a los cristianos de sus propios pensamientos malvados

Deposita sus propias imaginaciones malvadas en la puerta, como niños abandonados. ¡Qué astuto es en esta maquinación! Cuando entran los pensamientos e inclinaciones contrarias a la voluntad y los caminos de Dios, muchos amados cristianos toman erróneamente a estos huérfanos por sus propios hijos, y asumen la plena responsabilidad de esas pasiones carnales. Tan diestro es el diablo en introducir sus propios pensamientos en la mente del cristiano que para cuando empiezan a gemir, él ya se ha escondido. Y el creyente, que no ve a nadie más que a sí mismo en casa, supone que estas nociones ilegítimas son suyas. De forma que carga con la vergüenza, y Satanás logra su propósito.

¿Qué recursos tiene un hijo de Dios? Permanecer en comunión estrecha con el Padre. Entonces podrás repeler las acusaciones del diablo con la espada del Espíritu. Pero prepárate para otro asalto. Igual que Nabucodonosor, Satanás probablemente sufrirá un arrebatado de rabia celosa y atizará los fuegos de su ira siete veces más ardientes hasta que las llamas de sus emociones blasfemas te engullan. Con ello espera asustarte y enturbiar tanto tus sentidos espirituales que puedas ser persuadido a llegar a la conclusión errónea; por ejemplo, de que ya no eres un hijo de Dios. La verdad es que si pecas de algún modo en esta situación, es por dudar del poder guardador de Dios y no de estas emociones deformadas. Mi consejo en tal caso es que trates a tales emociones como pandillas de forajidos que andan por el país acosando a los ciudadanos. Aunque no puedas evitar que pasen por tu pueblo, puedes asegurarte de que no se afinquen allí.

2. Satanás exagera los pecados del cristiano

Satanás busca desacreditar a los cristianos, no sus pecados. Su táctica principal es presentar la acusación como si viniera del

Espíritu Santo. Sabe que una descarga de los cañones de Dios hiere profundamente; por tanto, al acusar a un creyente concienzudo, falsifica la firma de Dios en el proyectil antes de disparar. Supongamos que un hijo desagradara a su padre en algo serio, y algún malicioso, por acosarlo, le enviara una carta falsa llena de acusaciones y amenazas duras, copiando la firma de su padre al pie. El pobre hijo, tan consciente de sus pecados y sin tener conocimiento del truco, se sumiría en la tristeza. Aquí vemos un dolor real que brota de una premisa falsa; y esa es la clase de cosa que deleita a Satanás.

Satanás es un detective astuto: observa de cerca tu relación con Dios. Tarde o temprano te pillaré llegando tarde a un deber o fallando en algún servicio. Sabe que eres consciente de tus fallos y que el Espíritu de Dios también demuestra su desconsuelo por ellos. De esta forma, compone un caso detallado, incluyendo todas las agravantes imaginables, para luego entregarte las acusaciones como si vinieran de Dios. Así reaccionaron los amigos de Job ante sus tribulaciones. Juntaron todas las pruebas de sus enfermedades para usarlas en su contra, implicando que eran enviados por Dios para declararle hipócrita y denunciarle.

Aunque Satanás es un maestro inquisidor, sabemos que no toda reprensión viene de él. La Palabra de Dios dice claramente que “el Señor al que ama, disciplina” (He. 12:6). Entonces, ¿cómo discernir entre las acusaciones maliciosas de Satanás y las reprensiones compasivas del Espíritu de Dios?

Haz la prueba: si tal reprensión contradice una obra anterior del Espíritu de Dios en tu alma, es de Satanás y no del Espíritu. Satanás destaca tu pecado para des-santificarte y persuadirte de que eres un hipócrita. “Ah —susurra—, ¡ahora has demostrado como eres de verdad! ¿Ves aquella horrenda mancha en tu ropa? ¡Ningún cristiano ha cometido tal pecado! ¡Toda tu vida es una comedia! Dios no quiere nada con una persona tan mala como tú”.

Con un solo golpe Satanás lo destroza todo. Toda la mansión de gracia que Dios lleva años levantando en tu alma, y todas las consolaciones especiales del Espíritu Santo, se ven barridas por una ráfaga de su boca maliciosa. Deja tu vida en ruinas, y te dice que la culpa es tuya.

No te desesperes. Tranquiliza tus temores con esta verdad preciosa: Una vez que el Espíritu de Dios ha empezado la obra de santificación, haciéndote esperar en su misericordia, nunca podrá traer una noticia contraria a tu alma. Su lenguaje no es “Sí y No”, sino Sí y Amén para siempre. Si haces como el hijo pródigo, Dios fruncirá el ceño y te reñirá por tu pecado, como hizo con David por medio de Natán: “Tú eres aquel hombre” (2 S. 12:7). Pero no se dice nada de que Natán le mandara a David cuestionar la obra de Dios en su alma. El Profeta no recibió tal misión del Señor; fue enviado para hacer que David llorara su pecado, no para cuestionar su estado de gracia que Dios tantas veces había reafirmado sin dudas.

Además de sembrar la duda acerca de la obra santificadora del Espíritu, Satanás a menudo envía reprensiones de la conciencia que niegan la riqueza de la gracia divina. Cuando encuentras que tus pecados se te presentan como excediendo la misericordia de la naturaleza de Dios o la gracia del pacto, esto viene de aquel celoso: el diablo. El Espíritu Santo, como intermediario de Cristo, corteja a los pecadores para que se abracen a la gracia del evangelio. ¿Qué podría decir entonces para estropear la relación o rebajar la estima de Cristo ante su amada? ¡Debes saber de donde provienen tales mentiras! Cuando oyes halagar a uno como sabio o bondadoso, seguido de un *pero* que lo estropea todo, sabes que no se trata de amigo sino de un hábil enemigo que, al fingir enaltecer al otro, realmente quiere desacreditarlo. Entonces, cuando veas que alguien te representa a Dios como misericordioso y lleno de gracia, *pero* no para con pecadores tan malos como tú; y fuerte y poderoso, *pero* incapaz de salvar a alguien como tú, podrás decir: “Fuera, Satanás, tu lenguaje te ha traicionado. ¡Este mensaje no viene de Aquel que ama mi alma!”.

3. Satanás se nombra juez y jurado para juzgar a los creyentes

El diablo va a los cultos tanto como tú. Y se pone a la puerta de tu habitación para escuchar lo que le dices a Dios en secreto, estudiando la forma de acusarte. Aquel espíritu rebelde que se atrevió a criticar la forma que tenía Dios de regir el Cielo, no

vacilará a la hora de juzgar la manera como tú riges tu alma. Es como los que escuchan el sermón solo para criticarlo y llamar al pastor “infractor” por una palabra más o menos. Satanás se deleita en destrozar tus actividades y desfigurarlas tanto que puedan parecer superficiales, aunque realmente estén llenas de celo, o farisaicas, aunque realmente sean sinceras. No descansará hasta poder pronunciar sobre tu alma una sentencia de: “¡Culpable!”. Cuando has hecho todo lo posible, entra en acción este crítico persuasivo. “Allí has sido hipócrita; parecías noble, pero era para tu provecho. Aquí te has alejado; allí fuiste perezoso; más allá te has hinchado de vanidad. ¿Qué galardón puedes esperar de la mano de Dios, habiendo estropeado de tal manera su obra?”. Esta murmuración constante agota a muchas pobres almas. ¿Eres tú de los espiritualmente agotados? ¿Critica el diablo todo lo que haces hasta que ya no sabes si orar o no, si escuchar o no? Y cuando has orado y escuchado, ¿sirve de algo? Así tu alma queda suspendida en la duda, y los días pasan tristemente, mientras tu enemigo está riéndose en un rincón por la jugada que te ha hecho. Este es su plan maestro: si no puede robarte tu justicia y rectitud, te quitará el gozo.

4. Satanás intenta robar la promesa del pacto a los cristianos

Satanás viene para alejarte de los verdes pastos del consuelo del pacto y arrastrarte al abismo de la desesperación. Lo hace fingiendo que no te humillas lo suficiente por el pecado. El apóstol conocía los sofisticados juegos mentales que utiliza el enemigo. Los llamó sus “asechanzas” o “artimañas” (2 Co. 2:11), sus argumentos astutos. Aquí depende Satanás de su pico de oro. Todo lo que dice es mentira flagrante y doblez, ¿pero qué cristiano no ha sido engañado, al menos por un momento, por sus estratagemas?

Satanás lo razona así: “Debe haber una justa proporción entre el pecado y la aflicción. Pero no la hay entre *tu* pecado y *tu* aflicción; por tanto, no te has humillado”. ¡Parece tan plausible a primera vista! Además sabe citar abundantes textos bíblicos para probar sus ideas. Manasés fue un gran pe-

cador, y una aflicción corriente no le servía: se humilló “grandemente en la presencia del Dios de sus padres” (2 Cr. 33:12). Satanás dirá luego: “Ahora pesa tu pecado en la balanza, junto con tu aflicción; ¿gimes en proporción a tus pecados? Durante años has guerreado contra el Omnipotente, haciendo lo que te ha venido en gana de su ley, probando su paciencia al máximo, hiriendo a Cristo con la daga de tu pecado, entristeciendo al Espíritu y rechazando la gracia. ¿Y ahora crees que un poco de remordimiento, como una nube pasajera que deja caer unas gotitas de lluvia, bastará? No; tienes que hundirte en la aflicción como te has empapado del pecado”.

Para demostrar los fallos de esta tesis, hay que distinguir entre dos clases de proporción en el pecado.

Primero, una proporción exacta de aflicción con la naturaleza inherente y los deméritos del pecado. Esto no es factible: el daño del pecado más insignificante es infinito, porque se le hace a un Dios infinito.

Segundo, una proporción relativa de la aflicción con la ley y el gobierno del evangelio. ¿Y qué dice la ley del evangelio en este caso? Que la aflicción genuina y de corazón es la aflicción evangélica: “Se compungieron de corazón” (Hch. 2:37). Esta aflicción divina es el arrepentimiento para vida, dado por el Espíritu del evangelio para tu socorro. Alma tentada, cuando Satanás dice que no eres lo bastante humilde y que debes revolcarte en tu aflicción, considera cómo te puedes salvar: Cristo es el puente por el cual puedes cruzar sin peligro el río bravo de tu pecado. Eres hombre muerto si piensas responder por tu pecado con tu propia aflicción; pronto perderás el pie, y te ahogarás en tus propias lágrimas, sin ser rescatado de la menor de tus transgresiones. La fuerza de la aflicción no te llevará al Cielo, sino el verdadero arrepentimiento de corazón.

Una punzada en el corazón es más que una herida en la conciencia. El corazón es la sede de la vida. El pecado allí herido, se muere. Si tu corazón es falso, ni yo ni el evangelio mismo te podemos ayudar. Pero si eres sincero, te muestras osado para con Dios (1 Jn. 3:21) y con su promesa de perdón (1 Jn. 1:9).

La respuesta correcta del cristiano ante las acusaciones de Satanás

Si has considerado seriamente la discusión anterior, puede que te preguntes: “¿Qué cosa práctica puedo hacer para resistir a Satanás cuando viene criticando mi obra por Cristo?”.

1. Que sus acusaciones te hagan más diligente

Este es el propósito de Dios al dejar que Satanás te aceche. Un niño es de lo más circunspecto cuando el maestro ha llamado a sus padres a consulta. Igualmente, si sabes que Satanás te vigila y seguramente piensa llevar sus chismes ante Dios, debes tener más cuidado para mantener la cuenta al día. Esto debe desafiarte a estudiar bien tu corazón y leer la Palabra con fidelidad. Entonces, cuando Satanás te ataque, tendrás una respuesta para cada acusación.

2. Que te hagan más humilde

Para ser honrados, hay que admitir que muchas de estas acusaciones son verdad. Si Satanás, tan ciego como es, puede acusarnos de mucho, ¡qué revelaría la luz de Dios! ¡Qué buena oportunidad para reconocer de nuevo tu propio pecado, y la misericordia sobreabundante de Dios! Con esta actitud, recogemos los mismos ladrillos que nos lanza Satanás y los utilizamos para edificar un monumento a la gloria de nuestro Señor de la gracia.

3. Que te demuestren la falsedad de su lógica

Entonces podrás responder sabiamente sus acusaciones. La falsedad es doble: primero, te señalará que no eres perfecto, pero que se espera que lo seas; luego te dirá que, ya que no eres perfecto, Dios no quiere saber nada de tus inútiles esfuerzos.

El persuadirte de que tu servicio y tú mismo sois hipócritas, soberbios, egoístas, etc., no suele ser tan difícil, ya que algo de estos pecados se encuentra en todo el mundo, ¡incluyendo a los creyentes! Tienes que aprender a distinguir entre el orgullo *por* una obra y una obra orgullosa; entre la hipocresía *en* una persona y un hipócrita. El mejor cristiano lleva dentro la semilla

de tales corrupciones. Consuélate con esto: Si hay una voz en tu corazón que clama a Dios y protesta contra el mal, tú y tus esfuerzos son aceptos delante de él.

Dios ve tus fracasos como síntomas de tu estado terrenal enfermo y te tiene compasión como la tendría por un niño tullido. ¡Cómo despreciamos a aquel que se burla de otro por ser tartamudo o cojo! Tales son los defectos en tu nueva naturaleza. Observa las palabras de la oración de Cristo contra Satanás: “Jehová te reprenda [...]. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” (Zac. 3:2). Es como si dijera: “Señor, ¿vas a permitir que este espíritu envidioso culpe a tu pobre hijo Josué por estas debilidades de su antigua naturaleza que se aferran aún a su estado perfecto? Está recién sacado del fuego; no es sorprendente que quede alguna chispa sin apagar, alguna corrupción sin mortificar, algún desorden sin reformar”. Y lo que Cristo hizo por Josué lo hace incesantemente por todos los cristianos, intercediendo ante el Padre por sus debilidades y pidiendo misericordia para ellos.

La segunda distorsión del argumento de Satanás es razonar que, dado que los residuos de la antigua naturaleza se pegan aún a nuestros esfuerzos presentes, Dios no acepta estos últimos. La pregunta que hace es: “¿Aceptará el Señor de tu mano una moneda estropeada? ¿Acaso no es un Dios santo?”. Aquí hemos de ejercer discernimiento. Hay dos tipos de aceptación que debemos examinar: la aceptación de algo en pago de una deuda, y la aceptación de lo ofrecido como muestra de amor y agradecimiento. El que no acepta una moneda estropeada, ni tampoco la mitad de lo debido como pago de una deuda, sí que aceptará con gozo, de mano de su amigo, una moneda doblada como prenda de amor. Es verdad que la deuda que tienes con Dios ha de pagarse con moneda legal. Pero para tu consuelo, Cristo es tu administrador. Envía a Satanás a verle; que lleve los cargos a Cristo, el cual está preparado, a la diestra de Dios, para abrir los libros y mostrarle que la columna de los débitos está borrada con su propia sangre, y sellada la deuda con un “Pagado”.

Desde el día de tu salvación, tu progreso y obediencia se apuntan en un libro aparte como muestras de tu amor y grati-

tud a Dios. Y tal es la disposición de tu Padre celestial, que acepta hasta tus centavos. El amor no rechaza lo enviado por el amor. No es el peso ni el valor del regalo lo que cuenta, sino que “el deseo de los justos es solamente el bien” (Pr. 11:23).

La respuesta perfecta de Dios ante las acusaciones de Satanás

Es un consuelo incalculable saber que no estamos solos al intentar defender nuestra conciencia de los golpes de Satanás. ¿Es listo el diablo? Tu Dios lo es más aún, y te puede hacer volver a él, sano y salvo, a través del diabólico laberinto de mentiras.

1. Dios utiliza las tretas del propio Satanás para hacer sabios a sus hijos

Con ellas desenmascara al diablo y descubre a los hijos de Belcebú, esa jauría del enemigo que demuestra tener el mismo arte que su padre infernal para molestar el alma de los cristianos. Estos son algunos “hijos del diablo” que envía Satanás para perturbar la paz del cristiano.

Quienes desentierren los antiguos pecados del cristiano, que Dios ha perdonado y olvidado, simplemente por turbar su alma y enturbiar su nombre, demuestran una malicia diabólica, tomándose la molestia de volver muchos años atrás por un puñado de barro que tirarle a la cara al creyente. Así Simei decía maldiciendo a David: “¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso!” (2 S. 16:7). Cuando te enfrentas a esta clase de reproches, respóndelos como hizo el teólogo francés Beza con aquellos que, a falta de mejores municiones, le acusaron de haber escrito en su juventud algunos versos profanos. Respondió: “Estos hombres me escatiman la misericordia perdonadora de Dios”.

También los hay que esperan un tropiezo del cristiano para señalarle con el dedo y hacerle parecer un desgraciado, y a sí mismos mejores por comparación. Tales peones del diablo atraen sobre sí mismos una maldición, aunque no lo sepan. Considera a Amalec, el recuerdo de cuyo nombre amenazó Dios con borrar de debajo del cielo (*cf.* Dt. 25:19). ¿Recuerdas

lo que hizo para merecer la ira de Dios? Hizo que sus soldados mataran a aquellos de la retaguardia de la compañía de Moisés que por debilidad no podían mantener el paso de los demás. No podemos imaginar peor crueldad; pero ante Dios es aun peor golpear con el filo de una lengua burlona a los débiles en la gracia.

Algunos malvados pecan con el fin de perturbar el alma de los cristianos. Tal vez hayas observado las acciones de un blasfemo. Cuando descubre la presencia de aquellos que aman al Señor y no aguantan que se tome su nombre en vano, deliberadamente emplea un lenguaje malo que hace zumbiar los oídos puros y turba las almas sensibles de sus oyentes. Este sinvergüenza golpea a padres e hijos a la vez. Cree que no basta con deshonar a Dios, sino que insiste en que los cristianos observen y escuchen el agravio hecho a su Padre celestial.

Tal vez los peores sean aquellos que culpan al hijo de Dios por las consecuencias de sus propios pecados. Por eso llamó Acab al Profeta “el que tuba a Israel”, cuando en realidad era él mismo, y la casa de su padre, los que tenían la culpa. Qué tristeza para Moisés el que los israelitas le hicieran responsable de la sangre de quienes murieron en el desierto. Dios mismo testifica que Moisés era su valedor constante, cuando en cualquier momento él hubiera levantado su mano para destruirlos.

Los mejores siervos de Dios en esta generación perversa están bajo la misma maldición. “Podemos agradecerles —dicen los profanos— todas las miserias de la nación; íbamos muy bien hasta que intentaron reformarnos”. ¡No culpes a la buena medicina administrada, sino al cuerpo corrompido de una nación incapaz de tragarla!

2. Dios utiliza las tretas de Satanás para hacer agradecidos a sus hijos

Ya sabes qué clase de piedras el diablo interpone en tu camino. Si hoy el camino es llano, ¡qué alivio y gozo para tu alma! Nadie supera a Satanás en crear problemas y, sin embargo, tú tienes la conciencia en paz. ¿Quién te da esa serenidad espiritual? Nadie más que tu Dios, que tiene vigilado a Satanás y no le dejará entrar en el jardín de tu alma. Satanás conspira para minar

La armadura del cristiano

tu consuelo diariamente. Ese ladrón ve tus frutos agradables colgando del árbol y se le hace la boca agua; pero la valla es demasiado alta para trepar. Dios lo aleja de tu paraíso. No es la gracia de Dios en ti, sino el favor de Dios que te protege del maligno. ¿Qué más necesitas oír para que tu corazón se llene de gratitud?

3. Dios utiliza las tretas de Satanás

para hacer cautos a sus hijos

No estás tratando con un necio, sino con un ser lo bastante astuto como para disipar tu consuelo y malograr tu gozo si no lo vigilas. Tu paz es aquel bocado delicado que él anhela. Es más fácil alejar las moscas de la comida en verano que repeler a Satanás de tu conciencia. Él ha robado a los cristianos muchos festines sabrosos, enviándolos vacíos a la cama; vigila siempre, porque te ronda a ti también.

La fortaleza de los cristianos

Quizá dirás: “No me hacen falta más argumentos para probar que mi adversario es un perturbador; dime ahora cómo fortalecerme contra sus ataques”.

1. Satanás como seductor

Si quieres protegerte contra el perturbador, ten cuidado con sus seducciones. ¡Puedes estar seguro de que él se fija en ti! El mango del hacha con el que corta la raíz del consuelo cristiano suele estar hecho de la propia madera del creyente. Satanás es una mera criatura y no puede obrar sin herramientas. Puede hacer mucho con poca cosa, pero no puede hacer algo de la nada. Vemos esto en su asalto contra Cristo, cuando se molestó inútilmente yendo y no encontrando nada en él (Jn. 14:30).

Pero cuando viene a nosotros encuentra los fósiles de la antigua naturaleza, que le dicen mucho acerca de la disposición de nuestro corazón. Estos son los artilugios que el corazón carnal antes atesoraba: nuestra fuerza, lujuria, soberbia... Nos los ofrece, pensando alejarnos de la nueva gracia en Cristo que hemos hallado. Cuidado con sus hechizos. No bebas de su copa,

porque está envenenada; ni la mires, porque brilla tentadoramente. Lo que bebes con dulzura, lo vomitarás con hiel y amargura.

Sobre cualquier otro pecado, guárdate de los relacionados con la soberbia y la arrogancia. No estás por encima de ellos. Si te ves envuelto en las redes del pecado de presunción, clama pronto a Dios pidiendo su ayuda. Si vacilas, solo le darás tiempo a Satanás para enredarte más. Pero si clamas a Dios con verdadero arrepentimiento, vendrá enseguida a rescatarte. Cuanto antes te rindas al Espíritu, menos se dañará tu alma.

2. Aférrate a la promesa divina de la justificación

Otra manera de fortalecerte contra Satanás es estudiar la gran verdad del evangelio de la justificación del alma ante Dios. Estudia esta verdad en cada aspecto: la misericordia gratuita de la gracia divina; la expiación por el sacrificio de Cristo; la eficacia de la fe para apropiarse estas bendiciones (*cf.* Ro. 3:24,25). Es una puerta eficaz que, una vez abierta para que el alma entre a esta verdad, le quitará el negocio al diablo.

Cuando Satanás viene a robar tu paz, si no comprendes el pleno significado de tu justificación en Cristo, pronto te verás vencido. Un cristiano sin la seguridad de su salvación está tan desamparado como un conejo que corre a la maleza para escapar del zorro, pero al que fácilmente se sigue por el rastro y las huellas que deja. En Cristo tienes un refugio al que no puede llegar el enemigo: “los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” (Cnt. 2:14). Mientras el diablo puede perseguir activamente tu alma, el aroma de la sangre de Cristo que te justifica le es repugnante y le parará los pies. Corre derecho hacia esa torre del pacto evangélico, y lanza esta verdad a la cabeza de Satanás, como la mujer que tiró aquella piedra a la cabeza de Abimelec: “Mas al que [...] cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:5).

3. Evita caer en la trampa

Cristiano, asegúrate de permanecer en la llanura. Esto es, no dejes que Satanás te atraiga a las trampas doctrinales en donde no podrás ni luchar ni huir. Una de sus tácticas es llevarte a un

laberinto de preguntas impertinentes para retardar tu progreso hacia el Cielo. A veces pregunta al alma si acepta el libre albedrío o la predestinación. Y responde esta como responde, la confunde con su respuesta astuta. En otra ocasión, exigirá saber la hora y el día exactos de tu salvación, y si no puedes responder, pondrá en tela de juicio tu derecho a reclamar un parentesco con Cristo.

Cuando Satanás te acosa con preguntas triviales, no intentes razonar con él. Respóndele desde tu posición presente en Cristo y su obra segura de gracia en tu alma. No olvides que la sencilla verdad del evangelio reduce todas las artimañas de Satanás a un montón de mentiras sin valor.

Supongamos que evitas la trampa de las preguntas necias; ¿qué harás cuando el diablo lleve tu fe por la senda de los textos bíblicos problemáticos? Me refiero a aquellos pasajes que pasan por el entendimiento como un arroyo de montaña pasa delante de la vista, dejando caer al mareado y desorientado cristiano, desesperado por su situación. ¡El vino del evangelio es muy fuerte! Demasiado estudio de los pasajes difíciles puede confundir tu alma y debilitar tu fe. De nuevo, permanece en la llanura. Combate el ataque de Satanás con los textos sencillos: los más aptos para alimentar tu fe y alentar tu alma. Cuando encuentres versículos claros que hablan a tu situación, utilízalos para vadear el río de la tentación, y no te aventures más allá de tu profundidad.

Satanás intentará alejarte del camino seguro hacia el Cielo de otra manera: por la presencia de circunstancias que no puedes comprender. Con ellas argumenta contra el amor de Dios para capturar tu alma. Primero —con el permiso divino— despojó a Job de sus bienes terrenales y, luego, echó mano de su estado espiritual. Aprovechó toda circunstancia y persona a su disposición. La esposa de Job culpó a Dios; sus amigos lo condenaron a él. Satanás los convenció a todos —menos a Job— de que la aflicción y el estado de gracia no son compatibles.

Este es un aviso a tiempo cuando tu alma va a la deriva en una densa niebla de tribulación. No acuses neciamente a Dios por las tretas del enemigo, ni te acuses a ti mismo de pertenecer al enemigo. Dios puede navegar derecho en la peor tor-

menta. Es capaz de emplear instrumentos malignos con justicia, y actuar con gracia en forma de dura providencia. No reacciones mal ante los cambios en tu estado temporal: Cristo nos dijo que esperásemos mar gruesa antes de arribar al Cielo.

Tu perspectiva ha de ser muy distinta de la de aquellos no regenerados. Como niños ingenuos, estos piensan que todo el que les da golosinas los ama. No se dan cuenta de que la prosperidad puede ser una maldición para sumirlos en un sueño más profundo de falsa seguridad. Recuerda como Jael le sirvió a Sisara (Jue. 5:25,26). Le dio leche cuando pidió agua, para poder con más seguridad clavarle al suelo; ya que se dice que la leche tiene efectos somníferos. Pero el creyente afligido posee la clave para descifrar la providencia divina. El Espíritu te enseñará, con la Palabra, a leer la taquigrafía de sus dispensaciones: él disciplina a cada hijo que ama. Detrás de los dolores de parto de toda aflicción hay una bendición por nacer.

4. Mantén la seguridad de tu salvación

Otra manera de fortalecerse contra Satanás es conservar la esperanza de la salvación, prometida por el sacrificio expiatorio de Cristo. Anota las visitaciones especiales de Dios a tu alma en la memoria de tu corazón. Pega allí los recordatorios de las ocasiones en que él decretó fiesta, y vino a ti vestido de festiva misericordia, extendiendo el cetro de su gracia con mayor familiaridad que de costumbre. Guarda los antiguos recibos escritos de su puño y letra por el perdón de tus pecados.

Pero el alma dudosa puede preguntar: “¿Y si no puedo asirme de esa seguridad ni cotejar esas pruebas que antes consideraba ciertas?”. Entonces intenta seguir estas recetas como tónico para la fe enferma.

Primero, renueva el arrepentimiento, como si no lo hubieras hecho antes. Adelanta nuevos actos de fe, como si nunca hubieras creído, y le ganarás a Satanás en su propio juego. Que te diga que tus actos anteriores eran hipocresía, o que son caducos y sin valor. ¿Qué puede decir contra la afirmación presente de tu fe? De esta manera, las mismas acusaciones que utiliza para alejarte de Dios, te acercan a él.

Si te persigue con temores por tu estado espiritual, solicita

ante el trono de la gracia una nueva copia de las antiguas pruebas que has perdido. El original consta en el archivo de perdones celestial, siendo Cristo el Regidor del mismo. Y si eres un santo, tu nombre figura en ese registro. Apela a Dios, y oirás la noticia del Cielo, en lugar de escuchar los chismes de tu enemigo traídos del Infierno. Si discutes menos con Satanás y oras más a Dios sobre tus temores, pronto se resolverán. ¿Puedes esperar la verdad de un mentiroso, o el consuelo de un enemigo? Dale la espalda y acude a Dios. Intenta no preocuparte. Tarde o temprano recibirás el certificado de seguridad.

Si tu alma está tan mareada que parece imposible oír la reconfortante respuesta divina por encima de los aullidos de Satanás, pon rumbo al puerto de Dios y aléjate del enemigo. Emprime una retirada honrosa hacia aquellas convicciones y fuerzas que Cristo provee para sus soldados en peligro. Hay dos enclaves ventajosos adonde pueden retirarse las almas que huyen: el nombre de Dios y las promesas absolutas del evangelio. Piensa en ellos como los refugios hermosos, principalmente útiles cuando la tormenta es tal que el barco no consigue flotar en alta mar. De la misma manera que no había nada inherente a la criatura que pudiera conmover al gran Dios para hacer tales promesas, no puede haber nada en ella que evite que el Omnipotente las cumpla dónde y cuando él quiera. Este acto de fe de retirarte a las promesas, acompañado del anhelo de la gracia buscada, aunque no resuelva todas tus dudas, sin embargo evitará que te hundas.

Finalmente, si Satanás sigue acosándote, clama pidiendo ayuda y no escuches los consejos diabólicos en sentido contrario. La misma fuerza de algunas tentaciones estriba en el intento de ocultarlas. Comenta tu lucha con algún amigo cristiano de confianza y esto te aliviará. Bien lo sabe Satanás; de manera que, para robar más fácilmente al alma su paz y su consuelo, la silencio con el miedo. “Vaya, si tus amigos supieran esto, se apartarían de ti. ¡Mejor que no se enteren nunca!”. Él ha mantenido a muchas pobres almas en la miseria obligándolas al silencio. Te pierdes dos bendiciones al guardar los secretos del diablo: los consejos de tus hermanos y sus oraciones. ¡Es una pérdida muy grave!

Victoria segura si llevamos la armadura

Hemos visto el estado de peligro en se encuentra el alma sin armadura; considera ahora el futuro glorioso del alma debidamente acorazada. ¿Quién rechazaría el honor de servir en el ejército del Rey de reyes? ¡Especialmente cuando la victoria ya está declarada! Esta es la seguridad que Pablo da a cada creyente que viste toda la armadura de Dios: “Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. Con ello, vuelve a poner el potencial del enemigo en su debida perspectiva. Pablo nunca pensó en asustar a los cristianos para que huyeran cobardemente, ni perdieran la esperanza de la victoria al reconocer el poder enemigo. En su lugar, quiso alentarlos a la resistencia vigorosa, prometiéndoles la fuerza necesaria para la batalla y la seguridad de la victoria postrema. Estas dos ideas se implican en la frase: “Estar firmes contra las asechanzas del diablo”. A veces *estar firme* es una postura de lucha (Ef. 6:14); otras veces de victoria: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo” (Job 19:25). El polvo de la tierra, que hoy es el campo de todas las batallas sangrientas entre los cristianos y Satanás, un día será el estrado de Cristo, y ni un solo enemigo se atreverá a levantar la cabeza.

La condenación de Satanás

Satanás, con toda su astucia, nunca derrotará al alma protegida con la gracia verdadera, y esa lucha jamás terminará en empate. Examina la Palabra. No encontrarás en ella a ningún siervo fiel zarandeado y agitado por el enemigo que, al fin, no acabara obteniendo una victoria honrosa. Considera a David, Job, Pedro y Pablo: los que más sufrieron de quienes existe constancia. Y para que nadie atribuya la victoria de estos a su propia fuerza inherente, la gloria de la victoria solo es atribuible a Dios, en quien los débiles son tan fuertes como los más fuertes. Hay dos razones por que el creyente, que parece tener tanta desventaja, es tan invencible (*cf.* 2 Co. 12:9; Stg. 5:11).

1. La maldición que pesa sobre Satanás

La maldición de Dios arrasa donde vaya. Los cananeos, junto con las naciones colindantes, fueron presa fácil para Israel, aun siendo guerreros famosos. ¿Por qué? Por tratarse de naciones malditas. Los egipcios eran astutos —“Obremos con cuidado”, dijeron—, pero la maldición divina estaba clavada como una espina en el corazón de Egipto, y finalmente fue su ruina. De hecho, cuando los israelitas —los hijos del pacto— pecaron, y se convirtieron en objetos de la maldición divina— fueron pisoteados por los asirios.

Hay una maldición irrevocable que pesa sobre Satanás desde Génesis 3:14: “Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás...”. Y a la vez que la maldición actúa continuamente contra Satanás, obra eternamente a favor de los cristianos.

En primer lugar, le postra bajo los pies de ellos: “Sobre tu pecho andarás”. Esta postración de Satanás asegura al creyente que el diablo, con sus tretas, nunca levantará cabeza más alta que el pie del cristiano. Puede hacerte cojear, pero no puede matarte. Y la herida que inflige será contestada con otra en su propia cabeza: su completa ruina y la de su causa.

Además de restringir su postura, Dios también limita su comida. Satanás no puede devorar a quien quiera. El polvo es su alimento, lo cual parece confinar su poder a los malvados, los que son “de la tierra, terrenales”, los que son polvo. Pero las virtudes de los nacidos del Cielo se reservan para alimentar a Cristo, y sus almas, con toda seguridad, no son bocado para el diablo.

2. Los límites que Dios pone a Satanás

El diablo no puede tentar a nadie sin permiso de Dios. Cuando Cristo marchó al desierto, fue llevado allí, no por un demonio, sino por el Espíritu Santo (Mt. 4:1). Todo sucedió con el permiso de Dios. Y el mismo Espíritu Santo que condujo a Cristo a la batalla, le dio la victoria. En cuanto hubo rechazado a Satanás, le vemos entrando en Galilea con el poder del Espíritu Santo (*cf.* Lc. 4:14).

Cuando Satanás tienta a un cristiano, solo sirve como men-

sajero de Dios. Pablo llamó al aguijón en su carne “un mensajero de Satanás” (2 Co. 12:7). Otra traducción lo denomina “el mensajero, Satanás”, implicando que el mensajero fue enviado por Dios al apóstol. De veras que su encargo era demasiado bueno para ser propio de él, porque Pablo mismo dice que servía para mantenerlo humilde. El tentador nunca quiso hacerle tan buen servicio a Pablo, pero Dios le permitió ir a él para ejecutar su divina voluntad. El diablo y sus secuaces son instrumentos de Dios; haremos bien en dejar que solo Dios utilice al uno y maneje a los otros.

Que Lucifer escoja la forma: Dios le derrotará con cada arma. Si asalta al cristiano con la persecución, se encontrará con la oposición de Dios. Si obra con astucia, Dios también estará preparado. El diablo y toda su junta son bufones para Dios. Mientras más astucia y artimañas haya en el pecado, tanto peor, ya que se emplea contra un Dios omnisciente al que no se puede engañar. Pablo dice que “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres” (2 Co. 1:25). Él es más sabio en los débiles razonamientos de sus criaturas que Satanás en sus profundas intrigas; más sabio en sus hijos ignorantes que el diablo con sus Ahitofel y Sanbalat: “[Dios] frustra los pensamientos de los astutos” (Job 5:12). Al mostrar su sabiduría persiguiendo a los enemigos de los cristianos, Dios añade dulzura a la liberación final de estos. Después de perseguir al faraón por todas sus madrigueras y escondrijos, él partió el cerebro mismo de las intrigas del malvado rey y se lo sirvió a su pueblo, aderezado con su sabiduría y poder.

Las intenciones Satánicas y la intervención divina

Satanás nunca ha sido ni será un digno contrincante del Dios Omnipotente. Nuestro Señor es tan superior al diablo en sabiduría, que puede tomar las mismas tentaciones que este utiliza para abofetear a los cristianos y emplearlas para levantar un tabernáculo de gracia y consuelo para sus hijos. Esta es la conquista más noble: quitar las herramientas de la mano del diablo y utilizarlas para restaurar aquello que él ha querido derribar. Por así decirlo, Dios coloca sus planes bajo las alas de Sa-

tanás y hace que este los incube (recuerda cómo utilizó la intriga de los hermanos de José para lograr su gran propósito). Mientras Satanás planea el mal, puedes confiar en que Dios está preparando tu bien. Si se lo pides, él puede cambiar las tentaciones del diablo *al* pecado por la eliminación *del* pecado de tu corazón. Así es como lo hace...

1. La intención de Satanás: enturbiar la conciencia del cristiano

Satanás idea toda tentación para incomodar al máximo al cristiano, esperando robarle la paz y crearle dudas sobre su sinceridad. Pero Dios no se queda pasivo. Tenemos la promesa segura de que “los ojos de Jehová están sobre los justos” (Sal 34:15).

Primero, él utiliza las tentaciones del diablo a pecar, para evitar otro pecado. El Dios omnipotente atiende el consejo del diablo y veta los procedimientos en beneficio del cristiano. Permite que el diablo moleste al cristiano con ciertas tentaciones perturbadoras que él sabe que harán más vigilante al alma. De esta forma, el aguijón de Pablo evitó que cayera en la soberbia. Dios envió a Satanás a asaltar el lado fuerte del apóstol para, mientras tanto, poder fortalecer su debilidad.

Segundo, Dios utiliza la tentación a pecar como purgante contra el futuro pecado. Pedro nunca tuvo tanta victoria sobre su confianza en sí mismo, ni tanta firmeza en su fe, como después de su negación en casa del sumo sacerdote. Este hombre que se desdijo ante las preguntas de una criada, se convirtió en un testigo valiente de Cristo ante consejos y reyes. Si tropiezas con una tentación y caes de cabeza, haz como Pedro: emplea esa experiencia para descubrir tu debilidad predominante y toma medidas a fin de superarla.

Tercero, Dios utiliza la tentación para fomentar toda la obra de la gracia en el corazón. Un buen marido que ve una gotera en un rincón llama al albañil para inspeccionar toda la casa. Una buena esposa que encuentra una mancha en la camisa de su marido, lava toda la prenda. Esta clase de cuidado por el propio estado espiritual distingue al corazón sincero del de un hipócrita, cuyo arrepentimiento es parcial. Judas confesó su

traición, pero no su desfalco ni hipocresía. De haber estado realmente arrepentido, su pena a causa de un pecado le habría quebrantado el corazón por los demás pecados también. David, derrotado por un solo pecado, renovó su arrepentimiento por todos ellos (Sal. 51).

2. La intención de Satanás: corromper a otros santos

Satanás planta la tentación en un cristiano con la esperanza de que aquella florezca convirtiéndose en pecado y su semilla caiga en otros corazones llevada por los vientos del conformismo o la desilusión, para que bien se sientan estimulados a pecar por el mal ejemplo o bien se vean desalentados en su propio caminar por el escándalo.

Una vez más, Dios confunde a Satanás haciendo que tales pecados sean un aviso a tiempo para los demás, a fin de que vigilen su propia firmeza. Cuando ves a un manso Moisés provocado a ira, vigila más estrechamente la aparición de malas hierbas en tu propio corazón rebelde.

Dios también consuela a los cristianos afligidos mostrándoles el camino rocoso por el cual pasaron algunos de sus hijos más amados para llegar al Cielo. ¿Está tu conciencia apesadumbrada por tu pecado? ¿Está tu alma acongojada porque Satanás te ha convencido de que no hay esperanza de perdón? Las vidas de algunos de los cristianos más grandes son una contradicción indiscutible para las acusaciones satánicas contra ti. El pecado de David fue grande, pero halló misericordia. Pedro negó su fe, pero ahora está en el Cielo. ¿Te ama Dios a ti menos que a ellos? ¿No ha prometido perdonar a *todo* aquel que tenga un corazón contrito? (Sal 34:18).

Otra forma en que Dios utiliza los ataques de Satanás es para preparar a los cristianos. El creyente que ha pasado por pruebas severas, está mejor equipado para ayudar a otros cristianos que sufren. El mejor militar instructor no es un general en su escritorio, sino el hombre que ha combatido en primera línea. Así se pone la fe por obra sinceramente; y todas las virtudes entran en acción. Si caes en la tentación y quedas bajo el dominio de Satanás por un tiempo, aprendes lo malvado que es este amo, el cual lleva un cetro de hierro en una mano y un

cruel látigo en la otra, y con ellos piensa llevarse a todos sus súbditos al Infierno. Pero un hijo de Dios sincero, al pecar y sentir el latigazo de Satanás, sabe cómo escapar: acude a la Palabra y a Dios mismo y, abriendo su corazón herido a Cristo, se rinde al dulce ministerio del Espíritu.

Esta clase de experiencia con el pecado y Satanás te estimulará para avisar a tus hermanos acerca del trato diabólico y también te enseñará a consolar a los heridos que sangren por sus azotes. Ninguno trata a las pobres almas con tanta delicadeza como aquellos que recuerdan el dolor de su propia experiencia. Estas lecciones de la vida, y no los mentores, ni los libros, ni siquiera el conocimiento intelectual de la Palabra, te equiparán para hablar una palabra a tiempo al alma cansada. Cristo mismo fue enseñado en esta escuela. Sus sufrimientos (siempre mezclado con tentaciones) fueron la lección que le proporcionó sabiduría y compasión para restaurar y consolar a las almas turbadas. El diablo debería haber dejado en paz a Cristo, y también a sus hijos, porque Dios vuelve del revés el designio malvado del enemigo, y usa nuestro sufrimiento transitorio como fuente permanente de consuelo para muchos.

3. La intención de Satanás: mancillar la relación del cristiano con Dios

Satanás quiere abrir una brecha entre Dios y el cristiano. Los odia a ambos y, por tanto, se esfuerza para dividirlos. “Si puedo hacer que Fulano peque —piensa—, Dios se enfadará y lo castigará duramente”. Así el diablo da por sentado que el cristiano cuestionará el amor de Dios para con él y, por consiguiente, se enfriará en su relación con el Señor.

¿Cómo responde Dios a estas maniobras engañosas? Hace que las tentaciones satánicas sean un correo de su amor para los cristianos. El diablo pensó haber ganado la partida cuando consiguió que Adán comiera el fruto prohibido. Creía tener al hombre en la misma situación apurada en que él mismo estaba. ¿Pero tomó a Dios por sorpresa? ¡Claro que no! Dios sabía el final antes de empezar, y utilizó la tentación satánica para dar paso al gran drama evangélico de la salvación humana en Cristo. Por orden divina, Cristo se encargó de sacar a sus cria-

turas caídas de las garras de Satanás y restaurarlas a su gloria original con acceso a más beneficios que antes.

¿Y qué consiguió Satanás con toda la energía gastada en Job, sino ver cómo aquel creyente entendía por fin lo mucho que Dios lo amaba? Cuando el maligno derrotó vergonzosamente a Pedro, ¿no vemos cómo Cristo recupera al apóstol con todo su amor? Pedro fue el único discípulo a quien Cristo envió personalmente la gozosa nueva de su resurrección; como si dijera: “Consuela a Pedro con esta noticia. Quiero que sepa que sigo siendo amigo suyo, a pesar de su cobardía”. Dios nunca consiente el pecado en sus hijos, pero tiene compasión de la debilidad de estos. Jamás ve a un cristiano enlutado sin planear vestirlo con la luz de su amor y misericordia.

De hecho, Dios puede utilizar los fracasos de sus hijos para fortalecer la fe de ellos, la cual, como un árbol, estará más fuerte para la sacudida. Las pruebas revelan la condición real del corazón. La fe falsa, una vez derrotada, pocas veces vuelve; pero la verdadera se levanta y lucha con más valor, como vemos en el caso de Pedro. La tentación es para la fe como el fuego para el oro (*cf.* 1 P. 1:17). El fuego no solo revela el oro verdadero, sino que lo purifica. Este sale menos abultado, separado de la escoria que tenía, y de mejor calidad y valor.

Antes de la tentación, la fe tiene mucha escoria superflua que se aferra a ella y pasa por fe; pero cuando llega la tentación, la escoria se descubre y el fuego de la prueba la consume. La calidad de la fe resultante es como el puñado de hombres de Gedeón: más fuerte sin todos los accesorios inútiles. Y lo único que saca el diablo, en lugar de destrozar la fe del cristiano, es servir para refinarla, haciéndola más fuerte y preciosa.

El amor de los cristianos tentados se enciende por Cristo con el fuego de la tentación. ¿Te acercaste demasiado a las llamas, y te has abrasado el alma? ¿Adonde irás a buscar limpieza, sino a Cristo? ¿Y no volverá su ayuda bondadosa a encender tu amor por él, por encima de todo lo demás? El amor de Cristo es combustible para el nuestro: mientras más manifiesta él su amor, más se enciende el que nosotros tenemos. Y después del amor expresado en la muerte de Cristo, no hay otro mayor que su amor que nos rescata en la tentación. La mayor oportu-

nidad para que una madre demuestre cuánto ama a su hijo es cuando este está mal: enfermo, pobre, preso. Cristo es madre y nodriza de nuestro amor. Cuando sus hijos están en la cárcel de Satanás, sangrando por las heridas de la conciencia, él se apresura a revelar su corazón tierno en la compasión, su fidelidad en la oración, su cuidado enviándoles ayuda y su amor profundo al visitarlos con su Espíritu consolador. Ningún hijo es más obediente a su familia que aquel que se ha arrepentido de la rebelión. Jesucristo, a quien Satanás pensaba excluir del favor del alma, al final encuentra un lugar más alto y seguro que nunca en lo afecto del cristiano.

¿Ves ahora por qué Dios permite que sus hijos pasen tentaciones? ¡Él lo controla todo! Sujeta las riendas de Satanás y no lo dejará que te pisotee. Si nunca experimentásemos el gran poder de Satanás dispuesto contra nosotros, no podríamos reconocer el poder supremo de Dios desplegado a nuestro favor.

En ese escenario, Dios extiende la panoplia de su sabiduría y te deja mirar mientras reduce toda la astucia y las artimañas de Satanás a la incoherencia total. En la gloria, Dios será admirado por sus hijos no solo por su amor y fidelidad en la salvación de ellos, sino también por su sabiduría para conseguirla. La sabiduría es el atributo más admirado entre los hombres, y el que Satanás escogió como su primer cebo cuando hizo creer a Eva que sería como Dios en conocimiento y sabiduría. Por tanto, Dios, para hacer la caída de Satanás aún más vergonzosa, le deja utilizar toda su astucia para tentar y perturbar a los cristianos. Pero al final, el camino al Trono, donde se asientan con majestad tanto su sabiduría como su misericordia, estará pavimentado, por así decirlo, con las calaveras de los demonios.

Descansa tranquilo, creyente preocupado, el duelo no es entre la Iglesia y Satanás sino entre Satanás y Cristo. Estos son los paladines de ambos bandos. Ven a ver cómo el Dios Omniscente libra combate con su astuto contrincante. Contemplarás cómo el Todopoderoso decapita a ese Goliath con su propia espada, y enreda a ese maligno paladín en sus propias trampas. Aquella fe que atribuye grandeza y sabiduría a Dios, reducirá el reto de Satanás a la nada. La incredulidad teme a Satanás co-

mo si fuera un león, pero la fe lo pisotea como si fuera un gusano.

Observa cómo trabaja Dios, y estarás seguro de que su obra será excelente. La sabiduría humana puede ser destruida por la necesidad, pero el propósito de Dios nunca será coartado. Nadie puede apartarle de su obra. Un constructor no es capaz de trabajar en la oscuridad de la noche, y una fuerte tormenta le obliga a bajar del andamio; pero todas las conspiraciones infernales y los tumultos terrestres ni siquiera han hecho temblar el pulso de Dios haciéndole estropear ni una letra ni una línea que él haya trazado. El misterio de su providencia puede ser como una cortina que oculta su obra para que no veamos lo que hace, pero hasta cuando le rodea la oscuridad, la justicia es el asiento de su trono para siempre. ¿Dónde está nuestra fe, cristianos? Sea Dios sabio y todo hombre y demonio necio. Aunque parezca más probable que se erija una Babel que el que una Babilonia sea derribada, piensa que Dios está acercándose en secreto y sitiará la fortaleza satánica.

¿Qué importa que la Iglesia sea como Jonás en el vientre del pez, invisible a causa de la furia humana? ¿No recuerdas que el pez no pudo digerir al profeta? No te apresures a enterrar a la Iglesia antes de que esté muerta. Ten paciencia mientras Cristo demuestra su destreza antes de rendirte. Con tus oraciones, trae a Cristo a la tumba para pronunciar la palabra de resurrección. Los antiguos cristianos mostraban una fe admirable en circunstancias igualmente abrumadoras. Jeremías compró un campo de su tío y lo pagó aunque el ejército caldeo sitiaba Jerusalén, dispuesto a tomar la ciudad y llevarlo a él a la cautividad junto con los demás judíos (*cf.* Jer. 32). Todo esto fue por decreto divino, para que Jeremías mostrara al pueblo su confianza completa en el cumplimiento de la promesa de la vuelta de la cautividad, a pesar del triste estado de cosas. De hecho, deshonoramos la Palabra de Dios si no aceptamos la promesa que hace como garantía de su liberación, cuando el poder de la Iglesia está en su punto más bajo.

Segunda consideración: La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

I. NATURALEZA DE LA GUERRA

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12).

Hemos estudiado a fondo la necesidad del cristiano de estar armado, y la naturaleza de su armadura. Examinemos ahora la naturaleza de la guerra. Aquí Pablo pone las cartas boca arriba: no tiene en poco la virulencia de la batalla, ni la fuerza del enemigo. En esto difiere de Satanás, que no se atreve a dejar que los pecadores conozcan el verdadero carácter de Dios, sino que debe llevarlos al campo de batalla con informes falsos y mantenerlos a su servicio con mentiras y subterfugios. Pablo, por otra parte, no teme mostrar a los cristianos su enemigo con todo su poder, ya que la debilidad de Dios es más fuerte que todos los poderes infernales.

Veamos ahora la naturaleza de la guerra en tres de sus aspectos: la violencia del conflicto, la universalidad del conflicto, y la duración del conflicto.

Por qué deben luchar los cristianos

1. La violencia del conflicto

Tu estado en esta vida se describe con la palabra lucha. Aunque a veces este término se utiliza para definir una forma de de-

porte, aquí se refiere a la dureza del encuentro con el enemigo. Pablo lo emplea para dar la idea de una guerra sangrienta y larga entre el cristiano y su oponente implacable. Dos cosas hacen que esta lucha sea más recia que otras.

Primero porque es personal. En términos estrictos, la lucha libre no es un deporte de equipo, sino principalmente una disputa “cara a cara” en la que los contrincantes se enfrentan solos en un lugar: como David y Goliat. Cada luchador emplea toda su fuerza contra el otro. Tal combate es mucho más duro que una batalla entre ejércitos, en la que, aunque dure mucho tiempo, el soldado no lucha siempre. A veces podrá hacer un alto para tomar un respiro. De hecho, hasta puede terminar sin un rasguño, ya que en la guerra el enemigo no apunta a un solo hombre sino a todo el regimiento. Sin embargo, en la lucha grecorromana, cada luchador es el único objeto de la furia de su contrario, y ha de ser sacudido y probado hasta que uno de los dos salga victorioso.

Te guste o no, debes entrar en el cuadrilátero con Satanás. Este no solo tiene una malquerencia generalizada contra todo el ejército de los cristianos, sino una furia particular en contra de todos y cada uno de los hijos de Dios. Igual que nuestro Señor se deleita en la comunión íntima con su hijo, el diablo lo hace en desafiar al cristiano si lo encuentra solo. Todo tu destino espiritual es personal y particular. Le das a Satanás una ventaja peligrosa si crees que su ira se dirige contra los cristianos en general y no contra ti en particular: “Satanás me odia a mí; me acusa a mí; me tienta a mí...”. Igualmente, pierdes mucho consuelo si no ves las promesas y la provisión de Dios como disponibles para tus necesidades específicas: “Dios me ama a mí; me perdona a mí; cuida de mí...”. El suministro de agua para la ciudad no te servirá personalmente si no tienes una tubería que la lleve a tu casa. Sírdate de aviso y consuelo el saber que tu combate espiritual es personal.

Segundo, la lucha es de cerca. Los ejércitos pelean a cierta distancia; en la lucha libre es un combate mano a mano. Puede que esquives una flecha disparada a distancia, pero cuando el enemigo te tiene asido, o te resistes valientemente o caerás deshonrosamente a sus pies. Cuando Satanás te quiere a ti, se acer-

ca, se aferra a tu misma carne y naturaleza corrupta, y te sacude.

2. La universalidad del conflicto

Nuestra lucha abarca a todos. Habrás notado que el apóstol cambia de la segunda persona del plural en el versículo anterior, a la primera persona, para incluirse a sí mismo. Quiere que sepas que la lucha va dirigida contra todo cristiano. Satanás no teme asaltar al pastor, ni rechaza luchar contra el menor de los cristianos de la congregación. Grande y pequeño, pastor y pueblo, todos debemos luchar: ¿no es que una parte del ejército de Cristo esté en el fragor de la batalla mientras la otra descansa en el cuartel!

3. La duración del combate

La duración del combate del hombre contra Satanás es tan larga como su vida. Como dijo Jeremías acerca de sí mismo, el hombre nace como “hombre de contienda” (Jer. 15:10). Cuando llega a ser un santo, aumenta la guerra. Desde el nacimiento espiritual hasta la muerte natural, desde el momento en que afirmaste el rostro hacia el Cielo hasta que entres por la puerta, tendrás guerra con Satanás, con el pecado y la carne. La huida de Israel de Egipto es una figura de la declaración abierta de guerra contra las tinieblas. ¿Y cuando tuvieron paz los israelitas? No hasta llegar a Canaán.

Aquí abajo, el cristiano nunca está tranquilo. Tenga prosperidad o tenga adversidad, en cualquier caso, ha de emplear mucho esfuerzo para evitar el orgullo y la complacencia en una situación, y mantener la fe y la paciencia en la otra. El cristiano no está en un terreno privilegiado. Lot luchó con los habitantes malvados de Sodoma, y su alma justa se afligía por el comportamiento inmundo de estos. ¿Pero qué pasó en Zoar? ¡Sus propias hijas llevaron una chispa de fuego infernal a su cama, y él ardió de lujuria incestuosa! (Gn. 19:30-38).

Algunos piensan que si estuvieran en esta o aquella familia, o bajo un determinado ministerio, o apartados de tal o cual tentación, no serían cristianos tan débiles. Admito que cambiar de aires puede ayudar mucho a un enfermo, ¿pero crees que así esca-

parías de la presencia de Satanás? ¡Ni hablar! Aunque tomaras las alas del alba, te perseguiría. Un cambio de circunstancias puede hacerle cambiar de táctica, pero nada de lo temporal le hará deponer su propósito. Mientras su antiguo colega —la carne— viva en ti, llamará a la puerta. Este oponente diabólico te desafiará a cada paso. Le encanta acecharte por detrás, cuando estás de rodillas plantando semillas para el Reino. Sabe que una reyerta con él, por lo menos, te entretendrá, si no te para del todo.

Luchas con desventaja porque has de luchar con un cuerpo de carne. El cuerpo físico es como un caballo para el jinete: no puedes salir de viaje sin él. Si a la carne se la mantiene arrogante y lozana, y se le da rienda suelta, entonces se echa a perder y se hace ingobernable; pero si tiene el bocado demasiado apretado y oprimiéndole el espíritu, se volverá débil y pronto se cansará, siendo incapaz de ganar mucho terreno.

También luchas con el cuerpo de pecado tanto como con la carne física, y ambos murmuran cuando el alma emprende una obra para el Maestro. A veces alejan al creyente de su deber, para que no haga lo que quisiera. Pablo dijo: “Quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó” (1 Ts. 2:18). El creyente dirá: “Quería orar y meditar en la Palabra, pero este enemigo (es decir, Satanás obrando en la carne) me lo impidió”.

Se ve que el creyente es asaltado por todas partes por el enemigo. ¿Cómo va a ser de otra manera, cuando el ruido de la guerra está profundamente arraigado en la naturaleza humana y satánica? Una manada de lobos puede gruñirse entre sí, pero pronto calla porque son de la misma intención. Pero el lobo nunca será amigo del cordero: sus diferencias no se pueden reconciliar. El paralelismo espiritual es este: Satanás y tu naturaleza carnal pueden juntarse, pero el pecado y la gracia, nunca lo harán. El pecado lucha contra la gracia y la gracia desenvaina la espada contra el pecado cuando se encuentran.

Cómo no se debe luchar

Cuando luchamos contra Satanás, luchamos por Dios; entonces se entiende que negarnos a luchar contra Satanás es una re-

sistencia pasiva contra Dios. Otras veces luchamos activamente contra Dios. Isaías nos avisa: “¡Ay del que pleitea con su Hacedor!” (Is. 45:9). ¡Es fácil imaginar el final! ¿Qué clase de batalla es cuando los espinos pelean contra el fuego, o la hojarasca contra las llamas? Pero el corazón engañoso nos lleva a veces a esta contienda desigual. Vigila, entonces, que no luches contra Dios en una de las siguientes maneras:

1. No luches contra el Espíritu de Dios

Génesis 6:3 habla del Espíritu que contiene con el hombre. Esto no significa que Dios intente vencer ni destruir al hombre. Podría hacer esto con una sola palabra, sin esfuerzo alguno. Pero él contiene con nosotros por su amor: viendo que nos dirigimos a galope hacia la ruina, envía su Espíritu para frenarnos antes de que nos destruyamos a nosotros mismos. Es la misma clase de lucha que se observa cuando alguien intenta quitarse la vida y otro interviene forcejeando para arrebatarle el arma.

Los deseos humanos son esos terribles instrumentos de muerte con que los pecadores se hacen daño. El Espíritu Santo lucha para quitarnoslos de la mano y sustituirlos por la gracia y la vida eterna de Cristo. Cuando rechazas esa lucha compasiva, se considera justamente que estás luchando contra él. Esteban dijo: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hch. 7:51).

2. No luches contra la providencia de Dios

Cuestionar los actos de Dios, sean de juicio o de misericordia, es contender o argumentar contra él (Job 40:2). Aquel que se atreve a nombrarse a sí mismo víctima y hace reo a Dios, es temerario. Dios es el Juez, y te acusará de desacato al tribunal si llevas tales acusaciones falsas contra él. ¿Contender con el Todopoderoso? ¿Argumentar contra Dios? Mejor es que digas como Job: “He aquí que yo soy vil, ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca” (Job 40:4). Clama así: “Perdona lo pasado, ¡y no me oirás más hablar así!”.

Cristiano, sobre todo cuidado con esta lucha. La contención siempre es penosa, sea entre vecinos, amigos o esposos, pero lo es más aún contra Dios. Si Dios no te complace y tu corazón se

levanta contra él, ¿qué esperanza tienes de agradarle? El amor no puede pensar mal de Dios, ni tolera oír hablar mal de él. Debe ponerse de parte de Dios, como Jonatán habló a favor de David cuando Saúl lo desacreditaba. El amor te permite gemir bajo la aflicción, pero no murmurar. Cuando te quejas, revelas un espíritu rebelde contra Dios, y clavas un puñal en el corazón del Amor.

Quejarte de la providencia de Dios es malo. ¿Pero y las veces que nos oponemos a él queriendo? Dios, en su misericordia, utiliza todos los medios para atraernos a sí, pero al resistirle con obcecación luchamos contra él con ambas manos. Nos ofrece su misericordia, pero no le hacemos caso; nos sobreviene la aflicción y nos apartamos. Pero lo primero debería atraernos, y lo segundo empujarnos hacia él. Si persistimos en nuestra terquedad, lo peor que puede pasar es que se aparte de nosotros. Supongamos que eres incorregible y por fin Dios te dice: “Ya no te molestaré más”. Quiere decir: “Te lo debo hasta llegar al otro mundo, en el cual te pagaré con creces tu pecado”.

3. No luches con tus propias reglas

Luchamos contra Dios cuando menospreciamos sus reglas y las sustituimos por las nuestras. Quizá no luches contra la providencia divina, y sí contra el pecado. Esto parece admirable, pero Dios requiere algo más: debes luchar sola y únicamente según sus reglas. Pablo le dice a Timoteo: “Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente (2 Ti. 2:5). Coteja tu conducta con los errores de algunos que han librado su propia batalla, no la de Cristo.

Algunos, al luchar contra un pecado, abrazan otro. Nuestros deseos son variados y lucharán por el primer puesto entre sí. Cuando la malicia quiere venganza, la astucia dice: “Esconde tu ira, pero no perdones”. Cuando la pasión manda a buscar prostitutas, la hipocresía cancela la petición, pero por temor al mundo y no a Dios. El hombre que permite que un pecado presida sobre otro, y así gobierna su alma, no puede ser paladín de Dios.

Algunos luchan porque se ven obligados a ello. Sus temores esclavizantes los asustan y los alejan por el momento del deseo.

Pero el combate real para tal luchador es entre su conciencia y su voluntad, en lugar de entre su alma y el deseo. En tal caso, la voluntad prevalece por fin, porque un deseo refrenado sin desecharse se vuelve tan salvaje como un semental encerrado. Por fin la conciencia no puede sujetar las riendas ni mantenerse en la silla, sino que es derribada. Entonces el deseo correrá adonde pueda obtener una comida completa, y se hartará hasta que la conciencia despierte y acuda a Dios apresuradamente en busca de ayuda.

Otros luchan contra el pecado sin odiarlo. Luchan en broma, no en serio. Hasta que se ahogue el amor al pecado en el corazón, el fuego no se apagará nunca. ¿Cómo se logra esto? Jerónimo dice que un amor apaga otro; esto es, que el amor de Cristo debe ahogar el amor al pecado. Solo entonces se mantendrá firme el decreto del alma contra el pecado.

Cómo luchar

Ahora que conoces algunos errores en la lucha, estas directrices te servirán para librar el combate.

1. Que Dios sea tu ayudador

Esto es, busca a Dios en oración para que te respalde. Él tiene un convenio ofensivo y defensivo contigo, pero espera a que lo llames. Si vas a la batalla sin él, es que crees tener más valor que Moisés, que no se movía sin Dios aunque este mandara a un ángel como lugarteniente (Ex. 33). O te consideras más sabio que Jacob, quien para ganar a Esaú, huyó de él y se arrojó sobre Dios. Sabía que si podía luchar con Dios, también podría confiar en él para tratar con su hermano. Asegúrate al Señor, y la puerta de atrás se cerrará: ningún enemigo se te acercará por la retaguardia, sino que caerá a tus pies. David dijo: “Entorpece ahora, oh Jehová, el consejo de Ahitofel” (2 S. 15:31). El Cielo dijo “amén” a su oración, y el enemigo de David se ahorcó.

2. Practica constantemente

Tu lucha contra el pecado y Satanás no es un deporte de fin de semana; es la batalla final. No te atrevas a dar a tu enemigo

ninguna ventaja. Los luchadores intentan asir alguna parte del cuerpo que les permita tirar más fácilmente de su contrincante. Para evitarlo, los atletas antiguos se engrasaban el cuerpo antes del combate. Tú debes hacer lo mismo. Esfuérzate para despojarte del viejo hombre: aquella corrupción que David llamaba “mi maldad” (Sal. 18:23). Obsérvalo y mortifícalo diariamente; es un agarradero favorito de Satanás. Este huirá ignominiosamente cuando no encuentre maldad en ti para asirse y no pueda tocar en ti lo que es santo.

¿Has mortificado la carne? Unge entonces tu alma con la meditación frecuente en el amor de Cristo. Te ayudará a despreciar el ofrecimiento del pecado y, como el óleo, hará a tu espíritu más flexible y tu voluntad más ágil para esquivar al enemigo. Satanás encuentra poca acogida allí donde mora el amor de Cristo. El amor enciende el amor, y su llama será como un muro de fuego para alejar al diablo.

3. Utiliza tu ventaja sabiamente

Si eres un luchador avisado, te lanzarás con todo el peso sobre el enemigo una vez que esté en el suelo. Aunque en la mayoría de deportes el árbitro declararía falta el que pegaras a un contrincante derrotado, no sucede así en la lucha libre. El objeto es poner al contrincante sobre su espalda y mantenerlo así. No permitas que el pecado respire ni se levante. No repitas el pecado de Acab, soltando al enemigo cuando Dios ha decretado su destrucción.

Aprende de la sagacidad de los secuaces de Satanás: aunque Cristo estaba de espaldas en el suelo, ellos tomaron sus precauciones. Nunca pensaron que lo tenían seguro, ni aun muerto. Sellaron la tumba y la vigilaron. Tú debes hacer lo mismo para estorbar la resurrección de tu pecado: sellarlo con propósito más firme y con pactos solemnes, y vigilarlo mediante un andar circunspecto y despierto.

Una palabra de ánimo para los luchadores

Tal vez estés desalentado, no solo por la fuerza del enemigo, sino por tu evidente debilidad y la lucha constante contra el

pecado y el yo. ¡Ánimo! Hay un fuerte consuelo para el creyente que lucha junto a la verdad de la gracia divina en su propio conflicto contra el pecado. Gedeón exclamó desesperado: “Si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?” (Jue. 6:13). Comprendemos su perplejidad porque nos identificamos con su sufrimiento. Nuestro corazón también exclama: “¿Por qué encuentro esta lucha en mí, que me provoca al pecado y me retrae de lo bueno?”.

Dios tiene una respuesta preparada si dejamos de gemir para oírla. Él nos dice: “Eres un luchador, no un vencedor”. Así de sencillo. A menudo equivocamos el estado del cristiano en esta vida: él no está llamado al triunfo inmediato sobre sus enemigos, sino a batallar contra ellos. El estado de gracia es el comienzo de la guerra contra el pecado, no su culminación. Dios mismo entrará en la batalla disfrazado de enemigo, en lugar de dejarte sin oponente. Cuando Jacob estaba solo, Dios envió un mensajero para luchar con él hasta el alba.

Confórtate con la idea de que eres un luchador. Esta batalla interior, si se libra con el objetivo y en el terreno adecuado, solo prueba la existencia de dos naciones dentro de ti: dos naturalezas contrarias; una terrenal y la otra celestial. Y para mayor consuelo, sabes que aunque tu naturaleza carnal sea la más vieja, servirá a la más joven (Gn. 25:23).

Arropa tu alma cansada en esta promesa: hay un reposo para el pueblo de Dios. No estás golpeando al aire, sino que luchas para ganar el Cielo y una corona permanente. En la tierra, vencemos para volver a luchar. Vencemos una tentación, pero la guerra sigue, y cuando llega la muerte, Dios da el golpe final. Sabemos que la paz es dulce después de la guerra; el placer después del dolor. ¿Pero qué lengua expresará el gozo que llenará al creyente cuando vea a Dios y su hogar eterno por primera vez? Si conociéramos más del futuro glorioso, nos preocuparíamos menos por el conflicto presente.

II. EL CARÁCTER DEL ENEMIGO

Pablo da ciertos detalles acerca de los enemigos que toman las armas contra el creyente. Cuando dice que “no son sangre y car-

ne”, no debemos interpretarlo como una negativa absoluta. Primero, consideremos lo que quiere decir “sangre y carne”.

Adversarios menores del cristiano: “sangre y carne”

1. Las corrupciones interiores son “sangre y carne”

Porque se propagan en nosotros por generación natural. Así se dice que Adán engendró un hijo a su semejanza: pecaminoso como él, tanto como mortal. El mejor cristiano de la tierra pasa esta naturaleza corrupta y pecaminosa a su propio hijo, igual que un judío circunciso engendra a un hijo incircunciso y un grano de trigo, al sembrarlo, brota de nuevo con tallo y hojas.

También podemos llamar “carne” a nuestras corrupciones internas por las actuaciones de nuestra naturaleza sin regenerar, que es carnal. Los pensamientos de la mente corrupta son incapaces de percibir las cosas de Dios. Todos sus deseos, delicias, cuidados y temores abarcan el mundo presente y, por tanto, son carnales. Igual que el sol esconde el cielo que hay por encima de él y revela lo que hay por debajo, así la razón carnal deja a la criatura en tinieblas en cuanto a las verdades espirituales, a la vez que alumbra excelentemente su conocimiento carnal. Cada especie tiene una dieta adecuada: el león no come hierba, ni el caballo carne. Igualmente, el alimento del corazón carnal es veneno para el de la gracia; y lo que es sabroso para el corazón de la gracia le resulta odioso al carnal.

Según esta interpretación de “sangre y carne”, Pablo no dice que la guerra haya terminado entre las dos naturalezas: la antigua y la nueva. Sabes por experiencia que no es así. El Espíritu se opone a la carne, y la carne al Espíritu, a lo largo de la vida cristiana. De no haber demonios, aún así tendrías las manos ocupadas resistiendo las corrupciones de tu propio corazón. Lo que Pablo quiere que observes es que tu antigua naturaleza es solo un soldado raso en la guerra contra tu nueva naturaleza. Satanás acude a la batalla como aliado de la carne y lanza un ataque generalizado. Es el general que ordena tus inclinaciones pecaminosas, las hace actuar sin misericordia, y las envía en un frente unido contra el poder de Dios en tu vida. Compáralo con la siguiente situación...

Supongamos que mientras un rey lucha por aplacar a sus propios súbditos rebeldes, se unen a ellos tropas superiores de otro país y toman el mando. Entonces el rey ya no lucha principalmente contra sus súbditos, sino contra un poder extranjero. Esta es la analogía espiritual: cuando el cristiano está luchando contra sus corrupciones internas, Satanás une su fuerza al residuo de la antigua naturaleza y asume el mando. Se puede decir que nuestro pecado es el motor, y Satanás el conductor.

Saber esto debe hacernos a todos más diligentes en cuanto a desarmar a nuestros deseos, porque estarán más que dispuestos a declarar su lealtad a Satanás cuando venga para tentarnos. Nuestra propia virtud desnuda no da la talla en estas circunstancias, ya que se trata de dos contra uno. Pero si nos aferramos a Dios pidiendo sabiduría y fuerza, entonces podremos enfrentarnos con fuerza a esta serpiente y su jauría.

2. Los seres humanos son “sangre y carne”

“Porque no tenemos lucha contra sangre ni carne...”; esto es, no peleamos contra otros hombres. Jesús dijo: “Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne...” (Lc. 24:39). Según esta interpretación, observa primero el desdén con el cual el Espíritu Santo habla del hombre y, luego, dónde recae el acento de la lucha del cristiano: no en resistir a sangre y carne, sino en combatir a los principados y potestades en el mundo espiritual invisible.

Primero, observa que el Espíritu reduce al hombre a sangre y carne. El hombre tiene un alma nacida del Cielo, lo que lo hace pariente de los ángeles; más aún, descendencia de Dios. Pero esto se pasa por alto en silencio, como si Dios no reclamara lo que está manchado por el pecado y ya no se parece a la criatura original. El alma, aunque de origen divino, se halla tan sumergida en la sensualidad que no merece otro nombre que el de carne para expresar su debilidad. Es la palabra utilizada por el Espíritu Santo para expresar la impotencia de una criatura. Por ejemplo: “hombres son, y no Dios; y sus caballos carne...” (Is. 31:3). Al contrario, cuando Dios quiere subrayar el poder y la fuerza de algo, lo contrasta con

la carne: “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas...” (2 Co. 10:4).

¡Esto debería humillarte! La carne en la que tanto te glorías está a un paso de la corrupción inmundada. Tu alma redimida es la sal que te conserva, que evita que apestes. ¿Estás orgulloso de tu belleza? ¡Es vanidad de vanidades! ¿Cuánto tardará el tiempo en hacer surcos en tu cara, o la enfermedad en cambiarte la piel hasta que tus amantes no quieran mirarte siquiera?

¿Te jactas de la fuerza? Tu brazo es carne que se atrofia cuando lo extiendes. Pronto la sangre caliente se helará en tus venas. El tuétano se te secará en los huesos, se encogerán tus tendones, y tus piernas se encorvarán bajo el peso de tu débil cuerpo.

Tal vez sea la inteligencia lo que más aprecias: la misma tumba que cubra tu cuerpo enterrará toda la sabiduría de tu carne. Tus buenas ideas acabarán en nada. Solo aquellos pensamientos que sean emanaciones santas del alma tendrán sentido más allá de la tumba.

Tal vez no esperas que te sostengan tu belleza, tu fuerza o tu sabiduría; puede que tengas la esperanza puesta en tu rango y alcurnia. Seas quien seas, eres un plebeyo hasta que nazcas de nuevo. La sangre que corre por tus venas es la misma que la del mendigo callejero (Hch. 17:26). Entramos y salimos del mundo todos iguales; así como nadie está hecho de una tierra más fina, tampoco se desintegra para formar un polvo más noble.

Siendo así la composición de toda carne, ¿por qué confiar en ningún hombre? No confíes en los príncipes: no pueden mantener su propia corona en la cabeza, ni la cabeza sobre los hombros. Tampoco confíes en los sabios, cuyas ideas tan a menudo se les vuelven en contra. La sabiduría carnal puede predecir lo que quiera, pero Dios es el que hace girar la rueda y saca adelante su providencia. Tampoco te fíes excesivamente de los dirigentes espirituales: también son humanos, y no infalibles. El error de un cristiano te puede hacer errar, y aunque él se arrepienta, puede que tú sigas adelante y te pierdas. No te fíes de ningún hombre: ni siquiera de ti mismo. Proverbios 28:26 dice: “El que confía en su propio corazón es necio”.

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

Igual que no debes confiar en la carne, tampoco debes temerla. Ya has visto que es como un cubo oxidado, sujeto a la corrupción. David dice al respecto: “No temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?” (Sal. 56:4). Si eres cristiano, ¿hay algo que temer? No tienes vida alguna que perder si ya te has entregado a Cristo. Y aunque Dios no te haya prometido inmunidad al sufrimiento, sí se encarga de sobrellevar tus pérdidas y pagarte cien veces más, aunque no recibas tu galardón en este mundo.

Otra consolación más: ¿Es el hombre mera carne? Nuestro Padre celestial lo sabe y hace sitio para nuestra debilidad: “Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal. 103:14). Cuando empiezas a desmayar bajo el peso del deber o de la tentación, Dios corre hacia ti como una madre hacia su hijo desalentado, te aviva con su aliento dulce y no dejará que tu alma muera.

Cristiano, sabes que no debes temer a la carne y la sangre; sin embargo, tampoco puedes pasarlas por alto. Mientras la semilla de la corrupción resida en la naturaleza carnal, Satanás entretendrá sus sutiles complots con los del hombre, de manera que no solo luchemos con el hombre mismo, sino con el hombre dirigido por Satanás. El creyente pelea contra dos clases de personas: las buenas y las malas. Satanás te golpea con ambas.

Primero, el cristiano lucha contra personas buenas. Muchos conflictos graves surgen entre los cristianos, luchando a oscuras debido a la incomprensión de la verdad y los unos de los otros. Abraham riñó con Lot; Aarón y Miriam disputaron con Moisés hasta que Dios se interpuso y concluyó la disputa avergonzando a Miriam (Nm. 12:10). En la presencia de Cristo mismo, los apóstoles discutían acaloradamente acerca de quién sería mayor entre ellos.

En las guerras civiles entre cristianos Satanás es el gran instigador invisible. Como Acab, él pelea disfrazado: primero a favor de una parte y luego de la otra, agravando cualquier injuria insignificante y provocando siempre a la ira y la venganza. Por ello, el apóstol nos advierte: “Ni deis lugar al diablo” (Ef. 4:27). Esto es: “No discutáis entre vosotros a no ser que deseéis la compañía del diablo. Él es un mercenario y, por tanto, corre allá donde

hay esperanza de guerra”. Le atrae el calor de nuestra ira como a una polilla la llama. No puede trabajar bien si no hay fuego; de forma que él mismo es como un carbón encendido. Se echa sobre los rescoldos de contención que encuentra entre los santos y los aviva hasta hacerlos arder. Luego los emplea en su fragua para inflamar la ira en nuestra alma. Entonces nos hacemos maleables, fáciles de moldear a su gusto con el martillo.

La contención abre el alma al caos, y la ley de la gracia no puede obrar libremente cuando el alma está conmocionada. Aun el manso Moisés habló neciamente al ser provocado. Por lo menos, esta idea debería constituir un toque de retirada para nuestras insignificantes diferencias que un Joab ayudó a crear. Él siembra un mal espíritu entre los hermanos. Es una necesidad que nos mordamos y devoremos unos a otros para diversión del diablo. Solemos confundir nuestro acaloramiento con el celo, cuando normalmente el conflicto entre cristianos es una nave infernal enviada por Satanás para deshacer la unidad y el orden. Unidos somos una armada invencible, y Satanás sabe que no puede hundirnos si no es mediante la discordia.

Para ello, no se contenta con crear conflictos entre los hombres buenos, sino que también azuza a los malos para desafiar al cristiano. Cristo dice que el mundo te odia porque no eres del mundo (Jn. 15:19). La naturaleza y la vida del cristiano son anatema para el mundo; antes se reconciliarán entre sí el fuego y el agua, el Cielo y el Infierno. De ahí las guerras. El fuego de la persecución nunca se apaga en los corazones de los malos, que siguen diciendo en secreto, como antes gritaban en el Coliseo: “¡Los cristianos a los leones!”.

En todas las guerras de los santos contra los malos, Satanás es el comandante en jefe de estos últimos. Ellos cumplen las órdenes de su capitán, satisfaciendo sus deseos. Los sabeos saquearon a Job a instancias de Satanás. El hereje difunde doctrinas corruptas y pervierte la fe de muchos, pero solo es un ministro de Satanás (2 Co. 11:15), el cuál le llama, le paga y le enseña sus artimañas. Los perseguidores —de palabra o de obra— son instrumentos del diablo (Ap. 2:9,10)

Cuando ves a alguien que lucha fieramente contra las verdades o los siervos de Cristo, tenle compasión como al más mise-

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

rabie de la tierra. No temas su poder ni admires sus talentos. Es un emisario de Satanás. Los antiguos mártires los llamaban esclavos y carniceros del enemigo. Agustín, en una carta a Licinio (hombre brillante y malvado que antes había sido su alumno), le dice: “¡Cómo lloro al ver tu brillante ingenio prostituido en el servicio del diablo! Si hubieras encontrado un cáliz de oro, lo habrías entregado a la iglesia; pero Dios te dio una cabeza de oro, talento e inteligencia, y con ellos brindas por el diablo”.

Cuando veas a hombres poderosos e inteligentes que utilizan sus talentos contra Dios, llora por sus almas. Mejor hubieran vivido y muerto esclavos y necios, en lugar de negociar para el diablo con sus capacidades divinamente otorgadas.

Cuando los malvados te reprochen y persigan, mira más allá: gasta tu ira en Satanás, tu enemigo principal. Los hombres solo son sus títeres. Pueden ser ganados para Cristo haciéndose así tus amigos al final. Anselmo lo explica así: “Cuando el enemigo se acerca en la batalla, el valiente no se enfada con el caballo, sino con el jinete. Actúa para matar al jinete y así poder utilizar su caballo. De este modo debemos hacer con los malvados: no hemos de dirigir nuestra ira contra ellos, sino contra Satanás, el jinete que los monta y los espolea. Oremos fervorosamente, como Cristo en la cruz, para que el diablo sea desmontado y estas desdichadas almas liberadas”. Mayor honor se gana sacando a un alma viva de las garras del diablo, que dejando a muchas muertas sobre el campo de batalla.

Agustín demostró esta misma compasión hacia los malvados: Erasmo cuenta cómo rogaba a los oficiales del emperador que le entregaran la custodia de los herejes condenados a muerte por perseguir a los creyentes. ¿Cuál era su motivo? Ministrar a sus almas como buen médico, para que, de ser posible, pudiera sanarlas y hacerlas fuertes en la fe.

Los mayores enemigos del cristiano: los espíritus malignos

Si la lucha del cristiano fuera solamente contra la carne, algunos podrían ganar por sus propios esfuerzos. Pero Pablo descarta cualquier estúpida idea de una victoria independiente al

describir el carácter de nuestros mayores enemigos. Estos no son “sangre y carne”, sino huestes de espíritus malignos dirigidos por Satanás mismo, y enviados a guerrear contra los cristianos.

Negada para siempre su preeminencia por encima de las estrellas, Satanás se ha decidido a reinar por debajo de ellas. Desde el día en que fue arrojado del Cielo, él y sus secuaces han obrado incansablemente para establecer su dominio sobre la tierra. La Epístola a los Efesios revela la esfera de su influencia: primero, su sistema de gobierno; segundo, la magnitud de su poder; tercero, su territorio; cuarto, su naturaleza inherente; y quinto la razón de su disputa con Dios.

1. Su sistema de gobierno

Se emplea la palabra *principados* para designar el territorio que el usurpador Satanás reclama. Negar la posición exaltada del diablo en el mundo presente es contradecir a Dios mismo. Cristo lo llamó “el príncipe de este mundo” (Jn. 14:30). Igual que los príncipes cuentan con un pueblo y un territorio que gobernar, así Satanás tiene los suyos.

Un dictador terrenal será afortunado si dispone de unos pocos hombres de confianza. A los demás deberá controlarlos por la fuerza o pronto perderá el trono y la cabeza. Pero Satanás no tiene motivo para temer la bala de un asesino: puede confiar en todos sus súbditos y no ha de preocuparse por la rebelión, a menos que intervenga el Espíritu Santo. De hecho, los malvados van más allá de la mera lealtad al diablo; de buen grado doblan la rodilla e inclinan la cabeza para adorarle (Ap. 13:4). Sin embargo, esto no es menos de lo que él exige.

Satanás es el peor de los dictadores, pues sus leyes son totalmente malignas. A su voluntad se la llama “la ley del pecado”, por tanta autoridad como tiene (Ro. 8:2). Él da órdenes a los pecadores deseosos, que corren a obedecerle. ¡No entienden que esos decretos se escriben con su propia sangre, ni se percatan de que la condenación es lo único que se promete por cumplir los deseos del diablo!

Satanás sabe que le hace falta la cooperación de todos sus súbditos para hacer prosperar su reino, pero se complace espe-

cialmente en utilizar a los peores. Así como los príncipes nombran ministros para hacer cumplir sus deseos, Satanás envía emisarios especiales para llevar a cabo sus planes. Tiene sus discípulos escogidos, como Elimas, a quien Pablo llamó “lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo” (Hch. 13:10). A este círculo íntimo de corazones oscuros les imparte los misterios de la iniquidad y las profundidades de la degradación.

Pero aun con estos escogidos no lo comparte todo. Siempre se encarga de su propia bolsa y también de la del pecador; de forma que él es el inversor y este último solo un corredor que trabaja para él. Finalmente, la totalidad de la ganancia deshonestas va a parar al bolsillo del diablo. Todo lo que tiene el pecador —tiempo, fuerza, inteligencia, todo— se gasta para mantener al diablo en su trono.

a) La reivindicación satánica de su trono

Puedes preguntarte: “¿Cómo se hizo una criatura tan vil con un principado tan poderoso?”. No legalmente, puedes estar seguro, aunque el diablo sea lo bastante listo como para presentar una reivindicación que parezca legítima.

Para empezar, él reclama la tierra por derecho de conquista. Es en cierto grado cierto que ganó su corona por el poder y la política, y que lo mantiene de la misma forma. Pero “conquista” es un título ridículo.

Un ladrón no tiene derecho legal a la cartera robada de su víctima simplemente por haberla metido en su bolsillo y decir que es suya; ni el paso del tiempo puede jamás enmendar el agravio así cometido. Tal vez pasen años antes de que se descubra, pero será tan culpable en el día de su arresto como en el del robo. Un ladrón en el trono no es distinto de ese carterista callejero. Es verdad que hace tiempo que Satanás ostenta su título, pero no es menos criminal por ello que en el día que le robó a Dios el corazón de Adán.

La conquista de tu corazón por Cristo es justa, por ser justa la causa de su guerra. Él viene para recuperar lo que siempre fue suyo. Por otra parte, Satanás es un contendiente falso y su conquista es un fraude, porque nunca podrá decir de la menor de las criaturas: “Mía es”.

El diablo también reclama su principado por elección. Cuenta los votos y verás que él mantiene su posición presente por el voto unánime de la naturaleza corrupta del hombre. No importa que entrara en el cargo utilizando una mentira: Adán fue engañado y también todos sus hijos desde entonces. Cristo lo dijo claramente: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Jn. 8:44).

La victoria democrática de Satanás también es defectuosa, porque el hombre fue creado súbdito de Dios, sin poder ni autoridad para destronar al Rey eterno en favor de otro. Podemos optar por hacer caso omiso de la soberanía de Dios, pero no se la podemos quitar. Aunque el pecado nos haya incapacitado para guardar la ley de Dios, no nos exime de hacerlo, ni de los términos impuestos por el gobierno divino.

Finalmente, Satanás presenta una escritura falsa —que pretende ser de Dios— para reclamar la tierra como suya. Este impostor es tan descarado que presentó su reivindicación inválida a Cristo mismo, pretendiendo poseer el poder absoluto como príncipe de este mundo. Mostró al Señor todos los reinos de la tierra y le dijo: “A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy” (Lc. 4:6).

Había cierta verdad en ello, pero era algo más que la verdad. En un sentido Dios sí que entregó este mundo a Satanás, pero no para que dispusiera de él a su antojo. El diablo es príncipe de este mundo, pero no por preferencia de Dios, sino con su permiso. Y Dios puede revocar ese permiso cuando él quiera.

b) La presente concesión de Dios

a la pretensión de Satanás

Desde nuestra perspectiva humana limitada, nos preguntamos por qué Dios permite que esa criatura apóstata ostente tal principado en el mundo. ¿Por qué tolera que este rebelde se exhiba con pompa y arrogancia ante hombres y ángeles? Hay varias razones para considerar.

Primero, para castigar el pecado. Dejar que Satanás chasquee el látigo sobre el hombre es una forma de castigar la rebelión: “Por cuanto no serviste con gozo a Jehová tu Dios con alegría y

con gozo de corazón [...], servirás a tus enemigos [...] con hambre” (Dt. 28:47-48). Satanás es un capataz de la ira de Dios. El diablo es esclavo de Dios, y el hombre lo es de Satanás. El pecado encadena a la criatura humana a Satanás, quien ahora la atosiga sin misericordia.

Una segunda razón por que Dios permite a Satanás alardear de su poder es para demostrar que el poder de Dios es más grande. Nadie dudará de la omnipotencia de Dios cuando le vean arrojar al poderoso dragón desde la tierra al Infierno como si fuera un mosquito. Igual que el hombre solo no puede con el diablo, el diablo con todos sus secuaces no puede con Dios. ¡Qué nombre más glorioso se habrá hecho Dios para sí cuando haya terminado esta guerra!

El haber creado los cielos y la tierra le otorgó a Dios el nombre de Creador. Su providencia le da el nombre de Preservador. Pero su triunfo sobre Satanás le confiere un nombre sobre todos los demás: el de Salvador. Como Salvador, él protege al hombre redimido de la destrucción y forma una nueva criatura dentro de él: un hijo de la gracia. Entonces acoge a este pequeño en su seno y lo aleja de toda la confusión de Satanás, hasta llegar por fin al Cielo.

No hay mayor prueba de la misericordia de Dios que su plan de redención. Todas las demás obras divinas fluyen majestuosas como ríos hacia este gran mar poderoso, en cuya orilla los santos se regocijarán. Ten esto por seguro: De no haber sido primeramente prisioneros de Satanás, no comprenderíamos ni apreciaríamos la liberación final.

Finalmente, Dios permite el reino temporal de Satanás para aumentar el gozo eterno del cristiano. ¿Parece una paradoja? Piensa en tu vida, y verás que a menudo las ocasiones de mayor gozo surgen de las cenizas del sufrimiento. La Palabra da tres imágenes del gozo: el de la madre primeriza, el del granjero próspero, y el del soldado victorioso. La exaltación de los tres se cosecha en tierra dura. A la mujer le cuesta gran dolor, al granjero meses de duro trabajo, y al soldado graves peligros el obtener el premio. Pero al final se les paga con creces. Y un atributo peculiar de la tristeza es que su recuerdo a menudo endulza el gozo presente.

He aquí el corolario espiritual: Si Cristo hubiera venido y entrado en afinidad con nuestra naturaleza pacíficamente, para luego volver al Cielo con su esposa inmaculada, sin duda compartiríamos el gozo de la boda. Pero la forma en que él decidió llevar a sus redimidos al Cielo adornará el gozo y la adoración; porque tendremos el recuerdo de los dolores agudos que le causaron el pecado y Satanás, para compararlos con el gozo inconmensurable de ser su esposa. El canto nupcial se une a la marcha victoriosa de un conquistador que ha rescatado a su amada de las manos de su raptor cuando este la llevaba a las cámaras del Infierno.

c) Cómo comprobar tu verdadera lealtad

Mira alrededor y verás cómo florece el imperio de Satanás a diestra y siniestra. Su gobierno abarca continentes y océanos; sus súbditos son como la arena del mar. Necesitamos estar seguros de que no nos contamos entre ellos, porque hasta en el territorio de Cristo (la Iglesia visible) Satanás ha introducido a sus súbditos. Para descubrir la verdadera lealtad de tu corazón, estudia los criterios siguientes.

Primero, entérate de a quién perteneces. Recuerda que Cristo tenía sus seguidores en la corte de Nerón; pues bien, el diablo también tiene sus siervos en el atrio exterior del cristianismo. Si reivindicas el nombre de Cristo, debes probarlo con algo más que una conformidad externa a sus ordenanzas.

Cuando los súbditos de un rey van a vivir en países extranjeros, él sabe que aprenderán el idioma y se amoldarán a las costumbres nacionales en lo posible. Esto no mina su lealtad hacia el rey; al contrario, los hace súbditos más valiosos. Igualmente, Satanás no se enoja si te pones en el atrio de la Iglesia visible y aprendes el lenguaje de los cristianos. Cede esto sin perder nada. De hecho, a veces le sirve mejor un hipócrita que ofrece una muestra de piedad a la Iglesia reservando su corazón para el adversario.

Cristo y Satanás crean una dicotomía espiritual imposible de pasar por alto y que divide al mundo entero. Tú perteneces a un grupo, y solo uno. Cristo no admite rival, ni Satanás tampoco. Por tanto no puedes ponerte de parte de los dos. La prue-

ba de la lealtad es muy sencilla: eres súbdito de aquel que lleva la corona en tu corazón; no de aquel a quien halagas con la lengua.

Para saber si Cristo es tu verdadero Rey, responde a estas preguntas:

1) *¿Cómo llegó tu rey al trono?* Por nacimiento eres súbdito de Satanás, al igual que todo el género humano. Por tanto, él no va a ceder su lugar en tu corazón de forma voluntaria, y ya sabes que no puedes resistir su poder con tus esfuerzos. Solo Cristo, por el Espíritu Santo, es capaz de traer un cambio de gobierno a tu corazón. ¿Has oído alguna vez una voz del Cielo que te llamara, como a Pablo, a postrarte a los pies de Dios y volverte hacia el Cielo? ¿Ha venido Cristo hasta ti, como el ángel acudió a la cárcel de Pedro, para arrancar las cadenas de las tinieblas de tu mente y tu conciencia, haciéndote obediente? De ser así puedes reivindicar que tienes la libertad.

Pero si en todo esto te parece que hablo otro idioma, y no percibes ninguna obra así en tu alma, me temo que aún sigues en la cárcel. ¿Supones por un momento que una nación invasora puede derrocar a un gobierno sin que lo sepan los ciudadanos? ¿Puede ser un rey destronado para coronar a otro en tu alma sin que oigas ruido alguno? Al coronarse Cristo, la celebración jubilosa de su coronación resonará en todo tu ser. Cuando él llegue para arrebatarte tu alma a Satanás, lo sabrás. Debes decir, como el hombre que Jesús envió a lavarse en el estanque de Siloé: “Habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:25). ¿Puedes hacerlo?

2) *¿Qué ley obedeces?* Las leyes del príncipe de las tinieblas y las del Príncipe de paz son tan contrarias como la naturaleza de ambos: una es la ley del pecado (Ro. 8:2), y la otra la de la santidad (Ro. 7:12). A no ser que el pecado te haya cegado tanto que ya no disciernas entre lo santo y lo profano, debes poder resolver esto sin problemas.

Cuando Satanás acude para tentarte, observa tu reacción. ¿Cómo respondes a sus sugerencias? ¿Te plantas inamovible en las ordenanzas de Dios? ¿O abraza tu alma la tentación como a una queridísima amiga, contenta con tener una excusa para hospedarla? De ser así, ¡estás bajo el poder de Satanás! Pablo

dice: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis? (Ro. 6:16).

3) *¿A dónde acudes para recibir protección?* ¿Quién tiene tu confianza? Un buen príncipe protege de buen grado a sus súbditos, y espera que le confíen su seguridad. Por tanto, los súbditos obedientes entregan los asuntos de Estado a la sabiduría de su príncipe y su consejo. Ante la injusticia, piden justicia; cuando son culpables, se someten a la pena legal y sobrellevan el castigo debido.

¿Confías en la sabiduría de Dios para tratarte con justicia? Un impenitente teme encomendarse al cuidado divino. Sabe que su alma necesita una limpieza a fondo, pero le gusta la mugre y se la quiere quedar; de forma que cierre puertas y ventanas a lo puro y justo, y sirve un festín inmundado para que su naturaleza pecaminosa lo engulla en privado. El mismo temor que aleja al malvado de Dios, estimula al justo a abrir su corazón cuando el Espíritu llama. Acoge la idea de un alma limpia y comprende que la purga que Dios efectúa quita la basura carnal y hace sitio para una mayor bendición.

4) *¿Con quién te identificas?* Tu príncipe es aquel cuyas victorias y pérdidas te importan. ¿Qué dices cuando el Espíritu de Dios está a la puerta de tu voluntad e impide el pecado que instiga Satanás? Si estás de parte de Cristo, le amarás más por guardarte de la concupiscencia; de otra manera, te sentirás resentido con Dios por evitar el deseo verdadero de tu corazón. Cuando Satanás vuelva (y seguro que lo hará), te encontrará anhelando aún el pecado al que se echó de tu puerta. Y él siempre gratifica al alma que busca el pecado.

Cuando ves que Dios bendice los esfuerzos de sus hijos, ¿cómo respondes? ¿Canta con júbilo tu alma al oír que el evangelio prospera? Si sigues siendo un hijo del diablo, cualquier triunfo sobre el pecado constituirá una derrota para tu partido. El gozo de los cristianos te sonará como una campana de hojalata; y volverás a casa murmurando como Amán, furioso por dentro de que alguno de tus pecados favoritos te haya sido arrebatado y se haya entregado a Cristo para su destrucción. Pero si Dios es realmente tu Padre, tu corazón se elevará al oír

el repicar de las campanas cuando tus compañeros derroten al pecado.

5) *¿Te has unido a las tropas que luchan para someter las insurrecciones de los hombres malvados instigados por Satanás?* No basta con ponerte a salvo y vitorear a otros cristianos. Tú también debes correr la carrera que tienes por delante. Si eres cristiano, perteneces a Dios y corres, no para ti mismo sino para él. Sus deseos deben anteponerse a los tuyos. Si los súbditos pudieran escoger dónde vivir, la mayoría escogería vivir en el palacio con el príncipe. Pero esto no suele ser lo mejor para su señor, de manera que quienes más le aman no solo se niegan de buen grado las delicadezas de la corte, sino que se presentan voluntarios para el servicio de fronteras, donde el enemigo es más fuerte. ¡Y agradecen al príncipe el honor de servirle!

Pablo, en estos términos, estaba dispuesto a postergar el día de su coronación en la gloria y prolongar el día de su tribulación terrestre para poder seguir sembrando para el Reino. Servir a Dios es lo que cuenta en la vida. Nos da la oportunidad de probar nuestra gratitud hacia él por habernos redimido del poder de Satanás y llevado al Reino de su amado Hijo. ¡Empieza enseguida, cristiano, a redimir el tiempo! Lo que piensas hacer para Dios, hazlo pronto.

Examina tu corazón. Si encuentras de verdad en él una transferencia de titularidad a nombre de Cristo, alaba a Dios por ser ciudadano del Cielo y no del Infierno. ¡Marca el día de tu nacimiento espiritual en el calendario de tu corazón y haz fiesta! Es el día de tu boda: “Os he desposado con un solo esposo [...], Cristo”, dijo Pablo (2 Co. 11:2). Este mismo Cristo te ha dado a ti la promesa de la vida eterna. ¿Sabes que desde la hora en que te sometes a su dominio, todo el dulce fruto del árbol de la vida es tuyo? Es un don perfecto, concedido en amor perfecto, a la novia que aun ahora él está perfeccionando.

Amado cristiano, recuérdete a menudo a ti mismo el cambio que Dios ha hecho en ti. Satanás te tentará para que dudes de la sabiduría de haber escogido a Cristo como soberano, de forma que ¡clava las promesas de Dios en el dintel de la puerta de tu corazón! Estas guardarán a tu alma en cuarentena, y Sata-

nás huirá de ellas como de la peste. Y no dejes que el tiempo te haga olvidar la mazmorra en que Satanás te mantenía preso del pecado, o él podría incitarte a volver allí con sus antiguas mentiras y promesas incumplidas. Compara este horror con el sabor del Cielo, el cual ya has probado, y sabrás que tu mayor gozo en la tierra es solo un aroma lejano de lo que te espera allí.

Aferrarte a un futuro tan maravilloso debe darte el coraje necesario para servir fielmente a Cristo mientras el principado satánico prospera a tu alrededor. No puedes esquivar el servicio. Aunque no te llame a predicar y bautizar, puedes ayudar a los que tengan este llamamiento. Tus oraciones afilan la espada del ministro; rompen barreras al crecimiento del reino de Cristo.

Sirves a un príncipe que conoce tu corazón. Nada le complace más que tu amor completo. Anhela saber si, de ser libre para escoger tu propio rey y hacer tú las leyes, escogerías al mismo, y no querrías otra ley que las que ya ha decretado.

2. Sus poderes

En la segunda parte de la descripción paulina del archienemigo, se habla de la fuerza o los poderes con los cuales el demonio apoya sus reivindicaciones de soberanía. Si fuera un soberano impotente, podríamos hacer caso omiso sin más de su autoexaltación. Pero además de las huestes demoníacas que son sus secuaces, tiene cierto grado de poder para respaldarla. Puede ser útil explorar el poder de los demonios considerando lo siguiente: sus nombres, naturaleza, número, orden y unidad, y las grandes obras que se les acreditan.

Primero, ¿cómo reflejan sus nombres su poder? Los demonios tienen nombres muy poderosos que se les adscriben en la Palabra. Satanás se destaca como el más poderoso de todos. Se le llama “el hombre fuerte” (Lc. 11:21); tan fuerte que guarda su casa en paz, desafiando a todos los hijos de Adán. Sabemos por experiencia propia que sangre y carne no pueden con él. Cristo tenía que venir desde el Cielo para destruirlo a él y a sus obras, o moriríamos todos en nuestros pecados.

También se le llama el “león rugiente” (1 P. 5:8), el rey de la jungla. Cuando el león ruge, su voz atemoriza tanto a las pre-

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

sas que puede andar tranquilamente entre ellas y devorarlas sin resistencia. Tal león es Satanás, que se mueve a sus anchas entre los pecadores, apresándolos a voluntad (2 Ti. 2:26). Los atrapa vivos tan fácilmente como el cazador tienta al pájaro con un trozo de pan haciéndolo caer en la red. A decir verdad, el diablo encuentra tan ingenuos e impotentes a los pecadores que solo necesita presentarse con una propuesta para que cedan sin más. Solo los hijos del Dios Altísimo se atreven a oponérsele, y hasta la muerte si hace falta.

Otro nombre de Satanás es “el gran dragón escarlata”, que con su cola —los hombres malos— “arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo” (Ap. 12:3,4). También se le llama “el príncipe de la potestad del aire” (Ef. 2:2), porque como príncipe puede reunir a sus súbditos y llamarlos a filas en cualquier momento.

Pero el título más poderoso es el de “el dios de este mundo” (2 Co. 4:4). Se le otorga porque los pecadores lo adoran como a un dios, reverenciándolo erróneamente igual que hacen los cristianos con Dios mismo.

La naturaleza de los demonios los hace también poderosos. Recuerda que estas criaturas caídas eran ángeles y aún no están despojadas de todo su poder. La Palabra confirma la potencia de los ángeles: “Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza” (Sal. 103:20). También se dice que los israelitas comieron pan de fuertes o de ángeles (Sal. 78:25, LBLA). Este poder de la naturaleza angelical se manifiesta ante todo en la superioridad sobre las demás criaturas. Se coloca a los ángeles en el pináculo de la creación. El hombre está por debajo de ellos, según Hebreos 2:7. En la creación, el superior tiene poder sobre el inferior: las bestias sobre la hierba, el hombre sobre las bestias, y los ángeles sobre el hombre.

Además los ángeles son superiores por la espiritualidad de su naturaleza. La debilidad del hombre estriba en su carne: su alma fue hecha para grandes empresas, pero se ve lastrada por un trozo de carne y tiene que remar al ritmo de su compañero más débil. Los demonios, siendo ángeles por virtud de su creación, no tienen este estorbo, ni el humo del intelecto carnal nubla su comprensión; no llevan zuecos en los pies que ralenticen

su marcha. Son como rápidas llamas de fuego arrastradas por el viento. Siendo espirituales, no se les puede resistir con fuerza humana. No hay fuego ni espada que los dañe. Nadie es lo bastante fuerte como para atarlos excepto Dios, el Padre de los espíritus.

Por su caída el diablo perdió gran parte de su poder con relación al estado feliz y santo en el cual había sido creado, pero no su capacidad innata. Sigue siendo un ángel, y teniendo poder de ángel.

Además de sus nombres y su naturaleza, el gran número de los demonios aumenta su poder. ¿Qué hay más ligero que un grano de arena? Pero el número confiere peso. ¿Qué animal hay más pequeño que el piojo? Sin embargo, cuánta desdicha causó a los egipcios una plaga de ellos. Piensa lo formidables que son los demonios, que por su naturaleza son tan poderosos y por su número semejante multitud. Satanás tiene suficientes demonios para acosar a toda la tierra: no hay un lugar bajo el cielo donde no cuente con un destacamento, ni persona a la que alguno de estos espíritus malditos no siga adondequiera que vaya.

Para servicios especiales, Satanás puede enviar una legión con objeto de constituir una guarnición en una sola persona (Mr. 5:9). Y si puede permitir a tantos atacar a uno solo, ¿cuántos habrá en todo el ejército satánico? No te sorprenda la dificultad de tu marcha hacia el Cielo, ya que tienes que atravesar el territorio mismo de esta multitud demoníaca. Cuando Dios expulsó a los rebeldes del Cielo, estos se convirtieron en forasteros en la tierra. Desde entonces vagan de aquí para allá, buscando lastimar a los hijos de los hombres, especialmente a aquellos que van camino al Cielo.

Además de su gran número, la unidad y el orden entre los demonios los hacen aún más formidables. No se puede decir que exista amor entre ellos —ese fuego celestial no puede arder en el seno demoníaco—, pero hay una unidad y un orden respecto a su meta común de vencer a Dios y los hombres. Unidos no por lazos de amor sino de odio y política, saben que no tienen futuro si no concuerdan en sus malvados designios.

¡Son muy fieles a esta maligna hermandad! El Señor testifi-

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

có de ello cuando dijo: “Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido” (Mt. 12:26). ¿Has oído hablar de algún motín en el ejército satánico? ¿O que algún ángel apóstata ofreciera libremente un alma a Cristo?

Son muchos, pero hay un espíritu de maldad en todos ellos. Un demonio le dijo a Cristo: “Legión me llamo, porque somos muchos” (Mr. 5:9). Observa que no dijo: “Nos llamamos”. Esos espíritus malditos colaboran en sus tretas y se procurarán la cooperación humana cuando puedan. No se contentan con la mera obediencia; obran en las almas más tenebrosas para extraerles un leal juramento, como en el caso de las brujas.

Otra declaración del poder de los demonios está en sus grandes obras. ¡Este príncipe de la potestad del aire puede producir efectos terribles en la naturaleza! No es ningún creador, de forma que no puede fabricar ni un soplo de aire, ni una gota de agua, ni una chispa de fuego. Pero suelto en el almacén de Dios, usará las herramientas del Creador con tal destreza que nadie le podrá hacer frente. Es capaz de revolver tanto el mar que sus profundidades hiervan como una olla, y de mover el aire para formar tempestades y tormentas que amenacen con derribar los mismos cielos. Puede encender la mecha del cañón celestial y causar truenos y relámpagos tan terribles que no solo asustan, sino que producen grandes daños. Si lo dudas, lee cómo mató a los hijos de Job enviando un viento fuerte que los enterró en las ruinas de su casa (Job 1:19).

Su poder tampoco se limita a los elementos naturales. También le da control sobre los animales. Recuerda el hato de cerdos que arrojó al mar. Aparentemente —con el permiso de Dios— tiene también algún poder sobre los cuerpos humanos; porque leemos que las llagas de Job no eran una aflicción física natural, sino el rastro de Satanás en su carne.

Todos estos ataques son poca cosa para Satanás. Su gran malicia se reserva para las almas humanas. Él utiliza una molestia física para trastornar el equilibrio del alma. Sabe lo pronto que se perturban su paz y su descanso con los gemidos y quejas del cuerpo bajo cuyo techo mora. Verdaderamente, aunque Satanás no tuviera otro vehículo para obrar su voluntad en nosotros que nuestra débil constitución, seguiría teniendo una

gran ventaja. Me entristece ver cómo el alma cae tan por debajo de su origen divino. El cuerpo, pensado para ser su siervo, se ha convertido en su dueño, y la gobierna con mano dura.

Sin embargo, Satanás no se limita a hostigar nuestros cuerpos para llegar al alma. Tiene un atajo para ello. Cuando el primer hombre cayó, astilló el parapeto de su alma contra el pecado y dejó abierto el camino para que el espíritu de Satanás entrara, con maletas y todo, y se sintiera en su casa. Este no dejaría ni un alma de la tierra desocupada si Dios no pusiera freno al desfile. El poder salvador y guardador de Cristo es lo único que nos protege de este intruso.

Satanás es astuto y admira la sabiduría de Dios; de forma que obra en los malvados de manera parecida a como Dios lo hace en sus santos. Dios actúa eficazmente en los cristianos (Gá. 2:8; 1 Ts. 2:13) y Satanás hace lo mismo en los hijos de desobediencia (Ef. 2:2). Pero los frutos de sus labores no se parecen en nada. El Espíritu trae conocimiento y justicia al corazón de los cristianos (Ef. 5:9); mientras Satanás produce envidia y toda maldad en el corazón de los malos. El Espíritu Santo consuela; Satanás aterroriza: como en el caso de Judas, que primero traicionó a su Maestro y luego se ahorcó.

Si eres cristiano, no debes temer que Satanás infiltre tu alma. Dios no lo permitirá. Pero el diablo puede atacar y atacar las fronteras de tu fe. Aunque no seas súbdito directo de su poder, eres y siempre serás el objeto principal de su ira. Luchará contra ti en cualquier oportunidad, y solo lo vencerás mientras Dios te dé fuerzas. Si Dios se apartara, te encontrarías enseguida impotente ante este poderoso enemigo. Ha enviado a casa a los más fuertes de tus compañeros, temblando y clamando a Dios, con la sangre de su corazón destilando de sus conciencias heridas.

Todo este estudio del poder de Satanás puede desalentarte, pero esa no es mi intención en absoluto. Son lecciones valiosas, que te ayudarán en la marcha hacia el Cielo y te prepararán para el Reino.

Al estudiar a Satanás, vemos que el poder no constituye base alguna para el orgullo. El orgullo carnal es hijo ilegítimo del poder. Es una concupiscencia concebida en el vientre de Sata-

nás; y aunque tu corazón pueda henchirse cuando nace la misma, será para tu alma como Caín para Abel: un enemigo mortal disfrazado de hermano.

El poder es solamente el atributo legítimo de Dios. Los mortales salimos mal parados cuando lo reclamamos para nosotros mismos, y Satanás también. De hecho, el diablo es la más miserable de las criaturas de Dios, máxime cuando tiene tanto poder para emplearlo mal. De haber perdido su potencia angelical cuando cayó, habría ganado con la pérdida. Tiembla, entonces, si tienes algún poder, a no ser que lo utilices para Dios. Una plaga de langostas no es más destructiva para un trigal maduro que el poder orgulloso para la gracia del hombre.

¿Eres poderoso? ¿Cómo empleas este don de Dios? ¿En su obra, o para satisfacer tus deseos? He aquí uno de los mejores instrumentos que Satanás tiene para tentar. El poder es ciudadano del mundo y desempeña cualquier tarea que le asigne Satanás. Se viste primero de una forma, luego de otra, todo para impresionar a los humanos. Y la mayoría es tan miope que se deja engañar por su falsedad. A veces el poder desfila con seda y joyas, fingiendo que el dinero es la clave de la grandeza; otras veces se viste de una profesión respetada y rechaza hablar con los trabajadores inferiores. También puede llevar un uniforme militar y exigir la obediencia instantánea de cientos de miles por debajo de su rango. Pero, a pesar de todo su alarde de fuerza, el poder es una burbuja irisada que flota en el viento: Dios solo tiene que hacer un gesto con su omnipotente cabeza para que desaparezca en la nada.

Felices serían los demonios y los potentados terrenales, si en el Juicio pudieran aparecer vestidos de pobres esclavos para recibir la sentencia. En aquel día todos sus títulos, dignidad y riquezas ya no se leerán para honrarles, sino para su eterna vergüenza y condenación.

No dudo —ni tú tampoco debes hacerlo— que el poder de Satanás dificulte el alcanzar el Cielo. Si el diablo es tan poderoso y el camino hasta allí está tan atestado de sus buscapleitos, seguramente nos costará algo llegar a desplegar nuestros estandartes en los muros de la nueva Jerusalén. Si ves a alguien que sale solo y desprotegido en un viaje largo y peligroso, lle-

gas a la conclusión de que no espera encontrarse con bandidos en el camino y bien podrías cuestionar su sabiduría. Muchos que aparentan ser cristianos viajan de forma parecida. Te dirán que van camino al Cielo, pero demuestran poca disposición a viajar en compañía de los santos, ¡como si no les hiciera falta comunión durante el viaje! La mayoría de estos van desprovistos de todo lo que se parezca a una armadura. Otros esgrimen alguna esperanza vana y ligera en la misericordia de Dios, sin un solo texto de la Escritura como munición. Tal “esperanza” es una pistola oxidada y explotará en la cara del necio que intente utilizarla.

Estos hombres, muchos de los cuales tienen bastante éxito según el mundo, nunca consiguieron sus riquezas terrenales con el poco esfuerzo que piensan invertir para llegar al Cielo. Saben por experiencia que no se hace fortuna durmiendo, ni se cuida la familia con las manos en los bolsillos. Mientras más avanzas en el camino del éxito, tantos más ladrones hay que intentan engañarte. Y mientras más se acerca el cristiano al Cielo, más son los que intentan engañar a su alma y robarle la corona de gloria si pueden. Subraya bien esto: Nunca podrás defenderte solo contra Satanás, ni con Satanás contra Dios. Pero si te pones al lado de Cristo, serás liberado tanto del yo como del diablo.

¡Alabado sea Dios! El poder de Satanás es grande, pero no hay razón para desesperar. Es un gran consuelo que Dios permita a sus hijos ver que no tenemos por qué temer a Satanás. Que lo teman los que no temen a Dios. ¿Qué son sus montañas de poder ante ti, cristiano? ¡Tú sirves a un Dios que puede hacer que un gusano derribe una montaña! (cf. Is. 41:15). Entonces es indudable que podrá cuidarte a ti. El mayor golpe que Satanás puede dar a tu valor es hacer que le temas excesivamente.

Tengo entendido que hay animales salvajes que, aunque más fuertes que el león, tiemblan al oír su rugido. ¡Cuántas veces has temblado innecesariamente ante la aparición de Satanás, cuando en Cristo tienes el poder para hollarlo bajo tus pies! Esfuérzate por mantener una perspectiva correcta del poder de Satanás, y este león no resultará tan fiero. Tres consideraciones

te aliviarán cuando estés en peligro de creer que él es omnipotente.

Primeramente, Satanás tiene un poder derivado. No es suyo por derecho, sino por el permiso de otro, y ese otro es Dios. Todo poder es de Dios, en la tierra o en el Infierno. Si tu fe abraza esta verdad, podrás ir adonde quieras con la confianza absoluta de que Satanás no te puede hacer ningún daño permanente. ¿Crees por un momento que tu Padre celestial daría a su archienemigo una espada demasiado fuerte para que lo pudieras vencer, tú que eres su hijo? Ya que Dios suministra las armas al enemigo, puedes estar seguro de que estas servirán de poco en tu contra, si te pones bajo la protección de Dios.

Cuando Pilato intentó asustar a Cristo jactándose de su poder para perdonar o condenar al preso, Cristo le respondió que no podía hacer nada si no le era dado de arriba (cf. Jn. 19:11). Esto significaba: “Haz todo el mal que quieras. Yo sé quién autorizó tu misión”. Satanás golpea, el hombre persigue, pero Dios es quien les da a ambos el poder.

Otro aspecto del poder de Satanás que debes conocer es que está limitado, y ello en dos sentidos: el diablo no tiene poder para hacer todo lo que quiere, ni cuenta con el permiso de Dios para utilizar todo el poder que ostenta.

Sus deseos no tienen límite, no solo aquí sino en el Cielo. Allí su mayor deseo es derrotar a Dios y colocarse él mismo en el lugar sagrado. Pero no puede cumplir ese deseo, ni muchos de los otros que arden en su interior. Él es solo una criatura y, por tanto, su correa tiene un límite. Dios puede limitar y limitar a Satanás, pero Satanás nunca limitará a Dios. Ya que Dios está a salvo, tú también lo estás: “Porque [...] vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3).

Esto es un gran consuelo: Satanás no puede ordenarte que peques contra tu voluntad. Aunque tiene capacidad para acelerarte en el camino —como el viento hace que la marea suba más rápidamente—, no puede invertir la corriente de tu corazón de su propio curso y tendencia.

Igual que Dios decide qué poder puede ostentar Satanás, también controla la cantidad del mismo que le es posible utilizar en un momento dado. Habrá veces cuando creas que Dios

te ha dejado solo en la lucha. Entonces tu fe tendrá que esforzarse más. Aférrate a la seguridad de que Dios vigila cada movimiento de Satanás y no le dejará obtener la victoria final. Cuando Dios lo permita, Satanás podrá robarle al cristiano mucho gozo y paz, pero siempre estará bajo órdenes. Si Dios le dice: “¡Quieto!”, tiene que quedarse como un perro bajo la mesa mientras los cristianos se sacian del consuelo de Dios. No se atreverá a recoger ni una miga, porque el Maestro lo vigila. Perdemos mucho consuelo cuando olvidamos que la mano de Dios siempre está levantada sobre Satanás, y su mirada tierna puesta en nosotros.

El poder de Satanás no solo es derivado y limitado, sino que también está sometido al poder superior de Dios. Las tretas que él maquina le son asignadas por Dios para el servicio y beneficio final de los cristianos. Se puede decir del diablo, como del soberbio asirio, que “él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera” (Is. 10:7), porque el ánimo de Satanás siempre está inclinado a la destrucción de todo hombre.

Pero la intención de Dios es distinta, como han aprendido muchos cristianos sabios a lo largo de los siglos. Cuando le dijeron lo ocurrido en la Dieta de Nuremberg en contra de los protestantes, Lutero dijo simplemente: “Se decretó de una forma allí, pero de otra en los cielos”. Para consuelo de los santos, los pensamientos de Dios hacia ellos son de paz y conservación, mientras los de Satanás son de ruina y destrucción. ¿Quién duda que los pensamientos de Dios sean más inteligentes que los del diablo?

Ten por seguro que mientras Satanás persigue, Dios purifica (Dn. 11:35). La mayoría de las manchas en tus virtudes se producen mientras te sacias de paz y prosperidad, y nunca recuperan su blancura tan bien como al salir de bajo el azote de Satanás. Este envía el desánimo, la congoja o la desesperación para engullir al cristiano, como el pez se tragó a Jonás. Pero Dios utiliza esa tribulación para lijar y pulir tu fe, a fin de que al final sea más fina y preciosa que antes.

Hacemos demasiado poco si nunca tememos a Satanás; pero lo halagamos excesivamente si le tememos más de lo que confiamos en Dios. Si eres de Cristo, nada puede entrar en tu

vida sin permiso de Dios. Aquel que te ha dado la vida, también te ha dado la muerte. Aquel que te ha dado el Cielo por heredad, también te ha dado el mundo con sus aflicciones: incluyendo al príncipe de este mundo y toda su ira y su poder. Esto ciertamente es amor y sabiduría expresados en un acertijo, pero los que tienen el Espíritu de Cristo pueden descifrarlo.

3. El reino satánico (“las tinieblas de este siglo”)

A Satanás le encantaría convencerte de que él es “señor de todo”, aunque sabe que este título es exclusivo de Dios. El diablo gobierna “las tinieblas de este siglo” solamente y, por tanto, es un subordinado del Señor. Las fronteras de su imperio están delimitadas y definidas. Primero, el tiempo que gobierna este príncipe es “este siglo” y no más allá. Segundo, el lugar que rige es “este mundo” y no el Cielo. Y tercero, los súbditos a quienes manda son “las tinieblas de este siglo” y no los hijos de la luz.

Entonces, para empezar, el imperio de Satanás está limitado por el tiempo. “Este siglo” es un puntito de tiempo limitado en cada una de sus fronteras por la vasta eternidad. En este escenario, el diablo hace el papel de príncipe. Pero cuando Cristo baje el telón final sobre este siglo, Satanás será expuesto delante de todos, se le quitará la corona y su espada se le romperá en la cabeza. Será echado del escenario con escarnio, convirtiéndose en prisionero eterno del Infierno. Ya no será una plaga para los cristianos, ni gobernará a los malos. En su lugar, tanto él como los miembros de su compañía, sufrirán la ejecución inmediata de la ira de Dios. Se terminará para siempre su larga carrera de actos viles.

Esta es la comisión de Cristo, y su obra no se acabará hasta que “haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24). Entonces, y solo entonces, entregará su reino al Padre: “Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (v. 25). La cuestión no es si Cristo conseguirá someter a Satanás, sino cuándo lo hará.

El hecho de que los días de Satanás estén contados es mala noticia para los malvados. Los pecadores lo pasan bien al pre-

sente y parecen creer que las cosas seguirán así siempre. En cualquier día se les escucha reír, mientras los discípulos de Cristo lloran y se afligen. Ellos se visten de seda, mientras los cristianos se cubren con harapos. El diablo tiene cuidado de gratificar su naturaleza sensual, como el príncipe que premia a sus nobles con réditos y encomiendas. Como dijo Balac a Balaam: “¿No puedo yo honrarte?” (Nm. 22:37).

Parece extraño —y sin embargo no es de extrañar, considerando la naturaleza degenerada del hombre— ver cómo Satanás lleva a los pecadores por la nariz con su gancho dorado. Si les pone como cebo el honor, la riqueza o el placer sus corazones lo anhelan como el pez ansia el gusano. Puede conseguir que pequen por un pedazo de pan. Eso le pasó a Demas, quien abandonó el evangelio por el placer mundano.

Un corazón malo está tan ansioso de amontonar los premios prometidos por el diablo que pasa por alto la terrible paga que Dios amenaza con darle por la misma obra. Los que caen en las redes de Satanás son aquellos que deciden saciarse del fruto de la injusticia el cual brilla colgado del árbol de la tentación. Un bocado te hace desear más; ¡pero cuidado!, nada de lo que Satanás ofrece está libre de su maldición. Sus premios se hallan tan contaminados como él mismo: son veneno para el alma humana (1 Ti. 6:9).

¿No sería sabio, antes de negociar con el diablo, preguntar por la garantía de sus promesas? ¿Puede él afianzar el negocio y evitar un pleito con Dios? ¿Es capaz de garantizar que al morir no quedarás desamparado en otro mundo? Quede advertido el comprador: el tiempo demostrará que Satanás te ha estado fado. “Pero si ya he empezado a cosechar los placeres que él ofrece. Los disfruto ahora mismo —dice el pecador—. Tendría que esperar al Cielo para la mayoría de las promesas de Cristo”.

Pecador, tienes razón al decir que tu placer es ahora mismo, porque no puedes asegurarte de que dure ni un segundo más. Tu felicidad presente está pasando, y la de los cristianos, aunque futura, vendrá para no terminar nunca. Como Esaú, ¿perderás la herencia eterna del Reino de Dios por un plato de comida y la satisfacción inmediata? ¿Qué locura desesperada ha-

ce que los pecadores rechacen un poco de tribulación presente? Neciamente optan por enfrentarse a la ira eterna de Dios a cambio del corto festín que Satanás les ofrece ahora. Si el diablo te trata como un rey en esta vida, ¿qué comparación tiene eso con la eternidad?

Que esto aliente a los que pertenecen a Cristo: la tempestad puede ser recia, pero es temporal. Las nubes que ahora cubren tu cabeza pasarán, y tendrás buen tiempo, una bonanza eterna de gloria. ¿No puedes velar una hora con Cristo?

Pídele a la fe que mire por el ojo de la cerradura de las promesas, para ver lo que Dios tiene reservado para aquellos que le aman. Sirves a un Dios eternamente fiel a su pacto. Una vez que te has bañado en la fuente de sus tiernas misericordias, ¿cómo puedes parar a este lado de la eternidad, temiendo mojar los pies con esos breves sufrimientos que, como un arroyuelo, corren entre ti y la gloria?

Además de la limitación en el tiempo, el imperio satánico está también limitado en cuanto al lugar. El diablo gobierna únicamente en “este mundo”. No puede ascender a los cielos, aunque llame a filas a todas sus huestes malignas. El rebelde que antes compartía íntimamente la gloria de Dios, ni siquiera se ha atrevido a mirar a aquel lugar santo desde que fue expulsado; por eso vaga de un lado a otro aquí abajo, excomulgado de la presencia de Dios aunque no de los cristianos que van camino al Cielo.

Si quieres, puedes tomar este hecho como fuente de gran gozo: ¡Satanás no tiene poder alguno sobre tu felicidad eterna! ¿Qué tienes de valor que no esté en el Cielo? Cristo está allí y, si le amas, tu corazón también se encuentra allí. Tus amigos y seres amados, muertos en Cristo, están allí y anhelan tu llegada. Todo tu servicio para el Señor se halla almacenado como un tesoro dentro de los muros de la ciudad santa.

Tu salvación te da derecho al Reino de Dios y te pone fuera del alcance de ese depredador, si te apropias el poder de Cristo. Tal fue el caso de Job. El diablo lo saqueó hasta dejarlo en la piel y por poco no se la quita también. Reducido a huesos y llagas, Job miró a la muerte y al diablo de frente sin titubear: sabía que Cristo era su Redentor, y se aferró a la promesa de

un día mejor en el que estaría para siempre fuera del alcance del enemigo.

Aun mientras estás limitado a esta tierra, puedes confiar en que tu Padre vela sobre ti. El diablo le robó la bolsa a Job y lo dejó temporalmente arruinado, pero Job tenía un Dios en el Cielo que finalmente restauró su fortuna. Como cristiano, cuentas con algunas seguridades colaterales: tu capital de fe y tu escritura de herencia como ciudadano del Cielo. Estas cosas suponen una gran seguridad tanto para ahora como para el futuro. Satanás lo sabe, y hará todo lo posible por arrebatártelas. Pero por mucho que se esfuerce, no logrará borrar tu nombre del Libro de la Vida. No puede anular tu fe, ni tu relación con Dios, ni secar el manantial de tu consuelo, aunque temporalmente pueda obstruirlo. No le es dado impedir el final glorioso de toda tu guerra contra el pecado. Dios, de quien se dice que nos guarda con su poder “mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 P. 1:5), guarda todo esto en el Cielo entre las joyas de su corona, fuera del alcance de Satanás.

El imperio satánico también está restringido en cuanto a sus súbditos. El principado diabólico no solo se halla limitado en lugar y tiempo, sino también por aquellos a quienes se le permite gobernar. Se los describe como “las tinieblas de este siglo”; o más sencillamente, como aquellos que están en tinieblas.

La palabra *tinieblas* a veces se emplea en la Escritura para expresar la condición de alguien gravemente afligido (Is. 50:10); otras veces para describir la naturaleza de todo pecado (Ef. 5:11); y en ocasiones para referirse al pecado de la ignorancia en particular. Se compara a menudo con la noche o la ceguera física. Para iluminar este pasaje específico, utilizaré las dos siguientes interpretaciones: 1) las tinieblas como el pecado en general; y 2) las tinieblas como la oscuridad de la ignorancia en particular.

Nótese esta distinción antes de empezar: el diablo gobierna a aquellos que están en un estado de pecado e ignorancia, no a los que a veces pecan o son ignorantes. De otro modo se apoderaría de los cristianos tanto como de pecadores no regenerados.

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

a) Por qué se describe el pecado como tinieblas

Una y otra vez en la Palabra el pecado se identifica con las tinieblas. Hay varias razones para ello.

1) *Las tinieblas espirituales causan el pecado.* La causa externa del pecado es Satanás, su gran promotor; la causa interna es la oscuridad natural del alma humana: la desgraciada consecuencia de la caída de Adán. Cuando el Espíritu ilumina el alma, se revela la naturaleza mortal del pecado y los hombres se refugian en Dios. Pero si el alma queda en tinieblas o se esconde de la verdad, el pecado se disfraza y es aceptado.

2) *El pecado causa la ceguera espiritual.* Aunque la oscuridad del corazón nos lleva primeramente al pecado, es el pecado lo que nos lleva a una mayor profundidad de tinieblas. El pecado actúa como una droga sobre la conciencia, de forma que lo que antes era repugnante se vuelve agradable y placentero. Puede que hayas conocido a alguno que mostraba un disgusto santo por el pecado de los demás, pero una vez catada la misma copa, ya no veía mal alguno para rechazarlo.

El pecado no solo produce tinieblas en el alma por su propia naturaleza, sino que a veces actúa como emisario enviado de Dios. Dios ha avisado acerca de las graves consecuencias de rebelarse contra la luz que él ofrece. Su Espíritu entra en la mazmorra negra de tu alma no regenerada con el foco de la verdad. Si te niegas a responder, huyendo por la puerta de atrás hacia Satanás, Dios ha decretado que mueras “sin sabiduría” (Job 36:12); esto es, en tinieblas. Cada vez que le das la espalda a Dios coqueteas con la condenación eterna. ¿Por qué iba Dios a dejar que su vela ardiera continuamente para nada? Lee el edicto publicado en su Palabra: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre” (Gn. 6:3).

3) *El pecado huye de la luz.* Para un pecador, la luz de la verdad quema más que el sol del desierto al mediodía (Jn. 3:19); por tanto, huye del lugar donde esta brilla, y cuando se expone a ella, no ahorra en gastos para buscar alivio. Satanás siempre está a su lado, listo para ayudarlo a buscar la forma de esconderse de sus rayos penetrantes.

¿Oye la verdad en un sermón poderoso? Satanás se sienta junto a él en el banco y le susurra alguna tontería para dis-

traerle. Puede preguntarle qué planes tiene para la cena, o para el día de mañana. Si el sermón quema demasiado, el diablo adormece sus sentidos y le hace dormir hasta el final del culto. Supongamos que la conciencia del hombre se está acercando a la verdad; entonces Satanás puede enviarlo a escuchar a un predicador frío, cuyas palabras necias le hagan cosquillas en la mente en lugar de aguijonear la conciencia. Puede ser que dicho predicador predique la Palabra, pero lo hace con cortapisas: es demasiado cobarde para utilizar la Espada del Espíritu con toda su fuerza y poder, por miedo a “ofender” a alguno de la congregación. Muchos que se atreven a manejar la verdad y hasta a admirarla mientras esté envainada, se desmayarían viéndola desenvainada y desnuda.

4) *Tanto el pecado como las tinieblas causan malestar.* ¿Qué iban a hacer los egipcios bajo la plaga de las tinieblas sino esperar a que pasara? Un hombre en pecado está bajo la misma plaga: no puede hacer nada de provecho hasta que Dios levante las tinieblas de su alma. El epitafio de todo pecador impenitente bien podría rezar: “Aquí yace uno que nunca hizo ni una hora de trabajo para Dios”.

Si no puede servir a Dios en las tinieblas, tampoco puede ayudarse a sí mismo en esa situación. ¡Lástima del hombre cuyas tinieblas ocultan el mal servicio que presta a su propia alma! Es como quien está desamparado en un sótano oscuro, creyéndose atrapado y condenado a morir. Pero si se encendiera una vela, encontraría la llave de la puerta junto a su mano. Cristo es la vela que alumbra al hombre para que salga de las tinieblas. Él está con los brazos abiertos, ofreciendo la libertad. Nada más que la oración de arrepentimiento se interpone entre el pecador y su salvación; pero las tinieblas de su alma lo mantienen prisionero en la cárcel de Satanás.

Esto nos lleva a otra gran causa de aflicción: las tinieblas llenan el corazón de terror. Los malvados no tienen paz. Aun mientras duermen, su conciencia solo descansa a ratos. Comen y beben con miedo, se alegran con miedo. No tienen ni un placer en esta vida que no se halle contaminado por esta plaga.

5) *El pecado da lugar a la oscuridad total.* En esta tierra hay una cierta mezcla de tinieblas y luz, hasta para el pecador

más vil: algo de paz con tribulación, algún placer con dolor, alguna esperanza de perdón... Pero en la eternidad existe una oscuridad completa. Allí el fuego de la ira arderá sin cesar, y el pecado mantendrá el paso con el tormento total.

b) Por qué los que están en tinieblas se hallan

bajo el dominio de Satanás

A Satanás se le llama “[gobernador] de las tinieblas de este siglo”. Por tanto, todos los que están en tinieblas se hallan bajo su gobierno por decreto divino. La Palabra nos dice que los pecadores son morada del propio diablo. ¿Recuerdas la historia del espíritu inmundo que determinó: “Volveré a mi casa de donde salí” (Mt. 12:44)? Es como si dijera: “He andado entre los santos de Dios, llamando a esta y aquella puerta, y nadie me deja entrar. Pero sé de uno que sí lo hará. Volveré a mi casa, donde seguramente tendré control total”. Y efectivamente, cuando vuelve la encuentra vacía y lista para ser disfrutada. Toda tendencia del alma se emplea para arreglar y disponer la casa para su dueño.

Los que están en tinieblas no tienen fuerzas para resistir a Satanás. Él gobierna al hombre entero, moldeando sus temores y distorsionando sus percepciones. Si este lee la Palabra, el diablo está listo con su propio comentario, retorciendo la verdad y convirtiéndola en un laberinto de mentiras. Si demuestra disgusto por el pecado, Satanás se lo hace ver con las lentes rosadas de la contemporalización. Y aunque el pecador crea que ha avanzado mucho en entendimiento, la verdad es que sigue preso de muchos engaños. De hecho, Satanás le presta tan generosamente este o aquel instrumento de injusticia que, a menudo, lo considera un amigo en lugar de un amo cruel. Pero la persona no puede cortar la cuerda con que el diablo la mantiene atada al pecado, de la misma forma que un hacha no puede cortar árbol alguno si no hay leñador.

Pero existe una esperanza para todos: Cristo, el Buen Pastor, está con nosotros. Si clamas a él, aunque tu clamor no sea más fuerte que el balido de un débil cordero, él lo oír y vendrá a rescatarte enseguida.

Considera larga y detenidamente la condición deplorable

de todos los que están en pecado. ¿Qué lengua puede expresar, o qué corazón concebir, la miseria de semejante estado? ¿Qué mayor abominación hay que los demonios desplieguen sus banderas en las almas humanas y contaminen el trono hecho para Dios? No hay pestilencia peor en la tierra que Satanás, el cual devora ansiosamente corazón y espíritu. Si él es tu dueño, no esperes nada por tu servicio más que fuego y tormento.

Mira hacia arriba antes de que sea tarde, y verás a Cristo enviado por Dios para recuperar su trono y tu libertad. Si conocieras los privilegios de un siervo de Cristo, dirías que los únicos felices son aquellos que andan siempre con él. Sus leyes no se escriben con la sangre de sus súbditos, como las de Satanás, sino con la suya propia. Todos sus mandamientos son actos de gracia. Tener su comisión es un privilegio, y contar con una tarea presente que te mantiene en su compañía es galardón suficiente por el servicio pasado.

Jesucristo es un príncipe a quien le encanta ver que su pueblo prospera y se enriquece bajo su gobierno. Pero la falsa propaganda de Satanás tiene amplia difusión entre los pecadores. De hecho, cuando Cristo llega para liberarlos, a veces se encogen de temor ante el mismo que les ha amado desde el principio.

Qué gran misterio, que las tristes almas atadas por las cadenas del deseo y condenadas, camino de la ejecución, rechacen la libertad en el Señor. Seguramente, al morir en sus pecados, no pueden esperar mejor resurrección que la muerte. Me temo que no creen que exista la resurrección y se suponen a salvo una vez en la tumba. Pero que sepan los pecadores que la tumba no los retendrá cuando Dios llame a sus prisioneros a declarar. La muerte no se pensó para que fuera el refugio de los pecadores, sino una prisión para retenerlos hasta el día del Juicio. ¡Cómo se sorprenderán entonces al ver que el Juez es el mismo a quien rechazaron aquí como Rey! ¡Renunciad al gobierno del diablo mientras queda tiempo! ¡Suplicad la misericordia y la gracia mientras aún estén disponibles! Si dejáis vuestras lágrimas para el otro mundo, no os servirán de nada.

c) Aviso: Cuidado con las tretas de Satanás

Antes hemos considerado algunas actividades del Enemigo en contra de los cristianos. Miremos ahora las tareas que acomete para mantener a sus siervos pecadores sujetos a las leyes del pecado y la muerte.

1) *Satanás intercepta los mensajes de Dios para los perdidos.* Entiende bien, amigo, que la reflexión es el primer paso hacia el arrepentimiento. Cuando Faraón observó que los pensamientos de los israelitas se volvían hacia Dios, supo que era señal de peligro. Él suponía que podría estorbar la liberación espiritual de ellos aumentando su esclavitud física, de forma que aumentó su trabajo. Satanás hace lo mismo con sus esclavos, manteniéndolos demasiado ocupados como para pensar en el Cielo o en el Infierno. Nunca los deja, y siempre está activo para interceptar cualquier pensamiento de gracia, misericordia, paz o arrepentimiento enviado por el Espíritu Santo.

2) *Satanás estorba a los mensajeros de Dios.* Cuando Dios envió a Moisés para liberar a Israel, el diablo mandó a Janes y Jambres para resistirle (cf. Ex. 7:11; 2 Ti. 3:8). Cuando Pablo predicaba la verdad al procónsul, Elimas le respondió con mentiras (Hch. 13:8). Satanás tiene espías en todas partes, vigilando las actividades de los cristianos. Cuando Dios envía a sus hijos con un mensaje de misericordia para algún pecador, esos espías corren para llegar antes y estorbarlos.

Pecador, cuídate especialmente de amigos y parientes carnales cuando te inclinas a seguir a Cristo. Decide que si aun tus propios hijos se aferran a tus pies para sujetarte, los echarás de tu lado. Y si tu padre y tu madre se echan delante de ti, pasarás sobre sus espaldas, si hace falta, para llegar a Cristo. Que los que quieran se burlen de tu fe. ¿Qué vale el Cielo si no puedes pasar algo de vergüenza por su causa? Si escupen en tu cara, Cristo te la limpiará. Pueden burlarse de ti ahora, pero no lo harán después: el final ya está declarado, y te encuentras en el lado del Vencedor.

3) *Satanás distrae a los pecadores con demoras.* Al diablo no le preocupan los pensamientos pasajeros acerca del arrepentimiento. Supongo que hay muchos en el Infierno que en alguna ocasión pensaron en arrepentirse, pero Satanás siempre fue ca-

paz de distraerlos con asuntos más urgentes. Pecador, si piensas escapar alguna vez, corre por tu vida: lejos del diablo, de tus deseos, de tus placeres presentes si son obra de Satanás. El diablo dice: “Mañana”; Dios dice: “Hoy”. ¿A quién vas a obedecer?

4) *Satanás propone un compromiso.* Cuando la conciencia del pecador sigue revuelta a pesar de todo el esfuerzo diabólico, Satanás está dispuesto a ceder en cosas pequeñas. El Faraón por fin decidió dejar que los israelitas fueran al desierto para ofrecer sacrificio, pero insistió: “Con tal que no vayáis más lejos” (Ex. 8:28). Así que un pecador puede orar, oír la Palabra o hacer alguna especie de profesión de fe, con tal que no se aleje mucho de sus pecados. Pero Cristo tiene que ser Rey de todo tu corazón, o no será Rey. Igual que Moisés declaró que no quedaría atrás “ni una pezuña” cuando los israelitas abandonaran Egipto (Ex. 10:26), el pecador debe despedirse para siempre de su pecado, sin dejar nada que sea ocasión para una visita de retorno.

La libertad está en tu puerta si llamas a Cristo. El que escuchó el clamor de Israel en Egipto también te oír a ti, y acudirá enseguida a tu alma prisionera. ¡No lo dudes! Aunque él es Príncipe de todos, te escoge a ti para ser su esposa: “Porque tu marido es tu Hacedor [...]; y tu Redentor, el Santo de Israel” (Is. 54:5). Pero debes salir de Egipto antes de la boda. ¿Qué tiene Satanás para ofrecerte que se compare con esto?

d) El poder cegador de la ignorancia

La ignorancia, por encima de otros pecados, esclaviza el alma a Satanás. Un hombre sabio puede ser su esclavo por propia decisión; pero un ignorante no tiene opciones. Su ignorancia puede llevarlo a pasar sin peligro por ciertos pecados, pero le derribará a los pies de muchos más. La salida de la ignorancia está bien marcada, pero a veces es un camino duro. Tal vez por ello hay tantos que viven y mueren ignorantes. ¿Qué esperanza hay para el ignorante? El conocimiento es la clave (cf. Lc. 11:52), Cristo es el camino a la libertad (Jn. 14:6). La ignorancia, por otra parte, excluye a Cristo pero le deja la puerta abierta a Satanás.

1) *La ignorancia abre la puerta al pecado.* Un ignorante está en el mismo aprieto que un sonámbulo, que pisa descalzo una víbora y no siente su picadura. Cae de cabeza en el pecado y no se da cuenta de su herida mortal. Leemos acerca de algunos “cargad[o]s de pecados” que “nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Ti. 3:6,7). Sus vidas solo dan frutos amargos, alimentados y regados por su propia ignorancia.

2) *La ignorancia encierra el pecado en el alma.* Ya hemos dicho que la ignorancia causa tinieblas. La oscuridad suele producir sueño: una mente ciega y una conciencia adormecida son compañeras comunes. El ignorante peca sin vacilar. ¡Ay de aquellos que son de mente tan ligera que nunca se saben culpables! Enfrentan la muerte segura con la complacencia de un niño que corre a jugar en las mismas olas que lo arrastrarán a mar abierto y lo devorarán de un sediento trago.

Si lo que estoy diciendo te habla, despiértate enseguida. Ve pronto a negociar con Dios y cambia tu ignorancia por su sabiduría. Alimenta tu mente con su Palabra. La conciencia es la alarma de Dios para despertar al pecador, pero solo puede ser testigo de lo que conoce. Si la verdad no la informa, no sonará cuando la herejía o el pecado entren con el propósito de incendiar tu alma. Si no te despiertas para apagar las llamas con un arrepentimiento a tiempo, arderás para siempre.

3) *La ignorancia excluye el medio de liberación.* Los amigos y ministros están fuera, y no pueden salvar al hombre en llamas si este no les deja entrar. Cuando se aconseja a un ignorante obcecado no sirven ni amenazas ni promesas. Ni le teme a la una ni desea la otra. Si escribimos: “¡PELIGRO!” en letras mayúsculas y en rojo, no le servirá más a un ciego que a un buey.

Pero habrá momentos en la vida del pecador cuando, por la gracia del Espíritu Santo, sentirá la opresión de su alma y anhelará la liberación. Entonces buscará a tientas la salida. Hay cosas que al principio le parecerán correctas, y Satanás le llevará a un callejón sin salida tras otro para alejarle del camino al Cielo. “Prueba con las buenas obras —le dirá—. Eso te será un estímulo”. O bien: “Haz nuevas resoluciones, y promete que de aquí en adelante serás mejor persona. ¿Qué más puede esperar Dios de ti?”. Pero al final, exhausto y desilusionado por

su vagabundeo sin fin, el pecador alzará la vista y se encontrará en el punto de partida, ¡esclavo del pecado y las tinieblas!

El Dios omnisciente siempre ha sabido que el camino al Cielo no se puede encontrar a ciegas; por eso envió a su Hijo como Luz del mundo. Solo hay una salida segura de tus tinieblas, una vía de escape: Jesucristo nuestro Señor. Que tu fe se una a su promesa de la vida eterna para todos aquellos que creen en él, y él te sacará de las tinieblas a la luz gloriosa del evangelio.

e) Aviso: Cuidado con la ignorancia

1) *A los padres de hijos ignorantes.* Padres, vuestros hijos tienen un alma que Dios espera que alimentéis con el mismo cuidado que prodigáis a sus necesidades físicas. ¿Quién les va a enseñar sino vosotros? Nadie se sorprende de que un barco que zarpa sin brújula se hunda o encalle. ¿Por qué sorprenderse entonces de que los hijos se alejen de Dios cuando no han recibido dirección espiritual?

Vemos el modelo establecido por los antiguos creyentes. David, un rey muy ocupado, tomaba muy en serio su responsabilidad de instruir a su hijo en los caminos del Señor: “Reconoce al Dios de tu padre y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario” (1 Cr. 28:9). ¿Y qué decir de la madre y la abuela de Timoteo, que le enseñaron la Palabra desde su niñez? Creo que hay que poner en tela de juicio el cristianismo de aquel que no se molesta en dar a conocer a Dios y su camino a sus propios hijos. Aun diré que nunca he conocido a un verdadero cristiano que no se preocupara profundamente por la relación de sus hijos con el Padre celestial.

Ofrecerás un pobre resultado en el Día del Juicio si solo puedes decir: “Señor, he aquí mis hijos. Los eduqué como caballeros y los dejé ricos”. ¡Qué ridículo testimonio de tu propia necedad: hacer tanto por aquello que se enmohece, y nada por el conocimiento de Dios para la salvación, que dura eternamente!

Un estudio minucioso de los principios divinos demostrará la gravedad de este asunto. Si descuidamos la formación espiritual de nuestros hijos, fracasamos de tres formas...

Obviamente les fallas a tus hijos cuando los dejas en la ignorancia. La fe y la incredulidad son fundamentalmente distin-

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

tas, no solo por definición sino también por su forma de obrar. La fe no crece si no hay siembra, y morirá donde esté plantada si no se la riega y abona con la Palabra de Dios. El ateísmo, la impiedad y la inmundicia, por otra parte, no solo crecen sin plantarlas, sino que no morirán a menos que se las arranque de raíz. De hecho, crecen mejor en el alma desatendida, hasta que la simple ignorancia e incredulidad del muchacho se convierten en actitudes voluntarias del hombre.

¡Qué grave injusticia se comete con la negligencia! Los hijos no nacen con una Biblia en el corazón o en la mente, pero Satanás ya ha hecho su trabajo de sembrar en el vientre, desde el momento de la concepción, la semilla de la incredulidad. Los padres tienen ahora que hacer el suyo. La clase de fe que plantas en el corazón de tus hijos ha de ser lo bastante fuerte como para brotar y ahogar la cizaña de Satanás. La mejor temporada para sembrar la fe es en la niñez.

También te fallas a ti mismo dejando a tus hijos en la ignorancia, porque te echas encima las consecuencias de sus pecados tanto como de los tuyos propios. Cuando un hijo transgrede un mandamiento de Dios, es su pecado, pero también el del padre si nunca le enseñó a su hijo ese mandamiento. Los hijos rebeldes se convierten en cargas muy pesadas para sus padres. Cuando un padre o una madre reconoce que la fuente de la rebeldía está en su propia negligencia para educar a su hijo, una carga se amontona sobre otra y el peso se hace insoportable. ¿Puede haber mayor congoja en esta vida que ver a tu propio hijo corriendo a toda velocidad hacia el Infierno, sabiendo que tú lo equipaste para esa carrera? Haz lo mejor que puedas en su juventud, mientras está bajo tu cuidado constante, para ganarlo para Dios y ponerlo en el camino al Cielo.

Más importante aún: cuando crías un hijo ignorante le fallas a Dios. La Palabra nos habla de aquellos que con injusticia detienen la verdad (Ro. 1:18). Entre otros, esto incluye a los padres que excluyen a sus hijos del conocimiento de la salvación. ¿Qué padre robará en la casa de su propio hijo? Pero esto es lo que haces si descuidas su formación espiritual, porque guardas en tu bolsillo el talento de oro que Dios quiere que le des. Si no dejas una herencia piadosa, ¿qué pasará cuando muer-

ras, y la verdad del evangelio se entierre junto con tus huesos podridos?

Si eres hijo de Dios, tus hijos tienen una relación más estrecha con el Padre celestial que los hijos de los incrédulos. Dios te ha llamado a ti para alimentarlos como tú has sido alimentado, y para protegerlos a toda costa de la educación del diablo. Educar a tus hijos en el camino del Señor no es una sugerencia casual, sino un mandamiento solemne a todo padre cristiano. Negarte a obedecer, ya sea deliberadamente o por negligencia, te supondrá una amarga paga cuando te presentes ante el Rey de reyes en el Juicio.

2) *A los ministros:* Cómo se hacen instrumentos de la ignorancia. Pastor, tiende la mano de compasión a las almas ignorantes de tu congregación, que no distinguen la mano derecha de la izquierda. Están enfermos de muerte y no lo saben. La plaga de la ignorancia es un cáncer insidioso que roe en silencio sus espíritus, indetectable si no entra la luz de la verdad y lo expone.

Cuando el conocimiento y la conciencia empiezan a extirpar la ignorancia, el pecador normalmente experimenta cierto dolor que da paso a la convicción. Igual que el dolor físico lleva al hombre a su médico, el espiritual dirige al alma enferma a su pastor para recibir consejo. Desafortunadamente, el alma ignorante comparte la maldición del leproso: es insensible al dolor que causa su enfermedad. Por tanto, constituye el deber del pastor buscarla y ofrecerle la cura.

No esperes que los ignorantes acudan a ti; ya hemos dicho que desconocen su enfermedad. Si por casualidad empiezan a sentir que algo no va bien en su alma, temen más el remedio que la enfermedad. Agotarán todas sus fuerzas para esconder su ignorancia, en lugar de remediarla.

Para los que pastorean grandes congregaciones, bien sé lo duro que parece la tarea de ministrar a cada feligrés ignorante. Pero hagamos lo que podamos por ellos. El que tiene una gran casa y pocos ingresos hace bien en repararla poco a poco, en lugar de dejarla caer por no poder hacerlo todo a la vez.

Es una bendición —como dice Job— ser ojos para el ciego (Job 29:15). Tales son los pastores a los que Dios considera

“según [su] corazón” (Jer. 3:15). Pero ¡ay de aquellos que son cómplices de la ignorancia de su pueblo! Como pastor, tienes varias maneras de contribuir a fomentar la ignorancia.

Primero con tu propia ignorancia. El conocimiento es tan fundamental para el trabajo y el llamamiento del pastor que este no puede funcionar sin él: “Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos” (Os. 4:6). La falta de conocimiento en un pastor es un defecto tan grave que nada lo puede compensar. Por muy humilde, paciente e impecable que sea, si no tiene la habilidad de usar bien la palabra de verdad, no está hecho para ser predicador.

La utilidad de cualquier objeto depende de su capacidad de hacer la tarea para la cual fue creado. Un cuchillo puede tener un mango incrustado de diamantes, pero no sirve si no corta. Una campana puede ser de oro, pero de nada vale si no suena. El principal llamamiento de un pastor es enseñar a los demás. Entonces, ¿cómo puede reclamar el título si no ha aprendido bien su materia?

A los pastores se les llama luces. Pero si hasta la “luz” es tinieblas, ¡cuán desesperadamente negras serán las tinieblas que rodean la “luz”! ¿No es cruel el hombre que acepte el puesto de piloto de un barco lleno de pasajeros sin siquiera saber utilizar la brújula? Pues peor es el predicador que se gana la vida arruinando las almas por pereza en el estudio de la Biblia.

Segundo: la negligencia del pastor también fomenta la ignorancia. Un bebé con una madre que no se preocupa de amamantarlo no crece mejor que otro cuya madre no tiene leche para darle. Pastor, no basta con tu conocimiento de la Palabra. Tus años de estudio son inútiles si no utilizas tus conocimientos para alimentar el rebaño de Cristo. Dios promete consecuencias serias para el pastor inútil (Zac. 11:17). Será pecado del pueblo si no come cuando se les ofrece pan; ¡pero ay de nosotros si no les damos carne en su momento!

Tercero, la predicación no edificante fomenta la ignorancia. Cuando un pastor no predica sana doctrina, no perfecciona la comprensión de las ovejas, sino que la corrompe. Mejor es dejarlas en la ignorancia que teñir sus mentes con colores falsos.

Algunos sermones son brillantes y emocionantes, pero no alimentan el alma más que las algarrobas alimentaban al pródigo. Otros discursos utilizan una teología tan complicada que igual daría que se pronunciaran en una lengua desconocida. Esta es una tentación apetitosa para los pastores instruidos: predicar solo verdades para los maduros y bien ejercitados, pasando por alto las necesidades de la mayoría de sus oyentes. Es verdad que quizá encuentres a tres o cuatro creyentes eruditos que engordan espiritualmente con esos ricos festines; pero mientras tanto la mayoría de la congregación desmaya por falta de leche, porque sus almas frágiles no pueden digerir tus pesados sermones.

Solo un constructor inepto levanta un andamio elevado antes de poner los cimientos del edificio. El andamio debe ir subiendo a la vez que el edificio. El pastor que quiere edificar a los cristianos debe preparar verdades aptas para el nivel de sus oyentes. Que los sabios tengan su porción, pero sean también pacientes para que los débiles de la familia también coman.

Finalmente, la ignorancia engorda con el escándalo de una vida profana. Si el pastor no anda con cuidado, minará la verdad del evangelio como el cocinero cuyo delantal sucio y aspecto desaliñado infunden temor de comer nada que él haya tocado, por el riesgo de contaminación. Por otra parte, si el pastor siente orgullo carnal por su propia santidad y anda entre su pueblo mirando a otros por encima del hombro, temerán pedirle consejo. El que tiene un verdadero corazón de pastor debe esmerarse, como el pescador, para no asustar a las almas, sino atraerlas suave y compasivamente para que queden presas en la red de la gracia divina.

3) *Al cristiano ignorante.* Hermano ignorante, que esto te levante de tu pereza: ¡Toda alma ignorante es esclava voluntaria de Satanás!

¿Eres joven? Busca pronto a Dios, mientras tus talentos están frescos y tu memoria es fuerte. Aquellos deseos que han llevado a millones a la perdición están listos para llevarte a ti también. ¡Qué fácil se lo pones cuando te niegas a abrir los ojos de tu entendimiento y a fortalecerte con el conocimiento de Dios!

Tal vez pienses levantarte del sueño de tu ignorancia en la

hora undécima, que te parece estar a muchos años vista. ¡Qué desatino! Tú no ves las manecillas del reloj divino; por tanto, no sabes cuánto tiempo estarás en el mundo. Si mueres ignorante en cuanto a Dios y su ley, ¿qué será de ti? No es un porvenir placentero. Las ramas y los troncos —elásticos pecadores jóvenes y pecadores viejos y resecos— se reunirán y arderán juntos.

¿Eres viejo y sigues ignorante? Tal vez oigas que la naturaleza toca la campana de las horas. Sabes que pronto llegarás al final del camino que lleva a la eternidad, pero no puedes ver lo que hay más allá. Mientras menos tiempo te quede, más diligencia deberías emplear para adquirir conocimiento. Aunque conocer la verdad del evangelio no es garantía de salvación, la ignorancia total sí que lo es de condenación.

¿Eres pobre e ignorante? Tu pecado no es la pobreza, sino tu ignorancia del verdadero tesoro. “Mejor es un muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y necio que no admite consejos (Ec. 4:13). Si los príncipes del mundo pudieran ver el final desde el principio, rogarían poder cambiar sus ropas de armiño por los harapos de los santos. Cristiano, en el Cielo se están fabricando tus nuevas vestiduras, pero ellos se quedarán vergonzosamente desnudos. En aquel gran día ya no lamentarás haber sido pobre en la tierra; sin embargo ellos se verán atormentados por el recuerdo de que habiendo sido tan ricos y grandes en este mundo han llegado a ser pobres mendigos en el otro.

¿Eres rico e ignorante? Deja tus campos y trabaja por el conocimiento del Altísimo. Salomón tenía más riquezas mundanas que la mayoría de los mortales jamás verá, pero lo encontramos orando siempre, clamando a Dios por sabiduría (2 Cr. 1:10). Muchos ricos se consideran privilegiados y exentos de aceptar humildemente el ofrecimiento de la misericordia de Dios, como si él estuviera obligado a salvarlos por ser ricos. Se encuentra mucho ateísmo e ignorancia en aquellos a quienes el mundo aplaude por sus tierras y riquezas, que tienen siempre mucho dinero a mano y esperan comprar una parcela en el Reino de Dios. Pero el dinero no es moneda de cambio en el Cielo. El cristiano más pobre puede enseñarles acerca de los planes divinos, si quieren escuchar. Si el Cielo se comprara con casas

y tierras, los discípulos pobres de Jesús no podrían entrar en el mismo. Alabado sea Dios que el Cielo se gana, no con oro ni plata, sino con el conocimiento que lleva al arrepentimiento: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3).

f) El camino al conocimiento

Cuando la luz de la verdad empieza a despuntar en un alma entenebrecida, el pecador ve lo suficiente como para darse cuenta de la gravedad de su apurada situación. Tal vez le abrume la magnitud de su necesidad, y pregunte: “¿Cómo puedo escapar de este barrizal de ignorancia?”. Dios proporciona instrucciones sencillas para el hombre que se hunde.

1) *Reconoce tu ignorancia.* Algunos son ciegos, como la iglesia en Laodicea, y no lo saben (Ap. 3:17). La ignorancia es una catarata en la vista espiritual, pero el orgullo impide que esta clase de personas busque al médico. A menudo el individuo se considera demasiado bueno para aprender de otro, y demasiado malo para ser enseñado por Dios. Escucha esta advertencia si eres así: Dios no aceptará ninguna de las dos excusas para aferrarte a la ignorancia cuando aparezcas ante él.

Cristo manda invitaciones personales a todos para que vengan y aprendan a sus pies. Pero la puerta de entrada a su escuela es baja; hay que agachar el orgullo para entrar. El Maestro mismo es humilde y manso, ¿cómo enseñaría a un alumno soberbio? Por tanto, hazte primeramente necio a tus propios ojos. Cuando agaches la cabeza avergonzado por tu impiedad personal, estarás listo para entrar en la escuela de Cristo.

2) *Sé fiel con tu conocimiento.* Tal vez tienes poca luz para que esta te lleve a la verdad. De ser así, síguela de cerca. Cuando hace sombra sobre cualquier cosa —por pequeña que sea— convenciéndote de que es pecado, huye enseguida. O si tu luz te lleva a actuar por el Señor, síguela de corazón. ¿Cómo vas a crecer en el sano conocimiento de la verdad, si no lo ejerces regularmente?

Una palabra de precaución: Utiliza tus conocimientos debidamente. Dios no bendecirá a aquel que emplee el conoci-

miento como excusa para pecar, ni aumentará tu conocimiento si lo encierras dentro de tu conciencia por temor a reconocerle ante los hombres. La luz de la verdad en el corazón humano es como la llama de una vela: necesita aire para arder. Si lo escondes por mucho tiempo, el poco conocimiento que tengas te abandonará. Aprende de lo que se dice acerca de los paganos que “detienen con injusticia la verdad [...] y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:18,21)

3) *Ora por un mayor conocimiento.* Dios es el tesoro de todo conocimiento y sabiduría. Para sobresalir en la escuela de la divinidad, debes estudiar de rodillas. Esta es la manera de ponerte bajo la tutela de Dios. Puedes asistir a conferencias o estudiar en las grandes universidades del mundo para conocer la Palabra, pero la sabiduría para aplicar sus conceptos solo proviene de Dios. Si quieres ser sabio, ¡ora, ora y ora! La santa conversación con el Señor confiere un conocimiento santificado.

No temas orar con valor. Dios da sabiduría a todo aquel que la pide, y en porciones generosas. Nunca te avergüences de acudir al Señor en tu ignorancia: él no es como esos maestros crueles e insensibles que parecen deleitarse burlándose de la ignorancia de sus estudiantes. Él es un buen maestro y tu deseo de aprender le complace. Aunque no todos alcanzan el mismo nivel de comprensión en esta vida, todos los que acuden con corazón sincero y abierto recibirán instrucción para estar preparados para el Reino de los cielos. Tenemos esta promesa en los Salmos: “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (Sal. 73:24).

4) *Estudia con regularidad.* Dedicar un tiempo regular para buscar la verdad, que como el oro, está en las profundidades. Cuando Dios expulsó a Adán del Paraíso, lo sentenció a una vida de trabajo y sudor. Desde entonces, el hombre no puede hacer nada sin esfuerzo (menos el pecado, que desgraciadamente le es natural). No esperes que el Espíritu Santo te transforme milagrosamente de un pecador ignorante en un cristiano erudito, a no ser que estés dispuesto a estudiar hasta tarde. En el Evangelio según Juan, se nos manda: “Escudriñad las Escrituras” (Jn. 5:39). “Escudriñar” implica una

indagación esmerada, no una mera curiosidad. Si quieres conocimiento, tienes que estar dispuesto a hacer un esfuerzo añadido.

Y si algo cuesta tanto esfuerzo, ¿lo tiraremos descuidadamente una vez que lo hayamos obtenido? Así demostraríamos nuestra crasa ignorancia de su verdadero valor. Si leemos la Palabra y hasta la memorizamos, sin mostrar la disposición de utilizarla para nuestro bien o el de los demás, sufriremos graves consecuencias. El conocimiento intelectual —como Raquel— es hermoso pero estéril. Un enfermo puede aprender todo acerca de su enfermedad, aun el remedio para la misma. Pero a no ser que aplique sus conocimientos y la cura, morirá igual que si permaneciera ignorante. El hombre cuya alma está enferma de muerte, puede estudiar la Palabra y a todos los grandes teólogos del mundo; pero si su fe no toma la sangre preciosa de Cristo como remedio para su propia condición mortal, morirá en sus pecados.

Tal vez habrás adivinado que la búsqueda de la verdad debe empezar por el conocimiento y dar paso a la sabiduría. La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pies (no para la lengua o la mera conversación): para iluminar el camino. Adquirir conocimientos es tarea tuya; pero abrir tu corazón al entendimiento es obra del Espíritu Santo. Ahora bien, debes pedirle sabiduría y creer que él te la dará. Dios les ha prometido la sabiduría a aquellos que piden “con fe, no dudando nada” (Stg. 1:6). Busca la sabiduría, no para que los demás te respeten y admiren, sino para que celebren la grandeza de Dios. El fin de todo esfuerzo humano debe ser magnificar el nombre del Señor. Acude a Dios con la oración de David en tus labios: “Hazme entender el camino de tus mandamientos, y hablaré de tus maravillas” (Sal. 119:27, RV 1909).

No te rindas cuando las lecciones sean largas y difíciles de comprender. La Palabra promete: “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová” (Os. 6:3). Los misterios de Cristo no se aprenden en un día. Son demasiados los que leen un capítulo o dos de la Biblia y luego la dejan durante semanas por falta de interés para no volver a mirarla. Bernardo de Claraval comparó el estudio de la Palabra y su mera lectura con una

amistad íntima y un conocimiento casual. Si quieres conocer realmente —según dice Bernardo—, tendrás que hacer algo más que saludar cortésmente a la Palabra los domingos o hacerle una reverencia cuando la veas por la calle. Has de andar y hablar con ella todos los días de la semana. Debes invitarla a entrar en tus aposentos privados, y abandonar otros placeres y deberes mundanos para pasar tiempo en su compañía.

¿Anhelas una mayor intimidad con el Padre celestial? Medita entonces largamente y a menudo en su Palabra. David compara la dulzura de la Palabra con la miel en el panal. Como sucede con este último, la Palabra es tan rica y plena, que con la primera lectura alguna sabiduría destilará. Pero a no ser que la exprimas con tu meditación, dejarás atrás la mayor parte de ella.

Al estudiar, aprende los conceptos básicos del cristianismo antes de intentar bregar con los asuntos mayores. En la niñez, primero vamos al parvulario y luego a la escuela; primero aprendemos los hechos, luego estudiamos los conceptos. Tu formación espiritual no es tan diferente. Los creyentes que no reciben instrucción acerca de los fundamentos del cristianismo, probablemente no madurarán para llegar a ser cristianos estables. Sinceramente, creo que hoy día la razón de tanta inestabilidad es un fundamento deficiente. Cristiano amado, no seas demasiado orgulloso para volver a los preceptos básicos del evangelio, si no los dominas, y aprenderlos. Son demasiados los que se preocupan más por su reputación que por su salvación.

5) *Atiende al ministerio de la Palabra.* El apóstol previno a los cristianos hebreos contra el abandonar la asistencia a los cultos (He. 10:25). Si dices que quieres conocer la verdad de Dios, pero dejas de asistir a la predicación de la Palabra, eres tan insincero como el hombre que dice desear ver la puesta de sol pero no se molesta en mirar al horizonte.

Para conocer a Dios hay que ir al lugar que él ha designado. Si hay una iglesia, asiste a ella. Si no la hay, estudia la Biblia con diligencia y espera el ministerio del Espíritu en tu casa. Puedes confiar en que tu Padre celestial utilizará medidas extraordinarias para honrar tu necesidad de alimento espiritual. Él es como un padre que, si no hay colegio en el pueblo, ense-

ña a su hijo en casa y le hace un erudito. Dios —según dice Pablo— “por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento” (2 Co 2:14).

La Palabra de Dios está llena de cosas buenas para tu alma. El Señor quiere que las tengas todas, así que asegúrate de ser un alumno despierto y atento. Trata de imitar a Lidia, que escuchaba atenta “lo que Pablo decía” (Hch. 16:14). Cuando asistes al culto, intenta concentrar tu mente distraída, y fíjate en el sermón. Sobre todo, asegúrate de que tu corazón se consuma de amor por Dios, y que tu voluntad se someta a sus deseos. La mente ejecuta los mandatos de la voluntad: dedicamos nuestros pensamientos a las propuestas de nuestro corazón.

4. La naturaleza de los espíritus malignos (“malicias espirituales”)

La naturaleza inherente de los demonios mismos, tanto como la de sus obras, se incluye en la descripción, espíritus de malidad. Esto es verdad en un sentido. Pero se pasa por alto otra verdad, en el sentido de que la cita no solo se refiere a la naturaleza espiritual de los demonios mismos, sino también —y principalmente— a la naturaleza y clase de los pecados perpetrados. Estos pecados son las manzanas tentadoras que a menudo utilizan para envenenar a los cristianos. La versión Reina-Valera de 1909 habla de “malicias espirituales”. No se trata de los pecados groseros y carnales, en los cuales los pecadores se revuelcan como cerdos, sino pecados espirituales, mucho más sutiles y tal vez más despreciables.

Esta breve frase —“contra malicias espirituales”—, tomada en su contexto, nos presenta tres conclusiones doctrinales: 1) Los demonios son espíritus; 2) Son espíritus sumamente malignos; 3) Estos espíritus malignos utilizan la malicia espiritual para perseguir a los cristianos y provocarles al pecado.

1) Los demonios son *espíritus*. La palabra espíritu tiene varias acepciones en la Palabra. Se emplea a menudo para describir a los ángeles, tanto buenos como malignos (He. 1:14; 1 R. 22:21). A menudo se llama espíritu al diablo mismo: el “espíritu impuro”, “espíritu mentiroso”, “espíritu inmundo”.

Entonces, ¿qué son los espíritus? Y más particularmente,

¿cuáles son las características especiales de los espíritus malignos?

Primero, son *inmateriales*. No están hechos de la misma sustancia que los humanos. Cuando los discípulos de Cristo pensaron que veían un espíritu, el Señor les dijo: “Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lc. 24:39). No tenemos pruebas de que el pecado alterara la sustancia básica de Satanás. Manifestado como Lucifer, hijo de la mañana, su esencia era inmateral; y como Satanás, príncipe de las tinieblas, sigue siéndolo. Si los demonios no fueran inmateriales (esto es, espíritus) ¿cómo entrarían en los cuerpos para poseerlos? (Lc. 8:30).

Aunque los espíritus carecen de cuerpo, no por eso dejan de ser seres reales, creados. No pienses erróneamente que se trata de meras cualidades o emociones: como algunos suponen de forma absurda. Tal aseveración niega la Palabra, donde vemos el relato de su creación (Col 1:16), la caída de algunos de ellos de su primer estado (Jud. 6), y la posición de otros, llamados “ángeles escogidos” (1 Ti. 5:21). La Palabra también habla de la felicidad de los espíritus que moran en la corte de Dios y sirven a los creyentes (cf. He. 1:14) y la miseria de aquellos que Dios “ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas” (Jud. 6).

Todas estas pruebas indican que los espíritus buenos y malos son seres personales. Pero el hombre caído, desamparado e inmerso en la carne, no se presta a creer lo que no ve con sus ojos mortales. Se podría emplear el mismo argumento para negar la existencia de Dios, por ser invisible.

La astucia de Satanás nos hacer creer que si no vemos algo, no existe. Un pecador puede llevar a Satanás en el corazón y andar todo el día en su compañía sin notarlo. Como un caballo con anteojeras, siente el látigo que lo conduce hacia la ambición egoísta o la lujuria sin ver el rostro del conductor. Pero allí está Satanás, lo veas o no. Cuando tus pasiones se desboacan, corriendo hacia la destrucción, puedes estar seguro de que el diablo mismo te espolea a ello.

Otra característica de los espíritus es que son sumamente intelectuales. Son más inteligentes que otras criaturas, porque

por creación se acercan más a la naturaleza de Dios. Con el estudio diligente, el hombre ha acumulado un tesoro de conocimiento científico; sin embargo, el ser humano más sabio está tan lejos de la inteligencia angelical como la tierra dista de los cielos.

Sin duda los ángeles caídos perdieron mucho de su conocimiento celestial: toda su sabiduría como ángeles santos, de hecho. Lo que ahora conocen de Dios ha perdido el sabor, y no pueden utilizarlo para su bien. Se les puede aplicar el concepto que tiene Judas de los hombres malvados, quienes hacen mal uso de su conocimiento para corromperse aún más (v. 10). Conocen la santidad de Dios, sin amarlo por ello. Conocen el mal del pecado, sin amarlo menos. Aunque sean necios por completo en cuanto a su propio destino, los espíritus malignos son más fuertes que todos los cristianos de la tierra, excepto por lo siguiente: ¡El Dios Todopoderoso actúa a nuestro favor!

Además de ser inmateriales y altamente intelectuales, los espíritus tienen la gran ventaja de ser inmortales. Respecto a otros enemigos se puede llegar a escuchar que “han muerto los que procuraban la muerte del niño” (Mt. 2:20), como le dijo el ángel a José. Los hombres malos pasean un poco por el escenario, hasta que los llama la muerte; y así terminan sus conspiraciones. Pero los demonios no mueren. Te acosan hasta la tumba; y si mueres sin Cristo, te encontrarán en el otro mundo para seguir acusándote y atormentándote allí.

Estos espíritus malignos son infatigables. Cuando termina una lucha entre los hombres, aun el vencedor debe tomarse un respiro. Su fuerza es limitada. Otros hombres de éxito según los cuenta humanos, cuando se les priva de sus metas personales, pierden la voluntad de luchar y se rinden desesperados. Tertuliano decía de Diocleciano que había tirado el cetro en un arrebato de resentimiento por no ser capaz de eliminar el cristianismo. No podía matar a todos los seguidores de Cristo antes de que otros nuevos nacieran en el Reino; así que por fin lo dejó por imposible y buscó otra distracción maligna.

Pero el diablo nunca se desalienta, ni se cansa de hacer daño a las almas de los hombres. No ha parado ni un momento desde que empezó a vagar por la tierra (cf. Job 1:7). De hecho,

Dios mismo tiene que atarlo de pies y manos para frenar su febril actividad.

2) Los demonios no solo son espíritus, sino que son espíritus extremadamente *malignos*. Dios es el Santo porque nadie hay tan santo como el Señor. El diablo es “el malo”, porque su maldad es única (Mt. 13:19). Lo que sabemos de él por la Palabra nos muestra la medida de su maldad, y podemos utilizarlo para juzgar los grados de pecado y de pecadores entre los hombres. La fórmula es sencilla: mientras más nos parecemos a Dios, más santos somos; mientras más nos parecemos al diablo, nuestra maldad es mayor.

Estos ángeles caídos son los inventores del pecado. Fueron los primeros en tocar el clarín de la rebelión contra su Creador, y abrieron camino a todo pecado habido y por haber. No existe idioma terrestre con adjetivos suficientemente fuertes para describir la magnitud de semejante pecado.

Dios había puesto a Lucifer en el pináculo de la creación, lo más cerca posible de sí mismo. No le había reservado nada a este ángel bien amado, excepto su propia diadema real. Pero este favorito de la corte, sin causa ni solicitud de nadie más, inició un intento audaz y blasfemo de arrebatarle la corona a Dios y ponerla sobre su propia cabeza. La gravedad de la rebelión de Satanás estriba en el hecho de que pecó sin tentador. Eso le otorga la ignominiosa distinción de llamarse el padre de la mentira (Jn. 8:44), según la misma tradición de aquellos que por fundar un arte o una profesión son considerados “padres” de ella. Aunque los hombres no corren peligro de cometer el acto supremo de traición como Satanás, se acercan mucho al mismo cuando se hacen “inventores de males” (Ro. 1:30).

El pecado es una actividad antigua. Pero como otros asuntos en los que el hombre ingenioso utiliza los inventos de sus semejantes para crear productos nuevos y mejores, en cada generación nacen infames que idean nuevos pecados a base de antiguas maldades. La perversión sexual es un pecado antiguo, pero los sodomitas eran viles de una manera nueva, y el pecado que inventaron lleva su nombre hasta hoy. Algunos inventan nuevas herejías; otros, nuevas blasfemias. Los sanguinarios inventan nuevas maneras de perseguir a los justos. Hasta el fin

del mundo, cada época sobrepasará a la anterior en el grado de pecado. Ismael y los burladores del mundo antiguo parecen niños ineptos comparados con los escarnecedores y perseguidores de los últimos tiempos.

¡Piensa dos veces antes de usar la inteligencia para inventar nuevos pecados! Puede que provoques a Dios a nuevos juicios. Sodoma inventó un nuevo pecado, y Dios inventó un nuevo castigo para ellos: les envió el Infierno desde lo alto.

Estos mismos demonios inventores del pecado son además sus principales promotores. Los ángeles apóstatas no solo inventaron el pecado, sino que son sus principales emprendedores. A estos espíritus, por tanto, se les llama “el tentador”, y al pecado, las “obras del diablo”, no importa cuál de ellos lo cometa: igual que el diseño de una casa se le acredita al arquitecto aunque sea otro quien la construya.

Cuando haces pecar a otro, le quitas el oficio al diablo. Déjalo que lo haga él, si puede, pero nunca seas su asalariado. Tentar a otro a pecar es peor que pecar uno mismo. Los que tientan a los demás plantan su propia maldad en tierra fértil y cosechan nueva simiente para Satanás. Cultivar la cosecha del pecado para el diablo con el mal de tu propio corazón demuestra que el pecado está muy arraigado en tu ser. Los padres particularmente deben guardarse de este acto vil. Aquellos que enseñan a sus hijos el catecismo del diablo —a blasfemar, mentir, embriagarse, etc.— son demonios encarnados.

¿No sabes lo que haces al tentar a otros? Te lo diré: haces lo que tu propio arrepentimiento no puede deshacer. Contaminas a familiares y amigos con el error, y los envías corriendo a unirse a las huestes del diablo. Más tarde puede que comprendas tu error y te apartes del mal camino, ¿pero puedes forzar a aquellos a quienes has apartado a luchar contra las presiones mundanas y llegar a Jesús a toda costa? Puedes rogar y llorar, y postrarte ante ellos. Tu corazón, como el de Lamec, puede quebrantarse por la pena. Pero desdichadamente su rescate está más allá de tu poder. ¡Qué dolor para tu alma verlos de camino al Infierno sabiendo que tú les pagaste el peaje y que no los puedes hacer volver! Hasta después de tu muerte, tus pecados se pueden perpetuar en los vivos, generación tras generación.

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

Los demonios son maliciosa e incesantemente malvados. Los ángeles caídos no son malvados de forma incidental ni casual, sino voluntaria y constantemente. El nombre del diablo, “el maligno”, denota su naturaleza maliciosa, su deseo de molestar y acosar a los demás. Atrae las almas al pecado, no por tener gusto ni provecho al hacerlo. Posee demasiada luz para gozarse o tener paz en el pecado. Conoce su sino, y tiembla al pensar en el mismo. Pero su naturaleza maliciosa le impulsa sin misericordia. Tiene tanta sed de almas como un perro salvaje de ovejas. La diferencia es que el perro finalmente cae desfallecido, mientras que Satanás no se cansa nunca de ser un carnicero de almas.

Aunque trabaja para obtener la condenación eterna de toda alma, la venganza declarada del diablo se dirige más frecuentemente contra los cristianos. De ser posible, no dejaría ni a uno de la manada de Cristo con vida. Tal es su malicia contra Dios, al cual odia con odio absoluto. Ya que no lo puede alcanzar con un golpe directo, lo golpea indirectamente atacando a los santos. Sabe que de forma muy real la vida de Dios está entretejida con la de ellos. Si ahora mismo paces en los prados verdes de Dios y bebes del pozo de su misericordia, ten cuidado. Seguramente Satanás te atacará. Ten en cuenta que la honra que Dios recibe en la tierra se relaciona directamente con el fluir de su misericordia. Por tanto, el diablo se esfuerza por levantar una presa con sus obras malignas y estorbar así el fluir de la misericordia hacia los cristianos. Esto es lo peor que se puede decir de los demonios: desprecian a Dios con malicia, y en él, la gloria de su misericordia.

a) La importancia de comprender la naturaleza de los demonios

¿Para qué sirve conocer el alcance de la maldad del diablo? Para varias cosas, entre ellas las siguientes.

1) *Para convencer al pecador que se autojustifica.* Si las buenas obras de alguien son mejores comparadas con las de los demás —esto es, si no son notablemente peores ni más viles que las de su vecino—, entonces la persona piensa que puede dar la talla con Dios. Para que el Espíritu Santo convenza a tal perso-

na de su necesidad de Cristo, ella debe concordar con Dios en que toda su justicia es como trapos de inmundicia. Puede que ver lo contaminado que es el manantial que lo alimenta constantemente le ayude a comprender su propia maldad.

¿Te puedes imaginar de alguna manera la intensidad de la iniquidad de Satanás? Entonces tendrás idea del potencial que cada uno tenemos para el mal. El ser humano más noble, el cruzado moral o el filántropo más sincero, lleva dentro las mismas semillas de corrupción, la misma capacidad para el mal que el propio diablo. Si aún no se ha manifestado tu verdadera naturaleza, es por la intervención de la gracia de Dios. Porque hasta que seas una nueva criatura en Cristo, eres de la misma generación de víboras que la Serpiente: su simiente está en ti. El diablo solo es capaz de engendrar hijos como él.

Pecador, si no floreces a imagen de Satanás aquí en la tierra, seguramente lo harás en el Infierno. Allí las llamas quitarán la pintura que esconde tu rostro verdadero. En el Cielo, los cristianos serán como los ángeles en presteza, amor y constancia hacia Dios; en el Infierno, los condenados se revelarán como demonios, tanto en el pecado como en el castigo. Antes de excusarte con tus “buenas intenciones”, debes saber esto: si tu corazón es bueno, ¡también lo es el del diablo! Su naturaleza es mala, ¡y la tuya también! Las manchas que te parecen tan pequeñas e insignificantes son síntomas de una enfermedad mortal que llevas en tu interior. Sin la medicina del evangelio —la sangre de Cristo— aplicada personalmente, morirás leproso. El pecado es un mal hereditario que aumenta con la edad: el pecador joven será un viejo demonio. La enfermedad siempre se transmite a la siguiente generación.

2) *Para humillar al cristiano que se autojustifica.* El cristiano redimido por Cristo en su juventud debe reconocer el potencial de maldad que hay en su propio corazón. Puede verlo claramente reflejado en el espejo de la naturaleza del diablo. Realmente, para comprender el significado de la cruz en tu vida, has de darte cuenta de que eres tan deudor a la misericordia de Dios como el peor de los pecadores. Hasta que aceptaste el perdón de Cristo, tu alma estaba bajo la misma sentencia de muerte que la de Judas. Si no has pecado tan gravemente co-

mo otro, ello no significa que seas mejor persona; significa que Dios ha tenido misericordia. Nuestra vieja naturaleza (cuyos residuos no se desechan hasta llegar al Cielo) lleva el sello diabólico de “traidor” desde el día de nuestro nacimiento. Nuestro soberano Dios tenía todo el derecho de aplastarnos por causa de ella en ese mismo instante, igual que nosotros matamos las víboras al nacer, no por algún mal que hayan cometido ya, sino porque conocemos su peligro potencial.

¿Puedes decir honradamente que cuando Dios te alcanzó, tus pensamientos eran puros y tus intenciones santas? ¿No estabas ya armado para la rebelión, con un espíritu codicioso, un corazón engañoso y una lengua mentirosa? Claro que tenías una naturaleza cargada de enemistad hacia Dios. ¡Allí estaba, como pólvora almacenada, esperando la llama! Ponte de rodillas con gratitud humilde hacia Aquel que envió su Espíritu y su gracia para frenarte, aun cuando tu naturaleza solo meditaba en la guerra contra Dios y contra sus leyes.

c) *Para descubrir los designios de Satanás al perpetrar el pecado.* Una razón por que somos tan fácilmente persuadidos a pecar es que no comprendemos los fines de Satanás. Este hace con los hombres en el pecado lo mismo que un general con los hombres en la guerra. Los capitanes tocan el tambor en busca de voluntarios, prometiendo paga y ascensos a los reclutas. La garantía de esos beneficios excelentes hace acudir a los soldados en masa, sin pensar en la dudosa justicia de la guerra. Satanás atrae hacia el pecado haciendo promesas doradas de recompensa por servirle: poder, fama o fortuna. Muchas almas necias son ganadas con sus astutos argumentos y el acicate de su propia naturaleza egoísta. Pocos se molestan en preguntar: “¿Por qué está tan interesado en reclutarme?”.

¿Te lo digo? ¿Crees que está interesado en tu placer o provecho? ¡Ni mucho menos! Sus aspiraciones son todas egoístas. Tiene una inquina personal contra Dios, y te atrae, por medio del pecado, hacia su bando en la lucha. Lo que no te menciona es que tu misma alma corre peligro al defender su orgullo y su codicia. Pero poco se preocupa de tu bienestar. No pierde el sueño por tu segura condenación, como un general demente no lo hace por los hombres a quienes envía a una misión suicida.

Sabiendo esto, ¿por qué unirse a Satanás en su lucha contra Dios? ¡Te manda a una misión suicida! Este Joab sanguinario te enviará allí de donde nadie salió nunca con vida. Si te pones ante las balas de Dios, eres hombre muerto; a no ser que tires las armas y te rindas enseguida.

*b) La maldad espiritual en los cristianos:
su causa y su cura*

Estos espíritus malignos son principalmente responsables de provocar a los cristianos a la maldad espiritual. No hay pecado que no tenga consecuencias espirituales; pero algunos pecados son más específicamente “espirituales” que otros. Dos clases se destacan: 1) los pecados guardados en el corazón; y 2) los pecados directamente relacionados con cuestiones espirituales: la idolatría, la soberbia espiritual, el ateísmo, las herejías, etc. Pablo los llama contaminación del espíritu, y los distingue de la contaminación de la carne (2 Co. 7:1).

1) *La primera clase de maldad espiritual: el pecado del corazón.* Cuando el escenario donde se interpreta el pecado es el espíritu o corazón, entonces se trata de un pecado espiritual; tal como los pensamientos impuros, los afectos viles y los deseos que no se manifiestan en una acción abierta pero, sin embargo, son actos reales del hombre interior. Igual que sucede con todo pecado, Satanás es el gran instigador invisible de cualquier pecado del corazón.

Cuando te abruman pensamientos o sentimientos los cuales sabes que no agradan a Dios, ¿qué puedes hacer? No quieres criticar, pero lo haces; no quieres codiciar, pero lo haces. ¿Cómo se pueden utilizar estas piedras de ofensa y tropiezo que Satanás arroja en tu camino para edificar un monumento a la gloria del Padre? Principalmente de dos formas: vigilando de cerca tu corazón y resistiendo firmemente a sus pecados.

Primero, vigila de cerca tu corazón. ¿Qué acogida encuentra Satanás al llegar con esas “malicias espirituales” y pedirte que les prestes atención? No te pregunto si tales invitados entran por la puerta. Si tuviéramos la capacidad divina de ver el corazón humano, descubriríamos los peores pecados agitando el corazón de todo creyente. Sabemos que ya están sembrados en

el campo del corazón, y sabemos quién lo hizo: ese inmundo sembrador que es Satanás. Lo importante es si encuentran en nuestro corazón un campo abonado o si con pensamientos santos y oración seria, echamos aceite sobre ellos y les prendemos fuego, para que el fuego santo los consuma.

Satanás es insidioso. Muchos que se apartarían horrorizados al ver los pecados espirituales operando a la luz del día como deseos carnales, se han dejado engañar hasta acogerlos en sus cámaras privadas como invitados de honor. ¿Qué buen miembro de la iglesia se dejaría ver del brazo de una prostituta? Pero en lo secreto de su corazón puede dar rienda suelta a sus deseos en una lujuria inmundada. La mayoría no cometeríamos un asesinato, ¿pero cuántas veces hemos llevado a algún vecino a un callejón oscuro del pensamiento para allí desmembrarlo con el deseo de vengarnos por una riña insignificante?

Cristiano, es imperativo que te des cuenta de esto: cuando los pensamientos malos o inmundos se presentan en tu mente por primera vez, aún no has pecado. Eso es obra del diablo. Pero si les ofreces asiento y empiezas a conversar con ellos, te has hecho su cómplice. En poco tiempo acogerás estos pensamientos en tu corazón. Tu resolución de no ceder a una tentación que ya has admitido no puede contra Satanás y los anhelos de la carne.

Tu confianza tiene que descansar en este hecho: los pensamientos inmundos no permanecen allí donde el amor de Cristo reina supremo. Les da tanto pánico oír tus conversaciones con Cristo como a un asesino fugitivo saber que le han visto en la ciudad. Bien hacen; porque tus pensamientos santos buscarán a los malignos y los matarán al momento. Tanto el juicio como la sentencia serán rápidos.

Segundo, resiste firmemente los pecados del corazón, demostrando así tu verdadera lealtad. Necesitamos recordar constantemente que estos son tan pecaminosos como cualquier otro: “El pensamiento del necio es pecado” (Pr. 24:9). Cada lugar del Infierno es Infierno. La lujuria, la envidia y el asesinato son pecados tanto al cometerlos en el corazón como con hechos externos. Tales pensamientos no pueden correr desbocados en el creyente sin graves consecuencias. Tu alma es morada del Es-

píritu Santo; él ocupa todo el corazón como aposento. Cuando ve que has arrendado ciertas habitaciones a los deseos diabólicos, es hora para él de marcharse. Si valoras la presencia del Espíritu, declara tu lealtad a Cristo ante la primera llamada de Satanás, renunciando a todo pensamiento que no sea voluntariamente cautivo de Dios.

¿Ves como los pecados del corazón pueden ser aún más graves que los pecados físicos? Mientras más participan corazón y espíritu en una acción maligna, peor resulta. Y cuanto más lo hacen en una acción santa, es realmente mejor, aunque los demás no opinen así. Según Cristo, las dos blancas de la viuda eran la mejor ofrenda, ¿por qué? No porque el acto externo excediera a los otros presentes, sino porque la actitud interna de su corazón sobrepasaba a todos.

Deja que Satanás intente golpear tu corazón con sus viles imaginaciones. No puedes evitar que sople, como tampoco se puede frenar un huracán en su camino a la costa. Pero sí puedes tomar precauciones a tiempo ante una tormenta de malos pensamientos.

Primera precaución: Sella las ventanas de tu corazón con la oración. Si la lengua es tan rebelde y difícil de domar, ¿qué será de la mente, de donde los pensamientos salen volando tan raudos y apretados como las abejas de una colmena volcada? He aquí el secreto: para controlar tus pensamientos, pide a Cristo que controle tu corazón.

¡Cuántas veces clamó David por esto! Sabía que le era imposible controlar su corazón. Pero tenía la promesa de Dios de ayudarlo, y tú también la tienes, si eres su hijo (Sal. 37:23; Pr. 30:5). ¿Cómo te sentirías como padre terrenal viendo que una inundación sube hacia tu casa, y que tu hijo atrapado se niega a permitirte que lo lleves a un lugar seguro? Así debe sentirse nuestro Padre celestial cuando la tentación amenaza con anegarnos y no queremos aferrarnos a su promesa para que nos haga pasar por encima del tumulto.

Tendrás que orar más y con mayor firmeza cuando se te llame a cumplir con un deber en el que tengas un contacto más estrecho de lo normal con el mundo. Entonces los pensamientos diabólicos atacarán como una plaga de langostas. Primero,

asegúrate de que te estás ocupando de los negocios del Padre y no de los tuyos propios. La promesa de Dios de protegerte es condicional: “Encomienda a Jehová tus obras, y tus pensamientos serán afirmados” (Pr. 16:3). No intentes defenderte de Satanás con tus propias fuerzas. Dile a Dios que temes lo que pueda pasar si no intercepta esas imaginaciones malignas. Hazle censor de tus pensamientos, y no necesitarás preocuparte. El brazo del diablo no te puede alcanzar cuando, con oración ferviente, te pones bajo la sombra del Omnipotente.

Segunda precaución: Pon fuerte guardia a tus sentidos externos. Satanás te sobrevuela buscando un lugar donde aterrizar, como tus oídos u ojos, que le de acceso fácil al hombre interior. Igual que el aire viciado contamina todo aquello con lo que entra en contacto, los pensamientos perniciosos corrompen a toda la persona. ¡Asegúrate de respirar aire puro! Fija la vista en el Cielo. Los objetos lujuriosos provocan pensamientos lascivos, ¿no provocarán entonces los objetos santos puros pensamientos?

Tercera precaución: Inspecciona tu corazón diariamente. Toma tiempo cada día para reflexionar acerca de los pensamientos que han moldeado tus actitudes y acciones en esa jornada. Un maestro no llama al orden para luego ausentarse del aula durante todo el trimestre. ¿Cuánto tiempo permanecerían los alumnos en sus mesas ocupándose en tareas productivas? El ruido de sus juegos pronto llenaría los pasillos de todo el colegio. Tu corazón suele ser un alumno rebelde. Gran parte del ruido profano en que prorrumpe (ira, envidia, impaciencia, amargura y demás) resulta de haberlo dejado a su aire. La mente es el aula del cuerpo; el corazón es el alumno. Vigila lo que allí se aprende.

He aquí una forma rápida de revisar el corazón. ¿Son tus pensamientos buenos o malos? Cuando son buenos, ¿recibe Cristo el crédito por ellos? Cuando son malos, ¿te horrorizas y te determinas a expulsar a esos mocosos desagradables? De ser así, demuestras que tales “malicias espirituales” son más de Satanás que tuyas.

Además de los pensamientos malos, hay otros que tampoco deben albergarse. Estos son las imaginaciones vanas, vacías y

mundanas. Aunque en sí no parezcan tan abominables, te apartan de lo mejor. ¿Y quién de nosotros tiene tiempo que malgastar en esta vida? Igual que el agua que corre por el molino, todo pensamiento que no te ayuda en la obra de Dios se malgasta. La abeja no se posa en una flor sin néctar. Tampoco el cristiano debe dar lugar a pensamiento alguno que no alimente su alma.

Ni siquiera tus buenos pensamientos son inmunes a la contaminación de Satanás. Por ejemplo, puede que te abrume la convicción de tus pecados y llores sinceramente ante el Señor. Pero si te consume el remordimiento, corres peligro de perder la fe en la gloriosa promesa divina de la redención por gracia. O tal vez meditas en las necesidades y el cuidado de tu familia. Proveer para los tuyos es muy bíblico; pero si te preocupas tanto por esta responsabilidad que olvidas que Dios es tu proveedor, de nuevo demuestras una grave falta de fe.

Se nos enseña que aprendamos y obedezcamos todo el consejo de Dios. ¿De qué sirve fijarte en algún mandamiento divino como tu favorito, desechando los demás? Tendrás tantos problemas como la persona cuyo cirujano restaura una vena menor cortando al hacerlo una arteria principal. Tal descuido probablemente lisiará al paciente, si no lo mata. Tu alma es una criatura delicada, y mantener su equilibrio requiere gran destreza. Guárdate constantemente de centrarte tanto en una o dos de las ordenanzas de Dios que no tengas tiempo para todas las demás.

2. *La segunda dase de maldad espiritual: el pecado espiritual.* El pecado se puede llamar “espiritual” según el tema que abarque. Igual que los pecados del corazón, estas “malicias espirituales” corrompen al hombre interior, no el cuerpo. Satanás tiene gran éxito con ellas. Para tu edificación estudia los dos siguientes pecados favoritos suyos: los errores en cuanto a principios espirituales, y los errores que resultan en orgullo espiritual.

Primero consideremos los errores en cuanto a *principios espirituales*. Satanás ya estaba activo durante la primera siembra del evangelio, plantando su cizaña entre el trigo de Cristo. Observa la frecuencia con que el apóstol tuvo que arrancar errores perniciosos que brotaban entre los primeros cristianos.

¿Por qué se obsesiona tanto Satanás con la perversión de los principios divinos? En primer lugar, porque Dios exalta su verdad (Sal. 138:2). Es más escrupuloso en cuanto a ella que respecto a todas sus demás obras. Jesús declaró: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt. 24:35). Dios puede crear nuevos mundos cuando le plazca, pero no puede fabricar otra verdad. Por tanto, él no perderá ni una jota de ella. Satanás lo sabe, y se dedica a desfigurar esta verdad tan preciosa para Dios.

También debe ser preciosa para nosotros. La Palabra es el espejo en que vemos reflejado a Cristo, y al verle, nos transformamos a su imagen por el Espíritu Santo. Si el espejo está roto, nuestro concepto de él se distorsiona, mientras que la Palabra en su claridad real nos muestra a Cristo en toda su gloria. De lo que se deduce que Satanás no solo golpea a Dios cuando ataca la verdad, sino que también golpea a los cristianos. Si puede llevarlos al error, debilitará —si no lo destruye— el poder de la piedad en ellos.

El apóstol une *el espíritu de poder* y el de *dominio propio* (cf. 2 Ti. 1:7). Se nos exhorta a desear “la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis...” (1 P. 2:2). Al igual que la leche diluida, la Palabra mezclada con el error no es muy nutritiva. Todo error, por inocente que parezca, es un parásito. Así como la hiedra mina la fuerza del árbol en que se enreda, el error socava la fuerza de la verdad. El alma que se alimenta de la verdad contaminada no puede crecer sana.

Para utilizar otra analogía, Pablo habla de los creyentes como la esposa de Cristo. Cuando aceptas un error, llevas a un extraño al lecho del Señor para cometer adulterio espiritual. Un aspecto terrible del adulterio es que aparta el corazón del adúltero de su verdadero cónyuge: concentra sus pensamientos y su atención en el asunto ilícito, y lo aparta de su primer amor. Vemos cómo esto pasa en la Iglesia moderna, cuando una facción abraza un error doctrinal o una herejía abierta, y lucha por ella con mayor celo que por la sencilla verdad del evangelio que la llevó a Cristo en primer lugar. La pérdida entonces es grande, porque Cristo no puede compartir un amor conyugal verdadero con el alma que se une al error.

A estas alturas espero que te des cuenta de que el error no es tan inocente como piensan algunos. No solo interrumpe la relación del cristiano individual con el Amado, sino que también perturba la paz de la Esposa: la Iglesia. “Oigo que hay entre vosotros divisiones —dice Pablo—; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones...” (1 Co. 11:18). Implica con ello que las disensiones son hijos ilegítimos del adulterio con el error. Cuando los creyentes andan en la verdad, también lo hacen en unidad y amor; cuando caminan en el error, lo opuesto prevalece.

Una exhortación para todos los oyentes, especialmente para aquellos que se llaman cristianos: ¿Eres tan orgulloso que crees que todo esto de contaminar la verdad de Dios con el error no va contigo? De ser así ¡corres gran peligro! El error doctrinal es la enfermedad moderna. ¿Qué te hace tan seguro de que estás vacunado contra ella? Debo decirte que para esta aflicción no hay una cura rápida.

Mientras más conocimiento adquirimos, y más sofisticados nos volvemos en el estudio de la fe, ¡más cuidado hemos de tener con el error! El gran predicador Pablo se sintió obligado a subrayar esta idea una y otra vez. Casi nunca predicaba ni escribía sin rogar a los creyentes que se cuidaran de aquello que adulterase el evangelio. Consideraba este aviso indispensable para los cristianos de Galacia, Corinto y Filipos. ¿Hemos llegado hoy a no necesitar esta amonestación? Satanás no se cansa de perpetrar sus mentiras; no nos atrevamos a volvernos indolentes en la búsqueda de la verdad divina.

¿Pero cómo prepararte para esta tarea?

Primero, asegúrate de que has tenido una verdadera conversión. Persuádate de que tu corazón ha sido debidamente preparado para que tu fe en Cristo se arraigue y crezca. Entonces ahogará el error en cuanto brote. Si estás firmemente establecido en Cristo, evitarás serios errores. No digo todo error, pero estoy seguro que te librarás del error condenatorio. Una cosa es conocer la verdad, y otra conocerla enteramente por la unción del Espíritu Santo. Hasta el diablo puede hacer lo primero; pero solo el cristiano es capaz de hacer lo segundo. La unción es lo que da a tu alma el aroma del conocimiento de Cristo; es el

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

ancla que evita que vayas a la deriva y los vientos de “doctrinas diversas y extrañas” te aparten de la verdad (He. 13:9).

Una vez experimentada la conversión del corazón, crucifica la carne diariamente. Me atrevo a decir que ninguno se volvió hereje sin que la carne fuera la causa fundamental de ello: o servían a sus apetitos carnales o al deseo del orgullo. Cristiano, si de una vez por todas puedes romper tu compromiso con la carne para hacerte libre en Cristo, la verdad será tu amiga incondicional.

Estudia fielmente la Palabra de Dios. Satanás tiene el hábito de tapar los oídos para que no oigan la sana doctrina antes de abrirlos con el fin de que escuchen lo corrupto. Cuanto pueda, alejará al cristiano de la Palabra de Dios y le convencerá para que rechace algún punto de la verdad. Pero quien rechaza la verdad de una doctrina, pierde la bendición de todas ellas. Pablo predijo cómo ocurriría esto: “Apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Ti. 4:4).

No pretendas que desees seguir la verdad si no te molestas en estudiar toda la Palabra de Dios. No serías distinto del niño que dice que quiere aprender pero hace novillos. Hay que disciplinar a tales niños. Puesto que tu Padre celestial te ama, te volverá a la Palabra avergonzado y triste, en lugar de dejarte atrapado en las mentiras de Satanás.

Al estudiar y crecer, cuidado con las nuevas doctrinas. No aceptes apresuradamente todo lo que oigas, ni siquiera desde el pulpito. Admito que rechazar una doctrina por el mero hecho de no haberla conocido antes es una necedad, pero tenemos derecho a esperar e investigar antes de abrazarla. Cuando oigas una nueva idea acerca de la verdad, acude a Dios en oración y busca su consejo. Escudriña la Palabra. Háblalo con tu pastor y con otros creyentes en cuya sabiduría y madurez confíes.

La verdad resistirá este escrutinio. Es un fruto que nunca se estropea ni se pudre por tocarlo. Pero el error, como el pescado, empieza a heder al paso de los días. Por tanto, deja reposar las nuevas ideas antes de tragártelas. ¡No quieras envenenar tu alma con caballa podrida cuando puedes saciarte del maná celestial!

Una segunda clase de error que Satanás siembra entre los

cristianos es el orgullo. Este fue el pecado que transformó a un ángel bendecido en Satanás, el maldito. El diablo conoce mejor que nadie el poder nocivo del orgullo. Entonces, no es de extrañar que con tanta frecuencia lo utilice para envenenar a los cristianos. Su plan se facilita porque el corazón humano demuestra tener una afición natural al mismo. El orgullo, como el licor, embriaga: un par de tragos suelen inutilizar al hombre para servir a Dios.

Uno de los peligros del orgullo es que, para tirar de su carruaje, utiliza tanto nuestras buenas inclinaciones como las malas. Por una parte, trabaja en conjunto con otros pecados. De hecho, una multitud de pecados trabajará todo el día y parte de la noche, suponiéndose sus propios amos, cuando de hecho son esclavos del orgullo. Observa a aquel que engaña, miente y oprime a los demás. ¿Cuál es su motivo, si no adquirir bienes para mantener su orgullo?

Aún peor que unirse a otras maldades, este sinvergüenza del orgullo también se ata a lo bueno y coopera con las ordenanzas de Dios. En tal caso, vemos a un creyente celoso en oración y fiel en asistir al culto, y lo tenemos por un cristiano fuerte. Pero todo el tiempo, el orgullo es el amo al que sirve, aunque vista la librea de Dios. El orgullo se puede refugiar en las acciones más santas y esconderse bajo los faldones de la virtud misma. Así oímos hablar de alguien que da generosamente a los pobres y admiramos su caridad. Pero el orgullo, que no la compasión, puede ser el motivo de dispensar su oro tan libremente.

Otro puede resistir firmemente a toda apariencia de mal y ser respetado como cristiano modelo. Todo el tiempo, sin embargo, el orgullo, que no una verdadera convicción, puede ser el motivo de su andar circunspecto. Tal fue el caso del fariseo que hacía alarde de su espiritualidad y se jactaba de no ser como el publicano. ¡Cristo nos demostró en dos palabras su reacción ante esta clase de orgullo!

De las dos clases de orgullo que hay, creo que el espiritual debe ser mucho más odioso para Dios, porque está en un plano superior al carnal. La vida del cristiano, como tal, es superior a la vida del hombre carnal. Igual que el hombre carnal siente orgullo por aquellas cosas que le hacen parecer superior

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

en su estado natural (esto es, las riquezas, el honor, la belleza...), el cristiano tiende a envanecerse cuando percibe sus atributos espirituales superiores. Quisiera examinar tres áreas respecto a esto. Primeramente, el orgullo por los dones; en segundo lugar, el orgullo por la gracia; y en tercer lugar, el orgullo del privilegio.

Primero, *el orgullo por los dones*. Al decir los *dones* me refiero a aquellas capacidades que el Espíritu Santo dispensa a los creyentes para la edificación del Cuerpo de Cristo en unidad. El apóstol nos habla de la gran diversidad de dones que hay (1 Co. 12:4). Mira alrededor a las distintas especies de plantas y flores, y tendrás alguna idea del amor de Dios por la variedad infinita. No ha sido menos creativo con la personalidad humana: cada hijo de Dios es único e importante para el funcionamiento debido del cuerpo de Cristo. Pero cuando se entremete el orgullo, empezamos a crear jerarquías entre hermanos y dones. Esto, inevitablemente, lleva a divisiones y disputas. Satanás lo sabe y actúa para contaminar todo don con el orgullo. Al hacerlo tira dos piedras a la vez: con una, golpea la unidad del Cuerpo; con la otra, lesiona al cristiano individual.

Considera la posibilidad de que por orgullo hagamos muy poco bien a los demás con nuestros dones. Cuando prevalece el orgullo, oramos, predicamos, consolamos para ser considerados “buenos” por los demás, en lugar de por hacerles bien. Nos colocamos en un pedestal espiritual y, por así decirlo, esperamos que aquellos a quienes servimos adoren en el santuario de nuestras buenas obras. ¿Honrará Dios tales esfuerzos? Él nos ha informado sin cortapisas que no compartirá su gloria con nadie (Is. 48:11). El hombre humilde puede encontrar a Satanás a su derecha para oponérsele, pero el orgulloso está peor situado. Dios mismo le resistirá. Si lo dudas, lee la Palabra: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Stg. 4:6).

También por nuestro orgullo recibimos tan poco provecho de los dones de otros creyentes. El orgullo nos llena de ideas acerca de nuestra suficiencia espiritual. Nos consideramos demasiado buenos (o santos) para necesitar la ayuda de la mayoría de los cristianos. Encontramos a pocos predicadores lo su-

ficientemente “espirituales” para ministrarnos. Si alguien intenta corregirnos, cerramos los oídos. El orgullo nos engaña para que pensemos que somos ricos por poseer muchos bienes y no tener ninguna necesidad (Ap. 3:17). ¡Qué desgracia! ¿Cuánto tiempo vivirá un alma que rechace de plano todo alimento saludable, y solo quiera un plato “exquisito” de teorías altisonantes? Igual que la comida sencilla es más sana para el cuerpo que un festín elaborado, una dieta regular de la verdad pura y las ordenanzas de Dios es mejor para el alma que desgustar los platos señoriales de la suposición teológica.

Si eres de los que se tienen en alta estima espiritual, escucha esto: muchos creyentes humildes de baja condición según el mundo, tienen mucho que ofrecerte si no eres demasiado orgulloso para recibir el alimento espiritual de sus manos. El orgullo siempre destruye el amor y separa a los cristianos. Sin amor para con todos los hermanos, seguramente perderemos mucho de lo que Dios quiere darnos. La Biblia dice que todo creyente ha recibido dones para provecho del Cuerpo de Cristo.

He aquí una palabra para aquellos que creen que sus dones son inferiores a los de otros miembros del Cuerpo: Conténtate con tu condición. Los grandes dones levantan un poco al cristiano a la vista de los hombres, pero también le tientan al orgullo. No envidies a los que tienen grandes dones; en su lugar, tenles compasión y ora por ellos. Es difícil que eviten caer en el error de creer que la gracia de Dios en ellos es obra propia. Tienes gran ventaja sobre ellos, porque recibes la ayuda de sus dones sin la tentación al orgullo.

Ahora, una palabra para aquellos a quienes Dios ha dado más o mejores dones que lo normal.

El orgullo *quiere crecer entre los mejores dones*. ¡Cuidado con el orgullo! Lo único que te defenderá de él es la humildad. Recuerda con quiénes luchas: con las malicias espirituales. Su idea es levantarte en alto para que tengas una caída más fuerte. Intentarán convencerte de que tus hazañas espirituales son fruto de tu propio esfuerzo y que mereces el crédito por ellas. ¡Seguramente sabes que no es así! Por si se te ha olvidado, recuerda cómo eras antes de que llegara el Espíritu Santo con los dones del almacén de Dios para ti. ¡Cómo sentir orgullo por las

La naturaleza de la guerra y el carácter del enemigo

riquezas de otro? Puedes impresionar a los hombres con tus dones, pero no impresionarás a Dios. Él sabe de dónde provienen.

Donde florece el orgullo, sufre el cuerpo de Cristo. Si Dios te hubiera dado los dones para tu propio placer o edificación, el orgullo no sería tan malo; pero cuando utilizas tus dones para exaltarte a ti mismo, derribas el Cuerpo de Cristo. Tus dones son necesarios para la salud del Cuerpo entero, pero deben administrarse correctamente. Tienes que asegurarte de reconocer que Cristo es el Médico Supremo; tú solo eres el ayudante que emplea sus instrumentos y cumple sus órdenes.

Donde florece el orgullo, la gracia se marchita. He aquí otra razón para ser humilde si tienes grandes dones: todo pensamiento orgulloso que albergues te cuesta una medida de la gracia. No es posible que prosperen ambos en el corazón del cristiano. De hecho, cuando la gracia y el orgullo se sientan juntos a la mesa, el orgullo es el glotón y la gracia se marcha con hambre. El orgullo exige lo mejor y más de todo para saciar su apetito. Este deseo voraz devorará tu espíritu de alabanza: cuando deberías estar bendiciendo a Dios, estarás aplaudiéndote a ti mismo. Consumirá el amor cristiano y te hará despreciar el compañerismo de otros creyentes. Hará que no reconozcas los dones de otros, porque esto quitaría algo de la gloria que quieres reservarte para ti mismo. Finalmente, el orgullo distorsiona nuestro gusto de modo que no podamos saborear nada que provenga del plato de otro.

Donde reina el orgullo, Dios disciplina. Él no deja que la maleza del orgullo crezca en su huerto sin hacer algo por arrancarla. Puede permitirte que caigas en pecado para humillarte ante los hombres y ante sí mismo, y obligarte a que te arrastres a casa cubierto de vergüenza. También puede usar un aguijón en la carne para pinchar el globo de tu soberbia. Si tu orgullo ha puesto en juego su honra, espera sentir pronto la vara de corrección del Señor. Probablemente se aplicará en el mismo punto donde se arraiga tu orgullo. Ezequías se jactó de su tesoro; y Dios envió a los caldeos para saquearlo. Jonás se envaneció por la planta de ricino o calabacera, y Dios envió un gusano para destruirla. ¿Esperas que haga caso omiso de este pecado en tu vida, cuando lo ha tratado tan severamente en otros de sus hijos?

Donde hay grandes dones, Dios llama a cuentas. Supongamos que se muere un amigo nombrándote albacea de sus bienes. Pero en lugar de dividir la herencia según las instrucciones del testamento, depositas el dinero en tu propia cuenta bancaria, ¡para luego andar por la ciudad jactándote de tus riquezas! ¿Cuánto tiempo engañarías a la gente con esta falsa prosperidad? Tarde o temprano aparecerán los herederos y no solo te quitarán lo que les pertenece, sino que probablemente te pondrán pleito. En el sentido espiritual, tú solo eres el encargado de Dios. Te ha dado dones, con instrucciones específicas para su uso. Para cuando hayas pagado todos los legados, verás que queda poco para que te jactes de tus bienes. No olvides por un instante que tendrás que rendir cuentas por los talentos que te hayan sido encomendados.

Tal vez no reservas tus dones para ti, sino que sirves incansablemente a la iglesia. Eso suena bien. Pero te haré una pregunta: ¿Quién se lleva la honra por tus actividades? Supongamos que el albacea testamentario paga los legados según las instrucciones, pero dice que son regalos propios. ¿No le llamaríamos ladrón y estafador? Un alma orgullosa que se atribuye el mérito de sus buenas obras es tal ladrón. Y lo que es peor, ¡le roba a Dios mismo!

¿Cómo puedes saber si corres peligro de cometer el pecado de orgullo espiritual en cuanto a tus dones? Estas son algunas señales de aviso:

Corres peligro de caer en el orgullo espiritual si te encuentras solazándote con ideas de tus dones con una satisfacción secreta: sacándolos de vez en cuando para admirarlos. Un orgulloso está consumido de amor propio. El orgullo es la niña de sus propios ojos. El gran tema de todos sus pensamientos es cómo su personalidad y bienes son mejores que los de otros. Antes de afirmar que nunca puedes caer en las garras del orgullo, permíteme decirte que nadie es inmune a ello. Bernardo, el gran cristiano de la antigüedad, confesó que aun en medio de un sermón, el orgullo le susurraba al oído: “¡Bien, Bernardo; muy bien dicho!”.

¿Cómo puede el creyente evitar estos pensamientos persistentes de autoexaltación? Huye de ellos como de un oso enfu-

recido. No te pares a escuchar esas mentiras; si lo haces, pronto el diablo te hará levantarte un monumento a ti mismo para la gloria de tus dones divinos. Recuérdate diariamente lo débil que eres y cómo dependes totalmente de Dios para todo don bueno y perfecto.

Otro indicio de estar atrapado en el orgullo espiritual es la envidia de los dones de otros. Separar la envidia del corazón es tan difícil como evitar el encuentro de dos amantes. Aquella fue la causa del primer homicidio: la envidia de Caín dio lugar al asesinato de Abel.

La envidia es una afrenta al carácter y la persona de Dios. Cuando envidias a otro, cuestionas el derecho del Señor a administrar sus dones según su voluntad. También desprestigias la bondad divina. Te enfadas porque Dios quiere bendecir a alguien más que a ti. ¿No quieres que Dios sea bueno? Di igual que no quieres que sea Dios; porque no puede cesar de ser bueno más que dejar de ser Dios. Cuando tu envidia te hace desprestigiar los dones de otros creyentes, realmente desprecias al Dios que los otorga.

La envidia, como su madre la soberbia, es la vanguardia de una horda de otros pecados. Este pecado del corazón va delante y prepara la escena para toda clase de pecado de la carne. Saúl, primer rey de Israel, cayó tan bajo que planeó el asesinato del mismo hombre que había salvado su reino. Desde el día en que escuchó que las mujeres ponían a David por encima de su persona en los cánticos, no pudo quitar el ruido de sus oídos. La envidia le hizo odiar, y esto dio paso a que planeara el asesinato de David.

Más tarde, ¿qué hizo la envidia en el corazón de David mismo? Le hizo codiciar la esposa de su soldado de confianza, Urías, y lo llevó por un laberinto de lujuria, mentira, adulterio y asesinato. Ninguno de estos se habría cometido si no fuera por causa de la envidia. Se trata de un pecado sangriento, el vientre en el cual se forma toda una camada de otros pecados (Ro. 1:29). Por tanto, si no quieres recibir al diablo con todos sus sicarios, resiste el pecado de la envidia.

Para vencer este pecado, has de pedir ayuda del Cielo. Tenemos una promesa segura de que el fundamento de nuestra

virtud es más fuerte que el de nuestro deseo, pero solamente si buscamos la ayuda del Espíritu Santo: “El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente. Pero él da mayor gracia...” (Stg. 4:5,6). No desafíes a la envidia a un duelo con tus propias fuerzas; no tienes ni fuerza ni inteligencia para ganar. Pero Dios te puede dar más gracia que pecado tienes, más humildad que tu orgullo. Si eres lo bastante humilde para pedir su gracia, se asegurará que no seas tan orgulloso como para envidiar los dones y las virtudes que ha dado a los demás.

La segunda clase de orgullo espiritual que crece como cizaña entre el trigo y que Satanás utiliza para asaltar al cristiano es *el orgullo por la virtud*. Los dones nos equipan para actuar; la virtud para ser. Hablo de la medida de la gracia, o de los atributos santos, que Dios otorga al ser humano. Sabemos que todas nuestras posesiones en esta vida están sujetas a la corrupción; nada de lo que el cristiano tiene o hace escapa al gusano del orgullo. El orgullo es frecuentemente responsable de los puntos blandos de nuestras virtudes, las cuales se estropean fácilmente. Lo que conserva su pureza no es la naturaleza de nuestra virtud, sino la sal del pacto divino.

Entonces, ¿de qué manera puede envanecerse un cristiano por su virtud?

Primero, *dependiendo de la fuerza de dicha virtud*. Confiar en la fuerza de tu propia bondad es orgullo de virtud. Así se rechaza la pobreza en espíritu que Cristo encomiaba tan a menudo (Mt. 5). Se nos llama a reconocer nuestra propia indigencia espiritual y depender de él para cada necesidad. Pablo fue un hombre así. No se avergonzaba de que todo el mundo supiera que Cristo llevaba su bolsa: “Nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5).

¿Qué le pasó a Pedro cuando se jactó de la fuerza de su propia virtud? “Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no” (Mr. 14:29). Se dispuso a competir con el diablo, y falló aun antes de llegar a la salida. Cristo en su misericordia dejó que Satanás pisoteara la virtud propia de Pedro para demostrarle su verdadera naturaleza y bajarle de las alturas de su orgullo.

Ora para que obtengas esta clase de misericordia si Dios te

ve trepando por la escalera de tu propio éxito espiritual. Joab, cuando vio a David envanecerse por la fuerza de su reino y queriendo hacer un censo, le dijo: “¡Añada Jehová tu Dios al pueblo cien veces tanto como son; mas ¿por qué se complace en esto mi señor el rey?” (2 S. 24:3). ¿Puede un criado envanecerse al montar el caballo de su amo, o un huerto jactarse por el sol que lo ilumina? No deberíamos mejor decir por cada gota de virtud, como dijo el joven del hacha: “¡Ah, señor mío, era prestada!” (2 R. 6:5)?

Apóyate en la fuerza de tus propios atributos piadosos, y te volverás negligente en tu servicio a Cristo. Saber que eres débil evita que te alejes demasiado de él. Cuando ves que tu propia despensa está vacía y todo lo que necesitas es suyo, acudirás a menudo a él en busca de suministros. Pero un alma que cree poder arreglárselas sola dirá: “Tengo de sobra para mucho tiempo. Que ore el alma fluctuante; mi fe es fuerte. Que el débil acuda a Dios; yo me las apaño sola”. Qué triste es suponer que ya no necesitamos de la gracia sustentadora de Dios a cada momento.

La sobreestimación de la fuerza de nuestra propia virtud no solo nos hace rehuir la ayuda de Dios, sino que también nos vuelve imprudentes y temerarios. Los que alardean de su espiritualidad probablemente se meterán en toda clase de situaciones peligrosas, jactándose de que pueden manejarlas. Piensan que están tan firmes en la verdad que todo un equipo de herejes no sería capaz de apartarlos. Irán adonde ningún cristiano debería aventurarse, escucharán lo que ningún cristiano debería oír; insistiendo siempre en que aunque otros bien podrían traicionar a Cristo en tales circunstancias, ellos nunca lo harán. Pedro demostró esta misma necia confianza la noche antes de la crucifixión del Señor, y ya sabes como terminó. Su fe habría muerto en el acto si Cristo no le hubiera rescatado con una mirada de amor.

Una confianza arrogante en la fuerza de tu propia virtud te hará crítico y despreciativo con los hermanos creyentes que admiten su debilidad, y este es un pecado muy indecoroso. Pablo dice: “Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedum-

bre” (Gá. 6:1a). Si te preguntas por qué tú, que te consideras por encima de tal reproche, debes humillarte para ayudar a un hermano caído, he aquí una razón excelente: “Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (v. 1b).

Dios te advierte contra de la espiritualidad demasiado confiada. ¿Por qué la gente es tan desconsiderada con los pobres? Creen que eso no les pasará a ellos. ¿Qué hace que los creyentes juzguen a otros con tanta dureza? Confían demasiado en su propia virtud, creyendo que no pueden caer. Al oír acerca del pecado escandaloso de un hermano, Bernardo de Claraval dijo: “Él cayó hoy, yo puedo tropezar mañana”. ¡Ojalá que todos pudiéramos tener ese espíritu humilde!

La segunda manera de enorgullecemos de nuestra virtud es *dependen del valor de dicha virtud*, pensando que podemos ser lo bastante buenos para Dios. La Palabra llama a la virtud inherente “justicia propia”, y la contrapone a la justicia de Cristo, que es la única “justicia de Dios” (Ro. 10:3). Cuando confiamos en nuestra propia virtud, la exaltamos por encima de la gracia de Dios. Si fuera en realidad superior, el cristiano podría decir al llegar al Cielo: “Esta es la ciudad que yo construí, y que mi virtud compró”. ¡Haría de Dios un inquilino y de su criatura el dueño! ¿Ridículo? Sin embargo, esta es la misma actitud que demostramos cuando intentamos ganar la aceptación de Dios con nuestros esfuerzos. ¡Con qué paciencia el Dios del universo soporta el orgullo de sus indignas criaturas!

Si comprendes algo de la Palabra de Dios, sabrás que él ha dispuesto que nuestra salvación se logre de forma muy distinta al obtenerla por obras. Es por gracia, nunca por nuestra virtud. Es por la gracia divina. Cualquier virtud inherente nuestra tiene su lugar y oficio como acompañante de la salvación (He. 6:9), pero no la procura. Esa es la obra de Cristo, y solo suya.

Cuando Israel esperaba en el Señor en el monte Sinaí, tenía ciertos límites. Ninguno debía subir al monte para hablar con Dios, excepto Moisés. Ni siquiera habían de tocar el monte so pena de muerte. He aquí una metáfora espiritual de nuestra virtud. Todas las virtudes se nos dan para mejorar nuestro servicio a Dios, pero ninguna se yergue para desafiar a la fe como base de nuestra aceptación por parte de Dios. La fe, sin el es-

torbo de las obras, es la virtud que debe presentarnos a Cristo para salvación y purificación.

Esta doctrina de la justificación por la fe ha sido más atacada que ninguna otra enseñanza de la Biblia. Muchos otros errores fueron simplemente tretas sutiles del enemigo para minarla. Cuando Satanás no puede ocultar esta verdad, obra para estorbar su aplicación práctica. Así se puede ver a cristianos que defienden la justificación por la fe, pero su actitud y sus acciones contradicen su profesión. Igual que Abraham con Agar, intentan lograr la voluntad de Dios por medios carnales. Todos estos esfuerzos que parecen tan nobles son en realidad viles, porque surgen del orgullo.

En el fondo, el orgullo por tus propias habilidades impide que obres para la justicia. Te esfuerzas por orar más, ser mejor cristiano, tener más fe... Te alientas diciendo: "¡Puedo hacerlo!". Pero pronto encontrarás tu propia virtud insuficiente aun para la tarea más sencilla, y tu gozo se escapará por las grietas de tus deberes imperfectamente cumplidos y tus débiles virtudes. El lenguaje del orgullo anhela el pacto de las obras, y la única salida de esta trampa es dejar que el nuevo pacto corte el cordón umbilical del pacto antiguo y reconocer que la gracia de Cristo reemplaza a las obras de la ley.

Satanás emplea dos clases de orgullo para mantener nuestra confianza en el valor de nuestra propia virtud: a una la llamo el *orgullo cortés*; y a la otra, el *orgullo autosatisfecho*.

El *orgullo cortés* entra de puntillas, disfrazado de humildad. Es el alma que llora y gime por su vil condición, rechazando todo consuelo. Ciertamente ninguno puede pintar su pecado lo bastante negro, ¡pero considera cómo se desacreditan la misericordia de Dios y los méritos de Cristo cuando decimos que estas cosas no bastan para comprar nuestro perdón! ¿Acaso no hay mejor manera de demostrar tu convicción de pecado que desprestigiando al Salvador? ¿No estás dispuesto a ser deudor de Cristo por tu salvación, o es que tienes demasiado orgullo para implorar que te perdone?

Es un orgullo terrible que un mendigo se muera de hambre por no aceptar limosna de parte de un rico, o que un reo opte por la muerte en lugar de aceptar el perdón de mano de un rey

compasivo. Pero esto es aún peor: el alma se consume y muere en el pecado rechazando la misericordia de Dios y la mano de Cristo tendida para salvarle. Dios dice que no hay alma a la que él no pueda salvar. Si sigues por este camino considerado “humilde” le estás llamando mentiroso. Te ha engañado la idea de que tus lágrimas son más purificadoras que la sangre de Cristo.

Otra forma de orgullo espiritual que demuestra la dependencia del valor de la propia virtud es el *orgullo autosatisfecho*. Aquí el corazón se exalta secretamente, diciendo: “Puede que no sea perfecto, pero soy mucho mejor que la mayoría de los creyentes que conozco”. Cada mirada así del alma es adúltera; o mejor dicho, idólatra. Siempre que ofreces a tu propia justicia la adoración interior de tu confianza y certidumbre, comes una gran iniquidad. Acudes para abrir la puerta del Cielo con una llave vieja, cuando Dios ha puesto cerraduras nuevas.

Si eres realmente creyente, debes reconocer que tu entrada inicial al estado de justificación fue por pura misericordia. Fuiste “[justificado] gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24). Y una vez reconciliado, ¿de quién eres deudor? ¿De tu propia virtud, tu obediencia, de ti mismo, o de Cristo? Si Cristo no manda en todo lo que haces, seguramente encontrarás cerrada la puerta de la gracia. “La justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Ro. 1:17). No solo nos da Cristo la vida, sino que vivimos por Cristo: el camino al Cielo está hecho de gracia y misericordia de principio a fin.

¿Por qué insiste Dios tanto en que utilicemos su gracia en vez de nuestra virtud? Porque sabe que esta última es inadecuada para el trabajo. La verdad es que confiar en nuestra propia virtud solo trae problemas y dolor; confiar en la gracia de Dios produce paz y gozo duraderos.

En primer lugar, confiar en tu propia virtud a la larga la destruirá. La virtud inherente es débil. Si la obligas a soportar el yugo de la ley, tarde o temprano caerá en el camino, incapaz de llevar la pesada carga de tu antigua naturaleza. Te hace falta el yugo de Cristo, pero no lo puedes tomar hasta que hayas desechado el que te ata a las obras.

¿Cómo se consigue esto? Renunciando a toda expectativa en ti mismo. Si eres de los que llevan años diciendo ser cristiano, pero, ves poco fruto en tu vida, tal vez debas cavar hasta la raíz de tu profesión para ver si la semilla plantada se ha cultivado en el suelo yermo del legalismo. De ser así, arráncala de una vez y replanta tu alma en el campo fértil de la gracia de Dios. David relató cómo había llegado a prosperar mientras los ricos y famosos se marchitaban y morían de repente: “He aquí el hombre que no puso a Dios por su fortaleza, sino que confió en la multitud de sus riquezas [...]. Pero yo estoy como olivo verde en la casa de Dios; en la misericordia de Dios confío eternamente y para siempre” (Sal. 52:7,8).

No solo aplastas tu virtud obligándola a cargar con tu salvación, sino que también te privas del consuelo verdadero en Cristo. El consuelo del evangelio brota de la raíz bíblica, que es Cristo: “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3). El primer paso para recibir el consuelo del evangelio es desechar todo consuelo propio. Un médico le pide a su paciente que deje de acudir a los demás médicos que han estado jugando con su salud, y confíe en él para la cura. Como médico espiritual, el Espíritu Santo pide que tu alma deseche a todo antiguo doctor —todo deber u otro camino de obediencia— y se apoye solamente en él.

¿Clama tu alma desde lo profundo por la paz interior? Examina el pozo del cual sacas tu consuelo. Si es la cisterna de la autosuficiencia, constituye un consuelo finito y pronto se secará. Está mezclado o diluido y, por tanto, no alimenta mucho. Sobre todo es robado, si lo reclamas como tuyo propio y no lo reconoces como un don de Dios. ¿Cuánto consuelo puedes esperar de lo robado? ¡Qué necesidad hacer de ladrón cuando el Padre tiene mucho más y mejor para darte que lo que tú pudieras robar en toda una vida! Es un engaño satánico muy astuto el hacernos dispuestos a robar pero demasiado orgullosos para rogar la misericordia de Dios.

La tercera clase de orgullo es el orgullo de los privilegios. Esta es otra clase de orgullo que emplean los demonios para envanecer al creyente. Hay tres clases de privilegio particular-

mente útiles para sus fines: el privilegio de la eminencia; el privilegio de la persecución; y el privilegio de la bendición.

El *orgullo de la eminencia*. Para humillar su corazón cuando el hombre está en un puesto elevado hace falta una gran medida de gracia. Cristo percibió el brote del orgullo en los setenta misioneros enviados durante su ministerio terrenal: volvieron del viaje obviamente impresionados por sus propias hazañas y ansiosos de extender la nueva de los milagros que habían hecho. Nuestro Señor les advirtió, diciendo: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan; sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20).

En otras palabras: “No te ciegue tu propia gloria cuando florezca tu ministerio, ni pienses que el mérito de tus obras es una medida de tu propio valor. Habrá almas en el Infierno que digan: ‘Señor, Señor [...], en tu nombre echamos fuera demonios’ (Mt. 7:22). No te valores entonces por las obras que hayas hecho en mi nombre, sino por las evidencias de mi gracia redentora en tu alma”.

El *orgullo de persecución*. Sufrir por la verdad divina es realmente un gran privilegio: “A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil. 1:29). La fe es un gran don; no podemos llegar al Cielo sin ella. Pero la perseverancia es mayor, porque sin ella la fe no duraría ni valdría gran cosa. Si la perseverancia en sí vale mucho, cuánto más honorable es si se aplica en el caso del sufrimiento.

A veces nos imaginamos a los mártires tan santos que se hallan fuera del alcance de Satanás. Pero mientras haya un hálito de vida en el cristiano, Satanás intentará destruir su fe. A mayor fe, mayor ira satánica. Si no puede evitar que alguien celoso sufra por Cristo, gastará sus energías en un intento de contaminar con el orgullo este acto de amor y obediencia.

Para mantenerte humilde, si Dios te concediera el privilegio de la persecución, escribe las siguientes amonestaciones en las tablas de tu corazón:

1) “*Merezco sufrir*”. Aunque no merezcas hacerlo a manos de otros hombres, aun así no puedes decir que no merezcas el sufrimiento. ¿Acaso no llevaron a la cruz al Salvador tus peca-

dos como los del que más? Nadie ha sufrido sin pecado aparte de Cristo; por tanto, ninguno puede gloriarse en el sufrimiento menos él. Todos debemos clamar con Pablo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gá. 6:14). John Careless, el mártir inglés que murió en la cárcel a causa de Cristo, dijo humildemente: “Es un honor que no se le permite a los ángeles; por tanto, Dios perdone mi ingratitud”.

2) *“Solo persevero por la gracia de Dios”*. Cuando se te llama a sufrir, ¿te apoya tu propia virtud, o la gracia de Cristo? ¿Hablas tus palabras o las suyas cuando testificas acerca de la verdad? ¿Y cómo es que eres un sufridor y no un perseguidor? ¡Lo debes todo a Dios! Él no sería tu deudor ni aunque tuvieras mil vidas para darle. Podría haberte dejado en paz para que vivieras y murieras en tus concupiscencias. Podría haber permitido que murieras en la horca como mártir de la causa diabólica: por asesinato, violación u otro crimen horrible. O podría haber alejado de ti su gracia dejándote que te enfrentaras solo a tus perseguidores. ¿Cuánto tiempo durarías en presencia de un Nabucodonosor sin el sustento del poder de Dios? Mejor es seguir el ejemplo de Esteban, que fijó la vista en el Cielo (cf. Hch. 7:55). Si necesitas la fuerza del Espíritu Santo a fin de vivir diariamente para Cristo, ¿cuánta más falta te hará si eres llamado a morir por él?

3) *“Si me atribuyo el mérito por mi sufrimiento, no puedo decir que sufra por Cristo”*. Lo que un mártir hace para Dios no es el hecho de sufrir sino la actitud ante el sufrimiento. Puedes entregar tu cuerpo a la hoguera, pero si te plantas en el fuego con un corazón orgulloso, ¡mueres por ti mismo, no por Cristo! Si tu meta secreta es levantar un monumento a tu propia memoria para que la gente alabe tu fe y valor después de tu muerte, tu ofrenda no es aceptable ante Dios. El Señor no recibe ninguna ofrenda del corazón orgulloso; y no rechazará ninguna ofrenda de la mano humilde.

El orgullo de la bendición. Si por una parte Satanás está a la puerta de la persecución ofreciendo el consuelo del orgullo, seguramente también aparecerá en la fuente de la bendición, ofreciéndote el mismo pecado.

Cuando Dios irrumpe con manifestaciones de su amor más

grandes de lo normal, el cristiano corre peligro de que su corazón se envanezca. Puesto que Dios parece prestarle una atención especial, empieza a creer que es un hijo “predilecto”. La respuesta correcta a las bendiciones especiales de Dios debe ser la humildad y un profundo sentir de amor y gratitud. Si el corazón está algo duro y enfriado por los afanes de la vida, se debe ablandar y derretir al sol de su amor. Pero como siempre, Satanás intenta frustrar los propósitos de Dios y el orgullo es lo que más fácilmente estropea el don divino.

Verdaderamente, Dios nos deja ver la tendencia al pecado del orgullo por su corta permanencia con nosotros cuando llega con revelaciones de su amor mayores que lo normal. El Consolador mora siempre en el seno del cristiano, pero aquel gozo exuberante en el Espíritu Santo aparece y desaparece con la velocidad de una gacela. Una revelación fugaz del Cielo y una visión de amor de vez en cuando alientan el espíritu del creyente desalentado en su ascenso del monte de pruebas y deberes. Pero si el Señor le dejara construir un tabernáculo allí para morar bajo el sol constante de tal exhibición de su favor, pronto se olvidaría de donde proviene, y empezaría a creerse señor de su propio consuelo.

Si el apóstol Pablo corría peligro de caer en la trampa de la arrogancia espiritual después de su corto arrebatamiento (para prevenir lo cual, Dios le dio un aguijón en la carne), ¿no crees que sería más que probable que Satanás nos atrapara también a nosotros? Por tanto, cristiano, vigila más que nunca en los momentos que Dios más te mece en los brazos de su amor.

Algunas precauciones que tomar:

1) *No midas la virtud por el consuelo.* Dios no te manda necesariamente una medida extra de consuelo como premio por tu virtud. Estas revelaciones de su amor efectivamente testifican de su gracia en ti, pero no dicen nada del grado y la medida de tu virtud inherente. Por lo general, el niño débil pasa más tiempo en el regazo de su madre que el fuerte.

2) *No te descuides en el consuelo.* En su lugar, emplea este tiempo de bendición para trabajar más que nunca para el Señor. Las manifestaciones del amor de Dios nos deben preparar para el trabajo. Solazarte en su amor es una cosa; salir en el po-

der del consuelo del Espíritu es otra. Necio aquel que pasa todo su tiempo contando su dinero sin invertirlo; sabio aquel que hace trabajar su dinero y gana intereses. Espiritualmente, el que amontona sus consuelos los perderá, mientras el que los utiliza para Cristo aumentará su tesoro cinco, diez y hasta cien veces.

3) *No te imagines como la fuente de tu propio consuelo.* Recuerda que dependes de Dios para la paz y el gozo continuos. Las sonrisas de ayer no te contentarán hoy, como tampoco el pan que comiste ayer puede saciarte si no vuelves a comer. Necesitas beber diariamente del amor de Dios para estar satisfecho. Si Dios esconde su rostro por un instante, pronto olvidarás el sabor y aspecto de los consuelos del momento anterior.

Nos reiríamos del hombre que, mientras el sol brilla en sus cristales, intentara guardar los rayos en casa cerrando las ventanas. Pero somos igualmente necios si recibimos el gozo presente para apartarnos de la presencia de Dios, suponiendo que ya tenemos de sobra. Se siente el calor del sol únicamente estando expuestos a sus rayos; experimentamos el consuelo de Dios solo mientras tenemos el rostro vuelto hacia él.

El consuelo cristiano es como el maná de Israel: cae diariamente del Cielo. Se nos dice que Dios dio maná a su pueblo para afligirle y probarle (cf. Dt. 8:16). No creas que los humillaba porque fuera comida de pobres, ya que de hecho era “pan de nobles” (Sal. 78:25). Pero la forma de entregárselo los mantuvo humildes. Dios tenía la llave de la despensa; los obligaba a esperar en él y reconocer continuamente que solo él era la fuente de su vida. Dios comunica nuestros consuelos espirituales de la misma manera y con el mismo fin: para humillarnos.

c) Últimos pensamientos sobre las malicias espirituales

Satanás se esfuerza al máximo por envolverte en malicias espirituales por encima de todo lo demás. Ellas te cauterizan la conciencia, ciegan tu mente y endurecen tu corazón. Si pereces, será a manos de estos pecados. Otros pecados preparan el camino para los pecados espirituales. Por tanto, Satanás te atrae al pecado carnal para luego llevarte al pecado espiritual.

Los pecados carnales preparan el camino a los espirituales de dos maneras. Primeramente, el alma sumida en pecado car-

nal está más naturalmente dispuesta para el espiritual. Cualquier pecado, por su naturaleza, endurece el corazón: “Ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (He. 3:13). Tal vez hayas visto un sendero endurecido por los cascos de los caballos. Aunque no lo veas con los ojos físicos, el pecado carnal hace lo mismo con el corazón. El Espíritu Santo está en el sendero, rogando al pecador que deje sus pecados y acuda al perdón. Él puede ablandar el corazón de nuevo; pero si el pecador se obstina en rechazarlo y permite que estos pecados galopen por su corazón, Dios por fin lo entregará a sus concupiscencias. Esta es la segunda manera como los pecados carnales preparan el corazón para los espirituales. Cuando Dios aparta su poder restrictivo, el diablo tiene al pecador encerrado a cal y canto. Si Dios deja tu corazón duro y sin quebrantar, es triste señal de que no piensa sembrar allí su gracia. Ora para que nada de esto te acontezca. A fin de asegurarte de ello, no rechaces su ofrecimiento de ablandarte.

El endurecimiento de parte de Dios es consecuencia del endurecimiento de nuestros propios corazones. Aunque pierdas tu herencia terrenal contra tu voluntad, no puedes perder la espiritual si no quieres. Dios no endurece ni condena a nadie que no rechace voluntariamente su gracia. Un pensamiento solemne: Si entras en la eternidad con un corazón duro e impenitente, solo tú tienes la culpa de ello.

5. El campo de batalla (“en las regiones celestes” o “en las cosas celestiales”)

La última parte de la descripción de nuestro gran enemigo es algo ambigua en el original. La mayoría la traducen “en las regiones celestes”, como si el apóstol quisiera destacar el lugar ventajoso del enemigo al estar por encima de nosotros. Pero algunos interpretes, antiguos y modernos, la traducen no como “en las regiones celestes” sino como “en las cosas celestiales”. Esto significa que Pablo quiere decir en esencia: “No luchamos por trivialidades, sino por lo celestial... ¡por el Cielo mismo!”.

Esta me parece la interpretación preferible por varias razones:

Primera: el mismo término en otros pasajes de la Palabra se

traduce por “cosas”. Aparece unas veinte veces más en el Nuevo Testamento y nunca se interpreta como un lugar en el aire, sino, siempre como cosas verdaderamente celestiales y espirituales. Si la palabra significara lugar, sería un lugar supracelstial y, por tanto, un lugar vedado al diablo.

Segunda: ¿de qué sirve indicarnos que Satanás está en un lugar por encima de nosotros? Si sabemos algo acerca de los espíritus, sabemos que por antonomasia están “por encima” de nosotros. Siendo inmateriales —no limitados a carne y hueso— tienen esta ventaja. Pero si interpretamos la palabra como cosas, eso añade peso a todas las demás ramas de esta descripción que hemos estudiado en profundidad. Significa entonces que luchamos contra principados, potestades y malicias espirituales por el mayor de los premios: el ofrecido por el mismo Cielo. Tal enemigo y tal premio deberían hacernos sumamente esmerados en cómo manejamos el combate.

a) El llamamiento celestial del cristiano

¿Cuál es entonces la premisa de Pablo? Sencillamente, que estamos en una lucha de vida o muerte con Satanás mismo, con la mirada fija en el Cielo. Es decir que el mayor deseo de Satanás es robarle al cristiano todo lo celestial, dejándolo indigente. El cristiano como tal es un extranjero en la tierra: todo lo que tiene o desea es celestial. De forma que cualquier cosa que ocurra aquí abajo está muy alejado de su verdadero ser o felicidad, y no interfiere ni con su gozo ni con su pena.

Si se colma a un hombre de toda riqueza y honra terrenal, no por eso será cristiano. Si se inunda con ellas a un cristiano, tampoco lo harán un mejor cristiano. Despojado y desnudo, el cristiano seguirá siendo cristiano, y tal vez un cristiano mejor.

Satanás podría hacerle poco daño al cristiano sincero si únicamente dirigiera sus poderes contra los gustos externos de este, porque no significan nada en comparación con su herencia espiritual. De hecho, el ataque satánico contra los bienes terrenales del cristiano no le daña más que si un ladrón desnuda a alguien ¡y luego le da una paliza al montón de ropa! En tanto en cuanto prevalezca el espíritu de gracia en el corazón del cristiano, este se ha despojado del deseo por las cosas mundanas;

de ahí que el botín que Satanás acecha es su tesoro celestial: su naturaleza, ocupación y esperanzas.

1) *La naturaleza del cristiano es celestial, nacida de arriba.* Igual que Cristo es el Señor venido del Cielo, todos sus hijos son celestiales. La santidad de Cristo manifestada en ti, le recuerda a Satanás su primer estado. Él ha perdido la hermosura de la santidad para siempre, y ahora como verdadero apóstata intenta estropearla en ti.

Dios pone el sello de su imagen en el rostro de tu alma. Esta belleza es lo que nos hace más semejantes a Dios. Él anhela ver su clara semejanza reflejada en sus hijos, y sus hijos verdaderos anhelan parecerse a él. Satanás lo sabe, y obra incansablemente para desfigurar la imagen divina. Malostrar la naturaleza del cristiano avergüenza a este y trae ignominia sobre Dios, al distorsionar su imagen. ¿No vale la pena arriesgar la vida contra este enemigo que quiere aniquilar aquello que nos hace más semejantes a Dios?

2) *La ocupación del cristiano es celestial.* Es decir, que Dios es nuestro director. Podemos sembrar en la tierra pero la cosecha será en el Cielo. Esto mantiene el corazón y los deseos en un plano celestial. En sentido espiritual, los pies del cristiano se plantan allí donde otros ni ven el terreno. Pisa la Luna y se reviste del sol. Mira abajo a los hombres terrenales como el que está en lo alto de una colina contempla a los que viven en las marismas. Mientras él respira el puro aire celestial, ellos se ahogan en el miasma de placeres y ganancias carnales. Él sabe que una sola perla celestial vale más que toda una vida acumulando bienes terrenales.

La gran ocupación del cristiano es hacer aquello que haga progresar el Reino de los cielos. No solamente se interesa por su propio bienestar, sino que recluta de buen grado a sus amigos y vecinos para su empresa eterna. Esto alarma al Infierno: ¿Qué...? ¡No se contenta con ir solo al Cielo, sino que utiliza su ejemplo santo y su trabajo fiel para llevarse consigo a otros! Esto hace salir al león rugiente de su guarida. Tal cristiano seguramente encontrará al diablo oponiéndosele en su camino.

3) *Las esperanzas del cristiano son todas celestiales.* El cristiano no espera una satisfacción duradera de nada en el mun-

do. De hecho, se consideraría la persona más miserable de la historia si los únicos premios que esperara de su religión fueran a este lado de la eternidad. No; él anhela el Cielo y la vida eterna. Aunque sea tan pobre que no pueda dejar ni un céntimo en su testamento, se tiene por mayor heredero que el hijo del rey más importante de la tierra.

La esperanza es la virtud que nos enseña a regocijarnos en la promesa de la gloria y nos acompaña en nuestros peores momentos. Cuando la situación es tan grave que no imaginamos ninguna forma en que pueda empeorarse, la esperanza levanta nuestros ojos de los problemas del momento y los fija en el gozo eterno por venir. Podemos hasta sonreír delante de nuestros perseguidores, sabiendo que en poco tiempo la cruz se nos quitará de los hombros para siempre, y las cabezas de los siervos del diablo serán despojadas de sus coronas terrenales. Se habrá agotado el gozo de estos, pero el creyente lo disfrutará sin fin.

La comprensión de esta verdad llena al cristiano de tal gozo que no escucha las mentiras del diablo acerca de la infidelidad o negligencia hacia Dios. Cerrando los oídos a las burlas de Satanás, abre su corazón a las promesas de la Palabra de Dios y descansa en ellas. Su actitud apacible atormenta al diablo que no soporta ver al cristiano rumbo al Cielo a toda vela, lleno de la dulce esperanza de una celebración gloriosa al llegar a puerto. Por eso Satanás levanta todas las tormentas posibles con la esperanza de causar un naufragio o, al menos, de obligar al cristiano a arrastrarse hasta el puerto celestial con las manos vacías.

b) Un llamamiento digno de la lucha

Partiendo de la intensidad del ataque diabólico contra la herencia celestial, vemos la necesidad de perseverar en la lucha. Ahora una amonestación para cuatro clases de personas:

1) *Los que se niegan a luchar.* Muchos, en lugar de tomar el Cielo por la fuerza, lo evitan con la fuerza. ¿Cuánto tiempo lleva el Señor clamando en las calles: “¡Arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado!”? Pero hasta el día de hoy son millones los que corren alocadamente hacia el Infierno, y no están dispuestos a dar la vuelta. Se niegan voluntariamente a ser

llamados hijos de Dios. Escogen los placeres del pecado por encima de las riquezas del Cielo, prefiriendo morir en sus transgresiones a admitir la necesidad que tienen del perdón de Cristo.

¡Orgullo necio! Un paralelismo histórico ilustra la incoherencia de tal pensamiento. Catón y César eran grandes enemigos. Cuando César asumió el poder, Catón supo que tendría que apelar a su archienemigo para salvar su vida. Pero en lugar de humillarse, se suicidó. Al oír la noticia, César dijo: “¡Ay, Catón! ¿Por qué me quitaste el honor de perdonarte la vida?”.

¿No andan muchos como escatimándole a Cristo el honor de salvar sus almas? ¿Qué otra razón puedes dar, tú pecador, para rechazar su gracia? ¿Acaso te son repugnantes el Cielo y la felicidad? ¿Puedes decir honradamente que no los quieres? ¿Entonces por qué no aceptarlos? ¡Por el amor de Dios, piensa lo que estás haciendo! Luchas contra la vida eterna, y al hacerlo te declaras indigno de ella (cf. Hch. 13:46).

2) *Los que se olvidan de luchar.* Te costaría trabajo encontrar una persona que no se regocijara finalmente en la salvación de su alma. ¿Pero dónde está el cristiano que demuestra su entrega mediante su gran esfuerzo? Si el deseo trajera la vida eterna, la mayoría estarían contentos de entrar por la puerta del Cielo; pero si esto significa luchar, y hacer de la fe su prioridad, entonces no están tan seguros.

Son demasiados los que malgastan la vida deseando que el camino al Cielo fuera más fácil, pero reacios a remangarse y buscar la gracia necesaria para la empresa. Necesitan entender que la lucha *por* el Señor promete una victoria segura, mientras que pelear *contra* él garantiza el fracaso.

La desdicha de los condenados se aumentará cuando comprendan plenamente aquello que perdieron al perder a Dios, y al recordar todos los medios que se les ofrecieron para obtener la vida eterna. Cuando ya sea tarde, lamentarán no haber querido aceptar el ofrecimiento de Cristo.

3) *Los que fingen luchar.* Estos son los que arman mucho ruido con su religión, pero que en secreto han puesto sus corazones en metas terrenales. Fingen dirigirse al Cielo, pero su corazón está lleno de hipocresía. Estos engañadores son como el

águila que, al volar más alto, fija la vista en la presa carnal de la tierra.

Los hipócritas siempre han sido, y siempre serán, parte de la muchedumbre que entra a la iglesia y se mezcla con los hijos de Dios. Su lenguaje es puro, su servicio admirable; pero su corazón está revestido de engaño. Peor aún, se engañan a sí mismos. El mundo puede llamarlos cristianos equivocadamente, pero Cristo sabe que son demonios. ¿Qué dijo el Señor de Judas, el hipócrita supremo? “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es demonio?” (Jn. 6:70).

De todos los demonios, ninguno es tan malo como el que profesa ser cristiano: el demonio que predica y ora. Dios ha mostrado repetidamente su desagrado severo cuando su pueblo ha prostituido lo sagrado para fines mundanos. De todos los hombres, Dios disciplina antes a aquel que disfraza los asuntos mundanos y malos con pretensiones santas. El Señor ha hecho una solemne promesa: “Pondré mi rostro contra aquel hombre, y le pondré por señal y por escarmiento, y lo cortaré de en medio de mi pueblo; y sabréis que yo soy Jehová” (Ez. 14:8).

4) *Los que estorban la lucha de los demás.* Entre los ladrones a menudo hay un batidor que indaga dónde puede encontrarse el botín. Es el cerebro detrás de toda operación ilícita, pero nunca arriesga su propia piel cometiendo él mismo el crimen. El diablo sigue esa misma táctica, vigilando cómo anda el cristiano, adonde va y en compañía de quién. Luego decide cuál es la mejor forma de despojarle de su virtud.; y una vez trazado el plan, manda a otro para que lo lleve a cabo. Así es como envió a los amigos de Job —y hasta a su mujer— para tentarlo; o mandó a la esposa de Potifar para que engatusase a José.

Amigo, pregúntate a ti mismo si alguna vez has prestado al diablo un servicio de este tipo. ¿Has tenido quizá un hijo cuyo corazón se enterneció en cuanto a Dios, pero tú estabas demasiado ocupado para llevarlo al culto o enseñarle el camino del Señor? Tal vez ahora sea adulto y ya no tenga tiempo para los asuntos de Cristo. O bien tu cónyuge estaba lleno de entusiasmo y fe, pero el convivir con tu espíritu frío y tu actitud amarga ha ahogado a la llama que antes ardía tan viva.

¿Cómo será la acusación que se te haga cuando aparezcas

ante el tribunal en el Día del Juicio? No te bastó con rechazar tú mismo a Cristo; tuviste que intimidar a quienes querían batirse por llegar al Cielo. ¡Qué terrible delito! Así “atesoras para ti mismo ira para el día de la ira” (Ro. 2:5).

c) Aviso para los que desean un premio celestial

1) *En cuanto a los bienes terrenales.* Si luchas por el Cielo y las cosas celestiales, aun para tu trabajo terrenal tendrás una actitud santa de corazón. Toma todas las precauciones a fin de no desenvolverte como los mundanos. Si siendo creyente recurras a las estrategias del mundo en la búsqueda de los bienes materiales, ello te costará dos cosas valiosas: la gloria de Dios y la felicidad de tu alma. Muchos amados siervos de Dios han rechazado la fama o la gloria por tener un precio demasiado alto. Moisés renunció a todos los privilegios de la corte por rechazar el título de “hijo de la hija del faraón”. Abraham rehusó aceptar los regalos del rey de Sodoma por temor a que lo acusaran de codicia o interés. Todo hijo de Dios debe ser tan esmerado como él. No lo olvides: nada que provenga de la tierra vale la pena cambiarlo por la gloria de Dios o por tu propia paz.

Un cristiano verdadero mostrará celo en sus asuntos diarios, pero toda su energía estará dirigida hacia el Cielo. Mientras sus manos se ocupan en el trabajo, su corazón y su mente piensan en asuntos superiores: cómo agradar a Dios, crecer en la gracia y disfrutar de una comunión más íntima con Cristo. El hombre carnal, en cambio, pasa largas horas en su taller y, al volver a casa, dedica la mitad de la noche a planear cómo puede hacer que su negocio prospere. Suda en el taller, pero se enfría en la oración. No hay temporal que le haga faltar a la plaza, pero si el camino a la iglesia es resbaladizo o hace un poco de frío, se excusa de los cultos. Ninguna inconveniencia le estorba para engrosar su bolsa, pero si el predicador le entretiene un minuto más de la hora, se queja. En resumen: en el trabajo pone los ojos en la caja; pero en la iglesia los pone en el reloj.

Si algo de esto te habla a ti, acude rápidamente a Dios y pídele un cambio radical de corazón.

2) *En el uso de los bienes terrenales.* Tal vez tengas un espí-

ritu celestial en cuanto a la obtención de los bienes terrenales. ¿Pero los utilizas con ese mismo espíritu? El buen luchador emplea sus bienes terrenales para fines celestiales.

¿Cómo empleas los frutos de tu labor? ¿Los utilizas para tu propio vientre, o para tus perros y tus caballos... o los compartes con los pobres? Si eres una persona prominente en la comunidad, ¿cómo empleas tu influencia, para bien o para mal? ¿Para fines egoístas o compasivos? Pedir “cosas” en oración sin un fin celestial en mente es casi idolatría. Utiliza tus riquezas materiales con temor santo, amado hermano, no sea que la tierra robe el Cielo, y tus diversiones temporales hagan peligrar tus intereses celestiales. Como Job santificaba a sus hijos ofreciendo sacrificio por temor a un posible pecado de ellos, el cristiano debe santificar constantemente sus placeres terrenales con la oración. De esta manera se librará de una posible trampa.

3) *Conservando los bienes terrenales.* El creyente debe sentir la misma indiferencia en cuanto a conservar sus bienes terrenales como al obtenerlos. Dios nunca nos hace propietarios de nada, sino que nos entrega las cosas en depósito. Todo se quedará atrás cuando él nos llame para volver a casa. Si tiene a bien dejarnos las cosas hasta entonces, le bendecimos y agradecemos su generosidad; si nos las quita antes, aún así, le bendeciremos.

La providencia divina llevó a Moisés a la corte del faraón, pero Dios nunca se propuso dejarlo allí entre la pompa y la grandeza mundana. Un corazón carnal podría razonar que Moisés hubiera ayudado mejor a su pueblo (entonces esclavos del faraón) utilizando su posición y poder para influir en el rey, o aun aspirando al trono. Pero cuando Moisés renunció a su puesto de privilegio, su fe y su abnegación resaltaron aún más. Por esta fe obediente recibe Moisés tan honorable mención en el Nuevo Testamento (He. 11:24,25).

A veces Dios nos colma de bienes, no para que nos aferremos a ellos, sino para que tengamos algo que dar mostrando así nuestro amor por él. ¿Podría haber empleado mejor María su precioso perfume que ungiendo a su Señor? ¿Qué empresa da mayor ganancia que la inversión de tus bienes en la causa de Cristo?

Cristiano, no cierres la mano sobre los bienes materiales que más valoras. Está siempre dispuesto a tirarlos por la borda al momento, en lugar de arriesgarte al naufragio de tu fe. No puedes trabajar en pro de los bienes celestiales si tienes las manos y el corazón cargados de asuntos terrenales. Al final, si salvas algo, será tu alma, tu interés por Cristo y el Cielo. Si perdieras todas tus posesiones, aun así deberías poder decir como Jacob: “Tengo mucho [todo]” (Gn. 33:11, LBLA).

d) Una nota práctica acerca del desatino de perseguir los bienes terrenales

1) *Los bienes terrenales no son necesarios.* Una cosa solo es indispensable si no se puede reemplazar con otra. Aunque Satanás a menudo nos convenza de lo contrario, no hay nada de que disfrutamos que Cristo no pueda proporcionar, si llegara a faltarnos. En el Cielo habrá luz sin sol, festín sin carne, vestimenta gloriosa sin ropa. Nada nos faltará, pero ninguna de las cosas terrenales que tanto estimamos estará allí.

Sin embargo no tienes que esperar al Cielo para la recompensa. Puede que aquí te falte la salud, y que padezcas una gran aflicción física. Dios te dará mayor consuelo que si tuvieras la salud. Tal vez según el mundo seas tan insignificante que nadie sepa de tu existencia; sin embargo en medio de tu insignificancia puedes contar con un excelente informe celestial por tu fe. Quizá seas tan pobre que no tengas ni un céntimo. Dios te puede hacer rico en su gracia. Recuerda lo que Pablo le dijo a Timoteo: “Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1 Ti. 6:6).

Supongamos que mueres indigente. ¿Y qué más da? ¡Pero, supongamos que te mueres sin la gracia! El Cielo y lo celestial no se pueden reemplazar con nada. No dejes que Satanás te distraiga con sus juguetes y chucherías. Mientras te entretiene con sus astutas ilusiones, mete la otra mano en tu tesoro para robarle aquello que no se puede reemplazar. Es más necesario salvarse que vivir; mejor no vivir que tener que existir en el Infierno.

2) *Lo terrenal es precario.* Por mucho que trabajes por la ganancia terrenal, no hay garantías de éxito. Los hombres lle-

van milenios negociando, pero nadie ha inventado un plan infalible para enriquecerse. ¡Pocos se llevan el gordo de la lotería! La mayoría solo obtienen recuerdos amargos y desilusiones a cambio de las molestias.

Pero para el Cielo y lo celestial, tenemos un plan claro en la Biblia: “A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos” (Gá. 6:16). Si uno persigue lo celestial sin conseguirlo, será porque no ha seguido las instrucciones de Dios correctamente.

Si quieres el Cielo pero también tus pecados, no esperes el éxito. Tienes que abandonar lo uno o lo otro. Si no sueltas tus pecados, Dios tendrá que soltarte a ti. Si quieres el Cielo pero insistes en comprarlo con tu justicia propia, no conseguirás reunir el precio. Eres como el pariente cercano de Rut, que quería comprar el terreno de su marido Elimelec pero no estaba dispuesto a casarse con ella según mandaba la ley (Rut 4:2-4). Todo el bien que haces y todos los deberes que cumples solo son admirables si constituyen actos de amor resultantes del arrepentimiento. Pero si los ofreces como el precio que estás dispuesto a pagar por el Cielo, Dios no negociará contigo. Tienes que cerrar el trato únicamente con Cristo, o lo perderás todo.

¿Cómo puedes estar seguro de ganar el Cielo y la vida eterna? Convéncete a ti mismo para renunciar a tus deseos y arrojar cualquier confianza en tu propia justicia. Luego corre a Cristo y preséntate ante él, necesitado de la salvación. Anhéla-lo más que la vida misma. Él ya está a la puerta de tu corazón, llamándote por tu nombre, y ha prometido no echar fuera a nadie que acuda a él con corazón contrito. Entonces, aunque sigas viviendo en la tierra, tu vida eterna será tan segura como si ya te hubieras trasladado a la ciudad celestial.

¡Qué triste es que haya tan pocos que cambien sus esperanzas precarias en esta vida por la promesa del Cielo! ¿Cómo se explica esto, si no es por el ateísmo del corazón humano? No se les puede convencer para que crean lo que dice la Palabra. Quiera Dios abrir los ojos del mundo incrédulo para que la gente vea que lo espiritual es real y no ficticio. Solo la fe les puede hacer visible lo invisible.

3) *No se puede asegurar lo terrenal.* Aunque Dios te bendiga con riquezas, puedes ser rico hoy y pobre mañana. Tal vez disfrutes de buena salud al acostarte, y te llegue una enfermedad o la muerte misma antes de la mañana. ¿Puedes adoptar bastantes precauciones como para garantizar que nada destruirá tu fortuna? ¿Te es posible enriquecerte hasta poder comprar la salud o añadir un día a tu vida?

La Palabra compara a la población del mundo con un océano. Los reyes y gobernantes se sientan sobre el mismo. Como un barco flota sobre las olas, así sus vidas lo hacen sobre el favor de la multitud. ¿Qué seguridad hay al navegar sobre las olas? Durante algún tiempo subirán hasta los cielos, pero luego caerán a lo profundo. David sabía lo mudables que son los favores del mundo: “Entonces respondieron los hombres de Israel, y dijeron [...]: “Nosotros tenemos en el rey diez partes” (2 S. 19:43). Pero en el siguiente versículo la marea ya se había retirado: “¿No tenemos nosotros parte en David, ni heredad con el hijo de Isaí!” (2 S. 20:1,2). Así, David subió y bajó casi en el mismo instante.

Pero el Cielo es un reino inmutable. Cristo constituye una heredad permanente que no varía. Sus gracias y consuelos son aguas seguras que saltan para vida eterna. Las codornices que alimentaron la codicia de Israel pronto cesaron, pero la roca que dio de beber a su fe los seguía. Esta roca es Cristo. Puedes perder todo consuelo temporal, incluyendo a tu familia y amigos, pero si tu tesoro está seguro en Cristo, sigues siendo rico. Cristo vendrá en tu hora más oscura con la paz y una promesa: “No temas a la muerte ni a los demonios. Yo estaré a tu lado hasta que exhalas tu último suspiro. Mis ángeles esperan conmigo. En cuanto el alma deje tu cuerpo, la llevarán al Cielo y la pondrán en el seno de mi amor. Entonces te alimentaré con los goces eternos que mi sangre compró y que mi amor ha perfeccionado para ti”.

4) *Lo terrenal no satisface.* Por muchos bienes terrenales que tengamos, nunca bastarán. La riqueza a menudo trae miseria, jamás contentamiento. ¡Qué desatino sería pensar que lo hiciera! El espíritu es inmaterial y no se satisface con los deleites perecederos de la carne y la sangre. Los premios terrenales

que buscamos ganar son muy inferiores a la naturaleza humana. Por tanto hay que buscar mucho más allá si queremos recibir la bendición: en Dios mismo, el Padre de los espíritus.

Las posesiones que Dios nos concede son para nuestro uso, no para nuestro disfrute. Intentar sacarles algo que nunca tuvieron es inútil. Una presión suave sobre las ubres de una vaca dará una leche dulce, nutritiva y refrescante. Apretar cada vez con más fuerza, no asegura mayor cantidad de leche. Perdemos el bien de lo material al esperar demasiado de él. Los que se esfuerzan más en complacerse con lo terrenal encuentran menor satisfacción.

Todas nuestras frustraciones se evitarán fácilmente si dejamos los objetos temporales y buscamos nuestra felicidad en Cristo. Esto es lo que puedes esperar al hacerlo...

Primero, desaparece la culpa por tus pecados. La culpa es el alfiler que constantemente deshinchas nuestro gozo. Cuando Cristo te quita los pecados, también se lleva la culpa.

Segundo, se renueva y santifica tu naturaleza. La santidad es simplemente la criatura restaurada al estado de salud que Dios pretendió al crearla. ¿Cuándo está mejor un hombre que estando sano?

Tercero, eres adoptado en la familia de Dios. Seguramente esto no puede por menos de hacerte feliz: ser hijo o hija de un Rey tan grande.

Cuarto, obtienes una herencia eterna con Cristo. No podemos siquiera empezar a comprender el significado de esto en términos del gozo eterno. Nuestra actual concepción del Cielo no se parece más al Cielo real que un cuadro del sol se asemeja al Astro Rey. Pero nos podemos aferrar a la promesa de que Dios ha preparado algo para nosotros que supera a nuestros sueños más extravagantes (Is. 64:4; 1 Co. 2:9).

e) Una última palabra acerca de nuestro premio celestial
Averigua si estás dedicado a lo celestial o a lo terrenal. No puedes perseguir ambas cosas. Lo terrenal es basura que no solamente no nutre, sino que quita el apetito de lo que sí alimenta. Lo celestial no gusta a la persona corrompida por la basura. Solo cuando llegas al final de ti mismo, como el pródigo, po-

drás juzgar mejor lo celestial. Entonces sabrás que el pan es mejor que las algarrobas, y la casa de tu Padre mejor morada que la vida entre los cerdos del campo.

Si quieres el Cielo, tienes que tener a Cristo, quien es todo en todo. Y si tienes a Cristo, debes aceptar también su servicio tanto como su sacrificio. Sin santidad no hay felicidad. O todo o nada. Se puede comparar la santidad y la felicidad con las dos hermanas Lea y Raquel. Superficialmente, la felicidad —como Raquel— parece más deseable (hasta un corazón carnal se enamora de ella). Pero la santidad —como Lea— es mayor y tiene una belleza especial, aunque en esta vida parezca hallarse en cierta desventaja: con los ojos enrojecidos por el llanto del arrepentimiento y la cara surcada por el trabajo de la mortificación.

He aquí la ley del Cielo: La menor no se puede casar antes que la mayor. No podemos disfrutar de la bella Raquel —el Cielo y la felicidad— antes de abrazarnos a Lea: la santidad, con todos sus exigentes deberes de arrepentimiento y mortificación. ¿Vivirás tú por esta ley? Cásate con Cristo y su gracia, y vive entonces un aprendizaje duro en tentaciones tanto de prosperidad como de adversidad. Aguanta el calor de lo uno y el frío de lo otro. Si eres paciente, por fin se te entregará la hermana más bella. Es la única manera de ganar el premio de las cosas celestiales.

CAPÍTULO 4

Tercera consideración: Segunda exhortación a las armas

I. LA EXHORTACIÓN Y LA IMPLICACIÓN

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”
(Ef. 6:13).

En este versículo, las palabras “tomad toda la armadura de Dios” son un eco de las instrucciones del versículo 11: “Vestios de toda la armadura de Dios”. Esta repetición resalta su idea. En el versículo 12 se habla de la malicia y el poder de Satanás, y se revelan sus artimañas contra los cristianos. Ahora se hace sonar la alarma, y se les manda a estos armarse. Pero si examinamos el versículo, veremos una nueva verdad revelada.

Primero trataremos la razón que hay detrás de repetir tan pronto la exhortación; en segundo lugar, consideraremos los resultados consiguientes: 1) “para que podáis resistir en el día malo” —esto es, estar preparados para luchar—; y 2) “y habiendo acabado todo, estar firmes”: esto es, vencer.

Primera observación: Las implicaciones de una amonestación repetida

Cuando tu hijo tiene edad de cruzar la calle solo, ¿lo despidas tranquilamente recordándole que tenga cuidado? ¡Por supuesto que no! Le recuerdas una y otra vez exactamente lo que debe saber para confirmar su seguridad. Pablo conocía muy bien los peligros que acechaban a los nuevos creyentes; anhelaba

avisarlos y armarlos. De la profundidad de su convicción de que la armadura de Dios era su única esperanza, surgió la necesidad de recordarles una vez más: “¡Revestios de ella!”.

Pablo era como un obrero esmerado que fija un clavo con golpes repetidos antes de tomar el siguiente. Demasiados predicadores se parecen al carpintero que, con la prisa por terminar un trabajo, utiliza tachuelas en lugar de tornillos para fijar las patas de una silla. Sí, terminará antes, ¿pero cuánto durará la silla? Los predicadores impacientes, antes de rematar una verdad con seguridad se apresuran a exponer otra. Si fueran más sensibles a sus congregaciones, se darían cuenta de que si no le pegan en la cabeza al clavo, probablemente no tocarán la conciencia de sus oyentes. La mayoría somos espiritualmente duros de entendederas. Necesitamos que se nos encaje la verdad con martillazos repetidos.

Además, por lo general se retienen mejor las verdades más sencillas y menos adornadas con ideas añadidas. Al comprar ropa, compro más fácilmente si el vendedor me muestra una pequeña selección de artículos selectos. Si saca todo de las estanterías y me lo amontona delante, lo único que hace es confundirme, y no puedo ver nada como es debido. Conocer a fondo una verdad fundamental es mejor que oírlas todas sin comprender ninguna.

Verdades imperativas

Un predicador no debe disculparse por predicar la misma verdad una y otra vez. Pablo mismo dice: “A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro” (Fil. 3:1). Hay tres clases de verdades que se deben predicar regularmente desde el pulpito.

1. Las verdades principales o fundamentales

Estas son verdades que todos deben conocer y creer para la salvación: aquellas verdades sobre las cuales descansa todo el peso del cristianismo.

Las verdades fundamentales del evangelio son señales que nos mantienen a salvo dentro de los límites puestos por Dios.

Supongamos que tu abuelo posee unas tierras que en su momento fueron cuidadosamente examinadas. Él estuvo presente al poner las marcas y podría haberlas delimitado con los ojos vendados. Pero nunca se tomó la molestia de mostrarle a otro los mojones. Con el paso de los años estos se pudrieron, fueron removidos, o las aguas se los llevaron. Ahora tu abuelo ha muerto y te ha legado esas tierras. Pero un vecino deshonesto las reclama como suyas, y da como prueba un trigal que él mismo ha plantado allí. Descubres que la escritura y la descripción de las tierras se han perdido. Ya que tú mismo no conoces bien los límites de dichas tierras, ¿cómo te defenderás ante el juez? Probablemente terminarás por perder las tierras porque nadie te dijo nunca donde terminan las tuyas y empiezan las del vecino.

Este es el paralelismo espiritual: Toda verdad fundamental tiene algún vecino malvado (herejía) en su frontera, ansioso por sembrar mentiras en la tierra sagrada de la Palabra de Dios para engañar a los cristianos. El espíritu del error ha ganado tanto terreno a la verdad en los últimos años porque los pastores no han recorrido los límites del evangelio con su pueblo para que este conozca las verdades principales.

Además de las cosas de primera necesidad en nuestras creencias, también tenemos ciertos lujos, al igual que en nuestras casas. Los lujos son maravillosos y a menudo aumentan nuestra apreciación de lo principal, pero pierden pronto su encanto cuando nos faltan las cosas esenciales. ¿Qué placer hay en comer en loza fina si no hay comida en el plato? ¿De qué sirve una blusa de seda en invierno si no tienes abrigo?

2. Las verdades incidentales

Un predicador no solo debe predicar las verdades fundamentales, sino también aquellas que él observa que Satanás socava con mayor frecuencia. Estas suelen ser las ordenanzas de Dios que deben dictar la respuesta cristiana ante los temas controvertidos de la fe y la práctica.

Para saber qué doctrinas están siendo atacadas en su propia congregación, el pastor debe considerar y estudiar a su pueblo con la misma diligencia que a cualquier libro de su biblioteca.

Por el tono personal de las cartas de Pablo, sabemos que frecuentemente recorría los límites de la joven iglesia en busca de errores incipientes. Al descubrir que los falsos apóstoles se habían infiltrado en la iglesia en Galacia y estaban predicando de nuevo la ley, afirmó la verdad evangélica de la justificación por la fe. Cuando se enteró de las divisiones y disputas entre los corintios, ¿qué brotó de su corazón sino una exhortación sin par al amor?

Pastor, a veces tu rebaño se volverá inquieto y se quejará de que lo mantienes siempre en los mismos pastos, predicando sobre el mismo pecado. La culpa no es tuya, sino de ellos, si es que se alejan del Buen Pastor cada vez que te descuidas. ¿Quién culpa al perro por ladrar si el lobo sigue merodeando?

Si anhelas crecer y parecerte más a Cristo, no pidas un predicador que te entretenga con un tema nuevo e interesante cada domingo. En su lugar, pide un hombre de principios que predique contra el pecado y a favor de la verdad sin contemporizar, hasta que su pueblo se arrepienta y se vuelva de su mal camino.

3. Las verdades prácticas

Estas son “el pan y la sal”. No importa qué más haya en la mesa; tienen que estar presentes en cada comida. Pedro lo expresó así: “Yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis” (2 P. 1:12). Hablaba específicamente de las cosas que necesitamos saber para vivir la vida cristiana diaria.

Nunca debes cansarte de oír predicar las verdades prácticas. Cuando se pierde el gusto por la carne y la verdura y solo se quiere el postre en cada comida, sabemos que algo va mal. Es triste que nuestra época sea tan avanzada en este mal espiritual que estropea el apetito para todo lo que no sean frases melosas y doctrinas azucaradas.

Si amas a Dios, ¡jama su verdad! Recibe con gozo las doctrinas que te equipan para la tarea a la cual te llama. La fe y el arrepentimiento son doctrinas buenas para predicar y oír hasta el fin del mundo. Igual puedes discutir con Dios por haber hecho un solo camino al Cielo, que polemizar con el pastor por predicar el mensaje de la fe y el arrepentimiento una y otra vez.

Tanto los bebés en Cristo como los creyentes maduros necesitan oír esta verdad.

Si tu corazón fuera humilde y tu paladar espiritual, las antiguas verdades te serían nuevas cada vez que las oyeras. En el Cielo, los cristianos sacan todo el vino de su gozo de una sola espita: Cristo. Pero nunca les sabe agrio. Dios es el solo objeto que llena sus almas, y nunca se cansan de él. Así será por toda la eternidad. ¿Cómo podemos cansarnos en la tierra de algo que hable de Dios y de su amor?

Una vez dicho esto, quiero dejar algo claro: no estoy disculpando al siervo del evangelio perezoso que envuelve su talento en la desidia, o que lo entierra mientras él juega toda la semana. Tal pastor no tiene nada para poner delante de su gente en el día del Señor más que un par de panes mohosos que se amasaron hace años. ¡Esto no es buena mayordomía! Necesitamos oír las antiguas verdades, pero ello no significa que no debemos oír algo nuevo. Si el pastor no estudia ni ora para aumentar su tesoro de conocimiento y sabiduría, es el peor ladrón del pueblo.

Es inexcusable que alguien encargado del cuidado de un huérfano deje baldías las tierras del niño por la pereza de invertir el dinero necesario. Mucho más lo es que un predicador no mejore sus dones, que podríamos considerar las propiedades de su gente y los cuales debe invertir para el bien de las almas de ellos. ¡Ay de aquel hombre de Dios que malgasta sus días en actividades frívolas, o pasa más tiempo discurriendo la manera de llenar sus propios bolsillos que la de aumentar los dones y las virtudes de su pueblo!

Segunda observación:

La necesidad de inspeccionar y reparar las virtudes

La segunda observación en cuanto a la repetida exhortación de Pablo en Efesios 6:13 se desprende del verbo que no solo significa “tomar,” sino “volver a tomar”. Es decir, recuperar algo que se había perdido, o reanudar una actividad que se había abandonado hasta el presente.

Considerando que Pablo se dirigía principalmente a los cre-

yentes de Éfeso, podemos dar por sentado que no les estaba diciendo que se vistieran la armadura de Dios por la conversión a la fe. Eso ya lo habían hecho. En su lugar, Pablo los exhortaba a ceñir más la armadura al cuerpo del que se había soltado, y reparar los agujeros de sus virtudes.

1. Por qué tus virtudes deben hallarse en buen estado

¿Quién lleva armadura en tiempo de paz? ¡La armadura fue pensada para la batalla! No creas que simplemente por revestirte de la gracia divina huirá el adversario. No le impresionan las demostraciones de fuerza. Al contrario, el hecho de verte vestido con la armadura de Dios es como un capote rojo para Satanás. Así, pues, mostrarla no es suficiente; hay que ceñírsela firmemente en cada parte.

Satanás no te desafía a jugar a las batallas; esta guerra es a vida o muerte. Si no me crees, examina lo que hizo con los siervos de Dios en el pasado. Lanzándose furiosamente contra algún cristiano bien amado por el Señor, abolló su armadura hasta que la gracia de Dios en él fuera casi irreconocible. Esto lo hace cuando encuentra al cristiano desprevenido.

¿Recuerdas lo que le pasó a Jacob cuando aflojó el cinto de verdad y sinceridad, empleando un truco para conseguir la bendición de su padre? Sí, se hizo con la bendición, pero Labán le pagó con la misma moneda: le cambió a Lea por Raquel. ¡Piensa en el sufrimiento que se habría ahorrado si hubiera tenido puesta toda la armadura!

¿Y David? ¡Qué maltrecho quedó al quitarse la coraza de la justicia en el asunto de Urías! Recibió una herida grave, un disparo al corazón. Jonás, por su parte, cuando Dios quiso enviarlo a Nínive, no tenía puestas las sandalias. Quiero decir que le faltaba el apresto y la preparación que debía tener su mente para haber partido a la primera llamada. También tenemos al pobre Ezequías: le quitaron de un golpe el yelmo de la esperanza y se lo abollaron tanto que clamó: “No veré a *JAH*, a *JAH* en la tierra de los vivientes” (Is. 38:11). Hasta Abraham tuvo momentos de incredulidad y dudas que se colaban por algunos puntos oxidados de sus virtudes.

Esta guerra es un holocausto espiritual: o destruyes el poder

de Satanás en tu vida vistiendo toda la armadura de Dios y manteniéndola puesta, o Satanás te destruirá a ti. Los grandes cristianos de todas las épocas se han visto probados en los fuegos de la tentación. Todos han salido chamuscados cuando Satanás encontró la rendija más mínima en sus virtudes. No pases por alto esta verdad que la historia ha demostrado repetidas veces.

Satanás te acechará y, tarde o temprano, te pillará con esta o aquella virtud abandonada de momento. Entonces atacará. En esa hora de batalla intensa te hará falta toda tu resolución para reparar tu armadura, ¡y al momento! No te rindas; Cristo es un gran artífice y puede renovar todo lo roto en ti.

2. Quién resulta ofendido cuando tu virtud disminuye

Cuando tu virtud mengua, los efectos negativos van mucho más allá de tu propia situación, pues llegan hasta Dios mismo. Examinemos las consecuencias graves de descuidar tu bienestar espiritual.

a) Deshonras a Dios

El honor de Dios depende más de las virtudes de sus hijos que de otra cosa. Los pecados flagrantes del mundo no le deshonran tanto como la conducta negligente de un cristiano. Cuando los mundanos utilizan el talento que Dios les dio para aumentar sus riquezas, solo le roban su aceite, su lino y su lana. Pero cuando el cristiano abusa o descuida su virtud, ¡le quita gloria a Dios! Dejar que la gloria de Dios se escape por los agujeros de tus virtudes es muy grave. Demuestra un desprecio total hacia su voluntad. Él quiere que tus actitudes y acciones aumenten su gloria, no que la disminuyan.

Supongamos que alguien confía a un amigo su dinero, y a otro su hijo. ¿Qué le dolería más: que le malgastaran el dinero o que dañaran y descuidaran a su hijo? La virtud es como un hijo de Dios en ti, la nueva criatura en Cristo. Cuando le sobreviene algún daño por causa de tu negligencia, esto le llega más al corazón a Dios que cuando le deshonra un pecador, porque nunca le confió a aquel el don precioso que te entregó a ti.

b) Deshonras a otros creyentes

Al ser negligente en reparar tu armadura rota. Cuando el cuerpo físico enferma en alguna de sus partes, las demás se ven afectadas. Este mismo principio actúa en el cuerpo espiritual (1 Co. 12:26). Si hacemos caso omiso de los mandamientos de Dios (y esto siempre da lugar a una disminución de la virtud) demostramos nuestra indiferencia hacia todo el cuerpo de los creyentes. Se nos manda “que nos amemos unos a otros” (2 Jn. 5). ¿Cómo demostramos la obediencia a este mandamiento? Juan lo dice en el siguiente versículo: “Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos” (v. 6). Hay una relación causa/efecto entre la virtud y el pecado: donde disminuye la primera, el último aumenta inevitablemente.

c) Te deshonras a ti mismo

Cuando ves que la bendición de Dios en ti va a peor, pero no haces nada para frenar el proceso, sufrirás por tu negligencia. Un cristiano en declive es siempre un cristiano en duda. Tu virtud es como un árbol: mientras esté sano, no dejará de crecer; pero si empieza a secarse, sabes que algo va muy mal. Satanás está pronto para reconocer las primeras señales de una fe muerta. Tu condición debilitada te hace muy susceptible a sus mentiras.

Te dirá lo siguiente: “Si fueras realmente cristiano, estarías creciendo. Los verdaderos creyentes van de poder en poder, pero tú... ¡tú vas de poder en debilidad! Dices ser salvo, ¿entonces por qué estás más lejos de Dios que en el día de tu supuesta salvación?”. Las mentiras de Satanás contienen cierto elemento de verdad: cuando tus virtudes declinan, sí que te sientes alejado de Dios y del Cielo; sí que empiezas a dudar de tu salvación.

Imagina que te encargaras de unas tierras por tener la custodia de un niño, y que en caso de su muerte estas tierras te hubieran de ser quitadas. No me cabe duda de que cuidarías muy bien del niño. No lo perderías de vista, y un dolor de cabeza te haría correr al médico. El único derecho que tenemos a nuestras posesiones celestiales es el hijo de la gracia que viene para morar en nosotros al recibir a Cristo como Señor y Salvador.

Entonces, cuando este “hijo de la gracia” enferma o se debilita, debemos utilizar todos los medios para sanarlo.

Si el favor de Dios en ti está debilitado, tendrás poco gozo en la vida presente o futura. Un enfermo crónico no siente placer en lo que hace: la comida le resulta insulsa; duerme mal; no tiene fuerzas para trabajar ni distraerse. Si la imagen de Cristo en ti se ha deslucido, eres un enfermo crónico. No saborearás la dulzura de la promesa, ni gozarás de descanso alguno en él. Cojearás dolorido en cada deber, preguntándote si tienes fuerzas para cumplirlo. Todo el tiempo tu corazón desconsolado clamará bajo la pesada carga que le impones.

¡Qué triste es que nuestra propia negligencia a menudo le dé ventaja a Satanás! Por la complacencia espiritual le ponemos la vara en la mano y un argumento en su boca para cuestionar nuestra salvación. ¡Pero qué dulce es la promesa hecha a nuestra fe cuando está activa y vigorosa! ¡Qué fácil resulta el yugo cuando el cristiano no se halla escocido por la culpa, ni debilitado por la virtud en declive! Cuando tu relación con Cristo va bien, tú y tus hermanos en el Señor os beneficiáis por igual, y tu Padre celestial se glorifica.

3. Cómo saber si tu virtud declina

Demostradas las razones por que el cristiano debe esforzarse en restaurar sus virtudes decadentes, será apropiado aconsejarle para la detección temprana de este desorden espiritual. Como en la mayoría de las enfermedades, cuanto antes se aísle la causa, antes se podrá curar.

a) Síntomas falsos o engañosos

Antes de llegar a la causa raíz, primero te aviso acerca de algunos síntomas falsos que pueden hacerte creer erróneamente que tu virtud está en declive.

1) *Una convicción de pecado en aumento.* Creyente, no pienses necesariamente que tu virtud se ha debilitado porque tu convicción de pecado personal es más fuerte que antes. Este error común, a menudo causa grandes molestias al cristiano. De repente el santo está terriblemente consciente del orgullo o la hipocresía, o de alguna otra corrupción que parece brotar

como una mancha horrenda en su propia naturaleza. Le horroriza ver su propio pecado. Satanás entonces le carga de culpa, y pronto el cristiano se siente casi abrumado por el dolor y el remordimiento.

Si este es tu caso, déjame preguntarte algo: ¿No es muy posible que el pecado que ahora te pesa lleve años en ti, y antes nunca lo habías notado? De ser así, regocíjate porque tu gracia no se desvanece, sino que florece y ahoga algunos hierbajos perennes que Satanás puede haber sembrado hace tiempo. Si sigues acongojado, afirmate al saber que el pecado no puede vencer a aquel cuyo horror ante su presencia va en aumento (cuidado con emplear esto como excusa para los pecados nuevos, sé sincero contigo mismo y con Dios).

Nadie está tan lleno de remordimiento ante el menor pecado como los que crecen en su amor por Cristo. A medida que pasa el invierno y se acerca la primavera, el sol se hace más fuerte y derrite la escarcha más temprano cada día. Una señal segura del aumento del amor de Cristo en tu corazón es que el pecado no puede permanecer mucho tiempo antes de derretirse con pena y arrepentimiento verdaderos. El alma deteriorada es aquella en que los pecados permanecen congelados y endurecidos, con poca tristeza aparente por ellos.

2) *Disminución del consuelo*. La gracia puede estar obrando en ti cuando menos sientes su presencia. ¿Cuándo triunfó más la fe que en el momento en que el Salvador clamó con total desesperación: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mr. 15:34). Aquí la fe estaba en su apogeo, aunque para el gozo era un mal momento. Tal vez acabas de hacer algo por obediencia y vuelves a casa sin las gavillas de gozo que sueles recoger después de trabajar en los campos del Padre. No creas por ello que algo ha estado mal en tu trabajo. Los sentimientos no siempre son una medida exacta de tu estado espiritual.

El consuelo no es esencial en el cumplimiento del deber; se trata de una gratificación que Dios puede dar o no dar. Lo bien que hayas desempeñado el cargo que él te encomendó no tiene nada que ver. Un viajero puede ir tan rápido y llegar tan lejos con tiempo nublado como con un sol radiante. De hecho, a ve-

ces irá más rápido con nubes: el calor del sol puede darle sueño y hacer que se pare a descansar; pero con frío y oscuridad espoleará su caballo y llegará antes a su destino. Algunas virtudes, como algunas flores, crecen mejor a la sombra: la perseverancia, la humildad y la dependencia de Dios, por ejemplo.

3) *Aumento de la tentación.* Si oyes decir a alguien que está débil porque no puede correr tan rápido hoy cargando con 50 kg como corría ayer sin ellos, pronto le dirás que se ha equivocado. Pero tú puedes cometer el mismo error en cuanto a la tentación. Esta no siempre supone la misma carga para la conciencia.

Puedes vencer una tentación con poco esfuerzo consciente, mientras que otra te oprime día y noche. Es fácil desalentarse y llegar a la conclusión de que eres perezoso o insincero. Pero la gracia puede estar actuando más fuertemente en ti mientras lucha contra esta tentación obcecada, que cuando vence una menor. Un barco con poca carga y navegando viento en popa vuela sobre las aguas. El mismo barco, en cambio, con carga pesada y luchando contra el viento, casi no se mueve. Pero la tripulación tendrá que utilizar todas sus energías en esta última situación, mientras en la primera la mitad de los hombres podrá retirarse a descansar.

b) Síntomas genuinos de la virtud en declive

1) *Negligencia ante la tentación.* ¿Se ha vuelto tu conciencia tan descuidada y adormilada que prestas poca atención a las redes del diablo? A David le dolió el corazón solo por cortar el manto de Saúl. Pero más tarde no parece haber sentido ningún escrúpulo al mirar a Betsabé con el corazón lleno de lujuria. El hecho de que fuera tan fácilmente llevado por Satanás de un pecado horrendo a otro, demuestra que la piedad de David se había dormido y que su corazón era menos consagrado que antes. Cuando la conciencia se hace insensible ante la tentación, la gracia se halla en estado crítico.

Si tu conciencia está alerta a la tentación pero no tiene ánimo para luchar contra ella, tus virtudes aún deben considerarse muy enfermas. Si permitimos que la tentación merodee por las fronteras de nuestra conciencia, ello demuestra que somos

malos guardianes de nuestra piedad. Si no tomas las armas contra tu enemigo y buscas la liberación de Dios con fervor, puedes estar seguro de que la concupiscencia pronto obtendrá ventaja sobre la gracia.

Sin embargo, el hecho de poder resistir la tentación no significa que la gracia de Dios sea muy fuerte en ti. Por si te vuelves autosatisfecho, pregúntate por qué resistes la trampa del diablo. Tal vez recuerdes una época en que tu amor por Cristo habría echado fuego contra Satanás por tentarte a pecar. Pero ahora ese fuego santo está tan cerca de apagarse que lo único que evita que peques es un motivo mezquino. Si solamente te importa tu reputación, por ejemplo, y te importa poco o nada la de Dios, tu virtud está muy débil. A fin de cuentas él es el más ofendido por tu pecado. Cada acto de gracia debe ser una piedra del monumento a su gloria, o se volverá en piedra de tropiezo.

2) *Distracción durante el culto y el servicio.* Tal vez en cierta época tu corazón respondía de buen grado al Espíritu Santo cuando te llamaba a buscar el rostro de Dios: “Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Sal. 27:8). Anhelabas tanto la llegada del culto como el pecador anhela que este se acabe. Atesorabas el tiempo a solas con tu Padre celestial. El hambre y la sed de justicia son señal de salud, porque un alma hambrienta es alma sana. Por otra parte, el alma que no clame constantemente a Dios por alimento espiritual se debilitará día a día.

Los que más comunión tienen con Dios saben mejor servirle. Un capitán solo puede dirigir a sus soldados si estos están cerca para poder oír su voz. Tus frecuentes retiros para tener comunión con Dios aseguran que lo oirás cuando hable, y así recibirás las órdenes directamente de él. No es la frecuencia sino la espiritualidad del servicio lo que hace crecer la gracia en el cristiano. Ocuparse haciendo algo para el Señor no basta; hay que estar seguro de que la obra lleva el sello de la fe, el celo y el amor. Si te encuentras haciendo las tareas espirituales como hábito en lugar de por amor, es hora de reparar tu armadura.

¿Sigue tu corazón recibiendo las mismas porciones generosas de alimento espiritual cuando estás en comunión con Dios?

Esa comunión debe fortalecer tanto tu fe como tu obediencia. ¿O quizá escuchas y oras, pero sin encontrar ya la fuerza para cumplir con una promesa o vencer la tentación? ¡Deshonras a Dios cuando bajas del monte de la comunión y rompes las tablas de su ley en cuanto te alejas! No encontrar la fe y la fuerza renovadas en la comunión con él es señal segura del declive espiritual.

3) *Una actitud obsesiva en cuanto al trabajo.* Qué fácil es dejar que las responsabilidades de trabajo y familia nos dejen menos espirituales que antes. Si lo permitimos, los afanes de este mundo nos seguirán al lugar de oración y se pegarán al alma, dando un olor rancio y mundano a nuestras oraciones y meditación.

Una manera como nos oprimen los afanes de este mundo es dándoles demasiada importancia a los bienes mundanos. Tal vez trabajas duro sin recibir mucha remuneración, o predicas sin obtener reconocimiento. Cuando te convertiste a Cristo, lo único que te importaba era conocerle mejor. Los bienes y el rango no eran nada para ti, y las desilusiones de la vida te unían más a Dios. Pero ahora este anhelo de tu corazón por los tesoros y la estima del mundo te atosiga sin misericordia. ¡Necesitas urgentemente que se te restaure la gracia! Si laboraras menos para mejorar tu estado mundano y oraras más para mejorar la calidad de tus dones espirituales, pronto encontrarías paz en tu alma en cuanto a la providencia de Dios.

4. Cómo recuperar la virtud decadente

La armadura del cristiano se daña de dos maneras. Primero, por el asalto violento: cuando la tentación al pecado te vence. Segundo, por negligencia: cuando dejas de cumplir con aquellos deberes que, como el aceite, mantienen pulida y brillante tu armadura. Busca la causa; es probable que sea por ambas cosas.

a) Cómo recuperarte del pecado

1) *Renueva el arrepentimiento.* Este es el consejo de Cristo a la iglesia en Efeso: “Arrepiéntete, y haz las primeras obras” (Ap. 2:5). En esencia, le dice: “Arrepiéntete para que puedas

volver a las primeras obras”. Se promete sanidad al alma arrepentida (Os. 14:2-4); por tanto, examina tu corazón con la diligencia que emplearías en tu casa si sospecharas la presencia de un asesino oculto, esperando la noche para matarte. Cuando hayas encontrado el pecado culpable, llena tu corazón de vergüenza e indignación por ello. Déjalo ante el Señor mediante confesión quebrantada.

2) *Reafirma tu fe.* Una vez renovado el arrepentimiento, renueva tu fe en la promesa de Dios en cuanto al perdón (1 Jn. 1:9). El arrepentimiento es un purgante para la tendencia al pecado; la fe un tónico que restaura la fuerza. Aun si tu carácter santo se ha gastado casi del todo, la fe puede restaurar su fuerza rápidamente. La fe te infunde la paz de la promesa, llamada la “paz en el creer” (Ro. 15:13). De la paz fluye el gozo, y el gozo, según la Palabra da fuerza: “El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10).

3) *Renuncia a tus deseos pecaminosos.* Una vez arrepentido, y reclamada la promesa del perdón de Dios, respalda tus acciones desarraigando el pecado allí donde asome. Donde hay mucha maleza las flores mueren. La gracia que no crece con vigor ni florece en profusión está siendo ahogada por un deseo contrario. ¡Sabes bien lo fuertes que son tus malos deseos! Si no los mortificas a diario por el Espíritu, brotan de la noche a la mañana. Corta de raíz todo pecado con el hacha de la mortificación. Verás cómo Dios bendice y mejora el carácter de tu virtud.

b) Cómo recuperarte de la negligencia

Cuando la armadura divina que cubre tu alma está oxidada por el desuso, en lugar de haberse manchado por el pecado voluntario, sigue las instrucciones de Dios para reforzar la gracia. Si un fuego se apaga por falta de leña, la única solución es ponerle más. Igual pasa con la virtud: si disminuye por abandono de los deberes cristianos, hay que restaurar aquellos deberes que la inflamaron en un principio. Te encargo cuatro deberes principales:

1) *Lee la Biblia.* Tal vez dirás: “¡Pero si leo la Palabra!”. Pues, entonces, léela más. La Palabra te muestra un retrato per-

fecto del objeto de tu afecto; esto es, de Cristo. Igual que el corazón del joven salta al ver a su amada, tus dones espirituales cobran vida al mirar a Cristo, quien te amó y dio su vida por ti. A la vez, cuando consideras el precio que Cristo pagó por tus pecados, ello debería causarte una pena santa y un odio al pecado.

2) *Medita*. La meditación es para la virtud como el fuelle para el fuego: aviva el alma cansada con nuevos pensamientos de Dios. Mientras meditas, un fuego santo arderá en tu corazón. Decídetes a dedicar tiempo cada día a pensar en lo que ha pasado entre Dios y tú.

Primero piensa en las misericordias que has recibido del Señor. No seas como Pilatos, que planteó una pregunta sin esperar respuesta (Jn. 18:38). Quédate hasta recibir un informe completo del trato de Dios contigo, y encontrarás que el recuerdo de las misericordias nuevas y antiguas inunda tu alma. Meditar frecuentemente en la magnitud de la bondad divina nos enseña a regocijarnos hasta en la prueba, porque el poco mal que nos toca se ahoga en el mar de la abundante misericordia de Dios hacia nosotros.

Y segundo, reflexiona acerca de ti mismo y tu comportamiento. ¿Cómo ha sido este para con Dios y los demás a lo largo del día? Pregúntate: “¿Alma, dónde has estado? ¿Qué has hecho para Dios, y de qué manera?”. En ese análisis no te excuses ni te compadezcas, porque al final Dios te juzgará con toda justicia.

3) *Ora*. Un alma sumida en la meditación va camino de la oración. Los dos deberes se unen para llevar al alma a la estrecha comunión con Dios. La meditación coloca la leña, pero la chispa que la enciende viene de lo alto, traída por la oración. ¿Cómo arderá tu alma con el amor de Dios si nunca te acercas lo bastante para captar esa chispa divina? Igual que con tu amor así pasa con tu fe, tu gozo, tu paciencia y todas las demás virtudes.

Los astrónomos dicen que los planetas ejercen mayor influencia cuando están en conjunción con el sol. En lo espiritual, las virtudes del cristiano funcionan con mayor perfección cuando se alinean con la oración, porque así entran en comunión es-

trecha con Dios. A menudo, en los Salmos (p. ej. en el Salmo 56), vemos una nube negra en el alma de David cuando este comienza a orar. Pero antes de que termine de hablar con el Padre, ¡su alma ha alcanzado nuevas alturas de fe y grandes cotas de alabanza!

4) *Busca la compañía de otros cristianos.* No nos sorprende oír que una casa ha sido saqueada si estaba a varios kilómetros de su vecino más cercano. Cuando guardas las distancias con los cristianos, Satanás te puede sabotear fácilmente. Pero si andas en compañía, tienes la protección añadida de sus virtudes, que te rodean y sirven en la prueba. El apóstol unce dos deberes al mismo arado: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza [...]. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos” (He. 10:23-25). Cuando dejas la comunión de los santos, te acercas peligrosamente a la apostasía. No olvides lo que le pasó a Demas. Pablo dijo de él: “Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Ti. 4:10).

II. RAZONES PARA LA EXHORTACIÓN

Pablo continúa su exhortación dando una doble razón para revestirse de la armadura de Dios: “Para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Ef. 6:13). La primera razón tiene que ver con la hora de la batalla —“en el día malo”—, la segunda con los requisitos para la victoria gloriosa, que es segura si nos vestimos debidamente para el conflicto.

Primera razón: La hora de la batalla

¿Que es este día malo que menciona Pablo? Los eruditos bíblicos lo han considerado cuidadosamente. Algunos entienden que el mismo abarca toda la vida del cristiano en la tierra. Según esta interpretación, la exhortación dice algo así: “Hay que cubrirse con toda la armadura de Dios para perseverar hasta el final de la vida, lo que significa un día tras otro de pruebas y tribulaciones”. Jacob testificó de esta actitud al revisar su vida: “Pocos y malos

Segunda exhortación a las armas

han sido los días de los años de mi vida” (Gn. 47:9). Para algunos parece que no haya día de sol sin que llueva antes de la noche. Cada día tiene su mal; ¡no necesitamos tomar prestadas las penas de mañana para completar la carga de hoy!

La Palabra nos habla del pan de cada día; también de la cruz diaria, que se nos manda tomar, no hacernos (Lc. 9:23). No se refiere a las cruces que nos fabricamos nosotros mismos. Dios, en su providencia, siempre nos dará una cruz que él mismo haya escogido para nosotros; la cual, aunque se nos manda explícitamente tomarla, nunca se nos dice que la soltemos. Nuestras vidas y nuestras pruebas son igual de largas.

Se ha hablado mucho acerca del lamento de Job en su prueba. Pero escucha lo que dice en cuanto a su anterior prosperidad: “No he tenido paz, no me aseguré, ni estuve reposado; no obstante me vino turbación” (Job 3:26). Aun en su blanda cama Job daba vueltas, incapaz de dormir bajo la carga de un espíritu oprimido. Nos dice por experiencia que los mayores premios de la tierra no sacian el anhelo del alma. Como creyentes, hasta los tiempos mejores son una cruz porque nos alejan de la corona. Cada día que pasamos en este mundo malo es un día menos en la presencia de Cristo.

El único consuelo que tenemos es que este mal es corto. Nuestra vida, a fin de cuentas, es un *día* malo. Unos cuantos pasos y estaremos fuera de la tormenta. En este aspecto, hay un abismo cada vez mayor entre el creyente y el pecador. Son como dos viajeros que cabalgan por el mismo país en direcciones opuestas y se ven sumidos en una tormenta. Sin embargo, el cristiano se aleja de ella y pronto no le lloverá: a la muerte tendrá un buen tiempo eterno. Pero el pecador se acerca al ojo de la tormenta. Mientras más avanza, peor le va. A lo que se enfrenta en la tierra es a un chubasco, en comparación con la tempestad que le sobrevendrá cuando le llegue la muerte. La inundación de la ira de Dios tendrá lugar en el Infierno, tanto desde lo alto, de su justo furor, como desde lo profundo, de la conciencia acusadora y atormentada del propio pecador.

Otra explicación del término “el día malo” es que no abarca toda la vida, sino aquella época especialmente cargada de sufrimientos. Aunque ciertamente toda la vida es mala en compara-

ción con el éxtasis del Cielo, una parte de la vida puede considerarse buena, y la otra mala. La tierra es un punto medio entre el Cielo y el Infierno, y participa de ambos. Subimos y bajamos antes de llegar al final del viaje, e inevitablemente encontramos los pantanos más profundos cerca de nuestro destino —esto es, la muerte—, hacia el cual corren todos los problemas de la vida como los arroyos al gran río. Siendo la muerte la suma del mal, considero que a esto se refería Pablo con la expresión “el día malo”.

1. Naturaleza y características del mal y del “día malo”

Para discernir lo que Pablo quería decir, primero debemos comprender en qué sentido la aflicción es un mal, y en qué sentido no lo es. Ya que Dios mismo se atribuye el haber concebido el “mal” de la aflicción, esta no puede ser ni moral ni intrínsecamente mala. El Señor mismo declaró: “He aquí, yo pienso contra esta familia un mal” (Mi. 2:3). Y en Amos leemos que no había calamidad en la ciudad que Dios no hiciera (Am. 3:6).

Si la aflicción fuera intrínsecamente mala, entonces no debería ser nunca objeto de nuestro deseo, como a veces puede serlo. La aflicción es capaz de adoptar la forma de persecución, por ejemplo. En este caso, cuando tenemos que decidir entre desobedecer a Dios o padecer persecución, hay que escoger lo último. Cuando llega la prueba, debemos someternos a la mayor aflicción en lugar de al pecado menor. Moisés escogió la persecución junto con el pueblo de Dios en vez de “gozar de los deleites temporales del pecado” (He. 11:25-27).

Otra clase de aflicción es la tentación, ¡que según Santiago es causa de regocijo! (Stg. 1:12). ¿Cómo podríamos “tener por sumo gozo” el caer en algo moral e intrínsecamente malo?

Si el término “mal” aplicado al día de la aflicción no significa pecado ni mal moral, ¿qué significa entonces? ¿En qué aspecto se puede llamar malo al día de la aflicción para los cristianos?

a) En ese día nos abandona el gozo

La aflicción es un mal en el sentido de que nos roba el gozo. Como una medicina amarga, la aflicción tiene un efecto desagradable sobre los sentidos. Por tanto, Salomón, al hablar de

Segunda exhortación a las armas

los días de enfermedad, los declara tan desagradables que diremos: “No tengo en ellos contentamiento” (Ecl. 12:1). El gozo natural es una flor que abunda bajo el sol de la prosperidad y se marchita al ocultarse este tras la nube de la prueba.

Sin embargo, los cristianos pueden tener su mayor porción de gozo en la aflicción, porque la fuente de su gozo no está en ellos mismos. Dios lo envía, o serían tan desdichados como los demás cuando vienen los problemas. El hecho de que brote el consuelo a partir de la aflicción no es más natural que encontrar uvas en los espinos o maná en el desierto. Pero Dios escoge ese momento para resaltar más la omnipotencia de su amor. Cuando Elías desafió a los profetas de Baal, primero remojó la leña y el sacrificio con agua, y se llenó la zanja hasta los bordes. Entonces oró y bajó fuego del cielo para consumirlo. De manera parecida, Dios puede permitir que un diluvio de aflicciones inunde a sus hijos; entonces enciende aquel gozo interno en su seno consumiendo todas sus penas. Las mismas aguas de la aflicción añaden dulzura a su gozo espiritual. Pero Dios es bueno, y la aflicción es mala.

b) En ese día nos acordamos de pecados pasados

El día de la aflicción trae recuerdos desapacibles de los pecados de nuestra vida. Los pecados antiguos enterrados hace años en la tumba del olvido vuelven a perseguirnos. Sus fantasmas se pasean por la conciencia e igual que la noche aumenta nuestro temor de lo invisible, la aproximación de la muerte incrementa el terror de los pecados que recordamos. Nunca les pareció tan terrible a los patriarcas su pecado como cuando vino sobre ellos la desgracia (Gn. 42:21).

c) En ese día se revela el pecado presente

La aflicción remueve las aguas del alma. Si hay hez de pecado en el fondo, subirá a la superficie. La agitación de la aflicción remueve la capa de pintura del hipócrita, lo cual puede ser la razón de la prueba. Algunos pierden la fe ante la persecución; otros “maldecirán a su rey y a su Dios” (Is. 8:21). Un corazón falso no puede pensar bien del Dios que lo aflige. Pero aun cuando alguien parece lleno de la gracia divina, la aflicción

puede revelar que la corrupción es más fuerte y la gracia más débil de lo que se pensaba. Pedro es un ejemplo, cuando salió tan valientemente de la barca al agua, para empezar a hundirse. Al instante vio en su corazón más incredulidad de la que suponía.

Las aflicciones duras son para el alma lo que una lluvia fuerte es para una casa. No notamos las goteras del techo hasta oír caer las gotas y ver los charcos en el suelo. Cuando la tribulación oprime tu alma, pronto revela los puntos débiles de tus virtudes. Por eso ninguno es más compasivo y humilde hacia otras almas doloridas que aquel que mejor conoce la aflicción: ha recibido tantos golpes que mantiene las velas de la autoestima plegadas, y se muestra más pronto a compadecer que a condenar a sus compañeros débiles.

d) En ese día Satanás llega para tentarte

Lo que Marcos llamó “la tribulación” (Mr. 4:17), lo llamó Lucas “el tiempo de la prueba” (Lc. 8:13). Se reúnen ambas cosas: pocas veces Dios nos aflige sin que Satanás añada la tentación en el desierto. Los sufrimientos de Cristo a mano de los hombres y la tentación diabólica llegaron juntos. “Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas” (Lc. 22:53), dijo Jesús a los sacerdotes y ancianos. Esaú, que odiaba a su hermano por causa de la bendición, dijo en su corazón: “Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob” (Gn. 27:41). Los tiempos de aflicción son días de luto; Satanás los espera para hacernos daño.

e) Es el día de la prueba

El refrán dice: “A buen fin no hay mal principio”. Aunque el día de la aflicción sea duro, los cristianos sinceros siempre sacan provecho del mismo. La vara de corrección divina da frutos apacibles de justicia. Sin embargo, en los malos, el resultado es malo. El día de aflicción los deja más impenitentes, endurecidos en el pecado e infames en sus prácticas impías. Cada plaga de Egipto añadió a la plaga de dureza de corazón del faraón. A muchos no los purgan sino que los envenenan sus aflicciones. Aunque puede que la aflicción pase, el veneno perma-

nece y brota en peores pecados que antes. Cada aflicción del malo produce otra aflicción mayor, hasta que llega la mayor de todas: el pecador se encuentra en el Infierno, donde se reúnen todas sus aflicciones por toda la eternidad.

2. La certeza del día malo

No podemos evitar la hora oscura que se nos viene encima, como tampoco podemos frenar la puesta del sol a su hora. “No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen las armas en tal guerra” (Ec. 8:8). Al acudir a filas en la guerra activa, uno puede ser excusado por la edad o la debilidad física. O bien puede intentar sobornar a un oficial o conseguir que otro ocupe su puesto. Pero en esta guerra personal con la muerte, las reglas son tan estrictas que no hay escapatoria: debemos salir a combatir en persona y mirar cara a cara al enemigo.

Algunos viven como si no pensarán morir nunca. Otros son tan necios que dicen haber pactado con la muerte y el Infierno. Cuando la peste recorra las calles ellos esperan ser salvados. Por ahora, como deudores que han pagado al cobrador, pisan fuerte y no temen el arresto. Pero Dios les dice: “Será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no será firme” (Is. 28:18).

En cuanto al día de la muerte, hay una ley divina que entró en vigor con el primer pecado de Adán, aquel cuchillo fatal en la garganta de la humanidad. Dios, para evitar cualquier escapatoria, ha sembrado la semilla de la muerte en nuestra misma naturaleza; antes escapamos de nosotros mismos que de la muerte. No necesitamos a ningún leñador para talarnos. Hay en el árbol un gusano que crece de su misma sustancia y lo destruirá; hay en nosotros ciertas debilidades naturales que nos reducirán a polvo. La muerte se unió a nosotros en nuestra concepción. Igual que una mujer no puede frenar el parto, consecuencia natural de haber concebido, así no se puede evitar la muerte que impregna la vida. Cada dolor físico que sufres es un gemido de tu naturaleza moribunda, que te avisa de la proximidad de la muerte.

Dios le debe algo tanto al primer Adán como al segundo. Al

primero le debe la paga de su pecado; al segundo, el premio por su sufrimiento. Ambos recibirán su paga en el otro mundo. A no ser que llegue la muerte para llevar allá al hombre, los malos (la posteridad del primer Adán) perderían la paga completa de su pecado. Tampoco los cristianos (la simiente de Cristo) pueden recibir el beneficio entero de la sangre de Jesús hasta dejar este cuerpo terrenal. Antes de la fundación del mundo, Dios le prometió al Hijo que su sangre derramada compraría la vida eterna para todos los que confiaran en él. Por eso Dios ha asegurado el día de la muerte: con él borra ambas deudas.

3. Necesidad de la armadura para resistir en el día malo
Ya que la muerte es inevitable para todos, nos conviene, ante todo, prepararnos para el día malo en cuanto al *deber*. Tu fiel lealtad a Dios es lo que te mantiene seguro. Supongamos que un súbdito encargado del cuidado del castillo de su príncipe supiera de la llegada de un poderoso enemigo para sitiar dicho castillo, pero no tomara precauciones a fin de reunir armas y provisiones para su defensa, y el castillo fuera tomado. ¿Cómo absolverlo de traición? ¿No traicionó a su príncipe por negligencia?

El alma es un castillo que hay que guardar para Dios. Él nos ha avisado de que Satanás le pondrá sitio. Al momento en que este piensa venir con todos sus poderes tenebrosos se le llama “el día malo”. Para ser fieles al encargo divino, debemos planear la defensa, y equiparnos con el objeto de resistir vigorosamente. Si malgastáramos aquellas ayudas que el Señor nos proporciona para el día malo, ello supondría una ingratitud vergonzosa para con nuestro Dios.

¿Qué dirías de un prisionero a quien le enviaran dinero para comprar su libertad y se lo gastara divirtiéndose en la cárcel? En esencia, esto hacemos cuando tomamos los talentos que Dios espera que utilicemos a fin de prepararnos para la muerte, y los entregamos a nuestros deseos. ¿Qué provecho encontraremos en la Biblia o en los pastores, si no los utilizamos para equiparnos con la armadura de Dios?

En una palabra, ¿por qué alarga Dios nuestros días entre los vivos? ¿Para darnos tiempo de solazarnos en los placeres vanos

Segunda exhortación a las armas

del mundo? ¿Debemos perseguir las riquezas y honras mundanas como si fueran mariposas? No puede ser: los amos sabios no dan a sus siervos tareas que no valen ni las velas que queman al desempeñarlas. Nada menos que glorificar a Dios y salvar finalmente nuestras almas puede valer el tiempo precioso de que disponemos aquí.

El gran Dios tiene una meta más alta de la que se imagina la mayoría. Para comprenderlo, lee la interpretación que hace él mismo de sus propios actos. Pedro nos exhorta: “Tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (2 P. 3:15). Y Pablo lo dice así: “¿O menosprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Ro. 2:4). Ambos versículos nos enseñan lo que hay en la mente de Dios: él nos habla con cada momento y cada milímetro de paciencia que nos concede. Ya que es la misericordia de Dios la que nos da cada día que pasamos en la tierra, esto nos impone una fuerte obligación de invertir cada momento sabiamente.

Segundo, hemos de prepararnos para el día malo en *sabiduría*. Un hombre prudente utiliza la mayor parte de su energía en lo que más le importa. Solo los necios y los niños se fijan en juguetes y naderías: se esfuerzan tanto en hacer una casa de naipes como Salomón en construir el templo. Tal es la importancia del día malo —especialmente el de la muerte—, que el hombre demuestra ser sabio o necio en su preparación para el mismo. Si los consejos y proyectos perseguidos nos preparan para una muerte feliz, probaremos ser realmente sabios. Pero si, después de todos nuestros esfuerzos sinceros y planes en cuanto a otras cosas, no estamos listos para esa hora, al final nos revelaremos como unos necios.

Quienquiera que seas y cualquiera que fuere tu motivo para gloriarte —aunque parezcas el más santo de la tierra—, sabe que no hay salvación del diluvio de la muerte fuera de Cristo. Aferrarte al arca por fuera con una profesión de fe falsa no te salvará. Imagínate cómo correrían los contemporáneos de Noé para salvar sus vidas, algunos a una colina y otros a un árbol alto; pero las olas los persiguieron hasta que por fin el Diluvio los barrió. Así será tu final si te vuelves hacia otra ayuda que

no sea Cristo. Pero el arca te espera, se acerca a tu puerta para recibirte. Noé no extendió la mano con más anhelo para recibir a la paloma, que Cristo para recibir a aquellos que huyen a él en busca de refugio.

Pregúntale solemnemente a tu alma: “¿Has provisto para ese día malo? ¿Puedes pasarte sin lo que aquel día te quitará y dar la bienvenida a lo que seguramente traerá consigo?”. La muerte viene para llevarse todos tus placeres carnales y presentarte la factura por los mismos. ¿Eres capaz de decir adiós a los primeros y, con paz y confianza, leer lo que dice la segunda? Piensa bien la respuesta que le darás a Dios cuando aparezcas delante de él. ¿Qué le dirás cuando te pregunte: “¿Por qué no debo dictar sentencia de condenación eterna contra ti?”. No dudes ni por un instante que el Día del Juicio vendrá.

4. Instrucciones para prepararse para el “día malo”

¿Eres lo bastante sabio como para prepararte para el día en que comparezcas ante Dios? ¿Te gustaría vivir ahora sin el miedo terrible a aquel día? Entonces sigue estas instrucciones...

a) Establece una relación de pacto con Cristo

No puedes esperar afrontar la muerte sin temor a no ser que estés seguro de que Cristo te reclamará como suyo. Los herederos del Cielo tienen un pacto con Dios. ¿Cómo entras en esta relación de pacto? ¡Rompiendo el pacto con el pecado! Eres por naturaleza siervo del pecado y de Satanás mediante pacto. Si alguna vez vas a entrar en un pacto nuevo con Dios, tendrás que romper el antiguo. Un pacto con el Cielo y otro con el Infierno no pueden coexistir.

b) Únete a Cristo

Dios concede el pacto de la gracia únicamente a la esposa de Cristo. Rebeca no recibió las alhajas y los vestidos costosos hasta haber prometido ser la esposa de Isaac (Gn. 24:53). “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Cuando recibes a Cristo también recibes las promesas: el que posee el árbol tiene derecho a su fruto. Asegúrate de que se halle en

Segunda exhortación a las armas

ti aquello que Cristo espera de toda alma con que él se desposa.

Considera si puedes amar fervientemente a la persona de Cristo. Mírale con cariño una y otra vez, revelado en toda su perfección espiritual. ¿Te hacen su naturaleza santa y su gracia perfecta desearlo? ¿Puedes renunciar a todos lo demás y unirte a Cristo? ¿Serás capaz de poner en sus manos la vida de tu alma, para que la salve únicamente por la virtud de su sangre y la fuerza de su brazo omnipotente? Si tienes suficiente fe en su provisión para ti ahora y en la vida venidera, puedes estar seguro de que sus promesas son para ti.

Otra cosa más: si tienes a Cristo, no solo debes amarlo a él, sino también a tus nuevos parientes; esto es, a todos los cristianos. ¿Puedes amarlos de corazón, olvidando las antiguas rencillas con ellos? Si eres capaz de responder que sí, yo os declaro, a Cristo y a ti, marido y mujer. Ve y consuélate con la esperanza de la venida del Esposo a buscarte. Y cuando se acerque el día malo y la muerte misma se aproxime, no la mires con terror. En su lugar, avívate, como el anciano Jacob, al ver el carro que te llevará a los brazos de tu Esposo. Puedes estar seguro de que él es capaz de hacer que se te dé la bienvenida cuando llegues allí.

c) Esfuérzate por morir continuamente a esta vida y a sus placeres

El deseo de resistir a la muerte no es tan fuerte en quien lleva mucho tiempo enfermo y se va consumiendo, como en el que ha estado enfermo pocos días y tiene fuerzas para luchar. Esta misma tendencia se encuentra en el cristiano. El santo cuyo amor a la vida lleva años desgastándose rendirá más fácilmente la existencia terrestre que el que la ama con más fuerza. No todo cristiano está mortificado en el mismo grado. Pablo nos dice que él moría a diario. Enviaba cada vez más de su corazón fuera de este mundo, y para cuando llegara el día malo, ¡todos sus afectos habrían partido ya! Él anhelaba seguirlos: “Yo ya estoy para ser sacrificado” (2 Ti. 4:6). Si hay que sacar una muela, cuanto más profundas sean las raíces más le dolerá al paciente. Si sueltas la raíz de tus afectos mundanos, tu vida caerá con mayor facilidad y menor dolor en el día de la aflicción.

Recuerda: si eres cristiano, no tienes por qué temer al día malo. Acerca tu corazón al mismo y enséñale a tu alma lo que Cristo ha hecho para quitarle su aguijón, y las dulces promesas que te ha dado para ayudarte a vencer el temor. Esto será todo el consuelo que necesites.

***Segunda razón:
Los requisitos para un final feliz de la guerra***

Ahora presentamos el segundo argumento del apóstol para subrayar su exhortación, el cual proviene de la gloriosa victoria que sobrevuela al creyente en la lucha y que seguramente lo coronará al final. La frase es breve pero contundente: “Y habiendo acabado todo, estar firmes”. O, como traduce la Biblia de las Américas: “Habiéndolo *hecho* todo, estar firmes”.

El Cielo no se gana con buenas palabras ni valiente profesión, sino “habiéndolo hecho todo”. El sacrificio sin obediencia es un sacrilegio. Es vana la religión de aquel cuya profesión no conlleva testimoniales de una vida santa. El cristiano que hace se mantendrá firme, mientras que el que alardea caerá. Los jactanciosos roban a Dios aquello que él más aprecia. Un magnífico capitán golpeó en cierta ocasión a uno de sus soldados por denostar al enemigo, diciéndole que sus órdenes no eran de gritar e insultar, sino de luchar contra dicho enemigo y matarlo. No basta con denostar al diablo en oración y conversación: hay que actuar y mortificarlo para agradar a Dios.

¿Es tan poca cosa reclamar ser hijo del Rey del Cielo que crees poder obtenerlo sin una prueba real de tu celo por Dios y tu odio al pecado? “No siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Stg. 1:25). Observa que no dice *por* lo que hace, sino *en* lo que hace. Encontrará la bendición al andar en obediencia. El hipócrita desilusiona a los que, viendo las hojas de su árbol, esperan frutos sin encontrarlos. Al final se desilusionará él mismo. Espera llegar al Cielo, pero lo perderá.

Observa también que la misericordia de Dios para con sus hijos es tan grande que él acepta de buen grado los pobres esfuerzos de ellos por agradarle, siempre que estos se unan a la

sincera perseverancia. Cuando el corazón está bien, Dios acepta las obras como si se hicieran en plena obediencia. Por eso se dice que los cristianos lo han “hecho todo”. ¿Quién no serviría a un Dios así? A veces los siervos se quejan de que sus amos son tan irrazonables que nunca se les puede complacer, ni con los mejores esfuerzos. Esta crítica nunca se levantará contra Dios. Haz lo mejor que puedas, y Dios te perdonará lo peor. David conocía la indulgencia del Señor, cuando dijo: “Entonces no sería yo avergonzado, cuando atendiese a todos tus mandamientos” (Sal. 119:6). El corazón que trabaja siempre para acercarse más a la plena obediencia a la voluntad de Dios nunca será avergonzado.

En esta corta frase de “habiéndolo hecho todo, estar firmes”, se hallan cuatro doctrinas distintas, pertenecientes a los siguientes temas: la necesidad de perseverar, la necesidad de la armadura divina para hacerlo, la certeza de perseverar y vencer estando armado, y el resultado prometido de la perseverancia.

1. La necesidad de perseverar

La perseverancia es la marca del verdadero soldado de Cristo. “Habiéndolo hecho todo” incluye el conflicto con la muerte. No lo hemos hecho todo hasta terminar esa batalla campal. La palabra perseverar significa “zanjar un asunto, llevarlo a su justo termino”. No seas un cristiano a medias, sino íntegro. Merece el nombre de santo no el que gana el campo sino el que lo defiende; no el que empieza sino el que resiste. No existe la retirada con honor; no hay ninguna orden en la disciplina militar de Cristo que diga: “Retírate y suelta las armas”. La orden, desde el día en que empuñas las armas hasta que la muerte te llama es: “¡Adelante, marchando!”.

a) Nuestro pacto exige la perseverancia

Antes los soldados juraban no alejarse de su bandera sino seguir fielmente a sus jefes. Existe la obligación de prestar tal juramento para todo creyente. Es tan esencial para ser cristianos que con él se los identifica: “Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio” (Sal. 50:5). No somos cristianos hasta llegar a suscribir este pacto sin reservas. Cuan-

do profesamos creer en Cristo, nos alistamos en su regimiento y prometemos vivir y morir con él oponiéndonos a todos sus enemigos. Cristo nos dice cuáles son los términos para enrolarnos entre sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:24). No nos aceptará hasta que nos resignemos libremente a su disposición, para que no haya discusión de sus órdenes después.

b) La persistencia del enemigo exige nuestra perseverancia

El diablo nunca se retira ni declara tregua. Si un enemigo asalta una y otra vez una ciudad, y los residentes dejan de resistir, ya sabes quién ganará. El profeta enviado a Betel cumplió con su encargo y soportó la tentación de Jeroboam. Pero de vuelta a casa el viejo profeta lo apartó del camino y finalmente un león lo mató [*cf.* 1 R. 13]. Así muchos huyen de una tentación para ser vencidos por otra. Numerosos siervos valiosos de Dios, por no haber resistido en sus últimos días con el mismo vigor que en el principio, han caído miserablemente, tal como lo vemos en el caso de Salomón, Asa y otros semejantes.

Ya sabes que es difícil sostener algo en la mano por largo tiempo sin que se te entumescan los dedos. Esto también es verdad en lo espiritual; por tanto, se nos advierte frecuentemente que debemos aferrarnos a nuestra profesión de fe. Seguramente, el ver que nuestro enemigo siempre está al acecho para atraparnos cuando caemos nos alentará a apretar la mano, en vez de aflojarla.

c) Nuestro galardón eterno depende de la perseverancia

La corona del cristiano se obtiene en la meta: el que llega al final de la carrera la gana. Cristo dice: “Al que venciére, le daré...” (Ap. 3:21). En su carta a Timoteo, Pablo expresó: “He peleado la buena batalla [...]. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia” (2 Ti. 4:7,8). ¿Por qué “por lo demás”? ¿Acaso no estaba reservada antes? Sí, pero habiendo perseverado y llegado a avistar el hogar, listo para morir, ahora se aferra con mayor seguridad a la promesa. En este sentido, un alma en estado de gracia se halla más cerca de su salvación después de cada victoria, porque se aproxima más al final de la ca-

Segunda exhortación a las armas

rrera, cuando recibirá la salvación prometida (Ro. 8:10). Solo entonces se le pondrá en la cabeza la corona.

2. Nuestra necesidad de la armadura divina para perseverar

No puede haber perseverancia sin verdadera gracia en el corazón. Un alma sin armadura divina no puede perseverar. La gracia santificadora del Espíritu de Dios es dicha armadura; el que carece de ella nunca podrá librar todas las batallas necesarias para obtener la victoria.

Los dones del Espíritu más comunes, tales como la iluminación, la convicción y el afecto, pueden ayudarnos durante algún tiempo a parecer celosos por el Señor, pero la fuerza de ellos pronto se gasta. Los oyentes de Juan Bautista recibieron algo de luz y calor bajo su ferviente ministerio, ¿pero cuánto duraron? “Vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz” (Jn. 5:35). Sus palabras tiñeron la conciencia de ellos con bellos colores, pero al no fijarse estos con óleo pronto se borraron. Las lámparas de las vírgenes insensatas alumbraban tanto como las de las sabias, pero se apagaron antes de la llegada del Esposo. La tierra pedregosa respondió antes que las otras. La semilla brotó rápidamente, como si la cosecha fuera a llegar pronto, pero una helada lo cambió todo, y el día de la cosecha fue de gran tristeza.

Todos estos ejemplos de la Palabra y muchos más demuestran que nada menos que una gracia consistente y un principio de vida divina en el alma, perseverarán. Los librepensadores y los profesantes superficiales de la fe se prometen esperanzas de alcanzar el Cielo, pero este será un paso demasiado largo para sus almas faltas de aliento.

3. Por qué los no regenerados no pueden perseverar

a) La fuente de su fuerza es frágil

El alma llena de gracia persevera por la fuerza que recibe continuamente de Cristo, igual que el brazo y el pie se mantienen vivos por la energía vital que reciben del corazón. Pablo dice: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). Esto es: “Yo vivo, pero a costa de Cristo. Él mantiene mi alma, y también mi

virtud en la vida”. Sin esta unión, un hombre se consumirá; no tiene raíz que lo sostenga. Un cadáver, una vez que empieza a pudrirse, nunca se puede recuperar. El proceso de corrupción sigue hasta hacerlo volver al polvo. Ningún ungüento puede hacer dar marcha atrás al proceso de la muerte. Pero donde hay vida, la naturaleza envía ayuda al ungüento para obrar la cura.

La diferencia entre el cristiano y el incrédulo es tan grande como entre la vida y la muerte. “Siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal” (Pr. 24:16). Al caer, los impíos caen más profundo y no tienen poder para recuperarse. Cuando Caín pecó, vemos que siguió cayendo cada vez más como una piedra que rueda cuesta abajo, sin detenerse hasta llegar a las profundidades de la desesperación. Fue de la envidia a su hermano a la malicia, de la malicia al asesinato, del asesinato a la mentira descarada y la osadía ante Dios mismo, y de allí a la desesperación.

La Palabra de Dios sentencia: “Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor” (2 Ti. 3:13). Cuando el cristiano tropieza, se levanta porque tiene fuerzas para clamar a Cristo. Al empezar a hundirse, Pedro exclamó: “¡Señor, sálvame!”; y al instante Cristo le tendió la mano. Aunque el Señor riñó a Pedro por su incredulidad, aun así le ayudó.

b) Sus dones son transitorios

El alma no regenerada no tiene garantía de mantener los dones comunes del Espíritu que posea en alguna ocasión. Hasta cuando su mesa está más suntuosamente preparada, no puede señalar ninguna promesa de Dios que le garantice otra comida. Dios da estas cosas a los malos como nosotros tendemos a un mendigo un mendrugo de pan o le damos permiso para pasar la noche en nuestro establo. Todo lo que Dios opta por dar, también puede optar por negarlo. Si no eres creyente, quizá tengas conocimiento de las cosas de Dios; pero, aun así, puedes morir finalmente sin la luz salvadora.

c) Su resolución es débil

Un hombre apegado al mundo puede profesar la fe en Cristo; sin embargo pronto demostrará su verdadera intención si se le

obliga a escoger entre Cristo y Satanás. Cuando Satanás lo soborna con tesoros mundanos para que abandone su confesión del Salvador, demostrará como Demas qué es lo que realmente ama. O si sus deseos lo llaman, acudirá a pesar de su profesión de fe, de su conciencia, de Dios y de todo lo demás. Herodes temía a Juan el Bautista, pero el amor es más fuerte que el temor. Su amor por Herodías pudo más que su temor de Juan, y no solamente le hizo cortar a este la cabeza sino que también segó los esperanzadores brotes de su propia conciencia. Si la complejión del alma es profana, finalmente se demostrará tal cual es, aunque durante algún tiempo la apariencia del hombre tenga algún color religioso por causas externas.

La falta de un cambio real del corazón es la raíz final de toda apostasía. El apóstata no pierde la gracia que tenía, sino que manifiesta que nunca la tuvo. Muchos asumen la santidad bajo colores falsos, y utilizan el crédito ganado con la opinión de otros para establecer su negocio entre los verdaderos santos. Estos falsos profesantes dan por hecho que son cristianos porque los demás así lo suponen. Toda su reputación se cimenta en una apariencia externa de religión. El hecho de que carezcan del sólido fundamento de la gracia para mantener su profesión es lo que finalmente los pierde.

Consideremos entonces en qué se basa nuestra declaración de fe. ¿Hay algo dentro de nosotros que sea proporcional a nuestro celo externo? ¿Tenemos unos cimientos sólidos? ¿Es la estructura superior inestable, y se eleva demasiado sobre débiles cimientos? La raíz del árbol se extiende bajo tierra igual que las ramas por encima; así sucede con la verdadera gracia.

4. La certeza de perseverar si se está armado

La perseverancia no es posible sin la verdadera gracia en el corazón. Pero si la gracia de Cristo reina en ti, ¡la victoria es segura! Por eso importa tanto revestirnos de la armadura de Dios; garantiza tu perseverancia y tu victoria final. La gracia verdadera nunca será vencida. La Palabra promete que “todo lo que es nacido de Dios vence al mundo” (1 Jn. 5:4). La victoria se siembra en nuestra nueva naturaleza: la simiente de Dios, que evita que seamos engullidos por el pecado y Satanás.

Cristo resucitó para no morir más, y levanta el alma del cristiano de la tumba del pecado para que no esté más bajo el poder de la muerte espiritual. Así se dice del creyente, en tiempo presente, que tiene vida eterna (*cf.* 1 Jn. 5:13).

La ley llegó cuatrocientos años después del pacto de Dios con Abraham, pero no pudo anular la promesa que Dios había hecho. Igualmente, nada de lo que le sobreviene al cristiano en su vida puede anular la promesa de la vida eterna que se le hizo a Cristo antes de la fundación del mundo. Si fuera posible que un hijo de Dios errara el blanco y perdiera la vida eterna prometida de alguna manera, tendría que ser por una de estas causas: porque existiera la posibilidad de que Dios abandonase al cristiano y retrajera de él su gracia; porque el creyente abandonara a Dios; o porque Satanás tuviera el poder de arrancarlo de la mano de Dios. Pero ninguna de estas causas es factible, por lo siguiente...

a) Porque Dios nunca puede abandonar al creyente

Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). También ha prometido no cambiar de parecer en cuanto a su amor y su gracia especial para con sus hijos: “Irrevocables son os dones y el llamamiento de Dios” (Ro. 11:29). Hasta cuando pecas, no provocas a Dios para desheredarte. En cambio se ve impulsado a atraerte otra vez a la comunión con él. Dios dice por medio del profeta Isaías:

Por la iniquidad de su codicia me enojé, y le herí, escondí mi rostro y me indigné; y él siguió rebelde en el camino de su corazón. He visto sus caminos, pero le sanaré (Is. 57:17,18).

No dudes ni por un instante que a quien él ama, lo ama hasta el fin.

Para dar mayores pruebas al corazón dubitativo, Dios sella su promesa con un juramento:

Con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor. Porque esto me será como en los días de Noé, cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tie-

rra; así he jurado que no me enojaré contra ti [...]. Porque los montes se moverán [esto se refiere al fin del mundo, cuando todo el marco de cielos y tierra se disuelva], pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará (Is. 54:8-10).

Antes de objetar que la promesa fue solamente hecha a los judíos, lee el resto del pasaje: “Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová” (v. 17). Aquí vemos que dicha promesa abarca a todos los hijos de Dios.

Cristo vino del Cielo para traernos misericordia, y volvió allí a fin de tomar posesión de la herencia prometida que había comprado con su muerte. ¿Cabe alguna duda acerca de la firmeza del amor de Dios cuando vemos que todo el pacto lo ha cumplido Cristo por nosotros? Dios no solo llamó a Cristo, sino que lo santificó y lo apoyó en la gran obra a nuestro favor; también lo justificó por su resurrección. Luego lo acogió de nuevo en el Cielo, donde está sentado a la diestra del Padre en lo alto como abogado e intercesor para todo cristiano. Así que no solamente tiene posesiones propias, sino también pleno poder para entregar la herencia a todo creyente.

*b) Porque el creyente no puede abandonar a Dios,
según las cláusulas del pacto*

Sabiendo que el viaje al Cielo es largo y arduo, y nuestra virtud débil, a menudo podemos tener miedo de abandonar a Dios antes de llegar a nuestro destino eterno. Pero el pacto de Dios desvanece esa nube de duda haciendo provisión para nuestra debilidad.

El Espíritu de Dios se nos da para garantizar nuestra llegada segura al Cielo: “Pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:27). Nótese que el versículo no dice que el cristiano vaya a tener el Espíritu si anda según la ley, sino que el Espíritu le hará hacer esto último. El Espíritu Santo es Maestro y Guardián del cristiano. Tal vez temas que si contristas al Espíritu Santo, él se enoje y te deje morir en tus peca-

dos. Es verdad que el Espíritu de Dios es sensible a la desobediencia y puede retraerse de tu pecado, igual que se retrajo de Sansón y lo dejó caer en manos de los filisteos. Pero no lo abandonó para siempre. Cuando Sansón clamó en su dolor, el Espíritu respondió y desplegó su fuerza nuevamente en él. Debería tranquilizar tus temores el saber que el oficio del Espíritu es morar para siempre en los cristianos: “Os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Jn. 14:16).

Mientras el Espíritu mora en el cristiano para guardarlo y protegerlo, Cristo intercede por él en el Cielo. A Pedro le dijo: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:32). Si oró por uno, puedes estar seguro de que orará también por los demás. En este mismo pasaje, el Señor ordenó a Pedro: “Una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (v. 32); es decir: “Cuando sientas la fuerza y eficacia de mi oración por tu fe, díselo a todos tus amigos. El oír cómo cuido de los míos fortalecerá sus corazones”. Con Cristo intercediendo por nosotros, ¿cómo pereceremos? ¿Supones que se cansará alguna vez de efectuar este acto de amor? Su Palabra nos asegura que él está “viviendo siempre para interceder” por todos los que le pertenecen (He. 7:25).

c) Porque Satanás no tiene poder para arrancar al creyente de las manos de Dios

Si eres cristiano, estás rodeado por los brazos eternos y omnipotentes. Sin embargo, el diablo está envuelto en cadenas de condenación eterna y no puede sacudírselas por mucho que lo intente. Si no es capaz de librarse de las cadenas que Dios le ha puesto, ¿cómo va a arrancarte de las manos divinas? Satanás solo puede tentar al cristiano con el permiso de Dios. Si crees que Dios te ama, ciertamente podrás confiar en su sabiduría al permitir que Satanás te asalte. ¿No será cuando este pueda ser rechazado sufriendo una mayor humillación?

El hecho de saber que el poder de Satanás está limitado y que la gracia de Dios es infinita, debe restaurar el ánimo de los creyentes débiles que temen no poder resistir hasta el final. Dios le ha concedido a Cristo la vida de toda alma que está dentro del arca de su pacto. Si eres suyo, tu seguridad eterna es-

tá garantizada. ¿Acaso no te dio la disposición de marchar bajo su estandarte y unirse a su lucha contra el pecado y el Infierno? El mismo poder infinito que venció tu corazón rebelde, vencerá a todos tus enemigos internos y externos. El Dios que puede levantar a un puñado de hombres heridos y hacer que conquisten una ciudad, también puede hacer que un alma herida venza al pecado y a Satanás (*cf.* Jer. 37:10). El Arca estuvo en medio del Jordán hasta que todo el campamento de Israel hubo pasado a salvo a Canaán (Jos. 3:17). El pacto de Cristo está representado por el Arca: Cristo y su pacto garantizan el paso seguro de los creyentes al Cielo.

Una palabra de advertencia: existe gran peligro de que los creyentes pasen de esta doctrina consoladora a una seguridad negligente y un atrevimiento presuntuoso. Aunque el cristiano está a salvo de la apostasía final y total, aún puede sufrir una grave caída que lastime su conciencia, debilite su virtud y manche el buen nombre del evangelio. El saber que estos peligros acechan en la sombra, debería bastar para mantener al creyente siempre vigilante.

¡Cuidado con abusar de tu libertad en Cristo como licencia para pecar! ¿Pecaremos por la abundancia de la gracia? “En ninguna manera”, dice Pablo (Ro. 6:2) ¡A qué alturas habrá llegado el pecado cuando un hombre se siente estimulado a pecar por el amor eterno de Dios! Podemos conjeturar que la gracia verdadera no mora en un corazón que saca semejante conclusión maldita de la premisa de la gracia divina. El cristiano genuino llegará a la conclusión opuesta; esto es, que la gracia de Dios no se otorga para que nos revolquemos en el pecado, sino para que lo venzamos. La única respuesta aceptable para la magnitud del amor y la gracia de Dios es limpiarnos de toda contaminación de la carne y el espíritu (2 Co. 7:1).

Así como un hijo debe querer agradar a su padre por algo más importante que el temor a ser desheredado, nosotros hemos de estar por encima del cumplimiento del deber cristiano por miedo a caer. Estamos bajo la ley de la vida nueva; esto debe hacer que deseemos naturalmente la comunión con Dios, como el amor de un hijo hace que este desee ver a su amado padre.

Es natural que la fe, que es el don que trata con las promesas, purifique el corazón. Mientras más ciertas sean las noticias acerca del amor divino que la fe trae al alma desde las promesas, más purificarán el corazón; porque la fe, estimulada por el amor, enciende el corazón respecto de Dios. Si ese afecto se inflama, el ambiente estará demasiado caliente para que el pecado permanezca allí.

5. El resultado prometido de la perseverancia

Esta frase de “y habiéndolo hecho todo, estar firmes” incluye el resultado bendito de la perseverancia del cristiano. *Estar firmes* al final de la guerra recompensará con creces todo peligro y privación sufridos durante la contienda contra el pecado y Satanás.

En las guerras terrenales, no todos los que luchan participan del botín. Los beneficiados suelen ser solo unos pocos bolsillos. El soldado raso que soporta la mayor parte de las privaciones, sale ganando muy poco. Este soldado lucha para hacer más grandes a unos pocos grandes, y a menudo se le despide sin paga suficiente para curar sus heridas. Pero en el ejército de Cristo, el único soldado que pierde es aquel que deserta. Cada soldado fiel recibe un galardón glorioso, expresado en esta frase: “Habiéndolo hecho todo, estar firmes”. Permanecer firmes implica tres cosas...

a) Significa “ser vencedores”

Se dice que un ejército vencido “cae” delante de su enemigo, y el vencedor permanece firme. Al final de esta guerra espiritual, todo cristiano aparecerá como vencedor de sus propias concupiscencias, y de Satanás que las dirigía. Aunque el cristiano disfruta de muchas dulces victorias aquí en este mundo, el gozo de sus conquistas se interrumpe con nuevas alarmas porque el enemigo se reagrupa. Se obtiene la victoria un día, para empezar otra batalla al día siguiente. A menudo, hasta sus victorias lo dejan sangrando por el conflicto. Aunque al final rechaza la tentación, las heridas que la conciencia recibe en la lucha ensombrecen la gloria de la victoria.

Para tu consuelo eterno, cristiano, puedes esperar el día en

que se resolverá definitivamente la pelea entre tú y Satanás. Verás el campamento de tu enemigo completamente desmantelado y destruido, sin un arma en tu contra. Pisarás las mismas fortalezas desde donde el enemigo disparaba sus dardos. Las verás derribadas y destruidas, hasta que no quede ni una corrupción en tu corazón para que se oculte allí el diablo. En aquel día glorioso, el enemigo que te ha hecho temblar será hollado bajo tus pies.

*b) Significa ser justificados y absueltos
en el gran Día del Juicio*

La Biblia utiliza frecuentemente el verbo “levantarse” o “mantenerse en pie” en este sentido: “Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio” (Sal. 1:5). Esto es, no serán justificados. “*¡AH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse [en pie]?*” (Sal. 130:3). Esto es, ¿quién será justificado?

El gran Dios, por cuyo encargo venimos al mundo, ha fijado un día para juzgar a ese mundo por Jesucristo. Será un día solemne, cuando todos los que hayan vivido —nobles y viles, buenos y malos— se reunirán en una asamblea para comparecer personalmente ante Cristo y oír de su boca el veredicto eterno. El Señor estará asistido por una guardia de honor de ángeles listos para ejecutar su sentencia. No me maravilla que el sermón de Pablo acerca de este tema causara un terremoto en la conciencia de Félix. Más bien me asombra que alguien esté tan sumido en la dureza de corazón que el pensar en aquel día no le haga reaccionar.

¿No consideras felices a aquellos que serán absueltos por Cristo en ese día? ¿No quieres saber quiénes serán esas almas bienaventuradas? Para saberlo no hace falta ir al Cielo y buscar en los archivos. Has de saber, aquí y ahora, que los que *estarán firmes* en el Juicio son aquellos que luchan en la tierra las batallas del Señor contra Satanás, vestidos de la armadura del Señor. Son los creyentes que lo habrán “hecho todo”. Los procedimientos de aquel día desacreditarán del todo a Satanás, su acusador ante Dios y su conciencia, siempre amenazándolos con el terror de la condenación ante el trono del juicio de Cristo. El mundo malvado se confundirá al ver cómo la mano de

Cristo limpia el barro que tiraron a la cara de los cristianos. ¿No será esta recompensa suficiente por todo el desdén y la opresión que soporta el santo en esta vida? ¡Pero eso no es todo!

c) También denota el rango de los cristianos en el Cielo^o

Cuando un príncipe quiere premiar a los súbditos que se han distinguido en el servicio de la Corona, les da un cargo honroso en la corte. Salomón indica que uno de los mayores honores que puede recibir un hombre es estar delante del rey. El Cielo es la ciudad real donde Dios tiene su corte, y el gozo de los ángeles es permanecer delante de Dios: “Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios” (Lc. 1:19). Esto es: “Soy uno de los espíritus benditos que esperan en Dios y están delante de su rostro, como los cortesanos delante de su rey”. Cada alma fiel tiene la promesa de este honor.

Nada debe tener un efecto mayor sobre el espíritu del cristiano que considerar su bendito estado en el Cielo como galardón de todos sus conflictos aquí en la tierra. Esta espada debería cortar los nervios mismos de la tentación y decapitar las concupiscencias que desafían a huestes enteras de otros argumentos. ¿Cómo puede coexistir el pecado con la esperanza de esta gloria? Cuando el cristiano pierde de vista durante mucho tiempo los pensamientos del Cielo, olvida su esperanza de aquel lugar glorioso y empieza a hacerse algún ídolo, como Israel adoró el becerro en ausencia de Moisés. Pero en cuanto vislumbra el Cielo, su corazón arde con tales reflexiones. Antes se persuade a un rey para que arroje su corona y se revuelque en el barro con el manto real, que se convence a un cristiano para que peque cuando su corazón está lleno de la esperanza de la gloria celestial.

El pecado es obra de demonios, no de cristianos. El cristiano espera a cada hora la llamada a comparecer con los ángeles y santos glorificados ante el trono de Dios. ¡Esto debería alentar y sustentar su corazón en el fragor de la batalla, en el peor de los tiroteos! Si tiene que pasar por agua y fuego para alcanzarlo, ¿qué es tal incomodidad comparada con el consuelo eterno del Cielo? Mantener siempre el gozo celestial te ayudará a

Segunda exhortación a las armas

correr con paciencia, a soportar las escaramuzas con la tentación y la aflicción. Es más: te hará entender también que estos contratiempos “no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18).

CAPÍTULO 5

Cuarta consideración: La postura que se debe mantener en la guerra

“Estad, pues, firmes...” (Ef. 6:14).

En Efesios 6:13 Pablo deja claro la clase de armadura que el creyente debe utilizar: la armadura de Dios. Luego, para que no caigas en la tentación de fabricar una armadura falsa en tu propia forja y la llames “armadura de Dios”, el apóstol describe la armadura verdadera pieza por pieza, empezando en el versículo 14. Tanto los católicos romanos como los protestantes se han hecho culpables de fabricar sus propias armas para luchar contra el diablo, armas que Dios nunca eligió.

Luego hablaremos de las piezas de la armadura en el orden citado por el apóstol, pero primero vamos a explorar otro asunto. Nótese que en el versículo 14 Pablo especifica la postura necesaria para el soldado cristiano: “Estad, pues, firmes...”. ¿De qué servirá el armarnos debidamente si no presentamos una oposición valiente al enemigo?

I. PERMANECE FIRME: NO HUYAS NI CEDAS

Estar firme es lo opuesto de *huir* o *ceder*. Un capitán que ve cómo sus hombres se baten en retirada o están a punto de rendirse, da la orden: “¡Permaneced firmes!”; y todo soldado digno de ese nombre responde de inmediato. De igual manera, todo cristiano debe acatar la orden divina de permanecer firme; esto es, de resistir y no ceder nunca ante los ataques de Satanás. Basten cuatro razones para demostrar la importancia de esto...

Es un mandamiento de la Palabra de Dios

Pedro dice respecto a Satanás: “Al cual resistid firmes en la fe” (1 P. 5:9). Como la palabra “firmes” implica, hay que sostener el frente en la batalla contra Satanás; combatirlo en cada avance. Los soldados deben cumplir estrictamente las órdenes aunque les cueste la vida. Cuando Joab envió a Urías al frente de la batalla por orden de David, no hay duda de que Urías era consciente del peligro que corría. Pero no discutió con su general; tenía que obedecer, aunque por ello muriera (2 S. 11:14-17).

Entre soldados, la cobardía y la desobediencia son las peores faltas. Entonces, ¿cómo pueden considerarlas ofensas menores los que tienen a Cristo por capitán y al pecado y al diablo por enemigos? Resistirnos a ceder a ciertas tentaciones puede costarnos caro: “Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado” (He. 12:4). El apóstol quiere decir que la guerra espiritual bien puede llegar a derramar la sangre; de ser así, eso no cambia la situación ni nos da excusa alguna para optar por el pecado en lugar del sufrimiento.

¿Podría ser permisible que un cristiano abandonara su deber por el peligro que entraña? Para ser soldados eficaces, la preservación del honor de Dios siempre debe estar por encima de nuestros temores. Igual que el soldado terrenal encarna el honor de su país en la batalla, el cristiano representa el honor de Dios cuando se le llama a contender contra la tentación. Tal prueba pronto revela hasta dónde estamos dispuestos a llegar para defender la reputación de nuestro Soberano. Los súbditos de David lo valoraban en 10 000 de sus propias vidas; cada uno estaba dispuesto a morir antes de poner a su jefe en peligro. Ciertamente Dios merece lo mismo de sus súbditos. ¡Es innoble exponer su Nombre bendito al reproche en lugar de arriesgarnos nosotros a un poco de desprecio, alguna pérdida temporal o dificultad!

Pompeyo, el general romano, se jactaba de que con una sola señal podía hacer que sus soldados treparan por la roca más empinada, aunque fueran derribados a cada paso. Esta es la

clase de lealtad que Dios desea de nosotros. Aunque él nunca juega con la sangre de sus siervos, a veces prueba nuestra lealtad con servicios duros y agudas tentaciones, para que por medio de nuestra fidelidad y valor él triunfe sobre Satanás.

Tal vez recuerdes cuando Satanás acusó descaradamente a Dios de “sobornar” a Job, diciendo que este siervo escogido realmente se servía a sí mismo al servir al Señor. “¿Acaso teme Job a Dios de balde?” (Job 1:9). El diablo desafió a Dios a quitarle a Job su bendición, insistiendo en que este le maldeciría en su cara antes que someterse al sufrimiento. Dios le dejó hacer al diablo; ¿y cuál fue el resultado? Ya que Job se mantuvo firme en la adversidad, vemos al Señor jactarse ante Satanás: “Todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él” (Job 2:3). En esencia, lo que Dios dijo fue: “Ya ves, cuento con algunos que me sirven sin necesidad de soborno, que se aferran a su decisión cuando no les queda nada más. Le quitate a Job sus bienes, siervos e hijos, y él se mantiene firme. ¡No has podido con su voluntad ni con su integridad!”

Dios proporciona una armadura suficiente para la batalla

Permitir que una fortaleza bien armada cayera en manos del enemigo sería una vergüenza para los soldados defensores. Espiritualmente hablando, tal derrota resulta aún más vergonzosa porque Dios, en Cristo, da a sus soldados todo el poder necesario para resistir siempre al diablo.

No debemos sorprendernos cuando el alma no regenerada cede fácilmente ante una tentación que promete placer carnal y beneficios. Los que están sin Cristo no tienen armadura que repela el ataque del enemigo; no saben nada de la dulzura del Señor. Es natural que, a falta de mejor alimento, se sienten a la mesa con el diablo. Decimos que la cabra pacerá donde la atene; el pecador también debe alimentarse de lo mundano porque está atado a la tierra por su corazón carnal.

Pero el cristiano tiene una esperanza de algo superior a lo que ofrece este mundo. Su fe presente es un pagaré escrito por la mano del Espíritu Santo, asegurándole la victoria final. El

yelmo de la salvación (si lo lleva puesto), y el escudo de la fe (si lo levanta) repelarán la lluvia de dardos diabólicos.

Con mucha razón Dios se disgusta cuando uno de sus hijos, que podría resistirse utilizando sus dones y pidiendo ayuda al Cielo, cede ante el enemigo. En el huerto, Dios le preguntó a Adán: “¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?” (Gn. 3:11). Es como si Dios dijera: “Sé que no lo comiste por tener hambre; ¡tenías todo el Paraíso donde escoger! ¿Cómo pudiste caer estando tan bien equipado para resistir?”. Igualmente, Dios te puede decir a ti: “¿Has estado comiendo las golosinas del diablo cuando posees la llave de mi abundante alacena? ¿Es tan escasa la provisión de tu Padre que te apetece las migajas del diablo?”.

La seguridad del cristiano estriba en la resistencia

Dios da la armadura para defender al cristiano en la lucha, no para protegerlo en la retirada. Mantente firme y ganarás; huye o cede, y todo estará perdido. He leído acerca de grandes capitanes que cortaron a propósito toda vía de retirada para que sus soldados lucharan hasta la muerte. Guillermo el Conquistador, en cuanto su ejército puso el pie en Inglaterra, despidió a los barcos a vista de sus hombres. Del mismo modo, Dios tampoco hace provisión para los cobardes. En su armadura no hay ni una sola pieza para la espalda. He aquí una verdad asombrosa: “El justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma” (He. 10:38). El que entra en la batalla con confianza, sale vivo de ella; pero el que huye, solo obtiene el desagrado de Dios.

¡Qué mísero trueque el de volverse de luchar contra Satanás y poner a Dios por enemigo! Hay consuelo cuando se pelea contra el pecado y el diablo, aun cuando se llegue a la sangre. Pero no lo hay en absoluto soportando la ardiente ira de un Dios vengador. Lo que te imponga Satanás, Dios te lo puede quitar; ¿pero quién te aliviará de lo que Dios te impone? ¿No prefieres morir en el fragor de la batalla por tu país a ser ejecutado por traición o cobardía?

Solo se vence al enemigo por la fuerza

Y ello por tres razones...

1. Satanás es un enemigo cobarde

Aunque ponga cara de valiente cuando te tienta, realmente tiene un corazón medroso. Igual que el ladrón tiembla al ver una luz u oír un ruido en la casa de su víctima, Satanás se sobresalta cuando encuentra al alma despierta y lista para oponérsele. Cierta demonio dijo: “A Jesús conozco, y sé quién es Pablo” (Hch. 19:14). Esto es: “Los conozco para vergüenza mía, porque ambos me han hecho huir”. Si te pareces a ellos, Satanás también te temerá a ti. Créeme que él tiembla ante tu fe. Utilízala para suplicar ayuda contra él y ejércela vigorosamente a fin de repeler sus avances; entonces lo verás correr.

Supongamos que los soldados defensores de un castillo supieran que el ejército invasor era débil y desorganizado, y que pronto se dispersaría ante cualquier demostración de fuerza desde el castillo. ¿No aumentaría esto grandemente el valor de los defensores? El Espíritu de Dios, que todo sabe acerca del enemigo, envía al cristiano un informe de inteligencia con estas instrucciones: “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Stg. 4:7). El enemigo no te puede dañar si tú no lo permites. Tu resistencia firme le asesta un duro golpe a su confianza.

En la hora de la tentación y de la resistencia inmovible de Cristo, leemos que Satanás “se apartó de él por un tiempo” (Lc. 4:13). Cuando Satanás insiste en tentarte, puede darse el caso de que aunque no hayas cedido, tampoco hayas repelido abiertamente sus ataques. Como un pretendiente obstinado, Satanás busca el menor signo de esperanza, y al descubrirlo, sigue insinuándose. La única forma de deshacerte de él es cerrando la puerta con llave, y negándote a prestarle más atención.

2. Satanás es un enemigo invasor

Por tanto, hay que resistirle constantemente. Pablo nos advierte: “No se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo” (Ef. 4:26-7). Un soldado de guardia en las afueras de una

ciudad debe vigilar tan fielmente como la guardia personal del rey, o el enemigo traspasará los límites externos, ganando así acceso al corazón de la localidad.

Si cedes ante la tentación en el perímetro de tu corazón, le das pie al diablo para perturbar tu espíritu interior. Por ejemplo: te enfadas y escupes palabras amargas irreflexivamente. En cuanto este lenguaje profano sale de tu boca, el diablo encuentra abiertas las compuertas y entra. ¡Entonces salen a raudales cosas que no soñaste siquiera con decir! Él es un adversario astuto y no cede fácilmente nada del terreno ganado. La estrategia más segura, entonces, es no darle pie ni por un centímetro. Si titubeas siquiera al pasar junto a la puerta donde mora el pecado, le das tiempo a Satanás para persuadirte a entrar. Entonces estarás en su territorio.

¿Quién entra a una taberna para disfrutar de la compañía de los borrachos, o frecuenta los lugares de pecado, fingiendo que no piensa participar? ¿Quién prostituye sus ojos con objetos sensuales y permanece casto? ¿Quién presta oídos a una doctrina corrupta de este mundo y sigue firme en la fe? Tal persona está bajo un fuerte engaño. Si no se puede resistir a Satanás en lo menor, ¿cómo se cree poder repeler una tentación más grande? Dices que no eres capaz de evitar el estar rodeado de aguas profundas de tentación, ¿y crees tener la fuerza para mantener la cabeza fuera del agua? Medita entonces sobre este consejo práctico: es mucho más fácil evitar caer por la borda estando en el barco que, una vez en el mar, volver a subir al barco.

3. Satanás es un enemigo acusador

El necio, sabiendo que el diablo es un acusador, le suministra munición para su carga. Algunos dicen que una bruja no te puede hacer daño sin recibir dinero de tu mano. Igualmente el diablo no te puede dañar si no le dejas agarrarse a alguna de tus debilidades que él pueda aprovechar. Te aconsejo que hagas tuya la resolución de Job: “Mi justicia tengo asida, y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mis días” (Job 27:6). Si tu corazón y tu conciencia no te acusan, la acusación del enemigo no se podrá mantener.

II. PERMANECE EN TU SITIO SIN USURPAR EL DEL OTRO

Estar firme —en contraposición al desorden— significa que cada soldado mantiene el rango, el orden y el puesto apropiado. Cuando los soldados rompen filas sin explicación, su capitán grita: “¡Firmes!”. La disciplina militar no permite que uno se salga de su puesto sin razón. Cada cristiano debe cuidar de mantenerse ordenadamente en su puesto. El método del diablo es poner en fuga para luego aniquilar.

El orden presupone compañía: uno que anda solo no puede romper filas. Por tanto, el lugar y el rango del cristiano corresponden a su compañía. Como creyente, debes relacionarte con una triple sociedad: la comunidad, la iglesia y la familia. Cada una de estas tiene sus rangos y posiciones. En la comunidad, hay cargos públicos y ciudadanos privados; en la iglesia, pastor y laicos, responsables y miembros; en la familia, padres e hijos, marido y mujer. El bienestar de estas sociedades depende de que cada rueda gire en su puesto y que todos cumplan con su deber para beneficiar a la colectividad.

Hacen falta tres cosas para “ubicarse debidamente”. Primero, uno debe comprender el deber particular de su puesto: “La ciencia del prudente está en entender su camino” (Pr. 14:8). ¿De qué sirve preguntar por el camino a York si te diriges a Londres? Somos muy propensos a indagar acerca del camino y la obra de otro mientras descuidamos el nuestro. Algunos cristianos, por ejemplo, pasan más tiempo diciendo lo que debería hacer el pastor que orando por dirección divina para su propia vida. No pasaremos a salvo por el conflicto conociendo el deber de otro y juzgándolo por negligencia, sino cumpliendo con nuestro propio deber. ¿Y cómo cumplir con nuestro propio deber sin conocerlo? Salomón dio la mayor prueba de que era sabio al pedirle a Dios sabiduría para cumplir con su deber.

Segundo, cuando uno comprende el deber particular de su puesto, ha de ocuparse diligentemente en él. El consejo de Pablo a Timoteo puede aplicarse a todo cristiano: “Ocupate en estas cosas; permanece en ellas” (1 Ti. 4:15). Esto es, entrégate totalmente a tu deber en el lugar y la vocación que Dios te da.

El poder de la santidad estriba en esta consagración. La religión que no tiene un impacto práctico en la vida diaria pronto se convierte en una idea abstracta que no sirve para nada. Pero muchos solo cuentan con una profesión vacía para demostrar que son cristianos. Son como el árbol de la canela: la corteza exterior vale más que el resto. El apóstol habla de tales personas en su carta a Tito: “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tit. 1:16).

El significado de la expresión “buenas obras” se hace evidente en el siguiente capítulo (Tit. 2:2-8), donde el apóstol presenta los deberes del cristiano. Una “buena cristiana” pero esposa rezongona, o un “hombre de Dios” pero padre negligente, son contradicciones que no se pueden reconciliar. El que no anda rectamente en su casa no es más que un hipócrita en la iglesia. Si no eres cristiano en tu taller, no lo serás en tu aposento, aunque ores allí. Si tu fe se marchita en algún punto, no puede florecer en otro. Algunos que profesan ser cristianos fallan en su deber para con sus hermanos, pero mantienen una apariencia externa de adoración a Dios. Otros se tambalean en la adoración mientras parecen estar firmes en el servicio a los demás. Ambas inconsecuencias son destructivas para el alma. El soldado que está *en orden* se esmera en todo el deber que le concierne respecto a Dios y el hombre.

Tercero, estar en orden significa atenernos a los límites de nuestro puesto y llamamiento. A los israelitas se les ordenó acampar “cada uno junto a su bandera” (Nm. 2:2). Esto significa que debían formar como hacen los soldados. Dios no permite rezagados en el ejército de sus santos. “Como Dios llamó a cada uno, así haga” (1 Co. 7:17). Tienes que andar el camino que tu llamamiento prescribe para ti. El apóstol manda: procura “ocuparos en vuestros negocios” (1 Ts. 4:11). Igual que el soldado raso no se inmiscuye en los asuntos del general, la congregación no desempeña el cargo del pastor. No olvides que lo que es justicia en manos de un juez, en manos de un ciudadano es asesinato. Pablo dice que nos ocupemos con diligencia de todo lo que entra en el ámbito de nuestra vocación particular, pues si vamos más allá estaremos labrando el campo de otro.

¡Qué tranquilidad habría en el mundo si cada uno y cada cosa ocuparan su puesto! Si el mar se estuviera en su lugar, no habría inundaciones; si los hombres se ubicaran bien, no experimentaríamos las inundaciones de pecado y miseria que casi han ahogado a esta era nuestra. Para contener nuestros espíritus variables dentro de sus límites correctos hace falta una orilla muy firme. Pedro mismo fue amonestado por inmiscuirse en lo que no le importaba. “¿Qué a ti?” (Jn. 21:22), le dijo Cristo; esto es: “Pedro, métete en tus asuntos; esto no va contigo”. Alguien ha dicho que tal amonestación hizo que posteriormente Pedro denunciara este pecado en términos fuertes, poniendo al entremetido entre los homicidas y los ladrones (*cf.* 1 P. 4:15).

Cinco consideraciones para persuadimos a estar firmes

Para mantener a todo cristiano en su puesto y persuadirlo a estar firme, sin romper filas, ofrezco las siguientes consideraciones, las cuales serán muy valiosas para todos los que aceptan la autoridad de la Biblia como guía de sus pensamientos y acciones.

1. Pierdes la aprobación de Dios al abandonar tu puesto y trabajar fuera de tu vocación

¿Por qué? Porque no puedes hacerlo con fe, y “sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). No se puede hacer con fe porque no has sido llamado para ello. Dios no agradecerá aquello que no te pidió. Tal vez tuvieras buenas intenciones. También Uza, al sujetar el Arca. Pero “lo hirió Dios allí por aquella temeridad” (2 S. 6:7). Saúl mismo dio una excusa impresionante para ofrecer sacrificio, pero estaba fuera de su lugar, y Dios lo rechazó.

No basta con preguntar: “¿Qué debo hacer?”. También hay que inquirir: “¿Quién lo dice?”. Seguramente Dios te planteará esta pregunta al final, y será mejor que puedas demostrar que te lo encargó él.

Ocuparte de algo que no te incumbe significa descuidar tu tarea. La esposa en Cantar de los Cantares confiesa: “Me pu-

sieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé” (Cnt. 1:6). No podía ocuparse de las viñas de los demás y de la suya a la vez. No puedes esperar honrar a Dios mientras abandonas la obra que él te asigna para hacer algo de tu gusto, por muy digno que parezca. Supongamos que un maestro preguntara a uno de sus alumnos por qué faltó a las clases, y el ausentado dijera que había estado echando una mano en un taller. ¿Sería una excusa satisfactoria? ¡Por supuesto que no! Lo suyo era estar en la escuela, no en el taller.

2. Pierdes la protección de Dios al pasar por alto sus restricciones en cuanto a ubicación y vocación

La promesa dice: “A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos” (Sal. 91:11). Cuando te sales del camino quedas fuera de la cobertura de Dios. Pablo lo expresa así: “Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios” (1 Co. 7:24). Subraya esta frase: “Así permanezca para con Dios”. Si amas la compañía de Dios, debes quedarte en tu puesto y vocación. Cada paso que des en otra dirección te alejará de él. Es una bendición mucho mayor quedarte en casa en un puesto y una vocación humilde, disfrutando de la dulce presencia de Dios, que vivir en un palacio suntuoso sin él. Verdaderamente, cuando ocupas un puesto o una obra para el cual no has sido llamado, puedes estar seguro de que Dios no estará contigo en la empresa. ¡Valiente aventura permanecer donde no puedas contar con la presencia de Dios para ayudarte o protegerte!

Al cumplir con el deber de nuestro puesto tenemos la garantía celestial de la seguridad; si desertamos, contamos con la garantía celestial del peligro. Es tan peligroso hacer algo fuera de tu vocación como abandonar tu puesto. Igual que la tierra no soportó la usurpación de autoridad por parte de Coré y sus seguidores (Nm. 16:30-33), tampoco el mar acogió a Jonás, el profeta huido. Negándose a servir de escapatoria para el mandamiento de Dios, el turbulento mar hizo que echaran a Jonás por la borda (Jon. 1:14,15). Tampoco acogió el Cielo a los ángeles después de que abandonaran su puesto y oficio creado por Dios (Jud. 6).

La ruina de muchas almas entra por esa puerta. Primero rompen filas, para luego ser arrastrados más adentro en la tentación. Primero Absalón miró por encima de sus límites con pensamientos ambiciosos: ¡quería ser rey! Este deseo caprichoso de salirse de su puesto dio paso a los pecados sangrientos de rebelión, incesto y asesinato, que finalmente le hicieron caer en manos de la venganza divina. El apóstol nos ordena firmeza: “En espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo” (Col. 2:5). Solo el ejército en que cada soldado se mantiene en orden cerrado, se ocupa de su deber y se contenta con su tarea, es invencible.

3. Dios no te pide cuentas por el trabajo de otro

El rico le dijo a su mayordomo: “Da cuenta de tu mayordomía” (Lc. 16:2). Le pedía que justificara sus propios asuntos, no que diera cuenta de lo encargado a otro. Ciertamente debemos ayudarnos mutuamente, y es un pecado grave no ayudar a un hermano que Dios ha puesto dentro de la esfera de tu deber. Pero si al intentar compensar el pecado de otro te sales de los límites de tu responsabilidad, corres el peligro real de ser accesorio del mismo pecado que quieres prevenir.

Dios no espera que compenses la negligencia de otro cuando ello no incumbe a tu puesto y vocación. Debemos orar por los jueces, para que juzguen en el temor de Dios; pero si no lo hacen, no nos corresponde a nosotros ponernos su toga, subir al estrado y hacer su trabajo. Dios no te requiere más que la fidelidad en tu puesto. Seguramente no culparías a un manzano cargado de manzanas por no producir higos o uvas. Esperamos estos frutos de la planta debida. Espiritualmente, aquel que “da su fruto en su tiempo” (Sal. 1:3) es un árbol fructífero en el huerto de Dios.

4. Sufres sin necesidad cuando llevas cargas que Dios no reservaba para ti

Antes de lanzarnos a cualquier empresa, deberíamos preguntarnos si estamos bien equipados para llevarla a cabo si se desata una tempestad. Sería una locura iniciar una misión que pro-

blemente nos haría naufragar, y tener que pagar los gastos de las pérdidas y los problemas creados. No esperes el consuelo de Dios si no puedes atribuirle la obra que te hace sufrir. El Salmista dijo: “Por causa de ti nos matan cada día” (Sal. 44:22). Pero si el sufrimiento viene por desubicarnos de nuestra vocación y puesto, no podemos decir “por causa de ti” somos afligidos; sino que hemos de confesar que es “por culpa nuestra”.

Pedro distingue inequívocamente entre sufrir por “entremetido” y como “cristiano” (cf. 1 P. 4:15,16). De este último dice: “No se avergüence, sino glorifique a Dios por ello”. El carpintero que se hiere haciendo su propio trabajo acepta el accidente mejor que aquel otro que se hace daño por tocar la sierra sin necesidad. El que padece sin necesidad añade esto al dolor: que no puede esperar nada de nadie, excepto una dura reprimenda. Lo mismo se puede decir del cristiano que sufre daño al meterse en asuntos ajenos. Un niño que se hace daño por escaparse de casa sin permiso, sufre el dolor adicional de un castigo paterno por la desobediencia. Así le sucede al cristiano.

5. Un espíritu inestable suele alejar a las personas de su puesto y vocación

Sin duda, algunos siervos de Dios —tales como Moisés, Gedeón, Finees y otros— reciben un llamamiento especial de los cielos para llevar a cabo actos extraordinarios. Sin embargo, estos son raras excepciones; y es peligroso dar por sentado que hemos recibido un llamamiento divino excepcional cuando Dios suele dar sus comisiones de forma más corriente, como a través de su Palabra. Igual podríamos esperar ser enseñados de forma extraordinaria, sin la Biblia, que recibir un llamamiento extraordinario sin confirmación de la Palabra. Cuando yo vea a alguno con dones milagrosos —como tenían los apóstoles y profetas— creeré en la autenticidad del llamamiento extraordinario que reclame. Consideremos por qué hay tantos que se salen de su puesto y llamamiento; la razón no siempre es la misma.

A veces sucede por un espíritu de *desidia*. Si abandonamos fácilmente lo que debemos hacer, fácilmente somos persuadidos a meternos en asuntos que no nos incumben. El cristiano

que no quiere servir a Dios en su propio puesto, pronto se verá haciendo los mandados del diablo y metiendo la hoz en el campo de otro. El apóstol deja esto muy claro: “Aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran” (1 Ti. 5:13).

Otros abandonan su puesto por un espíritu de *soberbia y descontento*. Su llamamiento puede ser humilde, pero su espíritu es altanero y orgulloso. Cometan el error de querer elevar su vocación al nivel del orgullo de su espíritu, en lugar de humillar su alma conforme a su llamamiento. En el caso de Coré, no fue tanto que deseara el trabajo del sacerdote como el honor que acompañaba al puesto (*cf.* Nm. 16). En el caso de Absalón, no fue el celo por la justicia lo que hizo que su espíritu anhelara la corona de su padre, sino la ambición codiciosa oculta tras una fachada de celo (*cf.* 2 S. 15). Los puestos prominentes en la iglesia y la comunidad son flores tan hermosas que los espíritus soberbios de todas las épocas las han buscado para sus propios jardines. Pero tales flores no crecen bien fuera del suelo debido.

Otro espíritu inestable que aleja a algunos de su puesto es la *incredulidad*. Esta fue el motivo de que Uza extendiera su mano para sujetar el Arca (*cf.* 2 S. 6:6). Puesto que él solo era levita, tenía mandamiento de Dios de no tocar el Arca (Nm. 4:15). Pero cuando la misma se tambaleó, la fe del pobre Uza sufrió una sacudida aún mayor; y temiendo la caída del Arca, fue él mismo quien cayó. No había aprendido una verdad esencial: Dios no necesita de nuestro pecado para apuntalar su gloria, su verdad o su Iglesia.

En algunos casos ese espíritu inestable es por *celo mal informado*. Muchos creen que dado que son capaces de hacer algo (p. ej. predicar), pueden hacerlo. Ciertamente los dones de estos cristianos no tienen por qué perderse. El laico tiene un gran campo en el cual puede ministrar a sus hermanos, aunque no esté llamado al ministerio vocacional. Pero no debe hollar el cerco que Dios ha puesto alrededor del ministerio, causando así desorden en la iglesia. Según la ley mosaica, el que quemara rastrojos y accidentalmente incendiase la cosecha del campo colin-

La postura que se debe mantener en la guerra

dante debía hacer restitución (Ex. 22:6). Aunque no pensara dañar la cosecha, su acto fue motivo del incendio, de forma que era responsable. Todos hemos visto cristianos privados que se han adjudicado el cargo de pastor. Me imagino que la mayoría nunca pensaron causar tal conflagración en la iglesia como suele resultar de esta clase de insubordinación. Pero han prendido fuego al cerco que Dios puso entre el llamamiento ministerial y el del pueblo, de forma que son responsables por los daños.

Si reconocemos el ministerio como un oficio particular de la iglesia —y creo que la Palabra nos lleva a hacerlo—, entonces debemos convenir que solo el que esté llamado a trabajar en dicho oficio debe desempeñarlo. Hay muchos en cualquier país que podrían ser diplomáticos, pero únicamente se reconoce como embajadores oficiales a los que pueden mostrar sus credenciales. Aquellos que no han sido comisionados por el llamamiento de Dios para el ministerio pueden hablar la verdad tanto como otros, pero observamos que solo quien actúa por virtud de su llamamiento predica con verdadera autoridad.

Si insistes en predicar sin la comisión divina al ministerio, eres como aquel que se une al ejército en el campo de batalla y anuncia que ha venido para hacer guerra al enemigo común, pero permanece solo, a la cabeza de una tropa que ha reunido, y se niega a aceptar órdenes de los oficiales o a permitir que su tropa se una a las de ellos. Dudo que el servicio de ese hombre prospere contra el enemigo tanto como el daño que causará distrayendo a todo el ejército.

III. PERMANECE FIRME: NO TE DUERMAS

Estar firme es una postura despierta y vigilante. En algunos casos, el hecho de que un soldado se duerma significa la muerte; por ejemplo, cuando está de guardia. Él debe vigilar para que los demás puedan dormir: descuidar su deber pone en peligro las vidas de todo el ejército, de forma que merece la sentencia de muerte.

La vigilancia es más importante para el soldado cristiano que para ningún otro. En las batallas terrenales los soldados luchan contra hombres que necesitan dormir tanto como ellos; pero el

enemigo del cristiano, Satanás, siempre vela y patrulla. Ya que el diablo nunca duerme, el cristiano corre grave peligro durmiéndose espiritualmente; esto es, descuidándose por sentirse seguro. O la parte no regenerada de su naturaleza le traicionará, o la virtud no estará alerta para descubrir al enemigo y prepararse para el ataque. Satanás se le echará encima antes de que esté despierto para desenvainar la espada. Debes saber que cuando el cristiano se duerme, más fácil es para el diablo tentarlo.

Hasta una mosca se atreve a posarse sobre un león dormido; si no se despierta, no hay nada que temer. La tentación más débil basta para derrotar a un cristiano que se mece en su seguridad. Mientras Sansón dormía, Dalila le cortó el cabello. Mientras Saúl dormía, le quitaron la lanza sin que se diera cuenta. Noé, borracho, se durmió y su descarado hijo se burló de la desnudez de su padre. Eutico se durmió, se tambaleó y se cayó del tercer piso, y lo recogieron muerto. Así que el cristiano que se duerma por la falsa seguridad puede ser asaltado por sorpresa. Puede perder mucha fuerza espiritual —que le roben su espada o armadura (esto es, la virtud)— o ver su desnudez descubierta por hombres ruines, avergonzando así su vida espiritual.

El sueño le viene tan silenciosamente al alma como al cuerpo. Las vírgenes sensatas se durmieron junto con las necias, pero no tan profundamente. Cuídate de no dar rienda suelta a tu pereza; anímate a la acción, igual que mandamos a la persona que tiene sueño que se levante y pasee. Si cedes a la pereza, esta aumentará; si te ocupas en tus deberes cristianos, el sueño espiritual se desvanecerá. David despertó primero la lengua para cantar y la mano para tocar el arpa; luego se despertó su corazón (Sal. 57:8). Tengo entendido que cuando el león acaba de despertar da coletazos para alentarse; luego sale tras la presa. Tenemos razón de sobra para alentarnos a actuar con toda la diligencia posible.

Porqué el cristiano debe mantenerse despierto

1. Su trabajo es demasiado importante y exigente para hacerlo medio dormido o de mala gana

Si alguna vez has andado por la orilla de un río turbulento o subido a la cima de un monte escarpado, dudo que hayas estado

somnoliento. El camino del creyente es tan estrecho y el peligro que corre tan grave, que exigen un ojo agudo para discernir y firme para guiar. El ojo dormido no puede hacer ninguna de las dos cosas.

Si examinas cualquier deber verás que se mueve entre dos extremos peligrosos. La fe, esa gran obra de Dios, traza su camino entre el monte de la presunción y el abismo de la desesperación. La paciencia es la virtud necesaria para evitar un golpe de necesidad dormilona que nos prive de los sentidos o nos arroje enfurecidos al pozo del descontento privándonos del sentido. El equilibrio es esencial. Cualquier deber que desempeñamos en la causa de Cristo nos lleva muy cerca del cuartel enemigo. No creas que pasarás desapercibido: tu cercanía hará sonar la alarma, y Satanás saldrá de inmediato para oponerse a ti. Entonces, es necesario que te mantengas vigilante en todo momento.

2. La vigilancia consigue ventajas para el cristiano de tres formas importantes

Primeramente, estando vigilante frustras las intenciones de Satanás. ¿Acaso no vale la pena mantenerte alerta para evitar que te roben? Cuánto más para impedir que el diablo invada tu corazón. Jesús dijo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mt. 26:41). Que te corten el cuello es un precio muy alto por dormir, aunque al final se sane la herida. Es mejor vigilar ahora y mantenerte fuera de peligro, que dormirte y tener que velar luego por la herida sufrida por tu negligencia. David dormía espiritualmente cuando se levantó de su cama para pasear por la azotea de su casa y vio a Betsabé (2 S. 11:2). Cayó de cabeza en la trampa de Satanás, haciendo mucho daño a su espíritu. ¡Cuántas noches intranquilas le trajo a David aquella herida!, como se percibe en sus propias quejas por aquel pecado que fue tema de varios salmos de aflicción.

Segundo, por la vigilancia constante se aprende más acerca los peligros del sueño. Un hombre dormido no está consciente de sus propios ronquidos, ni lo mucho que molesta a los demás. Pero el que está despierto sí. Si te mantienes espiritualmente despierto, verás las impropiedades de los que profesan ser cristianos y no vigilan su corazón. Que te sirvan de adver-

tencia para no caer en las mismas tentaciones. El sueño nivela a todos los hombres: el más fuerte no está más seguro que el más débil mientras los dos duermen. Un sabio y un necio dormidos son igualmente vulnerables; de la misma forma, el sueño espiritual hace al mejor de los cristianos tan vulnerable como a cualquier otro.

Tercero, tu vigilancia es una invitación abierta al Señor mismo para acompañarte. Cuando él acude, el tiempo vuela en dulce comunión. Sus revelaciones acerca de las cosas del Reino del Padre te evitarán envidiar el aparente descanso de los creyentes adormilados, al saber que se pierden la bendita comunión que tú disfrutas. Si amas a tu alma más que tu cuerpo, ¿no prefieres los cánticos de David al sueño de noche? ¿No es mejor mantener el alma despierta y conocer la presencia consoladora de Cristo, que dejarla dormir y perderse la visita del Salvador? Cristo se deleita en acompañar al alma vigilante, y a ella le abre su corazón.

No decidimos visitar a los amigos mientras duermen. De hecho, si estamos con ellos y nos damos cuenta de que tienen sueño, nos disculpamos y los dejamos para que se acuesten. Cristo hace lo mismo con su esposa; se aparta de ella hasta que se despierte y esté en condiciones de recibir su amor. Si a un hombre adormilado le das una bolsa llena de oro, al día siguiente apenas recordará lo que le diste. Un cristiano aletargado no reconocerá el verdadero valor de los regalos de Cristo, ni se acordará de darle las gracias debidamente. Por tanto, Dios otorga sus bendiciones especiales al alma bien despierta, no solo para bendecir a su hijo, sino para que este le bendiga a él hablando bien de Cristo por ellas.

Cómo vigilar

1. Hay que vigilar constantemente

La lámpara de Dios en el tabernáculo debía “arder continuamente” (Éx. 27:20; 30:8). Esto es, día y noche. ¿Y qué es la vida en este mundo de principio a fin sino una noche oscura de tentaciones? Cristiano, es muy importante asegurar que tu lámpara no se apague en esta oscuridad, ni que tu enemigo te sor-

prenda desprevenido. Si te sumes en el sueño espiritual, eres blanco fácil para su ira. Puedes estar seguro de que si te dejas vencer por el sueño, el diablo se enterará. Sabía cuando dormían los apóstoles y deseaba “zarandearlos] como a trigo” (Lc. 22:31). El ladrón se levanta cuando los hombres honrados se están acostando. Estoy seguro de que el diablo empieza a tentar cuando los cristianos dejan de vigilar. Sé consistente en la vigilancia, o lo perderás todo.

Algunos creyentes, heridos por una caída grave en el pecado, se cuidarán mucho durante algún tiempo en cuanto a dónde andan y con quién. Pero a medida que ceda el dolor de su conciencia, se les olvidará vigilar y otra vez se volverán distraídos. Un tendero que acaba de sufrir un robo se cuida muy bien de cerrar la tienda a cal y canto. Hasta puede quedarse de guardia algunas noches; pero con el paso del tiempo baja la guardia y termina por dejar de prestar atención.

Josefo en sus *Antigüedades de los judíos*, nos cuenta que los hijos de Noé vivieron solamente en las cimas de las montañas durante muchos años después del Diluvio, sin atreverse a construir casas en tierras bajas por temor a ahogarse en otra inundación. Pero al pasar el tiempo sin que eso aconteciera, se atrevieron a bajar al llano de Sinar, en donde su temor dio paso a uno de los hechos más atrevidos y arrogantes contra Dios ideados por el hombre: intentaron construir una torre que alcanzara el cielo (Gn. 11:2-4). Los mismos que antes tenían tanto miedo de ahogarse que no osaban bajar de las colinas, al final urdieron un plan para protegerse contra todo intento sucesivo del Dios de los cielos para juzgarlos.

El juicio de Dios a menudo impresiona tanto al espíritu del hombre que durante un tiempo este se aleja del pecado. Pero al continuar el buen tiempo y observar que no se nubla el cielo, el hombre vuelve a su antigua maldad y se hace más osado que nunca. Si quieres ser un verdadero soldado de Cristo, vigila siempre sin ceder. No te acuestes junto al camino como un viajero pereoso; reserva el momento del descanso hasta llegar a casa y estar fuera de peligro. Dios no descansó hasta terminar la obra del último día de la creación; tampoco tú debes dejar de velar y trabajar hasta poder decir que tu salvación está completa.

2. Hay que vigilar totalmente

El vigilante honrado hace la ronda fielmente y recorre todo el pueblo. No limita sus cuidados a una o dos casas. Tú también debes vigilar todo tu ser: un poro de tu cuerpo es puerta suficiente para que entre un enemigo que puede hacer peligrar tu bienestar espiritual. Es triste que haya tan pocos que vigilen en cada área. Puedes poner un freno en tu boca para que no salga de ella ninguna expresión impura; ¿pero vigilas también la puerta del corazón para que no lo mancille la lujuria? (cf. 2 Cr. 23:6). Tal vez apartas tu mano de la bolsa de tu vecino, ¿pero se resiente tu corazón envidioso por las bendiciones que Dios le ha dado a él? Un cristiano que sea verdaderamente escrupuloso en cumplir con un deber puede estar falsamente confiado en cuanto a otros.

Si el apóstol nos manda: “Dad gracias en todo” (1 Ts. 5:18), también es necesario vigilar en todo para que Dios no pierda su alabanza. Ningún acto es demasiado insignificante para hacer de él un servicio a Dios o al diablo. No hay nada en toda la creación tan pequeño que no lo cuide la divina providencia, hasta un gorrión o un cabello. Igualmente, ninguna obra o palabra tuya debe considerarse demasiado poco importante como para vigilarla. Jesús dijo que seremos juzgados por toda palabra ociosa que pronunciemos (Mt. 12:36).

3. Hay que vigilar sabiamente

No se debe descuidar el diezmo de “menta, eneldo y comino”, pero no dejes que la preocupación con las cosas pequeñas te ciegue a la maldad en cosas mayores: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (Mt. 23:23).

Empieza correctamente tu obra, prestando atención a tus principales deberes cristianos. Supongamos que un hombre que emprende un viaje le pide a su siervo que cuide de su hijo y arregle la casa en su ausencia. A la vuelta, ¿premiará al criado por limpiar la casa si lo encuentra tan absorto en la tarea que deja al niño caerse en el fuego y hacerse un daño grave? ¡Claro que no! El niño era el encargo más importante y debía haber sido prioritario; el otro deber venía después. Pero cuando has desempeñado tus deberes principales, no abandones los demás.

Ultimamente se ha prestado mucha atención a los detalles de

La postura que se debe mantener en la guerra

la adoración, ¿pero quién cuida del niño? Esto es, los deberes principales del cristiano. ¿Ha habido una época de menos amor, compasión, abnegación o poder de santidad que la presente? Desafortunadamente, estos deberes cardinales —como el niño— corren peligro de morir en el fuego de contención y división que un celo perverso por las cosas menores ha encendido entre nosotros.

Vigila especialmente aquellas áreas donde sabes que tienes cierta debilidad. La parte más débil de la ciudad necesita una guardia especial; en el cuerpo, las partes más vulnerables se cubren para mantenerlas más protegidas. Me sorprendería mucho que el material de tus dones fuera tan consistentemente fuerte que no hallaras ningún punto débil.

Acepta mi consejo en este asunto, y vigila especialmente aquellas áreas donde encuentres debilidad. ¿Tienes la cabeza —esto es, el juicio— débil? Asegúrate de no relacionarte mucho con aquellos que solo beben el vino fuerte de las “ideas seráficas” y las opiniones encumbradas. ¿Son las pasiones tu debilidad? Vigílalas como aquel que vive en una casa con techo de paja vigila cada chispa que sale de la chimenea, por temor a que alguna llegue al heno e incendie toda la casa. Cuando la casa del vecino está ardiendo, echamos agua en nuestro propio tejado o lo cubrimos con una lona mojada. Cuando el fuego sale de la boca de otro, derrama agua sobre tu propio espíritu inflamado para evitar que el fuego te queme a ti. Para estas situaciones siempre debes disponer de algún versículo refrescante que ahogue la ira.

Estas medidas preventivas te ayudarán a asegurar la casa contra los ataques del diablo. Cuando el adversario haya sido derrotado, tú seguirás “firme”.

TOMO II

LAS DIVERSAS PIEZAS DE
LA ARMADURA DE DIOS

CAPÍTULO 6

Quinta consideración: El cinturón espiritual de la verdad

“Ceñidos vuestros lomos con la verdad” (Ef. 6:14).

¿De qué “verdad” se trata aquí? Algunos dicen que es Cristo mismo, llamado “la verdad” en el Evangelio según Juan. Pero en esta cita el apóstol asigna significados distintos a cada pieza de la armadura, y Cristo no se puede limitar a ninguna de ellas. En su lugar, él es la unidad en la que estamos completos, comparado con toda la armadura: “Vestios del Señor Jesucristo” (Ro. 13:14).

Otros creen que el apóstol se refiere a *la verdad doctrinal* o *integridad*, y ciertamente ambas cosas son necesarias para completar el cinturón. Ninguna de las dos funciona sin la otra. Claro que es posible tener una especie de integridad sin verdad. Por ejemplo, Dios no aprobaba el celo de Saulo al perseguir la Iglesia cristiana, aunque este creía estar haciéndole un servicio a Dios. Tampoco basta tener la verdad de nuestra parte, si no mora en nuestro corazón. Jehú se oponía férreamente a la idolatría, pero luego arruinó su propio testimonio con su hipocresía. Entonces ambas cosas son vitales: *la integridad* que plantea un propósito correcto, y *el conocimiento de la Palabra de verdad* que nos dirige hasta tal fin.

¿A qué se refiere Pablo con la palabra “lomos”? Pedro interpreta a Pablo: “Ceñid los lomos de vuestro entendimiento” (1 P. 1:13; la mente y el espíritu se ciñen con este cinturón de la verdad. Los lomos son para el cuerpo como la quilla para el barco. Todo el barco se conecta a la quilla que lo sostiene. El cuerpo está unido por los lomos; si estos fallan, el cuerpo entero se hunde. Aun cuando nos cansamos físicamente, el instinto nos hace apoyar ambas manos en los lomos como refuerzo

principal. Por ello, “herir los lomos” es una frase de destrucción: los lomos débiles debilitan al hombre (*cf.* Dt. 33:11).

Por consiguiente, en la medida en que las acciones de la mente y el espíritu son fuertes o pasivas, así somos de fuertes o débiles como cristianos. Si el entendimiento de uno está claro en cuanto a la verdad, y su voluntad se cimienta sólidamente en propósitos santos, es un cristiano en proceso de desarrollo. Pero si el entendimiento se tambalea y la voluntad es inestable, el hombre es torpe y su vida está llena de impotencia espiritual.

La verdad doctrinal para la mente, y *la verdad de corazón o integridad* para la voluntad, se unen y refuerzan ambas facultades. Esto es exactamente lo que ocurre cuando se ciñen fuertemente al alma, como el cinturón a los lomos del cuerpo. Aunque estos últimos son la fuerza del cuerpo, necesitan el apoyo del cinturón para mantenerlos inseparables en su fuerza.

I. LA VERDAD DOCTRINAL COMO CINTURÓN DE LA MENTE

Empezaremos por la *verdad doctrinal*, llamada “la palabra de verdad” por ser Palabra de Dios, ya que él mismo es Dios de verdad (Ef. 1:13). Pedro nos aconseja que resistamos al diablo, “firmes en la fe” (1 P. 5:9); esto es, en la verdad. La palabra “fe” aquí es el objeto de nuestra fe, la verdad de Dios. En el versículo siguiente Pedro ora fervientemente que Dios “os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (*v.* 10). La concentración de estas distintas expresiones para el mismo fin implica el potencial perturbador de Satanás y la necesidad de estar inamovibles contra él en la fe. En los tiempos revueltos de la Iglesia antigua, era imposible que los cristianos evitaran que se les arrancase la fe sin este cinturón que se la ceñía al cuerpo.

Igual que el diablo tiene el doble plan de robar la verdad a los cristianos, así también hay dos aspectos de estar ceñidos con este don. Primero, Satanás se presenta como *serpiente* por medio de los falsos maestros para ofrecernos el error en lugar de la verdad. Para defendernos contra su conspiración hemos de ceñirnos el entendimiento con la verdad y fundamentar nuestro juicio en las verdades de Cristo. Segundo, Satanás acude como

un *león* por medio de los perseguidores que pretenden separar a los cristianos de la verdad por temor al peligro y la muerte. La única manera de defendernos de este león es ceñirnos de la verdad y mantener así la profesión de la fe en toda circunstancia.

El juicio fundamentado en las verdades de Cristo

Ya que Satanás acude como *serpiente* a través de los falsos maestros para engañarnos sustituyendo la verdad con el error, cada cristiano necesita un juicio fundamentado en las verdades de Cristo. Los de Berea estudiaban la Palabra para asegurar su juicio acerca de la doctrina que Pablo predicaba. Se negaban a creer nada de lo dicho antes de “[escudriñar] cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hch. 17:11). Cotejaron la doctrina del predicador con la Palabra escrita; y como resultado “creyeron muchos de ellos” (v. 12). Igual que no se atrevían a creer antes de consultar, así no podían evitar creer después de hacerlo.

Tertuliano describió la predicación de los herejes así: “Enseñan con la persuasión, pero no persuaden por su enseñanza”. Esto es, apelan a las emociones de los oyentes sin convencer su mente. Por ejemplo, sería difícil que un adúltero convenciera a su compañera de que la prostitución de ella es legítima. En su lugar, apela a su carne con el romanticismo. Pronto se olvidan las cuestiones legales. El juicio se absorbe rápida y fácilmente por la pasión ardiente.

Así el error entra por la ventana como un ladrón; pero la verdad, como dueña de la casa, entra por la puerta del entendimiento y de allí pasa a la conciencia, la voluntad y sentimientos. El que encuentra y profesa la verdad antes de comprender su excelencia y belleza no puede apreciar plenamente el valor de su origen y linaje celestial. Un príncipe que viaja disfrazado no es honrado porque la gente no se da cuenta de su identidad. La verdad es amada y apreciada solo por aquellos que la reconocen personalmente.

Si no deseamos conocer la verdad, ya la hemos rechazado. No es difícil robarle la verdad a uno que no sabe lo que tiene. La verdad y el error son iguales para el hombre ignorante que

llama a todo verdad. ¿Has oído hablar del avaro que constantemente se abraza a sus muchas bolsas de oro? Nunca las abre, ni utiliza el tesoro, de forma que cuando un ladrón le roba el oro y deja las bolsas llenas de piedras en su lugar, está tan contento como cuando tenía el oro.

Por qué los cristianos necesitan un juicio fundamentado en la verdad

1. Para protección contra la dañina naturaleza de las doctrinas falsas

Un absceso en la cabeza puede ser tan mortal como en el estómago. Un juicio corrompido acerca de las verdades fundamentales mata tan ciertamente como un corazón podrido.

Muchos dicen que uno puede salvarse en cualquier religión si sigue la luz. No importa, según ellos, lo que crees con tal de que creas algo. Pero su imaginación fabrica tantos caminos al Cielo como la Biblia dice que existen hacia el Infierno. Este razonamiento humanista puede parecer bueno, pero al final no lleva a Cristo, quien dice que no hay otro camino a la vida sino él: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Jn. 14:6). Juan declara que aquel que no se aferra a la única y verdadera doctrina de Cristo está marcado eternamente como perdido. El que no acepta a Dios antes de morir, será llevado por el diablo en cuanto muera.

Por mucha bondad, lógica y religiosidad que se mezclen para corromper la verdadera doctrina, el que lo hace es un pecador obstinado ante Dios y recibirá la misma condenación a manos de Cristo que el borracho o el asesino impenitente. Ambos van camino al Infierno: “los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gá. 5:21).

Si la ignorancia de los fundamentos ya condena, el error es mucho más mortal. Si medio kilo de pecado basta para hundirte en el Infierno, no cabe duda que diez kilos lo harán más rápido. El error está más lejos de la verdad que la ignorancia, y se le opone con más vigor. El error es como la ignorancia con una guillotina invisible.

Uno que no come se morirá, pero el que traga veneno perde-

rá la vida antes. El apóstol nos dice que las “herejías destructoras” y las “disoluciones” traerán una “destrucción repentina” (2 P. 2:1,2). Todos los ríos, tarde o temprano, desembocan en el mar, pero algunos corren más deprisa que otros y llegan antes. Si quieres un viaje más corto al Infierno que el que ofrece el pecado convencional, zambúllate en el río rápido de la doctrina corrompida y no tardarás en llegar.

2. Para protección contra la naturaleza sutil de los embaucadores

Los malvados embaucadores son bastante hábiles para destrozar la fe, de manera que hay que reforzar el juicio fundamentado en las verdades de Cristo. El apóstol describe a las víctimas de estos brujos como personas que “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Ti. 3:7). Pero al fiel Timoteo le dice: “Pero tú has seguido mi doctrina” (v. 10). Es como si dijera: “No me preocupo por ti; estás demasiado persuadido para dejarte robar el evangelio ahora”.

Así, pues, los seductores acechan a los inestables que caen en la red del diablo por no estar firmes en la Palabra: “Porque en vano se tenderá la red ante los ojos de toda ave” (Pr. 1:17). El diablo decidió atacar a Eva en lugar de Adán porque era más fácil de engañar; y poco ha variado su estrategia desde entonces. Sigue entrando por donde más baja sea la valla y menor la resistencia. Consideremos tres clases de personas que entran en esta categoría:

“Los ingenuos”

Los seductores emplean palabras suaves y convincentes para “engañar los corazones de los ingenuos” (Ro. 16:18). Estas personas son bienintencionadas, pero les falta discernimiento. Beben descuidadamente de cualquier copa sin sospechar que se les está envenenando lentamente.

“Los niños”

“Ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Ef. 4:14). Los niños dan por sentado que cualquier cosa dulce es buena, de forma que no es difícil

tentarlos a comer un veneno endulzado. Como el niño no tiene mucho conocimiento personal de la Palabra, le influye cualquier sugerencia, sea buena o mala. Como Isaac, los niños bendicen sus opiniones por la emoción y no por la vista, cayendo en la fosa del engaño por no cotejar sus sentimientos con la verdad de la Palabra de Dios.

“Los inconstantes”

Los falsos maestros “seducen [con éxito] a las almas inconstantes” (2 P. 2:14), cuyo entendimiento no está anclado en la Palabra. Estos inestables están a merced del viento y se alejan cada vez más, por las corrientes de los fenómenos religiosos de moda y otras tendencias actuales, como peces muertos en la marea.

3. El juicio fundamentado en la verdad influye de modo general en todo el hombre

Examinemos tres áreas:

a) La memoria

La memoria es la tesorería donde se almacenan las imágenes recibidas. Mientras más presión se aplica al sello, más profundamente se marca la cera. Mientras más claro y seguro sea nuestro conocimiento de algo, más profunda será su huella la memoria.

b) Los sentimientos

Cuanto más firme esté la lente del entendimiento, desde donde la luz de la verdad brilla sobre nuestros sentimientos, antes se encenderán estos: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”, decían los discípulos en el camino de Emaús (Lc. 24:32). Sin duda ya habían oído a Cristo predicar lo mismo antes, pero nunca quedaron tan satisfechos como cuando les abrió el entendimiento junto con la Palabra.

El sol envía su calor e influencia sobre la tierra aun cuando la luz no llega visiblemente. Pero el “sol de justicia” solo da su influencia cuando su luz llega a extender la verdad a nuestro

entendimiento. Mientras el creyente permanece bajo estas alas, se enciende en su corazón un calor que lo aviva. El Espíritu Santo es el Consolador, pero también el que redarguye: él nos consuela por medio de la enseñanza.

c) La vida y la conducta

El ojo dirige el pie: no se puede pisar sobre seguro si no se ve el camino. Tampoco podemos andar si la tierra tiembla bajo nuestros pies. Los principios de nuestro entendimiento son el terreno que pisa nuestro comportamiento; si estos se tambalean, nuestras acciones también lo harán. Es tan imposible trazar una línea recta con el pulso tembloroso como que un juicio enclenque se comporte debidamente. El apóstol vincula la firmeza y la estabilidad con que estemos “creciendo en la obra del Señor siempre” (1 Co. 15:58).

El evangelio llegó a los tesalonicenses con “plena certidumbre” (1 Ts. 1:5), esto es, con pruebas de su veracidad. Y observamos como prevaleció en su vida diaria: “Vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (v. 6). Estaban seguros de que la doctrina era de Dios, y esta confianza los ayudó en la aflicción tanto como en el gozo.

Cómo fundamentar el juicio en la verdad

1. Abraza la verdad sinceramente

Un corazón desobediente y un juicio incorrecto se producen mutuamente, como el hielo y el agua. Los juicios de algunos son inestables porque su corazón está lleno de engaño. Una mente estable y un corazón dividido pocas veces se dan juntos: “El propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Ti. 1:5).

Cuando el amor recibe una verdad, la sostiene firmemente, pero el afán de los intereses mundanos puede hacer que la suelte de nuevo. Amnón se hastió pronto de Tamar en la misma medida que la había deseado. Se pueden desechar las verdades preciosas con tanto desprecio como Amnón le mostró a Tamar.

Un corazón errático fácilmente soborna al juicio para que vote a su favor. Nos preguntamos si tal persona se habrá enamorado realmente alguna vez de la verdad.

2. Sigue el ministerio de la Palabra

Un gran propósito de la Palabra es el de fundamentarnos en la verdad: “Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Ef. 4:11-12). ¿Para qué? “Para que ya no seamos niños fluctuantes... (v. 14).

Al recibir la Palabra, presta atención a la parte doctrinal del sermón tanto como a la aplicación. La una hace falta para hacer cierto un cristiano sólido, la otra para avivarte. Los levitas “hacían entender al pueblo la ley [...], y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (Neh. 8:7,8). Hay que sembrar antes de regar, y enseñar antes de exhortar.

3. Evita limitar tu juicio a una sola persona o grupo

Has de vivir por tu propia fe, no por la de otro. Busca todo el tiempo necesario para encontrar la verdad con tus propios ojos. Un edificio que se apoya en la casa adyacente es demasiado débil para mantenerse en pie. No dejes que sea la autoridad de un hombre lo que decida, sino las evidencias de la Palabra. Las conclusiones humanas no son más fuertes que astillas para apuntalar un edificio, pero la verdad se cimienta en el fundamento eterno de la sólida roca que es la Palabra de Dios.

Cita la Palabra, no al hombre. Al hacerlo, sin embargo, ten cuidado de no perder el equilibrio. No hay que condenar el juicio de un anciano cuya sabiduría y entendimiento invitan a la reverencia. Seguramente, en este asunto Dios ha puesto el camino verdadero justo en medio entre el desafiar al hombre y el deificarlo. La adoración a las personas concibe al traidor a la verdad, que hace clamar a la muchedumbre “hosanna” cuando se trata del error, y “crucifícala” al paso de la verdad. El mandato real de Herodes deslumbró a los espectadores mientras hablaba elocuentemente, pero cuando sus halagadores clamaron: “¡Voz de Dios, y no de un hombre!”, fue comido por los gusanos inmediatamente (Hch. 12:21-23).

El brillante barniz que algunos oradores utilizan ciega el juicio de sus admiradores hasta llegar a la conclusión de que sus palabras son de origen divino. Entonces es difícil amar y estimar a un hombre como tal, y reverenciarlo, sin correr peligro de amar sus errores también. Por eso Dios no quiere que sus hijos llamen a nadie “padre” en la tierra: para no despreciar a nadie ni adorar a nadie (Mt. 23:9).

4. Cuidado con la curiosidad

Aquel que escucha toda nueva opinión y busca las últimas novedades religiosas se acerca peligrosamente al error. El “comezón de oír” que Pablo menciona suele formar una fea pústula de error (2 Ti. 4:3). Tamar perdió su virginidad por ingenua; y la castidad mental es la firmeza en la fe. Así que la gente compromete su salud espiritual si se entrega a toda doctrina que se predica.

Seamos primero oyentes, luego discípulos. La curiosidad acerca de muchas sectas y persuasiones puede hacernos escépticos en cuanto a afirmarnos en la verdad. Agustín, por ejemplo, confiesa que pasó por tantas falsas ilusiones que los errores le hicieron temer a la verdad misma. Si se tiene demasiada afición por los curanderos charlatanes será difícil fiarse del médico competente.

5. Busca humildemente la sabiduría fundamentada de Dios

Un viajero el cual está tan seguro de conocer el camino que por ello no pregunta, puede ser el primero en extraviarse. Cuidado con el orgullo: por muy alto que se eleve ahora, luego lo encontrarás tirado en la zanja del error. Este es el destino que Dios le da al orgullo, y él cumplirá su sentencia.

El orgullo te puede hacer un extraño ante el trono de la gracia y transformar la oración humilde que busca la verdad, en argumentos ambiciosos. Es necesario que los orgullosos sean avergonzados para que, cuando vuelvan en sí —si la misericordia de Dios lo permite—, puedan “bendecir al Altísimo” como hizo Nabucodonosor (*cf.* Dn. 4:34).

Guarda esta sabiduría en lo hondo de tu corazón: el Dios que da el ojo para ver la verdad también da la mano para suje-

tarla. Lo que recibimos de Dios no podemos conservarlo sin él; atesora tu comunión íntima con el Señor o la verdad no guardará la suya contigo por mucho tiempo. Dios es luz, pero en cuanto el orgullo te sugiere que le des la espalda te diriges a las tinieblas.

6. No te ofendan las diferencias de opinión

¿Cómo puede uno estar seguro de lo que es verdad cuando hay tantas creencias distintas dentro del cristianismo? Algunos han tropezado con tanta fuerza en la disensión religiosa que han abandonado la verdad que antes conocían. Aunque no han naufragado en la isla del ateísmo, han ido a la deriva en la incertidumbre, no dispuestos a anclar sus juicios hasta ver una resolución inmediata de toda diferencia de juicio y opinión, para encontrar la unidad en cada aspecto de nuestra religión. Seguramente son tan necios como aquel que se negó a comer hasta que todos los relojes de la ciudad dieran las doce exactamente a la vez.

7. Conoce el valor de la verdad en tu corazón

Muchas bibliotecas magníficas han sido destruidas por soldados ignorantes que no sabían el tesoro que tenían delante. El destino de la verdad también depende de las manos que la encuentran. Si la verdad llega a uno que la aprovecha para extraer de ella fuerza y dulzura, entonces operará eficazmente en su corazón. Pero si alguien la recoge sin buscar su consuelo divino y su poder santificador, pronto la tirará en algún callejón como si fuera basura.

También hay personas que bailan alrededor de una vela antes de apagarla ellas mismas. Cuando me entero de alguien que antes tenía como verdadera la doctrina del pecado original y luego la negó, me temo que se haya cansado y haya abandonado la eficacia de la verdad antes de que su juicio perdiera la verdad misma. A veces los creyentes, en los tiempos malos, resbalan y abandonan los antiguos y preciosos principios de la Palabra. Consideremos, por ejemplo, el canto de los Salmos: son tantos los que han dejado esta práctica que me pregunto si habrán disfrutado alguna vez de una comunión preciosa con

Dios. ¿Ha bailado alguna vez su corazón ante Dios con amor celestial mientras cantaban con sus labios? ¡Qué extraño resulta escuchar a una persona piadosa negar esto! Cristiano, si alguna vez te has encontrado con Dios en esta puerta del Tabernáculo ¿se enfrió acaso tu corazón antes de menospreciar el deber de cantar alabanzas al Señor?

Una profesión libre y valiente de la fe

La segunda manera como la verdad se ve asaltada es con la violencia. Satanás remienda la piel de zorro de los seductores con la piel de león de los perseguidores. Las tragedias más sangrientas del mundo han ocurrido en la Iglesia, y las masacres más despiadadas se han cometido contra las ovejas indefensas de Cristo. El primer asesinato fue un creyente, y murió por sus creencias. Lutero dijo que Caín seguirá matando a Abel hasta el final de los tiempos. Los fuegos de la persecución no se apagarán del todo mientras quede una chispa de odio en los corazones malvados de la tierra, y un diablo en el Infierno que avive la llama.

Muchos que nunca se hubieran separado de la verdad por argumentos o errores, lo han hecho a causa de la persecución. Entonces, la segunda manera necesaria para el creyente de ceñirse los lomos con la verdad, es mediante una profesión de fe valiente. La verdad sin coraje hace de un hombre un pez espada: tiene la espada en la cabeza, pero no un corazón para utilizarla. Sin embargo, aquel que está dotado de un valor santo y celestial para desenvainar la espada del Espíritu y abrazar la verdad manifiesta profesándola libremente ante la muerte es invencible. En esto consiste “ceñirnos con la verdad”.

1. Mantén una profesión firme de la verdad

El apóstol recalcó esta instrucción para todo creyente al decir: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza” (He. 10:23). Pablo hablaba contra aquellos que dejaban de reunirse con los cristianos por temor a la persecución, ya que creía que el hombre que se tambalea espiritualmente está a la puerta de la apostasía. Por tanto, no debemos

desplegar las velas de la profesión de fe cuando hay calma para plegarlas en cuanto se levante un poco de viento.

Pérgamo fue alabada por su valiente profesión de fe:

Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros (Ap. 2:13).

En aquel tiempo, el engañador se sentaba en la silla del juez y los cristianos a menudo eran condenados a muerte. La sangre derramada ante sus ojos no les hizo negar, sin embargo, la verdad de la sangre de Cristo que había sido dada por ellos.

Pablo encargó rigurosamente a Timoteo una profesión firme de la verdad: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre (1 Ti. 6:11). Mientras los que te rodean se dirigen al mundo, corre tú tras las riquezas espirituales más rápido que ellos.

¿Y si esto de buscar la justicia no se puede hacer apaciblemente? ¿Cerramos el taller, guardamos la profesión en la estantería y postergamos la santidad hasta que vuelvan los buenos tiempos? La solución de Pablo es: “Pelea la buena batalla de la fe” (v. 12). No abandones la profesión de verdad, sino juégate la vida por mantenerla.

Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento (vv. 13,14).

El apóstol te avisa: si quieres ver el rostro de Cristo con consuelo en la resurrección, a Aquel que escogió perder la vida antes que negar la verdad, no abandones tu profesión, sino mantente firme.

En las *Confesiones* de Agustín, se relata la historia de Victorino, un romano famoso por su retórica. Hacia el final de su vida recibió a Cristo, y fue a ver a Simpliciano, susurrando: “Soy cristiano”. Pero aquel creyente contestó sabiamente:

“No lo creeré ni te consideraré como tal, hasta verte entre los creyentes en la iglesia”. Victorino se rió, y señalando a las paredes, preguntó: “¿Estos muros hacen a un cristiano? ¿Hay que profesarlo abiertamente?”. Tenía miedo por ser un converso reciente, aunque anciano. Pero pasó el tiempo, y después de confirmarse más en la fe, consideró seriamente que si seguía avergonzándose de Cristo, este se avergonzaría de él al volver en la gloria del Padre. De nuevo fue a ver a Simpliciano, y le dijo que estaba dispuesto a ir a la iglesia. Allí decidió profesar abiertamente su fe, diciendo que, puesto que llevaba años profesando la retórica, ¿por qué debía temer profesar la Palabra de Dios?

Dios requiere que el cristianismo sea tanto del corazón como de la boca: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro. 10:10). Mientras que la confesión oral sin fe de corazón es una gran hipocresía, imaginarse la fe sin una profesión abierta supone tanto hipocresía como cobardía.

2. Dios ha confiado su verdad a sus hijos

La verdad es el gran tesoro que Dios entrega a sus hijos con la seria instrucción de guardarla contra todo lo que intente minarla. Algunas cosas se las confiamos a Dios y otras él nos las confía a nosotros. Lo más importante que ponemos en manos de Dios para que lo guarde es nuestra alma: “[Él] es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12). Dios confía en nosotros para guardar su verdad: “Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Y Pablo exhorta a Timoteo: “Retén la forma de las sanas palabras [...]. Guarda el buen depósito” (2 Ti. 1:13,14).

Si el hombre a quien se encomiendan la corona y las joyas reales debe proteger estos bienes terrenales contra el robo y la pérdida, ¡cuánto más solemne será la responsabilidad del cristiano de defender el tesoro divino! La Palabra de verdad es el testimonio de sí mismo que Dios da a los cristianos, sus testigos escogidos llamados a vivir esta verdad con una profesión libre y santa ante todos.

3. Mantén tu profesión de la verdad frente a la muerte y el peligro

Hoy tenemos la verdad a bajo precio; pero no sabemos cuándo puede subir el coste. La verdad no siempre está disponible al mismo precio. Hemos de adquirirla, cueste lo que cueste, y no venderla por ningún dinero.

Siempre ha habido y habrá, hasta el fin del mundo, un espíritu de persecución en los corazones malvados. Así como Satanás investigó a Job antes de echarle mano, la persecución obra ahora en los espíritus de los impíos. Los ingenios de la muerte continuamente inventan pensamientos diabólicos contra los creyentes profesantes de la verdad. Ya saben exactamente qué hacer si consiguen el poder y la oportunidad para llevar a cabo sus siniestros deseos.

Satanás acude primero con un espíritu de error y luego de persecución; envenena la mente humana con el error y después llena los corazones de ira contra los creyentes. Resulta imposible que el error traiga paz alguna: es un mocoso del Infierno que tiene que favorecer a su padre. Lo que viene de abajo no puede ser ni puro ni pacífico. Dios ha permitido que este espíritu venenoso de error exista, pero nos ha dado el cinturón de la verdad para protegernos.

No todo aquel que aplaude la verdad la seguirá hasta la cárcel. No todo aquel que la predica estará dispuesto a sufrir por ella. Los argumentos son inofensivos: armas romas que no sacan sangre. Pero cuando sufrimos se nos llama a luchar contra los enemigos de la verdad. Esto exige algo más que una lengua precisa y un cerebro lógico. ¿Dónde estarán entonces los disputadores? Serán como soldados cobardes que, durante el adiestramiento, sin el enemigo delante, parecían tan valientes como héroes condecorados. Entonces, estar de parte de la verdad solo significaba recibir un galardón y una satisfacción, pero no peligro y muerte. Pero Dios ha escogido a los necios para confundir a los sabios en este servicio: al cristiano humilde —por su fe, paciencia y amor a la verdad— para avergonzar a hombres preeminentes y privados de la gracia.

Como estar ceñido con la profesión de la verdad

Lo peor que pueden hacernos los enemigos es darnos muerte o prisión; pero “fuerte como la muerte es el amor” (Cnt. 8:6). Este mata el corazón de la muerte misma. El amor no se queja del sufrimiento: Jacob soportó el calor del día y el frío de la noche por amor a Raquel. El amor es aventurero: Jonatán desechó un reino y se enfrentó a la ira de su padre por amor a David. El amor nunca se considera perdedor mientras conserve a su amado; está dispuesto a correr cualquier peligro a fin de poderse sacrificar por su elegido.

Esta clase de amor ha hecho a los cristianos abandonar bienes terrenales, relaciones familiares y hasta su propio cuerpo con gozo, sin considerarlo una pérdida. “Menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Ap. 12:11). La vida misma fue su enemiga al interponerse entre ellos y la verdad.

Nadie ama su brazo o su pierna lo bastante como para conservarlo si corre peligro el resto de su cuerpo: estará de acuerdo en dejar que se lo corten. Así mantuvo David valientemente sus prioridades cuando peligraba su vida: “Los impíos me han aguardado para destruirme; mas yo consideraré tus testimonios” (Sal. 119:95). Un corazón carnal consideraría el peligro para su negocio, esposa e hijos, o por lo menos para su propia vida. Pero el corazón de David estaba fijo en un tema mejor: se concentraba en los testimonios de Dios y en la dulzura que invadía su alma al meditar en ellos. Cuanto más se aferraba a la verdad, tanto más pequeños parecían hacerse sus problemas.

Es un misterio para el mundo que uno arriesgue su vida por lo que según ellos solo son opiniones. Cuando el Salvador le dijo a Pilato que había venido al mundo “para dar testimonio a la verdad”, Pilato respondió: “¿Qué es la verdad?” (Jn. 18:38). Es como si le dijera: “¿Es momento de pensar en la verdad cuando tu vida corre peligro? ¿Qué es la verdad, a fin de cuentas, para que aventuras tanto por ella?”. El cristiano lleno de la gracia de Dios más bien preguntaría con santo desdén: “¿Qué son las riquezas, los honores y los placeres temporales de este mundo engañoso? ¿Qué es la vida misma, para que algunas o todas estas cosas se opongan a la verdad?”

Todos se dirigen adonde los lleva su amor. Si el mundo es dueño de tu amor, entregarás tu vida por él; pero si la verdad es su dueña, entonces interpondrás la vida antes que dejarla mutilar. Cuida de que tu amor a la verdad sea íntegro, o te abandonará a la puerta de la prisión. Hay tres clases de impostores cuyo amor no sobrevivirá a la prueba del fuego.

Embaucadores que utilizan la verdad

1. Los que emplean la verdad para su beneficio carnal

A veces la verdad recompensa muy bien en moneda de este mundo a quienes la cuidan, lo cual es un arreglo provechoso que hace que muchos la inviten. Estas personas no aman realmente la verdad, sino solo sus zarcillos de diamante. En la época de Enrique VIII, muchos mostraban celo contra las abadías, pero amaban más los terrenos de estas que odiaban su idolatría.

La verdad encuentra muy pocos que la amen gratuitamente, por ella misma. Solo estos pocos sufrirán con la verdad y por su causa. Cuando se acabe la dote mundana, los infieles se aburrirán de su unión con la verdad. El fuego del hogar no arde más tiempo que la leña con que el provecho lo aviva. Si no puedes amar la verdad desnuda, no estarás dispuesto a ir desabrigado por ella. Si no puedes amar la verdad en desgracia, no querrás ser desgraciado por ella.

2. Los que hablan de la verdad sin vivirla

A menudo la gente no deja que la verdad se les acerque. La recomiendan, pero son como aquella mujer que entretiene a un galán y habla bien del mismo, sin embargo no se le ocurre casarse con él. Besar y acariciar es una cosa, pero el amor verdadero es otra. Bucholcerus dijo que muchos besan a Cristo pero pocos lo aman. El verdadero amor a Jesús significa la unión más santa. Cuando un alma se rinde por una atracción interior a Cristo como esposo, para ser gobernada por su Espíritu y dirigida por su Palabra de verdad, es que realmente lo ama a él y su verdad.

El que se niega a obedecer la verdad, sin embargo, está tan

lejos de amarla que termina temiéndola. La perseguirá antes que padecer por ella. Jerónimo lo dice así: “Odiamos a los que tememos, y queremos destruir a los que odiamos”. Herodes temía a Juan, y ese temor le costó la vida al hombre de Dios. El temor hace que el corazón duro confine la verdad en su conciencia, porque si la verdad tuviera libertad y autoridad en el alma, ejecutaría toda pasión ardiente que gobierna allí. El que encarcela la verdad en su propio corazón nunca será encarcelado como testigo de la verdad.

3. Los que no tienen celo contra los enemigos de la verdad

El amor siempre va armado de celo; y está listo para sacar esa daga contra todos los enemigos de la verdad. El celo es como el fuego: si se encierra en el corazón de un cristiano y no puede salir para castigar la maldad, arde interiormente, entristeciendo y consumiendo el espíritu del creyente por no rescatar la verdad de la estampida de la blasfemia y el error.

No es ningún gozo para el amante celoso sobrevivir a su amada; antes prefiere echarse con ella en la tumba polvorienta que vivir solitario sin ella. Cuando Cristo le dijo que Lázaro había muerto, Tomás replicó: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Jn. 11:16). La melancolía por vivir tiempos malos suscitó la oración solemne de Elías pidiendo la muerte: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 R. 19:4). El santo Profeta veía a los hombres cortejar a los idólatras y matar a los siervos de Dios. Y decidió que era abandonar el mundo que vivir el tormento de ver pisoteado el nombre, la verdad y a los siervos de Dios por la misma gente que debían mostrarles más veneración.

Pero si el celo tiene poder para reivindicar la causa de la verdad, sus enemigos sabrán sin duda que “no en vano lleva la espada” (Ro. 13:4). Moisés era manso y mudo en cuanto a su propia causa, pero su corazón se inflamó con demasiada ira para orar siquiera por su pueblo, aunque lo amaba tanto, hasta hacer caer el celo de la justicia sobre los idólatras.

Sin embargo, las actitudes neutrales pueden contemplar la lucha de la verdad con el error manteniendo las distancias, y negándose a sufrir por la verdad. El pastor que no tiene sufi-

ciente amor y valor para defender la verdad en el pulpito, probablemente no lo hará tampoco en la hoguera. Si el fuego del amor se apaga, o se extingue tanto que no puede derretir al hombre con la tristeza por las vejaciones hechas a la verdad, ¿dónde estará la llama que le consuma en ceniza a manos de los hombres sanguinarios? Si no es capaz de derramar lágrimas, no sangrará por la verdad.

Cómo hacer que los corazones ardan de amor por la verdad

1. Conformar tu corazón a la verdad

El parecido es la base del amor. Un corazón carnal no puede amar la verdad porque no se parece a ella. ¿Entonces, cómo es posible que un corazón terrenal ame la verdad pura y celestial? Produce tristeza cuando vemos que el entendimiento entra en conflicto con los sentimientos, y cuando el juicio y la voluntad andan con yugo desigual. ¡La verdad en la conciencia riñendo a la pasión en el corazón! Como una pareja reñida, pueden convivir durante algún tiempo; pero el descontento pronto expulsará a la verdad, como Asuero hizo con Vasti, para acoger principios que no riñan con la inclinación de su corazón al pecado. Esto ha separado a muchos de la verdad en esta época libertina: no pueden pecar tranquilos y guardar el juicio sano a la vez.

Pero si el poder de la verdad te ha transformado según su imagen por la renovación de la mente, haciendo que lleves fruto parecido a ella, nunca te separarás de ella. Antes tendrías que separarte de la nueva naturaleza que el Espíritu de Dios ha formado en ti. Pero ahora hay una nueva unión entre tú y la verdad —o entre tú y Cristo— que nunca se podrá romper.

Un gran poder acompaña al matrimonio: dos personas que apenas se conocen pueden abandonar a sus amigos y parientes para disfrutar uno del otro cuando el amor une sus sentimientos y el matrimonio sus personas. Pero un poder mayor acompaña al matrimonio místico del alma con Cristo, del alma con la verdad. La misma persona que antes de su conversión no daba ni un céntimo por Cristo y su verdad, ahora, unido a Cris-

to por la obra secreta del Espíritu, puede abandonar el mundo entero para unirse a él.

Un perseguidor se burlaba de cierto mártir preguntándole si no amaba a su mujer e hijos demasiado para morir. El creyente respondió: “Sí, los amo tanto que no los dejaría por todos los bienes de un duque; pero por Cristo y su verdad, ¡adiós a todos ellos!”.

2. Que tu corazón se llene continuamente del amor de Dios

Esto obrará en ti un amor a la verdad. El amor ve aquello que aprecia su amado, y lo ama por su causa. El amor de David por Jonatán le hizo preguntar por la descendencia de este para poderles mostrar su amistad por causa suya. El amor a Dios hace que el alma busque lo que Dios ama para expresar el deseo por la verdad y así manifestar su amor a Dios.

Dios ha puesto un alto precio a la verdad: “Has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas (Sal. 138:2). Miremos algunas de las maneras como Dios valora la verdad:

a) La misericordia de Dios al revelar la verdad

Cuando Dios por su gracia revela su Palabra al pueblo, le da una de las mayores misericordias que este pueda recibir: la llama “las grandezas de mi ley” (Os. 8:12). Lo que un pueblo pueda recibir de manos de Dios sin su verdad, no se puede comparar con la verdad más que el pan y agua dado a Agar e Ismael con la herencia de Isaac. Y Dios, que sabe apreciar sus propios dones, dijo acerca de la Palabra revelada a Jacob, que él “no ha hecho así con ninguna otra de las naciones” (Sal. 147:20); esto es, no con la misma riqueza y gracia.

b) El cuidado de Dios para conservar su verdad

Dios nunca ha dejado que la verdad se pierda. En los naufragios la gente no intenta salvar las cosas triviales y de poco valor, sino lo más apreciado. En todas las grandes revoluciones de reinos e iglesias, Dios ha preservado su verdad. Miles de cristianos han perdido la vida, pero el diablo odia más la verdad que a los cristianos. ¡Y sigue viva!

Si la verdad no fuera tan preciosa para Dios, él no permitiría que se comprara con la sangre de su pueblo y, más importante aún, con la de su Hijo. En aquel gran día, cuando los elementos terrenales se fundan en el fuego, la verdad de Dios ni siquiera olerá a chamuscado: “La palabra del Señor permanece para siempre (1 P. 1:25).

c) La severidad de Dios ante los enemigos de la verdad

Hay una maldición terrible sobre aquel que añade a la verdad o quite de ella. Lo uno atrae todas las plagas escritas en la Biblia; lo otro borra su herencia del libro de la vida y de la ciudad celestial. No es asombroso que Dios valore tanto la verdad, cuando consideramos lo que es: la sustancia de sus pensamientos y consejos desde la eternidad hasta la eternidad. Es la representación más plena que Dios mismo pueda otorgar de su Ser para que podamos conocerlo y amarlo.

Los príncipes solían enviar su retrato por medio de embajadores a la muchacha con quien querían casarse. Dios es tan infinitamente perfecto que ninguna mano más que la suya puede dibujarlo fielmente; y esto es exactamente lo que ha hecho en su Palabra. Por ello, los cristianos de todos los tiempos le han entregado sus corazones con gozo.

Al aceptar o rechazar la verdad, aceptamos o rechazamos a Dios. Aunque los hombres no pueden destronar a Dios ni quitarle su divinidad, se acercan lo más posible a ello cuando atacan la verdad: ejecutan a Dios en efigie. Pero Dios no cesa de desear que los que le amamos nos aferremos a su verdad.

3. Medita con frecuencia en la excelencia de la verdad

El ojo es la ventana por donde entra el amor, y el ojo espiritual que puede ver la verdad en su hermosura nativa no puede menos que amarla. Así se extasió el corazón de David con el amor por la Palabra de verdad: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Sal. 119:97). David encontró gran diferencia entre la meditación de las verdades de la Palabra y lo mejor que pudiera ofrecer el mundo: “A toda perfección he visto fin” (v. 96). Al poco de pensar veía el fondo de la gloria del mundo, pero al mirar la verdad de Dios, sus

El cinturón espiritual de la verdad

pensamientos se expandían en admiración y dulce meditación: “Amplio sobremanera es tu mandamiento” (v. 96).

Los grandes barcos no navegan por ríos estrechos o aguas poco profundas; tampoco la mente llena del conocimiento celestial de Dios encuentra espacio libre en las filosofías del mundo. Un alma llena de gracia pronto encalla en esas marismas; pero si se lanza a la meditación de Dios, su Palabra y las verdades misteriosas del evangelio, encontrará aguas anchas, y un océano para sumergirse. Quiero dirigir tu meditación hacia algunas cosas preciosas que encontrarás al explorar estas verdades.

a) La verdad es pura

No solo es pura sino que purifica y santifica al alma que la abraza: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). Es el agua pura que Dios utiliza para lavar el alma: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré” (Ez. 36:25).

b) La verdad es segura

La verdad tiene fondo firme; podemos apoyar todo el peso del alma sobre ella, sabiendo que no se romperá. Aférrate a la verdad y ella se aferrará a ti. Te acompañará a la cárcel y adonde vayas por su causa: “No ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas” (Jos. 23:14).

Sea lo que fuere lo que te promete la verdad, considéralo como dinero efectivo en tu bolsillo. Policarpo dijo: “Durante sesenta años he servido a Dios, y lo hallo buen Amo”. Cuando los hombres abandonan la verdad en aras del progreso, están pidiendo una desilusión. Los halagan con promesas vanas para alejarlos de la verdad y no salen mejor parados que Judas después de entregar al Maestro en manos de los judíos.

c) La verdad es libre

Y aquel que se aferra a ella también: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Jn. 8:32). Pero Cristo dijo claramente a los

judíos la razón de su esclavitud: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (v. 44). Todo pecador es esclavo de Satanás. Aquel que tiene encima el parásito de la lascivia no encuentra descanso, debiendo servirla todos los días. Pero si todos los deseos diabólicos tuvieran clavado al pecador al suelo de la prisión de Satanás, y la verdad de Cristo le abriera el corazón, pronto se verían temblar los cimientos de la prisión, abrirse sus puertas y caérsele las cadenas.

La verdad no se puede atar. Tampoco permanecerá en un alma atada por el pecado. Una vez que la verdad y el alma se ponen de acuerdo —Cristo y el alma—, la persona puede levantar cabeza sabiendo que su redención y liberación de la esclavitud espiritual se acercan. La llave ya está puesta en la cerradura para sacarlo. Es imposible conocer la verdad como “está en Jesús” y permanecer extraños a la libertad que la acompaña (*cf.* Ef. 4:21)

d) La verdad es victoriosa

La verdad prevalecerá sobre todo. Es el gran propósito de Dios, y aunque las muchas conspiraciones constantemente generen violencia contra el mismo, este propósito divino está firme. A veces los enemigos de la verdad toman las fuerzas de este mundo terrenal en sus propias manos, y la verdad parece caer al suelo; y a menudo los que testifican acerca de su belleza mueren.

Pero mejor será que esos perseguidores no compren mármol para grabar en el mismo sus victorias: el polvo les bastará, porque no durarán. “Tres días y medio” los testigos pueden yacer muertos en las calles, y la verdad los velará (Ap. 11:11). Pero después de ese corto tiempo se levantarán de nuevo y la verdad triunfará con ellos.

Si los perseguidores pudieran matar a los sucesores de sus víctimas, su obra no sería tan temporal; no tendrían que temer que otro derribara lo que ellos edificaron. Pero aun entonces su obra estaría abierta al Cielo y se podría frustrar tan fácilmente como la de Babel. Se puede recibir noticia de que la verdad está enferma, pero nunca muere. Es el error el que tiene corta vida: “La lengua mentirosa [permanecerá] sólo por un momento” (Pr. 12:19).

La verdad vive para reinar en paz con los que están dispues-

tos a sufrir por ella. Cristiano, ¿no quieres ser uno de los vencedores que acompañarán al carro victorioso de Cristo a la ciudad celestial y recibir una corona con los santos fieles que se mantuvieron firmes en los días de su milicia, cuando Cristo y su verdad luchaban contra Satanás aquí en la tierra? Con tus pensamientos, limpia la sangre y las lágrimas que ahora cubren la cara de la verdad sufriente y ponía ante tus ojos tal como será en la Gloria.

4. Que tu corazón se llene del temor de la ira de Dios contra la apostasía

Cuando te has quemado el dedo accidentalmente, lo acercas a la chimenea; y el fuego más intenso aliviará el dolor causado por el menor. De la misma manera, si tu mente está quemada y tu corazón chamuscado por la ira del hombre, acércalos al fuego infernal que Dios ha preparado para los miedosos que huyen de la norma de la verdad.

Un mártir que no temía lo que el hombre pudiera hacerle dijo: “Perdonadme, oh Emperador, si no obedezco vuestro mandamiento; Vos me amenazáis con la cárcel, pero Dios con el Infierno”. David mismo no temía a aquellos que le perseguían sin razón: “Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras (Sal. 119:161). La furia humana, aun en su cenit, es un clima templado en comparación con la ira del Dios vivo.

La ira humana nunca ha podido frenar ni detener el amor de Dios, que ha hecho cantar a los cristianos en la hoguera a pesar de las teas del enemigo. Pero bajo la ira de Dios, el hombre está como encerrado en un horno: sin una grieta que deje escapar el calor ni entrar aire fresco para aliviarlo.

II. UN CORAZÓN SINCERO O ÍNTEGRO COMO CINTURÓN DE LA VOLUNTAD

Qué significa un corazón sincero

La Palabra dice: “Acerquémonos con corazón sincero” (He. 10:22); esto es, con corazón íntegro. El *corazón sincero* y el co-

razón íntegro a menudo van unidos, y el uno explica el otro: “Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad” (Jos. 24:14). En el Nuevo Testamento se expresa como “panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Co. 5:8).

Lo opuesto a la integridad es la hipocresía, una mentira con cubierta atractiva. Un corazón insincero está dividido. Como un reloj cuyo engranaje no coincide con las manillas de la esfera, la obra interior del corazón no encaja con el comportamiento exterior.

Por qué la integridad se compara a un cinturón

La integridad o verdad de corazón se puede comparar con un cinturón por el doble propósito del cinturón del soldado.

1. Porque cubre las juntas de la armadura

En la cintura, las piezas de la armadura que defienden la parte inferior del cuerpo se conectan con las piezas superiores. Ya que es imposible que encajen perfectamente, habrá alguna holgura entre las piezas. Así que se utiliza un cinturón ancho para cubrir cualquier hueco.

La integridad hace lo mismo en el cristiano. Los dones del cristiano no son tan uniformes, ni su vida tan perfecta, que no haya defecto ni debilidad en su servicio. Pero la integridad los cubre todos para que no lo expongan a vergüenza ni lo dejen vulnerable al peligro.

2. Porque presta fuerza

Mientras más se ciñe el cinturón al cuerpo, más se refuerzan los lomos. Así, cuando Dios se propone debilitar a un pueblo utiliza la expresión “desatar lomos de reyes” (Is. 45:1).

La integridad es la fuerza de toda virtud. Mientras más hipocresía haya en nuestros dones, más débiles serán estos. La fe íntegra es fuerte, el amor íntegro es poderoso. Pero la hipocresía es para los dones y frutos del Espíritu como el gusano para el roble o el óxido para el hierro: debilita mediante la corrupción.

La sinceridad cubre las deficiencias del cristiano

1. La verdad moral

Esta clase de rectitud es como una flor silvestre que puede crecer en tierra baldía. Puede mostrar una cierta medida de verdad en sus actos, pero no tiene ni una hebra de la gracia que santifica y salva. Dios mismo fue testigo a favor de Abimelec cuando este había tomado a Sara: “Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto” (Gn. 20:6). Es decir, que no pretendía dañar a Abraham, ya que no sabía que Sara fuera su esposa.

Aunque esta honradez moral motiva la bondad en las relaciones humanas, el consejo del Señor no ha variado desde que se lo dio a Samuel: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura [...]; porque Jehová no mira lo que mira el hombre” (1 S. 16:7). Dios mira con mayor profundidad que los hombres y desecha los sacrificios de esa clase de rectitud por dos grandes defectos:

a) No proviene de un corazón renovado

La falsa rectitud es como la lepra de Naamán: el hecho de que fuera leproso le restaba honra en la corte y fuerza en la batalla (2 R. 5:1). Y esto mancha el comportamiento más noble del hombre meramente moral de nuestra época: está “sin Cristo”.

Tu moralidad aprovecha a tus semejantes en este mundo, pero no te hace aceptable ante Dios en el otro. Piénsalo así: si Dios no hubiera dejado alguna autoridad en la conciencia para restringir a los inconversos con cierta medida de honradez, los cristianos no podrían ni vivir en un mundo de tales fieras.

Así, pues, dichos hombres son dirigidos por un temor poderoso de la conciencia más que por un impulso interior de agradar a Dios. Abimelec descubrió que su honradez provenía de la mano de Dios y no de una bondad suya inherente: “Yo también te detuve de pecar contra mí, y así no te permití que la tocases” (Gn. 20:6).

b) No llega a la medida de la gracia de Dios

“Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). El arquero puede perder la competición tanto por tirar corto como

largo. El hipócrita tira largo, pero el moralista tira corto. Normalmente apunta bien en cuanto a la meta inmediata de la acción, pero nunca llega a tocar su fin último.

Así, por ejemplo, un siervo puede ser tan fiel a su amo que no le engañe en un penique, pero eso no vale nada si Dios está excluido. La Palabra manda a los siervos: “Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres” (Ef. 6:7); esto es, no solamente para los hombres. Hay que respetar el puesto del amo, pero solamente en cuanto lleva a la gloria de Dios. Para agradar a su amo terrenal, el siervo no se puede sentar al final del viaje, sino que debe ir más allá —como el ojo atraviesa el aire y las nubes para ver el sol— llegando a Dios como razón última de su fidelidad.

Ningún principio puede hacernos apuntar lo bastante alto para Dios si dicho principio no proviene de Dios mismo:

Para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios (Fil. 1:10,11).

El alma ha de plantarse en Cristo antes de poder ser íntegra y llevar fruto de justicia para alabanza de Dios. Por ello se dice que estos frutos “son por medio de Jesucristo”.

Lo que uno hace por su cuenta lo hace para sí mismo. Come su propio fruto, devorando la alabanza de lo que hace. Solo el cristiano que lo hace todo por medio de Cristo lo hace todo para él. Se alimenta de él, porque ha sido injertado; y por eso lleva fruto. Por tanto, reserva la hermosa fruta para el Labrador.

2. La rectitud evangélica

A diferencia de la verdad moral, la rectitud evangélica es una planta que solo crece en el jardín de Cristo, encerrada en un alma de gracia. Su nombre la distingue de la flor silvestre de la rectitud moral. La podemos llamar “integridad piadosa” o hasta “divina”:

Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo (2 Co. 1:12).

Esta integridad evangélica puede llamarse apropiadamente integridad divina en dos aspectos: porque proviene de Dios, y porque apunta a Dios y termina en él.

a) Porque proviene de Dios

La integridad piadosa le pertenece a Dios, concebida en el corazón únicamente por su Espíritu. Ya que esta integridad es hija de la gracia, no llama “padre” a ninguno en la tierra.

Pero esta integridad piadosa no solamente es de ascendencia divina; forma parte de la nueva criatura que el Espíritu de Dios forma y obra únicamente en sus elegidos. Es una gracia del pacto: “Les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos” (Ez. 11:19).

b) Porque apunta a Dios y termina en él

La mayor meta que podemos tener es agradar a Dios. Las desilusiones y frustraciones no nos molestan más que a un mercader el perder un cordón de zapato en el camino, cuando se apresura hacia su casa cargado con la recompensa de oro y plata que buscaba.

El ojo del amo dirige la mano del siervo. Si el siervo puede agradar a su amo está contento, a pesar de las duras críticas o el rechazo de los que le rodean. Esta clase de persona no apunta a metas chicas ni grandes buscando la aprobación de ricos ni pobres; sus pensamientos apuntan sobre todo a Dios como objeto de su amor, temor y gozo. Como arquero sabio, dirige todos sus esfuerzos hacia ese blanco puro: cuando tiene la aprobación de Dios, sabe que ha logrado lo mejor. Pablo demuestra el sentido común de todo creyente íntegro en cuanto al propósito de Cristo para el servicio: “Procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables” (2 Co. 5:9).

Según el mundo, un hombre íntegro es aquel que no daña a otro. Algunos le recuerdan osadamente a Dios que no robará-

an ni un céntimo del vecino; pero estos mismos son ladrones en asuntos mucho más graves que todo el dinero de su prójimo. Roban tiempo a Dios y continuamente adaptan el día del Señor a sus planes personales, en lugar de a los de Dios. Deciden santificar el nombre de Dios, y hasta oran a menudo para saber su voluntad; pero sus corazones impíos insisten en la contemporización aunque sepan que la voluntad divina es la santificación.

Pero el verdadero hombre de Dios desea primero ser fiel al Padre y luego al hombre por causa del Señor. Por ejemplo, cuando los hermanos de José temían que este los tratara brutalmente, él les liberó de la sospecha: “Haced esto y vivid: Yo temo a Dios” (Gn. 42:18). Los tranquilizó: “No temáis nada de mí que no sea correcto. Podéis pensar que debido a mi autoridad no habría nadie que intercediera por vosotros si quisiera aprovecharme. Pero veo a Uno por encima de mí, infinitamente más alto de lo que parezco estar yo sobre vosotros, y le temo”.

Una de las palabras griegas para “integridad” es una metáfora enfática que se refiere a algo examinado a la luz del sol. Al comprar una tela puedes sacarla de la luz artificial y mirarla a la luz solar: si en la tela hay el más mínimo defecto o agujero este se verá. El alma piadosa mira al Cielo y quiere que todo pensamiento, juicio, sentimiento y obra se ponga ante la luz que brilla desde la Palabra (esta es la gran lámpara en que Dios ha reunido toda la luz para guiar a los cristianos, como el sol alumbraba nuestros cuerpos en la tierra). Si estas cosas son según la Palabra, y pueden mirarla sin avergonzarse, seguiremos nuestro camino sin tropiezo. Pero si alguno huye de la luz de la Palabra —como Adán intentó esconderse de Dios—, entonces hemos llegado al final del viaje.

Las cosas son verdaderas o correctas si se conforman a su principio fundamental. Cuando una medida concuerda con el patrón legal, como el metro o el litro, es verdadera. La voluntad de Dios es el patrón para la nuestra, y la persona íntegra gobernará y medirá todos sus deseos según la misma. Por eso llamaban a David “un hombre según el corazón de Dios”, porque llevaba la imagen del corazón de Dios esculpida en su es-

píritu, tal como está grabada en el sello de la Palabra. Consideremos ahora qué es lo que cubre este cinturón de integridad.

Las deficiencias que la sinceridad cubre

1. Los bienes externos temporales

El mundo atribuye a la belleza, la herencia, el dinero y los dones intelectuales más prestigio del que les corresponde. Pero la virtud íntegra los supera a todos y reenfoca la atención debida sobre la persona misma. La virtud alcanza mayor honra ante Dios, los ángeles y los hombres (si son sabios), que la deshonra y el desdén causados por la falta de bienes externos ante el mundo.

a) La belleza

Es un ídolo universal que embelesa al mundo. Pero lo que embellece el rostro es la sabiduría. ¿Quién querría ser una botella adornada pero vacía en lugar de un envase lleno de rico vino? Si la virtud íntegra no llena el corazón, la belleza natural del rostro valdrá muy poco. Una persona bella sin verdadera virtud es como un hermoso matorral: más hermoso cuando se mira de lejos. Por otra parte, el corazón íntegro sin atractivo externo es como una dulce flor que no se pinta de tan vivos colores: es mejor tenerla en la mano que mirarla, por ser su olor mejor que su aspecto. Cuanto más te acercas al hombre íntegro, más sientes la vida que irradia su corazón.

b) Orígenes humildes

No importa lo vil que sea tu nacimiento: la gracia te otorga una cota heráldica gloriosa, limpia tu sangre y hace ilustre tu familia: “Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y yo te amé; daré, pues, hombres por ti, y naciones por tu vida (Is. 43:4). La integridad es una brillante marca de honor, y donde brille esta estrella sobre una casa humilde, te dice que un gran príncipe mora dentro.

Más importante, la integridad lleva al hombre a la familia del Dios Altísimo; esta nueva unión borra su nombre manchado y le da el nombre mismo de Dios por apellido. Se une a Dios

por la fe sin fingimientos; ¿y quién puede decir que la esposa del Príncipe de Paz sea de humilde condición?

c) La pobreza

Esta palabra suena a vergüenza para el mundo orgulloso. Pero aun si uno es muy pobre, puede tener acceso a una rica mina que le levantará por encima del desprecio mundano si una veta de gracia íntegra corre en su corazón. Quizá tendrá que admitir que no tiene dinero en el banco, pero no podrá decir que no tiene un tesoro, pues quien tiene la llave al tesoro de Dios es el más rico: Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios. (1 Cor 3:21, 23)

d) Dones intelectuales

Los hombres, por tradición, ovacionan el intelecto y aplauden la excelencia del conocimiento. Ciertamente, la capacidad intelectual está más al nivel de la facultad humana más noble: la razón. Los dones anteriores —belleza, riquezas, linaje— se hallan tan por debajo de la naturaleza espiritual de la razón que son como los soldados de Gedeón que no pudieron beber en el arroyo. No es posible gozarse en ellos a menos que la persona se rebaje muy por debajo de su alma racional. Pero el intelecto, las habilidades y la ciencia parecen levantar la cabeza del hombre y hacer que este se mantenga erguido. Por tanto, los “sabios” de este mundo no tratan a nadie con más desdén que a aquellos que están menos dotados intelectualmente.

Veamos ahora cómo puede la integridad cubrir esa desnudez de la mente. Si lloras porque tu comprensión parece torpe y no da la talla de aquellos cuyo intelecto brilla más, conténtate con tu corazón íntegro. Ellos tienen una perla en la cabeza, la cual hasta un sapo puede llevar; pero la tuya está en tu corazón. Esta perla de la virtud es tu “perla de gran precio” (*cf.* Mt. 13:46).

Un corazón íntegro te sitúa más alto en el corazón de Dios de lo que tu debilidad pueda rebajarte en la opinión del mundo. Hasta sin las capacidades de los hombres naturales podrás encontrar el camino al Cielo; pero ellos caerán en el Infierno, con todos sus logros intelectuales, por su falta de integridad.

Recuerda: mientras que tus pequeños dones no te incapacitan para la gloria del Cielo, sus dones no santificados, con toda seguridad, los habilitarán para una mayor miseria en el Infierno. Y mientras tú obtendrás un mejor intelecto, ellos no poseerán mejores corazones.

2. La fealdad del pecado

Esta es la peor clase de fealdad espiritual porque mancilla alma y espíritu, los cuales Dios deseaba que fueran la fuente de la hermosura del creyente. Todo aquello que manche o deforme el alma constituye el estorbo más grave para la hermosura de la santidad dibujada en ella por la pluma perfeccionadora del Espíritu Santo.

El monstruo del pecado ha desfigurado tanto el dulce rostro del hombre que ya no se parece más a la hermosura que Dios creó; como no se parece el demonio del Infierno al santo ángel que fue en el Cielo. Pero, por su gracia, Cristo se ha encargado de sanar esta herida del pecado en la naturaleza del hombre: su poder sanador obra en sus elegidos, pero la cura aún no es tan completa como para borrar las cicatrices; esa es la fealdad que la integridad cubre.

Cómo la integridad cubre las deficiencias del cristiano

La misericordia perdonadora abraza la integridad con anhelo. Cristo es Aquel que cubre nuestros fallos y pecados, pero solo envuelve con su manto de justicia al alma íntegra: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado [...]. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad...” (Sal. 32:1,2). A todos les gusta creer esto, pero observemos el requisito para recibir esta misericordia: “Y en cuyo espíritu no hay engaño” (v. 2). La justicia de Cristo cubre la desnudez de nuestra vergonzosa injusticia, pero la fe es la virtud que nos envuelve con este manto.

Dios aprueba al hombre íntegro y lo considera santo y justo a pesar de que no está totalmente libre de pecado. E igual que Dios no confunde el pecado del cristiano con la integridad,

tampoco le quita la santidad por ello. Por ejemplo, la Escritura consigna que Job cayó en el hoyo del pecado, pero Dios vio la integridad mezclada con su transgresión y lo juzgó recto.

La integridad no ciega a Dios para que no vea el pecado del cristiano, pero hace que lo considere con compasión en vez de con ira. Es como el marido que sabe que su mujer le es fiel, y por ello se compadece de sus debilidades y la aprecia como buena esposa. “En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (Job 1:22). Al final del combate, Dios dio un testimonio favorable acerca de Job: “[Mi siervo Job ha hablado] de mí lo recto” (42:7). Job mismo veía su propia prudencia salpicada de fallos, y esto le hizo confesar su pecado en lugar de presumir de la misericordia de Dios. Pero Dios vio su integridad.

La misericordia del Padre para con nosotros es mucho mayor que nuestro amor por nosotros mismos. El hijo prodigo (símbolo del converso) no se atrevía ni a pedirle zapatos a su padre, cuanto menos un anillo. Su petición se limitaba a poder ser un humilde siervo. Nunca había imaginado una reunión parecida con su padre aquella primera vez. Podía haber esperado que corriera tras él con una vara o un látigo en vez de con un manto.

Aunque el padre hubiera salido al encuentro de su hijo descarriado con palabras duras y azotes antes de aceptarlo, ello habría sido una buena cosa para el pródigo en su estado menesteroso. Pero igual que Dios tiene extraños castigos para los malos, también tiene extrañas expresiones de amor y misericordia para sus hijos sinceros. Se deleita en exceder las más altas esperanzas con besos, mantos y fiestas el día en que estos regresan.

Dios también nos muestra más misericordia que nuestro amor mutuo. A veces estamos dispuestos a condenar a un cristiano por un pecado grave, pero Dios lo reclama como hijo suyo por causa de la integridad. Así vemos cómo Dios verifica el fallo y la perfección de Asa en la misma frase: “Los lugares altos no eran quitados de Israel, aunque el corazón de Asa fue perfecto en todos sus días” (2 Cr. 15:17). Dios era el único capaz de absolver a este hombre, porque si no se supieran más

que los hechos escuetos de su vida —sin el testimonio de la aprobación de Dios— su santidad sería unánimemente condenada por un jurado de hombres santos.

Como Elías no veía a nadie que adorara al Señor con su mismo celo, desafiando la idolatría sin temor, gemía ante Dios creyendo que la apostasía se había apoderado de la tierra. Pero Dios supera la ansiedad de Elías: “Yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron”, le dice (1 R. 19:18). Dios consoló a su profeta con algo así como: “Tranquilízate, Elías, aunque el número de mi pueblo no es grande, no hay tanta escasez de creyentes como piensas. Es verdad que su fe es débil, y que no critican severamente el pecado de este tiempo como tú, pero tu galardón tuyo es. No voy a desheredar a mis discípulos anónimos que llevan su luz en linternas cubiertas por temor: tienen alguna integridad, y esto los ha alejado de los ídolos”.

Dios nos aconseja que seamos tiernos con sus corderos, pero nadie puede serlo tanto como el mismo Padre. La Palabra habla de tres clases de cristianos: “padres”, “jóvenes” e “hijitos” (1 Jn. 2:12-14). El Espíritu de Dios demuestra su compasión mencionando a los más jóvenes primero y dándoles la dulce promesa de la misericordia: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre” (v. 12). Dice claramente que sus pecados son perdonados, y a la vez tapa la boca de la inculpación para que no se desanimen ni se opongan al evangelio, pues han sido perdonados por su Nombre, un nombre mucho más poderoso que el peor pecado.

Entonces, la integridad mantiene la reputación del alma ante el trono de la gracia, para que ningún pecado ni debilidad pueda estorbar su acogida por parte de Dios. Consentir la iniquidad del corazón, no solo tenerla, es lo que estorba el que Dios oiga nuestras oraciones (*cf.* Sal. 66:18). Esta es la tentación con que luchan tantos cristianos al dejar que su debilidad personal los aleje de la oración que prevalece: se retraen como los pobres que no entran en la iglesia por no tener ropa elegante.

Para resolver este problema Dios ha provisto las promesas, que en todo caso son nuestra única base para la oración, y las ha adecuado para el menor grado de virtud. Y así como un re-

trato bien conseguido está a la vista de todo el que entre en la sala, estas promesas del pacto del evangelio sonríen a todos aquellos que miran sinceramente a Dios en Cristo. La Palabra no dice: “Si tuvieras fe como un cedro”; sino “como un grano de mostaza” (Mt. 17:20). La fe justificadora no es inferior a aquella que obra milagros en su propia esfera. La fe menos íntegra en Cristo quita la montaña formada por la culpa del pecado en el alma. Así todos los cristianos tienen “una fe igualmente preciosa” (2 P. 1:1). En el libro de Génesis casi no se ve la fe de Sara; pero en Hebreos 11 Dios la menciona honrosamente, junto a la fe más fuerte de Abraham.

¿Qué clase de amor es este que hace que el favor de Dios descienda al hombre? No consiste en “gracia a todos los que aman al Señor Jesús con amor angelical”, sino con amor *íntegro*. Tampoco dice: “Bienaventurados aquellos que son tan santos como Melquisedec”, santo en tal o cual grado. No; para que ningún pobre cristiano pierda su parte de la herencia prometida por Dios: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (Mt. 5:6). Esto incluye a todo hijo de Dios, aun al bebé de un solo día en Cristo.

Para resumir, si la integridad no garantizara la entrada al trono de la gracia, Dios no aceptaría ninguna oración, porque nunca ha habido ni habrá un cristiano vivo que no tenga páginas enteras de faltas en su vida y en quien no se encuentren fallos estrepitosos. Elías, por ejemplo, hizo grandes maravillas en el Cielo y la tierra mediante la oración, pero el Espíritu de Dios nos recuerda que él era un hombre como nosotros: “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente [...]. Y otra vez oró...” (Stg. 5:17,18). Hasta una mano débil, con un corazón íntegro, puede hacer uso de la llave de la oración.

Por qué la integridad cubre las deficiencias del cristiano

1. La integridad fluye de la gracia del pacto del evangelio

El pacto del evangelio relaja el rigor de la ley (que exigía obediencia completa) y habla en términos de integridad y verdad

del corazón. Cuando Dios estableció su pacto con Abraham expresó este requisito: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto [o íntegro]” (Gn. 17:1). Es como si Dios dijera: “Abraham, ven y te diré lo que espero de ti, y lo que puedes esperar de mí. Si me pones delante y deseas sinceramente agradarme, puedes confiar en lo que un Dios Todopoderoso puede hacer, protegiéndote en tu obediencia y perdonándote cuando no llegues a la obediencia perfecta. Anda en integridad de corazón ante mí, y en Cristo te aceptaré a ti y tus esfuerzos sinceros con la misma ternura que lo hubiera hecho con Adán si nunca hubiera pecado”.

“Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios” (1 Jn. 3:21). Según el pacto actual, no es la presencia del pecado en nosotros lo que hace que nuestra conciencia nos condene. La conciencia de Pablo le absolvía —y hasta le daba motivos para un santo gloriarse—, al encontrar el pecado en sí mismo.

Dios nos da la conciencia para juzgar, en representación suya, en el tribunal privado del corazón. Está atada por la misma ley con la cual Cristo mismo absolverá o condenará en el Día del Juicio. Cuando comparezcamos en juicio ante Cristo, la gran pregunta será si hemos sido íntegros o no. Al igual que él no condenará al alma íntegra, aunque se le acuse de mil pecados, tampoco nuestro corazón nos condenará.

¿Cómo podrá Dios aceptar una obediencia tan imperfecta cuando fue tan severo con Adán, hasta el punto de declarar inaceptable el primer fracaso? En el pacto con la humanidad hecho en Adán, no había seguridad para garantizar el cumplimiento por parte del hombre de su parte en el pacto; o sea, la obediencia absoluta. Entonces Dios, para recuperar su gloria e indemnizarse por el daño causado por la ruina del hombre, fue severo con Adán.

Pero en el pacto del evangelio *hay una garantía*, Jesucristo el Justo, responsable ante Dios por todos los pecados de la vida del cristiano. El Señor cancela no solo las vastas sumas de pecados anteriores a la conversión de este, sino también las deudas continuamente contraídas después por su debilidad y descuido: “Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Je-

sucrismo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:1,2). Entonces sin menoscabar su justicia, Dios puede tachar las deudas de sus hijos, pagadas por Cristo. Que Dios haga esto es misericordia para los santos, pero justicia para Cristo. ¡Qué unidad tan preciosa cuando la misericordia y la justicia se besan!

Dios también exigía la obediencia completa bajo el primer pacto porque el hombre estaba en estado perfecto, lleno de poder y capacidad para cumplirlo; de manera que el Señor no esperaba cosechar más que lo que había sembrado. Pero en el pacto del evangelio, Dios no infunde al creyente la gracia plena, sino gracia verdadera; y consecuentemente no espera la obediencia perfecta, sino íntegra.

2. La integridad cubre las deficiencias por el gran amor de Dios

El amor, por su naturaleza, cubre las deficiencias, por muchas que sean. Ester transgredió la ley al acudir a la presencia de Asuero antes de ser invitada; pero el amor pronto produjo el perdón en el corazón del rey para perdonarla por su transgresión. Asuero se deleitaba en la belleza de Ester de la misma manera que Dios lo hace en la de sus hijos: “Los perfectos [íntegros] de camino le son agradables” (Pr. 11:20).

Dios acepta a la persona cuyo corazón está alineado con el suyo. Con satisfacción infinita, al ver un rayo de su propia excelencia en su hijo, se goza en él y, tomándole de la mano, lo eleva a las moradas más íntimas del amor.

Rara vez se refiere la Escritura al hombre recto con una simple alusión a esa rectitud; por lo general suele haber otros detalles, como los epitafios en las tumbas, que revelan que allí yace una persona fuera de lo común. Dios presenta a Job como un hombre único al hablar de su justicia: “No hay otro como él en la tierra, varón perfecto [íntegro] y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8). También leemos acerca de sus vastas posesiones. Dios se agradó en señalar a su siervo, pero no contaba sus bienes terrenales como dignos de mencionárselos al diablo. No dijo: “¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro más rico que él?”. En su lugar expresó: “No hay otro tan íntegro y recto”.

Dios exaltó a Caleb a una posición destacada al hablar de su justicia: “Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidí ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra” (Nm. 14:24). Como si dijera: “Este hombre es mi siervo especial, una joya magnífica; tiene más valor interior que esos miles de israelitas murmuradores”. ¿Cómo llegó Caleb a alcanzar este honor? Dios dice: “Decidí ir en pos de mí”.

Fue la integridad de Caleb lo que le honró ante Dios. Después de explorar la tierra de Canaán, se vio muy tentado a dar informes falsos. Diez de los doce exploradores adaptaron sus informes al descontento de la mayoría, y al ser sus informes contrarios a los otros, Caleb fue mal considerado y arriesgó su vida a manos de la multitud furiosa. Pero el valor y la confianza en Dios disipó su temor, y Caleb fue fiel a su cometido, hablando las palabras exactas que había en su corazón. Por ello, el Señor le levantó un monumento que durará mientras dure la Escritura.

Un ejemplo final del testimonio favorable de Dios en cuanto a la integridad lo dio Cristo al ver por primera vez a Natanael: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño” (Jn. 1:47). El corazón de Jesús, como el niño en el vientre de Isabel cuando María la saludó, saltó a la llegada de Natanael, dando testimonio de su propia gracia en él. Aunque Natanael estaba atrapado en un error de su tiempo, el de que ningún profeta podía proceder de Galilea y mucho menos de un lugar oscuro como Nazaret, Cristo vio su honradez y no dio cabida en sus pensamientos a la ignorancia de Natanael, sino que le mostró su favor divino.

Los compañeros inseparables de la integridad

1. La integridad predispone al alma

Un corazón perfecto y una mente dispuesta son cosas que van unidas. David aconsejó a su hijo Salomón: “Reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario” (1 Cr. 28:9). Un corazón falso aplaza la acción cuanto puede y merece poco aprecio por el trabajo hecho bajo la vara de corrección. Pero el alma íntegra está dispuesta a asumir la

responsabilidad. Aunque le falte habilidad y fuerza, siempre estará dispuesta. Esta disposición es como el halcón posado sobre la mano del hombre: en cuanto ve la presa se lanza, y volaría de inmediato a no ser por la pihuela que le sujeta.

“Los levitas fueron más rectos de corazón para santificarse que los sacerdotes” (2 Cr. 29:34). ¿Por qué? Estaban más dispuestos a trabajar. Tan pronto el rey pronunció algo en cuanto a la reforma, los levitas se levantaron para purificarse (v. 15).

Pero una reforma es como andar por un sendero helado donde un cobarde prefiere que otros pasen primero antes de aventurarse. La integridad está hecha de un metal más noble. Es como un verdadero peregrino: ningún mal tiempo le estorba después de que decide emprender el viaje. El hombre recto no busca excusas ni permite que cunda el desánimo, sino que recibe órdenes de la Palabra de Dios. Una vez que las tiene, nada le vuelve atrás excepto un mandamiento contrario del mismo Dios. Su corazón se une a la voluntad divina. Cuando el Padre dice: “Buscad mi rostro”; el corazón responde: “Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Sal. 27:8).

Hasta cuando nuestros mejores esfuerzos terminan en fracaso, Dios considera la buena disposición como un éxito. Si un padre le pide a su hijo pequeño que le traiga algo, el niño obediente no se queja por la dureza del mandamiento, sino que corre a cumplirlo. Aun si emplea todas sus fuerzas pero fracasa en su sencilla misión, su disposición conmueve al padre para ayudarlo. Así Cristo cubre los errores de sus discípulos con este manto: “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mt. 26:41). Esta obediencia candorosa, como miel que mana del panal, no hay que sacarla a la fuerza; y aunque haya poca, para Dios es dulce.

2. La integridad abre el alma libremente a Dios

El íntegro no intenta esconderle a Dios sus debilidades. Aunque pudiera, no lo haría, porque Dios descubre aquello que el alma esconde: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados” (1 Jn. 1:9).

En cierta ocasión, Augusto prometió pagar una gran suma al que le llevara la cabeza de un famoso pirata. Cuando el mis-

mo pirata, al enterarse de la oferta, acudió en persona para tenderse a los pies de Augusto, no solo fue perdonado por sus ofensas pasadas sino premiado por su confianza en la misericordia del emperador. Dios es así: aunque demuestre su ardiente ira contra el pecado y la injusticia, no castigará a aquel que acude humilde y libremente para glorificar su misericordia.

A diferencia del alma íntegra, el hipócrita esconde su pecado como Acán escondió el oro; empolla su lujuria como Raquel se sentó sobre los ídolos de su padre. Es tan difícil sacar a un ave de su nido como persuadir a un hipócrita para que descubra sus deseos y los confiese abiertamente a Dios. Cuando un siervo normal rompe una vasija, la esconde pronto de su amo, y tira los trozos con la idea de que no se encuentren nunca. Igualmente, una persona engañada siente alivio por haber resuelto bien el problema escondiendo el pecado de la vista de Dios.

No es la traición misma lo que molesta al hipócrita, sino el conocimiento público de ella. Aunque resulta tan imposible cegar el ojo del Omnipotente como evitar que el sol brille tapándolo con la mano, esto es lo que intenta el hipócrita. Pero Dios nos advierte contra tal estupidez: “¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo!” (Is. 29:15).

Llegará un momento, llamado “el tiempo [en que] la hallarán” (Jer. 2:24), cuando el clamor de Dios se apoderará del pecado, sus terrores saquearán la conciencia y revelarán aquello que tan enérgicamente se ha negado, obligando a los pecadores a confrontar su engaño al evadir la responsabilidad por su pecado. Dios nunca deja de desenmascarar a los disfrazados que hacen su juego con reglas que ellos mismos inventaron. Pero la integridad fija mejor rumbo. Un niño obediente no quiere esperar a que otro cuente a su padre sus errores; acude de voluntad propia y descarga su corazón dolido con una confesión plena y libre. Su sencillez no busca excusas, sino que otorga su importancia cabal a cada parte y cada agravante de su pecado, de forma que si el diablo mismo viniera para recoger los restos, apenas encontraría un vestigio de tinieblas para formar sus acusaciones.

La persona íntegra confiesa su pecado con tanta pena que

Dios, al ver a su amado hijo en peligro de caer en el desaliento, lo consuela en lugar de reñirle.

Naturaleza de la hipocresía y la repugnancia de Dios

Igual que la integridad cubre todo defecto, la hipocresía descubre el alma y la deja desnuda ante Dios a pesar del adorno de otras cualidades. Esa pústula se ceba en las perfecciones más dulces y cambia el aspecto de la persona ante Dios más drásticamente que la lepra en el rostro más hermoso.

Es interesante la manera como la Palabra describe los caracteres dispares de Asa y Amasias. De Asa dice: “Sin embargo, los lugares altos no se quitaron. Con todo, el corazón de Asa fue perfecto para con Jehová toda su vida” (1 R. 15:14). Como el oro puro, la integridad admite ligeras imperfecciones. Las debilidades de Asa no se mencionan como defectos que mancillen su honor, sino como un lunar que una artista puede emplear para que resalte la belleza de sus otras facciones. Aquellos fallos se mencionaron para dar mayor atractivo a su integridad, la cual, a pesar de sus pecados, obtuvo buen testimonio de la boca de Dios.

Pero de Amasias se dice: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, aunque no de perfecto corazón” (2 Cr. 25:2). Sus actos fueron buenos, pero su actitud torcida, convirtiendo su rectitud en error. Así vemos como la rectitud de Asa le apoyaba a pesar de sus muchas faltas, mientras que la hipocresía condenó a Amasias aun haciendo el bien.

La integridad es la vida de toda virtud y da vida a nuestro deber, al igual que la vida mantiene el cuerpo cálido y bello. La oración del corazón íntegro deleita al Cielo. Si desaparece la integridad, Dios dirá acerca de la oración lo que Abraham dijo de Sara, a quien amó en vida: “Sepultaré mi muerta de delante de mí” (Gen 23:4).

“No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir” (Is. 1:13). Lo que Dios aborrecía y que le hizo hablar tan fuerte contra sus propias ordenanzas era la hipocresía. Esta hace de la oración un ídolo que hay que destro-

zar, de la fe una ilusión, del arrepentimiento una mentira a voces. “Entonces buscaban a Dios; entonces se volvían solícitos en busca suya” (Sal. 78:34). Pero observa la interpretación dada por el Espíritu Santo: “Pero le lisonjeaban con su boca, y con su lengua le mentían; pues sus corazones no eran rectos con él, ni estuvieron firmes en su pacto” (Sal. 78:36-37).

La ira de Dios cayó sobre los hipócritas y los castigó al máximo:

Oh Asiria, vara y báculo de mi furor, en su mano he puesto mi ira. Le mandaré contra una nación páfida, y sobre el pueblo de mi ira le enviaré, para que quite despojos, y arrebate presa, y lo ponga para ser hollado como lodo de las calles (Is. 10:5,6).

No hay que hablar con el forense para determinar la causa de su muerte: era una nación hipócrita y murió de hipocresía.

Dios prefería ver “la abominación desoladora” en su Templo sembrando confusión, antes que la abominación del disimulo burlándose en su cara mientras los hipócritas adoraban de labios y pecaban de corazón. De los dos, es más tolerable para Dios ver un Belsasar, que nunca dijo ser su siervo, de juer-ga profana con sus ídolos y bebiendo en los vasos santos, que a un pueblo que dice ser siervo suyo contaminándose en una adoración maldita por la hipocresía. ¡Ay de aquel que deshonna a Dios fingiendo honrarle!

Dios señala al hipócrita como el pecador con quien saldará cuentas en persona, y a quien castigará en esta vida de forma más extrema. Ha dispuesto las autoridades civiles para castigar a ladrones y asesinos, pero solo él descubre los pecados secretos:

Porque cualquier hombre de la casa de Israel [...] que se hubiere apartado de andar en pos de mí, y hubiere puesto sus ídolos en su corazón [...], y establecido delante de su rostro tro-piezo de su maldad [...], yo Jehová le responderé por mí mismo; y pondré mi rostro contra aquel hombre, y le pondré por señal y por escarmiento, y lo cortaré de en medio de mi pueblo (Ez. 14:7).

Esto es: “Mis juicios serán tan terribles que será un ejemplo de mi ira para que lo vean los demás”.

Así que Dios, a menudo, paga al hipócrita por su pecado en esta vida. Por ejemplo, Ananías y Safira murieron por la mano de Dios con una mentira atravesada en la garganta. Judas no compró más en su trato engañoso que una soga para ahorcarse; de hecho su hipocresía fue su verdugo.

Pero si el hipócrita marcha de este mundo antes de ser desenmascarado y castigado por la ira de Dios, esta lo encontrará a la entrada del Infierno. No será consuelo alguno saber que sus amigos confiaban en que arribaría al Cielo. La reputación que deja atrás no le enfriará las llamas del Infierno. Los demás pecadores parecen meros hermanos menores de condenación para el hipócrita, con el cual, como heredero principal, reciben su parte de la ira de Dios derivada de su justicia. En el Evangelio según Mateo el amo amenaza con destrozar a su siervo malo y dice que “pondrá su parte con los hipócritas” (Mt. 24:51).

Las ofensas de la hipocresía

1. La hipocresía viola la luz de la naturaleza

La misma luz que nos enseña que hay un Dios, nos dice también que hay que servirle en verdad; si no, todo cristianismo es vano. La mentira es un pecado acorde con el estilo de vida del incrédulo, pero la hipocresía es la mentira más grave de todas, porque se miente a Dios mismo. Así fue que Pedro le hizo a Ananías la pregunta fatal: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? [...]. No has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hch. 5:3,4).

2. La hipocresía es la pecaminosidad de los demás pecados

La hipocresía es entre los pecados como la integridad entre las virtudes. La integridad constituye un adorno que embellece a las demás virtudes. La fe es preciosa por ser “no fingida”, y el amor, “sin fingimiento”. Así que el pecado más odioso de todos es aquel que se comete con hipocresía.

David, al describir a sus burlones compañeros que hablaban de él en la mesa y no podían disfrutar su comida sin sazonarla

con comentarios picantes en su contra, los llama “lisonjeros, escarnecedores y truhanes” (Sal. 35:16). Envolvían su vana conversación en un lenguaje sutil que hiciera creer a algunos que aplaudían al Salmista. Pero la hipocresía es corrupción del corazón, y mientras más podredumbre de esta haya en cualquier pecado, más maligno y mortal será.

David menciona “la iniquidad del pecado”: “Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado (Sal. 32:5). Probablemente se trata de su adulterio con Betsabé y el asesinato de Urías. Seguramente lo peor de todo fue que se hizo con tal hipocresía que David intentaba justificar sus actos ante Dios y el hombre.

La iniquidad del pecado tiñó más oscuro el comportamiento de David que la sangre inocente derramada. Dios mismo, al describirnos la gravedad del pecado de David, parece hacerlo por la hipocresía que supuso. Vemos la confirmación en el testimonio que él dio de este hombre: “Por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo” (1 R. 15:5).

¿No se descarrió la vida de David en ningún paso más que este? ¿O es que el Espíritu de Dios pasó por alto sus otros pecados? No, sino que todos se funden aquí, y se menciona la hipocresía como única mancha sobre su vida. Seguramente fue así porque había menos integridad y mayor hipocresía en este solo pecado que en todos los demás juntos.

La hipocresía hirió gravemente la integridad de David, y aunque no la destruyó, la dejó desamparada y yerma durante algún tiempo, como un hombre en estado de coma. La herida fue grave, ya que la virtud por la que corre la sangre de las demás sufrió una laceración mortal. Aunque la misericordia del pacto de Dios no permitió a su hijo morir de esta herida, había una buena razón para sanar la misma de manera que quedara una cicatriz para señalar a todos nosotros el pecado que Dios odia.

La abominación de la hipocresía también estriba en el hecho de que se viste de un manto espiritual y reclama una relación

personal con Dios, comunión con Cristo y su justicia, y el consuelo del Espíritu. Estos crímenes tienen puesto un alto precio sobre sus cabezas. Según sea fina o basta la lana, así será la tela. El profano no puede utilizar hilo fino, porque sus obras son solo bastas. El ignorante, que es extraño a los caminos de Dios, no recibirá tanta ira como el hipócrita con sus falsas pretensiones de cristianismo.

Falsa adoración y falsas pretensiones

1. El hipócrita profana la santa adoración a Dios

Judas se sentó confiado entre los demás apóstoles en la Pascua, y se sintió tan acogido como el invitado más santo. El fariseo soberbio se puso en el Templo al lado del publicano quebrantado. Pero las oraciones de tales hombres le suenan a Dios como aullidos de lobo o ladridos de perro. La hábil mano de David tocaba el arpa con tanta paz que calmaba la ira de Saúl. Pero la música y la falsa adoración del hipócrita mueven el dulce Espíritu de Dios a la ira y hacen que los castigue.

a) El hipócrita se burla de Dios

Pero Dios no será burlado. Jesús ilustró esta doctrina al maldecir la higuera, cuyas hojas verdes invitaban a los hambrientos a buscar fruta en ella pero los alejaba sin nada. Si también hubieran faltado las hojas, habría escapado de la maldición de Cristo.

Toda mentira se burla del que la oye, porque el mentiroso lo toma por necio y le roba la verdad. Dalila preguntó a Sansón por qué le había mentado, como si dijera: “¿Por qué te burlas de mí?”. El mandamiento de Dios es que ninguno comparezca ante él con las manos vacías, pero eso mismo hace el hipócrita, burlándose así de Dios. Puede acudir con la boca llena, pero su corazón está vacío.

Sin embargo, en cuanto a la formalidad del culto, a menudo el hipócrita sobrepasa al cristiano íntegro. Se le puede llamar “maestro de ceremonias”, porque intenta entretener a Dios con lengua y rodilla, con palabras y ritos externos. Pero Dios mira el corazón. Si el vino es bueno se puede beber en una copa de

madera. Pero si una copa maravillosamente adornada está vacía, el anfitrión se burla de su invitado al ofrecérsela.

Cristo acusó a Sardis: “No he hallado tus obras perfectas delante de Dios” (Ap. 3:2). Perfectas o *plenas* ante él, según el original. La integridad es lo que cumple nuestro deber y todas nuestras acciones. La frase “delante de Dios” implica que aquella iglesia contaba con una forma externa de devoción y, por tanto, había mantenido una reputación aceptable ante el hombre. Tenía un nombre que mantener, pero sus obras no eran *perfectas* ante Dios. Entonces él las examinó más profundamente de lo que el hombre podría y la juzgó por lo que encontró en su interior.

b) El hipócrita adora por razones egoístas

Los motivos egoístas hacen la adoración del hipócrita aún más abominable para Dios, el cual no permite que se prostituyan sus ordenanzas santas para servir al deseo del hipócrita. Tal persona utiliza la adoración por conveniencia como el agua que mueve su molino y lleva a cabo sus proyectos carnales.

Cuando Absalón concibió una conspiración en su corazón insincero, y estuvo tan henchido de traición como una serpiente con un huevo venenoso, corrió a Hebrón para pagar un antiguo voto que había hecho a Dios en un momento de aflicción. Normalmente pensamos que somos honrados cuando empezamos a pagar nuestras deudas antiguas. Pero para Absalón este mandado no era más que el medio para poner su traición bajo las cálidas alas de la religión, sabiendo que una conveniente reputación de piedad la incubaría antes.

¿Has tenido alguna vez invitados a una cena costosa en tu casa y visto cómo tiran el plato principal a los perros? El hipócrita echa las cosas santas de Dios a los perros: algunas a su deseo, otras al orgullo, otras a la codicia. Esto debe entristecer el corazón tierno de Dios, que nos invita a sus medios de gracia como a un rico festín, esperando tener dulce comunión con nosotros. ¡Qué pecado tan horrible cuando el hipócrita solo acude a la mesa de Dios para alimentar sus propios deseos! Hamor y su hijo Siquem, por ejemplo, persuadieron a los hombres de su ciudad a someterse a la circuncisión, argumentando que los

haría ricos: “Que se circuncide todo varón entre nosotros [...]. Su ganado, sus bienes y todas sus bestias serán nuestros” (Gn. 34:22,23). ¡Por sus argumentos, parece que iban a una feria de ganado!

La mayoría de los hipócritas no son tan estúpidos como para imprimir sus pensamientos más íntimos a fin de que el mundo pueda leerlos, pero consideremos las palabras de la reina María Tudor. Una vez ella dijo que si se la descuartizara, se encontraría grabado en su corazón el suelo francés de Calais: lo que más deseaba conquistar. Igualmente, en el corazón de todo hipócrita se encontrarían grabadas cosas tan viles como la mundanalidad y vanagloria como sus metas religiosas más altas.

2. El hipócrita finge una relación con Dios y Cristo

¿Quién es más rápido para llamarse cristiano y reclamar la gracia y los consuelos del Espíritu Santo que el hipócrita? Lo vemos en los fariseos, cuya ambición era tener una reputación, no debida a sus capacidades o cualidades mundanas, sino a la santidad y la santificación. Y eso era todo lo que obtenían. Cristo dijo de ellos: “De cierto os digo que ya tienen su recompensa” (Mt. 6:2). La gente los consideraba grandes cristianos y aplaudía su santidad superficial hasta tal punto que había un refrán: “Si solo se salvaran dos personas, una de ellas sería un fariseo”.

Algunos profesan conocer a Dios pero sus obras lo niegan; se jactan de su relación con Cristo pero su vida está muy lejos del Cielo. El hipócrita ansia tanto pasar por cristiano que, a menudo, critica mucho las verdaderas virtudes de otros para parecer mejor: como Herodes, que quemó las antiguas genealogías de los judíos para ocultar su baja cuna. ¿Quién puede sondear la vulgaridad de este ambicioso pecado de la hipocresía? Ofende gravemente a Dios el que semejante canalla reclame un parentesco con él. Cristo “no se avergüenza” de llamar “hermanos” a los cristianos más pobres (He. 2:11), pero le disgusta ver su nombre asociado con un hipócrita de podrido corazón.

De todos los pecadores, el hipócrita es el que hace más daño en este mundo y, por tanto, tendrá mayor tormento en el

otro. Sin embargo, la religión ha demostrado ser el cebo más eficaz del hipócrita al intentar capturar a otros con su error y su pecado, fingiendo ser hijos de Dios. Aod, por ejemplo, no pudo escoger mejor llave para abrir las puertas de acceso al rey Eglón que diciendo que tenía un mensaje de parte de Dios. Esto creó tal ambiente de confianza y expectación, que Eglón le dio la bienvenida. Cuando estuvieron los dos solos, el rey se levantó para oír la palabra del Señor de boca del mentiroso, pero en su lugar recibió una muerte brutal (Jue. 3:14-30).

Confieso que el hipócrita puede hacer tan bien su papel que, sin quererlo, cause algún beneficio. Su brillante profesión de fe, sus palabras celestiales y su elocuente predicación pueden dar alguna medida de consuelo real al que busca sinceramente. Como un actor principal que remueve las pasiones del público con sus falsas lágrimas, el hipócrita, en su papel religioso, es capaz de encender brevemente las virtudes verdaderas del creyente. Pero es entonces cuando el cristiano puede correr el más grave de los peligros, porque no sospecha fácilmente de aquel que una vez lo ayudó espiritualmente.

Hubiera sido mucho mejor para Sisara el cananeo pasarse sin la mantequilla y la leche de Jael, que quedar clavado al suelo de la tienda engañado por la falsa hospitalidad de aquella mujer. Igualmente es ventajoso para nosotros no probar los dones gratuitos y las virtudes regaladas de esos santos de teatro, aplaudiendo y embriagándonos con su admiración. A veces, mantener una distancia calculada del hipócrita es la forma más segura de evitar que nos convenzan con errores.

Otro daño causado por el hipócrita es el escándalo ocasionado a la iglesia cuando se le cae la máscara. La Palabra dice de Sansón: “Los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida” (Jue. 16:30). Verdaderamente, los hipócritas hacen más daño al ser descubiertos que cuando parecen vivir la profesión de su fe. Es como si entonces pusieran una gran vara en manos de los malvados que han buscado la manera de golpear a los cristianos. ¡Qué prontos están estos a causar división y manchar el rostro de todo creyente con el barro que ven en la manga de un solo hipócrita!

Los que acusan al cristianismo señalan al hipócrita que hay en la iglesia, y razonan que todos los creyentes son como él. Por supuesto, esto es tan absurdo como decir que ninguna moneda tiene valor porque has encontrado una falsa entre muchas. Pero este lenguaje es cómodo para el discurso del mundo impío. ¡Ay de aquel cuya hipocresía fabrica las flechas que luego se disparan contra los cristianos! Sería mejor que lo echaran al mar con una piedra al cuello, que dejarlo vivir para dar ocasión al adversario de blasfemar.

Busca la integridad

Ya que la integridad cubre toda debilidad del cristiano, hay varias razones importantes para examinar cuidadosamente el corazón a fin de ver si en el mismo reina la hipocresía o la integridad.

1. La eternidad depende de tu integridad

Tu valor y tu destino penden de si la posees o no. Esto te edificará o te destruirá para siempre. “Haz bien, oh Jehová [...] a los que son rectos en su corazón. Mas a los que se apartan tras sus perversidades, Jehová los llevará con los que hacen iniquidad” (Sal. 125:4-5). El hipócrita intentará colarse entre los cristianos en aquel día y pasar por santo, pero Dios “lo llevará con los que hacen iniquidad”, que es una compañía más de su condición.

Pablo dice en 1 Corintios: “Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. ¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?” (1 Co. 4:19-21). No es Pablo, sino Cristo el que vendrá pronto y conocerá, no las palabras y lenguaje sofisticado de los que se inflan con una vana profesión, sino el poder de Dios en su pueblo.

¿Quieres que Cristo venga con vara para juzgarte por hipócrita, o con el “¡Bien hecho!” amoroso que tiene reservado para el siervo fiel? Él examinará todo corazón para ver lo que

contiene: la obra de todos será un libro abierto en el gran día de Cristo. Ya que todo lo que hizo el hipócrita se revelará falso, este será encadenado en el Infierno por intentar burlar a Dios y al hombre.

2. La hipocresía puede ocultarse en tu corazón

Puesto que la hipocresía a menudo comparte habitación con la integridad, pasa desapercibida, ya que el alma no espera encontrar el Infierno tan cerca del Cielo. Hay muchos que desempeñan responsabilidades piadosas y expresan tal celo externo en su profesión que se promocionan equivocadamente a la posición de madurez cristiana. Aunque estos afirman que todo va bien, en realidad la hipocresía se halla en el fondo de su dedicación.

Pero igual que la hipocresía es difícil de descubrir, también lo puede ser la integridad. Esta virtud a menudo está muy honda en el corazón, cubierta por debilidades como la delicada violeta del valle tapada por espinos y ortigas. Entonces se necesita sabiduría para no permitir que el rastrojo de la hipocresía permanezca, ni arrancar la hierba de la gracia.

3. La búsqueda de la integridad es factible

El corazón humano es como una madeja de seda enmarañada; no es fácil desenredarla. Pero con paciencia y habilidad se puede desenredar y enrollar en la bobina adecuada, sea esta la integridad o la hipocresía. Satanás y sus crueles secuaces trabajaron duramente para revolver el arroyo del alma de Job, lanzándole objeciones como piedras, pero Job podía ver aún la preciosa joya de la integridad brillando en el fondo.

Anímate, entonces, amigo mío: Dios te ayudará a buscar la integridad si lo haces con motivos sinceros. Un juez no solo firmará su orden de registro de la casa sospechosa, sino que, de ser necesario, mandará a otros para ayudarlo. Tienes al Espíritu Santo, la Palabra de Dios y sus ministros para ayudarte en la obra. Pero recuerda que el alma hipócrita merece la condenación. Como un policía deshonesto, pasa voluntariamente por alto el pecado que busca, y luego dice que no lo encuentra.

La falsa profesión de fe del hipócrita

1. El hipócrita afirma que no soporta la hipocresía

A no ser que ofrezcas pruebas fidedignas, esto no bastará para absolverte del cargo de hipocresía. Es natural condenar un pecado de otra persona mientras se alberga el mismo en la propia vida. ¡Qué duro fue el juicio de Judá contra Tamar! Tenía tanta prisa por hacerla quemar que todos daban por sentado que él era casto, cuando él mismo la había mancillado (Gn. 38:24).

El celo de algunos se enciende contra el pecado de otro cuando refleja una vergüenza para ellos mismos a la vista del mundo; especialmente cuando el pecado es público y el pecador un pariente. Judá, por ejemplo, estaba dispuesto a quitar a su nuera de en medio para que se llevara lejos de su vista la mancha que había puesto sobre la familia.

Otros juzgan las faltas con severidad para ocultar las suyas propias, a fin de poder lograr sus fines egoístas sin sospechas. Absalón criticó la administración de su padre para subir mejor al poder. Jehú amaba más la corona que odiaba la lujuria de Jezabel, aunque esgrimiera su espada afilada contra ella. El falso celo se vuelve así venganza y arremete contra la persona en lugar de atacar el pecado; el hipócrita puede odiar al tirano mientras admira su tiranía.

2. El hipócrita se jacta de no tener miedo

Es mejor probar la valentía mediante la integridad que a la inversa. La verdadera confianza y el espíritu que no teme peligro ni muerte son gloriosos cuando el Espíritu y la Palabra de Cristo los respaldan. Ciertamente es bueno cuando uno puede dar razón de su esperanza, como Pablo al mostrar la fuente de la misma en su vida. Este es el valor cristiano, no la intrepidez romana.

Pero el cristiano debe pasar por muchas moradas antes de llegar al lugar de esta certeza, que está al lado del Cielo mismo. La fe es la llave que le franquea la entrada a todas ellas. Primero abre la puerta de la justificación y esta le lleva a la paz y la reconciliación con Dios por Jesucristo: “Justificados,

pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

Desde la justificación, el creyente pasa a otra habitación, el aposento del favor de Dios, y es acogido en su presencia: “Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (v. 2). No solamente somos perdonados del pecado y reconciliados con Dios por la fe en Cristo, sino que ahora entramos a la corte real bajo el manto de Cristo como favoritos del Príncipe.

No solo gozamos de la gracia, el favor y la comunión con Dios, sino que llegamos a abrir una tercera puerta: la que da a la esperanza de la futura gloria celestial firmemente implantada en el corazón, “y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.

Finalmente Dios lleva al creyente a la morada interior adonde no se puede llegar sin pasar por las otras primero: “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones” (v. 3).

Si no has franqueado estas puertas, eres un ladrón; te has tomado una confianza que no te ha dado la mano de Dios. Es Dios quien te lleva al Cielo; sin embargo te castigará por esta clase de descaro como hizo cuando Jacob robó la bendición patriarcal. No te contentes con la mera bravura y confianza ante el peligro, sino averigua si tiene una base bíblica. De otra forma sus pilares pueden ser de ignorancia en tu mente y de estupidez en tu conciencia.

Si tu conciencia está endurecida, tu valor no durará más que el de un borracho. Cuando está embriagado, tiene la seguridad de poder saltar sobre la luna, y se aventura sin temor entre precipicios y peligros. Pero cuando está sobrio tiembla al ver lo que hizo en su embriaguez. Nabal, por ejemplo, no temía nada estando borracho; pero su corazón se volvió de piedra cuando Abigail le contó la historia al día siguiente, una vez que la embriaguez se le había pasado (*cf.* 1 S. 25:37).

3. El hipócrita revela sus devociones secretas

La marca del hipócrita es que no es nadie fuera del escenario. Corteja al mundo buscando aplausos, y hará cualquier cosa

por conseguirlos. Aunque es verdad que el abandono total de las devociones privadas es señal de hipocresía, el observarlas nunca garantiza la integridad. En esta esfera, la hipocresía es como la plaga de ranas en Egipto. Ningún lugar se libró de ellas, ni siquiera las alcobas; se metían en los aposentos más íntimos tanto como en el jardín. Aunque el lugar de meditación sea secreto, algunos hipócritas tratan el asunto de forma que se entere todo el mundo. Una gallina se retira a un lugar tranquilo para poner sus huevos, pero su cacareo anuncia a toda la casa su paradero y ocupación.

En todo arte hay artistas más hábiles que otros; hay aprendices y maestros. La hipocresía es igual. El hipócrita atrevido que pretende engañar a los demás vive en un ambiente religioso sin puertas. Pero el que lucha por tener la conciencia de su parte correrá hasta donde alcance su cadena; hará lo que sea que no le separe de sus amadas pasiones. Y para asegurarse, hasta se puede inventar una vida de oración que proteja sus pecados. No es el filo de la espada lo que mata, sino la fuerza del golpe. Así el hipócrita puede poner la espada tan suavemente contra el pecado de su corazón que nunca sienta nada.

4. El hipócrita dice que declara la guerra al pecado

Puede que no titubees al mostrar varios trofeos de tu guerra espiritual: “En otros tiempos no podía pasar por un prostíbulo sin que me empujara mi propio deseo; pero ahora, gracias a Dios, he vencido este pecado y ni siquiera lo miro al pasar”. Pero el Espíritu Santo viene para discutir tal victoria con varias preguntas:

a) ¿ Cuánto hace que venciste tu pecado?

Déjame recordarte que algunos deseos no vuelven tan rápido como otros. El río no siempre fluye de la misma manera. A veces sube y a veces baja. Aunque nunca sube cuando baja, no ha perdido su impulso hacia adelante. La marea del deseo a veces sube y otras veces baja; puede parecer que el hombre huya de ella con éxito, pero es posible que la misma vuelva a él al doblar un recodo del río del pecado.

¿Quién iba a imaginar que el faraón tendría otro arrebato

El cinturón espiritual de la verdad

después de su buen talante al autorizar la marcha de Moisés y su pueblo? Pero esto ocurre cuando llega a nuestro puerto una crisis o tentación, como un viento del Este, y arroja la marea de la concupiscencia sobre nosotros. Nuestra alma puede estar tan limpia de concupiscencias como la arena está libre del agua; pero en pocos momentos nos pueden cubrir las olas. Mientras más tiempo hayan aguantado las orillas, tanto mejor, por supuesto, pero aunque nunca hayas dado satisfacción visiblemente a tus pasiones, ¿basta esto para absolverte de la hipocresía? La cuestión es *por qué* intentas mantenerte libre de estos pecados.

b) ¿Cuál es tu motivación?

La razón que te impide entrar en la taberna ahora puede ser peor que el deseo que te atraía al principio. El dinero que te ahorras no tragándote bebidas exóticas, ¿lo gastas en fruslerías que solo alimentan tu orgullo? Únicamente te has privado de un deseo para rendirlo ante otro. ¿Ha sido Dios o el hombre, Dios o el orgullo, Dios o tu reputación lo que ha motivado el cambio? Si otra cosa aparte de Dios ha sido el motivo, el nombre de *hipócrita* encaja contigo más ahora que cuando eras un borracho. Tal vez has vencido este pecado, ¡bien!, ¿pero por qué? ¿Lo odiaste para amar a Dios, o es que la ira divina te asusta demasiado para seguir cometiéndolo?

Has derrotado un mal, ¿pero has empezado el bien? Solo un granjero necio ara sin plantar. No es un campo limpio, sino uno fructífero lo que paga las facturas y rinde provecho. Entonces, no es la falta de borracheras e inmundicia, sino la santidad, el amor puro y la fe íntegra lo que prueba tu cordura y da evidencias de tu parecido con Cristo para el Cielo.

Las características de la integridad

1. El corazón íntegro es un corazón nuevo

La hipocresía es “vieja levadura”: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa” (1 Co. 5:7). Una vez que entra la levadura en la masa, nunca se pierde el sabor. O se renueva el corazón o este mantendrá sus antiguas cualidades.

Aunque la simplicidad y la inteligencia pueden ocultar el corazón falso y hacerlo más agradable —igual que las flores y los perfumes que se ponen alrededor del ataúd—, tanto el cadáver como el corazón corrupto permanecen iguales.

“Otro corazón” y “un nuevo corazón” son bendiciones del pacto: “Y les daré otro corazón y pondré en ellos un nuevo espíritu; quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne y les daré un corazón de carne” (Ez. 11:19, RV95). Dios promete dar un espíritu nuevo o íntegro hacia Dios y el hombre, al contrario del corazón dividido, que es señal de hipocresía.

¿Cómo lo hace Dios? “Quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne y les daré un corazón de carne”. Esto es: “Lo derretiré y ablandaré y lo moldearé de nuevo, como se echan muchas piezas de plata antigua al fuego para fundirlas y hacer una cosa nueva”.

Por naturaleza, el corazón humano es una cosa dividida y rota, dispersada y repartida entre diversos deseos y debilidades. Pero Dios arroja sus vasos elegidos para honra al fuego de su Palabra, donde su Espíritu los derrite y transforma en una santa unidad. Por fin el corazón ha sido retirado de todas sus pasiones y mira hacia Dios con mirada fija en todo lo que hace. Si te preguntas si eres íntegro, considera: ¿tienes un corazón nuevo?

¿Te ha arrojado alguna vez Dios a su horno? ¿Te ha consumido su Palabra como fuego, y ha refinado tu espíritu impuro para que la incredulidad, el orgullo y la hipocresía se hagan visibles con objeto de apartarlos como la escoria del oro? Solo entonces eres libre para apartar el pecado de tu alma y confesar tu condición vil, aunque esta pareciera atractiva a la vista del hombre. ¿Te entristece recordar la apariencia religiosa que ofrecías a la comunidad en nombre de Cristo, mientras en privado mantenías un vicio en las cámaras cerradas de tu corazón? Pero aún más importante, aparte de entristecerte por tus sentimientos divididos, ¿te decides también de corazón a temer el nombre de Dios?

¿Tienes el *solo designio* de amar a Cristo y ser amado por él? Si el gran poder del Espíritu de Dios ha renovado tu corazón y reunido tus sentimientos en este canal único, haciendo

que corras tras él con dulce empeño, eres grandemente bendecido. Las montañas y las rocas de corrupción pueden surgir en tu arroyo para estorbar el libre curso de tu alma en su fluir con Dios, pero aun con estos bloqueos y revueltas que cortan el camino más directo hacia él, la integridad, como agua hacia el mar, nunca volverá atrás hasta llevarte con él.

2. Corazón íntegro, corazón sencillo

El hipócrita es cría de la serpiente, e igual que ella se encoge o alarga para tener ventaja, sin estar dispuesto a exponerse ante los demás. Tiene buenas razones, porque cuenta con mayor credibilidad donde menos se le conoce. Los hipócritas “se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce?” (Is. 29:15). Sus palabras piadosas y los motivos malvados de su corazón están a gran distancia.

Sin embargo, el corazón íntegro es como un arroyo claro: se ve el fondo de las intenciones de la persona en sus palabras y se mide el corazón por la lengua. Pero el que inventara el refrán “Habla, y te darás a conocer”, no pensaba en el hipócrita, que habla para que *no* lo conozcamos. Porque envuelve su engaño en la niebla más espesa posible: la vanidad religiosa y la profesión de piedad.

Si buscas integridad, busca un corazón franco. Pablo y los otros fieles mensajeros de Cristo se comportaban entre los corintios “con sencillez y sinceridad de Dios” (2 Co. 1:12). No tenían un “compartimento secreto” para esconder ciertos hechos, como hacían los falsos profetas. Esta sencillez de corazón se demuestra de tres maneras:

a) El corazón íntegro es franco consigo mismo

Primero, el corazón íntegro se investiga a sí mismo con determinación y poder. No se contenta con excusas como la que dio Raquel a Labán, sentada sobre sus ídolos. David se negó a rendirse, hasta descubrir que quien perturbaba su paz era él mismo. No fue tan tierno y protector de su propia reputación como para pasar la mano, sino que atacó al ladrón y acusó a su pecado, confesándolo hasta justificar a Dios: “Enfermedad mía

es esta; traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo” (Sal. 77:10). Como si dijera: “Señor, ahora veo al Jonás que creó la tempestad en mi corazón y me intranquilizó todo este tiempo; era la incredulidad que me cargaba y no dejaba que mirara hacia arriba para recordar las bendiciones antiguas... y al olvidarlas pensaba mal de Ti”.

¿Eres parecido a David al escudriñar tu alma? ¿Lo haces en serio, como si buscaras a un asesino escondido en tu casa? ¿O bien evitas hurgar demasiado, intentando pasar por alto aquello que no quieres encontrar?

David no se contentaba con su propio testimonio, sino que dependía de Dios para declarar su alma pura o impura: “Exáminame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y reconoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23). Ni siquiera un médico depende de su propio juicio para su salud personal, sino que acude a otro. Igualmente, después de que el creyente íntegro haya orado y abierto su corazón ante Dios, está dispuesto a oír lo que él le diga. Esta es la clase de creyente que se somete de buen grado al ministerio profundo que desnuda su conciencia y expone su corazón. Es como la samaritana que alabó el sermón y al Cristo que le predicó, porque le dijo todo lo que ella había hecho.

Por otra parte, al engañador no le gusta oír con los dos oídos; acusa al predicador de meterse en asuntos privados cuando se acerca a su conciencia y, si pudiera, insistiría en que el ministro de Dios abandonase enseguida su puesto. Juan el Bautista puso el dedo en la llaga de Herodes; pero aunque el rey temía las palabras no amaba al hombre, y fue persuadido para cortar la cabeza cuya lengua tenía el valor de reprender su pecado.

Además de examinarse con diligencia, al enfrentarse con las pruebas claras, el corazón íntegro está dispuesto a juzgarse. Olvida la autocompasión, da rienda suelta a su conciencia, y no se excusa con sentimentalismos. “He sido orgulloso, impaciente e iracundo hoy”. Esta persona está tan revestida de ira contra el pecado, que hace oídos sordos al clamor de la carne que pediría una sentencia menor. David confesó: “Pequé contra Je-

hová [...]. Yo he pecado gravemente por haber hecho esto (2 S. 12:13; 24:10). Tan torpe era yo que no entendía; era como una bestia delante de ti” (Sal. 73:22).

b) El corazón íntegro es franco con Dios.

El hipócrita juega con sus oraciones para pedirle a Dios algo que ni siquiera desea; y, por tanto, no le molesta en absoluto no obtener respuesta. A veces el cristiano pide mayor santidad, pero la corrupción no se desvanece ni crece la virtud. Aquí es donde se demuestra la hipocresía o la integridad. Si eres íntegro, cada minuto será una hora, cada día un año, hasta tener noticias del Cielo: “La esperanza que se demora es tormento del corazón” (Pr. 13:12).

Ana le dijo a Elí: “Yo soy una mujer atribulada de espíritu” (1 S. 1:15). Llevaba años orando, pero Dios no le había respondido. Así uno puede decir: “Mi alma está amargada, porque he pedido un corazón tierno y creyente pero este no ha llegado. Tal vez no he sido íntegro. ¿Por qué, si no, ha tardado tanto la respuesta?”. Tal persona está ansiosa, como un mercader que espera la llegada a puerto de un barco ricamente cargado. No puede dormir en tierra hasta verlo venir.

Pero si oras una vez y luego te olvidas —como el niño que garabatea en un papel para luego romperlo— o si aceptas la negativa de Dios con la insensibilidad del pretendiente frío que no tiene noticias de la novia a quien no ama realmente, es que en ti reina un corazón falso. Ten la esperanza de que Dios no haya decidido responder al deseo secreto de tu corazón, porque si ocurre, te perderás para siempre.

Otra señal del corazón falso es que se queda indiferente y observa la obra de Dios como aquel hombre cuyo carro cayó por un barranco. Pidió socorro sin querer arrimar su hombro a la rueda. El hipócrita está tan devorado por la cobardía y la atrofia espiritual que no da un segundo paso hacia la victoria. El alma íntegra es concienzuda: “Levantemos nuestros corazones y manos a Dios en los cielos” (Lm. 3:41). La lengua del hipócrita se menea, pero los pies del cristiano íntegro andan y sus manos trabajan siempre hacia su meta.

c) El alma íntegra demuestra su sencillez ante los hombres
 Pablo dice en 2 Corintios: “Con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana [...] nos hemos conducido” (2 Co. 1:12). El cristiano no sujeta su corazón a su cabeza; esto es, su conciencia a su filosofía. Ya que se entrega a Dios, no teme a otras personas; tampoco se arriesga a anular su conciencia para conservar su pellejo, sino que confía abiertamente en Dios, pase lo que pase.

Sin embargo, el hipócrita cambia sus velas e iza cualquier paellón que el mundo le ponga delante. Si no hay inconveniente, parecerá tan religioso como el que más; pero en cuanto vea venir un problema cambiará de rumbo, pensando que el camino correcto es aquel que lleva a la seguridad. Pero, “el camino de los rectos se aparta del mal” (Pr 16:17).

3. El cristiano sincero es constante

La verdad que está en el corazón es una copia exacta de la verdad de la Palabra de Dios: concuerdan como la imagen del espejo corresponde al rostro de aquel que se contempla en él. Por tanto, si la verdad de la Palabra es armoniosa, entonces la verdad del corazón, que no es más que el reflejo de ella, también lo será. Hay una unidad triple en la obediencia del cristiano íntegro: es uniforme en cuanto al objeto, en cuanto al sujeto y en cuanto a las diversas circunstancias que condicionan su obediencia.

a) El cristiano sincero es constante en cuanto a su objeto
 El hipócrita puede aceptar la ley de Dios en un punto —en cierto mandamiento que le agrade— pasando por alto lo demás; pero el corazón íntegro sigue de cerca toda la ley en deseo y acción. El pie del justo se dice que está “sobre tierra firme” (Sal. 26:12, LBLA), es sensible a toda la voluntad de Dios. Pero según Salomón, “las piernas del cojo penden inútiles” (Pr. 26:7) y no pueden estar bien plantadas porque una pierna es más larga que otra.

Los fariseos pretendían tener un gran celo por algunos mandamientos. Ayunaban y oraban, sí, pero oraban por la recompensa; ayunaban todo el día, pero luego devoraban los bienes

de las viudas. ¡Triste ayuno el que solo abre un apetito insaciable por la propiedad de otros en nombre de la devoción!

Por otro lado, el moralista es puntual en su trato con el hombre pero es un ladrón en su respuesta a Dios. No robaría ni un céntimo de su vecino, pero no titubea en engañar al Señor en asuntos mucho mayores. Debe a Dios amor, temor y fe, pero no le perturba su conciencia el no pagarle nada.

Es bíblico describir a un creyente por la virtud especial que fluye de su vida. A veces su carácter es que “teme el juramento” (Ec. 9:2), otras se trata de alguien que ama a los hermanos (1 Jn. 3:14). Es significativo, porque allí donde se vive íntegramente una característica, el corazón se abre a otra. Dios ha dado todos sus mandamientos con la misma autoridad —“Habló Dios *todas* estas palabras”— y, por ello, infunde todas las virtudes juntas, y escribe *toda* la ley en los corazones de sus hijos.

b) El cristiano íntegro es constante en cuanto al sujeto

El hombre íntegro, renovado en su espíritu, se mueve en una dirección. Todo poder y facultad de su alma se unen y disfrutan de la armonía. Cuando el entendimiento descubre una verdad, la conciencia ejerce su autoridad sobre la voluntad y la manda actuar en el nombre de Dios. En cuanto la conciencia llama a la puerta, la voluntad abre. Entonces los sentimientos, como siervos fieles, la tratan como a una invitada y expresan su disposición de servirla.

Pero no es así para el hipócrita: su voluntad, conciencia y sentimientos luchan entre sí. Cuando hay luz en el entendimiento, el hombre reconoce la verdad; pero a menudo soborna a la conciencia y esta deja de castigar a la voluntad por su negligencia. Normalmente la conciencia no estimulará al alma a dejar pasar la verdad. Pero aun cuando la conciencia se abra camino por la fuerza para rogar por su causa, es una invitada tan mal acogida que se le brindan negativas y mala cara; como la esposa contrariada que hace la vida imposible a su marido cuando trae a casa a alguien que no le gusta. Aún peor, que esconde su resentimiento secreto y entretiene fingidamente al invitado.

c) El alma íntegra es constante en cuanto a las circunstancias de su andar santo y su obediencia

Se muestra uniforme con respecto al tiempo: su religión no es un traje para vestirlo dos o tres horas el domingo. Podrías pasar a verlo sin avisar y encontrarlo revestido de santidad igualmente un lunes que un jueves: “Dichosos los que guardan juicio, los que hacen justicia en todo tiempo” (Sal. 106:3). No se puede saber nada del verdadero aspecto de uno que está de cara al fuego: su color puede variar al apagarse la lumbre. Algunas personas son como flores; hay que estar presente en la época adecuada para ver su santidad en flor, o no se verá nunca.

El cristiano íntegro puede ver interrumpido su caminar espiritual, pero en cuanto se quite la tentación, volverá a la práctica de la santidad a causa de su nueva naturaleza. Sin embargo, el hipócrita falla en la misma contextura y hechura de su espíritu: no tiene el principio de la gracia para mantenerlo en marcha.

También el cristiano íntegro es uniforme en cuanto al lugar y la compañía. En público o con sus más allegados, David tenía el mismo propósito. De su esfera privada dijo: “En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa” (Sal. 101:2). Pero también al salir llevaba consigo su conciencia; no la hacía quedarse atrás hasta su regreso, como Abraham requirió de sus siervos en el monte (Gn. 22:5).

Los romanos tenían una ley que mandaba a todos llevar en la ropa o en el sombrero una señal que identificara su ocupación. El cristiano íntegro nunca deja voluntariamente la señal de su santa profesión. Cuando se ve obligado a estar entre personas sarcásticas o revoltosas, no expone sus creencias a la burla echando perlas para que se las pisoteen. Algunos lugares son tan profanos y malvados que la integridad no tiene oportunidad de reprender con seguridad para el creyente. A menudo este se halla en una situación en la que es reacio a reprender el pecado, y mostrando un necio descuido por su alma, puede negarse a abandonar el lugar donde constantemente recibe mal en lugar de bien. En tal caso haría bien en cuestionar su integridad ante Dios.

4. El cristiano íntegro es progresivo

No llega al final del viaje hasta alcanzar el Cielo. Esto lo mantiene apoyado en Dios, agradecido por todo pequeño favor pero no con aire satisfecho por las grandes medidas de gracia. David dijo: “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15). Había disfrutado muchas horas de dulce comunión en la casa de Dios, y el Espíritu Santo le había regalado con platos de la mesa del banquete divino llenos de íntimo consuelo, platos desconocidos para el mundo. Pero David sabía que nunca se saciaría hasta que en el Cielo recibiera su porción completa.

Cuando los galos probaron por primera vez los vinos de Italia, les impresionó tanto su dulzura que no solo desearon comerciar para obtener dichos vinos, sino que decidieron conquistar toda la tierra que daba esas uvas. Así al cristiano íntegro no le basta con recibir muestras de gracia y consuelo celestial en ocasiones especiales, negociando a distancia con Dios, sino que medita la manera de apropiarse de aquel lugar santo y bendito que es la fuente de esta riqueza, y anhela beber el vino del Reino *en* el Reino.

Esta clase de meditación levanta el alma acercándola cada vez más al Cielo. El que apunta al Cielo dispara más alto que aquel otro que solo pone la mira en un árbol. Pablo dijo al respecto: “Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:14). Otros admiraban los logros espirituales del apóstol y se habrían contentado con ellos; pero Pablo quedaría muy insatisfecho de no haber escalado las alturas de la gracia divina. Admitía que no había alcanzado la meta de su carrera. El premio no se recibe a la mitad de la competición, sino al final de esta, y Pablo corría a toda velocidad para acabarla.

Solo el hipócrita se estafa a sí mismo con las cosas de Dios. Quiere únicamente lo suficiente para hablar de religión entre los religiosos; de otra forma, lo deja estar. Escoge bastantes buenas obras y asistencia a los cultos para hacerse ver y respetar, evitando los pecados socialmente inaceptables; pero no se molesta en proseguir hacia una comunión más profunda con el Dios Santo. Es como un comerciante irresponsable, a quien no

le importan mucho los beneficios, sino que se contenta con mantener abierta la tienda y conservarse fuera de la cárcel, aunque tenga mil asuntos comprometedores.

Lector, has visto el interior del corazón íntegro; y después de examinarte a la luz de estas características, tu conciencia informará de una de tres maneras: o bien te condenará por hipócrita; o confirmará tu integridad; o te dejará en la ignorancia y la duda porque no te atreves a aceptar tu integridad.

Instrucciones para los insinceros

Algunos habéis examinado vuestras conciencias y descubierto la condenación de la hipocresía. La evidencia es tan clara y contundente que tu conciencia no puede anular el veredicto: “Si estas son las pautas de la integridad, tú eres hipócrita”. Entonces te doy un consejo que te llevará de la esclavitud a la libertad.

1. Reconoce la naturaleza mortal de tu insinceridad

No habrá cura hasta que hayas diagnosticado la deplorable enfermedad de la hipocresía. Un paciente dormido no puede tragar la medicina; y la naturaleza de su mal adormece el alma y vuelve la conciencia insensible por la imagen halagadora de la hipocresía. El hipócrita cumple con las formalidades religiosas que brotan en su engañado corazón como vapores placenteros que van desde el estómago hasta la cabeza, paralizando sus sentidos espirituales en una especie de atontamiento. Esas fantasías lo entretienen con vanas esperanzas y gozos falsos que se desvanecerán en cuanto vuelva en sí.

Los soberbios fariseos —los hipócritas más famosas de su época— estaban tan dormidos en su confianza carnal que no temían ensalzarse ante el Dios Santo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres [...], ni aun como este publicano”. (Lc. 18:11). Así que cuando Cristo trataba con esa generación soberbia, su normalmente apacible voz sonaría como un trueno. Cayeron sobre ellos tormentas terribles de juicio de la boca del dulce Salvador: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!” (Lc. 11:44). ¿Pero cuántos fariseos se des-

pertaron y se convirtieron por el sermón de Jesús? Unos pocos —de forma que no pronunciamos incurable la enfermedad—; pero *muy* pocos: por lo cual temblamos ante la idea de contagiarnos.

Pedro aprendió del Maestro cómo tratar al hipócrita. Cuando habló con Simón el Mago —enfermo avanzado de este mal—, sus palabras profirieron juicio cortante: “No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (Hch. 8:21). El Padre le había dado a Pedro un discernimiento de espíritus extraordinario para saber que el corazón falso de aquel hombre estaba sumido en “hiel de amargura y en prisión de maldad” (v. 24). Lo único que lo hacía mejor que las almas condenadas en el Infierno era que ellas estaban en el fuego y él, como un hato de leña atado y listo para quemar, no había llegado aún allí. Ellas estaban desahuciadas pero él aún tenía la oportunidad de arrepentirse.

Otro ejemplo de esta enfermedad espiritual maligna es la iglesia en Laodicea. El Espíritu de Dios la reprendió con fuerza y no dijo nada bueno de aquella congregación, por tanto como la había envanecido la levadura de la hipocresía. Todo lo que dé sueño es mortal para el perezoso; todo lo tranquilizante es igual de malo para el hipócrita. Algunos dicen que la mejor cura para el letargo es convertirlo en fiebre. La mejor forma de tratar al hipócrita es sacudirle su falsa paz y sumirle en auténtica miseria

Empieza, pues, por aquí: reconociendo el peso de tu pecado y haciendo que tu alma clame por ello. Cuando el sacerdote del Antiguo Testamento declaraba leproso a alguno, este debía rasgar su ropa, descubrirse la cabeza y embozado (ceremonia de todos los enlutados) clamar: “¡Inmundo! ¡inmundo!” (Lv. 13:45). Tú también debes clamar por esta plaga del corazón, porque no eres digno de acercarte a Dios ni a su familia en tu estado actual.

Si tu cuerpo tuviera una enfermedad tan repugnante que infectara el lugar donde te sientas, tu comida y tu copa, todos huirían de ti y te dejarían solo con tu dolor. Esto es lo que la hipocresía te ha hecho espiritualmente. Es una plaga más ofensiva para Dios que cualquier enfermedad contagiosa que hicie-

ra a la gente cruzar la calle para evitarte. Supura como una llaga inmunda, calando toda venda de buena obra que la tape.

Aunque pudieras esconder la hipocresía disfrutando de una reputación de santidad hasta la muerte, ¿te consolaría en el Infierno el saber que tus amigos siguieran alabando tu memoria en la tierra? Alguien lo expresó así: “¡Pobre Aristóteles! ¡Te alaban donde no estás, y te queman donde estás!”. Poco consuelo será para aquel gran filósofo pagano ser admirado por eruditos que hayan exaltado su reputación en todas las épocas, si de hecho su intelecto junto con su cuerpo vive en la agonía del castigo eterno. Hipócrita, ¿vale la pena contarte entre los cristianos en la tierra, justo antes de ser atormentado entre demonios en el Infierno?

2. Date cuenta de que no puedes curar tu propia hipocresía

La hipocresía es como una fístula. Parece poca cosa en la superficie, pero es una de las heridas más difíciles de curar por no poderse encontrar su fondo. Tu voluntad tal vez prometa nunca mentir ni volver a engañar más; pero es fácil dejarte embaucar por tus propias intenciones: “El que confía en su propio corazón es necio” (Pr. 28:26).

Muchos mueren por no querer pagar a un buen médico a tiempo. Cuidado con las resoluciones y la autorreforma. Solo Dios es capaz de curar el pecado. Si experimentas con tu corazón en lugar de buscar la ayuda del Cielo, puedes remendar una iniquidad abriendo dos pecados peores.

3. Lleva tu hipocresía a Cristo: su destreza y fidelidad te podrán curar

Si tienes que morir, muere a las puertas del Señor. Pero para tu consuelo debes saber que nadie se ha caído nunca de su mano sanadora; y ningún caso es demasiado difícil para él. Culpó a los hipócritas que estaban dispuestos a confiar en cualquier charlatán que ministrara en su propio nombre sin la autoridad divina, pero que no confesaban a Aquel que había venido en el nombre del Padre. Quien culpó a los hipócritas por no acudir a él, no puede airarse contigo si acudes. Él te está llamando.

Cristo vino para sanar las almas enfermas. Los fariseos es-

taban tan engreídos que el Salvador decidió emplear el tiempo con quienes admitían su necesidad. Si no puedes más que gemir bajo la carga de tu hipocresía y enviar esos gemidos en oración a Dios, tu Sanador pronto vendrá. Desde que ascendió a los cielos, Jesús nunca ha renunciado a su llamamiento, sino que sigue ejerciéndolo, y da el perdón con la fidelidad de siempre.

Cristo aconsejó a la iglesia en Laodicea la manera de librarse de este mal mortal de la hipocresía: “Te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte” (Ap. 3:18). La avisó diciéndole: “Laodicea, te has engañado a ti misma y a los demás con apariencias en vez de realidades, y falsas virtudes en lugar de verdaderas; tu oro es impuro y tus vestidos harapos. No cubren tu vergüenza, sino que la enseñan. Ven a mí si quieres un tesoro verdadero”. Aunque Cristo mencionó el *comprar*, en realidad hablaba de un espíritu de comprador, que valora tanto a Cristo y su gracia que, de poderlos comprar, estaría dispuesto a gastarlo todo —hasta la sangre de sus venas— y considerarlo una ganga. El alma sedienta será saciada, pero tenemos que asegurarnos de que nuestra sed es verdadera y profunda.

a) Asegúrate de que tienes sed verdadera

Tu sed ha de ser de corazón y no solo de conciencia, pues cada una de ellas se enciende por un calor muy distinto. El fuego infernal, por ejemplo, puede encender la conciencia, dando al pecador sed por la sangre de Cristo para apagar el tormento de la ira de Dios. Pero solo el fuego celestial calienta el corazón haciendo que rompa en suspiros por Cristo y por su Espíritu, con el dulce rocío de la gracia para apagar el fuego de la concupiscencia y el pecado.

b) Asegúrate de que tu sed es profunda

Los médicos describen una sed causada por la sequedad de la garganta y no por el gran calor interno del estómago: dicha sed puede apagarse haciendo gárgaras, con un líquido que se escupe en lugar de tragarse. Esto es lo que ocurre con algunos que oyen predicar el evangelio.

A veces se toca el espíritu de los hombres con una chispa del

evangelio que cae sobre sus emociones y les hace profesar una gran ansia repentina de Cristo y de su gracia. Pero dado que se trata solo de diminutas brasas emocionales en lugar de deseos profundos, el calor se desvanece pronto y la sed se va con tan solo probar la dulzura de Cristo. Justo cuando están llegando a la meta, escupen impulsivamente el sermón y nunca más disfrutan de Cristo.

Escudriña bien, entonces, tu propia vil hipocresía y la plenitud de la gracia de Cristo para tratarla. La sed ardiente no se sacia con agua menos que abundante, cueste lo que cueste. Igualmente, no debes contentarte con nada menos que Cristo y su gracia santificadora: ni con la profesión, ni con los dones, ni con el perdón mismo si se puede separar de la gracia. Unas gotas de gracia no bastarán: tienes que anhelar ríos para purgar la hipocresía que te oprime y librarte de ella. Un espíritu así te cobijará bajo la promesa —la seguridad celestial— de que no perderás tu anhelo por Cristo.

Si los deseos de tu corazón son oro y plata y los amasas con fervor, Dios puede dejarte dar voces como al rico de la parábola en el Infierno, en medio de las llamas encendidas por tu ambición, sin traerte ni una gota de agua para refrescar tu lengua. Pero si deseas a Cristo y su dulce gracia, si *te es necesario* tenerlos, seguramente serán tuyos: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt. 5:6).

Instrucciones para los sinceros e íntegros

A aquellos cuya investigación diligente les ha revelado la integridad de un corazón puro, les aconsejo que se ciñan bien el cinto de la verdad y anden en la práctica diaria de la rectitud. Por la mañana no puedes considerarte vestido hasta haberte ceñido este cinturón, porque es verdadero el refrán que dice: “Sin ceñir, sin bendecir”.

Las promesas de Dios, como un vaso de ungüento precioso, se juntan para ser derramadas sobre la cabeza del íntegro: “¿No hacen mis palabras bien al que camina rectamente?” (Mi. 2:7). Pero resulta peligroso andar sin una palabra de Dios pa-

ra dirigimos. Es necio aquel que sigue adelante cuando la Palabra de Dios se interpone en su camino. Si la Palabra no bendice, maldice; si no promete, amenaza. Pero la aprobación de Dios guardará al justo.

El cristiano íntegro es como un viajero que prosigue su camino de sol a sol; si el daño se le acerca, Dios mismo lo guardará. La promesa es para el cristiano, y al reclamarla este podría recuperar su pérdida a costa de Dios, porque el Padre se ha obligado a protegerlo. Con esto en mente, consideremos varias maneras de ejercer la integridad.

1. Camina ante la mirada de Dios

Lutero dijo una gran verdad: todos los mandamientos se resumen en el primero. Destacó el hecho de que todo pecado es un desprecio a Dios; de forma que si violamos algún mandamiento, hemos violado el primero. “Pensamos mal de Dios antes de hacer mal contra Dios”. Así el Padre dio una palabra soberana a Abraham para conservar su integridad: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Gn. 17:1).

La justicia ante Dios mantuvo bien ceñido a Moisés. No fue sobornado por los tesoros de Egipto, ni achicó su integridad por la ira del gran rey, “porque se sostuvo como viendo al Invisible” (He. 11:27). Veía a Aquel que es mayor que el Faraón, y esta visión le indicó el sendero correcto.

a) Sé consciente de la omnisciencia de Dios

Los judíos cubrieron el rostro de Jesús antes de flagelarlo. Así hace el hipócrita: primero argumenta en su corazón que Dios no le ve, o por lo menos no lo mira, y este engaño le da valor para pecar contra el Dios Altísimo. Es como el pájaro necio que esconde la cabeza entre los juncos, convencido de que está a salvo del cazador, como si este no lo viera si él no le puede ver.

Agustín decía al Señor: “Puedo esconderte de mi vista, pero no puedo esconderme de la tuya”. Hombre ignorante, puedes esconder a Dios con tu ignorancia y ateísmo para no verlo, pero nunca te esconderás tan bien que él no te encuentre. “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4:13).

Recuerda a Dios en todo lo que haces: en tu despacho o alcoba, en la iglesia o en la calle. Te ve como eres, y conoce tus pensamientos antes que tú mismo. Igual que las escenas del sueño de Nabucodonosor, tus pensamientos pueden desvanecerse como memorias vagas de aquí a 40 o 50 años. Pero Dios los reúne a la luz de su rostro, como los átomos permanecen en los rayos del sol.

b) Sé consciente del cuidado de Dios

Dios fortaleció la fe de Abraham cuando le mandó ser justo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Gn. 17:1). Decía con esto: “Actúa por mí y yo cuidaré de ti”. Una vez que empezamos a dudar de la protección de Dios, nuestra integridad pronto se tambalea. La hipocresía se esconde en la desconfianza. Los incrédulos judíos almacenaban el maná de un día para otro en contra de las instrucciones explícitas de Dios porque no tenían fe para confiar en él para la siguiente comida. Nosotros hacemos lo mismo: primero dudamos de su cuidado, y luego empezamos a confiar en nuestro propio entendimiento.

Es la misma arma que Satanás ha utilizado siempre para robar la integridad de los cristianos. Se burlaba de Job por medio de su esposa: “Maldice a Dios, y muérete” (Job 2:9). Sus palabras estaban llenas de amarga desconfianza: “¿Por qué sigues guardando el castillo de tu integridad para morada de Dios? Llevas sitiado mucho tiempo, con dolor por todas partes. Hasta hoy no has tenido noticias del Cielo de que le importes nada a Dios. ¿Por qué no maldecirlo y morir?”

Jesús mismo se enfrentó a esta táctica de Satanás al ser tentado a hacer pan de las piedras. Entonces vemos por qué es tan importante reforzar la fe en el corazón compasivo de Dios y en sus acciones. Por eso mismo él ha hecho tan abundante provisión para excluir toda duda y temor del corazón de su pueblo. Dios ha puesto sus promesas como puerto seguro, de forma que si hay tormenta o el enemigo nos persigue en la oscuridad de la noche, podemos amarrarnos a ellas y conocer el consuelo de su plena protección.

“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para

mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Cr. 16:9). Dios no depende de los demás para vigilar; lo hace él mismo. Nos cuida como una madre a su propio hijo. Entonces, los cristianos sinceros son un pueblo del que Dios se preocupa; su mirada siempre está sobre nosotros.

No hay tentación ni peligro que sorprenda al Padre dormido, sino que, como el vigilante fiel siempre ronda el campamento, así los ojos de Dios lo “contemplan todo”. “He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel” (Sal. 121:4). Uno de estos verbos significa el sueño corto de la siesta, el otro el profundo sueño de la noche: esto es, ni poco ni mucho.

c) El cuidado de Dios se extiende a toda la tierra

Una providencia total rodea al pueblo de Dios: ni un solo individuo íntegro quedará fuera de su cuidado soberano. Él ha numerado a todos y cuida del mismo modo a todos. Mancillamos la bella providencia de Dios al imaginar que esto solo es para sus favoritos, o para los que tienen mayor éxito.

d) El cuidado de Dios destruye poderosamente el peligro de su pueblo

Un centinela despierta a la ciudad para luchar contra la furia del enemigo que ataca; pero los ojos de Dios hacen más que vislumbrar el ataque, también nos salvan del mismo. Los cristianos son los únicos realmente felices, porque somos “pueblo salvo por Jehová” (Dt. 33:29). Dios no solo ve con sus ojos, sino que lucha con ellos. Con una sola mirada suya a los egipcios, el mar los engulló.

2. Actúa con amor, no con temor

La integridad y el temor no pueden estar de acuerdo: el uno ha de menguar y la otra crecer. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Ti. 1:7). Al esclavo que trabaja duramente por temor se le convence fácilmente a negar a su amo: lo odia, aunque le teme. Cuando un súbdito teme a su príncipe en lugar de amarlo, lo degollará para ganar su libertad. Recibirá en el

trono, con los brazos abiertos, a cualquiera que le deje hacer su voluntad.

La persona que se pincha con la espada de la ira de Dios en lugar de ser atraída por las cuerdas de su amor, pronto traicionará la gloria de Dios en un descuido. Israel nos da un ejemplo sin paralelo de esto: “Si los hacía morir, entonces buscaban a Dios [...]. Pero le lisonjeaban con su boca, y con su lengua le mentían. Pues sus corazones no eran rectos con él” (Sal. 78: 34,36). Temían a Dios pero amaban su concupiscencia.

Debe de haber demasiado de este temor servil en los cristianos de hoy; si no, Dios no tendría que emplear tan a menudo la vara de corrección: “¿Es Israel siervo? ¿es esclavo? ¿Por qué ha venido a ser presa?” (Jer. 2:14). Es como si Dios preguntara: “¿Por qué tengo que darte tantos golpes duros y hacer juicios fuertes contigo?”. “¿No te acarreó esto el haber dejado a Jehová tu Dios, cuando te conducía por el camino?” (v. 17).

Solo podemos culparnos a nosotros mismos si Dios nos trata así. Si un hijo persiste en olvidar que nació libre y solo obedece bajo disciplina estricta, entonces su padre tiene que tratarlo según su espíritu esclavizado. Cuando Dios llevó a Israel con amor paternal, este se apartó de él; y ya que su pueblo no quiso ser guiado con amor, tuvo que conducirlos con temor.

Cristiano, si actúas con amor, le ahorrarás a Dios el dolor de tener que castigarte con su temible juicio. El amor te mantendrá fiel y cerca de él. El carácter del amor es que “no busca lo suyo” (1 Co. 13:5). ¿Qué es la integridad, sino que el cristiano busque los intereses de Cristo y no los suyos propios? Jonatán amaba tanto a David que incurrió en la ira de su padre y se arriesgó a perder el reino por no ser falso con su amigo. Sansón no pudo ocultar el secreto de su fuerza a Dalila, a quien amaba, aunque ello pusiera en peligro su vida.

El amor es el gran vencedor del mundo. Si estás ardiendo de amor por Cristo, echarás todo atractivo mundano por la borda en lugar de mancillar su honor. Igual que Abraham degolló al carnero para salvar la vida de su precioso Isaac, sacrificarás todo por mantener viva tu integridad. El amor es como un fuego, que consume todo lo que hay alrededor. Todo se vuelve fuego y ceniza. Nada que sea extraño a la naturaleza del fuego

puede permanecer junto a su naturaleza pura y sencilla. Igualmente, el amor a Cristo no permite la existencia de nada en el corazón que no se parezca a él.

Abraham amaba a Agar e Ismael, pero cuando empezaron a burlarse de Sara e Isaac, los expulsó a los dos. El amor de Cristo no dejará transigir con nada que vaya contra él; al contrario, se pondrá de su parte contra todo enemigo suyo. Este curso de acción mantendrá tu integridad fuera de peligro.

3. Medita en la sinceridad de Dios

¿Qué pensamiento más poderoso puede mantenernos fieles a Dios que el de su fidelidad para con nosotros? Cuando ves que tu corazón se está deformando con alguna práctica insincera, considera que si hay algo de Dios en ti, podrá revelarte la hipocresía y moldearte a la imagen correcta de nuevo.

Cuando su pueblo peca, Dios pregunta qué ha él hecho para que le respondan tan fríamente: “Así dijo Jehová: ¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí?” (Jer. 2:5). Justo antes de morir, Moisés culpó a la nación de Israel de hipocresía, murmuración y rebeldía contra Dios. Para dar mayor peso a cada cargo, sus primeras palabras mostraban el corazón todopoderoso de Dios que habían rechazado: “El nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Dt. 32:3). Ya que esta consideración es una protección tan confiable contra el pecado en el corazón, compartiré algunas verdades que nos fortalecen para permanecer rectos ante Dios.

a) Dios actúa con sinceridad, y busca lo mismo en su pueblo

El amor es el principio de las acciones de Dios, y su meta es el bien de su pueblo. El fuego del amor nunca se apaga en su corazón, ni deja de mirar por el bien de ellos. Cada vez que frunce el ceño, corrige de palabra o golpea con la mano, aun entonces su corazón arde de amor y sus pensamientos meditan la paz para sus hijos: “Así miraré a los transportados de Judá, a

los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien. Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien...” (Jer. 24:5,6). Este fue uno de los juicios más severos de Dios sobre su pueblo, pero él tenía planes de misericordia y proyectaba el bien en su hora más oscura. Cuando los israelitas clamaban que Moisés los había llevado al desierto para matarlos, sentían más miedo que dolor. Dios tenía planes para su bien que ellos ni siquiera imaginaban: pensaba humillarlos para que por fin pudieran recibir su bondad.

Dios es tan íntegro que deja su propia gloria como rehén para la seguridad de sus hijos. Su justicia está vinculada a la salvación y prosperidad de ellos. No puede presentarse en toda su magnificencia y realce hasta que todos sus pensamientos de misericordia se hagan realidad en la vida de su pueblo. Le complace aplazar su aparición con toda su gloria ante el mundo hasta que haya logrado completamente la liberación de ellos, para que su pueblo pueda aparecer en gloria juntamente con él en ese mismo día: “Por cuanto Jehová habrá edificado a Sion, y en su gloria será visto” (Sal. 102:16).

El sol siempre es glorioso, aun en el día más nublado; pero esta gloria no es evidente si no dispersa las nubes que esconden sus rayos de la tierra. Dios es glorioso hasta cuando el mundo no lo puede ver, pero la demostración de su gloria aparece cuando su misericordia, verdad y fidelidad se manifiestan en la salvación de su pueblo. Qué vergüenza deberíamos sentir cuando dejamos de buscar la gloria de Dios; porque él ama tanto a sus hijos que vincula su gloria con nuestra fidelidad, para que nunca pueda perder la una y salvar la otra.

b) La sinceridad de Dios se manifiesta al abrir su corazón a su pueblo

Un amigo distante y reservado no es fácil de comprender; por tanto, resulta difícil confiar en él. Pero aquel que tiene una ventana de cristal en el corazón, por la cual su amigo puede leer cada pensamiento claramente, es libre de la menor sospecha de infidelidad. Así es Dios de abierto con sus hijos. “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen” (Sal. 25:14).

El Espíritu Santo es la llave que Dios nos ha dado para en-

trar en su mismo corazón y conocer sus pensamientos para con nosotros, desde antes de la fundación del mundo. Este Espíritu conoce “lo profundo de Dios” (1 Co. 2:10), y ha publicado en la Palabra la sustancia de los propósitos de amor que han circulado entre la Trinidad para nuestra salvación. Para asegurar que nuestra satisfacción sea completa, Dios ha designado a este mismo Espíritu Santo para morar en sus hijos. Cada vez que Cristo le presenta nuestros deseos en el Cielo, él interpreta sus pensamientos según la Palabra que nos ha sido dada. Esta Palabra refleja el corazón de Dios “como en el agua el rostro corresponde al rostro” (Pr. 27:19).

De forma trascendente Dios tiene con su pueblo la misma franqueza de corazón que existe entre los amigos íntimos. Si se acerca un peligro, no lo esconderá. David dice que las palabras de Dios amonestan a sus siervos (*cf.* Sal. 19:11). Dios envía un mensajero que suene la alarma para sus hijos, tanto si la causa del peligro es un enemigo como si se trata de su pecado personal.

Ezequías corría peligro por su orgullo interior. Dios le envió una tentación a fin de revelar lo que había en su corazón. Había caído una vez y Dios no quería que le volviera a pasar. Él siempre habla primero a su pueblo de lo que le desagrada, y luego lo corrige por ello, pero no le guarda rencor.

Aun cuando el Padre ha de afligir a sus hijos, de tanto que los ama no los puede dejar totalmente desapercibidos de ese amor suyo que los libraré. Para consolarlos en la cárcel les abre antes su corazón, tal como leemos acerca de la Iglesia judía en Egipto y la Iglesia cristiana bajo el anticristo. Antes de estos sufrimientos, Dios ya había prometido la liberación.

Mientras Jesús estaba en la tierra explicó francamente a sus discípulos los problemas que les esperaban; pero no calló la bendita conclusión: volvería a ellos. ¿Por qué? Para confirmar su integridad para con ellos: “Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho” (Jn. 14:2). Cuando Dios tiene que ocultar temporalmente la verdad a sus hijos, es porque no podrían soportarla en ese momento.

Cristiano, esta visión de la fidelidad y sencillez del corazón de Dios, ¿no hace que desees abrirte más a él? Él te revela sus

pensamientos, ¿por qué le ocultas entonces tus secretos? Aquel que comparte las fuentes más íntimas de su amor y misericordia espera la confianza de su pueblo.

c) La sinceridad de Dios se revela en su amor inmutable

Como no hay “sombra de variación” en Dios, tampoco varía su amor hacia nosotros, su amor es eterno. Como el sol de Gabaón, no se pone ni declina, sino que continua con plena fuerza. “Con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor” (Is. 54:8).

Los sentimientos más ardientes del corazón humano pueden enfriarse. Su amor es como el fuego de la chimenea: arde, parpadea, se apaga. Pero el amor de Dios es como el fuego del sol: nunca falla. En la criatura, el amor es como el agua del río, que crece y luego vuelve a bajar; en Dios es como el mar, que siempre está lleno. Nada puede destruir ni cambiar su amor donde él lo envía; tampoco puede corromperse ni ser vencido.

1. *El amor de Dios no puede corromperse.* Siempre hay personas presumidas que intentan sobornar a Dios para que abandone a su pueblo. Cuando Balaam trató de poner a Dios de parte de Balac no reparó en gastos: levantó un altar tras otro e hizo un sacrificio tras otro, esperando así obligar al Señor a que se pronunciara contra su pueblo. Pero el Padre fue fiel a sus hijos y descargó su juicio sobre aquella nación por enviar a Balaam con una misión tan necia. Mientras tanto, Dios siguió persuadiéndolos de su amor fiel: “Pueblo mío, acuérdate ahora qué aconsejó Balac rey de Moab, y qué le respondió Balaam hijo de Beor [¿por qué recordarlo?], para que conozcas las justicias de Jehová (Mi. 6:5).

Esta historia nos recuerda la fidelidad de Dios para con sus escogidos. Si quieres que tu amor a Dios sea incorruptible, embalsámalo con la dulce especia de su íntegro amor por ti, que es inmortal e incorruptible. Si crees que Dios te es fiel, ¿cómo volverás a serle falso? En el amor es cruel devolver falsedad a cambio de fidelidad.

2. *El amor de Dios no puede ser vencido.* La ira y el poder de los enemigos de su pueblo ni siquiera empiezan a poner a prueba la omnipotencia de Dios, pero los pecados de su pueblo

sí que lo hacen. Nunca se oye a Dios quejarse de la fuerza de sus enemigos, pero los pecados y las faltas de sus hijos le quebrantan el corazón. Le hacen padecer ante la opción de si debe amarlos o dejarlos, darles muerte o vida. Pero sean cuales fueren las expresiones humanas utilizadas en la Palabra para hacer que su pueblo se arrepienta y vuelva de su frialdad, Él nunca está indeciso. El amor mueve sus pensamientos a favor del pueblo de su pacto, aun cuando los actos y actitudes de este menos lo merecen.

Cuando el diablo descubrió la vestidura sucia de Josué, pensó que tenía pruebas suficientes para presentar un caso manchado en su contra delante de Dios. Pero se equivocaba, porque en lugar de provocar la ira divina, conmovió a Dios haciéndole que declarara la venida del amado Renuevo (cf. Zac. 3:8). Medita sobre esto. El amor de Dios es tan invencible que ni los peores pecados pueden romper el nudo del pacto que te ata a él.

Entonces debes esforzarte por tener la imagen del amor de tu Padre celestial claramente impresa en tu amor hacia él. Nada puede vencer su amor por ti, de forma que no permitas que nada perjudique tu amor hacia él. Habla así a tu alma: “Me aferro a Dios aun cuando esconda su rostro, porque no me rechazó cuando le di la espalda. Testifico de la grandeza de su Nombre cuando los demás lo reprochan. Dios ha mantenido ardiendo en su corazón su amor por mí mientras yo pecaba. ¿Voy a entristecer de nuevo a su manso Espíritu y hacerle cómplice de mi pecado, empleando su amor como excusa?”.

4. Cuidado con los pecados de presunción

Estos pecados hieren profundamente la rectitud del hombre porque son sumamente inconsecuentes con ella: “Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí: entonces seré íntegro” (Sal. 19:13). El pecado de soberbia de David es la única excepción al testimonio que Dios dio de su justicia: “Por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo” (1 R. 15:5). Los otros pecados de David se des-

contaron porque no causaban tanta herida a su justicia como este.

Igual que un pecado de soberbia es incompatible con la justicia, la justicia habitual es incompatible con la soberbia habitual. Si un sorbo de este veneno infecta gravemente el espíritu de una persona de virtud, ¡qué mortal será para toda rectitud, si el cristiano lo bebe a diario! Como “Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey” (Dn 1:8), nosotros debemos ponernos diariamente bajo un santo compromiso de no contaminarnos con el pecado de la soberbia.

Agustín dijo: “Puedo errar, pero estoy resuelto a no ser un hereje. Puedo fallar, pero por la gracia de Dios trabajaré para no ser un pecador arrogante”. Si no quieres ser un pecador arrogante, deja de tomar a la ligera aquellos pecados que parecen menos graves que otros. Cuando la conciencia de David le amonestó por cortar el manto de Saúl, dejó lo que estaba haciendo y se retiró. El tierno corazón de David le reprochó su acción y eso no le permitió asesinar al rey.

Pero en otra ocasión la conciencia de David estaba demasiado dormida para avisarle del peligro, y miró con deseo a Betsabé. Como un alpinista mareado que se desmaya, cayó de un pecado escabroso en otro hasta terminar en la honda fosa del asesinato.

Cuando se huela el río uno se atreve a andar y correr por donde no pondría el pie de estar el hielo roto o quebradizo. Cuando el corazón del cristiano está tan endurecido que puede plantarse en una debilidad sin que su conciencia se quebrante bajo el peso, ¿quién sabe hasta donde llegará su pecado?

5. Ponte por encima del amor y el temor al mundo

La integridad del cristiano no se eclipsa sin la interposición de la tierra entre Dios y su alma.

a) Ponte por encima del amor al mundo

Esa es una terca raíz sobre la que no crece la hipocresía. Si tu corazón se aferra a algo mundano, y lo desea por encima de todo, serás vulnerable al primer consejo de Satanás para conse-

guirlo. Al cazador no le importa por donde entra —salta vallas y barrancos, pasa por charcos y barro— con tal de cobrarse el conejo.

Es un misterio que el cristiano, con el corazón ungido con el precioso óleo de Cristo, tenga aún gusto por el olor del mundo. Parece que el dulce perfume de las especias que son las promesas de Dios debería quitarle el deseo de ir tras la caza mundana. El hálito de Cristo en ellas debe colmar tanto los sentidos del cristiano que los burdos gustos mundanales ya no le plazcan.

Esto es así mientras los sentidos espirituales están abiertos, pero igual que un catarro tapona la nariz, la negligencia del cristiano obstruye las virtudes divinas. Cuando este no puede disfrutar del sabor divino de Cristo, el diablo aprovecha para ponerle delante inmediatamente algún atractivo mundano. Pronto la carne lo olfatea y lleva al cristiano a una caza que termina en dolor y vergüenza.

b) Ponte por encima del temor al mundo

El temor al hombre es un lazo. El cobarde se esconde en cualquier hueco, por sucio que sea, para salvarse. Cuando a los más santificados los confronta la tentación, son como los otros hombres. Cuando la reputación de Pedro parecía peligrar un poco, “no [andaba] rectamente conforme a la verdad del evangelio” (Gá. 2:14). En su lugar, daba un paso adelante y otro para atrás, estando a veces dispuesto a comer con los gentiles y a veces no. ¿Por qué? “Porque tenía miedo de los de la circuncisión” (v. 12).

6. Guarda tu corazón con una disciplina estricta

El que monta un caballo torpe, debe mantener la vista en el camino y la mano en las riendas. Cristiano, así es tu corazón: puede tropezar en el camino más llano aunque no se vea un problema a kilómetros de distancia. Por tanto, mantén la rienda corta: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23).

Mira de cerca tu corazón a diario para que pueda rendir cuentas de sí. El amo estimula indirectamente a su siervo a ro-

bar si no le pregunta de vez en cuando por el dinero que utiliza. Algunos de la época del rey Joás tuvieron a su cargo el dinero de la reparación del Templo, y no tenían que rendir cuentas porque se sabía que “lo hacían fielmente” (2 R. 12:15). Pero no actúes tú así. En su lugar, rinde cuentas a Dios de tu corazón y tu conciencia a diario, para que las tentaciones sutiles de Satanás no desfalquen las inversiones de Dios en ti.

Dios te ha puesto muchos talentos en las manos para reparar tu templo espiritual —la salud, la libertad, los días de descanso y adoración, los sacramentos, el compañerismo—, la obra de la gracia en ti. Investiga la forma en que gastas cada uno de ellos y podrás ver cómo se adelanta la obra del Reino. Es mejor hacerlo a diario porque, aunque no lo creas, tarde o temprano Dios pedirá cuentas a tu corazón.

Consuelo para el creyente sincero que tiene dudas

Puede que seas realmente íntegro, pero la duda te persuade de que no es así. Tengo algunos consejos para ti, y confío en que Dios bendiga cada uno de ellos.

1. No pienses que eres un hipócrita porque en este momento no veas evidencias de tu integridad

Los patriarcas tenían el dinero envuelto en sus sacos, y llegaron hasta la posada sin saber que lo llevaban hasta abrir los mismos. Hay un tesoro de integridad oculto en muchas almas, pero no ha llegado el momento para ellas de abrir el saco y conocer sus verdaderas riquezas. Miles de cristianos cuyo viaje estuvo marcado por la duda de poseer o no la gracia de Dios, han cruzado el abismo y arribado al Cielo. La fe sin fingimiento pone al creyente en el arca juntamente con Cristo y cierra la puerta; pero no evita necesariamente que se maree durante el viaje.

Lo que se manifiesta de forma que lo podamos ver y poseer es la obra de Cristo, aunque la realidad de nuestra virtud no se vea tan claramente. Dios ha puesto al Espíritu Santo al lado de la verdad de la gracia para atraer al alma a la luz y mostrar a sus hijos esa verdad. Solo él es el gran mensajero “que anuncie al hombre su deber” (Job 33:23).

Pero así como el ojo no puede ver en completa oscuridad, y no obstante sigue siendo un ojo que ve cuando hay luz, también puede haber verdadera virtud allí donde no existe una percepción de esa realidad. La persona puede buscar febrilmente de culto en culto la integridad que ya tiene, como quien busca su sombrero frenéticamente por toda la casa, cuando en todo momento lo llevaba puesto.

Subraya lo siguiente como una verdad real: “Puede ser que yo sea justo aunque no lo vea claramente”. Si bien esta idea no da un consuelo pleno, puede suponer un apoyo hasta que llegue la seguridad. Aun cuando no consiga remendar la duda convirtiéndola en plena fe, la apuntalará hasta que el obrero maestro —el Espíritu Santo— venga y, con una palabra de bondad, te haga fuerte en la promesa, único fundamento verdadero para un consuelo sólido.

No seas más cruel contigo mismo que lo serías con un amigo, o hasta con un enemigo. Supongamos que alguien a quien no le tienes mucho cariño estuviera en tu casa enfermo, tan enfermo que si le preguntaras si vivía, estaría demasiado débil para responderte. ¿Lo encerrarías sin más en un ataúd, y empezarías a cavar su tumba, simplemente porque no puede decir que sigue vivo? ¡Claro que no! Cuán poca razón tiene Satanás al meterte en la fosa de la desesperación porque ahora mismo tu virtud no es lo bastante fuerte para defenderse.

2. Date cuenta de que Satanás quiere sembrar duda y temor en tu corazón

Le divierte distraerte con falsos temores si ve que no puede halagarte con esperanzas falsas. En otros tiempos vivías en pecado y te considerabas mejor de lo que eras; pero ahora que tienes algunas de las costumbres santas de Cristo en tu alma, Satanás te amenaza con apariciones de temor. Si no te llama hipócrita, entonces cuestiona la integridad de tu corazón.

Vale la pena investigar quién llama, y ver si no se trata del mismo viejo acusador llamando a otra puerta. El diablo cuenta con más tentaciones que disfraces tiene un actor para el escenario. Uno de sus disfraces favoritos es el de espíritu de mentira, que maltrata tu corazón tierno con las peores noticias po-

sibles, diciéndote que realmente no amas a Jesucristo y que al fingir tal cosa solo te engañas a ti mismo.

Así ese espíritu inmundo, como una ramera desvergonzada que abandona a su hijo a la puerta de un hombre puro, lo acusa descaradamente de una culpa que no le pertenece. Pero sabe que algo de su acusación se adherirá al espíritu cristiano y forzará la puerta para dejar entrar otra tentación. El fin real de la trama diabólica es asustar al cristiano y quitar las ruedas del carruaje que antes lo llevaba a menudo a la presencia de Dios mediante sus ordenanzas. Al sospechar de su integridad, razona que será mejor apartarse del pueblo de Dios que no unirse a ellos con corazón falso. ¿Tenía la serpiente una piel más suave o una lengua más lisonjera cuando persuadió a Eva a tomar la fruta prohibida, que cuando te tienta para que no toques ni saborees el fruto que Dios te ha mandado disfrutar de su mano?

Pero, amigo cristiano, tienes razón para bendecir a Dios cuando deja que el adversario ensanche hasta aquí su mente malvada y luego te permite caer en la cuenta de esta estrategia que cuestiona tu integridad. ¿No ves quién fue el primero en gritar “hipócrita” en tu mente? Satanás no soporta verte crecer tan rápido a la imagen de Cristo, de forma que te pone ese tropezco en el camino de la integridad que te lleva al Cielo. Fija los ojos en el Autor y Consumador de la fe, y salta los obstáculos del enemigo.

No mordiste el cebo de los otros pecados que Satanás te presentaba, por eso recurre a importunar tu imaginación con temores de hipocresía. Es su último esfuerzo antes de tener que rendirse contigo. ¿Crees que si tu corazón realmente te engañara él se molestaría tanto? Nunca envía tropas si no hay un enemigo que le ofende. Las oraciones hipócritas no le molestan más que la ausencia total de ellas. Tampoco es lo bastante bueno como para revelarles a los hipócritas la insinceridad de sus corazones. Al contrario, los ata con esta cadena, y se la esconde muy bien, por si su ruido pudiera despertar la conciencia de ellos y les abriera el camino a la liberación.

Entonces, consuélate; a no ser que la conciencia te dé pruebas bíblicas que condenan tu hipocresía, trata la acusación del enemigo como una mentira. No será él quien suba al estrado en

el juicio de tu vida, ni su testimonio valdrá nada en aquel día. ¿Por qué permites que sus calumnias te perturben ahora?

3. Busca las evidencias de tu integridad

Esta es la “piedrecita blanca [que tiene] escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe” (Ap. 2:17). Pablo tenía esa piedra blanca brillando en su conciencia más gloriosamente que todas las joyas del pectoral de Aarón: “Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios [...] nos hemos conducido en el mundo” (2 Co. 1:12).

A Job no le faltaba esta prueba cuando apeló a los pensamientos de Dios mientras él revolvía cada rincón de su corazón: “Tú sabes que yo no soy impío” (Job 10:7).

No dijo estar sin pecado, lo cual confesó una y otra vez, sino que sabía que no era un hipócrita de corazón podrido. El Señor permitió que Job fuera investigado y llevado a juicio para taparle la boca a Satanás y avergonzarle por traer cargos de delito espiritual contra uno de los elegidos de Dios.

Es verdad que Pablo y Job eran cristianos del rango mayor; pero el cristiano más débil de la familia de Dios tiene el mismo testimonio interior que ellos: “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Jn. 5:10). Cristo y el Espíritu Santo moran en tu corazón tanto como en el creyente más santo de la tierra. La misma sangre de Jesús y el agua de la Palabra te lavan. Estas testificarán acerca de tu virtud e integridad igual que en el caso de Job y de Pablo. Pero en el tribunal, los testigos deben esperar a testificar hasta que los llama el juez al estrado. Puedes estar seguro de que Dios llamará al testigo adecuado en su momento. Pero ahora, examinemos tres maneras de descubrir las pruebas de un corazón fiel.

a) Anhela una mayor gracia

A medida que un niño crece, su cutis se hace más fino; y así es con la virtud. Algunos niños nacen con eczema en la cara. Aunque esto esconda la hermosura del rostro por un tiempo, luego desaparecerá. Así el razonamiento espiritual del cristiano madura a medida que crece todo el cuerpo de la gracia: una ma-

duración que lo capacita para reflexionar sobre sus actos y juzgar las objeciones de Satanás a su integridad. Si no quieres considerar todo el espectro variable de integridad o hipocresía diariamente, no sigas como un bebé en la gracia, sino crece en la estatura de Cristo. Allí estarás por encima de muchos de tus temores y por la misma luz que revela el crecimiento de la virtud verás la verdad de su presencia.

Al alba es difícil saber si la luz es del día o de las estrellas; pero cuando vez aumentar esa luz, sabes que ha amanecido. Los brazos del niño de un retrato no se harán más fuertes por colgar allí durante años. Tu amor, humildad, esperanza y tristeza que es según Dios aumentan cada vez más, ¿y sigues aún cuestionando la posesión de la verdadera virtud? El hecho de no reconocer tu virtud es tan asombroso como que los judíos no reconocieran a Jesús cuando hizo ver al ciego.

b) Acepta cualquier llamamiento de Dios

En ciertas temporadas Dios da oportunidad al hombre para conocer su propio corazón mejor que en otros momentos de la vida. Estas oportunidades vienen envueltas en las ocasiones cuando Dios nos llama a negarnos por él. Si estamos dispuestos a obedecer, aprenderemos mucho acerca de nuestros corazones, porque en la abnegación la gracia se manifiesta con gloria como el sol en un día sin nubes. Además, Dios opta por demostrar las pruebas de su gracia en el cristiano dispuesto a andar en ella donde y cuando sea.

El amo encomia a su siervo con ternura después de que haya obedecido con diligencia sin importarle la dificultad de la orden: “Bien, siervo bueno y fiel” (Mt. 25:21). La llamada de Dios a la abnegación puede significar abandonar asociaciones comerciales, aficiones, casa o tierras; todo esto y más, hasta amigos y familiares. Amigo, no enfermes a causa de la providencia que llega a tu puerta. Si vieras todo el propósito de Dios en ella, la invitarías a pasar como Abraham recibió a los tres ángeles con quienes comió generosamente en su tienda.

Dios te ha enviado este llamamiento a la abnegación para que veas tu propia integridad, y para presentarte su gracia que por tanto tiempo has anhelado ver en ti mismo. Esta providen-

cia te trae un carruaje como los que José envió a buscar al anciano Jacob, para llevarte al encuentro de esa virtud viva que tanto tiempo lloraste dándola por muerta.

¿Te emociona pensar en recibir esta seguridad a pesar de la lucha que Dios te depare en el camino? Cuando el Padre mandó a Abraham sacrificar a su hijo, el patriarca dio algunos pasos dolorosos pero rectos obedeciendo. Dios no ve esta clase de abnegación sin honrarla: “No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gn. 22:12). Por supuesto que Dios lo sabía desde siempre, pero lo dijo para que Abraham conociera su propia integridad de la boca del propio Dios.

Tal vez Dios te pida renunciar a tu formación, tus ambiciones o tus amigos más valorados para comprender una verdad o ejecutar una acción, simplemente porque la Palabra te lo manda. Si puedes hacerlo sin hundirte en el orgullo, aunque fuera opuesto a todo vestigio de aprobación por parte de la naturaleza humana, es un acto de profunda abnegación. Tal vez se espere de ti que abandones todo lo que te es familiar y recorras solo el camino; quizá aprendas a amar tanto la paz que estés dispuesto a pagar cualquier precio, excepto el pecado, para conseguirla. Si tu obediencia te lleva a esta clase de abnegación, tienes más razones para esperar que Dios aporte pruebas de tu integridad.

También puede ser que Dios quiera que niegues tu propia ira y venganza; aunque quizá escoja una vía inusitada para probar duramente tu orgullo. Por ejemplo, si maniatas a tu enemigo y lo pones bajo tu mano, tu primer impulso tal vez sea invitar tanto a cristianos como a pecadores para que vean lo que ocurre cuando Dios decide enviar juicio al que lo merece. Sin duda, en ese mismo instante la tentación respaldará tu confianza susurrando, en nombre de Dios: “He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te pareciere” (1 S. 24:4).

Si soportas esta tentación y vences tu deseo de venganza, pagando bien por mal a tu enemigo, escaparás del orgullo y saldrás como humilde vencedor. Consagrarás el memorial de

esta victoria a la alabanza del nombre de Dios y no del tuyo. David no guardó la espada de Goliath en casa como trofeo de su hazaña, sino que la puso en el Tabernáculo, “detrás del efod”, para memorial del acto de Dios por su mano (cf. 1 S. 21:9).

Si puedes aprender humildemente esta abnegación, te graduarás con honores, aunque siempre como alumno, en la gracia de Dios. La fama de David resuena más claramente por la victoria ganada en aquella oscura cueva que por el triunfo sobre los enemigos muertos en campo abierto. Con las batallas cruentas ganó “nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra” (2 S. 7:9), pero por la abnegación de perdonarle la vida a Saúl obtuvo un lugar honroso en la Palabra.

Dios encomió la abnegación de David con la medalla más espectacular que haya recibido militar alguno: por boca de su enemigo. Saúl no pudo retener la verdad de Dios sino que proclamó su propia vergüenza y justificó a David: “Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal” (1 S. 24:17).

c) Espera siempre en Dios y sus mandamientos

Aun cuando vislumbres tu integridad, el Espíritu Santo ha de seguir siendo tu amigo, o podrías sentarte como Agar al lado del pozo y no encontrarlo nunca. Podrías buscar en todo el campo sin encontrar el tesoro escondido. La única forma de “que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Co. 2:12) es por medio del Espíritu Santo. Este reside en los mandamientos de Dios como el gobernador que trabaja en su despacho; y hay que acudir a él si queremos ver sellada la verdad de nuestras virtudes (evidencias para el Cielo) en nuestras conciencias.

Acude al Espíritu Santo y espera. El hecho de llamar a la puerta adecuada es en sí un consuelo. Aun si llamas durante mucho tiempo sin recibir nada, no debes avergonzarte. Los siervos de Eglón esperaron a un hombre muerto (cf. Jue. 3:25), pero tú esperas al Dios vivo, que oye desde el Cielo todas las veces que llamas desde la tierra. Es un Dios de amor que oye tus oraciones y ve tus lágrimas. Y hasta si parece un extraño,

como José lo parecía a sus hermanos, es tan grande en misericordia que pronto te abrazará y solazará su corazón al reconocerte y aceptarte, así como su gracia en ti.

Alza tu rostro entonces, pero recuerda que no puedes marcarle el horario al Todopoderoso. El sol sale a su hora, aunque quieras decidirla tú. A veces Dios te llega en un mandamiento y su luz celestial irradia tu ser interior mientras aviva su Palabra en ti. ¿Pero nunca has pasado noches postrado, luchando con Dios, y preguntándote por qué no satisfacía tu alma? Cuando se enciende la luz en una habitación oscura nos apresuramos a buscar el objeto perdido y pronto encontramos lo que llevábamos horas buscando a tientas. Podemos medir nuestra condición espiritual mejor en un momento de revelación divina que con días o semanas sin ella.

Vigila con cuidado los momentos cuando Dios llega a ti; aprovéchalos. Pero aun si Dios opta por esconder el tesoro de tu vista, consuélate. Sabe que tu integridad es real, la veas o no. Di con David: “Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí, tú conociste mi senda” (Sal. 142:3). Dios actuará soberanamente para tu bien, no según las falsas acusaciones, sino según el testimonio que su ojo omnisciente da de tu virtud.

La sinceridad fortalece el espíritu del creyente

Hemos visto la comparación de la integridad o sinceridad con el cinturón del soldado. Pasemos ahora al otro uso de este cinturón: fortalecer la cintura y ceñir la armadura. La Palabra utiliza el ceñido para implicar la fuerza: “Me ceñiste de fuerzas para la pelea” (Sal. 18:39), o para indicar lo contrario: “Desata el cinto de los fuertes” (Job 12:21), o sea, debilita su fuerza. Es una virtud que establece y fortalece al creyente en toda su vida; por el contrario, la hipocresía debilita y perturba el corazón: “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Stg. 1:8).

El alma tiene tanta pureza e incorruptibilidad celestial como integridad. “Gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en sinceridad” (Ef. 6:24, RV 1909). Entonces, la fuerza de toda virtud estriba en su medida de inte-

gridad. Pero la integridad no solo cubre toda debilidad, sino que fortalece el alma para la santa guerra del cristiano.

“La integridad de los rectos los encaminará; pero destruirá a los pecadores la perversidad de ellos” (Pr. 11:3). A pesar de toda su astucia para salvarse, el hipócrita a la larga se hunde por su propia inestabilidad; pero la integridad pone al cristiano a salvo de todo peligro.

1. La fuerza preservadora de la sinceridad

La hipocresía de Israel consistía en que era “una generación contumaz y rebelde; generación que no dispuso su corazón, ni fue fiel para con Dios su espíritu” (Sal. 78:8). Las piedras mal afirmadas de los cimientos no permanecerán fuertes mucho tiempo.

En el mismo Salmo vemos más de ese amargo fruto en las ramas del hipócrita: “Se volvieron y se rebelaron como sus padres; se volvieron como arco engañoso” (v. 57). Antes de tensar un arco defectuoso, no se ve el problema; pero al tensarlo del todo, se rompe en pedazos. Esto es lo que le pasa a un corazón falso bajo presión.

Pero la integridad mantiene pura el alma ante la tentación. “El que camina en integridad anda confiado” (Pr. 10:9). Sus pasos son firmes, y pasa seguro por el camino más agreste; pero “el que pervierte sus caminos”, aunque escoja el camino más llano, tarde o temprano caerá.

Ya sabemos que la integridad fortalece al cristiano ante la tentación. Veamos ahora algunas maneras como la hipocresía lo lleva a la tentación.

a) La hipocresía se esconde entre la multitud

El hipócrita comprueba su reloj con el del Ayuntamiento, no por el sol de la Palabra. Hace igual que los demás: la voz del pueblo es la voz de su dios. Pocas veces se ve a un hipócrita nadando contra la corriente de la corrupción. El río se lleva las cosas ligeras, y la multitud arrastra a las almas ligeras. Pero el cristiano íntegro tiene peso y prefiere hundirse antes que rendirse a la multitud y flotar con ellos en el río del pecado. Ya que el hipócrita no tiene dirección interior, cede an-

te la marea como pez muerto. La integridad es un principio de la vida divina y dirige al alma en su camino, sin apoyarse en la multitud, y contra la oposición que seguramente la espera.

Josué habló sinceramente hasta cuando diez de los doce espías dijeron lo que el pueblo quería oír. Las palabras de los falsos profetas que agasajaban el orgullo de Acab no cabían en la boca de Micaías. Este optó por parecer ridículo quedándose solo, en lugar de mostrarse de acuerdo con los 400 que se equivocaban (cf. 1 R. 22:6-8).

b) La hipocresía acepta el soborno del pecado

Nadie más que Cristo y los que conocen su verdad pueden rechazar la mejor oferta del diablo: "Todo esto te daré" (Mt. 4:9). El hipócrita aun en la cima de su profesión de la verdadera religión, aprovechará estas oportunidades, aunque signifique dejarse comprar y vender por el pecado, traicionando a su alma y a Dios. No hay más diferencia entre el hipócrita y el apóstata que entre una manzana verde y una madura; espera y verás como cae podrido de su profesión. Judas fue primero un hipócrita oculto, pero pronto se vio como traidor declarado de Cristo.

El fruto madura con el calor, y algunos hipócritas aguantan más que otros antes de ser descubiertos, porque aún no han encontrado tentaciones lo bastante penetrantes para revelar su corrupción. Los frutos terrenales maduran más en una semana de sol que durante el mes anterior entero. Cuando el hipócrita ve una puerta abierta para conseguir el premio mundano, su deseo interior y la oportunidad externa se unen para hacerle caer. El anzuelo está cebado y no puede evitar morderlo.

Pero la integridad conserva el alma en la hora de la tentación. David oró: "No arrebatas con los pecadores mi alma, ni mi vida con hombres sanguinarios [cuya] diestra está llena de sobornos" (Sal. 26:9-10). Y en el versículo 11 declara: "Mas yo andaré en mi integridad". El alma que anda en integridad no aceptará soborno de los hombres ni del pecado. Los pies de David se plantaron en el "lugar espacioso" de la justicia.

c) *El hipócrita cede ante la tentación cuando puede pecar sin control humano*

Veamos dos ejemplos específicos de esta verdad.

1. *El hipócrita abraza el deseo en secreto.* Observa como se porta el hipócrita cuando cree estar a salvo de las miradas. Ananías y Safira intentaron correr el velo del cielo entre su hipocresía y la vista humana al poner algo del dinero a los pies de los apóstoles. Guardaron el resto sin pensar en la mirada de Dios y se presentaron ante Pedro como creyentes de buen nombre.

Pero estos dos profesantes del cristianismo no se mantuvieron mucho tiempo. El hipócrita se esfuerza más en salvar su credibilidad ante este mundo que su alma en el venidero. Cuando su reputación está asegurada por el momento, se niega a pensar en la eternidad. Hacer esto lo revelaría como ateo o incrédulo condenado al Infierno. Guarda entonces una distancia cómoda de cualquier decisión, sin atreverse a permitir que su conciencia le hable.

La integridad preserva el alma de tales imaginaciones vanas. El amo de José estaba ausente, pero su Dios presente. “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9). No contra su amo, sino *contra Dios*. El cristiano íntegro es fiel a Dios.

2. *Algunos hipócritas pueden estar fuera del alcance de la justicia humana.* Labán era grande en su país y oprimió a Jacob con una trama siniestra porque el joven era un pobre extranjero que no podía oponerse a las estipulaciones de su propuesta. Aun Nerón, aquel hombre diabólico, fue al principio la esperanza romana de un gobernante justo y sabio. Si pones el escenario de poder y grandeza para la hipocresía, pronto será desenmascarada.

La rebelión de Roboam contra Dios fue cuando “había consolidado el reino, [entonces] dejó la ley de Jehová, y todo Israel con él” (2 Cr. 12:1). Ocultó sus intenciones hasta asumir el trono. Pero una vez que se fortaleció con confianza, rompió con Dios. Era como ese capitán falso que abastece el castillo de toda clase de municiones y provisiones, para luego declararse traidor, una vez que puede defender su traición. Aquí la integridad marca la diferencia para el cristiano.

Los hermanos de José hicieron algo peor que quitarle la vida: lo vendieron cruelmente como esclavo a tierra extraña. En la providencia divina, cayeron luego en manos de José estando este en el cenit de su poder en Egipto. Cuando José podría haberles pagado por lo que le hicieron sin temor a las autoridades, su integridad lo puso muy por encima de toda idea de venganza. Redimió la crueldad de ellos con sus propias lágrimas, no con sangre; y lloró de gozo al verlos, cuando el único gozo de ellos había sido deshacerse de él.

Cuando la culpa de los hermanos de José les hizo medir las intenciones de este por sus propios corazones vengativos, él disipó todo el miedo de ellos expresando el profundo amor que les tenía. Ni siquiera nubló el gozo de aquel día mencionando su dolor causado por la cruel experiencia. ¿Qué le conservó en la hora de gran tentación? “Yo temo a Dios”, respondió (Gn. 42:18). Como si dijera: “Aunque seáis mis prisioneros aquí, tengo algo que detiene mis manos y mi corazón de haceros mal: yo temo a Dios”. Esta fue la protección de José: el temor reverente a Dios.

2. La fuerza restauradora de la sinceridad

La sinceridad no garantiza que nunca caeremos, pero nos ayuda a levantarnos siempre. Sin embargo, el hipócrita queda tendido hasta la muerte. Por eso se dice que “caerán en el mal” (Pr. 24:16). El íntegro tropieza como cualquier viajero, pero se levanta y reanuda la marcha con mayor cautela y celeridad que antes. El hipócrita se desploma como un marinero desde lo alto del mástil, siendo tragado sin esperanza de rescate por el mar devorador.

Vemos este principio en la vida del rey Saúl. Cuando su corazón falso se descubrió, él rodó cuesta abajo sin parar, de pecado en pecado. En pocos años se precipitó lejos del lugar donde había dejado a Dios. Tan presto en otro tiempo para adorar a Dios que no podía esperar la llegada de Samuel, ahora estaba tan lejos de buscar a Dios que buscó los consejos de una bruja. En el acto final de su sangrienta tragedia, Saúl, desesperado, se suicida.

El pecado de Saúl lo arrastró a la muerte porque su corazón

no había sido recto ante Dios en un principio. Samuel indica esto al decirle: “**Jehová se** ha buscado un varón conforme a su corazón” (1 S. 13:14). Por supuesto que David cayó en un pecado más grave que la maldad de Saúl, por la cual Dios había rechazado al primer rey, pero la diferencia fue que en la vida de David la integridad era “la raíz del asunto” (Job 19:28).

Hay una doble razón para la fuerza restauradora de la integridad. Una es su misma naturaleza y la otra procede de la promesa de Dios arraigada en el alma del cristiano íntegro.

a) La naturaleza restauradora de la integridad

La integridad es para el alma lo que esta para el cuerpo: la chispa de vida divina prendida en el corazón humano por el Espíritu de Dios. Es la simiente de Dios que permanece en el creyente. Una semilla plantada en la tierra se vivifica por la influencia del cielo y levanta su cabeza fresca y verde en primavera, a pesar del mucho frío que ha pasado en el invierno. La integridad, después de tentaciones y derrotas, levanta al creyente por encima de las duras y sucias barreras cuando Dios lo contempla con los rayos de su gracia vivificante.

El hipócrita es cristiano solo en apariencia externa, no por su nueva naturaleza. Un títere tiene la forma exterior de hombre, pero se mueve por las articulaciones y goznes que el fabricante le ha puesto; no tiene alma propia. Cuando esta clase de muñeco se gasta con el tiempo o se rompe por el deterioro, no es posible hacer cosa alguna para renovarlo, sino que se cae a pedazos hasta quedar reducido a nada. Así se desgasta la profesión del hipócrita, porque le falta la verdad vital para aguantar la ruina que se le viene encima.

b) La gracia restauradora de las promesas de Dios

“La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma” (Sal. 19:7, LBLA). El cristiano íntegro es el único heredero legítimo de la Palabra de Dios, la cual puede vivificar el alma. El Padre ha preparado muchas dulces promesas para confirmar a sus hijos su divina ayuda en peligros y tentaciones: “El que en integridad camina será salvo”; pero observa la verdad opuesta: “El de perversos caminos caerá en alguno” (Pr. 28:18); “Dios no aborre-

ce al perfecto, ni apoya la mano de los malignos" (Job 8:20). Entonces, al hipócrita no solo le faltan las promesas de ayuda, sino que también está bajo la maldición de Dios.

Por mucho que se esfuerce en edificar su casa, el hipócrita se apoya en su obra terminada y descubre que "no permanecerá en pie"; con toda su fuerza "se asirá de ella, mas no resistirá" (Job 8:15). "Mejor es lo poco del justo que las riquezas de muchos pecadores" (Sal. 37:16). Dios publica la razón para que todos lo comprendan: "Porque los brazos de los impíos serán quebrados; mas el que sostiene a los justos es Jehová" (v. 17).

Un poco de virtud verdadera mezclada con mucha corrupción en el cristiano íntegro es mejor que las riquezas del hipócrita: todo el celo, la fe y la devoción de los cuales se jacta. El hombre íntegro tiene la bendición de la promesa para restaurarle cuando decaiga su condición espiritual; pero la maldición de Dios destruirá al hipócrita con toda su pompa y gloria. Su destino solo irá "de mal en peor" (2 Ti. 3:13).

Las ordenanzas que obran eficazmente para sanar al íntegro por la bendición de la promesa de Dios, maldicen y arruinan al hipócrita. La Palabra que abre los ojos de uno ciega al otro, como en el caso de los judíos hipócritas. La Palabra fue enviada para cegarlos. Derrite y quebranta al alma íntegra, como Josías, pero la verdad solo endurece al corazón engañoso.

Antes de un sermón, el hipócrita habla muy espiritualmente: "Lo que mande Dios, lo haremos". Pero después, está más lejos de obedecerle que antes. El hipócrita oye, ayuna y ora, pero para su mal. Cada ordenanza es una puerta abierta para que Satanás entre a poseerlo más plenamente: como Judas descubrió en la última cena.

3. La fuerza consoladora de la sinceridad

La sinceridad levanta la cabeza del cristiano por encima del agua y lo hace flotar en las olas de la prueba con santa presencia y ánimo valiente. "Resplandeció en las tinieblas luz a los rectos" (Sal. 112:4), no solo cuando haya pasado la noche, sino *en* las tinieblas también. La aflicción que corroe el corazón del hipócrita se hace alimento vigoroso para la gracia y el consuelo del sincero.

El gozo del hipócrita, como las cuerdas de un instrumento, cruje en el mal tiempo; pero la sinceridad mantiene afinada el alma en todo tiempo. Los inestables dejan que las circunstancias controlen su ánimo: gozosos al sol, tristes en la lluvia. Este es el camino del corazón vacilante. Algunas pruebas debilitan su alma y la destruyen como el frío invierno mata el cuerpo débil. Pero la aflicción ayuda al cristiano a crecer, uniéndolo aún más a Cristo. La prueba lo lanza a los brazos del Señor, como la abeja vuela a la colmena antes de la tormenta. Se goza aquel que tiene por suave almohada el regazo de Jesús.

La sinceridad mantiene abierta la boca del cristiano para recibir el dulce consuelo que mana de la Palabra y el Espíritu. Realmente, esta es la meta de todas sus promesas. Pero la hipocresía es como un hombre con la garganta inflamada, que arde interiormente pero no puede tragar nada para apagar ese fuego que el pecado ha encendido en su alma. Cuando Dios ofrece sus preciosas promesas, su conciencia le dice: “No pueden ser para ti; no estás bien con Dios. Seguramente comprenderás que la Palabra de Dios es para los sinceros, ¿pero tú qué eres?”.

¿Qué diferencia hay entonces entre el hipócrita y el rico de la parábola en el Infierno? Este hombre atormentado arde y no consigue ni una gota para enfriarse la lengua. Cuando el hipócrita arde con la aflicción, no se le ofrece una gota, sino un río, una fuente de agua —la sangre de Cristo—, pero no la puede beber. Su boca está cerrada y no hay forma de abrirla. Su hipocresía acecha como un perro guardián en la puerta y no deja que se le acerque el consuelo. ¿Cual está peor, el que no tiene pan, o el que lo tiene y no puede comer?

Nadie es más astuto y listo que el hipócrita. En la prosperidad repele con destreza las amonestaciones y evita los consejos de la Palabra. En la aflicción, cuando se despierta la conciencia, disputa cualquier aliento que proceda de la Palabra. Ahora que es preso de Dios, no se le puede acercar ningún consuelo. Si Dios habla cosas aterradoras, ¿quién hablará de paz? “Entrégalos al endurecimiento de corazón; tu maldición caiga sobre ellos” (Lm. 3:65).

La palabra hebrea que aquí habla de “endurecimiento” sugiere un escudo que cubre; según cierto comentario, denota una

enfermedad que según los médicos constriñe el corazón como con tapadera, que bloquea todo alivio. Este es el *endurecimiento* del hipócrita en la aflicción, una vez avivada la conciencia, cuando Dios le llena de una convicción asombrosa de su pecado. Pero ahora examinemos algunas clases de aflicción, mostrando el consuelo que en cada una de ellas ofrece la integridad.

*a) La sinceridad apoya al alma frente
a los reproches del hombre*

No son pruebas nimias; se conocen entre los mártires como “vituperios”, dignos de recordarse entre los sufrimientos de Cristo (cf. He. 11:36). La grandeza sin par del espíritu de Jesús no solo se evidenció en su paso por la cruz, sino “menospreciando el oprobio” que las lenguas viles de sus enemigos sanguinarios amontonaron sobre él (He. 12:2). La mente humana ambiciosa no puede soportar la vergüenza. El ídolo que ella busca y paga a gran precio es el aplauso.

Diógenes se puso una vez desnudo sosteniendo un montón de nieve, atrayendo a los espectadores que admiraban su resistencia, hasta que alguien le preguntó si haría lo mismo sin que nadie le viera. El hipócrita se alimenta de elogios; vive del aliento de las alabanzas humanas. Cuando estas faltan, su corazón le duele decepcionado; pero cuando la aprobación se vuelve escarnio, muere por no tener la aprobación de Dios y sí los reproches del hombre.

Sin embargo, la integridad apoya al alma contra el viento de la vanidad humana, porque tiene a la conciencia y a Dios mismo como avales de su carácter en las pruebas. La buena conciencia y el Espíritu de Dios obran juntos para dar gozo al cristiano ante los reproches. No importa que el granizo de la acusación martillee la puerta y el techo; el cristiano está a salvo.

David es un buen ejemplo de la seguridad que ofrece la integridad: “En esto conoceré que te he agradado, que mi enemigo no se huelgue de mí” (Sal. 41:11). Había caído en grave pecado, y la mano de Dios lo disciplinaba cuando sus enemigos decidieron culparle de hipocresía: “Cosa pestilencial se ha apoderado de él” (v. 8). ¿Podría caer más bajo? Su mejor amigo se

había vuelto contra él y Dios le dejaba sufrir después de su error. Pero el alma de David no desfalleció: Dios le dio tal consuelo interior que desechó el desprecio de sus enemigos al instante. Sus reproches eran como la nieve que se derrite al caer.

¿De dónde obtuvo David esta santa grandeza espiritual? “En cuanto a mí, en mi integridad me has sustentado, y me has hecho estar delante de ti para siempre” (v. 12). Como si dijera: “Señor, Tú no me tratas como mis enemigos; si solo hubiera una llaga pecaminosa en mi vida, se posarían sobre ella como moscas. Pero Tú pasas por alto mis tropiezos y perdonas mi pecado. Ves mi justicia y la mantienes con toda mi debilidad. Me admites a tu presencia y me comunicas amor y favor aun cuando la obediencia se mezcla con el pecado”. La misericordia de Dios se une a la integridad, y el Salmo termina con alabanza: “Bendito sea Jehová, el Dios de Israel, por los siglos de los siglos. Amén y Amén” (v. 13).

Cristiano, vivimos una época muy crucial. El que esté tan preocupado por proteger su nombre que no tolere sufrir por Cristo ni soportar el barro lanzado por las malas lenguas contra él, tendrá que buscar su propio camino al Cielo. Pero aunque la integridad no garantice los lujos de un viaje en primera clase, libre de problemas, tampoco dejará que el barro en tu manto contamine tu alma, calando tu gozo y enfriando tu consuelo interior. Los reproches externos se pueden soportar y llevar triunfalmente como una corona, si no tienes que luchar con una conciencia que te reproche desde dentro.

La integridad hará más que consolarte ante la calumnia. No solo apagará las llamas que te lanzan las lenguas encendidas por el Infierno, sino que te sostendrá ante la persecución física, si Dios la permite. La integridad te hace temer el pecado. No te atreves a extender la mano y tocar una brasa viva; pero la integridad te dará valor para arder, y abrazar con gozo las llamas del martirio. *El Libro de los Mártires* de Foxe, por ejemplo, menciona a un siervo de Cristo italiano que escuchó a los oficiales discutiendo acerca de quién compraría la leña para quemarlo en la hoguera. Y en una última demostración de virtud y espíritu pacificador, ¡se ofreció para pagar él mismo la factura!

b) La sinceridad fortalece el alma bajo la aflicción de Dios

El Padre deja que sus hijos justos atraviesen muchas clases de aflicción. Veamos como nos libra de todas ellas.

1. *La sinceridad es un compañero consolador.* Sobre todo, el hipócrita teme caer en manos de Dios; y este temor está justificado, porque la ira de Dios es algo grave. Es como el asesino cuya pena de muerte está claramente escrita en la sentencia, y que se da por muerto una vez encerrado en la prisión. La esposa de Job le riñó por bendecir a Dios cuando su mano lo azotaba duramente: “¿Aún retienes tu integridad?”. No veía más que los duros golpes del Cielo y la ofendía la confianza de Job. Este la llamó insensata, pero no expresó ninguna ira ante Dios (cf. Job 2:9,10).

La integridad capacita al cristiano para pensar y hablar bien de Dios. El rostro del hombre engañoso se oscurece y su corazón se hincha de veneno contra Dios. No le permite salir de su boca, pero corroe sus pensamientos íntimos. Ya que este infeliz no ama a Dios, no tiene lugar en su alma para reflexionar sobre su bondad. Se queja y murmura y olvida las abundantes bendiciones que Dios le proporcionó en el pasado, y se rinde a la amargura por sus problemas presentes. Prefiere maldecir a Dios que asumir la culpa.

Pero el cristiano íntegro atesora ideas tan dulces acerca de Dios que sus meditaciones lo sumen en la paz, y no se le ocurre hablar indignamente de la gloria y la bondad divinas. Lo vemos en el caso de David: “Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste” (Sal. 39:9). Tanto su alma como su cuerpo estaban afligidos a la vez; se hallaba triste y enfermo, pero se acordaba de la fuente de su aflicción: “Viene de tu mano, Señor, y yo te amo; de forma que lo acepto sin temor. A fin de cuentas, Tú podrías haberme lanzado al fuego en lugar de postrarme en cama; así que acepto con acción de gracias mi corrección”. Así aceptó el golpe sin devolverle a Dios palabras de amargura o de ira.

La integridad capacita al alma para esperar el bien de Dios. Hasta un corazón de piedra se rompería al leer los clamores tristes del alma de David cuando sentía la agonía de su carne y su alma. Pero aun en esta tormenta, echó el ancla en Dios:

“Porque en ti, oh Jehová, he esperado; tú responderás, Jehová Dios mío” (Sal. 38:15). Su expectación del bien de Dios absorbió la amargura del dolor: “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí” (Sal. 40:17). Su condición era lastimosa, pero mayor era su consuelo: “Dios no me ha abandonado. Piensa en mí día y noche, y obra para hacerme bien”.

Job demostró su integridad con la confianza en Dios que expresaba desde el más profundo conflicto de aflicción: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré; no obstante, defenderé delante de él mis caminos, y él mismo será mi salvación, porque no entrará en su presencia el impío” (Job 13:15-16). Job afirmaba: “Si no fuera íntegro, no podría creer y apelar a Dios cuando me mate”.

Sin embargo, el hipócrita no se atreve a entregarse a Dios cuando su cuello está en la picota con el cuchillo divino en su garganta. De ser posible, nunca volvería ante él, porque su conciencia le dice que Dios lo conoce demasiado como para querer hacerle bien. Entonces, cuando Dios empieza a afligirlo, huele el fuego infernal en su alma. Aunque la nube de su aflicción no sea mayor que la palma de la mano, se extenderá hasta que la noche eterna le rodee con las tinieblas del Infierno.

2. *La sinceridad consuela al creyente cuando el éxito visible no corona su vida.* Prueba dolorosa es la del pastor que agota sus fuerzas durante veinte años predicando el evangelio ante una congregación burlona, ignorante y profana, sin más vida que los bancos en los que duermen. A una madre le cuesta gran dolor parir a su hijo, pero mayor es la angustia de la que alumbra a un hijo muerto. Este es el dolor del pastor que tiene un pueblo de corazón muerto. Pero Dios siempre ha llamado a sus siervos más eminentes para los trabajos más duros.

La integridad alivia la aflicción y suministra lo necesario para soportarla. Pablo se dio cuenta de que no podía llevar al Cielo a todo aquel que le oyera predicar. Para muchos, el evangelio era “olor de muerte para muerte” (2 Co. 2:16). El aroma del evangelio era una peste fatídica que anticipaba y resaltaba su condenación. El médico amable se duele al ver a sus pacientes morir entre sus manos, pero da gracias a Dios que le lleva en “triunfo en Cristo Jesús” (v. 14). ¿Pero cómo va a regocijarse

el pastor cuando las almas caen en el Infierno bajo su ministerio? No se alegra por su muerte, pero tampoco es culpable de su sangre; no porque estén malditos, sino que invirtió todo lo que Dios le dio en su salvación. “Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo” (v. 17).

Si Pablo hubiera echado alguna calabaza silvestre de error en su doctrina, o hubiera mezclado algún ingrediente suyo con lo que Cristo el gran Médico ordenó, no tendría razón para gozarse. Pero predicó el evangelio puro con corazón íntegro, para poder triunfar primero en el Salvador que lo hizo fiel. Sabía que se encontraría de nuevo con los incrédulos en el Último Día y testificaría en su contra, votando con Cristo para su destrucción eterna.

Oigo como todos los fieles pastores de Cristo le rinden cuentas en el lenguaje de la oración de Jeremías: “Ni deseé día de calamidad, tú lo sabes” (Jer. 17:16). “Avisamos a aquellos infelices porque la vida de sus almas nos era preciosa. Hubiéramos sacrificado nuestra vida temporal por salvar sus almas para la eternidad, pero nada de lo que hacíamos ni decíamos les hacía cambiar de parecer. Fueron al castigo eterno a pesar de toda oración, lágrima y clamor de tu Palabra, que se interponía entre ellos y el Infierno”. Los pastores sinceros pueden levantar la cabeza con gozo, pero los rebeldes atormentados tendrán que agacharla de vergüenza al mirar a Cristo, aunque ahora miren a los predicadores con resentimiento rebelde por invadir su terco “derecho a decidir”.

Cuando no veas brotar la simiente que sembraste con tu ejemplo santo, con instrucción y corrección oportuna, consuélate. David andaba en medio de su casa con integridad (cf. Sal. 101:2). Pero también tuvo fallos: un hijo le salió incestuoso, otro se lavó las manos en la sangre de su hermano, y otro codició la corona de su padre. Pero aún en la confusión de sus relaciones familiares, David descansó en paz en el lecho de muerte: “No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado” (2 S. 23:5). Había hecho lo mejor que pudo; y he

aquí la prueba de su inclusión en el pacto divino, que era todo su deseo y salvación.

Es decir, que cuando la ira de Dios inunda una nación como olas irresistibles por las brechas del pecado, los justos se ponen en la brecha para rogar por la vida de la nación y Dios no les responde. Pero aun entonces, la integridad será un dulce apoyo si hay que participar de la adversidad nacional.

Hasta en el caso de los justos amados por Dios como Noé y Daniel, a veces Dios niega la liberación de un pueblo que está bajo el castigo de su juicio. Jeremías testificaba valientemente contra los pecados de su época e intercedió fervorosamente por el pueblo; pero no pudo convertirlo con su predicación ni alejar la ira de Dios con sus oraciones. Por fin los judíos le pidieron que no profetizara más contra ellos, y Dios lo mandó dejar de orar por el pueblo.

El juicio planeaba como el águila que acecha la presa. Lo único que consolaba el corazón de Jeremías, henchido de dolor por el pecado de Israel, era la memoria de su integridad personal ante Dios y el hombre: “Acuérdate que me puse delante de ti para hablar bien por ellos, para apartar de ellos tu ira” (Jer. 18:20). En otras palabras: “Señor, no puedo obligar a esta generación rebelde a arrepentirse de su pecado, y parece que no soy capaz de convencerte para que anules tu decreto de castigo, pero he sido fiel en mi puesto delante de ti y de ellos”.

Al contrario, el terror y un espíritu atemorizado será la porción de los hipócritas ante el juicio. Pasur fue enemigo empedernido de Jeremías y del mensaje profético de Dios. Se esforzó mucho por tranquilizar al rey con esperanzas vanas de días dorados que se acercaban. ¡Todo en contra de la Palabra del Señor en boca de Jeremías! Cuando el juicio de Dios cayó como un torrente, Jeremías derribó el refugio imaginario diciéndole a Pasur que conocería personalmente la ira de Dios en su vida, además de compartir la calamidad general del pueblo (Jer. 20:1-6).

3. *La sinceridad fortalece al creyente que está privado de la oportunidad de servir a Dios.* Si un siervo de Cristo pudiera escoger su aflicción, escogería cualquier cosa antes que soportar el dolor de ser un instrumento roto, inservible para Dios. Un

siervo devoto valora su vida por las oportunidades que se le brinda de glorificar a Dios.

Cuando Dios hubo promocionado y honrado a José en tierra extraña, este no pensó carnalmente en sus logros personales, sino que interpretó toda la serie de acontecimientos como venidos de la mano de Dios. Aun siendo segundo en rango y poder después del rey, vio su puesto como una ocasión para servir a Dios preservando a su pueblo, consistente entonces en su familia paterna: “Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación” (Gn. 45:7).

Es una triste aflicción cuando desaparecen las oportunidades de servir a Dios y el creyente queda a un lado. Pero el consuelo viene al recordar su fiel administración para Dios del tiempo y los talentos. Considera como muy penoso que Dios ya no lo use como antes, pero no lamenta que la obra de Dios siga sin él. Aunque muera, Dios vive para cuidar su obra. La rotura de una cuerda, o de todas ellas, no puede acallar la música de la Providencia divina, que es capaz de tocar a placer sin utilizar ninguna criatura como instrumento.

Al corazón cristiano le duele ser sacado de la obra en la que puede glorificar a Dios. Pero tiene esta verdad preciosa que ningún ladrón terrenal puede robarle: cuando sinceramente desea servir a Cristo de corazón en alguna obra, *Dios lo da por hecho*. El deseo de David de construir el templo estaba tan cumplido a los ojos de Dios como si hubiera podido terminarlo él solo.

En el último día, muchos con corazones dadivosos serán recompensados como grandes benefactores, aunque no tenían ni ropa que dar ni pan que compartir con los pobres de la tierra: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer...” (Mt. 25:34,35). No lo dijo a los ricos, sino a los que compartieron su alma con los hambrientos.

Escucha, querido alma, hecha íntegra por Dios, y consuélate. Puede que tengas una posición baja según el mundo, y tus bienes terrenales no sean casi nada; tu trabajo puede parecer poco importante, sin prestigio alguno. ¿Pero deseas andar en la

verdad del corazón y ser acepto en el Padre en cada momento de la vida? La integridad es un pájaro que canta tan dulcemente en tu seno como si fueras el monarca más famoso de la tierra.

El amor y favor de Dios, la devoción a Cristo, y las preciosas promesas que en él son “sí” y “amén” traen consuelo y refrigerio tanto al mayor de los creyentes como al menor de la familia de Dios. No se trata de cuánto hayamos hecho por Cristo, sino lo que hemos hecho por él *con integridad*: “Bien, siervo bueno y fiel” (Mt. 25:21). No es: “Bien hecho, porque has llevado a cabo grandes empresas y gobernado reinos; o has sido un predicador famoso en tu época”. Sino porque: “Has sido fiel, aun en el rincón más insignificante del mundo”.

Cuando Ezequías estaba en su lecho de enfermedad, no le contó a Dios los grandes proyectos espirituales que había concluido, aunque ninguno había hecho más que él. Solo le recordó la integridad de su corazón: “Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos” (Is. 38:3).

4. La fuerza de la sinceridad contra la tentación

¿Tienes poder para repeler la tentación cuando la única arma de defensa que te queda es la prohibición divina del pecado, o alguna flecha sacada de la aljaba del evangelio, tal como el amor de Jesús por ti o el tuyo por él?

Tal vez la tentación se haya urdido tan a tu conveniencia que puedas pecar y guardar tu reputación. Ya que la puerta trasera está abierta, puedes entrar en secreto; nadie se enterará, y en apariencia no habrás sacrificado nada de tu entrega cristiana. Pero entonces Dios se levanta y su Espíritu te dice que eso va contra su gloria y es inconsecuente con tu profesión de amor. ¿Qué haces ahora? ¿Puedes informar a Satanás de que el pecado no te vencerá, hasta que puedas reconciliar el pecado contra Dios y el amor hacia él? De ser un hipócrita, no podrías resistirte al pecado más que el polvo lo hace al viento.

El corazón falso pronto se rinde al vencedor, pero el cristiano íntegro se alienta aun cuando pierde terreno. La justicia ha-

ce subir al alma más alto en los propósitos santos contra el pecado por las mismas caídas. “Una vez hablé [esto es, con pecado], mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar” (Job 40:5). David pidió a Dios tiempo para recuperar su fuerza espiritual antes de morir. No quería abandonar el campo de batalla derrotado. Deseaba seriamente vivir para recuperar lo perdido contra el pecado con arrepentimiento y victoria sobre él. Solo entonces podría dar la bienvenida a la muerte. Era como el capitán malherido que pidió a alguien que lo levantara el tiempo suficiente para ver al enemigo batirse en retirada.

Intenta tratar a tu alma de forma imparcial. ¿Qué efecto tienen tus caídas y fallos? Si desgastan el filo de tu conciencia para que no te reprenda duramente por el pecado, si sobornan tus emociones para la contempORIZACIÓN, tu corazón no está bien delante de Dios. Pero si meditas venganza contra el pecado que te derrotó, entonces eres íntegro.

5. La importancia de luchar por la sinceridad

Sin la sinceridad no soportamos la tentación ni nos levantamos una vez caídos. David sabía que necesitaba mayor gracia cuando dijo: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10). ¡Qué necedad es construir una casa con las vigas en llamas! Sin embargo es verdad: lo que edifique el hipócrita quedará en nada. Hay un fuego sin apagar —el poder de la hipocresía intacta— que consumirá su profesión.

6. La bendición de la sinceridad

Las coronas y joyas reales no se pueden comparar con el valor de la sinceridad, porque la verdad creará en ti un corazón a semejanza de Dios. Nada hará que te parezcas más a él en la sencillez y pureza de su naturaleza. Cuando le preguntaron a Amán qué debía hacerse al hombre a quien el rey se complacía en honrar, dio por sentado que el rey se refería a él y voló hasta donde le llevó su ambición. ¡Escogió vestirse con la ropa real! Cuando Dios te da la integridad, reviste tu alma con su propia vestidura: “Me vestía de justicia, y ella me cubría; como

manto y diadema era mi rectitud” (Job 29:14). El manto de la justicia te hace más conquistador que Alejandro Magno, quien triunfó sobre un mundo de hombres. Pero tú has derrotado a un mundo de deseos y demonios.

¿Alguna vez has mirado un sapo y dado gracias a Dios porque te hizo hombre, y no una criatura tan fea? Tanto más agradecido debes estar porque te haya cambiado del hipócrita que eras por naturaleza, en un cristiano justificado. Lactancio preguntó: “Si un hombre escogería la muerte en lugar de tener la cara y la forma de un animal, aunque pudiera conservar el alma humana, ¡cuánto más miserable será que la forma de un hombre lleve el corazón de un animal!”. El hipócrita está peor aún, porque lleva un corazón de bestia bajo el disfraz de santo.

7. La certeza de la sinceridad contra el miedo a la apostasía

Ya hemos señalado que la sinceridad no siempre evitará los tropiezos y la duda, pero tu pacto de sangre con Cristo te preservará de la apostasía final. Puesto que el suministro de gracia en tu mano es pequeño, es fácil poner en duda tu seguridad: “¿Me llevarán realmente al final del viaje estas débiles piernas? ¿Estas pocas monedas —la escasa gracia en mi corazón— podrán pagar todos los gastos hasta el Cielo, las muchas tentaciones y las costosas pruebas de la fe?”.

La respuesta es: “No”. El pan de hoy no bastará para alimentarte toda la vida. ¡Pero tienes un pacto! ¿No te ha enseñado Dios a orar por “el pan de cada día”? Si sigues diligentemente su llamamiento a diario, su bendición suplirá todo lo necesario.

Tienes un Proveedor de “pan diario” espiritual. Tienes un Hermano precioso, un Esposo que ha ido a propósito al Cielo, donde hay gracia de sobra, a fin sostener tu alma en este mundo exigente de tensión y de presiones. Todo poder está en su mano: él acude al Suministro y envía lo que necesitas. ¿Podrás entonces morir de hambre cuando Aquel que tiene la plenitud de la gracia se encarga de cuidarte?

Las dos monedas que dejó el samaritano no bastaban para pagar la manutención y recuperación del herido, de forma que dio su palabra de pagar lo necesario cuando volviera. Cristo no

solo da un poco de gracia de su mano, sino “mayor gracia” (Stg. 4:6), la necesaria para llevarnos al Cielo consigo: “Gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11).

8. Aviso: No te gloríes en la sinceridad

Es verdad que la integridad te da poder para resistir la tentación y te levantará del pecado, ¿pero quién da el poder a la integridad? ¿De dónde sale la raíz que alimenta tu virtud? No de tu propio terreno, sino del Cielo. Solo Dios te sostiene a ti y tu integridad en esta vida: el que la dio, la mantendrá. El Señor es tu fuerza; que él sea tu canción. ¿Qué puede hacer el hacha, por muy afilada que esté, sin el leñador? ¿Se jactará acaso de cortar algo? ¿O lo hará el cincel de lo que ha tallado? ¿No es por el arte y la habilidad del escultor? Cuando te resistes a la tentación solo hay una verdad que declarar: “Si el Señor no hubiera estado a mi lado, habría caído”.

Aunque el Salmo promete gracia y gloria al recto, Dios no dará la gloria de su gracia a la rectitud. David, por ejemplo, afirmó su rectitud y comentó como le había preservado: “Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad” (2 S. 22:24). Declaró de qué manera Dios había testificado acerca de su justicia dándole su recompensa: “Por lo cual me ha recompensado Jehová conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos delante de su vista” (v. 25). Pero para evitar los aplausos a su propia bondad, pronto matiza: “Dios es el que me ciñe de fuerza, y quien despeja mi camino” (v. 33). Es como si David corrigiera la imaginación de sus oyentes: “No me interpretes mal: no puedo atribuirme el mérito de mis victorias y justicia. Dios lo hizo todo; es mi fuerza y mi poder. Me encontré siendo yo un hombre torcido en un sendero torcido, pero nos ha hecho a mí y a mi camino perfectos y rectos”.

9. Teme la hipocresía, no la aflicción

Creedme amigos, que la aflicción es inofensiva para el íntegro. No puede crecer lo bastante para separarlo del consuelo y el gozo. Aun en la aflicción más recia, el cristiano lleno de gracia puede ahorrarse lágrimas para gastarlas en el hipócrita que va

camino al Infierno. Se consuela más en sus aflicciones que los que lo ven. Un piadoso moribundo preguntó a la criada que estaba junto a su cama por qué lloraba. “No temas —le aseguró—, mi Padre celestial no me hará daño”.

La aflicción no es agradable para la carne, pero después de conocer los dulces consuelos que Dios envía a sus prisioneros, cantamos un cántico nuevo. Al principio, el pájaro lucha contra las varillas de la jaula y revolotea para mostrar su disgusto ante la restricción, pero luego canta más dulcemente que en la libertad.

Entonces, no pienses tanto en la aflicción, sino guárdate de la hipocresía. Si el lecho de aflicción te es duro e incómodo, confía en Dios. Qué horrible sería clamar en la hora de la muerte: “¡Señor, Señor, ten piedad de mí!”, y que Dios te respondiera: “Nunca te conocí”. No es la voz del cristiano íntegro, sino la del hipócrita, la que grita en el lecho de angustia.

¿Qué harás si caes en las manos de Dios, con quien tu religiosidad ha jugado y a quien ha intentado manipular en tu provecho? Dios ha sabido en todo momento que realmente no lo amabas. Si el anuncio de José: “Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto” humilló tanto a sus hermanos que no podían seguir en su presencia por el sentimiento de culpa, ¿cómo será oír la voz de Dios en la última hora? “Soy Dios, de quien te has burlado, de quien has abusado y a quien has vendido para disfrutar de tus placeres. ¿Por qué acudes ahora? No tengo para ti más que un Infierno que te atormente por toda la eternidad”.

CAPÍTULO 7

Sexta consideración: La coraza del cristiano

“Y vestidos con la coraza de la justicia” (Ef. 6:14).

La segunda pieza de la armadura encomendada a todo soldado de Cristo es la coraza, hecha del metal de la justicia: “Y vestidos con la coraza de la justicia”.

El significado de la justicia

1. La justicia legal

Tres cosas componen la justicia según la ley que Dios exigía del hombre bajo el antiguo pacto, el pacto de las obras: “De la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas” (Ro. 10:5). Examinemos más de cerca esta justicia legal.

a) Obediencia perfecta a la ley de Dios

Esta obediencia tenía que ser perfecta de forma extensiva, en cuanto al objeto; e intensiva, en cuanto al sujeto. Uno tenía que guardar toda la ley de todo corazón, porque el menor fallo lo negaba todo.

b) Obediencia personal por el hombre justo

En su pacto, Dios no tenía otra cosa que el compromiso del hombre con su acatamiento. No había avalista ni garante que lo respaldara. En caso de incumplimiento, era necesario que Dios exigiera la deuda a cada uno personalmente.

c) Obediencia perpetua

De quebrantarse la ley, aunque fuera por un solo pensamiento malo, no cabía en el pacto el arrepentimiento. Aunque se lle-

vara una vida posterior inmaculada, seguía siendo imposible reparar la desobediencia.

¡Estaríamos desesperados ahora mismo si no pudiéramos entrar en el ejército de Cristo sin obtener primero esta clase de coraza! La justicia de Adán estaba fundida con su ser: su corazón y la ley estaban unidos, como un rostro corresponde a su imagen en un espejo. Le era tan natural la justicia como ahora lo es para sus descendientes la injusticia. En la creación, Dios grabó su propia imagen de justicia y santidad en el hombre. Su diseño era tan perfecto que no cambió ni añadió nada, sino que lo vio todo “muy bueno” (Gn. 1:31). Como obra maestra de su creatividad, “Dios hizo al hombre recto”, y “a imagen de Dios lo creó” (Ec. 7:29; Gn. 1:27).

Pero a causa del pecado de Adán, se contaminó nuestra naturaleza, y ahora esta nos contamina a nosotros. Por ello, la coraza de Adán —esto es, su justicia— no le valdría a ningún mero hombre. Aunque Dios salvara al mundo entero por un hombre realmente justo —como en su momento ofreció perdonar a Sodoma por diez—, ese justo no se podría encontrar.

La Palabra divide a toda la tierra en “judíos y gentiles”, y el apóstol no teme arrancar el barniz religioso de cada uno: “Todos están bajo pecado” (Ro. 3:9). Ni siquiera el más santificado que haya vivido jamás se considerará santo en aquel tribunal. David dice: “No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Sal. 143:2). El hombre nunca más podrá volver a enfrentar la vida contento con la justicia legal, porque Dios ha clavado la madera de aquella puerta y abierto un camino mejor.

2. La justicia evangélica

Esta justicia es doble: imputada e impartida. La *justicia imputada* es lo que obra Cristo *para* el creyente, o sea, la justificación que lo hace justo ante Dios. Esta es “la justicia de Dios” (Ro. 3:21). Por otra parte está la *justicia impartida*, que es la que Cristo obra *en* el creyente.

a) La justicia impartida se lleva a cabo en y por Cristo

Aunque esta justicia no sea inherente en los hijos de Dios, reci-

bimos el provecho de ella por la fe, como si la hubiéramos efectuado nosotros. Por eso Jesús se llama “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 33:16).

b) Dios ordenó la justicia imputada como base de nuestra justificación y fundamento de la aceptación de la justicia impartida

Esta justicia pertenece a la cuarta pieza de la armadura —“el escudo de la fe”—, y se la llama “la justicia de la fe”, porque se aplica por fe al alma (Ro. 4:11). Por tanto, la justicia que se compara aquí con la coraza es la justicia de santificación, *impartida* por Cristo al espíritu del creyente. Este don es un principio sobrenatural implantado en el corazón de todo hijo de Dios por la poderosa obra del Espíritu Santo. Es la única manera como los cristianos podemos buscar la aprobación de Dios y del hombre, y la única manera de cumplir aquello que exige la Palabra. Ahora estudiaremos esta obra del Espíritu de Dios en mayor detalle.

1. *El obrero eficaz: el Espíritu Santo.* Si el Espíritu de Dios no está en la raíz, no se hallará “fruto del Espíritu” alguno (o sea, santidad) en las ramas (Gá. 5:22). Ser “*sensuales*” y “*no [tener] el Espíritu*” van inseparablemente unidos (Jud. 19). Cuando el hombre cayó, perdió tanto el amor de Dios hacia él como su semejanza con Dios.

Cristo restaura ambas pérdidas a los hijos de Dios: la primera, por su justicia imputada a ellos, y la segunda por su Espíritu que vuelve a impartirles la semejanza de Dios, consistente en “la justicia y santidad de la verdad”. Solo el hombre puede impartir su propia naturaleza y engendrar un hijo suyo; y solo el Espíritu de Dios puede producir la semejanza con Dios haciendo partícipe al hombre de la naturaleza divina.

2. *La obra producida: un principio sobrenatural de vida nueva. Un principio de vida.* Aunque el cristiano sea pasivo en la producción de esta vida, después es activo, cooperando con el Espíritu en toda expresión de santidad, no como instrumento inerte en manos del músico, sino como hijo vivo en manos de su Padre. Entonces el hijo es “guiado por el Espíritu de Dios” a una actitud dulce y poderosa inclinada a la santidad (Ro. 8:14).

Un principio de vida nueva. La obra del Espíritu Santo no consiste en avivar o recuperar lo que está decayendo, sino en generar vida en lo que está completamente muerto: “Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Ef. 2:1). Cuando el diablo nos tienta, viene como un orador para persuadirnos con argumentos; pero el Espíritu de Dios viene como Creador al convertirnos. Satanás saca y enciende la basura que encuentra apilada en el corazón, pero el Espíritu Santo pone en el alma algo que nunca antes estuvo allí: lo que la Palabra llama “la simiente de Dios” (1 Jn. 3:9). Esto es Cristo formado en ti, la “nueva criatura”, y “la ley” puesta por Dios en el hombre interior, que Pablo llama “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús” (Gá. 4:19,6:15; Jer. 31:33; Ro. 8:2).

Un principio sobrenatural. Así lo distinguimos de la justicia y santidad de Adán, que le eran tan naturales como para nosotros ahora lo es el pecado. Si no hubiera caído, la justicia nos habría llegado tan naturalmente como ahora nos llega su pecado, multiplicado por todas las generaciones. La santidad era tan normal para el alma de Adán como la salud para su cuerpo, porque ambas habían resultado de los principios puros concebidos y nacidos del corazón de Dios.

3. *La tierra en que el Espíritu siembra la santidad.* “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo” (Gá. 4:6). No hay ningún hijo en la familia de Dios que no se parezca a su Padre: “Cual el celestial, tales también los celestiales” (1 Co. 15:48). Ningún otro pueblo aparte de los hijos del Señor tiene esta marca de verdadera santidad. Pablo concluye que “no tenemos el Espíritu de Cristo” si “vivimos según la carne” (una vida profana), y no podemos ser suyos si “no tenemos el Espíritu” para santificarnos (Ro. 8:9).

Pero en un sentido más amplio, existe una santificación en los que no son hijos de Dios. La Palabra dice que los hijos de los creyentes son “santos”, aunque no sean todos hijos de Dios (1 Co. 7:14). Hay muchos que pretenden la santificación sin alcanzarla; pero la obra que la Palabra llama santidad y justicia solo atañe a los hijos de Dios. No santificará a ninguno sino a aquellos para quienes Cristo pide a su Padre que los santifique:

estos son sus elegidos particulares entregados a él por Dios” (Jn. 17:17).

4. *La fuerza espiritual de este principio.* El corazón, principio de la vida física del cuerpo, bombea la sangre desde el momento de infundírsele esa vida. Así, “en Cristo Jesús”, la “nueva criatura” no nace muerta; la verdadera santidad no es un hábito tedioso que duerme para evitar confrontar el pecado y hacer el bien (Gá. 6:15). La mujer sanada por Cristo “se levantó y les servía” (Mt. 8:15).

En cuanto el Espíritu Santo implanta este principio de vida nueva en el corazón, el hombre se levanta para esperar en Dios y servirle con todas sus fuerzas. La semilla que el Espíritu Santificador pone en el alma no se pierde ni muere en tierra, sino que pronto demuestra su vida por el fruto.

5. *La naturaleza imperfecta de este principio.* La santidad evangélica *dispone* al creyente a la obediencia, pero no garantiza la *capacidad* automática de hacerlo plenamente. María rogó: “Dime dónde lo has puesto” (Jn. 20:15), implicando que quería llevarse el cadáver de Jesús sobre sus hombros, un deseo que ella no podía cumplir. Su afecto era mucho más fuerte que sus espaldas.

Así, pues, el principio de la santidad en el creyente hace que intente cargar con un deber que casi no puede mover; puede hacer poco más que desear de corazón verlo cumplido. Pablo esboza su propio carácter desde la sinceridad de su voluntad y su esfuerzo, no desde la perfección de sus obras: “Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (He. 13:18). Estaba tan dispuesto a seguir a Dios en la santidad, que no vacilaba en reivindicar una “buena conciencia” aunque no lograra todo lo deseado.

6. *La uniformidad de este principio.* La verdadera santidad no separa lo que Dios ha unido: “Habló Dios todas estas palabras” (Ex. 20:1). Dios dio primero los cuatro mandamientos que atañen a sí mismo, y luego los seis que conciernen al hombre. Un corazón realmente santificado no quiere saltarse ni borrar ni una sola palabra escrita por Dios, sino que desea cumplir toda la voluntad divina.

7. *El orden de obediencia.* “A Dios y al hombre”: primero a Dios, luego al hombre. Este es el orden de una vida santificada. Pablo dice que los de Macedonia “se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios” (2 Co. 8:5). El cristiano primero obedece a Dios y, luego, por obedecer su voluntad, sirve a su hermano.

8. *La regla de la justicia.* En el cristianismo no escribiremos ni un renglón recto sin una regla, ni tampoco lo haremos con una regla falsa. Toda norma fuera de la Palabra es un regla falsa: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Is. 8:20). Los requisitos de la Palabra son las reglas del Espíritu de Dios; la santidad apócrifa (marginal, dudosa o extraña) no es verdadera santidad.

Por qué se compara la justicia con la coraza

1. La coraza protege la parte central del cuerpo

Una puñalada es mucho más mortal cerca de los órganos vitales que en los puntos más alejados de la fuente de la vida. Se puede sobrevivir a una herida en el brazo o la pierna, pero si está en el corazón es como una sentencia segura de muerte. Así, la santidad y la justicia preservan lo más importante del cristiano: su conciencia y su alma. El daño a sus bienes o sus inversiones terrenales no toca ni hace peligrar su vida más que lo pueda hacer el afeitarse la barba o cortarse las uñas.

Una daga espiritual —el pecado que busca “la preciosa alma”— es el arma letal que Satanás utiliza para apuñalar la conciencia (Pr. 6:26). Esta es la “saeta [que le] traspasa [el] corazón” al joven que corre tras la lujuria “como el ave que se apresura a la red, y no sabe que es contra su vida (Pr. 7:23). La justicia y la santidad son protecciones divinas para defender la conciencia del creyente de toda herida del pecado.

2. La coraza da valor al cristiano

No hay gran diferencia entre un ejército atemorizado y un ejército muerto. Un soldado muerto hará tanto efecto como uno desalentado paralizado por la ansiedad; su corazón ha sido atacado y está muerto en vida. Un pecho desnudo expone el cora-

zón palpitante del soldado; pero el torso bien defendido con hierro templado se aventurará sin temor a primera línea.

La justicia, al defender la conciencia, llena a la criatura de valor frente al peligro y la muerte; pero la culpa —desnudez del alma— ata al pecador más fuerte en el cepo del temor: “Huye el impío sin que nadie lo persiga; mas el justo está confiado como un león” (Pr. 28:1).

Igual que las ovejas se asustan por el ruido de sus propios pies al correr, el pecador se abrumba por el rugido de su propia culpa. En cuanto Adán supo que estaba desnudo, tuvo tanto temor de la voz de Dios como si nunca antes le hubiera conocido. No podemos recuperar el valor hasta recuperar la santidad: “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios” (1 Jn. 3:21).

El vínculo entre la coraza y el cinturón

La palabra “y” ata esta pieza de la armadura firmemente al cinturón, y nos hace conocer la unión benévola de la verdad con la santidad, como las cortinas del tabernáculo. Es abominable separar algo que Dios ha unido así. Recuerda: *la verdad y la santidad van siempre juntas*.

1. La verdad en la doctrina

Un juicio ortodoxo que sale de corazón profano y vida carnal, es tan feo como lo sería la cabeza de un hombre sobre los hombros de un animal. El desgraciado que conoce la verdad pero practica el mal es peor que el ignorante. Si eres esclavo del diablo, poco importa por dónde te une con él la cadena, por la cabeza o por el pie. Te tiene tan firmemente sujeto por el pie (en los actos) como por la cabeza (en la blasfemia).

Cristiano, tu maldad es mayor por cometerse en presencia de la verdad. Muchos caen en la iniquidad por errores de juicio; pero tu juicio te indica otro camino, a no ser que pretendas amontonar más pecado engendrando iniquidad con la misma verdad.

Los pecadores pierden en las tinieblas el camino al Cielo, o son desviados por un juicio erróneo que, si se corrige, los

puede llevar de nuevo al camino santo. Pero tú pecas a la plena luz de la verdad, y te encaminas temerariamente al Infierno a pleno día. Esto hace que favorezcas al mismo diablo, que distingue la verdad del error como cualquier ángel, pero se niega a guiarse por aquella.

Si un solista cantara una hermosa melodía con su voz, pero con la mano tañera otra canción, los acordes disonantes ofenderían más al oído que si cantara lo mismo que tocaba. Cantar verdad con el juicio, a la vez que entonamos maldad con el corazón, es más abominable a Dios que la armonía que forman el mal juicio y la vida profana.

Hanún no habría irritado tanto a David si le hubiera atacado con 20 000 hombres, como lo hizo al maltratar a sus embajadores de forma tan vil. La hostilidad abierta expresada por los pecadores en su vida no provoca tanto la ira de Dios como la deshonra despreciable que infligen a su verdad, la cual él envió para hacerlos libres. Cuando Dios ve cómo desprecian los hombres su verdad encarcelándola para que no ejerza ningún gobierno sobre sus vidas, se enciende el fuego consumidor de su ira. Andar en oposición a la luz de la verdad divina es una decisión peligrosa.

2. La verdad del corazón

La verdad y la santidad deben permanecer unidas. Uno solo finge ser sincero si su vida no es santa. *Dios no reconoce la sinceridad profana*: es una contradicción en términos. La sinceridad enseña al alma a apuntar hacia el único fin digno de todos sus actos: la gloria de Dios. No basta con volverte para mirar la meta, hay que andar en el camino correcto que se dirige a ella. Nunca llegaremos si nos salimos del camino que su Palabra nos indica.

La santidad y la justicia forman el camino de la persona sincera, trazado por Dios mismo como la avenida que debe seguir, tanto para la gloria de Dios como para ser glorificado por él. Aquel que intente tomar un atajo queda expuesto al dolor y la derrota. Si dice haber encontrado una forma nueva de glorificar a Dios que Dios no ha planeado, ¡entonces tendrá que encontrar un nuevo Cielo que Dios no ha preparado!

El Infierno está lleno de buenas intenciones; hay mucha “gente buena” allí, cuya vida no demostraba su “honradez básica”. ¿Quién creería el argumento de aquel que dice que su pozo está lleno de agua pura y dulce, cuando su cubo solo contiene agua sucia y enlodada? ¿Afirmas tener un corazón recto y pensamientos morales, cuando todo lo que sale de tu vida es malo? ¡Seguramente tú mismo no lo crees!

I. POR QUÉ TODO CRISTIANO DEBE PONERSE SIEMPRE LA CORAZA

Hemos repasado el terreno y trazado los planos; ahora hay que poner la piedra angular del cimiento y construir una sola estructura de verdad en cuanto a la coraza de la justicia. Es esta: *El que pretenda ser cristiano ha de mantener el poder de la santidad y la justicia en su vida y conducta*. No basta con tener la coraza de la justicia, también hay que ponérsela.

El justo tiene una obra de gracia y santidad en el corazón, igual que los vivos poseen el principio de vida en ellos. Pero el justo mantiene el poder de la santidad al ejercerla con vigor en su andar diario, igual que el corazón da fuerza a cada parte del cuerpo humano para su trabajo. Jerónimo describió así la vida de los primeros cristianos: “La sangre de Cristo estaba aún caliente en sus venas”. Conocían la importancia de ir siempre vestidos con la coraza de la justicia, bien ceñida para que no se soltara por negligencia, ni se rompiera por el pecado de la arrogancia.

En los primeros días del cristianismo, el carácter del cristiano se distinguía del mundano por su andar santo continuado. Zacarías y Elisabet “eran justos delante de Dios, y andaban irrepreensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Lc. 1:6). Diariamente Pablo intentaba “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16). Los que seguimos esta misma fe debemos consagrarnos al comportamiento puro, para andar en santidad y justicia como ellos.

1. Dios quiere que sus hijos sean santos

Esto debe bastar para que todo creyente corresponda al deseo del corazón de Dios. Uno merece que se borre su nombre del Libro de Cristo si no permanece dispuesto a marchar o hasta correr adelante a la orden del Maestro. David, que había “servido a su propia generación según la voluntad de Dios” (Hch. 13:36), hizo del cumplir los deseos divinos la meta de su vida. Todo corazón tocado por el imán del amor de Dios deseará lo mismo.

Toda ambición personal del cristiano sincero se resume en esta: hacer la voluntad de Dios en su propia generación. Toda su oración es: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). Su único propósito es descubrir y cumplir “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12.2). Ahora quiero mostraros que la voluntad de Dios es la santificación de sus hijos. Esta constituye un hilo de plata que atraviesa todos sus diseños.

a) En sus decretos

¿Por qué escogió Dios a algunos, dejando que otros se hundieran en el tormento y la miseria? El apóstol nos dice: “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos” (Ef. 1:4). No porque Dios pensara que seríamos santos en nosotros mismos, sino porque resolvió hacernos santos él mismo. Es como si un hábil carpintero viera un bosque en su terreno —todos los árboles iguales, sin ninguno mejor que otro— y marcara cierto número, apartándolos en su mente, decidido a hacer con ellos objetos maravillosos.

Así escogió Dios a algunos de toda la humanidad y los apartó para tallar su imagen de justicia y santidad en ellos. Se trata de una obra de tal calidad que cuando la haya terminado, la enseñará a los hombres y los ángeles, y será más bella que el mismo universo.

b) Al enviar a su Hijo al mundo

Los ángeles gloriosos que contemplan el rostro de Dios continuamente están dispuestos a volar al instante adonde él los envíe. Pero Dios tenía una obra tan importante que no confió en

sus siervos para hacerla, sino en su Hijo Unigénito. Obsérvese el motivo de su corazón en esta gran empresa: “Se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14).

Si el hombre hubiera conservado la justicia que Dios originalmente creó en él, se habría ahorrado el dolor de Cristo, porque él vino para recuperar la santidad perdida del hombre. Ni la gloria de Dios, ni la felicidad del hombre, se podían alcanzar sin que se restaurase esa santidad. De la misma manera que Dios es glorioso en la santidad de su naturaleza y obras, así también es glorificado por la santidad de los corazones de su pueblo.

Cuando la naturaleza humana carnal cede a la influencia del pecado, ¿puede glorificar a Dios y desafiarlo a la vez? Si el propósito de Cristo hubiera sido únicamente perdonar al hombre sin restaurar su santidad, sería un ministro del pecado, y el hombre tendría libertad ilimitada para deshonorar a Dios.

La felicidad del hombre estriba en su semejanza con Dios y en la comunión con él. Pero debe ser como Dios antes de que Dios pueda complacerse en él. Además, Dios ha de agradarse plenamente en el hombre antes de permitirle tener comunión con él, de forma que Cristo obra el milagro de santificar a su pueblo: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:16).

Pablo estaba bien justificado al llamar a todos los impíos “enemigos de la cruz de Cristo” (Fil. 3:18). Cristo vino para destruir la obra del diablo, pero el caminante descuidado intenta destruir la obra de Cristo. El Señor Jesús ha derramado su sangre para redimir a las almas de la mano del pecado y de Satanás, para que puedan servir libremente a Dios sin temor, en santidad. Pero el cristiano independiente —si a tal se puede considerar cristiano— niega al Señor que lo compró y gravita hacia su antigua esclavitud, de la cual Cristo lo redimió a un precio inestimable.

c) En la obra regeneradora del Espíritu

Ya que es la voluntad de Dios hacer justo a su pueblo, él promete: “Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ez. 36:26). El corazón antiguo bastaría

para realizar la obra subyugante del diablo. Pero dado que Dios tiene un puesto más alto para su pueblo, su poderoso Espíritu libera al pecador de la mazmorra del pecado y lo lleva a su corte personal de servicio. Así los despoja de la ropa de convicto y los hermosea con las virtudes de su Espíritu. Esto es la regeneración.

Cuando Dios mandó edificar el Templo con tanto esmero y materiales tan costosos, quiso dedicarlo para usos santos. Pero aquella estructura no era ni de lejos tan gloriosa como el templo espiritual del corazón regenerado, “hechura” de Dios mismo (Ef. 2:10). ¿Por qué ha sido Dios un Artesano tan compasivo? Leemos que sus hijos son “creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”.

Por tanto, el propósito exaltado de Dios para el hombre resalta la injusticia del cristiano y falla un veredicto más severo por su pecado que por el de los demás, ya que se ha cometido contra tan grande obra de su Espíritu. Un pecado cometido en el Templo era más grave que el mismo pecado cometido en casa, por ser el Templo un lugar sagrado. Ya que el cristiano está consagrado, sus pecados profanan el templo de Dios. El pecado del hombre natural es como un robo, al hurtarle a Dios la gloria debida; pero el pecado del cristiano es un sacrilegio, pues le roba la santificación que la profesión de fe le ha prometido.

Seguramente es mejor no arrepentirse, que arrepentirse del propio arrepentimiento. La Palabra dice que es preferible no prometer sino entregarnos a él, que después maquinar la forma de eludir la promesa (Ec. 5:5). Para hacerlo, el cristiano ha de mentir gravemente al mundo: decir que ha encontrado algún fallo o iniquidad en Dios, el cual le ha hecho cambiar de opinión y no seguirle.

En resumen, el Espíritu Santo consagra a Dios al cristiano y también lo dota de nueva vida procedente de él: “[Vosotros] estabais muertos en vuestros delitos y pecados (Ef. 2:1). Cuando Dios sopló en el hombre un alma racional, determinó que este cumpliera sus propósitos de santidad y justicia, sin seguir la manera de vivir de los hombres carnales. Dios lo dijo clara-

mente: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (Col. 2:6).

Pablo culpa a los corintios de vivir por debajo de su llamamiento, como mundanos, en pasiones corruptas: “¿No sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Co. 3:3). Algunos pecan contra la luz de Dios en su conciencia; eso es lo peor que pueden hacer. Pero al comportarte de forma impía, cristiano, pecas contra la misma vida de Dios que hay en tu corazón.

Mientras más antinatural sea un pecado, más horrible es. No es natural que una madre mate al hijo que hay en su vientre. Pero por tu andar impío matas al hijo de la gracia que hay en tu alma. Se considera a Herodes un criminal sanguinario por querer matar al Cristo recién nacido; ¿intentarás tú continuamente asesinar al Cristo recién formado en tu corazón y, al mismo tiempo, escapar a la ira de Dios?

d) En la Palabra y las ordenanzas de Dios

La Palabra de Dios es a la vez semilla para engendrar la santidad en el corazón del cristiano y comida para alimentarla; cada parte de ella contribuye abundantemente a este plan.

1. *En lo preceptivo.* Esa parte de la Palabra de Dios proporciona una perfecta regla de santidad para el camino, que no es variable ni ambigua como las reglas humanas. Tales leyes a menudo se hacen a la medida de mentes torcidas, como un sastre arregla una prenda para el cuerpo retorcido que la llevará. Los mandamientos de Dios son acordes con su naturaleza santa, no con los corazones profanos de los hombres.

2. *Las promesas.* Dios las ha dado como estímulos para hacernos andar por el camino de la santidad. Pero las promesas están plasmadas con tanto esmero que un corazón profano no puede reclamar ninguna. Dios ha puesto la espada ardiente de la conciencia en el pecador para evitar que guste del fruto de este árbol de vida. Si un impío osa tocar el tesoro encerrado en las promesas, no puede guardarlo mucho tiempo; tarde o temprano Dios le hace soltarlo como Judas tiró las treinta monedas de plata. Su conciencia le hace saber que no es dueño legítimo de ellas. Los falsos consuelos obtenidos de las promesas, como las riquezas, “se harán alas [...] y vola-

rán” huyendo del impío precisamente cuando cree que son suyas (Pr. 23:5).

3. *Las advertencias.* La amonestación y la advertencia de la Palabra corren como un río arrollador a cada lado del camino estrecho de la santidad y la justicia, listo para hundir a toda alma que no lo siga. “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Ro. 1:18).

4. *Los ejemplos.* La bondad de Dios no nos deja sin ejemplos para que los sigamos. Las promesas divinas se confirman mediante los cristianos que han abierto camino de santidad para nosotros, y con “fe y paciencia” han obtenido estas promesas en el Cielo. ¡Qué consuelo para nosotros que subimos la cuesta tras ellos! Pero Dios también ha añadido ejemplos de hombres impíos que condenaron sus propias almas al Infierno. Sus restos aparecen en las playas de la Palabra, expuestos a la vista por la lectura, para que no nos engullan los pecados que los ahogaron a ellos en el Infierno. “Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (1 Co. 10:6).

Como el médico que prepara el mismo medicamento de varias maneras para hacerlo más eficaz y avivar al paciente, el Señor da su Palabra en las ordenanzas de los sacramentos, la oración, el oír o la meditación. Su Palabra es el tema de todas ellas y su propósito en cada una es el mismo: santificar a sus hijos. Entonces, las ordenanzas divinas son las venas y arterias por las que Cristo lleva su sangre vital de santidad a todo miembro del Cuerpo místico. La Iglesia es el huerto, Cristo la fuente, y toda ordenanza un canal para regar los campos, haciéndolos más fructíferos para la justicia.

5. *En todas sus providencias.* “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). De la misma manera que Dios utiliza todas las estaciones del año para producir la cosecha, tanto el frío y la nieve del invierno como el calor estival, así también emplea el bien y la desgracia, las providencias gratas y las desagradables, para fomentar la santidad. La providencia invernal mata los hierbajos del deseo y la estival hace madurar los frutos de justicia.

Aun cuando Dios nos aflige es para bien, para hacernos partícipes de su santidad. Bernardo de Claraval compara las aflicciones con la pequeña y dura carda que se utilizaba antaño para limpiar y suavizar la tela. Dios ama tanto la pureza de sus hijos que nos frotará con mucha energía para eliminar la suciedad incrustada en nuestra naturaleza: él prefiere ver un roto antes que una mancha en el manto de sus hijos.

A veces la dirección soberana de Dios es más suave, y cuando permite que su pueblo se siente a la orilla soleada del consuelo, apartado de los fríos vientos de la aflicción, es para hacer subir la savia de la gracia y acelerar el crecimiento de la santidad. Pablo lo entendía al exhortar a los romanos: “Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Ro. 12:1). Esto implicaba que Dios espera un rédito razonable de su misericordia para con nosotros.

Cuando el granjero abona la tierra, piensa recibir una cosecha mejor; también Dios lo espera, al prodigar su misericordia. Por ello censuraba a Israel por su ingratitud: “Y ella no reconoció que yo le daba el trigo, el vino y el aceite, y que le multipliqué la plata y el oro, que ofrecían a Baal” (Os. 2:8). Dios se airó por el adulterio de Israel a sus expensas.

Ciertamente el Padre no quiere que sus hijos gusten de cosas inmundas. El alimento que Dios desea para sí y para sus hijos se compone del fruto agradable de la justicia y santidad, para saborear el cual Cristo entra en su huerto: “Vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía. He recogido mi mirra y mis aromas; he comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido” (Cnt. 5:1).

2. Satanás desea la impiedad del pueblo de Dios

El designio del demonio contra la santidad es tan fuerte que siempre tiene un no para el sí de Dios. El diablo se deleita en morar en el hombre. Hasta cuando empleó a la serpiente, fue para engañar a Eva. Si él escogiera una víctima, siempre sería el ser humano, el único capaz de pecado e injusticia.

Del mismo modo que Satanás prefiere morar en el hombre, también antepone el poseer el alma de este a su cuerpo. Nada

menos que la mejor habitación de la casa le sirve para vomitar blasfemias y escupir malicia hacia Dios, ya que el alma es el ámbito de la santidad o del pecado.

Entre todas las maneras que Satanás utilizó para afligir a Job, nunca optó por forzar una posesión de su cuerpo. No es que sintiera lástima de él, sino que esperaba un premio mayor, que era poseer su alma. Le habría satisfecho mil veces más que Job mismo hubiera blasfemado contra Dios (en lugar de hacerlo él, a través del cuerpo de Job, escupiendo maldiciones por boca de este). De ese modo habría sido el pecado de Job, y no de Satanás.

El diablo quiere robarte la santidad. No considera haber obtenido la victoria hasta hacer que el cristiano pierda su justicia. Permite que el creyente tenga de todo, y que sea lo que quiera, pero que no sea verdadera y firmemente santo. No codicia tus bienes y placeres mundanos, sino tu santidad. Que sepamos, Job podría haber disfrutado de sus bienes, hijos y siervos sin perturbación infernal alguna, si Satanás no lo hubiera reconocido como santo, “temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1).

Pero cuando la rectitud de Job encendió el malvado espíritu de Satanás, su ira ardió como una antorcha. Intentó quitarle a Job la coraza de justicia matando a su familia, destruyendo sus bienes, y castigando su cuerpo con llagas. Torturó a Job como lo hacen los ladrones con sus víctimas para obligarles a ceder sus tesoros. Si Job hubiera entregado su bolsa (su integridad) en cualquier momento a Satanás, este le habría desatado enseguida, sin importarle que recuperara sus bienes, hijos y siervos.

Los lobos desgarran el vellón para poder comer la carne de la oveja y lamer su sangre. Lo que este asesino infernal busca sorber del corazón cristiano es la sangre de la santidad. Satanás denigra, no una forma de santidad, ni las falsas muestras de ella, sino su poder. No es el nombre sino más bien la naturaleza nueva en sí lo que saca al león de su guarida.

El diablo puede vivir en paz y confianza como vecino tranquilo del hombre que se contenta con la reputación de una profesión vacía. Bien sabía que la profesión de Judas no lo alejaba ni un paso del camino al Infierno: el sutil engañador puede lle-

varíe a uno a la condenación aun con las ordenanzas del culto cristiano. El corazón codicioso de Judas lo ataba al diablo hasta mientras escuchaba los sermones de Jesús. Por tanto, Satanás le dio libertad al traidor para guardar su reputación por un tiempo. No le importaba el tiempo que los otros discípulos lo consideraran devoto; el diablo conocía a su esclavo personal.

En resumen, la santidad supersticiosa no le molesta a Satanás. ¿Cómo lo hará, si él es el padre de la misma? Desde siempre ha sido su propósito minar la santidad genuina del corazón, pero la Iglesia ha descubierto la maligna conspiración tramada contra Cristo y su pueblo. Su falsedad ha sido para el poder de la santidad como la hiedra para el roble. Los abrazos intemperantes de esta santidad hueca propinados a la religión, han ahogado el corazón de la santidad bíblica allí donde haya prevalecido.

Ni siquiera la abundancia religiosa molesta al diablo; él solo es enemigo jurado de la santidad en su pureza absoluta, basada en la Biblia y alimentada por el Espíritu Santo.

Entonces, la santidad sencilla es la bandera del alma que desafía abiertamente a Satanás y declara su amistad con Dios, y aquella que el diablo intenta derribar. He aquí el terreno de la disputa, que no terminará mientras Satanás sea un espíritu inmundo y el cristiano un hijo santificado de Dios: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12).

Los perseguidores a menudo intentan disfrazar su malicia con buenas obras; pero el Espíritu de Dios traspasa sus disfraces de hipócritas y conoce las instrucciones que reciben del Infierno. El Espíritu de Dios nos dice que la santidad es el blanco de los dardos de Satanás. Por supuesto que hay más de una clase de piedad en el mundo, pero el diablo solo se opone a aquella que es verdadera: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús”.

La sangre cristiana es dulce para Satanás, pero mucho más la de su piedad. Prefiere separar al cristiano de la piedad antes que masacrarlo por ella. Pero para no hacerse notar demasiado, a menudo utiliza artimañas sutiles y expresa su crueldad en el cuerpo de los cristianos; pero solo cuando no puede cautivar

sus almas: “Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada” (He. 11:37). Lo que más querían los perseguidores era arrastrarlos al pecado y la apostasía; así probaban duramente a los cristianos antes de matarlos. El diablo lo considera un triunfo total si puede arrebatar la armadura del cristiano y sobornar su firmeza en la santa profesión de su fe.

El diablo prefiere ver a los cristianos profanados por el pecado y la injusticia que por la sangre y el dolor, porque ha aprendido que la persecución solamente poda a la Iglesia y pronto la hace brotar aún más fuerte; pero la injusticia es la ruina de ella. Entonces, los perseguidores no hacen más que arar los campos de Dios mientras él los siembra con la sangre de los cristianos.

La excelencia del poder de la santidad

1. Solo ocurre en el ser humano

Las criaturas inferiores poseen cierta bondad propia; pero únicamente las racionales son capaces de una santidad interior. Si entregamos la corona de la santidad, nos hacemos peores que las bestias; la rectitud diferencia a un hombre de otro delante de Dios.

Todos ellos son iguales ante Dios, hasta que se añade el elemento de la santidad. Los reyes terrenales cuentan con poder y prerrogativa para valorar justamente cada moneda. Entonces, seguro que el Dios soberano tiene más derecho aún a decir: “El justo hace ventaja a su prójimo [...]. Plata escogida es la lengua del justo; mas el entendimiento de los impíos es como nada” (Pr. 12:26; 10:20, RV 1909).

2. Da evidencias para el Cielo

“Seguid la paz [...], y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14). Antes de ser arrebatado al Cielo, Enoc anduvo en la tierra con Dios; por eso Dios lo quería en el Cielo con él, porque el Cielo es la morada de toda justicia. ¿Esperamos llegar allí cuando no nos importa el comportamiento santo ni el ejercicio de la piedad? Lo que Dios ha escrito acerca de la santidad perdurará; él no borrará ni cambiará su Palabra pa-

ra nadie. O bien renunciamos a la esperanza del Cielo, o decidimos seguir el único camino que nos llevará allí. Vana aspiración es aquella que no dirige los sentimientos y los pies hacia el destino deseado.

3. Nos capacita para la comunión con Dios

La comunión con Dios es tan maravillosa que muchos fingen tenerla sin saber siquiera lo que es. Son como aquel que se jacta de conocer al rey sin haberlo visto. El Espíritu Santo llama mentiroso a quien dice conocer al Señor pero también mantiene la injusticia: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos” (1 Jn. 1:6). La comunión es tria en la unión, y la unión en la similitud. “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Am. 3:3). Hay una gran diferencia entre la comunión con Dios y el conocimiento de las ordenanzas. Se puede convivir a diario con las ordenanzas y ser ajeno a Dios. No todos los que andan por palacio tratan al príncipe.

Las ordenanzas son una especie de lonja donde los cristianos establecen acuerdos con Dios mediante su Espíritu para los tesoros celestiales; son una plenitud enriquecida de gracia y consuelo. Pero dado que el corazón incrédulo no tiene nada para negociar con Dios, el Padre no le comunica su pura gracia. Aun la persona santa bajo el poder de la tentación no puede tener comunión con Dios hasta vencer el pecado.

Salomón lo explica así: “Como fuente turbia y manantial corrompido, es el justo que cae delante del impío” (Pr. 25:26). ¡Cuánto más si el cristiano cae delante del impío y cede a la tentación, con su alma enturbiada por la inmundicia! Ninguno bebemos de un manantial turbio, aunque sea de agua potable, sino que aguardamos a que se aclare y asiente, ¿cómo podemos esperar que Dios guste de la comunión con una persona piadosa antes de que el arroyo de esta fluya claro con arrepentimiento por el pecado?

4. Proporciona paz

No digo que la paz esté fundada en nuestra santidad o justicia, sino que estas la apoyan y ayudan. “No hay paz para los ma-

los, dijo Jehová” (Is. 48:22). Tan fácil sería obligar al mar a estar siempre quieto como aquietar el corazón incrédulo. La guerra en el corazón humano empieza con sus deseos, y parece partirlo en dos. Se rompe la paz y esto lo mantiene en tormento continuo. Pero si el espíritu de santidad viene y el “cetro de justicia” de Cristo controla suavemente la vida, la tempestad se calma cada vez más.

Pero la conducta impía de los hombres injustos se pasea por sus pensamientos como el fantasma de Juan inquietaba a Herodes. Dormidos o despiertos, están rodeados de los terrores y miasmas del fuego infernal. Este desasosiego inquieta al hombre en toda situación; no puede disfrutar de los placeres más dulces, ni soportar las amargas aflicciones. Por supuesto que hay formas de adormecer la conciencia y vendar los sentimientos del corazón impío temporalmente, pero el efecto de este narcótico pronto pasa, y vuelve el horror con mayor fuerza.

Veamos un ejemplo. Un conocido borracho se sacudía las amonestaciones de los cristianos que apelaban a su conciencia tan fácilmente como Pablo se sacudió la víbora de la mano. En lugar de rendirse a Dios, se apresuraba a pecar más; fortaleciendo su mente con una pretendida esperanza de misericordia divina en Cristo. Pero con el paso de los años, enfermó; y cuando le visitaban sus compañeros, se mostraba tan contento y confiado en la misericordia divina que su falsa esperanza impulsaba a estos a entregarse más aún a sus malos deseos. Justo antes de su muerte, se despertó plenamente la conciencia culpable del viejo pecador, y el pobre ardía en las llamas de sus antiguas prácticas mundanas. Al morir clamó desesperado: “Me había preparado una protección, y pensaba que todo iba bien, ¡pero ahora no me sirve!”. Su conciencia condenada le arrancaba la esperanza de sus temblorosas manos tan pronto como estas la aplicaban.

La sangre de Cristo mismo no se adhiere a un alma impenitente que mantiene algún pecado en su corazón. Dios arrancará del altar a quienes corren al mismo pero no huyendo de su injusticia. Luego les dará muerte ante el mismo santuario en que tan osadamente habían confiado.

Conocemos el mensaje de Salomón a Adonías: “Si fuere

hombre de bien, ni uno de sus cabellos caerá en tierra; mas si se hallare mal en él, morirá” (1 R. 1:52). Es inútil creer que podemos escondernos del clamor de la conciencia acusadora bajo las alas de Cristo si tenemos iniquidad en el alma. Dios no pensó nunca afirmarnos en la injusticia, sino salvarnos de ella.

5. Tiene mucha influencia en los demás

Cuando este poder de santidad obra en las vidas cristianas, afecta intensamente a los espíritus de los hombres. Tapa la boca de los impíos dispuestos a reprochar la religión y tirar el barro del pecado de un cristiano al rostro de toda profesión de fe que oyen. Se dice que las ranas dejan de croar al acercarse la luz. La luz de la vida santificada sirve de candado para los labios profanos y obliga al pecador a reconocer a Dios en el cristiano: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16). El poder de la santidad no solo cierra sus bocas, sino que abre sus corazones para que abracen a Cristo y su gracia.

Una razón de que tantas almas cayeran en la red del evangelio en la antigüedad es que la divinidad de la doctrina evangélica era evidente en las vidas santificadas de los cristianos. Justino Mártir, al escribir sobre su propia conversión, dijo: “La santidad que brillaba en las vidas de los cristianos, y la paciencia que triunfaba sobre la crueldad de sus enemigos a la hora de la muerte, me hizo llegar a la conclusión de que la doctrina del evangelio es verdad”. Aun Juliano, tan apartado del Reino, dijo que el cristianismo crecía porque los cristianos eran un pueblo que “hacía bien a todos y mal a ninguno”.

Pero en esta época, cuando el escándalo salpica el manto de la justicia del cristianismo, es difícil atraer a los de fuera a la red del evangelio. Hay animales que, por el mero hecho de dejar su rastro en la tierra, ahuyentan a los demás durante un tiempo. Es un hecho triste que, mientras no se borre la mala reputación de orgullo, disensión, error y negligencia no habrá mucha esperanza de que corran al cristianismo multitudes de conversos.

El pastor no puede predicar día y noche —puede pasar dos

o tres horas a la semana en el pulpito sosteniendo el espejo del evangelio ante su congregación, pero la vida de los cristianos predica toda la semana. Si están santificados, sirven como repetición de los sermones del pastor ante las familias del mundo, haciendo resonar continuamente el evangelio en los oídos de estas.

Nadie disfruta hablando con uno que tiene mal aliento, y así pensamos de aquel que nos amonesta. Los cristianos necesitan una vida perfumada si tienen que reprender y aconsejar. Las amonestaciones son una medicina buena y fuerte, pero es difícil no vomitarla en la cara del médico. Nada surte mayor efecto para evitar que se vomite la amonestación que la santidad del que reprende: “Que el justo me castigue será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza” (Sal. 141:5). La amonestación se recibe más fácilmente por la autoridad que acompaña la santidad.

Solo el pecador endurecido luchará contra el justo que lo ha amonestado suavemente como aplicando ungüento a una infección, con compasión y amor por el enfermo. Así que resulta fácil ver la gran influencia que el poder de la santidad tendría en la vida del impío. Y no es menos eficaz cuando se trata de cristianos.

Cuando un cristiano ve brillar la santidad en la vida de otro, su propia gracia salta como Juan en el vientre de Elisabet al escuchar la voz de María. Un cristiano basta para dar vida a toda una sociedad; por el contrario, la negligencia de un solo cristiano profesante pone en peligro a todos sus conocidos. Por tanto, Dios nos ha encomendado estrictamente: “Seguid la paz con todos, y la santidad [...]. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (He. 12:14-5).

La sarna del lobo no supone peligro para la oveja, ya que no pasa suficiente tiempo con él para contagiarse. Pero si una infección se introduce en el redil, entre cristianos que se alimentan, oran, escuchan, hablan y andan juntos en comunión, hay gran peligro de contagio. Un cristiano negligente ayuda al diablo de forma más eficaz que tropas enteras de incrédulos. De

hecho, Satanás tenía un puñado de pecados y errores con los que no sabía qué hacer, hasta que encontró la forma de contratar a profesores impíos de la fe como agentes suyos para recomendarlos y dispensarlos a otros.

En resumen, el que no mantiene el poder de la santidad en su vida, en cierta medida, se vuelve inútil para Cristo. ¿Quieres orar por los demás? Un pagano podría decir a un hombre malvado que callara y no dejase que los dioses supieran de su presencia en un barco al desatarse una tormenta. ¿Quieres consolar a los tristes? ¿O aconsejar a un amigo? Pensarán que estás de broma hasta que no unas a tu recomendación de la santidad la santificación en tu propia vida; esto es, hasta que no te la recomiendes a ti mismo.

6. La santidad y la justicia son pilares de las naciones

Los justos son los únicos que evitan que el techo de la nación se derrumbe encima del pueblo. La presencia de “diez justos” podría haber evitado el fuego y azufre que consumió Sodoma y enterró el pueblo en ceniza. De hecho, se aplazó aquel juicio y los ángeles destructores retuvieron la mano mientras seguía allí el justo Lot: “Date prisa, escápate allá; porque nada podré hacer hasta que hayas llegado allí” (Gn. 19:22).

Dios nos da otros ejemplos de injusticia y justicia que cambian el curso de la historia. Roboam y su reino se fortalecieron durante tres años, y podrían haber seguido durante otros veinte, pero su injusticia lo derrumbó todo sobre el pueblo y su rey; esta derrota empezó el mismo día que se alejaron de Dios (*cf.* 2 Cr. 11, 12).

Por otra parte cuando Josías fue coronado, encontró Judá en pedazos; pero por tener su corazón puesto en Dios, y preparado para andar en su presencia, Dios aceptó la plegaria de Josías por un pueblo bajo arresto y a las puertas de la cárcel. Su seguridad se vinculaba a la vida del rey, porque pronto después de la muerte de Josías, otra vez la nación quedó sumida en la ruina (*cf.* 2 R. 23:25-27).

Cuando Martín Lutero vaticinó la nube negra del juicio divino contra Alemania, comentó a sus amigos que haría lo que pudiera para alejarla durante su vida; y creyó poderlo lograr.

Pero concluyó: “Cuando me haya ido, que los que queden atrás tengan cuidado”.

El poder de la santidad se ha deteriorado entre nosotros, en comparación con la anterior generación. El cristianismo está turbio y lleno de impurezas, adulterado y profanado entre los creyentes profesantes. Sabemos que Dios no lo permitirá mucho más tiempo. Si Egipto sabe que se avecina una sequía por el bajo nivel del Nilo, seguramente podremos ver el juicio inminente por la caída del poder de la santidad.

Oímos como muchos lloran sus pérdidas: algunos por amigos muertos en la guerra, otros por sus bienes y dinero. Pero el grupo que debe tener el primer puesto entre los que lloran son los asistentes a la iglesia que han perdido su primer amor. Ha empezado un deterioro serio entre ellos por haber perdido la devoción por Cristo, su verdad, la adoración, sus consiervos y el andar santo delante de Dios y del hombre.

Somos un pueblo redimido de incontables peligros y muertes. En mala hora un hombre rescatado empieza a robar y engañar de nuevo, en cuanto se le quita la soga del cuello. Ciertamente el pecado de Noé aumentó por emborracharse casi en cuanto llegó a salvo a la orilla, tras ver que se inundaba toda la tierra ante sus ojos. Este era el único justo que Dios había dejado para sembrar su mundo de nuevo con semilla santa.

La tierra casi no puede tragar los ríos de sangre derramada en el mundo, y los pueblos siguen quitando los escombros apilados por las miserias de la guerra. El llanto de las viudas y los huérfanos a causa de la espada se oirá hasta que mueran. Una vez nos aterrorizó ver a esta nación como una vela encendida por ambos cabos, ardiendo diariamente con llamas que se acercaban cada vez más. Pero ahora, los que invocan el nombre de Cristo se olvidan y se alejan de Dios, prefiriendo el orgullo y el vicio.

¿Con qué derecho celebramos nuestra paz, cuando el resultado de nuestra liberación es un libertinaje aún peor? Es como el que se cura de la malaria, pero las secuelas le dejan más débil que la misma enfermedad. Sin duda nuestro Dios se entristece viendo el intercambio: ser librados de la guerra, la pestilencia y el hambre, e hinchándonos de egoísmo, error y un comportamiento desafiante e impío.

Somos un pueblo que ha tenido más pretensiones de santidad y justicia que nuestros antepasados. Si no, ¿qué querían decir todas las oraciones a Dios y peticiones al hombre? Hicimos un pacto de reforma personal y nacional. Estas intenciones tuvieron tanto eco en otras naciones que nuestras iglesias vecinas se preguntaban cómo madurarían esos principios gloriosos. Pero ahora, después de brotar las hojas que dicen a Dios y el hombre que pueden esperarse frutos nuestros, nuestra condición yerma nos lleva más cerca de la maldición que antes, por desilusionar las justas esperanzas de ambos.

Nada puede salvar la vida de una nación ni alargar su paz mediante la misericordia, sino la recuperación del tan deteriorado poder de la santidad. Este brote de justicia sería como una transfusión de nueva sangre para un cuerpo moribundo, que lo aviva y trae más días felices que nunca. Pero vamos de mal en peor, y una muerte lenta llega para nosotros. Cada día respiramos peor. Si la espada se desenvainara entre nosotros, ¿tendríamos fuerzas para sobrevivir?

II. CÓMO EXPRESA EL CRISTIANO EL PODER DE LA SANTIDAD

En el combate contra el pecado

I. Evita la apariencia del pecado

Andar en santidad significa negarte a pecar, y huir hasta de la apariencia del pecado. La Palabra de Dios nos manda odiar “hasta la ropa contaminada por su carne” (Jud. 23). Una persona limpia y cuerda no se lavaría las manos en aguas negras; eso solo lo haría un loco. Pero tampoco se acercaría a un desagüe como para mancharse en lo más mínimo mientras está comiendo. Entonces, el cristiano debe mantener el nombre tan puro como la conciencia.

Vale la pena plantearnos las tres preguntas de Bernardo de Claraval ante la duda acerca de cualquier acción. Primero: *¿Es lícito?* ¿Se puede hacer sin pecar? Segundo: *¿Es digno de un cristiano?* ¿El comportamiento de la gente común es digno del príncipe? Nehemías sabía que su relación con Dios le hacía es-

pedal: “¿Un hombre como yo ha de huir?” (Neh. 6:11). Finalmente: *¿Es necesario?* ¿Se puede hacer sin ofender al hermano más débil?

Aunque alguien pueda montar a caballo a galope sin hacerse daño, puede causar daños irreparables si galopa por calles llenas de niños. Hay cosas que se podrían hacer si no hubiera cristianos más débiles en el camino, cuyas conciencias tiernas se pudieran ver atropelladas y magulladas.

Desgraciadamente el sendero cristiano parece demasiado estrecho para muchos profesantes actualmente: estos necesitan más espacio para su actitud liberal, o dejarán atrás del todo su supuesta fe. *La libertad es la diosa Diana de nuestra generación.* Vemos la amplia aceptación de la apariencia profana: peinados elaborados y mundanos, modas llamativas y sensuales, caras pintadas, pechos desnudos. En otros tiempos los cristianos sólidos censuraban la apariencia y ropa inmodesta, pero ahora el jurado declara “inocentes” esas prácticas cuestionables. Muchos se encuentran tan ligados a lo mundano que creen que está mal trazar la raya de la libertad cristiana a favor de Cristo.

Algunos llamados “cristianos” están tan lejos de una vida santa que casi concursan por ver quién se puede acercar más al abismo del pecado sin caer. Pero el aviso de Pablo era fuerte y directo: “Apartaos de toda apariencia de mal” (1 Ts. 5:22, LBLA, margen). El que se aventura a la apariencia de mal en el nombre de “la libertad en el Espíritu” puede encontrarse cometiendo pecados groseros bajo la apariencia de bien.

2. Lucha contra el pecado por las razones de Dios

Algunos luchan contra el pecado por motivos tan huecos que Dios casi no nota su victoria. Cuando hemos ayunado y orado, él nos pregunta: “¿Habéis ayunado para mí?” (Zac 7:5). Pero si somos abnegados y buenos con los demás, un vaso de agua fría dado “como discípulo” (Mt. 10:42, LBLA) vale más para Dios que una copa de oro con fines egoístas.

Dios quiere que lo que nos hace renunciar al pecado sea su amor. Los príncipes encabezan sus documentos con su escudo de armas y sus títulos reales antes de enviarlos; Dios pone su

Nombre glorioso delante de sus mandamientos: “Y habló Dios todas estas palabras...” (Ex. 20:1). Él quiere que sus hijos santifiquen su Nombre en todo lo que hagan.

Igual que el Padre manda a su familia que se aleje del mal, también quiere que por amor a su Nombre lamentemos los pecados que cometemos. A veces la pena puede ser tan egoísta que nos contentamos con rescatar nuestra alma de la eterna condenación, aunque de alguna manera difamemos la gloria de Dios. Pero el lamento de un alma salvada corre por otra vía: “Contra ti, contra ti sólo he pecado (Sal. 51:4)”.

Hay una gran diferencia entre el que trabaja para otro y el que es su propio jefe. El independiente asume todas sus pérdidas, pero el siervo que negocia con los bienes de su amo debe poner toda pérdida en esa cuenta. Cristiano, tú eres siervo. Todo lo que tienes no es tuyo, sino de Dios. Cuando caes en el pecado, debes lamentar el daño que le has infligido *a él*: “He deshonrado a mi Dios y malgastado los talentos que me dio; he herido su Nombre y contristado su Espíritu”.

3. Mortifica el pecado

Una herida oculta puede cubrirse sin que llegue a sanar; es posible que el médico empeore la enfermedad si no elimina la causa. En este caso, la corrupción, como cal viva, queda dentro de la persona y arde, aunque ahora esté latente como la pólvora en el barril.

Los historiadores dicen que solo por abrir un baúl de ropa que no había sido oreada y limpiada de la infección que hubo en la casa, se desencadenó una terrible peste en Venecia; aunque la ropa llevaba años guardada sin causar peligro. Así también, hay algunos que durante años estuvieron haciendo el papel de cristianos irreprochables antes de tropezar en ciertas abominaciones —como en el caso de la apertura del baúl aparentemente inofensivo—, todo por no haber mortificado el pecado. Nada que no sea arrancar la raíz del pecado puede satisfacer la vida del cristiano santificado y a su Dios.

Escucha a Pablo, que andaba en el poder de la santidad: “Cada día muero” (1 Co. 15:31). El pecado es como la bestia que casi muere de la herida pero que, con el paso del tiempo,

se recupera misteriosamente y vuelve a la actividad. Así muchos cristianos que mantienen un control rígido sobre la latente corrupción han sido derribados del caballo y arrastrados precariamente a la tentación. No siendo capaces de rechazar la furia del deseo, cuando este gana ventaja resultan quebrantados y aplastados por una caída trágica en el pecado.

Si quieres crecer en el poder de la santidad, cristiano, no abandones nunca la obra de mortificar el pecado, aun cuando no haya tentación a la vista. El que sufre alergias toma los medicamentos, no solamente después de un ataque, sino siempre, para evitarlos. El cristiano debe intentar mantener su alma sana a diario, a pesar de lo que digan sus sentimientos. Finalmente, evita la práctica de aquellos que se alimentan bien un día pero que tragan suficiente basura al siguiente como para retrasar seriamente su crecimiento en la santidad.

4. Crece en la santidad contraria al pecado

Al igual que todo veneno tiene su antídoto, también todo pecado tiene una virtud opuesta. El cristiano que quiere andar en el poder de la santidad, no solo debe intentar evitar el pecado, sino poseer la virtud contraria. La Palabra nos habla de una casa que permaneció vacía porque no entró en ella el Espíritu Santo después de haberse echado al maligno. Un cristiano meramente negativo dejará el pecado que antes practicaba, sin acercarse por ello a la santidad. Esto es perderse el Cielo por disparar corto. Dios no nos preguntará dónde no estuvimos, ¡sino dónde estuvimos! No basta con no jurar ni tomar el nombre de Dios en vano. Dios preguntará: “¿Has santificado mi Nombre?”. No bastará con no haber perseguido a Cristo; Dios inquirirá: “¿Lo recibiste?”. Tal vez no odiamos a sus hijos, ¿pero les hemos mostrado amor? Está bien que nunca te hayas emborrachado, ¿pero te has llenado del Espíritu Santo?

Un médico competente acaba con la enfermedad y fortalece a la persona. Y el verdadero cristiano no se contentará con dejar atrás las malas decisiones, sino que intentara seguir ejercitándose en las virtudes correspondientes. ¿Estás frustrado e impaciente por la aflicción? No basta callar tu disputa con Dios; no pares hasta llevar tu corazón a la dependencia de él. David

hizo algo más que castigar su alma por inquietarse: la mandó confiar en Dios y alabarle.

¿Tienes algún rencor secreto contra tu hermano? Dios quiere que apagues esa chispa infernal, pero también espera que enciendas un fuego celestial de amor que te haga orar por él fervorosamente. Cuando tienes pensamientos envidiosos o negativos (¿y quién es tan santo que no los tiene a veces?), acude al trono de la gracia y protesta con fuerza contra tus pecados, pidiendo de todo corazón el aumento del bien.

5. Combate el pecado en la vida de los demás

Un ciudadano leal es aquel que no solo trabaja para vivir tranquilamente bajo el gobierno, sino que está dispuesto a servir a esa autoridad contra los que se niegan a obedecerla. La verdadera santidad, como el verdadero amor, empieza en casa; pero no se queda allí. Toma las armas contra el pecado allí donde asome.

Aquel que es tan neutral que no le importa cuánto deshonoran a Dios sus compañeros, bien puede cuestionar su propia actitud hacia el pecado. David dice al respecto: “¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos” (Sal. 139:21,22). Luego le pide a Dios que escudriñe su corazón: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad...” (vv. 23,24). Esta oración es un modelo de integridad. Es como si dijera: “Señor, hasta aquí llega mi plomada; pero si fuera posible que el pecado se ocultara donde yo no llego, búscalo “y guíame en el camino eterno”.

6. Rechaza la vanagloria

Todo cristiano que combate sinceramente el pecado debe rechazar cualquier tentación a vanagloriarse por sus triunfos. La excelencia de la santidad evangélica consiste en la abnegación: “Si fuese íntegro, no haría caso de mí mismo” (Job 9:21); esto es: “No me vanaglorio ni me jacto de mi inocencia”.

Cuando el talento de un hombre merece atención y su orgullo aumenta en consecuencia, decimos: “Ha hecho un buen tra-

bajo, pero lo sabe”. Reflexiona demasiado acerca de sí mismo y disfruta excesivamente de su imagen en el espejo de la satisfacción. Mientras más alto suben los alpinistas, más agachan el cuerpo para mantenerse firmes; el Espíritu de Cristo enseña a los cristianos ese mismo principio: cuanto más trepamos para vencer el pecado, más debemos inclinarnos en abnegación.

La Palabra manda que nos mantengamos en el amor de Dios, “esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Jud. 21). Debemos “sembrar en justicia” y “segar en misericordia” (Os. 10:12). Esto es, que los cristianos sembramos en la tierra para segar en el Cielo. La semilla es la justicia; y una vez sembrada, no debemos esperar recompensa de la mano de nuestra santidad, sino de la misericordia divina.

En la adoración

La misma luz que nos revela la existencia de Dios, nos enseña que hay que adorarle en santidad. Bajo la ley, Dios era exigente en todo aspecto de la adoración. El Tabernáculo, por ejemplo, se hizo de los mejores materiales; los obreros estaban dotados de raros talentos; solo se aceptaban los sacrificios excelentes; y los que ministraban ante Dios tenían que ser particularmente santos. ¡Dios es maravilloso en su adoración!

1. Sé consecuente en todas las ordenanzas

Dios odia la parcialidad, especialmente en las ordenanzas respecto a la adoración, todas las cuales proceden de él. Y ciertamente no debemos rechazar nada que Dios escoja como bendición para sus hijos. Él se comunica a sí mismo mediante una variedad asombrosa para mantener alentados nuestros corazones. La esposa busca al Amado en secreto, en casa, sin encontrarlo; así que sale a la plaza y allí encuentra, dice, “al que ama mi alma” (Cnt. 3:4).

Sin duda Daniel había acudido a menudo al trono de la gracia, pero Dios reservó la plenitud de su amor, y la revelación de algunos misterios, hasta que unió el ayuno a sus oraciones. Solo entonces él envió un mensajero celestial para darle a conocer su mente y corazón.

El Espíritu Santo a veces otorga mayor bendición en unos deberes que en otros, para llenar al cristiano de un estímulo extraordinario. Un bebé mama primero de un pecho, luego de otro. Mientras David *meditaba*, un fuego celestial se encendió en su corazón, hasta que finalmente dicho fuego prendió y se extendió. El eunuco *leía* la Palabra cuando Dios envió a Felipe junto a su carro. Cristo se reveló a los apóstoles mientras *partían el pan*. Se unió a los discípulos camino de Emaús cuando estos *conversaban*. Cornelio *oraba* en su casa y entonces la visión celestial le indicó el camino que debía seguir.

Cristiano, cuídate de rechazar ningún privilegio de la adoración: ¡podría ser la puerta por donde Jesús espera entrar a tu alma! El Espíritu es libre. No lo ates a un solo deber, sino espera en él efectuando cada uno de ellos. No es sabio dejar pasar agua por tu molino que pueda ser útil para encaminar tu alma al Cielo.

Tal vez no recibes tanta luz como deseas cuando buscas a Dios en los cultos públicos. ¿Qué clase de comunión tienes con él en secreto? He aquí un agujero lo bastante grande como para que pierdas todo lo que ganas en público, si no lo reparas. Samuel no se sentó a la mesa con Isaí y sus hijos hasta que David, el más joven de estos, estuviera con ellos. Si deseas la presencia de Dios en alguna ordenanza, tienes que recuperar la que desechaste; puede parecerte la menos importante, pero ser la que Dios ha escogido para coronarla con su bendición más especial para tu alma.

2. Busca las metas de Dios

Dios tiene dos propósitos con la adoración. Primero, pretende que lo honremos como Señor soberano. Segundo, la adoración es la forma en que comunica su presencia y sus bendiciones a sus hijos.

a) El homenaje a nuestro Señor soberano

Sin adoración, ¿cómo declaramos que en él vivimos, nos movemos y somos? Una de las primeras cosas que Dios enseñó a Adán y a sus hijos fue la adoración divina. El que es santo pone como lo más importante en su vida santificar el nombre de

Dios y darle a él gloria. Un súbdito puede ofrecer un presente a su príncipe de forma tan ridícula que el gobernante se sienta más desdeñado que honrado; los soldados se arrodillaron ante Jesús, pero sus corazones se burlaban del Dios Santo.

Nuestro comportamiento revela la opinión que tenemos de Dios. El que cumple con su deber espiritual en un espíritu de santa reverencia, lleno de fe y temor, gozo y temblor, declara abiertamente que cree que Dios es grande y bueno, glorioso y majestuoso. Pero el que adora de forma descuidada y negligente, le dice claramente a Dios lo poco y mal que piensa de él.

Los errores en la adoración ocurren porque la persona no conoce al Dios que adora. Lo que esté grabado en el sello se imprimirá en la cera. Los conceptos que tenemos de Dios se reproducen en el culto que tributamos. Abel demostró ser piadoso, mientras que Caín reveló su maldad. Abel apuntó al fin que Dios le había indicado para la adoración: la santificación del nombre de Dios.

1. *Abel le dio lo mejor a Dios.* No ofreció el primer animal que tenía a mano, sino que llevó “las primicias”. No le dio a Dios lo flaco, guardándose lo gordo, sino que ofreció lo mejor de lo mejor. Por otra parte: “Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová” (Gn. 4:3), pero la Palabra no especifica si fueron primicias o lo mejor.

2. *Abel dio su corazón a Dios.* No esperaba que él se contentara con un par de animales. Juntamente con ellos, le entregó su corazón. “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín” (He. 11:4). El culto interior del alma de Abel fue lo que Dios aceptó con agrado. Como resultado, Abel obtuvo el precioso testimonio de la propia boca de Dios acerca de su justicia. Por otra parte, Caín opinaba que bastaría —y aun sobraría— que le diera a Dios *algo* del fruto de la tierra. De haber considerado la identidad de Dios y su propósito al pedirle una ofrenda, no podría haber razonado que él apreciara un puñado o dos de grano, sino como una señal de aquella adoración espiritual que espera que acompañe al rito exterior.

¡Cristiano!, cuando te preparas para honrar a Dios recuerda que él ha de ser adorado como lo que es: “Maldito el que engaña, el que teniendo muchos en su rebaño, promete, y sa-

crifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy el Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones” (Mal. 1:14).

David fue muy concienzudo en cuanto al templo que había propuesto en su corazón edificar, porque no era para el hombre, sino para el Señor; de forma que preparó a fondo la casa de su Dios (*cf.* 1 Cr. 29:1). Nosotros debemos prepararnos para la adoración con la misma seriedad y humildad: “No ministro al hombre —tenemos que decirnos—, sino al Señor Dios Todopoderoso”.

b) La comunicación de las bendiciones de Dios

El Salmista habla del monte de Sion, el lugar para adorar a Dios, donde estaba el Templo. “Allí envía Jehová bendición, y vida eterna”, dice (Sal 133:3): gracia y consuelo que brotaron para vida eterna y fluyeron de Dios al hombre. Los cristianos siempre han sacado su agua de estos pozos: “Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón” (Sal. 69:32).

Pero las almas que no buscan a Dios en el monte de Sion deben morir. El granjero no puede esperar cosechar donde no ha arado y plantado; el comerciante no se hará rico si nunca abre sus puertas a los clientes. Es igualmente ilógico que alguien espere los beneficios de la gracia cuando se niega a seguir los caminos de Dios.

Dios hace grandes cosas para los que tienen comunión con él. El poder de la santidad aparece cuando uno considera prioritario el buscar y encontrar a Dios en la adoración. El estudiante diligente que va a la universidad, deja las diversiones para poder entregarse al estudio. El cristiano entregado es movido por el Espíritu Santo para ir de un aspecto de la adoración a otro, como la abeja que va de flor en flor, buscando almacenar mayor virtud.

El hombre santo no busca a Dios para tener una reputación admirable entre los cristianos, o sea, no por las emociones. En su lugar, es como el mercader que va de puerto en puerto, no de turismo, sino buscando perlas costosas. El cristiano debe avergonzarse más que el mercader que vuelve vacío, sin tesoro.

¿Observas como los demás se enriquecen en virtud por su

participación en las santas ordenanzas mientras tú sales parado como un pordiosero? Dios ve un hambre preciosa en aquellos que valoran a Cristo y su gracia como lo más necesario para su vida: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche” (Is. 55:1).

El Espíritu Santo alude aquí a la costumbre de los pueblos marítimos: cuando un barco arribaba a puerto, sus mercaderes iban por la ciudad proclamando la llegada de sus mercancías. “Todo aquel que busque ciertos artículos, venga al puerto donde pueden comprarse a tal precio”, decían. Así llama Cristo a todo aquel que reconoce su necesidad de él y de sus virtudes, para que acuda a las ordenanzas en donde estos dones se encuentran gratis.

En el trabajo

La santidad debe estar escrita en la vocación profesional del cristiano tanto como en su culto. El capataz de obra que obedece el código municipal es tan esmerado al montar la cocina como el salón. Por la ley del cristianismo hay que ser tan esmerados en el trabajo secular como en la adoración. “Sed vosotros santos en *toda* vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15). No hay que dejar la profesión de fe, como algunos dejan la Biblia, en el banco de la iglesia.

La capacidad más sofisticada del hombre —la de razonar— guía sus actos más sencillos, tales como el comer, beber y dormir. Igualmente, en el cristiano, la gracia —el principio más alto— debe guiar todo su comportamiento. El cristiano no ha de comprar y vender como hombre carnal, sino como cristiano.

El cristianismo no es como un uniforme oficial que se deja a un lado cuando el alto funcionario sale a jugar: “Bueno, señor Tesorero, quédate ahí un rato”. No; donde esté el cristiano, debe andar vestido de santidad. No debe hacer nada que no demuestre que es cristiano. El poder de la santidad brilla en nuestros trabajos respectivos de varias maneras. Mirando el espectro completo se verá “la hermosura de la santidad” (Sal. 96:9) en la simetría de todas las partes.

1. Diligencia

Cuando Dios nos llama a ser cristianos, lo hace para que nos apartemos del mundo pero no del trabajo. Es verdad que al llamar a Eliseo, este abandonó el arado; y los apóstoles dejaron sus redes, pero no porque fueran santos. Ellos fueron llamados a desempeñar un ministerio en la Iglesia. En la actualidad, algunos están dispuestos a enviar a su pastor de vuelta al arado; pero ciertamente este se halla sumamente ocupado dando más a las almas durante la semana que el laico proporciona a los cuerpos.

Pero ahora hablo del cristiano privado. Es imposible ser fiel si no eres diligente en tu trabajo. La ley humana llama vagabundo a aquel que no tiene casa; y la Palabra de Dios llama desordenado a aquel que se niega a trabajar para la gloria de Dios en su puesto: “Porque hemos oído que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada” (2 Ts. 3:11).

Dios quiere un pueblo de provecho, como ovejas que hacen bien a los pastos que comen. Toda la gente debería ser mejor por conocer a un cristiano. Cuando Onésimo se convirtió, se hizo “útil” tanto para Pablo como para Filemón: para Pablo como cristiano, y para Filemón como siervo (Flm. 11). La gracia hizo un siervo diligente de un fugitivo. Un creyente vago es inútil; y mientras el que no trabaja no hace bien a nadie, se hace un más daño a sí mismo.

2. Conciencia

Muchos no necesitan que se les exhorte a ser diligentes. ¿Lo hace su conciencia, por ser este un mandamiento de Dios? No; porque de ser así, orarían tanto como trabajan; irían cuando Dios dice: “Ve”, y pararían cuando él se lo mandara. Si la conciencia fuera la llave que abriera su taller el lunes, estaría cerrado el domingo.

Algunos son como halcones, que vuelan tan bajo tras la presa del mundo que no aceptan los dones más preciosos de Dios. Aunque la conciencia los llamara en el nombre de Dios, y les dijera: “Apártate un tiempo y espera en Dios un día en tu cámara”, seguirían yendo tras el mundo con diligencia codiciosa.

Se ve claramente el motivo de esta empresa: no es la conciencia, sino sus propias concupiscencias.

Si quieres andar en el poder de la santidad, debes ser diligente en tu trabajo por la presencia de Cristo en ti. Lo mismo que te hace “ferviente en espíritu”, debe evitar que seas perezoso “en lo que requiere diligencia” (Ro. 12:11). Tu actitud será una decisión humilde de agradar al Padre: “El Señor me ha puesto aquí. Soy su siervo en mi taller y debo servirle como quiero que mis hijos me sirvan y aún mejor, porque no son míos de la misma forma que yo pertenezco a Dios”.

3. Éxito

La persona mundana que no acude a su negocio a diario con oración, rara vez vuelve a casa por la noche para dar gracias a Dios. Empieza el día sin Dios, y sería extraño que lo terminara con él. La araña que teje su tela de su propio cuerpo, vive en ella cuando termina; y aquel que lleva su empresa con su propia inteligencia, tiene derecho a ser reconocido como “un hombre que se ha hecho a sí mismo”. Así es más fácil para tal persona adorar su propia sabiduría en vez de a Dios.

Una vez un hombre oyó a su vecino dar gracias a Dios por el buen trigo que crecía en sus campos, y reaccionó diciendo: “¿Gracias a Dios? ¡Más bien gracias al carro del estiércol!”. Hablaba como un espíritu de la cloaca, más inmundo que la carga de su propio carro. Si quieres ser cristiano, debes reconocer a Dios en todos tus caminos y no apoyarte en tu propia sabiduría (cf. Pr. 3:6). Esta actitud abnegada te llevará a coronar a Dios con alabanza ante el éxito en tu trabajo.

Jacob trabajó tanto como cualquier hombre de negocios para conseguir sus bienes; pero la base de su diligencia fue la oración y la esperanza de una bendición del Cielo. Atribuía sus valiosos bienes a la verdad y la misericordia de Dios, quien prometió proveerle de todo, cuando aún era un pobre peregrino camino de Padan-aram (cf. Gn. 28:2-4).

4. Contentamiento

La necesidad es la maestra que enseña el contentamiento al pagano, pero la fe es la maestra del cristiano. La fe enseña al cris-

tiano a disfrutar del suministro de la Providencia con dulce complacencia, al saber que se trata de la voluntad de Dios para él. Esa es la santidad triunfante: cuando el cristiano puede tener contentamiento en la providencia divina, sin importarle el plato que se le ofrece. Si reúne poco, se contenta con una comida ligera. Y si mucho, no es más de lo que puede digerir y aprovechar para alimentar su virtud. De todas formas, no sobra nada para engordar su orgullo.

Pablo sabía tanto “tener abundancia como [...] padecer necesidad” (Fil. 4:12). Si a la santidad le quitas el contentamiento, le robas una de las joyas más hermosas que lleva sobre el corazón: “Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1 Tim 6:6), que no con bienes terrenales impresionantes.

5. Prioridades

El mundo es tan invasivo que nos cuesta ser amigos suyos sin vernos cautivos y atados. Cuando Abraham mostró más respeto a Agar de lo normal, ella empezó a insolentarse con Sara. Y nuestra vocación mundana dará de lado las citas espirituales si no la controlamos con mano dura. Teniendo esto presente, veamos dos maneras importantes de proteger el poder de la santidad.

a) El cristiano no permite que su vocación le robe el tiempo de comunión con Dios

Podemos ver cómo se desenvuelve a diario la intriga de Satanás. ¿Has notado alguna vez que es casi imposible pensar en servir a Dios y a su pueblo sin que se presente alguna excusa para estorbarte? Salomón planteó así la táctica diabólica de la manipulación: “El que al viento observa no sembrará; y el que mira a las nubes no segará” (Ecl. 11:4). En tanto que uno escuche a las distracciones mundanas de la carne, nunca tendrá tiempo de orar, meditar ni tener comunión con Dios.

Es triste cuando el amo tiene que preguntarle al esclavo qué debe hacer, o el cristiano recibir sus órdenes del mundo pidiendo el permiso de este para esperar en Dios. El poder de la santidad puede romper las excusas que lo separan de Dios tan fácilmente

como Sansón rompió las cuerdas de lino que lo ataban. La santidad libera al cristiano para abrirse camino hasta la presencia del Señor, aun atravesando los numerosos estorbos mundanos.

David dijo al respecto: “He aquí, yo con grandes esfuerzos he preparado para la casa de Jehová cien mil talentos de oro, y un millón de talentos de plata” (1 Cr. 22:14). Seguramente habría docenas de causas justas, incluyendo los gastos militares de su gobierno, que clamaban por el dinero de David; pero igual que Roma demostró su confianza enviando dinero a las tropas en España cuando Aníbal estaba a las puertas, David probó su confianza en Dios planeando la edificación del Templo en tiempos de necesidad nacional.

El verdadero creyente aparta un tiempo generoso a diario, aun en medio de un horario apretado, para tener comunión con su Padre. Aunque quienes tuviera que pedir a alguien la extensión de un crédito, no se atrevería a intentar servir a Dios a medias. Cierta hombre devoto solía disculparse con sus invitados cuando le tocaba el tiempo de su comunión con Dios, diciendo que le esperaba un Amigo.

b) El creyente no permite que su horario absorba sus deseos de Dios

Un marido trata con gente todo el día, y le prodiga su energía e inteligencia; pero no hay nada en su agenda que le haga amar menos a su esposa y a sus hijos. Cuando llega a casa por la noche, les lleva su amor tan intacto y vibrante como cuando salió. De hecho, le supone un alivio alejarse de las presiones del trabajo y volver a la familia. Esta es una actitud agradable, aunque difícil de mantener.

¿Realmente puedes decir, después de pasar el día entre ganancias y pérdidas en el mundo laboral, que le llevas a Dios tu corazón intacto cuando vuelves a su presencia para esperar en él? No es fácil estar en el mundo todo el día y sacudirnoslo de noche para disfrutar de la intimidad con Dios. El mundo trata al creyente como un niño a su madre; si no puede evitar que se vaya, llora pidiendo acompañarla. Si el mundo no puede impedir que entremos en el servicio de Dios, llorará por ir con nosotros al mismo.

En el trato con los demás

1. El poder de la santidad en la familia

No sirve hablar de la santidad si no tenemos el testimonio práctico de la santificación en la familia que Dios nos ha dado. Es triste cuando los que mejor nos conocen no ven la santidad en nuestra vida. Pocos tienen la poca vergüenza de salir desnudos a la calle; si cuentan con qué taparse, se visten antes de salir. ¿Qué clase de persona eres en casa? El marido negligente gasta su dinero libremente en público, pero no alimenta a su familia. ¿Será entonces buen creyente si derrocha su fuerza espiritual por todas partes, dejando poco o nada de Dios para que fluya de él a su familia?

Algunos hombres famosos que disfrutaban de una reputación dinámica entre los cristianos, son peores que los inconversos que cuidan de su esposa e hijos de forma honrada y práctica. ¿Qué clase de creyente es aquel que actúa como un tirano y amarga tanto el espíritu de su esposa que la hace “cubrir el altar de Jehová de lágrimas, de llanto, y de clamor”? (Mal. 2:13). Muchas esposas que están lejos de tener una obra de gracia verdadera en el corazón son obedientes a sus maridos; ¿pero es posible que una esposa cristiana ande en santidad si perturba toda la casa con su egoísmo sutil y su explosivo mal genio? La autoridad de una conciencia natural evita que los criados maltraten con malas lenguas a sus amos, ¿no estará la gracia a la altura de la naturaleza?

David sabía lo unida que está esta responsabilidad cristiana al corazón de la santidad, cuando dijo: “En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa” (Sal. 101:2). Consideremos cuatro facetas específicas de este poder de la santidad en las relaciones familiares.

a) Escoger las autoridades

A veces no podemos escoger las relaciones: un hijo no escoge a su padre, ni el progenitor a su hijo. Pero cuando Dios nos permite la libre elección, espera que siempre escojamos sabiamente.

1. *Elige amos espirituales.* Cuida de demostrar tu santidad en la autoridad que escoges para poner sobre ti. Primero, in-

vestiga si el aire de puertas adentro es tan sano para tu alma como el de afuera lo es para tu cuerpo. ¿Te someterás voluntariamente a hombres carnales? Es bastante difícil servir a dos amos, hasta cuando ambos tienen personalidades parecidas; pero es imposible servir al Dios Santo y a un hombre carnal siendo de agrado para ambos.

Si ya estás bajo el techo de una mala autoridad, no olvides tu responsabilidad hacia ella, aunque esta olvide por completo a Dios. Tu fidelidad bien podría hacer que buscara al Señor por tu causa, como hizo Nabucodonosor en el caso de Daniel. Además, los pecadores sin duda tomarán más en serio los caminos de Dios si hay mayor belleza en la vida de los creyentes para atraerlos al Reino.

Solemos escoger un libro con letra clara y atractiva, pasando por alto aquel que tiene la letra borrosa o muy pequeña. ¿Cuántos jefes desechan toda idea de cristianismo porque sus empleados “creyentes” trabajan con negligencia y orgullo? Se sigue la conclusión inevitable: “Pues si este es el resultado de tus creencias, ¡Dios me libre de tal religión!”. Cristiano, tu comportamiento intachable es la mejor forma de dejar ver a los jefes carnales o impíos los caminos de Dios. Añado una sugerencia práctica: Tal vez estés haciendo todo lo posible por llevar la verdad divina a ese lugar, pero el terreno es tan duro y frío que no hay esperanza visible de sembrar para él allí. Entonces, es el momento de pensar en trasplantarte; si el campo resulta demasiado malo para que siembres el cristianismo, tampoco puede ser bueno para tu crecimiento.

2. *Elige siervos espirituales.* Cuando empleas a una persona, escógela tanto para Dios como para ti. ¿Cómo encajará con tus planes si no encaja con los de Dios? Por supuesto, quieres que su trabajo sea fructífero, ¿pero en qué anclas esta esperanza si la mano que hace el trabajo insiste en pecar mientras actúa? “Altivez de ojos, y orgullo de corazón, y pensamiento de impíos, son pecado” (Pr. 21:4).

Pero el siervo santificado es una bendición. Puede trabajar duramente, y luego buscar a Dios para hacerte bien: “Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuen-

tro, y haz misericordia con mi señor Abraham” (Gn. 24:12). Esta oración seguramente ayudó a Abraham tanto como el buen criterio de su siervo.

Si plantaras un huerto, buscarías los mejores árboles en lugar de malgastar las tierras cultivando espinos. Se pierde mucho más empleando a una persona sin virtud, que teniendo un árbol estéril en el huerto. Mientras David estuvo en la corte de Saúl, vio la desventaja de tener siervos impíos. Sin duda este reconocimiento del mal en una casa desordenada le determinó a exigir el máximo cuando Dios lo pusiera como cabeza de aquella familia real: “No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos” (Sal. 101:7).

3. *Elige una pareja santificada.* El área específica en que los creyentes con mayor frecuencia han revelado su debilidad, aun históricamente en la Biblia, ha sido al escoger para sí cónyuges inconversos. “Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas” (Gn. 6:2). Sería mejor que los hijos de Dios buscaran la gracia del corazón en lugar de la belleza física, pero hasta ellos son capaces de desviarse por la hermosura exterior sin examinar el espíritu.

Recuerda que Dios no dejó constancia de los errores de sus elegidos para que los siguiéramos, sino para que los aborreciéramos. Solo el simple se traga toda experiencia de los santos de la Palabra. Es verdad que los malvados se rompen el cuello tropezando con los pecados de los cristianos, ¿pero quieres tú tropezar con ellos y romperte las piernas?

No señales a una creyente que crees que Dios está usando y des por sentado que estuvo bien que se uniera a una familia inconversa y se desposara con un hombre impío. En su lugar, mira a lo alto, al listón de Dios, si quieres conservar el poder de la santidad. Está tan claro como un rayo de sol, escrito en la Palabra: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?” (2 Co. 6:14). Hasta cuando Dios da permiso a una viuda para volver a “casarse con quien quiera”, añade esta condición vital: “Con tal que sea en el Señor” (1 Co. 7:39).

El que no tenga fe está “sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Ya que la familia de Dios está en la Iglesia, si te casas fuera de Dios, te casas fuera de su familia. También “en el Señor” puede significar “con su bendición”. Estamos de acuerdo en que el consentimiento de los padres es importante, ¿pero y tu Padre celestial? ¿Dará su consentimiento para que te entregues a un inconverso?

A lo largo de los tiempos, los santos han pagado un alto precio por las uniones profanas. Dalila fue una plaga terrible para Sansón. Tampoco Mical ayudó a David. Sería mejor que se hubiera casado con la más pobre de todo Israel, sin más que la ropa que vestía, en lugar de aquella compañera arrogante que se burlaba de él por celebrar la fidelidad de Dios.

b) Interceder por la familia

Un cristiano no puede legarle la gracia de Dios a su hijo, ni unir su esposa a su propia santidad; pero debe hacer todo lo posible para atraerlos al Padre. Dios mandó que toda la casa de Abraham se circuncidara para poder acercarse más al deseo de su corazón para ellos. La gracia transforma el amor por la familia en un canal espiritual que nos hace orar y trabajar para su eterno bien.

¿Qué es lo que ensalza el amor cristiano por encima del mundano? ¿Acaso los paganos no apartan una herencia para sus hijos? ¿No cuidan a sus empleados como los demás? Nuestro amor debe ir más allá. Agustín se quejaba cuando sus amigos encomiaban la diligencia de su padre al educarle: “Pero mi padre no me educó para Dios. Su proyecto era hacerme un orador elocuente, no un cristiano”.

Hermano, si Dios es todo para ti, ¿no debería conocerle también tu familia? Ahora convives con ellos en una casa; ¿no quieres estar unido a ellos en un Cielo por toda la eternidad? ¿Puedes pensar sin temblar en la pena que sentirías si los que aquí forman tu familia fueran separados de ti por la muerte, yendo algunos al Cielo y otros al Infierno?

Por la ley de Licurgo, el padre que dejara de educar a su hijo en su juventud perdía el derecho a la ayuda filial en su vejez. No ratifico la justicia de esta ley, pero sí diré que los que no en-

señan a sus hijos la relación correcta con Dios pierden la reverencia y honor debidos de sus hijos.

c) Librarnos de las trampas

Algunas familias son rebeldes porque no hacen más que tentarse unos a otros, aumentando mutuamente la corrupción de año en año. ¿Cómo llamaremos a estos hogares, sino infiernos terrenales?

Satanás siempre está dispuesto a aprovechar las pasiones familiares para crear problemas, provocando la contaminación mutua hasta de los miembros piadosos. El temor de Abraham le puso lazo a Sara, que se dejó persuadir fácilmente a mentir por el marido que tanto amaba (cf. Gn. 12:13). El vehemente afecto de Rebeca por Jacob, junto con la reverencia de este hacia ella, lo cambió de un hombre llano en un sutil tramposo, para engañar a su padre y su hermano. Al principio el pecado era demasiado grande para aceptarlo: “Quizá me palpará mi padre, y me tenga por burlador, y traeré sobre mí maldición y no bendición” (Gn. 27:12). Pero la hábil presión de su madre hizo que este pecado abultado entrara hasta lo más íntimo de la vida de Jacob, aunque al principio le costase tanto pasarlo. Recuerda que eran santos que tropezaron y cayeron.

Cuidado no hagas tú pecar a tu familia. Sería trágico ver a tu hijo sufrir y sangrar por una herida infligida por tu mano. Pero hasta una aflicción así sería mejor que una infección de pecado y de culpa causada por ti.

Ahora te recuerdo que pongas el mismo cuidado en protegerte del posible contagio por tus familiares, que de contagiarlos a ellos. Amas mucho a tu esposa, y eso está bien. Pero no permitas que te haga más deseable la manzana de la tentación, cuando sus manos te la tiendan. Tienes en poco a ti mismo y a Dios si pecas por causa de ella. Aun si vosotras esposas os sometéis a vuestros maridos, obedecedles “en el Señor”: no pongáis el séptimo mandamiento antes que el primero. Obedece a Dios antes que a tu marido. Puede que tengas que cuestionar a tu alma para hacerlo: “¿Me es posible guardar el mandamiento de Dios obedeciendo los deseos de mi marido?”.

En un negocio se pagan primero las deudas vencidas más

elevadas. ¿Estás más en deuda con Dios, o con tu marido? Ve hasta donde puedas con tus familiares en compañía de Dios, pero no más allá, porque no debes dejar atrás la santidad y la justicia. Ni familiares ni nadie podrá pagarte la pérdida de esos tesoros.

d) Recibir instrucción de parientes santificados

Un padre santificado, un cónyuge creyente, hasta una criada o un jardinero piadoso: el provecho de su santidad es como un ungüento precioso que se percibe adonde vaya. Cristiano, si hay una persona santa en tu familia, aprende lo que puedas observando su comportamiento bajo la aflicción, su adoración y su aceptación de las misericordias de Dios, así como su conducta en la vida diaria.

Eliseo le pidió a la viuda que llevara todas las vasijas que encontrase o tomara algunas prestadas para echar en ellas el aceite que salía de la cazuela de su casa. Los pobres en la gracia deben aprovechar el ungüento santo de la virtud que gotea de los labios y vidas de sus parientes santificados. Abre tu memoria, tu conciencia, tu corazón y tus sentimientos para recibir todas las expresiones de santidad que salen de ellos.

Guarda en tu memoria las instrucciones, amonestaciones y consuelos sacados de la Palabra de Dios por estos cristianos; y que tu conciencia las aplique a tu alma hasta destilar afecto y enamorarte más de la santidad de Cristo. Es triste ver lo que hace el corazón malvado con las virtudes y dones de su familia, envidiando y calumniando a los cristianos. En lugar de sacar provecho de ellos, se vuelve peor. Cuando José relató su sueño profético a sus hermanos, los rescoldos de su envidia se prendieron y ardieron con crueldad desnaturalizada contra “ese soñador”. Fue lo único que hicieron con la profecía.

Cristiano, esto es entonces lo que puedes hacer con el hálito justo del Espíritu en los santos con quienes vives. Anota los pasajes de su vida santa como si fueran un libro excelente que te han prestado. Nuestros amigos y parientes nos han sido prestados por un tiempo, y tanto si aprendemos como si hacemos caso omiso de ellos, Dios los recogerá pronto.

Un ministro de Dios, el Rvdo. Bolton, reunió a sus hijos en

torno a su lecho de muerte para darles una última palabra de sabiduría: “Hijos míos, no os reunáis conmigo en el gran día ante el tribunal de Cristo sin la gracia del Señor”. Podemos estar seguros de que Dios lleva cuentas exactas de todos los medios que nos da para la salvación, y las vidas de sus siervos no son los menores. Has visto que la Palabra menciona con particular exactitud el tiempo que vivieron sus fieles en la tierra. Seguramente una razón para ello es que está echando cuentas con los que vivieron con ellos: cada año, hasta cada día y hora que pasaron en compañía de los profetas: padres santificados, madres, hermanos, hermanas, etc.

2. El poder de la santidad en tu vecindario

Dios no te ha otorgado el poder de la santidad para que esté confinado detrás de unas puertas cerradas, sino para que salga a la calle y visite a los vecinos. Tu comportamiento y conversación con los demás deben ser santos y justos. En la Biblia, “justicia” y “vida recta” a menudo implican toda la responsabilidad del cristiano ante los que le rodean. Estos términos se diferencian de “la piedad” que tiene como objeto inmediato a Dios; y de “la templanza” respecto de nosotros mismos. En conjunto “la gracia de Dios [que] se ha manifestado para salvación” nos enseña a vivir “en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tit. 2:11,12). Si se hiere una de estas virtudes, todas ellas mueren, y la vida de santidad se escurre por la herida abierta.

Es verdad que existe una justicia moral que nos acerca a la verdadera santidad, pero no existe una verdadera santidad que nos acerque a la justicia moral. También es verdad que no hay un mal cristiano que no sea hipócrita. O reniegas de tu bautismo, o maldices todo pensamiento de iniquidad. Hasta tal vez salieras mejor librado si dieras a conocer al mundo que no pretendes tener relación alguna con Cristo antes de practicar el pecado.

Algunos se preguntan si Arístides, Sócrates, Catón y otros paganos famosos por su justicia moral estarán en el Cielo o en el Infierno. ¿Pero cabe alguna duda acerca del destino de un cristiano impío en el otro mundo? El Infierno se abre más para

recibirlo a él que a ningún otro. Pablo dice: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?” (1 Co. 6:9). Igual podría decir: “¡No creas que hay sitio para esa clase de persona en el Cielo!”. ¿Qué esperanza queda, entonces, para la salvación de estos, cuya injusticia tiene mil veces más maldad y rebeldía que la de nadie?

Por su injusticia, los paganos serán acusados y condenados como rebeldes ante la ley de Dios. Pero el “cristiano” impío también será hallado culpable por el evangelio. El peor de los cargos será el que presenta el evangelio contra aquellos cuya injusticia, mientras profesaban la fe, los hace “enemigos de la cruz de Cristo” (Fil. 3:18). Si alguien buscara afanosamente la mayor expresión de desprecio contra la cruz de Jesús, Satanás mismo no podría ayudarle a expresarlo mejor que vistiéndose de una llamativa profesión de fe, para luego revolcarse en el barro de actos sórdidos y vulgares de injusticia. Eso hace que mundo profano blasfeme el nombre de Cristo y aborrezca toda profesión de fe, al ver esta clase de suciedad en el comportamiento de uno que ha tomado el nombre de santo.

En un momento la lengua ora fervorosamente a Dios, y en el siguiente le miente al hombre. Los ojos leen las Sagradas Escrituras poco antes de correr tras un inconfesable deseo. A veces las manos que se alzaban devotamente al Cielo son las mismas que roban al vecino. ¿Cómo te llevarán los pies al culto el domingo para luego llevarte al trabajo el lunes, con el objeto de estafar a tus clientes?

En resumen, ¿crees que podrás persuadir al Cielo a pasar por alto tus actos injustos hacia el hombre por ejercer una apariencia externa de celo divino? ¿Borrarás tu amor verbal y artificial hacia el Padre la malicia de tu corazón contra tu vecino? ¿Desplaza la devoción a Dios tu obligación de pagar tus deudas a los hombres? ¡No quiera Dios que te engañes de esta forma! Pero si lo haces, te doy el consejo de Pedro a Simón el Mago: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hch. 8:22).

En el nombre de Dios, encomiendo a todos los que llevan la armadura de Cristo, que tomen esta justicia a conciencia si no

quieren caer bajo la venganza divina por las blasfemias que el mundo profiere a causa de la hipocresía. Es más, el poder de la santidad para con los demás se conservará cuando el cristiano vigile lo siguiente:

a) La santidad debe ser uniforme

Nuestra santidad hemos de vivirla a diario, distribuida uniformemente entre todas las responsabilidades para con los demás. La justicia corre, como la sangre por las venas, por todas las leyes de la segunda tabla de los Diez Mandamientos. El quinto mandamiento exige obediencia a los padres naturales, civiles y espirituales; el sexto trata de la conservación de la vida del vecino; el séptimo destaca la pureza; el octavo tiene que ver con la propiedad; el noveno protege el buen nombre; y el décimo nos enseña a frenar debidamente nuestros deseos.

La salud corporal se conserva manteniendo abiertos los conductos vitales, para que la sangre y otros fluidos esenciales circulen libremente. Si una obstrucción los bloqueara, pronto todo el cuerpo estaría en peligro. Del mismo modo, el espíritu y la vida de santidad se preservan con la diligencia del cristiano en mantener el corazón libre y dispuesto para desempeñar las distintas responsabilidades que le debe a su prójimo, mientras avanza por las diferentes sendas de cada mandamiento.

b) La santidad debe ser evangélica

La obediencia externa a la ley es un camino donde se encuentran judíos, cristianos y paganos caminando juntos. ¿Cómo distinguir al cristiano de los otros, cuando judíos y paganos también son hijos obedientes, ciudadanos leales y buenos vecinos?

El motivo y la meta marcan la diferencia. Es habitual que los hombres deshonren a Cristo a la vez que tratan al vecino con respeto y honradez; y escogen portarse bien pero no por amor a Cristo. Sin este amor, se puede ser un pagano honrado y moral, pero nunca un cristiano.

Supongamos que alguien confía en su empleado para pagar cierta cantidad a un acreedor. El empleado lo hace, no por respeto al encargo ni por amor a su jefe, sino por temor a ser te-

nido por ladrón. Para el acreedor, él ha cumplido, pero ya está; su actitud deshonra a su jefe. Muchos deshonran así a Cristo diariamente: son minuciosos y justos en sus transacciones con vecinos y clientes, pero lo insultan a él. El amor hace justicia por agradar al santo Hijo de Dios.

Cristo llamó al amor evangélico por el prójimo “un nuevo mandamiento” (Jn. 13:34). Este amor al prójimo se enciende con el amor de Dios para con nosotros. Es imposible cumplir un mandamiento sin amar primero a Cristo y hacerlo por él: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15).

Así como Dios puso su Nombre delante de los Diez Mandamientos, también Cristo puso el suyo ante la obediencia del cristiano a esos mandamientos. Debemos guardarlos, porque son Palabra y ley de Cristo, para ejemplificar nuestro amor por Aquel que nos ha redimido de la maldición, y sacado de la peor esclavitud.

III. DIRECCIÓN PARA EL CRISTIANO QUE DESEA LA SANTIDAD

Cómo mantener la santidad

1. Pon buenos cimientos

Solo hay un fundamento para edificar la bella estructura de la justicia: un corazón transformado por el poder santificador del Espíritu de Dios en ti. Tienes que ser santificado antes de poder vivir en santidad. Si un barco no está bien construido, nunca navegará bien; si tu corazón no ha sido moldeado por la obra del Espíritu y formado según la ley de la “nueva criatura” (2 Co. 5:17) nunca tendrás un andar santo. Es el aceite de la gracia en el corazón lo que alimenta la llama de la vida cristiana en la lámpara, ¡la santidad de vida! Esta transformación completa del corazón debe examinarse con dos preguntas:

a) ¿Qué opinas del pecado?

En otro tiempo el pecado te atraía tanto como a Adán cuando Eva le tendió el fruto prohibido. A no ser que se transforme tu mente, el pecado siempre te parecerá atractivo. Las circunstan-

cias pueden evitar que expreses este anhelo secreto de pecado, pero tu corazón siempre lo ansiará. Cuando dos amantes están separados por sus amigos, tarde o temprano uno se escapará para ir al otro, siempre y cuando su amor se mantenga fuerte. El deseo te atraerá una y otra vez, a no ser que te convenzas de odiarlo en la misma medida que antes lo amabas.

b) ¿Estás contento de vivir en Cristo?

No hay razón para temer la degeneración después de que Cristo te haya atado a su servicio con cuerdas de amor. El diablo puede separar fácilmente a una persona de la obra del Reino si en realidad nunca le ha gustado hacerla. Un estudiante aprende más en una semana cuando le agrada aprender, que en un mes cuando solo asiste a clase por complacer al maestro. Somos diligentes en lo que nos satisface. Si el corazón de una persona está puesto en su jardín, por ejemplo, este será un lugar hermoso. Por satisfacción, pasará horas trabajando arduamente para cultivar las flores raras y delicadas que le agradan.

Así también, el alma que realmente ama a Cristo se deleita en la santidad y emplea en ella todas sus fuerzas. Si puede santificarse más, no le importa quedar atrás en lo demás.

2. Fija la vista en la regla adecuada

Todo llamamiento tiene su regla peculiar para seguir, y hay que estudiarla a fin de poderla comprender. Los medios y los métodos varían en las diversas profesiones terrenales; y hasta en la misma profesión siempre hay una excepción o añadido a la regla. Ningún llamamiento cuenta con un modelo tan seguro y perfecto como el cristiano. El santo tiene una regla fija, la Palabra de Dios, que le puede perfeccionar.

Si quieres ser excelente en el poder de la santidad, debes estudiar la Biblia. El médico consulta con su Galeno, el abogado con su Littleton, el filósofo con su Aristóteles, que son maestros respectivos de sus artes. ¡Cuánto más debe entonces el cristiano consultar la Palabra para buscar respuestas y soluciones! Hermano, probablemente te sientas estirado en todas las direcciones: los negocios exigen una cosa, los amigos te recomiendan otra, el sentido común razona de otra manera, y el placer

es más atrayente que todos. Entonces tienes que considerar en serio la pregunta de Josafat: “¿Hay aún aquí algún profeta de Jehová, por el cual consultemos?” (1 R. 22:7). ¿No me abre Dios el entendimiento de su Palabra para mostrarme adónde puedo acudir para encontrar la verdad?

Los hombres pierden la dirección de Dios de tres maneras, y cada una de ellas es un atajo peligroso hacia el poder de la santidad. Algunos andan sin regla alguna; otros por una regla falsa; otros aún por la regla verdadera, pero solo en parte. La primera es la ramera rebelde; la segunda, el fanático supersticioso; la tercera, el hipócrita. Líbrate de los tres si no quieres poner un cuchillo en la garganta de la santidad.

a) No pases por alto la regla de Dios

Los liberales intentan extender su libertad diciendo que la ley no es una regla para los cristianos. Pero Jesús cristianizó la ley y la hizo evangélica, predicándola como regla de santidad en sus sermones y guiando su vida por ella.

Cualquier principio que menoscabe la pauta de una vida justa se puede señalar como asesino de la santidad. Esa es la forma sutil de Satanás para sorprender al peregrino cristiano. Si puede hacer que este se canse de su Guía de modo que prescindiera de él, no tardará en salir del camino al Cielo y caer en el que va al Infierno. El apóstol habla de una generación que, prometiéndose libertad, “son ellos mismos esclavos de corrupción” (2 P. 2:19). Los que se quitan el yugo del mandamiento divino bajo disfraz de libertad pronto caen en una esclavitud mucho peor: el pesado yugo del pecado.

b) No te guíes por una regla falsa

Lo contrario a la Palabra de Dios es falso. “¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Is. 8:20). Pero no debemos excedernos de lo escrito; la Palabra llama a esto “ser sabio en exceso” (Ec. 7:16). ¡Recuerda que el que tiene tres manos es tan deforme como el manco!

La maldición espera tanto a aquel que añade algo a la Palabra como a quien quita de ella. Esa es una de las tretas más antiguas de Satanás: minar la santidad propugnada por la Palabra

de Dios exaltando una falsa santidad. Bien sabe el maligno que como la olla hirviendo apaga el fuego, él puede apagar la verdadera santidad haciendo que el celo se derrame en falsa santidad. Al final el fervor se desvanece y es reemplazado con frío ateísmo.

El fariseo tiene que añadir las tradiciones humanas a los mandamientos divinos; y sus seguidores y partidarios viven por órdenes sacerdotales, doctrinas no escritas y reglas para una vida mucho más dura de la que Dios pensara exigirles. Te amonesto de manera estricta: evita la santidad y la adoración salida de tu propia voluntad. Dios habló claramente en contra de su pueblo escogido por causa de su obstinación: “Olvidó, pues, Israel a su Hacedor, y edificó templos” (Os. 8:14). ¿Cómo puede uno olvidar a Dios pero ser lo bastante devoto para edificar templos? Israel los edificó sin Dios, porque él se considera olvidado cuando la gente olvida vivir por su Palabra.

La santidad producida por nuestro propio corazón no es santidad según la voluntad de Dios. El gran pecado de Jeroboam consistió en que “sacrificó [...] sobre el altar que él había hecho en Bet-el, a los quince días del mes octavo, el mes que él había inventado de su propio corazón” (1 R. 12:33). La pena para estos atrevidos es que Dios los entrega a la depravación total por fingir tener más santidad de la que realmente tienen.

Dios no permite que sus hijos anden según sus propias reglas. Es peor pecado hacer lo que no se nos manda, que no hacer lo que Dios manda. Un ciudadano se convierte en mayor criminal al suponer que puede idear su propia ley, que cuando no obedece la ley de su gobernante. Ya que Dios es el único capaz de declarar la santidad, cada vez que intentamos fabricar una santidad propia es como arrebatarse su cetro real.

c) No utilices solo una parte de la regla verdadera

Si no cuadras cada uno de los aspectos de la vida con la regla verdadera, todo se tuerce. “Pesa falsa y medida falsa, ambas cosas son abominación a Jehová” (Pr. 20:10). Un empresario honrado emplea la misma medida legal para todos sus asuntos; y el cristiano utiliza una sola regla, la Palabra de Dios, para todos sus actos.

¡Qué odiosa debió ser para Dios la hipocresía de los judíos cuando no se atrevieron a entrar en la sala donde se juzgaba a Jesús por temor a contaminarse y, sin embargo, corrieron para lavarse las manos en la sangre de Cristo! Los fariseos observaban la ley al pie de la letra, diezmando “el eneldo y el comino”, pero pasaban por alto “lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe” (Mt. 23:23).

¿Cómo te sentirías tú con un cliente que te comprara 1 céntimo de género, pero te robara por valor de 100? ¿O con el deudor que pagara lo trivial puntualmente, estafándote una gran cantidad? Es una maldad terrible obedecer la Palabra de Dios en asuntos nimios, como parte de una estratagema para cometer grandes pecados contra Dios en secreto.

3. Mantén tus motivos puros

No creas nunca que tu justicia compra nada de Dios: el Cielo no se vende. “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro 6:23). ¡Dios nos da lo que le vendió a Jesucristo! Los creyentes son herederos de aquello que el Hijo de Dios compró de su Padre. Al reclamar algo de Dios por nuestra propia justicia, nos excluimos de beneficio alguno de su justicia. No es posible estar en dos sitios a la vez: si estamos apoyados en nuestra propia fuerza no podemos permanecer en Cristo.

La artimaña de Satanás consiste en agrietar la coraza de la justicia golpeándola hasta que el metal ya no se resista. Cada vez que confías en esta distorsión destruyes la naturaleza y el propósito de la armadura: tu justicia se vuelve injusticia, y tu santidad, maldad.

¿Hay algo peor que el orgullo, que desprecia el camino que Dios mismo ha trazado para salvar las almas? Si realmente quieres ser santo, sé humilde, porque las dos cosas han de ir juntas. “Qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Mi. 6:8). Dios no te ha pedido que ganes el Cielo con tu propia santidad, sino que muestres amor y gratitud a Cristo, que lo ganó para ti. Así comprendemos la forma en que Cristo persuadió a sus discípulos a andar en santidad: “Si me amáis, guardad mis manda-

mientos” (Jn. 14:15). Es como si dijera: “Sabéis por qué vine y por qué me marché del mundo: pongo mi vida y la vuelvo a tomar para interceder por vosotros. Si valoráis estos hechos y el bendito fruto que se saca de ellos, probadlo amándome lo suficiente para guardar mis mandamientos”.

Cuando todo lo que hace el cristiano en unión con Cristo se ofrece como acción de gracias, entonces eso es santidad evangélica criada y alimentada con su amor. Ya que Cristo nos amó con amor “fuerte como la muerte”, respondemos como la esposa: “Te daré mis amores” (Cnt. 8:6; 7:12). Esta esposa explica el contenido de su amor: “Toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado” (v. 13).

La esposa de Cantares había confesado su fe en Cristo y participado de su amor por ella. Ahora, para devolver su amor con gratitud, se ocupa en entretenerle con el fruto agradable de sus propias virtudes, recogidas de su santo comportamiento. No almacena estos frutos para alimentar su orgullo y arrogancia, sino que los reserva para su Amado, para que él reciba toda la alabanza.

4. Toma a Cristo como ejemplo de la vida santificada

Si nos fijamos en ejemplos inferiores, nunca podremos esperar sobrepasarlos. El cristiano más santo de la tierra es demasiado bajo para ser nuestro modelo, ya que la perfección en santidad no puede hallarse en el siervo más sincero del mundo. Ni siquiera Pedro, portavoz de los apóstoles, andaba siempre según el evangelio, y los que insisten en seguir a tal o cual hombre inevitablemente se descarriarán. El buen soldado solo sigue a su jefe de pelotón cuando este está siguiendo a su capitán. Pablo dice: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Co. 11: 1).

Solo se debe seguir una doctrina en la medida en que concuerda con la Palabra de Dios. El maestro no le da simplemente papel pautado al alumno, sino que también le propone un modelo a seguir. El mandamiento de Cristo es nuestra regla, y su vida nuestro modelo. Si quieres vivir una vida santa, no solo debes hacer lo que Jesús manda; hay que actuar como él ac-

tuaba. Debemos esbozar cada letra (o acto en la vida) en santa imitación de Cristo. Mediante la santidad, somos imagen del Hijo de Dios, representantes de Cristo, revelándolo a todos los que nos ven.

Dos aspectos hacen que una cosa sea imagen de otra: primero, el parecido; segundo, la fuente. La leche y la nieve ambas son blancas, pero no podemos decir que sean imágenes la una de la otra, porque ninguna de las dos deriva su parecido de la otra. Pero un retrato sacado trazo por trazo de un rostro, se puede llamar su imagen. Así que la verdadera santidad se deriva del Hijo de Dios, cuando la persona pone delante a Cristo en su Palabra y ejemplo.

¡Se trata de una forma dulce de guardar el poder de la santidad! Cuando estás tentado a acercarte a la vanidad, mira el andar santo de Cristo y pregúntate: “¿Soy como él en mis pensamientos y en el uso del tiempo? Si él estuviera físicamente presente en la tierra ahora, ¿haría esto? ¿No escogería sus palabras con mayor cuidado? ¿Diría tonterías? ¿Le gustarían mis amigos? ¿Gastaría tanto para complacer el cuerpo, engullendo de una vez tanta comida que bastaría para alimentar a los hambrientos durante una semana? ¿Le importaría la moda, aunque su aspecto resultante fuera ofensivo y ridículo? ¿Ocuparía sus manos en pasatiempos que matan el tiempo? ¿Debo hacer cosas que me hacen distinto de Cristo?”

A veces nos gusta justificar nuestras prácticas con el nombre de alguna persona bien considerada a la que le parecen bien. Esto nos lleva a la tentación. Cristiano, si tu conciencia te dice que a Cristo no le gustan ciertas cosas, suéltalas, aunque el cristiano más eminente del país las practique. Cuanto más estudies la vida de Cristo, ¡mejor podrás reparar la tuya!

5. Depende de Dios para tu santidad

La vid dará frutos mientras tenga un muro o un poste donde apoyarse, pero sin esa ayuda será pisoteada y no producirá nada. Si quieres practicar el poder de la santidad, “no te apoyes en tu propia prudencia” (Pr. 3:5). Dios está dispuesto a ayudar a todo aquel que se lo pida, pero no garantiza ayudar a nadie que no dependa de él.

El camino cristiano al Cielo se parece a aquellas playas donde el mar bate todos los días, y las cambia tanto que sería peligroso que el viajero que las atravesó un mes antes se aventurara de nuevo por el mismo camino sin llevar un guía. Donde antes pisaba tierra firme, ahora hay arenas movedizas.

Así, el cristiano que anda por un camino llano y liso puede encontrarse luego en el mismo sendero con una tentación que podría destruirlo, si no tiene la ayuda celestial que lo ampare. Cristiano, te aviso: No arriesgues ni un paso sin apoyar la mano de la fe en el brazo de tu Amado. Si confías en tus propias piernas, caerás; utiliza tus piernas, pero confía en el brazo del Señor para tu seguridad.

6. Escoge amistades espirituales

Evita los amigos impíos; estropearán el poder de la santidad. ¿Usarías la misma copa que uno que tuviera una enfermedad infecciosa? ¡El pecado es tan contagioso como la peste!

No tiene sentido que un limpiador comparta casa con un minero del carbón. Lo que uno limpia, el otro lo llena inmediatamente de manchas de grasa negra. Deja de fingir; no puedes estar entre impíos por mucho tiempo sin que se contamine tu alma, la cual el Espíritu Santo ha purificado. No te lavó para ver cómo corres a bañarte en los pecados más pestilentes del mundo.

No debemos escoger un ambiente donde no podamos esperar mejorar a la gente ni a nosotros mismos. El Espíritu de Dios dijo que Abraham “por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa” (He. 11:9). No convivió con los nativos de aquella tierra pagana, ni contemporizó para ganar su aceptación, sino que vivió con la familia de Dios, que compartía la misma promesa que él atesoraba. En lugar de trabar amistades o intentar mezclarse con los paganos, Abraham estuvo dispuesto a vivir como un extraño entre ellos.

Los cristianos son un pueblo aparte. Se dice de Pedro y Juan que “puestos en libertad, vinieron a los suyos” (Hch. 4:23). Los creyentes nunca deben unirse con los incrédulos.

Pablo tenía esto en mente al preguntar a los corintios: ¿No hay entre vosotros sabio, ni aun uno, que pueda juzgar entre sus hermanos, sino que el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos?” (1 Co. 6:5-6). Te hago la misma pregunta: ¿No hay ningún cristiano en la ciudad a quien consultar? ¿Te es forzoso formar parte de un círculo in-converso? ¡Por eso tu santidad no se fortalece! Cuando respiras el aire viciado, es como viento de Levante, que no deja que nada crezca ni prospere.

7. Rinde cuentas a un cristiano maduro

A veces el espectador ve más que el actor. Quien tiene un amigo franco que se atreve a hablar claro, tiene una fuente maravillosa de estímulo para el poder de la santidad. Algunas veces el amor al yo nos ciega tanto que no vemos ni una sola falta; otras veces, la autocondenación nos hace vernos peor de lo que somos. Mantén el corazón tierno, dispuesto a recibir la reprensión con verdadera mansedumbre.

Quien no soporta la franqueza y el trato llano se hace más daño a sí mismo que a nadie, porque pocas veces escucha la verdad. Si no tienes suficiente humildad para aceptar la reprensión, eres un “escarnecedor” (Pr. 9:8). Por otra parte, el que no ama lo suficiente para reprender a tiempo a su hermano, no es digno de llamarse cristiano, y revela que “aborrece a su hermano” (Lv. 19:17).

David dijo: “Que el justo me castigue, será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo” (Sal. 141:5). Él aceptaba la reprensión como si un hermano hubiera derramado un frasco de ungüento precioso sobre su cabeza, lo cual era una alta expresión de amor para los judíos. Sus actos respaldaban su palabra. Tanto Abigail como Natán tuvieron un celo santo al reprender a David. Abigail le advirtió acerca de sus traicioneras intenciones en cuanto a Nabal y su familia; y Natán le reprendió por su pecado contra Urías. Mientras Abigail evitó, por su amonestación a tiempo, que el rey pecara, Natán lo obligó a descubrirse y arrepentirse del terrible asesinato que ya había cometido. Observa esto: que no solamente prevalecieron estos dos en sus desagradables misiones, sino

que se ganaron el amor de David por ser obedientes a Dios y fieles para con su amigo. David se casó con Abigail y nombró a Natán su consejero personal (*cf.* 1 S. 25; 2 S. 12).

Una razón por que muchos cristianos profesantes caen, y pocos se mantienen en pie, es que solo un pequeño resto de santos es lo bastante fiel como para reprender a otros en su justa medida. Prefieren murmurar con los demás, trayendo deshonra en lugar de ayuda. Cuando andamos en chismes, renunciamos a toda esperanza de ayudar al implicado. Es difícil hacer creer a un cristiano que vienes a sanar su alma después de haber herido su buen nombre.

8. Contempla la santidad desde la perspectiva de la muerte

¿Conoces a personas que no les importa la necedad de su conversación, creen que no cuenta lo que hacen y, en la práctica, pasan por alto a Dios? Estos son los que desprecian a los cristianos que se niegan a sí mismos por el evangelio y sonríen burlones ante el cielo: “¿Estos cristianos —se dicen— no encuentran un paso más cómodo que ir al galope para llegar al Cielo?”.

Pero vendrá la noche inevitable, cuando la muerte se acerque para enseñarles su rostro. Cuando esos presuntuosos vean que no les queda otra elección que ir a la eternidad, estén listos o no para ello, se enfrentarán a su sentencia de vida o muerte con una actitud bien distinta. De repente, la rectitud no les repugnará tanto como antes.

Algunos clérigos profesionales pueden opinar que sus vestimentas clericales son inadecuadas para la vida cotidiana en comunidad. Pero estos mismos hombres tienen enorme interés en que se les entierre con todo su ropaje. Aunque esto es un retrato formal de la vanidad llevada a sus extremos, nos proporciona una imagen muy clara. Los que viven disipadamente en esta vida desearán la cobertura de un hábito religioso al entrar en el otro mundo.

Cierto joven aficionado al placer, después de ver como Ambrosio triunfaba sobre la muerte, le dijo a su compañero de juergas: “¡Ojalá pudiera vivir contigo y morir con Ambro-

sio!”. ¡Vano deseo! Plantas cizaña, ¿y quieres cosechar trigo? Llenas tu arca de tierra ¿y buscas oro al abrirla? Te puedes engañar día y noche y convencerte de que podrías ganar; pero Dios nunca será burlado. En tu muerte el Señor te pagará con la misma moneda que atesoraste toda la vida.

En resumen, pocos son tan malos y endurecidos que desconozcan la realidad de la muerte. Les pesa tanto la misma que tienen que evitar pensar en ella antes de pecar otra vez. Cristiano, que el conocimiento de la muerte sea tu compañero mediante una seria meditación cada día; verás como supone una diferencia al final de la semana en cuanto a quiénes eliges como compañeros.

9. Depende del pacto divino de gracia

¿Te das cuenta de que la santidad de Moisés venía del evangelio, y no de la ley? Sus actos de santidad se atribuyen a la fe. “Por la fe Moisés [renunció a] gozar de los deleites temporales del pecado. Por la fe dejó a Egipto...” (He. 11:24-27). Para que tú también puedas conservar la santidad por este pacto, considera tres verdades particulares en cuanto a la gracia.

a) Dios nos da poder para vivir la vida santificada

“Pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos” (Ez. 36:27). Una madre toma la mano de su hijo para guiarlo, pero no puede ponerle fuerza en sus piernas para que ande. Un capitán da órdenes a sus hombres, pero no puede proporcionarles el valor para luchar.

Ya que Dios ha incorporado su poder en sus promesas, se habla de ellas como las “preciosas y grandísimas promesas” que Dios nos dio “para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4). Así nos influyen para la santidad, no solo los mandamientos divinos, sino las promesas: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1). Cuando Dios mismo nos acompaña, y promete pagar todos los gastos hasta llegar a casa, el viaje es maravilloso.

b) Dios suministra plenitud de gracia en Jesucristo

El Padre ha puesto un tesoro rico y pleno de gracia en su Hijo para cubrir tus necesidades: “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (*Col. 1:19*). ¡Toda plenitud habita en Cristo! No la plenitud de una inundación, que sube y luego baja, ni la plenitud de una vasija para beber, que solo calma la sed de un hombre. La Palabra habla de una fuente que proporciona arroyos para que los demás beban sin menguar sus propias aguas.

Es una plenitud que existe para regalar. Ya que el sol no alumbra para sí mismo sino para el mundo que tiene debajo, es como un siervo que da su luz a la tierra. Cristo es el Sol de Justicia, que difunde su gracia en los corazones de su pueblo. Dios derramó la gracia en sus labios, pero no para que la guardara para sí mismo, sino para impartirla: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (*Jn. 1:16*).

c) Dios espera que recibamos de Cristo

Cada hijo de Dios tiene derecho a esta plenitud en Cristo, pero eso no es todo: el instinto de la nueva criatura es absorber de su gracia como el feto se alimenta de la madre en el vientre por el cordón umbilical. Si tienes hambre de mayor santidad, recibe más gracia de Cristo.

Cuando David recordó la fidelidad de Dios al liberarlo de sus problemas y opresiones, envió el mensaje más fuerte para dar gracias al Cielo: su determinación de llevar una vida santa. “Andaré delante de Jehová en la tierra de los vivientes” (*Sal. 116:9*). Pero como no quería que se pensara que esta decisión estaba basada en su confianza en sí mismo, añadió: “Creí; por tanto hablé” (v. 10). Primero ejerció su fe en Dios para recibir fuerza y luego le prometió lo que haría.

10. Guárdate del desaliento

La depresión es una de las armas más dinámicas de Satanás para alejarte del propósito divino para tu vida. Si puede esparcir un poco de desánimo aquí y allá en tus pensamientos, y hasta en tus oraciones, podrá convencerte para que te quites la coraza de justicia, por ser pesada y en contra de tus intereses tem-

porales y materiales. ¡No te rindas tan fácilmente! Primero describiré algunas armas demoníacas para desalentar a los cristianos. Luego quiero ayudarte un poco para que le obligues a rendir sus armas a tus pies. Dios quiere que sepas que, por causa de la coraza de justicia que él te ha dado, “ninguna arma forjada contra ti prosperará [...]”. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová” (Is. 54:17).

La estrategia satánica para despojar al cristiano de su coraza

1. Satanás dice que la rectitud estorba al placer

El diablo retrata la vida santa con un aspecto tan austero y amargo que nadie podría amarla. “Si vas a ser así de santificado, despídete del gozo —argumenta el astuto engañador—. Los que no tienen la conciencia tan estrecha lo pasan muy bien, pero tú vas a perdértelo todo”. Cristiano, en verdad, si quieres ver el rostro de la santidad con todo su color y vitalidad reales, no confíes en los talentos carnales de Satanás para pintártelo.

De acuerdo que algunos placeres son incongruentes con el poder de la santidad; y el que quiera vivir una vida recta debe conocerlos.

a) Los placeres pecaminosos en sí

La santidad no dejará que te alimentes del mal. ¿Es cruel el padre que evita que su hijo beba veneno contra las ratas? Si te has rendido a la obra nueva del Espíritu Santo, espero que llames al pecado por otro nombre que “placer”. Satanás argumenta que la conciencia te ata en la santidad y restringe tus pensamientos. Pero los santos de la Iglesia siempre han hallado que la esclavitud resulta de servir a tales placeres, y la libertad de ser salvado de ellos.

Pablo lamentaba el tiempo malgastado en ser “insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos” (Tit. 3.3), y daba gracias a Cristo por haberle librado de esa esclavitud con el evangelio. La misericordia de Dios nos salvó, no solo por el perdón, sino también “por el

lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (v. 5).

El diablo hace que sus víctimas esperen placer al pecar, sustrándoles promesas insinuantes. Pero el beneficio del pecado es parecido al lujo ofrecido por una isla de las Indias. Hay allí frutos deliciosos, pero estos manjares van acompañados por un calor intolerable de día y enjambres de mosquitos de noche. Así es imposible que los residentes disfruten de los frutos succulentos, porque no pueden comer a gusto ni dormir tranquilos. Los colonizadores llamaron a esta adversidad “confites en el Infierno”. Es verdad: ¿qué son los placeres del pecado sino dulces en el Infierno?

Los placeres carnales deleitan el apetito sensual, pero aderezados con la ira de Dios y la intranquilidad de una conciencia culpable. Este temor y esta angustia ciertamente consumirán el poco placer que proporcionan al deseo carnal.

b) Los placeres no inherentemente pecaminosos

Algunos placeres no son en sí pecados, sino que el pecado estriba en su abuso. Este abuso adopta dos formas:

1. *El uso indebido del placer.* Nadie puede vivir una vida recta sin sobriedad. La santidad puede permitirte probar ciertos placeres como guarnición, pero no alimentarte de ellos como plato principal. Es triste decir que algunos viven del placer como si no pudieran existir sin él.

Una vez el aroma de la incitación sube al cerebro y embriaga el juicio, el individuo queda tan fascinado que no se imagina pasarse sin él. Cuando los judíos empezaron a prosperar en tierra babilónica, se mostraron dispuestos a quedarse allí en lugar de volver a la vida santificada en Jerusalén. Un amo quiere que su siervo tenga suficiente comida y bebida, pero no le gusta que se emborrache cuando debe estar trabajando. El cristiano cargado de comodidades y fascinación mundanas fracasará en el intento de servir a su Dios en santidad, igual que el siervo borracho en despachar los asuntos de su amo.

2. *El placer inoportuno.* La fruta fuera de su tiempo sienta mal. La Palabra de Dios nos habla de que hay “tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar” (Ec. 3:5). En ciertos

momentos el poder de la santidad no admite algo que en otros momentos es aceptable.

Por ejemplo, en el día del Señor, todo placer carnal es inapropiado. Dios nos llama a placeres superiores, y espera que dejemos lo demás para poder saborear su bondad:

Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová (Is. 58:13-14).

Es imposible saborear la dulce comunión con Dios y honrarlo santificando su día, a no ser que te niegues los placeres carnales.

Supongamos que un rey invitara a algunos súbditos pobres a un festín en la mesa real. ¿Te imaginas la deshonra que estos invitados harían a su anfitrión y a sí mismos, si llevaran su propia comida a la corte? Los cristianos glorificados en el Cielo, ¿acaso echan de menos las delicias carnales al alabar a Dios y alimentarse del deleite de verlo cara a cara?

En tiempos de ayuno y oración, o de sufrimiento para la Iglesia, en los que Cristo sangra, el cristiano debe negarse los placeres y pagar la deuda de compasión para con sus hermanos. Cuando un miembro del cuerpo de Cristo sufre, todos sufren.

c) Los verdaderos placeres en Cristo

Mientras que una vida santa negará a la persona ciertos placeres para que agrade a Dios y edifique el cuerpo de Cristo en la tierra, nunca privará al cristiano de los verdaderos placeres de la creación. De hecho nadie, puede experimentar los placeres más profundos hasta andar en el poder de la santidad.

1. *El cristiano tiene un paladar más exquisito.* Una mosca no encontrará ni una gota de miel en la misma flor que acaba de visitar una abeja. Tampoco el corazón profano gustará la dulzura que saborea el cristiano en la provisión material de Dios. El incrédulo se deleita en los burdos placeres carnales; pe-

ro el corazón lleno de gracia saborea algo más. Todo Israel bebió de la Roca, “y la roca era Cristo” (1 Co. 10:4). ¿Pero apreciaron el sabor de Cristo todos los que disfrutaron de la dulzura natural del agua? No, solo lo experimentaron unos pocos creyentes que tenían sed espiritual. Los padres de Sansón también comieron miel del cadáver del león, pero él sacó mayor satisfacción que ellos: él saboreó la dulzura de la providencia divina que primero lo libró del mismo león, y luego le dio la miel.

2. *La copa del cristiano contiene mayor placer verdadero.* El placer terrenal alcanza al cristiano de forma más purificada, pero el impío bebe las heces del pecado y de la ira.

Las heces del pecado. Mientras más oportunidades encuentre el hombre carnal, más pecará; esas oportunidades son leña para el fuego de sus deseos. Corre tan veloz con sus placeres mundanos como el pródigo con sus bolsas de egoísmo aferradas al cuerpo. Nadie es tan malvado como los que se alimentan de placeres carnales. Para los impíos, esos placeres son como el estiércol para los cerdos, donde se revuelcan muy a gusto. Los corazones impíos se endurecen y sus conciencias se vuelven más insensibles hacia el pecado por sus placeres. Pero los consuelos y deleites que Dios da al cristiano a través de lo creado, sirven de alimento espiritual para las virtudes y las mueven a la acción.

Las heces de la ira. En cuanto se sirve el festín del pecador, el juicio divino se lo estropea, pasándole pesada factura. Los israelitas disfrutaron muy poco de la carne venida del cielo, porque la ira de Dios cayó sobre ellos antes de que pudieran tragársela.

Pero el alma llena de gracia festeja en un festín gratuito. No hay temor de peligro venidero que la haga perder ningún consuelo o bendición. Puede decir con David: “En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Sal. 4:8). Dios no romperá nuestro descanso. Igual que el unicornio, que según la leyenda, al mojar el cuerno sanaba las aguas para que todos los animales bebieran sin temor, Cristo ha sanado los placeres de sus hijos: no hay muerte en la copa del cristiano.

d) Los placeres singulares de la vida santa

El poder de la santidad está lejos de privarnos del gozo. De hecho proporciona otras alegrías interiores que el alma encuentra en el sendero de la justicia, y las cuales nadie puede estorbar. Ya que estos deleites son interiores e invisibles, el mundo habla de ellos con ignorancia. No creen en tales placeres hasta poderlos ver, pero nunca los verán sin creer.

Cuando los soldados romanos entraron en el Templo hasta el Lugar Santísimo, no encontraron la clase de imágenes que solían tener en sus templos idólatras, de forma que se burlaron diciendo que los judíos adoraban a las nubes. Ya que los placeres de la santidad y rectitud no son visibles para ser examinados por los sentidos carnales del mundo, los impíos se ríen de los cristianos como si estos abrazaran el humo en lugar de la belleza de alguna Juno.

Que estos paganos sepan que sus propios corazones llevan algo que podría hacerles ver los placeres de la vida santa como más reales que un ídolo tangible. La culpabilidad de sus vidas impías magullará su conciencia, y ningún latigazo en la espalda ni dolor de la carne les dirá que la paz de una conciencia tranquila da un gozo que la carnalidad no puede brindar.

1. *Es vida que viene de Dios.* Lo que Dios crea es bueno y agradable, y la vida es una de sus obras selectas. En este aspecto, la mosca más pequeña es mayor que el sol en toda su gloria esplendorosa. Toda criatura disfruta más de la vida cuando goza de buena salud. La santidad es la condición ideal del alma, igual que la salud lo es para el cuerpo; así que la vida santa es una vida agradable. Antes de que el pecado malograra a Adán, este vivía cómodamente en el Paraíso. Cuando uno es santificado, empieza a volver a su estado primitivo y con ello, a su gozo primitivo. Muchos llegan a estar descontentos con su posición y rango en el mundo, pero la falla es mucho más grave que un simple problema externo. La causa se encuentra en lo hondo de la persona. El zapato está bien hecho, pero el pie que lo calza está torcido.

2. *Es la vida con Dios.* El alma llena de gracia anda en la presencia y la comunión con Dios. Si te encuentras con un santo, puedes saber la clase de amigos que tiene: “Para que tam-

bién vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3). Los hombres santos no te llevarán a una compañía dudosa; en su lugar te llevarán a Dios, su única gran fuente de vida.

La conversación de un animado compañero de viaje entretiene y alivia el tedio del camino. Pero aún mejor: si este compañero te ama, te deleitarás en su compañía. ¡Qué gozo dará Dios al cristiano a quien acompaña! “¡Cuán bienaventurado es el pueblo que sabe lo que es la voz de júbilo! Andan, Señor, a la luz de tu rostro. En tu nombre se regocijan todo el día” (Sal. 89:15-16, LBLA). El sonido del clarín que llamaba al pueblo de David a las asambleas religiosas se conocía como “la voz de júbilo”, porque Dios demostraba especialmente su presencia a su pueblo durante la adoración. El Cielo es la morada del Señor; entonces, ciertamente la porción de su presencia que el cristiano disfruta en la tierra en la adoración, basta para llenar la vida de este de gozo.

Es dulce andar con Dios aquí abajo en su presencia consoladora: ¡se trata del mismo Dios Todopoderoso que se manifiesta en toda su gloria allá en el Cielo! Esto es algo inigualable en la tierra: que Dios ande con sus hijos como un amigo, manifestándose y llevándolos dulcemente por el camino de la santidad que los guiará al Cielo.

En contraste, los deseos del impío endulzan su boca con fragmentos de placeres efímeros, pero en cuanto estos se esfuman de su lengua, y su sabor se olvida, le muestran las tinieblas que le esperan. Lo llevarán allí y lo dejarán para que se arrepienta de sus costosos placeres con tormentos interminables.

3. *Es la vida de Dios mismo.* Una vida santa es la vida de Dios, muy parecida a la que Dios mismo vive. La santidad es la vida de su vida. Amigo, ¿no crees que Dios vive una vida placentera? ¿Qué es el placer de su vida, sino la santidad?

Dios se goza en las virtudes de sus hijos, ¡cuánto más en su propia santidad inherente, de la cual salieron dichas virtudes como bellos rayos de rectitud! Por tanto, si eres capaz de sacar algún placer verdadero de la impiedad, estarás haciendo algo que Dios mismo no puede hacer. ¿No es la más vil de las blasfemias decir que el sendero de la justicia es enemigo del verda-

dero placer? En esta acusación se dice que a Dios mismo le falta el gozo; porque el verdadero placer no existe fuera de la santidad.

Hasta los demonios que odian a Dios con odio absoluto, no se atreven a decir que él que no tiene gozo. Ellos saben que Dios es “magnífico en santidad” y que el deleite del cristiano consiste en compartir esta misma santidad que hace a Dios tan bienaventurado (Ex. 15:11). Cristiano, esta es la máxima expresión de felicidad, ya sea en la tierra o el Cielo: lo mismo que te hace glorioso es lo que hace glorioso a Dios. Tu gozo y placer son la misma sustancia que deleita a Dios: “Tú los abrevarás del torrente de tus delicias” (Sal. 36:8). Subraya bien esto: “Del torrente de tus delicias”. Dios tiene sus delicias, ¡y las comparte con los cristianos!

Cuando un rey manda a sus siervos que lleven a un visitante a su bodega para que cate el vino, su huésped se siente honrado por el gesto generoso de su anfitrión. Pero si el rey lo sienta a su mesa y le deja beber de su propio vino, esa es una experiencia aún más estimada. Del mismo modo, cuando Dios concede al hombre los placeres físicos de bienes, comida, aceite y vino, lo entretiene en esa bodega común. Pero cuando su gracia y misericordia embellecen al alma con la santidad, le da el mejor regalo posible. Dios nunca reviste a alguien con el manto de la justicia si no piensa sentarlo a su mesa en la gloria celestial.

2. Satanás dice que la rectitud estropea la prosperidad

Aunque no te hayas tambaleado con la primera pedrada de Satanás (la mentira de que la santidad estorba el placer), él tiene otra piedra a mano para lanzarte. Es demasiado astuto para salir a la batalla con una sola flecha; puedes esperarte otra, en cuanto vea que ha fallado la primera.

Así dice la siguiente: “Realmente no debes comprometerte en esa clase de vida santa a no ser, por supuesto, que estés dispuesto a perder todo lo que te ha costado tanto trabajo ganar. Y no olvides a la gente que cuenta contigo. Mira a los más prominentes del mundo: ¿acaso viene su riqueza de la santidad? Si hubieran sido tan estrictos como tu conciencia, ligada a las re-

glas de la vida santa, no habrían llegado a tener éxito. Si quieres algo de su prosperidad, lo primero que tienes que hacer es quitarte la coraza de justicia, o por lo menos desabrochártela a fin de tener suficiente soltura como para emplear tu ingenio. Si no, ya puedes cerrar el taller, porque no obtendrás provecho de todo tu trabajo”.

Aunque las palabras del diablo son armas mortíferas, él no tiene la última palabra en la guerra espiritual. La última palabra la tiene Dios. Veamos cuatro facetas de ella desde el punto de vista divino.

*a) La santidad, que no la riqueza,
es necesaria para la felicidad*

Puedes volar al Cielo sin un cuarto en el bolsillo, pero no llegarás allí sin santidad en el corazón y la vida. La sabiduría te insta a cuidar primero este importante requisito.

b) El cielo vale toda la pobreza del mundo

Hay un remanente de personas que aceptan agradecidas el don de la salvación, si por ella pueden llegar a las puertas del Cielo. Dios no tiene que sobornarlos con la prosperidad y un camino sin problemas; deciden ser cristianos a toda costa. No consideres siquiera lo que puedas estar perdiendo; si amas a Dios, abandonarás el mundo entero para no romper con él.

c) La santidad crece en el contentamiento con Cristo

A un hombre sano y fuerte le basta con poca ropa. El calor de la sangre es mejor que el de la mucha vestimenta. ¡Cuánto mejor será entonces el contentamiento que da la santidad al cristiano pobre que el contentamiento —si es que este existe en el mundo— proporcionado por las riquezas!

“Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1 Ti. 6:6). El cristiano es el único satisfecho en la tierra. Pablo aprendió a contentarse en cualquier circunstancia. Si le preguntaras quién le había enseñado esta dura lección, te diría que no la aprendió por sentarse a los pies de Gamaliel, sino a los de Cristo. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13). Cuando el cristiano está en su momen-

to más bajo y pobre, puede testificar que su corazón puede con las circunstancias.

El mundo considera feliz a aquel que se puede mantener sin pedir prestado de nadie, y que paga al contado todo lo que compra. Si anhela cierto manjar, no necesita buscarlo en el mercado, porque lo tiene disponible en sus tierras. La piedad es tan rica que es más que capaz de cubrir, de su propio almacén, todo deseo del cristiano. El santo nunca tendrá que pedir a la puerta del mundo, ni arriesgarse a perder su santidad para obtenerlo.

d) Los que empeñan su coraza pagan un precio altísimo

El verdadero precio de esta “ganga” se ve en el pecado que supone, y en la pesada maldición que entra tras ese pecado.

1. *Es un gran pecado.* El diablo no malgastaría su tiempo tentando al Hijo de Dios con pecados nimios. En su lugar expuso ante Jesús un cebo de oro, cuando “le mostró en un momento todos los reinos de la tierra”, prometiendo dárselos todos si le adoraba (Lc. 4:5). El maligno pensaba hacer que Cristo lo reconociera como señor del mundo y que esperara cosas buenas de su mano, y no de la de Dios.

Así también, todos los que buscan los premios del mundo mediante la injusticia, acuden al diablo y, en efecto, lo adoran. Bien podrían reconocer a Satanás como señor, porque han colocado al diablo en el puesto de Dios. ¿Quién no prefiere la pobreza de Dios a las riquezas del diablo? Es un pecado atrevido quitarle a Dios la soberanía y dársela al diablo.

2. *Es un pecado necio.* “Porque los que quieren enriquecerse [esto es, por las buenas o por las malas] caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas” (1 Ti. 6:9). ¡Qué tontería robar algo que ya te pertenece! Si eres cristiano, todo lo que hay en el mundo es tuyo. “Pero la piedad [...] tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (4:8). Si las riquezas te hacen bien, las tendrás; pero es Dios quien lo decide; y si ve que la opulencia no va a beneficiar a tu alma, te pagará con otra moneda. “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5).

Si Dios te da prosperidad, pero luego te pide que la dejes por su Nombre, te otorga junto con la petición su garantía de que recuperarás la pérdida “cien veces más” en esta vida, además de obtener la vida eterna (Mt. 19:29). Solo el necio abandona las promesas de Dios por la “seguridad” del diablo.

3. *Es un trato costoso.* A las ganancias deshonestas siempre va unida una pesada maldición: “La maldición de Jehová está en la casa del impío [...]. En la casa del justo hay gran provisión” (Pr. 3:33; 15:6). Puedes visitar la casa del justo sin encontrar dinero, pero seguramente hallarás un tesoro. En casa del impío hay mucho oro y plata, pero nunca un tesoro; la maldición divina consume todas sus ganancias: El aventador de Dios sige al rastrillo del impío.

Los impíos traen vergüenza sobre sus casas: “La piedra clamará desde el muro, y la tabla del enmaderado le responderá” (Hab. 2:11). El clamor de su injusticia le sigue por toda la casa, y hace eco, hasta que puede oír como las piedras y las vigas chirrían bajo el peso del pecado que las colocó.

Este pecado es tan abominable para el Dios justo que no solamente el que reúne ganancias deshonestas, sino también sus instrumentos para avanzar sus proyectos, resultan maldecidos. El siervo que colabora en el fraude de su amo también cobra la paga de parte de Dios: “Asimismo castigaré en aquel día a todos los que saltan la puerta, los que llenan la casa de sus señores de robo y de engaño” (Sof. 1:9).

3. Satanás amenaza a la rectitud con la oposición del mundo

El tercer tropiezo que el diablo pone en el camino de la justicia es una presión muy astuta de sus coetáneos: “¿No te das cuenta de que perderás el respeto de amigos y vecinos si andas vestido con esa coraza? Ya sabes que la Palabra dice que es importante vivir en paz con tus semejantes. ¿O es que te gusta que se burlen de ti como de Lot entre los sodomitas y de Noé en el viejo mundo? Debes saber ya que eso de la santidad hace mala sangre en todas partes. Si la tienes, atraerás los golpes del mundo entero”.

Aunque sea un argumento débil, lleva bastante peso como para constituir una tentación peligrosa cuando tropieza con una persona de carácter flojo y una fuerte inclinación a la vida apacible. Aarón probablemente tropezó con esta misma piedra al fabricar el becerro de oro. No lo empezó por gusto, sino para tranquilizar al pueblo revuelto: “No se enoje mi señor; tú conoces al pueblo, que es inclinado al mal” (Éx. 32:22). Esta fue su defensa: “No sabía a qué podría llegar el pueblo si rechazaba sus exigencias. Solamente lo tranquilicé para evitar mayores problemas”.

Así que vemos la necesidad de armarnos contra esta tentación diabólica. Un buen comienzo será examinar las siguientes verdades:

a) Dios controla a todos

Cuando Dios quiera, puede darte favor ante los que más temes: “Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (Pr. 16:7). Labán y Jacob son un buen ejemplo de esto. Labán estaba furioso al perseguir a Jacob, decidido a vengarse, pero Dios se encontró con él en el camino y le hizo cambiar de parecer. La transformación afectó tanto a Labán que confesó a Jacob la razón de que su ira se hubiera calmado: “Poder hay en mi mano para haceros mal; mas el Dios de tu padre me habló anoche...” (Gn. 31:29). Labán tenía poder para dañar a Jacob, ¡pero Dios no lo permitió!

Cuando Mardoqueo negó a Amán la reverencia requerida por la realeza, pareció haber escogido la forma más rápida de airar al rey, pero su conciencia no le permitía doblar la rodilla. Pero después de que Amán intentara de todas las formas posibles castigar a Mardoqueo, él mismo fue llevado al cadalso levantado para el fiel judío. La soberanía de Dios puso a Mardoqueo en el puesto de Amán en el favor del rey. Dios, que tiene la llave del corazón de los reyes, de repente cerró el de Asuero contra el amalecita maldito, y lo abrió para dejar pasar a Mardoqueo a la sala del trono. Entonces, ¿por qué vacilamos en esmerarnos, cuando Dios cuida tan fielmente de la seguridad de sus hijos?

b) Hay más misericordia en el odio de los pecadores que en su amor

Los cristianos suelen aprovechar más la ira de los malos que su amistad. David fue movido a orar para que Dios abriera el camino, porque sus enemigos lo buscaban con odio destructivo. La dependencia de Dios siempre es más segura que el favor de los impíos, que fácilmente atrapan a los creyentes en el compromiso. Lutero dijo que no deseaba para nada el honor de Erasmo; la complicidad de este con las grandes mentes naturales del mundo lo hacía anémico en la causa de Dios.

Los moabitas no podían derrotar al pueblo de Dios a distancia, pero después de aliarse con Israel pudieron subyugarlo. No fueron sus maldiciones, sino sus abrazos los que dieron la victoria a Moab. Te aseguro que nunca podemos perder el amor ni heredar la furia de los hombres por mejor razón que por mantener bien ceñida la coraza de la justicia.

1. *Al perder el amor del hombre ganamos la bendición de Dios.* “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (Mt., 5:11). La providencia divina es un cobijo perfecto para defendernos de la tormenta de la ira humana. Pero es distinto cuando el cristiano cae en el pecado y da oportunidad de hablar mal a los impíos. El hombre menosprecia entonces, y Dios frunce el ceño. El refugio de su Palabra no se abre entonces para esconderte del asalto de las malas lenguas. Pero cuando los malos te odian por tu santidad, Dios está obligado por su promesa a devolverte amor por el odio de ellos, y bendición por sus maldiciones. ¿Nos podemos quejar por la deshonra de los hombres cuando la obediencia y santidad nos hacen progresar en el favor del Rey?

2. *Al perder el amor del mundo ganamos su respeto y honor.* Los que no te aman por tu santidad, no pueden menos que respetarte y temerte por esa misma razón. Pero cada vez que abandonas un poco de santidad por ganar el falso amor de los pecadores, pierdes la reverencia que sus conciencias secretamente rendían a tu vida. Como Sansón, el cristiano que ande en el poder de la santidad será muy temido por los impíos; pero si el pecado saca a la luz un espíritu impotente, entonces

queda cautivo y cae bajo el látigo de sus lenguas y el desprecio de sus corazones.

La pobreza y baja clase social no te pueden hacer despreciable en tanto mantengas puesto la coraza de justicia. *La majestad puede reinar en un corazón santo, aunque se vista de harapos.* La justicia de David causaba la reverencia de Saúl, y el rey rindió homenaje al súbdito exiliado: “Y alzó Saúl su voz y lloró, y dijo a David: Mas justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal” (1 S. 24:16-17). Así es como debe ser: los carnales deben quedarse atónitos ante la vida de los cristianos. Esto ocurrirá a medida que te portes de la forma distintiva y singular que Dios pide, haciendo lo que aun nuestros mejores vecinos inconversos no pueden hacer. Mientras los magos del faraón igualaban los milagros de Moisés, se daban por tan buenos como él. Pero la plaga de piojos los frenó; aun los más hábiles no podían hacer lo mismo que Moisés, y tuvieron que admitir que lo hacía por “el dedo de Dios” (Ex. 8:19). Cristiano, siempre debes hacer más que los inconversos, y tu justicia, como un llamamiento de Dios, debe exceder a la suya. Esta idea nos lleva a aplicar todo lo aprendido hasta aquí acerca del andar en el poder de la santidad.

Dos rasgos de la vida santificada

1. El pecado y la santidad existen y se oponen mutuamente

Vivimos en una generación que trata el pecado y la santidad como delirios melancólicos de los temerosos. Algunos hasta se jactan de ser libres de la tiranía de la santidad, y de poder maldecir, mentir y robar sin tener que rendir cuentas a una conciencia severa. Argumentan que el pecado solo existe en la mente. Estos son más necios que aquel descrito por David: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Sal. 14:1). Estos van más allá, anunciando sin cortapisas su necedad al mundo entero.

No menciono a estos impíos simplemente por rebatirlos; eso sería tan inútil como demostrar la existencia del sol en un día despejado porque algún loco lo negara. Solo quiero hacerte ver la época abominable en que vivimos.

Hemos dormido profundamente, para que el enemigo haya podido entrar y sembrar tal cizaña entre nosotros. Tal vez damos por sentado que esa simiente mortal no crecerá en nuestro suelo, donde los siervos de Cristo se han esforzado tanto, y a tan alto precio, por limpiarnos. Cuando un espíritu engañoso cae sobre los que han disfrutado más del evangelio, cunde como una epidemia.

Me hace temblar ver las ortigas y la maleza que brotan en Inglaterra, que durante tanto tiempo fue uno de los campos más fructíferos de Cristo. Cuando los hombres se alejan tanto de la profesión del evangelio, cegándose hasta no poder diferenciar la luz de las tinieblas, ¿no corren hacia el ateísmo? Esta no es una ceguera natural, porque hasta los paganos diferencian el bien y el mal, y ven la santidad y el pecado sin la luz bíblica. No; esta ceguera es una plaga de Dios que les ha venido por rebelarse contra la luz que tenían.

2. Es posible vivir en el poder de la santidad

Dios no mandaría hacer algo a su pueblo sin darle el poder de cumplirlo. Aun así, debemos recordar la distinción entre la justicia legalista y la evangélica. Por supuesto que no todo hijo de Dios tiene la misma estatura y fuerza: algunos andan en santidad con mayor facilidad que otros. Pero nunca hubo un cristiano dotado de nueva vida en Cristo que no tuviera tanto un verdadero deseo como cierto éxito en la justicia evangélica, y que no deseara hacer más de lo que puede.

La semilla es pequeña, pero contiene la grandeza y altura del árbol maduro; prodiga cada vez más fuerza al crecer y madurar. El primer principio de la gracia plantada en la conversión contiene, en cierto sentido, la gracia completa y perfecta. Tiene el deseo de crecer hasta esa perfección que Dios le ha asignado en Cristo Jesús.

En resumen, cuando se te sugieren ideas de la imposibilidad de tener esta santidad aquí en la tierra, debes rechazarlas y devolverlas a Satanás. Ten en cuenta que tus esfuerzos por la santidad le harán a él mentiroso. Que tu meta sea siempre la santidad; fija los ojos en la promesa de la ayuda divina. No hay que temer, “porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y

gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11). Subraya esas palabras: “gracia y gloria”. Esto es: “gracia *para* la gloria”. Dios te dará “mayor gracia” por la que ya tienes, hasta que la gloria que posees en la tierra se funda con la gloria celestial (Stg. 4:6).

Amonestación a los impíos

Vivimos en medio de una generación torcida y perversa. Por tanto, es necesario reconocer tres clases de iniquidad que brotan a nuestro alrededor.

1. Algunos se satisfacen con su impiedad

Este es el estado natural de todo humano, pero hay muchos que están tan lejos de andar en el poder de la santidad que su alma se paraliza bajo el poder del pecado. Sus deseos dictan y moldean todo su trabajo, exigiendo cada hora del día y de la noche para terminarlo. Es una vida triste y malgastada la que se emplea en la obra bestial del pecado.

Pedro vinculó la “hiel de amargura” y la “prisión de maldad” (Hch. 8:23). El que siembra pecado e injusticia con la intención de obtener algo más que frutos amargos por su esfuerzo, reclama un conocimiento superior a Dios mismo. Porque él garantiza que los frutos naturales que broten de esa raíz serán “*hiel y ajeno*” (Dt. 29:18).

El diablo, como jefe de cocina milenario, puede aderezar el bocado amargo de la iniquidad con unos engaños tan sutiles que no se capte su sabor verdadero. Pero como Abner le preguntó a Joab: “¿No sabes tú que el final será amargura?” (2 S. 2:26). El Infierno derretirá todo el azúcar que doraba la píldora. Entonces, si no antes, saborearás la verdadera amargura de lo que tan fácilmente tragaste. ¡Cuántos hay en el Infierno hoy que maldicen su festín, y al que los convidó!

¿Crees que alivia el dolor de los malditos contar los placeres, las ganancias y la diversión carnal que obtuvieron por su dinero en la tierra, cuando han de pagarlos eternamente con indecible tormento? Ciertamente la agonía empeora al pensar en lo barato que vendieron su alma y perdieron el Cielo, ¡to-

do por decidir que la carga de la santidad era demasiado pesada!

Mientras al cristiano no le resulta difícil percibir la falsa planificación del engaño satánico, muy pocos consideran lo que ocurre en la eternidad. Ven morir a los pecadores en sus pecados a diario. No piensan más en ellos ardiendo y clamando en el Infierno, que los peces del río se preguntan por sus compañeros que picaron el cebo. Aunque se echara vivos a esos peces en la sartén o en la olla hirviendo, sus necios compañeros estarían dispuestos a picar el mismo anzuelo. Igualmente, los descuidados seres humanos persiguen de buen grado los placeres pecaminosos que han llevado al Infierno a millones de almas antes que ellos.

2. Otros se esconden tras una falsa santidad

Hay personas tan impías como las que se contentan con su pecado, pero que se revisten de algo parecido a una coraza, una falsa santidad que salva su reputación ante el mundo. Estos “ya tienen su recompensa” (Mt. 6:2). ¡Qué mísera recompensa la suya! Haces doble servicio al diablo, y doble deshonra a Dios, al entrar en la batalla armado de hipocresía. Primero, mueves al príncipe a creer que serás un soldado que intente hazañas por su causa. Pero cuando no haces nada, solo ve a un traidor que ocupa el sitio de un súbdito fiel armado para la victoria. Le haces más daño a tu Príncipe que el cobarde que se queda en casa, o huye en rebeldía hacia el campamento enemigo y le dice claramente sus intenciones.

Seamos serios, amigo: si buscas santidad, que sea la verdadera. “Vestios del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24). Observemos este pasaje: la santidad es “el nuevo hombre creado según Dios”; esto es, a su imagen. Esta imagen se copia del ser divino, como el artista copia el rostro de un hombre. “La santidad de la verdad” significa una santidad verdaderamente bíblica, no una doctrina farisaica y tradicional; también es una santidad que tiene como punto de referencia el corazón, sede de la verdad o la falsedad.

Entonces, para tener santidad verdadera, el cristiano debe poseer santidad y justicia en el corazón. Muchos tienen hermo-

sura de santidad parecida a la del cuerpo, que no pasa de la superficie. Si se abre el cuerpo más hermoso del mundo no se encuentra más que sangre y fetidez; igualmente, al exponerse la falsa santidad, vemos que solo contiene abundancia de impureza e inmundicia espiritual.

Pablo dijo al sumo sacerdote: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!” (Hch. 23:3). Si eres un hipócrita, debo hacerme eco del aviso apostólico: Dios te golpeará como sepulcro blanqueado; porque la cal de la religiosidad que has aplicado a tu profesión de fe no hará que los demás admiren tu santidad tanto como tu corrupción te hará ser aborrecido por todos los que te vean.

3. Muchos se burlan de la justicia

Algunos están tan lejos de ser santos que se burlan de los que lo son. Green que la coraza de justicia es tan ridícula que señalan entre risas al cristiano que la lleva a diario: “¡Mira! ¡Allá va un hermano santo, uno de los puros!”. Pero sus burlas son algo más que un desprecio a la santidad: revelan la maldad de sus duros corazones.

Un grado más de impiedad se ve cuando se hace burla de la santidad de otro en vez de solo cobijar uno mismo la iniquidad. Muy impío es aquel que no solamente se niega a participar de la naturaleza divina, sino que tampoco soporta ver a otros que optan por seguir la santidad de Cristo. El mero rastro de santidad levanta tan fuerte oposición en la persona, que la hace vomitar su amargura de espíritu contra ella.

El Espíritu Santo reserva plaza para esta clase de pecador por encima de todos sus hermanos infames: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado” (Sal. 1:1). En este caso, el escarnecedor preside el consejo de los pecadores.

Algunos interpretan el término “escarnecedores” como “burlones retóricos”, porque ciertamente hay una perspicacia diabólica en algunos burlones. Estos se precian de pulir los dardos que disparan contra los santos. La Septuaginta rinde la frase como “la silla de los pestilentes”. Como la peste es la más

mortal de las enfermedades, así es el espíritu burlón entre los pecados. Pocos se recuperan de esta transgresión, porque la Biblia habla de tales pecadores como casi sinónimos de muertos. Dios nos advierte contra el malgastar el ungüento sanador de la reprensión: “No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca” (Pr. 9:8). Solo podemos escribir en su puerta: “Señor, ten misericordia”; u orar por él, pero no intentemos razonar con él.

Tal vez el ejemplo más triste de la burla sea cuando los escarnecedores se mezclan con los cristianos. Nótese la forma en que el Espíritu de Dios interpreta el sarcasmo de Ismael en la familia de Abraham: “Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora” (Gá. 4:9).

El mundo no llama “persecución” a la malicia si esta no llega a la sangre, pero Dios quiere que el escarnecedor sepa de antemano cuál será su título en el juicio de Cristo: el título será *perseguidor*. Burlarse de la santidad es un pecado grave, porque conlleva la sangrienta semilla de la opresión. Los que ridiculizan generosamente y muestran los dientes con amargura, destruirían la justicia a bocados si tuvieran poder para hacerlo.

Igual que Ismael perseguía a su hermano “*que había nacido según el Espíritu, así también ahora*”. El espíritu burlón corre por las venas de todo impío, aunque Dios en su misericordia guíe a algunos con un freno en la boca. Mientras estos últimos no abran su corazón a Cristo, la fuerte convicción de la verdad hace que sus conciencias lleguen a la conclusión de la esposa de Pilato: “No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he padecido mucho [...] por causa de él” (Mt. 27:19).

Aunque siempre ha habido burlones de la santidad, el Espíritu de Dios ha profetizado que una clase especial de burlón llegará en los últimos días. Los que se reían de la justicia antes, eran los que abiertamente se rebelaban contra Dios para revolcarse en el pecado, pero el Espíritu de Dios revela que habrá una caterva nueva que se burlará de la santidad en el nombre de la santidad. Algunos serán tan impíos como los anteriores, pero cubrirán su mal con un manto de religión:

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que decían: En el postrer tiempo vendrán burladores, que andarán según sus malvados deseos (Jud. 17-18).

No los vemos únicamente entre los paganos y los criminales; la Palabra nos da una imagen tan clara como si llevaran el nombre escrito en la frente: “Estos son los que causan divisiones; los sensuales que no tienen al Espíritu” (v. 19).

Cierto pastor interpreta esto como “los creadores de cismas, carnales, sin el Espíritu”. Creadores de cismas, ¡los que causan divisiones! Mi corazón tiembla al ver las flechas del burlón disparadas por esta ventana. Estos son los que dicen que deben apartarse, porque su conciencia les indica que tienen un culto más puro que los otros; y no soportan tocar a los impuros, uniéndose a las ordenanzas de ellos. ¿Son estos burladores y carnales? Verdaderamente, si el Espíritu de Dios no nos hubiera dicho esto, podríamos haber entrado a su tienda, como hizo Labán con Raquel, sin sospechar que era morada de escarnecedores de la santidad. Si alguien es un burlón ateo o un burlón de la verdadera santidad, vestido de falsario: “No os engaños; Dios no puede ser burlado” (Gá. 6:7).

Tampoco dejará Dios que se desprecie su gracia manifestada en sus hijos. Recuerda lo que les costó a los jóvenes que se burlaron de Eliseo: “¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!” (2 R. 2:23). No solo se burlaron del Profeta de Dios con este mote, sino del arrebatamiento de Elías al Cielo. Es como si retaran a Eliseo: “Si crees que tu amo ha subido al Cielo, ¿por qué no subes tú tras él, para quitarnos a los dos de encima?”. Es difícil creer que estos muchachos se hundieran tanto en la impiedad, hasta recordar su procedencia: Betel, la ciudad idólatra.

Dios trató severamente a Mical por despreciar la danza de David ante el Señor, un acto que su orgullo consideraba demasiado ignominioso para su marido. ¿Recuerdas su castigo? “Y Mical hija de Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte” (2 S. 6:23). Por opinar que la alabanza a Dios era indigna de un rey, no dio a luz heredero que llevara la corona.

Además, es pecado grave burlarse del afligido: “El que escar-

nece al pobre afrenta a su Hacedor” (Pr. 17:5). Reírse del pecado de un cristiano, ya de por sí es un mal grave. Aquellos hijos de Belial que se divertían al ver a David caer en la tentación de adulterio y asesinato fueron acusados por Dios de blasfemia.

¡Cuánto más critico es, entonces, mofarse de una persona por su santidad! El pecado conlleva cierta causa de vergüenza, y da ocasión a los impíos a reprochar especialmente al cristiano por su comportamiento impropio. Pero la santidad no es solamente la nobleza del ser humano, sino la honra del Dios Altísimo mismo. “¿Quién como tú, magnífico en santidad?” (Éx. 15:11). Nadie puede burlarse de la santidad sin mofarse aún más de Dios, porque él tiene infinitamente más santidad que todos los hombres y ángeles juntos. Nadie deshonra más a Dios que aquel que se mofa de la santidad de sus hijos.

Cuando los romanos querían difamar a alguien importante, lo despreciaban ordenando que todo retrato y estatua suya en la ciudad fueran destruidos. Cada creyente es la imagen viva de Dios, y mientras más santificado, tanto más se parece a él. Si uno se burla de un santo, mancilla el honor de Dios. Una maldad devastadora y demoníaca de los paganos veterotestamentarios causó lo que cuenta el Salmista: “Con hachas y martillos han quebrado todas sus entalladuras. Han puesto fuego a tu santuario” (Sal. 74:6,7). El pueblo de Dios vio esta destrucción y clamó: “¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador? ¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre?” (v. 10). ¿Cómo verá Dios entonces la malicia que no se gasta en madera y piedra, sino en la talla delicada de su Espíritu que es la santidad de sus templos vivientes?

Exhortación a los cristianos

1. Bendice a Dios por proporcionarte la coraza

Centenares de personas son destruidas por el diablo a diario por no tener la coraza de la justicia para defender su corazón contra sus dardos mortales. Si Dios te hubiera hecho rico y famoso en el mundo, pero no santo, no te habría dado más que leña para el Infierno. ¿Cómo olvidaremos entonces darle gracias por su preciosa coraza de justicia?

Cuando el enemigo se acerca a una ciudad sin murallas ni defensas, cuanto más rica sea la ciudad, tanto peor será la destrucción. Cada vez que Satanás se aproxima a uno que tiene mucho del mundo pero nada de Dios en el alma para defenderle, lo convierte en una vil ruina. Saquea todo lo que quiere y hace su antojo con estas almas. El saqueo del diablo es tan completo que el cautivo no piensa siquiera en aplazar o negarse algún deseo. Aunque sepa lo que su satisfacción le costará en el Infierno, sigue adelante y condena su alma en lugar de resistirse a las exigencias ardientes de la tentación.

Herodes tiró medio reino a los pies de una muchacha maliciosa; y cuando esta no se contentó con ello, lo sacrificó todo. Si la sangre de Juan Bautista le costó a Herodes su trono en esta vida, eso no es nada comparado con la paga de la divina Providencia que recibió inmediatamente después de la muerte.

Que los cristianos exclamen humildemente: “¡Aleluya!”. Cuando Dios te hizo santo, te dio puertas y cerrojos para tu ciudad. Ahora, por su gracia, puedes defenderte con las consolaciones continuas que el Cielo te envía para que resistas el poder de Satanás. Antes eras un tímido esclavo suyo, pero ahora lo tienes bajo tus pies. El día que Dios te salvó, plantó tu pie firmemente sobre la cabeza de la serpiente. Tus deseos, aquellas fortalezas que le proporcionaron fácil control, le han sido arrebatadas de la mano. Una ciudad celebra cuando el cuartel enemigo que la controlaba se conquista. Satanás ha sido despojado y nunca más podrá sentarse como rey de tu alma.

En resumen, cuando Dios te justificó, empezó el Cielo en tu alma. En cuanto naciste de nuevo, nació un heredero del Cielo. Piensa en las fiestas que celebran el nacimiento de un heredero a la corona, aunque sea de un territorio pequeño en la vasta creación de Dios. ¿No tienes aún más razón de regocijarte cuando la gloria del Cielo desciende sobre ti, especialmente al recordar la herencia que tenías antes de ser adoptado en la familia de Dios? Pablo une estos dos aspectos en una doxología:

Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la

potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo (Col. 1:12,13).

¡Bendito cambio, salir de la mazmorra oscura del diablo donde te ataban cadenas de injusticia como a un prisionero rumbo al Infierno, y pasar al Reino de la gracia de Cristo, donde la cadena dorada de la justicia que hay en tu cuello informa a Satanás y a todo el mundo que eres un heredero del Cielo!

2. Mantén ceñida la coraza

¿Hay que recordarle al soldado que se ponga la armadura cuando sale a la batalla? ¿Sería fácil persuadirle de que no se la pusiera? Muchos lo han hecho, pagando caro su falsa valentía. Aunque el peso de la armadura te estorbe, es mejor luchar con ella que recibir una herida mortal en el pecho. Si se cae esta pieza, no podrás ponerte el resto de la armadura por mucho tiempo.

Si permites que la iniquidad penetre, tu conciencia cuestionará tu sinceridad. Es verdad que Pedro reivindicó ser justo poco después de haber negado al Maestro: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Jn. 21:17). Hasta después de que el Señor le preguntara tres veces, Pedro siguió declarando su sinceridad. Pero hay que considerar dos cosas: que el pecado de Pedro no fue deliberado, y que hubo una grande y amarga tristeza entre su negación y la renovación de su arrepentimiento. En el caso de David, fue mucho más difícil recuperar la tranquilidad de conciencia después de que pecara deliberadamente. Él rogó fervientemente: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10).

El calzado del evangelio no se amolda al pie hinchado por el pecado y la iniquidad. Es imposible calzárselo si no se ha extirpado la injusticia mediante el arrepentimiento y el perdón. Considera esto: ¿Eres lo suficientemente fuerte para sufrir con gozo y paciencia por Dios en tu estado actual? ¿No más que un soldado enfermo y postrado en cama podría emprender una larga marcha! La impureza debilita el alma tanto o más que la enfermedad debilita el cuerpo, evitando que pase privaciones.

David expresó honda tristeza por la impureza de su vida:

“Déjame, y tomaré fuerzas, antes que vaya y perezca” (Sal. 39:13). No quería morir hasta que la santidad volviera a gobernar su corazón. La iniquidad es un veneno que absorbe toda serenidad de conciencia y los manantiales de gozo interior. Si tiras una piedra a un arroyo claro, este pronto se enlodará: “Porque hablará paz a su pueblo y a sus santos, para que no se vuelvan a la locura” (Sal. 85:8).

El descuido en cuanto a andar en santidad arriesga gravemente tu fe, que se guarda en la buena conciencia como una joya en una caja fuerte. La fe es un ojo, y el pecado lo nubla. Para la fe, la vida santificada es como el aire puro para la vista; vemos más lejos en un día despejado. La fe ve mejor las promesas de Dios cuando mira a través de una vida santa y ordenada.

La fe es un escudo. ¿Soltaría un soldado su protección a menos que haya recibido una grave herida? Si la fe falla, ¿qué será de la esperanza que se aferra a ella y saca fuerzas como el niño de pecho lo hace de su madre? Si la fe no ve el perdón en la promesa, la esperanza no podrá aguardar la herencia. La fe informa al alma de que tiene “paz para con Dios” y entonces ella se regocija “en la esperanza de la gloria de Dios” (Ro. 5:1,2).

¿Intentas esgrimir la espada del Espíritu? ¿Cómo la empuñas cuando la iniquidad ha herido gravemente la mano de la fe que debe llevarla? Esta espada es de doble filo: uno sana, el otro hierre. Con uno salva, con el otro condena. La Palabra no habla ni una buena palabra de aquel que practique el pecado. Piensa una y dos veces: ¿Vale algún pecado toda esta confusión que inevitablemente ahogará tu alma?

3. Sé humilde en la santidad

Por donde intente entrar el orgullo, como el viento que abre puertas y ventanas, ¡recházalo! Nada es más pernicioso para tu santidad; el orgullo vuelve la justicia en veneno, y la santidad en pecado. Nunca estás más lejos de parecerte a Cristo que cuando te hinchas de orgullo. Cuando vemos alguno hinchado por un edema, entendemos que está enfermo, aun sin hacerle un análisis. Mientras más camino se abra el orgullo en tu vida, menos sangre pura de santidad correrá por las venas de tu alma: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece” (Hab. 2:4).

La frase “he aquí”, es como un letrero pintado en la puerta del orgulloso para que todos sepan que allí mora un impío.

Si no quieres dañar el poder de la santidad ni cuestionar su existencia, guárdate del orgullo. ¿Alguna vez has tenido ganas de separarte de otros cristianos por no ser tan santos como tú? Cuidado: eso apesta a farisaísmo. Por su naturaleza, la santidad otorga, de entrada, todo beneficio a los hermanos: “[Actuad] con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Fil. 2:3).

Tal vez hayas notado cómo los microbios del mal de la justicia propia invaden tus pensamientos; tu corazón se apoya fuertemente en su propia justicia hasta que la confianza te hace esperar la salvación por ella. En tal caso, te amonestaré así: “Pon tu escalera, pues, y escala tú solo hasta el Cielo; porque ningún otro ha llegado así”. ¿Realmente crees que podrás ser el único del Cielo que haya comprado su propia paz? Ve y mide la escalera por la santidad del evangelio divino. Si falta aunque sea un solo peldaño, ¡eso te faltará para alcanzar el Cielo!

Si dependes de tu propia justicia cuando ha brillado en público y de tu propia santidad cuando ha andado en esplendor, es como si te hubieras besado la mano con tu propia boca. Eres culpable de rendir el aspecto más alto del culto divino a un ser humano, a ese sol creado de tu santidad supuestamente inherente, cuando Dios lo ha designado y reservado únicamente para el no creado Sol de Justicia: “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 33:26).

Solo hay dos opciones según la Palabra: declararte culpable y renunciar a todo esfuerzo humanista, o abandonar completamente la vida y la salvación. Para ayudarte a suprimir la rebelión del orgullo y la soberbia contra la santidad, considera seriamente estas ideas acerca de la humildad...

a) Médita en la santidad de Dios

Uno que esté en alto no se marea hasta que mira abajo. Si se permite echar una ojeada condescendiente a los que son menos santos que él, la cabeza empezará a darle vueltas. Mirar hacia arriba es la única cura para este mal. El más santo de la tierra, una vez que vislumbra la santidad infinita de Dios, se reconoce tal cual es, y se humilla. La visión de Isaías reveló a Dios sentado en

su trono rodeado de ministros celestiales que se cubrían la cara y clamaban: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos...”. Pero la escena celestial también descubrió al profeta su propia vileza; al escuchar a los serafines que clamaban “santo” delante de Dios, él clamó “inmundo” en cuanto a su propia espiritualidad (Is. 6:3,5).

Job es otro que se dio cuenta de la impureza de su alma al ver la santidad de Dios. “Ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5,6). En un cuarto oscuro parecemos estar limpios; pero si pudiéramos rodearnos de los rayos de la gloriosa santidad y majestad de Dios, ella nos convencería de pecado, como los rayos del sol revelan las motas de polvo en el aire. Pero la política del orgullo es no aparecer allí donde pueda deslucirse; prefiere ir adonde lo adoren a la luz tenue de la autoexaltación.

b) Medita en la santidad del estado de inocencia del hombre
Es verdad que si eres creyente, llevas implantado el principio de la santidad. ¿Pero y la naturaleza que tenías antes de que Adán pecara? Los israelitas que vieron el segundo Templo, sin poder recordar el primero, lo consideraban espléndido. Pero aquellos que habían visto los muros del primero —el Templo de Salomón—, mezclaban las lágrimas con su gozo al recordar la destrucción del mismo:

Muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz (Esd. 3:12).

Que esto nos recuerde lo que le acaeció al primer hombre con toda su gloria al caer en la trampa diabólica. En el Cielo tendrás los mismos placeres que Adán tenía en el Paraíso, pero hay que dar muchos pasos a través de obstáculos de concupiscencia, tentación y pecado para llegar a la cima.

El camino del cristiano al Cielo es duro: “Y si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y pecador?” (1 P. 4:18). Las vírgenes sensatas no tenían aceite de sobra. Recuérdale esto al orgullo, y verás como se le caen sus arrogantes plumas.

c) Medita en tu propia fragilidad humana

Pablo tenía una manera eficaz de ahuyentar el orgullo cuando este le perseguía demasiado de cerca. Se humillaba con el recuerdo de lo malvado que había sido antes de su salvación. No se atrevía a decir palabra acerca de su santidad antes de cerrar con llave la puerta al orgullo y recordar toda la historia de los capítulos más negros de su vida. Ningún enemigo podría dibujar el retrato de Pablo con colores más sombríos. Una y otra vez, el orgullo fue apaleado con la descripción que el apóstol hizo de sí mismo: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios” (1 Co. 15:9).

Solo después de lavarse abiertamente en el estanque de sus antiguos pecados, menciona Pablo su purificación por la misericordia de Dios: “Por la gracia de Dios soy lo que soy [...]; he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (v. 10). Él sabía que la mejor manera de matar las malas hierbas del orgullo era quebrantando su corazón y volviéndolo del revés, humillándose por toda abominación. El orgullo no puede sobrevivir fácilmente en un terreno arado regularmente por la humildad sincera. El orgullo es una oruga que consume el mismo corazón de la gracia. Cristiano, tómate esta amarga medicina de la humildad y el arrepentimiento según necesidad, y con la bendición de Dios serás sanado.

Pero no creas nunca que este parásito se ceba únicamente en los niños y los cristianos débiles. Es una enfermedad común entre ellos, pero los cristianos maduros tampoco son inmunes. En la vejez, David se vio infectado por ella, cuando ordenó a Joab contar al pueblo. ¿Te has encontrado alguna vez haciendo memoria de las buenas obras que has llevado a cabo y de los sufrimientos que has pasado por Dios, o disfrutando de un poco de aplauso personal (aunque sea con sordina) de vez en cuando?

CAPÍTULO 8

Séptima consideración: El calzado espiritual del cristiano

“Y calzados vuestros pies con el apresto del evangelio de la paz” (Ef. 6:15).

Este versículo presenta la tercera pieza de armadura que protege al cristiano: el calzado espiritual, a la medida de su pie, diseñado para usarse mientras lucha contra el pecado y Satanás. “Y calzados vuestros pies con el apresto del evangelio de la paz”. Estudiaremos ahora tres términos distintos, sacados de la Escritura, en cuanto a este calzado: primero, lo que significa aquí “el evangelio”; segundo, lo que quiere decir “la paz”; y tercero, lo que significa la palabra “pies”, así como la virtud que se da a entender con “el apresto del evangelio de la paz”.

I. QUÉ SIGNIFICA AQUÍ “EL EVANGELIO”

“El evangelio”, según el término original, significa *buenas noticias* o *mensaje gozoso*. Normalmente, en la Biblia este término se reserva para la doctrina de Cristo y para su salvación. El ángel les dijo a los pastores: “No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo” (Lc. 2:10), y luego añadió: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (v. 11). Entonces, “el evangelio”, en el Nuevo Testamento, suele llevar la connotación de *gozo* y *buenas noticias*, y aquí emplearemos este mismo significado.

La mejor noticia del mundo

La revelación de Cristo y la gracia de Dios en él es, sin comparación, la mejor noticia para el pecador. Es un mensaje único;

ningún otro puede tomar precedencia ni borrarlo alguna mala noticia posterior. La misericordia divina va delante de su bendición a los pecadores: “Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros” (Sal. 67:1).

1. Dios perdona y luego da

Hasta que Dios perdona por gracia nuestros pecados a causa de Cristo, no puede mirar a los pecadores con benevolencia. Todos nuestros beneficios no son más que bendición en potencia, hasta que la gracia evangélica de la misericordia perdonadora los selle con la salvación y los actualice. Dios no mostrará su buena voluntad hasta que Cristo haga la paz por nosotros: “Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (Lc. 2:14). ¿Qué clase de gozo sería, aun para el pecador heredero de un reino, si no pudiera reclamar el mismo del gozo y el favor del corazón de Dios?

2. No puede haber malas noticias después de que se ha abrazado la buena noticia de Cristo

La misericordia divina en Cristo cambia la misma naturaleza del mal para el creyente. Toda plaga y juicio que pueda llegar al que se ha bautizado en el río de la gracia evangélica, recibe un nuevo nombre. Llega con un encargo nuevo de la soberanía divina y tiene otro sabor para el creyente, como el agua filtrada a través de minerales tiene un sabor y virtud medicinal que antes no tenía: “No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad (Is. 33:24). El Profeta no dijo que *no enfermarían*, sino que estarían tan llenos del gozo de la misericordia perdonadora de Dios, que no se quejarían por la enfermedad. *La aflicción es un velo demasiado fino para ocultar el gozo de la buena noticia de Jesucristo.*

El mensaje del evangelio trae tal gozo, que Dios abrió una grieta para dejar que algún rayo brillara aun sobre Adán. Este fue el mensaje que Dios utilizó para consolar a su pueblo cuando las cosas iban mal y sus vidas estaban en un punto bajo: “Por tanto, el Señor mismo os dará la señal: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las fa-

milias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad [...]. Y éste será nuestra paz” (Mi. 5:2,5).

Este es el precioso secreto que Dios susurra, por el Espíritu, solo al oído de aquellos a quienes abraza con un amor especial:

En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó (Lc. 10:21).

“Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Co. 2:12). Por otra parte, que se le oculte el evangelio a un alma es señal trágica pero cierta de estar marcada para el Infierno: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto” (2 Co. 4:3).

Esto nos lleva a las características de un mensaje gozoso, todas ellas encontradas en el evangelio. Estudiemos cinco de ellas ahora...

Propiedades de un mensaje gozoso halladas en el evangelio

1. Un mensaje gozoso debe ser bueno

Nadie se alegra de una mala noticia. El gozo ensancha y abre el corazón para que salga y reciba a sus deseos más especiales; pero una mala noticia encuentra la puerta cerrada.

El evangelio trae promesas que anuncian el bien que Dios tiene reservado para los pecadores, mientras que las amenazas son la lengua nativa de la ley. La ley no puede hablar más que juicio para los pecadores; pero el evangelio de la gracia de Cristo les sonríe y alisa las arrugas de la frente de la ley.

2. El mensaje del evangelio es tan grande como bueno

Si escuchamos una noticia insignificante, probablemente la olvidemos. Pero si es importante y muy buena, causa regocijo. El

ángel del Señor dijo: “Os doy nuevas de gran gozo” (Lc. 2:10). Tiene que ser *gran* gozo, porque es un gozo *completo*; el Señor Jesucristo ha traído unas noticias de tal plenitud que no queda nada más que añadir. Si piensas que al evangelio le falta algo, tendrás que buscar más alto que Dios, porque él se entrega por medio de Cristo a los creyentes en el pacto de gracia. Estamos plenamente persuadidos de que el argumento de Pablo se sostendrá: “Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:22,23).

El evangelio acerca nuestras vasijas a la fuente misma de la bondad; ciertamente lo tenemos todo si nos unimos a Aquel que lo tiene todo. ¿Llegará alguna buena noticia a los santos glorificados que no venga del Cielo? Tenemos la prueba de esta gloria en la Palabra: “Nuestro Salvador Jesucristo [...] quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). El sol oculta el cielo de la vista, a la vez que nos revela la tierra. Pero el evangelio revela ambos a la vez: la piedad “tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Ti. 4:8).

3. Un mensaje bueno concierne íntimamente a sus oyentes

El público debe tener un interés personal antes de considerar un anuncio como buena noticia. Podemos alegrarnos de saber que algo bueno le ha ocurrido a otro, pero nos afecta más si se vuela directamente en nuestro corazón. Un enfermo no siente el gozo de la recuperación de otro enfermo con la misma fuerza que de la suya propia.

El evangelio no nos informa de lo que Dios ha hecho por los ángeles, sino *por nosotros*: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Le. 2: 11). Si los ángeles se regocijan por nuestra felicidad, seguramente nuestro propio bien nos da aún mayor razón a nosotros para alegrarnos. Extraño sería que cantara el mensajero, que solo trae la noticia, mientras el destinatario siguiera indiferente. Puedes estar seguro de que este evangelio es para ti, si abrazas a Jesucristo con los brazos de la fe.

En un reino, todo súbdito, por humilde que sea, tiene parte en el príncipe; es un bien común de todos. Así es Cristo para

los creyentes. Las promesas se plasman como un buen retrato; son para todos los que las miran con el ojo de la fe. El gozo del evangelio es tu gozo si tienes fe para recibirlo.

4. La sorpresa añade gozo a la noticia

La gozosa noticia del evangelio era desconocida para los hijos de los hombres y ni siquiera la buscaban. El corazón humano nunca podría concebir tal noticia, hasta que Dios revelara el dictamen de su voluntad. Durante el reinado de Enrique VIII de Inglaterra, se envió un indulto a cierto noble que horas antes esperaba ser decapitado; ¡la noticia fue tan inesperada que el hombre murió de gozo! La vasija de la naturaleza humana es tan frágil que aun el vino de un gozo inferior a veces la quebranta. Pero las noticias divinas exceden a las naturales, en la misma medida que la misericordia divina sobrepasa la del hombre mortal; como la liberación del Infierno eterno difiere de la muerte temporal, que se pasa antes de siquiera sentir el dolor.

5. Un mensaje bueno debe ser una verdad comprobada

No se trata de un rumor de procedencia desconocida. El evangelio proviene de Dios mismo, que no puede mentir. El Rey del Cielo garantiza su verdad: “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Lc. 9:35). Todos los milagros de Cristo confirmaron la validez del evangelio. Los escépticos que negaban la doctrina de Jesús se vieron obligados una y otra vez a reconocer la divinidad de sus milagros, revelando así el desatino de su incredulidad ante el mundo entero. Los milagros de Cristo eran para el evangelio como los sellos en un documento. Los incrédulos no podían negar que Dios obraba en ellos, pero tampoco podían verlo en la doctrina. ¡Como si Dios fuera a poner su sello sobre una mentira!

Esto es lo que colma el gozo de la buena noticia: no engañará a nadie que ponga toda su confianza en ella. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). El puente que tiene el evangelio, sobre el abismo de la ira divina, para que pasen los pecadores desde sus pecados hasta el Reino de Dios, se apoya en los arcos de su divina sabiduría, poder, misericordia y fidelidad. El creyente no tiene que temer verlos doblarse o

El calzado espiritual del cristiano

quebrarse. Se le llama “el evangelio eterno” (Ap. 14:6). Aun cuando se derrumben la tierra y el cielo, ni un átomo de ninguna de las promesas de Dios quedará enterrado bajo los escombros: “La palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 P. 1:25).

Una llamada a nuestra compasión por los que nunca han oído el evangelio

Puesto que la noche lúgubre de la pobreza y ceguera espiritual se extiende sobre naciones enteras, estas se encuentran bajo el ataque continuo del carnicero malvado del Infierno. Este devorador de almas conquista fácilmente a los que están en tinieblas. Pone un cuchillo a su garganta y no encuentra resistencia, ya que están profundamente dormidos en su ignorancia, sin la única luz que puede revelar la vía de escape.

Los cristianos que han saboreado la dulzura de la gracia evangélica, tiemblan ante la condición lastimera de los inconversos. Que Dios nos perdone por no clamar más por ellos. No vivimos tan alejados de esos inconversos como para que no los compadezcamos, oremos por ellos y deseemos fervientemente su salvación. No te engañes: no hacerlo nos salpica de la culpa por su sangre, derramada constantemente por el asesino de la humanidad.

Aunque no puedes dar a estos ignorantes una parte de tu salvación, recuerda que mueren de hambre porque nunca se han saciado del Pan de Vida. Algunos hasta han abrazado la falsa esperanza de que los paganos puedan encontrar a Cristo conociendo el sol, la luna y las estrellas, viendo la grandeza de la creación. Los que comparten esta idea tal vez parezcan mejores para con los paganos, pero me temo que al final se verá que son más crueles que los otros por no obrar y orar para que la luz de la proclamación del evangelio surja con poder en las naciones.

Cuando el personal militar considera adecuada la defensa de un campamento, los refuerzos y la ayuda llegan más lentamente. Por eso, ¡ojalá que Satanás no hubiera engañado a tantos de es-

ta misma manera! Si se pudiera aprender esta maravillosa lección de las estrellas, a estas alturas sabríamos de alguno que se salvó por esta vía. Por supuesto que la estrella llevó a los magos hasta Cristo, pero el predicador celestial les explicó su significado; de otra manera, no habrían comprendido lo observado.

El mundo rechaza el evangelio

Cuando el nacimiento del Salvador se anunció en Jerusalén, todo corazón debería haber latido de gozo, al ver como el bendito Mesías cumplía la esperanza de todas las generaciones. Pero ocurrió lo opuesto: la llegada de Cristo alarmó a los hombres como la llegada de un enemigo, en vez de cómo el arribo del Salvador.

Se podría razonar que aunque tropezaran al aceptar el nacimiento y parentesco humilde de Cristo, seguramente lo adorarían cuando su divinidad empezara a dejarse ver en todos los milagros y señales que seguían a aquel Hombre. Cuando sus labios demostraran su autoridad al anunciar el gozoso mensaje traído del Padre, ¿no aceptarían ansiosos la salvación que se les predicaba? No, persistieron en la perversa incredulidad y rechazo obstinado de Cristo.

Aunque la Palabra, supuestamente tan adorada por los judíos, testificaba plenamente de Cristo y los acusaba ante sus conciencias, aun así, rechazaron a Jesús. Cristo los amonestó: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:39,40). Querían la vida, pero preferían perderla antes que acudir a él.

¿Ha cambiado el mundo desde entonces? ¿Se acoge mejor el evangelio de Cristo en la actualidad? La invitación sigue siendo la misma: “Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28). Lo peor que Cristo hace a los que acuden, es darles vida y salvación; pero miles esperan de alguna manera escuchar mejores noticias del mundo, relegando el evangelio a una lengua desconocida que no les concierne, por lo menos por ahora. Prefieren mantener una distancia cómoda con él, dando por sentado que habrá tiempo para encargarse de eso al entrar en la otra vida.

El calzado espiritual del cristiano

Pero el evangelio de Cristo nunca se ideó para acomodar los deseos carnales; no atrae a la gente con honores y placeres mundanos. Si Cristo hubiera satisfecho unos pocos deseos, aunque ello significara prometer menos en el mundo venidero, habrían acogido la noticia los que prefieren las anécdotas masculladas de un borracho antes que el mismo mensaje celestial.

¿Qué hará Dios entonces, con esta época degenerada en que vivimos? Me temo que un juicio terrible. Si se rechaza tan maravilloso evangelio, la tragedia no puede tardar. Dios viene a los hombres porque quiere; entonces, ¿por qué quedarse donde no es bienvenido? Cuando no hay nadie que compre su género, o son pocos los que lo hacen, es hora de que el mercader junte sus cosas y se vaya.

¿No vemos cómo sangran los nombres de los fieles mensajeros de Cristo bajo los reproches y ataques lanzados contra ellos? Las verdades preciosas del evangelio están casi cubiertas por el barro de los errores y blasfemias que las mentes corrompidas pagadas por el diablo mismo han tirado a la cara de Cristo y de su buena noticia. ¿Dónde está el valiente que frene las lenguas viles para que dejen de vomitar veneno contra el Señor Jesucristo? Cuando se opone alguno, es tan débil que los enemigos de Cristo se envalentonan. La justicia se esparce tan livianamente, como gotas de rocío sobre el fuego, que en realidad aumenta la llama de la ira de ellos en lugar de apagarla.

Pero bendito sea nuestro Dios: hay un remanente de cristianos que creen y saben que Cristo es precioso, que abrazan gozosos su evangelio y lloran en secreto por el desprecio de los profanos. Si no quedara algún creyente vencedor entre nosotros, la crisis sería mucho más desesperada de lo que es. Si estos cristianos no se hubieran aferrado a los pies de Cristo todos estos años, rogándole con fuerza que se quedara con ellos, su presencia se habría marchado hace tiempo. Aun así, hay consideraciones de la actitud mundana hacia el evangelio de Cristo que nos hace preguntarnos qué hará Dios ahora.

1. Solamente un remanente abraza el evangelio

Si se pusiera a votación, ¿no decidirían a millares deshacerse de Cristo y su evangelio? La historia misma profetiza el futuro de

esta gran probabilidad. Cada vez que Dios se ha retirado de un pueblo, ha habido unos pocos santos mezclados con los impíos. Sardis contaba con varios que no habían “manchado sus vestidos”, pero, aun así, se le quitó el candelero. Lo único que aquellas personas tuvieron fue una promesa para sí mismas: “Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas” (Ap. 3:4), pero no se prometió protección alguna para toda la iglesia. Dios puede derribar una casa a la vez que proporciona seguridad para los santos que encuentra dentro.

Unas pocas voces se ahogan fácilmente entre los gritos de la muchedumbre, y una docena de copas de vino apenas se perciben en un barril entero. Así, a veces, un remanente de cristianos poco puede hacer para salvar a los millones de desgraciados incrédulos que los rodean. Cuando la enfermedad controla un cuerpo débil, la naturaleza se esfuerza al máximo, pero no puede sanarlo; tal vez sus mejores esfuerzos solo consigan prolongarle un poco la vida. Unos pocos santos encerrados en una época de malvados que desprecian a Cristo, pueden obtener una prórroga del juicio; pero si los mismos incrédulos no deciden cambiar, inevitablemente llegará la ruina.

2. La mayor parte de la cristiandad se compone de discípulos viejos, no de recién convertidos

La matriz del evangelio ha sido cerrada para no alumbrar almas mediante una sólida obra de conversión. Por supuesto que si se cuentan los que se bautizan a sí mismos en nuevas emociones religiosas, con buenas intenciones y sanas opiniones, hay muchos “cristianos”. Pero en esta época de profesiones de fe marchitas y una práctica de la santidad aún más débil, ¿cuesta encontrar a un verdadero converso!

Naturalmente que Dios se complace en traer de vez en cuando dolores de parto a nuestras iglesias, para que sus despreciados siervos tengan el sello divino que confirma su ministerio y así frenar el ardiente ultraje al evangelio. Pero su escasez es un aviso solemne a la nación.

Al ver un árbol antiguamente cargado de frutos, que ahora produce unas pocas manzanas de vez en cuando en contadas ramas, damos por sentado que el árbol se está muriendo. Por

El calzado espiritual del cristiano

su fecundidad, Lea pensaba que Jacob se uniría más a ella. Por el contrario, ¿no abandonará Dios al pueblo que se ha vuelto estéril bajo su abundante cobertura de gracia? El Señor mismo lo promete: “Corrígete, Jerusalén, para que no se aparte mi alma de ti”. Y si Dios quita su presencia, la Palabra confirma lo peor: “Para que no te convierta en desierto, en tierra inhabitada” (Jer. 6:8).

Cuando los entierros superan los nacimientos, se está perdiendo la batalla. Hay una triste lista de nombres que se dan de baja cada día; ¿pero dónde están los que nacen en Dios? Si los buenos se van y los que quedan van de mal en peor, tenemos razones para temer que Dios esté limpiando el campo para dar paso al juicio.

3. Hay divisiones en el pueblo de Dios

Las contenciones siempre evidencian problemas. Cristo nos da la luz del evangelio para alumbrar nuestro camino y trabajo, no nuestras riñas y disputas. No debemos sorprendernos entonces si él decide apagar y terminarlo todo. Si la tempestad contra la Iglesia hiciera que todos los creyentes remaran en la misma dirección, como aquella en Galilea hizo con los primeros discípulos, cabría esperar que Jesús se acercara con misericordia para llevarnos a buen puerto. Pero cuando tiramos el remo y empezamos a pelearnos en la barca mientras ruge el viento, tenemos más probabilidades de ahuyentar a Jesús que de invitarle a entrar. Entonces corremos más peligro de hundirnos que de salvar la embarcación.

Exhortación a los incrédulos y los creyentes

1. A los incrédulos

Convéncete de recibir el mensaje del evangelio con fe en el corazón; es la mejor noticia que puedes enviar al Cielo como acción de gracias por la buena noticia de Cristo. El anuncio de haber abrazado a Jesucristo será tan bueno para el Cielo como el mensaje de la salvación en él lo fue para ti: “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente...” (Lc. 15:7). Los ángeles que aclamaron la llegada de Cristo al mundo no se

quedarán mudos cuando lo recibas en tu corazón, porque para eso vino.

El Hijo de Dios descendió cuando vino a la tierra, pero ahora asciende. Su venida fue un acto de humillación, pero tu salvación es su exaltación. *El trono más alto de Dios es el alma del creyente.*

Podemos comprender el regocijo del Cielo por la salvación, al ver el gozo que esta le proporcionó a Cristo en la tierra. Tenía que ser una gran noticia para hacer sonreír al “varón de dolores” (Is. 53:3). Leemos que cuando los discípulos que fueron enviados a predicar el evangelio volvieron con noticias de la victoria, “Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra” (Lc. 10:21). De todos los años de su vida, fue en ese momento cuando Cristo expresó su gozo. El cuidado del Espíritu Santo al hacer constar este pasaje nos dice lo mucho que le importaba a Cristo la salvación de las almas. Entonces, si queremos darle una buena noticia, debe ser la de la autoridad de su evangelio en nuestros corazones. Esto hizo a Cristo regocijarse en medio de sus dolores aquí en la tierra, y ahora, en el Cielo, le alegrará aún más, ya que todos sus sufrimientos han sido sanados, han quedado atrás y desaparecido.

Si la aceptación del evangelio es tan buena noticia para Cristo, imagina el disgusto que le causará su rechazo. Igual que se goza en el Espíritu al saber que el evangelio prevalece, también debe airarle profundamente cuando el mundo incrédulo lo desprecia. De hecho, esta verdad la ilustró con la parábola de los siervos y la cena: “Entonces enojado el padre de familia...”. Cuando sus siervos enviados a invitar a la gente (esto es, a predicar el evangelio) volvieron trayendo corteses excusas, tanto se airó que pronunció un juicio terrible sobre cada uno de los que habían rechazado la invitación: “Ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará de mi cena” (Lc. 14:21,24).

Los incrédulos que no acudieron cuando la cena del evangelio estaba en la mesa, tuvieron que irse a dormir con hambre y morir en su pecado. Al cerrar ellos la puerta de su corazón a Cristo, él echó el cerrojo de justicia para la eternidad. La única

venganza de Jesús contra aquel que lo rechace, es condenarlo a su propio deseo.

Lo que Dios menos tolera es el desprecio de su gracia. Aunque los judíos han experimentado graves consecuencias por su idolatría y errores a lo largo de los siglos, nunca han sufrido mayores calamidades que aquellas que conlleva el haber rechazado a Cristo. Bajo los antiguos juicios se habían ablandado un poco sus actitudes; pero los juicios postreros han endurecido su corazón.

Inconverso, si no aceptas a Cristo ahora, no lo tendrás después. Te han hecho muchos ofrecimientos, ¿por qué quieres morir sin él? ¿No ves que corres hacia la condenación? Nadie se hunde tanto en el Infierno como aquel que tropieza en el Hijo de Dios. El mismo evangelio que hoy te trae buenas noticias se repetirá en el día del juicio como la peor sentencia que hayas oído jamás.

2. A los creyentes

“Por el placer se hace el banquete”, dice Salomón (Ec. 10:19). Estoy seguro de que Dios pretende que sus hijos se gocen en el festín del evangelio de Cristo. En el Antiguo Testamento, no se permitía la presencia de enlutados a la mesa de Dios. Ya que la congoja del cristiano refleja una actitud inamistosa hacia Dios mismo, ¿cómo recomendaremos su delicioso amor si no nos sacia a nosotros? El mundo opina que la vida cristiana es de por sí deprimente, una comida seca con poco vino para el gozo. ¿Por qué confirmas su engaño? ¿Por qué ponerte como evidencia contra Jesús y su Palabra, que promete gozo y paz para todos los que acuden a esta mesa?

No quiera Dios que tu comportamiento, que debe revelar “la palabra de vida” (Fil. 2:16) y su realidad ante el mundo, esté en desacuerdo ni ponga en tela de juicio su Palabra. Es un grave error enseñar que Roma enseñe que no se puede conocer la Escritura como Palabra de Dios sino por el testimonio de la Iglesia. El testimonio práctico de las vidas de los creyentes tiene gran autoridad sobre la conciencia de los hombres para persuadirles de la verdad del evangelio. Estos pueden creer la buena noticia cuando la leen claramente en una vida gozosa.

Cuando los incrédulos ven a los cristianos tristes con la copa de la salvación en la mano, sospechan que el vino no es tan bueno como dicen los predicadores. Si los mercaderes de Indias volvieran más pobres que cuando zarparon, sería difícil convencer a otros a aventurarse a tal sitio, sin importar las montañas de oro que allá hubiera. Cristiano, no des pie para que los incrédulos se imaginen, viéndote cojear en la carrera, que deben renunciar a toda felicidad si se convierten, pasando el resto de la vida en una casa de luto, con un equipo de perdedores.

¿Está el evangelio de Cristo lleno de vida abundante o no? Entonces, no te endeudes con el mundo para aprovechar sus ganancias carnales; no tienes que salir de la casa de Dios para alegrarte. Él dispone de tanto gozo, que no es posible gastarlo todo. Abraham no quiso ni un hilo ni una correa de calzado del rey de Sodoma, para que no dijera luego que él lo había enriquecido. Un cristiano debe estar dispuesto a rechazar los deleites del mundo para que los paganos no digan: “Sacó su gozo de *nuestro* pozo”.

El Espíritu de Dios ha cavado el canal por el que quiere que fluya el gozo de sus hijos. “¿Está alguno alegre? Cante alabanzas”. Por otra parte: “¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración” (Stg. 5:13). Dios ha provisto el medio de expresar tanto el gozo como la pena.

De la misma manera que la distracción de un príncipe difiere de la del pobre, así el gozo cristiano no se debe parecer al carnal. Si alguna vez hay necesidad de alimentar la lámpara cristiana con óleo santo (esto es, aceite espiritual de la fuente evangélica), es ahora. Muchos cristianos profesantes actuales se amoldan a las modas, diversiones y codicias mundanas y hasta incitan a otros a alcanzar sus metas de libertad carnal. Su interés por el mundo demuestra que el gozo espiritual sacado del pozo de la salvación no los satisface. De ser así, no beberían de los charcos contaminados que antes solo utilizaban aquellos que no habían bebido de la copa de Cristo.

¿Por qué los llamados “cristianos” abandonan el vino puro del gozo evangélico en favor del veneno adulterado que la ramera mundana les tiende sonriente en su cáliz de oro? ¿Es porque el mensaje del evangelio que antes brillaba en la Palabra

predicada, y consolaba a los tristes, ahora se ha vuelto rancio? ¿O porque el río del gozo espiritual que durante tantas generaciones ha corrido por las vidas de los cristianos, sin mezclarse con los placeres contaminados del mundo, ha acabado cayendo en ellos perdiendo su naturaleza divina? No, el evangelio sigue inmutable; el gozo que trae es tan refrescante y restaurador como siempre. Será hermoso mientras Dios y Cristo sean la vida, porque fluye y se alimenta de su corazón.

El problema no está en la Palabra; sino en aquellos que dicen aferrarse a ella. Los que insisten en que obedecen al evangelio, no son como los hombres y mujeres santos primitivos. El mundo se ha endurecido y las prioridades y sentimientos de los hombres se han enfriado. El paladar ya no es exigente; no prefiere aún el alimento celestial del evangelio. El placer es tan vivo como siempre, pero los invitados se han endurecido por el constante contacto con el mundo. Se nos ha pervertido el juicio y corrompido los principios; no resulta sorprendente que nuestro gozo sea carnal.

El error es una ramera que aleja el corazón de Cristo y de sus gozos espirituales. Una vez confundida la mente por el error, empieza a calumniar la verdad, envenenando el corazón con sentimientos carnales. Esta es la raíz de la miseria contemporánea.

Satanás ha llevado a cabo astutamente su juego entre nosotros al convertir a sus instrumentos en ángeles de luz, haciendo a los crédulos pensar que encontrarán mayor gracia y poder en esta luz artificial que en la revelación divina. Pero entonces les pone la zancadilla y, con una maniobra astuta de sus deseos carnales, los hace caer tanto como para aceptar los placeres mundanos por única y plena paga de sus promesas. Espero que la divulgación de esta trampa monstruosa del diablo te haga amar aún más el evangelio y permanecer en sus brazos eternos toda la vida.

¡Cristiano, bendice a Dios por las buenas noticias del evangelio, y no escuches sucedáneo alguno, a no ser que quieras dejar la verdad y asir una mentira empapada de veneno mortal! Ten cuidado; saca todo tu consuelo del pecho del evangelio. Cuando alguien carnal quiere divertirse, no toma la Biblia ni

corre a las promesas, andando en tranquila meditación. Y ciertamente no le alegra pensar en Cristo sentado en el Cielo. En su lugar, compra libros triviales que corroen el alma, y busca compañeros de juerga, para ayudarle a matar el tiempo y saciar su hambre inquieta con provisiones infernales. La clase de buena noticia que le interesa sale de la plaza: chismorreos comerciales, lo que ganará con su ganado, cosechas o acciones, y las novedades que puede comprar.

¿Dónde está tu camino, cristiano? ¿Adonde te lleva el alma en busca del gozo? ¿Acudes a la Palabra y lees lo que Cristo ha hecho por ti en la tierra, y lo que hace por ti allá en el Cielo? ¿Te llegas al Trono de la Gracia en busca de buenas noticias de aquel país lejano donde está todo tu tesoro y viven tus mejores amigos? ¿Estás atento a la siguiente promesa que la paz de Cristo susurra a tu corazón? De ser así, no llevas el nombre en balde: eres un cristiano verdadero.

Erasmus dijo que cuando un estudiante verdadero se cansa de estudiar, se refresca con más estudios, pero de un tema más fácil y placentero. De la misma manera, cuando el espíritu del verdadero creyente se fatiga de los ejercicios más recios del cristianismo, como son el ayuno y la oración, puede recuperarse en el festín del amor de Dios en Cristo, donde ve el agua convertida en vino y las lágrimas con las que el pecado ha bañado su rostro se lavan con la sangre de Jesús. Cuando el temor hace tambalearse al cristiano, al reconocer la justicia de Dios y su juicio del pecado, la meditación de las dulces promesas le aviva. Encuentra sanidad en la misma Palabra que le hirió; donde tuvo pena, ahora recibe el gozo de Cristo.

II. QUÉ SIGNIFICA AQUÍ “LA PAZ”

La paz es un término amplio: “Esperamos paz, y no hubo bien” (Jer. 8:15). La paz conlleva bien, como el sol da luz al mundo. Cuando Jesús expresó su mayor deseo para los discípulos, envolvió toda la felicidad de su gran corazón y la envió con esta bendición: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn. 14:27). La paz en su mayor grado, si no es falsa, surge siempre de esta raíz evangélica. Entonces, la verdadera paz es única-

mente la bendición del evangelio. La bendición de la reconciliación con Dios constituye la primera clase de paz que hay que examinar.

La paz de la reconciliación con Dios

1. La necesidad de paz con Dios

Los actos abiertos de hostilidad entre las naciones anuncian el principio de una guerra. Igualmente, a pesar del hecho de que dispara corto (aunque no falla a propósito), el hombre lanza andanadas de pecado e iniquidad contra Dios. Aun los cristianos más maduros recuerdan la antigua vida antes de que la nueva les diera la gracia transformadora: “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos...” (Tit. 3:3). Es decir, esclavos de Satanás: estábamos dispuestos a luchar contra Dios y ponernos del lado de su único enemigo.

No hay parte ni facultad del hombre inconverso que no se resista y luche contra Dios. Pablo dice al respecto: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7). Si la guerra estalla en la mente, tampoco habrá paz en el fondo del alma. Por naturaleza, la enemistad contra Dios está en las facultades superiores del alma. Los soldados rasos a menudo se interesan más por las ganancias personales recibidas de la batalla, mientras que los oficiales miran los principios que están en juego, y entran en combate llenos de desprecio por el enemigo. Las facultades inferiores solo buscan saciar su apetito sensual con la excitación del pecado, mientras que las superiores de la mente se enfrentan más directamente con Dios oponiéndose a su soberanía. De hecho, si fuera posible quitarle a Dios la misma vida, odio de sobra hay en la mente carnal para hacerlo.

No solo está el hombre en guerra con Dios, sino que Dios también lo está con el hombre malvado: “Dios está airado contra el impío todos los días [...]. Armado tiene ya su arco, y lo ha preparado. Asimismo ha preparado armas de muerte” (Sal. 7:11-13). Dios ha levantado su estandarte real para desafiar a todos los hijos e hijas de Adán, traidores a su corona. Ha salido a com-

batir con fuego y espada contra todo rebelde a su Palabra. Dios testifica suficientemente de su ira al revelar cómo juzga a los pecadores, aplastados por su justo pie: un destino adecuado para su viperino amo en el pecado.

En toda puerta por donde el pecado entra, la ira de Dios le sale al encuentro. Ya que toda facultad del alma y miembro del cuerpo se usa como arma impía contra Dios, todos, hasta la punta de la lengua, reciben su parte de la ira divina. Igual que el hombre es totalmente pecaminoso, también es completamente maldito: dentro y fuera, alma y cuerpo por igual. Las maldiciones y los castigos están escritos en él tan apretadamente que no cabe ni uno más.

En resumen, el desagrado del Señor con el pecador es tan ardiente que toda la creación lo comparte. Aunque Dios apunta al hombre, y dirige sus flechas principalmente contra él, estas también hieren a otras criaturas. De modo que la maldición divina golpea a toda la creación a causa del hombre, y parte de la miseria humana se paga con la creación caída, con todas las fuerzas y criaturas del mundo natural que originalmente se ordenaron para servir al hombre y contribuir con sus gotas a llenar la copa humana de gozo.

Podemos comparar las plagas divinas con un ejército iracundo que saquea la tierra enemiga, destruyendo sus bienes, envenenando el agua y quemando sus casas. Nada escapa a su furia. El pan que comemos, el aire que respiramos, el agua que bebemos, están envenenados con la maldición divina; de forma que aun el anciano más sano, con el tiempo, morirá.

Todas estas expresiones de la ira divina contra el pecado no se pueden comparar con el Infierno; como tampoco se puede comparar una compañía de soldados con un ejército entero. Dios no tiene más que escaramuzas con los pecadores aquí abajo; solo envía una muestra de su juicio para que sepan que cuentan con un enemigo vivo, que lo ve todo y puede derrotarlos cuando quiera. Solo en el Infierno liberará Dios toda la furia de su poder como Juez, porque allí castigará a los pecadores, “los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:9). Esto entonces confirma el hecho de que *existe* una disputa entre Dios y el hombre.

2. La paz solo proviene del evangelio

La Palabra de Dios presenta primero los artículos del tratado de paz evangélica y luego sirve como instrumento, por la Escritura predicada y publicada, para efectuar esta bendición.

a) La Palabra presenta los artículos del tratado de paz

El evangelio es el corazón de Dios puesto por escrito; y sus preciosas promesas son verdades celestiales traducidas al idioma humano. En ellas vemos los propósitos de amor y misericordia acordados por Padre, Hijo y Espíritu Santo para que Jesús redimiera a la humanidad perdida. Estas promesas se exponen a la vista de nuestra fe para que las creamos, sabiendo que el Padre autorizó a su Hijo a predicar su paz y comprarla con la muerte en la cruz. Finalmente, Dios envió al Espíritu Santo para sellar estas promesas a todos los que crean en las credenciales de Jesús (los milagros confirmadores y el testimonio bíblico), recibéndole como Salvador, con fe no fingida.

El pecador está rodeado de un diluvio de ira, sin esperanza ni ayuda, hasta que el evangelio, como paloma, trae la rama de olivo de la paz, y le dice que la marea ha cambiado y el torrente de ira volcado sobre él por su pecado ha caído sobre Cristo. Ya que este se hizo maldición por nosotros, el abismo que estorbaba nuestro viaje hacia Dios se ha cerrado, y donde antes había mar ahora vemos tierra seca y segura descrita como “el camino vivo” (He. 10:20), por el cual todo pecador creyente y arrepentido puede cruzar. Jesús se ofrece como puente para cambiar el juicio de Dios por su amor y su favor: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

Estamos totalmente en deuda con la Palabra por estas verdades de justicia y paz. Filósofos como Cicerón y Aristóteles guardan profundo silencio acerca del tema; no pueden decirle al pecador la forma de encontrar paz con Dios. Tampoco se encuentra esta reconciliación en el pacto divino con Adán, que encierra al transgresor en una mazmorra oscura de desesperación, y le manda no esperar más que la ira de un Dios justo.

Pablo reconoce que solo Cristo trae “la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). Estaban ocultas en el vientre del

propósito divino hasta que vino el evangelio para darlas a conocer; como la luz del sol revela lo que estaba ya presente, pero era invisible sin su luz. Por tanto, la paz de Dios no solo se describe como “el camino vivo”, sino como “el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo”, tan nuevo que el corazón humano no supo nada de él hasta que el evangelio lo abrió: “Guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido” (He. 10:20; Is. 42:16).

b) El evangelio predicado y publicado efectúa la paz

Antes de completarse la paz entre Dios y el hombre, ambos deben ponerse de acuerdo en lo siguiente: Dios perdona, y el pecador acepta y abraza la paz según los términos de Dios. ¿Cómo se logra esto? El corazón humano tiene una enemistad tan arraigada contra Dios, que hace falta una fuerza como para arrancar montañas y llevar piedras de un lado a otro, a fin de arrancar el corazón de ese terreno malvado. El evangelio predicado es la herramienta poderosa de Dios para lograr esto: “Porque no me avergüenzo del evangelio —declaró Pablo—, porque es poder de Dios para salvación” (Ro. 1:16). Es el carro que lleva victorioso al Espíritu Santo cuando entra en el corazón humano, y se le conoce como “el ministerio del Espíritu” (2 Co. 3:8). Renueva el corazón de la misma manera que afirmó el mundo en el principio: por su Palabra hablada.

Este es el día del poder divino, cuando gana la voluntad de su pueblo y hace que sean amigos suyos aquellos que llevaban en su naturaleza la simiente de la guerra. ¡Poder inaudito! Es como si el son de los tambores del ejército tuviera una influencia asombrosa que obligara a los soldados enemigos a soltar sus armas y buscar la paz en aquel a quien habían resistido con tanta rabia furiosa. Ese es el poder secreto que acompaña al evangelio. No solo le quita la espada al pecador que la desenvaina contra Dios, sino que cercena la enemistad de su corazón y obliga a arrodillarse al más rebelde, haciéndole anhelar la paz publicada en el evangelio. Hace al pecador tan obediente al llamamiento de Dios en este último, que de repente abandona y olvida los abrazos de sus amados deseos, para no seguir apartado de Dios ni un momento más.

3. Porqué Dios efectúa la paz mediante el evangelio

Dios ha decidido reconciliar consigo mismo a los pecadores por medio de Cristo:

Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas [...], haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él (Col. 1:20-22).

Algunos dicen que Dios no tenía otra forma de conseguirlo. ¡Pero qué lastimero es cualquier intento de la criatura para comprender la sabiduría omnipotente e insondable de Dios, y para decir lo que él puede y no puede hacer! No obstante, podemos decir con toda reverencia para con la Majestad celestial, que Dios no podía encontrar mejor forma de exaltar su Nombre glorioso y de comprar la paz del pecador, que reconciliándolo consigo mismo por Cristo, el precioso Pacificador.

Este intercambio misterioso tiene en sí mismo la capacidad de resolver todas dificultades que entraña la enemistad entre el hombre y Dios, y es más maravilloso aun que la obra divina de creación del mundo. Esta creación es tan perfecta y gloriosa, que dice a toda criatura que Dios es su Creador; conocimiento que avergüenza al ateo en su conciencia por no creer. Aun así, el plan de reconciliación excede a la creación del cielo y de la tierra tanto como el reloj supera al cristal que lo cubre. Dios se propuso, al atraer así a los pecadores, hacer que tanto los ángeles como los santos admirasen el misterio de su sabiduría, poder y amor desde ahora y por toda la eternidad.

Cuando por fin se encuentren los ángeles y los creyentes en el Cielo, se les revelará toda la preciosa sabiduría de Dios. Entonces veremos como se secaron los mares de incredulidad y se rompieron las peñas de imposibilidad por la gracia omnipotente de Dios, antes de poder afianzar la paz del pecador. Aprenderemos como el Padre obró para completarlo todo. Seguramente nos sumiremos en la adoración de su profunda sabiduría, que puso los cimientos de toda esta paz según la ciencia

eterna de su propia voluntad. Como el sol sobrepasa la fuerza de nuestra vista natural, la gloria de la paz divina irá más allá de nuestra capacidad para entenderla.

Esta es la obra maestra que Dios trazó deliberadamente, mediante su artesanía descomunal, para embellecer el Cielo. Cuando Cristo volvió al Padre, no se llevó ni corona, ni plata ni oro de esta tierra. Por supuesto que algunos arriesgan su vida a diario por estas cosas, ¿pero cómo comparar las riquezas terrestres con el Cielo? Las glorias terrenales no son más adecuadas para la Gloria que los mendrugos del pordiosero para la mesa de un príncipe, ni que un abrigo remendado para un ajuar real.

El Señor Jesucristo vino con un propósito muy superior a todo plan terrestre: emprendió negociaciones de paz entre Dios y los rebeldes justamente dignos de la venganza divina. Dios no conocía a nadie más digno que su propio Hijo para llevarlo a cabo. Jesús se quedó aquí hasta terminar el negocio de su Padre, y luego llevó el gozoso informe de su obra acabada al Cielo. Permíteme ahora dar razones más detalladas de por qué Dios adoptó este método de reconciliación por medio del evangelio.

a) Dios manifiesta un odio perfecto al pecado y un amor perfecto hacia los pecadores

Nada demuestra tanto la misericordia como el perdón. Recibir a un pecador reconciliado en el Cielo no es tan gran obra como reconciliarlo en primer lugar. Los términos son muy distintos, ya que hay muchas razones para esperar lo primero, y ninguna para esto último. Cuando Dios lleva a cabo el acto de reconciliación, hace que el pecador vea su odio hacia el pecado en su rostro de amor. Y esto es necesario si consideramos lo difícil que resulta para nuestro corazón corrupto comprender la misericordia de Dios sin una reflexión avergonzada en cuanto a su santidad.

Cuando Dios dijo: “Yo he callado”, ¿a qué conclusión llegó el malvado acerca de él? La Palabra de Dios responde: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal. 50:21). Esto es: “Creiste que yo tolero el pecado igual que tú”. Si un texto

tan franco referente a la misericordia divina se interpreta para perjuicio de su santa naturaleza, ¿cuánto más abusará el pecador de la misericordia perdonadora de Dios? Algunos miran fijamente la verdad consoladora de la misericordia tanto tiempo que no están dispuestos a examinar ningún otro atributo de Dios.

Al reconciliarse con los pecadores por medio de Cristo, Dios tiene maneras formidables para convencerles de su odio implacable al pecado. Es verdad que la Biblia dice que el pecado no encuentra favor alguno en el corazón de Dios; el pecado confirma el tormento de la conciencia culpable que persigue la paz y proclama la condenación de su prisionero. La Palabra también describe los juicios ardientes de este mundo; y el horno que se calienta en la eternidad para los incrédulos muestra cuán furioso está el corazón de Dios contra el pecado de ellos. Todo esto es muy convincente. Pero cuando vemos cómo el Padre clava el cuchillo mortal de su ira en el corazón de Jesús en medio del dolor y de las súplicas mismas de este, vaciando la vida de su cuerpo, ello revela el odio divino hacia el pecado más que todos los gritos de tormento del Infierno.

Las espaldas de toda la población condenada en el Infierno no son lo bastante anchas para llevar todo el peso de la ira de Dios a la vez, porque esta es infinita y ellos finitos. Y si esto fuera posible, no estarían retorciéndose aún en esa lúgubre prisión por no pagar. Pero mira a Aquel que cargó con la maldición total por el pecado. Los sufrimientos de los pecadores condenados son infinitamente *extensivos* por eternos; pero los de Cristo fueron infinitamente *intensivos*. Él pagó de una vez lo que ellos estarán pagando eternamente, sin acabar jamás.

Toda la maldición del pecado se unió en Jesús, como todo arroyo corre hacia el mar; se juntó en él la paga completa de pecado y muerte. “El castigo de nuestra paz fue sobre él [...]. Jehová cargó en él, el pecado de todos nosotros” (Is. 53:5,6). Ve más allá y considera el amor indescriptible de Dios por su amado Hijo mientras lo ve entrar —solo— en el escenario de aquella tragedia sangrienta. Quédate quieto ahí y reconoce el precio doloroso que tanto Dios como su Hijo pagaron para que fueras uno con él. Creo que así estarás en el escalón más

alto que puedes alcanzar por medio de la Palabra de Dios en la meditación de su amor.

Imagínate a un padre con un solo hijo —y que no puede tener más— enviando a ese hijo a la cárcel y condenándolo a muerte con su propia boca. Entonces, para asegurarse de que la ejecución se lleve a cabo con el tormento más horrible posible, observa la muerte de aquel con los ojos llenos, no de pena, sino de ira. Si estudias el semblante de este padre, llegas a la conclusión de que seguramente odia, o bien a su hijo o el crimen que cometió. Esto es lo que se ve en la actitud del Padre hacia el Hijo, porque el causante de la muerte de Cristo fue Dios más que ningún hombre o demonio.

Jesús sabía que su sentencia de muerte había sido firmada y sellada por su Padre, porque oró diciendo: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mt. 26:42). Pero el alma del Varón de Dolores se regocijaba en obedecer a Dios, y su sangre era el único vino que alegraba el corazón del Padre: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is. 53:10). Cuando Cristo murió en la cruz, Dios se complació, no porque no amara a su Hijo, ni porque este le hubiera desobedecido, lo cual Jesús no hizo ni siquiera una vez. Pero Dios odiaba el pecado, y en su resolución de exaltar su misericordia para con los pecadores, satisfizo su justicia en su único Hijo.

b) Dios compró nuestra paz por medio de Cristo para proteger a los creyentes del orgullo

El orgullo es la piedra que hizo tropezar a hombres y ángeles. Para que el hombre se volviera a levantar, Dios apartó esta piedra y depuso el arma con que se herían sus hijos. Para proteger a su familia de las huestes infernales que en el futuro intentarían entrar por esa puerta, Dios escogió este modo de salvarlos, tan seguro que, cuando acude el príncipe de este mundo para tentarlos con el orgullo, no encuentra nada en ellos que responda al ofrecimiento. Nos preguntamos cómo puede crecer el orgullo, entre todos los pecados, ya que su única raíz proviene de la imaginación y la fantasía humanas. Y sin embargo se desarrolla como un hongo o musgo entre piedras, donde tiene poca o ninguna tierra

para fijar la raíz. Con esta manera evangélica de reconciliar a los pecadores por medio de Cristo, Dios obliga a Satanás a traer la tierra desde fuera.

¿Quieres la paz con Dios? No esperes encontrarla en la penitencia: “El castigo de nuestra paz fue sobre él” (Is. 53:5). ¡Ten por seguro que nunca podrás hacer tu propia paz! Es por el nombre de Cristo, y él hizo la obra solo: “Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno” (Ef. 2:14). Judío y gentil son uno con Dios y entre sí.

¿Quieres justicia? No aparezcas ante Dios con tu propia vestimenta. Alguien ha provisto tu justicia: “Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza” (Is. 45:24). ¿Deseas el derecho a la gloria celestial? Tu plata y tu oro no bastan para comprarlo. El precio no puede salir de tu bolsillo; tiene que salir del corazón de Cristo. Él nos lo ha comprado, no con plata ni oro sino con su sangre preciosa, una herencia tan gratuita como los bienes de un padre legados a sus hijos (*cf.* Ef. 1:14).

Dios escogió darnos este tesoro de reconciliación para humillarnos, para que se doblegara nuestra soberbia y él pudiera ser exaltado en el día de nuestra salvación: “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (Jn. 6:33). Observa la razón por que Dios escogió alimentar así a sus hijos en el desierto: “En el desierto te alimentó con el maná que tus padres no habían conocido, para humillarte” (Dt. 8:16, LBLA).

Examinemos esmeradamente este proceso de humillación. Naturalmente, damos por hecho que los israelitas se volverían tanto sabios como humildes, cuando Dios mismo los alimentaba con “pan de ángeles” (Sal. 78:25, LBLA). Pero el hombre es soberbio, y prefiere ser su propio proveedor; no disfruta tanto de una comida enviada por caridad, a costa de otro, como de la comida que él mismo ha ganado. Este orgullo hizo que los israelitas anhelaran las cebollas de sus huertas egipcias: una comida inferior, pero comprada con su propio dinero en lugar de procedente de Dios.

c) La reconciliación de Dios con los pecadores apunta a una unión más perfecta que la que tuvo con Adán

Dios no habría permitido que su primera obra se deteriorara tanto con el pecado de no haber planeado edificar algo más

magnífico sobre sus ruinas. Ya que pensaba escribir la felicidad humana en la segunda edición con una letra más perfecta que la primera, utilizó a Cristo como único instrumento digno de lograr este fin: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). No vino para darles a los muertos condenados una paz yerma, una vida desnuda, sino vida más abundante de la que nunca tuviera el hombre antes de separarse de Dios por el pecado.

Cristo fue el que llenó el segundo templo con una gloria mayor que la primera; Cristo, en la segunda creación del hombre, es quien levanta su cabeza sobre su primera felicidad. Igual que Adán fue el patrón para toda su simiente (lo que él era, habrían sido ellos, de haber permanecido inocente), Cristo es el patrón para la suya de esa gloria con que los revestirá: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2). Nuestro cuerpo terrestre será “semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21), y nuestra alma se parecerá a su alma gloriosa. Mientras tanto, la condición de un pecador reconciliado en Cristo sobrepasa la primera condición de Adán, por la unión y comunión con Dios del redimido.

Superioridad de nuestra naturaleza en Cristo sobre la naturaleza de Adán

1. Unión del pecador reconciliado con Dios

a) Es más estrecha

La unión es más estrecha porque Dios y el hombre componen una persona en Cristo. Por supuesto que Adán en toda su gloria, nunca conoció tal misterio. Tenía un pacto de amistad con Dios, la mejor joya de su corona, pero no podía reclamar la relación de sangre que el reconciliado tiene con Dios. Esta solo procede de la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona de Jesucristo. Dicha unión es la base de otra: la unión mística entre Cristo y todo creyente. En esa unión, los cristianos y su Cabeza se hacen uno en Cristo:

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Co. 12:12). La Iglesia es simplemente la manifestación de Cristo. Esta unión deja a Adán, junto con los mismos ángeles, por debajo de todo pecador reconciliado.

Al principio, Adán fue creado “un poco menor que los ángeles”, pero Dios ha levantado al cristiano reconciliado por encima de ambos, porque Cristo no tomó la naturaleza angelical, sino que se hizo de la “descendencia de Abraham”, causando que “el mayor [sirviera] al menor” (Sal. 8:5; He. 2:16; Gn. 25:23). Los ángeles ministran al cristiano más humilde, heredero escogido de su Señor.

b) Es más fuerte

Mientras más se juntan las piedras, más fuerte resulta el edificio. La unión entre Dios y Adán en el primer pacto no tenía fuerza suficiente para evitar la caída de Adán, aunque la gloria de Dios siguiera firme e inmutable; pero la unión entre el Hijo de Dios y sus santos es tan estrecha y fuerte que Cristo no puede ser Cristo sin sus miembros. Él prometió: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19). Esto implica que su vida está vinculada a la nuestra; con ello Jesús quiere decir que ¡es tan fácil expulsarlo a él del Cielo, como evitar que sus hijos entraran en él!

A la Iglesia se la llama el Cuerpo de Cristo, “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:23). Un cuerpo no está completo sin cada miembro y articulación, por pequeño y aparentemente insignificante que sea, y sin cada uno en su integridad. La virtud del cristiano es la gloria de Cristo. Y aunque su gloria esencial como Dios no sea en absoluto deficiente (no necesita a los cristianos para completar su gloria), lo vemos en su puesto como Cabeza de la Iglesia, y así en cierto sentido se completa su gloria cada día, a medida que sus escogidos son llamados y crecen hasta llegar a la estatura debida en él. Entonces, desde esta perspectiva, Cristo no llega a su plenitud hasta alcanzar los cristianos su perfección y virtud en la gloria celestial.

2. La comunión del pecador reconciliado con Dios

La palabra “comunión” proviene de “unión”. Mientras más unión, mayor amor. Mientras más unido estás a una persona, más la amas. Si la unión del pecador con Dios es más fuerte que aquella de Adán, su comunión también será más dulce. La comunión entre esposos es más plena que entre amigos, porque tienen una unión más íntima. La unidad de Dios con Adán era la que existe entre los amigos, pero con el pecador perdonado es como la que existe entre los esposos: “Porque tu marido es tu Hacedor” (Is. 54:5). Hay un doble beneficio peculiar de la comunión entre el pecador perdonado y Dios.

a) Cristo es el fundamento para edificar la comunión con Dios

Por supuesto que Adán era hijo de Dios, pero estaba más distanciado de él que el alma reconciliada. Aunque era hijo por creación, el Hijo de Dios aún no había llegado a ser Hijo del Hombre mediante la encarnación; y esta es la única puerta por donde entra la atesorada unidad del creyente con Dios.

Cada vez que el creyente levanta los ojos de la fe a Dios, ve su propia naturaleza en pie ante el Trono en la persona de Jesucristo. Si los Patriarcas corrieron a su anciano padre con la gozosa noticia al ver a José a la diestra del faraón, con el manto del poder y honor real, qué abundante mensaje lleva la fe al cristiano después de cada visión de amor en la comunión con Dios. “Anímate, alma mía, veo a Jesucristo, tu pariente más cercano, en gloria a la diestra de Dios. No temas más, porque él tiene “toda potestad [...] en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18), y su sangre te relaciona tan estrechamente con él que no podrá olvidarte, si no se esconde de su propia carne”.

Mientras más desciende un rey al nivel del súbdito más humilde, más familiar se hace para todos. Fue una maravillosa condescendencia de su parte cuando el Dios Todopoderoso y sin igual, primero, creó al hombre y, luego, estableció tan cordial pacto con él. Pero en el nuevo pacto divino, él desciende de su trono y cambia su manto majestuoso de gloria por los harapos de la débil carne. Deja su palacio para

El calzado espiritual del cristiano

morar durante algún tiempo en la choza humilde de una criatura; y allí padece persecución a manos de aquellos que vino a salvar.

Cuando terminan sus años en la tierra, vuelve al Cielo, no para quejarse de los malos tratos recibidos, ni para alinear las tropas divinas contra sus atormentadores, sino para preparar el palacio celestial para aquellos que antes lo odiaban pero ahora están llenos de su gracia.

Cristo hace algo más: a fin de que los que están sobre la tierra no teman que su recuperada realaleza pueda excluirlos de su corazón, demuestra ser el mismo en el cenit de su honor que era en lo profundo de su humillación. Demuestra esta inmutabilidad al volver a la gloria celestial con la misma ropa que tomó prestada de su naturaleza. Así el Hijo de Dios incorpora esta vestidura a su vida glorificada, y marca el patrón de lo que serán los cuerpos de los cristianos en el Reino. Ninguna parte de esta identificación de Cristo con el hombre estaba presente en el trato de Dios con Adán.

b) La misericordia perdonadora y el amor de Cristo endulzan la comunión con Dios

Adán no tenía este terrón de azúcar en su copa; conocía el amor de un Dios dador, pero le era desconocida la misericordia del Dios perdonador. El pecador reconciliado experimenta ambas cosas.

El amor del padre consuela al hijo obediente, pero esta demostración de ternura no se puede comparar con la compasión que siente el padre para con su hijo rebelde. Ciertamente el pródigo que vuelve a los brazos abiertos de su padre tiene mayor razón para devolver ese amor paternal que el hermano que nunca abandonó su casa. Sin duda, la misericordia perdonadora y el amor de Cristo que la procuró, son el fruto más dulce y sano sobre el cual el cristiano puede meditar en la tierra.

¿Quién es capaz de concebir la espléndida música que tocarán los santos glorificados en esta clave de amor y misericordia divinos? Seguramente sus arpas estarán afinadas con el “cántico del Cordero” (Ap. 15:3). La celebración plena de

los cristianos en la gloria celestial está compuesta de los mejores ingredientes posibles, dispuestos por la mano de Dios para no perderse ninguno; y el sabor de cada uno no se confunde con otro. Pero la misericordia perdonadora y el amor insuperable de Dios en Cristo, ponen un dulce remate al festín y su sabor destaca sobre todo lo demás.

Por qué buscar la paz con Dios

Sabemos que la paz de Dios es de desear; si no, es que se equivocó al mandar a los ángeles cantar: “Gloria a Dios [...] y en la tierra paz” (Lc. 2:14). Si la paz del pecador con Dios no es del precio y el valor más altos, Cristo mismo estaba engañado y tiene poca recompensa por derramar la sangre de su corazón. Pero esto no se puede creer.

Al ver lo libremente que Dios ofrece esta paz y este perdón en Cristo, y la indiferencia humana ante el ofrecimiento, los ignorantes podrían creer que Dios intenta deshacerse de una mercancía barata y mal hecha, y por eso está tan dispuesto a dar y el hombre tan reacio a recibir. ¿Quién es el consejero malvado que endurece el corazón humano para que no acoja las misericordias de Dios? Nadie excepto el diablo puede odiaos tanto a ti como a Dios.

Piensa, pecador: ¿Qué respuesta mandarás al Cielo cuando Dios llame a casa a sus embajadores para nunca más extender ni renovar su tratado de paz? La lucha de Satanás con Dios está demasiado avanzada como para que te mire dos veces. Además, ¿podrá el maligno darte una armadura que detenga el fuego del juicio divino? ¿Cómo lo hará, cuando esos dardos de fuego están clavados en su propio corazón, causándole tormentos indecibles? ¿Te enviará su compasión cuando te hayas destruido finalmente por seguir sus consejos? Por supuesto que no; como tampoco el lobo rabioso compadece a la oveja después de descuartizarla y beber su sangre.

Para que nunca puedas decir que no comprendías como encontrar la paz con Dios por medio del evangelio, sopesa con cuidado estas cuatro ideas...

1. Considera lo ofrecido: la paz con Dios

Esta paz es tan indispensable como cabal. No puedes contentarte con menos que la paz, pero no hace falta más que la paz para llenarte del verdadero gozo. De todos los platos en el menú espiritual de Dios, su ración de paz es el más indispensable. Si lo quitas, todo el festín se estropea, aunque una paz externa bien condimentada la reemplace en el centro de la mesa real.

¡Escucha, pecador! Esta controversia entre tú y Dios, ¿no es como un sapo hinchado en el fondo de tu copa de miel? Tus pecados no están perdonados y estás condenado a muerte por ellos, por mucho que bailes en la sombra de tu prisión. ¿Qué opinarías de alguien que pasara las últimas horas antes de ser ahorcado jugando a su deporte favorito? ¡Dios será misericordioso si prorroga tu ejecución un día más!

Confieso que cuando veo a alguien cuya vida lo revela como un pecador no perdonado, y cuyo placer proviene de tener vestidos caros e invitar a otros con aire soberbio de opulencia, me sorprende que no le importen ni Dios ni él mismo. ¿Cuánto más crees que el Señor le observará mientras apila toda esa basura en torno a sí mismo, antes de arrimarle una tea?

Un acreedor se disgusta cuando ve al deudor pasándolo bien con su dinero prestado, sin pensar en cancelar la deuda. ¡Cuánto más grave es, entonces, que Dios vea a los pecadores dilapidando lo que él les da, viviendo alegremente y pasando por alto la necesidad real que tienen de hacer la paz con Aquel a quien tanto deben!

Hubiera sido una necedad que los judíos se pusieran a sembrar campos, pintar sus casas y jugar en las calles después de que Asuero selló el decreto de su aniquilación. En su lugar, hicieron todo lo posible para que se desestimara aquella orden sanguinaria. Eres peor que un borracho inconsciente en un callejón lleno de basura, si vas brincando por la vida mientras llevas en la conciencia la sentencia de muerte dictada por la misma boca de Dios.

Cuando Tomás Moro estaba en la Torre, se negó a cortarse la barba, recordando a los demás la controversia que había

entre él y el rey por su cabeza; y juró que hasta resolverse el asunto no pensaba malgastar tiempo afeitándose. Todo el gasto y esfuerzo que inviertes en ser feliz es un despilfarro hasta saber el destino de tu cuerpo y de tu alma.

Primero, debes hacer las paces con Dios. El refrán lo resume así: “El que paga las deudas se hace rico”. El alma reconciliada nunca será pobre. En cuanto se haga la paz, habrá camino libre entre la persona y Dios. Una vez perdonado, puedes entrar en cualquier puerto del dominio de Dios y ser bienvenido. El tesoro de todas sus promesas está abierto para ti. Carga con todo lo que tu fe pueda llevar; nadie te lo impedirá. Como se saca todo el vino del barril por una misma espita, la fe extrae consuelo de todo el pacto por la sola promesa de la reconciliación.

Por esta puerta de la reconciliación, entras en comunión con Dios en todas sus ordenanzas. De esta forma puedes andar de acuerdo con él en cualquier dirección, mientras que antes tu presencia alejaba su corazón como la vista de un enemigo, dispuesto a luchar contra el pecado con el juicio. “El herrero y su dinero negros son”, dice el refrán. Así eras tú en compañía de tus obras muertas antes de reconciliarte con Dios en Cristo. Pero ahora, para él, “dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto” (Cnt. 2:14).

Todo lo de Dios es tuyo: sus carros y caballos también, como Josafat le dijo a Acab. Aun cuando el peor enemigo te dé miedo, sabrás dónde encontrar un Amigo que siempre estará de tu parte. De hecho, las providencias divinas pueden parecer abejas que vuelan de acá para allá, a veces moviéndose de maneras que aparentemente contradicen a otras, hasta hacerse imposible trazar su curso. ¡Pero todas ayudan a tu bien! Tu alma es la colmena en donde por fin descargarán el dulce fruto de su labor, aunque puede hacerse de noche —llegar el oca-so de tus días— antes de que lo descubras.

En resumen, si estás reconciliado, te hallas a un paso del Cielo: “A los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:30). Llegarás allí en cuanto la muerte rasgue el velo de tu carne, que es lo único que te separa de la plenitud de la gloria de Dios en Cristo.

2. Considera quién te ofrece la paz: el Dios santo

Es difícil saber qué milagro es mayor: que Dios te ofrezca la paz, o que tú la rechaces. No resulta anormal que el hombre condenado se postre ante su príncipe para rogar el indulto. Pero que un traidor abra la puerta de su mazmorra y se encuentre allí a su príncipe con el solo propósito de rogarle que acepte ser indultado, es un misterio.

En términos prácticos, el amor propio es a menudo el motivo principal de esta aparente abnegación. El padre que se rebaja para volver a ganarse a su hijo se ama a sí mismo, porque el hijo lleva gran parte de la vida de su padre en su persona. La seguridad del gobernante puede estar tan unida a la vida del traidor, que no le sea posible ejecutarlo sin poner en peligro su corona.

Ninguna de estas dos condiciones obligó a Dios a buscar la paz para sus hijos; esta es consecuencia de su amor condescendiente y libre. ¿Cómo esperas vivir si rechazas un don así? Si el vecino más pobre del pueblo viene para hacer las paces después de ofenderte, ¿no te redarguye tu conciencia si le das la espalda? Entonces, ¿cómo mirarás a Dios y a tu conciencia de frente si rechazas la paz que él te ofrece? Tiene un poder absoluto y perfecto sobre tu vida. Su ofrecimiento de paz no lo hace por tener la espada rota. Él no está en desventaja: trae esta paz aun cuando su juicio podría haberte ya encadenado en tinieblas entre los malditos.

3. Considera cómo te ofrece Dios la paz

a) La ofrece sinceramente

Consuélate: sabes que es “el Dios de verdad” que te ofrece la paz sin fraude ni traición. Nunca ha derramado sangre en nombre de la paz, ni entregado a nadie a la espada de su ira después de concederle dicha paz: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar” (1 Jn. 1:9). Las promesas de Dios no son “sí y no”, como las del diablo, que las dispone para aprovecharse de todas maneras. El corazón de Dios se ve como por un cristal en estas promesas: todas ellas son “sí y amén” en Cristo (2 Co. 1:20).

b) La ofrece con afecto

El corazón de Dios está absorto con las formas tiernas de mostrar misericordia a los pecadores, y esta compasión se revela de tres maneras:

1. *En su forma de reconciliar a los pecadores consigo mismo.* Los hombres se esfuerzan al máximo por conseguir el deseo de su corazón. Dios ha inventado una forma única de reconciliar a los pecadores consigo mismo, de forma que hasta los ángeles estudian este misterio de la misericordia divina para conocer “la multiforme sabiduría de Dios” (Ef. 3:10).

2. *En la temprana revelación de la salvación a los hijos de los hombres.* En cuanto el primer hombre se rebeló contra su Hacedor, el corazón del Señor tuvo compasión de él, y no dejó que el sol se pusiera sobre su enojo. En el mismo día que pecó el hombre, Dios predicó la paz por medio de la simiente de la mujer (cf. Gn. 3:15).

Adán no se imaginaba que Dios tendría un mensaje semejante para él cuando lo escuchó acercarse y decir: “¿Dónde estás tú?”. Para sus oídos culpables la voz sonaba como la de un Dios vengador; pero ese sonido resultó ser la llamada de un Padre de gracia, que deseaba aliviar la conciencia dolorida de su hijo con la compasión y la misericordia que había concebido por él (Gn. 3:9). Sin duda el corazón de Dios rebosaba de esta misericordia, o no habría aparecido tan pronto.

3. *En la ordenanza del ministerio evangélico.* Se podría pensar que bastaría con que Dios imprimiera sus pensamientos y propósitos de misericordia en la Palabra, y los encerrara en un libro. Cuando los gobiernos promulgan una ley, se espera que todo ciudadano la busque, la lea y la obedezca plenamente. No envían a un mensajero por todo el país persuadiéndolos a someterse a ella. Pero esto es exactamente lo que hace Dios: envía ministros para convencer a los pecadores para que se reconcilien con Dios. Observa estos detalles en cuanto a los ministros de Dios:

Las personas que Dios envía a predicar. Aunque los ángeles ministran a los herederos de la salvación, siguen siendo extraños para nosotros. En lugar de utilizarlos a ellos para predicar el evangelio, Dios envía a hombres, seres humanos con pasio-

El calzado espiritual del cristiano

nes como las nuestras,- cuya naturaleza los pone bajo las mismas limitaciones y tentaciones que a los demás. Puesto que conocen sus propios corazones, pueden revelarnos libremente la vileza de los nuestros. El fuego de la ira de Dios que los ha chamuscado por sus pecados, puede indicar el peligro que corremos por la misma clase de impiedad. Por otra parte, el perfume del amor de Cristo en sus vidas nos invita a saciarnos de esa misma abundancia.

Los requisitos para los ministros del evangelio. “Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen (2 Ti. 2:24-5). Dios no quiere que haya nada en el predicador que predisponga el juicio del pecador, ni endurezca su corazón, contra el ofrecimiento de la gracia. Si el siervo es soberbio y exigente, ¿cómo va a saber la gente que su Amo es manso y paciente? La brecha no debe hacerse más ancha de lo que ya es; de hecho, el que caza el ave no la debe asustar. Además, no se lleva a los pecadores a Cristo lanzándoles duras y provocadoras piedras de retórica, sino que se les atrae y se les encandila con exhortaciones que ablanden el corazón.

La comisión de Dios para sus embajadores. Las dos partes principales del llamamiento de Dios incluyen su *amplitud* y su *rigor*. Primero, la *amplitud* dice: “Id [...] y predicad el evangelio a toda criatura” (Mr. 16:15). Jesús quería decir: “Ofrece la paz a todos. No hagas distinciones: rico o pobre, pecadores empedernidos, viejo o joven. Invítalos a todos, porque tengo sitio para todo aquel que se arrepienta y crea”.

Por otra parte, el *rigor* de Dios subraya la importancia de proclamar su mensaje fielmente. Pablo temblaba al pensar en la pereza: “¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16). Cristo buscó en lo profundo de su corazón para persuadir a Pedro: “¿Me amas? [...] Pastorea mis ovejas” (Jn. 21:16). Como si dijera: “Pedro, lloras y te sientes culpable porque tu cobardía te hizo negarme; pero hay una manera de demostrar tu amor: pastorea mis ovejas. Hazlo y deja de preocuparte por la traición del pasado”. De nuevo, Cristo mostró mayor cuidado por sus ovejas que por sí mismo.

El gozo que Dios expresa cuando los pecadores aceptan su

paz. El gozo es el mayor testimonio de nuestra paz. El amor es para el gozo como la leña para el fuego. Si el amor solo reúne algunas astillas (pequeños deseos del corazón), la llama del gozo no calentará mucho. Pero puesto que Dios se goza tanto en perdonar a los pecadores, su afecto también es grande en su ofrecimiento de paz. De hecho, el motivo por que Dios perdona a los impíos es que “se deleita en [la] misericordia”: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mi. 7:18).

Si preguntas a un pescador por qué está con el anzuelo en el agua toda la noche, responderá que le gusta la pesca. Por eso sabemos el por qué Dios espera a los pecadores durante meses o años, predicándoles: se complace en perdonarlos por su gracia y misericordia. De vez en cuando, un funcionario perdona a algún criminal más por complacer a otros que a sí mismo, pero Dios perdona para alegrar su propio corazón. Por eso, cuando Cristo vino a reconciliar a los pecadores con Dios, su ministerio se identificó con “la voluntad de Jehová” (Is. 53:10).

Dios se empeñó tanto en la misión de reconciliación de Jesús, que solo le satisfizo la muerte de su Hijo: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is. 53:10). Los padres terrenales lloran profundamente la muerte de un hijo; pero el gozo de Dios por aquel acto violento de obtención de la paz, surgió porque así se abría un camino para que él pudiera tomar a los pecadores en sus brazos. Viendo lo mucho que Dios desea que acudas a él, te pido que consideres otro asunto, antes de decidir si tomas el camino de su paz o sigues tu propio sendero hacia el Infierno.

4. Considera lo que ocurre cuando rechazas la paz de Dios

La declaración de guerra o de paz suele ser resultado de una deliberación y un consejo madurados. Entonces, ¿qué haces cuando no aceptas el tratado divino de paz? ¿No estás dando meramente más trabajo al arrepentimiento cuando el mismo no valdrá ya para nada? Si no eres lo bastante fiel a Dios y a tu alma como para dejar que tu conciencia hable libremente en

este asunto, yo lo haré por ti, y te diré exactamente qué es lo que haces cuando rechazas la paz.

Primero: cualquiera que rechaza el perdón, o bien está negando que ha hecho mal o, peor aún, está defendiendo dicho mal. Tus acciones dicen que no quieres ser amigo de Dios, y en términos prácticos pretendes seguir con la guerra. Amílcar Barca fue tan enemigo de Roma que al morir legó su odio a su hijo Aníbal. ¿No basta con que hayas luchado tanto aquí en la tierra contra tu Creador? ¿Vas a seguir con la lucha en el otro mundo también, donde no cabe más posibilidad de terminar con ella que con la eternidad misma?

Además, estás despreciando a Dios mismo, como si su amor y su ira fueran tan triviales que no pudieran inclinar la balanza de tus pensamientos ni hacia la confianza ni hacia el temor. En resumen, que consientes en tu propia condenación y te lanzas al horno abrasador del juicio divino.

Por supuesto que te das cuenta de que el Señor ha jurado destruirte si mueres así. La muerte es la trampa por la que te baja a la mazmorra del Infierno; una vez allí, tendrás tiempo de sobra para lamentar tu decisión, aunque aquí no te molestas en trabar amistad con Dios. Los recuerdos de sus ofrecimientos de paz serán como sal y vinagre, con los que tu conciencia acusadora te aderezará continuamente mientras te asas en las llamas infernales. Si eres pecador, ya sé que este lenguaje te crispa los nervios, pero es mucho menos horrible que el crujir de dientes en el Infierno.

He leído acerca de una ley tonta y cruel que había entre los espartanos, la cual decía que nadie podía recibir malas noticias en cuanto a sí mismo de otra persona. En su lugar, cada cual tenía que descubrirlas por su cuenta. Tristemente, muchos hoy estarían contentísimos de que tal ley cerrara las bocas de los pastores para evitar que asustaran a los pecadores hablándoles del pago del pecado y de la muerte. La mayoría de los impíos se ofenden más porque se les hable del Infierno que por el estado pecaminoso que los lleva allá.

¿Cuándo vamos a mostrar el amor de Dios a los pecadores, si no lo hacemos ahora mismo? En el Infierno el amor no podrá hacer nada por ellos; ya que aquel es la peor clase de casa

de apestados, no podremos escribir en sus puertas: “Señor, ten piedad de los aquí residentes”. No; aquellos que oran por su salvación ahora, y lloran por su estado perdición, un día tendrán que votar juntamente con Cristo por la condenación de los impenitentes, sean estos sus maridos, esposas o hijos. ¡Cuidado pecador!, *ahora* es el tiempo aceptable para hacer las paces con Dios, antes de que te despiertes en el Infierno y veas los corazones de Dios y de tus seres queridos endurecidos contra ti.

Cómo hallar la paz con Dios

1. Reconoce que hay enemistad entre tú y Dios

Vayas donde vayas, un Dios airado te rodea; su ira es como una gran nube de maldición que te cubre, lista para ser derramada sobre ti. Debes reconocer esta verdad. Los hombres pueden admitir que son pecadores, pero no llegan a considerarse enemigos de Dios.

Como los ladrones, los pecadores confesarán algunos fallos menores pero evitarán cuidadosamente todo lo que sugiera la necesidad de juicio. “Pecador” es un mote aceptable. ¿Quién no peca alguna vez? Pero confesar una enemistad abierta con Dios, los acerca demasiado al cadalso. Son como los judíos que exigían que el Rabsaces no hablara en hebreo a oídos del pueblo para no asustarlo (*cf.* Is. 36:11). Demandaban que hablase en otro idioma. También los pecadores prefieren que no se les diga llanamente la verdad a oídos de su conciencia. Prefieren que se les hagan cosquillas en los oídos, antes que enterarse de lo peor.

Podrías tener todos los imperios del mundo en tu mano, y a las naciones arrastrándose a tus pies, como los animales se presentaron delante de Adán. Tu vida podría ser el doble de larga que la de Matusalén para disfrutarlo todo, sin ni siquiera una nube que lo oscureciera. Pero si te falta la paz, yo preferiría ser un gusano bajo tus pies o un sapo en una zanja, que tú mismo en tu palacio. Un pensamiento acerca de la muerte cercana y del tormento que te aguarda puede destruir al instante toda tu felicidad presente.

Rechazar la paz de Dios en los términos evangélicos hace que los grandes dirigentes del mundo —de hecho *todo* pecador no reconciliado de la condición que sea— vayan a la tumba como un oso baja una colina: andando hacia atrás. Mirar adelante podría matarlos del susto, viendo hacia donde se dirigen. Van hacia allí sin una coraza: la seguridad de la paz con Dios.

¿Qué deberías hacer entonces? ¿Encerrarte como un pecador condenado, apartado de los amigos halagadores que consuelan tu alma con una falsa seguridad, lo cual constituye la cuna en que el diablo mece a las almas hasta su destrucción? Más bien, busca a aquellos que se atreven a ser fieles, como Samuel, para decirte toda palabra de Dios que haya contra ti, sin tapujos.

Lee tu propia sentencia con los ojos puestos en la Palabra; acepta tu sentencia de la boca de Dios, no del hombre: “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Is. 57:21). Medita la Palabra hasta que se adhiera a tu alma como la venda a una herida, y saque la costra de orgullo y confianza carnal que han endurecido tu corazón. Para entonces, la angustia de propio espíritu te impulsará a desear la paz con Dios por encima de todo. Esto es lo que Dios ha estado esperando oír de ti.

2. Asegúrate de tener buenas motivaciones

Nada es tan odioso para Dios como las blandas palabras de paz, mientras en el corazón se mantiene la guerra fría. Cuidado que no tengas intenciones indignas cuando pides la paz de Dios, porque él las escudriña todas. Dios nunca ha cambiado de parecer acerca de nadie al que haya perdonado y acogido en su paz, porque nunca ha sido engañado como a veces nos engañan los falsos hermanos. Cuando Joab mató a Amasa, este no se había percatado de la daga que Joab llevaba en la mano (2 S. 20:9,10). Pero Dios escudriña el corazón para ver lo que lleva dentro; por tanto, asegúrate de tener claro en la mente tu motivo verdadero.

Dios permite que te pongas de su parte porque es seguro. Nadie ha hecho las paces con él sin que este motivo fuera uno de los factores para ello. Si Jacob hubiera estado seguro en su casa, nunca habría acudido a Labán. De alguna manera, a to-

dos se les arranca de su propia autoconfianza antes de que se entreguen a Dios. Cuidado que no sea este tu único motivo; Dios no permite la paz cuando el tratado solo se hace por egoísmo. Un hombre sorprendido por la tormenta bien puede cobijarse bajo el techo de su peor enemigo sin cambiar para nada de actitud hacia él. Hay dos cosas más importantes que la supervivencia cuando buscas la paz.

a) La reconciliación debe buscar honrar a Dios

Si Dios no se glorificara en perdonarnos más que en condenarnos, sería egoísta que lo deseáramos. Pero no pierde nada por sus actos de misericordia: “Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, *por la gloria de tu nombre*; y líbranos y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre” (Sal. 79:9).

Dios es libre de escoger lo que complace a su corazón y exalta su nombre. Vemos en la Palabra que él ama la misericordia y no el sacrificio (*cf.* Mt. 12:7). Se complace más en la misericordia mostrada a un pecador que en la sangre de todos los condenados que se han de sacrificar a su justicia.

Pero Dios tiene un fin más alto que el sufrimiento en la condena de los pecadores: magnificar la gloria de su misericordia en los hijos salvados. Esto es lo que deleita a Dios, y el juicio es solo la sombra de ello.

Puedes buscar la paz con Dios cuando tu corazón está dispuesto a colmarlo de honra, porque la alabanza es un motivo que Dios no rechaza. Abigail le dijo a David: “No tendrás motivo de pena ni remordimientos” (1 S. 25:31). Quería decir que nunca se lamentaría de haber evitado el derramar sangre. El cristiano ora entonces: “Señor, cuando esté en el Cielo entre hombres y ángeles alabándote por el perdón y la gracia, no te lamentarás de que tu misericordia haya evitado el que condenaras mi alma al Infierno”.

Hoy en día está claro que muchos que persiguen la paz esperan el perdón de Dios, aunque no les importa para nada su honra, y son totalmente ignorantes de él y de su Hijo Jesús. Quieren que Dios haga las paces con ellos mientras ellos hacen guerra contra él y su Palabra. Como un ladrón ante el tribunal, esta clase de personas ruega al juez que le perdone la vida co-

mo sea, para bien o mal, de forma legal o ilegal. ¿Qué le importa a él, mientras se le perdone? ¿Considera acaso la honra del juez? No te engañes, Dios no despreciará sus propios atributos para hacer las paces contigo.

b) La reconciliación debe buscar la comunión con Dios

Supongamos que Dios te dijera: “Soy tu amigo; he mandado que nunca vayas al Infierno. Tengo en mi mano tu indulto, para que jamás seas arrestado por tu deuda conmigo. Pero en cuanto a la comunión, no la esperes; he acabado contigo y nunca vas a conocerme mejor”. Si le escucharas esto al Padre, ¿cuánto te agradaría la paz? Aunque se apagaran los fuegos del tormento, la angustia infernal permanecería en las lúgubres tinieblas sin la presencia de Dios.

Absalón no concebía término medio entre ver el rostro de su padre y morir: “Vea yo ahora el rostro del rey; y si hay en mí pecado, máteme” (2 S. 14:32). Juró diciendo: “Si no soy digno de disfrutar del amor y la presencia de mi padre, no quiero vivir”. Por otra parte, el corazón inconverso busca la paz sin anhelar la comunión con Dios. Como el traidor, está dispuesto a prometerle al rey lo que sea, con tal de salvarse de la ejecución.

3. Abandona tu rebelión y sométete a la misericordia de Dios

Dios no te hablará mientras empuñes la espada: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta” (Is. 1:18). Observa cuando entra realmente en negociaciones: “Dejad de hacer lo malo” (v. 16). Solo entonces vas camino a la paz.

a) Dios es un gran Dios

El Señor Todopoderoso es demasiado glorioso para encontrarse con sus humildes criaturas de igual a igual. Un rey puede hacer la paz con otro, o puede conseguirla por la fuerza. Pero para vencer a un súbdito rebelde, encadenado y desamparado, el rey solo tiene que mandarlo ahorcar por traición. El gran Dios quiere que comprendas esto. Que regateen y pongan condiciones aquellos que pueden usar la fuerza y vivir sin paz. Pero, pecador, espero que tú no te creas en posición de enfrentarte a

Dios en batalla. La única manera de vencerlo a él es de rodillas, mientras postrado confiesas: “Señor, mi vida es tuya. Seré tu cautivo, y escojo morir por mano de tu justicia en lugar de luchar contra tu misericordia”.

Aquel que rinde su vida a los pies de Jesús pronto descansa en sus brazos: “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará” (Stg. 4:10). Aunque el Alto y Sublime se incline para abrazar al penitente con su misericordia perdonadora, no deshonrará su soberanía razonando con uno que discuta con él. Hay un importante aspecto del carácter de Dios, y es que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Ex. 34:7).

b) Dios es santo

El pecado fue lo que alejó a Dios de sus hijos. ¿Cómo esperas entonces hacer las paces con tu Padre si hay pecado —la fuente de todo el problema— en tu corazón? Dios está dispuesto a reconciliarse contigo, pero no puedes esperar que él se una a tu pecado. ¿Qué seguridad puede tener de tu amor si no renuncias a lo único que él desea que abandones?

El pecado es deicida. Mientras te gobierne, Dios se negará a considerar la paz. Los dos no pueden reinar juntos; tienes que escoger. Tampoco te engañes, suponiendo que puedes alejar por un tiempo la concupiscencia, para volverla a llamar cuando termine la controversia. Dios no será burlado de esta manera; él mantiene su promesa: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7). ¿Ves lo completa que es la Palabra de Dios? No deja escondrijo para el pecado; tenemos que abandonarlo *todo*. Este absoluto implica una decisión deliberada de no volver a admitir el pecado.

1. *Abandonar el pecado es una decisión deliberada.* Algunos pecados te abandonan a ti; el espíritu inmundo a veces se marcha sin ser expulsado. Tal vez cesa la ocasión de pecar, o falta la capacidad física de la persona para ceder a ella. En cualquier caso, no ha habido un abandono del pecado. Pero la santa determinación e indignación para romper con el pecado cuando la tentación es más fuerte, eso sí que es abandonarlo.

Cuando los enemigos de David lo rodearon, empezó a resistirse y a repelerlos en el nombre del Señor. La dignidad de la alabanza de Moisés estriba en su abandono de la corte del Faraón, no durante la vejez como Barzilai, sino mientras la sangre joven aún calentaba sus venas.

2. *Abandonar el pecado es dejarlo sin reservas y para siempre.* Cuando vamos en viaje de negocios, no abandonamos nuestra casa, sino que pretendemos volver. Pero si alguien empaqueta todos sus bienes, echa la llave y se marcha a otro lugar, decimos que ha abandonado su casa. Si un borracho está sobrio de vez en cuando, no significa que ya no es bebedor. Se abandona el pecado cuando se echa fuera el mismo y se cierra la puerta con llave, con el propósito de no volverla a abrir: "Efraín dirá: ¿Qué más tendré ya con los ídolos?" (Os. 14:8).

Antes de poderse sellar el perdón, la persona tiene que hacer algo más que alejarse de un par de pecados: debe abandonar todo el camino del pecado. Un viajero puede cambiar de sendero y seguir en la misma dirección; puede abandonar un camino rocoso por otro más cómodo. Esto ocurre cuando alguien entra en un camino más aceptable porque sus pecados inquietan a su conciencia. Pero solo consigue un camino más llano hacia el Infierno. Para abandonar el camino del pecado, tienes que dar la vuelta y dejar el mal camino totalmente. Has de cambiar de dirección. En resumen, es necesario abandonar aun el camino más oculto del pecado, hasta el que hay entre la maleza: "Y el hombre inicuo sus pensamientos". Si no, llamas en vano a la puerta de Dios en busca del perdón. Abandona todo pecado, o no te molestes para nada; cuando se salva una concupiscencia, se pierde un alma.

Si los hombres están tan decididos a ir al Infierno, ¿por qué ser tan educados y precisos al respecto? Contemporizar con el pecado es ridículo. ¡Es tan absurdo como la petición de aquel condenado que iba camino al cadalso y que pidió que no pasaran por cierta calle por temor a contagiarse de la peste! ¿De qué te servirá si llegas al Infierno por el camino del orgullo espiritual y de la ignorancia, en lugar de por la avenida de la iniquidad declarada?

¿Qué deseo es tan valioso que valga la pena arder en el In-

fiemo? Cuando Darío se escapó de Alejandro Magno, tiró la pesada corona para poder correr más aprisa. ¿Es la concupiscencia tan preciosa para ti que no puedes dejarla atrás en lugar de caer en manos de un Dios iracundo? Esa es una idea estúpida.

4. Corre humildemente al trono de la gracia y pídele a Dios que te dé la paz

Puedes estar seguro de que Dios se halla más dispuesto a darte la paz, que tú a recibirla. Pero no pongas nunca tu confianza en el arrepentimiento ni en la reforma personal; esto sería un trapicheo pecaminoso delante de Dios. Él no espera un a mercachifle que venga a tratar con él, sino a un humilde adorador que suplique su amor y su gracia.

Pero es un error igual de flagrante presumir acerca de la misericordia *absoluta* de Dios. Esto sería tomar la espada por el filo en lugar de por el mango. Los que lo hacen, encontrarán muerte y condenación en la misma misericordia que les hubiera salvado de haberla ellos aceptado en la forma que Dios la dio: por medio de Cristo. “¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga paz conmigo paz; sí, haga paz conmigo” (Is. 27:5). ¿Dónde encuentras la fuerza salvadora de Dios sino en Cristo? El Padre ha puesto su fuerza sobre Uno que es poderoso y que “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (He. 7:25). No dejes que te engañe el razonamiento natural; no son el poder y la misericordia absolutos de Dios los que te ayudará, sino *su fuerza y misericordia pactadas en Cristo*. Aférrate a Cristo, y estarás asido al brazo de Dios.

La bondad esencial del Padre es un sólido argumento para depender de la promesa de Cristo para el perdón, cuando consideramos que la misma naturaleza de Dios es perdonadora y misericordiosa. Pero si no existiera la promesa de aplicar esta misericordia a los pecadores por medio de Cristo, el hecho de la bondad divina sería un frío consuelo. A fin de cuentas, podría haber condenado a toda la simiente de Adán sin desmerecer para nada su bondad.

No es mancha alguna para la omnipotencia divina el no hacer todo lo posible dentro de su capacidad divina. Podría

hacer más mundos, si lo deseara; pero no es menos poderoso si no los hace. Podría haber salvado a los ángeles caídos junto con los hijos de hombre perdidos, si le pareciera oportuno. Pero sin haber sacado a la luz promesa alguna referente al tema, la bondad de Dios da poca esperanza a los demonios de que hará tal cosa.

La bondad divina continúa. Los que por simple ignorancia del evangelio o por mentalidad soberbia que los aleja de él, rechazan la paz ofrecida por Dios en la expiación de Cristo, para luego confiar en la bondad y misericordia absolutas de Dios en el último día, parece que sacarán tan poco beneficio de esta misericordia sin Cristo como los mismos demonios han encontrado. Su destino final solo confirmará la inutilidad de rechazar una salvación tan grande por la sangre del Hijo de Dios.

Supongamos que un príncipe libremente hace una ley que gobierne al pueblo, y luego jura solemnemente mantenerla y apoyarla. ¿Podría un criminal condenado a muerte por esa ley esperar liberalidad alguna apelando según la ley a la bondad y misericordia de su príncipe? Si algunos a lo largo de la historia han salvado la vida de esta forma, es porque su gobernante o fue imprudente al hacer la ley, o infiel a su juramento. Ninguna de estas faltas se puede imputar a nuestro Dios infinitamente sabio y santo.

El Señor ha decretado una ley —la ley de la fe— para salvar a los pecadores por medio de Cristo; está bajo juramento de cumplirla en la salvación de todos aquellos que creen en Jesús, tanto como en la condenación de todos los que no lo hacen. Para asegurar el perfecto funcionamiento de su plan, Dios ha dado juramento de fidelidad a su Hijo, confiando en él como sacerdote para procurar la redención, y como juez para dictar sentencia en el gran día de la victoria o la condenación.

No permitas que nada te aleje de poner tu completa confianza en Cristo, Hijo del Altísimo, Dios y hombre en una Persona, que puso su vida para expiar el pecado del mundo entero. Ahora él ofrece su sangre como precio para que la lles por fe al Padre en busca de perdón y paz.

Aun si vinieran falsos maestros para llamarte de un Cristo a otro, del Cristo fuera de ti a un Cristo interior, puedes saber que esta instrucción no es de Dios. La boca de esos cristianos reputados pueden citar la Escritura, pero su propósito es tan peligroso como astuto. Cuando alguien te llame para alejarte del Cristo fuera de ti e ir a un Cristo interior, despoja a esa doctrina de su bonito disfraz. Dicho llanamente, el maestro falso te llama para que dejes de confiar en la justicia de Cristo (su obra objetiva hecha a favor tuyo y dada a ti por la fe para tu justificación) y confíes en una supuesta obra del Espíritu en ti. No eres nueva criatura en Cristo, ni salvo, si sueltas al Cristo viviente para depender de algo dentro de ti, de alguna criatura, aunque sea “nueva”. A no ser que tu conciencia ya se haya entregado a una mentira, puedes saber que esta “nueva criatura” es solo una veta de oro envuelta en mucho barro e imperfección; y esas impurezas externas nunca se purgarán del todo hasta entrar en el crisol refinador de la tumba.

Cuídate, cristiano; es cosa de vida o muerte. Por supuesto que hay que valorar la gracia de Cristo que hay en ti. Pero también es verdad que no tienes esa gracia si no la valoras por encima del oro que el mundo amontona. Ni siquiera confíes en esa gracia de Cristo para salvación; si lo haces, atesoras algo creado por Dios por encima de Dios mismo. Digámoslo de esta forma: Una novia hace bien en guardar el retrato de su esposo que este le ha confiado, especialmente si es muy parecido a él, y aún más si él mismo lo ha pintado. Pero qué ridículo sería si llegara a despreciar a su esposo por el retrato. Si ella necesitara comida, ropa o dinero, sería tan necia como poco honorable si acudiera al retrato y no al hombre.

La virtud del cristiano se llama “el Cristo interior” porque es su retrato, y hace al cristiano semejante a Cristo. Merece ser atesorada por su gran parecido con la santidad de Cristo, que la dibujó en tu corazón por el dedo de su mismo Espíritu. ¡Pero qué tragedia si le das la espalda al Señor Jesucristo mismo, tu Esposo por la fe, esperando consuelo, felicidad y el Cielo, no de él, sino de la virtud que te ha dado!

Exhortación a los que ya tienen paz con Dios

1. No hagas las paces con el pecado

El pecado es lo que rompió la paz con Dios en primer lugar; de forma que deja que esta paz con él, emprenda ahora una guerra interminable contra el pecado. Ciertamente no debes olvidar el daño inestimable que has sufrido a causa de este. De hecho, cada momento que disfrutas del dulce amor de Dios, debe ser el impulso que mantenga ardiendo en tu corazón el fuego contra aquel enemigo maldito que te separó tanto tiempo de él.

Ahora que, según espero, Dios ha ganado tu corazón con su misericordia perdonadora, habrás empezado a amarlo porque él primero te amó a ti. ¿Entonces cómo puedes contemplar pacientemente a la concupiscencia saltar de su trinchera —tu corazón— desafiando abiertamente a tu Padre y su gracia dentro de ti? ¿No se perturba tu espíritu al ver como se burlan de Dios el orgullo y la incredulidad bajo el mismo techo de tu alma?

Cristiano, solo hay una manera de frenar la invasión del pecado. Para fortalecer tu corazón contra todo compromiso con el mal, tienes que llevar a la batalla por la fe la sangre del Salvador. Igual que la vista de la ropa ensangrentada de César en manos de Antonio airó a los romanos contra sus asesinos, la meditación en las heridas de Cristo enfurecerá tu corazón contra la concupiscencia.

Recuerda cómo el pecado mató al precioso Señor de la gloria, lo enterró en una tumba oscura, y selló esta con una maldición merecida por todo pecador: un sello más fuerte que ningún invento humano. ¡Nunca hubiera podido romperlo ningún poder menor que el brazo omnipotente de Cristo!

Las victorias militares de Alejandro no se podían comparar con su hazaña de vengar la muerte de su padre Filipo. En cuanto asumió el trono, mató a los asesinos sobre la tumba de su padre. De la misma manera, no descanses hasta triunfar sobre toda pasión por la que se derramó la sangre del Salvador. Hasta hacerlo, seguirás asintiendo a la misma crueldad que se cebó en su mansa vida. Esta es la honra que tendrán sus hijos: Dios nos da la espada de doble filo para vengarnos del pecado.

2. Reconcílate con los demás

Dios lo espera así. Y tú tienes toda la razón del mundo para perdonar a tu hermano por causa de Dios. Él te perdonó por pura misericordia, así que, al perdonar solamente cumples con tu deber para con tu prójimo; pero cuando Dios te perdonó, no te debía más que ira. No creas que te deshonras a ti mismo aunque perdones al mendigo más humilde de la ciudad. Tu Dios se rebajó aún más cuando te reconcilió consigo, persuadiéndote a aceptar el perdón del Altísimo.

Cuando estás lleno de un espíritu de venganza, no solo te rebajas de tu naturaleza celestial, sino también caes por debajo de la humana. Solo el diablo y los que llevan su sello son enemigos implacables. El fuego infernal es inextinguible. “Pero la sabiduría que es de lo alto es [...] pacífica” (Stg. 3:17). ¿Te llamas cristiano y llevas ese fuego infernal dentro de ti? Cuando vemos a un hijo de padres cristianos que obra con ira, nos preguntamos de donde sacó esa impía disposición; sus padres no eran así. Pues, ¿quién te enseñó a ti, cristiano, a ser inmisericorde? No lo aprendiste de tu Padre Celestial.

3. Confía en Dios para suplir tus necesidades

Si Dios ha hecho las paces contigo y ha perdonado tus pecados, siempre podrás confiar completamente en él para todas tus necesidades. Dos cosas te ayudarán a ejercer la fe.

a) Dios da a sus hijos mucho más de lo que necesitan

Cuando Dios te perdonó, te dio su Hijo, “¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). Cuando un padre le regala un huerto a su hijo, es absurdo que este le pida una manzana. Dios afirma: “Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:22,23).

Por otra parte, un padre sabio bien puede legar grandes tierras a su hijo, sin permitirle que controle de la herencia más de lo que pueda gobernar bien. De la misma forma, Dios da al creyente derecho a todas las comodidades de la vida, pero su sabiduría infinita proporciona las cantidades apropiadas para el uso, según la necesidad de cada alma. Si tienes mucho menos que otro, eso no significa que Dios ame más a aquel que a ti,

sino que te quiere tanto que te suministra lo que puedes aprovechar bien. La bebida se sirve según el tamaño de la copa; el vino que llena toda la copa se derramaría al echarlo en un recipiente más pequeño.

*b) Dios da cosas temporales aun a aquellos
a quienes niega su paz*

Aunque los incrédulos pronto han de caer en el Infierno, la providencia de Dios los beneficia aún en la tierra. ¿No alimenta realmente a esos cuervos inmundos y hace también llover sobre sus campos? ¿Cómo pasará entonces por alto al creyente? Si el rey regularmente alimenta al traidor prisionero en su celda, seguro que su propio hijo que está en el castillo no morirá de hambre.

En resumen, “si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno [símbolo del hombre impío], Dios la viste así [por su providencia], ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (Mt. 6:30).

4. Soporta con paciencia la aflicción

No te desanimes cuando Dios permite alguna cruz o aflicción en tu vida. Si te trae primero su misericordia, también puedes confiar en su bondad cuando te traiga su vara. Tienes la miel que endulza la copa más amarga.

Cuando Samuel fue a Belén, “los ancianos de la ciudad salieron a recibirle con miedo, y dijeron: ¿Es pacífica tu venida? Él respondió: Sí” (1 S. 16:4,5). Así, cuando una aflicción gravosa recae por un tiempo sobre el cristiano, puede causarle temor, hasta que sepa la razón de ella. Si has hecho las paces con él, el temor se desvanecerá; puedes estar seguro de que la aflicción ha venido de Dios en una misión de misericordia.

Cristiano, ¿qué hay que te pueda separar del gozo de la paz de Dios? ¿Temes la ira de los hombres? Tal vez tienes muchos enemigos, y poderosos. ¡Que den rienda suelta a su ira! ¿Está Dios entre ellos, o no? ¿Toma él prestada la venganza de ellos para derramarla sobre ti? Si no, te preocupas inútilmente. Y *afrentas a Dios*, cuya misericordia te puede proteger de su furia, al no santificar su Nombre en tu corazón: “Si Dios es por

nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31). Aunque te rodeen, no hace falta temerlos más que una paja al viento. También *te afrentas a ti mismo*, porque mientras estés esclavizado a este temor paralizante de la pasión humana, nunca probarás la verdadera dulzura del amor de Dios.

Puede que seas pobre, o estés enfermo y atribulado. ¿Evitará la misericordia reconciliadora de Dios que murmures contra él, y frenará tus miradas envidiosas a la prosperidad de los impíos? Recuerda que tienes un tesoro maravilloso que nadie puede reclamar, aun en la cima de la gloria mundana: “Puede que sea pobre y esté enfermo, pero por la misericordia de Dios tengo su paz”. Si esta palabra se medita, lo cambia todo: la felicidad del pecador próspero en luto, y la pena del cristiano en gozo.

5. Que la esperanza se alimente de la gloria celestial

Consuélate con esta verdad: si tienes paz con Dios ahora en la tierra, no tardarás en celebrar su amor en el Cielo con él: “A los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:30). Antes de pensar que es demasiado bueno para ser cierto, una palabra de ánimo para ti: *Los santos glorificados en el Cielo son todos pecadores justificados*. No hay más de unos que de otros.

¿Eres alguien justificado por la fe? Regocíjate con tus hermanos santos en la esperanza de la gloria de Dios. La tienes delante. Cada día te acercas, y nada te puede retener de llegar más a ella: ni siquiera tus pecados más temidos. Aquel que pagó el precio completo en tu conversión tendrá suficiente misericordia para pasar por alto las pequeñas deudas que la sutileza de Satanás y tu debilidad hayan puesto en tu contra. Eras un enemigo cuando Dios canceló tu primera deuda, pero ahora eres su amigo. Dios garantiza que proveerá para tus obligaciones posteriores, ya que no piensa perder su primera inversión.

Cristo murió para hacer de los enemigos de Dios amigos en el Cielo: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro. 5:10). En otras palabras: “¿Puedes creer que Dios ha llevado a sus enemigos sanguinarios a un lugar de paz y favor divinos? Entonces es más fácil

que tu fe proceda lógicamente desde la reconciliación hasta la salvación, que desde la hostilidad y enemistad hasta el perdón y la paz”.

Si Cristo obtuvo la reconciliación con su muerte, cuando estaba más débil y humillado, ¿cuánto más salvará a aquellos que ha reconciliado desde su Trono poderoso en el Cielo? Él utiliza “las llaves de la muerte y del Hades” libremente, para abrir y cerrar las puertas de la paz a su antojo a favor del creyente (Ap. 1:18).

6. Testifica a los demás

La casa del Padre todavía no está llena: “Aún hay lugar” (Lc. 14:22). ¿No hay nadie que ames tanto como para hablarle de la misericordia divina en Cristo? El esposo carnal que está a tu lado, los hijos de tu vientre, los vecinos que ves todos los días; si mueren hoy tal como viven, su alma preciosa se perderá para siempre. Pero estos ciegos espirituales no se imaginan el tormento que se les viene encima, como una oveja no se pregunta por qué el carnicero afila el cuchillo justo antes de segarle la vida.

Mientras más implacables sean los pecadores con sus propias almas, más compasión debes tenerles. Cuidamos más a aquellos que menos pueden cuidarse. Si la enfermedad de un amigo fuera tan grave que no pudiera valerse, ¿lo cuidarías o lo dejarías morir? Supongamos que se condenara a muerte a un niño, y no se intentara conseguir el indulto, ¿harías todo lo posible por no ver terminar sus días de forma tan lamentable? En definitiva: si tu vecino se encerrara para suicidarse, ¿derribarías la puerta por salvarlo?

¿Dónde está la santa violencia necesaria para salvar las almas? Observamos como corren al Infierno padres, maridos, hijos y vecinos ante nuestros ojos sin preguntarles siquiera *por qué*. Por amor al Señor, ten más misericordia de las almas pecadoras. Has encontrado el banquete, ¿vas a dejar a otros morir de hambre sin saber dónde está la mesa?

Ve e invita a todos a la casa de Dios. Así lo hizo David: “Gustad, y ved que es bueno Jehová” (Sal. 34:8). No temas enviar más invitados de los que Dios quiere; él dice que desea

más: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:40). Además, Dios amenaza a aquellos que impiden que los pecadores hagan las paces con él halagándolos con una falsa paz: “Habéis fortalecido las manos del impío para que no se aparte de su mal camino a fin de preservar su vida” (Ez. 13:22, LBLA).

¡Es una gran obra ganar almas para Cristo! Un médico nunca se enfada con alguien que le trae un paciente, porque al curarle se extenderá el conocimiento de su dedicación y pericia. Y es el gran propósito que Cristo ha tenido desde hace mucho, y por el cual ha orado: “Para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:21). Su objetivo al reunir a las almas por la gracia del evangelio, es “tomar de ellos [los pecadores] pueblo para su nombre” (Hch. 15:14). Dios quiere escoger un pueblo particular, mostrarles su misericordia, y hacer que su nombre sea exaltado.

La paz de la conciencia

La paz de la reconciliación reconcilia al hombre con Dios; pero la paz de la conciencia lo reconcilia consigo mismo. Desde que el hombre rompiera la paz con Dios no ha podido ser amigo de su propia conciencia. Esta segunda clase de paz es tan necesaria que no se puede saborear la dulzura de la reconciliación con Dios, ni otra misericordia, sin ella.

La paz de la conciencia es para el alma lo que la salud para el cuerpo. Ni siquiera un traje de tisú de oro es cómodo para el enfermo. Nada alegra la conciencia intranquila. Cuando Moisés trajo buenas noticias a los israelitas afligidos en Egipto, “ellos no escuchaban a Moisés a causa de la congoja de espíritu” (Ex. 6:9). Ana acudió a la fiesta en Jerusalén con su marido, pero “lloraba, y no comía” (1 S. 1:7). Así el alma herida acude a escuchar el sermón pero no participa del mismo; oye muchas preciosas promesas, pero no puede recibir la vida que ofrecen.

Poner un banquete real delante de un hombre afligido no alienta a este, que prefiere ir a un rincón apartado y llorar: “¿Quién soportará el ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Las en-

fermedades incurables son el reproche del médico. La perplejidad espiritual de la conciencia acusadora avergüenza al mundo en su intento vano de aplicar un remedio.

La paz de la conciencia es únicamente la bendición del evangelio. *La conciencia conoce a Jesús, y el evangelio de Jesús.* Se niega a obedecer a otro. Hay dos temas en particular que ejemplifican esta verdad: primero, qué es lo que satisface la conciencia, y segundo, qué es lo que aplica esta satisfacción a la conciencia.

1. ¿Qué satisface la conciencia?

El pecado causa convulsiones de terror que distorsionan y atormentan la conciencia de una persona. Si esa pequeña palabra que representa tan gran plaga pudiese alguna vez borrarse de la mente humana, la tormenta pronto se calmaría y el alma tendría bonanza inmediata, tranquila y llana, sin la menor ola que perturbara su superficie. Pero el pecado es ese Jonás que causa la tormenta; vaya adonde vaya, le sigue la guerra.

Cuando Adán pecó, se bebió de golpe esa dulce paz de la conciencia. No es sorprendente que casi se le atragantara enseguida: “Y conocieron que estaban desnudos” (Gn. 3:7). Lo que traiga verdadera paz a la conciencia, primero deberá vencer a ese monstruo del pecado para que se termine la guerra.

Es verdad: la punta envenenada de la flecha del pecado, que arde en la conciencia del pecador, es la culpa. Le roba el descanso, sonando la alarma del juicio que viene y del castigo inevitable. Ya que el hombre teme lo que pasará cuando esta ira infinita del Dios eterno y viviente se le venga encima, vive con temor y expectación angustiosa.

Si quieres consolar a una conciencia que se asa en las brasas de la ira de Dios encendidas por su propia culpa, primero tendrás que apagarlas y darle la noticia de que Dios perdona el pecado, y de que se reconciliará con los pecadores que se arrepientan y crean. Nada sino este evangelio puede ofrecerle al hombre la verdadera paz con sus propios pensamientos. Jesús le dijo al paralítico: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados” (Mt. 9:2). No dijo: “Alíéntate, porque te de-

vuelvo la *salud*” —aunque también le restauró esta última—, sino: “*Tus pecados te son perdonados*”.

En nada ayudaría al reo que va camino de su ejecución que alguien le pusiera una rosa en la mano, aconsejándole que oliera su perfume y cobrara aliento. Vería el cadalso allá delante. Pero si un mensajero real le pusiera en la mano un indulto, se llenaría de gozo. Eso es lo único que cambiaría el ánimo del hombre. Cualquier cosa que no sea la misericordia perdonadora, es tan insignificante para la conciencia afligida como lo sería aquella rosa para el condenado.

La conciencia es el sargento divino que arresta al pecador. Este sargento no tiene poder para liberar a su preso mediante un arreglo privado; debe recibir notificación oficial de que se ha pagado la deuda o se ha satisfecho al acreedor. Solo entonces puede dejar libre a su preso.

a) La fuente del pacto divino de paz

No hay más forma de que los pecados sean perdonados y el alma reconciliada con Dios que por el evangelio de Cristo. Solo este pacto de la paz puede mediar entre Dios y los pecadores; ese es el sacrificio que compra el perdón. Si los israelitas que fueron mordidos por las serpientes hubieran mirado a otra cosa distinta que la serpiente de bronce, no se habrían sanado. Tampoco se alivia la conciencia mordida por el pecado mirando a algo distinto de Cristo en la promesa del evangelio.

Tanto el sacerdote como el levita de la conocida parábola del samaritano vieron al herido, pero no se acercaron a él; no les importaba que muriera allí en su propia sangre. Solo el buen samaritano lavó sus heridas. No es por la ley, sino por la sangre de Cristo, que la conciencia herida se lava y se sana. Todo el aceite del mundo no vale nada para sanar; solo sirve aquello que Dios ha guardado en el frasco de su evangelio.

Los judíos ofrecían muchos sacrificios, pero la sangre de todos aquellos animales no tranquilizaba ninguna conciencia, ni limpiaba un solo pecado. La “convicción de pecado”, o sea, la culpa, permanecía indeleble, al separarse del significado espiritual de los holocaustos (*cf.* He. 10:2). El apóstol nos da la razón: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no

puede quitar los pecados” (v. 4). No hay relación redentora entre el pecado y la sangre de animales, aunque se llenara con ella un océano. El pecado del hombre merece su muerte: la muerte eterna de cuerpo y alma en el Infierno. Este es el precio puesto por Dios a la cabeza de todo pecado.

Pero el evangelio nos trae la gozosa noticia de la sangre preciosa de Jesucristo, la cual él derramó libremente en la cruz, “logrando así un rescate eterno” (He. 9:12, NVI). Esa es la única puerta por la que pueden entrar a la conciencia la paz y el gozo verdaderos. Por eso, Dios nos manda anclar nuestra confianza y consolarnos solo con ella: “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia” (He. 10:22).

b) El oficio de la conciencia

Dios designa a la conciencia para juzgar el estado espiritual del hombre, sea bueno o malo, esté perdonado o no. Si su estado es bueno, la conciencia te absuelve y consuela; si es malo, te acusa y condena. Por tanto, la Biblia llama a la conciencia acusadora “mala conciencia”.

La mala conciencia condena al pecador al castigo divino y justo por el pecado; pero aquel que ha sido lavado por la sangre de Cristo y ha aplicado esta ofrenda a su corazón por el Espíritu, es libre de disfrutar del perdón y la reconciliación con Dios. En la ley, la aspersión significaba que la persona estaba limpia de toda impureza legal. Por tanto, ahora comprendemos la esencia de la oración de David: “Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré emblanquecido más que la nieve” (Sal. 51:7). Esto es: “Aplica la sangre de Jesús a mi conciencia dolida, como los sacerdotes empleaban el hisopo mojado en sangre de animales para limpiar al leproso. El pecado que mancha mi conciencia se lavará y tendré paz, como si nunca hubiera pecado”.

El Espíritu Santo alude a esta aspersión de sangre al decir: “Os habéis acercado [...] a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (He. 12:22,24). “Habla mejor” a la conciencia. La culpa de la sangre de Abel, rociada en la conciencia de Caín, hablaba para

condenación; pero la sangre de Cristo rociada en la conciencia del pecador arrepentido habla de perdón y paz. Así se considera como “la demanda de una buena conciencia delante de Dios” (1 P. 3:21, RV 1909).

Por supuesto que una demanda implica una causa; y la “demanda delante de Dios” presupone que es Dios el que interroga y juzga. Le pregunta para el pecador es: “¿Qué dirás cuando seas condenado por la maldición de mi justa ley? ¿Por qué no has de sufrir la misma muerte anunciada contra todo pecador en todas las épocas?”.

El que ha oído hablar de Cristo, y lo ha acogido en el corazón por la fe, es el único que puede responder de forma que dé satisfacción tanto a Dios como a sí mismo. El Espíritu Santo dio la respuesta para todo creyente, por medio del apóstol Pablo: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:34). Ya que esta confesión es una respuesta que Dios no rechazará, Pablo representa a todo creyente al regocijarse en la fuerza invencible que tenemos contra los enemigos de nuestra salvación: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (v. 35). El apóstol desafía a la muerte y a los demonios con todos sus secuaces, a hacer lo peor que puedan contra los creyentes armados con la coraza de Dios. Finalmente deja la batalla, lleno de la santa confianza de que ninguno, haga lo que haga, podrá dañar al creyente: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38,39). En resumen, el cristiano iza todas sus banderas de lealtad a Cristo y pone toda su confianza en él. Si he dedicado mucho tiempo a este tema, hermanos, es porque se trata de la veta más rica en toda la mina del tesoro del evangelio.

2. ¿Qué es lo que aplica la satisfacción a la conciencia?

La conciencia es una cerradura que no se abre fácilmente. Aunque la llave encaje, una mano débil no la puede girar. Así que

cuando un mero hombre tiene la llave del consuelo, la conciencia se niega a abrir; sus dudas y temores no se resuelven sin una obra del Espíritu de Dios.

La conciencia es un policía de Dios; aunque la deuda se haya pagado completamente desde el Cielo, este policía no libera al alma hasta tener la autorización del Espíritu de Dios en una orden divina: “Si él diere reposo, ¿quién inquietará? Si escondiere el rostro, ¿quién lo mirará?” (Job 34:29). Sígueme en la demostración de por qué una paz abundante de conciencia no se puede hallar aparte del evangelio y de la obra del Espíritu Santo.

a) Solo el evangelio presenta al Espíritu de Dios como Consolador

El consuelo del Espíritu Santo descansa sobre la expiación de Jesucristo. Después de derramar su sangre y pagar todo el precio de la paz del pecador con Dios, Jesús volvió al Cielo para pedirle al Padre que enviara al Consolador. Cristo no podría haber hecho esta petición, ni el Padre la hubiera concedido, si su muerte no hubiese protegido la justicia de Dios de sufrir daño cuando los creyentes recibieran consuelo del Espíritu. Cristo dijo a sus discípulos: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn. 16:7).

El Espíritu fue enviado a los creyentes en cuanto Jesús apareció en el Cielo, con su sangre, como Intercesor. Te preguntará cómo podían los creyentes del Antiguo Testamento tener esta paz y este consuelo, ya que vivían antes del regreso de Cristo al Cielo, aun antes de que viniera por primera vez a la tierra. Encontraron consuelo en la misma Persona que compró su redención. Fueron perdonados por la sangre de Cristo, el Corde-ro inmolado desde antes de la fundación del mundo; y se consolaban por su Espíritu. Todo su perdón se apuntaba en la cuenta de Cristo, que aun entonces estaba dispuesto a poner su vida una vez llegado el cumplimiento de los tiempos; y de esa misma cuenta, les llegaban las consolaciones del Espíritu Santo.

Así que el Espíritu es Consolador por el pacto evangélico de

Dios; nunca podría haber dicho palabra alguna sin esta promesa del evangelio. Por tanto, cuando el Padre lo envía para consolar, viene en el nombre de Cristo, que se ha puesto en la brecha entre él y los pecadores; esto es, por su causa y a petición suya.

¿Qué dice el Espíritu Santo cuando consuela? La alegre noticia que trae es la revelación evangélica: “No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere” (Jn. 16:13). Es decir, que su enseñanza no traerá nueva luz, distinta de la que brilla en el evangelio, sino que enseñará la misma verdad que Cristo predicaba.

Cuando el Espíritu Santo consuela, los ingredientes de sus refecciones que reaniman el alma se han recogido en el huerto del evangelio: “El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (v. 14). Esto es: la muerte de Cristo, su dignidad, resurrección, ascensión e intercesión, así como las promesas compradas y selladas con su sangre.

b) El Espíritu Santo tiene poder para consolar

El evangelio posee poder suficiente para satisfacer a la conciencia más perturbada del mundo: la plena satisfacción que la preciosa sangre de Cristo ha hecho por los pecadores. Pero si uno tuviera que comprender y aprovechar este plan por su cuenta, habría de seguir con el dolor de una conciencia requemada por falta de una gota de bálsamo para sanarla. Igual que el amor y la sabiduría de Dios proveyeron un Salvador para comprar nuestra eterna redención, también enviaron a un Consolador para aplicarnos la redención comprada. A esta obra divina se la llama acertadamente “un fortísimo consuelo” (He. 6:18).

Cristo demostró su fuerza cuando abrió las puertas de la muerte y salió de su oscura prisión en su resurrección gloriosa. Por esta demostración “fue declarado Hijo de Dios con poder” (Ro. 1:4). Se necesita ese mismo poder para abrir la mazmorra en donde se confina a la conciencia culpable. De hecho, la misma piedra que sellaba la tumba de Cristo para evitar su resurrección a la vida, pesa sobre la conciencia del pecador para evitar que resucite al consuelo. Recuerda que el sello más fuer-

te sobre la tumba de Jesús no era la piedra que colocaron los hombres, ni el sello que pusieron los judíos, sino la maldición de la ley, por causa del pecado, que le impuso la justicia divina. Ni siquiera el ángel que removió la piedra podría haber borrado esa maldición.

Supongamos que examináramos la tumba de una conciencia afligida, en donde la culpa la ha enterrado, y sintiéramos su temor y aprensión infernales: “Estoy condenado”, es la frase que resuena continuamente en sus oídos. ¿Qué es lo que mantiene cautiva su conciencia? ¿Por qué no se puede levantar de esa fosa de terror? En vano derramas el óleo del consuelo, porque la maldición divina es como una daga en su corazón; la ira de Dios ira pesa como una montaña de plomo sobre la conciencia del pecador. A no ser que puedas quitar esta maldición y esa ira, la paz y el consuelo son imposibles: la misma lápida cubre a los dos.

Pero viene el Consolador trayendo buenas noticias. El mismo Espíritu que evitó que Jesús viera corrupción en la tumba, que evitó que la muerte se cebara en él, que avivó su cuerpo muerto y lo levantó no solo a vida sino a inmortalidad, es Aquel a quien Cristo llama para satisfacer, con su amor, tu conciencia acongojada.

Este bendito Espíritu Santo tiene todas las características de un Consolador. Es tan puro y santo que no puede engañar; su nombre es “el Espíritu de verdad” (Jn. 14:17). Si él dice que tus pecados son perdonados, puedes creerlo; él no te halagará. De no ser así te lo diría, porque sabe reñir tanto como consolar; puede convencer de pecado igual que de justicia. El Espíritu Santo es tan sabio que no se le puede engañar; nunca llama a la puerta equivocada ni da un mensaje erróneo, sino que conoce el propósito exacto del corazón de Dios para cada persona en la tierra. “El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Co. 2:10).

“Lo profundo de Dios” son los consejos del amor divino que están en el fondo de su corazón, hasta que el Espíritu los saca de allí y los revela a hombres y mujeres. Él también conoce perfectamente el corazón humano. Sería extraño que el carpintero que hizo el armario no conociera cada compartimento

secreto del mismo. A pesar de su prolongado estudio, ni el hombre ni el diablo se acercan siquiera a un conocimiento pleno de ese pequeño mundo: el microcosmos del alma humana. Pero, como en todas las cosas, Dios conoce este campo a la perfección, y a él no se le puede engañar.

En resumen, el Espíritu de Dios es tan irresistible que nadie puede hacer frente al poder de su paz. El perdón que Natán llevó a David no era todo lo esperado, de forma que David rogó al Consolador que aliviara su dolor. Se arrodilló y oró que se le restaurara el gozo perdido, y se afirmara su corazón quebrantado por el Espíritu de Dios. Se puede asombrar al hombre, y hasta hacer trampas para eludir las verdades que traen los cristianos para consolarte; pero cuando viene el Espíritu Santo mismo, toda disputa termina. Ante él, Satanás no puede apelar a su rango ni a la falsa lógica. La confusión se desvanece, y con ella nuestro temor, como las tinieblas ante el sol. El Espíritu Santo rebosa del corazón con tal dulzura y fuerza, que el alma ya no ve el pecado o la culpa más de lo que Noé veía los hormigueros cuando toda la tierra se cubrió de agua.

Amonestación a los que niegan que la paz de la conciencia sea la bendición del evangelio

1. Algunos niegan la seguridad de la salvación

Si no pudiéramos saber en esta vida que somos hijos de Dios, la incertidumbre quebraría la vasija que él moldeó para contener nuestro gozo y paz. Por supuesto, no es posible tener paz con nuestra propia conciencia aparte del conocimiento de nuestra paz con Dios:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Ro. 5:1,2).

Si el evangelio no puede resolver la cuestión de tu destino, sea el Cielo o el Infierno, olvídate de la paz interior. En tal caso se podría describir la búsqueda espiritual del cristiano con

las palabras de Juan: “Anda en tinieblas, y no sabe a dónde va” (1 Jn. 2:11). Tal evangelio se podría considerar un evangelio de duda y temor, en lugar del evangelio de la paz.

¿Acaso lo que hay casi en el fondo de la maldición de la ley sobre los pecadores —o sea, que “tendrás tu vida como algo que pende delante de ti [...] y no tendrás seguridad de tu vía” (Dt. 28:66) pasará a ser la cima de la bendición que el evangelio trae a los creyentes? ¡No lo quiera Dios! Los hombres enseñan a partir de una premisa de necia osadía, cuando deforman de tal manera el dulce rostro del evangelio, que presentan a Cristo como si predicara sus preciosas promesas de forma tan dudosa para sus hijos como el diablo, que atrae a sus seguidores con vaga incitación. Ya que su hipocresía les hace cuestionar su propia salvación (y con razón), ciegan también los pozos de la salvación para los creyentes sinceros, echando así la culpa de sus propias dudas al mismo evangelio.

Pero hay un misterio de iniquidad en la raíz de esta doctrina falsa e inquietante. Esos líderes religiosos se parecen a Judas, el ladrón que llevaba la bolsa. Los que propugnan esta enseñanza meten en su tesoro más oro y plata de los que Judas pensara echar en el suyo. Aunque la doctrina del evangelio de la paz trae paz a la conciencia del pecador, estos predicán un temor supersticioso que obliga a los parroquianos ignorantes a darles cada vez más dinero en busca de consuelo. Lo peor es que este principio de “dar para recibir” está tan cerca del corazón de su religión, que el evangelio, el cielo, y hasta Cristo mismo, deben inclinarse ante él.

2. Algunos piensan cosas vanas acerca del evangelio

Hay quienes profesan creer en el evangelio, pero no tienen más paz y consuelo que los inconversos. De hecho, puede que tengan mayor aflicción de espíritu que antes.

No todo aquel que profesa creer el evangelio es cristiano, pero eso no es culpa de Dios. Él no abre su tesoro eterno para todo aquel que conoce los hechos de la salvación. El Espíritu de Dios es demasiado sagaz como para firmar un cheque en blanco.

Los ministros ofrecen la paz del evangelio a todo aquel que lo acepta. Pero esta paz no permanece en un corazón insincero: “Si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros” (Mt. 10:13). Igual que la paloma volvió al arca al encontrar la tierra inundada, el Espíritu de Dios retira su consuelo del alma que aún nada en el pecado, empapada de lujuria y mundanidad.

*a) Muchos son sinceros, pero ignorantes
de las doctrinas del evangelio*

Si la luz, el gozo y el consuelo faltan de la conciencia de la persona sincera, puede ser que esta tenga nublado el entendimiento. Pero la ignorancia del artista no desacredita el arte; el arte en sí es mucho más que los logros de un solo artista. La plenitud de consuelo en los principios del evangelio es una realidad accesible, pero no todo creyente ha alcanzado “todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre y de Cristo [...] para que sean consolados sus corazones” (Col. 2:2).

b) Algunos no andan en la doctrina evangélica

Algunas personas comprenden la doctrina de la salvación por fe en Cristo —único fundamento para edificar el verdadero consuelo de la conciencia—, pero dejan de andar cuidadosamente en el evangelio, y se privan de la dulce paz que dan las promesas de Dios: “A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos” (Gá. 6:16). ¿Podemos culpar entonces al evangelio por la falta de paz? No importa la calidad que tenga la pluma, aun en mano de un hábil escribano, pues no escribirá sobre papel mojado. La culpa no es de la pluma, ni de la mano, el problema está en el papel.

Si el corazón de un cristiano, por famoso y respetado que sea, se contamina por una concupiscencia que no se ha rendido al arrepentimiento, la promesa de Dios no le proporcionará paz. Esta persona anda desordenadamente; ni la paz ni el gozo la pueden alcanzar en la prisión que ella misma se ha construido. El Espíritu sabe emplear la vara de corrección.

c) Muchos no comprenden el significado de la paz

En cuanto a los que se acercan todo lo posible al evangelio sin recibir consuelo, puede que tengan la paz sin reconocerla. El gozo del cristiano no es una tonta y frívola excitación como la del mundo: el gozo verdadero es real. El salón donde el Espíritu de Cristo recibe al cristiano es un aposento interior, no un porche con vistas a la calle, por donde todo el que pasa huele el banquete: “El extraño no se entremeterá en su alegría” (Pr. 14:10). Cristo y el cristiano pueden estar cenando dentro, aunque no se haya visto entrar ningún plato, ni oído la música que suena tan espléndida para los creyentes. Algunos darían por sentado que el alma no tiene paz porque no se ha colgado una señal visible en el rostro que la anuncia.

Al contrario, a veces no hay mayor paz y consuelo en el corazón de un santo que cuando su rostro se baña en lágrimas. Si oyes a un cristiano gimiendo y clamando por sus pecados, podrías irte a casa pensando que el cristianismo es una religión melancólica y triste. Pero el compadecido no abandonaría su pena por todo el gozo superficial que regala el mundo. Hay un misterio en estas lágrimas que la comprensión humana no alcanza a desvelar.

La angustia de corazón estriba en la culpa por el pecado y el temor a la ira de Dios. Pero otra clase de pena fluye, no del temor ni de la culpa, sino de la conciencia de pecado que permanece en el alma y que hace que el cristiano deshonre a Dios, el cual le ha amado libremente y perdonado sus pecados. Esta es la pena que a veces hace que el santo parezca triste o incomodo, cuando su corazón rebosa seguridad en la misericordia perdonadora de Dios. Su congoja es semejante a una lluvia de verano, que desaparece al sentir el amor de Dios, como un cálido sol, y deja el alma como un hermoso jardín, refrescado por la suave lluvia.

En resumen, que a algunos cristianos que han abrazado el evangelio les puede faltar aún el reposo de la conciencia. Mientras en su espíritu tal vez estén afligidos por un tiempo, todo verdadero creyente goza sin embargo de paz de conciencia en tres formas: como precio, promesa y semilla.

1. *Como precio.* El evangelio nos pone en la mano el precio

de la paz: la sangre de Jesús. Se dice que “todo lo que vale oro, es oro”; esto es, lo que por oro se puede cambiar. Así sucede con la sangre de Cristo: *es* paz para la conciencia, porque el alma que la tiene puede canjearla por esa paz. Dios nunca podrá rechazar la siguiente oración: “Señor, dame paz de conciencia; aquí está la sangre de Cristo que la paga”. Lo que pague la deuda seguramente garantizará el recibo.

La paz de conciencia es simplemente el sello con el que la mano de Dios certifica que la deuda con la justicia divina se ha pagado plenamente. Puesto que la sangre de Jesús ha comprado el don mayor de todos, que es la salvación, también podrá comprar la paz. Si hubiera una medicina que produjera infaliblemente la salud, diríamos que el enfermo tiene salud en cuanto la tomase, aunque no sintiera necesariamente sus efectos de inmediato. Estos llegarían en su momento.

2. *Como promesa.* Un bono del Estado vale tanto como el dinero en el banco. Si Dios está decidido a dar la paz a sus hijos, ¿quién lo evitará? “Jehová bendecirá a su pueblo con paz” (Sal. 29:11). Este Salmo demuestra las grandes cosas que Dios puede hacer; no le cuesta más crear la paz que hablar la palabra: “Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria” (v. 4).

Dios promete bendecir a su pueblo con paz interior y exterior. Sería una triste paz la que nos proporcionara calles tranquilas, pero con asesinatos en las casas. Pero aún es peor tener paz en calles y casas con guerra en la conciencia culpable. Por tanto, Cristo compró la paz del perdón para otorgar la paz de conciencia a los perdonados; y luego nos legó dicha paz en la promesa: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn. 14:27). En ella escribe y ejecuta su propio testamento; y entrega con mano propia su legado de amor a los creyentes. Por tanto, no hay temor: su voluntad se cumplirá plenamente, ya que él vive para hacerlo por el poder de su Espíritu.

3. *Como semilla:* “Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón” (Sal. 97:11). Se planta en el creyente cuando el Espíritu de Dios siembra los principios de la gracia y la santidad. Por eso se le llama “fruto apacible de justicia” (He. 12:11). Brota tan naturalmente de la santidad como

cualquier fruto de su simiente. Es verdad que esta semilla madura antes en unos que en otros: la cosecha espiritual no ocurre a la vez en todos. Una cosa es segura: el que tenga una siembra de gracia en su corazón, también cosechará con gozo.

Dios no habría cumplido su promesa si un solo cristiano careciera de cosecha: “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (Sal. 126:6). Si crees que el evangelio es defectuoso porque la paz de cierto cristiano no ha madurado, debes saber que va en camino de hacerlo, y que cuando llegue será eterna. *No te fijas en los comienzos de un creyente, sino en cómo termina:* “Observa a los que son íntegros y rectos: hay porvenir para quien busca la paz” (Sal. 37:37, NVI).

3. Algunos buscan la paz fuera del evangelio

Uno se engaña si intenta sanar la conciencia con otra cosa que el óleo refrescante del evangelio. En ese caso se aparta de las aguas del consuelo vivo que fluyen de esta fuente abierta por Cristo, e intenta sacar paz y consuelo de pozos que ha excavado por su cuenta; ya sea de una cisterna carnal o una legal.

a) La cisterna carnal

Los pecadores reúnen gran cantidad de remedios engañosos para evitar el temor de la ira de Dios en la conciencia culpable. Si llegan a despertar, aunque sea livianamente, por medio de la Palabra, sus corazones se enfrían con un poco de seria meditación acerca de su condición perdida, y echan mano de la misma alternativa que Félix. En cuanto el sermón de Pablo hirió a su conciencia, Félix se apresuró a deshacerse del predicador y los ruidos molestos que hacía: “Félix se espantó y dijo: Ahora, vete; pero cuando tenga oportunidad, te llamaré” (Hch. 24:25).

Así que muchos dan la espalda a Dios y huyen de aquellos que irritan su conciencia ya inflamada y les recuerdan su triste condición. Un pobre hombre se negaba a asistir a los funerales, y hasta se teñía las canas porque no soportaba pensar en la muerte. Pero esta cobarde estrategia era todo lo que tenía entre él y un infierno en la tierra, dentro de su conciencia.

Otros tienen la conciencia tan fuerte que su luz los ciega día y noche, aunque evitan adrede todo contacto con la Biblia, los cristianos y los sermones. Están tan afligidos por su propia culpa que no solo “[salen] de delante de Jehová”, como Caín, sino que invierten sus fuerzas en construir “una ciudad” y eludir la conciencia en sus muchos negocios mundanos (*Gn 4:16,17*).

Las ocupaciones son como un monstruo que engulle todo pensamiento de Cielo e Infierno. La gente ocupada se entretiene con proyectos tan complicados y horarios tan apretados que la conciencia no tiene oportunidad para hablar. Además, esta resulta tan ofensiva entre los pecadores como el sueño de José para sus hermanos. El mensaje de la verdad hace que sobornen a su conciencia con promesas mundanas de ganancia.

Aun la treta más sofisticada para evitar la luz del evangelio es demasiado débil como para funcionar sin falla; los pecadores a menudo recurren al arpa de Saúl y al banquete de Nabal para ahogar sus cuitas y adormecer su frenética conciencia. Así hay muchos que empapan su percepción espiritual con los cruentos placeres del pecado; y mientras aquella duerme entontecida, pueden pecar sin límite. Pero esa es toda la ayuda que una receta carnal puede prestarle al pecador: un somnífero que embrutezca por un breve momento los sentidos de la conciencia, dándole un corto tiempo para olvidar; porque el horror de su condición pronto vuelve para asfixiar su paz con más persistencia que nunca.

¡Dios evite que utilices tal cura para la aflicción de la conciencia! Es mil veces peor que la enfermedad. Sin duda es mejor tener un perro que ladra sin cesar para delatar al ladrón, que uno que se queda quieto y deja que nos roben antes de que nos enteremos del peligro.

b) La cisterna legal

Otros, sedientos de paz, no tienen alivio excepto en su propia moralidad; se bendicen con una buena obra cada vez que sienten inquietud. El elixir que toman para reavivarse no proviene de la expiación por la muerte de Cristo, sino de la justicia de sus actividades cuidadosamente disciplinadas. Ese vino no se exprimió de la preciosa intercesión de Cristo en el

Cielo, sino de sus propias oraciones terrenales. En resumen, aunque las chispas de la agitación prendan en su conciencia (lo cual es inevitable, habiendo tanta leña para una hoguera) no es la sangre de Cristo lo que utilizan para apagarla, sino sus propias lágrimas.

No importa quien seas: si edificas la paz de tu conciencia con madera, heno y hojarasca, te acuso de ser enemigo de Jesucristo y de su evangelio. Si en tu propia huerta creciera una hierba capaz de sanar tu conciencia herida, ¿por qué habría recetado Dios un ungüento tan singular como la sangre de su Hijo Unigénito? ¿Por qué llama a los pecadores a apartarse de todo lo que no sea él? Puedes estar seguro de esto: o Cristo era un impostor y el evangelio una fábula —y espero que no seas tan impío, peor aún que Satanás, para pensar tal cosa—, o no empleas el remedio adecuado para sanar tu conciencia y obtener la paz.

En cuanto a poner un buen cimiento para tener una paz sólida en el corazón, eso no se puede completar sin oraciones y lágrimas; esto es, sin arrepentimiento. Pero por sí solos estos remedios nunca crearán la paz con Dios. La paz de conciencia no es más que el eco de la misericordia perdonadora que lleva el alma al dulce descanso, mientras hace sonar su suave música en la conciencia. Este eco es la misma voz repetida; si las oraciones, lágrimas y buenas obras no pueden comprar la paz del perdón, tampoco pueden dar la paz del consuelo. Recuerda lo que digo: no puedes tener paz interior sin estas cosas; pero tampoco únicamente por medio de ellas.

Una herida normal no se sana si no se venda y se mantiene limpia; pero estas medidas no la sanarán, solo la medicina. No quiero que dejes de orar y de servir, sino que no esperes que la paz brote de esa única raíz. Si dependes de ella, te aíslas de cualquier provecho de la verdadera paz ofrecida por el evangelio. Lo uno resiste a lo otro como dos ríos famosos de Alemania, cuyas aguas no se mezclan allí donde se unen.

La paz del evangelio no se mezcla con ninguna otra: hay que beberla pura y sin diluir, o no beberla. Hablando para sí mismo y para los demás creyentes sinceros, Pablo testificó:

“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3). Estaba diciendo algo así: “No nos quedamos atrás en ningún deber ni servicio santo. Vamos más allá, porque adoramos a Dios en espíritu; pero ni siquiera esto es la fuente de nuestro gozo y consuelo. Nos gozamos en Cristo Jesús, y no en la carne”. Pablo llama “carne” a cualquier cosa que se oponga a Cristo y a nuestro gozo en él.

Hay muchos que utilizan el ungüento de la misericordia del evangelio para sanar la conciencia herida, pero no siguen la receta bíblica al aplicarlo. En su lugar, se aferran presuntuosamente a una promesa, y la raptan en vez de esperar el consentimiento de Cristo. Frecuentemente son como Saúl, que tenía tanta prisa que no podía esperar a que Samuel llegara para hacerle los sacrificios; sino que se adelantó, desobedeciendo a Dios en cada minuto de su servicio.

Los impulsivos no esperan la llegada del Espíritu Santo para rociar su conciencia con la sangre de Cristo según el evangelio; lo hacen ellos mismos, aplicando el consuelo de promesas que no les pertenecen aún. ¿Qué opinas del que no esperara la receta del médico, sino que corriera a la farmacia y empezara a componer su propia medicina? Esto es lo que hace todo aquel que se rocía solo con la sangre de Cristo, y se bendice en la misericordia perdonadora de Dios antes de alejarse del pecado.

Sepan esto todos los profanos: Igual que la sangre del cordero pascual no se aplicaba a las puertas de los egipcios, sino a las de los israelitas, tampoco se rociará la sangre de Cristo sobre el pecador obstinado, sino sobre el penitente sincero. Esa sangre no se ponía en el umbral de las puertas de los israelitas, donde la fueran a pisar, sino en el marco, donde su huella se hizo sagrada. Tampoco se reserva la sangre de Cristo para el que sigue practicando el pecado: esto sería pisotear el sacrificio sacrosanto. Recuerda que David tuvo que confesar su pecado con vergüenza antes de que Natán pudiera consolarlo con noticias de perdón.

Características de la paz del evangelio

Sea esta doctrina la prueba de tu paz y tu consuelo. Ya que Satanás falsifica el consuelo tanto como la gracia, hay que considerar seriamente algunas características de la paz que Cristo anuncia para su pueblo desde el evangelio.

1. El consuelo del evangelio se derrama en el corazón quebrantado

El consuelo del evangelio se conoce por la vasija que lo contiene: “Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Is. 57:15). La comisión del Padre para Cristo también limita su consuelo a tales personas: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón” (Is. 61:1).

Así vemos el orden bíblico para consolar el alma. Como en un tapiz, se pone el fondo oscuro y grave antes de añadir los bellos colores. Al igual que el escultor que corta y talla su estatua antes de cubrirla de oro, el Espíritu de Cristo empieza con la tristeza que reprende el pecado y termina con el gozo que libera de temor. Primero hiere, para luego sanar y envolver el alma en paz y consuelo.

Espero que no pienses que yo limito al Santo de Israel a obrar en el mismo grado y la medida en todos. Pero en todo caso, la obra humilladora del Espíritu debe convencer a la persona antes de que vengan la paz y el consuelo para vaciar el alma de la falsa confianza allí almacenada. Entonces el corazón se convierte en una vasija con el fondo quebrado, que deja salir toda el agua. Odia los pecados que antes amaba. Las esperanzas que le complacían y sostenían se desvanecen, y la persona queda desolada y solitaria.

El alma se da cuenta de que no hay nada entre ella y el Infierno sino Cristo; y por no morir, clama a él, dispuesta a seguir sus instrucciones. El alma es como el paciente convencido de la destreza y el cuidado personal de su médico. Esto es lo que llamo “el corazón quebrantado”.

Te ruego que no descanses hasta que tu conciencia responda ciertas preguntas: ¿Era tu vino agua? ¿Surge tu luz de tinieblas? ¿Es tu paz un producto del conflicto y la aflicción del alma? ¿Has sangrado antes de sanar? De ser así, bendice a Dios que ha cambiado tu lamento en baile.

Por otra parte, si bebiste vino antes de llenar tus vasijas de agua; si tu amanecer llegó antes que la noche; si tu paz se firmó sin que se rompiera la falsa paz; si tu conciencia estaba sana antes de ser abierta y vaciada del orgullo y la confianza carnal, puede ser que poseas una paz muy efímera. Jesús niega que todo esto sea *su* sanidad. Es necesario un poder mucho mayor para producir la verdadera tristeza según Dios, que el gozo falso. Estarías mejor gimiendo por la pena de una conciencia turbada, que bailando en torno al ídolo diabólico de la paz.

2. La paz del evangelio se da a los siervos obedientes

a) *En el camino de la obediencia y la santidad*

“A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos” (Gá. 6:16). “Esta regla” es el andar santo de la “nueva criatura” según la Palabra de Dios (v. 15). Los principios de la gracia plantados en el alma del creyente son tan apropiados para ella como el acuerdo entre el ojo y la luz.

No basta con que uno sea nueva criatura y tenga el principio de la gracia en el corazón; debe *andar según esta regla*. Si falla, no tendrá verdadera paz de conciencia. Sabemos que no puede haber verdadera paz fuera de la que el Consolador trae al cristiano. Es bíblicamente seguro que Aquel que nos manda: “Que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente” (2 Ts. 3:6), apartará su consuelo de los desobedientes.

Si prefieres una vida carnal, no digas nunca que el Espíritu te trae consuelo. Él no te desearía el bien en tal carrera. No, el Espíritu apartó su consuelo en el momento en que tú te apartaste de su santo camino. Toda la paz que finges poseer es ilícita; y mayor razón tienes de avergonzarte de ella que de gloriarte. No es motivo de orgullo el que una mujer dé a

luz un hijo cuando su marido, estando fuera, no puede ser el padre de la criatura. Pero es peor aún que tú reclames un consuelo que no proviene del Espíritu de Cristo.

b) En el camino del servicio

“Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera” (2 Ts. 3:16). Esto es, él bendecirá todo medio y oportunidad debidos para llenar tu alma de paz interior. El que nunca busca a Dios, pero se jacta de su paz personal, hace que los creyentes sobrios cuestionen la verdad de su testimonio. Por supuesto que Dios, por un ministerio especial de su Espíritu Santo, puede pasar por alto la labor de escuchar, orar y meditar del cristiano, ¿pero dónde está escrito que lo haga?

¿Por qué esperamos la paz sin buscar a Dios? No pensamos en cosechar antes de arar y sembrar. Si fuéramos como Israel en el desierto, donde se les retiraron las oportunidades de hacerlo, y si lucháramos contra la pereza y el orgullo, entonces no me sorprendería ver que las consolaciones caían sobre el alma tan abundantes como el maná alrededor de las tiendas hebreas. Pero Dios dejó de dar el maná en cuanto los israelitas tuvieron trigo para hacer su pan. Tampoco el Señor consolará milagrosamente cuando el alma pueda obtener consuelo por medio de las ordenanzas: la adoración, la predicación, la Santa Cena, etc. Dios bien podría haber enseñado personalmente al eunuco, y haberlo iluminado con una luz del Cielo. En su lugar, envió a Felipe para predicarle la Palabra; sin duda a fin de honrar el ministerio de su evangelio.

3. La paz del evangelio fortalece y restaura al cristiano

Esa paz da fuerzas al cristiano para luchar contra el pecado y Satanás. El santo se reanima al saborear un poquito de esa miel, ¡pero qué destrucción es capaz de causar entre sus enemigos cuando ha comido hasta saciarse! Puede salir a la batalla como un gigante refrescado con el vino, y nadie será capaz de hacerle frente.

La paz también fortalece al cristiano para trabajar. Pablo se acordó de la misericordia de Dios, y la conciencia de su amor ardió en su corazón hasta infundirle un celo por el evangelio

por encima de aquel de sus compañeros. Esta misma paz hizo a David orar con tesón para volver a beber de ese vino que se le había negado por tanto tiempo. “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti” (Sal. 51:12,13). El motivo principal que tenía para pedir la paz no era su ferviente anhelo por el dulce sabor de ese vino; lo que él deseaba era el poder para la obra de Dios.

Te animo a considerar cuidadosamente lo que la paz ha hecho en tu vida. ¿Eres humilde u orgulloso a causa de ella? ¿Andas más unido al evangelio? ¿Cómo es tu adoración? ¿Anhelas la comunión con Dios, o te sientes formalista y sin vida? En resumen, ¿puedes mostrar que la paz y la virtud crecen juntas en tu espíritu? ¿O mengua la primera porque finges tener la segunda? Así sabrás si tu paz proviene del Príncipe de Paz o de este mundo, del Dios de la verdad o del padre de la mentira.

4. La paz del evangelio consuela el alma

La paz del evangelio fortalece el alma cuando esta no tiene otro consuelo. Es una bebida muy rico en sí mismo y no le hace falta otro ingrediente. De forma parecida, la devoción de David se dirigió únicamente hacia Dios: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25). Teniendo a Dios, su amor y su favor, David contaba con todo lo necesario. Así la paz del cristiano le da las mayores ganancias de gozo, cuando los goces externos apenas le proporcionan nada, o hasta le causan conflictos.

“David se fortaleció en Jehová su Dios” (1 S. 30:6). Si la paz de David no hubiera estado sana le habría costado pensar en Dios en medio de sus demás congojas. “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165). Esto distingue la paz del cristiano de aquella del mundano y el hipócrita.

a) La paz del mundano

Su paz desaparece totalmente en cuanto la desgracia o la pobreza toca su vida. Si lo único que se ve son las tinieblas en lugar de la luz, Cristo viene para contrastar su paz con la del

mundo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn. 14:27). Estaba preparando a sus discípulos para su partida, sabiendo que sería una dura prueba para la paz de ellos.

Es como si Cristo dijera: “Si la paz que recibís de mí consiste en lo mismo que la paz mundana (dinero, comodidad y felicidad carnal), tendréis toda la razón del mundo para lamentaros en mi funeral. ¡No!, podéis esperar problemas y persecución. Pero siempre estaréis seguros de que la paz que os dejo no reside en las propiedades, sino en los corazones. Mi consuelo no estriba en oro y plata, sino en el perdón de pecados y la esperanza de gloria. La paz que os dará el Consolador, que viene de mí para morar en vosotros, durará más que todo el gozo del mundo”.

Ningún padre dejó tal herencia para sus hijos. Por supuesto que muchas despedidas en el lecho de muerte han deseado la paz de la familia, pero solo Cristo podía enviar un Consolador y hacer morar la paz en los corazones humanos pasara lo que pasase.

b) La paz del hipócrita

A veces alguien finge encontrar su consuelo en Dios en lugar de en las personas, posesiones y situaciones. Parece gozarse en Cristo y en las promesas preciosas del evangelio; pero al llegar la prueba verdadera y perder todo consuelo terrenal, se le ve como es, y Dios lo juzga por fraude espiritual.

¿Y tú? ¿Te acompaña tu paz solo hasta la puerta de la cárcel o la cama del hospital? Es fácil confiar en la salvación mientras se tiene salud; pero en cuanto se avista la muerte, ¿te muestra tu conciencia que tu paz es fingida?

Sé que la aflicción es dura de llevar. Aun el creyente más sincero puede verse alejado de sus defensas por un tiempo, y dar la impresión de que Satanás hubiera apresado su confianza. Algunos magníficos cristianos han sido arrastrados por la corriente de violentas tentaciones, hasta llegar a cuestionarse si su antigua paz era del Espíritu Santo o del engañador malvado. Hay una gran diferencia entre las dos.

1. *Difieren sus causas.* Las tinieblas que a veces rodean el es-

íritu del cristiano sincero que se encuentra en grave angustia, provienen de haber apartado Dios su presencia luminosa. Pero el horror del tormento del hombre engañado procede directamente de la conciencia culpable que la prosperidad y la distracción han adormilado. A medida que la mano de Dios despierta a la conciencia aletargada, se revela la falsedad de su profesión de fe. Es verdad que la conciencia del cristiano puede acusarlo justamente de descuido o contemporización por la fuerte tentación, pero no puede tener un motivo hipócrita en todo su andar cristiano.

2. *Difieren las cosas que las acompañan.* Las obras vivas de la gracia son visibles, aun cuando el cristiano está afligido. Cuanto menos se goce en el conocimiento del amor de Dios, con más intensidad lamentará el pecado que ha nublado su gozo. Cuanto más se haya alejado Cristo de su vista, tanto más se aferrará al amor por el Salvador y clamará a él con la oración de Hemán: “Mas yo a ti he clamado, oh Jehová” (Sal. 88:13). Su súplica sincera asciende a Dios al amanecer.

El alma atribulada envía al Cielo las oraciones más fervientes, mientras su afecto arraigado sube ante Dios deseando la vista de su rostro y su favor. Ningún hijo expulsado de la presencia de su padre deseó más el abrazo de ese padre airado, que el santo atribulado que anhela sentir la luz del rostro divino de nuevo. Escudriña su corazón, estudia la Palabra y lucha con Dios por la gracia que restaure su consuelo y su paz. Por otra parte, el hipócrita no desea el amor, la gracia o la santidad por su excelencia intrínseca; considera estas cualidades meros vales para salir de la mano del atormentador.

3. *Difieren en sus resultados.* El cristiano es como una estrella en el firmamento, que cruza la nube que ha ocultado su consuelo durante algún tiempo. Pero el hipócrita es como un meteoro que arde en el aire para caer en la cuneta, donde pronto se apaga. Así los distingue el Espíritu de Dios: “La luz de los justos se alegrará; mas se apagará la lámpara de los impíos” (Pr. 13:9). En este versículo, el gozo del cristiano sincero se compara con la luz del sol, que sube cada vez más aunque las nubes la oculten de la vista. Finalmente irrumpe aún con más gloria que nunca, y se regocija por encima de la niebla que parecía esconderla.

Pero el gozo de los impíos se gasta y consume como una vela alimentada por la prosperidad externa. En poco tiempo se desvanece, y el consuelo del engañado se extingue, sin esperanza de volverse a encender.

El alma atribulada del cristiano también se ha comparado con una persona que se desmaya: es algo temporal y pronto se recupera. El corazón del santo se inquieta a causa de su pecado: “Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla” (Sal. 40:12). Pero antes del final del Salmo, el creyente gime profundamente en oración, y de nuevo recupera la fortaleza de su fe en Dios: “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú” (v. 17). Sin embargo, la esperanza del hipócrita se tambalea y se muere: “Pero los ojos de los malos se consumirán, y no tendrán refugio; y su esperanza será dar su último suspiro” (Job 11:20).

La paz del amor y la unidad

Solo el evangelio podrá unir los corazones y las mentes humanas en un amor y una paz consistentes. Además de reconciliarnos con Dios y unos con otros, Cristo ideó personalmente esta bendición para completar la felicidad del cristiano. De otra forma, Dios tendría que hacer un Cielo distinto para cada cristiano.

El ministerio de Juan el Bautista, prefacio al evangelio, tenía dos partes: el retorno de muchos hijos de Israel al Señor su Dios y “hacer volver los corazones de los padres a los hijos” (Lc. 1:17); esto es, hacerlos amigos de Dios y unos de otros. Ese es el efecto natural del evangelio allí donde se recibe sinceramente: unir los corazones en un amor poderoso y en paz.

Isaías profetizó esta extraña metamorfosis bajo el efecto del evangelio: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará” (Is. 11:6). Aquellos que se hayan aferrado egoístamente a la disensión durante décadas, se pondrán de acuerdo y descansarán unidos. Por supuesto que este fenómeno es imposible sin la obra poderosa del evangelio en los creyentes.

Prosigue el profeta: “Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová” (v. 9). En las tinieblas la gente se ataca con fiereza vengativa, pero al llegar la luz del evangelio, pronto envainan la espada. El dulce espíritu del amor no permitirá jamás que el odio permanezca en su morada; esta bendición es tan peculiar al evangelio, que Dios la ha escogido como la marca de los verdaderos cristianos: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35). El sirviente de un noble destaca de los demás por el color y corte de su librea; Jesús dice que los extraños distinguirán a los cristianos de los otros por su amor mutuo, que adscriben a Cristo y su evangelio.

Si se quiere determinar las cualidades de un vino en particular, hay que catarlo no solo después de haber sido limpiado de sus impurezas, sino antes de que los mercaderes lo rebajen. La mejor forma de juzgar el evangelio y sus frutos es considerándolo cuando fue recibido y aceptado con la mayor sencillez, libre de duda y corrupción. Sin duda, el período que debemos examinar es el de la Iglesia primitiva. También se podrá catar cuando tenga su pleno efecto en los corazones humanos en el Cielo. En ambos casos, esta paz aparecerá como el fruto natural del evangelio.

1. La unidad de corazón entre los primeros cristianos

La paz de Cristo hizo que los santos de la Iglesia primitiva vivieran y se amaran como si cada uno hubiese abandonado su propio corazón para penetrar en el seno de su hermano. Abandonaron el provecho personal para mantener este amor sano, y tomaron el pan de su propia mesa para alimentar a los hermanos hambrientos. Aun cuando el amor hacia sus hermanos les costaba más, aquellos creyentes no se resentían:

Vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón (Hch. 2:45-6).

Tertuliano decía que el amor de los cristianos primitivos era tan notorio que los paganos los destacaban diciendo: “¡Mirad

como se aman!”. Aquellos creyentes eran más felices entregándolo todo por caridad, que llenándose los bolsillos de ganancias mundanas. Si los cristianos modernos tienen menos paz y amor, la culpa no es del evangelio, sino de sus propias actitudes. El evangelio está tan lleno de paz como siempre; pero los cristianos de hoy se hallan muy lejos de manifestar su espíritu.

2. La perfección de esta paz y este amor mutuo en el Cielo

Después de cumplirse plenamente las promesas de la paz en la Gloria, esta clase de paz será uno de los adornos principales del Cielo. En el mundo la paz nos recuerda a un capullo en primavera: cuando hace buen tiempo, se abre un poco; pero en el frío anochecer, sus pétalos vuelven a cerrarse.

El “silencio” de ese cielo inferior (la Iglesia terrenal) solo dura “como por media hora” (Ap. 8:1). Aunque hay amor y paz entre los creyentes, surgen diferencias que alejan la dulce primavera, la cual en el Cielo es plena y así seguirá siendo durante toda la eternidad. No solo se sanarán las heridas de la contención, sino que no se verá cicatriz alguna que afee el rostro de la paz celestial. Déjame mostrarte ahora cómo une el evangelio los corazones y las mentes en paz.

Solo el evangelio une los corazones y las mentes en paz

1. El evangelio presenta fuertes razones para la paz y la unidad

Los lazos de amor que atraen y unen a las almas no se tejen en el telar de la naturaleza; solo los fabrica la revelación divina. De forma que Pablo exhorta confiadamente a los cristianos a “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3).

Después el apóstol le recuerda al pueblo de Dios que solo hay “un cuerpo” (v. 4); no una entidad filosófica ni natural, sino mística —la Iglesia—, que consiste en muchos cristianos. Si no es normal que uno de los miembros del cuerpo físico batalla contra los demás, ya que su unión los preserva en vida a todos ellos, cuánto menos lo será en el cuerpo místico.

También hay únicamente “*un Espíritu*” que aviva a todo cristiano verdadero, y es para todo el cuerpo de creyentes como el alma para el hombre entero. Sería una extraña violencia contra la naturaleza, que los miembros del cuerpo físico batallaran entre sí para echar fuera al alma, que les da vida en su unidad. Y ciertamente aún sería más perverso que los cristianos expulsaran al Espíritu Santo por la fuerza, a causa de sus contenciones. No se puede abrir una puerta más amplia para su salida.

Además, el apóstol persuade a los cristianos a conservar la unidad por “una misma esperanza de vuestra vocación”. Esta es la felicidad que todos esperamos en el Cielo. Vendrá el día —y no puede estar muy lejos, cuando nos encontraremos en amor en el Cielo para sentarnos juntos al banquete, sin envidiar lo que tenga el vecino en su plato. La plenitud de Dios será el festín, y la paz y el amor, la dulce música que lo acompañe. Entonces qué necesidad es pelearnos en la tierra cuando en el Cielo festejaremos juntos. El evangelio nos invita al banquete y nos llama a esta unidad. Otras verdades están grabadas en la misma santa invitación y orden: “Un Señor, una fe, un bautismo” (v. 5), pero dejo estas para tu propio estudio.

2. El evangelio borra las causas de la contienda

Existen dos causas principales de división entre los hijos de los hombres: la maldición de Dios, y sus propios deseos.

a) La maldición de Dios

La hostilidad entre las personas forma parte de la maldición que pesa sobre la humanidad a causa de la apostasía. Leemos, por ejemplo, cómo Dios maldijo la tierra por causa del hombre: “Espinos y cardos te producirá” (Gn. 3.18). Pero la maldición fue aún mayor cuando un hombre se convirtió en tan cruel espinoso que llegó a derramar sangre ajena. Las ortigas que tan abundantes brotan en la naturaleza belicosa del hombre de hoy, dan clara evidencia de la gravedad de la maldición divina. Algunos suponen que las rosas crecían sin espinas en el Paraíso. Ciertamente, si el hombre no hubiera pecado, ¡nunca se habría convertido en el cardo que es ahora aun la persona más espiritual de nuestros días!

El primer hombre que nació en el mundo resultó ser un asesino; y el primero que murió fue a la tumba por la mano ensangrentada del primero. La gravedad de la maldición divina sobre la naturaleza humana apareció en el corazón malicioso de Caín de forma tan irrevocable como se marchitó aquella higuera con la maldición de Cristo. Dios estaba justificado al mezclar un espíritu perverso entre los que habían manifestado un espíritu falso delante de él; merecían que su lengua se confundiera y se contaminaran sus relaciones con las luchas y las peleas por su desobediencia a Dios.

Una vez roto el cayado “Gracia”, que representaba el pacto divino con los judíos, también se rompió el cayado “Ataduras”, símbolo de la unidad entre Judá e Israel (Zac. 11:10,14). Cuando la gente rompe el pacto con Dios, no se puede esperar que tengan paz entre sí.

Sabemos que una maldición es un decreto de Dios que condena a los rebeldes a algo malo; y para que pueda haber una esperanza de paz entre ellos, esa maldición se debe anular. Solo el evangelio puede lograrlo, porque no hay “ninguna condenación” para la persona que está en Cristo Jesús (Ro. 8:1). La maldición se borra, y ya no hay flecha en el arco de la amenaza, porque se disparó al corazón de Cristo y nunca penetrará el de los creyentes.

A veces, sin embargo, Dios puede disciplinar a su pueblo permitiendo que reciban un trato duro a manos de otros, como una vara fuerte de castigo para hacerles caer en la cuenta de la gravedad de la desobediencia. Aun así, la maldición está anulada, y el pueblo verdadero de Dios vive bajo la promesa de la paz y la unidad.

b) La concupiscencia de los corazones

La razón interna de la contención que hay entre los hombres es la concupiscencia que mora en ellos. Esta es la raíz que da fruto amargo de rivalidad en el mundo: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” (Stg. 4:1). Las pasiones rompen la paz con Dios, con nosotros mismos y con los demás.

Si observamos algo como “fuego” en las nubes, esperamos una tormenta con rayos y truenos. Si hay concupiscencia en el corazón, tarde o temprano se manifestará, aunque rompa la paz de la familia, la comunidad o el reino. Antes de que pueda haber un fundamento para una paz sólida, tienen que vencerse las pasiones rebeldes. ¿Qué paz y tranquilidad puede haber cuando el orgullo, la ambición, la envidia y los celos siguen dictando el comportamiento humano?

Pero no creas que basta con frenar estas pasiones rebeldes y atarlas por la fuerza. Si la paz no surge de los corazones, la tregua no vale de nada. La cadena que ata al perro rabioso se rompe con el tiempo; igualmente, los lazos que parecen unir a la gente se romperán, si no se atan con los lazos del corazón o se quita la causa del desacuerdo.

Solo el evangelio será suficiente para sacar la plaga de la contención del corazón. Pablo testifica de la forma en que él y sus hermanos fueron sanados de las actitudes maliciosas:

Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros” (Tit. 3:3).

Y a continuación da detalles de la curación:

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (vv. 4,5).

Quería decirnos con eso: “De no haber aparecido este amor de Dios en Cristo por nosotros, de no habernos lavado por su Espíritu regenerador, seguiríamos paralizados bajo el poder de nuestras concupiscencias”.

La mortificación es obra del Espíritu: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13). El evangelio es el cuchillo del sacrificio en manos del Espíritu; es la

“espada” de Dios para matar el pecado existente en el corazón de su pueblo (Ef. 6:17).

c) La gracia para parecemos a Cristo

Igual que el evangelio detiene la contención y arranca su raíz amarga, también llena los corazones de aquellos que lo abrazan con principios que llevarán a la paz y la unidad. Algunos de dichos principios son la abnegación, el desinterés y la mansedumbre. La abnegación hace que uno prefiera honrar a otro antes que a sí mismo. La paciencia es lo que evita que uno caiga en la provocación fácilmente. Y si la mansedumbre padece injusticia, abre la puerta para que vuelva a entrar la paz.

Podemos ver cómo crece el macizo de esas suaves hierbas en el mismo arriate: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22,23). Ese fruto no brota por su cuenta, sino de la semilla del evangelio. Los cedros del bosque no hubieran encajado perfectamente en el Templo, si no se hubieran cortado y tallado expresamente para ese uso. Tampoco podían los árboles darse a sí mismo aquella belleza; esta operación fue obra de hombres dotados por Dios para ese fin.

Así que es imposible que las personas, con toda su capacidad y sus medios morales, formen su corazón con suficiente amor como para convertirse en un templo santo. Esta es la obra del Espíritu Santo, y él la termina de forma única con el instrumento del evangelio, en parte suprimiendo los nudos duros de nuestra naturaleza con su gracia mortificante y, en parte, tallando, puliendo y suavizando esta con el poder que sale de él mismo.

La diferencia entre la paz de los cristianos y de los pecadores

1. La paz y el amor entre impíos

Las personas mundanas no pueden experimentar verdadera paz y amor por ser extrañas al evangelio que une los corazones. ¿Entonces cómo denominaremos su paz? En algunos, es una mera organización u obra del deseo de pertenecer a un grupo.

“No llaméis conspiración a todo lo que este pueblo llama conspiración” (Is. 8:12). Otras veces la gente se une por un odio común hacia los santos en lugar de por un amor entre sí. Como las zorras de Sansón, se juntan para dañar a los demás en lugar de para hacerse bien a sí mismos. Dos perros pueden dejar de pelearse para perseguir a un conejo, pero cuando termina la caza, vuelven a pelearse como antes. “Y se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí” (Lc. 23:12).

La paz y la unidad de algunos se fundan en las bajas pasiones que los une. Así se puede ver a un grupo de “buena gente”, como ellos se llaman, tomando copas juntos con una gran satisfacción. Y como una cuadrilla de ladrones, claman: “Ven con nosotros [...]. Echa tu suerte entre nosotros; tengamos todos una bolsa” (Pr. 1:11,14). Aquí vemos una unidad, pero solamente porque sus miembros son hermanos en el pecado.

Otros se unen por algo más que el odio y el robo; y aunque no hayan conocido el poder del evangelio, manifiestan una cierta medida de amor mutuo. Están muy en deuda con el evangelio por esa capacidad de expresar la compasión, porque a menudo civiliza y suaviza aun allí donde no santifica. Pero esa unidad es tan fundamentalmente defectuosa e incompleta que no merece el nombre de verdadera paz.

a) La paz de los impíos es superficial

En la paz de los impíos las pasiones se refrenan de la guerra abierta, pero los corazones no se transforman por un amor interior. Los no regenerados son como los animales en el arca de Noé: aunque mantengan la paz durante un tiempo, retienen su naturaleza salvaje.

b) La paz de los impíos no está santificada

Aunque los impíos parecen experimentar una paz entre sí, no tienen paz para con Dios; y la paz con él es la única manera de anular la maldición. Es decir, que su paz procede de corazones no santificados. Solo el corazón renovado puede santificar la unión.

Hace siglos, un pagano dijo que el amor y la amistad ver-

daderos solo pueden aparecer entre hombres buenos, pero desafortunadamente no sabía qué es lo que hace bueno al hombre. Cuando la misericordia divina quiere crear la unidad, primero renueva a las personas: “Les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos” (Ez. 11:19). La paz genuina es fruto del Espíritu, que inevitablemente santifica antes de unir.

Finalmente, vemos que cada aspecto y propósito del amor del pecador es carnal y no espiritual. Agustín de Hipona compadecía más a Cicerón por no haber tenido a Jesucristo en su vida, que lo que le admiraba por su elocuencia. Esto es lo que tacha con una línea gruesa y negra la paz y la unidad del carnal: no tiene nada de Dios ni de Cristo.

¿Buscan la gloria de Dios los de mente carnal? ¿Los une el mandamiento de Cristo? No, se oye un “silbo apacible y delicado”, pero no es de Dios. Su propio ocio o gusto carnal es el motivo principal. La paz y la unidad son invitadas bien acogidas, y pagan tan bien su estancia que motivan a los hombres sin virtud alguna a mantener una paz externa entre ellos. En resumen, la paz de los impíos no dura, porque falta el cemento. Las piedras sin cemento pueden mantenerse juntas algún tiempo, pero no mucho. *El único cemento duradero para el amor es la sangre de Jesús.*

2. El pecado de los pastores que avivan las contiendas

El evangelio de la paz es un texto extraño para predicar la contención, pero Pablo nos habla de esta manera: “Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda” (Fil. 1:15). ¡Estos parecen haber olvidado que el Señor que los envía es el mismo Príncipe de Paz! Su trabajo no es tocar la trompeta de confusión o de alarma para la batalla, sino llamar a una gozosa retirada de la terrible lucha contra Dios y contra los demás.

Sin embargo, hay una guerra que los pastores sí deben proclamar: la guerra contra el pecado y Satanás; pero los cristianos no estarán listos para salir al combate contra el diablo y sus huestes hasta que se pongan de acuerdo entre sí. ¿Qué hará un príncipe con aquel capitán que fomente la división entre sus soldados, en lugar de estimularlos a cerrarse en banda contra el enemigo común? Seguramente lo ahorcará por traidor.

En estos días, cuando hay tanta discordia en la Iglesia, decimos un *amén* de corazón a la oración de Lutero: “Dios libre a su Iglesia de un doctor vanaglorioso, de un pastor contencioso y de cuestiones nimias”. La mayoría de las verdades evangélicas se pierden para los que tienen los ojos cegados por el polvo de las divisiones y disputas. ¡Compadezco a los viles que han prostituido el evangelio para tales fines diabólicos! La misericordia divina puede volver a las almas engañadas al amor de la verdad; pero los embusteros mismos están demasiado cerca del Infierno para que podamos esperar su regreso.

He aquí la razón de la falta de paz y unidad entre cristianos. No se puede culpar al evangelio, que es fuente de paz. Es por causa de los cristianos, los “evangelizadores” que no están aún completamente “evangelizados”. Mientras más creyentes participan de verdad del espíritu del evangelio, menos se verán oprimidos por el espíritu maligno de contención y lucha. Hasta los santos más entregados, están en parte “inevangelizados” en dos áreas, y esto causa todas las riñas y competencia entre ellos.

a) En sus juicios

“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos” (1 Co. 13:9). El que pretende saber más que esto, revela lo que está negando: su ignorancia del evangelio. Este defecto de juicio en los santos los expone al peligro de absorber principios que no son bíblicos, perturbando así la paz entre ellos. Toda verdad es reducible a una unidad: como líneas que se unen amorosamente en el centro —el Dios de verdad—, no pueden chocar entre sí, igual que las piedras de un arco que se sostienen mutuamente. Las verdades bíblicas que concuerdan tan armoniosamente unas con otras nunca pueden enseñarnos la división.

Ese intruso llamado *error* entra a hurtadillas para dañar la salud espiritual del cristiano. Las comidas sanas no trastornan el cuerpo saludable, pero las corrompidas causan fiebre y malestar. Y como es lógico, cuando la persona se pone enferma, su comportamiento se vuelve deplorable, con prejuicios míseros y trivialidades egoístas. Lo hemos observado en la práctica. La misma persona que vive solamente para dar bondad mientras

se alimenta de la verdad evangélica, se vuelve extraordinariamente irritable el día que absorbe una enseñanza que no es bíblica. Los que antes eran tan pacíficos, ahora se muestran tan sensibles e irascibles que es difícil hablar con ellos. Muchos reaccionan con un comportamiento inadecuado a la mera mención de la Escritura, como si cada palabra los enfermara.

Que nadie intente culpar al evangelio por el desacuerdo entre los cristianos. Pablo nos dice exactamente dónde buscar al padre del bastardo llamado “contienda”: “Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Ro. 16:17). El espíritu de división es contrario al evangelio, y sus víctimas nunca lo aprendieron en la escuela de Cristo. El apóstol implica tácitamente que lo adquirieron en otra parte, de maestros falsos con doctrinas falsas. “Fijaos en ellos —expresa, como queriendo decir—: Examinadlos y notaréis que están requemados. Se han calentado a la lumbre de Satanás, y sacan de ella las brasas del error que causan el daño”.

b) En su corazón y vida

Ya que toda la raíz del pecado no se arranca de cuajo, no nos sorprende que a menudo permanezca un regusto amargo en el fruto producido por los cristianos. En el Cielo seremos solamente gracia y amor, sin mezcla de pecado; pero dado que aquí nuestras corrupciones nos acompañan, el amor que tenemos aún no es perfecto. Entonces, ¿cómo se unirán los cristianos mientras no estén plenamente reconciliados con Dios en cuanto a su santificación? Mientras menos haya progresado el evangelio en nuestros corazones para mortificar las pasiones y fortalecer la paz, más débiles serán esa paz y el amor entre nosotros.

Debido a las contenciones entre los cristianos de Corinto, Pablo concluyó que no habían crecido en la gracia: “Os di a beber leche y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales” (1 Co. 3:2-3). Su comportamiento era una prueba clara: “Pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?”. A medida que la gracia fortalece a los cristianos, y el

evangelio prevalece en sus corazones, el amor y el espíritu de unidad aumentan.

Decimos: “A más años, mayor sabiduría”. Cuando los niños son pequeños riñen y se pelean, pero la edad y la sabiduría dan fuerzas para superar las diferencias insignificantes. En la controversia entre los siervos de Abraham y Lot, Abraham, como el creyente más experimentado y fuerte, estaba decidido, cualquiera que fuera el precio, a hacer las paces con su sobrino que le era inferior en todo. Pablo es otro ejemplo de lo mismo. Como cristiano que sobrepasaba cabeza y hombros a los demás, dijo de sí mismo: “Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1 Ti. 1:14).

Calvino subraya que la fe de Pablo se oponía a su anterior incredulidad obstinada como fariseo: su amor a Jesús superó la crueldad expresada contra los cristianos en su viaje de persecución a Damasco. Estaba tan lleno de fe como antes lo había estado de incredulidad; y tan lleno de amor ardiente como antes de odio. Esto es lo que quiero resaltar: estas dos virtudes crecen y florecen juntas; el cristiano que tiene fe abundante también abundará en amor.

Exhortación a mantener la paz

Profesas que estás bautizado en el espíritu del evangelio de Cristo, pero ese evangelio que hace las paces entre el lobo y el cordero, nunca enseñará al cordero a volverse lobo para devorar a otros corderos. Jesús dijo a los dos discípulos que se airaban, que no conocían cuál era la fuente de su ira: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois” (Lc. 9:55). Esa amarga pasión no encaja con el manso Señor al que sirves, ni con el evangelio de paz que él predica.

Ahora bien, así como el evangelio no nos permite pagar a nuestros enemigos con su propia moneda, devolviendo ira por ira, ciertamente también nos prohíbe que un hermano escupa fuego en la cara de otro. Cuando esas brasas de contención empiezan a humear entre los cristianos, podemos estar seguros de que Satanás ha encendido la chispa: él es el gran inflamador de toda riña.

El calzado espiritual del cristiano

Cuando se levanta una tormenta en el alma de los santos, y los vientos de sus emociones soplan con fuerza y estruendo, es fácil saber quién ha avivado la tempestad. El diablo practica su arte tenebroso con las pasiones no mortificadas, que le capacitan para suscitar fácilmente muchas tormentas de división entre creyentes. Pablo y Bernabé salieron juntos en bonanza, pero Satanás envió una tempestad para separarlos a mitad del viaje: “Hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro” (Hch. 15:39).

No hay nada, aparte de Cristo y del Cielo, que Satanás aborrezca más de los creyentes que su paz y su amor entre sí. Si no puede separarlos de Jesús, impidiendo que vayan al Cielo, se complace siniestramente en verlos navegar en la tormenta. Quiere que sean como una flota maltrecha, cristianos separados y privados del consuelo de otros hermanos en el camino. Cuando el diablo puede dividir, también espera arruinar, sabiendo que un solo barco es más fácil de hundir que toda una escuadra.

Me encanta el aire claro y tranquilo; pero me gusta más aún en la iglesia. Confieso que estoy más consciente de la grandeza de este acto de misericordia cuando veo los tristes resultados de las divisiones que han perturbado a los creyentes en estos últimos años. ¿A qué compararé el error mejor que al humo, y la contención que al fuego? Es el emblema del mismo Infierno, donde las tinieblas y las llamas se unen para intensificar el terror. Permíteme darte tres razones por que el creyente debe dedicarse a la paz y la unidad.

1. Los cristianos deben buscar la paz por amor a Cristo

Cada vez que ores a Dios en el nombre de Jesús, ciertamente obtendrás respuesta. ¿Pero cómo utilizarás con fe ese Nombre como fuerza para abrir el corazón del Padre, cuando el mismo tiene tan poca influencia sobre ti para moverte a obedecerle en este gran asunto de la unidad que él desea fomentar en su pueblo?

a) El mandamiento solemne de Cristo

Jesús encargó a sus discípulos: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a otros; como yo os he amado, que

también os améis unos a otros” (Jn. 13:34). Observa cómo preparó sus corazones para que estos se abrieran a fin de acoger el mandamiento. Lo puso bajo su Nombre: “Un mandamiento nuevo os doy”. Estaba diciendo: “Este mandamiento lo firmo yo. Después que haya partido y los fuegos de la contención irruman entre vosotros, recordad las palabras que os digo ahora y dejad que apaguen las llamas”.

Además, en este mensaje de despedida, Cristo resaltó que su mandamiento también era un regalo: sus labios nunca habían pronunciado palabras más dulces. Dejó el mejor vino para el final. Entre otras cosas que Jesús legó a los discípulos en su Testamento, escogió este mandamiento como el padre que se quita el anillo con su sello para entregárselo a su hijo. Finalmente, añadió la razón más fuerte, en el Cielo y en la tierra, para que sus seguidores obedecieran este mandamiento: “Como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

¡Cristiano! ¿No tiene el amor de Cristo derecho a pedirte hacer cualquier cosa —todas las cosas— por él? Si te pidiera poner la vida por Aquel que te amó hasta la muerte, ¿se lo negarías? Entonces, ¿no te persuadirá su amor para deponer tus contenciones y divisiones? Cristo resaltó esto, como si su propio gozo y el de sus discípulos estuvieran entrelazados en este mandamiento de amor mutuo: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11).

Pero no hemos llegado aún al último eslabón de esta cadena de oro de la enseñanza de Cristo. Él expresó su gran amor por los discípulos, un amor que le capacitaba para morir por cada uno de ellos. Luego les dijo valientemente que serían sus amigos si se daban cuenta de lo que dejaba en sus manos: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (v. 14). Finalmente, dando por sentado que andarían en unidad y amor según sus órdenes, abrió aún más su corazón a ellos, sin reservas. Los invitó a abrir sus corazones a Dios y a ser tan sinceros con él, como él lo era con ellos. Una nueva intimidad los unía: “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor” (v. 15). Esto es, “desde el momento en que andéis en obediencia ante mí y en armonía unos con otros”.

b) La oración ferviente de Cristo por este amor

Si un pastor resaltara con fuerza desde el pulpito para su gente una virtud o un deber, y luego entrara en su cuarto para rogarle a Dios que concediera esa virtud a su rebaño, sabrías que era sincero. Nuestro bendito Salvador enseñó a los pastores adonde debían acudir al salir del pulpito, y lo qué habían de hacer allí.

En cuanto Cristo terminó su sermón, fue a orar por sus discípulos. La unidad y la paz eran el legado que deseaba dejarles, y tal fue la petición que ahora presentó al Padre: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre” (Jn. 17:11). Luego añadió: “Para que sean uno, así como nosotros”. Es como si preguntara “Padre, ¿alguna vez ha habido desacuerdo entre Tú y Yo? Entonces, ¿por qué estos, que son nuestros, van a contender ahora?”. Cristo sigue rogando esta misma misericordia, no por la dificultad de arrancarle tal bendición a Dios, sino porque su deseo de unidad y amor entre su pueblo es por el bien de ellos. Nótese también que Jesús no dijo palabra alguna a favor de su propia vida mientras redoblaba sus oraciones por esta unidad. ¿Cómo pasar entonces por alto su valor?

A sus hijos les dijo lo que podían esperar de manos del mundo: toda clase de tribulación. Pero no oró tanto por su inmunidad ante el sufrimiento, como contra las contenciones entre ellos. Sabía que si sus santos podían concordar en compasión, este fuego celestial del amor apagaría las llamas del fuego perseguidor, o por lo menos el terror del mismo. En resumen, los cristianos que viven entre riñas y contiendas están pecando contra las vigorosas oraciones de Cristo mismo a su favor.

c) El precio que Cristo pagó por la paz

Igual que Jesús pasó de predicar la paz a hacer que la paz celestial descendiera mediante la oración, así también pasó de orar por la paz a pagar por ella; pero sus oraciones no eran las peticiones de un mendigo, como las nuestras. Él oró que Dios le diera únicamente aquello por lo que había pagado. Y estaba en camino al lugar del pago: el Calvario, donde su sangre fue el precio que entregó de buen grado por la paz. Se trataba principalmente de nuestra paz con Dios, pero Cristo también tenía presente la paz

del amor entre los hermanos. Por tanto, el sacramento de la Santa Cena, el banquete memorial de la muerte de Cristo, sella nuestra paz con Dios a la vez que significa nuestro amor mutuo.

¿Necesito mostrarte ahora por qué nuestro Señor utilizó este modelo para vincular a su pueblo en unidad de espíritu? Verdaderamente Cristo quiso que la Iglesia fuese su casa, donde él pudiera descansar. ¿Pero qué descanso habrá en una casa incendiada? Se trata de su Reino, ¿pero cómo se guardarán sus leyes si todos sus seguidores discuten y se pelean? Las leyes callan cuando la gente está en pie de guerra.

En resumen, la Iglesia de Cristo es un pueblo llamado afuera del mundo para serle alabanza ante las naciones. Pedro lo dijo así: “Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hch. 15:14). Esto es, un pueblo para su honra. Pero un pueblo envidioso y dividido no trae alabanza al nombre de Cristo. Cuando Jesús oró que su pueblo se perfeccionara en la unidad, empleó este argumento: “Para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:21). Me sangra el corazón al oír a tantos labios profanos blasfemar a Cristo. Las divisiones entre los cristianos es lo que más ha causado tanta maledicencia.

2. Los cristianos deben buscar la paz por su propio bien

a) Tus relaciones requieren la unidad

Pablo dice de los creyentes: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gá. 3:26). No solo hijos de Dios por creación, sino por la fe en Cristo Jesús. Puesto que él es el fundamento de una nueva hermandad de creyentes, Cristo os ha unido a otros cristianos. Todos habéis sido concebidos en el mismo vientre de la Iglesia, y engendrados por la misma simiente de la Palabra, por lo cual —como hemos dicho— habéis venido a ser hermanos de sangre. El corazón de José se apegó más a Benjamín que a sus hermanastros, porque era su hermano por padre y madre. Si el cuerpo de Cristo está dividido, ¿quién estará de acuerdo? Cristo se ha esmerado en quitar toda ocasión de disputa entre los cristianos, lo cual hace sus disensiones tanto infantiles como pecaminosas.

El calzado espiritual del cristiano

A veces un niño se entristece si el afecto de sus padres se da a otros que no sean él; entonces siente envidia de ellos y ellos lo desprecian. No existe tal favoritismo en la familia de Dios: cada uno es igualmente precioso para el Hijo de Dios. “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Ef. 5:2). Cristo es para la Iglesia lo que el alma para el cuerpo: cada miembro de su Cuerpo tiene la totalidad de él, todo su amor y corazón, como si fuera la única persona que disfrutara del Salvador.

Un padre natural a menudo demuestra gran injusticia en la distribución de sus bienes. No todos sus hijos son herederos, y esto siembra cizaña entre ellos, como en el caso de Jacob. Cristo ha hecho su testamento de forma que todos hereden por igual; una provisión llamada “nuestra común salvación” y “la herencia de los santos en luz” (Jud. 3; Col. 1:12). Cada cual puede disfrutar su felicidad sin molestar a los demás, así como millones de personas miran el mismo sol a la vez. Nadie estorba a nadie.

Jesús acalló todo malentendido y preferencia al orar: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno” (Jn. 17:22). Nadie puede envidiar a otro por tener más que él, cuando ve que la gloria también es suya. Es verdad que hay diferencias en los dones externos o naturales entre creyentes: algunos tienen muchos, otros pocos. ¿Pero son esos dones tan importantes como para provocar una guerra entre los que esperan el mismo Cielo?

b) Considera de quién es el territorio que pisas

¿No vives en medio de enemigos? La rivalidad entre los pastores de Abraham y Lot se agravó por la presencia de los vecinos paganos: “Hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra” (Gn. 13:7). Que el pueblo de Dios discuta en presencia de idólatras da lugar a chismorreos vulgares que los deshonra a ellos y a su profesión de fe.

Dime, ¿quiénes son estos que han estado en nuestra tierra todo el tiempo mientras los hombres de Dios discutían entre sí? Los espías de Satanás han observado con curiosidad todo com-

portamiento indigno entre creyentes y lo han publicado por todo el mundo. Estas personas carnales están equipadas con suficiente capacidad maliciosa como para utilizar esta disputa para sus fines impíos. De hecho, anhelan seguir con la obra de incapacitar totalmente a aquellos cristianos que se han herido mutuamente. Esperan sinceramente destruirnos así; entonces nos sanarán las heridas haciéndonos otra tan profunda que traspase el corazón de nuestra vida, y el evangelio mismo.

Cristianos, ¿dejaréis que Herodes y Pilato os avergüencen? Ellos se unieron bajo una fachada pacífica para fortalecer sus manos contra Cristo. ¿No están los creyentes dispuestos a unirse ante el enemigo común del Señor Jesús? Es una tragedia que los marineros discutan mientras el enemigo abre una brecha en la quilla del barco.

c) Considera las consecuencias de la desunión

Ahora debemos examinar cinco resultados principales de la disensión entre creyentes.

1. ***Se frena el crecimiento de la virtud.*** El alma no puede prosperar cuando está inflamada por la lucha; como tampoco el cuerpo físico puede disfrutar de la fiebre. Al igual que ese fuego en el interior debe apagarse para volver a la temperatura normal, así hay que apagar el fuego impropio entre los cristianos.

Pablo demuestra que los débiles en la gracia pueden florecer; y la cura que él propone es un compuesto de sinceridad y amor. Si estas cualidades se conservan, todo el cuerpo es capaz de “ir edificándose en amor” (Ef. 4:16). Ruego que en estos últimos tiempos, los creyentes se levanten del barro del egoísmo y lleguen a “[hablar] la verdad en amor”; esto es, a ser íntegros en el amor. Es el deseo de Cristo que todos sus hijos “crezcamos en todo en aquel que es la cabeza” (v. 15).

2. ***Se cortan las comunicaciones con el trono de la gracia.*** Es imposible pasar de la disensión a la oración con un espíritu libre. Aunque te atrevas a llamar a la puerta divina, tendrás una fría recepción: “Deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:24). Dios no probará nuestro pan leuda-

El calzado espiritual del cristiano

do; esto es, el sabor de la oración agriada por la amargura espiritual. Primero se renovó la paz y se hizo un pacto de amor y amistad entre Labán y Jacob, y después “Jacob inmoló víctimas en el monte, y llamó a sus hermanos a comer” (Gn. 31:54).

Hasta los paganos percibían que no se puede hacer ningún negocio serio con espíritu conflictivo. Por eso los senadores romanos solían visitar sus templos y dejar a un lado sus controversias antes de entrar al Senado para dirigir los asuntos de Estado. ¿Nos atrevemos nosotros a acercarnos al trono de Dios e inclinarnos en oración mientras tenemos el corazón henchido de ira y envidia? ¡Señor, humíllanos!

3. *Se cortan las comunicaciones con otros cristianos.* Así como ninguna nación produce todo lo que necesita, sino que debe importar algunas cosas de otros países, ningún cristiano puede vivir sin tomar algunas cosas prestadas de sus hermanos. Existe tal cosa como “las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro” (Ef. 4:16). Realmente las mayores ganancias de los cristianos provienen de compartir entre sí la gracia, el ministerio y el poder. Pablo dijo a los cristianos romanos que deseaba verlos para poder impartirles algún don espiritual, “para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí” (Ro. 1:12).

Las divisiones bloquean toda comunicación entre creyentes; son tan destructivas para la comunión cristiana como la plaga para el comercio de la plaza. La comunicación fluye de la comunión fundada en la unión. La Iglesia crece bajo la persecución y las pruebas. Los creyentes siembran en todo el campo, llevando el evangelio a lugares donde nunca había llegado antes. Pero las divisiones, como fuerte tormenta, arrastran la semilla.

4. *Te atriesgas al deterioro de la gracia y al crecimiento del pecado.* La disensión abre la puerta a un pecado cada vez mayor: “Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis” (Stg. 3:14). Esto es, no te creas tan buen cristiano; porque aunque tuvieras el conocimiento y los dones de los seres celestiales, este pecado te haría parecer más a los demonios que a los ángeles. Santiago da la razón de esto en el versículo 16: “Porque donde hay celos y conten-

ción, allí hay perturbación y toda obra perversa”. La disensión es la fragua de Satanás, y si puede calentar en ella al creyente, lo ablandará para que su martillo de la tentación haga su obra. Cuando el ánimo de Moisés se calentó, habló sin pensar. No es pecado insignificante aquel que imposibilita a los que se traban en sus redes para hacer siquiera un acto justo: “La ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Stg. 1:20).

5. *Las disensiones son precursoras de juicio.* Un cielo nublado pronostica lluvia; los marineros esperan tormenta cuando las olas empiezan alborotarse. El juicio se acerca cuando las caras de los creyentes se nublan de descontento, como los truenos lejanos antes de la tempestad. Cuando los niños pelean, su padre pronto vendrá a separarlos con su vara de corrección. El profeta de Dios “hará volver [...] el corazón de los hijos hacia los padres, no sea —dice el Señor— que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Mal. 4:6).

La disensión acerca al pueblo a la maldición, porque Dios manda juicio severo al pueblo que él abandona. Las Escrituras implican que los murmuradores no pueden esperar que Dios permanezca con ellos por mucho tiempo. Si el capitán abandona el barco, este con seguridad se hundirá pronto. Pablo enseñó.- “Sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Co. 13:11).

Dios envió por mano de Moisés una gran liberación a los israelitas. Como muestra de todo el bien que Dios les haría, Moisés intentó poner en paz a dos hermanos. Pero su bondad no fue aceptada, y el rechazo resultó en muchos años más de miseria en Egipto para los israelitas. “Al oír esta palabra, Moisés huyó, y vivió como extranjero en tierra de Madán” (Hch. 7:29). Después no se menciona la liberación durante 40 años. ¿No ha hecho nuestro rechazo de la paz sanadora de Dios que la misericordia huyera, dejándonos gimiendo por lo mal que lo estamos pasando?

3. Los cristianos deben buscar la paz por el bien de otros

Agustín de Hipona aconsejó a los cristianos que no estimaran como imposible la salvación de los impíos, sino que se

entregarán a la paz y la unidad para estimularlos a ir tras la piedad. Recuerda que del único lugar de donde Dios puede llamar a sus hijos es del mundo. Es posible para nosotros abrir camino a la salvación de los impíos dejándoles contemplar la verdad y los caminos de Dios en nuestro amor por nuestros hermanos en Cristo. Esta es la semilla que atrae a las almas como palomas a la ventana; es el oro que dora el templo de Dios —su Iglesia— para que la amen aquellos que vean su belleza.

La gente teme vivir en un lugar plagado de espíritus malignos. ¿Pero puede el Infierno albergar algo peor que el espíritu de división? Cristianos, poneos de acuerdo y aumentaréis en número. Los antiguos creyentes perseveraban “unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2:46). Observa los resultados de su compañerismo: “Teniendo favor con todo el pueblo [...]. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (v. 47).

El mundo desconocía tanto el verdadero amor, que probablemente primero se reía, para luego sentir curiosidad por esta doctrina celestial capaz de ablandar los corazones humanos, pulir su naturaleza y unirlos en aquella familia de amor. Estas cosas ayudaron a persuadir a muchos a salir del mundo y entrar en la Iglesia. Pero trágicamente el oro perdió su brillo —quiero decir que la paz entre los creyentes se desvaneció—, y se abrieron grandes grietas en la comunidad cristiana. Estos fallos eran tan obvios que los de fuera temían entrar en ella. En algunos sitios, los gentiles casi se decidían a abrazar la fe judía, pero eran cautos por las divisiones y ofensas que conllevaba.

Cristiano, ¡no dejes que pecados como la división y la disensión endurezcan tu vida! ¿No basta tu temor de Dios para evitar poner una trampa que desnude a los demás? ¿O para colocar la lápida en la tumba del pecador, encerrándolo allí? Igual que te mantienes libre de la sangre de los que mueren en pecado, cuídate de contribuir al endurecimiento de las almas impenitentes por disensiones dentro del Cuerpo de Cristo.

La paz con la creación

En sus primeros tiempos sin pecado, Adán era feliz viendo como acudían a él los animales para que les pusiera nombre; lo reconocían como señor cuando ejercía la autoridad que Dios le había dado sobre ellos. Pero en cuanto el hombre falló en su obediencia a Dios, todo animal olvidó la sumisión y causaba constantemente problemas para su amo.

Cuando el hombre y Dios se reúnen de nuevo en el feliz pacto de la paz, Dios borra su ira contra sus hijos rebeldes y termina la guerra entre ellos: “En aquel tiempo haré para ti pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con las serpientes de la tierra” (Os. 2:18). “Aquel tiempo” es cuando Dios se despose con nosotros en fidelidad (*cf.* v. 20). Entonces, la paz con la creación se hace mediante la paz con él.

Pero te recuerdo que, en la soberanía de Dios, los piadosos no disfrutan perfectamente de la paz con sus criaturas. De hecho, el Padre es libre de disciplinar con severidad a sus reconciliados, y a menudo sus criaturas le sirven de vara. El agua puede ahogar a un cristiano, mientras el fuego reduce a otro a cenizas; pero estos elementos en sí mismos están en paz con los creyentes. Dios no los envía expresamente para dañar a sus hijos, sino que los manda actuar para bien contra los cristianos que pecan.

Dios utiliza los elementos de la creación entre los impíos como el príncipe que envía a un general contra una banda de traidores, con autoridad de justicia sobre ellos por rebelarse contra su Hacedor. Pero a causa del nuevo pacto en la sangre del Señor Jesucristo, esta comisión cambia de rumbo y corre en otra dirección: “¡Ve, fuego!, y sé el carro que traiga al cristiano a mí en la gloria celestial. ¡Ve, agua!, tráeme a otro creyente”. Es verdad que los elementos de la creación a veces pueden infligir una fuerte disciplina; pero también están llenos de misericordia, y sirven al cristiano por las buenas intenciones del corazón de Dios: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

III. EL APRESTO PARA PROCLAMAR EL EVANGELIO DE LA PAZ

¿Qué significa este apresto?

Comprenderemos mejor lo que es el apresto considerando la parte del cuerpo para el que está pensado: “los pies”, única parte que lleva calzado. Tratándose de calzado de soldado, esta pieza de la armadura fue diseñada más para defensa que para adorno. Es una pieza tan necesaria que un soldado se ve incapaz de servir sin su protección para las largas marchas sobre las piedras del camino. ¿Cuánto tiempo podrá andar por esos senderos sin lesionarse? Aunque el camino sea llano, sus pies descalzos resultarán vulnerables al tiempo frío y húmedo, con posible enfermedad de todo el cuerpo. Como resultado, su falta de apresto le hará guardar cama cuando debería estar en el campo de batalla. Actualmente, casi tantos soldados mueren por la fiebre como por el fuego enemigo.

Lo que el pie es para el cuerpo, es la voluntad para el alma. El pie carga con todo el cuerpo, y la voluntad soporta a toda la persona: alma y cuerpo. Iremos allí donde nos lleve la voluntad. Lo que el zapato es para el pie, así es esta “apresto” o disposición espiritual del cristiano para la voluntad. El que va bien calzado no teme pasar por un camino bueno o malo, limpio o embarrado, de piedra o de paja; todo le es igual. Pero el que va descalzo, o mal calzado, se encoge ante el barro, y grita al tropezar con una piedra. Entonces, cuando la voluntad y el corazón de alguien están dispuestos para la obra, la persona se halla calzada y armada para cualquier contratiempo.

Se dice que hay personas que andan con tanta agilidad que pueden pasar sobre las arenas movedizas que tragan a los demás. Los corazones dispuestos pueden hacer lo mismo; otros no son capaces ni siquiera de andar por donde corren estos cristianos. No se hunden, sino que cantan en la aflicción. David nunca estuvo más satisfecho que cuando se escondió en la cueva: “Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos” (Sal. 57:7). Si el corazón de David no hubiera estado preparado para la crisis, se hubiese

visto atrapado por el temor en lugar de sentirse movido a cantar mientras sus enemigos buscaban su vida.

¿Por qué se llama “el apresto del evangelio de la paz”?

Se llama así porque el evangelio es el gran instrumento divino por el cual Dios apresta o prepara la voluntad del hombre para el sufrimiento. Es nuestra tarea, si predicamos el evangelio, “preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc. 1:17). Como un capitán hace sonar el tambor en la plaza para llamar a una compañía de voluntarios a armarse y salir al campo de batalla en una hora, siguiendo a su príncipe, así el evangelio llama a los hombres a prepararse para el servicio de Dios, cueste lo que cueste.

Entonces, este “evangelio de la paz” trae las buenas noticias de la paz entre Dios y el hombre sellada con la sangre de Cristo. Es un valioso regalo para los pecadores arrepentidos que han pasado sus días en “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego” (He. 10:27) que había de devorarlos. En cuanto oyen la paz en la predicación del evangelio, y esta se confirma en sus conciencias por el Espíritu, aparece en ellos nueva vida. Los que antes temblaban ante cualquier amenaza menor, ahora están “calzados con el apresto del evangelio de la paz”, y dicen sonrientes, como dijo Jesús a los que llegaron con espadas y lanzas: “¿A quién buscáis?” (Jn. 18:4). “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

Esta paz del evangelio obra con tal fuerza que hace a los creyentes “[gloriarse] en las tribulaciones” (v. 3). Vemos que estas palabras de la Escritura descubren por lo menos dos puntos de doctrina: primero, que es deber del cristiano prepararse para afrontar cualquier prueba; segundo, que la paz del evangelio prepara al creyente para enfrentarse a cualquier aflicción.

La preparación para las pruebas

Es nuestro deber como creyentes prepararnos para hacer frente a cualquier prueba o privación que Dios disponga en nues-

tro camino. Los cristianos nunca carecerán de estas pruebas. Como Cristo dijo acerca de los pobres, ellas siempre estarán con nosotros. Agustín afirmó que el sudor de sangre que Jesús derramó representaba los sufrimientos de su cuerpo místico. Igual que todo el cuerpo de Cristo fue levantado en la cruz, ninguno de sus miembros puede esperar evitar la cruz ahora. Cuando nos llegue a cada uno, no glorificaremos al Salvador si nos rendimos pasivamente a la voluntad de Dios; tenemos que estar preparados para obedecer con paciencia santa y activa, para bajar a las mismas cámaras de la muerte, si es la voluntad de Dios.

Me hablaron de un epitafio que nunca debe figurar en la lápida del cristiano: “Aquí yace uno contra su voluntad”. Pablo tenía la mente santa de Cristo cuando confesó: “Yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch. 21:13). Los escépticos pueden pensar que el valor del apóstol florecía solo cuando estaba lejos del enemigo, pero que sentiría miedo al tener que enfrentarse a la muerte. No; Pablo mantuvo su anterior profesión: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano” (2 Ti. 4:6).

Si escuchas con atención, oirás a Pablo hablar como si ya hubiera muerto. Estuvo muerto antes de recibir el golpe, no por temor, sino por completa sumisión. Un criminal está “muerto” en sentido judicial en cuanto el juez pronuncia sentencia, aunque el condenado puede sobrevivir durante semanas. En sentido evangélico, entonces, llamamos “muertos” aquellos que voluntariamente se someten a la autoridad del Padre, y están preparados para la muerte.

La serenidad de espíritu de Pablo era aún más notable si consideramos lo cerca que estaba la muerte. Tal vez sabía que lo decapitarían, ya que hizo alusión al derramamiento de sangre o vino como sacrificio. El sacrificio que ofreció voluntariamente en servicio de Cristo y su iglesia era como la libación derramada ante Dios. Pero ahora daré algunas razones por las que todos debemos estar preparados para esta obra de sufrimiento.

¿Porqué los cristianos han de estar preparados para las pruebas?

1. Cristo exige este espíritu

La actitud sumisa va implícita en todo lo que Dios pide a los cristianos. Como el sello en la moneda, los convalida en la cuenta divina: “Dispuestos a toda buena obra” (Tit. 3:1). La palabra empleada en este pasaje implica una vasija formada para el uso de su dueño. Nadie quiere lavar un vaso para encontrarlo sucio otra vez cuando lo va a usar; sino que busca un vaso limpio, listo para ser usado. Así Dios espera que mantengamos el corazón puro de la contaminación del pecado, pero con nuestro afecto elevándose hacia él: “Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 Ti. 2:21).

Dios llama a sus redimidos a prepararse, no solamente para el servicio, sino para el sufrimiento: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23). Estas palabras se pueden considerar el contrato del cristiano, sellado por el Espíritu de Dios; porque todo aquel que quiera ser siervo de Cristo deberá aceptar esta relación antes de llamarlo Señor. La estipulación principal del Señor para sus siervos es que sufran en paz. Cristo se ha esmerado en alcanzar los corazones de aquellos que le sirven, porque si le aman profundamente, no solamente soportarán privaciones en su servicio, sino que demostrarán su disposición de hacerlo. Por tanto, Dios ha incluido cuatro pasajes en las Escrituras con este mismo fin.

a) El cristiano debe “negarse a sí mismo”

Cristo le pide al santo que deje de controlar su propia voluntad y se la entregue a él. A partir del día que entra en el servicio de Cristo, debe responder a la llamada del Salvador con un: “Lo haré”.

b) Cristo da al creyente una cruz para que la “tome” antes de darle una corona

No solamente quiere que el cristiano la “soporte” —ya que los impíos logran hacer esto contra su propia voluntad—, sino que

la “tome” voluntariamente. Por supuesto que no nos pide que fabriquemos nuestra propia cruz y corramos locamente hacia el peligro, pero sí quiere que aceptemos la cruz que él haya hecho para nosotros. No debemos esquivarla mediante ningún movimiento engañoso para evitar los problemas, sino aceptar la carga que Dios ha escogido para nosotros como un favor que nos hace al permitir que suframos por él. Nadie se agacha para recoger algo sin valor; pero Cristo pide a su pueblo que tomemos la cruz como quienes recogen una perla que encuentran en el suelo.

c) Cristo quiere que el creyente tome su cruz “cada día”

Aunque el cristiano no lleve una carga a sus espaldas, deberá llevarla en el corazón, preparándose continuamente para responder a la primera llamada. Cuando Pablo dijo: “Cada día muero”, quiso decir que estaba *dispuesto* a morir; no dejaba que la preocupación por los servicios o placeres del momento le hicieran temer las pruebas por venir.

Dios mandó a los judíos que comieran la Pascua con los lomos ceñidos, los pies calzados y el bordón en la mano (cf. Éx. 12:11). Mientras el Padre agasaja al cristiano con consuelos, este debe llevar puesto el calzado del evangelio y recordar que no cena en casa, sino que come en una posada, listo para seguir el viaje en cuanto descanse un poco.

d) El cristiano debe “seguir” a Cristo mientras lleva la cruz

Dios no quiere que el santo se quede quieto murmurando, ni que él tenga que instigarlo para que se mueva, sino que siga voluntariamente a Cristo, como un soldado a su capitán. Cristo no es como aquel general que obliga a sus soldados a luchar, quieran o no. En lugar de exigir, él invita: “Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón” (Os. 2:14). Un corazón lleno de gracia seguirá a Cristo al desierto de la aflicción de tan buen grado como la amante que sigue a su amado a un jardín tranquilo para disfrutar de su presencia. Con su Palabra y su Espíritu Cristo satisface al cristiano, haciendo que desee estar con él donde sea.

2. Cristo merece este espíritu

Consideremos ahora dos razones específicas, entre las muchas que hay, por que el Hijo de Dios merece nuestra disposición a sufrir.

a) Cristo sufrió dolor por nosotros

Cuando Dios le llamó para ser mediador, Jesús encontró su camino cubierto de piedras mucho más afiladas que las que nosotros encontraremos en el nuestro. Tuvo que caminar sobre espadas y lanzas, todas ellas afiladas con la ira de Dios, y esta era la piedra más dolorosa de todas, sin embargo, nos la quitó del camino. Si no hubiera estado calzado de amor por nosotros, bien podría haberse vuelto atrás declarando que el viaje era imposible.

Pero Cristo escogió padecer por nosotros. Le dijo al Padre: “He aquí, vengo [...]. El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:7,8). Jesús respondió al llamamiento de Dios como el eco que responde dos o tres veces a las palabras. Estaba tan dispuesto a sacrificar su vida para salvar a los pecadores que, en la Santa Cena, rompió de forma sacramental su propia carne, y dejó quebrantar su corazón para derramar su preciosa sangre, antes de que sus enemigos lograran tocarle siquiera. Por ello, no podemos llamar su muerte solo la muerte de un inocente; fue un sacrificio libremente ofrecido a Dios a favor de todos los creyentes.

Cuando llegó el momento de la tragedia, Cristo salió precisamente adonde sabía que estaría el traidor, y se echó en brazos de la muerte. ¡Qué pena si no estamos dispuestos a andar un par de millas para compartir los sufrimientos de nuestro dulce Salvador! “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mt. 26:40). Nos estaba diciendo: “¿No podéis seguir conmigo mientras acepto los amargos dolores de muerte por vosotros?”.

Cristo cuida tiernamente de los cristianos que sufren

Mientras más compasivo sea el capitán con sus soldados, más libremente entregarán estos sus vidas a su control. Veamos en-

tonces algunas de las misericordias que Cristo tiene para con cada cristiano.

1. *Al hacer la carga proporcional a la espalda que la ha de llevar.* La misma carga que amenaza con hundir un barco, es normal para otro. Un cristiano puede navegar sin dificultad con un sufrimiento que otro sería incapaz de soportar. Ya que Cristo sabe esto, suaviza personalmente la carga del cristiano débil, poniendo mayor peso sobre el más fuerte. Pablo había “trabajado más que todos ellos”. Su testimonio asegura —dice— que “su gracia no ha sido en vano para conmigo” (1 Co. 15:10). Dios derramó tanta gracia sobre Pablo que podría haber sido en vano, si no hubiera dividido la obra del Reino de forma desigual, dándole a él más que su parte. Cristo tiene conocimiento perfecto de las capacidades espirituales de todo cristiano, y mide las cargas con tal exactitud que nadie se siente oprimido.

El que es rico en la gracia paga su moneda con tanta facilidad como el pobre entrega su céntimo. Pablo expuso su cabeza por la causa de Cristo tan libremente como el cristiano débil paga unas monedas de su bolsillo. Soportó la muerte de forma mucho más aceptable que otros aguantan el reproche por el nombre de Cristo. Claro que no todos tienen la fe de los mártires; esta vanguardia se escoge de entre todo el ejército de los cristianos.

2. *En los consuelos que da a los que sufren.* Aquella parte del ejército que actúa en primera línea seguramente recibirá su paga, mayor recompensa que los que esperan en el cuartel. Entonces, estoy seguro de que hay más oro y plata (esto es, más gozo y consuelo) en el campamento de los que sufren por Cristo, que en los hogares de prosperidad y reposo.

Las promesas de Dios son como vino fuerte, reservado para la necesidad: “Invócame en el día de la angustia” (Sal. 50:15). Ciertamente podemos invocar a Dios en momentos de reposo, pero él quiere que seamos más atrevidos en “el día de la angustia”; nadie encuentra socorro tan inmediato del trono de la gracia como el cristiano que sufre. David testifica acerca de esta verdad al decir: “El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma” (Sal. 138:3). Puede que no re-

cibamos demasiado bien una visita pasada la medianoche, pero no nos pesa si es un enfermo que nos necesita a esa hora. En las emergencias acudimos de buen grado al que nos llama, y Dios también. Pedro llamó a la puerta donde sus amigos oraban por él casi al instante en que la súplica de estos llamaba a las puertas del Cielo.

Las tentaciones del afligido son grandes; para él, toda demora parece abandono y olvido. Por tanto, Dios opta por mostrar una maravillosa medida de gracia en estos momentos: “Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Co. 1:5). A medida que alguien lucha con las pruebas, Cristo le da consuelo. Ambas mareas suben y bajan juntas.

Igual que aliviamos a los pobres en su necesidad extrema, Cristo consuela a su pueblo en medio de múltiples pruebas. ¿No merece nuestro Señor un espíritu dispuesto para enfrentarse a cualquier sufrimiento que conlleve su dulce gracia, y esto cuando podrías esperar que te venciera la pena más dolorosa?

El siervo se alienta cuando su amo le cuida hasta llevarle el alimento al campo de batalla. El cristiano no tiene que esperar al Cielo para experimentar el gozo en sus pruebas. Sí, habrá un gran banquete algún día; pero ahora mismo hay un desayuno, hecho con las refacciones que Cristo te da a medida que le sirves. Está ahí para disfrutarlo, en el mismo lugar donde sopor-tas las pruebas más duras de la fe.

a) En la ayuda que Cristo envía para llevar a los cristianos al hogar celestial

Cristo no solamente nos consuela en la prueba, sino que nos libera de ella. Siempre hay una puerta en la cárcel del cristiano que el ojo natural no ve, sino que la abre la mano de Cristo para facilitar la salida. ¿Qué más esperamos? ¿Qué mayor seguridad queremos de la promesa del Dios Todopoderoso, que no puede mentir? Espero que su pueblo le crea lo bastante como para aceptar a primera vista todo lo que él traiga, a cambio de sus tesoros más preciados, incluyendo la vida misma.

El hombre podría —y Satanás ciertamente lo hará— dejarte

desamparado aun después de haber cumplido esmeradamente las tareas que te asigna. Pero puedes tener la seguridad de que si Dios te envía, te traerá a casa sano y salvo. Nunca debes temer que Dios te diga: “¡Arréglatelas solo!”, si fue tu fidelidad lo que te llevó a encontrarte entre espinos.

El Dios que prefiere hacer un milagro antes que dejar morir a un profeta rebelde en su huida (ya que en el fondo era un buen hombre), seguirá amontonando milagros antes que dejar que te hundas en tu deber por él. No te preocupes si te tiran por la borda antes de ver la provisión de Dios para tu seguridad. Él siempre está ahí, y a menudo muy cerca, como el pez de Jonás: Dios lo envió para llevarlo a la orilla (bajo el agua, en su vientre), antes de saber dónde estaba. Aquello que crees que ha venido para destruirte puede ser el mismo mensajero enviado por Dios para llevarte sano a tierra.

¿Estás calzado, cristiano? ¿Listo para marchar en cuanto oigas la voz de Cristo? Seguramente no temerás tropezar con las piedras teniendo una suela tan gruesa.

3. Esta disposición evidencia un corazón lleno de gracia

Un espíritu de gracia es un espíritu excelente. Carne y sangre nunca han dispuesto a nadie a sufrir por Dios. Aquel que puede hacerlo tiene ese “otro espíritu” que indicó que Caleb era superior a este mundo (*Nm. 14:24*). Un corazón carnal nunca sufrirá voluntariamente; Lutero dijo que la voluntad humana no es más libre que la libertad que da la gracia.

Mientras más carnal sea el cristiano, más torpe será para llegar a los pies de Dios. Y donde no hay más que carne, no puede haber otra cosa que indisposición para motivarle. Pero aquel cuyo corazón arde gozosamente al mandamiento de Dios, puede estar seguro de quién ha obrado en él; esta es la línea que solo Dios puede trazar en el alma.

Los egipcios decían que las mujeres israelitas eran tan vigorosas que parían a sus hijos antes de que llegara la partera. De modo que el corazón vigoroso en la gracia está dispuesto a hacer lo que Dios pida. Cumplir con su deber no requiere la presencia de “parteras” en forma de argumentos y persuasiones menores. El corazón lleno de gracia ya se ha ejercitado en el

amor puro de Dios, la obediencia a su voz, y la fe en la seguridad de su promesa, tan continuamente que hasta el trabajo físicamente duro no entristece su espíritu. Mira hacia arriba y disponte a decir: “No sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39).

El apóstol nos dice que rendirnos a la mano de Dios que disciplina, demuestra el espíritu de hijo: “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos” (He. 12:7). Observa que no dice: “si sois disciplinados”; sino “si soportáis la disciplina”. El sufrimiento sin más nunca demuestra la adopción. Pero soportarlo con pleno valor, presto el hombro a llevar la carga con paciencia, y la esperanza de un galardón futuro, demuestran el espíritu del hijo. Esa seguridad tranquiliza, especialmente cuando el hacendado del Infierno se esfuerza por emplear la aflicción del cristiano como prueba en contra su adopción como hijo. He aquí la respuesta que tapaná la boca del acusador: “Satanás, si no soy hijo de Dios, ¿por qué me rindo tan fácilmente a su disciplina?”.

4. Un espíritu dispuesto libera a la persona

La libertad se compra por un precio. Un pájaro prefiere volar entre los árboles del bosque, aun en los meses de frío y hambre, a vivir en una jaula de oro con abundante cuidado. Algunos están tan atados por su estilo de vida terrenal, que pronto permiten que este les dicte las normas de la felicidad, y al poco tiempo son esclavos del materialismo: “El corazón de ellos anda en pos de su avaricia” (Ez. 33:31), y ya que el dinero es su amo, su corazón lo espera como un perro a los pies de su dueño.

Otros hacen reverencias a su propia reputación; no pueden disfrutar sin tener el lugar de honor allá donde vayan. Amán era de esa forma: era el favorito del rey, y recibió su anillo para sellar un decreto que mataría a miles de inocentes solo para satisfacer su ambición. Tanto se le revolvía el estómago de orgullo al ver que un pobre judío se negaba a postrarse ante él, que todos sus logros no parecían importarle: “Pero todo esto de nada me sirve cada vez que veo al judío Mardoqueo sentado junto a la puerta del rey” (Est. 5:13).

El calzado espiritual del cristiano

El tercer grupo está atado por el placer; todo lo que hacen es por “pasarlo bien”. Como crecen los juncos en el barro y el pez vive en el agua, estos no pueden vivir sin sus diversiones. Si los separas del ocio y el deporte, su corazón, como el de Nabal, muere como una piedra dentro de su pecho.

La libertad de espíritu de que hablamos aquí rompe todas estas cadenas y saca al cristiano de toda clase de esclavitudes; le enseña a aceptar lo que Dios le envía. Si llega la prosperidad, sabe “vivir en abundancia” (Fil. 4:12). Pero si de repente se cae de la silla del placer, su pie no se engancha en el estribo; su alma no lo arrastra tras el placer con egoísmo quejumbroso. Por la gracia es libre y puede prescindir de todo lo creado, mientras tenga la compañía de Cristo.

Pablo permaneció en esta libertad, que solo viene del Espíritu Santo que mora en el creyente: “Todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna” (1 Co. 6:12). Él era indiferente ante las cosas de esta vida: honra y deshonor, abundancia y necesidad, vida y muerte. Estaba convencido de que un siervo de Cristo no debe estar tan enamorado de la riqueza que no acepte la necesidad, ni tener tal gusto por la vida terrenal que huya del mero pensamiento de la muerte. Tampoco Pablo se dejó cansar tanto por el sufrimiento que deseara el descanso de la muerte. Un creyente rige su vida con espíritu excelente si decide afrontar y soportar las experiencias desagradables en lugar de eludirlas o evadirse de ellas.

5. La disposición a servir prepara al cristiano para el servicio

Un cristiano no puede servir si no está dispuesto a padecer. Esto es así porque todo siervo tiene una cruz que acompaña a su llamamiento. Si nos asusta la cruz, ¿cómo vamos a servir a Cristo?

La oración es tarea diaria del cristiano, pero no hay forma de complacer a Dios con ella si no decimos: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). Pablo fue enviado a predicar la gracia de Dios al mundo y a soportar la ira del mundo por Dios. El Señor le dijo a Ananías que había elegido a Pablo para llevar su nombre ante los gentiles y padecer grandes cosas

por su nombre. Si la predicación de Pablo, aun con su extraordinaria habilidad para endulzarla, no complacía al mundo ingrato, sería casi imposible que los que no llegamos al nivel de sus dones ganáramos al mundo sin algún reproche, desprecio y hasta persecución abierta.

Entonces, este calzado espiritual debe formar parte del equipo normal para el pie del predicador que tiene que andar entre tantas serpientes. ¿Quién sino Pablo, que venció tanto el amor a la vida como el temor de la muerte, estaría dispuesto a predicar el evangelio en la misma fosa de los leones? Me refiero a Roma, sede del cruel Nerón: “Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio...” (Ro. 1:15,16).

En resumen, es el deber de todo cristiano hacer una profesión abierta de Cristo, y a menudo esto no se puede hacer sin correr un peligro real. Si el corazón no está decidido en cuanto a esto, la primera tormenta le hará buscar cualquier puerto antes que aventurarse en la tempestad. “Aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga” (Jn. 12:42). Tal vez lo habrían intentado si no hubiera habido oposición, pero no tenían valor para afrontar el posible desprecio.

No sirve confesar a Dios si no estamos dispuestos a ponerlo todo a sus pies. Tampoco vale la pena salir en pos de Cristo si no queremos terminar el camino con él, sin volvernos atrás por el mal tiempo.

6. La disposición a servir ayuda a disfrutar de la vida

Es imposible saborear la vida si no se está dispuesto a perderla. Dos consideraciones nos revelan esta paradoja:

a) Ausencia del temor

Donde hay temor, siempre habrá tormento. Hasta un ciervo que viva rodeado de pasto estará flaco a causa de su ansiedad. Y todos los que permitan que este buitres se cebe continuamente en ellos, también estarán espiritualmente delgados. Nada destruye el gozo como el temor a perder lo que ya se tiene; por

esta inseguridad la persona se vuelve su peor enemigo. El asesino mata una vez, pero el que medita en sus miserias se mata mil veces, cada vez que el temor entra en su mente.

Una vez que el cristiano se pone esta pieza de la armadura llamada “el evangelio de la paz”, su alma está preparada para el peligro y la muerte. Se encuentra sentado en el banquete divino que Dios le ha dado por su providencia, y lo disfruta plenamente sin temer la llegada de un mensajero con malas noticias. Hasta puede hablar de la hora de la muerte sin que su gozo disminuya un ápice, como creen los carnales que debe de ser. Para estos, la mera mención de la muerte en una charla “normal,” es como el paño mojado que Hazael echó sobre el rostro del rey. El impacto del tema disipa los pensamientos placenteros que dominaban la conversación hacía escasos momentos.

Por otra parte, el cristiano con corazón preparado nunca saborea mayor dulzura en los consuelos de la vida que al mojar estos bocados en meditaciones de la muerte y la eternidad. No le causa mayor pena pensar en perder la vida, que apartar el primer plato para dar lugar al principal. David estaba tan poco atado a este mundo que pudo decir: “No temeré mal alguno”; aun en el “valle de sombra de muerte” (*Sal. 23:4*).

¿Y Pedro? ¿Conocía el secreto de la paz? Durmió tranquilo, atado entre dos soldados en la cárcel, la noche antes de que Herodes “iba a sacarlo” para ser ejecutado (*Hch. 12:6*). Ciertamente, no son condiciones idóneas para el descanso, pero estaba tan dormido que el ángel tuvo que tocar su costado para despertarlo. Pongo seriamente en tela de juicio que Herodes durmiera tan bien aquella noche como su prisionero. Sin duda este “apresto del evangelio de la paz” le daba a Pedro tan divino descanso. Por su disposición a morir le era posible dormir. ¿Por qué preocuparse si lo peor que podía hacerle la muerte era llevarlo al descanso eterno en los brazos de su amado Señor?

b) Seguridad del cuidado de Dios

Mientras más dispuesto esté el cristiano a sufrir por Dios, o a causa de lo que Dios permite, más se complace él en cuidarlo. Un buen general se ocupa más de aquel soldado que menos valora su propia vida. Cuanto menos valiosos considere el cris-

tiano su propia vida y sus intereses por causa de Cristo, más cuida Dios de evitarle el sufrimiento, o de guardarle en medio del mismo. Cristo tenía ambas bendiciones en mente cuando dijo: “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 16:25).

Abraham estaba dispuesto a ofrecer a su hijo, y Dios al final no se lo permitió. Pero aunque el Señor deje que el enemigo dé muerte a sus hijos, separando el alma del cuerpo, él demuestra su cuidado esmerado. El Padre recoge la sangre y declara al mundo cruel que la derramó: “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos” (Sal. 116:15).

Así vemos que al rendirnos a la voluntad de Dios aseguramos su cuidado, pase lo que pase. ¿No resulta la vida más cómoda cuando nos quitamos de los hombros la pesada carga del temor para pasársela al Padre? Aquella pobre viuda nunca prosperó más que cuando el profeta le pidió toda la comida que tenía. Como premio de su fe, Dios hizo un milagro (1 R. 17:12-13). Cuando uno por fin llega a los pies de Dios y puede rendirse sinceramente, dice: “Señor, aquí estoy, dispuesto a darte todo lo que soy y tengo; mi voluntad se hará cuando tu voluntad se haga en mí”; y entonces el Señor se obligará a cuidar de aquel alma.

Por qué tan pocos son cristianos

1. Dios llama a todo cristiano a prepararse para sufrir

La genuina disposición a sufrir reduce el número de verdaderos creyentes en las filas de cristianos profesantes; elimina aquellos cuyo andar no va más allá de una profesión barata. Cualquiera que mire hoy los centros del cristianismo atestados de gente y encuentre multitudes que van en pos de la Palabra, bien puede preguntarse por qué los pastores dicen que dicha compañía de cristianos es tan pequeña, y puede pensar que los que dicen tales cosas no ven el bosque por causa de los árboles. Esta misma situación hizo que uno de los discípulos le preguntara a Jesús: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?” (Lc. 13:23). En esa época Cristo “pasaba por ciudades y aldeas, enseñando, y en-

caminándose a Jerusalén” (v. 22). Cuando sus seguidores observaban que predicaba libremente en cada lugar, y cómo le seguía la gente con expresiones de esperanza, parecía casi increíble que pocos se salvaran.

Fijémonos en cómo el Salvador resolvió esta dificultad: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán” (v. 24). Cristo dijo que sus discípulos medían con la regla equivocada. En esencia decía: “Si ir en pos de sermones, testimonios y emociones fuera suficiente para salvarse, el Cielo ya estaría lleno. Pero no separo a los puros de los impuros con un cedazo tan grueso. Esforzaos para entrar; luchad y arriesgad cuerpo y sangre para no quedar fuera del Cielo”. “Os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán”. Esto es, que buscan una religión barata y una fácil profesión.

Casi cualquiera está dispuesto a pasar por la puerta del Cielo si nunca tiene que arriesgar su orgullo en público, ni peligran sus intereses cotidianos por inconveniencia ni oposición del mundo. Pero “no podrán” pasar porque sus corazones no están dispuestos a resistir hasta la sangre. Si tomamos como norma el *esforzarnos*, y no solo el *buscar*, el número de cristianos menguará como el ejército de Gedeón, para quedar en una tropa reducida. De hecho, hay varias clases de cristianos (en el sentido más amplio del nombre) que nunca se han puesto este calzado del evangelio y, por tanto, con toda seguridad tropezarán en el camino.

2. Muchos se niegan a ponerse el calzado del evangelio

a) El cristiano ignorante

Es triste, pero hay muchos creyentes que no tienen luz en cuanto a la identidad de Cristo y su obra por ellos. Entonces, ¿cómo van a amar lo suficiente a un Cristo que ni siquiera conocen como para seguirlo a través de privaciones? Nabal pensó que había dado una respuesta racional a los siervos de David cuando estos le pidieron ayuda: “¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua, y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?” (1 S.

25:11). Decidió que el regalo que le pedían era demasiado grande para un desconocido. Es casi imposible que el ignorante ofrezca su propia vida si se le llama a sufrir por mandamiento de Cristo.

Pablo dice que su conocimiento de Cristo fue la razón de no avergonzarse del sufrimiento: “Porque yo sé a quien he creído” (2 Ti. 1:12). Los samaritanos, un pueblo mezclado tanto en raza como en religión, reclamaban un parentesco con los judíos mientras todo iba bien. Pero cuando el pueblo de Dios empezó a sufrir, se separaron de nuevo. Había este mismo espíritu cobarde en la gente a quien Jesús reprendió: “Vosotros adoráis lo que no sabéis” (Jn. 4:22). El cristianismo los atrae temporalmente porque se aferran a él a ciegas.

b) Los mundanos

Estos insisten en mantener sus pasiones y profesar a Cristo a la vez; son una generación sin más prueba de su cristianismo que lo superficial. No hay prueba alguna que demuestre que sean seguidores de Cristo. ¿Podemos dar por sentado que están dispuestos a sufrir por el evangelio? Por supuesto que no, ya que ni siquiera llevan el yugo de Cristo, cuánto menos su carga. Los que se niegan a *hacer* nada por Cristo, seguramente nunca *morirán* por él; seguro que no lucharán hasta la sangre si no quieren sudar siquiera.

c) El profesante aprovechado

El credo fundamental de este es salvarse, no solo del pecado, sino del peligro. Estudia los tiempos más que la Palabra, y urde estrategias para trazar su rumbo y ordenar su profesión en consecuencia; igual que el erizo de bosque, ¡su casa siempre está orientada hacia el sol!

d) El profesante codicioso

Algunos están tan llenos de proyectos mundanos que sufrir por Cristo les es muy ajeno. Recordarás lo que dijeron los egipcios acerca de Israel: “Encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado” (Ex. 14:3). Este es el caso de los profesantes codiciosos: están atrapados por el mundo y el

desierto les cierra el paso. Por tanto, no pueden seguir a Cristo, como no puede andar el que tiene el pie en un cepo.

Nuestro Salvador, hablando de las miserias futuras de Jerusalén, avisó: “¡Ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!” (Mt. 24:19). Obviamente les costaría más escaparse del peligro inminente. ¡Cuánto peor será el juicio de aquellos que están sumidos en el mundo cuando llegue el día de la persecución! Les será casi imposible huir de la tentación en las pruebas que amenazan la vida. Realmente, estas personas ya han escogido; su corazón está puesto en el mundo, y no podrán abandonarlo por Cristo.

e) El profesante arrogante

La arrogancia no es el calzado del evangelio: “*Nadie será fuerte por su propia fuerza*” (1 S. 2:9). El que tiene una gran opinión de sí mismo está lejos de la santidad y la humildad. Durante una época de persecución de los creyentes, un hombre juró que estaba tan liberado de la carne por amor a Cristo, que prefería dejarse quemar vivo a volver a caer en el error. Pero la carne pudo más que el juramento, y la cobardía al final le hizo renegar de la fe para salvar su piel. Los que se glorían en el valor personal al vestirse la armadura, seguramente se la quitarán avergonzados. “*Engañoso es el corazón, más que todas las cosas*” (Jer. 17:9); es como un Jacob que se suplanta a sí mismo. El que no sabe la talla de su propio pie no podrá ponerse bien este calzado espiritual.

Exhortación a ponemos el calzado de la disposición

Todo aquel que invoca el nombre de Cristo ha de ponerse este calzado de apresto y llevarlo puesto a fin de estar preparado para seguir el llamamiento de la Providencia divina aunque le conduzca al sufrimiento. Te daré dos razones para estar preparado.

1. El sufrimiento puede llegar de repente

A veces los soldados tienen que salir al campo de batalla de inmediato. Tú también puedes ser llamado a sufrir por Dios, o

por su causa, cuando menos lo esperes. Abraham tuvo poco tiempo para consultar con su corazón y decidir obedecer a Dios ofreciendo a su hijo. “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac a quien amas” (Gn. 22:2); no el año que viene, ni el mes próximo, ni la semana siguiente, sino *ahora*. Este mandamiento le llegó de noche, y “muy de mañana” salió camino del monte (v. 3).

¿Cómo hubiera podido Abraham afrontar esta crisis de no haber luchado antes con su propia disposición o la falta de ella para obedecer a Dios en todo? Dios ya tenía todo el corazón de su siervo, y a este solo le quedaba obedecer. A veces Dios hace cambios repentinos en nuestra vida personal. ¿Cómo recibirías la notificación de tu propia muerte, como cuando Dios avisó a Moisés? Este no tuvo la preparación gradual de una larga enfermedad, sino que recibió el aviso cuando aún gozaba de perfecta salud: “*Sube a este monte [...]; y muere en el monte al cual subes*” (Dt. 32:49-50). ¿Estamos dispuestos nosotros para un viaje de este tipo?

Pero Dios puede cambiar el entorno público tan rápidamente como el personal. Tal vez ahora mismo las autoridades sonríen a la Iglesia; pero de pronto pueden fruncirle el ceño. “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria” (Hch. 9:31). Ese fue un tiempo de bendición para todo cristiano; pero no duró mucho: “En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos” (12:1). En aquella persecución, Jacobo, hermano de Juan, murió a espada y Pedro fue encarcelado. Toda la Iglesia se puso orar de noche: los que antes tenían paz, ahora estaban amenazados con una muerte violenta a cada paso.

En ciertas islas, el tiempo es mucho más impredecible que en los continentes. Normalmente sabemos cómo será el día durante varias horas; pero en esas islas no hay manera de saber lo que traerá la tarde. Verano e invierno a menudo se encuentran en el mismo día. Claro que toda esta incertidumbre es por causa del mar. Los cristianos en el Cielo viven, por así decirlo, en un continente que disfruta de una paz sin interrupción. Su descanso actual es la misma felicidad que experimentarán durante toda la eternidad. Pero aquí en la tierra, la Igle-

sia de Cristo es como una isla flotante, rodeada por el mundo como un mar turbulento. A veces los elementos de este mundo son mansos y tranquilos, pero a menudo se vuelven despiadadamente crueles, en la medida que Dios refrena o desata su ira.

Cristiano, ¿no vale la pena prepararte para el sufrimiento, ya que no sabes de un momento a otro si los vientos favorecerán al evangelio o intentarán destruir tu situación en él? Por la mañana pueden llenar las velas de tu vida con ánimo, pero antes de la noche pueden lanzar un frío glacial sobre tu rostro.

2. Si no estás dispuesto a sufrir por Cristo en la tierra, no llevarás corona en el Cielo

“Y si [somos] hijos, también [somos] herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo —pero sigue leyendo—, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro. 8:17). Es verdad que no todo cristiano muere en la hoguera; pero todo cristiano debe tener espíritu de mártir y un corazón dispuesto a sufrir. Dios nunca quiso que Isaac muriera como sacrificio, pero sí que Abraham pusiera el cuchillo en el cuello de su hijo. Igualmente, quiere que pongamos el cuello en el tajo y estemos, como Pablo dijo de sí mismo, “ligados en espíritu” para rendirnos íntegramente a la voluntad de Dios. La Escritura nos insta inequívocamente: “Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1).

Igual que los judíos presentaban un animal vivo al sacerdote para cumplir con los mandamientos de Dios, nosotros debemos presentar nuestros cuerpos vivos a Dios en obediencia activa y pasiva. El que se niegue a sufrir por Cristo ahora, se niega a reinar con él más tarde.

Otra costumbre judía era quitarse el zapato como señal de renunciar al derecho de herencia, como el pariente de Elimelec renunció a su heredad (*cf.* Dt. 25:9-10; Rut 4:6-8). Cristiano, si te quitas el calzado del evangelio, pierdes el derecho a tu herencia celestial. Pablo escribió que las persecuciones que sufren los cristianos por el evangelio son “indicio de salvación”.

Entonces, seguramente, negar a Cristo para evitar el sufrimiento debe ser “indicio de perdición” (Fil 1:28). Amados, ¿no merece la gloria del Cielo alguna breve aflicción?

La viña de Nabot no era gran cosa como terreno, pero él conocía su valor como herencia de la familia delante de Dios. En lugar de venderla en su valor comercial, o cambiarla por un terreno mejor, su dueño optó por perder la vida provocando a un poderoso rey. A pesar de su celo, Nabot perdió tanto la vida como esa parte de la herencia de su padre. No hay comparación entre su viña terrenal y el paraíso celestial del cristiano, que no se pierde y es de valor infinito, pero debemos emular la disposición de Nabot a sufrir. Cuando tus enemigos te hacen inadvirtidamente el favor de robarte la vida física, solo te ayudan a entrar en la plena posesión de tu herencia eterna en el Cielo.

Instrucciones para llevar el calzado espiritual

La pregunta que espero ahora del verdadero cristiano no es cómo evitar estos problemas, sino cómo calzarse para poderlos vadear con paz y gozo verdaderos. Es correcto que el soldado cristiano pida armadura para pelear la buena batalla; pero el cobarde tira su protección y pregunta hacia donde debe correr. Te daré el mejor consejo que pueda para llevar el calzado espiritual.

1. Examina la sinceridad de tu obediencia

Los mismos sanos motivos que llevan al cristiano al servicio de Cristo lo guiarán en el sufrimiento que Dios permita. Cuando los hijos de Efraín salieron a pelear estaban completamente armados, pero “volvieron las espaldas en el día de la batalla” (Sal. 78:9). Esto parece extraño, si no lees el versículo anterior: eran de una “generación contumaz y rebelde; generación que no dispuso su corazón, ni fue fiel para con Dios su espíritu” (v. 8).

Los soldados pueden llevar una armadura completa y vivir en un castillo cimentado en la roca y con muros de bronce, pero si su corazón no está bien dispuesto para con el príncipe, a la menor tormenta abrirán las puertas de par en par y saldrán

huyendo. La sinceridad es el único candado que asegura la puerta.

Todos hemos visto corazones honrados con poco apoyo desde fuera que han guardado la ciudad, mientras que ningún muro es lo bastante fuerte para defenderla contra la infidelidad y traición. Pregúntate por qué practicas el cristianismo de la forma que lo haces. Si la mano de la fe que obra es sincera, la mano que lucha será valiente. El poder de la fe que capacitó a los antiguos creyentes para “hacer justicia” —esto es, para vivir vidas santificadas— se evidencia por los sufrimientos que pasaron: “Por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impestuosos, evitaron del filo de espada...” (He. 11:33,34).

2. Ora por la capacidad espiritual de sufrir

Este no es un don común de los cristianos carnales, sino un favor peculiar que Dios otorga a pocas almas sinceras: “A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil. 1:29).

Es sorprendente que si un niño se cae jugando, pocas veces llora. Sin embargo, aunque la disciplina corporal de su padre no le duela ni la mitad que los accidentes, llorará y no se dejará consolar fácilmente. De la misma manera, los hombres se crean problemas y aprenden a vivir con ellos sin queja. Alguien puede dilapidar su salud con prostitutas, o acortar su vida con borracheras, y soportarlo con paciencia. Si tuviera su salud y dinero de nuevo, volvería a hacer lo mismo; no se arrepiente de sus pasiones, sino que lamenta no poder alimentarlas continuamente. De hecho, estas pasiones le quitan todo, hasta el pan de la boca y la última gota de sangre de las venas. Ni siquiera teme arder en el Infierno a causa del pecado. Pero si le pides a esta persona tan liberal con su dinero, carne y alma, que ponga su vida durante unos momentos por la causa de Cristo, endurecerá su corazón y te dará la espalda.

Ora entonces por un espíritu capaz de sufrir por Cristo. Los cristianos deben clamar a Dios por este don, ya que el sufrimiento no entra fácilmente en nuestra mentalidad. A la carne le gustan los mimos, no la crucifixión. Cuesta muchas horas de

ardua oración el poder entregarnos voluntariamente al sufrimiento, pero aquel que aprende a luchar con Dios nunca temerá el peligro ni la muerte.

La oración trae fuerza y sabiduría divinas. ¿Hay algo demasiado difícil para aquel que tiene a Dios de su parte? Se nos manda considerar como sumo gozo cuando tenemos pruebas: no tentaciones al pecado, sino pruebas para justicia (Stg. 1:2). Te aseguro que si Cristo te lleva a esta prueba, estará dispuesto a guiarte a través de ella. Por tanto, “si alguno de vosotros —especialmente los que sufren— tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (v. 5).

No hay muchos amos que reprendan a sus siervos por pedirles humilde consejo al emprender una tarea peligrosa por amor. ¡Cuánto menos debes temer pedirle sabiduría al Padre Celestial! Si tienes fe para aventurarte en el mar del sufrimiento a las órdenes del Señor, él tendrá misericordia para evitar que te ahogues. Si sientes que te hundes, clama como hizo Pedro: “¡Señor, sálvame!” (Mt. 14:30). Aunque te sumerjas del todo, la oración te sacará a flote.

Hay un refrán que dice: “El que quiera aprender a orar, que se haga a la mar”. Creo que sería más exacto decir: “El que quiera hacerse a la mar del sufrimiento, que aprenda a orar antes de zarpar”.

3. Medita acerca del sufrimiento

El alumno que saca mejor nota en el examen es aquel que ha pensado mucho acerca de la lección antes de que el profesor le ponga siquiera la prueba. De hecho podemos aprender un principio importante de los mozos de carga que llevan fardos pesados: los levantan una y otra vez antes de cargar con ellos. Tú puedes hacer lo mismo. En tu meditación, sopesa las pruebas que pueden venirti por amor a Cristo, a ver si eres capaz de soportarlas si Dios las permite.

Por una parte pon delante de ti la pobreza, la cárcel, el aislamiento y el fuego, y por otra las verdades preciosas de Cristo, junto con las dulces promesas de Dios para los que se aferran a la exhortación a la paciencia en la hora de la tentación.

Supongamos que tuvieras que escoger una de las dos partes ahora mismo; estudia esta cuestión seriamente hasta que tu conciencia pueda dar una respuesta clara. Hazlo a menudo para que la autocompasión de la carne no se satisfaga, ni trates el aliento de la Palabra con duda. Hay que estar seguro de la verdad de una promesa antes de poner la vida por ella.

Agustín de Hipona resumió la urgencia de prepararse para la batalla: “Es difícil encontrar las tropas necesarias durante la guerra si no las hemos buscado mientras había paz”. Las promesas de Dios son nuestra fortaleza en el peligro; pero no es fácil correr hasta ellas en la crisis si no las conocemos también en la paz. Un desconocido que corre en busca de refugio a una casa de noche, probablemente no podrá abrir la puerta si no ha visto de día dónde estaba el cerrojo, y su enemigo bien pudiera destruirlo mientras se esfuerza por abrirla. Pero el que vive en la casa, o la conoce, podrá entrar fácilmente: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos”, dijo Dios (Is. 26:20). Él nos muestra nuestra morada en sus promesas mucho antes de que llegue la prueba, para que las encontremos fácilmente en la oscuridad.

4. Acepta la voluntad de Dios diariamente

La voluntad de Dios es el cerrojo de la noche y la llave de la mañana; debemos abrir y cerrar los ojos pensando en poner nuestra vida en sus manos. Toda resistencia a las pruebas brota de la raíz de la desconfianza. Un corazón incrédulo se plantea las promesas como un hombre que pisa el hielo, al principio con temor y dificultad, preguntándose si se romperá. Esta entrega diaria te llevará a la unidad con el poder, la fidelidad y bondad de Dios, y te permitirá experimentar la realidad de sus promesas, para que puedas depender de ellas en el futuro.

Cada mañana, confía todo tu corazón y tus caminos a Dios: “A ti se acoge el desvalido; tú eres el amparo del huérfano (Sal. 10:14). Cada noche, mira atrás para ver lo perfectamente que Dios te ha guardado en esta confianza. No te duermas hasta abrir el corazón para que su fidelidad te inunde, y decide confiar en su protección durante la noche. Entonces, si llega la desilusión, espera que Dios llene el vacío. No descanses hasta que

el nombre de Dios haya sido plenamente reivindicado en tu corazón. Es importante no dejar entrar el descontento en tu espíritu a causa de sus soberanas decisiones. En su lugar, mantén la rienda corta a tus pensamientos, como David: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera a Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 42:11). Una vez hecho esto, la bendición de Dios mantendrá el aliento de tu fe y aumentará tu vitalidad para una carrera mayor cuando llegue el momento.

5. La abnegación debe formar parte de tu vida

¿Y si Dios te pidiera que lo rindieras todo, hasta la libertad o la vida? ¿Te parecería poco razonable? Veamos tres consideraciones que te ayudarán a decidir:

a) Dios te pide lo que ya es suyo

Solo te ha prestado la vida terrenal durante algún tiempo. ¿Es malo que le pidas al vecino el dinero que le prestaste hace dos o tres años? Por supuesto que no; él debe agradecértelo y no quejarse por tener que pagarte.

b) Es imposible que Dios te pida tanto como ya te ha dado
Jesús tenía más gloria y honra en el Cielo de lo que podemos imaginar. “[Él] no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Fil. 2:6,7). ¿Te preocupa el dolor? Mira la cruz donde estuvo clavado el Señor de la vida por nuestro pecado. Solo entonces podremos tomar la cruz y agradecerle a Dios por haberla hecho tan liviana y fácil, cuando a su amado Hijo Jesús le dio una pesada cruz de tormento.

c) Dios te puede devolver cualquier cosa que entregues por su verdad

Cuando Moisés se dio cuenta de esto, dejó las riquezas de Egipto por el vituperio de Cristo, “porque tenía puesta la mirada en el galardón” (He. 11:26). Un hombre carnal se pasará de muchas cosas por conseguir lo que quiere. Es capaz de estar en vela media noche buscando maneras de ganar dinero, y madru-

gar para ponerlas en práctica. Prescindirá voluntariamente de ropa elegante y de comidas refinadas por sacar adelante su negocio; la esperanza del beneficio quita importancia a las molestias.

Cristiano, compara los beneficios de los mundanos con las promesas que tú tienes si te niegas a ti mismo por Cristo, y considera qué vergonzoso resulta que ellos renuncien tan fácilmente a su comodidad por una meta tan incierta y temporal. Mientras tanto, a ti te cuesta dejar algunos placeres efímeros que Dios te puede devolver al céntuplo aquí, y con riquezas incalculables cuando vayas a la gloria celestial.

6. Deja atrás las pasiones mundanas

La savia es lo que dificulta la combustión de la madera, y la corrupción no mortificada del cristiano lo que estorba su disposición a sufrir. Pero un corazón limpio de las pasiones mundanas lo soporta todo por Cristo: arde tan pronto como la madera seca. Pablo nos habla de creyentes que “fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección” (He. 11:35). No amaron tanto el mundo como para querer volver atrás en su viaje al Cielo, por muy difícil que fuera. Ten cuidado de no dejar ninguna pasión sin mortificar en tu alma, ya que nunca consentirá que soportes el menor sufrimiento por causa del Salvador.

Pocos barcos se hunden en alta mar; la mayoría se rompen en los escollos y bajíos. El que puede apartarse de los peñascos del orgullo y la incredulidad, y escaparse de las arenas movedizas del temor a los hombres y el amor al mundo, pasará a salvo por la mayor tempestad: “Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santo, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 Ti. 2:21). ¡Ojalá pudiéramos conocer el Cielo a través del alma que se ha crucificado a las pasiones mundanas!

Aquel que está muerto al pecado vive por encima de toda perturbación de las pasiones carnales. Cuando entra en comunión con Dios no hay intrusión de pensamientos rudos y pecaminosos entre él y su Padre. Si está en la cárcel por causa del evangelio, no tiene llanto ni deseo que lo ahogue en la auto-

compasión. Su corazón está libre, y acoge la cárcel como vehículo que le da el privilegio de testificar de la verdad de Dios.

Un corazón sin mortificar está tan repleto de hábitos de mundanalidad que es imposible escaparse de sus abrazos para entrar en la disposición a sufrir. Un viajero que duerme en posada desconocida se puede levantar y marcharse cuando quiera; nadie le ruega que se quede un poco más. Pero es mucho más difícil salir de casa de los amigos. Como el suegro de aquel levita, insisten en que su huésped se quede un día más, y otro y otro.

Un anciano se trasladó desde Roma a una casa en el campo para poder pasar sus últimos años libre del caos de la ciudad. Cuando otros romanos pasaban por allí, pensaban que él era el único que realmente sabía vivir. ¿Pero sabía librar realmente su corazón de los problemas del mundo? Muchos corren al campo sin dejar atrás la ciudad; su mente sigue entre la muchedumbre mientras sus cuerpos están solos en el desierto. Si aquel pobre hubiera conocido el evangelio, este le habría mostrado la salida de toda confusión mundana en el centro mismo de Roma, con todos sus problemas y placeres. Solo aquel que ha aprendido a morir al mundo sabe vivir en él.

La paz del evangelio prepara al cristiano para las pruebas

La paz que el evangelio da al corazón prepara al santo para pasar toda prueba que se le presente en la vida cristiana. El que vive en esta paz es el único que va calzado y está preparado. Solo Cristo puede calzar al cristiano para que transite fácilmente por un camino duro, porque lo recubre de la paz del evangelio. Aun cuando hay piedras en el camino, este calzado se interpone entre ellas y el pie, y los obstáculos no se sienten apenas.

Salomón nos dice que los caminos de la sabiduría —esto es, de Cristo— *“son caminos deleitosos”*. ¿Pero cómo será siempre así cuando sabemos por experiencia que algunos de esos caminos conducen al sufrimiento? La Escritura responde: “Y todas sus veredas [son] paz” (Pr. 3:17). Debido a la paz con Dios y con la conciencia, al justo no le falta el placer. David, por ejem-

pío, se acostaba satisfecho sin haber cenado otra cosa que la alegría que Dios había dado a su corazón. De hecho, se prometió mejor descanso que los que están ahitos de placer mundano:

Tú diste alegría a mi corazón mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto. En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado (Sal. 4:7,8).

La paz que disfrutaba la conciencia de David también reconfortaba su cuerpo: “Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba” (Sal. 3:5). David tenía este dulce descanso no solamente en su palacio real de Jerusalén, sino también cuando huía de su desnaturalizado hijo Absalón para salvar su vida y, posiblemente, se acostaba en el campo abierto. Buena almohada debió de haber sido aquella que le hacía olvidar el peligro personal, cuando un ejército desleal le perseguía.

Esta paz del evangelio es tan trascendente que hace que el creyente se acueste y disfrute al dormir, tanto en la tumba como en la mejor cama. Algunos hijos de Dios han deseado que el Señor les diera el descanso de la tumba, no por estar hartos del dolor como Job, sino por la profunda paz triunfante de su corazón: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”, canta Simeón (Lc. 2:29-30). Este siervo de Dios habló como el mercader que por fin carga su género en el barco y llama al capitán para izar velas y zarpar hacia casa. ¿Por qué el cristiano, que es un extraño y un advenedizo aquí, quiere permanecer en este mundo, si no es para completar la carga para el Cielo? La seguridad de la paz con Dios es el viento que hincha la vela y lleva la carga al hogar.

La paz del evangelio y el conocimiento del amor de Dios dan tanto poder a los creyentes que el Padre a menudo les hace probar este fuerte licor antes de llevarlos al calor de la batalla. Por ejemplo, Dios hizo salir a Abraham de su tierra natal, pero prometió llevar el corazón de su siervo hasta sus mismos pies divi-

nos. Jacob huyó a Padan-aram para escapar de la ira del hermano cuyos pensamientos ya lo habían asesinado. Pero Dios consoló a aquel peregrino con una dulce visión evangélica al mostrarle un símbolo de Cristo y de su obra reconciliadora.

Entonces, la suma de toda la obra de Dios por su amado Jacob fue esta: “Tu hermano Esaú te odia, pero en Cristo tú y Yo somos uno. Sí, tu tío quiere hacerte mal, pero no le temas. Estoy en paz contigo, y por Cristo tendrás el cuidado especial de mis ángeles para defenderte adonde vayas”.

Antes de que los israelitas estuvieran listos para marchar de Egipto hacia el desierto, donde su fe se vería grandemente probada, Dios los agasajó con un festín para prepararles: la Pascua, que era un tipo de Cristo. Cuando los mismos discípulos de Jesús se encontraban al borde del momento de tristeza que su muerte inevitablemente iba a aumentar, los invitó al sacramento de su preciosa Cena. El perdón de sus pecados, sellado en sus almas por este sacramento, los fortaleció para acoger el sufrimiento con corazones preparados.

Entonces, ciertamente la provisión más importante de Cristo para sus discípulos no fue dejarles un mundo tranquilo, sino armarlos contra el mundo volátil y problemático. Lo hizo al satisfacerles con el amor del Padre; les legó su paz y derramó sus dulces consuelos en sus corazones. Prometió que en cuanto llegara al Cielo pediría al Padre que enviara al Consolador. Obsérvese que no los envió antes a luchar con el mundo airado, sino que los mandó que se quedaran en Jerusalén hasta recibir el poder del Espíritu Santo. Ahora te mostraré algunas de las maneras como esta paz del evangelio prepara al cristiano para el sufrimiento.

Cómo la paz del evangelio prepara al cristiano para el sufrimiento

1. La paz del evangelio eleva al creyente por encima del peligro

Si alguien estuviera persuadido de que podía pasear tan tranquilamente por el fuego como por su jardín, no temería lo uno más que lo otro. O si tuviera una armadura secreta a prueba de

todo golpe o munición que viniera contra él, no vacilaría en ponerse ante las armas más formidables del mundo.

El cristiano que tiene paz para con Dios está investido de una protección mucho más eficaz. Venga el sufrimiento de Dios, del hombre o del diablo, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”, dice Pablo (Fil. 4:7). El creyente está completamente rodeado de benditos beneficios, de modo que se encuentra tan seguro como el morador de un castillo inexpugnable.

2. Quien tiene paz con Dios es hijo de Dios

Una vez que el creyente experimenta el precioso amor de Dios, no teme la aflicción ni el sufrimiento; sabe que el Padre no dañará a sus propios hijos. A veces he meditado acerca de la paz y la paciencia de Isaac, al permitir que le ataran como sacrificio y ver el cuchillo tan cerca de su garganta. Sabemos que no era un niño pequeño, ya que Abraham le pidió que llevara el hatillo de leña. Algunos dicen que puede haber contado más de 20 años, y seguramente tenía edad para temer a la muerte. Pero el hijo confiaba tanto en la autoridad de su padre que no se resistió, sino que confió su vida en sus manos. Si otro hubiera empuñado el arma, no habría confiado así. Hay que recordar que, sea quien sea el instrumento de la prueba para un cristiano, la espada siempre está bajo control divino. Cristo vio la copa en la mano de su Padre, y la aceptó voluntariamente.

3. El alma que tiene paz con Dios es heredera de Dios

El parentesco con el Cielo conlleva este beneficio: “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro. 8:17). Este privilegio pone al creyente por encima de todo temor del sufrimiento que pueda tener. Un poco de dulce meditación en esta verdad levantó el alma de Pablo hasta el punto de que las pruebas de esta vida no podían desanimarlo: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (v. 18). Se negaba a permitirse a sí mismo o a cualquier otro creyente rebajar la herencia o el amor de Dios

que le legó esta gloria, mirando exclusivamente la severidad del sufrimiento. Es como si preguntara: “¿Nos ha hecho Dios sus herederos y nos ha dado el Cielo para que nos sentemos a llorar por unos problemas menores en esta corta vida? ¿Qué importancia puede tener el sufrimiento, comparado con la vasta eternidad que pasaremos adorando a los pies de Jesús?”.

Estaríamos limitados a un espíritu pordiosero si fuésemos derrotados por uno o dos contratiempos: ¡miserio cristiano aquel que llora y se queja por la cruz que lleva en esta vida! Hay que concluir que tal persona, o no heredará nada en la eternidad, o tiene poco conocimiento de lo que realmente le espera.

4. La paz del evangelio hace invencible la fe

Nada hay demasiado difícil de creer para el cristiano que lleva el perdón en la conciencia y la paz en el espíritu. Puesto que Dios sabía que Moisés se enfrentaría a problemas insuperables (en términos humanos) al conducir a Israel a Canaán, reveló su gran poder al principio de la obra de su siervo. La vara que se convirtió en serpiente para volver a ser vara, la mano leprosa restaurada, fueron santas manifestaciones del favor de Dios para con sus elegidos en la crisis más desesperada.

Cuando Dios comisiona a un creyente, lo hace con tal testimonio de su gran poder y amor que la fe de la persona no se puede destruir. La misericordia perdonadora ha convertido la serpiente de la ley, con su amenaza de mordedura mortal para el pecador, en la vara florida del evangelio, que da dulce fruto de paz y vida. A fin de cuentas, ¿cuál es el mayor milagro, la restauración de la mano leprosa de Moisés o la purificación del corazón leproso del pecador cuando es lavado en la sangre de Cristo?

Este gran milagro de la misericordia, allí donde sea aceptado, facilita para el creyente la confianza en Dios en un mar de sufrimientos temporales, y el seguirle por el desierto del dolor. Ya que la seguridad de la misericordia perdonadora de Dios guiaba la fe de David como el timón controla el barco, su confianza siguió su rumbo durante el proceso de la liberación divina. Encontramos evidencias de su paz con Dios en este testi-

monio de reconciliación: “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Sal. 32:5). Nótese a qué alturas llega David aun en los momentos de ansiedad: “Tú eres mi refugio; me guardarás de la angustia; con cánticos de liberación me rodearás” (v. 7). La mayor liberación espiritual le da confianza para las pruebas menores de la vida.

5. La paz con Dios llena el corazón de amor a Cristo

El amor del cristiano por Cristo se enciende con el amor de Cristo por él. Mientras más arda el amor de Cristo en su corazón, más fuerte será la corriente de este amor hacia él. Jesús dijo que a quien mucho se le perdona, mucho ama. Y cuanto más ama, menos teme el sufrimiento.

La mayoría haríamos cualquier cosa por un buen amigo. Cuando Cristo les dijo a sus discípulos que Lázaro había muerto, Tomás quiso morir juntamente con él. El amor es tan fuerte como la muerte. Pablo dijo: “Pudiera ser que alguno osara morir por el bueno” (Ro. 5:7). Cuánto más, entonces, la persona llena de gracia estará dispuesta a sacrificar su vida por su buen Dios: “Tu nombre es como ungüento derramado; por eso las doncellas te aman” (Cnt. 1:3). El nombre de Cristo se difunde cuando el amor de Dios en él se derrama en el corazón; y cuando esta caja preciosa se rompe, su dulce olor impregna el corazón y quita el hedor aun de la cárcel más infame de la tierra.

El fuego celestial del amor de Cristo, irradiando con fuerza en el alma, no solo apagará el fuego del amor carnal, sino también el fuego infernal del temor. ¿Qué es lo que hace que los pensamientos de la muerte sean tan repulsivos cuando nos vienen junto con las intrigas de la persecución? Seguramente este temor estriba en la culpa y el desconocimiento de todo lo que Cristo ha hecho para “librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (He. 2:15).

6. La paz con Dios fomenta la abnegación

La abnegación es una virtud tan necesaria para el sufrimiento, que Cristo carga sobre ella todo el peso de la cruz: “Si alguno

quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mr. 8:34). Algunos creyentes, como Simón de Cirene, pueden verse obligados a llevar la cruz de Cristo solo una parte del camino. Pero el cristiano abnegado caerá de rodillas y esperará que Cristo le ponga esta carga. Hay dos formas en que la paz con Dios da poder al cristiano para la clase de abnegación que ha de prepararle para el sufrimiento.

a) Esta paz ayuda al cristiano a negarse a sí mismo en su ser carnal

El pecado bien se puede llamar “el yo”, porque está tan unido a nosotros como el propio cuerpo humano. Es tan difícil mortificar una pasión como cortarse una pierna o brazo. Pero cuando Cristo y el creyente tienen juntos un banquete con el “maná secreto” del perdón y la paz, él puede pedir la cabeza de la concupiscencia más soberbia de todas, y recibirla con menos dolor por parte del creyente del que Herodías sintió al exigir la cabeza de Juan Bautista.

No hay otra llave como el amor para abrir el corazón. Cuando el amor llama a la puerta y manifiesta la bondad, hay poco temor de rechazo. Ester persuadió el corazón de su marido en contra de su enemigo Amán, mostrando su fuerte amor por Asuero en el banquete. Dios demuestra su amor por el cristiano cada vez que lo invita al festín de su evangelio. Ciertamente ese es el momento cuando triunfa con sus hijos para enviar al maldito amalecita al cadalso; esto es, para hacer morir la carne.

Después de que las benditas palabras del perdón de Jesús cayeran en el corazón apenado de María Magdalena, ¿crees tú que alguien la habría persuadido a abandonar a su amor y abrirle la puerta a alguno de sus antiguos amantes, volviendo a la prostitución? ¡Escogería primero el martirio! Aquel amor que hace al cristiano negarse una pasión le hace aceptar la cruz.

b) Esta paz capacita al cristiano para rechazar los placeres carnales

El grado en que uno arda en deseo por los placeres mundanos, será el grado en que temblará de frustración cuando Cristo le

exija que los abandone. Los placeres carnales debilitan al guerrero cristiano más valiente hasta no poder enfrentarse al enemigo.

La paz del evangelio insensibiliza el corazón cristiano a las tentaciones mundanas, de forma que puede rechazar los beneficios más tentadores que le ofrezca la carne. Pablo lo expresó de esta manera: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). Su corazón estaba muerto para el mundo, y la cruz de Cristo era el arma que había infligido una herida mortal a sus pasiones carnales.

Tiempo hubo cuando Pablo amaba al mundo como el que más. Pero cuando la misericordia de Dios perdonó sus pecados y lo recibió en favor y comunión consigo, abandonó sus pasiones para dejar que el Rey y Señor celestial reinara con paz en su alma.

Nadie puede desechar la sed de placeres carnales tan pronto como aquel que acerca la boca a la fuente del amor de Dios mismo. Una esposa amante puede olvidar a sus amigos y la casa de su padre para seguir a su marido hasta el desierto o la cárcel. ¿Con cuánta más facilidad debería despedirse un cristiano de la vida misma para seguir a Cristo, especialmente cuando el Consolador derrama en él la dulce presencia del gozo en las situaciones más críticas?

7. La paz con Dios fomenta el don de la paciencia

El sufrimiento no es gravoso para un cristiano paciente. De hecho, se ha dicho que la paciencia es la virtud que digiere la aflicción y la convierte en alimento sano. Los estómagos débiles prefieren una dieta blanda, pero los fuertes nunca rechazan lo que se les ponga delante; toda comida les es igual.

Algunas cosas son duras de digerir espiritualmente: la afrenta, la cárcel y la muerte, por nombrar algunas. “Pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezas” (Mt. 13:21). Normalmente esta clase de aflicción no cae bien en el estómago de una persona de espíritu débil, sino que le hace vomitar el alimento más vital que debería esforzarse por retener: su profesión de fe en Cristo.

Pero el humilde se alimenta de lo que le traiga la soberanía de Dios. Si se sirve la paz y prosperidad con el evangelio, da gracias y disfruta de la abundancia mientras dure. Pero si Dios las reemplaza con hierbas amargas de aflicción y persecución, no enferma de desesperación por eso. Simplemente come mayor ración del evangelio, para pasar las hierbas amargas en vueltas en consuelo divino.

El creyente que quiere ser siempre paciente, debe depender de las consolaciones que fluyen de la paz del evangelio. Sería imposible que los hijos de Dios soportaran las persecuciones de hombres y demonios sin la dulce ayuda del amor de Dios en Cristo brillando en su corazón con paz y gozo interiores. De hecho, el apóstol revela el secreto de la paciencia del cristiano, su esperanza y gloria en la tribulación: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5).

Por otra parte, el pecado hace intolerable el sufrimiento. Un carro ligero pasa fácilmente por las marismas, pero el que va muy cargado se hunde y se encalla. De la misma manera, la culpa sobrecarga el alma y la hunde en el sufrimiento. Pero cuando se quita esa culpa agobiante y Dios le habla de paz al alma, la persona que antes se enfurecía como un loco bajo la cruz, la llevará sin un lamento. Vale la pena repetir aquí: “La paz de Dios [...] guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7).

La paz y la paciencia del evangelio

1. Paciencia en la aflicción sin la paz del evangelio

A veces vemos a ciertas personas ajenas a este evangelio, e ignorantes de Cristo nuestra Paz, que sin embargo permanecen tranquilas bajo la aflicción. Si tuvieran idea de la gravedad de su condición espiritual, no mostrarían ni rastro de paciencia, al saber que Dios los echará finalmente en el Infierno si no se arrepienten y creen. Cuando veo a alguno que corre descalzo sobre piedras rugosas sin quejarse, no admiro su resistencia, más bien tengo lástima de él por haber endurecido sus pies, llenos de callosidades muertas, de tal manera que ha perdido

toda sensibilidad y no siente el dolor que le señala un peligro real.

¿De qué le sirve la medicina al muerto? Si uno no está convencido de su condición crítica, aun el mayor esfuerzo por restaurar su salud no servirá de nada. Si la aflicción, la medicina más fuerte de todas, le deja insensible a su necesidad espiritual, no queda mucha esperanza.

2. ¿Puede haber paz del evangelio sin paciencia en la aflicción?

Ya que el creyente tiene paz al conocer el amor de Dios en Cristo que mora en él, puede someterse a cualquier sufrimiento que Dios le permite pasar. Por eso debemos poner a prueba nuestra paz y nuestro consuelo. Si no tienes fuerzas para sufrir por Dios, sino que eliges un pecado a fin de evitar una cruz, tu paz es falsa. Si solo posees una paz limitada bajo las aflicciones normales, si luchas para evitar que tu espíritu murmure y tu corazón se hunda, tu fe en la promesa es muy débil: “Si fueres flojo en el día de trabajo, tu fuerza será reducida” (Pr. 24:10).

La sensibilidad de la conciencia cristiana

Mantén íntegra esta paz, y ella mantendrá íntegro tu corazón cuando el mundo se te venga abajo. Mientras la paz del evangelio gobierne tu corazón, estarás a salvo de todo temor, ya sea en la cárcel o en la hoguera. Pero si dejas que resulte herida, tus enemigos se echarán sobre ti como Simeón y Leví sobre los hombres de Siquem (cf. Gn. 34:25,26). Es triste entrar en el sufrimiento con una conciencia herida e infectada. Una espina pequeña en el pie dificulta el andar por el camino más llano; y la conciencia culpable trae gran dolor a cualquier cristiano, especialmente a aquel que sufre.

Si quieres asegurar que tu paz queda intacta, ponle una salvaguarda. Las flores más bellas exigen mayores cuidados, y mientras más rico sea el tesoro, mejor lo guardamos. Seguramente estarás de acuerdo en que la preciosa paz de Dios vale lo que sea por conservarla. El Salvador nos enseñó que los bienes terrenales como la plata y el oro se pueden perder de dos ma-

neras: por el robo o por el deterioro. Hay dos formas parecidas en que el creyente puede perder la paz interior.

1. Los pecados presuntuosos son “ladrones” que roban el consuelo

Cuando un creyente toma decisiones pecaminosas voluntariamente, pensando que puede luego consolar su conciencia dolorida con su condición de perdonado y su herencia en Cristo, hallará la puerta a la cámara de los consuelos divinos cerrada a cal y canto. Cristo se habrá apartado, llevándose las llaves. Por su soberbia, inmundicia, y mundanalidad, la persona podrá hasta clamar con gran llanto, como María cuando no encontraba el cadáver de Jesús: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto” (Jn. 20:13).

Entonces, cuídate de estos ladrones que son los pecados de presunción. “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre” (Pr. 20:27). ¿Ha encendido Dios tu lámpara, calentando tu espíritu con su amor? Si se permite a un ladrón infernal tocar esta lámpara, tu consuelo se apagará. ¿Has caído en manos de pecados de presunción que te han robado la paz? No pierdas más tiempo; envía el arrepentimiento sincero tras ellos y levanta un fuerte espíritu de oración y súplica a Dios.

Ya he advertido que no hay tiempo que perder. Mientras más tiempo permanezcas en estos pecados sin arrepentirte, más te costará recuperar tu gozo y tu paz de sus manos. Pero has de saber que en la medida en que te vuelvas humildemente a Dios, él estará dispuesto a restaurarte el gozo de su salvación y tu justicia sobre los enemigos de tu alma por su gracia mortificante.

2. La negligencia es el “óxido” que estropea la fortaleza de la paz

Es imposible que el creyente negligente o infrecuente en su comunión con Dios disfrute de paz y consuelo verdaderos durante mucho tiempo. Tal vez no estés derramando pecados de presunción sobre tu gozo para apagarlo; bien, pero no eres digno de alabanza, pues no avivarlo con el aceite de la comunión con Dios basta para suprimir tu consuelo. Puedes matar tu propia paz tanto por inanición como clavándole un puñal.

TOMO III

LAS DIVERSAS PIEZAS DE
LA ARMADURA DE DIOS
(continuación)

CAPÍTULO 9

Octava consideración: El escudo espiritual del creyente

“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Ef. 6:16).

La cuarta pieza de la armadura cristiana se presenta en este versículo: el escudo de la fe. Esta es una virtud de virtudes. Es como el corazón en medio del cuerpo, o como David cuando Samuel “lo ungió en medio de sus hermanos” (1 S. 16:13). El apóstol, al hablar de esta virtud, la unge por encima de sus compañeras: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe”.

La fe que el apóstol alaba

Descubrimos la clase de fe que el apóstol alababa al considerar el fin para el cual se prescribe la misma: capacitar al creyente para “apagar todos los dardos de fuego del maligno”; esto es, del diablo. Consideremos las diversas clases de fe. Entre ellas debe figurar la fe que capacita al cristiano para defenderse de los ataques de Satanás.

La *fe histórica* no servirá. Esta clase de fe, lejos de apagar todos los dardos de fuego de Satanás, es la que tiene Satanás mismo: “También los demonios creen” (Stg. 2:19).

La *fe temporal* tampoco servirá. Más que apagar los dardos de fuego de Satanás, es apagada por ellos. Exhibe un buen fuego de profesión externa y aguanta por algún tiempo (*cf.* Mt. 13:21), pero pronto desaparece.

La *fe milagrosa* se queda tan corta como las otras. La fe milagrosa de Judas, al igual que a los otros apóstoles, lo capacitó para expulsar demonios de otras personas, pero lo dejó poseído por los demonios de la codicia, la hipocresía y la

traición. Una legión de concupiscencias le despeñaron desesperado al abismo sin fondo de la perdición.

Solo queda una clase de fe: la *fe justificadora*. Esta es una virtud que hace al que la posee vencedor del diablo. Satanás no tiene tanta ventaja sobre el cristiano por la superioridad de su capacidad natural, como tiene el cristiano sobre él por esta arma de la fe. El apóstol está tan seguro de ello que otorga la victoria al cristiano antes de terminarse la batalla: “Habéis vencido al maligno” (1 Jn. 2:13). Es decir: vencerás tan ciertamente como si ya estuvieras montado en el carro triunfal en el Cielo. El caballero vencerá al gigante; el santo vencerá a Satanás. El mismo apóstol nos cuenta como ocurre esto: “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn. 5:4).

La naturaleza de la fe justificadora

La fe justificadora no es un mero asentimiento a las verdades del evangelio. Judas conocía las Escrituras, y sin duda asentía a su verdad cuando era un celoso predicador del evangelio; pero nunca tuvo ni un ápice de fe justificadora en su alma: “Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar” (Jn. 6:64).

Aun el maestro de Judas, el diablo mismo (lejos, supongo, de ostentar una fe justificadora) asiente a la verdad de la Palabra. Va en contra de su conciencia al negarla. Cuando tentó a Cristo, no disputó *en contra* las Escrituras sino *a partir* de ellas, sacando sus flechas de la misma aljaba (*cf.* Mt. 4:6). En otra ocasión confiesa tan plenamente la soberanía de Cristo como Pedro (*cf.* Mt. 8:29; 16:17). El asentimiento a la verdad de la Palabra es un mero acto intelectual que pueden hacer los rebeldes y los demonios. Pero la esencia de la fe justificadora está tanto en el intelecto como en la voluntad; por tanto, se hace referencia a ella como a creer “con el corazón” (Ro. 10:10). “Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes” (Hch. 8:37). Esta fe abarca todas las potencias del alma.

Hay un doble objetivo en la promesa, relacionado con el intelecto y con la voluntad. Como la promesa es verdad, exige

un acto de asentimiento del intelecto; y como es tan buena como verdadera, exige un acto de la voluntad para abrazarla. Por tanto, la persona que conoce la verdad de la promesa solo intelectualmente, sin aferrarse a ella, no cree para salvación: no recibe más provecho de la promesa que aquel que sabe que la comida alimenta, pero se niega a comer.

La fe justificadora no es lo mismo que la seguridad de la salvación. De serlo, Juan podría haberse ahorrado las molestias de escribir: “Os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Jn. 5:13). Y sus lectores bien podrían haber dicho: “Ya lo hacemos. ¿No es fe el creer que estamos entre los perdonados por Cristo, y que seremos salvos por él?”. Pero esto no puede ser así. Si la fe fuera seguridad de la salvación, entonces los pecados de una persona serían perdonados antes de que creyera, pues ciertamente tenemos que ser perdonados para poder saber que lo hemos sido. Hay que encender la vela con anterioridad a poder ver que está encendida. El objeto ha de ser anterior al acto.

La seguridad de salvación no es la fe en sí, sino el fruto de la fe. La seguridad está en la fe como la flor en la raíz. Con el tiempo, la fe, después de mucha comunión con Dios, conocimiento de la Palabra y experiencia del compañerismo divino con el alma, se convierte en seguridad. Así como la raíz vive realmente antes de que brote la flor, y sigue viva después de que caigan los bellos pétalos de esta, la verdadera fe justificadora vive antes de que llegue la seguridad y sigue viva después de su desaparición. La seguridad es como el girasol, que se abre de día y se cierra por la noche. Pero la fe es una planta que crece a la sombra, una virtud que encuentra el camino al Cielo en una noche oscura: “Anda en tinieblas”; y aun así “[confía] en el nombre de Jehová” (Is. 50:10).

Para decirlo en términos positivos, la fe justificadora es aquel acto del alma por el cual se descansa en el Cristo crucificado para recibir perdón y vida, y se confía en la garantía de esa promesa. El objeto de la fe justificadora es toda la verdad de Dios: tiene que ver con la totalidad de la Palabra y asiente firmemente a ella; pero en su acto justificante, elige al Cristo

crucificado como objeto. La seguridad dice: “Creo que mis pecados son perdonados por medio de Cristo”. El lenguaje de la fe es: “Creo en Cristo para el perdón de mis pecados”. La Palabra de Dios dirige nuestra fe a Cristo y la acaba en él; por tanto, se hace referencia a dicha fe como a un “venir a Cristo” (Mt. 11:28), “recibirle” (Jn. 1:12) o “creer en él” (Jn. 17:20).

La promesa es solo el plato en que se sirve a Cristo, verdadero alimento del alma; y si la fe echa mano de esa promesa, es como el que acerca el plato para comer. La promesa es el anillo de matrimonio en el dedo de la fe: no estamos casados con el anillo, sino unidos a Cristo por medio de él. Pablo dice: “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén” (2 Co. 1:20). Tienen su excelencia de él y su eficacia en él; quiero decir en la unión de una persona con él. Huir con una promesa y no unirse con Cristo y por fe hacerse uno en él, es como aquel que arranca una rama del árbol con la idea de que dé fruta sobre la estantería. Las promesas, separadas de Cristo, son ramas muertas. Pero cuando el alma se une por la fe con él, entonces participa de toda su vida y cada promesa rinde su dulzura.

Cuando decimos que Cristo es el objeto principal de la fe, nos referimos al Cristo crucificado. No a Cristo en toda su excelencia personal, porque como tal es el objeto de nuestro amor en lugar de nuestra fe, sino a aquel sangrando bajo la mano de la justicia divina para expiar por mandato de Dios los pecados del mundo. Igual que la criada observa la mano de su señora para recibir dirección, así el ojo de la fe mira cómo Dios se revela en su Palabra; y adonde esta dirige al alma, allá va la misma. En la Palabra, la fe encuentra a Dios listo para salvar a los pecadores, y se aferra a Cristo que obra y consigue esta salvación. Entonces la fe opta por apoyar su confianza en aquel Hombre divino a quien Dios confió su obra.

También la fe observa cómo hizo Cristo esta gran obra redentora, y cómo la promesa nos lo presenta para que lo apliquemos a nuestro perdón y salvación. La fe descubre que, al derramar su sangre, él pagó a la justicia divina todo el precio por el pecado. Todos los actos anteriores de su humillación fueron la preparación para este. Nació para morir; fue enviado al

mundo como cordero sacrificial, atado con las cuerdas de un decreto irreversible. Cuando Cristo mismo vino al mundo, comprendió que este era su cometido: “Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo” (He. 10:5). Cristo fue el sacrificio de expiación. Sin esto, toda su obra sería en vano. No hay redención sino por la sangre de Jesús: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef. 1:7).

Igual que la redención es imposible sin la sangre de Jesucristo, tampoco la Iglesia puede existir sin ella: “La iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28). La Iglesia sale del costado de Jesucristo moribundo, como Eva salió del cuerpo de Adán. Cristo no redimió y salvó al hombre sentado en majestad en su trono celestial, sino clavado en la vergonzosa cruz, bajo la mano atormentadora de la furia humana y la ira divina. Por tanto, aquel que desee el perdón de sus pecados debe poner su fe no solo en Cristo, sino en el Cristo sangrante: “A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Ro. 3:25).

Así, pues, la fe se hace activa cuando descansa en Cristo crucificado para recibir perdón y vida. Hay muchos actos del alma que deben preceder a este, porque nadie podrá nunca ejercer de verdad la fe a no ser que tenga primero conocimiento de Cristo y dependa de su autoridad. Solo entonces podrá decir: “Porque yo sé a quién he creído” (2 Ti. 1:12). La mayoría desconfía de un desconocido. Abraham no sabía adonde iba, ¡pero sabía Quién le acompañaba! Dios obró en Abraham para enseñarle a conocerlo en su gloria, su identidad; para que su hijo pudiera depender de su palabra, asintiendo a su verdad por dura, improbable e imposible que pareciera: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Gn. 17:1).

Dios quiso también que Abraham reconociera su propio vacío e incapacidad, y quiere que nosotros comprendamos lo que merecemos: el Infierno y la condenación. Pero también quiere que reconozcamos nuestra propia impotencia y lo poco o nada que podemos contribuir a nuestra propia reconciliación. Reúno estos conceptos, porque el uno lleva al otro. Nuestro sentido de impotencia surge del profundo temor que experimenta-

mos al ver la plenitud de Dios y nuestra propia insuficiencia. Nunca se encuentran la confianza y la humillación unidas en la misma persona. La conciencia no puede estar llena de convicción del pecado y, al mismo tiempo, el corazón estarlo de soberbia. Dos cosas son necesarias para la fe: la convicción de pecado, como el dolor de la herida que le hace buscar la medicina para curarla; y el sentido de impotencia e insuficiencia, que le hace volverse a Cristo para la cura. No saldríamos a pedir aquello que yauviésemos en casa.

Sin embargo, no son estos preliminares, sino el recibir a Cristo y descansar en él, lo que constituye el acto de fe al que se promete la justificación: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18). No todo aquel que asiente a la verdad de lo que dice la Biblia acerca de Cristo, cree en él. Esta fe en Cristo implica una unión del alma con él y la confianza que descansa en él. Por tanto, se nos manda aferrarnos a Cristo: “¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo” (Is. 27:5). También se llama a Cristo el “brazo” de Dios: lo que salva al que se está ahogando no es el ver un brazo extendido sobre las aguas, sino el aferrarse a él.

Otra lección que Abraham tuvo que aprender fue la de la absoluta seguridad y fiabilidad del pacto que Dios había hecho con él. No se puede comprender que Dios tenga una “deuda” con una de sus criaturas, a no ser por su promesa. Los hombres pueden convertirse en deudores sin mediar promesa alguna. Un padre es deudor para con su hijo, pues le debe amor, cuidado y provisión, y el hijo es deudor para con su padre, ya que le debe honra y obediencia, y esto aunque no se hayan prometido nada el uno al otro. ¡Cuánto más será deudora la criatura para con Dios! Se debe a sí misma, y todo lo que tiene, a Dios su Creador, aunque no cuente con la gracia de hacer estas promesas y pactos voluntariamente con Dios. Pero el gran Dios es un Soberano tan absoluto que nadie sino él puede hacer una ley que le obligue. Hasta que él tenga a bien efectuar un acto de gracia por voluntad propia, de dar tal o cual cosa buena a sus pobres criaturas, nadie puede reclamar la menor misericordia

de sus manos. Por tanto, hay dos requisitos que debemos cumplir para poder creer: primero, hemos de buscar una promesa para nuestra fe, y la autoridad que nos haga esperar tal misericordia de las manos de Dios; segundo, cuando hayamos encontrado la promesa y observado sus términos, no hemos de esperar mayor aliento, sino poner por obra nuestra fe en función de la promesa en sí.

Hemos de buscar la promesa y observar sus términos. Creer sin que haya promesa, o creer una promesa sin cumplir sus condiciones, sería presunción. Un príncipe tiene tanta razón de enfadarse con alguien que no obedece sus órdenes, como con aquel que actúa sin recibirlas. Muchos que atrevidamente se apoyan en el brazo de Dios para el perdón y la salvación, nunca tienen en cuenta que la promesa que les presenta a Cristo como apoyo y Salvador, ¡también lo presenta para que se le exalte como Señor! Los israelitas rebeldes se atrevieron a utilizar a Dios y sus promesas para sus propios fines: “Porque de la santa ciudad se nombran, y en el Dios de Israel confían” (Is. 48:2). Eran más atrevidos que bien recibidos. Dios rechazó la confianza de ellos y abominó su descaro. Aunque un príncipe no titubee al tomar en sus brazos a un pobre herido, débil y desangrado, en lugar de dejarlo morir en la calle, rechazaría la misma petición de un borracho sucio y tambaleante. El alma humilde que se duele por sus pecados a las puertas del Infierno será acogida por Dios cuando acuda con el aliento de la promesa para apoyarse en Cristo. Pero el desgraciado profano que corre a Cristo por sus propios méritos, será rechazado por el Dios Santo por abusar de sus promesas.

Cuando un pobre pecador halla una promesa y observa sus términos con un corazón dispuesto a cumplirlos, debe emplearse en un acto de fe confiando en la promesa desnuda, sin buscar más aliento que ese. El anciano Jacob no creyó a sus hijos cuando le contaron que José aún vivía y gobernaba todo Egipto. Esa noticia era demasiado buena y grande para que la creyera, por tanto tiempo como llevaba considerándolo muerto: “Y el corazón de Jacob se afligió, porque no los creía” (Gn. 45:26). Pero cuando vio los carros que José había enviado para trasladarlo, entonces “su espíritu revivió” (v. 27). De forma

parecida, la promesa le dice al pecador humilde que Cristo vive y gobierna el Cielo mismo, con todo poder, allí y en la tierra, para dar vida eterna a todos los que creen en él. Por tanto, se anima al pecador a descansar en Cristo y en la promesa; pero su corazón desmaya y no cree: insiste en ver los carros, alguna expresión tangible del amor de Dios. Si supiera que es amado de Dios, entonces creería. El Señor tiene pocos motivos de complacerse en él mientras tanto, por dejar en suspenso su fe hasta obtener pruebas tangibles.

Por qué la fe se compara con un escudo

El apóstol compara la fe con un escudo por el doble parecido entre este don y esa pieza de la armadura. La primera semejanza es que el escudo, a diferencia de las otras piezas, no es para defensa de una sola parte del cuerpo. El yelmo está hecho para la cabeza, y la coraza diseñada para el torso, pero el escudo se entiende para defensa del cuerpo entero. Por tanto, se hacía muy grande y se le llamaba “la puerta”, ya que era tan largo y ancho que cubría todo el cuerpo. El Salmista alude a este significado cuando dice: “Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; como con un escudo lo rodearás de tu favor” (Sal. 5:12). Si el escudo no bastaba para cubrir todo el cuerpo a la vez, el soldado hábil lo movía de un lado a otro, para detener la espada o las flechas de donde vinieran. Esta semejanza nos recuerda la importancia de la fe en la vida cristiana: defiende al hombre entero y preserva cada parte del creyente.

A veces la tentación se dirige contra la cabeza, o el *razonamiento* del cristiano. Satanás disputa la verdad, y si puede hará que el creyente cuestione la validez de la fe solo porque su entendimiento no la abarca. A veces prevalece en ello, borrando la creencia de la persona en la divinidad de Cristo y en otras grandes y profundas verdades del evangelio. Pero la fe se coloca entre el creyente y ese dardo, acudiendo en defensa del débil entendimiento del cristiano.

Abraham “no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto” (Ro. 4:19). Si el razonamiento se llevaba la palma en este asunto, si aquel santo varón hubiera

puesto a prueba la promesa por los sentidos y la razón, habría estado en peligro de cuestionar su veracidad, aun siendo Dios mismo el mensajero. Pero la fe lo sacó de la prueba. El creyente dice: “Confiaré en la Palabra de Dios, y no en mi ciego razonamiento”.

El tentador también puede asaltar *la conciencia*. A menudo Satanás dispara sus dardos de terror contra ella. Pero la fe puede aguantar el golpe: “Hubiera yo desmayado, si no creyese”, dijo David (Sal. 27:13). Cuando se presentaron contra él testigos falsos con palabras crueles, la fe fue su mejor defensa contra las acusaciones humanas. También lo es contra los cargos que presenta Satanás, y aun la conciencia misma.

No hay nadie más desgraciado que aquel carcelero filipense. Lo único que evitó que se suicidara fue la fuerte determinación de los presos. Al verlo caer a los pies de Pablo y Silas preguntado: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:30), quién hubiera pensado que aquella profunda herida de su conciencia se sanaría tan pronto. El terremoto de terror que había sacudido su conciencia se calmó, y su temblor se volvió regocijo. Obsérvese la causa de esta bendita calma: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo [...], y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (vv. 31,34). La fe calmó la tempestad levantada por el pecado. La fe cambió su lamento en gozo y alegría.

¿Y si la tentación se dirige contra *la voluntad*? Algunos mandamientos no se pueden obedecer sin abnegación, porque nos llevan la contraria en circunstancias donde la voluntad desea con vehemencia gobernar. Por tanto, hay que negar la voluntad propia antes de poder ejecutar la de Dios. Una tentación se hace muy fuerte cuando va con la corriente de la voluntad humana. Satanás te dirá: “¿Qué, no sirves a un Dios que te fastidia en todo?”. Parece que Dios siempre te pide que rindas aquello que más amas. Ningún cordero de todo el redil servía para el sacrificio, solo Isaac, el único hijo de Abraham.

Dios no se contentó hasta que Abraham fue a servirle a un país de destierro. Satanás se burlaba: “¿Cederás a condiciones tan duras?”. La fe es el don que sirve admirablemente al alma durante tales crisis. Puede acallar el tumulto que la tentación re-

mueve en el alma, y finalmente desechará todo pensamiento de rebeldía. Además, la fe puede mantener tan dulcemente la paz del Rey de los cielos en el corazón del cristiano, que cuando llegue tal tentación, no encontrará acogida: “Por la fe Abraham [...] obedeció [...], y salió sin saber a dónde iba” (He. 11:8). No leemos que mirara ni una vez hacia su tierra natal con nostalgia, ya que la fe le satisfizo.

Fue duro para Moisés despojarse del manto de juez y dejar que otro asumiera ese puesto cosechando el honor de plantar la bandera de Israel en Canaán, después de todo el esfuerzo que él había hecho por llevarlos hasta allí. Pero la fe lo dispuso: vio mejores mantos en el Cielo que los que tuvo que dejar aquí en la tierra. El lugar más bajo en la gloria es sin duda mucho más alto que el mayor puesto en la tierra. Para Moisés, estar ante el Trono y ministrar a Dios en el Cielo era más deseable que un trono terrenal y el homenaje del mundo.

El segundo parecido entre la fe y el escudo es este: el escudo no solo protege el cuerpo entero, sino también el resto de la armadura. Defiende de las flechas el yelmo además de la cabeza, y el pecho con su coraza. Entonces, la fe es una armadura sobre la armadura, una virtud que preserva a las demás.

El significado de la expresión “sobre todo”

Hay varias ideas entre los intérpretes acerca del significado de esta frase. Jerónimo la entiende así: “En todo deber, empresa, tentación o aflicción, en toda actividad o sufrimiento, toma la fe”. La fe para el cristiano es como el fuego para el químico; no se puede hacer nada en el nombre de Cristo sin ella: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). ¿Cómo podrá el cristiano agradarse a sí mismo si no agrada a Dios? Otros interpretan el pasaje como: “Sobre todo, toma el escudo de la fe para cubrir todas tus virtudes”. Cada virtud deriva su seguridad de la fe; cada una de ellas está segura bajo la sombra de la fe, como un ejército se encuentra protegido en un fuerte castillo con cañones. Pero seguiré la traducción que me parece más completa: “Sobre todo, toma”; esto es, entre todas las piezas de armadura que llevas para tu defensa, que sea esta la que desees

conseguir con mayor persistencia, y una vez conseguida, guárdala con el mayor cuidado. Entonces, vemos que el apóstol comparaba la fe con el escudo porque quería darle gran preeminencia.

Antiguamente el soldado atesoraba su escudo por encima de toda la armadura. Era más vergonzoso perder el escudo que perder la batalla; por tanto, no lo dejaba ni aun estando bajo los pies del enemigo, sino que le era honroso morir con el escudo en la mano. Esto era lo que una madre encomendaba a su hijo que partía a la guerra: “Trae tu escudo de vuelta contigo, o que te traigan de regreso sobre él”. Prefería ver a su hijo muerto con su escudo que vivo sin él.

El apóstol añade a la fe otro noble efecto. Nos manda tomar el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia, etc., pero no especifica la función de cada pieza. Sin embargo, al hablar de la fe, Pablo le adscribe toda la victoria: la misma apaga “todos los dardos de fuego del maligno”. ¿Por qué es así? ¿Son inútiles las demás virtudes, y es la fe la que lo hace todo? En tal caso, ¿por qué armarse de alguna otra pieza?

Cada pieza tiene su uso vital en la guerra cristiana. Ninguna parte se puede obviar en el día de la batalla. Pero la razón de que no se atribuya un efecto particular a cada pieza, sino que todo se adscriba a la fe, es para que sepamos que estas virtudes (su poder y el beneficio que sacamos de ellas) deben actuar en conjunción con aquella.

Está claro que es el designio del Espíritu de Dios dar preeminencia a la fe sobre todas las virtudes que se nos confían. ¡Pero cuidado! No te vuelvas indiferente ni descuidado en cuanto a las demás virtudes porque te emociona más conseguir y guardar la fe. ¿Podemos advertir a un soldado contra las heridas en el corazón, y dejar que olvide protegerse la cabeza? Verdaderamente, se merecería que le hirieran para curarse de tal simpleza.

L LA PREEMINENCIA DE LA FE SOBRE LAS DEMÁS VIRTUDES

De todas las virtudes la fe es la más importante. El cristiano debe luchar por mantenerla por su peculiar preeminencia. Es en-

tre las demás como el sol entre los planetas, o como la mujer virtuosa de Salomón entre las demás jóvenes.

En un pasaje de la Escritura el apóstol da la precedencia al amor y pone la fe en un nivel inferior: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Co. 13:13). En este caso, el que Pablo anteponga el amor a la fe señala hacia el hogar celestial del creyente, en donde permanece el amor y la fe desaparece. En ese aspecto el amor es mayor, por ser el fin de nuestra fe. Vemos mediante la fe para disfrutar mediante el amor.

Antes de que el cristiano pueda disfrutar de los galardones del Cielo, debe vivir en un estado espiritualmente militante aquí en la tierra. Desde esta perspectiva práctica, el amor debe ceder ante la fe. Es verdad que el amor es la virtud que triunfará en el Cielo; pero la fe, no el amor, es la virtud que sale vencedora en la tierra: “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn. 5:4).

Ciertamente, el amor también tiene su lugar en la batalla, y lucha con valor, pero se mueve bajo la dirección de su jefe, la fe: “La fe que obra por el amor” (Gá. 5:6). Como el capitán lucha por medio de los soldados que manda, la fe obra mediante el amor que despierta. El amor es la virtud que en última instancia posee la herencia, pero la fe le otorga al cristiano el derecho a la misma. Sin la fe nunca podría disfrutarla.

El amor es la virtud que une a Dios y los santos glorificados en el Cielo; pero la fe los une primero con Cristo mientras están en la tierra: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:17). Si Cristo nunca habitara en ellos por la fe en la tierra, ellos jamás podrían habitar con Dios en el Cielo.

La razón de esta preeminencia de la fe

¿Por qué tiene la fe esta preeminencia sobre las demás virtudes?

1. Dios busca la fe

Ninguna otra cosa demuestra la importancia que para nosotros tienen las personas u objetos como la frecuencia con que pre-

guntamos por ellos. Nos interesamos más por los que más amamos. José preguntó: “¿Vuestro padre, el anciano que dijisteis, lo pasa bien? ¿Vive todavía?” (Gn. 43:27). También le interesaban los demás, pero por el gran afecto que sentía por su padre, quería saber acerca de él primero.

Ahora nos referiremos al gran interés que Dios demuestra por la fe: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lc. 18:8). Esto implica que la fe es la virtud que él desea especialmente hallar en su pueblo.

Cristo ejemplifica la preeminencia de la fe al restaurarle la vista a aquel ciego en Siloé. Esta curación enfureció tanto a los maliciosos fariseos que excomulgaron al hombre solo por dar gloria a su Médico misericordioso. La presencia y ternura de Jesús le compensó con creces por su marginación. Para nuestro propósito ahora, observemos las palabras de Cristo en su primer encuentro con él: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” (Jn. 9:35). Este hombre ya había expresado cierto entusiasmo al reivindicar a Cristo y hablar bien de él ante sus peores enemigos en la tierra. Pero lo que Cristo apreció más que su lealtad fue su fe, según demuestra cuando le pregunta: “¿Crees tú?”; como si dijera: “Todo este celo al hablar a mi favor, y tu paciencia en el sufrimiento, no valen nada sin la fe”.

En este encuentro de Jesús con el ciego vemos que Dios trata más frecuentemente con su pueblo acerca de la fe: la fuerza o la presencia de ella. Hasta cuando nos aflige, es para probar nuestra fe (*cf.* 1 P. 1:7).

Las aflicciones son el azadón que Dios emplea para cavar en el corazón de su pueblo en busca del oro de la fe. No es que no busque también las demás virtudes; pero la fe es la más preciosa de todas. Aun cuando él tarda y parece apartar su mano antes de llegar con la misericordia prometida, es para poder escudriñar nuestra fe.

Jesús examinó a fondo la fe de la cananea mientras esta luchaba por creer: “Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Mt. 15:28). Al responder a su petición de curación para su hija, Jesús le dio la prueba de que tenía fe y mucha más misericordia de la esperada.

2. El favor dado a la fe

Aun cuando otras virtudes trabajan juntamente con la fe en la vida del cristiano, la fe recibe la corona suprema. No leemos casi nada acerca de otro don excepto la fe en Hebreos 11: “Por la fe Abraham”, “por la fe Jacob”, y “por la fe” el resto de aquellos creyentes hicieron sus hazañas. En cada una de ellas estuvieron presentes las demás virtudes junto con la fe, pero aquí todas llevan el nombre de la fe. Cada soldado del ejército lucha en la batalla, pero el honor de la victoria es para el general o el capitán.

La fe es el capitán de los dones. Todos los actos notables de los creyentes se citan como logros obtenidos bajo su gobierno. Así dice Cristo del centurión: “De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (Mt. 8:10). Además de la fe, en el centurión había otras virtudes eminentes, tales como el aprecio por su siervo, al que cuidaba con tanto esmero como si fuera su hijo.

La humildad del centurión se manifestó primero en la actitud abnegada que expresó: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo” (v. 8). Cuando consideramos la prominencia militar de aquel hombre como comandante, su humildad destaca aún más. El poder pocas veces es compañero de la humildad. Ciertamente el centurión era un hombre de carácter poco común que se humilló al acercarse a Cristo; pero la fe destaca por encima de la humildad como su mayor virtud. Cristo no dijo: “No he hallado tanta *humildad*”, sino “tanta *fe*” Como si dijera: “Conozco la medida exacta de fe de todo creyente en Israel; pero no he hallado tal cantidad de ese tesoro celestial en otro aparte del centurión’.

Los tesoros más valiosos del cristiano los sustenta la fe: “¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe?” (Stg. 2:5). ¿Por qué dice Dios “ricos en fe” en lugar de en paciencia, amor u otro don? Cuando un pecador reclama el perdón del pecado, el favor de Dios y el Cielo mismo, no es el amor ni la paciencia, sino solo la fe la que paga el precio de todos esos beneficios. No es: “Señor, perdóname y sálvame, y toma a cambio mi amor y paciencia”; sino: “He aquí Cristo y el precio de su sangre, que la fe presenta para pagarlo

todo”. Entonces, esta idea nos lleva a una tercera razón acerca de la preeminencia de la fe.

3. La importancia de nuestra justificación

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). No nos justifica el amor, ni el arrepentimiento, ni la paciencia ni ninguna otra virtud que la fe. “Justificados por el arrepentimiento”, “justificados por la paciencia”, ¡qué mal le suena esto al cristiano! En su lugar, vemos que nos apropiamos de la justificación por la fe, excluyendo a las demás virtudes de este acto, aunque se incluyan y den por descontadas las mismas en la persona justificada.

La tarea de Pablo era probar que la fe justifica sin obras. Pero la fe que justifica no es estática ni muerta, sino una fe viva que obra, según se observa en el capítulo 2 de la Epístola de Santiago. De la misma manera que Dios destacó a Cristo de los demás para ser el único mediador entre sí mismo y el hombre, y su justicia como la causa digna de nuestra justificación, ha destacado la fe de entre las demás virtudes como instrumento para que nos apropiemos esta justicia de Cristo. A dicha justicia se la llama “la justicia de Dios” en oposición a “nuestra propia justicia”, aunque Dios la obre en nosotros (*cf.* Ro. 10:3). Cristo la consigue para nosotros.

También se la llama “la justicia de la fe” (Ro. 4:11,13). ¿Por qué la llama Dios así, y no la justicia del amor o del arrepentimiento? Ciertamente, la fe misma no es nuestra justicia; si fuera así, seríamos justificados por obras y por fe. Seríamos justificados por justicia propia; porque la fe sería una virtud inherente en nosotros, y tan obra nuestra como otra virtud cualquiera. Pero esto es contrario a la doctrina del apóstol, en la que contrasta claramente la fe y las obras. La Escritura expone “la justicia de la fe” por esta sola razón: la fe es la única virtud que debe echar mano de Cristo, asegurándose así su justicia para nuestra justificación.

Cristo y la fe son parientes inseparables. Cristo es el tesoro, y la fe la mano que lo recibe. La justicia de Cristo es el manto, y la fe la mano que lo viste. Es por su sangre, no por nuestra

fe, que él paga nuestra deuda. Nuestra parte es recibir a Cristo por la fe para que se haga nuestro. La justicia de Cristo es el manto que cubre nuestra desnudez y nos hace hermosos ante Dios; la fe tiene el honor de colocarnos el manto.

Dios bendijo a Moisés por encima de los otros israelitas al llamarlo al monte para recibir la ley de su boca, mientras los demás tuvieron que esperar a que él se la llevara. De igual manera, Dios honra la fe como virtud por la cual comunica el glorioso privilegio de la justificación. ¿Pero por qué opta por la fe en lugar de por otra virtud para completar este acto de justificación? Hay por lo menos dos razones...

Primera, ninguna virtud aparte de la fe es tan apta para este fin. ¿Por qué ha designado Dios el ojo para ver en lugar del oído? ¿Por qué la mano en lugar del pie para asir los objetos? Esto es fácil de responder: porque estos miembros son particularmente aptos para sus funciones. La fe tiene una aptitud peculiar para esta obra. Somos justificados, no al darle algo a Dios, sino recibiendo de él lo que Cristo ya hizo por nosotros. La fe es la única virtud que recibe y, por tanto, la única apta para la justificación.

Segunda, no hay virtud a la cual Dios pudiera confiar su honor con tanta seguridad como a la fe en la justificación. El gran designio de Dios al justificar a un pecador desamparado es magnificar su generosa misericordia ante esa criatura.

Ya que Dios está decidido a que su misericordia reciba toda la honra, protege al ser humano de cualquier pretensión de colaboración con él en cuanto a la justificación. No hay nada como la justificación por la fe para asegurar y salvaguardar la gloria de la libre gracia de Dios. Cuando el apóstol habla de la libre justificación de un pecador ante Dios, demuestra cómo esta corta de raíz todo pensamiento de autoexaltación: “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe” (Ro. 3:27).

A lo largo de la historia los reyes han guardado celosamente su propia reputación y la de sus reinas en cuanto a la pureza sexual. Han sido tan cautos en este aspecto que han evitado las posibles acusaciones empleando eunucos para atender a sus esposas. Por la misma naturaleza de la discapa-

ciudad del eunuco, se excluye toda sospecha. Dios es aún más celoso de la gloria de su gracia, para que esta no sea violada por el orgullo y la autoglorificación; y a fin de defenderla de tales abusos, ha elegido la fe, esta “virtud emasculada”, para estar cerca de él y trabajar en la salvaguardia de la gloria de su gracia.

La fe tiene dos manos: con una arranca su propia justicia y la echa lejos, como David apartó la armadura de Saúl, y con la otra se reviste de la justicia de Cristo para tapar las vergüenzas de su alma. Un erudito bíblico dice:

Esto hace imposible concebir que la fe y las obras se unan en la justificación. La fe atribuye todo a la libre gracia de Dios, pero las obras llaman la atención sobre sí mismas. La fe no aspira más que a ser instrumento del perdón gratuito; las obras no pueden rebajarse, sino que insisten en que se las considere como la fuente de la justificación.

4. La influencia de la fe en las demás virtudes

El sol es glorioso porque da luz y calor a toda la tierra. La fe es la virtud que Dios utiliza para bien del mundo espiritual, en la “nueva criatura”, como el sol para el mundo físico (Gá. 6:15). Igual que nada se oculta del calor del sol, ninguna virtud queda fuera del ámbito de la influencia de la fe.

Cómo influye la fe en las demás virtudes

1. La fe da trabajo a las demás virtudes

La fe es como un rico mercader de lana que proporciona material a los tejedores. Cuando el mercader no tiene suministros, los hiladores ya no pueden trabajar. Así la fe entrega a cada virtud lo que necesita para obrar.

Repasemos algunas virtudes como ejemplos de las demás. *El arrepentimiento* es una dulce virtud, pero la fe debe hacerla trabajar. El arrepentimiento de Nínive se considera fundado en la fe: “Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio” (Jon. 3:5). Su arrepentimiento puede que no fuera más que legalismo, pero va-

lía tanto como su fe. Si su fe hubiera sido mejor, su arrepentimiento también habría sido de mayor calidad.

Igual que la luz hace que enfoquemos la vista sobre un objeto, la fe revela el pecado en la conciencia. Los pensamientos pronto surgen como nubes y forman una tormenta hasta llenar el alma de negro terror y temblor por el pecado. Pero en ese momento la persona está perdida y no puede adentrarse más en el arrepentimiento hasta que la fe envíe mayor apoyo desde la promesa del perdón. Cuando el pecador oye y cree la promesa, el arrepentimiento puede continuar. Finalmente, la nube de terror que el temor de la ira había formado en la conciencia se desvanece en una suave lluvia.

El amor es otra virtud celestial, pero la fe consigue el combustible que lo hace arder. ¿Ardía siempre tu alma de amor por Dios como lo hace ahora? Sin duda hubo un momento en que tu alma estaba fría. No se encontraba en ella ni chispa de este fuego. ¿Cómo es que amas tanto a Dios ahora? ¡Seguramente has recibido buenas noticias del Cielo!

La fe es el único mensajero que puede traer buenas noticias del Cielo al corazón. Ella anuncia la promesa, abre los tesoros de Cristo, y derrama su nombre para aumentar el amor en los creyentes. Cuando la fe nos muestra el carácter de Cristo en la Palabra, y nos presenta a este en toda su hermosura, nos sentimos dulcemente atraídos por él: “Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso” (1 P. 2:7).

No podemos dar de veras nuestro amor al Salvador hasta verlo como él es. Si estuviéramos junto a nuestro mejor amigo en un cuarto oscuro, no le prestaríamos más atención que a cualquier desconocido. Pero si alguien nos susurrara que se trata de aquel que puso su vida para salvar la nuestra, haciéndonos luego herederos de todos sus bienes, ¿no le mostraríamos respeto? ¡Nuestro corazón latiría enseguida con el anhelo de demostrarle un gran afecto!

Mientras los ojos de la fe están cerrados o dormidos, el cristiano puede estar muy cerca de Cristo, al calor de su divino cuidado, sin experimentar efecto alguno. Pero cuando la fe lo ve y revela la dulzura de su amor redentor, el creyente no puede menos que responder con amor personal.

2. La fe ayuda a las demás virtudes a recibir fuerza de Cristo

La fe no es solamente el instrumento para recibir la justicia de Cristo para nuestra *justificación*, sino también el gran instrumento para obtener su gracia para la *santificación*: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). Hay que recibir esta plenitud por la fe. La fe que une el alma con Cristo es como un conducto en la boca de una fuente, que lleva el agua a varias casas para su distribución a todos los vecinos. Jesús dijo acerca del creyente: “De su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:38).

El Salvador ofreció a sus discípulos una lección muy dura cuando les enseñó a avivar el amor para perdonar al hermano “siete veces en un día” (Lc. 17:4, NVI). Ya que sus seguidores se dieron cuenta enseguida de que les sería casi imposible obedecer esta enseñanza, le pidieron al Señor que les aumentara la fe. ¿Por qué no dijeron: “Aumenta nuestro amor”? Si tuvieran más fe en Cristo, también podrían amar más al hermano. Mientras más creyeran en Jesús por el perdón de sus propios pecados (setenta veces en un día) más fácilmente serían capaces de perdonar a su hermano que pecara contra ellos siete veces en un día.

Obsérvese cómo respondió Cristo a la oración de sus discípulos que pedían más fe: “Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará” (Mt. 17:20). Es como si dijera: “Habéis encontrado la clave de un espíritu perdonador: es la fe lo que os ayudará a vencer la dureza de vuestros corazones. Aunque esta se halle tan arraigada como ese monte en la tierra, vuestra fe la podrá mover”.

3. La fe defiende al cristiano en el ejercicio de todas las virtudes

“Tú por la fe estás en pie” (Ro. 11:20). Un soldado aguanta bajo la protección de su escudo y cumple aun cuando el enemigo dispare para ahuyentarlo. Si la fe le fallara, toda virtud le abandonaría. La paciencia de Job resultó herida cuando su mano se cansó de sostener el escudo de la fe como defensa.

Ninguna virtud está a salvo si se sale de la protección que le

brindan las alas de la fe. En el momento que el celo de Pedro sobrepasó su fe, Cristo evitó que cayera de toda virtud diciéndole: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:32). La fe de Pedro fue la reserva que el Salvador guardó bien para que se pudieran recuperar las otras virtudes del apóstol cuando el enemigo lo derribara, y para librarle, magullado y quebrantado, de aquel choque violento.

Cristo no pudo hacer muchos milagros por sus propios paisanos “a causa de la incredulidad de ellos” (Mt. 13:58). Por otra parte, Satanás no puede lesionar gravemente al creyente si la fe está en su sitio. Es verdad que el diablo busca hábilmente combatir la fe por encima de todo, por ser esta la virtud que le impide conquistar las demás. Aunque un santo sea humilde, paciente y devoto, Satanás puede fácilmente abrir una brecha en estas virtudes y entrar, si la fe no cubre por completo cada pieza de la armadura. El propósito de Dios es siempre nuestra mejor defensa: él hace que la fe sea la virtud que pone en fuga a Satanás.

4. Solo la fe gana aceptación ante Dios para todas las virtudes y sus obras

Ni siquiera el cristiano obediente que trabaja duramente todo el día espera llevar sus logros a casa por la noche y hallar la aceptación de Dios por sus esfuerzos humanos. Solo por la fe los puede presentar mediante Cristo a Dios. Nosotros ofrecemos “sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1P. 2:5); esto es, por la fe en Cristo. La fe puede prevalecer de tal manera con Dios que él acepte aun los pedazos rotos del menor esfuerzo humano de mano de ella; pero no aceptará nada que no venga de la mano de la fe.

5. La fe proporciona ayuda cuando fallan las demás virtudes

Hay dos maneras como las virtudes del cristiano pueden fallar: en su actividad y en su demostración.

A veces las diversas virtudes funcionan con tal fuerza vencedora que el cristiano rompe las cadenas de la tentación como Sansón partió las cuerdas de lino; otras veces, el santo sigue

preso porque no puede ni empezar a sacudírselas. La fe fortalece al cristiano especialmente en la debilidad. Igual que José atrajo a sí mismo a sus hermanos y los alimentó de sus almacenes durante el hambre, la fe sustenta al cristiano cuando su suministro de virtud parece agotarse.

En la necesidad, el cristiano puede reclamar la plenitud de la gracia de Cristo como algo suyo. Su fe pregunta: “¿Por qué te abates por la debilidad de tu virtud? Toda plenitud está en Cristo, y hay bastante en él para suplir tu vacío”. Igual que las nubes no llevan lluvia para su propio bien sino para el beneficio de la tierra, Cristo nos ofrece a nosotros la plenitud de su gracia: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30).

La fe también apoya al cristiano aplicando a su caso las promesas para la perseverancia en la gracia. Aunque un enfermo esté débil y desamparado, se consuela cuando el médico le dice que no morirá. La debilidad de la virtud es triste, pero más lo es el temor a apartarse del camino. La fe, y solo la fe, es el mensajero que trae al alma la buena noticia de que puede perseverar.

En esta cuestión de la perseverancia, el sentido común y la razón se ven superados. Les parece imposible que semejante caña cascada soporte los vientos contrarios del Infierno. Ya que esta parece tan rebasada por el poder y la política de Satanás, creen que lo razonable es concederle la victoria al lado más fuerte. Pero cuando la fe ve síntomas de muerte en las virtudes del creyente, halla vida en la promesa y consuela al alma. Nuestro Dios es fiel y no dejará que su favor se corrompa; él se encarga de proteger la vida *eterna* de sus santos.

Cuando el creyente consulta a su fe y le pregunta si su débil virtud fallará o aguantará, la respuesta de la fe es: “Tu débil virtud muy bien podría morir y apartarse, pero el Señor me ha mostrado que vivirá y perseverará”. Por su propia debilidad y la mutabilidad de la naturaleza humana, la virtud del cristiano podría ciertamente morir, pero Dios le ha mostrado a la fe en la promesa que se recuperará hasta de la peor enfermedad.

Cuando hemos de admitir que nuestra virtud dista mucho

de ser suficiente, Dios envía su Palabra para alentarnos. Escucha las últimas palabras de David en cuanto a su casa:

No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado, aunque todavía no haga él florecer toda mi salvación y mi deseo (2 S. 23:5).

Vio el pacto eterno que Dios había hecho con él como equivalente a toda su salvación, aunque no viera la solución de su problema en ese momento.

Este “pacto perpetuo” preserva nuestra débil virtud de la corrupción. El Salmista pregunta: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 43:5). La salud del semblante de David no estribaba en su punto de vista humano ni en su situación en la vida, sino en su Dios; esta seguridad hace que la fe acalle los temores.

La segunda manera como las virtudes del cristiano pueden fallar es en su demostración. A veces las virtudes desaparecen como estrellas en una noche nublada. Cuando el cristiano se ve tentado dice: “No sé si amo a Dios sinceramente o no; no puedo decir que tenga una verdadera tristeza por el pecado. No sé qué pensar, pero a veces estoy dispuesto a pensar lo peor”. Aun en esta clase de tinieblas, la fe asegura la nave del alma y pone dos anclas inmovibles para rescatar al creyente de las voraces arenas movedizas de la desesperación.

a) La fe encuentra rica misericordia en Cristo e invita al pecador a contemplarla cuando pierda de vista su propia virtud

Dios está lleno de gracia y misericordia; si has perdido la evidencia de tu virtud, él está dispuesto a restaurarla. Pero David pidió algo más que una restauración: oró para que Dios creara... “Crea en mí, oh Dios —solicita—, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10). La fe dice: “Si fuera verdad lo que temes —que, para empezar, tu virtud nunca fue real—, hay misericordia suficiente en el corazón

de Dios para perdonar aun tu hipocresía, si acudes a él arrepentido”.

Entonces, la fe persuade al alma para que, en un acto atrevido, se apoye en Dios por medio de Cristo. No se encuentra por encima de la misericordia de Dios el perdonar muchas injusticias, falsedades y una gran infidelidad cuando un pecador humildemente confiesa su pecado. El mundo está lleno de padres que hacen lo mismo por sus hijos. ¿Es difícil para Dios lo que resulta fácil para los humanos? La fe reivindica el nombre de Dios. Mientras no perdamos de vista el corazón misericordioso de Dios, mantendremos la cabeza fuera del agua, aunque no veamos evidencia alguna de nuestra propia virtud.

b) Cuando el cristiano no ve evidencia alguna de virtud en sí mismo, la fe la descubre en la promesa de la Palabra

El que no tiene pan en casa, se tranquiliza al saber que lo hay en el mercado. Un cristiano puede lamentar su dureza de corazón por no sentir una pena genuina por su pecado. Razona en su interior que si pudiera experimentar el quebranto, podría correr a Cristo y consolarse con su promesa: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mt. 5:4).

La fe interviene, insistiendo: “No solo hay promesas para los que lloran y los quebrantados, sino también para los que necesitan el quebranto y el espíritu de arrepentimiento”. Dios revela de qué manera atrae al pecador:

Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos (Ez. 36:26-7).

Así la fe saca al cristiano de sus atribulados pensamientos, donde se esconde sin esperanza, y vuelve su queja en oración ferviente por la gracia que tanto necesita. “Hay pan en la promesa —dice la fe—. No te quedes aquí sentado, desalentado, sino ponte de rodillas y con valor humilde, pide la virtud que necesitas”. El cristiano tendrá nueva evidencia de su virtud al recordar y creer la promesa de Dios antes que cediendo a los pensamientos

de incredulidad. Satanás se deleita al ver cómo la fuerza y el tiempo del cristiano se malgastan en amargura, sin que este se dé cuenta de que tiene a mano lo necesario. Pero Dios quiere que el creyente busque ayuda y la convierta en acción libremente.

6. La fe conforta al creyente cuando abundan las demás virtudes

De todas las virtudes, la fe es el copero del cristiano. El santo toma el vino del gozo de mano de la fe, y no de ninguna otra virtud: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Ro. 15:13).

El apóstol Pablo da preeminencia a la fe, atribuyendo el gozo del cristiano a su fe en lugar de a su amor; y lo mismo hace Pedro: “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8). Observa la palabra clave en este versículo: “En quien *creyendo* [...] os alegráis”. Esta es la puerta por donde entra el gozo del creyente: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3).

La sangre de Cristo es el único vino que alegra el corazón de Dios y satisface su justicia a la vez. Por tanto, es lo único que puede alegrar verdaderamente el corazón del hombre. Cuando Cristo promete el Consolador, habla con sus discípulos de la vasija que utilizará para sacar el vino del gozo: “Tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:15). Ninguna uva de nuestra vendimia se exprime en esta dulce copa. Es como si Cristo dijera: “Cuando él venga para consolarte con el perdón de tus pecados, tomará de lo mío, no de lo tuyo. He comprado tu paz para con Dios con mi sangre, no con tus lágrimas de arrepentimiento ni con tu pena por los pecados”.

El gozo del cristiano fluye únicamente de Cristo, no de alguna fuente humana. Pero la fe descubre riquezas insondables en Cristo, y revela al creyente todo lo que ve y conoce de él. Y es la fe la que abre nuestros corazones a las promesas, y luego derrama en ellos las dulces realidades de la Palabra de Dios (*cf.* Ro. 10:17).

La fe no solamente enseña al alma las maravillas de Jesucristo y los deleites de las promesas divinas, sino que también hace que Cristo sea real para el alma de formas prácticas: aparta dulces raciones de viandas vivificantes de la Palabra de Dios, las pone en la boca del alma, y tritura bien las promesas para que el creyente reciba fuerza y estabilidad (Jn. 6:63). Por la fe el cristiano disfruta de este alimento agradable al gustar cada plato de la mesa que el Padre le pone delante.

***La preeminencia de la incredulidad
sobre los demás pecados***

La incredulidad merece tan alto puesto entre los pecados como la fe entre las virtudes. La incredulidad es el Belcebú, el príncipe de los pecados, que hace pecado a los demás. Dios marcó a Jeroboam como quien “pecó, y ha hecho pecar a Israel” (1 R. 14:16). La incredulidad es un pecado que fomenta el pecado.

El primer hálito venenoso que Eva recibió del tentador le llegó con estas palabras: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Gn. 3:1). Es como si dijera: “Piénsalo bien: ¿Crees realmente que Dios te privaría del mejor fruto de todo el huerto?”. Esta fue la puerta del traidor por donde los demás pecados se precipitaron adentro del corazón de Eva; y aún hoy Satanás mantiene esa puerta abierta de par en par.

El diablo pone una cortina de incredulidad entre el pecador y Dios para que aquel no tema el aviso y la disciplina del Padre, los cuales intentan tocar su corazón. Una vez alzada la barricada entre él y esas balas de misericordia, el pecador puede ser osado con sus concupiscencias. La incredulidad no solamente desvía las balas airadas que salen de la boca ardiente de la ley, sino que también retarda la función de la gracia que proviene del evangelio. Toda oferta de amor divino al corazón incrédulo cae como chispas al río; se apagan en cuanto lo tocan. “No les aproveché el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (He. 4:2). El secreto de la fortaleza del pecado en la persona es la incredulidad. No hay forma de controlar a un pecador mientras la incredulidad lo tenga en su po-

der. Este pecado echará abajo todo razonamiento tan fácilmente como Sansón derribó las puertas de la ciudad de Gaza y sus pilares, con su cerrojo y todo (Jue. 16:3). Es el último pecado que se rinde en el campo de batalla, del que menos conciencia tiene el pecador y, normalmente, el último en ser vencido por el creyente. Constituye una de las principales fortalezas a las cuales se retira el diablo cuando los demás pecados han sido derrotados.

¡Con cuánta frecuencia el pobre pecador confiesa otros pecados en su vida, pero no acepta la misericordia de Cristo! Le rogamos que crea en Cristo y se salve, según la doctrina predicada por Pablo y Silas al pobre carcelero temeroso (*cf.* Hch. 16:31). Pero es difícil persuadirle a que lo haga cuando el diablo ya ha conquistado esta ciudad con puertas y cerrojos, y monta guardia en ella. Para mantener a los pecadores cautivos, Satanás utiliza el pecado que superficialmente parece más plausible: el temor de pecar con fe presuntuosa. El diablo pretende emplear este pecado para calumniar a Dios y desplegar de golpe toda su enfermiza malicia contra él.

Es por la fe como todos los creyentes han alcanzado “buen testimonio” (He. 11:39). Por la fe de los creyentes, Dios mantiene el buen testimonio ante el mundo. Pero por la incredulidad, el diablo hace lo peor que puede para levantar calumnias contra Dios. En resumen: el Infierno abre la boca bien grande para engullir el pecado de la incredulidad.

Hay dos pecados que reclaman la preeminencia en el Infierno: la hipocresía y la incredulidad. Por tanto, se amonesta a los pecadores a que no tengan “su parte con los hipócritas” (Mt. 24:51) ni “con los incrédulos” (Lc. 12:46, LBLA). Parece que las mansiones infernales se reservan principalmente para los pecados de la hipocresía y la incredulidad, y que los demás son presos de rango inferior. De estos dos, el mayor es la incredulidad, porque es el pecado que condena: “El que no cree, ya ha sido condenado” (Jn. 3:18). El incrédulo lleva su propia orden de arresto a la cárcel; en cierto sentido ya está preso, porque ha sido marcado como reo. El apóstol dijo que los judíos habían sido encerrados “en incredulidad” (Ro. 11:32, RV 1909), y seguramente no hay cárcel más cerrada que esa para los presos del diablo.

Por otra parte, la fe encierra al alma en la promesa de vida y felicidad como Dios encerró a Noé en el arca: “Y Jehová le cerró la puerta” (Gn. 7:16). Así la fe encierra al alma en Cristo y en el arca de su pacto, a salvo de todo temor de peligro de Cielo o Infierno. Por el contrario, la incredulidad encierra el alma en la culpa y la ira. Una vez esclavo de la incredulidad, no es posible que el incrédulo escape de la condenación, como tampoco alguien encerrado en un alto horno se puede librar de morir abrasado. No hay ayuda para el pecador mientras la incredulidad mantenga cerrado con llave su corazón.

Igual que nuestra salvación se atribuye a la fe y no a otras virtudes, aunque no falte ninguna de ellas en la persona salva-da, la condenación del pecador se achaca a la incredulidad, si bien se hallan otros pecados en el condenado. El Espíritu de Dios pasa por alto la hipocresía, la murmuración y la rebelión de los judíos, atribuyendo su destrucción a este pecado de incredulidad. Supongamos que un juez ofrece la vida a un condenado con la condición de que este lea un salmo de misericordia. Si el reo se niega a ello, será ahorcado por su rechazo. La promesa del evangelio es ese salmo de misericordia, que Dios les ofrece en su Elijo a los pecadores condenados bajo la ley. Creer es leer este Salmo de misericordia. Si te niegas a creer y eres condenado, vas al Infierno por tu incredulidad, no por otro pecado. Se te ofrece la libertad si recibes a Cristo y crees en él. ¡Que esto nos haga a todos levantarnos contra este pecado como los filisteos contra Sansón, a quien llamaron el “destruidor de nuestra tierra”! (Jue. 16:24). La incredulidad es el destruidor de las almas, y lo que es peor, las destruye con mano más sanguinaria que los otros pecados.

Hallamos dos acusaciones principales que condenarán a los pecadores en el gran Día del Juicio. Los que caen bajo la sentencia condenatoria de Cristo son “los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:8). La incredulidad ignorante de los paganos ante el evangelio no será utilizada en contra suya, ya que nunca se les predicó. Serán enviados al Infierno por no conocer a Dios, escapando así con menor castigo que los judíos y gentiles que sí han oído el evangelio.

El cargo solemne contra estos será el de no haber obedecido al evangelio de Jesucristo. Debe haber un tormento más severo en el Infierno para los que rechazan el evangelio que para aquellos a quienes nunca se ofreció la gracia. Estos incrédulos rechazan la mayor medida de gracia de Dios y, por tanto, deben esperar mayor medida de su ira. Ya que su incredulidad avergüenza a Cristo y su gracia divina, es justo que Dios los envíe con su incredulidad a la mayor vergüenza delante de hombres y de ángeles.

Por qué debemos ser sensatos cuando se pone a prueba nuestra fe

Algunas cosas son de tan poco valor que no valen las molestias que tomamos para conseguirlas. Pero otras cosas valen tanto que solo un necio se arriesgaría a perderlas. Supongamos que un enfermo terminal solo puede salvar la vida tomando una medicina muy escasa. ¿Cuánto se esforzaría en obtenerla? ¿Preferirías suplir tu necesidad con las drogas mortíferas del diablo, cuando Dios mismo te ofrece una rica medicina que te sanará del todo? El apóstol llama a este don vivificante “la fe de los escogidos de Dios” (Tit. 1:1).

Cuando uno compra ropa, busca la mejor calidad. En el mercado espera conseguir la mejor carne; del abogado, el mejor consejo; del médico, el mejor cuidado para la salud. ¿Buscas lo mejor para todo menos para tu alma? Si alguien acepta dinero falso, ¿a quién estafa, sino a sí mismo? Si te dejas engañar por una fe falsa, tú pierdes.

Cuando llegues al lugar del Juicio, Dios exigirá que pagues la deuda que le debes o te enviará a la dolorosa prisión del Infierno. Si tienes una fe falsa en el corazón, no aceptará tu pago, aunque digas creer en Cristo mismo. Te entregará al tormento no solo por no creer, sino por falsificar la moneda del Rey Celestial acuñando su nombre en tu falsa divisa. La idea misma del Juicio debe bastar para alentar en todos la seria determinación de obtener una fe real. Hay tres importantes razones por las que el cristiano debe ser sensato en la prueba de su fe.

1. Según sea tu fe, así serán tus demás virtudes

Como es un matrimonio, así serán los hijos, ya sean legítimos o ilegítimos. De la misma manera, según sea nuestro matrimonio con Cristo, así serán nuestras virtudes. Estamos unidos a Cristo por la fe: “Os he desposado con un solo esposo”, dijo Pablo a los corintios (2 Co. 11:2). Por la fe el alma acepta a Cristo por Esposo. Si nuestra fe es falsa, entonces también lo es nuestro matrimonio con Cristo; y si el matrimonio es ilícito, todas nuestras presuntas virtudes también lo son.

Por muy hermoso que sea el rostro de un bastardo, ilegítimo es. Nuestra humildad, paciencia y dominio propio son todos ilegítimos. Igual que “no entrará bastardo en la congregación de Jehová” (Dt. 23:2), ninguna virtud bastarda llegará a formar parte de la congregación de los redimidos en el Cielo. Alguien que tenga hijos propios no pondrá al bastardo de otro por heredero. Dios tiene hijos propios para heredar la gloria celestial. Por su Espíritu ha engendrado virtudes celestiales en los corazones de ellos, que se asemejan a su naturaleza santa. Ciertamente él nunca dará su gloria a extraños: creyentes falsos que son rapazuelos del diablo.

2. La excelencia de la verdadera fe hace más repulsiva la fe falsa

Ya que el hijo de un rey tiene una posición única, es un delito grave que uno de la plebe se haga pasar por él. Es por fe como podemos “ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). Entonces, aquel que finge ser hijo de Dios sin tener sangre celestial en sus venas blasfema. Tal persona es de la estirpe de Satanás y debe esperar reunirse con los suyos en el Infierno. Ya que un falso amigo es peor que un enemigo declarado, Dios aborrece al Judas hipócrita más que al sanguinario Pilato.

El mono tiene cara de humano, pero no su alma, y por ende nos parece el más ridículo de los animales. De todos los pecadores, ninguno será más avergonzado en el último día que quien haya imitado a los creyentes en su profesión pero sin hacer ningún acto de fe. En cuanto a los soberbios que aparentan piedad, el Salmista nos dice que Dios menospreciará su apariencia (*cf.* Sal. 73:20).

Pero hay otra clase de persona cuya apariencia Dios aborrece aún más que estos, y es el creyente temporal que tiene una fe imaginaria, la cual alza como un ídolo en su propia imaginación. En su momento ese ídolo complaciente será quebrantado, y sus adoradores hundidos en el Infierno.

3. La fe falsa y halagadora estorba la obra de la fe verdadera

“¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él” (Pr. 26:12). De todos los necios, el arrogante es el peor, ya que la soberbia le hace incapaz de recibir consejo. El espíritu de Nabucodonosor “se endureció en su orgullo” (Dn. 5:20). Un soberbio se encastilla en la opinión que tiene de sí mismo y allí se encierra para defenderse contra todo razonamiento. Da gracias a Dios porque no tiene que buscar la fe, y se recrea con la falsa esperanza de hallarse en estado de gracia. Dios sabe que este hombre “de ceniza se alimenta; su corazón engañado le desvía, para que no libre su alma” (Is. 44:20).

No es difícil que el pecador ignorante admita que no merece más que el Infierno, pero aquel que finge tener fe, vive una mentira. Satanás se deleita en estorbar su búsqueda de realización, haciéndolo errar el camino con una fe falsa. Los israelitas anhelaban el verdadero culto a Dios en Jerusalén, pero Jeroboam les impidió que fueran allá estableciendo algo *parecido* al culto religioso en su territorio. Lo substituyó por becerros de oro, y contentó a muchos israelitas hasta tal punto que nunca dieron el primer paso para ir a Jerusalén.

Cuidado que Satanás no os engañe con una falsa fe. Sé que todos preferimos tener por nuestro el niño vivo y no el muerto, como ocurrió en el juicio de Salomón. Todos queremos fe verdadera. Pero no seáis vuestros propios jueces; apelad al Espíritu de Dios y que él decida la controversia utilizando la espada de su Palabra. Dices que tienes fe, ¿pero de qué clase? ¿verdadera o falsa?

Cómo juzgar la verdad de la fe

A estas alturas querrás saber cómo es tu fe y de qué manera juzgar su autenticidad. Hay dos direcciones que puedes seguir en

tu búsqueda: una, preguntándote cómo genera el Espíritu la fe en el alma; y la otra, indagando cuáles las características de dicha fe.

1. Cómo genera el Espíritu la fe en el alma

La fe es la mayor obra que el Espíritu de Cristo hace en el espíritu humano. El apóstol la llama “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Ef. 1:19). Observa las expresiones que se utilizan para describir esta obra del Espíritu: “poder”, “grandeza de poder”, “supereminente grandeza” y “la supereminente grandeza de su poder”. ¿Qué ángel del Cielo puede comprender la fuerza del poder de la fe en el espíritu humano?

Dios emplea todo su ser en esta obra. Se compara la misma con “la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder” (Ef. 1:19-21). Resucitar a un muerto es una obra poderosa; pero levantar a Cristo de la muerte implica más autoridad que resucitar a ningún otro. La lápida que lo mantenía abajo era más pesada: la carga del pecado del mundo que llevaba sobre sí. Pero a pesar de esto, el Espíritu lo resucitó con poder, no solo sacándolo del sepulcro sino elevándolo a la Gloria. El poder que Dios dispensa al obrar la fe en el alma es como la resurrección de Cristo, porque el alma del pecador está tan muerta en pecado como el cuerpo de Cristo en la tumba a causa del mismo.

Muchos que buscan la verdadera fe descubren que no la tienen. Han dado por sentado que recibir a Cristo en su alma es tan fácil como meterse un trozo de pan en la boca. Como nunca han experimentado el poder de Dios humillándolos por su pecado personal, nunca le han entregado sus vidas vacías a él. No han sido efectivamente atraídos a Cristo por el Espíritu Santo. Si se les cuestiona acerca de la experiencia del arrepentimiento y la fe salvadora, tendrán que dar la misma respuesta que oyó Pablo al preguntar a los efesios si habían recibido el Espíritu Santo: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (Hch. 19:2). De igual manera, estas personas podrían decir: “Ni siquiera sabíamos que hacía falta tal poder para que obrara la fe”.

Para entender cómo Dios genera la fe en el alma, hay que considerar dos aspectos particulares de la obra del Espíritu Santo: la condición del alma cuando el Espíritu de Cristo empieza su obra de gracia, y la manera como él termina esta obra.

a) La condición del alma cuando el Espíritu empieza su obra de gracia

El Espíritu halla al pecador tan espiritualmente desamparado que no quiere ni puede contribuir nada a esa obra. Igual que “el príncipe de este mundo” no encontró ninguna cosa en Cristo que favoreciera su propósito al tentarle, el Espíritu de Cristo tampoco halla cooperación alguna por parte del pecador. Al contrario, la respuesta frecuente a la suave llamada de Dios es: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Ningún baluarte militar ha peleado contra baterías enemigas con más fiereza que el corazón carnal se resiste a los esfuerzos de Dios por someterlo a la obediencia. Ya que aun las operaciones más nobles del alma son “terrenales, animales, diabólicas” (Stg. 3:15), si el Cielo y la tierra no se unen (Dios y el diablo concuerdan), no hay esperanza de que un pecador sea ganado para Cristo por sus propios esfuerzos.

b) Cómo se acerca el Espíritu al alma y completa su obra

El Espíritu se dirige a varias facultades del alma, las más importantes de las cuales son el entendimiento, la conciencia y la voluntad. Estos atributos son como tres fortalezas, una dentro de otra, que deben tomarse todas antes de conquistarse la ciudad, sometiendo al pecador a la obediencia de la fe. El Espíritu tiene que demostrar por lo menos tres actos de omnipotencia sobre cada una de ellas.

1. *El Espíritu ilumina el entendimiento.* El Espíritu Santo no trabaja en un taller oscuro: lo primero que hace para producir la fe es abrir una ventana en el alma y dejar entrar la luz del Cielo. Las Escrituras nos mandan: “Renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Ef. 4:23). Por la naturaleza humana sabemos poco de Dios y nada de Cristo, o del camino de salvación que hay en él. Por tanto, es necesario abrir los ojos de la criatura humana para que vea el camino de la vida y pueda em-

prenderlo por la fe. Dios no transporta las almas al Cielo como pasajeros de un barco encerrados bajo la cubierta, sin que puedan ver nada durante todo el viaje hasta llegar a puerto.

Igual que la fe no es simplemente un consentimiento ciego sin apoyarse en Cristo, tampoco es un asenso sin algo de conocimiento. Si prefieres tu propia ignorancia y no sabes quién es Cristo, ni lo que ha hecho por tu salvación, estás lejos de creer. A menos que esta luz del día haya despuntado en tu alma, tampoco el sol de justicia habrá amanecido por fe para llevar a tu espíritu la salvación sanadora.

2. *El Espíritu de Dios convence de pecado.* Cuando venga el Consolador, “convencerá al mundo de pecado” (Jn. 16:8). Esta convicción de la conciencia no es más que el reflejo de la luz en el entendimiento. Por ello, el pecador siente el peso y la fuerza de aquellas cosas de su vida que sabe que están mal. La mayoría de los que oyen el evangelio perciben que la incredulidad es un pecado condenatorio y que no hay otro nombre mediante el cual pueden salvarse que el nombre de Cristo, ¿pero cuántos se convencen de ello hasta aplicar el arrepentimiento a su conciencia?

Según la ley, alguien es un delincuente convicto si un claro testimonio y la autoridad legal competente lo declaran así. Igualmente, se es un pecador convicto cuando, por la clara evidencia de la Palabra alegada en su contra por el Espíritu, es declarado como tal por su propia conciencia, que es el representante de Dios en su corazón.

¿Ha venido el Espíritu de Dios para probarte de esta forma? Hay por lo menos cuatro maneras de determinar si eres o no un pecador convicto.

Primera, el pecador convicto está convencido no solamente de un pecado en particular, sino de la maldad de *todo* pecado. Es mala señal cuando se condena apasionadamente un pecado, pero se pasa por alto otro. Una conciencia medio endurecida (blanda en un área y dura en otro), no está bien. El Espíritu de Dios es uniforme en su obra.

Segunda, el pecador convicto está convencido del *estado* pecaminoso tanto como de los *actos* de pecado. Le afecta no solamente lo que ha hecho (una norma transgredida, un don mal

utilizado) sino su condición presente. Pedro conduce a Simón el Mago desde el hecho vil que había cometido, hasta el reconocimiento de algo mucho peor: su peligrosa situación. “En hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás”, le dice (Hch. 8:23). Mientras muchos están dispuestos a admitir que han pecado, no se les ocurriría admitir que viven en un estado de pecado y de muerte. Sin embargo, el alma convencida de pecado acepta libremente su sentencia de muerte y admite su condición: “Soy un vástago de Satanás, lleno de pecado. Toda mi naturaleza está sumida en la maldad como un cadáver podrido en la inmundicia y la corrupción. Por ser un hijo de ira, la única herencia que merezco es un Infierno de fuego; y si Dios me manda allá, no hay argumento justo contra su decisión. Aun estando condenada, mi conciencia reconoce que Dios no me ha hecho mal alguno”.

Tercera, el pecador convicto no solamente se condena por lo que ha hecho y lo que es, sino que se da cuenta de su impotencia para salvarse a sí mismo. Aunque muchos condenados estarán dispuestos hasta a confesar su pecado y su maldad, aún esperan cortar la soga de su cuello en el último momento con el arrepentimiento y las buenas obras. Quieren recuperar su crédito con Dios, y el favor divino. Esta actitud aparece porque el arado de la convicción no ha profundizado lo suficiente para arrancar las raíces secretas de confianza que atenazan el corazón de todo pecador.

Por el contrario, el pecador plenamente convencido por el Espíritu se considera un reo sujeto con tantas cadenas que cualquier escapatoria resulta imposible. Lo que mata a los pecadores no es su mal, sino su médico: piensan curarse ellos solos; y ese engaño los hace incurables. Si te aferras a la confianza en ti mismo para el arrepentimiento y la reforma, estas cosas te traicionarán entregándote en manos de la justicia y la ira de Dios. Pero si te has apartado de esa autoconfianza religiosa, has escapado de uno de los ardides más refinados que pueda tejer la astucia infernal.

Cuarta, el pecador convicto no solamente está convencido de su desamparo, sino que acoge de buen grado la plena provisión de Cristo para él. Esta actitud es un antecedente tan necesario

para la fe como las otras tres. Sin ella, el alma convencida de pecado es más probable que vaya al cadalso con Judas, o que se tire sobre la espada de la ley, en vez de ir corriendo a Cristo.

3. *El Espíritu renueva poderosa, pero dulcemente, la voluntad rebelde para que pueda escoger deliberadamente a Cristo como Señor y Salvador.* Durante una tormenta, alguien puede optar por cobijarse en el refugio de su enemigo, en el que ni siquiera repararía durante el buen tiempo. ¿Te agrada escoger a Cristo? ¿Acudes a él no solo por seguridad sino también por deleite? La enamorada dijo de su esposo: “Bajo la sombra del deseado me senté” (Cnt. 2:3). Debe haber una decisión *deliberada*, en la cual el alma sopesa seriamente el pacto que Cristo le ofrece para luego escogerlo. Aun cuando Noemí habló negativamente para desanimar a su nuera, Rut disfrutaba demasiado de la compañía de su suegra como para abandonarla, a pesar de las privaciones que pudiera acarrearle su decisión.

¿Ha puesto el Espíritu de Dios su llave dorada en el cerrojo de tu voluntad para que le abras la puerta de tu corazón a Cristo, el Rey de la gloria, y le dejes entrar? ¿Ha abierto los ojos de tu entendimiento, como despertó a Pedro en la cárcel, haciendo que las cadenas de la torpeza caigan de tu conciencia? ¿Ha abierto la puerta de hierro de tu voluntad para sacarte de la prisión de impenitencia que te encerraba? ¿Has llamado a la puerta del Cielo como hizo Pedro en casa de María, donde estaba reunida la Iglesia? Consuélate, Dios no ha enviado a su ángel sino a su propio Espíritu para librarte de la mano del pecado, de Satanás y de la justicia implacable.

2. Las características de la fe generada por el Espíritu

Podemos saber cómo es la fe generada por el Espíritu, y cómo juzgarla, al examinar varias características. Consideraremos tres de ellas: primera, la fe verdadera es obediente; segunda, es dada a la oración; tercera, es uniforme en su acción.

a) La verdadera fe en la promesa obra en obediencia al mandamiento

Abraham es famoso por su obediencia. No desobedeció ningún mandamiento, por difícil que fuera ¿Qué causó esta obediencia

de Abraham hacia Dios? “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (He. 11:8). Igual que es imposible agradar a Dios sin la fe, es imposible *desear* agradarle si no se tiene fe. En cuanto Cristo sanó a la suegra de Pedro de la fiebre, “ella se levantó, y les servía” (Mt. 8:15). Así el alma creyente se levanta y sirve a Cristo con gratitud y obediencia.

La fe no es perezosa; no adormece el alma, sino que la estimula a trabajar; no envía al creyente a la cama, sino al campo. La noche de ignorancia e incredulidad fue el tiempo de dormir; pero cuando amanece el sol de justicia en el alma, el creyente se levanta para trabajar. Las primeras palabras de la fe son las de Saulo en su conversión: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hch. 9:6). No finjas tener fe si no te humillas voluntariamente bajo el yugo de la obediencia. El diablo mismo se puede hacer pasar por un creyente tanto como el alma desobediente.

b) La fe verdadera se entrega a la oración

La oración es hija de la fe. La oración es la respiración natural de la fe, y los dos elementos de la oración son la *súplica* y la *gratitud*. Con la súplica, el creyente absorbe la misericordia de Dios y la exhala con alabanza. Sin fe, esto no puede hacerlo. No puede absorber la misericordia divina, “porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardador de los que le buscan” (He. 11:6). Tampoco podrá dar alabanza a Dios si no tiene fe. La acción de gracias es un acto de abnegación, y solo la fe nos ayuda a salir de nuestro egoísmo. Por tanto, igual que el cristiano no puede orar aceptablemente sin fe, con fe no puede evitar el orar.

La nueva criatura, como todo recién nacido natural, entra en el mundo llorando; por tanto, Cristo le dijo a Ananías acerca del recién convertido Saulo: “He aquí, él ora” (Hch. 9:11). ¿Tan extraño es que uno educado a los pies de Gamaliel, fariseo estricto, se arrodillara en oración? No, su secta se jactaba del ayuno, la oración y las buenas obras; pero nunca tuvo el espíritu de oración hasta que el Espíritu de la gracia le hizo creer en Jesucristo.

Si quieres probar tu fe, tienes que hacer algo más que orar.

También debes comprender cómo la fe infunde su poder en la oración. Para entender esto, analicemos tres relaciones entre la fe y la oración.

1. *La fe aviva el deseo de orar del creyente.* Para provocar la oración en el alma, la fe revela a esta su condición desamparada y la plenitud de la provisión divina en Cristo. Los leprosos se preguntaron por qué debían sentarse a esperar la muerte. La fe los despertó a la oración. Si te quedas en la puerta de tu propia alma, seguramente morirás de hambre. ¿Qué ves en ti mismo más que hambre y necesidad? No tienes pan, ni dinero para comprarlo. Levántate, y acude a Dios. Tu alma vivirá.

¿Te sientes desanimado por tu debilidad? Acude al trono de la gracia como única fuente de fuerza espiritual. La fe es el orden de la nueva vida; Pablo dice: “Vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gá. 2:20).

También, la fe despierta a la persona para orar por un deleite interior que proviene de la comunión con Dios. El Salmista dice: “El acercarme a Dios es el bien” (Sal. 73:28). Y observa como sigue: “He puesto en Jehová el Señor mi esperanza”. Es un placer mirar a menudo el lugar donde hemos guardado nuestro tesoro. Por la fe David confió su alma y todos sus bienes a Dios, para que se los guardara con seguridad; y ahora se goza en estar con el Padre. Por la fe el alma se une a Cristo. Estando casada con él, no es asombroso que desee esta comunión. Ya que la oración es el lugar de encuentro del alma con Cristo en este lado del Cielo, el creyente a menudo acude allí. ¿Te puede satisfacer alguna cosa más, o menos? Ciertamente, Dios valora tu fe; de otra manera no podrías darle tan libremente tu amor y deleitarte en él.

2. *La fe ayuda activamente en la oración.* Lo hace de dos maneras. Primera, ayuda al alma con persistencia. La fe es una virtud luchadora. Se acerca a Dios, le tiende la mano, y no acepta fácilmente la negativa. La fe es el ojo del alma con el cual esta ve la basura y el Infierno en cada pecado. Este discernimiento entristece el corazón al extender el alma sus abominaciones ante el Señor. Las lágrimas fluyen como un manantial cuando la fe halla a Jesús con su amor y gracia, reflejado en el espejo de la promesa.

Nunca antes había podido saber el cristiano qué hacer con una promesa en oración, hasta que la fe le enseñó a acercarse más a Dios con ella, humilde pero valiente. El fiel Josué preguntó: “¿Qué harás tú a tu grande nombre?” (Jos. 7:9). Es como si dijera: “Estás tan inseparablemente vinculado a tu pueblo por la promesa, que no podrás dejarlos morir sin que tu nombre sufra con ellos”.

La segunda manera como la fe ayuda en oración, es dando poder al alma para perseverar. Así como la rueda se gasta hasta romperse girando, también el hipócrita ora hasta que se cansa. Tarde o temprano algo le hará abandonar el deber que nunca le gustó. Pero es imposible que el creyente sincero deje de orar sin dejar también de creer. La oración es el hálito mismo de la fe. Si le cortas la respiración a un ser humano, ¿qué pasará?

¿Te ves constreñido a orar? Al igual que un bebé no puede dejar de llorar cuando tiene dolor o necesidad, como única manera de conseguir ayuda, así el cristiano no puede menos que orar por las necesidades, los pecados y las tentaciones que lo abruman. “Desde el cabo de la tierra clamaré a ti”, dice David (Sal. 61:2). Decía en efecto: “Donde yo esté te encontraré. Aunque me encarceles o destierres, nunca te desharás de mí”. “Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre” (v. 4). ¿Cómo podría hacer esto David si fuera desterrado? Seguramente habla de la oración, porque el cristiano que ora lleva su “tabernáculo” consigo. Mientras David pueda acudir al Tabernáculo, no lo abandonará; pero cuando no pueda ir allá, adorará a Dios tan devotamente en los campos abiertos como si estuviera en el Templo: “Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde” (Sal. 141:2).

3. *La fe estimula al alma a esperar una respuesta de gracia.* “Oh Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré” (Sal. 5:3). La fe llena el alma de expectación. Un mercader que tasa sus bienes suma lo que ha enviado a ultramar a lo que tiene en casa; de la misma manera, el creyente reclama aquello que ha enviado al Cielo en oración sin haberlo recibido, junto con las misericordias

que tiene en la mano. Además, la fe aviva la expectación con el poder de tranquilizar el alma hasta que el barco de la oración vuelva a casa con su rico cargamento.

El descanso depende de la fuerza de la fe. A veces la fe sale triunfante de la oración gritando: “¡Victoria!”. Concede tanta sustancia a la respuesta antes de que esta aparezca a los sentidos y la razón, que el cristiano acalla todas sus dudas con esta esperanza. Ana oró así y “no estuvo más triste” (1 S. 1:18). La fe hace que el cristiano pague su deuda de alabanza antes de recibir la misericordia pedida. Esta fe obraba eficazmente en el corazón de David, quien confesó: “En el día que temo, yo en ti confío” (Sal. 56:3). David alabó a Dios por su promesa, cuando esta solo existía en la fidelidad de Dios y en su propia fe.

Aunque no lleguemos al nivel heroico de la fe de David, podemos ser soldados fieles de Cristo y ejercer la medida de fe que tenemos. Hay un acto menor de fe que no alivia al alma inmediatamente de todo pensamiento molesto, como hizo la fe de David, pero que mantiene su cabeza por encima de las olas de la ansiedad hasta que la marea de la prueba baja. Cuando Dios retiró el Diluvio de la tierra, no lo hizo en un momento: “Y las aguas decrecían gradualmente de sobre la tierra” (Gn. 8:3). Esto es, el agua fue bajando día a día hasta desaparecer del todo. ¿No encuentras paz al enviar tus pensamientos molestos por el canal de la oración, vaciando tu corazón triste en el de Dios? Mientras la oración no siempre hará que se evaporen todos tus temores, evitará que te ahogues.

Un alma completamente carente de fe ora sin dejar nada de su carga con Dios; sino que vuelve a recoger todos sus problemas. Clamar a Dios no le alivia más a tal persona que un ancla sin garras ayuda a un barco que se hunde. Si echas el ancla de tu fe en oración y esta se aferra tanto a Cristo en la promesa que evita que la furia de las tentaciones de Satanás, o tus propios pensamientos desesperados, te arrastren, bendice a Dios por ello. Aunque el barco anclado pueda verse zarrandeado a veces, sin embargo, estará a salvo. No te desanimes si tu fe no tiene suficiente fuerza para librarte de todo temor. Recuerda que te salvará del Infierno.

c) Además de su naturaleza obediente y orante, la fe verdadera respeta todos los preceptos divinos por igual

Así como la obediencia sincera no acepta un mandamiento para dar a otro de lado, sino que respeta todo precepto de Dios, también la fe respeta todas las verdades divinas. Cree en una promesa tanto como en otra. Dios ha comprometido su honor tan profundamente en cumplir una promesa como otra. Igual que la transgresión de un mandamiento nos haría culpables de toda la ley, si Dios dejara de cumplir una promesa —consideración asaz blasfema— también él quebrantaría todo su pacto. Las promesas, como los mandamientos, se funden en el Ser divino: Dios no puede cumplir una sin cumplir las demás. Tampoco nosotros podemos creer una sin creerlas todas. Dios ha dado estas promesas neotestamentarias igual que dio los preceptos del Antiguo Testamento: su sello figura en todas ellas, y él espera que recibamos cada una con fe.

Observa cómo David testifica de toda la verdad de Dios: “La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia” (Sal. 119:160). Prueba tu fe a la luz de este pasaje. Puedes creer la promesa de Dios de perdón, y disfrutar meditando en ella, ¿pero cuánta fe pones en su promesa de obrar la santificación en tu vida diaria?

David hizo más que asentir a toda la verdad de Dios: oró fervientemente y esperó que Dios cumpliera su promesa: “Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí” (v. 133). David estaba decidido a no perder ningún privilegio de los que Dios ha prometido para sus hijos: “Mírame, y ten misericordia de mí como acostumbras con los que aman tu nombre” (v. 132). Esto es como una conversación familiar: “Haz lo que has prometido a todos los que amas; y no me dejes peor vestido que a mis hermanos”.

Puedes tener fe para la salvación eterna, ¿pero tienes suficiente para depender de Dios en las circunstancias cotidianas de la vida? Extraño creyente aquel que vive por fe para el Cielo, pero urde con su propia astucia el éxito mundano. Cristo reprendió a los judíos incrédulos por negarse a confiar en él para sus problemas terrenales (cf. Jn. 5:44). Si no podemos confiar en él para las cosas pequeñas, ¿cómo lo haremos para las cosas grandes?

Hasta el cristiano con fe suficiente para el Cielo a veces tropieza y halla que su fe se frustra en cuanto a una promesa temporal. No debemos juzgar esta prueba como un indicador exacto de la salud espiritual del creyente, porque Dios deja aun a sus hijos más estables en dificultades durante algún tiempo para humillarlos y fortalecerlos. Aunque en cierta ocasión Abraham fingió para salvar la vida, otras veces sus actos demostraron que confiaba en Dios tanto para las situaciones temporales como para la salvación eterna. Así que no cuestiones la verdad de tu fe cada vez que veas asomarse la debilidad. En la guerra, el poder del enemigo puede desposeer de parte de su propiedad a alguien durante un tiempo, y en ese período su dueño no sacar provecho de ella; pero sigue sabiendo que es suya. Y aunque su pérdida presente le moleste, intentará recuperarla cuanto antes de mano del enemigo. Cuando Satanás envía tentaciones y Dios aparta su ayuda, el creyente puede sentir poco apoyo en cierta promesa; pero aun así la considera porción suya y busca consolidarla con nuevas fuerzas celestiales para vivir en ella y utilizarla para su consuelo.

Por otra parte, es aún más trágico pretender que se confía en Dios para las cosas de esta vida, y no recibir a Cristo como Señor y Salvador. ¿Cómo tendrá una mujer derecho legal a los bienes de su marido si no es por el pacto matrimonial? ¿Qué opción verdadera tiene la criatura a estas promesas, o a alguna otra en el pacto de gracia, sino por su unión con Cristo? El primer acto del amor divino hacia el pecador es escogerlo como propio y apartarlo, en su propósito inmutable, como objeto de su especial amor en Cristo. Por tanto, a esta elección de Dios se le llama “el fundamento” sobre el cual edifica todas sus otras misericordias: “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Ti. 2:19).

Exhortación a los incrédulos para que obtengan el escudo de la fe

La fe es una virtud preciosa. ¿Acaso puedes conocer esta perla sin quererla para ti? ¿Por qué ha hablado el Espíritu cosas tan

gloriosas en la Palabra acerca de la fe, si no es para hacerla más deseable a tus ojos?

¿Hay forma de tener a Cristo aparte de la fe? Existe una generación de hombres en el mundo que casi nos haría pensar que sí. Su estilo de vida corrupto y profano se ha decorado con las flores de la moralidad, dejando así una amable reputación entre sus vecinos. ¿Pero por qué pasan por alto continuamente el evangelio de Cristo? Ciertamente no es porque estén más dispuestos a ir al Infierno que los demás, sino porque creen que su “moralidad” los llevará al Cielo. Están engañados.

¿Vino Cristo solo para ayudar a los pecadores sensuales y mancillados a encontrar el Cielo? ¿Los borrachos, los mentirosos o las prostitutas? ¿Dejó a los hombres cultos y morales que anduviesen como mejor pudieran? La Palabra de Dios abre un solo camino al Cielo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5). Ya que Cristo es el único puente sobre el abismo entre la tierra y el Cielo, juzga lo que le pasará al hombre hipócrita y a su vida perfumada, si se queda sin este puente único.

El que cree que para aceptar el ofrecimiento de la salvación en Cristo no necesita tanta fe como el asesino más sanguinario o el peor sodomita del mundo, anda en un engaño sin esperanza. Si un grupo de hombres y niños estuvieran vadeando un río no más profundo que la altura de un hombre, los hombres tendrían clara ventaja sobre los niños. Pero al intentar cruzar el océano, tanto hombres como niños necesitan un barco que los lleve. Solo un loco intentaría vadearlo sin la ayuda de una nave, simplemente por ser un poco más alto de lo normal.

Nada merece la precedencia sobre la fe en tus pensamientos. David decidió: “No daré sueño a mis ojos, ni a mis párpados adormecimiento, hasta que halle lugar para Jehová, morada para el Fuerte de Jacob” (Sal. 132:4,5). La morada que más complace a Dios es tu corazón, pero debe ser un corazón creyente: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:17).

¿Cómo puedes dormir de noche en esa casa donde no mora Dios? Él no mora en ti si tienes un corazón incrédulo. Cada vez que oyes un sermón del evangelio, Dios está a la puerta para

que le dejes entrar. Ya que la incredulidad sigue cerrando la puerta cuando Cristo llama, ¿cómo puedes estar seguro que Dios no te encerrará de repente en una incredulidad definitiva?

Instrucciones a los incrédulos para obtener la fe

Te preguntarás cómo puedes obtener este precioso don de la fe para ti. Te daré cinco instrucciones para encontrarla.

1. Deja que tu corazón quede convicto de incredulidad

Hasta que no hayas hecho esto, tus esfuerzos por tener fe serán torpes e impotentes. Cuando un borracho se convence de que lo es y se aparta de las borracheras, siente alivio. Disfruta de la mejoría, porque ese pecado era lo único que turbaba su conciencia. Cuando el Espíritu de Dios convence al pecador de su incredulidad, se interpone entre él y todo escondrijo justificador de fabricación humana. Su alma no descansa con los esfuerzos de reforma que antes lo tranquilizaban y evitaban que acudiera a Cristo.

Muchos intentan cambiar sus hábitos para parchear la paz en su conciencia, como aquel que arregla una casa desvencijada tapando agujeros con una loseta acá y una piedra allá, hasta que viene un fuerte viento y derriba toda la casa. Cuando el espíritu del ser humano está cargado de incredulidad, no le ayuda nada el recordar que ya no es un borracho. El Espíritu de Dios le dice: “Tu estado presente es tan condenatorio como si siguieras borracho, porque eres un incrédulo”. Lo que eras, lo sigues siendo; y en el Día del Juicio te hallarán borracho y ateo, sin contar la reforma, a no ser que la fe te haya hecho adoptar un nuevo nombre. ¿Y qué, si no te emborrachas más? La culpa te sigue manchando hasta que la fe la lave con la sangre de Jesús. No te engañes: Dios se cobrará, ya sea de ti, o de Cristo por ti. Pero Cristo no paga el precio de los incrédulos.

Si sigues incrédulo, tu culpa permanece mientras dure el poder de tus concupiscencias, aunque exteriormente estas hayan desaparecido. En tal caso, tu corazón no se vacía de un solo pecado, sino que la salida queda taponada por la gracia restrictiva. ¿Cómo es posible que hieras mortalmente a una concupiscencia

en particular, permitiéndola ser la única victoria válida en el mundo, si sigues sin fe? En resumen, si quedas convicto de incredulidad, hallarás mayor mal en este pecado que en todos los demás.

¿Has sido mentiroso? Es un pecado grave. El Infierno se abre de par en par para todo aquel que ama y dice mentira (*cf.* Ap. 22:15). Pero la mentira más grave que puedes contar es lo que tu incredulidad dice. Aquí das falso testimonio contra Dios mismo y mientes, no *a*l Espíritu Santo, como Ananías y Safira, sino *acerca del* Espíritu Santo. La incredulidad actúa como si ninguna palabra de lo que él promete en el evangelio fuera verdad.

¿Has sido un asesino? Por supuesto que también es un pecado grave. Pero la incredulidad te declara un asesino aún más sanguinario, porque la sangre de Cristo es más preciosa que la de meros hombres. Por tu incredulidad, matas de nuevo a Cristo y pisoteas su sangre; aún peor: la echas a los pies de Satanás.

2. No te resistas al Espíritu Santo cuando te ofrece su ayuda

Nunca podrás creer si el Espíritu Santo no te da el poder de hacerlo. Ya que el Maestro no quiere ser controlado ni manipulado, es importante que veamos dos maneras como podemos estar oponiéndonos al Espíritu de Dios.

a) No te opongas al Espíritu negándote a prestar atención a la manera como obra por la fe

Normalmente, las ovejas de Cristo conciben mientras están bebiendo el agua de vida, el ministerio de la Palabra. Al oír el evangelio se le llama “el oír con fe” (Gá. 3:2), porque cuando oímos la doctrina de la fe, el Espíritu obra en nosotros la virtud de la fe. Con voz queda, él habla al alma de los pecadores “Tus ojos verán a tus maestros —dice Isaías—. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él” (Is. 30:20-21). Aquí enseñan juntos Dios y el hombre; si descuidas la enseñanza humana, también resistes a la instrucción del Espíritu. En cuanto a esta indiferencia el apóstol amonesta: “No apaguéis al Espíritu”; y añade: “No menospreciéis las profecías” (1 Ts. 5:19-20).

La forma más grave de menospreciar las profecías o la predicación es dándoles la espalda. Cuando Dios levanta el ministerio de la Palabra en un lugar, su Espíritu abre su escuela y espera que acudan a ella los que quieren aprender. ¿Es más apropiado que el alumno espere a su maestro en la escuela, o que el maestro corra tras su alumno remolón en el patio? Juzga tú.

b) Cuidate de estorbar al Espíritu Santo cuando produce la fe en tu alma

No hay nada que podamos hacer para ganar la gracia, pero el Espíritu Santo tiene su manera de preparar al alma para esta virtud. Es extremadamente importante que te sometas al acercamiento gradual del Espíritu a tu alma desde la Palabra, ya que la resistencia a su obra puede resultar en su alejamiento temporal o permanente.

Leemos acerca de Moisés que “le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel” (Hch. 7:23). Empezó a mostrar su celo por ellos matando al egipcio que había maltratado a un israelita. Por eso, “pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya” (v. 25). Pero, en lugar de cooperar con él, se le opusieron; por tanto, se apartó y no supieron más de Moisés ni de su liberación durante 40 años. De la misma manera, el Espíritu de Dios puede dirigir una palabra a tu situación específica, para que comprendas que está dispuesto a ayudarte a salir de tu esclavitud. Tu parte en su obra es escuchar su consejo y obedecer. Pero si te rebelas, puede que nunca lo escuches llamar de nuevo a la puerta.

Dios termina pronto con algunos de sus procesos judiciales: “Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena” (Lc. 14:24). Estos invitados fueron notificados una sola vez, pero por su negativa Dios los castigó con una terrible maldición. No dijo que nunca *acudirían* a la cena, sino que no la *probarían*. Muchos oyen las preciosas verdades del evangelio pero, por tener el corazón cerrado por la incredulidad, nunca gustan al Cristo presentado ante ellos.

Hay una clase de enfermedad mental cuya víctima habla de forma racional hasta que se menciona el tema que causó su

trastorno original; entonces pierde la razón y no puede seguir con una conversación coherente. ¡Cuántos que asisten regularmente a los cultos pueden hablar sensatamente de cualquier tema del mundo; pero en cuanto les hablas de Dios, Cristo y el Cielo, de repente parecen sordomudos! Algunos que han oído el evangelio y han sido atraídos por el Espíritu llevan esta carga como consecuencia de una maldición por haber rechazado las formas de obrar del Espíritu Santo.

Te aviso de nuevo: cuidado con oponerte al Espíritu. ¿Está iluminando su Palabra tu entendimiento? Cuidado con lo que haces con esa lámpara del Señor; no te enorgullezcas de este nuevo discernimiento, o puede apagarse al instante. Si el Espíritu Santo está confirmando esta luz en tu entendimiento, de forma que tu conciencia arde con la convicción del pecado, no le resistas. Por su misericordia prende el fuego en tu alma para salvarte del fuego infernal. Pero es de esperar que Satanás, cuya casa arde sobre su cabeza, haga todo lo posible por apagarlo; tu mayor peligro estriba en escucharle a él. En su lugar, extrae agua abundante de la Palabra de Dios para controlar las llamas.

Satanás quiere que apagues el Espíritu intentando calmar tu propia conciencia. Hay más esperanza para un enfermo al descubrirse su enfermedad que cuando está oculta en el corazón y no se ve exteriormente. Satanás teme tanto perder su dominio sobre ti, que intenta ahogar tu conciencia con tibieza carnal, apagando así la obra de convicción del Espíritu Santo. Pero la bondad de Dios envía estas convicciones para liberar tu espíritu, y debes acogerlas como la mujer acepta los dolores al dar a luz. Sin ellos, nunca tendrá a su hijo; y tampoco hará Dios que nazca la nueva criatura en tu alma sin el arrepentimiento.

A veces el Espíritu de Dios no solamente alumbra la mente y enciende fuego en la conciencia, sino que también trae el fuego celestial a tus sentimientos. La Palabra da a conocer a Cristo en sus excelencias y suficiencia para todas tus necesidades, de forma que empieces a buscarlo. Estos reflejos de Jesús y su misericordia divina son tan deliciosos que comienzas a gustar la dulzura cuando los captas, lo cual fomenta un mayor anhelo en tu corazón, y clamas: “¡Necesito a Cristo!”. Posiblemen-

te la vehemencia de tus sentimientos te hará renunciar a tus pasiones y a Satanás, que son los obstáculos que tanto tiempo te han apartado de Cristo.

Ahora el Reino de Dios está realmente cerca. Solo te hallas a un paso de la nueva vida en Cristo; pero ten cuidado de no desviarte. Si estos deseos maduran en una decisión deliberada por Cristo, y esos propósitos se afirman en la decisión permanente de renunciar a tus pecados y a la carne para unirte a Cristo, entonces saludo con gozo el nacimiento en tu alma de ese infante de la gracia que es la fe.

3. Clama en oración a Dios por la fe

¿Puede orar un incrédulo? Algunos piensan que no. Richard Baxter explica que “la oración es el movimiento del alma hacia Dios”, y prohibir a un incrédulo orar es decir al hombre perdido en la maldad que no debe obedecer la instrucción divina de “buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Is. 55:6). Baxter sigue diciendo: “El deseo es el alma de la oración. ¿Y quién se atreve a decir al impio: No desees la fe, ni desees a Cristo ni a Dios?”.

Es verdad que un incrédulo peca cada vez que ora. Su pecado no estriba en la oración, sino en orar sin creer. Por tanto, peca menos al orar que al no hacerlo. Cuando ora, su pecado está en la manera de hacerlo; pero cuando no ora, rechaza el deber que Dios le ha mandado y el camino de Dios para hallar la gracia. Pobre pecador, te urjo a que continúes orando; pero sigue consciente de tu condición. Solo el más malvado de los pecadores se acerca al trono de la gracia decidido a seguir pecando.

Tal vez no puedes ver cómo un pecador como tú es capaz de llegar a creer en Cristo. No es el amor a algún pecado presente en tu corazón, sino el temor de tus pecados pasados sobre tu conciencia, lo que te impide creer. Déjame reunir los mejores estímulos que puedo encontrar en la Palabra de Dios, para abrirte camino al trono de la gracia.

Pobre pecador, no temas orar por la fe. Dios no me reñirá por enviarle tales clientes. Tienes un Amigo en el mismo seno de Dios que asegura tu acogida. El que envió a Cristo antes de

que nadie orara está más que dispuesto a darte la fe si se la pides. Recuerda que lo que tú pides que Dios te *dé*, él te lo manda *hacer*: “Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado” (1 Jn. 3:23). Dios se complace mucho en responder la oración que cumple su mejor propósito para ti.

A estas alturas, ya puedes esperar una respuesta gozosa a tu oración. Para alentarte aún más, recuerda que esta virtud que tanto anhelas y pides a Dios, es esencial en la transacción de Cristo. Su sangre, el precio del perdón, es también el precio de la fe. No solamente ha cancelado él la deuda humana del pecado, sino que también ha abierto el camino para que nos lleguemos al banco de la gracia de Cristo abierto a aquellos pecadores que reconocen su necesidad: “Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos Jehová Dios” (Sal. 68:18).

Las Escrituras nos da la razón de estos dones: “Para que habite entre ellos Jehová Dios”. Solo la fe puede hacer de un alma rebelde una morada aceptable para el Dios Santo. Este es el don para conceder el cual él recibió todos los demás dones. Que esto te dé el valor de humillarte y pedirle a Dios lo que Cristo ya ha comprado: “Señor, he sido rebelde, ¿pero no recibió Cristo nada para los tales? Poseo un corazón incrédulo, pero tengo oído que la fe está pagada en tu pacto. Cristo derramó su sangre para que Tú derramaras tu Espíritu sobre un pecador como yo”.

Cuando llamas así a Dios y empleas el nombre de su Hijo en la oración, Cristo mismo oye, está de acuerdo y favorece tu oración. Si pides fe a causa de la muerte de Cristo, él intercederá por ti: subió al Cielo para que tuvieras allí un Amigo que pudiera recibir y comprender tu oración (*cf.* He. 7:25).

4. Medita a menudo en la promesa

Afianzar tu alma en la promesa y vivificar su Palabra por la fe en tu corazón es únicamente obra del Espíritu. Tú no puedes hacerlo. Igual que el fuego bajó del Cielo sobre el sacrificio de Elías, el Espíritu de Dios vendrá para avivar la promesa en tu

corazón después de haberla meditado diligentemente. Porque cuando Elias terminó de prepararlo todo oró, esperando que Dios actuara por él (1 R. 18:36). No conozco manera más digna de solicitar la ayuda del Espíritu de Dios.

Igual que aquel que cede a las concupiscencias invita la tentación, aquel que fija sus pensamientos en temas celestiales invita la perfecta paz del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios está tan dispuesto a fomentar cualquier buen motivo como el maligno lo está a alimentar las malas intenciones.

Vemos a la esposa sentada a la sombra de su Amado, como bajo un manzano, y pronto dice: “Su fruto fue dulce a mi paladar” (Cnt. 2:3). El hecho de sentarse a su sombra representa a un alma descansando bajo los pensamientos de Cristo y de sus preciosas promesas, simbolizadas por las ramas del árbol. Cristiano, quédate ahí por algún tiempo, y ve si el Espíritu no sacude sobre tu regazo algún fruto de las mencionadas ramas. Igual que Isaac encontró a su esposa al salir al campo para meditar, tú también podrás encontrar a tu Amado paseando en este jardín de promesas.

5. Apremia a tu alma con la fuerte obligación de creer

Muchos pecadores humillados tiemblan por una conciencia sensible ante otros pecados, pero expresan poca o ninguna tristeza por su incredulidad. Creen que ofenden a Dios con dichos pecados, pero que solo se dañan a sí mismos no creyendo. Si este es tu caso, tus pensamientos te engañan sobremanera; ¡porque se deshonorra más a Dios con la incredulidad que con todos los demás pecados juntos!

Posiblemente preferirías conservar tus pecados y disfrutar también de Cristo. ¿Te parece demasiado difícil dejar esas concupiscencias y tenerlo a él? Dios mismo no podría obviar este requisito y amarte de verdad. Poco valora el oro quien se queja de que el trabajo para conseguirlo es excesivo, igual que aquel que no está dispuesto a dejar sus concupiscencias para hacer de Cristo su tesoro. Ciertamente puedes confiar que Cristo recompensará con creces lo que dejes por él.

¿Prefieres perder la presencia de Dios y de Cristo en el Infierno, adonde indudablemente te llevarán tus concupiscencias, o no

tener la compañía de tus pasiones en el Cielo, adonde la fe en Cristo tan ciertamente te llevará? Escoge entonces; pero si escoges mal, de nada te servirá el arrepentimiento una vez que estés en el Infierno.

Pero tal vez no sea la elección entre Cristo y el Infierno lo que te impide creer. Aunque asientes a los términos del pacto de Cristo, no te parece posible que Dios cumpla su promesa para una persona tan indigna como tú. De las dos opciones, es mejor que el obstáculo para ir a Cristo sea la dificultad concebida en tu entendimiento, y no la negativa de tu voluntad a recibir aquello que Dios te ofrece en él. La consideración cuidadosa de dos obras especiales en tu alma, apaciguará tus dudas y disipará tus temores en cuanto a esta piedra de tropiezo para ir a Cristo.

a) Esfuérzate por conseguir un conocimiento correcto de Dios

Cuando esto ocurra, no te parecerá extraño en absoluto que un Dios grande haga grandes cosas por los pecadores. Si un pordiosero te promete un millón de dólares, echarás en saco roto su oferta y le preguntas de dónde sacaría semejante suma. Pero si un príncipe te garantiza una suma mayor, no dudas en creerle, ya que tiene riquezas proporcionadas a la promesa. Dios nunca promete nada que su misericordia, su poder y su fidelidad infinitos no puedan cumplir: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Sal. 46:10). En momentos de gran confusión en la Iglesia, Martín Lutero dijo acerca de este Salmo: “Cantemos el Salmo 46, a pesar del diablo y de sus instrumentos”. El cristiano humillado también puede cantar consolado, a pesar de Satanás y el pecado: “Estate quieta, alma mía, y entiende que el que te ofrece misericordia es Dios”.

b) Estudia las garantías que Dios da al creyente en cuanto al cumplimiento de sus promesas

Esas garantías son muchas, aunque su sola Palabra merece valorarse más que nuestras almas. ¿No te satisface que el Dios verdadero y fiel dé su Palabra como aval? Su verdad es tan inmutable que es más posible que la luz proporcione oscuridad, que el que una mentira salga de sus benditos labios.

***Exhortación a los creyentes a conservar
el escudo de la fe***

Hago ahora una doble exhortación a los creyentes. Primero, ya que la fe es una virtud tan especial, ámate a conservarla; segundo, si la tienes, no niegues lo que Dios ha hecho por ti.

***La fe debe conservarse con esmero por su
preeminencia sobre las demás virtudes***

Guarda tu fe, y ella te guardará a ti y tus demás virtudes. La fe te sostiene; si falla, caerás. Entonces, estarás bajo los pies de tus enemigos. Ten presentes los peligros potenciales que hay para tu fe, como aquel capitán griego que, al ser derribado en la batalla, buscó su escudo en cuanto recuperó el conocimiento.

La fe es la virtud principal por la que Dios quiere que nos valoremos, ya que existe menor peligro de orgullo en esta cualidad abnegada:

Digo, pues, por la gracia [de Dios] que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Ro. 12:3).

Los romanos habían recibido diversos dones de Dios, pero él quería que se juzgaran por su fe, para que pensaran “con cordura” acerca de sí mismos.

Las demás virtudes se deben medir por nuestra fe: si no son fruto de esta, no tienen un valor real. Esa es la diferencia entre el cristiano y el pagano honrado. El pagano se valora a sí mismo por su paciencia, templanza, liberalidad y otras virtudes morales. Mientras viva, se jactará de su moralidad; y espera que Dios lo encomie y le garantice la felicidad después de morir. Pero el cristiano ha hallado Cristo, cuya justicia y santidad son ahora suyas por la fe; y se valora a sí mismo por estas más que por ninguna propiedad inherente suya.

Lo ejemplificaré con dos hombres: uno un cortesano, el otro

un aldeano extraño a la corte. Ambos tienen bienes considerables, pero el cortesano muchos más. Pregúntale al aldeano, sin relación alguna con la corte ni lugar en el favor del príncipe, lo que él vale, y te responderá con la suma de sus tierras y su dinero. Se valora a sí mismo por estas cosas. Pero si preguntas al cortesano lo que vale, aunque tiene más propiedades y dinero que el primero, te dirá que se valora a sí mismo por el favor del príncipe más que por sus demás bienes. Dice: “Los bienes de mi príncipe míos son, exceptuando su corona y su realeza; y su tesoro es mío para cuidarme, su amor para acogerme y su poder para defenderme”.

El pobre pagano, extraño a Dios y a su favor en Cristo, se bendice solo con sus recursos naturales y el cúmulo de valores morales que reúne con gran esfuerzo. Pero el creyente, teniendo acceso por la fe a esta gracia, porque goza de alto favor con Dios por Jesucristo, se valora por su fe en lugar de por otra virtud. Atesora esta virtud divina en sí mismo más que todo el tesoro y el placer mundanos; prefiere ser un santo en harapos que un pecador bien vestido. Antepone la seguridad de su vida espiritual a su estabilidad en la vida natural, la cual está dispuesto a perder sin considerarse damnificado.

No solamente participa el creyente de la naturaleza divina por la santidad infundida en él; también es heredero de todas las gloriosas perfecciones de Dios mismo. Puede llamar suyo propio todo lo que Dios es, hace y tiene. Él se complace en llamarse Dios de su pueblo: “el Dios de Israel” (2 S. 23:3). Igual que casa y tierras llevan el nombre de su dueño, Dios se agrada en que su pueblo lleve su nombre, para que el mundo lo sepa. Dios no ha retenido nada de su pueblo más que su propia corona y su gloria. Estas no se las dará a ningún otro (Is. 42:8).

Si el cristiano necesita fuerza, Dios quiere que utilice la suya; y puede hacerlo con valor y confianza, porque el Señor se llama a sí mismo la fuerza o gloria de su pueblo: “El que es la Gloria de Israel no mentirá” (1 S. 15:29). Si al creyente le falta justicia y santidad, las puede conseguir, ya que “Cristo Jesús [...] nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30). ¿Necesita amor y misericordia? Toda la misericordia divina está a su servicio: “Cuán

grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen” (Sal. 31.19). Subraya esta frase: “Que has guardado para los que te temen”. La misericordia y la bondad de Dios son para sus escogidos, de la misma manera que un padre guarda dinero, escribiendo en el sobre, “Para mi hijo”.

Lo que hace hijo al creyente, también le hace heredero. La fe es aquello que lo convierte en hijo de Dios: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). Estudiemos ahora cinco instrucciones para conservar la fe.

Instrucciones a los creyentes para conservar la fe

1. La Palabra de Dios es vital para producir y conservar la fe

Así como fue la semilla de tu conversión, ahora la Palabra de Dios es la leche que conserva tu fe. Aliméntate frecuentemente de ese pecho. Los niños no pueden mamar largamente ni digerir gran cantidad de comida a la vez; necesitan alimentarse con frecuencia: “Renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá” (Is. 28:10).

El que enseñó a los creyentes a orar por su pan de cada día sabía que ellos lo necesitaban; y seguramente no se refería solamente al pan natural. En el mismo capítulo dice: “Buscad primeramente el reino de Dios” (Mt. 6:33). Atesora la Palabra, cristiano, aliméntate de ella, ya sea mediante un sermón, una charla privada con un amigo o en tu tiempo de meditación personal.

¡Ojalá los creyentes que se quejan de su débil fe investigaran la causa de esa debilidad! Es porque la fe no se ha alimentado de la Palabra. Antes soportabas muchas presiones por mantenerte en la comunión de la Palabra de Dios, y siempre te beneficiaba el quitar el tiempo de otras cosas. Pero ahora que gradualmente has dejado de acudir a Dios en su Palabra, hay un triste cambio: no te es fácil confiar en él; y tienes poca autoridad sobre tu incredulidad.

El mejor consejo que puedo darte es lo que los médicos recomendaban para tener un cuerpo sano: averiguaban dónde

había nacido el paciente y lo enviaban allí. Te pregunto: Si alguna vez tuviste fe, ¿dónde nació y creció esta? ¿No fue en el dulce ambiente del oír, meditar y orar sobre la Palabra? Corre cuanto antes adonde primero cobraste vida, donde tu fe prosperó y creció en un principio.

2. Examina tu conciencia

La buena conciencia es el barco en que navega la fe. Si la conciencia se va a pique, ¿cómo estará la fe segura? Tú sabes cuáles son los pecados que destruyen la conciencia: los pecados deliberados o repetidos sin arrepentimiento. ¡Guárdate de estos pecados deliberados! Cual piedra lanzada a un claro arroyo, enturbiarán la conciencia hasta que no puedas ver el reflejo de la promesa.

Pero aunque hayas caído en la fosa del pecado, no te quedes allí. La oveja puede caer a una zanja, pero solo el cerdo se revuelca en ella. Por tanto, será muy difícil fomentar la fe en la promesa si tu manto está sucio y tu rostro embarrado de pecado. Es peligroso beber veneno, pero mucho más letal es dejarlo permanecer en el cuerpo por mucho tiempo. Aunque seas creyente, no puedes actuar con fe hasta que limpies tu corazón con el arrepentimiento.

3. Practica tu fe

Vivimos por la fe, y la fe vive por el ejercicio. Algunas personas fuertes no están contentas si no tienen mucho trabajo. Si las obligas a quedarse sentadas, las matarás. Igualmente, si estorbas la obra de tu fe, estás amenazando su vida.

No experimentamos las gloriosas victorias en oración porque a menudo no permitimos que ore la fe. Si un niño ve muy poco a sus padres, no se emocionará mucho al verlos. ¿Por qué somos incapaces de vivir de una promesa durante una crisis? Seguramente porque no vivimos de esa promesa todos los días. Mientras más consultemos la promesa, mayor confianza le concederemos. No confiamos en los extraños tanto como en un buen amigo.

¡Cuántas aventuras se emprenden sin invitar siquiera a la fe, ni considerar la promesa desde el principio hasta el fin del

asunto! Por tanto, cuando nos hace falta la fe en una emergencia determinada, nuestra fe no aparece. Es como aquel siervo que se escapa porque su amo pocas veces le da trabajo. Cuando su dueño lo llama en alguna situación extrema, no lo encuentra. Cristiano, que tu fe no se quede mucho tiempo inactiva. Si no la utilizas cuando debieras, puede que te falle cuando más falta te haga.

4. Enfrentate a cualquier incredulidad residual

El arrepentimiento recupera aquello que la fe pierde por la incredulidad. David se avergonzó sobremanera de su incredulidad, y confesó: “Tan torpe era yo [...]. Era como una bestia delante de ti” (Sal. 73:22). Por esta humilde confesión, la fe de David recuperó el control y afirmó: “Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (vv. 23,24).

Tienes un juez en el corazón al que Dios mismo ha comisionado para reprenderte y avergonzarte cuando pecas. No hay pecado que más deshonre a Dios que la incredulidad; y esa espada desgarrar su Nombre más profundamente cuando la maneja un creyente. La herida en casa de sus amigos afecta dolorosamente al corazón tierno de Dios. Comprenderemos mejor por qué el pecado de la incredulidad lastima el corazón de Dios, si consideramos los estrechos lazos de familia que existen entre el creyente y el Señor.

Piénsalo una y otra vez, cristiano: con la incredulidad testificas falsamente acerca de Dios. Cuando el mundo te oye hablar mal de tu Padre, ello puede endurecer la opinión que tiene de Dios, hasta llegar a la incredulidad final y a la impenitencia. La manera de degradar al máximo la reputación de alguien es decir: “Ni siquiera sus hijos confían en él, ni hablan bien de él”. Pregúntate a ti mismo si estás dispuesto a ser un instrumento para mancillar el buen nombre de Dios ante el mundo. Tu corazón debe estremecerse ante esa mera idea; y la incredulidad que te llevó a hacer esto tan a menudo herirá tu corazón. Así no volverás a empuñar esa espada contra Dios.

5. Esfuérzate por aumentar tu fe

Ninguno corre más peligro de perder la fe que aquel que se conforma con la que ya tiene. Una chispa se apaga antes que una llama, una gota se seca más fácilmente que un río. Mientras más fuerte sea tu fe, más segura estará contra los ataques enemigos. Cuando el espionaje descubre una fortaleza mal protegida, normalmente el enemigo la ataca enseguida. El diablo es cobarde, y le encanta pelear en el punto donde tiene más ventaja; y no hay ventaja mayor que la fe débil de un cristiano.

Si supieras las muchas ventajas de la fe fuerte sobre la débil, no descansarías hasta poseerla. La fe fuerte vence aquellas tentaciones que pueden apresar a la débil. Cuando la fe de David prevaleció, se enfrentó a la muerte sin temor: “El pueblo hablaba de apedrearlo [...], mas David se fortaleció en Jehová su Dios” (1 S. 30:6). Pero cuando su fe se debilitó, estuvo dispuesto a huir y esconderse para salvarse (1 S. 21:13).

La fe fuerte libera al cristiano de aquellos pensamientos que oprimen a la débil: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera” (Is. 26:3). Mientras mayor sea la fe, mayor será la quietud y paz interior; con poca fe, hay poca paz y serenidad en las tormentas que seguramente atraerán los temores incrédulos.

La fe débil llevará al cristiano al Cielo tan seguramente como la fuerte, porque es imposible que perezca el menor vestigio de verdadera virtud, siendo esta una simiente incorruptible. Pero el cristiano inseguro no tendrá un viaje tan placentero como el fuerte. Aunque todos los pasajeros del barco llegarán a salvo a puerto, el que se marea en el mar no disfrutará tanto de la travesía como el sano. El enfermo se pierde las agradables sorpresas que deparan las gratas etapas del viaje. El fuerte lo juzga todo con gran expectación, y mientras anhela de corazón llegar a casa, su gozo acorta y endulza el camino.

Así que, cristiano, hay muchos deleites que los creyentes encuentran en el camino al Cielo, además de aquello que Dios tiene para ellos al final. El cristiano cuya fe es fuerte para actuar basándose en la promesa, encuentra y posee estos placeres. El que ve las glorias espirituales de la promesa canta durante todo el camino; pero el ojo de la fe del cristiano inseguro está tan

cegado por el temor incrédulo que no ve nada que le produzca gozo, sino que suspira a causa de sus pensamientos apesadumbrados y perturbados. Si no quieres tener un camino pesado y melancólico al Cielo, esfuérzate por aumentar tu fe. **P u e d e** que quieras saber con seguridad si tu fe es fuerte ó débil. Las siguientes características te mostrarán la diferencia.

Cómo saber si tu fe es fuerte o débil

1. Mientras más plenamente puede el cristiano confiar en las promesas de Dios, más fuerte es su fe

Cuando confiamos en Dios simplemente por su promesa, y confiamos en él a causa de su carácter; esto sí que es fe. El que anda sin muletas es más fuerte que aquel que las necesita. La promesa es el terreno que pisa la fe, pero el sentimiento y la razón son las muletas que necesita la fe débil.

a) ¿Puedes creer sin la muleta del sentimiento y la emoción?
Tal vez en el pasado te hayas solazado en el amor de Dios y en su favor: mientras brillaba el sol en tu ventana, tu corazón se gozaba. Pensabas que nunca podrías desconfiar de Dios ni escuchar ideas incrédulas. ¿Pero cómo anda tu corazón ahora que las manifestaciones de su favor se han desvanecido? Cuando ya no ves su amor, ¿pierde tu fe de vista su misericordia y la verdad de la promesa?

Un niño pequeño cree que su madre se ha perdido si sale de la habitación donde él se encuentra; pero a medida que crece y aprende, se da cuenta de que no es así. Este es el caso del creyente. Cristiano, bendice a Dios por las experiencias que te dieron a probar su amor; pero has de saber que no podemos juzgar la fe, sea fuerte o débil, por ellas. Dice Parisiensis¹ que las experiencias son como las muletas del cojo: le ayudan a andar, pero no le hacen fuerte ni sano. Para ello se requiere comida y ejercicio. Esfuérzate entonces por apoyarte más en la promesa, y menos en las expresiones tangibles del amor de Dios.

Aunque el hombre fuerte no necesita descansar siempre en su bastón como el cojo en su muleta, puede utilizarlo de vez en cuando para defenderse de un ladrón o perro en el camino. El

cristiano maduro puede echar mano de sus experiencias en algunas tentaciones, aunque no descansa todo el peso de su fe en ellas, sino en la promesa.

b) ¿Puedes creer cuando la razón falla?

¿Cae a tierra tu fe con la muleta rota de la razón? Fuerte es la fe que puede pisar sobre las improbabilidades e imposibilidades que adelanta la razón en contra de la promesa. Noé se esforzó en construir el arca porque creía que Dios hablaba en serio, y nunca se molestó en aclarar el asunto razonando cómo aquellas cosas extrañas podrían ocurrir.

Los buenos nadadores no temen saltar al agua profunda, mientras los principiantes quieren hacer pie y permanecen cerca de la orilla. La fe fuerte no teme cuando Dios lleva a la criatura a una profundidad mayor que aquella de la razón. Josafat dijo: “No sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos” (2 Cr. 20:12). Es como si dijera: “Estamos hundidos en el mar. No sabemos cómo salir de este problema, pero fijamos los ojos en Ti. No nos rendiremos mientras haya fuerza en tu brazo, ternura en tu corazón y verdad en tu promesa”.

La fe débil, que busca algún apoyo para la razón, intenta desesperadamente reconciliar la promesa de Dios con la razón humana. La fe débil cuestiona mucho. Cuando Cristo dice: “Dadles vosotros de comer”, sus discípulos le preguntan: “¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios?” (Mr. 6:37). ¡Como si la mera palabra de Cristo no bastara para ahorrarles ese gasto y ese trabajo! Zacarías le dijo al ángel: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo” (Lc. 1:18). Su fe era demasiado débil para aceptar la buena noticia.

2. Mientras más se conforma el corazón del cristiano con los cambios que la Providencia hace en su situación en este mundo, más fuerte es su fe

El cuerpo débil no soporta los cambios de tiempo como el fuerte. El calor y el frío, el buen tiempo y el malo, no cambian mucho la situación del hombre fuerte, pero el débil se queja de ellos. La fe fuerte puede vivir en cualquier clima, viajar con cualquier tiempo, y afrontar cualquier situación

inesperada. Pablo dice: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Fil. 4:11). Desafortunadamente, no todo seguidor de Cristo se parece a Pablo en esto; y la fe débil no ha aprendido esta dura lección.

Cuando Dios vuelve tu salud en enfermedad, tu abundancia en pobreza, y tu honra en desprecio, ¿cómo le hablas? ¿Está tu espíritu amargado y descontento? ¿Te desahogas murmurando y quejándote? ¿O te conformas con la soberanía de Dios en tu situación actual, no por ignorancia de la aflicción, sino seguro de que él está obrando estas cosas para tu bien porque te ha llamado y lo amas?

*a) El que está contento demuestra
que Dios reina en tu corazón*

Reverencias la autoridad de Dios y confías en su soberanía, o no obedecerías sus órdenes: “Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste” (Sal. 39:9). Si el golpe hubiera venido de otra mano, David no lo habría aceptado tan calladamente. Cuando un criado abofetea a un niño, este corre para decirlo enseguida a su padre; pero aunque el padre mismo castiga a su hijo con mayor severidad que el criado, el niño no se queja por respeto a la autoridad paterna. Igualmente, tu consuelo solo proviene de Dios: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Sal. 46:10). Hay que conocer a Dios *por la fe* antes de que el corazón pueda “estar quieto”.

*b) Un corazón rendido confía en la misericordia y la
bondad de Dios en los problemas*

Crees que Dios puede obrar en tu prueba para bien; de otra manera, no serías capaz de sacrificar tan fácilmente tus placeres inmediatos. El niño se acuesta de buen grado mientras los demás acuden a cenar si la madre promete dejarle algo para el día siguiente. El niño cree en la promesa y se conforma con obedecer a su madre.

El ojo de la fe ve algo que recompensará tus pérdidas presentes, y esto te dispone a ayunar mientras los demás festejan, o a sufrir la enfermedad mientras otros gozan de buena salud. Pablo nos dice por qué él y sus hermanos afligidos no

desmayaban: veían cómo se les acercaba el Cielo a medida que la tierra se alejaba: “Por tanto, no desmayamos [...]. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:16-7).

3. Mientras más puede esperar el cristiano las respuestas, más fuerte es su fe

Solo un mercader pobre exige el pago en metálico en cada venta. La fe débil es para el presente; si no puede ver cubiertos sus deseos de inmediato, se llena de celos y llega a tristes conclusiones como que la oración no ha sido oída, o bien que Dios no ama al que ora. Pero la fe que es lo bastante fuerte para tratar con Dios, sabe esperar: “El que creyere, no se apesure” (Is. 28:16). Su inversión está en buenas manos, y no ansia demandar los intereses, sabiendo que los viajes más largos tienen mejores ganancias.

4. Mientras más sufre el cristiano de buen grado por la promesa, más fuerte es su fe

Si alguien renuncia a una buena herencia, abandona su familia y sigue a un amigo en peligrosas y extrañas aventuras, damos por sentado que lo ama mucho. Pero si renuncia a todas sus posesiones presentes por un amigo a quien nunca ha visto, basándose en una invitación escrita que le promete grandes cosas en el futuro, su confianza nos asombra aún más.

Pero no es tan fantástico como parece. En las Escrituras leemos acerca de este Amigo “a quien amáis —nos dice Pedro— sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis” (1 P. 1:8). El contexto de este pasaje es “en diversas pruebas” (v. 6), pero ya que el camino del creyente atraviesa el escabroso desierto para llegar a disfrutar de Cristo, este creyente pasará con gozo por las tentaciones más profundas. Esta sí que es una fe gloriosa. No se trata de alabar el Cielo y desear estar allá, sino de abandonar placeres predilectos y aceptar grandes sufrimientos cuando Dios nos llama a ello. Esto prueba que la fe es verdadera y fuerte.

5. Mientras más fácilmente se resiste el creyente a la tentación, más fuerte es su fe

Un gran pez rompe fácilmente la misma red que captura a uno pequeño. La fe del cristiano es fuerte o débil según le sea fácil o difícil romper con la tentación. Cuando una tentación normal te atrapa como una telaraña a una mosca, tu fe es muy débil. La fe de Pedro era débil cuando la voz de una muchacha lo llevó a negar a Cristo; pero se fortaleció al resistir y refutar las amenazas de todo el Concilio (Hch. 4:20). Hasta cuando la fe no tiene manos para derribar al enemigo, las tiene para defenderse, y una voz para pedir ayuda al Cielo. La fe verdadera siempre encuentra la manera de combatir el pecado.

Cristiano, compárate contigo mismo. ¿Atrapan las concupiscencias tu corazón y lo apartan de Dios con la misma fuerza que hace unos meses? ¿O puedes decir honradamente que tu corazón las va venciendo? Ahora que sabes más de Cristo y has vislumbrado sus glorias espirituales, ¿puedes pasar por la puerta de dichas concupiscencias sin mirar adentro? Cuando la tentación llama a tu puerta, ¿eres capaz de cerrársela en la cara? Si el poder del pecado muere, puedes estar seguro que tu fe está viva y vigorosa. Mientras más fuerte sea el golpe, más fuerte es el brazo que lo da. Un niño no puede hacer una herida tan grave como un hombre. Aunque la fe débil no es capaz de dar el golpe mortal al pecado, la fuerte está dispuesta y capacitada para hacerlo.

6. Mientras más obediente y compasivo es el cristiano en su vida, más fuerte es su fe

La fe obra por el amor; por tanto, su fuerza o su debilidad puede juzgarse por la fuerza o la debilidad del amor expresado en el comportamiento del creyente. La potencia del brazo que tensa el arco se prueba por la fuerza con que vuela la flecha. Ciertamente la fuerza de nuestra fe se conoce por el impulso con que nuestro amor sube a Dios. Es imposible que una fe débil, incapaz de tensar la promesa como la fuerte, impresione tanto al corazón para que ame a Dios como la más fuerte.

Por tanto, si tu amor a Dios te hace abandonar el pecado, cumplir con el deber y obedecer los mandamientos del Señor,

estás graduado en el arte de la fe. El amor del cristiano avanza a la par que su fe, como el calor aumenta con la fuerza del sol; mientras más sube el sol hacia el meridiano, más calor hace. Igualmente, mientras más exalta la fe a Cristo en el cristiano, más intenso es su amor de Cristo.

Al principio, cuando el cristiano deploraba sus pecados, el temor lo conmovía y su rostro se desfiguraba por el remordimiento, como aquel que toma una medicina amarga. Pero ahora su arrepentimiento no le es tan desagradable, ya que la fe ha hallado la realidad personal de la misericordia de Dios. Ya no odia la palabra “arrepentimiento” como hacía Lutero en otros tiempos, sino que echa mano de la obra del arrepentimiento con dulce actitud hacia el buen Dios que le aguarda con una esponja empapada en la misericordia de Cristo para borrar sus pecados en cuanto los confiese.

Lo mismo se puede decir de otro aspecto de la fe y del amor. La fe fuerte libera el alma. No cumple con su deber como el súbdito oprimido ha de pagar sus impuestos, con pena, pensando en lo mucho que pierde. Da con la misma liberalidad con que un niño presenta a su padre una manzana del huerto familiar. En su niñez, obedecía y servía a su padre más por temor al castigo que por amor. Pero al desarrollarse la relación con él, con plena conciencia de que su padre espera la obediencia de su parte, su egoísmo se desvanece y su afecto natural prevalece para agradar a su progenitor. Así es el cristiano cuya fe crece y madura.

7. Mientras más templada es la actitud del cristiano ante la muerte, más fuerte es su fe

Las comidas picantes o agrias requieren mucho azúcar para suavizarlas. La muerte es algo que deja mal gusto en el alma. Solo la fe fuerte puede hacer que los pensamientos graves sobre este tema sean dulces y deseables. Algunos, cuando se cansan de su situación actual, dicen querer morir. Pero el que conoce la inmutabilidad de la muerte, sea para gozo o para desdicha, nunca la llama hasta comprender lo que puede esperar de Dios al llegar al otro mundo. La fe débil nunca será capaz de hacerlo sin un aluvión de dudas y temores.

Sin embargo, a veces el cristiano de fe débil afronta la muerte con tan poco temor como el que tiene una fe mucho más fuerte, y hasta con más gozo que este, porque lo sostiene una especial medida de consolación divina. Pero si Dios la retirara, volverían los temores del moribundo y de nuevo sentiría la tristeza, como un enfermo temporalmente fortalecido por un fuerte brebaje.

Pero la forma normal de que los corazones de los cristianos se eleven por encima del temor para desear ardientemente la muerte, es alcanzando una fe fuerte. Dios puede hacer un festín con pocos panes, multiplicando al instante la parca fe del creyente para poner una mesa abundante con variedad de consolaciones, pero me temo que no hará este milagro por aquel que se contenta con la poca fe que ya tiene sin intentar aumentar su acopio para el momento de la necesidad.

El creyente ha de reconocer la fe

¿Cuál es peor, el pecador que oculta y niega su pecado, o el cristiano que oculta y niega su fe? El primero parece peor, si consideramos su intención: porque el pecador oculta su pecado con un mal fin. El alma insegura es bienintencionada: tiene miedo de ser hipócrita y mentirosa al decir que posee algo que sospecha no posee. Pero si consideramos la consecuencia de que un creyente no reconozca la gracia de Dios, y cómo Satanás aprovecha esto para llevarle a otros pecados, no es tan fácil saber cuál de las dos situaciones es peor.

La intención de José fue pura al decidir divorciarse de su esposa María, pensando que esta había caído en un pecado de infidelidad sexual. Pero hubiera sido trágico que persistiera en esa idea, especialmente después de que el ángel le informó de que ella había concebido por el Espíritu Santo.

Podría ser que estuvieras pensando en abandonar tu fe como si esta fuera una virtud falsificada y vil, concebida en tu corazón hipócrita por el padre de la mentira. ¿No has tenido una visión (no necesariamente de un ángel o de revelación inmediata, sino del Espíritu Santo) que te anima a aceptar y reconocer tu fe como algo concebido en ti por el Espíritu? Ciertamente

esa fe no es ningún bastardo creado por la ilusión de Satanás en el vientre de tu propia imaginación; no te defraudes a ti mismo retrayéndote de esta virtud cuando en realidad puedes sacar una provisión inagotable de tu rico tesoro en Cristo.

Sospechas que llevan a una persona a negar su fe

Nuestro bendito Salvador dice a sus discípulos las maravillas que harán si creen y no dudan (cf. Mt. 21:21); y la fe sin duda mencionada en Mateo, es la fe “como un grano de mostaza” a que se refiere Lucas (cf. Lc. 17:6). La duda contra la que Cristo previno a sus discípulos es de la clase que intenta robar a estos la seguridad en cuanto a lo auténtico de su fe.

Puedes tener paz interior sin gozo, y esta aparente paradoja es susceptible de hacerte dudar de tu fe. El día puede ser tranquilo aunque no brille un sol glorioso. Y a pesar de que el Consolador no venga con consolaciones emotivas, ya ha calmado la tempestad de tu alma perturbada. La verdadera paz, tanto como el gozo, es prueba de “la fe no fingida” (2 Ti. 1:5).

Otra manera como la duda intenta engañar al cristiano y aguijonearlo para que niegue su fe, es por la misma ausencia de paz. Tenemos paz con Dios en cuanto creemos en Cristo, pero no siempre la tenemos con nosotros mismos. El indulto puede estar aprobado y sellado por el príncipe, sin haber llegado aún a manos del preso. ¿No consideras temerarios a los que acusaron a Pablo de ser un asesino porque la serpiente se había aferrado a su mano? Entonces, ¿por qué te condenas por incrédulo cuando las aflicciones y angustias interiores se aferran al alma de un hijo tan apreciado por Dios en la tierra como tú?

Las Escrituras relacionan la duda con la fuerza de la fe, no con su existencia. “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mt. 14:31), le dijo Cristo a Pedro cuando este se hundía; reprendiendo la duda a la vez que reconocía la realidad de la fe, por débil que fuera. Toda duda es mala por naturaleza; pero algunas dudas, aunque sean malas en sí mismas, evidencian la gracia en la persona que duda.

La irritabilidad en un enfermo que antes estaba inconscien-

te, es señal segura de su recuperación. Es bueno que el alma sepa que sus dudas le pueden decir si su fe es real, aunque débil, o si está ausente. Por ello, indicaré cuatro características de las dudas que pueden acompañar a la verdadera fe.

Características de las dudas que pueden acompañar a la verdadera fe

1. El creyente verdadero siente vergüenza y pena ante la duda

Cuando consideras lo mucho que realmente desconfías de Dios en lugar de creerle, ¿no te dan ganas de llorar? ¿De dónde procede esta pena? ¿Llora la incredulidad por sí misma? No, sino que demuestra la fe de tu alma que llora porque la incredulidad mancilla el nombre de Dios.

Igual que la ley absolvía a la mujer que daba voces en el campo (cf. Dt. 22:27), el evangelio te absuelve cuando te arrepientes de la incredulidad. El Salmista se vio casi consumido por la duda: “¿Podrá poner mesa en el desierto?” (Sal. 78:19). A menudo esta clase de incredulidad pone en tela de juicio la fidelidad de Dios. ¡Como si cuestionara la existencia de Dios! Pero al final admite su necesidad: “Dije: Enfermedad mía es esta” (Sal. 77:10). Como si dijera: “¡Gracias, incredulidad! Eres mi enemiga y la de Dios; y quieres asustarme. Pero lo que has conseguido es probar la existencia de la fe en el fondo de mi incredulidad”.

2. Un creyente sincero anhela la bondad de Dios a pesar de las dudas

El creyente débil puede cuestionar el amor de Dios para con él, pero lo anhela más que la duda. Así habla el alma suplicante: “Mejor es tu misericordia que la vida” (Sal. 63:3). Duda si Cristo le pertenece; pero si le preguntas lo que vale Cristo, y lo que daría por tenerlo, dirá que no hay precio demasiado alto: “Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso” (1 P. 2:7). En resumen, duda si es santo o falsificado; pero su alma anhela y busca aquellas virtudes que apenas ve.

Este deseo da buen testimonio de virtud en el corazón. Las

palabras de David evidencian esta virtud al decir: “Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo. Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo” (Sal. 119:20,140). ¿Puedes realmente dejar que tu corazón vaya tras Cristo y su gracia, sin observar tu interés en ambos? Anímate, porque tus dudas no provienen de una falta total de fe sino de tu insatisfacción con la calidad débil de tu fe.

El amor excesivo suele producir un temor exagerado. La esposa que ama grandemente a su marido teme en su ausencia que no vuelva a verlo. Una duda le dice que estará enfermo y otra, que ha muerto; así su amor la atormenta sin causa, porque su marido está bien y va camino a casa. Si no encontramos cierto anillo costoso, tememos que se haya perdido. Las pasiones fuertes por naturaleza perturban la razón y ocultan cosas que normalmente vemos claramente. Así, muchas almas inseguras buscan aquella fe que ya tienen en el corazón: les ha estado oculta por su fuerte deseo de ella.

Rode “de gozo no abrió la puerta” a Pedro, porque su gozo la hizo olvidar lo que habían estado pidiendo (Hch. 12:14). Entonces, el alto valor que el cristiano inseguro atribuye a la fe, junto con su excesivo anhelo, no le dejan ver que ya tiene la joya que tanto ansia.

3. Las dudas motivan al creyente a buscar en Dios lo que teme que le falta

El cristiano inseguro tiene tanto tumulto en el alma que no puede descansar hasta que deja que la Palabra de Dios decida las cuestiones por él. Igual que Asuero no era capaz de dormir y pidió las crónicas de su reino, el alma insegura acude a las crónicas del Cielo. Rebusca en la Palabra y en su propio corazón algo que corresponda a la descripción de la fe bíblica, como la imagen del espejo corresponde al rostro humano.

Cuando las dudas de David asfixiaban su fe, no se rendía dejando que el barco navegara a la deriva. En lugar de dudar del amor de Dios para con él, meditaba en su corazón y su alma indagaba con diligencia: “Al Señor busqué en el día de mi angustia” (Sal. 77:2). Uno no debe conformarse con su duda sin resolver, como no lo haría aquel que oliendo humo en la casa se

acostara a dormir. Más bien buscará en todas las habitaciones y rincones hasta quedar satisfecho de su seguridad.

El alma insegura teme despertarse rodeado de las llamas del Infierno; pero la que está presa de la incredulidad siente una seguridad falsa y se descuida. El mundo antiguo no creía en la inminencia del Diluvio, y los hombres en su letargo se negaban a considerar el aviso de Dios. El agua entró por sus ventanas antes de que pudieran escapar.

4. A pesar de las dudas, el verdadero creyente se apoya en Cristo y aún desea aferrarse a él

Mientras Pedro se hundía en el agua, clamaba a Cristo; y esto probaba la realidad de su fe. Aunque Jonás sufrió muchos temores, en medio de ellos su fe se aferraba secretamente a Dios: “Entonces dije: Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo” (Jon. 2:4); “Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová” (v. 7). También David, aunque no se podía deshacer de todos los temores que entraban por su débil fe como un barco que hace aguas, levantó firmemente su mano para cortar con ellos: “En el día que temo, yo en ti confío” (Sal. 56:3).

La duda del cristiano débil es como el vaivén del barco anclado: se mueve, pero no deja de aferrarse a Cristo; las dudas del incrédulo, en cambio, son como el movimiento de las olas que no tienen ancla y están a merced del viento: “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra” (Stg. 1:6).

Características de la fe presuntuosa

Sin embargo, a veces el cristiano inseguro teme que su fe sea presuntuosa. Para los que luchan con este problema, plantearé tres características de esa falsa fe.

1. La fe presuntuosa es fácil

Ya que Satanás no se molesta en oponerse a la fe presuntuosa, esta crece como un hierbajo en tierra fértil. El diablo se com-

place en que el pecador ande dormido, en un paraíso vano de esperanzas falsas en cuanto a Cristo y la salvación. No se le ocurre a Satanás despertarlo, sino que cierra las cortinas para que ninguna luz ni ruido perturbe su conciencia adormecida. ¿Acaso grita el ladrón de noche para avisar a su víctima del robo y la muerte inminentes? No, porque el sueño de esta le conviene.

El diablo es enemigo de la verdadera fe. La persigue en la cuna, como hizo Herodes con el Cristo recién nacido en el pesebre; derrama sobre ella un torrente de ira en cuanto anuncia su nacimiento llorando por el Señor. Si tu fe es legítima, su nombre podría ser “Neftalí”, y puedes decir: “He luchado con Satanás y con mi corazón, y al final he prevalecido”. Ya conoces la respuesta que recibió Rebeca cuando le preguntó a Dios la razón de la lucha de los niños en su vientre: “Dos naciones hay en tu seno” (Gn. 25:23). Cristiano, si percibes que hay lucha en tu alma, consuélate; esta disputa proviene de dos principios contrarios: la incredulidad, el mayor de ellos, por mucho que intente ganar, servirá a la fe, que es el menor.

2. La fe presuntuosa es desequilibrada

Tiene una mano paralizada. Cuenta con una mano para recibir el perdón de Dios, pero ninguna para entregarse a él. La fe verdadera posee dos manos: “Mi amado es mío, [aquí el alma acepta a Cristo] y yo suya [aquí se rinde a sus propósitos]” (Cnt. 2:16). ¿Te has entregado libremente a él? Todos profesan haberlo hecho, pero el alma presuntuosa, como Ananías, miente al Espíritu Santo y retiene la parte más importante de lo que prometió poner a los pies de Cristo. El disfrute de la concupiscencia está entretejido en su corazón, y no se decide a rendirlo a la justicia divina. Su vida le va en ello, y si Dios se lo quitara, tendría que hacerlo por la fuerza; no hay posibilidad de que consienta en entregarlo. ¿Es este el retrato de tu fe? De ser así, te has bendecido con un ídolo; has confundido un rostro atrevido con un corazón creyente.

Por otra parte, si consideras un privilegio el que Cristo tenga un trono en tu corazón, como tú tienes un lugar en su misericordia, resultas ser un creyente sano. Igual podría Satanás lla-

marse cristiano que acusarte de fe presuntuosa. Que el diablo te censure a ti y a tu fe cuando quiera; el perfume de rosas no es menos suave por llevar escrito en la etiqueta: “vinagre”. El Señor conoce a los suyos y sus virtudes, y los reclama como verdaderos hijos, como el dulce fruto de su Espíritu, aunque Satanás y el mundo les den un título falso. Ningún padre repudia a su hijo cuando este, delirando de fiebre, niega que sea su padre.

3, La fe presuntuosa no disfruta de la comunión con el Salvador

Cuando un corazón falso pretende tener fe en Cristo, gusta poco de su dulzura. De ser honrado, admitiría su preferencia por la mesa de los criados, con sus sobras de tesoros carnales, a los placeres de la santa comunión con Cristo y sus hijos.

El que tiene una fe presuntuosa se jacta de su parte en Dios, pero no desea estar en su presencia; no bebe el vino del gozo de la copa celestial. No le consuelan los pensamientos del Cielo, sino sus posesiones terrenales y mundanas; estos posos son su gozo.

Sin embargo, la verdadera fe cambia los apetitos de la persona. Ningún festín es tan agradable para el creyente como Cristo. Si Dios aparta los demás platos de la mesa, dejando solo Cristo, el creyente tiene lo único que desea. Pero si las prioridades mundanas —salud, amigos, dinero— permanecen y Cristo se retira, el hombre exclamará: “¡Quién me ha quitado a mi Señor!”. Solo Cristo sazona los gustos del creyente, endulzándolos a su paladar.

II. UN ARGUMENTO EFICAZ PARA APAGAR LOS DARDOS DE FUEGO DEL MALIGNO

Estamos plenamente persuadidos de la preeminencia de la fe; veamos ahora la razón para empuñar el escudo de la fe. El argumento más poderoso se contiene en estas palabras: “Con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Ef. 6:16). “Podáis” no es un incierto “tal vez puedas”, sino una afirmación absoluta. ¿Puedas hacer qué? “Apagar”; no solo resistir y repeler, sino extinguir. Entonces, ¿qué apagare-

mos? No solamente las tentaciones normales, sino las flechas más mortíferas que tenga el diablo en su aljaba: “los dardos de fuego”; y no unos pocos, sino todos los dardos de fuego del maligno. La segunda parte explora dos aspectos en particular de la guerra espiritual: una descripción del enemigo (“el maligno”) y el poder de la fe para vencerlo.

Descripción del enemigo

Las Escrituras describen tres aspectos del enemigo del creyente: su naturaleza, su unidad y sus dardos de fuego.

1. La naturaleza del enemigo

En Efesios 6:12 se le llama a Satanás “huestes espirituales de maldad”. Dios debe de tener una lección especial para su pueblo con este atributo del diablo, al representarlo con ese nombre. Vemos por lo menos dos razones para el uso de la palabra “maldad” en la descripción del enemigo de todo cristiano.

Primera, Dios utiliza esta palabra para recordar a sus hijos que deben odiar el pecado y resistir a Satanás. El nombre que más exalta a Dios es “Santo”. En consecuencia, la Escritura le pone al diablo la marca más negra e infame al llamarle “el maligno”. Si se pudiera separar la santidad de las demás características de Dios (lo cual sería la peor blasfemia), se disiparía la gloria de estas. Si fuera posible disociar la maldad del diablo de sus tormentos y desdicha, también cambiarían mucho las cosas. Hay que detestarlo con odio perfecto.

Si no te da vergüenza vivir en pecado, te pareces al mismo diablo. No pretendas burlarte del nombre de Satanás o temerle, pues en ti está su retrato más verídico, impreso en el pecado que eliges. Se dice que Caín “era del maligno” (1 Jn. 3.12). Si eres malo, eres del diablo. Cada pecado cometido es un nuevo trazo diabólico en tu alma. Si la imagen de Dios en el creyente, que el Espíritu tarda años en grabar en él, acabará constituyendo un retrato asombroso de Cristo cuando se haya plasmado la última línea allá en el Cielo, imagínate lo temible y terrible que podría ser tu aspecto después de los esfuerzos del diablo por imprimir sobre ti su apariencia, ha-

liándote en el Infierno, donde tendrás tiempo para ver la plenitud de la muerte y la maldad reflejadas inequívocamente en tu ser.

¡Qué lástima de las almas terrenales que están controladas por el poder de este maligno! David clasifica esto entre otras grandes maldiciones: “Pon sobre él al impío, y Satanás esté a su diestra” (Sal. 109:6). Prefiere ser el más miserable prisionero de la nación que el mejor siervo del pecado y Satanás. Salomón dice: “Cuando domina el impío, el pueblo gime” (Pr. 29:2). Los pecadores engañados ríen cuando señorea el diablo, pero tú puedes gemir por quienes se ríen del pecado y van al Infierno por su causa.

Recuerda que Satanás es el maligno y no puede hacer ningún bien. Ya que conoces la felicidad de servir al Dios Santo, tendrás preparada la respuesta cuando este maligno venga para incitarte al pecado. ¿Quieres mancharte las manos en su vil servicio después de haberlas utilizado para el puro y noble servicio de Dios? Ni escuches siquiera las excusas de Satanás, si no quieres llevar el sobrenombre de “maligno”.

La segunda razón por que Dios llama a Satanás “el maligno” es para alentar a los creyentes en el combate. Es como si Dios dijera: “No le tengas miedo; te enfrentas a una compañía malvada. Y sus defensores también son malvados”. Esto le daría valor a un cobarde para pelear contra esa chusma.

La maldad es necesariamente cobarde. La culpa de los demonios les dice que su causa está perdida antes de luchar siquiera. Te temen, cristiano, por tu santidad; no tienes que tener tú miedo de ellos. Cuando los consideras sutiles, poderosos, y numerosos, tu corazón late con fuerza; pero tenlos por espíritus viles e impíos que odian a Dios más que a ti. La única razón por que se molestan en odiarte es por tu relación con él. ¿De parte de quién está Dios? Antigüamente reprendió a los reyes por tocar a sus ungidos. ¿Se quedará parado ahora dejando que estos malvados amenacen su vida que está en ti sin rescatarte? Imposible.

2. La unidad del enemigo

Todas las legiones de demonios y las multitudes de hombres malvados forman un solo cuerpo místico de maldad; igual que

Cristo y sus santos son también un solo cuerpo místico de santidad. Un Espíritu une a Cristo y a sus santos, y un espíritu une a los demonios y a los impíos. Todos los dardos los dispara el mismo arco con la misma mano. Entonces, la batalla del creyente es un duelo con un gran enemigo; pero este enemigo reúne todas sus fuerzas para armarse con dardos de la peor clase.

3. La provisión guerrera del enemigo

Los dardos diabólicos son tentaciones que apuntan con exactitud asombrosa a las almas humanas. Estas tentaciones se llaman “dardos” por tres razones.

a) Los dardos son veloces

El Salmista llama “saetas” divinas a los relámpagos por su velocidad: “Envío sus saetas, y los dispersó; lanzó relámpagos, y los destruyó” (Sal. 18:14). Las tentaciones diabólicas vuelan como rayos. Satanás no necesita más que un instante para enviar una tentación: David mira a Betsabé, y la saeta diabólica se clava en su corazón antes de que pueda apartar la mirada.

A veces una palabra o dos aceleran la saeta diabólica de la tentación. Cuando sus siervos le informaron de que Nabal le había agraviado, la ira de David fue lo que hizo que el dardo de la venganza se clavara en su corazón. ¿Qué es más rápido que un pensamiento? Una idea necia surge, y nuestro corazón de repente corre tras ella como un perro tras la presa que salta delante de él cuando va a la zaga de su amo. Si una tentación no hiere, Satanás manda otra enseguida; ni bien se dispara un dardo, el astuto arquero coloca otro en la cuerda.

b) Los dardos vuelan en secreto

Lo mismo sucede con las tentaciones. La flecha viene de tan lejos que podemos encontrarnos heridos sin llegar nunca a ver quién nos disparó. Los malos lanzan sus dardos “a escondidas” (Sal. 64:4). Satanás dispara una tentación: a veces utiliza la lengua de la esposa para sus fines, otras se pone tras el marido o el amigo y no se le ve actuar. ¿Quién habría sospechado que Abraham sería instrumento de Satanás para incitar a su esposa al pecado?

A veces el diablo es tan taimado que falsifica el arco divino para disparar sus dardos, y el cristiano cree que es Dios quien le está riñendo. Job clama a causa de “las saetas del Todopoderoso” y de su “veneno” (Job 6:4), cuando es Satanás quien se ha ensañado con él. Dios era buen amigo de aquel hombre, pero permitió que el diablo lo probara. El pobre Job protestaba como si Dios hubiera abandonado su amistad con él para hacerse su enemigo.

Los dardos de Satanás no solo son veloces y furtivos, sino que hacen poco ruido en su vuelo; no avisan de su llegada. La tentación se acerca imperceptiblemente: el ladrón entra antes de que pensemos en cerrar las puertas. El viento se mueve en secreto, como dice nuestro Salvador: “Ni sabes de dónde viene, ni a dónde va, pero oyes su sonido” (Jn. 3:8). Con el mismo silencio Satanás urde tentaciones insospechadas contra el cristiano.

c) Por naturaleza, los dardos hieren y matan

Esto es especialmente cierto cuando los dispara, con un arco fuerte, un arquero que tiene la fuerza necesaria para tensarlo. Las tentaciones de Satanás son así: están apuntadas con malicia mortal, y tensadas con una fuerza sobrenatural. Si Dios no nos proporcionara una buena armadura, nos sería imposible resistir el poder del diablo y llegar a salvo al Cielo.

Jesús quiere que seamos conscientes de la fuerza de los ataques seductores del diablo, porque nos enseña a pedir al Padre: “No nos metas en tentación” (Mt. 6:13). Cuando Cristo oró así, acababa de probar la astucia y fuerza tentadoras de Satanás; a quien con su sabiduría y poder es bien capaz de vencer, ¡pero las cuales sabe que pueden derrotar aun a los santos más fuertes!

Exceptuando a Cristo, Satanás ha logrado engañar a todos los seres que han vivido en este mundo. Solo Jesús tuvo la prerrogativa de ser tentado sin caer en la tentación. Job, un jefe del ejército de Dios, descrito por el Padre como “perfecto y recto” (Job 1:1), recibió graves heridas de los dardos de Satanás. Pero, en su momento, Dios fue fiel para sacarlo de las garras del diablo y traer sanidad y restauración a su siervo.

El armamento de guerra de Satanás no solo incluye flechas sino “dardos de fuego”. Algunos eruditos creen que este “fuego” se refiere a cierta clase de tentación, como podrían ser la blasfemia o la desesperación, pero ya que la fe es el escudo para toda tentación, vemos que cualquier dardo de Satanás es incendiario. ¿Entonces por qué la Escritura los llama dardos “de fuego”?

Primero, Satanás los dispara con ira ardiente. Este dragón escupe fuego de indignación contra Dios y todos sus santos. Saulo respiraba “amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (Hch. 9:1). Como el que arde interiormente, su aliento quemaba: un chorro calcinante de rabia perseguidora salía de él como de un horno candente. Tal tentación es el hálito de la furia diabólica.

Además, estos dardos son incendiarios porque si no se apagan, llevan a la persona al fuego del Infierno. Hay una chispa infernal en cada tentación. Toda tentación se dirige al Infierno y la condenación, según el propósito y la intención de Satanás.

Finalmente, y lo que es más importante, los dardos diabólicos son incendiarios por sus efectos malignos en el espíritu humano: prenden fuego en el corazón y la conciencia. El apóstol alude a la costumbre de ciertos enemigos crueles que mojaban la punta de los dardos en veneno, convirtiéndolos en aún más mortíferos. No solo herían la parte que penetraban, sino que infectaban todo el cuerpo, haciendo casi imposible la curación.

El poder de la fe sobre el enemigo

Los dardos de Satanás, que el cristiano puede apagar por la fe, es posible describirlos según dos de sus características: los que seducen con falsas promesas de satisfacción, y los que conllevan temor y terror.

Los dardos de fuego de las tentaciones agradables

Los dardos de Satanás consistentes en tentaciones fascinantes producen ampollas. Cada corazón tiene tendencia al pecado. Las tentaciones no nos caen como bolas de fuego sobre

la nieve helada, sino como chispas y relámpagos sobre un tejado de paja, que pronto arde en llamas. Satanás tienta, pero el pecado se nos cobra a nosotros: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (Stg. 1:14). El diablo tienta, pero es nuestra concupiscencia la que nos atrae. El cazador pone la red, sin embargo el deseo de la propia ave la lleva a caer en la trampa.

El corazón humano es vulnerable al fuego de los dardos de Satanás: “Sin leña se apaga el fuego” (Pr. 26:20). Ya que Cristo extinguió los dardos de fuego, estos no pudieron dañarle. Satanás no encontró combustible de corrupción en él. Pero nuestros corazones se calentaron una vez en Adán, y desde entonces no se han enfriado. El Antiguo Testamento compara el corazón del pecador con un horno: “Todos ellos son adúlteros; son como horno encendido por el hornero” (Os. 7.4). El corazón humano es el horno, el diablo es el hornero, y la tentación, el fuego que lo calienta.

David dice: “Estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas” (Sal. 57:4). ¿Y quién las enciende? Santiago resuelve la cuestión diciendo que “el infierno” (Stg. 3:6). Cuando el corazón arde con la tentación, es difícil apagar ese fuego, aun en un hijo de la gracia. David mismo, bajo el poder de una tentación tan evidente para la simple vista carnal, fue responsable de la muerte de 70 000 hombres. Un solo pecado tuvo un alto precio. Si el Infierno ruge así en un David, ¿qué daños no hará cuando no hay gracia en el corazón para apagarlo? El alma poseída por las llamas de la tentación corre a la boca de la muerte y el Infierno, y no se frena fácilmente.

Debemos temer el abrazo de la tentación cuando es tan seductora. Algunos se confían demasiado, como si tal enfermedad no pudiera infectarlos, y respiran cualquier aire que se presenta. A veces Dios permite que les llegue un dardo diabólico, para que conozcan su propio corazón. ¿Quién se compadece del hombre cuya casa estalla, si guarda la pólvora cerca de la chimenea?

¡Apártate de la diana del diablo si no quieres que te clave una de sus flechas! Aléjate en lo posible de los blancos de la

tentación. Si Satanás logra cautivarte, pronto te sentirás aturdido; y un pecado enciende otro, como la broza la leña.

Ya que esto es así, no debemos dejar que Satanás utilice un pecado como combustible para prender fuego a otra persona. Los idólatras decoran sus templos y altares con cuadros de oro y plata para atraer las miradas. Están embelesados con sus ídolos como el amante con su amada. El borracho contagia al prójimo dándole de beber (cf. Hab. 2:15). Es ilegal prender fuego a la casa del vecino, ¿pero qué de aquel que incendia un alma con fuego infernal?

Algunos son pirómanos, pero es posible causar un incendio por error. Un niño tonto que juega con cerillas incendia una casa, la cual no son capaces de apagar muchos hombres sabios. Satanás puede utilizar tu negligencia para encender la tentación en el corazón de otro. Tal vez sea mediante una palabra ociosa, que para ti carece de peligro; pero una ráfaga de tentación puede llevar esa chispa al corazón de tu amigo, prendiendo en él un fuego mortal. O quizá lo hagas por un atuendo inconveniente que, aunque lo lleves con corazón puro, solo porque es la moda, se convierte en un lazo para otra persona. Seguro que el alma de tu hermano es más importante para ti que la moda.

La Escritura nos amonesta a que no seamos orgullosos en nuestras decisiones para vencer la tentación: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Co. 10:12). Cualquier tentación que resistimos es común a todos; “pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida” (v. 13). Dios abre esa salida por el poder de la fe.

El poder de la fe para apagar las tentaciones agradables

La fe capacita al alma para apagar las tentaciones placenteras del maligno. “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn. 5:4). La fe planta su estandarte triunfal en la cabeza del mundo. Juan nos explica lo que quiere decir aquí “el mundo”: “No améis al mundo [...]. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la va-

nagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (2:15-16). Todo lo que hay en el mundo alimenta y enciende las pasiones. La fe capacita al alma para apagar los dardos que Satanás moja en el veneno de las concupiscencias mundanas.

1. “Los deseos de la carne”

Esta tentación promete un placer carnal. Es tan ardiente que cuando halla un corazón carnal, pronto lo enciende con pasiones desenfrenadas y burdos afectos. El adúltero arde de lujuria y el borracho con su vino.

Ninguna tentación obra con mayor afán que las que prometen deleite carnal. Se dice que los pecadores “come[n]te con avidez toda clase de impureza”; esta “avidez” es una especie de codicia, porque la Palabra sugiere que ellos nunca se saciarán (Ef. 4:19). Ninguna bebida sacia la sed del hombre envenenado. Solo la fe puede ayudar al alma que arde con tales llamas. En el Infierno el rico se quema sin una gota de agua para refrescar su lengua. El pecador incrédulo está en un Infierno terrenal; arde en sus concupiscencias, por falta de fe, sin agua alguna que apague ese fuego.

Por fe los mártires “apagaron fuegos impetuosos” (He. 11:34).

Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos [...]. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó (Tit. 3:3-5).

Nadie puede deshacerse de los antiguos acompañantes de la concupiscencia hasta que, mediante la fe, llega a intimar con la gracia de Dios revelada en el evangelio.

2. Cómo la fe apaga “los deseos de la carne”

La fe descubre el velo de los ojos del cristiano, para que vea el pecado al desnudo antes de que Satanás lo disfrace con atuendo halagador. El ojo avizor de la fe tiene “la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1); penetra la cortina de los sentidos y ve

el pecado antes de que se vista para salir al escenario: un engendro del Infierno que lleva oculto el tormento. Que venga Satanás y presente una concupiscencia seductora; el cristiano responderá: “No me dejo engañar por un espíritu mentiroso. Te enseña una hermosa Raquel, pero pretende entregarte una Lea miope; promete gozo, pero paga con tristeza”.

Los disfraces que hacen tan atractivos a estos deseos no son suyos. La mujer de Endor dijo: “¿Por qué me has engañado? Pues tú eres Saúl” (1 S. 28:12). La fe también puede reconocer al pecado y a Satanás por sus nombres aunque vayan disfrazados. La fe dice: “Tú eres Satanás, ¿por qué intentas engañarme? Dios ha dicho que el pecado es amargo como hiel y ajeno. ¡No puedes hacerme creer que recogeré frutos dulces de tus raíces de amargura, ni uvas de tus espinos!”.

La fe capacita al alma para reconocer, no solo la naturaleza del pecado, vacío de todo placer, sino la calidad temporal de su frívola exaltación. La fe nos persuade de que no abandonemos las seguras misericordias de Dios por la excitación efímera de Satanás. Esta persuasión hizo que Moisés huyera de los encantos de la corte egipcia al fuego de la “aflicción” porque los reconocía como “deleites temporales” (He. 11:25). Si vieras a alguien saltar al mar desde un barco, al principio lo tomarías por loco; pero luego, si lo ves de pie en la orilla y el barco hundido, sabrías que había hecho bien.

La fe ve cómo el mundo y todo atractivo del pecado se hunden; tienen una fuga que la sabiduría humana no puede reparar. ¿No es mejor nadar por la fe en el océano de las pruebas, para arribar a salvo al Cielo, que sentarse en el regazo del placer pecaminoso hasta hundirse en el lago de fuego?

El deleite del pecado no puede durar, porque no es natural. Lo artificial pronto se corrompe. El azúcar es dulce por naturaleza y, por tanto, mantiene su dulzura; pero el vino edulcorado artificialmente pierde el buen sabor en pocos días. El deleite del pecado es extraño a su naturaleza y corrompe la vida que toca. Nada de la dulzura que ahora satisface a los pecadores se saboreará en el Infierno: allá la copa del pecador se sazonará con amargura.

Otra razón por que la excitación del pecado es breve es que

la vida misma es corta, y ambas terminan juntas. Muchas veces el placer del pecado muere antes que su víctima. Los pecadores sobreviven a su deleite mundano. El gusano se cría en su conciencia antes que en su carne con la muerte. Puedes estar seguro que las ventajas del pecado nunca sobreviven a este mundo. Dios ha proferido la palabra: “Dios en su ira les reparte dolores” (Job 21:17). El clima del Infierno es demasiado caluroso para que sobrevivan los deleites malignos.

La fe es la sabia virtud que hace al alma considerar cómo pasará la eternidad. El corazón carnal vive en el presente: hunde el morro en la pocilga y, mientras se revuelca, cree que aquello no acabará nunca. Pero la fe anda a pasos agigantados: con un zanco pasa por toda una vida y ve el final desde el principio. David dice: “A toda perfección he visto fin” (Sal. 119:96). Se imagina a los malvados, mientras aún se revuelcan en sus lechos sensuales, cortados y ardiendo en el horno de Dios como si ya estuviera hecho (Sal. 37:2). Según su fuerza, la fe agudizará la vista de todo cristiano. ¿Quién envidia el festín del reo que va camino al patíbulo?

Finalmente, la fe no se deja engañar por las “gangas” de Satanás y le muestra al alma dónde puede disfrutar de goces de calidad a un precio mucho menor. Los clientes compran allí donde encuentran lo mejor. Este principio es verdad también para los pecadores. El borracho acude a la mejor cerveza, el glotón al plato más lleno. Pero la fe premia el alma con galardones sin parangón. Abre el camino a la promesa y entretiene allá al creyente a cuenta de Cristo con todos los manjares del evangelio.

La fe deja al cristiano gustar el banquete que disfrutará plenamente en el Cielo. Aun este pequeño bocado se deshace en “gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8). Esta verdad de seguro apagará el apetito de la tentación. Cuando Satanás invita al cristiano a su deslumbrante orgía, el alma puede decir: “¿Dejaré estos placeres que sacian todo deseo, para corromperme con el mohoso pan del pecado? Entonces sería como Judas, que se levantó de la mesa de su Maestro para sentarse a aquella del diablo”.

3. “Los deseos de los ojos”

Aquí el apóstol hace referencia a las tentaciones extraídas del tesoro del mundo. El ojo primero adultera con ellas. Como el ojo impuro mira a la esposa de su prójimo, el ojo codicioso se fija en los bienes de otro y los desea. Considera los efectos trágicos de esta tentación en Acab, cuando codició la viña de Nabot. Compró aquellas hectáreas, que no añadían gran cosa a la renta del rey, al precio de la sangre de su dueño legítimo. Solo la fe puede cerrar permanentemente los ojos codiciosos y dar una percepción clara de la suficiencia de la gracia de Dios.

4. Cómo la fe apaga “los deseos de los ojos”

Satanás atrae al alma para que se aventure en la mentira y tome el lingote de oro como la zanahoria que se le tiende al burro; pero la fe simplemente convence el alma del cuidado paternal de Dios. Así la fe enseña el alma a responder: “Ya estoy abastecida, Satanás; no me hace falta lo tuyo; ¿por qué robar algo que Dios ha prometido darme?”. “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). ¿Cómo te faltará alguna cosa cuando la promesa de Dios manda sobre sus riquezas? Aquel que está sin Dios en el mundo lucha por sobrevivir haciendo la vil voluntad de Satanás; pero tú, cristiano, eres libre para vivir de la herencia de tu fe.

Otra manera como la fe apaga los deseos de los ojos es enseñándonos que nuestro consuelo estriba en la bendición de Dios, no en la abundancia material: “El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones; mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa” (Pr. 28:20). La fe amonesta: “Si amasas fortuna mundana de mala manera, nunca te contentará en la medida que esperabas”. Es imposible robar algo y luego pedir la bendición de Dios. Satanás no te dará posesión tranquila de las ganancias del pecado, ni tampoco te absolverá de los cargos judiciales que seguramente Dios presentará contra ti.

Finalmente, la fe estimula al cristiano a buscar metas más altas que todo lo que el mundo ofrece: descubre que la mer-

cancia de la fe se halla más allá de los cielos y deja el barro de esta tierra para conseguir gracia y gloria. La fe puede traer sus tesoros desde muy lejos.

David considera necio a aquel que se preocupa tanto por nada. Dice así: “Ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá” (Sal. 39:6). Luego, da las espaldas al mundo como algo indigno de esfuerzo, y expresa: “Y ahora, Señor, ¿qué esperaré?” (v. 7). Se pregunta: “¿Es este mi premio? ¿Acumular más riquezas que mi vecino?”. Y añade: “Mi esperanza está en ti. Líbrame de todas mis transgresiones” (vv. 7-8). Su actitud es: “Los que aman el mundo, que tomen el mundo; Señor, no me des paga en oro y plata, sino en perdón de pecados”.

5. “La vanagloria de la vida”

Hay un lugar en el corazón humano que anhela la honra del mundo; y el diablo se esfuerza por irritar la carne orgullosa con sus fascinantes ofertas. Cuando por fin se unen la tentación y el deseo, Satanás logra sus fines.

Aun después de que los judíos se convencieran de la verdad de la doctrina de Cristo, se apartaron de él y permanecieron esclavos de su orgullo: “Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn. 12:43). La fe apaga esta tentación al orgullo y, con santo desdén, se aparta de todo lo que el mundo ofrece como soborno por el pecado.

Pero el orgullo no ha cautivado a todos a lo largo de los siglos. “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón” (He. 11:24). Aunque su adopción le hacía heredero de la corona, la rechazó. Los honores se acercaban a él como la marea; y fue admirable que resistiera este diluvio de privilegios. No rechazó un puesto en la corte por otro, sino que lo hizo por unirse a un remanente de gente pobre y vituperada. Al rechazar el favor real, incurrió en la ira del rey; pero la fe lo llevó por las alturas y profundidades de la desgracia y el favor, de la honra y la deshonor. Y hoy, donde esta gracia de la fe se halle, en fortaleza o debilidad, sucede lo mismo.

También se han visto tentados los creyentes más modernos. A punto ya de sufrir, se les ofrecieron a estos hombres y

mujeres alternativas atractivas para doblegarlos según los tiempos y hacer que se retractaran de su valerosa profesión de fe; pero escogieron las llamas del martirio en lugar del favor principesco bajo los términos de Satanás. ¿Cómo puede la fe apagar tentaciones tan fuertes?

6. Cómo la fe apaga “la vanagloria de la vida”

Hay varias maneras características como la fe apaga la vanagloria de la vida: quitando el combustible que alimenta la tentación; haciendo que el cristiano espere toda honra de la mano de Cristo; revelando el peligro de negociar la gloria mundana con Satanás; y mostrando a los creyentes los precedentes.

a) La fe quita el combustible que alimenta la tentación

El orgullo es ese combustible. Si se retira el aceite, la lámpara se apaga. Donde se encuentre vigoroso este deseo, los ojos de la criatura se cegarán al ver algo que complace los deseos del corazón. Con esta tentación, el diablo da salida a lo que está llenando el corazón. Simón el Mago tenía un espíritu soberbio; cuando vio la primera oportunidad de quitarle protagonismo al apóstol, se encendió su deseo de tener el don de milagros. Por el contrario, un hombre humilde ama el asiento de menor importancia; no ambiciona destacar por encima de las ideas de otros. Y cuando se rebaja en su propia opinión, por encima de su cabeza vuela la misma bala que impacta en el pecho del soberbio. La fe sosiega el corazón. El orgullo y la fe son opuestos; como los platillos de una balanza, si el uno sube, el otro ha de bajar: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4).

b) La fe es la favorita de Cristo y hace que el cristiano espere toda honra de su mano

Cuando la tentación se presenta, la fe echa al alma sobre Cristo como suficiente para proporcionarle la felicidad. Si la tentación te promete honra por permitirte un pecado, la fe detiene la bala. Recuerda a quién perteneces. Los príncipes no

El escudo espiritual del creyente

consienten que sus súbditos contraigan deudas con otro príncipe, y menos con uno hostil. La fe declara que la honra o los aplausos que provienen del pecado te hacen súbdito del mismo diablo: el mayor enemigo de Dios.

c) La fe revela el peligro de negociar con Satanás la gloria del mundo por un pecado

La fe te insta a comprender que la gloria mundana jamás podrá satisfacerte. Puede darte sed, pero no la saciará; provoca mil temores, pero no los tranquiliza. El pecado que compra estas glorias tiene poder para atormentar a tu alma eternamente.

d) La fe recuerda al cristiano las hazañas de los antiguos creyentes, que renunciaron a los honores del mundo

Aquellos creyentes se negaron a prostituir su alma vendiéndola al pecado. La fe repasa la lista bíblica de aquellos creyentes y las hazañas de su propia fe, para alentar al cristiano. Este era el claro propósito del apóstol al recordar las decisiones de aquellos santos junto con los trofeos de su fe (cf. He. 11). “Por tanto —dice luego—, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia” (He. 12:1).

¡Cómo alienta al soldado ver que su compañero se lanza a la batalla! Eliseo, habiendo visto los milagros de Dios efectuados por Elías, golpea las aguas del Jordán con su manto, diciendo: “¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?” (2 R. 2.14). La fe utiliza las hazañas de los creyentes de la antigüedad para estimularnos a orar.

“Oh Señor, Tú eres el Dios de los valles —de los santos más pequeños— tanto como de las montañas: de los héroes más famosos. ¿No corre la misma sangre por las venas de todo creyente? Ellos fueron victoriosos, ¿y seré yo el único esclavo que se encoja bajo la carga de corrupción sin liberarme de ella? ¡Ayúdame, Dios mío!” La fe dice: “¡Despierta, cristiano! Demuestra el parentesco que tienes con aquellos santos, que has nacido de Dios igual que ellos, mediante tu victoria sobre el mundo”.

***La victoria de la fe contrastada
con la victoria pagana***

Algunos dicen que la victoria de la fe sobre el mundo no es mayor que la de algunos paganos bienintencionados. Estos han dejado los placeres mundanos y resistido la tentación de engañar a sus coetáneos, pero están tan aventajados por la victoria de la fe como ellos superan el triste ejemplo de algunos cristianos indignos; y esto de las siguientes maneras...

1. La uniformidad de la victoria de la fe

La escritura habla del “cuerpo del pecado” (Ro. 6:6), compuesto por muchos miembros, y formado por tantas tropas y regimientos como las fuerzas militares. Una cosa es derrotar a una división y otra muy distinta vencer al ejército entero. Los principios morales de los paganos pueden ganar alguna victoria menor y derrotar a algún pecado superficial, pero son vencidos estrepitosamente por otra ala de las huestes del pecado. Cuando parecen triunfar sobre los deseos “de la carne” y “de los ojos” (el provecho y el placer mundanos), se hacen esclavos de “la vanagloria de la vida”: son encadenados por el renombre y los aplausos del mundo.

Así como se dice que el mar pierde tanta arena en una orilla como la gana en otra, los principios morales de los paganos obtienen una supuesta victoria sobre un pecado pero pierden de nuevo al hacerse esclavos de otro. Sin embargo, la fe es uniforme, y vence a todo el cuerpo del pecado para que ninguna concupiscencia permanezca inexpugnable.

“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Ro. 6.14). Esto es: ningún pecado te gobernará. El pecado puede retorcerse como un soldado herido de rodillas, y muchos de ellos pueden reagruparse como una tropa dispersada, pero nunca conquistarán el campo de batalla donde se mueve la verdadera fe.

2. La seguridad de la victoria de la fe

Muchos dicen creer, y dan gracias a Dios porque no son impios. ¿Pero qué puede hacer tu fe? ¿Es capaz de defenderte en

la batalla y proteger tu alma cuando los dardos de Satanás vuelan a tu alrededor? ¿O es un escudo frágil, que deja pasar toda saeta de tentación para que hiera tu corazón?

Si Satanás te manda mentir o engañar en los negocios, y tu fe pasivamente no ofrece resistencia, no solo pecas contra tu prójimo sino contra ti mismo. Quiera Dios que no creas que esa clase de fe te salvará. ¿Te llevará al Cielo la fe que no te puede sacar del Infierno? No te aventures por la vida con semejante escudo de papel; para conseguir una fe fuerte y segura, acude al Hacedor de la Fe; esto es, a Dios.

No es la posesión del escudo lo que defiende al cristiano; este tiene que levantarlo y utilizarlo en la batalla contra los dardos de fuego de Satanás. No dejes que el diablo te sorprenda cuando no tienes la fe a mano, como le sucedió a Saúl aquella vez que David lo encontró desarmado en la cueva, con la lanza en tierra cuando debería haberla estado empuñando.

Cómo utilizar el escudo de la fe para apagar las tentaciones agradables

Tu fe puede pedirle a Dios que venga y te defienda contra los dardos de fuego de Satanás. Hay tres actos particulares de fe que demandan la ayuda de Dios (dicho con reverencia) porque él se ha comprometido a hacerlo.

1. La oración de fe

Exponle a Dios tu caso en oración y pide la ayuda del Cielo: como el comandante de un destacamento que se ve atacado manda mensajes secretos para informar a su general de la gravedad de su situación. Santiago dice: “Combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Stg. 4:2). Cualquiera victoria nuestra vendrá del Cielo, pero se quedará allá hasta que la oración sincera vaya a buscarla.

Aunque Dios quería sacar Israel de Egipto, no hubo señal de su intervención hasta que el gemido de su pueblo llegó a sus oídos. Esto alertó al Cielo: “Subió a Dios el clamor de ellos [...]”. Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su

pacto” (Éx. 2:23-24). Para prevalecer en este acto de fe, aplica los siguientes principios bíblicos a tu oración.

a) Recuérdale a Dios su promesa

La oración es simplemente una promesa al revés: la Palabra de Dios hecha petición y devuelta con fe a él. Muéstrale a Dios su propia mano en promesas como estas: “El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14); “Sepultará [Dios] nuestras iniquidades” (Mi. 7:19). Un hombre bueno cumple su palabra, ¿y no lo hará Dios?

b) Clama a Dios como hijo suyo al orar contra el pecado

¿Te ha aceptado Dios en su familia? ¿Lo has escogido a él como tu Señor? ¿Quién cuida del hijo sino el Padre? Dios no recibe gloria cuando un hijo suyo es esclavo del pecado: “Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí” (Sal.119:133).

c) Reclama ante Dios la sangre de Jesús

para liberarte de tus pasiones

Cristo murió “para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio” (Tit. 2:14). ¿No obtendrá él pleno provecho del pago efectuado con su sangre y de lo adquirido por su muerte? En resumen, ¿por qué ora Cristo en el Cielo? Por lo mismo que pidió estando en la tierra: que su Padre nos santificara y guardara del mal en este mundo. Acudes en el momento oportuno para pedirle a Dios algo que Cristo ya le ha pedido para ti en el Cielo.

2. La expectación de la fe

Cuando has estado con Dios, espera algo bueno de él: “De mañana me presentaré delante de ti, y esperaré” (Sal. 5:3). Si no crees, ¿por qué oras? Y si crees, ¿por qué no esperas resultados? Al orar pareces depender de Dios; pero al no esperar nada, vuelves a renunciar a esa confianza y deshaces tu oración. ¿Qué es esto, sino tomar en vano su nombre y jugar con Dios? Es como cuando alguien llama a tu puerta y se marcha antes que puedas abrir.

El que entra en tu casa a pesar de estar la puerta cerrada es un atrevido; pero si lo invitas a refugiarse contigo de la tormenta, no lo es. Así es la gracia. Si Dios no abre la puerta de su promesa como refugio para el pecador humillado que huye de la ira por su pecado, no conozco a ninguno en este mundo que pueda esperar ser acogido. Dios ha prometido ser el Rey de su pueblo; y no es ningún atrevimiento que los súbditos se cobijen bajo la sombra de su príncipe esperando su protección. Dios dice que “será Jehová para con nosotros fuerte, lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andaré galera de remos, ni por él pasará gran nave” (Is. 33:21).

Los creyentes antiguos te sirven de precedente. En el combate contra la corrupción ellos actuaron con fe y esperaron que Dios desbaratara a aquellos enemigos que los invadían. Cuando estos parecían estarlos venciendo, la fe de ellos veía a Dios destruyéndolos.

David no hablaba solo de su propia fe sino de la de todo creyente; y supongo que tú eres uno de ellos: “Mas nuestras rebeliones tú las perdonarás” (Sal. 65:3). Fíjate en la razón de su confianza: “Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios” (v. 4). Es como si dijera: “Ciertamente el Padre no dejará a sus más allegados morir bajo el poder del pecado sin la ayuda de su gracia”. Este es el argumento de Cristo contra Satanás a favor de su pueblo: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda” (Zac. 3:2).

Este esperanzado acto de fe debe estimularte a reconocer aquello para lo que Dios ya te ha dotado. Si eres creyente, el pecado no tiene la misma fuerza en tu alma que antes de conocer a Cristo, su Palabra y sus caminos. Aunque no seas lo que quieres ser, ya no eres como antes.

Antes el pecado hacía las veces de rey en tu corazón. Acudías a él como la nave al mar antes del viento y la marea; desplegabas tus sentimientos para recibir el viento de la tentación. Ahora la marea ha cambiado y encuentras una fuerza secreta para luchar contra la tentación. Dios mismo te ayuda, y Satanás no puede hacer su voluntad en ti. Este es un buen comienzo, y promete una disposición por parte de Dios a perfeccionar la victoria. Pero él quiere que tu fe mejore, convirtiéndose en confianza de liberación total.

El creyente dice: “Dios quebrantó mi corazón cuando era como pedernal, y me trajo a casa mientras andaba en el orgullo de mi corazón en oposición a él, ¿pero podrá dar pan para alimentar mi débil virtud? He salido de Egipto; ¿pero podrá Dios someter a los gigantes con carros de hierro que me cortan el camino a Canaán? Me ayudó en una tentación, ¿pero qué haré en la próxima?”. No entristezcas al buen Dios con estas preguntas tan ingratas. Tienes la “lluvia temprana”, ¿por qué cuestionar “la tardía?”. La gracia que Dios te ha dado es promesa segura de la llegada de más bendición.

3. La fe confía en Dios

Después de que Josafat hubo orado y anclado su fe en la palabra de la promesa, partió bajo este estandarte victorioso contra sus enemigos (2 Cr. 20). Cristiano, haz lo mismo; apresúrate como él. Te doy el mismo consejo que David le diera a su hijo Salomón: “Levántate, y manos a la obra; y Jehová esté contigo” (1 Cr. 22:16). La misma fe que hizo que actuaras contra tus pecados como enemigos de Dios, sin duda lo moverá a él para obrar a tu favor en contra de ellos.

Aquellos leprosos del evangelio se sanaron, no quedándose sentados, sino a medida que iban andando. Encontraron sanidad en la obediencia al mandamiento de Cristo. La promesa dice: “El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14). Adelante, entonces, y esfuérzate valerosamente contra tus concupiscencias; cumpliendo con tu deber descubrirás que Dios es fiel a la promesa.

La razón por que tantos creyentes se quejan de la fuerza de sus corrupciones estriba en una de dos raíces: o bien intentan vencer el pecado sin actuar sobre las promesas, o solo fingen creer. Utilizan la fe como ojo, pero no como mano; esperan que la victoria baje del Cielo sobre ellos, pero no luchan en oración para conseguirla. Para ellos, la fe es una ficción; pero aquel que cree que Dios hará que algo ocurra, también creerá que él prosperará la forma que ha elegido para ello.

Por tanto, cristiano, no te quedes sentado diciendo que tu pecado caerá. Sé realista, y vístete la armadura; empuña las armas para derrotarlo. Dios, que te ha prometido la victoria, piensa uti-

lizar tus manos en la batalla: “Jehová dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?” (Jos. 7:10). Dios recibió su oración, pero antes de poder vencer a los amorreos, Josué tuvo que hacer algo más que orar y llorar. Dios quiere que tú también hagas algo más con tu fe que orar y esperar que tus pasiones se desvanezcan sin más. Examina con cuidado tu corazón para ver si hay algún pecado oculto que pueda hacerte huir ante cada nueva tentación.

Los dardos de fuego de las tentaciones terribles

Dejando la primera clase de dardo de fuego (las tentaciones atractivas), ahora pasamos a la segunda clase: las que atemorizan al cristiano. Solo el poder de la fe podrá apagar esta clase de dardo de fuego.

Este tipo de arma es la táctica que el enemigo guarda en reserva. Cuando las tentaciones agradables fallan, él abre su aljaba y envía una lluvia de estas flechas para incendiar el alma: si no puede con el pecado, entonces lo hará con el temor. Cuando no le sea posible llevar al alma alegremente al Infierno con el engaño de las tentaciones agradables, intentará hacerla ir al Cielo lloriqueando por este otro ataque.

Paradójicamente, cuando Satanás recurre a las tentaciones que producen miedo en el cristiano, es señal segura que está perdiendo la batalla. El enemigo que guarda un castillo lo conserva mientras es suyo; pero cuando ha de retirarse, lo destruye a fin de dejarlo inútil para los que vengan después. Mientras el hombre fuerte controla su propia casa, apaga aquellas bolas de fuego de la convicción que el Espíritu a menudo dispara contra la conciencia; pero cuando oye susurros traicioneros de plena rendición a Cristo, incendia el alma con tentaciones de temor.

El poder de la fe contra los dardos de fuego de las tentaciones terribles

El diablo tiene que esforzarse aún más cuando Cristo toma el castillo y lo guarda por el poder de su gracia. Es obvio que todos los dardos disparados contra Job eran de esta clase. Cuan-

do Dios le permitió al diablo practicar su habilidad, ¿por qué no tentó este a Job con alguna manzana dorada de provecho o de placer? Seguramente el alto testimonio que Dios había dado de su siervo decidió a Satanás en contra de este método; sin duda ya había probado la hombría de Job encontrándolo inexpugnable. No le quedaba otra salida que esta. Estudiemos ahora tres ejemplos de esta clase de dardo de fuego, y veamos cómo la fe puede apagarlos todos: las tentaciones al ateísmo, la blasfemia y la desesperación.

1. El dardo de fuego del ateísmo

La primera tentación temible de Satanás es su dardo del ateísmo: una flecha que él apunta con atrevimiento al Ser del propio Dios. Es verdad que el diablo, que no puede volverse ateo él mismo, tampoco es capaz de convertir en ateo a un hijo de Dios, porque este no solo tiene, al igual que otros hombres, el sello indeleble de la Deidad en su conciencia, sino también una imagen de la naturaleza divina en su corazón que irresistiblemente le muestra a un Dios Santo. Es imposible que el corazón santificado sea completamente vencido por esta tentación, ya que la imagen de Dios en él prueba que fue creado “según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24).

Los impíos no son absueltos del ateísmo por una seca profesión de creencia en Dios mientras sus débiles pensamientos no produzcan obediencia a él. “La iniquidad del impío me dice al corazón: No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Sal. 36:1). David atribuye la maldad de la vida del pecador a su corazón ateo. Al contrario, la vida santa del creyente salvado por la gracia dice que el temor de Dios está delante de sus ojos y su fe en Dios es evidente. Aunque el cristiano nunca morirá por la tentación al ateísmo, esta puede perseguirle. Ahora te mostraré cómo es posible para la fe del cristiano apagar este dardo de fuego.

2. Cómo la fe apaga el dardo del ateísmo

¿Por qué nos hace falta fe para ello? ¿No bloqueará la razón estas mentiras diabólicas? ¿Acaso verá a Dios el ojo de la razón sin mirar por la lente de la fe?

La razón es en sí un don de Dios que puede demostrar su existencia. Hasta allí donde la Escritura nunca ha llegado, el pueblo reconoce alguna deidad: “Todos los pueblos anden cada uno en el nombre de su dios” (Mi. 4:5). Pero bajo el furioso asalto de la tentación, solo la fe podrá apagar el fuego de este dardo.

La razón es vaga y hace poco más que demostrar la existencia de Dios; nunca demostrará quién ni cómo es este Dios. Hasta que Pablo dio a conocer al Dios verdadero a los atenienses, estos tenían poca luz, aunque su ciudad era el centro mundial de la sabiduría. Las Escrituras enseñan el plan divino para conocerlo, no por cultura avanzada ni conocimientos mundanos, sino por la verdad: “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay” (He. 11:6). La fe cuenta plenamente con el aval de la Palabra y acepta todo bajo su autoridad. Debe “creer que le hay”, no solo sabiendo que Dios existe, sino que es Dios, un paso que la razón nunca podrá dar por sí misma.

La naturaleza humana es tan ciega que hemos deformado nuestro concepto de Dios, hasta que podemos ver su rostro en el espejo de la Palabra. Con la excepción de Jesús, todos son ateos por naturaleza, porque a la vez que reconocen un Dios niegan su poder, presencia y justicia. Solo le permiten ser lo que les agrade a ellos: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal. 50:21).

Aun si la razón pudiera demostrar todo lo que es Dios, sería peligroso disputarlo con Satanás. Él razona con mayor astucia que tú. Hay más diferencia entre tú y Satanás que entre el idiota más incompetente y el mejor teólogo del mundo. Pero en la Palabra hay una gran autoridad divina que levanta un trono hasta en la conciencia del diablo mismo.

Aunque Cristo puede asombrar al diablo con su razonamiento, elige vencerlo de la misma manera que debemos emplear nosotros en las escaramuzas con Satanás. Lo repelió sencillamente levantando el escudo de la Palabra: “Escrito está” (Mt. 4:4,7,10). No se puede negar el poder de las Escrituras que Cristo utilizó para dejar a Satanás aturdido; el enemigo astuto no tenía respuesta para la Palabra, sino que su mera mención lo calló.

Si Eva se hubiera mantenido firme en su primera respuesta: “Dios ha dicho” (Gn. 3:3), también ella habría callado a Satanás. El cristiano debe soportar el ardor de la tentación poniendo la Palabra de Dios entre él mismo y los golpes de Satanás: “Creo que Dios existe, aunque no comprenda su naturaleza; creo la Palabra”. Entonces, Satanás podrá molestarlo, pero no dañarlo; y probablemente ni siquiera lo moleste por mucho tiempo. El diablo odia tanto la Palabra que no quiere oírla. Pero si tiras este escudo de la Palabra e intentas cortar la tentación a fuerza de razonamientos, pronto te verás cercado por tu sutil adversario.

Entre los que reclaman ser ateos, la mayoría han dado de lado la Palabra, dejando que su propio entendimiento soberbio, junto con el juicio justo de Dios, los lleven al ateísmo. Han dado la espalda a Dios y a su Palabra, hurgando en los secretos de la naturaleza, para ser admirados por sus conocimientos. Pero como los mineros que llevan una luz bajo tierra hasta que se apague, los juicios secretos de Dios apagan la luz que llevan consigo: “¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (1 Co. 1:20).

Ciertamente el don divino del razonamiento puede confirmar ese otro don de Dios que es la verdad. Pero si el razonamiento no se queda en su lugar, mantiene la incredulidad del hombre. La fe no depende del razonamiento, sino este de la fe. No debo creer la Palabra meramente porque concuerde con mi razonamiento, sino que debo confiar en mi razonamiento si concuerda con la Palabra. Un carpintero pone la regla en una tabla para ver si es recta o torcida; pero la regla, que no el ojo, lo determina. Siempre puede confiar en su regla.

Por tanto, deja que la Palabra, como la piedra de David en la onda de la fe, venza la tentación, y luego, igual que aquel utilizó la espada de Goliat para cortarle la cabeza al gigante, podrás emplear el razonamiento para redondear la victoria contra los ataques ateos de Satanás.

3. El dardo de fuego de la blasfemia

Satanás emplea el dardo de la blasfemia para incordiar al cristiano. En sentido general, todo pecado es blasfemia; cuando

uno hace, habla o piensa cualquier cosa contra la naturaleza y las obras santas de Dios con intento de reprocharle, es blasfemia. La esposa de Job era el agente del diablo para provocar a su marido a este pecado: “Maldice a Dios, y muérete” (Job 2:9).

El diablo incitó a Cristo mismo a la blasfemia, al invitarlo a postrarse y adorarlo a él. Pero solo pudo ofender el santo oído del Hijo de Dios con tales impertinencias: la santidad de Cristo no le permitía acercarse más. Le es más fácil a Satanás aproximarse al cristiano, así que dispara este dardo ardiente contra la imaginación del creyente y aviva en él pensamientos indignos acerca de Dios; aunque normalmente sean tan mal acogidos por el cristiano como lo fueron las ranas que entraron en la alcoba del faraón.

4. Cómo la fe apaga el dardo de la blasfemia

Satanás intenta difamar a Dios apuntando a la tendencia natural del impío de blasfemar. El diablo estaba tan seguro de la hipocresía de Job, que se esforzó mucho en urdir esta mentira: “Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (Job 1:11). Cuando el pecador se ve provocado, la frustración interior de su corazón enciende pensamientos groseros acerca de Dios, y en su conjunto estos aparecen en la obscenidad del lenguaje que emplea: “Ciertamente este mal de Jehová viene. ¿Para qué he de esperar más a Jehová?” (2 R. 6:33). Esa es una grave blasfemia, y la semilla de la misma se halla en todo inconverso.

Hay un espíritu de maldad en los pecadores, igual que hay un espíritu de gracia en los creyentes. Todo inconverso tiene un espíritu amargado contra Dios y todo lo que lleva su Nombre. Si el león se escapa de la jaula, pronto reluce su naturaleza salvaje. El inconverso no tiene más poder para apagar esa tentación que la madera seca para apagar el fuego que se le acerca. Veamos lo que puede hacer la fe para extinguir este dardo.

a) La fe pone a Dios ante la vista y el oído del cristiano

Esto mantiene al alma tan embelesada que no puede albergar secretamente pensamientos impuros contra Dios. David dice

por qué los malos son tan descarados: “No te pusieron delante de sí” (Sal. 86:14). Los que difaman a otros lo hacen a las espaldas de estos, y el pecado pocas veces blasfema contra Dios en su cara; ese es el lenguaje del Infierno. El ateísmo se mezclará con la blasfemia mientras haya pecadores en la tierra. Le dan a Dios el mismo trato que aquellos cobardes dieron a Cristo: cubriendo su rostro antes de azotarlo.

b) La fe ve cómo Dios vigila al alma para protegerla:

Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en lo secreto de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra (Ec. 10:20).

La fe advierte: “No blasfemes al Santo Dios; no podrás bajar bastante la voz como para que no te oiga. Está más cerca de ti que tú mismo”. Así rompe la fe los cepos del diablo. Cuando Dios se presentó a Job en su majestad, todos los discursos de este se desvanecieron y el santo cubrió su rostro humillado ante el Señor: “Mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42.5-6).

c) La fe no acepta informes acerca de Dios si estos no vienen de su propia boca

Aquel cuya comprensión de Dios viene únicamente de su Palabra, no puede pensar profanamente acerca de Él. Ese el único espejo que lo refleja fielmente, porque solo ella lo presenta como es: en toda su gloria.

La fe adquiere todo su concepto de Dios de la Palabra; resuelve cualquier caso de conciencia, e interpreta los misterios, por esa misma Palabra. Ya que la astucia de Satanás no puede hacer esto, el diablo lleva al que está pasando por apuros a albergar ideas equivocadas acerca de Dios. Así, critica la justicia de Dios cuando no se juzga con prontitud a los pecadores flagrantes; o dice que no está dispuesto a servir a un Dios que permite que sus siervos vayan en harapos. Estos son los espejos rotos en que Satanás refleja a Dios, para poder distorsionar su bondad ante el ojo inseguro. Si juzgamos a Dios por el aspecto

que presenta en los fragmentos desiguales de los engaños del diablo, bien podríamos condenar al Santo y vernos atrapados en una peligrosa vorágine de tentaciones.

d) La fe alaba a Dios aun en condiciones penosas

La bendición y la blasfemia son melodías contrarias. No se pueden tocar en un mismo instrumento sin cambiarle todas las cuerdas. Es imposible que Satanás propine el golpe rudo de la blasfemia a un alma afinada para la alabanza: “Mi corazón está dispuesto —dice David, mostrando su fe—. Cantaré, y trovaré salmos” (Sal. 57:7). La fe había afinado su espíritu y preparado sus sentimientos para la alabanza.

La fe puede alabar a Dios porque ve su misericordia en la mayor aflicción. Job apagó este dardo que Satanás le disparó a través de la lengua de su esposa: “¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:10). ¿Dejaremos que unos pocos problemas presentes se conviertan en una tumba para enterrar la memoria de todas sus misericordias pasadas? Lo que Dios nos quita es mucho menos de lo que le debemos; pero lo que nos deja es más de lo que debiera.

La fe tiene buena memoria y puede relatarle muchas misericordias al cristiano. Cuando su actual comida es parca, entretiene al alma con un plato de sobras y no se queja de ello:

Enfermedad mía es esta; traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo. Me acordaré de las obras de JAH; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas (Sal. 77:10-11).

Por tanto, cristiano, cuando estés en profunda aflicción y Satanás te tienta a maldecir a Dios como si él te hubiera olvidado, no le dejes hablar: “No, Satanás, Dios no ha olvidado mis necesidades; yo soy el que ha olvidado su misericordia pasada; si no, ¿cómo podría cuestionar su cuidado paternal ahora?”. Repasa tus antiguas lecciones, cristiano. Alaba a Dios por su misericordia pasada y él no tardará en darte un cántico nuevo.

Igual que la fe ve la misericordia divina en toda aflicción, también espera siempre mayor misericordia. Esta confianza ha-

ce que el creyente alabe a Dios como si dicha misericordia fuera ya presente. Cuando Daniel estaba en la mismísima sombra de muerte, “se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios” (Dn. 6:10).

La misericordia es a la promesa lo que la manzana a la semilla: la fe la ve crecer y madurar. El alma que espera liberación pronto desprecia los pensamientos blasfemos. Cuando un destacamento sitiado sabe que la ayuda viene de camino, esta confianza alienta su esperanza y así rechazan la tentación a ser traidores. Pero cuando la incredulidad es el comandante, el alma duda de las intenciones del corazón de Dios, y Satanás encuentra las puertas abiertas.

La fe mantiene al creyente en espera, pero la incredulidad urge al pecador a culpar a Dios y al hombre. Nadie queda exento de la maldición del blasfemo, ni siquiera Dios. Se hallan ejemplos de ambos extremos en la misma cita bíblica. La fe puede esperar en Dios pacientemente, aun estando en apuros: “Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré” (Is. 8:17). Pero la incredulidad blasfema contra el Creador con igual fervor: “Acontecerá que teniendo hambre, se enojarán y maldecirán a su rey y a su Dios, levantando el rostro en alto” (v. 21).

e) La fe enseña al cristiano a distinguir entre las tentaciones de Satanás y el pecado personal

Aunque Satanás no encuentre un cristiano que acoja estas tentaciones blasfemas y les dé cobijo por su causa, él sabe que perturbará el descanso del alma haciendo que las mismas llamen continuamente a la puerta. Cuando no puede desalentar al cristiano haciéndole dar su consentimiento a estas tentaciones, aun entonces espera acusarle del pecado que se niega a cometer. Satanás quería hacer el papel principal del corruptor, pero tiene que contentarse con dos papeles inferiores: el de acusador falso e infamador.

Igual que los judíos obligaron a Simón de Cirene a llevar la cruz de Cristo, Satanás obliga al cristiano tentado a llevar por él la culpa de su pecado. A menudo se la pasa tan hábilmente a los hombros del cristiano, que la pobre criatura lucha bajo la

vileza de su propio corazón. El cristiano humilde con frecuencia teme lo peor de sí mismo, aun cuando es inocente. Cuando se encontró la copa en el saco de Benjamín, los patriarcas asumieron la culpa aunque eran inocentes: los pensamientos del cristiano lo culpan por los pecados que pertenecen a Satanás.

Cuando alguien se convierte de su antiguo camino pecaminoso para abrazar a Cristo, y declara a favor de este contra el pecado y Satanás, entonces empiezan a surgir las insinuaciones blasfemas. Son como enviados de Satanás para vengarse del alma que le rechaza. El diablo trata con el nuevo cristiano de la misma forma que las brujas expresan su perfidia contra quien las haya insultado. Pero la fe puede localizar esa perfidia como el origen del problema, y no el descuido del cristiano.

En resumen, ¿no es extraño que cuando el cristiano era enemigo de Dios no se atreviera a este pecado por su naturaleza monstruosa, pero ahora, que empieza a amarle, esas blasfemias—que antes eran demasiado grandes y horribles— pudieran llenar su boca?

La entrada violenta de estas tentaciones blasfemas en la mente del cristiano delata su origen en Satanás, no en el corazón de la persona. Son como rayos que entran en los pensamientos antes de que uno sepa lo que está pasando. Por otra parte, la concupiscencia que rebosa del corazón es normalmente más gradual en su manera de persuadir.

No es solo su repentina violencia, sino también su incoherencia con los pensamientos anteriores del cristiano, lo que resalta la probabilidad de sean dardos lanzados por el arco del diablo. A Pedro lo reconocieron como miembro de la compañía de Cristo por su forma de hablar: “Tu manera de hablar es semejante a la de ellos” (Mr. 14:70). Hablaba igual que ellos, y lo juzgaron igual a ellos. Por el contrario, podemos decir de estos pensamientos blasfemos: “No son del cristiano. Su lenguaje los delata como eructos de un demonio, no como el habla de un creyente. Si pertenecieran al alma, habría un parecido familiar con ella”. Normalmente hay cierta continuidad en los pensamientos, como las ondas que surgen una dentro de otra en el agua removida.

A veces, cuando el cristiano está adorando a Dios, un pen-

samiento blasfemo se cuela como un intruso grosero. El inquilino nunca invitaría a un ladrón. Si un pensamiento santo nos sorprende cuando estamos lejos de la meditación celestial, podemos tomarlo como un movimiento puro del Espíritu de Cristo. ¿Quién más podría aparecer tan repentinamente en medio del alma estando la puerta cerrada, aun antes de que podamos desviar nuestros pensamientos para abrírsele?

Las blasfemias que acosan a tu alma mientras oras y alabas a Dios provienen del maligno, y son enviadas para interrumpirte en la obra que él más teme y odia.

f) La fe ayuda al cristiano cuando las ideas blasfemas estriban en su propio pecado

Aun cuando estos pensamientos blasfemos tengan su origen en el corazón de la persona misma, y no en las falsas acusaciones de Satanás, la fe confirmará al alma, por la sólida autoridad de la Palabra, que su pecado tiene perdón: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mt. 12:31). El perdón se halla en el tribunal de la misericordia, por perjudiciales que sean las pruebas. Si la criatura lo cree, se apaga el dardo de Satanás, porque su designio es que estas tentaciones sean como una trampa por la cual poder arrojar a tu alma a una fosa insondable de desesperación.

La blasfemia de blasfemias (esto es, el pecado contra el Espíritu Santo) nunca tocará al verdadero creyente. Aunque el cristiano no tenga inmunidad ni protección absoluta contra otro pecado excepto este, todo el cuerpo del pecado está debilitado en cada creyente, y la gracia divina ha herido fatalmente su naturaleza corrupta, la cual acabará muriendo.

Un árbol moribundo puede dar cierto fruto, y el hombre agonizante aún es capaz de mover sus extremidades, si bien no con la fuerza de uno sano. El pecado que queda en el creyente manifestará su fruto, aunque inmaduro y de mala calidad. Pero no te desanimes cuando se agite. ¡Da gracias de que no pueda hacer mucho más! Aunque Satanás está listo para caer en su tumba, aún levanta la mano contra ti para mostrarte su odio permanente, hasta cuando su poder no cumple su deseo.

La fe revela claramente al alma que el cristiano experimenta más culpa por unos pocos pensamientos soberbios o codiciosos que por muchas ideas blasfemas. Los dardos de la blasfemia pueden asustar al cristiano, pero las pasiones ardientes le hieren antes y con mayor profundidad. El calor del sol hace que el viandante se desabroche el abrigo, pero el fuerte viento le mueve a abrochárselo rápidamente. Las tentaciones al placer seducen el corazón para que las reciba, mientras que la terrible naturaleza de las tentaciones temibles obliga al cristiano a resistirlas con valor.

Las concupiscencias son como el veneno mezclado con vino dulce, que el cristiano se traga sin darse cuenta, envenenando así su alma. Pero las tentaciones a la blasfemia se parecen al veneno muy amargo: o se escupen antes de tragarlas, o el cristiano las vomita sin que lleguen a contaminar su voluntad. El pecado es grande o pequeño según la participación de la voluntad en ejecutarlo. Los pensamientos blasfemos suelen tener menos parte de la voluntad del cristiano que las concupiscencias, así que no son un pecado mayor que estas.

La fe le dice al alma que existe una razón para su sufrimiento con estas tentaciones; de otra manera Dios no permitiría que Satanás las enviara. Posiblemente él vea otro pecado más peligroso, de forma que permite a Satanás molestarte para que no te pueda vencer con tentaciones más graves. Es mejor temblar ante los pensamientos blasfemos que jactarte con soberbia de tus dones espirituales. Lo primero te hará considerarte tan vil como el propio diablo; pero lo segundo te hará malvado y como el diablo mismo a los ojos de Dios.

Finalmente, la fe asigna al cristiano algunas nobles hazañas por Dios que desestiman los cargos del diablo. Esta es la mayor venganza que puede tomar el cristiano: contra Satanás por molestarlo; o contra su propio corazón por producir ríos tan impuros. Cuando David se refugió en la cueva prefirió preservar la vida de Saúl a apoderarse del reino —lo cual se hubiera asegurado con un buen golpe—, y demostró que todos sus acusadores eran unos mentirosos. Cristiano, prefiere entonces la honra de Dios, si está compitiendo con el pecado y el ego, y le taparás la boca al diablo. Estos actos heroicos de celo y abne-

gación hablarán más a favor de tu santidad delante de Dios y de tu conciencia, que los repentinos pensamientos blasfemos en tu contra.

5. El dardo de fuego de la desesperación

Satanás trabaja horas extra para rebajar a las almas a la condición de demonios y pecadores condenados que padecen bajo la ira abrasadora de Dios en el Infierno, carbonizándolos con la negra desesperación. Otros pecados son solo introductorios, y hacen más vulnerable a la persona a esta tentación. Igual que se tiñe la lana de un color claro antes de poderle dar un tono más oscuro, Satanás empieza con sus pecados más agradables a fin de poder atrapar después, con mayor seguridad, a su víctima. Pero es demasiado listo para tender la red de la desesperación a la vista del pájaro. Otros pecados la cubren; y una vez que halaga a su presa para que entre, la ha atrapado por la eternidad.

La desesperación, más que otros pecados, hace del hombre, de alguna manera, una presa del propio Infierno. Igual que la fe confiere sustancia a la palabra de la promesa, la crueldad de la desesperación da vida a los tormentos del Infierno en la conciencia. Esto agota el espíritu, y la criatura se convierte en su propio verdugo.

La desesperación deja totalmente desamparada al alma: el ofrecimiento del perdón llega tarde. La fe y la esperanza pueden abrir una ventana por la que salga el humo que molesta al cristiano en cualquier circunstancia, pero el alma se ahogará cuando se encierra en la meditación desesperada de su propio pecado, sin resquicio alguno de esperanza que deje salir el desasosiego que la asfixia.

6. Cómo la fe apaga el dardo de la desesperación

La principal fuerza de Satanás es la gravedad y la multitud de los pecados de la persona, las cuales puede utilizar para llevar al alma a tal grado de desesperación que no vea escapatoria del juicio divino. Cuando la conciencia se quebranta, y las olas de culpa inundan el alma, pronto anegan todo esfuerzo de la criatura como el Diluvio cubrió los árboles y los montes más altos.

Igual que entonces no quedó nada visible excepto el mar y el cielo, así el alma desesperada no ve más que pecado e Infierno. Sus pecados la enfrentan a los ojos de mil demonios, listos para arrastrarla al abismo.

Una simple mosca se atreve a pisar al león dormido: un animal cuyo temible rugido hace temblar a los demás animales. Los necios se burlan sin reparos del pecado en cuanto se les cierra el ojo de la conciencia. Pero cuando Dios arma el pecado con la culpa, y permite que esta serpiente muerda a la conciencia, entonces el pecador más soberbio huye. Solo la fe trata el pecado en toda su fuerza, dejando que el alma tenga una vislumbre del Gran Dios.

La fe se opone al pecado al vislumbrar la grandeza de Dios

1. La fe ve la grandeza de Dios

La razón de que el pecador presuntuoso tenga tan poco temor, y que el alma desesperada tema tanto, es que no conocen la grandeza de Dios. La Escritura tiene curación para ambos: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Sal. 46:10). El Padre dice aquí: “Conoce que yo soy Dios, y que puedo perdonar el peor pecado; deja de deshonrarme con tus pensamientos incrédulos”. La fe demuestra que Dios es Dios.

Para poder conocer a Dios tal como es, hay que concebir su infinitud: él no solo es sabio, sino *inconmensurablemente* sabio; no solo es poderoso, sino todopoderoso. Únicamente la fe puede establecer este principio en el corazón de una persona para que sus actos empiecen a concordar con la grandeza de Dios.

Algunos dicen creer en la infinita misericordia de Dios, pero si siguen llevando el fuego infernal en sus desesperados corazones, es que no han visto a Dios en la grandeza de su misericordia. La desesperación de la criatura estriba en decir que su pecado es infinito, pero Dios no lo es. Entonces se vuelve como los israelitas incrédulos, que “no se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias [de Dios], sino que se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo” (Sal. 106:7). No vieron la suficien-

cia divina para ayudarles en semejante crisis. Solo divisaban una multitud de egipcios que venían para matarlos y la inmensidad de las aguas que los ahogaría. De la misma manera, las almas desesperadas ven la multitud de pecados que las condenan, sin considerar la inmensidad de la misericordia de Dios.

La razón es bajita, como Zaqueo, y no encuentra a la misericordia entre una multitud de pecados desbocados. Solo la fe puede ascender hasta la promesa; y solo entonces el alma verá a Jesús. La fe adscribe misericordia sobreabundante a Dios: “Al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7); “El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:19). Este es el lenguaje de la fe: Dios perdona con misericordia sobreabundante. Una piedra lanzada al mar no sobresale, sino que cae en las profundidades. Dios perdonará tus mayores pecados —dice la fe—, como el mar engulle la piedrecilla tirada al agua. Unos cuantos pecados volcados en la conciencia, como un cubo de agua derramada en tierra, parecen una gran inundación, pero el mayor pecado echado a la mar de la misericordia de Dios no se volverá a ver jamás. Así dicen las Escrituras que “en aquellos días y en aquel tiempo [...] la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán” (Jer. 50:20).

Sin embargo, a veces la persona puede estar plenamente convencida de la misericordia de Dios y aún temer que la santidad de Dios le corte su perdón por tales pecados graves.

2. La fe ve la santidad de Dios y su perdón

La santidad de Dios le hace fiel en todas sus promesas. Cuando el inseguro lee las preciosas promesas dadas a los pecadores arrepentidos, ¿por qué no se puede consolar con ellas? Sin duda será porque no está seguro de la fidelidad de Dios para cumplirlas.

El mayor argumento de la fe para eliminar esta duda, haciendo que el pecador acepte la promesa como verídica, descansa en la santidad de Dios, Hacedor de promesas. Dios persuade amablemente a la persona a confiar en él, precediendo sus promesas con el atributo de la santidad: “Yo soy tu soco-

El escudo espiritual del creyente

ro, dice Jehová; el Santo de Israel es tu Redentor” (Is. 41:14). La palabra hebrea para “misericordia” a menudo se traduce por “cosas santas”, y dado que la misericordia de Dios se fundamenta en su santidad, es una misericordia segura (cf. Is. 55:3). ¿Cuántas veces cambió Labán la paga de Jacob después de haberle dado su palabra? Pero el pacto de Dios con Jacob se guardó siempre, aunque Jacob no fuera fiel por su parte. ¿Por qué? Por tratarse del Dios Santo.

Otro atributo de Dios que enciende el temor en el pecador sensibilizado, es la justicia. El alma no ve otra manera de que Dios reivindique su justicia sino con el Infierno. Pero la fe da poder al alma para entrar en ese ardiente atributo sin que su consuelo se queme, igual que aquellos hebreos no recibieron daño en el horno de fuego (cf. Dn. 3).

La fe alivia el alma que teme la justicia de Dios

Cabe preguntar si Dios puede ser a la vez justo y recto al perdonar al pecador. La fe muestra que Dios es capaz de perdonar el pecado por grave que sea, y salvaguardar su justicia. Esta cuestión la decidió Dios mismo en un concilio celestial y él ha expresado su decisión en forma de una preciosa promesa: “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Os. 2:19).

¿Con quién se desposará Dios? Con una que ha hecho de ramera. ¿Qué significa “desposar?”. Que Dios perdonará nuestros pecados y nos recibirá en los brazos de su amor y favor personal. ¿Cómo un Dios justo puede desposarse con una novia ramera? Dice que lo hará en juicio y justicia. Es como si Dios nos amonestara: “No intentes absolver a mi justicia; eso lo haré Yo. Es mi santa voluntad hacerlo así”.

Cuando Satanás viene contra el creyente y cuestiona cómo un hombre tan vil puede hallar favor con Dios, la fe responde confiadamente: “Sí, Satanás, Dios puede ser tan justo al perdonarme como lo es al condenarte a ti. Me dice que es “en juicio y justicia”. Disputa tú con Dios, que él bien puede justificar sus propios actos”.

Mayor evidencia de la vindicación del juicio y la justicia de

Dios al perdonar se halla en la plena satisfacción de Cristo por todos los pecados del creyente. Fue el gran propósito de Cristo llevar la justicia a que besara a la misericordia. Por tanto, antes de que Cristo exponga el caso del pecador ante Dios, asegura la satisfacción de su justicia por su propio sacrificio. Paga y luego intercede por lo pagado: presenta su petición por los pecadores creyentes, escrita con su propia sangre, para que la justicia pueda leerla con atención y aceptarla.

Dios confiere así nuestra salvación para que aun los débiles podamos justificarlo, al justificarnos él, ante el demonio más malicioso del Infierno.

Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Ro. 3:24-26).

Obrando diestramente con las verdades de este pasaje, la fe edifica una torre de absoluta seguridad alrededor del creyente.

1. La propiciación de Cristo alude a la misericordia de Dios

Dios prometió encontrarse y hablar con su pueblo de forma que el terror de su majestad no cayera sobre ellos. Igual que el propiciatorio cubría totalmente la santa ley de Dios dentro del Arca, la propiciación de Cristo cubre toda la ley que, de otra manera, acusaría al creyente. Ninguna amenaza puede ahora detener al creyente, mientras la fe sea capaz de interponer esa cortina entre la ira de Dios y el alma. Dios no puede ver al pecador porque Cristo lo oculta; y la justicia no puede condenar al creyente que acude a Cristo y se refugia en su satisfacción por el pecado. La cuerda escarlata en la ventana de Rahab alejó la espada destructora de su casa; y por la fe, la sangre de Cristo mantiene al creyente siempre fuera del alcance de la ira divina. La satisfacción de Cristo, de la que nos ataviamos por la fe, es la señal que distingue a los amigos de Dios de sus enemigos.

2. Dios sella la propiciación de Cristo

Cristo es Aquel “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Ro. 3:25); Aquel que el Padre ha sellado y separado de entre todos los demás como el Elegido para expiar los pecados de todos, como el cordero apartado para la Pascua.

Por tanto, cuando Satanás alinea los pecados contra el creyente y lo enfrenta con la gravedad de los mismos, la fe corre a refugiarse en esa Roca, y dice: “Estoy segura de que mi Salvador es infinitamente mayor que mis peores pecados. Al dudar, estaría rechazando la sabiduría de la elección de Dios”. Él sabía la pesada carga que iba a poner sobre hombros de Cristo, pero estaba persuadido de la fuerza que tenía su Hijo para llevarla. La fe débil puede salvar, pero un Salvador débil no puede hacerlo. La fe cuenta con la intercesión de Cristo, pero Cristo no tuvo quien intercediera por él. La fe se apoya en el brazo de Cristo, pero Cristo estuvo solo. Si la carga de nuestros pecados hubiera prevalecido contra él, ninguno en el Cielo ni en la tierra podría haberlo ayudado a mantenerse en pie.

3. La misericordia de Dios declara su justicia

Todos creen que Dios es misericordioso para perdonar; pero es más difícil creer que pueda ser justo al perdonar a los pecadores. “Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 5:26). Dios estaba diciendo con esto: “Sé que parece increíble que perdone todas tus iniquidades. Crees que ya que soy Dios Justo, prefiero condenar a mil mundos de pecadores antes que poner mi Nombre bajo la más leve sospecha de injusticia. Sí, los condenaría una y otra vez, en lugar de mancillar el honor de mi Justicia, que soy Yo mismo. Pero te mando a ti y a los peores pecadores de la tierra que lo creáis; puedo ser Justo y Justificador de aquellos pecadores que creen en Jesús”.

¿Qué testimonio más sólido de su justicia puede dar un juez, que condenar a su propio hijo y absolver a un extraño? Cuando Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos, declaró su supremo odio al pecado y su amor inflexible por la justicia.

4. La propiciación de Cristo paga toda la deuda del pecado

Si uno intentara pagar su propio pecado, gastaría toda la vida y la eternidad trabajando en vano para cancelar la deuda. Pero Dios recibe toda la paga de Cristo de una vez, a fin de poder decir verdaderamente: “Consumado es” (Jn. 19:30). Con esto, Jesús estaba diciendo: “En pocos minutos se terminará la obra de la redención. Ahora tengo en la mano toda la cantidad necesaria para pagar a Dios; en cuanto baje la cabeza, y el aliento salga de mi cuerpo, todo estará hecho”.

La prueba de la conciliación de Cristo con la justicia procede de la triunfante Palabra en boca de Dios mismo: “Cercano está de mí el que me salva; ¿quién contendrá conmigo?” (Is. 50:8). Pero la muerte expiatoria de Cristo hizo algo más que borrar nuestra antigua deuda. Por la misma sangre él ha hecho una nueva adquisición para sus elegidos. Así que Dios —antes el acreedor— ahora es deudor a su criatura por nada menos que la vida eterna, la cual Cristo ha pagado, y ha dado a todo creyente la humilde autoridad de reclamarla en su nombre. Así vemos la deuda pagada y la nueva adquisición de la vida en el mismo Salvador.

Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (He. 10:12).

No solo borró la deuda de los creyentes, sino que los perfeccionó para siempre. Ha provisto tan ciertamente su perfección en la Gloria como su salvación del castigo en el Infierno. Desde este refugio de su obra consumada, nos llama a acercarnos “en plena certidumbre de fe” (He. 10:22). Esta seguridad proviene del atributo de Dios que temíamos antiguamente: su justicia. Pero la Escritura dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). No dice “misericordioso”, sino “justo”. La misericordia de Dios hace la promesa, pero su justicia cumple lo prometido por la misericordia.

El escudo espiritual del creyente

5. La justicia solo se glorifica pasivamente en la condenación de los pecadores

La justicia y la misericordia se encontraron en el sufrimiento de Cristo. La justicia nunca es más radiante en Dios o en el hombre que en conjunto con la misericordia. En la muerte del Señor Jesucristo, ambas brillaron en toda su gloria y se complementaron mutuamente. Aquí lo blanco y lo rojo, como rosas y lirios, florecieron en tal unidad que es difícil decir cuál presenta más hermosamente el rostro de la justicia: si la ira de Dios sobre Cristo por nosotros, o su misericordia hacia nosotros en él.

Dios exige su gloria de los demonios y almas condenadas que no pagan este tributo voluntariamente. Reconocen la justicia divina solo por obligación, pero a la vez odian a Aquel a quien revindican.

En la satisfacción de Cristo, la justicia se glorifica activamente. Cristo no fue arrastrado a la cruz, sino que “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios” (Ef. 5:2). Padece por nosotros tan libremente como nosotros pecamos contra él. Las almas creyentes ahora cantan las alabanzas de la justicia y la misericordia de Aquel que las redimió, y las cantarán por siempre. ¡Cuánto mejor son los sufrimientos voluntarios de Cristo que los tormentos impuestos a los condenados! ¡Y las melodiosas alabanzas de los santos en el Cielo que el reconocimiento forzado de las almas en el Infierno!

La fe lucha contra el pecado mediante la grandeza de las promesas de Dios

Solo la fe puede ver a Dios en su grandeza; por tanto, solo ella es capaz de reconocer las promesas en su grandeza, porque su valor estriba en Aquel que las ha hecho. Por ello, las promesas tienen tan poco efecto en el corazón incrédulo para evitar que peca o para consolarlo ante el tormento del pecado. Donde hay fe para tratar de alcanzar las promesas, estas darán consuelo y paz en abundancia: serán como vino dulce que conforta al creyente con gozo interior. Pero en el corazón incrédulo la promesa resulta fría e ineficaz. No tiene mayor efecto en esa alma que la medicina en la boca de un muerto.

Las promesas no consuelan real y formalmente, como el calor del fuego; de ser así, nos consolaríamos con solo pensar en ellas. Las promesas consuelan de forma virtual: como el fuego que reside en el pedernal pero para sacarlo del mismo se requiere esfuerzo y habilidad al golpearlo. Solo la fe puede enseñarnos esta habilidad de extraer la dulzura y la virtud de la promesa, y lo hace de tres maneras.

La fe enseña la virtud de las promesas de Dios

1. La fe acude a la fuente de las promesas

Aquí el cristiano puede beneficiarse de la mejor forma de ver las preciosas cualidades de dichas promesas. Comprendemos poco una cosa si no la rastreamos hasta su origen y consideramos sus comienzos. El alma sabe que sus pecados son graves cuando los ve fluir de una naturaleza envenenada que rebosa enemistad contra Dios. El pecador tiembla ante las amenazas que rugen como truenos sobre su cabeza, al ver de donde proceden y el odio perfecto de Dios contra el pecado.

Igualmente es verdad que la persona se dará cuenta del inmenso valor de las promesas al ver la fuente de la que proceden: el corazón de la misericordia gratuita de Dios. Este es el origen de todas las promesas. El pacto mismo, que las abarca todas, se llama “misericordia” por ser producto de esta: “Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto” (Lc. 1:72).

La fe argumenta que si las promesas fluyen del mar de la misericordia de Dios, entonces deben ser tan infinitas e ilimitadas como lo es su misericordia. Si rechazamos la promesa, o cuestionamos la suficiencia de la provisión divina solo por causa de nuestros pecados, deshonoramos la misericordia que concibió la promesa.

2. La fe llega al fondo de las promesas

La Palabra de Dios, la luz que guía a la fe, revela el doble propósito de las promesas: exaltar las riquezas de la misericordia gratuita de Dios, y consolar al creyente.

a) La exaltación de la libre gracia de Dios

Dios mismo se propone perdonar y salvar a una multitud de pecadores perdidos, por amor a Cristo; lo hace mediante las promesas del evangelio. Dios cumple este plan misterioso de reunir a sus hijos y formar con ellos un coro glorioso que llene los cielos de alabanzas triunfantes por la misericordia que los salvó y perdonó. Cuando la fe ve que el propósito divino es la alabanza de su misericordia, le dice al alma turbada que no es posible que el Padre rechace al pecador arrepentido. Dios ha de ser fiel a sus propios pensamientos y mantener la vista en la meta que él mismo se ha trazado.

La fe dice que al prometer perdón para los pecadores Dios busca la exaltación de su misericordia. ¿Y qué exalta más esa misericordia, el perdonar pecados nimios o graves? ¿Quién le alabará más? Seguramente aquel a quien se le haya perdonado más. Dios está dispuesto a perdonar al pecador más vil si se arrepiente de verdad.

Un médico no despidе a los que necesitan desesperadamente su ayuda para atender solo las enfermedades de poca gravedad. Las grandes curas le darán mayor fama. Cuando un enfermo terminal recobra la salud bajo su cuidado, recomienda de buena gana su médico a todos los que le escuchen, ganándole mayor reputación que un año de curas corrientes.

Los que han recibido el perdón de pecados graves pagan grandes tributos de alabanza a Dios. Cristo afirma que aquel a quien le ha sido perdonada una deuda de quinientas monedas amará más que otro que solo debía cincuenta. Donde hay más amor, hay más alabanza. La voz de un Manasés, una Magdalena o un Pablo, destacará por encima de las demás en el concierto celestial.

La gravedad del pecado dista tanto de estorbar el perdón hacia el pecador arrepentido en el pensamiento de Dios, que él únicamente perdona a aquellos que confiesan que sus pecados son graves. Por tanto, Dios utiliza la ley para abrir camino, por la convicción de la conciencia, a fin de que su misericordia perdonadora suba al trono en el corazón del pecador arrepentido: “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). Si temblamos ante la gravedad de nuestros

pecados, debemos exultar ante la misericordia que tanto sobrepasa dicha gravedad. Aquel que se maravilla de la altura de una montaña majestuosa, mucho más se asombrará al considerar la cantidad de agua que sería necesaria para ocultarla para siempre de la vista. Examinemos ahora el segundo propósito de la promesa.

b) Consuelo para el creyente

La Palabra de Dios se escribió “a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Ro. 15:4). Dios da a los pecadores seguridad en cuanto a la realidad de su misericordia para salvar a aquellos que aceptan a Cristo en los términos planteados por el evangelio. Cristo abre su corazón y hace públicos los propósitos de su amor en muchas preciosas promesas que surcan como venas todo el cuerpo de la Escritura.

Según el propósito de su Palabra, Dios sella todo el consuelo que su sabiduría pudiera hallar o el incrédulo pudiera necesitar, creando un refugio en Jesús para los que son perseguidos por sus vociferantes pecados. El Nuevo Testamento garantiza la perfección de este refugio:

Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros (He. 6:18).

¿Te dejará perplejo un argumento basado únicamente en la gravedad de tu pecado —la cual recibe respuesta en casi cada página de la Biblia— por el se proporcionan refugios seguros adonde la fe puede retirarse? La fe y el temor son como el calor y la humedad naturales en el cuerpo, el cual no está sano si no se mantienen ambos: “Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia” (Sal. 147:11).

Quiero avisarte, cristiano, de que no debes esperar el favor de Dios para tus problemas si piensas seguir siendo amigo de la concupiscencia. Aunque la misericordia sea un refugio que protege al pecador humillado de la maldición del pecado, no

extenderá sus alas sobre un pecador desvergonzado ni sobre sus pasiones. No peques simplemente porque las promesas de la misericordia exceden a tus pecados como la grandeza Dios sobrepasa a la criatura. Es como si tu siervo entrara en tu bodega para emborracharse con el vino que tú guardas para ayudar a encontrar sanidad a los enfermos. Cuidado con hacer mal uso de los vasos santos del templo de la misericordia divina. Ese vino del consuelo está destinado al alma contrita, no al pecador reincidente.

3. La fe busca testigos en quienes Dios
haya cumplido sus promesas

Dios ratifica sus promesas cumplidas citando los historiales de la “nube de testigos” fieles. No hubiera dejado en la Escritura, a la vista de todas las generaciones sucesivas, los grandes borrones en las vidas de los antiguos creyentes, si no pensara ayudar con ellos a las almas tentadas a dudar de su promesa de misericordia.

Pablo cita esta misma razón para dejar constancia de tales actos de misericordia perdonadora para con los grandes pecadores. Primero, nos muestra su propia vileza y la de otros creyentes antes de participar de la gracia del evangelio: “Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne” (Ef. 2:3). Y a continuación, alaba la misericordia abundante de Dios que los rescató de la condenación en que se encontraban: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó [...] nos dio vida juntamente con Cristo (Ef. 2: 4-5).

No obstante, Dios diseñó su plan de misericordia para abarcar a más generaciones que los contemporáneos de Pablo, “para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (v. 7). Adonde vaya el evangelio, hasta el fin del mundo, la misericordia de Dios tapaná la boca de los incrédulos. Entonces, esa flecha diabólica quedará despuntada e inofensiva.

Dios mandó a Josué que sacara doce piedras del Jordán y las amontonara...

Para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras? les responderéis: Que las aguas del Jordán fueron divididas [...]; y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre (Jos. 4.6-7).

La misericordia perdonadora de Dios ha sacado a algunos pecadores notorios del abismo infernal del pecado para levantarlos, en su Palabra, como un monumento a su fidelidad ligada al arrepentimiento. Estos ejemplos son señal de que lo que Dios ha hecho en el pasado, podrá hacerlo aun ahora por ti.

¿Temes que Dios no tenga suficiente misericordia para ti? Mira la lista de pecadores perdonados: un Manasés, una Magdalena, un Pablo, un Adán... Son hitos que te muestran las anchas fronteras de la misericordia divina y hasta dónde llega la misma para perdonar a los peores pecadores. Será un paseo saludable para ti el que sigas este sendero y veas las piedras más antiguas de la misericordia perdonadora de Dios.

Si, después de todo esto, tus pecados parecen exceder la gravedad de los de todos aquellos a quienes ves perdonados en las Escrituras, la fe te mostrará el camino más allá de estos ejemplos para rescatar tu alma: puedes mirar a Cristo, que nunca pecó pero puso su vida para obtener el perdón de todos los elegidos.

La fe dice: “Supongamos que tus pecados fueran de verdad más graves que ningún otro; ¿son tan graves como todos los pecados de todos los elegidos juntos?”. ¿No podrá Cristo procurar tu perdón como lo ha hecho con millones de sus escogidos? Aun si tus pecados pesaran tanto como todos los de ellos, la suma sería la misma, y Dios podría perdonarlos si se amontonaran juntos. Cristo es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Aquí se atan en un solo fardo los pecados de los elegidos del mundo entero, ¡y Dios aún los lleva como nada a la tierra del olvido! La fe te dice que se te está ofreciendo toda la virtud y todo el poder de la sangre de Cristo, por los que se redimió el mundo. Cristo te los trae personalmente: él no raciona su sangre —un poco para cada uno—, sino que se entrega totalmente a la fe de cada creyente. Pertenece al Redentor, y él te pertenece a ti.

La fe se opone a la desesperación

El mayor mandamiento de toda la Escritura es creer. Cuando los judíos preguntaron al Señor Jesucristo: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Jn. 6:28-9). Como si dijera: “Recíbeme en tu corazón por la fe. Si haces esto, lo has hecho todo”. Eso es la suma de todo. Todo lo que hagas es inútil hasta completar este asunto; pero cuando has creído, Dios lo aprecia tanto como si guardaras toda la ley. De hecho, se acepta la fe en lugar de la ley: “Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:5).

La fe en Cristo se acepta como justicia; esto es: que en el Juicio la persona evitará la sentencia como si no se hubiera desviado ni un paso del sendero de la ley. Si la fe es la obra de Dios por excelencia, la incredulidad es la del diablo. Este se esfuerza más para volvernos incrédulos que borrachos o asesinos. La desesperación es la peor forma de incredulidad. Entre los pecados, la incredulidad es como la peste, la más peligrosa de las enfermedades; pero cuando llega hasta la desesperación, trae muerte segura. La incredulidad es el pimpollo de la desesperación, la flor plenamente formada.

Cada pecado hiere a la ley y al Nombre de Dios. Esta herida se sana cuando el pecador arrepentido acude por fe a Cristo y se une con él. Por medio de Cristo, Dios recibe al pecador en plenitud de justicia y reivindica su Nombre de la deshonra de nuestras iniquidades. Es una obra completa y gloriosa de la misericordia de Dios. ¿Qué opinas del pecador que no está dispuesto a ver sanadas las heridas de la ley, y que ha deshonrado a Dios? El desesperado no permite que Cristo satisfaga el agravio de sus propios pecados contra Dios.

Como los sanguinarios judíos y los soldados romanos que ejercieron su crueldad sobre todo el cuerpo de Cristo, poniéndole la corona de espinas, clavándole la lanza en el costado y los clavos en manos y pies, así el pecador desesperado maltrata el Nombre entero de Dios. Ese pecador pone una falsa corona a la sabiduría de Dios, y clava las manos de su inmenso poder, pen-

sando mientras tanto que sus pecados le han puesto fuera del alcance del poder que Dios posee para salvarlo. Este hombre atravesaba la tierna misericordia del Dios, que no solo tiene compasión y ternura, sino que es la misericordia y el amor mismos.

¿Cuál es la suma de toda esta desesperación? Seguramente representa el mayor cargo de intentar asesinar a Dios mismo. Porque la plenitud del amor, el poder, la sabiduría y la misericordia de Dios son más intrínsecos a su Ser, que la sangre lo es a la vida de un hombre. Tiembla y arrepiéntete, porque están pecando igual que los moradores del Infierno.

Es significativo que la desesperación aparezca claramente en el mismo diablo, quien sabe que no puede obtener perdón y, por tanto, peca con tanta rabia que llega hasta el Cielo. Este pecado tiene el mismo efecto en el hombre que en Satanás: “Y dijeron: Es en vano; porque en pos de nuestros ídolos iremos” (Jer. 18:12). A veces un mendigo frustrado empieza a maldecir al dueño de una casa que se niega a abrirle la puerta. Igualmente, la desesperación enseña al pecador a jurar con blasfemias ante el Dios de los cielos. Una vez que la desesperación ha entrado, es casi imposible evitar la entrada de la blasfemia.

Tú que pasas la vida llorando y suspirando por tus terribles crímenes, ¿por qué sigues luchando contra Dios? ¿Encuentras algún amor hacia él en tu corazón, aunque no sientas ahora ningún soplo de amor que venga de él hacia ti? ¿Eres tierno, y temes pecar contra él aun cuando no parece haber esperanza de su misericordia? De ser así, consuélate: tu fe será débil, pero estás lejos de hallarte sujeto al poder de la desesperación.

Judas no fue condenado solamente por su traición y asesinato, ya que otros que participaron en estos pecados fueron perdonados por la fe en aquella sangre que habían derramado cruelmente. La muerte comenzó su dominio eterno en él cuando la desesperación y la impenitencia final llenaron su corazón. Siendo así la desesperación, ¡alejémonos de ese abismo maldito!

¹ Alberto Parisiensis, cantor en la catedral de *Notre Dame* de París y compositor francés del siglo XII que dejó varios libros litúrgicos catedralicios.

CAPÍTULO 10

Novena consideración: El yelmo del cristiano

“Y tomad el yelmo de la salvación...” (Ef. 6:17).

Estas palabras nos presentan otra pieza de la armadura del Cristiano: el yelmo de la salvación, que cubre su cabeza en el día de la batalla. Este yelmo, en conjunto con la mayoría de la armadura, es un arma defensiva, que protege al cristiano del pecado, pero no evita el sufrimiento.

Solo una pieza de la armadura es para el ataque: la espada. La Escritura indica que la guerra del cristiano es principalmente defensiva y, por tanto, requiere armas también defensivas. Dios ha depositado un rico tesoro de gracia en el corazón de cada creyente que el diablo intenta robarle en guerra sangrienta. El creyente vence a su adversario sin ser vencido. Gana cuando no pierde su virtud, siendo su tarea mantener lo que tiene en lugar de conseguir lo del adversario. Ya que la guerra del creyente es principalmente defensiva, debemos instruirle para combatir contra Satanás y sus armas.

Como soldado cristiano, siempre debes estar en postura defensiva, vestido de la armadura, listo para defender el tesoro que Dios te ha confiado y repeler los asaltos del diablo. Pero no traspases los límites que Dios ha puesto a tu llamamiento: deja que Satanás sea el atacante, y que venga a tentarte, pero no salgas a tentarlo tú a él.

Aun cuando las armas de guerra diabólicas ataquen al creyente, el evangelio no le permite a este utilizarlas para devolver golpe por golpe:

Sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por

mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo (1 P. 3:8-9).

Tienes el cinturón y la coraza para defenderte de sus dardos; esto es, el consuelo de tu propia integridad y santidad. Con estas cosas puedes repeler el sórdido arsenal empleado contra ti, pero no hay arma para la venganza. Tienes el escudo para apagar estos dardos de fuego, pero no debes replicar con palabras amargas. Estás “calzado de paz”, para poder andar seguro aun con las heridas que te causen, sin dolor en el alma, pero también sin orgullo para pisotear a los que te hieren.

La mayor parte de la armadura es para defenderte en el sufrimiento, no para protegerte de él. Debes prepararte para un sufrimiento aun mayor, porque Dios te ha dado armadura suficiente para soportarlo. No se lleva la armadura para estar por casa, sino en la batalla. ¿Cómo alabaremos al fabricante si no se ponen a prueba sus armas? ¿Dónde las probaremos sino entre espadas y balas? El que quiera vivir en una isla de placer donde siempre es verano, nunca será un buen cristiano. Prepárate para privaciones, o depon tus armas. Por eso tan pocos acuden a la llamada de Cristo para izar su bandera, y muchos alistados con promesa de palabra lo abandonan: no quieren sufrir. Muchos son más compasivos con su carne que con su conciencia. Desean que el evangelio les proporcione la armadura para proteger su cuerpo del peligro y de la muerte, en lugar de su alma del pecado y de Satanás.

Después de observar la palabra “*γ*”, que vincula el yelmo de la salvación al resto de la armadura, seguimos considerando tres aspectos de este yelmo: primero, la pieza en sí; segundo, su uso; y tercero, las aplicaciones de la doctrina de este yelmo de la salvación.

La conexión del yelmo con el escudo y las demás piezas de la armadura

Observa la palabra “*γ*”: “Y tomad el yelmo de la salvación...”. Cada pieza se une a su compañera, y todas forman un traje, como muchos eslabones forman una cadena. Los dones santifica-

dores y salvadores del Espíritu de Dios están vinculados de forma inseparable unos con otros; se conectan entre sí en su nacimiento, crecimiento y deterioro.

1. La conexión entre las virtudes
santificadoras en su nacimiento

Donde hay una virtud santificadora, las demás también están presentes. Esto no es así con las virtudes y los dones comunes, que se distribuyen como los dones que Abraham entregó a los hijos que engendró con sus concubinas (Gn. 25:6). Ellos tuvieron varios dones, pero ninguno los recibió todos. Las virtudes santificadoras son como la herencia que Dios le dio a Isaac: cada creyente verdadero las tiene todas. “De modo que si alguno está en Cristo —dice Pablo—, nueva criatura es [...]; he aquí, todas [las cosas] son hechas nuevas” (2 Co. 5:17).

Igual que la corrupción natural es un principio universal de pecado que amarga la naturaleza humana, la gracia santificadora es un principio universal que endulza y renueva todo su ser, aunque no enteramente. La gracia entra en el alma como el alma en el cuerpo. Crece paso a paso, pero nace de una vez. Todas las partes de la nueva criatura se forman juntas, pero no en el mismo grado. Una parte del mundo se descubrió bastante tiempo después que las otras; pero todo el mundo fue creado a la vez. Así, el cristiano puede notar que una virtud se mueve en su vida antes que otra. Esta conexión de las virtudes en su nacimiento tiene un doble propósito.

a) Aliviar al cristiano íntegro de la duda

Tal vez hayas buscado la fe sin encontrarla. No te desanimes; envía espías en busca de otra virtud, como por ejemplo tu amor por Cristo. ¿No has visto cómo tu amor hacia él repelía la tentación de la misma forma que José rechazó a la esposa de Potifar? “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal —expresó aquel—, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9).

¿Tienes el sincero deseo de agradar a Jesucristo, o una profunda tristeza cuando has hecho algo para entristecerlo? Estas son dos venas llenas de la sangre vital del amor de Cristo. Tu amor podrá darte noticias de tu fe. Dice Cristo: “El que

me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9). Si has visto tu amor por Cristo, también has visto la fe en el aspecto de este amor.

¿Y si tu amor hacia Cristo está oculto en una nube? Entonces, busca algún arrepentimiento, despreciándote a ti mismo a la vista de tus pecados y avivando el odio que sientes hacia ellos como los enemigos que te han llevado a la rebelión contra Dios. Ellos son el arma sangüinaria que hirió el Nombre de Dios y asesinó a su Hijo. Tienes delante de ti la virtud que buscabas: ¿qué es el amor a Dios sino la pasión contra el pecado como enemigo suyo?

A veces no puedes ver el amor a causa del celo, ni el fuego a causa de las llamas. Al tirar de un eslabón, se puede sacar toda una cadena que está sumergida en el agua; igualmente, al descubrir una virtud, se pueden encontrar todas las demás. Mientras esta gracia santificadora alivia la duda del cristiano íntegro, avergüenza al hipócrita que se aferra a una virtud rechazando otra.

b) Avergonzar al hipócrita

El Espíritu de Dios no viene al alma con la mitad de sus virtudes santificadoras, sino con todas ellas. Si tu corazón se opone a una virtud, eso prueba que eres un extraño para las demás. El amor y el odio pertenecen a todas. El que ama u odia a un cristiano los ama o aborrece a todos; el que abraza una virtud considerara preciosas al resto; porque todas están tan relacionadas como un rayo de sol con otro.

2. La conexión entre las virtudes santificadoras

en su crecimiento y deterioro

Si se aumenta una virtud, se refuerzan todas; si se impide alguna, todas pierden; porque han de ayudarse recíprocamente. Cuando se enfría el amor, la obediencia tropieza, porque le falta la unción del amor. Cuando la obediencia tropieza, la fe se debilita: ¿cómo puede haber mucha fe con poca fidelidad? A su vez, la fe débil hace vacilar la esperanza, porque esta depende del buen informe de la fe para esperar el bien de la mano de Dios. Al vacilar la fe, la paciencia se quebranta y ya no puede mantenerse, porque depende de la fuerza que le presta la esperanza.

El yelmo del cristiano

El cuerpo consta de muchos miembros, pero todos forman un único cuerpo; y cada miembro es el apoyo de los demás. En el creyente hay muchas virtudes, pero solo una nueva criatura. El ojo del conocimiento no puede decir a la mano de la fe: “No te necesito”, ni puede la mano de la fe decir lo mismo al pie de la obediencia; sino que todos ellos se conservan por el cuidado mutuo.

Así como una ciudad puede caer por una pequeña brecha en su muralla, y la herida infligida a un miembro es capaz de ocasionar la muerte de todo el cuerpo, también la ruina de todas las virtudes puede ser consecuencia de la ruina de una de ellas. Hay un vínculo de necesidad entre las virtudes del alma aún más fuerte que entre los miembros del cuerpo físico. Es posible cortarse una mano sin que muera todo el cuerpo; porque no todos los miembros son vitales. Pero cada virtud es parte vital de la nueva criatura, y tan esencial que su ausencia no se puede suplir con otra. En el cuerpo físico la otra mano puede asumir el trabajo de la amputada, pero es imposible que la fe sustituya al amor, ni este a la obediencia. Si falla un engranaje, el reloj ya no marcha.

Inferencias sacadas de la conexión entre las virtudes

1. Fuerza para las virtudes débiles

Una persona negligente pone en juego la seguridad de toda su familia al no reparar uno o dos agujeros en el techo. ¿Es mejor aquel que deja de reparar alguna de sus virtudes? Cuando te veas tentado a pecar, no lo consideres como cometer un solo pecado, sino como la puerta a todos los demás. Mira bien lo que haces antes de servir a Satanás con un solo acto; porque con un único pecado se fortalece todo el cuerpo del pecado. Si le das a un pecado, acudirán más mendigos a tu puerta, y más insistentes que el primero. Mientras piensas que solo atiendes a uno, todos los otros vienen detrás. Lo mejor es mantener la puerta cerrada.

Aunque se pudiera romper esta conexión del pecado, y separar el eslabón que más te complace sin arrastrar toda la cadena, recuerda la conexión de la culpa: “Porque cualquiera

que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stg. 2:10). No se puede herir una parte del rostro sin desfigurar el resto, hiriendo así al hombre entero. Así que la ley es acumulativa: el mal hacer en un punto la deshonra toda; y Dios, cuya autoridad está en cada punto, se enoja.

2. Consuelo para la turbación en cuanto al futuro

Puede que dudes de si tu fe, paciencia y demás virtudes sufrientes tendrán la fuerza necesaria para encarar las olas turbulentas sin hundirse. Cristiano, si las virtudes que Dios te llama a ejercer ahora en tu prosperidad son sólidas, puedes confiar en que las demás virtudes sufrientes están ocultas detrás del telón: también saldrán adelante cuando Dios cambie tus circunstancias y las llame al escenario para actuar.

Mientras más humilde seas ahora en la abundancia, más paciente serás en la necesidad. Si tu corazón está ahora por encima de los gustos mundanos, entonces podrás superar las adversidades. Se dice que los árboles desarrollan sus raíces bajo tierra en proporción directa a la altura de su tronco. El cristiano sincero echará fuertes raíces respecto a las virtudes divinas.

I. ¿QUÉ ES EL YELMO DE LA SALVACIÓN?

El apóstol nos da la clave para comprender esta pieza de la armadura: “La esperanza de salvación como yelmo” (1 Ts. 5:8). Hay tres lámparas en la entrada a los varios aposentos de esta virtud: primera, en qué consiste esta esperanza; segunda, por qué se la llama “la esperanza de salvación”; y tercera, por qué se la compara con un yelmo.

La naturaleza de la esperanza que forma este yelmo

La esperanza es una virtud sobrenatural y divina por la cual el creyente en Cristo aguarda todo lo bueno de la promesa que aún no ha recibido en su plenitud.

El yelmo del cristiano

1. El autor de la esperanza

Se le llama “el Dios de toda gracia” (1 P. 5:10); esto es, el dador y obrador de toda virtud, tanto en su simiente como en su crecimiento. El ser humano no puede crear ni una brizna de hierba, ni hacerla crecer. Es igualmente imposible que produzca la menor semilla de virtud en el corazón o que la haga madurar. Dios es el Creador, y como es el Padre de la lluvia que hace brotar la hierba del campo, también lo es del rocío espiritual y de las influencias que hacen florecer toda virtud.

La esperanza divina es sobrenatural, y la distinguimos de la esperanza de los impíos que, junto con sus otras virtudes —de tener alguna—, realmente se originan en Dios. Todo aquel que entra en el mundo está en deuda con Dios por el grado de la luz que tenga. Es el remanente del don puro de Dios: como la torre derruida que se ve en medio de un palacio en ruinas. Solo sirve para ayudarnos a visualizar el bello edificio que antes se levantaba en aquel solar.

2. La meta de la esperanza

La verdadera esperanza es una joya que solo puede llevar la esposa de Cristo, porque los que no tienen a Cristo no tienen esperanza (Ef. 2:12). Ya que la fe y la esperanza son hermanas, miremos ahora a la relación entre ellas. La una no precede a la otra en lo temporal, pero la fe tiene precedencia por su naturaleza y operación.

La fe se aferra a la verdad y fiabilidad de la promesa; entonces la esperanza estimula al alma a aguardar su cumplimiento. ¿Quién sale afuera corriendo a recibir a alguien que no cree que haya de venir? La promesa es una carta divina de amor para la Esposa, en la que Dios derrama su corazón y le dice todo lo que hará por ella. La fe lee esa carta y la acoge con gozo, mientras la esperanza mira por la ventana anhelando la llegada del Esposo.

3. El objeto de la esperanza

Huimos de lo malo, pero esperamos lo bueno. La fe y la esperanza proceden de esta misma fuente de la promesa, con una importante diferencia: la fe cree lo malo juntamente con

lo bueno, pero la esperanza solo quiere hablar de lo bueno. La esperanza sin una promesa es como un ancla sin tierra que la sujete; lleva la promesa en su nombre. David muestra donde amarraba su barco y echaba el ancla: “Espero en tu palabra” (Sal. 119:81). El plan de Dios colma las más altas esperanzas del cristiano: “No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11).

Así como Dios ha encerrado todo bien en la promesa, él también promete únicamente lo bueno. El objeto de la esperanza es todo aquello que una promesa contiene. Dios mismo es el sumo Bien, y se promete su plenitud como gozo supremo del creyente. Por tanto, la verdadera esperanza mira a Dios y acerca el alma a él, “esperanza de Israel” y “manantial de aguas vivas.” (Jer. 17:13).

El objeto de la esperanza no solo es el bien prometido, sino el futuro cumplimiento de la promesa: “La esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperar?” (Ro. 8:24). El futuro es la base del objeto de la esperanza y la distingue de la fe, que da forma actual a la promesa y es “la certeza de lo que se espera” (He. 11:1). A causa de la fe, la vitalidad de la promesa existe, y en cierta manera une al cristiano con el Cielo como si ya hubiera llegado allá. Aquí, por la fe abraza la promesa (*cf.* He. 11:13). La fe habla en tiempo presente: “Somos más que vencedores”. Pero la esperanza es para el futuro. Dios dice: “Lo haré”.

La esperanza extiende la mano hacia el cumplimiento de la promesa, pero cuando obtiene todo lo prometido, se sumerge en gozo y amor. El cumplimiento de la promesa, o la ejecución del juicio, excluye toda esperanza. En el Cielo, se entrega lo prometido y se desvanece la esperanza, porque tenemos lo esperado; en el Infierno se cumple el juicio y ya no cabe más esperanza de liberación.

Jesucristo ayuda a la esperanza, porque esta espera obtener todo lo prometido en él y por él. Se le llama “nuestra esperanza” (1 Ti. 1:1) porque por medio de Jesucristo, en ambos casos como comprador, esperamos lo que se ha prometido: por su muerte el recibir libremente el bien de Dios; y

por su Espíritu la capacidad de esperar. Entonces, la esperanza es nuestra por la autoridad de la sangre de Cristo y por el poder de su Espíritu en nosotros.

Por qué se llama “la esperanza de salvación”

Hay dos razones obvias para llamar a la esperanza del cristiano “la esperanza de salvación”.

1. La salvación abarca todo el objeto de la esperanza

La palabra “salvación” implica un estado de bienaventuranza en que se unen las misericordias y los goces de todas las promesas. En la creación, primero la luz se difundió por el firmamento, y luego esta fue unida con el sol. Suma las cantidades respectivas de todo lo bueno prometido en el pacto, y el total de ello es la salvación. Luego la salvación es la meta final de la esperanza del cristiano, y abarca todo lo demás.

2. La esperanza de salvación se distingue de la esperanza mundana

La esperanza del hombre natural es para la vida presente. El hombre está tan aferrado a este mundo que desea que Dios nunca lo saque de aquí. Aun cuando afirma que espera salvarse, su conciencia le dice que prefiere quedarse aquí abajo. Desea la salvación más por temor al Infierno que por esperar el Cielo. Por supuesto que no está tan loco como para preferir la condenación del Infierno a la vida celestial, pero la verdad es que le gusta más este mundo que ninguna de las dos cosas.

Por qué la esperanza se compara con un yelmo

1. El yelmo defiende el alma

Como el yelmo protege la cabeza, parte principal del cuerpo, esta “esperanza de salvación” resguarda el alma, parte principal del ser humano. El yelmo protege al ser humano de las impresiones peligrosas y mortales provenientes del pe-

cado y de Satanás. Defiende al cristiano porque es difícil que la tentación atrape aquel que se satisface con el favor del Rey y se queda en la escalera de la esperanza, esperando a que él lo llame al puesto más alto que le pueda dar.

Por otra parte, las armas de la rebelión suelen forjarse en el descontento. Cuando los súbditos creen que su príncipe les ha abandonado, son más propensos a recibir la marca de la deslealtad de manos del enemigo. Una vez que el alma teme que Dios no tiene herencia para él, cometerá cualquier pecado, grande o pequeño, a instancias del tentador.

2. El yelmo alienta el alma

Como el yelmo defiende la cabeza del soldado contra las heridas, también protege el corazón del cristiano contra el desaliento. El que tenga este yelmo nunca se avergonzará de hablar de su Dios. Dios mismo le permite hacerlo y confirma el gozo de su esperanza: “Conocerás que yo soy Jehová, que no se avergonzarán los que esperan en mí” (Is. 49:23). La confianza en Dios dio valor a David ante sus enemigos: “Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón” (Sal. 27:3). Tenía puesto el yelmo de la salvación, y podía declarar: “Luego levantará mi cabeza sobre mis enemigos que me rodean” (v. 6).

Uno no puede ahogarse con la cabeza fuera del agua. La esperanza sostiene al cristiano en el peligro: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca (Lc. 21:28). Solo Cristo puede mandar a sus discípulos que levanten la cabeza, al ver “desfalleciendo [a] los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra” (v. 26). Pero sol de ellos amanece cuando el de los demás se pone y los cubren las tinieblas. Dos cosas hacen que se agache la cabeza: el temor y la vergüenza. La esperanza libera al cristiano de ambos, y le prohíbe mostrar cualquier signo de abatimiento por su rostro decaído.

Esta explicación del significado del yelmo de la salvación nos lleva a un punto general de doctrina del cual sacamos todo el estudio de esta pieza de la armadura.

II. EL USO DEL YELMO

La esperanza es una virtud que los cristianos necesitan continuamente, mientras dure la guerra contra el pecado y Satanás. No se nos manda tomar el yelmo de la salvación para una ocasión especial, colgándolo luego hasta que haya otra emergencia, sino tomarlo y no soltarlo hasta que Dios nos quite el yelmo y nos ponga una corona en su lugar. Ciertas armas solo se utilizan de vez en cuando: después se guardan y no se echan en falta. Pero el consejo de Pedro es: “Sed sobrios, y esperad por completo...” (1 P. 1:13).

El cristiano tiene esperanza mientras tenga vida, y no estará por encima de ella hasta que se encuentre en el Cielo. Una vez que entre por las puertas de aquella ciudad gloriosa, podrá decir: “La armadura para la tierra; el manto para el Cielo”. La esperanza sale a combatir y espera al cristiano hasta que termine la última batalla. Entonces la esperanza y la fe juntas lo entregan en manos del amor y del gozo, listos para llevarlo a la presencia de Dios. Para reflexionar con mayor profundidad en cuanto al servicio que la esperanza le presta al cristiano, consideraré cinco temas en particular: primero, la esperanza y las obras excelentes; segundo, la esperanza y la diligencia en todo servicio; tercero, la esperanza y la paciencia en el sufrimiento; cuarto, la influencia de la esperanza en el cristiano afligido; y quinto, la esperanza y el consuelo cuando Dios tarda en cumplir la promesa.

La esperanza y las obras excelentes

La esperanza de salvación capacita al cristiano para obras dignas y excelentes. Es una virtud concebida para efectuar hazañas. Así como la esperanza carnal mueve a los hombres carnales a proezas que les proporcionan gran reputación en el mundo, esta esperanza celestial influye en las obras del cristiano.

¿Qué es lo que hace que el intrépido soldado corra a la misma boca de la muerte? Espera rescatar el honor de las fauces de esta. La esperanza es el yelmo y la protección que tran-

quilizan a ese soldado ante cualquier peligro. ¿Qué es lo que le hace a un hombre destrozarse las manos trepando por una montaña, para llegar a un lugar inhóspito y sin hermosura? Allá arriba lo envuelven las nubes y puede mirar por encima de las cabezas de los demás, viendo más lejos que ellos. Si estas esperanzas, motivadas por la ambición y la imaginación humanas, impulsan tales proezas, ¡cuánto más la esperanza de la vida eterna impulsará al creyente a nobles hazañas! Miremos algunos ejemplos de ello...

1. La esperanza libera de los malos deseos

Cuando Moisés fue a llevar a Israel la esperanza de la próxima salvación de Dios, su pueblo experimentó un gran cambio. Habían temblado bajo la opresión egipcia sin intentar sacudirse el yugo; pero ahora lo rompieron y marcharon hacia el reposo prometido. No parecía importarles que el Faraón los persiguiera con rabiosa determinación; los fortalecía la esperanza.

¡Qué desamparado está aquel que no tiene esta esperanza celestial! Satanás lo esclaviza y sujeta a toda vil pasión. El diablo lo lleva adonde y cuándo quiere. Ningún charco es demasiado sucio para que Satanás lo arrastre por él. El desgraciado le sigue porque no conoce mejor amo, ni mejor paga que los placeres sensuales de sus concupiscencias.

Una vez que esta persona haya oído las nuevas de la salvación y pueda ver la gloria trascendente de Dios, con el ofrecimiento de la esperanza que heredará si cambia a Satanás por Cristo, hará un holocausto con sus concupiscencias. Inmediatamente buscará la forma de darles muerte: “Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3). Como un príncipe cautivo, considera sus malas pasiones como viles secuestradores. ¡Ah, si pudiera escapar para disfrutar de su corona y su reino! Por tanto, planea la venganza suprema contra sus raptos.

¿Tienes algún pecado que se niegue a humillarse? ¿Te ha atrapado la pasión por el dinero? ¿Sea tu esperanza del Cielo lo bastante fuerte como para expulsar a este demonio! ¿Podrá el oro controlarte ahora que esperas heredar una ciudad don-

de el oro no vale nada? Esa ciudad está pavimentada con oro; Dios dice que andaremos sobre él. ¿Ocupa el oro un lugar en tu corazón ahora, cuando algún día estará bajo tus pies?

2. La esperanza causa el rechazo de los placeres mundanos

El materialismo mundano esclaviza a los seres humanos y los sujeta como una cadena. Pero cuando la fe descubre la herencia del cristiano en el Cielo, y la esperanza le dice lo pronto que abandonará esta tierra, el valor de los bienes mundanos decae rápidamente. El creyente puede renunciar a los bienes terrenales que tiene cuando Dios se lo ordene, porque su esperanza del Cielo hace que los valore tan poco como Saúl, una vez ungido, apreciaba las asnas de su padre.

Aquellos que han tenido una visión de la Gloria no temen a la muerte. Simeón no quería vivir ni un día más después de haber visto la salvación de Dios. Abraham también tenía esta esperanza de salvación, por ello “habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena [...], porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:9-10). Canaán podría haberle agradado, si Dios no le hubiera hablado del paraíso que pensaba darle. En comparación con este, la tierra Prometida parecía un desierto. El que mira hacia al Cielo quita los ojos del mundo: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20).

Uno invierte allí donde cree que tendrá mayor beneficio. El publicano se sentaba a recaudar impuestos. El aristócrata permanece cerca del trono de su príncipe. El empresario trabaja en su almacén. Pero la esperanza del cristiano le hace dar todo esto de lado. “Mi esperanza no está aquí, y este no es mi hogar”, se dice. “Mi esperanza se encuentra en el Cielo, y espero la llegada del Salvador. Mi salvación está en él. Ahí vivo, ando y espero”.

Nada excepto la firme esperanza de salvación es capaz de reemplazar la esperanza mundana. Uno no puede vivir sin esperanza alguna. Si no tiene esperanza del Cielo, tendrá que adoptar una terrenal. ¿Qué mejor para el corazón carnal que

la esperanza mundana? No es fácil abandonar la esperanza, por parca que sea. El que se está ahogando se aferra a un débil junco, y morirá agarrado a él con tal de no soltarlo.

Félix es un buen ejemplo de esto. Pablo le predicó un gran sermón, y aunque el predicador estaba preso y Félix hacía de juez, Dios armó la Palabra de forma que el segundo temblaba al oír al apóstol hablar acerca de la justicia, la templanza y el Juicio venidero. Aunque su conciencia luchaba con el temor del Juicio, Félix aún perseguía algún soborno. Lo cual no le salió bien; la vana esperanza de dinero le hizo negarle la libertad a Pablo, pero la bendita esperanza del Cielo que este tenía le llevó a rechazar la compra de su libertad con el soborno.

3. La esperanza da valor al cristiano

Pedro la llama “una esperanza viva” (1 P. 1:3), y los que la poseen son valientes. Se puede esperar más de ellos que de muchos otros. ¿Por qué son algunos torpes y lentos en el servicio de Dios? Porque su esperanza también está aletargada. La falta de esperanza y la falta de vida van juntas.

El que cree que trabaja gratis, no trabaja con ganas. El vendedor atiende primero y mejor al cliente que paga bien. Si tratáramos a Dios de esta misma manera, dejaríamos todo lo demás por sus intereses. Esta idea le hizo a Pablo entregarse tanto al evangelio que perdió sus amigos mundanos y dio la vida “por la esperanza de la promesa” (Hch. 26:6).

4. La esperanza fomenta deseos santos

Mientras más crece nuestra esperanza de salvación, más anhela nuestro corazón los deseos santos: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23). La esperanza espera y no deja descansar al alma hasta que toda la mies en el campo de la promesa haya sido cosechada y guardada. Mientras más plazos de pago recibe el cristiano, más clama su alma por la herencia completa.

El yelmo del cristiano

a) Estas muestras dan a conocer al cristiano los gozos celestiales

A medida que aumenta la percepción del Cielo, crecen los deseos del cristiano que se expresan en su anhelo por el dulce festín que disfrutaban los creyentes en la Gloria. Aquí abajo, solo puede gustar lo suficiente para despertar su sed sin saciarla. Es más difícil vivir a este lado del Cielo ahora, que antes de haberlo vislumbrado. Pasa lo mismo que con aquel que halla a la puerta y oye la gran fiesta que se está celebrando dentro. Por el ojo de la cerradura puede ver la gran abundancia de que disfrutaban los comensales. Huele la comida deliciosa y degusta las sobras de la mesa. Nadie anhela más el Cielo que aquellos que más lo disfrutarán. Su clamor continuo es: “¿Por qué tarda tanto en venir?”.

El cristiano nunca podrá perder del todo la esperanza. Tal vez esta se vea recortada y retrasada por los días invernales que aparecen en medio de la primavera, los cuales resultan más dañinos porque el sol ha hecho ya brotar las flores. De la misma manera, la tardanza de Dios impresiona tristemente a quienes, por encima de los demás, han avanzado en sus expectativas hasta llegar a gozarse en la esperanza de gloria. La espera puede ser una gran prueba para el alma.

b) La gracia y el consuelo actuales alientan al cristiano a esperar más

“Porque has sido mi socorro, y así en la sombra de tus alas me regocijaré” (Sal. 63:7). La gracia presente de Dios hace que David se goce en la esperanza de lo que está por venir, y esta esperanza le hace anhelarlo más aún: “Está mi alma apegada a ti” (v. 8). Dios da a su pueblo experiencias con el fin de aumentar las expectativas de este de mayor misericordia de su mano: “Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor por puerta de esperanza” (Os. 2:15). Dios nos dice las bendiciones que dará al alma que entra en pacto con él y se une a Cristo. Habla de su trato con Israel, la cual salió del desierto donde había vagado y sufrido privaciones indecibles durante cuarenta años, para entrar en la tierra agradable y fértil donde se encontraba Acor.

Acor era un territorio de poco valor, porque Dios no quiso que los israelitas se deleitasen en la tierra en sí, sino solo como puerta de entrada a la posesión de su gloriosa herencia. Josué creyó a Dios, y adelantó el estandarte de Israel con gran valor contra sus peores enemigos, sabiendo que el hombre no puede cerrar la puerta que Dios ha abierto.

Toda ayuda específica de Dios al cristiano contra una tentación en particular es como un Acor: una puerta de esperanza desde donde el creyente puede esperar la derrota total de esa semilla maldita que hay en su corazón. Y cuando Dios añade un mínimo grado de fortaleza a su gracia y su consuelo, nos está dando un Acor, una puerta de esperanza en cuanto a que consumará ambas cosas en la Gloria.

Pablo tenía muchos enemigos en Efeso, pero al contar con el estímulo de una puerta abierta siguió sirviendo a Dios con valentía. Una vez abiertas las puertas de cualquier ciudad sitiada, los atacantes entran en ella gritando. De la misma manera, cuando después de haber buscado en Dios el perdón del pecado o la fuerza para resistir a este, se abre la puerta de la promesa y Dios entra por ella con su presencia consoladora, la esperanza se aviva y hace que el alma se apresure hacia su recompensa con mayor celo.

La esperanza y la diligencia en todo servicio

Dios coloca a algunos en altos puestos terrenales y les presenta retos emocionantes. Pero a otros les manda poner sus tiendas en tierras bajas y no avergonzarse de su tarea, por inferior que parezca. A fin de estimular a todo cristiano a la fidelidad en su puesto, Dios ha hecho promesas que son para todos. Y sus promesas, como los rayos del sol, brillan tanto en la ventana del pobre como en el palacio del rey.

Las promesas divinas fortalecen manos y corazones contra el desaliento que nos debilita en su servicio. Nos apoyan y guardan contra la furiosa oposición de un mundo airado. “No te dejaré, ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente” (Jos. 1:5,6). Esta fue la promesa de Dios para el juez de Israel; y la promesa para el ministro del evangelio concuerda con ella, en-

El yelmo del cristiano

frentándose este como lo hace a pruebas, enemigos y desalientos parecidos: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones [...], y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:19-20).

La tentación que suele turbar a los que tienen llamamientos más humildes es la de la envidia, viéndose en lo bajo y a sus hermanos elevados a puestos superiores. A veces esta tentación produce desaliento, cuando el creyente se siente como un eunuco que no da gloria a Dios, como un árbol seco que no es provechoso para su Reino.

A fin de equipar al cristiano contra el descontento y el desánimo, Dios promete igual galardón por la fidelidad en el servicio más humilde que por el servicio más valorado. ¿Hay algo más degradante que ser esclavo? Sin embargo, al siervo fiel no se le promete nada menos que el Cielo: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Col. 3:23).

Dios honra el trabajo del siervo humilde, porque sirve al Señor Jesucristo. Es como si el Señor le dijera: “No dejes de amar tu tosca tarea, hijo mío. Aunque tu trabajo ahora no sea el mismo que el de aquel que tiene un oficio superior, tu aceptación es igual, y también lo será tu recompensa”.

Donde se eleva la esperanza, el cristiano no puede menos que gozarse. Jacob sirvió con esperanza y aguardando su galardón de un mejor amo que Labán; esto lo hizo fiel a un hombre ingrato. José no quiso engañar a su amo, aunque su patrona le incitó a hacerlo. Optó por soportar la ira injusta en lugar de aceptar un amor ilícito. La evidencia de esta virtud en un siervo es el mayor aval de su fidelidad.

La esperanza apoya al cristiano afligido

La esperanza de salvación apoya al creyente en la peor aflicción. La paciencia del cristiano es lo que le ayuda a soportar las cargas: algunas aflicciones son tan pesadas que se necesitan buenas espaldas para llevarlas. Pero si la esperanza no pone la almohadilla de la promesa entre su espalda y la carga, la más

pequeña cruz será demasiado onerosa para el que la lleva. Por tanto, a esta virtud se la llama “constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 1:3).

Algunos se obligan a la resignación en medio de la prueba por falta de alternativa; no ven esperanza alguna. Esto es una especie de paciencia desesperada, y puede durar por algún tiempo. Pero si la desesperación fuera una cura para las pruebas, los condenados podrían relajarse. Otro tipo de paciencia muy común en el mundo es la paciencia del necio, que como el gozo de Nabal no dura más que la borrachera. En cuanto la persona se da cuenta de su verdadera situación, su corazón desfallece.

Pero la “constancia en la esperanza” es una virtud sobria que permanece mientras hay esperanza; cuando la esperanza está sana, flota y hasta baila sobre las aguas de la aflicción como un barco sólido y fuerte que navega en mares tempestuosos. Si la esperanza hace agua, las olas rompen sobre el corazón del cristiano y este se hunde hasta que la esperanza, con gran trabajo por parte de la bomba de la promesa, lo saca de nuevo a flote. Este fue el caso de David: “Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma” (Sal. 69:1). Y observa de donde surgió esta prueba, y por donde entraron las aguas: “Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos” (v. 5). La culpa de David lo incomodó en su aflicción, porque vio su pecado y reconoció el desagrado de Dios. Pero al humillarse y confesar su transgresión, pudo discernir el camino abierto hacia el Cielo; fue capaz de cantar de nuevo en la aflicción.

Ahora quiero mostrarte en mayor detalle cómo influye la esperanza en el cristiano afligido.

La influencia de la esperanza en el cristiano afligido

1. La esperanza tranquiliza al cristiano afligido

El alma desesperada clama de ansiedad, pero la esperanza conserva la paz del Rey en el corazón. La desesperación no puede descansar porque no tiene esperanza que la arrulle. Pero la esperanza apacigua el espíritu turbado como ninguna otra cosa:

como la madre acalla al niño dándole el pecho. Cuando el alma de David se turbó por la prueba, él se abrazó a la promesa: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios” (Sal. 43:5). Su alma durmió tan tranquila como un niño saciado.

El alma de Moisés se entristeció cuando Aarón y Miriam lo censuraron con palabras duras. Pero él calló y esperó que Dios demostrara su inocencia. Sin duda su paciencia hizo que él se enojara aún más viendo a uno tan manso maltratado por su causa. Por ello se apresuró a quitar el barro que le habían tirado al rostro, antes de este que pudiera manchar su buen nombre en la mente de los demás. Esperar la liberación de Dios en la prueba está estrechamente ligado al silencio santo: “En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación” (Sal. 62:1). El original hebreo dice literalmente: “Mi alma guarda silencio”.

2. La esperanza llena el alma de gozo

La esperanza proporciona tal consuelo que el alma afligida puede sonreír aun entre las lágrimas. Esto es “gloriarnos en la esperanza” (He. 3:6). La esperanza produce mayor gozo en la aflicción. El sol da bellos colores al arco iris sobre un fondo de nubes. “Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones” (Ro. 5:2-3). Gloriarse es gozarse de forma incontenible; es una expresión externa que da a conocer a los demás la fiesta que el cristiano lleva dentro. Los manantiales del consuelo rebosan cuando el gozo fluye de la boca del creyente. Todo el gozo que sostiene al cristiano en la prueba proviene de la esperanza que adquirió para nosotros Cristo, quien nos ha preparado una gloria inefable en el Cielo. ¿Vamos a lamentarnos por las pruebas que pasamos por el camino que nos lleva a la Gloria celestial?

Cuando las dificultades opresoras nos asaltan, las promesas misericordiosas nos ungen con su bendición. La esperanza rompe el frasco de alabastro de las promesas sobre la cabeza del cristiano, y envía consolaciones a toda el alma. Como óleo precioso estas consolaciones alientan y refrescan el

alma, sanan las heridas y quitan el dolor: “La esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5).

La fe y la esperanza son las dos virtudes que Cristo utiliza más para llenar el alma de gozo, porque ambas salen afuera a obtener su vino. La fe le cuenta al alma lo que Cristo ha hecho, y la esperanza la aviva con la noticia de lo que hará en el futuro. Pero ambas sacan el dulce vino de la misma fuente: Cristo y su promesa.

Hay otras fuentes de “consuelo” que le dicen al cristiano lo mucho que ha sufrido por Cristo, en lugar de lo que este hizo por él. Pero ni agrada a Cristo, ni es seguro para el creyente que beba el gozo de esas vasijas. ¿Acaso se pone el sirviente la corona del rey? ¿Por qué gritar “Hosanna” a esa virtud de Cristo que hay en nosotros, cuando solo existe por la misericordia de Dios? La alabanza es para Aquel que nos da el gozo; por ello “nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3). Es engañoso confiar en la carne, por la inestabilidad del corazón y la inconsecuencia de nuestras virtudes, que bajan y suben como la marea. El gozo humano no puede ser constante, porque no lo son ni nuestras virtudes ni nuestros dones: como sube y baja un manantial natural, así sube y baja el nivel de estos. Inevitablemente beberíamos más agua que vino; nos faltaría el gozo más veces que lo tendríamos.

La copa del cristiano no tiene por qué estar vacía, porque él saca el vino de una Fuente inagotable que nunca aleja a nadie avergonzándolo, como lo haría tarde o temprano el arroyo de nuestra propia virtud inherente.

3. La esperanza alienta al alma afligida

Tres ingredientes de la esperanza hacen esto posible:

a) La esperanza trae noticias del final feliz, sanando las heridas del sufrimiento presente

A veces, cuando Dios viene para liberar a sus siervos afligidos, los sorprende antes de que ellos le busquen: “Porque yo

El yelmo del cristiano

sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis" (Jer. 29:11).

La esperanza es una virtud indagadora: mira más allá de los actos exteriores de Dios. Con la ayuda de la promesa, puede ver el mismo corazón divino y leer los propósitos allí escritos acerca de las circunstancias particulares del cristiano. Luego, transmite el mensaje que estimula a este a no turbarse cuando Dios habla palabras duras en el lenguaje de su providencia. La esperanza le asegura al creyente: "Dios quiere bendecirte, por extraño que parezca. Igual que la ley, que vino siglos después de la promesa hecha a Abraham, no pudo anular aquella promesa, tampoco las aflicciones podrán destruir los pensamientos de amor que llevan tanto tiempo en el corazón de Dios para tu liberación y salvación".

Durante un aguacero, el viajero espera pacientemente bajo un árbol mientras llueve, ya que espera que se trate solo de un chubasco pasajero; y ve cómo una parte del cielo se va aclarando mientras las nubes siguen en otra. La Providencia nunca está demasiado nublada, para que la esperanza pueda ver la bonanza de la promesa: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca" (Lc. 21:28).

Cuando las cosas van peor para el cristiano, este puede no tardar en encontrarse con un cambio feliz. Porque el gozo de aquel día bendito vendrá "en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta [...], y nosotros seremos transformados" (1 Co. 15:52). En un momento estamos vestidos con los harapos de la carne mortal, y al siguiente nos revestimos del manto de la inmortalidad, bordado con una gloria mil veces mayor que la del sol. Un mártir dijo a su compañero cuando iba camino de la hoguera: "En un instante terminará nuestro dolor".

La esperanza es un ungüento que sana a distancia. La esperanza del cristiano está en el Cielo, pero cura todas las heridas recibidas en la tierra. Eso no es todo. La esperanza profetiza el final feliz de la aflicción del creyente, y le asegura que se le cuidará en medio de la prueba. Si Cristo envía a sus dis-

cípolos al mar, estará con ellos en su necesidad: “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo” (Is. 43:2).

La esperanza es el mensajero divino que habla a aquel que ha llegado a la conclusión de que no podrá sobrevivir a la aflicción severa. La esperanza levanta su cabeza por encima de las olas, y dice: “Ve, pues tu Dios estará contigo. ¿No es Cristo tu Esposo? Él te enseñará a sufrir, ya que fue educado en el sufrimiento desde la cuna hasta la cruz. Hasta viene a tu encuentro, se alegra de verte y está dispuesto a comunicarte algo de su sabiduría en el sufrimiento”. Por cuanto la esperanza sana el corazón, el sufrimiento es inofensivo, no peligroso.

b) La esperanza asegura al cristiano que el sufrimiento presente no es comparable con el gozo venidero de la salvación

Esta seguridad evitó la desesperación de los antiguos creyentes cuando sus enemigos derramaban su sangre. El perfume de esta esperanza reavivó sus almas: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Co. 4:16). ¿No es extraño que su valentía creciera mientras perdían la vida? Aceptaban el fuerte vino de la esperanza: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (v. 17).

Aquel que compra la reluciente esperanza del mundo a expensas de su conciencia, paga demasiado. Pero el Cielo se gana a bajo precio, aunque tengamos que perder todos nuestros intereses carnales o aun la vida misma. ¿Quién renuncia de mala gana la explotación de una finca alquilada de poco valor, a pocos días del término del contrato — pues así es la vida temporal —, para recibir la herencia eterna de los santos en luz? Esta esperanza ha hecho que los fieles siervos de Dios llevarán su propia vida en sus manos, dispuestos a entregarla: “No mirando nosotros las cosas que se ven — dice Pablo —, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (v. 8).

El yelmo del cristiano

c) La esperanza enseña la necesidad del sufrimiento mientras avanzamos hacia la salvación

“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:26). Es como si Cristo dijera: “¿Por qué lloras la muerte del Maestro como si tu esperanza se desvaneciera? ¿Acaso había otra manera de volver al Cielo y tomar posesión de la gloria que le aguardaba allí?”.

El verdadero camino a la salvación es el mismo que siguió Cristo: “Si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro. 8:17). Pero este camino sería imposible de seguir si Cristo no nos lo hubiera abierto de antemano. Si comprendemos la necesidad de las aflicciones para llevarnos a la gloria como las aguas que llevan el barco a puerto, podemos reconciliarnos con ellas y deleitarnos en viajar por ese camino.

Algunos filósofos dicen que Dios nos bendice al sol de la prosperidad, y nos maldice cuando nuestro cielo se nubla con adversidades. Pero la esperanza ve el Cielo en el día nublado; espera el bien que resulta del mal. Los judíos abrían sus ventanas cuando había rayos y truenos, esperando la venida del Mesías. Y ciertamente la esperanza abre la ventana de par en par en la tempestad. “Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre — dice Dios —, el cual confiará en el nombre de Jehová” (Sof. 3:12); “Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá” (Mi. 7:7).

Dios no toma el hacha de su soberanía para hacer astillas: cuando ha podado con severidad y cortado profundamente, su pueblo puede esperar una bella obra al final.

Es dulce meditar en Romanos 8:28: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Si te levantas por la mañana y oyes a unos obreros derribando el tejado con picos y mazos, bien podrías pensar que ha llegado un grupo de enemigos para destruir tu casa. Pero en cuanto comprendes que son obreros enviados por tu Padre para reformar esa misma casa, soportas de buen grado el ruido y los problemas, y agradeces a tu Padre su cuidado y sus gastos.

La esperanza del bien resultante de la reparación te dispone para soportar por un tiempo los escombros de la antigua casa.

La promesa asegura al creyente que su Padre celestial no le quiere hacer mal, sino bien, al reformar su alma maltrecha para que sea un templo glorioso. Y las aflicciones ayudan en esta obra. Esta idea te libera para orar: “Señor, ¡pódame y moldéame como quieras, según el patrón que tu amor tiene para mí!”. Algunas personas ignorantes temen que la lejía les estropee la ropa, pero el que comprende lo que es la limpieza no temerá.

La esperanza y el consuelo cuando Dios demora el cumplimiento de la promesa

La esperanza tranquiliza el alma del cristiano cuando Dios tarda en cumplir la promesa. Ya he dicho que la paciencia es la espalda sobre la cual el santo lleva las cargas, y la esperanza la almohadilla que hay entre la espalda y la carga. La paciencia tiene dos hombros: uno para llevar el mal presente y otro para esperar el bien futuro prometido, pero aún no cumplido. Y a medida que la esperanza aligera la carga del sufrimiento presente, también hace parecer corto el más largo retraso del bien prometido.

Donde falta la esperanza, falta la fuerza: “Pecieron mis fuerzas, y mi esperanza en Jehová” (Lm. 3:18). Dios protegió a Israel y proveyó para ella en el desierto, pero al agotarse los víveres traídos de Egipto, los israelitas se enojaron contra Moisés y contra Dios. ¿Por qué? Porque su esperanza se basaba en la ayuda humana.

Moisés subió al monte y estuvo pocos días fuera de la vista de los israelitas, pero estos sintieron la necesidad de hacer el becerro de oro. Pensaban que no volverían a verle, y lo dieron por perdido. Dios quiere que sus siervos aguarden aquello que él desea darles; pero pocos lo esperan, porque la mayoría tiene poco ánimo.

Noemí dijo a sus nueras: “Y aunque dijese: Esperanza tengo, y esta noche estuviese con marido, y aun diese a luz hijos, ¿habíais vosotras de esperarlos hasta que fuesen grandes?”

(Rut 1:12-13). La promesa lleva la salvación en el vientre, ¿pero aguardará el incrédulo hasta que esa promesa madure y crezca la felicidad? No, él prefiere juntarse con cualquier vil pasión que le pague con placer presente a esperar mucho tiempo, aunque sea el Cielo mismo.

Tamar hizo de ramera porque no se le entregó el marido prometido en cuanto ella quiso (*cf.* Gn. 38). Actualmente, muchas almas se lanzan a los brazos del mundo adúltero porque el consuelo y el gozo de la promesa se les retienen temporalmente, y Dios quiere que aguarden su recompensa. “Demas me ha desamparado, amando este mundo”, dice Pablo (2 Ti. 4:10). Solo el alma que tiene esta esperanza divina aguarda con paciencia el bien de la promesa. Al tratar este servicio de la esperanza, quiero mostrarte tres cosas: primera, que Dios a menudo tarda bastante antes de cumplir la promesa; segunda, que es nuestro deber esperar; y tercera, que la esperanza nos ayuda a perseverar.

1. Dios a menudo demora el cumplimiento de la promesa

Esperar sin que medie alguna promesa es como reclamar una deuda que no existe. Las cosas buenas de la promesa no se reciben de golpe; si así fuera, las promesas no tendrían sentido. Dios le prometió un hijo a Abraham, pero este lo esperó durante muchos años después de que se le hiciera la promesa. También prometió la tierra de Canaán a Abraham y sus descendientes, pero pasaron siglos entre la promesa y su cumplimiento. Todos los patriarcas, hasta la tercera generación después de Abraham, “murieron [...] sin haber recibido lo prometido” (He. 11:13). Simeón recibió la promesa de que “no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor” (Lc. 2:26), y esto no ocurrió hasta casi el final de su vida.

Entonces, estas promesas, que son la porción de todo creyente y por tanto las puede reclamar, tienen una fecha exacta en la agenda de los propósitos de Dios. En su promesa, sin embargo, Dios no hace constar la fecha de cumplimiento, sino solo el compromiso de que “cumplirá el deseo de los que le temen” (Sal. 145:19). A menudo viene un largo y duro invierno entre la siembra en oración y la cosecha prometida. Dios nos

oye en cuanto oramos: las oraciones no tardan en llegar al Cielo, sino en volver de allá con una respuesta completa. Aun Cristo, en el Cielo mismo, no tiene todavía la respuesta plena a algunas de las oraciones que hizo en la tierra. Aún está “esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (He. 11:13).

Tenemos promesas de que el pecado y Satanás serán sometidos bajo nuestros pies, pero esos enemigos aún nos acosan: nos quedan muchas escaramuzas antes de desterrarlos de nuestro corazón. A veces el cristiano, heredero de todo gozo y consuelo, no tiene ni un céntimo de ese tesoro celestial en el bolsillo. Y ya que no confían en los caminos de Dios, los hay que caen en la tentación de cuestionarlo: “Algunos tendrán sus promesas —se dicen—, pero no me las da a mí. No responde mis oraciones. Otros cristianos vencen sus deseos, pero yo soy víctima de los míos. Aquí estoy, a las puertas del Infierno, sumido en el temor”. Todo esto se podría evitar si el creyente tuviera fe para creer este principio verdadero de que *Dios no cumple todas sus promesas de golpe, y que el cumplimiento deseado está en camino.*

2. El creyente a veces tiene que esperar mucho tiempo el cumplimiento de la promesa

Cuando Dios tarda en cumplir su promesa, es deber del cristiano el esperar a que suceda: “Aunque tardare, espéralo” (Hab. 2:3). Dios lo cumplirá en su momento. Es difícil esperar cuando no se divisa la llegada del Señor después de días de oración y noches de vigilia. Es duro para la carne y la sangre. La fe débil se desalienta y puede volverse atrás después de recorrer un largo camino para encontrarse con Dios en la respuesta misericordiosa. Por eso el apóstol anuncia este deber con una oración llena de afecto: “Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo” (2 Ts. 3:5).

En el capítulo anterior, Pablo había puesto una buena base de consolación para los cristianos: ellos fueron “escogidos desde el principio para salvación [...], a lo cual os llamó —dice— mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 2:13,14). Y añade: “Fiel es el Señor,

que os afirmará y guardará del mal” (2 Ts. 3:3). Pablo no quería que los creyentes se quedaran a poca distancia de la gloria prometida, pero al mismo tiempo tenían que saber que les sería difícil mantener su esperanza hasta el final a causa de su propia debilidad, de la apostasía de otros y de los ataques de Satanás. Es como si dijera: “Nunca podrás hacerlo solo, así que espera con paciencia hasta que Cristo venga y traiga la plena recompensa; que el Señor encamine tu corazón”.

3. La esperanza facilita la perseverancia

“Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová” (Lm. 3:26). La esperanza gime, pero no se queja cuando la misericordia prometida no llega enseguida. Los gemidos de la esperanza brotan del espíritu en oración y alivian la carga de temor en el alma. Pero los gemidos del alma desesperada expresan ira contra Dios: son como un fuerte viento que aviva el fuego.

Donde hay esperanza, el corazón se tranquiliza pronto. La esperanza es el pañuelo que Dios utiliza para secar las lágrimas de su pueblo: “Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo” (Jer. 31:16). Las promesas de Dios en la visión dada a Jeremías llenaron su corazón de gozo y lo consolaron como el descanso al enfermo: “En esto me desperté, y vi, y mi sueño me fue agradable” (v. 26).

Cuando la promesa parece tardar demasiado, la esperanza alienta al cristiano de tres maneras: primera, le recuerda al alma que aunque Dios espere antes de cumplir la promesa, no tardará en hacerlo; segunda, que cuando él venga, nos recompensará abundantemente la espera; y tercera, que aunque espere para cumplir una promesa, nos consolará con otra.

La esperanza da seguridad cuando Dios demora el cumplimiento de la promesa

1. La esperanza afirma que aunque Dios se demore en cumplir la promesa, no tardará

“Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin

duda vendrá, no tardará" (Hab. 2:3). ¿Cómo reconciliamos esto de que aunque tarde, no tardará? Aunque la promesa tarde *basta* el momento justo, ¡no pasará el momento sin que se cumpla! "Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa, que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto" (Hch. 7:17). La raíz de las hierbas y flores duerme escondida bajo tierra todo el invierno, pero brota al llegar la primavera. La promesa se cumplirá en su momento.

Cada promesa tiene fecha, pero no la podemos leer; y dado que no comprendemos la cronología de Dios, creemos que él nos ha olvidado. Es como aquel que fija la hora del reloj según el hambre que siente, en lugar de por el sol, diciendo que es mediodía y quejándose por no tener comida. Anhelamos el consuelo y esperamos que la promesa se cumpla según nuestro impaciente deseo. El sol no corre más aprisa porque adelantemos el reloj, ni la promesa se cumplirá antes porque le pongamos una fecha anterior.

Es muy cierto que, aunque Dios pocas veces acude según nuestro horario —ya que no calculamos bien—, nunca falta en su día. El apóstol exhortó a la iglesia en Tesalónica: "No os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis [...] en el sentido de que el día del Señor está cerca" (2 Ts. 2:2). ¿Pero por qué necesitaban tal exhortación cuando su mayor gozo iba a llegar con aquel día? No era la llegada de ese día lo que los alarmaba, sino el hecho de que algunos querían persuadirlos de que lo esperaran antes de cumplirse muchas de las profecías. "No vendrá —dice Pablo— sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición" (v. 3). La promesa tenía que esperar hasta se cumplirían aquellas verdades intermedias más inmediatas; entonces nada podría estorbar su cumplimiento.

Puede ser que tu alma herida esté sangrando, sumida en lágrimas a causa de tu pecado. La promesa te dice que Dios se encuentra cerca para reavivarte *a ti*, personalmente (cf. Is. 57:15). Pero terminas la oración o el sermón sin verlo, ni oír otra palabra de seguridad más que esa promesa. Ten cuidado de no medir las distancias de Dios por tu propia escala, ya que su "cerca" puede ser "lejos" para ti. Bien podría Dios haber

dado a su pueblo la fecha exacta en que se cumpliría cada promesa. Pero la ha ocultado para edificar nuestra fe, y para que podamos expresar plena confianza esperando recibir lo que él está dispuesto a darnos.

La fe de Abraham era lo bastante fuerte como para seguir a Dios aun sin saber adonde le llevaba. Se necesita gran fe para descansar satisfecho con la promesa, no sabiendo cuándo esta se cumplirá. Pero al considerar en Quién confiamos, no hay razón para temer que él vaya a fallar ni a tardar un minuto más que el tiempo justo.

2. La esperanza afirma que cuando Dios venga, recompensará con creces la espera

Los impíos no se benefician en nada de la paciencia de Dios mientras él no cumple sus amenazas, salvo para almacenar más ira para sí mismos. Los creyentes no pierden nada no viendo de inmediato el cumplimiento de la promesa, sino que, por su paciencia en la espera, hacen acopio de gozo para aquel día: “Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad” (Ro. 2:7). No basta con hacer el bien, hay que *perseverar* en ello con paciencia mientras Dios aguarda su momento.

Arar el campo da mucho apetito, pero a causa de la esperanza de obtener una buena cosecha de alimentos, el agricultor no flaquea. La esperanza dice: “Aunque quieras comer ahora mismo, aguanta un poco y a la tarde tendrás comida y cena juntas”. Una vez que el creyente se sienta para disfrutar del festín, se olvida del dolor y la debilidad pasados en el campo: “La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido” (Pr. 13:12).

Dios ha marcado el tiempo de maduración de los frutos de la tierra; igualmente, hay un plazo para el cumplimiento de las promesas, y debemos esperar y no recogerlas a destiempo, como si fueran manzanas verdes. Muchos que no tienen fe ni esperanza para acallar el alma roban antes de tiempo lo que, en el momento de Dios, caería maduro en su regazo. ¿Qué consiguen estos impulsivos? Una cosecha parca y dura, como el trigo cortado antes de granar. Debemos esperar: “Por tan-

to, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor” (Stg. 5:7).

Espera en Dios el tiempo necesario, hasta que venga según la promesa y te saque de tu sufrimiento. No corras para salir del apuro:

Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca (vv. 7-8).

Aunque el labrador anhela ya la cosecha, espera a que madure según la providencia de Dios. Se alegra con la lluvia temprana, pero también desea la tardía, y la espera aunque tarde en llegar. ¿No sabes que la lluvia cercana a la cosecha hace engordar la espiga? Las misericordias mayores son las que más tardan. Jesús no dio enseguida el vino en las bodas de Caná, como había pedido su madre, sino que tuvieron mayor cantidad por haber esperado.

3. La esperanza afirma que mientras Dios se demora en cumplir una promesa, proporciona otra

Este consuelo basta para acallar el alma de aquel que comprende la dulzura de los caminos de Dios. El creyente no está privado ni por un instante de consuelo. Siempre hay alguna promesa para ministrarle hasta que llegue otra. El enfermo no se queja si sus amigos no le visitan todos juntos, si vienen en turnos para no dejarlo solo.

Leemos acerca de un árbol “que produce doce frutos, dando cada mes su fruto” (Ap. 22:2). Este árbol es Cristo mismo, que da toda clase de frutos en sus promesas, y consolaciones para cada momento y situación. El creyente nunca acudirá a él sin hallar alguna promesa que le dé fuerzas hasta que otra madure.

Cuando Jesús volvió al Cielo, consoló a sus discípulos diciendo que volvería de nuevo para llevarlos consigo a la casa de su Padre, en donde ahora mora en gloria. Esto sí que es hermoso. Pero, entre tanto, ¿cómo podrían soportar las muchas tormentas que seguramente se interpondrían entre esta promesa y

su cumplimiento? Nuestro Salvador también pensó en esto, y les dijo que no los dejaría sin consuelo, sino que les daría otra promesa para sustentarlos: la compañía de su Espíritu en la tierra hasta que se los llevara consigo al Cielo.

El cristiano nunca está tan desamparado como para que la esperanza no lo ayude:

Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto (Jer. 17:7-8).

Estas aguas son las promesas que dan consuelo continuo al creyente. Como el árbol plantado junto al río florece, sin importar el tiempo que haga, así le sucederá a él. Posiblemente estará afligido, y la liberación prometida no llegará. Entonces, su esperanza lo sustentará con otra promesa. Aunque Dios no lo libere ahora de la aflicción, lo sustentará en medio de la prueba.

Si el dolor del creyente no permite que la promesa le libre de la impaciencia y la desconfianza, la esperanza le ofrecerá la gracia del perdón divino: “Los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve” (Mal 3:17); “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mi. 7:18). Dios no hubiera permitido que Job expresara tal impaciencia, si su misericordia perdonadora no hubiese estado segura de durar hasta el final de la aflicción de este. Y durante todo el tiempo él había estado preparando un testimonio amoroso de Job para darlo ante sus severos amigos.

III. APLICACIONES DE LA DOCTRINA DEL YELMO DEL CRISTIANO

Hemos mostrado en qué consiste el yelmo de la salvación, y su utilidad para el cristiano. Ahora veremos cómo aplicar esta doctrina a los que lo poseen, y a los que no. Aplicaré esta doctrina en cinco áreas: primera, el metal del yelmo de la salva-

ción; segunda, una exhortación a los poseedores de esta esperanza; tercera, razones para fortalecer esta esperanza; cuarta, la manera de hacerlo; y quinta, una exhortación a los que no poseen el yelmo.

El metal del yelmo de la salvación

La mayoría se contenta con un yelmo barato que no beneficia más que una gorra de papel. Examina el metal de tu yelmo para saber de qué está hecho; porque hay uno que intenta defender su propia cabeza (esto es, la serpiente) y quiere herirte la tuya. Solo los niños y los necios edifican sobre la arena. Los sabios anclan sus esperanzas de salvación con el mismo cuidado que el capitán prudente lo hace con su barco.

Nada humilla más a los hombres que verse defraudados en sus esperanzas: “Pero fueron avergonzados por su esperanza; porque vinieron hasta ellas, y se hallaron confusos” (Job 6:20). No hay una vergüenza mayor que la falsa esperanza de salvación eterna de los pecadores, los cuales resucitarán para “confusión perpetua” (Dn. 12:2). Se levantarán de la tumba para ver, en lugar del Cielo esperado, la boca ardiente del Infierno que los aguarda.

¿Qué harán estos ilusos en el día de la ira del Señor, al ver el mundo entero en llamas y oír a Dios, cuyos ojos penetrantes los examinarán, llamándolos a juicio ante hombres y ángeles? ¿Agitarán desesperadamente su esperanza ante Cristo? Ciertamente sus corazones desfallecerán. En aquel día Dios usará sus propias lenguas para mostrar la necedad de su falsa esperanza ante el mundo entero; no habrá nada más severo que sus propias conciencias. La Palabra profetiza acerca de un tiempo en que los falsos profetas “se avergonzarán de su visión cuando profetizaren; ni nunca más vestirán el manto velloso para mentir. Y dirá: No soy profeta; labrador soy de la tierra” (Zac. 13:4-5).

El falso profeta más notorio, el que más engaña, es la vana esperanza de salvación de algunos. Profetiza paz, perdón y una porción en el Cielo para los que nunca fueron herederos de Dios. Pronto viene el día en que ese falso profeta será confun-

dido. Entonces el hipócrita confesará que nunca tuvo esperanza de salvación verídica, excepto un ídolo de su propia imaginación; la persona religiosa desechará aquella profesión de fe con la que se engañaba, y se verá desnuda en su pecado. Esto es suficiente para hacernos escudriñar nuestros corazones y averiguar en qué se apoya nuestra propia esperanza.

La esperanza correcta tiene buen fundamento. “Estad siempre preparados —nos dice Pedro— para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15). Todo cristiano, por débil que sea, ha fundado su corazón en la Escritura para la esperanza que profesa. ¿Qué es lo que te da derecho a heredar el Reino de Dios sin su promesa? Si otro reclamara tu casa y tus tierras, ¿se las entregarías simplemente por que te las pida? Pero muchos esperan salvarse aunque no pueden aducir mejor razón que esta.

Así como el cristiano vence el temor preguntando a su alma por qué se turba, la misma pregunta puede derribar al pecador insolente de sus altivas esperanzas. “¿Qué razón encuentras en toda la Biblia para esperar salvarte, cuando vives ignorante de Dios?”. Ciertamente su alma callará como aquel de la parábola que no estaba vestido para la boda. Por eso algunos ni se atreven a pensar en la salvación, sabiendo que el hacerlo perturbaría su conciencia por mucho tiempo. O si se lo plantean, lo hacen como Pilato, que preguntó a Cristo por la verdad, sin intención siquiera de esperar una respuesta.

Tal vez no sabes quién es Cristo ni cómo fundar tu esperanza en él; o tal vez esperas a ciegas que Dios sea demasiado bueno como para mandarte al Infierno. Esta esperanza es infundada, y no te puede ayudar. Si él te salvara tal como estás —incrédulo e impenitente—, tendría que inventar un nuevo evangelio especialmente para ti; porque la Biblia te condena sin esperanza ni amparo. El evangelio, “entre los que se pierden está encubierto” (2 Co. 4:3).

Tú tienes mucho conocimiento. Pero muchos no emplean mejor su conocimiento de las Escrituras que los ladrones el conocimiento que tienen de la ley: la investigan solo para poderla transgredir, no para guardarla. Muchos estudian la Palabra —espe-

cialmente los pasajes acerca de la misericordia de Dios hacia los pecadores — para llenar una almohada con esos consuelos y echarse a dormir, cuando el clamor de sus abominaciones empieza a turbar su descanso. ¡Dios te libre de semejante esperanza! Seguramente querrás dar mejor respuesta en el Juicio de Cristo. ¿Acaso tu conocimiento hará una defensa más sólida para tu salvación, que la acusación de tus pecados no abandonados, los cuales testifican en tu contra? Si hubiera esperanza para una persona así, entonces Judas y Jezabel, y aun los demonios, se unirían a tan buena compañía.

Tal vez unes la reforma al conocimiento, habiendo dejado tu antigua vida corrupta. Pero si quieres ser fiel a tu propia alma, no descanses en la buena opinión de otros. No juzgues tu esperanza del Cielo por la opinión que ellos tienen de tu comportamiento externo. Tienes que mirar hacia dentro y preguntarte de qué manantial brota este nuevo río de tu nueva manera externa de vivir. Solo esto decidirá la controversia, y juzgará tu esperanza verdadera o falsa.

No es un nuevo rostro lo que influye en nuestro comportamiento, sino un nuevo principio que transforma el corazón y prueba que nuestra esperanza es genuina: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva” (1 P. 1:3). El nuevo nacimiento nos da derecho a una nueva esperanza. Si el alma está muerta, no puede haber esperanza viva. Es posible para el alma estar muerta y aún llevar puesta una reforma atractiva, como un cadáver puede estar revestido de ropas elegantes. El hijo de un mendigo vestido con ropas de rico, tiene la misma esperanza de heredar las tierras de este como tu alma de heredar la gloria divina únicamente con reformas externas. Las esperanzas de un hijo provienen de su padre, no de un desconocido.

¿Qué has heredado de tu padre Adán, sino una naturaleza pecadora y una expectación temerosa de muerte? El corazón de Ana estuvo turbado hasta que Dios le envió un hijo, y tú tienes más razón para estar turbado hasta llegar a ser un hijo de Dios. Es mil veces mejor morir sin hijos, que sin Padre. Es mucho peor no tener un Padre que te dé una herencia celestial, que no tener hijos que hereden tus bienes terrenales.

Una exhortación a los poseedores de esta esperanza

Para los que sí poseen el yelmo de la salvación, quiero destacar dos deberes: primero, agradecer este don inefable; y segundo, vivir según tus esperanzas.

1. Agradece este don inefable

No creo que lo tengas, si tu corazón no lo agradece.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva [...], para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible (1 P. 1:3-4).

¿Tienes esperanza del Cielo? Es mejor que tener todo el mundo en las manos. El mayor rey de la tierra cambiaría de buen grado su corona por tu yelmo en la hora de su muerte. Su corona no le comprará este yelmo, pero tu yelmo te dará una corona, no de oro sino de gloria, que una vez puesta no se te quitará más.

Cristiano, recuerda que no hace tanto que solo tenías una terrible expectación del Infierno en lugar de la esperanza de la salvación. Pero Dios quitó las cadenas de culpa que ataban tu alma desesperada y te dio favor ante su corte celestial. De todos los hombres del mundo, eres el que más debes a la misericordia divina. Si le agradeces el pan y el vestido, ¿cuánto más esa corona?

Después de alabarle en espíritu, debes reunir además las alabanzas a Dios de tus amigos y, una vez en el Cielo, seguir alabándole por toda la eternidad a causa de este yelmo de la salvación. Nunca podrás pagar esa deuda.

2. Vive según tus esperanzas

Haya un acuerdo entre tus principios y tus prácticas; esto es, entre tu esperanza del Cielo y tu vida en la tierra. Mientras buscas la salvación, anda hacia donde se dirige tu vista. Si el cristiano deja de vivir dignamente según su llamamiento, traiciona la esperanza de Dios para él. La Palabra destaca la necesidad

de esto. Nos estimula a vivir “como es digno de los santos” (Ro. 16.2), y “como es digno del evangelio de Cristo” (Fil. 1:27).

Cuando uno quiere hacer el payaso, lo visten de harapos con un manto real, para que con la mezcla de vileza y majestuosidad falsa, haga aún más el ridículo. El diablo quiere avergonzar el nombre de Cristo y su evangelio, persuadiendo al hombre a profesar una gloriosa esperanza celestial a la vez que vive de manera totalmente indigna de semejante herencia real. ¿Qué opinas de aquel que sale a la batalla con yelmo de bronce, espada de palo y escudo de papel? Darás por sentado que no puede hacer nada al enemigo... si no matarlo de risa.

Entonces, ¿cómo viviremos a la altura de esta esperanza? Exploremos seis maneras específicas de hacerlo:

a) En las amistades

El hombre está hecho para relacionarse. ¿Pero con quién? ¡Con los que tienen igual esperanza! Los creyentes somos una sociedad distinta del mundo. “Y aprendan también los nuestros a ocuparse en buenas obras”, dice Pablo (Tit. 3.14). “Los nuestros” son los hermanos. Cuando Pedro y Juan salieron de la cárcel, enseguida “vinieron a los suyos” (Hch. 4:23). Pero cuando tenían que estar entre profanos, sabían que no estaban entre amigos, y se quedaban allí el mínimo tiempo posible.

Seguramente había muchos en Canaán que podrían haberse relacionado con Abraham, pero él sabía que no debía trabar amistad íntima con ellos. Por tanto, “habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa” (He. 11:9).

Considera adonde te lleva tu esperanza. ¿No buscamos compañeros en el camino al Cielo? ¿Acaso van allí contigo los impíos? A menos que el camino al Cielo y al Infierno se unan en una sola vía, esto nunca será así. Si tu compañero no va camino al Cielo, ¿qué consigues andando con él? ¿Contemporizarás andando en su camino? En una palabra, cristiano, tu esperanza te dirige al Cielo, y una de las cosas que esperas es ser librado de la presencia de todo mal. ¿Oras para que se cumpla

esta promesa? El objeto de tu esperanza es el tema de tus oraciones. Cuando dices: “Venga tu reino”, eso es lo que estás pidiendo. ¿Es coherente tener amistad con los impíos junto con esta esperanza y oración para ser librado de ellos?

b) En tu estilo de vida

“¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios!” (2P. 3:11-12). Cada alma creyente forma parte de la Esposa de Cristo. El día de su conversión es el día de su compromiso con Cristo por la fe; por tanto, vive esperando el día de la boda, cuando él vendrá para llevarla a la casa de su Padre, como Isaac llevó a Rebeca a la tienda de su madre. Allí vivirán entre los dulces abrazos de su amor por toda la eternidad. Cuando venga el Esposo, ¿querrá la esposa que la vea con el vestido sucio? “¿Se olvida la virgen de su atavío, o la desposada de sus galas?” (Jer. 2:32). ¿Alguna vez ha olvidado la novia preparar el vestido de boda a tiempo, o deja de ponérselo cuando espera la llegada del novio?

La santidad es el “vestido bordado” con el que serás “llevada al rey”: el Esposo (Sal. 45:14). ¿Por qué se ha aplazado la boda durante tantos años? El vestido de la novia ha tardado mucho en terminarse. Pero cuando se acabe de preparar, y te vistas con él, llegará aquel día gozoso: “Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Ap. 19:7).

Cristiano, no hay argumento más eficaz para vencer la tentación que esta esperanza. Por supuesto que es bueno vencerla sea cual sea el arma utilizada, pero los israelitas escogieron mal al acudir a los herreros filisteos “para afilar cada uno [...] su hacha o su hoz” (1 S. 13:20). El cristiano también juzga mal al utilizar el argumento del impío para vencer la tentación. Su espíritu es más puro. El argumento inocente de la esperanza te pondrá en una torre contra el pecado más fuerte que cualquier arma sofisticada del mundo inconverso.

La concupiscencia del pecador le asusta debidamente con el terror de fuego y azufre, pero tu esperanza de la gloria celestial te pone fuera del alcance de los malos deseos. ¿Ataca tu castillo un pecado sensual? Pregúntale a tu alma: “¿Pondré ahora la

cabeza en el regazo de Dalila, cuando antes quería descansar en el seno de Abraham? ¿Accederé a contaminar mi cuerpo con lujurias cuando es el mismo vestido que mi alma espera llevar en el Cielo? ¡Fuera, Satanás! No quiero tener nada que ver contigo ni con tus ofrecimientos, los cuales me harían indigno de ese lugar bendito y ese santo estado que anhelo”.

c) En tus sentimientos hacia el Cielo

“Sed sobrios, y esperad por completo en la gracia” (1 P. 1:13). Tú que esperas tener tanto en el otro mundo, bien te puedes contentar con poseer poco en este; nada es más indigno de la esperanza celestial que un corazón carnal. ¿No te parecería inadecuado que un rico con vastas tierras recogiera los restos dejados en los campos para los pobres? No te enfades, cristiano, si te digo que haces algo mucho peor al correr tras la basura mundana.

Mientras más sube el sol de verano, más intensamente brilla y da calor. Si tu esperanza de salvación se ha elevado algo en tu alma, dispersará los indignos deseos de este mundo y creará un sentimiento más cálido por el Cielo.

Agustín de Hipona, refiriéndose a una conversación que una vez sostuvo con su madre acerca del Cielo, prorrumpió: “¡Señor, qué despreciable se hizo este triste mundo a nuestros ojos el día en que nuestros corazones se caldearon con la mención de aquel lugar bendito!”. Mientras más nos acercamos al Cielo en nuestras esperanzas, más nos alejamos de la tierra y sus deseos. Al plantarnos en las alturas celestiales podremos mirar al mundo lejano como una nadería, como un montón de tierra.

d) En el dominio de la esperanza sobre el temor a la muerte

¿Por qué temer la muerte cuando esperas llegar a la vida? ¿Acaso teme el corredor arribar antes a la meta? ¿Llora la novia al acercarse la boda? Para ti la muerte es todo esto y más aún. Con ella llegará el jubileo. Serás libre. Habrás terminado la carrera y obtenido la corona; Dios mismo te coronará en cuanto tu alma abandone tu cuerpo.

No importa lo duro que haya sido el viaje, este terminará, y la muerte será tu amiga que abre el arca de tu cuerpo para lle-

var a tu alma a salvo hasta la orilla de la eternidad, a las puertas del Padre celestial. En resumen, tu Esposo vendrá a buscarte, llamando, por mano de la muerte, para que salgas. Así podrá cumplir la promesa hecha en el día de tus esponsales. No amas mucho al Señor si no estás dispuesto a salir de aquí y disfrutar de su presencia bendita en el palacio real del Cielo, donde se han hecho preparativos para recibirte que aquí ni siquiera te imaginas.

Los impíos dicen que no creen que los cristianos estemos tan convencidos de la gloria celestial como profesamos; porque de ser así, no temeríamos tanto el llegar allá. Todo temor de la muerte revela una gran incredulidad y poca esperanza. Cuando no tenemos un concepto correcto de la muerte, esta nos asusta. Si la fe viera más allá para asegurarnos del bien, estaríamos tan tranquilos como ahora nos asustamos.

El caballo disfruta del mismo heno en el establo que lo asustaba al verlo amontonado en el camino. Entonces no sabía lo que era. Cristiano, si comprendes el mensaje de la muerte, el temor de ella se desvanecerá. Te sacará de las experiencias conocidas de esta vida, pero te llevará a gozos incomparablemente superiores. En un banquete nadie critica al criado que se lleva el primer plato, para poder traer el segundo.

e) En el gozo de la esperanza

Un corazón triste no es digno de una esperanza viva. Solo el siervo sin esperanza de paga sirve con semblante apesadumbrado. Pero ya que este no es tu temor, deshonoras a Dios y a ti mismo si demuestras un espíritu abatido.

Cristo no quiere morar en un corazón triste más que tú en una casa sombría: “La cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza” (He. 3:6). Abre todas las ventanas y deja entrar la luz radiante de su promesa para ti. No invitamos a los amigos a un cuarto sin luz, ni los recibimos con mala actitud, ya que pensarían que nos aburre su compañía. Cristo trae la buena noticia y merece mejor acogida que un espíritu abatido. Si a los condenados se les susurrara la menor esperanza de salvación, brillaría la luz en el Infierno y habría regocijo en medio del tormento. Aver-

güéncense los creyentes negligentes si unas pocas nubes de corta aflicción los envuelven en tales tinieblas y la esperanza celestial no basta para cambiar su lamento en gozo y consuelo.

f) En el temor de Dios

“Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia” (Sal. 147:11). Con demasiada frecuencia los hijos pierden el respeto hacia sus padres una vez entregada la herencia. Aunque no se puede acusar justamente a la doctrina de la seguridad de salvación de producir este fruto amargo, somos demasiado propensos a abusar de ella. Aun los mejores cristianos pueden verse fuertemente tentados después de recibir el amor de Dios y la vida eterna bajo el sello de la seguridad de su esperanza, cayendo en graves pecados.

Dios abrió la profundidad de su corazón y demostró su amor para con David y Salomón en gran medida antes de que los dos cedieran al pecado. Una mancha en su historial muestra las sombras oscuras de su pecado a la luz de este amor divino. Su historia nos deja ejemplos de debilidad humana, pero también revela una esperanza inalterable; esta esperanza se expresa en sumo gozo por la certeza de nuestra gloria venidera, y debemos alimentar un santo temor de Dios en el corazón.

El diablo se complace si puede hacer pecar a los cristianos, pero se gloria más cuando puede echarlos por tierra con sus trajes reales, haciéndolos contaminar su manto de salvación. Si lo logra, intentará insultar a Dios mostrándole el dilema de su hijo y burlándose juntamente con el mundo de la convicción del cristiano. Después de lanzar al cristiano a algún pecado inundo, Satanás le pregunta a Dios: “¿Es *esta* la garantía que le diste del Cielo? ¿Es *este* el manto de salvación que le diste? Mira dónde lo ha puesto, y cómo ha abusado de tu gracia”. ¡Temblamos al pensar en dar pie a que el diablo blasfeme de esa manera del Dios vivo!

Los hijos amados de Dios no deben holgazanear al sol del amor divino, sino seguir adelante en el camino del deber, ya que Dios ha tenido la bondad de sembrarlo de gozo. Pero no debemos perder el temor reverente a Dios por su familiaridad con nosotros.

Moisés es un buen ejemplo de esto. ¿Cuándo trató el Todopoderoso a nadie con mayor familiaridad y confianza que a él, con quién habló cara a cara? ¿Cómo reaccionó Moisés ante este acto trascendente de la gracia? ¿Acaso se insolentó, olvidando la distancia que había entre él y Dios, cuando su Divina Majestad se rebajó para hablarle de forma tan humilde? No; su corazón se llenó más que nunca de reverencia. Toda la bondad de Dios, especialmente su misericordia perdonadora, no pudo por menos de aumentar su gozo y llenar su alma de dulce amor por ese Dios tan lleno de gracia. Pero el temor reverente de Moisés no se perdió en la marea de sus preciosos sentimientos: “Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hasta el suelo y adoró” (Ex. 34:8). Este favorito del Cielo mostró su temor de Dios cuando Dios le expresó su amor.

Por qué debemos reforzar la esperanza

Igual que existe la fe débil, también existe la esperanza inestable. Debemos establecer y consolidar la esperanza con el uso diligente de todos los medios a nuestro alcance. La esperanza es firme y sólida cuando el cristiano no teme a la oposición. El anclaje de la esperanza en la promesa evita que se caiga en el desaliento y en temores que engullen a los que carecen de esperanza.

Mientras más se purifique el oro de la escoria y de todo lo que le es ajeno, más sólido y valioso será. Mientras más se purifique la esperanza, quitando la presunción infundada por una parte, y el temor y la desconfianza abyectos por otra, más fuerte se hará. La Escritura llama a esto la “plena certeza de la esperanza” (He. 6:11). Para provocarte al celo santo en cuanto a establecer esta esperanza, considera estos tres argumentos: primero, es tu deber; segundo, el negarte a fortalecer la esperanza demuestra poca estima por Cristo y su salvación; y tercero, puedes ver tu esperanza probada con severidad.

1. Es tu deber

Algunos dicen que no hay que luchar por la seguridad. Pero juzgue el cristiano si es mejor creer a estos o a Dios. El Espíritu Santo dice:

Deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas (He. 6:11-12).

Dios mismo exhorta al creyente a buscar “plena certeza de la esperanza”. Aquel que tenga poca esperanza navega a sota-vento, pero Pablo prefiere que el cristiano corra empujado por el viento fuerte que lo llevará al Cielo. Esto solo es posible cuando el alma, como una vela desplegada, se llena tanto de la bondad y verdad de la promesa, que se goza en la certeza de lo que tendrá al arribar a la eternidad, aunque ahora pase tempestades de mil tentaciones y pruebas en la travesía.

¿A quién asigna el Espíritu este deber? A todo creyente. Es pecado que un pobre codicie los bienes del rico para sí, sin contentarse con menos; pero en la vida espiritual, es aceptable que el cristiano anhele todas las riquezas de la gracia. Pablo mismo no pensará mal de ti si trabajas para obtener mayor fe y una esperanza tan vigorosa como la suya. ¡No te conformes con menos!

Finalmente, observa que la Escritura interpreta la débil virtud de los creyentes como pereza. Así expresa Pablo su deseo: “No os hagáis perezosos” (He. 6:12). La mano diligente acumula tesoros en el mundo y también en el Cielo.

2. Negarte a fortalecer la esperanza demuestra poca estima por Cristo y su salvación

Nos esforzamos por conseguir lo que más atesoramos. Si un príncipe perdiera un centavo y le dijeran que lo habían encontrado, le daría igual por su poco valor. Pero si su reino estuviera en juego en la guerra, y le informaran de la derrota del enemigo, anhelaría la confirmación del mensaje.

¿Vale tan poco para ti el Cielo, que te contentas con escasas probabilidades y un “quizá llegue”? Si no te interesa más que eso, desprecias aquel santo lugar. Cuando Acab guió a su ejército contra Ramot de Galaad, Micaías le profetizó la victoria: “Sube y serás prosperado” (1 R. 22:15). Pero el rey sospechaba correctamente que el Profeta le mentía, y lo reprendió:

“¿Hasta cuántas veces he de exigirte que no me digas sino la verdad en nombre de Jehová?” (v. 16).

Si tienes alguna esperanza del Cielo, y crees que de ella depende tu felicidad o tu desdicha eterna, debes escudriñar tu corazón a la luz de la Palabra de Dios. Y después de un repaso imparcial de lo que leas en ella, manda a tu conciencia que te diga la verdad sin tapujos: cuál es tu verdadero estado espiritual y si tienes o no esta esperanza de salvación.

Cuando Pedro se enteró de la resurrección de Cristo, no lo creyó del todo; pero corrió rápidamente para ver la tumba, demostrando así su gran amor al Señor. Cristiano, aunque la promesa de vida eterna no haya producido aún en ti tal seguridad que puedas disfrutar de la esperanza sin dudas, puedes mostrar tu aprecio por ella intentando fortalecer tu esperanza y apartar la duda.

3. Puedes ver tu esperanza severamente probada

El marinero entendido prepara su barco para lo peor. Se anticipa al mal tiempo y a los vientos que puedan crear problemas. Al final tal vez sea una travesía agradable, pero él sabe que es más fácil cargar provisiones antes de zarpar que conseguirlas en alta mar. La protección no se suele hallar en la prueba si no se ha buscado en la bonanza. Dios mismo nos dice: “Os es necesaria la paciencia [esto es, de antemano], para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (He. 10:36). También hay que hacer acopio de esperanza, ya que la paciencia carga todo sobre las espaldas de esta.

No sabemos las aflicciones y tentaciones que Dios pondrá sobre nosotros, de forma que jamás debemos dejar de fortalecer nuestra esperanza. Hay deberes difíciles que cumplir y duras pruebas que soportar, las cuales requieren una esperanza proporcional. Se nos dice que retengamos “firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza” (He. 3:6).

¿Puede gozarse el cristiano que tiene una esperanza débil? No; es como un barco que hace agua, cargado de riqueza; el temor al naufragio quita el gozo del dueño del tesoro. Si le mandaras gozarse en su herencia celestial, te dirá que a lo mejor ni siquiera llega a poseerla.

Es duro tener que esperar pacientemente la misericordia de Dios por mucho tiempo, pero “bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová” (Lm. 3:26). Una esperanza débil está falta de aliento y no puede esperar con tranquilidad. Los impacientes suelen ser difíciles de complacer; se quejan si no consiguen exactamente lo que quieren cuando lo quieren.

Cuando la fe y la esperanza de David estaban debilitadas, reñía con todos. Ni siquiera el profeta que le llevó noticias del reino escapó a la censura, solo porque la promesa tardó más de lo que él esperaba: “Y dije en mi apresuramiento: Todo hombre es mentiroso” (Sal. 116:11). La promesa no llegó ni con un día de retraso sobre su tiempo debido, pero David se perdió la plenitud del cumplimiento de esta por su impaciencia. Piensa en el Salmista cuando su fe y esperanza estaban fuertes. Entonces no se apresuraba a pedir la misericordia de Dios, sino que sabía que su victoria se encontraba tan segura en las manos de Dios como si estuviera en las suyas propias: “¡Oh Dios [...], esperamos ante ti alabándote en silencio” (Sal. 65:1, *La Biblia al día*). Es como si dijera: “Señor, espero tranquilamente el momento de alabarte; mi alma no se turbará por tu demora. No murmuro, sino que afinó el arpa y los instrumentos con confianza, para poder cantar cuando venga la noticia de mi liberación”.

No es fácil que un niño espere pacientemente la cena cuando ve los preparativos de un gran festín; pero el adulto espera aunque aquella tarde más de lo normal. Nuestra inmadurez y debilidad en la virtud (especialmente en la esperanza) nos hacen impacientes esperando el momento de Dios. Fortalece tu esperanza, y tu paciencia también crecerá.

En resumen, cristiano, puede que tengas que pasar por muchas pruebas y tentaciones antes de entrar en el Cielo y revestirte de salvación. Defiende ahora tu esperanza y ella te defenderá en la prueba; fortalece tu esperanza y te apoyará. Todo el cuerpo ayuda a proteger la cabeza. Las manos desvían los golpes, y los pies corren para sacarla del peligro. La boca toma de buen grado medicinas para curar el dolor. La salvación es para el alma como la cabeza para el cuerpo: es lo que más se debe proteger. La esperanza representa para la salvación lo que el

yelmo para la cabeza. El necio que se pone un yelmo frágil en la batalla, es como aquel que arriesga su salvación con una esperanza débil. Cristiano, el resultado de la batalla contra el enemigo depende de tu esperanza: fallando esta, lo pierdes todo.

La esperanza libra batalla contra las tentaciones y el sufrimiento como el príncipe en medio de su ejército. Alienta a sus hombres observándolos y aplaudiéndolos. Pero si se informa de la muerte del rey, el coraje del ejército se tambalea. Por eso Acab insistió en que le apoyaran en su carro para ocultar sus heridas mortales ante la tropa.

Satanás apunta sus dardos contra tu esperanza. Si dan en el blanco, tu alma sangrará mucho y empezará a derramar preguntas por la herida: “¿Se pueden perdonar pecados tan viles como los míos? ¿Alguna vez se sanarán estas llagas de lujuria tan infectadas? ¿Se quitarán estas aflicciones que por tanto tiempo he aguantado, o podré soportarlas más?”. Lucha por tu vida y sostén tu esperanza herida en el carro de la promesa; no te doblegues en la desesperación, dejando que el diablo pisotee tu alma. En cuanto se rinda tu esperanza, ese maldito demonio tomará venganza completa y tu alma estará desamparada. Esta derrota te lastimará tanto que preguntarás desesperado: “¿Por qué he de pensar en orar, escuchar o meditar cuando no queda esperanza?”.

¿Llamamos al médico después de muerto el amigo? ¿De qué sirve refregar las extremidades, si se le ha cortado la cabeza? El ejército se desbandó en cuanto supieron de la muerte de Acab. Tú también abandonarás la idea de ganar terreno contra el pecado y Satanás si se desvanece tu esperanza. Entonces, caerás o en el ateísmo de Caín o en el terror de Judas, enterrando los pensamientos acerca de tu condición desesperada bajo un montón de proyectos mundanos.

Ahora te explicaré algunas maneras de fortalecer tu esperanza: primera, estudia la Palabra de Dios con diligencia; segunda, mantén pura la conciencia; tercera, pide mayor esperanza a Dios; cuarta, aumenta el amor; quinta, ejercita la esperanza; y sexta, recuerda las misericordias pasadas.

Cómo fortalecer la esperanza

1. Estudia la Palabra de Dios con diligencia

El cristiano crece por la Palabra y debe alimentarse de ella, o su virtud se marchitará y morirá. El niño de pecho come muy a menudo. Dios ha provisto en su Palabra el alimento para cada virtud, y la Escritura criará una esperanza sólida y fuerte: “A fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Ro. 15:4). El diablo lo sabe tan bien que se esfuerza por privar al cristiano de la ayuda almacenada en la Palabra. Tiene razón, porque mientras fluya libremente ese río que alegra la Ciudad de Dios con el consuelo de sus preciosas promesas, nunca podrá poner sitio a la Ciudad.

El diablo priva a algunos de este alivio bíblico por la mera pereza de ellos. Se quejan de dudas y temores como los holgazanes que lloran su pobreza, tendidos en la cama. Pero no se levantan para escudriñar la Palabra y satisfacer su necesidad. Estos, más que ninguno, venden barato su consuelo. ¿Quién se compadece del hambriento que tiene el pan delante pero se niega a levantar la mano para tomarlo?

Satanás presenta a algunos cristianos aplicaciones falsas de la Palabra para turbar su alma. El diablo es un estudioso de la teología excepcionalmente inteligente, y solo emplea su conocimiento de la Escritura para atraer al creyente al pecado, o a la desesperación por haber caído en él. Es como un abogado deshonesto que utiliza su habilidad legal únicamente para poner en apuros a los hombres honrados con el enmarañado pleito que presenta contra ellos.

Si Satanás manipula con tanta eficacia la Palabra para debilitar tu esperanza y privarte de tu herencia, has de adquirir una santa destreza para mantener el derecho y defender tu esperanza. Por tanto, en tu estudio de la Palabra de Dios, debes perseguir con ahínco dos metas hasta que las alcances:

a) El conocimiento de las condiciones para la salvación y vida eterna explicadas en la Palabra

Porque hay ciertas condiciones; si no, la salvación sería gratis para todos, fueran creyentes o no. Si Dios no hubiera puesto lí-

mites en el Sinaí, especificando quién debía subir al monte, todos hubiesen podido acompañar a Moisés. Si Dios no pone condiciones, el pecador más abominable, al igual que el creyente más humilde, podrá tocar el santo monte de Dios. En cuanto a la salvación, la Palabra pone dos condiciones, según los dos pactos.

1. *El pacto de la naturaleza o pacto de la ley.* Dios hizo este pacto con Adán con la condición de una obediencia perfecta. Esto no se requiere ya, y aquel que se detenga ante esa puerta con la esperanza de encontrar vida, la encontrará cerrada a cal y canto. A la vez, se privará de la verdadera puerta que está abierta: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gá. 5:4). Por tanto, hemos de descubrir el otro pacto.

2. *El pacto de gracia.* La condición del nuevo pacto son el arrepentimiento y la fe. En el mismo Dios y el hombre vuelven a ser amigos; como si Dios hubiera querido impedir que sus amigos se alejaran nunca de él. Intenta creer estas promesas y aferrarte, como a principio inmutable, a la verdad de que aquel que se arrepiente de veras de sus pecados, y recibe a Cristo como Señor y Salvador con “fe no fingida”, tiene la Palabra y el juramento de Dios garantizándole el perdón de sus pecados y la salvación de su alma.

El peso de toda la casa del cristiano descansa tan completamente sobre el arrepentimiento y la fe, que el Espíritu de Dios ha borrado toda duda en cuanto a su certeza: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (Is. 53:4). No hay duda: fue él quien pagó nuestra deuda. ¿Por qué si no, el Hijo de Dios habría sufrido hasta la muerte? ¿Para darnos un modelo de paciencia? Ciertamente sí, pero esa no es la única razón, porque algunos cristianos han sido grandes ejemplos de paciencia. Había algo más: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (v. 5). Esta empresa era tan enorme que ningún santo hubiera podido llevarla a cabo por nosotros; solo el Hijo de Dios: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15).

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para per-

donar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). ¿Qué temerá, pues, el arrepentido? “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento” (He. 6:17). No podemos pedir mayor seguridad que la que, en su fidelidad, nos da nuestro Dios por voluntad propia. El gobierno romano no exigía juramento a sus magistrados, dando por sentado que el honor de estos era garantía suficiente de su justicia. La Palabra de Dios merece, por tanto, la más absoluta confianza, ya que él se rebajó a hacernos un juramento que penetrara en nuestras mentes como una verdad indiscutible.

b) Asegúrate de ser un pecador arrepentido y creyente

En la Biblia leemos acerca de una seguridad triple: primeramente, la seguridad del *entendimiento* (Col. 2:2); en segundo lugar, *la certidumbre de la fe* (He. 10:22); y en tercer lugar, *la certeza de la esperanza* (He. 6:11). El conocimiento plantea la hipótesis, la fe formula la proposición, y la esperanza llega a la conclusión.

Entonces, el cristiano puede decir: “Sé por la Palabra que el pecador arrepentido y fiel se salvará; mi conciencia me muestra que *yo* estoy arrepentido y creo. Aunque sea indigno, tengo certeza de la salvación”. En la misma medida que el creyente concuerda con la verdad de Dios y se arrepiente, así de fuerte o débil es su esperanza. Si su asentimiento a la verdad de la promesa es débil, o vacilantes sus pruebas de poseer la fe y el arrepentimiento, la esperanza que nacerá de ellos heredará las debilidades de sus progenitores.

2. Mantén pura la conciencia

La vida santa en este mundo presente va unida a la búsqueda de “la esperanza bienaventurada” (Tit. 2:12-13). Un alma sin santificar está privada de toda esperanza verdadera, y el creyente negligente en su andar cristiano pronto verá vacilar su esperanza.

Todo pecado trae consigo temores y temblor de corazón al pecador. Pero los pecados deliberados son un veneno mortal para la esperanza del cristiano, y tarde o temprano la destrui-

rán. El pecado consume la vida del cristiano, y hace que este tenga miedo de pensar en Dios: “Me acordaba de Dios, y me conmovía” (Sal. 77:3). Teme mirar al Dios de justicia. A fin de cuentas, ¿qué criado quiere que su amo lo encuentre borracho?

Cuando los amigos de Calvino intentaron hacerle dejar sus estudios nocturnos, les preguntó si querían que su Señor lo encontrara ocioso. ¡Ojalá que la muerte no te sobrevenga cuando estés tirado en el charco de algún pecado sin confesar o del que no te hayas arrepentido! En esas condiciones, ¿te llevará tu esperanza a la eternidad con gozo? ¿Puede volar un pájaro con un ala rota? La fe y la buena conciencia son las dos alas de la esperanza. Si el pecado ha herido tu conciencia, renueva el arrepentimiento para poder recibir el perdón con fe y recuperar la esperanza.

Si un israelita empeñaba su vestido, Dios en su misericordia proveía para su devolución antes del anochecer: “Porque sólo eso es su cubierta [...]. ¿En qué dormiré?” (Éx. 22:27). La esperanza es el abrigo del cristiano, que envuelve su cuerpo cuando lo acuesta a dormir en la tumba. David dice: “Mi carne también reposará confiadamente” (Sal. 16:9). Cristiano, recupera tu esperanza antes del anochecer de tu vida, o ciertamente te dormirás con dolor. El que no tiene esperanza de resucitar a la vida lo pasa mal al acostarse en la tumba.

3. Pide a Dios una esperanza más fuerte

Así alentaba Pablo a los cristianos de Roma: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Ro. 15:13). Dios es el Dios de la esperanza, no solo de la primera semilla, sino de todo el crecimiento y la cosecha de la misma en nosotros. Él no entrega al creyente la primera gracia de la conversión para dejar la conclusión de esta enteramente en manos de su habilidad humana.

Aségurate de reconocer humildemente a Dios esperando constantemente de él tu crecimiento espiritual: “Los leoncillos [buscan] de Dios su comida” (Sal. 104:21). Dios les ha enseñado a expresar su necesidad cuando tienen hambre, y así aprenden que su Creador también es su Sustentador. Al principio, el

niño solo expresa su necesidad con el llanto, pero en cuanto reconocozca a su madre, dirigirá a ella sus reclamaciones.

Cristiano, el Padre siempre puede encontrarte. Sabe lo que quieres; pero espera hasta que clames a él para dártelo. ¿No cuida Dios de los animales del campo? Entonces, ciertamente cuidará de ti, el hijo de su casa. Puede que veas negada la petición de mayores riquezas, pero el que pide mayor gracia pronto obtendrá respuesta.

4. Aumenta el amor

El amor tiene una fuerte influencia secreta sobre la esperanza. Moisés mostró su hermandad con aquel israelita al matar al egipcio que había luchado con él. El amor mata el temor servil (uno de los peores enemigos de la esperanza), fortaleciendo así las manos de esta. El que arranca las malas hierbas ayuda a crecer al trigo. El temor oprime el espíritu del creyente impidiéndole que actúe o espere con vigor: “El perfecto amor echa fuera el temor” (1 Jn. 4:18). La libre echará fuera a la esclava. El temor es de la raza de Agar, esclavizando a todos los que participan de él.

El amor no tolera el temor. El alma amorosa dice: “¿Tendré temor de que me haga daño Aquel que más me ama? ¡Fuera, temor y duda! No hay lugar para vosotros en mi corazón”.

Mientras más ames a Cristo, más fuerte será tu esperanza en él y lo esperarás con mayor tranquilidad. Estas dos virtudes a menudo van unidas en la Palabra: “Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo” (2 Ts. 3:5). Si lo amas, esperarás en él: “Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Jud. 21).

5. Ejercita la esperanza

La repetición fortalece la costumbre. No tienes más dinero al terminar el año que lo que ahorraste. Por supuesto que está bien no haberlo perdido, pero podrías haberlo invertido para obtener beneficios. Cristo dijo al siervo perezoso: “Debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses” (Mt. 25:27).

Las promesas de Dios son la base para la actuación de la esperanza. Igual que es imposible que alguien viva sin aire, así la fe y la esperanza no pueden vivir sin la promesa, y sin alimentarse de ella frecuentemente. Por tanto, aparta un tiempo para meditar acerca de la Palabra de Dios. Si aprecias tu salud, no te contentes con el aire que entra en tu lugar de trabajo, sino sal de vez en cuando al campo para tomar el aire fresco en plena libertad. Si eres un creyente sabio, no te bastará con pensar de vez en cuando en las promesas de Dios entre tus preocupaciones, sino que buscarás un lugar tranquilo para disfrutar meditándolas.

Sin embargo, a veces, cuando el cristiano recuerda los pecados del pasado, su esperanza se ve apabullada por las memorias que la enfrentan. Es el mejor momento para buscar una promesa en la cual la esperanza triunfa sobre el problema. David hizo esto en una situación dolorosa: “Si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal. 130:3). Pero él sacó su alma de este temor sacando esta conclusión como verdad inalterable: “Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (v. 4). Es decir: “Señor, el perdón forma parte de tu misma naturaleza; por tu corazón misericordioso, hay perdón en tu promesa. Tu misericordia no solo te hace pensar en perdonar, sino que tu fiel promesa te obliga a perdonar a todo aquel que lo pide con humildad”. David puso el cimiento de la misericordia y la fidelidad de Dios para luego volver a empezar a edificar su esperanza sobre el mismo: “Esperé yo en Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado” (v. 5). Decía: “Señor, recibo tu Palabra y por tu gracia esperaré a la puerta de la promesa; no la dejaré hasta que el perdón de mis pecados salga a mi encuentro”. Esta prueba de la bondad de Dios era tan dulce que David no quiso guardársela para sí, sino que invitó a otros creyentes a compartirla con él: “Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él; y él redimirá a Israel de todos sus pecados” (vv. 7-8). Ya que había aprendido a esperar en la fidelidad de Dios, David luchó contra la desesperación hasta vencerla.

Cuando Satanás viene para robarnos la esperanza, la duda a menudo lo acompaña con fuerza, a causa de la grandeza de

las cosas que esperamos. El alma se abruma tanto que clama: “¿Un rebelde como yo tiene derecho realmente a esperar que Dios me haga su hijo y heredero? ¿Puedo yo también recibir su perdón y favor? ¿Realmente me dará un manto de gloria en el Cielo, donde le serviré, después de no haberlo servido mejor ahora en la tierra? Es demasiado bueno para ser verdad”. Nos quedamos atónitos, igual que los discípulos ante el primer anuncio de la resurrección del Señor.

Cristiano, para ayudarte a pasar por alto este tropiezo, observa las huellas de la grandeza de Dios en su promesa. A veces las expresa con el fin de liberar nuestro pensamiento y ayudarnos a creer con mayor facilidad. Cuando Dios hizo las grandes promesas a Abraham, añadió: “Yo soy el Dios Todopoderoso” (Gn. 17:1). Y al Profeta, le dijo: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7).

¿Cómo se extiende esta gran misericordia a hijos tan indignos? Dios tiene una manera de perdonar los pecados que el hombre no puede imitar; está tan por encima de nosotros como los cielos sobre la tierra. Si comprendes esto, tendrás la llave que abre las mayores promesas de la Biblia y que te dará entrada a su infinito tesoro.

Cuando lees alguna promesa, recuerda a Aquel que la ha hecho: se trata de la Palabra *de Dios*. Cuando piensas en él, no lo limites a tu comprensión finita, sino imagínalo siempre como el Ser Infinito cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. Una vez que hayas elevado tus pensamientos a lo más alto, sabrás que distas más de alcanzar su gloria e inmensidad que aquel que intenta tocar el sol con la mano desde la cima de una montaña. Esto es atribuir grandeza a Dios.

Supongamos que un rey prometiera adoptar a un pobre tullido y hacerlo heredero de la corona. Este mensaje le parecería increíble al pobre hombre, considerando la distancia que hay entre su mísera cabaña y el palacio real. Le sería más fácil de creer si el rey le hubiera otorgado una residencia hospitalaria privada o una paga vitalicia. Pero si reconociera el gran poder creador del rey necesario para levantarlo de la nada hasta el

mayor honor, eso le ayudaría a comprender que ese extraño suceso no era del todo imposible.

Si solamente pensamos en nuestra indignidad para ir al Cielo, nunca nos daremos cuenta de que somos de los elegidos para disfrutarlo. Pero cuando creemos en el placer que Dios tiene en demostrar su grandeza, proporcionando felicidad a las miserables criaturas en lugar de prolongar su desdicha en condenación eterna, y consideramos el precio que pagó para que su misericordia nos alcanzara, entonces lo vemos como el Dios Altísimo. Sopesando estas verdades y meditando en ellas, el corazón más endurecido se abre para creer aquello que él ha dicho.

6. Recuerda las misericordias pasadas

Cuando el descanso de un creyente vigoroso se ve perturbado por grandes temores acerca del futuro, puede leer el historial del trato de la gracia de Dios con él. Así soportará la noche de aflicción con esperanza y consuelo. Los que no han hecho memoria de los ejemplos destacados del tierno favor de Dios para con ellos, perderán la dulce compañía de este consuelo.

A veces un papelito con apuntes encontrado sobre el escritorio de un hombre ayuda a salvar sus tierras; mientras que sin aquella información hubiera pasado el resto de su vida en la cárcel. A menudo, el recuerdo de una experiencia libera el alma de la desesperación: aquella cárcel donde el diablo quiere apresar al cristiano. El trato de Dios con David, con frecuencia, fue el tema de sus meditaciones y cánticos; cuando su esperanza vacilaba, la recuperaba recordando la bondad de Dios para con él: “Dije: Enfermedad mía es esta; traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo” (Sal. 77:10).

Cuando un perro pierde el rastro, vuelve sobre sus pasos para recuperarlo, y sigue tras la presa con mayor confianza que antes. Cristiano, si tu esperanza flaquea y cuestionas tu salvación eterna, mira hacia atrás para ver lo que Dios ha hecho por ti en esta vida.

El pago de algunas promesas lo recibimos aquí, pero hay que esperar al Cielo para disfrutar de otras. Dios cumple algunas promesas como garantía para nuestra fe de que las demás también se cumplirán en su momento. Cada juicio que cae sobre los

impíos es un adelanto de la suma de la ira divina que se desatará en el Infierno. Pero él ha prometido: “El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14), ni siquiera en esta vida. Comprueba tus recibos.

¿Se ha roto el poder del pecado en tu vida? ¿Ha sido destronado de tu corazón el príncipe de este mundo, a quien antes obedecías de buen grado? Entonces tienes la garantía de poseer, dentro de poco, el dominio completo sobre el pecado en el Cielo, ya que ha empezado a perder su poder sobre ti aquí en la tierra.

Observa la forma en que David alentó su esperanza de la perfecta santidad celestial con la evidencia de su santificación empezada en la tierra. Primero declara su fe en Dios, y luego lo que espera de él: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15).

¿Has sentido cómo la mano de Dios evitaba que te hundieras en la tentación y las pruebas? David sí lo había hecho, y alimentaba su esperanza de salvación eterna con el reconocimiento de esta ayuda divina: “Me tomaste de la mano derecha” (Sal. 73:23). Esta esperanza le acercaba cada vez más a su deseo: “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (v. 24).

Igual que la memoria de la bondad de Dios fortalece la esperanza de salvación del cristiano, también levanta su cabeza en medio de las peores batallas. David se hubiera aterrorizado más con las fieras miradas y la jactancia de Goliat, de no haber sido por el recuerdo del león y el oso que él había matado. Hablando en sentido figurado, David ya había dado muerte al gigante incircunciso cuando despedazó a las otras fieras. Por tanto, cuando salió a pelear contra Goliat, tenía este escudo para cubrirse: “Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo” (1 S. 17:37).

Las experiencias anteriores con Dios son un cimiento fuerte para la esperanza en las pruebas futuras y un poderoso argumento en la oración. Los creyentes utilizan estas experiencias para recordar lo que el Padre ya ha hecho por ellos, y esperar su cuidado continuado: “Sálvame de la boca del león, y líbrame de

los cuernos de los búfalos” (Sal. 22:21). El cristiano puede orar con fe por experiencia, esperando una respuesta favorable, porque las misericordias antiguas le ayudan a orar en el presente.

Dios quiere dar más consuelo con cada misericordia del que la misericordia en sí representa. Supongamos que estabas orando por una sanidad, y Dios respondiera sacándote de las fauces de la muerte cuando estaba a punto de tragarte. El consuelo de esta misericordia recibida en particular, por bueno que sea, es lo menos que Dios tiene para ti. También quiere que te apoyes en él cuando tu fe y esperanza se tambaleen en las crisis futuras: “Magullaste las cabezas del leviatán, y lo diste por comida a los moradores del desierto” (Sal. 74:14). En su misericordia junto al mar Rojo, Dios estaba pensando en lo que Israel necesitaría para vivir durante cuarenta años en el desierto. No solo quería que los israelitas se gozaran de aquella misericordia recibida, sino que la recordaran con claridad; entonces no les faltaría alimento para su fe en el desierto durante toda su peregrinación. A veces el cristiano no tiene en la mesa más que la promesa y su propia experiencia pasada; y cualquiera que no pueda hacer con estos dos platos una comida que restaure su alma, merece pasar hambre.

Dios compara su promesa con la lluvia “que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come” (Is. 55:10). ¿Por qué te conformas con la mitad de los beneficios de la misericordia divina? Cuando el Señor cumple su promesa y te libera de la prueba, te consuelas, y tu corazón derrama gratitud. Esto es “pan al que come”, algo que te satisface en el momento. ¿Y la “semilla al que siembra?”. El granjero nunca gasta todo el trigo cosechado, sino que guarda una parte para sacar otra cosecha. No te sacies del gozo de la misericordia sin guardar memoria de ella como simiente de esperanza, para fortalecerte en Dios y esperar mayor misericordia y ayuda en tu necesidad.

Has visto cómo Dios extendía la mano para ayudarte. Si no crees que él haya perdido su fuerza y su destreza, la esperanza aún tiene una base para actuar y levantar tu cabeza por encima de las aguas. Nadie se hunde en la desesperación si no se aleja del poder de Dios.

Otra manera de permitir que Dios te rescate de la desesperación es recordando las veces que él ha demostrado que tu incredulidad era un falso profeta. ¿No ha llamado a tu puerta con consuelo interior y liberación externa después de que apagaras la vela de la esperanza y dejaras de buscarlo? Acudió a Ezequías cuando este se había dado por desahuciado (Is. 38:10-11). ¿Alguna vez te has sentido solo ante el temor, como si la noche fuera eterna, sin otro amanecer posible? Aun entonces, Dios reveló como mentirosos todos esos pensamientos de desesperación con la repentina sorpresa de su dulce misericordia, cuando entró a hurtadillas para traértela. Entonces, ¿por qué te dejas asustar una y otra vez por los pensamientos de desconfianza que Dios con tanta frecuencia ha revelado como mentirosos? ¡Deja de alimentar tus esperanzas con los cadáveres de esos temores liquidados!

Recuerda también que hasta cuando te has impacientado y desesperado en la aflicción, la misericordia ha obrado entre bastidores para librarte. David es un ejemplo de ello: “Y dije en mi apresuramiento: Todo hombre es mentiroso. ¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” (Sal. 116:11-12); “Decía yo en mi premura: Cortado soy de delante de tus ojos; pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba” (Sal. 31:22). Lo que quería decir era: “¡Oraba con tan poca fe, que negaba mi propia oración! Daba por sentado que mi situación no tenía remedio; pero Dios perdonó mi impaciencia y me otorgó la misericordia que casi no tenía fe para esperar”. Con esta experiencia David alienta la esperanza turbada de todo creyente: “Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón” (v. 24).

Una exhortación a los que no poseen este yelmo

Si aún no tienes el yelmo de la salvación, y posees algo de sentido común, procurarás obtener dicho yelmo antes que nada. Empieza la búsqueda dando lugar en tu mente a estas tres consideraciones: primera, que la desesperación causa una gran tristeza; segunda, que es posible obtener la esperanza de

salvación; y tercera, que debes pensar en la crueldad que supone atraer voluntariamente sobre ti la destrucción eterna.

1. La desesperación causa una gran tristeza

Pablo dice que el hombre sin Dios tampoco tiene esperanza: “Sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Y Salomón expresó: “Es nada el corazón de los malvados” (Pr. 10:20). ¿Por qué? Porque no tienen a Dios para darles valor. Si Dios (la Luz) no brilla en tu entendimiento, estás ciego. Si Dios no consuela tu conciencia, serás un demonio rabioso o un necio ateo. Si Dios no mora en ti, el diablo lo hace; porque el corazón del hombre es una casa que nunca se queda vacía.

No se puede estar sin esperanza ni en la vida ni en la muerte. Es triste el testamento que excluye al hijo rebelde de su herencia. Pero aunque tengas riquezas, es *lo único* que posees. ¿No te inquieta el pensar que toda tu recompensa la recibes aquí, y que ya la habrás gastado cuando los creyentes empiecen a recibir la suya?

Sin embargo, es mucho peor estar sin esa esperanza cuando llega la muerte. El reo condenado prefiere permanecer en la cárcel, antes que “librarse” de ella yendo a las manos del verdugo. El alma desamparada tiene mayor razón para preferir pasar su eternidad en la peor mazmorra de la tierra que cambiar su dolor presente por el tormento del Infierno. He aquí la triste confusión en los pensamientos de los hombres culpables cuando su alma abandona el cuerpo. Si los sollozos de los amigos que acompañan a un moribundo hacen aún más difícil el tránsito de este, ¡cuánto más le asustará el terror de su propia conciencia al ver las inevitables llamas de su destino que se acerca!

¿Estás fragmentando tu corta vida con tonterías, cuando aún no has resuelto tu salvación? ¿Mimas y adornas tu cuerpo, dejando que tu alma se hunda en el Infierno? Es como pintar la puerta de la casa durante un incendio. Sería mucho mejor clamar a Dios, postrarte a sus pies con lágrimas de arrepentimiento por tus pecados, que revolcarte en placeres sensuales, dejando que tu conciencia dormida olvide temporalmente la terrible idea del castigo que se avecina.

2. Es posible obtener la esperanza de salvación

No digo en tu estado actual, porque es tan imposible que vayas al Cielo sin la salvación como que Dios mienta. Si un demonio tuviera mil mundos a su disposición, los daría todos por esta esperanza, y lo consideraría como una verdadera ganga.

Pero tú tienes muchas promesas específicas de la boca fidedigna de Dios, diciéndote que si lo buscas como él quiere, y en su momento, tan cierto como que Dios está hoy en el Cielo, vivirás allá con él en gloria: “Buscad a Dios y vivirá vuestro corazón (Sal. 69:32). Hay millones de almas ahora en el Cielo que experimentan la verdad de esta Palabra, y que antiguamente no tenían mayor derecho a ese Cielo que tú. El Cielo no está demasiado lleno para admitirte a ti, si quieres ir allí.

Una oración de Cristo en la tierra mantiene abierta la puerta del Cielo para todos los que crean en él hasta el fin del mundo: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Jn. 17:20). Esto debe hacer que tu alma se goce al oír la invitación del evangelio, como Juan que saltó en el vientre de Isabel cuando María la saludó.

Pecador, no digas nunca que los pastores te piden que trepes una colina imposible o ataques una ciudad inexpugnable. Satanás y tu propio corazón incrédulo son los que te lo dicen. Mientras los escuches a ellos, probablemente los obedecerás. Digan lo que digan, si te pierdes el Cielo, el Señor será inocente de tu sangre: tú mismo habrás labrado tu propia condenación.

Dios está dispuesto a dar lo prometido, pero tú te has apartado voluntariamente de la vida eterna. No importan tus argumentos en sentido contrario: tu corazón no quiso aceptar sus condiciones. Entonces, cuando el jurado celestial pregunte cómo recibió tu alma asesinada su miserable muerte, serás hallado culpable de tu propia condenación. Ninguno pierde a Dios, sino el que está dispuesto a separarse de él.

3. La crueldad de atraer voluntariamente sobre ti la destrucción eterna

¡Qué epitafio más triste!: “Aquí yace uno que se suicidó. He aquí alguien que no quiso ser redimido”. Vio el Infierno delan-

El yelmo del cristiano

te y se tiró de cabeza a él, haciendo caso omiso de las invitaciones de Cristo por medio de su Espíritu y de los ministros del evangelio.

Sería cruel el hombre que dejara morir de hambre a su propio caballo en el establo, teniendo heno y trigo de sobra para darle; y aún peor sería negarle el pan al siervo que suplica el sustento. ¿Y si fuera su hijo o esposa? Ya que la naturaleza clama por sobrevivir, la mayor violación posible de la ley natural es olvidarnos de la responsabilidad que tenemos por nuestra propia vida. El que un pecador deje morir su alma de hambre rechazando a Cristo, “el pan de vida”, es una crueldad extrema

Solo los desequilibrados se suicidan físicamente, pero el suicidio espiritual es muy común. Apenas se puede entrar en una casa cualquier día de la semana, sin hallar a gente dispuesta a matar su propia alma. Llevan el cuchillo —esto es, sus pecados predilectos— que ellos mismos se clavan. Algunos están dispuestos a gastarlo todo en médicos si pelagra su vida física; pero son tan crueles con sus almas moribundas que rechazan a Cristo, el mejor Médico, que vino para sanarlos gratis.

En resumen, la sabiduría y la discreción se gastan generosamente en los asuntos mundanos, pero no se tiene el mismo cuidado con el Cielo y la salvación del alma. Es como aquel que proporciona comida a todos sus criados, pero estos, a su vez, le niegan el alimento, y es el único de la casa que pasa hambre. La gente busca ropa y comida, casa y familia, pero mientras tanto se muere de hambre. El poder de algunas concupiscencias les impiden utilizar el entendimiento para buscar la salvación. ¿Cómo puede esperar su alma sobrevivir ni prosperar?

CAPÍTULO 11

Décima consideración: La espada del cristiano

“Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios”

(Ef. 6:17).

Legamos a la sexta y última pieza de la armadura del cristiano: la espada del Espíritu. A lo largo de la historia, la espada ha sido la pieza más necesaria del equipo del soldado, y se ha utilizado más que ninguna otra arma. Un piloto sin mapas, un estudiante sin libros, un soldado sin espada; todos hacen el ridículo. Pero más que cualquiera de estos, es absurdo llamarse cristiano sin el conocimiento de la Palabra de Dios o alguna destreza en el uso de esta arma.

Normalmente al hablar de la guerra, la Escritura menciona “la espada”: “Porque espada traigo sobre todos los moradores de la tierra” (Jer. 25:29). Esto es, “traeré guerra”. La Palabra de Dios es una espada en manos del cristiano; con ella derrota a sus enemigos y logra sus hazañas: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos” (Ap. 12:11). Antes de tratar a fondo la espada del Espíritu, veamos la clase de arma que se presenta aquí para el uso del cristiano, su lugar y disposición.

El arma del cristiano

Esta arma es ofensiva y defensiva a la vez. El resto de la armadura se compone de piezas defensivas: el cinturón, la coraza, el escudo, el calzado y el yelmo. Pero la espada defiende al cristiano a la vez que hiere a su enemigo.

1. Es defensiva

Por muy gloriosas que sean las demás piezas de la armadura del cristiano, pronto se vería desarmado si no llevara la espada en la mano. Al creyente lo despojarían de todas sus virtudes sin esta espada para defenderlas y defenderse contra la furia de Satanás: “Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido” (Sal 119:92).

Es algo parecido a la espada ardiente que Dios puso para impedir que Adán volviera al Paraíso. A menudo se compara al creyente con el huerto y el jardín de Cristo; con la espada de la Palabra, este último impide que Satanás, con sus constantes incursiones, robe las dulces consolaciones y virtudes de Dios que posee el cristiano. La Palabra de Dios atemoriza a Satanás, que no puede superar el terror que le causa. Solo con decir: “Escrito está”, Cristo ahuyenta al diablo confundido y aterrorizado. Los creyentes han hallado que el arma que mejor los defiende de las peores tentaciones de Satanás, es esta frase que Cristo mismo empleó.

Pregunta a David qué arma utilizó para desviar los golpes del enemigo; y te dirá que fue la Palabra de Dios: “En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios yo me he guardado de las sendas de los violentos” (Sal. 17:4). Esto es: “Con la ayuda de tu Palabra me he preservado de las malas obras que destruyen a aquellos que no tienen esta arma”.

2. Es ofensiva

A la vez que defiende al soldado, la espada también hiere a su enemigo. La Palabra de Dios mata tanto como protege. No solamente impide que creyente se rinda a la tentación externa, sino que mata sus pasiones internas y consigue la victoria. Alguien puede escapar de su enemigo un día, y verse derrotado al siguiente. Algunos son capaces de evitar contaminarse con el mundo temporalmente, pero al final los mata su enemigo secreto: aquella pasión que nunca fue destruida por el poder de la Palabra.

La disposición y el lugar de esta pieza de la armadura

El apóstol entrega las demás piezas de la armadura al cristiano, y al final le da la espada. Aunque el Espíritu de Dios no siempre se limita a ciertos métodos, quisiera resaltar el doble significado del lugar y la disposición de esta espada.

1. Las virtudes del Espíritu de Dios son necesarias para emplear bien la Palabra

De nada se ha abusado más que de la Palabra, ya que los hombres acuden a ella con corazones sin santificar. El hereje la utiliza para probar su doctrina falsa, ¿pero cómo puede engendrar su monstruosa prole a partir de la casta y pura Palabra de Dios? Seguramente porque acude a ella sin el cinturón de la integridad, y Dios no permite que capte la verdad.

Otros leen la Palabra y se endurecen aún más en sus concupiscencias. Adoptan una falsa seguridad por las imperfecciones de algunos santos, y siguen revolcándose presuntuosamente en su pecado. Estos desvergonzados acuden a la Palabra con corazón impuro, esperando que la coraza de justicia los defienda de las tentaciones peligrosas.

Otros, sin la fe que da vida a la verdad y las amonestaciones de su conciencia, se lanzan atrevidamente sobre esta espada, y desafían a Dios a que los golpee con ella: “¿Dónde está la palabra de Jehová? ¡Que se cumpla ahora!” (Jer. 17:15). Se burlan de esta sagrada espada, y exclaman desafiantes: “Tus amenazas terribles dicen que se acerca el Juicio. ¡Que se vea! ¿Está oxidada la espada de Dios y por eso tarda tanto en desenvainarla?”.

El alma desesperada, sin yelmo de la esperanza que la cubra, no sale mejor parada. En lugar de defenderse con la Palabra contra los temores de su conciencia culpable, se lanza sobre la espada que se le entregó para matar a su enemigo, destruyendo así su propia alma. Por eso el apóstol nos vistió primero con las otras piezas, para entregarnos luego la espada a fin de que hiciéramos buen uso de ella. La espada en manos de un loco, igual que la Palabra de Dios en boca de un impío, solo hace daño al que la empuña y a sus amigos.

2. El cristiano no está a salvo sin la Palabra

Aun después de que el cristiano se ciña la coraza de justicia, empuñe el escudo de la fe, y se cubra con el yelmo de la salvación, ha de tomar la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Esta no es un libro solamente para los alumnos más torpes de la escuela de Cristo, sino también para los más eruditos de la academia celestial. Es como la regla del arquitecto, tan necesaria para colocar la última piedra en el edificio al final de su vida, como para poner los cimientos de su conversión. Solo el constructor necio tira la plomada antes de terminar la casa.

Ahora quiero hablar de esta arma: “La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios”. La discusión se divide en tres partes: primera, el arma en sí; segunda, por qué se llama “la espada del Espíritu”; y tercera, cómo utilizarla.

I. EL ARMA EN SÍ

En primer lugar esgrimo la espada desnuda, para luego volverla a envainar. Me refiero a la Palabra de Dios en sus dos aspectos: primero, el Hijo Eterno de Dios; segundo, la Palabra declarativa de Dios, distinta según las varias maneras como él revela su mente.

Qué significa “la Palabra de Dios”

1. El Hijo eterno De Dios

“El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: *EL VERBO DE Dios*” (Ap. 19:13). Aquí se habla de una persona, Jesucristo mismo, el Hijo de Dios. Pero en el presente caso, el Espíritu es la espada de Cristo, en lugar de ser Cristo la espada del Espíritu: “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones” (v. 15).

2. La Palabra declarativa de Dios, distinta según las varias maneras como él revela su mente

Cuando en el mundo había poca gente, y vivían muchos años, Dios revelaba su pensamiento con sueños, visiones y revelaciones

inmediatas a testigos fieles, que a su vez instruían a los demás. Vivían tanto tiempo que tres hombres santos pudieron conservar la pureza de la religión, mediante tradición, desde la muerte de Adán hasta justo antes de que los israelitas descendieran a Egipto. Dios demoró el poner por escrito su voluntad porque estaba guardada con seguridad por unos hombres de confianza.

Después de acortarse la vida del hombre y multiplicarse la población, Dios escribió los Diez Mandamientos con su propio dedo en tablas de piedra, para evitar que su pueblo cayera en la idolatría y el culto falso. Luego mandó a Moisés escribir todo lo demás que había oído en el Sinaí; y mientras tanto, Dios siguió manifestando su voluntad con revelaciones sobrenaturales.

Al final, le complació que Cristo, el gran Maestro, completara su sagrada Palabra a través de los apóstoles para el uso de los creyentes hasta el final de los tiempos. Una maldición de la misma boca de Cristo caerá sobre aquel que añada o quite de la Palabra escrita de Dios:

Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro (Ap. 22:18-19).

Este libro de la Escritura da fe de todas las maneras como Dios se ha revelado directamente al hombre, y debemos recibirlo como la auténtica Palabra de Dios. Contiene el camino perfecto de la fe y la vida. Los “últimos tiempos” se llaman así porque no debemos esperar más revelación de su pensamiento: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (He. 1:1).

Las Sagradas Escrituras: auténtica Palabra de Dios

Al hablar de las “Sagradas Escrituras” me refiero a ambos Testamentos que componen la Biblia. Ellos son el único ci-

La espada del cristiano

miento sobre el que se asienta nuestra fe: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Ef. 2:20). Las Escrituras salieron, verdadera e inmediatamente, de la mente inerrante y del corazón de Dios, como el aliento sale del cuerpo: “Toda la Escritura es inspirada [esto es, exhalada] por Dios” (2 Ti. 3:16).

Tanto el asunto como las palabras provienen de Dios, ya que ellos hablaban “no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Co. 2:13). En la Palabra, Dios no dio un tema para que lo desarrolláramos, sino que lo limitó a lo que había dicho. Por ello, no se debe dar una interpretación personal a la Palabra, sino extraer su significado de ella misma. Un pasaje ilumina otro, porque no salió del espíritu humano, “sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21).

Los seres humanos necesitan argumentos para respaldar nuestras palabras, pero la Palabra de Dios es testigo suficiente para sí misma. La verdad pura da un testimonio soberano. Cristo consideró desdeñoso tomar prestados testimonios humanos, y habló de sí mismo según la Palabra, estando bien dispuesto a que sus enemigos le aceptaran o rechazaran a la luz de este testimonio escrito.

El Espíritu de Dios estimula el corazón para que crea la Palabra de Dios, dando su peso a las razones allí expuestas. Entonces deja estas verdades selladas en el alma. Quiero compartir algunas de las razones de la Escritura que prueban el origen divino de esta. Mis dos asuntos generales serán: primero, el tema de las Escrituras; y segundo, sus efectos sobrenaturales.

La divinidad de la Escritura: su tema principal

El tema principal de las Escrituras demuestra el origen divino de estas, ya que no puede ser producto del hombre. Veamos si todas ellas llevan grabada la imagen de Dios. Examinaremos varios aspectos de la Palabra: primero, el histórico; segundo, el profético; tercero, el doctrinal; y cuarto, el preceptivo.

1. El aspecto histórico

En esta sección consideraremos: primero, la antigüedad del contenido; segundo, la sencillez e integridad de los autores.

a) La antigüedad del contenido

¿Con qué fuente de sabiduría humana podría el hombre haber escrito la historia de la creación? Los paganos, por la curiosidad natural, han descubierto que el mundo tuvo un principio, y que solo puede ser obra de Dios. ¿Pero cómo se compara su descubrimiento con la compilación de una historia específica de la obra de Dios para producir el mundo, el orden de creación de toda criatura, y el tiempo necesario para llevarlo a cabo? A fin de lograrlo, uno tendría que ser anterior al mundo entero y testigo de cada día de trabajo. El hombre, creado en el último día, no puede hacer esto.

Pero hay una historia aún más antigua que la creación en las Escrituras, que cuenta lo que se efectuó en el Cielo antes de la fundación del mundo. ¿Quién podría traernos información acerca de los decretos eternos que se decidieron entonces, y de las promesas que el Padre le hizo al Hijo de vida eterna para sus elegidos llegado el momento?

b) La sencillez e integridad de los autores

Algunos autores humanos conservan íntegra la historia de otros, reflejando sus fallos y debilidades además de sus hazañas. ¿Pero dónde están los que informan objetivamente acerca de los fallos de su propia familia? En este punto, la pluma a menudo se niega a escribir toda la verdad. Pueden hacer un borrón en su historia, pero no sobre sus propios nombres: aunque mencionen las cicatrices, estas se escribirán con letra muy pequeña.

Pero nada de este amor propio aparece en los anales bíblicos. Los autores exponen libremente su vergüenza y miseria ante el mundo. Moisés marcó con imparcialidad a su propia tribu con el sanguinario asesinato cometido en Siquem. Nada escapó a su pluma: relató el comportamiento soberbio de su propia hermana y el severo castigo que Dios le infligió a esta; y hasta habló del incesto de sus propios padres (*cf.* Ex. 6:20).

Moisés no protegió mejor su propia honra que la de su familia, sino que detalló una y otra vez sus fallos: la indisposición a obedecer a Dios; la impaciencia y murmuración ante los problemas que acarreaba el llamamiento; y la incredulidad después de recibir confirmaciones milagrosas de la promesa de Dios. Escribió al dictado de un Espíritu superior al humano.

2. El aspecto profético

Predicciones tan maravillosas como las de la Palabra solo pueden fluir de una pluma guiada por la mano divina, ya que todas acontecieron en el momento exacto de Dios. ¿De dónde provenían sino de él? “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios” (Dt. 29:29). Esta es una prerrogativa incomunicable del único Dios Verdadero, que ve todo desde la eternidad en su verdadera perspectiva, y para cuyo entendimiento infinito todo es presente.

Satanás es ambicioso y quiere que pensemos que él también puede profetizar; por tanto, ha nombrado falsos profetas para cada época a fin de dictar insultos al mundo ignorante. Pero sus predicciones no son profecías verdaderas, ni sus milagros verdaderos milagros. Estos vaticinios son oscuros y astutamente torcidos. Llevan dos caras bajo una sola capucha, y la sutil serpiente se oculta a su sombra para mantener las apariencias, salga lo que salga de la “profecía”. Teniendo esto presente, fácilmente podremos identificar algunas características de las falsas profecías de Satanás.

a) Él llama “sobrenaturales” las causas naturales

Si alguien te dice que tu amigo se morirá en pocos meses, y efectivamente se muere, podrías creer en un primer momento que fue una profecía. Pero al darte cuenta de que quien te dio la noticia era médico y había diagnosticado la enfermedad, ya no lo consideras profeta, sino médico experto. Al considerar los muchos años de experiencia que tiene Satanás en el estudio del conocimiento natural, no aceptaremos sus predicciones como profecías, sino que lo consideraremos un naturalista hábil que utiliza una corta y turbia “lista” de causas naturales.

b) Él llama “milagrosas” a las causas políticas y morales

Lo que el diablo mostró a Saúl en cuanto al destino de su ejército no fue más que una conclusión razonable a partir de las premisas que tenía delante; puesto que Dios había rechazado a Saúl como rey, ungiendo a otro en su lugar, ello, unido a la enormidad de los pecados de Saúl (que culminaron en su visita a una bruja en busca de consejo), a un gran ejército filisteo que venía en su contra y a la conciencia atormentada del rey, dio como resultado que pareciera que el diablo, sin don de profecía, hubiera previsto exactamente el destino de Saúl.

c) Dios puede revelar el futuro a Satanás como instrumento suyo que es

El verdugo no es un profeta. No puede decirle a uno la fecha de su ejecución, hasta recibir la orden del rey. Satanás podría haberle informado a Job de antemano de las aflicciones venideras sobre sus bienes, siervos, hijos y su propio cuerpo, porque Dios permitió que él fuera el instrumento que derramara todas aquellas pruebas sobre Job. Pero ni Satanás ni ninguna otra criatura es capaz de vaticinar los acontecimientos que no surjan de causas naturales o sigan las probabilidades morales y políticas.

Las profecías de la Palabra están encerradas en el armario de la voluntad de Dios para demostrar su origen divino. Vienen de Dios, que puede decirnos lo que solo él conoce. ¿Quién sino Dios podría haberle dicho a Abraham, por ejemplo, dónde estarían sus herederos y qué les ocurriría cuatrocientos años después de su muerte?

Finalmente, ¡considera las maravillosas profecías acerca de Cristo el Mesías! Su persona, nacimiento, vida, y muerte se detallan tan específicamente antes de su venida como si los profetas hubieran visto personalmente lo ocurrido.

Algunas profecías de Cristo parecen demasiado poco importantes para merecer un lugar en la profecía sagrada. Por ejemplo, el hecho de que el Salvador montara sobre un pollino; las treinta monedas de plata; el que sus huesos se conservaran intactos, mientras que los de los hombres que murieron con él fueran quebrados. Estas referencias aparentemente de poca im-

portancia han ayudado a fortalecer la fe en la profecía. Gran parte del peso del argumento que prueba la verdad divina de esta última, gira sobre esas menudas bisagras: ¡mientras más pequeñas sean en sí mismas, más aguda será la visión que detecte semejantes detalles a tanta distancia! Solo una mente infinita los podría haber percibido.

Estas profecías se han leído y conocido desde hace tanto tiempo que es imposible que el diablo las desconociera y no hiciera todo lo posible por evitar que se divulgasen. Sin embargo, todas sus mentiras y sus ataques persistentes no bastaron para evitar el cumplimiento de cada una de ellas en su momento. La sabiduría y el poder de Dios iluminan con tal fuerza que ningún oscuro enemigo de la Palabra puede prevalecer contra ella.

3. El aspecto doctrinal

Me refiero únicamente a los principios de la fe plasmados en la Escritura para ser creídos y aceptados por todo aquel que desee la vida eterna. Bastarán unos pocos ejemplos.

Primero, Dios mismo, objeto principal de nuestra fe. Solo él puede revelarnos su Ser y naturaleza. El razonamiento natural señala a la existencia de un Dios, y su poder se percibe en la naturaleza. ¿Pero cómo llegan los incultos al conocimiento verdadero de Dios, cuando los grandes filósofos van dando tumbos tras un sinnúmero de teorías sin encontrar la puerta? El apóstol responde: “El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21).

Dios mismo debe revelar la trinidad de personas que constituyen la Divinidad, porque el corazón humano nunca alcanzará por sí solo esta verdad. Lo mismo se puede decir del evangelio: Jesucristo, el Dios-hombre, la justificación por la fe en su sangre y todo el método de la gracia y la salvación por medio de él. Estas verdades nunca penetrarán en el corazón del más erudito del mundo; pero un niño, al oír la predicación del evangelio, cree estos misterios que hasta Platón y Aristóteles pasaron por alto.

Una vez revelados tales misterios por la comunicación divina, nuestra razón los contempla como algo desconocido para la mente natural. Es como si el búho dijera que el sol no da

luz porque sus débiles ojos no aguantan mirarlo. Debemos creer estas verdades por la confianza que tenemos en Aquel que las plantea, sin aceptarlas o rechazarlas según concuerden o no con nuestro razonamiento. El que intente tratar esta doctrina según su razón en lugar de por la fe será como el herrero que toma un hierro candente en la mano sin usar las pinzas. ¡Solo cabe esperar que se queme!

4. El aspecto preceptivo

El aspecto preceptivo de la Palabra contiene mandamientos e instrucciones. Lleva en sí la marca de la divinidad, y esto se ve claramente si consideramos: primero, el vasto ámbito cubierto por los mandamientos bíblicos; y segundo, la pureza de los mismos.

a) El vasto ámbito de los mandamientos bíblicos

¿Acaso un príncipe dicta leyes para toda la humanidad sin considerar las naciones y pueblos que se hallan en el ámbito de su poder? El Imperio romano fue el más grande del mundo, pero aun cuando el águila romana estaba en su apogeo, solo abarcaba una parte relativamente pequeña del mundo. ¡Qué vanidad sería que un emperador dictara leyes para aquellas naciones que ni siquiera lo conocen!

Pero la Escritura contiene leyes para toda la humanidad, en todas partes, hasta donde nunca se ha visto una biblia. Su sonido resuena en toda la tierra, y sus palabras llegan al fin del mundo. Muchas de estas leyes son una segunda edición de lo que se hallaba escrito en las conciencias humanas aun antes de producirse la Escritura. Si las leyes indelebles impresas en las conciencias humanas son de Dios, la Palabra también proviene de él.

Los preceptos de la Escritura son para todos: ricos y pobres. También sus mandamientos abarcan al hombre entero: tanto el corazón de este —con sus pensamientos más íntimos— como su persona exterior se ven atados con estas cadenas. Aquellos textos que se refieren a nuestro deber para con Dios requieren que hagamos todo con nuestro corazón y nuestra alma. Si oramos, debe ser “en espíritu” (Jn. 4:23). En

las relaciones humanas, el corazón es vital: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón” (Lv. 19:17).

Igual que las venas siguen a las arterias en el cuerpo, las promesas y los castigos que acompañan a los mandamientos bíblicos se ajustan a la naturaleza espiritual de estos. Los galardones y castigos coinciden con la actividad espiritual o la carencia de ella: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). No dice: “Bienaventurados los que tienen manos limpias y corazón inmundo”.

“Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado” (Mal. 1:14). El engañador es un hipócrita, que da en sacrificio a Dios el vellón, el cascarón del deber en lugar de su sustancia, una obediencia externa en vez de la obediencia de corazón. Las leyes de Dios apuntan principalmente a la obediencia o desobediencia del corazón. El alma y el espíritu son la vasija que recibe las bendiciones o maldiciones, según su obediencia o desobediencia: “Alabarán a Jehová los que le buscan; vivirá vuestro corazón para siempre” (Sal. 22:26). De otra forma, “entrégalos al endurecimiento de corazón; tu maldición caiga sobre ellos” (Lm. 3:65).

¿Quién será capaz de idear leyes para dirigir los corazones, o preparar recompensas para alcanzar el alma y la conciencia? Un rey terrenal caería en ridículo si decretara que sus súbditos tuvieran que amarlo o confesar sus pensamientos infieles. Además, ¿qué rey mortal podría suponerse capaz de mantener bajo su jurisdicción el corazón y la mente de sus súbditos?

A lo largo de los años, ha habido hombres que han planeado asesinatos y se han visto atacados por su propia conciencia antes de que nadie pudiera acusarlos. Se entregaron, no por causa de alguna ley, sino por temor al arresto de su conciencia por haber violado la ley de Dios. Esta ley no solo frena las manos asesinas, sino que impide al corazón que maldiga. Rige las conciencias de los viles como el bocado, para controlar cual caballo a los pecadores más obcecados, y los refrena para que no se lo puedan quitar de la boca enteramente.

b) La pureza de los mandamientos bíblicos

Dios es “el Santo de Israel” (Is. 43:3). Solo él es perfectamente santo: “Ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos” (Job 15:15). Dios es el Único Santo, y la Biblia el único santo Libro. En los escritos más santos de los creyentes aparecen fallos cuando se los somete al escrutinio del ojo crítico. También la Escritura ha sido expuesta al examen de toda clase de hombres, pero nunca revela la menor impureza. Es tan pura que purifica al alma inmunda: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). No hay nada en la Palabra que alimente la carne ni avive ningún mal deseo. Mata a espada todo pecado y traspasa la carne de todo pecador, sea rico o pobre: “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Ro. 8:6).

Bien lo dijo Atenágoras: “Nadie puede ser un cristiano malvado, a menos que sea un hipócrita”. La Palabra que profesa como regla de su fe y de su vida no le permitirá abrazar una doctrina falsa ni práctica inmunda alguna. Solo el cristianismo puede gloriarse de esto, porque los paganos cayeron en muchas abominaciones por causa de sus dioses falsos. Pero el cristiano no puede culpar a Dios de sus propios pecados, ya que él no tienta a nadie al mal, sino que aborrece tanto la obra como al obrador de pecado. Tampoco puede culpar a la Biblia, que condena todo pecado, y a aquel que lo practica, al abismo: “Tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego” (Ro. 2:9).

¿Quién será el autor de este libro bendito, sino el Santo Dios? De haberlo compuesto alguna criatura, tendría que ser o malvada o santa.

1. *Ninguna criatura malvada hubiera podido escribir la Biblia.* Ciertamente los malvados no se hubiesen tomado las molestias de derribar su propio reino de tinieblas, como es el mensaje principal de la Palabra de principio a fin. Y, desde luego, ningún espíritu u hombre inmundo exaltaría la santidad. Por osado que sea Satanás, no tendrá la desvergüenza de reclamar como suya esta santa obra. Aunque pudiera hacerlo, la gloriosa belleza de la santidad que brilla en la Palabra de Dios impediría que ninguno en su sano juicio creyese que su autor fuera un demonio.

La espada del cristiano

Toda criatura engendra una descendencia semejante a ella misma. ¿Qué semejanza hay entre la luz y las tinieblas?

2. Ninguna criatura santa puede ser el autor de la Escritura.

¿Cómo sería capaz una criatura con una mínima chispa de amor por Dios atreverse a falsificar y blasfemar su Nombre poniendo el “así dice el Señor” bajo el suyo propio? La tierra que se tragó a Coré por fingir que era una autoridad divina, no hubiera salvado a Moisés de haber hablado este algo en nombre de Dios que no hubiera recibido de él. Nadie más que Dios tiene la autoría de la Palabra; y la ha reclamado con bastantes milagros como para convencer de su origen divino a ateos endurecidos.

La divinidad de la Escritura: sus efectos sobrenaturales

Nada puede causar un efecto mayor que sí mismo. Si hallamos efectos mayores que la capacidad de cualquier criatura, y resultan ser producto de la Palabra, es evidente que ella misma es sobrenatural. Lo que dijo el Salmista acerca del trueno, podemos aplicarlo a la voz del Todopoderoso en el Cielo: “Voz de Jehová con gloria [...] que quebranta los cedros [gobernantes y reinos...], derrama llamas de fuego” (Sal. 29:4,5,7). Con un cubo de agua de este río espiritual, los mártires apagaron las llamas del fuego al cual los habían lanzado sus enemigos: “Hace temblar el desierto” del mundo, y los pecadores más soberbios tiemblan como hojas al viento (v. 8). “Desnuda los bosques” (v. 9) y descubre a los pecadores en su mentira, donde se esconden de la venganza divina.

Más específicamente, hay cuatro efectos poderosos de la Palabra en el corazón humano cada uno de los cuales prueba su origen divino. Primero, la Palabra escudriña el corazón; segundo, convence la conciencia; tercero, consuela el alma abatida; y cuarto, tiene poder para convertir.

1. Tiene poder para escudriñar

La Palabra de Dios conoce nuestros secretos y nos revela lo que hacemos en los lugares y momentos más secretos. Entra donde ningún agente de policía puede registrar; esto es, en el corazón.

Cristo vino a sus discípulos “estando las puertas cerradas [...] y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Jn. 20:19). Así entra la Palabra en el corazón sin pedir permiso y se pone en medio de los pensamientos ocultos de este. A menudo la Palabra predicada revela los motivos del pecador como si el pastor estuviera mirando por la ventana de su casa. Dios mismo es la Palabra, y puede dividir coyunturas y tuétanos; solo a él le es posible reclamar este atributo: “Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón” (Jer. 17:10).

Si solo Dios es capaz de escudriñar el corazón, la Palabra que hace lo mismo no puede provenir sino de él. ¿Quién podría hacer una llave para este cerrojo del corazón, sino el mismo que fabricó también el cerrojo? Supongamos que dejas un dinero bajo llave, y que nadie más que tú sabe dónde escondes esa llave. Si luego encuentras la caja abierta y la llave quitada, pronto descubres quién lo hizo. Tu corazón ha sido expuesto y su secreto revelado por la Palabra. Dios está en ello; él hizo la llave. Miremos ahora dos secretos revelados por la Palabra.

a) Lo que solo uno mismo sabe

Cristo le dijo a la samaritana lo que no sabían ni sus mejores amigos. Por su revelación, ella concluyó que era profeta, un hombre de Dios. Nosotros también podemos saber que la Biblia es Palabra de Dios cuando hace lo mismo en nuestras vidas.

b) Lo que uno mismo no sabe

“Mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas” (1 Jn. 3:20). Sabe más acerca de nosotros que nosotros mismos. Su Palabra profundiza en el corazón y saca a luz la suciedad que el ojo de la conciencia nunca ha visto: “Tampoco conocerá la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Ro. 7:7).

Si la Palabra encuentra algo que nuestro examen de conciencia pasa por alto, ¿no prueba eso la intervención divina? El apóstol nos persuade a conocer el poder de la Palabra predicada para revelar el corazón: “Lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios,

declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros” (1 Co. 14:25).

2. Tiene poder para convencer

La conciencia es un castillo a salvo de todo ataque si Dios no le hace guerra. Ningún poder podrá doblegarla sino Aquel a quien obedecen el Cielo y la tierra. El que ata al hombre fuerte tiene que ser aún más fuerte que él. El Señor de la conciencia ha de ser mayor que ella. La Palabra puede quebrantar esta potencia del alma que se niega a humillarse ante nadie que no sea Dios.

Mientras Job estaba seguro bajo la mano de Dios, disfrutaba de su prosperidad y daba por sentado que su riqueza espiritual igualaba la material. Pero cuando la ley lo acusó de pecado, dejó a su conciencia tan desnuda como luego lo estaría él exteriormente. Por primera vez vio su total carencia de santidad. La Palabra tenía tal poder sobre él que lo dejó temblando al filo del abismo de su propia injusticia con su hermosa fachada de rigidez farisaica.

¿Qué hay que pueda conmover como la Palabra de Dios? Cuando Pablo, prisionero, predicó ante Félix, el juez tembló bajo su poder de convicción. Y solo Dios pudo atemorizar a los que derramaron la sangre de Cristo y despreciaron su doctrina, de forma que clamaran durante el sermón de Pedro: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hch. 2:37). Esta evidencia lleva una huella divina tan evidente como el momento en que Moisés hendió la peña con su pequeña vara.

3. Tiene poder para consolar

La conciencia es la cárcel divina en el corazón humano, y nadie puede soltar al preso sino Aquel que lo encerró allí. Solo un rey débil carece de mejor lugar para encerrar a los ofensores que una cárcel fácil de abrir. Pero cuando Dios ata a alguien con las cadenas de la convicción de pecado, nadie más puede liberarlo: “¿Quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14).

El dolor de la conciencia herida proviene de un fuerte sentir de la ira de Dios contra el pecado. Nadie puede sanarla si-

no Aquel que es capaz de asegurarle al alma la misericordia perdonadora. Este poder está tan hondo en el corazón de Dios que solo él puede ser el mensajero de esa noticia. Por tanto, la Palabra que ofrece este consuelo solo puede provenir de Dios.

Además de asegurarnos el perdón divino, la Palabra llena el alma de “gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8). No hay que esperar mayor confirmación del Cielo: el Espíritu que primero trajo la Palabra la ha sellado en el corazón de un sinnúmero de creyentes.

Todos los cristianos reconocen que su consuelo y su paz se sacan de estos pozos de la salvación: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (Sal. 94:19). Por otra parte, “fueron afligidos los insensatos, a causa del camino de su rebelión” (Sal. 107:17). ¿Qué podría aliviarlos? No hay otro alivio que la oración y las lágrimas: “Clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones” (v. 19). Observa la llave que Dios usa para abrir su celda: “Envío su palabra, y los sanó” (v. 20).

La Palabra hace grandes hazañas: apaga las mismas llamas del Infierno. La luz de su gozo es tan pura y poderosa en el corazón del santo, que apaga el gozo carnal con sus rayos, como el sol anula la luz del fuego en el hogar. La Palabra pisotea escorpiones y serpientes, y los deja sin poder para dañar a los creyentes. Derrota el temor de la muerte. Los demonios conocen la Palabra y la rehuyen, abandonando sus fortalezas y las conciencias para que la Palabra entre con sus dulces y eficaces consuelos. La Palabra hace salir ilesa al alma que estaba atada por la desesperación y arrojada al horno de la ira divina. Hace bajar el Cielo a la tierra y da al alma creyente una visión tan clara de la Jerusalén celestial como si ya se paseara por sus calles. Finalmente, la Palabra sacia al creyente con el mismo festín que disfrutaban los santos en gloria.

4. Tiene poder para convertir

Cuando los discípulos de Juan preguntaron a Cristo si era el Mesías, él no les respondió directamente, sino que les permitió sacar su respuesta de las maravillosas obras que hacía:

La espada del cristiano

Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio (Mt. 11:4-5).

El hombre es transformado en la naturaleza misma del evangelio y regenerado por el Espíritu que se manifiesta en este.

Hemos dejado para el final el poder de convertir que tiene la Palabra por ser el más maravilloso de todos. Al convertirse el alma, los ciegos ven. Antes estaban en tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Los cojos andan; los pies del alma corren libremente tras el Señor.

La Palabra moldea de nuevo el corazón y cambia tanto a la persona que ya no es la misma. Compara a un cordero con un lobo: el uno es manso, el otro fiero. Esto tiene que venir de Dios. ¿Cuántos fueron antes prisioneros de sus concupiscencias, dominados por tantos demonios como pecados y arrastrados por ellos, pero al oír el evangelio se sentaron a los pies de Jesús, libres y en plena posesión de sus facultades? Espero que puedas decir con el apóstol:

Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos [...]. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó [...] por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (Tit. 3:3-5).

Tú, que eres carta de Cristo escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, ¿puedes dudar que la Palabra capaz de llevarte de nuevo a Dios, haya venido de él? Sin embargo, alguien puede pasar mucho tiempo a los pies de un filósofo sin abandonar su viejo corazón lujurioso ni verlo reemplazado por un corazón nuevo y santo.

Pero aun el mejor filósofo de todos tiene pecados —como las malas actitudes— que se revelan a puerta cerrada en lo más íntimo del hombre. Los demás nunca conocerán estos pecados, pero la Palabra pisa en las alturas de la maldad espiritual y no deja for-

taleza sin tomar. Persigue al pecado y a Satanás hasta sus escondrijos y saca de sus escondites a las concupiscencias. El mismo corazón no es refugio seguro para el pecado: la Palabra lo sacará de allí, como sacó a Joab de los cuernos del altar para matarlo.

No puedo dar mejor ejemplo del poder de la Palabra para convertir que sus milagrosas conquistas cuando los primeros apóstoles salieron a predicar el evangelio de Cristo. Allí donde iban, el mundo se armaba contra ellos, y el diablo a la cabeza de la tropa resistía este ministerio de la Palabra. Pero volvieron el mundo del revés sin desenvainar otra espada que el evangelio eterno. Nada menos que el brazo del Todopoderoso podría lograr estos triunfos. Los pecadores renunciaron a los ídolos que los habían engañado toda su vida; es más, recibieron a un nuevo Señor: Jesucristo crucificado. Consideremos ahora tres circunstancias únicas que destacan la verdad de la conversión por la Palabra de Dios.

a) La humildad de los que predicaron la conversión

Los seguidores de Cristo eran tan sencillos de intelecto como carentes de sofisticación mundana. Pero esto fue lo que confundió a sus enemigos, que reconocían que aquellos pobres no podían contribuir más personalmente al éxito que los seguía que el ruido de las bocinas a la caída de los muros Jericó, o la música de Josafat a la derrota de sus formidables enemigos. La única explicación posible es que el aliento de Dios hizo sonar el clarín del evangelio, y su dulce Espíritu quebrantó el corazón de los oyentes.

b) La naturaleza de esta doctrina

El mensaje de ellos no era solamente nuevo y extraño, sino contrario a la naturaleza humana corrupta. No contenía nada que agradara a la concupiscencia del pecador. Se abraza fácilmente el cristianismo si se le presenta vestido de ramera, si se ha adulterado la pureza del mismo. Pero la doctrina excelente del cristianismo puro pone el hacha a la raíz de todo pecado y desafía a los que participan en la maldad.

El ver abrazada y creída una doctrina que es pura necedad para la razón carnal, la cual nos enseña a salvarnos por la justicia

de otro, bien puede ser que nos apartemos, atónitos como Moisés ante la zarza ardiente. La razón presenta objeciones aparentemente insalvables contra la doctrina de la fe en Cristo para librarnos del pecado y Satanás, pero multitudes de creyentes a lo largo de la historia se han entregado a ella mediante el bautismo, como soldados que juran bandera.

*c) El escaso aliciente mundano que ofrece
la Palabra a sus discípulos*

Si la Palabra prometiera el favor de reyes y puestos de honra, no nos sorprendería ver a muchos entregarse al cristianismo. Pero el evangelio predicado por los discípulos no conllevaba soborno alguno: no se arrojaban apetitosas manzanas doradas por el camino para atraer a los pecadores. Cristo manda a sus discípulos agacharse no para recoger coronas para sus cabezas, sino una cruz para sus hombros: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:24). Las palabras del Salvador enseñadas por sus discípulos no conducían a palacio, sino a la cárcel. Ellos no soñaban con un tesoro mundano, sino que se preparaban para entregar todo lo que poseían.

Cuando los creyentes están dispuestos a olvidar sus intereses terrenales (bienes, hijos, cónyuge) y a recibir la peor muerte imaginada por sus enemigos, debe de haber un poder celestial en el altar donde se sacrifican de buen grado. Los discípulos no buscaban la fama histórica, ni comprar la gloria celestial con el martirio. Su doctrina no permitía ninguna de ambas cosas, sino que les enseñaba que cuando hubieran hecho lo mejor posible y sufrido la ira de los malvados por causa de Dios, debían renunciar a toda gloria y considerarse siervos. Todas estas consideraciones juntas forman una cuerda fuerte que te atraerá, a pesar de las dudas, a una firme convicción del origen divino de la Palabra.

II. POR QUÉ A LA PALABRA DE DIOS SE LA LLAMA “LA ESPADA DEL ESPÍRITU”

La primera parte de este capítulo ha presentado el arma encomendada al cristiano: la Palabra de Dios. Esta segunda parte describe esa arma como “la espada del Espíritu”. Hay, por tanto, dos

importantes cuestiones que merecen nuestra atención en este estudio: primera, por qué se compara a la Palabra de Dios con una espada; y segunda, por qué dicha espada es atribuida al Espíritu

Por qué “la Palabra de Dios” se compara con una espada

La espada es el arma que emplean los soldados para defenderse de sus enemigos y herirlos, e ilustra el mejor uso de la Palabra de Dios: con la que el creyente se defiende a la vez que derrota a sus enemigos.

Por qué se atribuye esta espada al Espíritu

“Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios” (2 Co. 10:4). Satanás es un espíritu, y hay que luchar contra él con armas espirituales. La Palabra es una espada espiritual. Consideremos ahora tres razones por que la Palabra escrita se llama la espada del Espíritu.

1. Dios es su autor

Fue su mano la que forjó esta arma; no salió de forja humana, “si no que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21).

2. El Espíritu es el único intérprete verdadero de la Palabra
Las Escrituras deben leerse y comprenderse por medio del Espíritu que las compuso. Solo Aquel que diseñó el cerrojo puede ayudarnos a encontrar la llave: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada” (1 P. 1:20). ¿Por qué no? Porque no la dio ningún espíritu privado: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana” (v. 21). ¿Quién sino el Espíritu conoce la mente de Dios?

3. Solo el Espíritu de Dios puede hacer que la Palabra actúe en el alma

Si el Espíritu Santo no pusiera su peso en las verdades leídas y oídas, para grabar la imagen de estas en la mente y el cora-

zón, no dejarían mayor huella que un sello sobre una piedra. Lo que calmó la tempestad y llevó a los discípulos a buen puerto no fue que ellos remaran, sino que Cristo acudió en su auxilio. El estudio de la Palabra no podrá convencer la mente ni satisfacer el corazón hasta que el Espíritu Santo lo refuerce.

Cristo dijo: “¿Ahora creéis?” (Jn. 16:31). Esta misma pregunta había llamado a la puerta de ellos a menudo, pero no la pudieron recibir hasta que el Espíritu abrió la puerta.

La Palabra escrita es la espada que vence a los enemigos del cristiano

El Espíritu no hará nada por los creyentes sin la Palabra, y ellos a su vez no pueden hacer nada sin el Espíritu. La Palabra es la espada, y el Espíritu de Cristo el brazo que la esgrime en favor de los cristianos. Todas las conquistas de Cristo y sus discípulos en el mundo se hacen con esta espada. Cuando él va contra sus enemigos, lleva esta espada ceñida: “Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente” (Sal. 45:3). Su victoria se le adscribe a ella: “En tu gloria sé prosperado; cabalga sobre palabra de verdad”; esto es, sobre la Palabra de Dios (v. 4).

En Apocalipsis 1:16 vemos que Cristo “tenía en su diestra siete estrellas”. Esto indica su cuidado personal de sus hijos. ¿Y cómo los protege? “De su boca salía una espada aguda de dos filos”. Este es el maravilloso privilegio que el pacto de gracia proporciona al creyente más humilde. Adán no tenía este beneficio bajo el primer pacto; cuando cayó, una espada ardiente impidió que volviera al Paraíso. Pero no había espada para impedir que pecara cuando aún era inocente; tuvo que guardarse él mismo.

Ahora, la Palabra de Dios se interpone entre los creyentes y cualquier peligro. Esta verdad quedará aún más clara si seleccionamos a los peores enemigos del cristiano y mostramos la manera como todos ellos han de recibir el golpe mortal y caer ante la Palabra.

La Palabra de Dios derrota a los perseguidores

Los cristianos sufrirán persecución mientras el diablo tenga hijos en el mundo para heredar su reino de tinieblas. Estos crueles adversarios no temen pisotear las mismas estrellas del Cielo, cuya luz revela a los hombres mundanos sus terribles pecados.

Por tanto, los fuegos del martirio se han encendido y se han concebido matanzas de cristianos de modo que muchos creyentes inocentes permanezcan en las dolorosas fauces de la muerte el tiempo suficiente para “sentir la muerte”. ¿Qué medios utiliza Dios para escalar esas montañas de soberbia satánica? ¿Dónde están las armas para que el pueblo de Dios resista y venza a esos hombres monstruosos que desafían abiertamente al Señor?

Hallamos poderosas armas para ello en la torre de David: la Palabra de Dios. Allí hay escudos y paveses, espadas y flechas con los cuales los cristianos de todas las épocas se han defendido contra sus furiosos enemigos y triunfado sobre las potestades más altas de estos. El ejército de Dios vence a todo enemigo de una de dos maneras: por la conversión o por la destrucción. Y la Palabra de Dios es la espada que hace ambas cosas, ya que tiene doble filo.

1. La conversión

A veces los elegidos de Dios, por ignorancia y prejuicio, están unidos a los enemigos de los santos. Pero la espada del Espíritu es un cuchillo sacrificial que desgarrar sus corazones y vacía la sangre caliente de su pecado que los alejó de la Iglesia, a fin de prepararlos para ser una ofrenda aceptable a Cristo.

Los asesinos de nuestro Señor oyeron el sermón de Pedro, y con un solo pinchazo de la espada del Espíritu que tenía en su mano, empezaron a vomitar la sangre de Jesús. Estaban hastiados de sus pecados, y arrojaron inmediatamente las armas de la persecución para alistarse en el ejército de Dios.

El enemigo más furioso de Cristo fue Pablo, cuyo corazón ardía con tal odio contra la Iglesia que respiraba muerte como un horno candente. ¿Qué armas necesitó Jesús, sino solo la Pa-

labra de Dios, para cautivar el corazón de Pablo? Le predicó un sermón tan contundente desde su pulpito celestial que humilló hasta la tierra a aquel hombre soberbio, convirtiéndolo en un humilde prisionero. Entonces el Espíritu comenzó su obra de conversión.

Aquel enemigo furibundo de los santos fue domado por los terrores de la ley y renovado por la dulce misericordia del evangelio. Entonces Pablo estuvo más dispuesto a dar su propia vida en defensa de ese evangelio, que jamás lo había estado para quitar la vida a los que lo profesaban.

2. La destrucción

Si los enemigos de Dios se endurecen continuamente contra la verdad, y se niegan a arrepentirse, solo pueden esperar ser destruidos. Son como animales, “nacidos para presa y destrucción” (2 P. 2:12). Pueden saber de antemano lo que los destruirá, que no es otra cosa que la Palabra de Dios: “Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos; si alguno quiere hacerles daño, debe morir de la misma manera” (Ap. 11:5). Aquellos enemigos de los creyentes los mataron y quemaron libremente, pero la Palabra que estos predicaban los destruirá. La Palabra de Dios sobrevive para vengar a los cristianos y dar a sus enemigos el golpe de gracia.

La espada de la Palabra es de largo alcance y apunta al pecho de todos los enemigos de Dios. Aunque estos se sientan seguros y poderosos, tarde o temprano Dios abrirá una u otra puerta para que entre por ella su destrucción. El Profeta expresó la ruina venidera de los filisteos de esta manera: “Ay de los que moran en la costa del mar [...], Jehová ha pronunciado esta palabra contra vosotros” (Sof. 2:5). Es como si dijera: “Sois un pueblo perdido; el mundo entero no podrá salvaros ahora, pues la Palabra del Señor está contra vosotros”. Como un rayo, la maldición de la Palabra quema hasta la raíz del pecado. Las siete naciones de Canaán cayeron en la boca de Israel como la fruta madura cae en aquella del que sacude el árbol. La Palabra del Señor había ido delante de ellos, y el destino de sus enemigos estaba sellado.

Con demasiada frecuencia consideramos a los gobiernos co-

mo fuerzas que controlan los acontecimientos en la tierra, pero ellos no son más que un engranaje de la máquina. La Palabra de Dios decide todo lo que sucede en el escenario mundial: “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar” (Jer. 1:10). Toda la tierra es de Dios, ¿y quién tiene poder para edificar o derribar en sus terrenos, sino solo él? En su Palabra ya ha revelado sus propósitos: lo que hará exactamente a sus enemigos y a favor de sus santos.

La Palabra de Dios derrota a los herejes

El perseguidor solo mata el cuerpo, pero el seductor envenena el alma. Es mejor morir al instante por la espada que caer preso, como dice el apóstol, “en lazo del diablo” (1 Ti. 3:7).

Cuando Pablo fue atrapado en las cadenas del perseguidor, se gozó de haberse escapado del lazo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia” (2 Ti. 4:7-8). Había triunfado, como si la batalla ya hubiera acabado y él hubiera salido victorioso, cuando en realidad estaba a punto de morir a manos del verdugo de Nerón: “Yo ya estoy próximo a ser sacrificado...” (v. 6).

¿Cómo podía Pablo cantar victoria en su desesperada situación? Porque había conservado la fe. De haberla abandonado por cobardía o sacrificado por una doctrina falsa, habría perdido su alma. Pero al escoger guardar la fe, entregó su vida para recibir de manos de Dios una vida mejor que la que el hombre le había arrebatado. Aunque la espada de guerra en mano de un cruel enemigo es un duro juicio, mucho peor es propagar el error: este es el aguijón de ese juicio. Muchos piadosos pueden caer ante la espada de su enemigo, pero únicamente aquellos que no fueron sellados por Dios sentirán el dolor del veneno del error. Por tanto, solo ellos resultarán “heridos”. La espada del enemigo puede matar sin “dañar”; pero no es posible tomar ni siquiera una gota de su doctrina y permanecer ileso.

Cuando Pablo aconsejó a Timoteo que se defendiera contra los seductores, lo mandó aferrarse la Palabra: “Pero persiste tú

en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido” (1 Ti. 3:14). Podemos sobrecargarnos de otras armas al tropezar con muchos escritores, pero aquel que tiene la espada del Espíritu cuenta con todo lo necesario para enfrentarse al más feroz paladín del error adiestrado por el diablo. Los que andan en el error no pueden esgrimir esta espada contra nosotros, como tampoco un niño con una espada de palo es capaz de hacer frente a un gigante armado.

Todo error teme la luz de la Palabra, y ser examinado por esta, más que el ladrón teme al juez insobornable. Descubrir las doctrinas heréticas es derrotarlas. Cuando estas se enfrentan a la Palabra, deben agachar la cabeza como Caín, avergonzadas. Esa es la única manera de probar las enseñanzas sospechosas: si son capaces de caminar sobre las llamas de esta ley sin sufrir daño ni reprensión, pueden pasar por verdades.

Pablo nos dice que algunos “no soportarán la sana doctrina” (1 Ti. 4:3): quieren una doctrina que se ajuste a sus gustos, y la Palabra no hará nunca eso. Bernardo de Claraval dijo: “Aquel que es su propio maestro, tiene a un necio por director”. Y Dios nos amonesta del mismo modo por medio de Salomón: “El camino del necio es derecho en su opinión; mas el que obedece el consejo es sabio” (Pr. 12:15). Aquel que toma consejo de la Palabra de Dios es verdaderamente sabio.

La Palabra de Dios vence las corrupciones y concupiscencias

Estos dos enemigos resultan más formidables que los anteriores, ya que están dentro de nosotros: son pasiones que surgen y conspiran con el mismo diablo para perturbar nuestra carne. La chispa del deseo es nuestra, pero la llama la enciende Satanás; porque sus tentaciones son los vientos que la propagan. Cuando el fuego cuenta con tales vientos para avivarlo, ¿adónde nos llevará?

Es más fácil expulsar una legión entera de demonios del cuerpo que del alma una sola concupiscencia. A Satanás le gusta más alojarse en el corazón que en la casa: salió de buen grado del gadareno para meterse en los cerdos, porque al abando-

nar aquel cuerpo y contentarse por un tiempo con una casa de menos valor, esperaba encontrar la forma de poseer más plenamente las almas humanas.

La Palabra de Dios es la única arma del creyente: como la espada de Goliat, derriba y corta las tercas concupiscencias del hombre. Puede enseñorearse de nuestros deseos cuando se levantan en su soberbia. Las concupiscencias tienen mayor fuerza cuando la sangre joven es caliente e impetuosa. El sol del joven va siempre en ascenso, y este da por sentado que aún queda mucho para que llegue la noche. Brazo fuerte es aquel que desvía al joven de su pasión cuando su apetito está decidido a saborear todo placer sensual del pecado.

Pero deja que la Palabra de Dios se enfrente a este testarudo joven en toda su osadía, con el festín de deleites sensuales por delante, y comprueba lo que pasa. Si le susurras unas pocas palabras del evangelio al oído, y pinchas su conciencia con la punta de esta espada, ¡verás como huye! David tiene la receta para curar a este joven de sus concupiscencias. ¿Cómo puede quedar limpio un joven sumergiéndose en este Jordán? “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Sal. 119:9). La Palabra se basta y se sobra, pues se la llama “la vara de tu poder [el poder de Dios]” (Sal. 110:2).

Con esta vara en mano de Moisés, Dios hizo grandes milagros para turbar a los egipcios y liberar a los israelitas. Domó al soberbio Faraón, obligándolo a dejar libre a Israel. ¡Cuánto se alegraron los egipcios de verlos marchar! Con esta vara dividió el mar para que Israel pasara, ahogando a los egipcios. Y con la vara de su Palabra Dios sigue tocando las conciencias de los hombres, quebrantando sus corazones duros como el pedernal, dividiendo las olas de sus concupiscencias, y liberando a los pecadores del poder del pecado y de Satanás.

Agustín de Hipona no se pudo liberar de sus pasiones pecaminosas hasta que oyó una voz que decía: “¡Toma y lee!”. Abrió la Biblia en Romanos 13, y su lectura causó un terremoto en su alma. Las puertas de la cárcel de su corazón se abrieron enseguida y las cadenas de sus pasiones, que su propio esfuerzo nunca habían podido romper, cayeron en pedazos. Confesó que había sido esclavo de estas concupiscencias, atado por

ellas con cadenas indestructibles de placer ligado a la culpa. Se había revolcado en sus viles deseos como si se echara en un lecho perfumado; pero esta palabra llegó con tal poder y autoridad que los arrancó todos de su corazón, convirtiendo el amor que les tenía en un odio desafiante hacia ellos.

Del mismo modo que la Palabra es el arma con que Dios saca a los pecadores del poder del diablo a la libertad, también es su instrumento para defender a sus hijos de las tentaciones que intentan devolverlos al pecado. Satanás, echado de su reino, se esfuerza por reclamar al pecador perdonado.

Pero aquellos reinos que ganamos por la espada, hay que conservarlos con la espada. David relata cómo se mantuvo firme y se guardó contra el enemigo: “En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios yo me he guardado de las sendas de los violentos” (Sal. 17:4). Como si dijera: “¿Quieres saber cómo evito yo las cosas inmundas que les gustan a la mayoría? Es por la Palabra de Dios, la cual me guarda de las tentaciones que llevan a los hombres a una lenta destrucción”.

¿Puede alguien afrontar el pecado y a Satanás con mejor arma que la que utilizó Cristo para luchar contra el tentador? Por supuesto que le hubiera sido fácil derrotar al diablo con un solo rayo de su deidad, de haberlo querido hacer así, pero optó por esconder su divina majestad y permitir a Satanás que se acercara, para vencerlo con la Palabra y demostrar así el valor de la espada que legaba a sus seguidores para librar esa misma batalla.

Dios promete castigar al “leviatán” (Satanás) “con su espada dura, grande y fuerte” (Is. 27:1). Este pasaje del Antiguo Testamento se refiere a la ballena, el cetáceo devorador, que no teme a ningún pez en el mar sino solo al pez espada, por quien muchas veces resulta muerta; porque recibir una sola estocada de la espada de este hace que la ballena se apresure a la orilla y se golpee contra ella hasta morir.

Así el diablo, el gran devorador de las almas, se divierte en el mar de este mundo, como el leviatán en el océano, tragándose a la mayoría de la humanidad que no le puede hacer frente. Pero al enfrentarse a un cristiano armado que sabe utilizar la Palabra de Dios, encuentra en él un adversario más fuerte.

La Palabra de Dios vence a la aflicción

Otro enemigo que invade al cristiano es el ejército sin fin de las aflicciones. A veces le ataca una aflicción externa y la sigue de cerca una interna; otras veces, toda una tropa dispara al unísono contra el creyente. Este era el caso de Pablo, cuando dijo: “De fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Co. 7:5). Pablo soportó aflicciones externas y conflictos de corazón a la vez. Es terrible que una ciudad esté ardiendo mientras el enemigo ataca sus muros. Pero aun el cristiano más santificado a veces siente la vara sobre su espalda al tiempo que Dios reprende a su espíritu: “Con castigos por el pecado corriges al hombre, y deshaces como polilla lo más estimado de él (Sal. 39:11).

A veces Dios corrige a sus hijos con una cruz externa, pero le sonríe con manifestaciones interiores de gracia; es como si castigara con una fragante vara de romero. Lo uno suaviza lo otro. Pero otras veces, puede enviar la cruz con enojo. Castiga con aflicción exterior y, como un padre disgustado, le dice a su hijo: “Esto por este mal, aquello por el otro.”. Y cuando el cristiano está bajo la mano correctora de Dios, Satanás no anda muy lejos, ansioso de echar sal y vinagre en la herida del creyente para llevarlo aún más lejos en la tentación.

A menudo Dios envía tantas tropas de varias aflicciones contra el creyente, que a este le cuesta soportar; pero la Palabra de Dios le da una fe fresca y paciencia para evitar que su alma se ciegue con la desesperación. La Palabra le lleva al soldado cristiano todo suministro necesario: es su Consolador y su Consejero en la batalla o fuera de ella.

David afirma que su corazón hubiera muerto de no ser por la Palabra: “Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido” (Sal. 119:92). La Palabra era su Abisag espiritual, que calentaba su alma bajo la peor prueba. Todos los placeres del mundo le habrían dejado frío si la Palabra no hubiera llevado la paz interior a su corazón: “Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado” (Sal 119:50). Una promesa es más necesaria para el alma

que tiembla bajo la aflicción que un abrigo para el cuerpo en el peor invierno.

Cuando Adán fue expulsado desnudo del Paraíso al frío de este mundo, con su conciencia culpable dentro y su cruz por fuera, Dios le dio una promesa para sustentar el alma antes de darle abrigo para su cuerpo. El Señor bien sabía lo necesaria que le sería esta palabra para evitar que cayera de nuevo presa del diablo, y fuera engullido por la miseria y el dolor que le rodeaban. Dios no lo dejó abierto a los asaltos de estas cosas ni por un día, sino que le dio la espada de la promesa para defender y consolar su corazón atribulado.

Cierto *creyente dijo que prefería pasar hambre y sed, estar sin luz, aire ni vida, antes que carecer de las dulces palabras de Dios que le abrían la cárcel de su alma turbada y le sacaban a la luz del gozo interior*: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28). Si una sola promesa, frotada como una espiga de trigo en la mano de la fe y aplicada por el Espíritu de Cristo, puede dar alimento que sacie tanto de gozo al alma hambrienta, ¡qué precio no tendrá el campo entero de la Palabra, llena de promesas tan preciosas como esta!

Además del valor consolador de las promesas de Dios, consideramos las mismas como el granero de *toda* provisión espiritual del cual nuestro José, el amado Señor Jesucristo, alimenta y preserva a sus hermanos durante los tiempos de hambre. Ellas son la dulce colmena donde el creyente permanece abrigado durante el invierno de la aflicción y vive de la abundante misericordia allí almacenada. Son el buen puerto en que el alma tentada se refugia hasta que pase la tempestad traída por el mundo, el pecado y Satanás.

Aun cuando la muerte se acerca y el diablo tiene una última escaramuza para ganar o perder para siempre, la fe en la promesa lleva al alma del cristiano con gozo triunfal, desde su cuerpo —el destacamento donde ha resistido tan duro sitio— hasta el Cielo, dejando su cuerpo como único botín para la muerte. Pero al partir, el creyente se lleva la bendita seguridad de que su cuerpo será pronto redimido, en el día de la resurrección.

La presunción de los sistemas religiosos que quitan esta espada espiritual al pueblo

¿No es la Palabra la espada del Espíritu con que el creyente puede vencer a sus adversarios? Entonces tenemos que considerar cruel aquel sistema religioso que le quita al pueblo la única arma que lo puede defender de los enemigos que buscan su muerte eterna. Es verdad que estos líderes tienen algunas hojas de higuera para ocultar su tradición vergonzosa, haciendo creer al mundo que por misericordia no quieren que sus feligreses se hieran con esta arma. Hasta apelan al testimonio de Pedro en su defensa, porque una vez este habló de “estas cosas, entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen (como también las otras Escrituras) para su propia perdición” (2 P. 3:16).

¿Acaso Pedro prohibió la lectura de la Palabra porque algunos inestables la torcieran? Al contrario, ya que en otros versículos manda a los creyentes que no se dejen desviar por el error de los malvados, “antes bien —dice—, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (v. 18).

La luz es el vehículo de la influencia del sol; de la misma manera, el conocimiento de Cristo transmite la influencia de su gracia al corazón. ¿Y cómo esperaba Pedro que el pueblo creciera en el conocimiento de Cristo sino leyendo la Escritura, el único libro donde se puede encontrar? ¡Grave error, que los maestros quieran que el pueblo obtenga este conocimiento únicamente de la predicación, y no de la Biblia! ¿Cómo puede estar segura la congregación de que oye la verdad si no tiene la Palabra, único aval de la pureza de una doctrina? Dios mismo dirige su Palabra a *todos*, no solo a un grupo selecto (cf. Ro. 1:7; 2 Co. 1:1). ¿Para qué hacer leyes que no se pueden promulgar? ¿Y para qué se escribió la Palabra, sino para ser leída y conocida por todos? Por la misma autoridad con que el apóstol escribió sus epístolas, las mandó leer en la iglesia. ¿Acaso los primeros ministros de la Iglesia ocultaron la Palabra de Dios al pueblo, en lugar de animarlos a guardarla en su corazón?

Es verdad que algunos tuercen la Palabra para su propia destrucción, de la misma forma que alguien se puede atragantar con un trozo de pan si no tiene cuidado. ¿Pero han de morir todos de hambre por temor a atragantarse? Algunos se cortan con las armas afiladas, ¿pero debe desarmarse todo el ejército, dejando la espada para unos pocos oficiales? Si este argumento bastara para sellar la Biblia, habría que negársela a los intelectuales igual que al hombre común, porque se sabe que las peores herejías salen de las mentes más agudas. Cuando los soberbios insisten en ser más sabios que Dios, su mente necia se vuelve cada vez más oscura, hasta acostumbrarse tanto a las tinieblas que ya no ven la soberanía divina.

La suficiencia de la Escritura

¿Hay peor blasfemia ante Dios que la implicación de que su Palabra no contiene todo lo necesario para la salvación? ¿Acaso enviaría él a su pueblo a la batalla con una espada tan mellada que no pudiera defenderle ni abrirse camino entre sus enemigos hasta el Cielo? ¿Por qué había de dar el Padre armas que no bastaran para hacer frente a cualquier enemigo, siendo así que puede proporcionarnos las mejores? ¿Acaso nos dará armas débiles e insuficientes para defendernos, advirtiéndonos luego de que no debemos emplear ninguna otra cosa? Sería como enviar a sus ignorantes ovejas al matadero del enemigo.

Dios mismo recomendó encarecidamente esta espada de las Escrituras a su pueblo, cuando le dijo a Timoteo: “Las cuales te pueden hacer sabio [como creyente] para la salvación”, y como “hombre de Dios [ministro del evangelio], perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:15,17). Y él nos prohíbe emplear cualquier otra arma que no sea la que nos proporcionan las Escrituras, considerando como una renuncia a la lealtad el hecho de acudir a otra fuente de consejo o protección aparte de su Palabra. La Escritura es suficiente para los propósitos de Dios, y puede dar a todo verdadero creyente la sabiduría suficiente para encontrar la salvación de su alma.

La perversidad de utilizar la espada en defensa del pecado

El hereje emplea la Palabra de Dios para justificar sus costumbres corruptas, volviéndola contra sí misma. Muchos profanos se atreven a proteger del reproche sus vidas inicuas con la Palabra, que solo conocen intelectualmente. Si le dices al hombre sensual que sus decisiones son equivocadas, puede citarte estas palabras de Salomón: “No tiene el hombre bien debajo del sol, sino que coma y beba y se alegre” (Ec. 8:15). ¡Como si Dios mismo, que dirigió la pluma de Salomón, fuera amigo de glotonos y borrachos! En su correcto contexto, este pasaje se refiere al servicio a Dios con gozo en la abundancia de los bienes que proporciona.

El corazón humano revela su perversidad al robar estas dulces porciones de la Palabra para disfrazar sus pasiones. Los versículos que declaran la libre gracia de Dios, pensados para derretir el corazón del pecador y acercarlo a Cristo, a menudo se emplean como una cuña para evitar que el corazón endurecido se doblegue ante el Salvador. Dios ha dejado ejemplos de las caídas de algunos hombres santos para estimularnos a temer y a mantenernos firmes, cobrando esperanza en su misericordia. Pero muchos prefieren revolcarse como animales en sus vidas corrompidas, insistiendo en que todo saldrá bien porque algunos creyentes muy destacados sufrieron terribles caídas, y fueron perdonados y salvados al final.

Satanás aprovecha al máximo los pocos ejemplos de arrepentimiento tardío que figuran en la Palabra, para hacer que el pecador permanezca un poco más en la Sodoma de su pecado. Le persuade diciendo: “La última hora aún no ha llegado. ¿Por qué arrepentirte antes de tiempo?”. Satanás es un embustero tan hábil que la historia del ladrón arrepentido que fue de la cruz al Cielo se ha utilizado, en contra de la voluntad de Dios, para condenar a muchos pecadores en el otro mundo.

Pecador, ¿no te basta con retener tus concupiscencias, sino que has de citar la Escritura para alentarte, falsificando la firma divina en el aval de tu pecado? El diablo manipuló así la Palabra al intentar que Cristo aceptara su inmundo ofrecimiento

en el desierto. ¿Por qué andas en el camino del engañador? Eso duplica tu pecado.

Ningún pecado es pequeño, pero el menor pecado se convierte en blasfemia al cometerlo fingiendo que tiene un fundamento bíblico. El diablo se gloria aún más al herir el nombre de Dios con su propia espada. Tienta al hombre a pecar, y luego se jacta de que Dios le llevó a hacerlo. Si Dios seleccionara alguna vez a un hombre para derramar sobre él su máxima ira, sería aquel que ampara su pecado bajo el ala de la Sagrada Escritura.

La gratitud por la Palabra

En lugar de permitir que Satanás nos arrebate la Palabra con sus mañas, bendigamos a Dios por la espada que nos ha dado por su gracia. Si alguien posee un reino, si no tiene una espada que defienda su corona, no podrá disfrutarlo por mucho tiempo. En este mundo no estamos a salvo si no vamos armados. No se puede llegar al Cielo sin pasar por territorio enemigo, ¿qué esperanza tiene entonces el alma desarmada de arribar finalmente allí?

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto camino a la tierra Prometida, pocos o ninguno confiaban en que los israelitas pasarían por su territorio sin levantar armas contra ellos. La marcha del cristiano será aún más peligrosa, porque Satanás no se ha amansado desde entonces, ni el mundo es más bondadoso con el pueblo de Dios. Por su gran misericordia, Dios nos ha dado una espada para guardarnos del peligro de todos ellos. La tienes en tu mano ahora mismo, cristiano, como Moisés la vara. Aunque un ejército de demonios te persiguiese y hubiera un mar de pecados delante de ti, esta espada esgrimida por tu fe puede abrirte camino. Ciertamente la Escritura es una misericordia incomparablemente mayor que el sol en el cielo. Más fácilmente podemos prescindir del calor y de la luz solar que de la Palabra de Dios en la Iglesia. Si faltara el sol, perderíamos la vida física; pero al eclipsarse la Palabra de Dios, nuestras almas serían arrojadas al Infierno. Entonces, debemos bendecir a Dios por tres misericordias particulares en cuanto a su Palabra.

1. Bendice a Dios por la traducción de las Escrituras

La Palabra traducida es como la espada desenvainada. ¿De qué le sirve a un cristiano, conocedor solo de su lengua materna, tener esta “espada” envainada en hebreo o en griego? Lloraría como Juan al ver el libro sellado, sin poderlo leer. Bendigamos, entonces, a Dios que envió hombres, que no ángeles, dotados de la unción de Dios sobre su trabajo y la capacidad de apartar la piedra de la boca del pozo.

Cristiano, si tienes que quedarte en casa a causa de tus aflicciones, contarás con la compañía de la Palabra de Dios en tu soledad. Aunque no puedas sentarte con tus hermanos a la mesa de comunión del Padre, no tiene por qué faltarte el buen alimento. A pesar de que no seas capaz de prepararte platos tan ricos como los de tu pastor, podrás tener algún consuelo con la ayuda del Espíritu Santo. Dios ha colgado las verdades más necesarias de las ramas inferiores del árbol de la vida, al alcance de cualquier creyente afligido.

2. Bendice a Dios por el ministerio de la Palabra

Recuerda las épocas en que los perseguidores blandían espadas sangrientas para evitar que el pueblo de Dios se acercara a este árbol, y brotará con facilidad tu acción de gracias. Y recuerda los muchos años de ignorancia espiritual, cuando este manantial de agua viva estaba encerrado en su lenguaje original y no había llave para abrirlo en toda la ciudad. Bien podemos alabar a Dios por traer su Palabra hasta nuestro entendimiento.

Dios ha abierto una escuela pública para que sus hijos aprendan a utilizar su arma. Si alguien cree que ya no necesita asistir a la escuela del Espíritu, ha emprendido el camino más seguro para privarse de la instrucción del Espíritu en casa: “No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías” (1 Ts. 5:19-20). Ambas van juntas: si menosprecias la una, pierdes las dos. Si eres demasiado orgulloso para aprender de un laico, eres indigno de la instrucción del pastor.

Pero tú cristiano, que te sientas en tu sano juicio a los pies de Jesús, ¿vale siempre vale la pena hacerlo? ¿Se te recompensa esta inversión de tiempo? Si eres creyente, permanecerás en la Palabra de Dios en casa, alimentándote de manjares dulces

en tu meditación secreta. ¿Alguna vez te ha dejado él insatisfecho?

Bien sabía David pasar las horas solitarias provechosamente, pero en su soledad anhelaba la compañía de los hermanos. Llevaba la Palabra de Dios consigo al desierto: “Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas” (Sal. 63:1). ¿Por qué, David? ¿Cómo puedes llamara esta tierra “tierra seca y árida donde no hay aguas”? ¿No puedes bajar el cubo vacío para sacar agua del pozo de la Palabra? Pero lo que el corazón de David anhelaba era el Santuario: “Para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (v. 2).

Dios amenaza con traer hambre “de oír la palabra de Jehová” (Am. 8:11). No de la lectura de la Palabra, sino de oírla. Aunque tengamos una Biblia para leer en casa, pasamos hambre si no se predica. ¡Llámalo por su nombre! “La palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia” (1 S. 3:1). Otra versión dice que “era preciosa” por su escasez. Sin el ministerio público de la Palabra, hasta el cristiano más fuerte pasará tiempos de sequedad.

Supongamos que el enemigo pusiera sitio a una ciudad bien abastecida. Cuando cada casa se vea obligada a moler a mano todo el grano necesario, pronto tendrá dificultades. Los cristianos más maduros, al no contar con más Palabra que la molida en sus meditaciones privadas para sustentar su alma, echarán en falta al pastor y reconocerán la misericordia de Dios al ponerlo a moler y a interpretar la Palabra toda la semana para ellos.

Si los cristianos más fuertes no pueden pasar sin el ministerio de la Palabra, ¿qué diremos de los débiles que necesitan alguien para interpretársela? Dejarlos que se las arreglen solos sería como poner una barra de pan y un cuchillo afilado en el cuarto de los niños, invitando a los pequeños a servirse. La mayoría se harían daño en lugar de llenar su boca de pan.

3. Bendice a Dios por el poder de las Escrituras en tu alma
¿Alguna vez esta espada ha rasgado tu corazón para separar una concupiscencia de tu vida? Alabado sea Dios por el dolor de esta operación de fe. Salomón dice: “Fieles son las heridas

del que ama; pero importunos los besos del que aborrece” (Pr. 27:6). Las heridas de Dios curan, pero los besos del pecado son mortales. Dice el refrán: “El juego, el vino y las mujeres consumen al hombre entre risas”. Es verdad; el pecado mata al pecador entre risas, pero Dios salva al alma que sangra por las heridas hechas por la Palabra. Alégrate si has podido librarte de las concupiscencias seductoras que te matarían a besos y te entregarían a la ira de Dios. La sangre que él te hace derramar ahora salvará tu alma para siempre.

No hay otra espada parecida en todo el mundo, que cure cortando; ni otro brazo puede hacer lo mismo con ella que el Espíritu de Dios. Solo el Espíritu es capaz de traspasar la conciencia, herir y cortar las pasiones pecaminosas tan fuertemente arraigadas, como Dios mismo. Pero no creas que hace esto por todos los que leen la Biblia; aquí debes alabar su dulce misericordia para contigo. Había muchas viudas en Israel cuando Dios envió a su Profeta a la mujer de Sarepta. ¿Por qué entonces fue a morar con ella? ¿No ha habido nunca sentado a tu lado en la iglesia un borracho o un mentiroso, en el instante en que Dios ha armado su Palabra para derribarte a ti y traspasar tu corazón con la convicción de pecado? Clama con gratitud por su gran misericordia: “Señor, ¿por qué te has revelado a mí?”.

La importancia de estudiar la Palabra de Dios

Dios ha legado un solo libro a la Iglesia, ¿y nos negaremos a estudiarlo? Hay un inmenso tesoro en una mina cercana, pero a menudo permanecemos pobres por no ponernos la ropa de trabajo y cavar. El óxido de nuestro oro y nuestra plata, que ganamos con mucho mayor esfuerzo, se levantará en el Juicio para decirnos: “Hiciste horas extraordinarias por dinero que se consumió, pero paseaste por el campo de la Palabra, donde se encontraba un tesoro incorruptible, y fuiste demasiado perezoso para hacer nada al respecto”.

¿Qué fue del hambre de los creyentes por estudiar la Escritura? Antigüamente lo daban todo, aun la sangre de sus venas, por comprar algunas páginas de ella. O eran unos necios por

pagar tanto por esta sabiduría, o más lo eres tú por rechazar aquello que tan fácilmente puedes obtener. Pero para que no creas que te quiero persuadir a que consideres hacer un trabajo que es opcional, has de comprender la doble necesidad indispensable que tenemos de conocer la Palabra: el mandamiento y el medio.

1. El mandamiento

“Escudriñad las Escrituras” (Jn. 5:39). Este mandamiento no puede ser más claro. Pero aunque Dios no hubiera expresado tan claramente este deber, el hecho de tener su Palabra por escrito nos comunica su propósito. La ratificación de una ley basta para obligar a los ciudadanos a obedecerla. De nada sirve alegar la ignorancia, ya que la promulgación de dicha ley conlleva la obligación de enterarnos de su significado y aplicación.

Cristo condena la ignorancia de los hombres, puesto que él mismo ha suministrado el conocimiento: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Jn. 3:19). Muchos huyen de la luz porque no quieren andar en ella. Si la ignorancia de la Palabra se condena allí donde hay luz, ciertamente Dios nos manda que abramos los ojos para recibir la sabiduría que aquella derrama; porque antes de que pueda fallarse sentencia condenatoria ha de transgredirse la ley. Ya que vives donde se predica este evangelio, serás juzgado por él, lo conozcas o no.

A los judíos se les entregó la Palabra: “Les ha sido confiada la palabra de Dios” (Ro. 3:2). Esta Palabra les fue dada a ellos, y ahora a nosotros, como el padre moribundo le entrega su testamento a su hijo, no para que lo tire, sino para que lo estudie y haga todo lo que manda.

A la Palabra de Dios se la llama “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Fue entregada para su estudio y cuidado. De haber nosotros vivido durante la vida física de Cristo, si él nos hubiera dejado una última tarea especial, ¿no lo abandonaríamos todo por cumplir la última voluntad de nuestro Salvador? Por él guardamos y transmitimos esta fe de generación en generación, mientras dure el mundo.

2. Los medios

La Palabra contiene toda la sabiduría de Dios para llevar a los pecadores a la vida eterna. Pero si te niegas a escudriñar la Escritura sentado a los pies del Espíritu, que utiliza este único libro para preparar a sus discípulos para el Cielo, ¿dónde encontrarás otro Maestro que tenga palabras de vida eterna?

Dios nos lleva a su presencia por medio de la Palabra. En otros viajes podríamos desviarnos un poco, llegando al final a nuestro destino; pero no hay otro camino a Dios sino por su Palabra. ¿Y cómo tomaremos ese camino si no lo conocemos? Aunque fracasases en todo lo demás, estudia la Biblia. A fin de cuentas, ¿qué es lo más importante? Puedes leer muchos libros de filosofía sin encontrar por ello a Dios. Él ha permitido que esos sabios en su propia opinión creen su propia religión para poderlos desmentir; quiere que todo el mundo aprenda esta lección en otra escuela: el ministerio del evangelio, que solo viene por el oír y poner en práctica la Palabra. “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Co. 1:21).

¿Quieres llegar al conocimiento verdadero del pecado? Solo la Palabra disecciona el cuerpo entero del pecado, dándonos una perfecta lección de anatomía acerca de sus secretos. Descubre las úlceras que hay en nuestros corazones perversos, las cuales dan muerte a miles de personas que, por ignorancia de la Palabra, nunca llegan a conocer su enfermedad. Si la concupiscencia no se manifiesta en llagas abiertas, los filósofos declararán que la persona está sana: la dolencia del corazón, aunque sea una enfermedad antigua, nunca fue diagnosticada ni tratada debidamente sino por el Libro sagrado. La Escritura, además de diagnosticar el pecado, nos dice cómo nos contagiamos en un principio: por Adán. ¿Qué gran pensador mundano admitiría esta genealogía? Sin la Escritura, el brillante y patético erudito caerá al final en el abismo del pecado sin saber quién lo lanzó allí.

¿Quieres salir de este abismo? Tu propia cuerda es demasiado corta y débil para sacarte. A menos que te aferres a la cuerda de amor que Dios te tiende, no hay salida del mismo.

Tienes delante la vida y la muerte, escoge tú. Pero quiero avisarte de que si estás decidido a rechazar al Todopoderoso y lanzarte a la eternidad sin su Palabra para guiarte, has de prepararte para encallar en el Infierno. Disponte a endurecer tu corazón, si es que puedes, contra las llamas eternas encendidas para “los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:8). Sabrás para terror tuyo que, a pesar de tu ignorancia elegida y profesa, un buen día comprenderás la Palabra perfectamente, y esta comprensión solo avivará el fuego del tormento.

El Infierno sale a tu encuentro cuando te diriges allá. Sus prisioneros te rodearán con reproche burlón: “Somos paganos, pero no tenemos motivo para culpar a Dios por este castigo, aunque nunca oímos el evangelio. Nos condenamos solos, rebelándonos contra todo rayo de luz enviado por Dios. ¡Pero tú rechazaste la Palabra de Dios, y tuviste que quebrantar todas sus promesas para llegar hasta aquí!”.

Dios puede interpretar su Palabra

Nadie puede llegar a conocer la Palabra de Dios si su Espíritu no le abre la puerta. Aunque fueras un genio, serías tan ciego como los de Sodoma, que tanteaban la puerta de Lot sin poder hallar el camino al conocimiento salvador. Aquel que lleva la llave equivocada está tan lejos de entrar en la casa como el que no la lleva, o aún más. Por lo menos el que no tiene llave puede llamar al que está dentro, mientras que el otro confía en una llave falsa. Los fariseos tenían abundante conocimiento intelectual, pero tropezaron en toda la verdad de Cristo enseñada por Moisés y los profetas.

Muchos de los que estos fariseos consideraban ignorantes, empezaron a ver al Mesías. No te llates a engaño, nadie es demasiado inteligente para que Dios lo ciegue; por otra parte, no hay ciego tan ignorante a quien su Espíritu no pueda abrirle los ojos. Dios se movía sobre las aguas en la creación, y transformó una masa informe en la belleza que ahora disfrutamos; y este mismo poder puede moverse sobre tu alma oscurecida e iluminarla para que le contemples: “La exposi-

ción de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Sal. 119:130).

En cuanto entras en la escuela del Espíritu, empiezas a hacer progresos. Luego, él nos manda alentar a aquellos que suelen desanimarse solos: “Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles” (Is. 35:3). ¿Por qué? Porque...

Los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán [...]. Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará (vv. 5,8).

Mientras más consciente seas de tu debilidad, más apto serás para que el Espíritu te moldee según Cristo; porque un estudiante soberbio y un maestro humilde nunca estarán de acuerdo: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 P. 5:5). Él no se complace en el arrogante, antes bien tiene paciencia con el humilde y diligente. Recuerda que Jesús nunca se impacientó con sus discípulos, sino que les repitió la misma lección una y otra vez, hasta que por fin dijeron: “He aquí ahora hablas claramente” (Jn. 16:29).

III. CÓMO UTILIZAR LA ESPADA DE LA PALABRA

Estarás pensando: “Nos has explicado la importancia de esta arma para defender al cristiano en la lucha contra los enemigos de Dios, pero no te detengas ahí: ¿de qué nos sirve la espada envainada, la Biblia en la mano o en la boca, si no sabemos utilizarla?”. Te mostraré cómo has de tratar a los distintos enemigos que seguramente te confrontarán.

Cómo utilizar la espada contra los perseguidores

El cristiano no tiene por qué rendirse ante el sanguinario estandarte del enemigo cuando este respira venganza y lanza ataques violentos contra el redil de Cristo. No hay que dejarle que

pisotee nuestra gloria, contaminando nuestra conciencia y haciendo que renunciemos a nuestra fe por exigencia suya; pero así como esta decisión no siempre es fácil, tampoco es automática. Abarca tres aspectos distintos de la voluntad del cristiano...

1. Adopta una postura respecto de los principios y las prácticas que enseña la Biblia

Es importante que sepas que el cristianismo no es un camino de rosas. Aun el más valiente pierde el coraje cuando lucha en la niebla sin poder distinguir entre amigos y enemigos. Pero es aún más urgente que el cristiano sepa por qué principios sufre.

Primero, debes hacer caso omiso de las acusaciones que el perseguidor esgrime contra ti: no son más que la fachada de sus motivos más íntimos para destruir tu paz. Siempre ha sido y será la estrategia de Satanás desfigurar las hermosas verdades por las cuales los cristianos son perseguidos, para poder maquillarlas de dura justicia haciendo creer al mundo que los hijos de Dios sufren por haber hecho el mal.

No podrás soportar estas acusaciones si no estás plenamente persuadido en tu propia conciencia de que sufres por causa de la justicia. Lo que digan o piensen los demás no importa. Un reproche de tus propios pensamientos hiere mucho más que todas las reprensiones del resto del mundo juntas. El evangelio llegó a los tesalonicenses “en plena certidumbre”; solo así podían recibirlo “con gozo”, aunque fuera acompañado de aflicción y persecuciones (1 Ts. 1:5-6).

2. Que las Escrituras te enseñen más temor de Dios y menos temor al hombre

A cualquier hombre le aterroriza caer en las manos que más teme; pero si Dios ha logrado la supremacía sobre tu miedo, preferirás lanzarte al fuego más ardiente de tu perseguidor antes que convertirte en enemigo suyo: “Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras” (Sal. 119:161).

David pesó la ira humana y encontró más pesada la mano de Dios. La Palabra revela tan claramente la debilidad de la amena-

za de la ira humana comparada con el poder de Dios, que el creyente ya no teme lo peor que le pueda hacer el hombre: “Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Is. 2:22). “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt. 10:28).

Los niños temen a los monstruos imaginarios que no pueden hacerles daño; sin embargo, juegan con el fuego que es capaz de quemarlos. Resulta igualmente inmaduro asustarse de las amenazas de un enemigo que solo ostenta el poder que le otorgamos nosotros mismos, a la vez que jugamos con el verdadero fuego infernal al cual Dios puede consignarnos para siempre. ¿Qué hizo Juan Hus cuando sus enemigos le pusieron el capirote? No pudieron quitarle el yelmo de la esperanza que llevaba debajo. ¿Se acercó este mártir más al Infierno porque sus perseguidores lo condenaran? No más de lo que se aproximaron al Cielo algunos de su propia compañía por figurar como santos en el calendario papal.

Melanchton dijo que Lutero y otros siervos fieles estaban doblemente malditos por llevar la maldición del Papa, ¿pero qué dice el Salmista? “Maldigan ellos, pero bendice tú” (Sal. 109:28). Si tienes la buena Palabra de Dios, no hay por qué temer las maledicciones del mundo: un perro ladra toda la noche, pero la luna nunca varía de color por ello. El cristiano no debe cambiar su semblante por los abusos de sus enemigos.

3. Entrega tus concupiscencias a la espada del Espíritu

El que no soporta que la espada del Espíritu mortifique sus malas pasiones, no estará libre de su propia carne para la causa de Cristo cuando llegue la persecución. ¿Puedes estar dispuesto a dar tu vida por Cristo, teniendo alojado al mismo tiempo en tu corazón a un enemigo que intenta quitarle a él la vida constantemente?

Los perseguidores tientan tanto como torturan: prometen honor al igual que amenazan con dolor y fuego. Si tu amor por el mundo aún no ha sido destronado, es fácil predecir la decisión que tomarás ante la persecución: te abrazarás al mundo presente, dejando a Cristo fuera de tu aposento.

Pero es enteramente posible morir por Cristo sin ser su mártir. Aunque entregaras tu cuerpo a la hoguera, si albergas una concupiscencia, habrás ofrecido un sacrificio impuro. El único verdadero mártir cristiano padece por Cristo como él mismo padeció:

Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas [...]; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba (2 P. 2:20-21,23).

Es difícil mantener el espíritu sereno en el fuego, libre de ira y de venganza contra los que sin misericordia han abierto la puerta del horno. Pero a causa de la gracia, el que puede mantener la calma en esta situación se convierte en un vencedor glorioso. La carne y la sangre incitarían a un hombre corriente a pedir que cayera fuego del cielo sobre sus enemigos, en lugar de misericordia y perdón.

El que perdona gana la batalla; porque los golpes del enemigo solo duelen en la carne, pero las heridas del amor atraviesan el alma y la conciencia. Saúl confesó que David, a quien había perseguido tanto, era mejor hombre que él: “Más justo eres tú que yo” (1 S. 24:17).

Cuando dos opuestos compiten, el ganador es aquel que conserva su naturaleza y transforma al otro a su semejanza. El fuego, por ejemplo, transmite su calor al agua y obliga al líquido a ceder al mismo. Cuando el que padece ama a su enemigo, su perdón tal vez no cambie el odio de este en amor, pero sí volverá su conciencia en contra de sí mismo y le obligará a justificar a aquel a quien ha perseguido injustamente.

4. Fortalece tu fe en las promesas divinas en cuanto a la persecución

La fe es la victoria del cristiano sobre el mundo. Cuando Saúl expulsó a David de la corte a una cueva, la fe del Salmista triunfó y este cantó tan gratamente como un sabanero: “Pron-

to está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos” (Sal. 57:7). Aparentemente, Saúl había ganado, pero su corazón no podía cantar como el de David. Mil temores lo oprimían; mientras que David vivía libre de temor aunque sus enemigos buscaran su vida.

La fe en la promesa, como el aceite de la viuda, no solamente cancela la deuda con las preocupaciones mundanas, sino que da mucho motivo para el gozo. Aun así, no pasemos por alto los pesares que intentan robarnos este gozo en el sufrimiento.

Promesas bíblicas para las penas del cristiano

1. Los problemas personales

Las promesas de Dios son muchas, adecuadas exactamente a cada problema personal en particular, pero hace falta un estudio diligente para reunir las todas. Dios ha esparcido estas promesas por toda su Palabra, en lugar de ponerlas todas juntas, para que tengamos rebuscar cada rincón de la Biblia ¡y nos regocijemos cuando las encontramos!

No te engañe la paz presente de los cristianos. No sabemos cuándo se puede presentar una gran persecución de la Iglesia. A veces el invierno llega temprano, ¿y a quién le supone mayor problema? Seguramente a aquel que recibió la Palabra en la prosperidad sin hacer provisiones para el mal tiempo.

¿Qué temes? ¿La prisión o la tortura? Consuélate. Si eres demasiado débil para soportarlas nunca serás llamado a este camino. La garantía escrita de Dios dice: “Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir” (1 Co. 10:13).

Cuando el pueblo de Dios abandonó Egipto, él los llevó por el camino más largo. ¿Por qué? ¡A causa de su debilidad! “Porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto” (Ex. 13:17). Sabía que no estaban listos para la guerra, y no se la permitió hasta que tuvieron fuerzas para soportarla.

Por otra parte, si Dios te llama a pruebas duras, su promesa te absuelve de toda responsabilidad:

Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt. 10:19-20).

No hay boca que Dios no pueda hacer elocuente, ni espalda tan débil que no la pueda reforzar. Él ha prometido acompañarte adonde te obliguen a ir tus enemigos: ni fuego ni tormenta te podrán apartar del Padre. Estas promesas forman una almohada tan suave para los creyentes que muchos han experimentado un descanso milagroso aún siendo cruelmente maltratados por sus enemigos. Un cristiano perseguido fechó una carta “desde el jardín delicioso de su prisión”; otro firmó como “tu tierno amigo, que alegremente se encamina hacia el Cielo”. Gente así, lejos de compadecerse por sus sufrimientos, ha indicado principalmente su contrariedad por no poder expresar mayor gratitud. ¿De dónde proceden esta fuerza y este gozo sobrenaturales? ¡El Espíritu Santo les ha aplicado las promesas de Dios en su necesidad!

2. Aflicciones de los creyentes por la causa de Cristo

El arca puede tambalearse, pero no caerá; la nave de la Iglesia puede sacudirse, pero no se hundirá, porque Cristo va a bordo y él despertará a tiempo para salvarla. Por tanto, no hay que despertarlo con gritos de incredulidad cuando la tempestad azota a la Iglesia. En tales momentos nuestra fe peligra más que Cristo y su Iglesia. Las promesas de Dios los mantienen a salvo de hombres y demonios.

Nuestra fuente de seguridad es *el* “evangelio eterno” (Ap. 14:6). El cielo y la tierra pasarán, pero ni una palabra de este evangelio será cancelada: “Mas la palabra del Señor permanece para siempre” (1 P. 1:25). El evangelio vivirá para hollar las tumbas de todos sus enemigos y asistir al funeral del mundo entero, cuando en el gran día del Señor sea enterrado en sus propias ruinas. La Iglesia está fundada sobre la roca, “y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18). La han lanzado muchas veces al mar bravio sin lograr ahogarla, y al fuego sin que se consumiera; a veces se la ha tragado la razón,

pero, como con Jonás en el vientre del pez, la ha vuelto a vomitar por ser demasiado pesada para la digestión del más vigoroso perseguidor.

La fe en este evangelio ha apoyado con gozo a mártires camino de la tumba, aun ensangrentados, porque sabían que finalmente la Iglesia obtendrá la victoria. Dejaron atrás a otros para luchar por ella en la tierra, mientras ellos abandonaban la batalla por el triunfo en el Cielo.

Algunos de estos mártires profetizaron que las verdades que sus enemigos pretendían enterrar con ellos se verían gloriosamente resucitadas. Juan Hus se consolaba, y confundía a sus perseguidores, diciendo que “aunque quemaran al ganso [él mismo], vendría un cisne” para llenar el aire con un dulce cántico de liberación. Lutero cumplió luego esta profecía, plantando la verdad de la gracia divina en todas partes.

Otro alemán, Hiltenius, soportó múltiples miserias en una cárcel hedionda hasta que finalmente murió por frotar demasiado fuerte las llagas de los monjes. Antes de acabar su vida terrenal, nombró el año exacto (1516) en que otro dirigente destruiría el reino de sus perseguidores. Además, profetizó que no podrían resistir su poder ni encadenarlo. Esta profecía también la cumplió Lutero, que siempre se escapaba de las manos de sus enemigos, a pesar de que estos buscaran su muerte.

Cómo utilizar la espada contra los herejes

Ya que es mucho más peligroso perder la verdad de Dios que la vida, los herejes o seductores son mucho más temibles que los perseguidores. Es muchísimo peor que Dios condene nuestra alma que el hombre mate nuestro cuerpo. Si los mártires hubieran temido a la muerte más que a la herejía, nunca podrían haber entrado de buen grado en el fuego.

La espada del Espíritu en la mano de otro no te defenderá a ti. Para que puedas empuñarla con victoria contra este peligroso enemigo, primero debes entregarte enteramente a la dirección del Espíritu en la Palabra de Dios. La manifestación externa de la Palabra no es más que una concha; el significado es la perla que hay que buscar hasta encontrarla: “El que tiene oí-

do, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Ap. 2:7). Aquí Dios da un mandamiento, no hace una sugerencia. Hay que escuchar lo que dice el Espíritu en la Palabra al leerla u oírla, porque aquel que tenga oído para el Espíritu no escuchará al seductor.

A fin de buscar y encontrar mejor el significado de la Palabra, mira a través de las seis ventanas siguientes...

1. No acudas a la Palabra con corazón impuro

La única manera de conocer la mente de Dios en su Palabra es por revelación del Espíritu. Pero el Dios Santo no tomará tu mano si está sucia para llevarte a la comprensión: “Ninguno de los impíos entenderá” (Dn. 12:10). El ángel que metió a las hijas de Lot en la casa, cegó a los sodomitas para que tantearan la puerta sin encontrarla; así son los que acuden a la Palabra con corazón impuro. Los impíos tienen la Palabra de Dios, pero solo los santificados poseen “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16).

Pablo persuade a los creyentes con estas palabras:

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Ro. 12:2).

Si invitamos a la verdad, hay que prepararle morada en un corazón santificado. Cuando David clamó por entendimiento, se basó en su deseo de santidad: “Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin. Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón” (Sal. 119:33-34).

2. No midas las verdades bíblicas por tu propio razonamiento

La Palabra nos revela cosas que ojo nunca vio ni oído oyó, las cuales están muy por encima de la razón: “Ni han subido en corazón de hombre” (1 Co. 2:9). De hecho, todas las verdades del evangelio hablan en una lengua desconocida para la razón;

esta no sacará provecho alguno si no tiene a la fe como intérprete.

La Palabra es como el mar Rojo: los israelitas cruzaron a salvo, pero los egipcios se ahogaron, porque les faltaba la dirección de la fe. El humilde creyente pasa por los profundos misterios de la Palabra sin caer en errores peligrosos; pero los soberbios que dejan la fe y toman a la razón como piloto, se ahogan en terribles errores.

El más peligroso de todos los errores engendrados a partir de la Palabra ha salido de ese vientre: fue el razonamiento de los saduceos que negaban la resurrección de los muertos, ya que les parecía imposible que el cuerpo, una vez convertido en polvo, volviera a la vida. Y puesto que su intelecto se reía de esta verdad, el Salvador pronunció contra ellos una acusación grave: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mt. 22:29).

3. No juzgues de antemano las enseñanzas de la Palabra

Muchas personas leen la Escritura, no para informarse, sino para confirmar sus propias ideas. Seleccionan algunas opiniones porque les agradan, y luego intentan hacer cuadrar la Palabra con ellas. Los judíos adoptaron el culto a los ídolos primero, y luego pidieron el consejo de Dios. Cuando la gente se niega a ver la verdad que tiene delante, Dios la entrega a un corazón perverso: “Yo Jehová responderé al que viniere conforme a la multitud de sus ídolos, para tomar a la casa de Israel por el corazón” (Ez. 14:4-5). Los necios son presa desesperada de su propio corazón, atrapados en el error que ha urdido su propia mente.

4. Pide a Dios que te revele los misterios de las Escrituras

Hay un Dios en el Cielo que revela los secretos de su Palabra en el trono de la gracia. El ángel le dijo a Daniel: “Desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido” (Dn. 10:12). El mensajero celestial vino para abrirle más plenamente las Escrituras. Aquel hombre piadoso había aprendido algo por el estudio de la Palabra, y

por ello oró, y su oración hizo venir al ángel para darle más luz. Orar en lugar de obcecarse trae la comprensión de la Palabra.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Jn.16:13). El Espíritu es fruto de la intercesión de Cristo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador” (Jn. 14:16). Hay que unir nuestra oración a su intercesión; mientras Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote, ofrece el incienso en el Lugar Santísimo, nosotros debemos estar orando fuera. Consideremos, entonces, cómo orar más fervientemente para que el Espíritu nos guíe a toda la verdad.

*a) Experimenta el terror de las Escrituras
al condenar la falsa doctrina*

Una faceta del plan maestro de Satanás es reducir drásticamente el precio del error en la mente de los hombres. Muchos piensan que no tendrán que pagar tanto por un error de juicio como por un pecado activo. Hasta se cree que cualquier religión basta para salvarse; estas personas se vuelven negligentes y pasivas al tratar con la convicción de pecado.

Los pecados que algunos creen que nunca tendrán que pagar, siempre son populares. ¡Ay de los tenderos de Satanás, que tientan al pecado poniéndole precios más bajos que los marcados en la Palabra de Dios! Una vez apaciguado el temor al pecado en la conciencia, la gente salta sobre él como las ranas del cuento, que saltaron sobre el cocodrilo pensando que era un tronco, por estar tan quieto en el agua. El temor hace el cuerpo más susceptible a la infección, pero un temor santo de Dios protege el alma de la infección más grave del pecado.

Ahora que conoces el peligro de beber el veneno de la doctrina falsa, reflexiona sobre algunos versículos que muestran su naturaleza maligna. Gálatas 5:19-20 llama la herejía “obra de la carne”, un pecado que excluye del Cielo al que lo comete: “Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (v. 21). 1 Timoteo 4:1 llama estas herejías “doctrinas de demonios”. De ser así, ¿adonde te llevarán sino al Infierno?

Lo que se oponga a los principios fundamentales del evangelio está fuera del amor y del favor de Dios. De hecho, aquel que “no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios” (2 Jn.

9). Si esta fuera la única cita en contra de la herejía, bastaría para atravesar el lomo del hereje y hacer temblar las rodillas de todo seductor.

Habría entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina (2 P. 2:1).

Si alguien quiere abrirse camino al Infierno y llegar allí antes que nadie, solo tiene que desplegar sus velas al viento de una doctrina herética. Su viaje al Infierno será breve y seguro, una “destrucción repentina”.

Dios ha dejado tres ejemplos temibles en su Palabra como aval y patrón de su venganza divina sobre esta clase de pecador: al expulsar a los ángeles apóstatas del Cielo; en el diluvio; y en la destrucción de Sodoma y Gomorra por el fuego que cayó del cielo. Pero la Palabra no solo avisa y condena al hereje; también alienta al cristiano que intenta andar en la pureza de la verdad.

b) Fortalece tu fe en las Escrituras, que nos aseguran que no se permitirá que ningún creyente íntegro caiga en el error fatal

Cristo como Profeta, Rey y Sumo Sacerdote nos preserva tanto de los principios que son dignos de condenación como de las prácticas que merecen igual suerte. De nada nos serviría protegernos de un enemigo, si el hacerlo nos dejara a merced de otro. Cristo ha garantizado la seguridad total de sus amados.

Salomón dice: “Fosa profunda es la boca de la mujer extraña; aquel contra el cual Jehová estuviere airado caerá en ella” (Pr. 22:14). Así es la boca del seductor que viene con extrañas doctrinas y opiniones carnales. Si la examinamos, veremos que esta fosa es una trampa diabólica tendida para el creyente, porque “engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24). Su mayor ambición es contaminar a los hijos que Dios ha lavado en la sangre de Jesucristo.

Dios piensa castigar a los hipócritas y falsos maestros que

nunca abrazarán a Cristo ni su verdad. Los deja en la fosa, presos de las doctrinas corruptas:

No recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia (2 Ts. 2:10-12).

Como ciervos que corren por el campo abierto, estos hombres reciben balazos, pero aquellos que están dentro de la valla están a salvo. El patio de afuera se dejó para ser hollado por los gentiles, y aunque Dios entrega a los hipócritas para que sean engañados por los falsos maestros, consuela a los elegidos. El mismo decreto que les designó para la salvación, proveyó que abrazaran la verdad:

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad (2 Ts. 2:13).

Si Dios ha decidido reinar en nuestra mente con el poder de su verdad, y tomar nuestro corazón con la suficiencia de su gracia santificadora, también impedirá que ambos caigan en manos de Satanás.

Reclama, por tanto, sus promesas para tu preservación. Llevadas por la fe al trono de la gracia, serán tu mejor antídoto contra la infección de las tentaciones diabólicas. No temas jamás correr demasiado, cuando la promesa te manda ir y prosperar. La gracia es tuya antes de pedirla: Dios solo quiere que la reclames en oración. Él ha escrito dulces promesas para fortalecer tu fidelidad y tu fervor en la oración:

Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños (Jn. 10:5).

Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (v. 29).

Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados (1 Co. 11:19).

Para que seáis [...] hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo (Fil. 2:15).

Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros (1 Jn. 2:19).

5. Coteja versículo con versículo

Las doctrinas falsas, como testigos falsos, no concuerdan entre sí. Se las podría llamar “Legión”, pues son muchas. La verdad es íntegra, y un versículo armoniza suavemente con otro. Aunque Dios utilizó a muchos hombres para transcribir su sagrada Palabra, se aseguró de que todos dieran una misma voz: “Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio” (Lc. 1:70). Entonces, la mejor manera de conocer el propósito de Dios en un pasaje particular es comparándolo con otro. El tallador de joyas emplea un diamante para labrar el otro. Como los vasos de cristal colocados uno al lado de otro, cada texto de la Escritura arroja una luz particular sobre los demás.

Al comparar un texto con otro, asegúrate de interpretar el más oscuro por el más claro, y no al revés. El error se refugia en los lugares sombríos: “Hay algunas [cosas] difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen” (2 P. 3:16). No resulta sorprendente que alguien tropiece en la sombra, estando de espaldas a la luz de pasajes más claros que ofrecen guiarle.

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Jn. 5:18). Algunos salen corriendo con este texto y razonan que pueden reivindicar la perfección y la liberación total del pecado en esta vida; pero hay multitud de versículos claros —como 1 Juan 1:8— que testifican contra tal conclusión: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a

nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Hay que comprender que, en un sentido limitado, “el que es nacido de Dios, no peca”; es decir, no cae *definitivamente* en el pecado, como el hombre carnal. Observa otro ejemplo más: “El maligno no le toca” (1 Jn. 5:18). Esto significa que Satanás no puede trasfundir al cristiano su naturaleza, como el fuego al tocar la madera o el hierro los cambia y absorbe en su propia naturaleza.

Bendito sea Dios, que ha optado por domar nuestra soberbia con algunos pasajes difíciles en la Palabra; pero las verdades necesarias para la salvación son fáciles de comprender, aun para el menos capacitado. Hay suficiente en los pasajes sencillos de las Escrituras para impedir que los débiles mueran de hambre, y en los oscuros para exaltarlos por encima del desprecio del más fuerte.

6. Consulta con autoridades fieles dentro de la iglesia

Aunque no hemos de depositar nuestra fe en el pastor, lo cierto es que “de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos (Mal. 2:7). Dios guía a sus hijos para su seguridad, a fin de que no caigan en manos de falsos maestros, diciendo: “Ve, sigue las huellas del rebaño, y apacienta [...] junto a las cabañas de los pastores” (Cnt. 1:8).

La estrategia de Satanás funciona demasiado bien: el aleja al pastor para poder así atrapar a las ovejas. ¿Cuándo se ha respetado menos que hoy a los ministros del evangelio? El corazón del pueblo es tan inestable que hace que corran tras los extraños que corrompen a sus oyentes con doctrinas falsas, en lugar de seguir a los siervos escogidos de Dios, que tendrán que rendirle cuentas.

Si realmente quieres protegerte del error, utiliza la espada de la Palabra que tienes en la mano. Suplica que Dios derrame su divina revelación sobre el ministerio de tu pastor, y espera que él lo haga. Si predica algo que te causa dudas, pregúntale en privado. Si cumple con su cargo de fiel ministro del evangelio, agradecerá tu interés; pero ve para aprender de él y edificarlo, no para acosarlo ni derribarlo.

Nuestro Salvador estaba muy dispuesto a responder las preguntas de sus discípulos en cuanto a la doctrina que predicaba

en público; a solas les abría las Escrituras más plenamente. Cuando venían con cuestiones de poco valor, los reprendía: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú” (Jn. 21:22). No titubeó en cambiar el tema de una cuestión trivial y señalarle a Pedro un ministerio necesario.

Cómo emplear la espada contra las concupiscencias

El tercer enemigo en la batalla es el ejército de las pasiones pecaminosas, capitaneado por Satanás y enviado para cautivar nuestro corazón. Si crees que tienes un alma que se puede perder o salvar, ¿cómo rechazas luchar contra esta maldita combinación de demonios y concupiscencias? Los romanos lucharon contra algunas naciones para obtener honor y gloria; pero contra Cartago lo hicieron para preservar la vida. En el combate contra el pecado y Satanás están en juego tanto el honor como la vida, convirtiéndolo en la más noble de las guerras.

La guerra espiritual es noble por ser justa. Es verdad que la mayoría se une a las batallas políticas y militares sin saber por qué, pero no hay duda acerca de la causa de la guerra santa contra el único enemigo de Dios que reclama el derecho de gobernar su mundo. Por ello, Dios llama a toda la humanidad, algunos por la voz de la conciencia natural, otros por el clarín de su Palabra, a unirse a él “contra los fuertes” (Jue. 5:23). Lo hace, no porque necesite nuestra ayuda, sino porque prefiere recompensar la obediencia a castigar la rebelión.

Esta noble guerra no solo es justa, sino también difícil. El tozudo enemigo es fuerte y hará todo lo posible para probarnos hasta el límite. Los cobardes nunca podrán vencerlo; el pecado pierde terreno por centímetros, y no cede fácilmente.

La guerra espiritual contra las pasiones pecaminosas es una batalla de por vida. Si tienes espíritu aventurero, he aquí lo que buscabas. Luchar con los hombres es un juego de niños en comparación con repeler a los demonios y concupiscencias: “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se en señorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Pr. 16:32).

Es triste que algunos de los mejores soldados del mundo, que arriesgaron su vida por la libertad, hayan muerto esclavos

del pecado. Aníbal disfrutó de la victoria en sus expediciones al extranjero, pero fue derrotado en su propio país. Demasiados héroes de contiendas en ultramar han sido pisoteados y derrotados por sus propias corrupciones.

No temas la fuerza y el número de tus enemigos; mayor será la victoria. Tampoco te preocupes al ver a los emperadores despojados de sus insignias y muertos encadenados por sus pasiones: recuerda que solo el mundo incrédulo, sin armas espirituales y abandonado por Dios, será presa de Satanás.

Tienes un Dios de tu parte que te da la espada consagrada de su Palabra para tu defensa, y Satanás ya ha sentido el filo de ella: tiembla cada vez que la fe la desenvaina. El que creó este monstruo proporciona la espada que lo conquista. Ahora quiero enseñarte a vencer el enemigo con el uso eficaz de esta arma, de cuatro maneras específicas.

1. Recoge ejemplos bíblicos de la deformidad del pecado

Al juntar muchos ejemplos y pasajes bíblicos podrás ver el verdadero retrato, trazado por una mano hábil, de esa dama fascinante cuya belleza Satanás quiere hacerte abrazar. El ingenuo peca porque cree que Satanás le ofrece algo bueno, y lo acoge como Jacob admitió en su lecho a una esposa antes de examinar su rostro. Por la mañana se encontró con Lea en lugar de con la bella Raquel. Cuando se despierta la conciencia del pecador ya es demasiado tarde. Con amarga desilusión se encuentra en el Infierno en lugar de en el Paraíso. Cristiano, para que no pierdas el Cielo, céntrate en la Palabra de Dios y reconocerás al deforme pecado sin sus máscaras de engaño.

a) El nacimiento del pecado

¿Quién es el padre del pecado? El Dios Santo lo repudia. El sol producirá tinieblas antes de que el Padre de la luz sea el autor del pecado: “Toda buena dádiva y todo don perfecto” viene de Dios (Stg. 1:17). Un padre terrenal ama a su hijo sin importarle el aspecto que tenga; ¡cuánto más nos amará nuestro Padre Celestial! Él miraba la creación a cada paso y se complacía con toda su obra: “Era bueno en gran manera” (Gn. 1:31).

La Palabra de Dios da su opinión acerca del pecado:

Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos (Pr. 6:16-18).

Dios ha expresado tal odio hacia el pecado que su santísima ley amenaza con terribles plagas y juicios contra todas las manifestaciones del mismo.

Dios deja el pecado en la puerta del diablo, para que encuentre allí a su padre: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer [...]. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira” (Jn. 8:44). El pecado es un bastardo que llama padre y madre a Satanás. Satanás engendró el pecado en el vientre de su libre albedrío, y en cuanto el pecado nació, lo dejó para que la humanidad lo alimentara. ¡Qué lastima! Aunque Dios creó al hombre para servirlo a él y disfrutar de su presencia, este opta por llevar en brazos al engendro del maligno.

b) Los nombres del pecado

Dios nunca ha cometido un error. Si algo es dulce, no lo llama amargo; si es bueno, no lo llama malo. No esperes encontrar miel en un tarro donde Dios ha escrito “veneno”. Digamos del pecado lo que Abigail dijo de su marido; tal como lo llama la Palabra, así es.

Pero Satanás enseña al pecador a ocultar su pecado con apodos aceptables: la superstición se llama “devoción”; la codicia, “economía”; la soberbia, “autoestima”; la negligencia, “libertad”; las palabras necias, “humor”. Naturalmente los pecadores se ven obligados a hacerlo: un bocadillo de carne de burro les daría asco, de saber lo que contenía. Los perseguidores antiguamente vestían a los cristianos con pieles de animales para que las fieras los devoraran antes; y Satanás aviva el apetito con pecados guarnecidos de tentaciones deliciosas que la conciencia no puede reconocer ni rechazar fácilmente.

¿Estás dispuesto a dejarte engañar de esta manera? Tu ma-

no se quemará igual si recoges una brasa del fuego aunque el enemigo te prometa que no pasará nada. Escucha los nombres que Dios le da al pecado: vómito de perros; veneno de serpiente; peste de tumbas podridas; llaga, gangrena y plaga. Aunque a los mismos horrores infernales les resulta difícil encontrar para él un nombre lo bastante repulsivo, la peor expresión de su naturaleza podrida es su propio nombre: “El pecado [...] sobremanera pecaminoso” (Ro. 7:13). ¿Qué haremos con lo que el gran Dios tanto aborrece y carga de nombres deshonorosos? Hay que perseguirlo con la espada que él nos legó, hasta ejecutar la sentencia: ¡destrucción total!

c) La naturaleza del pecado

La Palabra de Dios lo define así: “El pecado es infracción de la ley” (1 Jn. 3:4). Estas palabras bastan para hundir al alma pecadora en el Infierno por toda la eternidad, o para matar al mismo pecado en el corazón del creyente, si este considera seriamente tres verdades en cuanto a la naturaleza del pecado:

1. *¿De quién es la ley que se transgrede?* No se trata de la ley de un príncipe menor que se venga apresuradamente de cualquier transgresor que amenace su reputación. El pecado es deicida: Satanás quiere destruir la vida misma de Dios con el pecado. La gloria de Dios es una parte tan integral de su Ser, que él no podría sobrevivir a su pérdida. Por supuesto que la vida y la gloria de Dios están muy por encima del corto brazo del pecador, pero esto no honra a este último: su pecado apunta deliberadamente a deshonorar a Dios, aunque no pueda alcanzar su santo blanco con el proyectil.

2. *¿Qué clase de ley es?* No es ningún edicto cruel, escrito con la sangre del pueblo, como las leyes de algunos dictadores. La ley de Dios es buena, y los que la guardan encuentran la vida. No tiene fallos ni artículos innecesarios. “¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí?” (Jer. 2:5), pregunta Dios. Él se digna a razonar con los pecadores, preguntando por qué han abandonado su justicia; pero ellos no tienen más razón válida que un toro apacentado en ricos pastos que rompe la valla y se escapa al desierto, o se va por camino polvoriento donde solo le espera el hambre.

3. *¿Quién fomenta la transgresión?* Cuando el peor enemigo de un padre le da un arma al hijo rebelde y lo persuade a herir a su padre, se añade dolor a la herida. Así haces tú, cristiano, cada vez que transgredes la ley de Dios. ¿No tiembles cuando él te muestra tu pecado y dice: “Queridísimo hijo, *este* es el enemigo que intenta quitarme la gloria y la vida. Tú, por mi gracia, me lo debes todo y debes estar dispuesto a morir por exaltar mi nombre”. Cuando el amor de Dios arde en el corazón, podemos vomitar llamas al rostro del diablo que nos tienta a pecar contra Dios.

d) Las propiedades del pecado

Las tres características del pecado según la Palabra de Dios es que contamina, perturba y condena.

1. *El pecado contamina.* Se le llama “contaminación de carne y de espíritu”, porque daña lo uno y lo otro (2 Co. 7:1). “Todo el mundo yace bajo el poder del maligno” (1 Jn. 5:19, NVI), como el animal que se revuelca en la suciedad o el cadáver que se pudre en su propio flujo. Se trata de una lepra que contamina al hombre y la casa en que vive. Dios envió el Diluvio para que barriera de la faz de la tierra a la perversa generación de Noé. Pero ya que este lazareto del mundo aún no se ha limpiado del todo, tiene reservada para él una purga completa por fuego en el último día.

¿Has pensado alguna vez en la hermosura del hombre antes de que fuera estropeado por el pecado? ¿Has pensado en la gloria de toda la creación antes de que el pecado la contaminara con sus efluvios venenosos? Este veneno ha difundido tanto su mortandad por el cuerpo y el alma del hombre, filtrándose hacia toda la creación visible, que esta nunca volverá a su antigua hermosura hasta que, como una pieza de metal abollado, sea fundida y refinada en el fuego universal.

Se dice que el armiño prefiere morir antes que ensuciar su preciosa piel en la tierra. Y tú, cristiano, ¿volverás a revolcarte en la ciénaga del pecado después de que Cristo ha derramado su preciosa sangre para que el Espíritu pudiera limpiarte? Ezequiel temía tanto comer pan contaminado, cocido con excremento humano, que clamó: “¡Ah, Señor Jehová! he aquí que mi

alma no es inmunda” (Ez. 4:14). ¿Te resulta más pura a ti, cristiano, la pasión inmunda después de haberte sentado a la mesa de Cristo y gustado su bondad y su pureza? Deberíamos clamar como el Profeta: “¡Ah, Señor Jehová! No dejes que mi alma se contamine con esta cosa abominable”.

2. *El pecado perturba.* El pecado rompe la paz del alma y del mundo entero; causa confusión y guerra adonde vaya. La Palabra avisa de que un ejército de males acampa alrededor del pecado y lo acompaña: “Si no hicieres bien, el pecado está a la puerta” (Gn. 4:7). Entonces, Dios firma la sentencia y condena al pecador a la angustia de una conciencia atormentada.

¿Quién describirá las convulsiones que sufre el alma pecadora? “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Is. 57:21). El clamor de los pecadores condenados prueba la turbación inherente a los pecados que ellos mismos escogen: “Nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado” (Sal. 38:3); “Grande es mi castigo para ser soportado” (Gn. 4:13). Tal vez Judas sea el ejemplo más destacado de esto: no pudiendo soportar más su culpa, huyendo de ella, se ahorcó, lanzándose al Infierno en un intento de apaciguar el tormento de su pecado.

Igual que el pecado turba la paz interior del alma, también trastorna la paz exterior del mundo. El pecado ha sido la causa de tanta confusión: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” (Stg. 4:1). Dalila entregó a su propio marido en manos del enemigo; Absalón intentó quitarle la vida a su padre... El pecado es la serpiente sutil que separa a amigos, familiares y aun la dulce comunión de los cristianos.

El pecado es tan incendiario que sus chispas mortales no solo vuelan de casa en casa, sino de nación en nación. Toda el agua del mar no puede apagar las guerras encendidas entre un reino y otro por el pecado, que hace que quienes viven en un lado del mundo tengan sed de la sangre y los bienes de los que viven en otro. La tierra es un circo lleno de luchas y muerte. ¿Acoges tú a este huésped en tu corazón?

3. *El pecado condena.* Si se pudiera limitar el daño del pecado a este mundo, ya sería bastante malo; no obstante, considerando nuestra corta estancia aquí, podríamos consolarnos sabiendo que pronto acabaría. ¡Pero que nos perturbe aquí y nos condene al tormento eterno en la otra vida es demasiado! “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno” (Mt. 25:41). Estas palabras deberían hacernos cuestionar seriamente que los deseos pecaminosos valgan la pena a la luz de los enormes réditos de nuestra inversión.

Los pecadores ya conocen lo mejor de sus placeres, pero no por eso conocen lo peor de su castigo. Este es tan severo que pierde fuerza al traducirse a nuestro lenguaje. ¿Qué es el fuego y azufre que ahora vemos y tememos, comparado con aquel lago de fuego? ¡Poco más que un fuego pintado en un cuadro comparado con la leña de la chimenea! El fuego terrestre se puede encender con una leve brisa, y apagarse con unas gotas de agua, pero “el sopro de Jehová, como torrente de azufre lo enciende [el Tofet]” (Is. 30:33). ¿Dónde encontrará el hombre agua suficiente para apagar el fuego de Dios?

Es sano respirar aire puro, pero inhalar el olor del lago de azufre también podría serlo a largo plazo. Si más personas hubieran avistado el Infierno estando aún en la tierra, tal vez sus almas no habrían ardido al caer sus cuerpos en la tumba. Cristiano, anda a la luz de las Escrituras, las cuales describen los sufrimientos de los condenados en el Infierno. Esta es la casa del luto, y visitarla en seria meditación es una buena manera de tomarse la amonestación a pecho. ¿Por qué arriesgarse a ir allá, cuando una mansión celestial te espera a cambio de la fe y el arrepentimiento?

2. Encuentra respuestas bíblicas al falso razonamiento de Satanás

El diablo exhibe astutamente el pecado bajo una falsa apariencia de racionalidad, instando al alma a aceptar su mejor oferta. Cuando el pecado se acerca con paso de gigante, no será la armadura de Saúl, sino “las piedras lisas del arroyo” (1 S. 17:40) (esto es, no el razonamiento, sino los argumentos infalibles de las Escrituras) lo que te protegerá y te dará la victoria sobre tu enemigo.

¿Dónde encontraremos una respuesta para repeler el sofisticado engaño de Satanás? Solo si escogemos ser “poderosos en las Escrituras”, como Apolos, podremos taponarle la boca al diablo y parar sus dardos con una palabra interpuesta a tiempo entre nosotros y la tentación. Y yo veo por lo menos tres maneras de hacer esto.

a) Satanás minimiza la gravedad del pecado

A veces el padre de la mentira engendra el pecado utilizando leves insinuaciones: “¿Qué te puede hacer este pequeño pecado? Un lunar no estropea la belleza del rostro; un solo pecado no afeará tu alma. Si te pidiera que acogieras varias tentaciones sucias, podrías intuir las dificultades; ¿pero por qué tanto temor a que se vea la única mancha de tu manto? Aun la joya más hermosa tiene fallos, y el más santo también los tiene”. El engaño teje una red en torno al cristiano, tan apretada que solo la verdad de la Palabra de Dios puede romper el lazo.

1. Ningún pecado permanece solo. No es posible abrazar un pecado y evitar los demás. “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stg. 2:10). Igual que el cuerpo entero sufre por una sola herida, todas las leyes están vinculadas al tierno corazón del Padre Santo: “Y habló Dios todas estas palabras” (Ex. 20:1). Son diez mandamientos, pero una sola ley.

Como consecuencia, el que viola su conciencia con un solo pecado, no puede apelar a ella contra otro: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9), preguntó José ante una tentación muy atractiva. Ciertamente su respuesta hubiera sido la misma si su ama le hubiera pedido que mintiese que cuando le tentó para que acostase con ella. Así es que el apóstol nos urge: “Ni deis lugar al diablo” (Ef. 4:27). Esto implica que al ceder en algún punto perdemos terreno, y lo que nosotros perdemos lo gana el diablo. Cuando una pequeña chincheta ha penetrado en la madera, el carpintero diestro podrá hincar un clavo la próxima vez.

Si asientes a un pecado, Dios te entregará a otros. Los gentiles se dieron a la idolatría y “Dios los entregó a pasiones vergonzosas” (Ro. 1:26). Cuando Judas empezó a robar,

dudo que pensara convertirse en traidor. Pero la traición fue el castigo del robo: él se permitió un pecado oculto, y Dios lo entregó a uno más visible y horrendo.

2. *No puedes servir al pecado y a Dios a la vez.* “Sois esclavos de aquel a quien obedecéis” (Ro. 6:16). Eres siervo de Satanás si defiendes su reino en un pequeño castillo contra Dios tu Rey. De nada servirá decir que no pensabas pecar; tal vez pensaras en ganar dinero, y no en situarte con Satanás en contra de Dios. Aunque la codicia no era tu intención, el resultado del pecado cometido será un cargo contra ti en el último día.

Acab se vendió “para hacer lo malo delante de Jehová” (1 R. 21:20). No leemos acerca de ningún pacto suyo directamente con el diablo, pero sus acciones llegaron a ser lo mismo. Sabía que si pecaba, su alma tendría que pagar; pero aun conociendo el precio, deseaba hacerlo. El significado claro de este pacto invisible, pero válido, es que vendió su alma para disfrutar de su pecado.

“Ninguno puede servir a dos señores [...]. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24). Más fácilmente podría un cuerpo tener dos almas, que un alma dos señores. El alma cuenta con un solo amor, de forma que no puede ser gobernada por dos. Cierta hombre se jactaba de que tenía un alma para Dios y otra para el pecado; pero si una de ellas estuviera en el Infierno, nunca hallaría a la otra en el Cielo.

No te dejes engañar; un pecado te condenará igual que mil:

No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Co. 1:9).

La Palabra no excluye a aquel que hace *todas* estas cosas, sino *cualquiera* de ellas. Todos morirán, pero no de la misma enfermedad. Seguro que los pecadores impenitentes se condenarán: unos por un pecado, otros por otro. Todos se reunirán en el mismo Infierno.

b) Satanás tienta con pecados secretos

Saúl tuvo vergüenza de ir a Endor con su manto real, por haber hecho público su odio contra la brujería castigándola con la muerte, pero no temió acudir a una bruja disfrazado. El diablo añadió peso a su siniestro motivo de tentar a Cristo en el desierto, pidiéndole un reconocimiento secreto, entre los dos. ¡Pero cuánto mayor fue la gloria de Cristo en su victoria aquel día! Ganó la batalla contra Satanás con la espada de la Palabra, y ya es hora de que nosotros empuñemos su arma para luchar con el mismo enemigo. Esta defensa se expresa de varias maneras específicas.

1. *La Palabra dice que Dios conoce los pecados ocultos:* “Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro” (Sal. 90:8). Dios ve los pecados ocultos tan claramente como los que se cometen a la luz del sol. No solo los conoce, sino que los pone por blancos de su venganza.

“Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr. 15:3). Te ve cuando cierras tu puerta para orar en secreto, y recompensa tu sinceridad; pero también ve cuando esa puerta se cierra para pecar en secreto, y no dejará de retribuir tu hipocresía. Sería mejor que lo viera el mundo entero en lugar de Dios, porque el mal va contra él, un juez justo no puede dejar impune ningún pecado.

2. *La Palabra informa a tu conciencia del pecado.* No puedes pecar sin que la conciencia te siga, vea lo que haces y lo archive para el tribunal. El lápiz de la conciencia deja profunda huella en el alma del pecador, porque no hay tormento como el de una conciencia acusadora: “El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Como Régulo en el barril lleno de clavos, adonde vaya encontrará heridas y dolor. Después de leer lo que le ocurrió a Caín, Saúl y Judas, seguramente temerás pecar con la conciencia como testigo.

3. *La Palabra suele avergonzar abiertamente por el pecado oculto.* Uno de los nombres de Dios es “el que revela los misterios” (Dn. 2:47). Él nunca olvida aclarar “lo oculto de las tinieblas” (1 Co. 4:5), aquellos pecados forjados en el más oscuro taller. El que es culpable de pecados ocultos —que se porta

como si hubiera Dios de día pero no de noche, como si nadie más que sus compañeros lo supiera— cuestiona la omnisciencia de Dios. Para hacer temer a los hombres, Dios saca a esas zorras de sus madrigueras y expone su pecado ante el mundo. Ananías y Safira cometieron un pecado oculto; ¿y qué paso como resultado de ello? “Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hch. 5:11).

Hace mucho tiempo que se ha considerado un arte el ocultar el pecado ante el mundo. Giezi mintió descaradamente a su amo, sin soñar siquiera que Eliseo ya conocía su pecado. ¡Extraña providencia la que reveló todo esto! Giezi había robado ropa mintiéndole a Naamán, y Dios retribuyó su ganancia con la lepra; no ocultó su vergüenza sino que se la mostró a todos. A diferencia de las vestiduras sirias, este “manto” no se estropeó, sino que le duró toda la vida; y hasta sus hijos lo heredaron.

Por mucho que alguien intente disimular la vergüenza del pecado, el engaño en que está prepara un camino directo para su descubrimiento. La muerte de Urías era un medio de salvar la reputación de David si se llegara a conocer públicamente su encuentro con Betsabé. Pero este complot sirvió de detonante, porque nuestro Dios cuida de su propia reputación: “Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol” (2 S. 12:12). David aborreció entonces su pecado: estuvo más dispuesto a reconocerlo que lo había estado en su momento a ocultarlo. Cuando el pueblo de Dios lee el Salmo 51, aún recuerda el arrepentimiento de David.

c) Satanás tienta con el ejemplo de otros

Un ejemplo es un argumento falso, pero tiene mucho peso cuando el que favorece el pecado se considera muy piadoso. A veces hay tantos que están a favor del pecado que arrastran a los débiles, como el río arrastra los peces muertos. Necesitan que se les una mucha gente para quitar su vergüenza. Cuando todos andan desnudos, nadie se sonroja.

Si peca el que ocupa un lugar de respeto y sabiduría, a Satanás le encanta remover y extender el testimonio de la transgresión. Se asegura de difundir la noticia, atrayendo a otros pa-

ra que sigan su ejemplo. Entonces, debes abrir la Palabra, confiando en que te alejará de la tentación con dos amonestaciones específicas:

1. *Las Escrituras nos mandan poner a prueba los ejemplos con la Palabra.* ¿Se citan muchas opiniones? “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Is. 8:20). Seguimos a aquel que lleva la luz; pero si su luz se apaga, lo abandonamos. Esta cita certifica que la persona no puede tener luz alguna si su opinión no está fundada en la Palabra. Si ella no sabe adonde va, ¿cómo sabremos a dónde nos llevará?

Los ejemplos son preceptos, no autorizaciones: “No seguirás a los muchos para hacer mal” (Ex. 23:2). Un ejemplo no te absolverá por ser precedente de pecado. Adán lo intentó al decir que la mujer le había dado el fruto, pero eso no lo absolvió de pagar el precio con ella. Eva lo llevó a pecar, pero el castigo cayó sobre ambos. ¿Estarías dispuesto a comer veneno si otro se ofreciera a gustarlo primero? ¿Lo hace menos dañino ele ejemplo de ese otro?

2. *La Palabra nos muestra que el creyente más entregado puede pecar.* Cuando Pablo pidió a otros que fueran seguidores suyos, les aconsejó que estuvieran atentos para ver si él seguía a Cristo: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Co. 11:1). La vida santificada del mejor cristiano es una traducción imperfecta de la pauta perfecta que marca la Palabra de Dios, y hay que compararla con ella. La integridad mira el camino, no a la gente: “El camino de los rectos se aparta del mal” (Pr. 16:17).

Así la espada de la Palabra, como la que esgrimía el querubín a las puertas del Paraíso, se puede girar en todas direcciones para evitar que el cristiano caiga en el pecado, por admisible que parezca.

3. Guarda la Palabra en tu corazón

Este fue el refugio de David: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Sal. 119:11). No era la Biblia que llevaba en la mano, ni la Palabra que estaba en su lengua y su pensamiento, sino la Palabra guardada en su corazón lo

que impidió que pecara. La carne no alimenta estando en la mesa, sino en el estómago. La Escritura utiliza la palabra “corazón” para referirse al alma entera, pero su doble significado principal es la conciencia y las emociones.

a) La Palabra a menudo emplea “corazón” para referirse a la conciencia

“Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas” (1 Jn. 3:20). Es triste cuando la conciencia nos condena justamente, pero Dios sabe más sobre nosotros que nosotros mismos, y puede acusarnos de muchos más pecados que la conciencia pasa por alto. Guarda la Palabra de Dios en tu conciencia; que tenga allí su trono para preservar tu temor reverente.

1. *La Palabra lleva el sello de la autoridad divina.* El pecado es la daga traidora que apuñala a Dios mismo. A veces los asesinos que pensaban matar al príncipe se han quedado tan aturcidos por una mirada majestuosa, que han abandonado la idea. Cuánto más, entonces, el temor de la majestad del gran Dios que sale de su Palabra y se instala en la conciencia, evita que el pecador traicione a su Creador: “Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras” (Sal. 119:161). Quería decir: “Prefiero afrontar la ira de ellos por mi santidad, que convertirme en enemigo de tu Palabra por mi pecado”.

2. *La Palabra te juzgará en el último día.* “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”, dice Pablo (Ro. 12:6). Tu conciencia se cotejará con la Palabra, y Cristo el Juez te sentenciará a vida o muerte. Pero no hay que esperar para conocer la sentencia: si no puedes enfrentarte a la Palabra hoy, cuando la abre el pastor y la aplica a tu conciencia, ¿qué harás cuando la abra el Hijo de Dios? Tu conciencia puede condenarte por la Palabra, pero no definitivamente; si te arrepientes y tienes fe, ese tribunal privado está capacitado para revocar la sentencia de muerte y justificarte delante de Dios. Pero, en el Día del Juicio, la decisión divina será irreversible.

Si el juicio entonces decide en tu contra, estarás perdido pa-

ra siempre. No podrás esperar una conmutación de pena ni el indulto. Cuando la Palabra salga de boca del Juez, el pecador irá directamente a manos del atormentador. Ahora que has visto las cadenas eternas que la Palabra de Dios reserva para el pecador, ¿puedes aún acoger la concupiscencia?

b) La Escritura a menudo emplea la palabra “corazón” para referirse a la voluntad y las emociones

Cuando Dios dijo: “Dame, hijo mío, tu corazón” (Pr. 23:26), pedía amor. Si guardas la Palabra en tu corazón, tienes a mano el antídoto del pecado; porque los lazos del amor son más fuertes que las cadenas del temor. El amor de Herodes por Herodías era más fuerte que su temor a Juan. La conciencia le frenó durante un tiempo, pero la mujer contaba con su afecto, y el corazón le desató las manos. Su amor por ella pudo más que su respeto hacia Juan, y al final se lavó las manos en la sangre de este.

El que está preso del mandamiento, obligado a una conducta por las cadenas del temor en la conciencia, puede verse suelto de repente; y entonces dejará de obedecer. Pero aquel que ama la Palabra y la pureza de sus preceptos no la puede traicionar. Cuando peca, hiere tanto su propio corazón como a la ley, y tiembla al desagradar a Dios: “Yo he amado tus testimonios. Mi carne se ha estremecido por temor de ti” (Sal. 119:119-120). Este bendito temor es hijo del amor. Para avivar el amor de la Palabra de Dios en tu corazón, debes meditar en estas dos verdades: La Palabra es tu ayo más fiel y el más dulce consuelo que tienes en el mundo.

1. *La Palabra es tu ayo más fiel.* La Escritura te muestra claramente tus fallos y no te dejará en el pecado; en vez de ello, te señala al enemigo que busca la vida de tu alma y descubre cada treta que urden Satanás y tus pasiones pecaminosas en contra tuya. Esta protección fue lo que hizo que David amara tanto la Palabra: “Tu siervo es además amonestado con [tus juicios]” (Sal. 19:11).

Además de avisar del peligro, la Palabra de Dios te enseña a evitarlo. Asuero dio favores a Mardoqueo por haberle salvado la vida de los traidores. ¡Cuánto más debemos reverenciar la

Palabra que nos ha salvado tantas veces del enemigo! David agradeció tanto la sabiduría de Abigail, que recompensó su bondad haciéndola su esposa. La Palabra de Dios te ofrece diariamente consejos tan íntimos que no debes avergonzarte de enamorarte plenamente de ella.

2. *La Palabra es tu más dulce consuelo.* Cuando estás abrumado por la culpa, ¡qué nimios resultan los placeres y tesoros mundanos! Nadie te puede consolar; es como el hombre que desde la orilla ve ahogarse a su amigo, sin poder llegar hasta él. Solo la Palabra puede andar sobre esas aguas y socorrer al alma.

Puede que estés tan desesperado como esos marineros que se encontraban a punto de perecer; entonces, la Palabra se pone de pie —como Pablo— y trae socorro: “Debías haberme escuchado en primer lugar, y no haber soltado tu obediencia del buen puerto de Dios. Arrepiéntete de tu pecado y vuélvete a Dios en Cristo Jesús; si lo haces no perderás la vida”.

Hay perdón en el Señor Jesús. No importa el problema, esta verdad consuela a los cristianos. Sabes lo placentero que resulta un manantial fresco en el desierto. Al recordar el dulce frescor del pozo de la salvación divina, clamarás como David: “Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos, porque con ellos me has vivificado” (Sal. 119:93). No es sorprendente que Satanás intente cegar el pozo de tu consolación, pero es más que trágico que pueda persuadirte a hacerlo tú mismo.

4. Reclama ante el trono de la gracia la promesa contra el pecado

Como las venas del cuerpo reciben vida de las arterias, así los preceptos de la Palabra tienen promesas para animar y fortalecer a los cristianos con objeto de que cumplan sus compromisos con Dios. El mandamiento de orar lleva consigo una promesa:

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Ro. 8:26).

La espada del cristiano

¿Te pide Dios el corazón? La promesa dice: “Os daré corazón nuevo” (Ez. 36:26). ¿Requiere que crucifiquemos la carne? No sin darnos su promesa: “El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:14). Pero para que la promesa cubra tu necesidad, deberás reclamarla con humildad y valor ante el trono de la gracia. La oración de fe reclama y recibe el mandamiento del precepto. Es decir: conquista primero el Cielo, y no tendrás que temer para vencer al Infierno.

No olvides que la guerra corre por cuenta de Dios, no por la tuya. David era un militar que sabía afrontar a cualquier enemigo, pero no se atrevía a prometerse el éxito hasta oír la voz de Dios: “Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí” (Sal. 119:133). Si has decidido conseguir la victoria con tus propias fuerzas, entonces espera la derrota. Será un acto de misericordia: porque la derrota te humillará, pero la victoria solo aumentaría el orgullo en tus fuerzas.

Josafat escogió sabiamente el plan de batalla al admitir delante de Dios que no sabía qué hacer. Disponía de casi un millón de hombres, pero clamó a Dios pidiendo ayuda como si estuviera solo: “Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos” (2 Cr. 20:12). Si César hubiera encabezado tal ejército, probablemente habría sabido qué hacer. Pero aquel hombre humilde fue más prudente: sabía que un gran ejército no es nada si Dios no lo acompaña.

Cómo utilizar la espada de la Palabra contra las aflicciones

El cristiano es vulnerable a las tempestades que vienen por todos lados. No es como una casa vallada, tan protegida por bosques o colinas, que el viento solo entra por una parte. Como aquel extraño viento que azotó las cuatro esquinas de la casa del hijo de Job, las aflicciones del cristiano no dejan intacto ni un rincón. A menudo le atacan a la vez problemas económicos, físicos y anímicos. Al unirse tantos ríos de aflicción, no es fácil que su corazón se mantenga firme ante las olas.

Mi tarea consiste en indicar al cristiano débil cómo puede utilizar la espada de la Palabra para defenderse y consolarse ante cualquier aflicción que le ataque. No puedo limitar esta enseñanza a unos ejemplos detallados, sino que daré unas reglas generales aplicables a toda circunstancia.

1. Conoce tu derecho a las promesas de Dios

Esta es la bisagra sobre la cual girará la disputa entre tú y Satanás en el día de la aflicción. Es trágico que el cristiano se quede parado a la puerta de la promesa en la noche más oscura de la aflicción, ¡temiendo abrirla! Ese es el momento de entrar y buscar refugio como el niño corre a los brazos de su padre: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación” (Is. 26:20).

Cuando un creyente tiene el certificado de una promesa, garantizado ante su conciencia por la Palabra, no se le roba fácilmente su consuelo. Job testificó ante el Cielo: “Hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad” (Job 27:5). Satanás hizo todo lo posible porque Job rompiera su título de propiedad, pero ese título era claro y Job lo sabía. Aun cuando Dios parecía abandonarlo, testificó ante Cielo e Infierno que se negaba a que Satanás le disputara su derecho: “Tú sabes [Dios] que no soy impío” (Job 10:7). Esta seguridad lo mantuvo firme en el duro camino del sufrimiento: su carruaje temblaba y crujía, pero no se volcó.

¿Cómo podemos estar seguros de que realmente tenemos derecho a las promesas de Dios? Descubriremos la respuesta después de plantear otras tres preguntas:

a) ¿Estás unido a Cristo por la fe?

Las promesas no son una pocilga, sino el redil de Cristo donde él apacienta sus ovejas: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gá. 3:29). La promesa es la unión que se produce solo cuando nos casamos con la persona de Cristo. Y la fe es el don mediante el cual el alma recibe a Cristo según lo ofrece el evangelio. A esta unión se la llama “recibir a Cristo”.

Habrás oído en cuanto a Jesús la misma pregunta que se le planteó a Rebeca respecto de su matrimonio con Isaac: “¿Irás tú con este varón?” (Gn. 24:58). En la Palabra de Dios has visto a Cristo en su gloria, así como los votos matrimoniales necesarios antes de poder acompañarlo como amada suya a la cámara nupcial de su corazón.

1. *Desecha a cualquier otro amante.* Cristo no tolera ningún competidor ni rival de tus sentimientos. Primero quitó los nombres de los baales de la boca de Israel, y luego se casó con este pueblo.

2. *Abraza su ley tanto como su amor.* Cristo no será tu Esposo sin ser también tu Señor.

3. *Acéptalo para bien o para mal, con su cruz juntamente con su corona.* El Señor quiere que estés dispuesto tanto a sufrir como a reinar con él. ¿Te es Cristo tan precioso que ardes con un deseo insaciable de él? ¿Puedes rechazar libremente toda concupiscencia y placer carnal para dejarte abrazar por él? ¿Estás tan enamorado de él que no puedes vivir ni disfrutar de nada sin él? Tu corazón está herido por las flechas de su amor y hermosura, y solo él tiene el ungüento que te puede sanar.

Harás todo lo que él te pida. Si te manda abandonar la casa de tu padre, lo seguirás hasta el fin del mundo. Si te manda ser pobre según el mundo por amor a él, te alegrarás de mendigar con él en lugar de reinar sin él, o de morir por él, por no vivir lejos de él.

Sal ahora, bendita esposa del Señor, y ponte los brazaletes de las promesas: son prendas de amor que te entrego de parte de Cristo y en su nombre, para prometerte a él en matrimonio, él se ha comprometido contigo, así que aparta tus temores incrédulos. El Salvador no piensa rechazar tu amor una vez entregado.

b) ¿Qué efecto produce la promesa en tu alma?

Aquel que tiene derecho a la promesa es transformado por ella. Satanás sembró su venenosa simiente en el corazón de Eva con una falsa promesa: “No moriréis” (Gn. 3:4); y ella concibió con el pecado y fue transformada según la malvada naturaleza del mismo diablo. Cuánto más, entonces, utiliza Dios las pro-

mesas del evangelio, llamadas la “herencia incorruptible”, para engendrar su imagen en los corazones de sus elegidos. Ellas son —dice Pedro— “preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4).

Cuando el Espíritu Santo aplica las promesas al cristiano, su virtud purifica el corazón y tranquiliza la conciencia. Cristo dijo a sus discípulos: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn. 15:3). ¿Te han santificado las promesas de Dios?

Algunos intentan utilizar las promesas como protección contra el pecado, en lugar de como argumento en su contra. Ya que el pecado obra toda clase de maldad en la mente carnal, muchos pecan con mayor libertad por tener la promesa, como los charlatanes de feria que se tragan el veneno teniendo a mano el antídoto. ¿Cómo funciona la promesa en tu corazón? Si no lleva el sello de Dios, no te sirve. Y si no produce la santidad, tampoco te traerá gozo. Pero si encuentras dentro la imagen de Dios, ella te asegurará su favor y amor por ti.

c) ¿Cómo responde tu corazón al mandamiento de Dios?

No es difícil sonreír ante la promesa, ¿pero varía tu semblante cuando recuerdas la necesidad de obedecer el mandamiento divino? ¡Ni que fuera un duro amo que rompe las espaldas de sus siervos con cargas pesadas! Algunos piensan: “¡Ah si se pudiera pasar por alto algún que otro mandamiento sin renunciar al derecho a su promesa! Si esa es la horma de tu zapato, te has alejado del suave regazo de las promesas de Dios.

Por otra parte, puede que no te ofenda en nada el mandamiento, sino tu propio fracaso al intentar obedecerlo perfectamente. Aunque tropieces con frecuencia, tu corazón ama los mandamientos divinos y no te quedas tirado, sino que te levantas, resuelto a cuidarte más. Entonces, has de saber que tu sincero respeto por el mandamiento es una gran prueba de tu derecho a la promesa.

Cuando David confesó su amor por la ley de Dios, no cuestionó su derecho a la promesa: “Aborrezco a los hombres hipócritas; mas amo tu ley” (Sal. 119:113). No dijo estar libre de

pensamientos hipócritas, sino que odiaba la hipocresía. No dijo que obedecía completamente la ley, sino que la amaba, aunque, a veces fracasara totalmente en la obediencia. Por el testimonio de su conciencia en cuanto a su amor para con la ley, la fe de David resolvió la cuestión: “Mi escondedero y mi escudo eres tú. En tu palabra he esperado” (v. 114).

2. Recoge y examina las promesas según sus aplicaciones

Dios permite que sus hijos pasen por diversas pruebas y tentaciones: “Muchas son las aflicciones del justo” (Sal. 34:19). Pero la Palabra es un huerto donde crece una promesa para cada pena. El cristiano sabio recoge una de cada clase y la anota, como el médico archiva las recetas probadas para las enfermedades.

Por supuesto, es mejor prepararse antes de que llegue la necesidad. El pescador remienda sus redes en puerto, y después zarpa. El cristiano sagaz almacena las promesas para la enfermedad mientras está sano, y en tiempos de paz para las crisis venideras. Cuando ya está lloviendo, es tarde para volver a casa corriendo en busca del abrigo: “El avisado ve el mal y se esconde; mas los simples pasan y reciben el daño” (Pr. 22:3).

3. Recoge la totalidad de las promesas de Dios

Cristo tiene hijos de todas las edades: algunos cristianos son bebés, otros son adultos. El pacto de gracia recoge a débiles y fuertes: “Y si hijos, también herederos” (Ro. 8:17). La Escritura no especifica respecto a miembros *maduros* o *inteligentes*, sino en cuanto a “hijos”. Aunque estés todavía en la cuna espiritual, la promesa de Dios es tu porción tanto como la de Pedro y Pablo: “Todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén” (2 Co. 1:20).

Cada vez que intentamos ajustar las promesas de Dios a un creyente sí y a otro no, las distorsionamos, ya que pertenecen a todo el cuerpo de Cristo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Jn. 3:36). ¿Dice acaso la Palabra que Cristo da vida eterna únicamente a los creyentes que nunca dudan? No; él nos manda recibir a los débiles en la fe porque él mismo no los rechaza.

4. Medita en las promesas de Dios

Es muy humano pensar más en nuestro problema que en la promesa de Dios, pero la promesa encierra en sí el poder mismo para restaurar el espíritu. Cuando un niño que llora de hambre recibe la comida que necesita, se duerme enseguida. El cristiano deja de murmurar por su aflicción en cuanto se aferra a la promesa y disfruta de la dulzura de esta en el corazón: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (Sal. 94:19).

Un enjambre de abejas revuelto vuela sin orden, hasta regresar a la colmena. Termina la perturbación y vuelven a su vida tranquila de antes. Es así con el corazón del cristiano: Dios en la promesa es la colmena del alma. Si el cristiano deja sueltos sus pensamientos, estos se revuelven por temor a la aflicción o tentación que le confrontan. Pero en cuanto el santo reúne sus pensamientos desordenados y se centra en la promesa, recupera su consuelo. El Espíritu de Dios llama al creyente a retirarse de pensamientos perturbadores para venir a él, donde hay quietud y confianza: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él” (Sal. 37:7).

El corazón del cristiano adquiere el color de sus pensamientos más habituales. Las ideas pasajeras, aunque sean confortablemente neutrales, no tienen gran efecto en el alma para mal ni para bien. El veneno no mata, ni la comida alimenta, si no permanecen en el cuerpo. Pero cuando los pensamientos de uno se empapan de pena diariamente, y su corazón rezuma amargo temor, probablemente será doblegado por “un espíritu de enfermedad” (Lc. 13:11). Entonces no podrá dejar de pensar en su cruz a fin de meditar en la alentadora promesa de la resurrección.

Por otra parte, la promesa de Dios es eficaz cuando el creyente se despierta con ella y anda con ella atada a su corazón. Ningún dolor ni peligro puede quitársela, sino que como Sansón prosiguió su camino comiendo del panal, el cristiano se alimenta de la dulzura de la promesa. Podrá pasar las horas de su aflicción cantando, mientras otros suspiran, y alabando, mientras ellos murmuran.

Cuida bien, cristiano, de *practicar* este deber de la medita-

ción. No charles simplemente con la promesa de paso, sino como Abraham hizo con los ángeles, invítala a entrar en tu casa para disfrutarla plenamente. Así los creyentes de todos los tiempos han hecho triunfar su fe sobre las peores tragedias: “Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos” (Cnt. 1.13). Cuando el dolor causa temor, la amada pasa la noche meditando en el amor y la hermosura de Jesús, y en su belleza y ternura para con ella. Cuando hayas aprendido a hacer esto, no sentirás la dureza de la aflicción más de lo que se siente el viento del Norte estando sentado junto al fuego del hogar.

Julius Palmer, un mártir inglés, habló de la forma de elevar sus pensamientos por encima del sufrimiento con la meditación celestial acerca de estas “preciosas y grandísimas promesas” de Dios: “Para los que tienen la mente atada a la carne, como el pie del ladrón en el cepo, es difícil morir. Pero si uno puede separar su alma de su carne, con la ayuda del Espíritu Santo, no le cuesta más hacerlo que vaciar una copa”. Un alma en el Cielo no siente las luchas que tenemos en la tierra. ¡Este es un cuadro glorioso!

Cuando el cristiano se para sobre este monte Pisga de la meditación, mirando por la fe el panorama de las cosas “preciosas y grandísimas” que el Dios fiel le ha preparado, es fácil para él pasar por alto el rechazo y el amor del mundo. Pero a algunos nos cuesta llegar ahí, porque nos cansamos después de dar unos pocos pasos cuesta arriba. Entonces, hemos de clamar: “Llévame a la roca que es más alta que yo” (Sal. 61:2). ¿Quién nos pondrá sobre este santo monte de la meditación, más alto que las olas que nos vapulean desde abajo? El Espíritu Santo será quien nos recoja en sus brazos eternos y nos lleve allí.

Si pudiéramos emplear mejor las horas pasadas en placeres mundanos inferiores, seguramente el Espíritu se encontraría con nosotros. Pero si damos cobijo a una sola concupiscencia, aunque sea por un momento, Satanás está al acecho. En su lugar, debemos desplegar nuestras velas para que el Espíritu Santo las llene con su propio aliento.

Si somos sacerdotes serviciales, y disponemos la leña y el sa-

crificio, bajará el fuego del Cielo. Asegúrate de suministrar la leña: reúne la verdad para la meditación a partir de las promesas, para que tus pensamientos la trabajen. Entonces, el Espíritu Santo encenderá tu amor: “En mi meditación se encendió fuego, y así proferí con mi lengua...” (Sal. 39:3).

5. Reclama las promesas ante el trono de la gracia

Cargamos el rifle en balde si jamás apretamos el gatillo. La meditación llena el corazón de lo celestial, pero la oración la derrama ante Dios y le mueve a él a dar el alivio necesario para el cristiano.

Aunque a veces al pobre le consuele consultar su cuenta y ver que alguien le debe dinero, esto no le dará pan para comer: lo conseguirá al cobrar la deuda. Meditando en las promesas de Dios, vemos que hay liberación para los afligidos, pero esta no ocurrirá hasta que la oración de fe reclame el pago: “Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón” (Sal. 69:32); “Los que miraron a él fueron alumbrados” (Sal. 34:5). Si retienes la oración, Dios retendrá su misericordia.

La meditación es como un abogado que prepara un caso para defenderlo ante el tribunal. Una vez examinada la promesa, y dispuesto el corazón para recibir sus riquezas, debes ir al trono de la gracia para extenderla ante el Señor, como hizo David: “Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar” (Sal. 119:49).

6. Actúa creyendo que Dios cumplirá sus promesas

La seguridad del cristiano estriba en la fidelidad y la fuerza de Dios, que es quien promete; pero esta seguridad no se hará realidad hasta que la fe crea que él cumplirá su Palabra. La razón puede intentar desanimarte, y si tu fe es débil o está basada únicamente en el sentido común y la razón, sacarás poca satisfacción de la promesa. Todo creyente está fuera de peligro en cuanto a lo peor posible (esto es, la separación eterna de Dios en el Infierno), pero demasiados están atados por el temor, porque su fe obra débilmente ante el Dios Todopoderoso.

“¿Por qué teméis, hombres de poca fe?” (Mt. 8:26). Aquí

se ve la brecha por donde entraba el agua para hundir los espíritus de ellos: la poca fe. Lo que marca la diferencia entre la victoria y la derrota no es el carácter de Dios, sino nuestro concepto de él. Si alguien cree que su casa se caerá en una tormenta, aunque sea tan sólida como una roca, probablemente preferirá exponerse al temporal antes de confiar en ese refugio.

Para mantener la fuerza de la fe en el poder de las promesas de Dios, hay que rechazar de alguna manera el sentido común y la razón como asesores. ¿Por qué no tropezó Abraham en la fe, aunque la promesa era tan inusitada? “Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto” (Ro. 4:19). Por otra parte, ¿por qué tropezó Zacarías? Escuchó el consejo de la razón, y dio por sentado que era demasiado viejo para tener un hijo. Como Tomás, somos propensos a llevar la fe sujeta con la punta de los dedos: confiamos en Dios solo hasta donde alcanzan nuestros sentidos. A menudo él está en vías de cumplir una promesa y dar gozosas noticias a sus siervos afligidos, cuando el sentido común y la razón cierran el caso declarándolo perdido.

El sentido, la razón y la fe son entidades distintas, y no se deben confundir entre sí. Sabemos ciertas cosas por los sentidos, pero no las comprendemos con la razón. Otras realidades las aceptamos con la razón, pero el sentido no las discierne. El sol tiene una circunferencia mayor que la de la tierra, pero a juzgar por la vista, se cubre con el propio sombrero. Algunas cosas que eclipsan tanto el sentido como la razón, están claras para la fe. Por la fe sabía Pablo, aún en una situación desesperada, que nadie iba a morir a causa de la tempestad: “Tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho” (Hch. 27:25).

Cuando el ángel tocó a Pedro y le dijo: “Levántate pronto [...] y sígueme”, él no dejó que su razón respondiera que se trataba de algo imposible (Hch. 12:7-8). ¿Cómo iba a andar deprisa encadenado? ¿Y qué me dices de la puerta de hierro? No dio lugar a que el sentido común lo cuestionara, sino que se levantó y se cayeron las cadenas ¡justo antes de que se abriera la puerta! No digas que es imposible soportar tu aflic-

ción ni escapar de una tentación determinada. Deja que la fe siga libremente a la promesa, y Dios soltará los nudos que han atado el sentido común y la razón.

Lutero aconsejó a los creyentes en todas partes que crucificaran la palabra “cómo”: ¿Cómo puedes pasar por esta dificultad o soportar tal ataque? ¿No ha sido fiel Dios dando muchas promesas para que se interpongan entre ti y todo daño posible? “No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5); “Bástate mi gracia” (2 Co. 12:9); “Nada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:39).

Dice un refrán judío: “Cierra las ventanas y habrá luz en la casa”. Esto significa: “No juzgues por los sentidos sino por la fe en el Dios Omnipotente”. La cumbre de la fe es creer lo que parece más improbable; y es amor supremo soportar pacientemente el dolor, por amor a Cristo. En esto negamos el razonamiento carnal que disputa contra el poder y la fuerza de Dios.

Exhortación a los pastores en cuanto a la espada de la Palabra

Dios ha puesto la espada de la Palabra en manos de sus pastores de forma especial: “Nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Co. 5:19). Eres un *embajador* del gran Dios que lleva la paz eterna del evangelio a los pecadores; eres su *obrero*, que edifica su templo en el corazón humano, poniendo cada piedra con la plomada y la regla de la Palabra; eres su *mayordomo*, que da a su familia su porción sacada del almacén en su momento; en resumen, eres un *pastor* de Dios que guía y apacienta a su rebaño en sus pastos.

Si los términos de la paz no se han concretado, seguramente tendrá que responder por ello el embajador; si la casa está mal hecha, se culpará al obrero negligente. ¿Qué hará el mayordomo si la familia muere de hambre? Mientras que si las ovejas se pierden o mueren por negligencia, el pastor deberá pagar. Para ayudarte a cumplir este cometido público, resalto dos deberes específicos: uno para que lo cumplas en tu estudio, y el otro en tu púlpito.

1. Conoce la Palabra de Dios

Lo que en el caso del laico puede ser un escrutinio diligente de la Biblia, en el del pastor puede constituir una negligencia. Ningún trabajador utiliza más sus herramientas que el pastor que excava en la mina de la Palabra. No basta con leer un capítulo de vez en cuando según lo permita el horario seglar, ni robar una hora de los estudios académicos para mirar la Biblia de paso. Ha de ser el ejercicio normal, una labor esmerada. Todo lo demás debe inclinarse ante esta obligación.

Aunque conocieras todo lo escrito por Platón, Aristóteles y otros príncipes del saber mundano, si no conoces a fondo la Palabra de justicia, seguirás siendo indigno de ministrar, como el abogado no sirve para practicar la cirugía. No recomiendo, como hacen algunos fanáticos, que quemes todo libro que no sea la Biblia; pero sí que la prefieras a todos ellos. La abeja va por todo el jardín y lleva la miel de cada flor a la colmena; el pastor debe aplicar lo que saque de otras fuentes a la edificación de su conocimiento de la Biblia.

Los pastores somos solamente “hermanos menores” de los apóstoles. Cristo les legó dones a ellos, como el padre deja la herencia a su hijo mayor y su heredero. Pero nosotros tenemos que trabajar para ganarnos el pan. Como a Jacob le sucedió con el venado, su conocimiento de la Palabra les fue concedido sin buscarlo; pero si nosotros deseamos conocer la mente de Dios, tendremos que perseguirla con diligencia, siempre llevando con nosotros la oración mientras lo hacemos. Esto fue lo que encomendó Pablo a Timoteo: “Ocúpate en la lectura [...]. Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas” (1 Ti. 4:13,15).

¿Cómo crecerá espiritualmente el pueblo, si su pastor no está creciendo? ¿Y cómo crecerá él, si no bebe diariamente más de lo que vierte hacia afuera? Estudia y ora; ora y estudia. Pero no pienses haber terminado tu tarea cuando haya pasado el domingo. Respira y vuelve al trabajo, como el granjero que se sienta a descansar después de plantar una fila, para luego levantarse de nuevo y proseguir su tarea.

Se supone que un padre debe cuidar de sus bienes y su tiempo, y proveer para sus hijos. ¿No tendrá el padre espiritual un afecto parecido para con su pueblo? El llamamiento del pastor

es duro, física y mentalmente, y si su congregación comprendiera esto, seguramente lo alentarían y le darían ayuda práctica. De otra forma, la comodidad del pueblo le obliga a salir al mundo a buscar pan para su familia cuando debería estar proporcionando pan para las almas de ellos.

2. En el pulpito no utilices otra espada que la Escritura, y esgrímela con fidelidad

Recuerda para quién trabajas; y hazlo con pureza y libertad.

a) Emplea la espada de la Palabra con pureza

Trabaja para mantener tu ministerio puro en tres aspectos: evitando el error, la concupiscencia y la vanidad.

1. *Evita el error.* Cada palabra de tu sermón debe reivindicar la Palabra como fuente. No prediques tus propios sueños y visiones en nombre de Dios: “Aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera” (Jer. 23:28). Hazlo con pureza, sin la aleación de tus propias opiniones: “¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová” (v. 29).

Lo repito: No acuñes moneda propia con la imagen de Dios. Muchos no se contentan con las llanas verdades de la Palabra y exaltan sus propias ideas tan alto que vuelan fuera de la vista de la Escritura y son arrastrados por la corriente a peligrosos errores. Asegúrate de que es pura verdad antes de entregarla al pueblo.

No uses el pulpito como un laboratorio para experimentar con el pueblo. No entregues nada dudoso, sin refinarlo en el horno. Siempre es mejor darles un plato sencillo de sana doctrina que crear un plato exótico guarnecido con ideas propias. Solo se necesita una calabaza silvestre para envenenar la dieta espiritual.

2. *Evita la pasión.* Cuidado con el fuego extraño de desahogar el descontento personal en el pulpito. El hombre de Dios debe ser manso y bondadoso, hablando con sabiduría. Un poco de aceite ayuda a clavar el clavo sin partir la madera, y la Palabra entra mejor con suavidad: “Cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de justicia...” (Sal. 45:4).

De vez en cuando hay que tomar la vara de la corrección, pero deja ver al pueblo que lo haces por amor y no por ira. Las no-

drizas tienen cuidado de no calentar su leche, sabiendo que dañaría al niño; igualmente, la Palabra no entra nunca mejor en los corazones que cuando fluye con suavidad. Una excitación febril creará prejuicio en los oyentes y les hará vomitar la leche.

No advierto contra el celo si es puro y pacífico, pero resérvalo para la causa de Dios y no lo gastes en la tuya propia. Considera la mansedumbre de Moisés: aunque recibió un amargo insulto de Aarón y María, no los vituperó. Eso habría servido para justificarse a sí mismo, pero bastaba con que lo supiera Dios. Sin embargo, la ira de este hombre manso ardía cuando se pecaba contra Dios: “¿Quién está por Jehová?” (Ex. 32:26). Recuerda que el pastor que puede amonestar el pecado del pueblo contra Dios con mayor fuerza es aquel que, callada y confiadamente, cava una tumba para las injurias dirigidas contra él.

3. *Evita la vanidad y la trivialidad.* La Palabra de Dios es demasiado sagrada para jugar con ella. Algunos ministros emplean el sermón para hacer alarde de su sentido del humor y personalidad original. Es como una muñeca de trapo: si desprendes la anécdota, sueltas los rizos, eliminas la introducción chocante y la conclusión llamativa, solo queda dentro serrín. Si queremos hacer la obra de Dios, no solo debemos venir con palabras, sino con demostración del poder del Espíritu Santo.

Mil chistes y frases gastadas no acabarán con el dominio de Satanás. Pero si desenvainas la Palabra y golpeas con el filo desnudo, atravesarás la conciencia del pueblo, derramando la sangre de su pecado. No pretendo que dejes de intentar ser un buen orador; ese es uno de tus deberes: “Y cuanto más sabio fue el Predicador [...], procuró el Predicador hallar palabras agradables” (Ec. 12:9-10). El médico receta medicinas fáciles de tragar, a veces placenteras, pero se cuida de no debilitarlas mezclándolas con demasiado azúcar: las “palabras agradables” también deben ser “palabras de verdad” (v. 10).

b) Utiliza la espada de la Palabra con libertad

No sea la Palabra de Dios un esclavo de la preferencia de los más pudientes de la comunidad. Se requiere que el mayordomo “sea hallado fiel” (1 Co. 4:2). El pastor es fiel para con Aquel que lo ungió. Es muy improbable que, en la distribución de

provisiones, el mayordomo agrade a todos los criados. Si buscas agradar a todos, tu tarea será interminable. El médico sabio intenta curar, no complacer al paciente. Aun es posible que el enfermo se queje por lo amargo de la medicina, hasta que esta le sane; entonces la agradecerá.

Pablo pasó por alto la crítica de los demás camino al premio del alto llamamiento de Dios: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros” (1 Co. 4:3). Quería decir: “Mi Señor decidirá si he sido fiel o no; entonces habrá tiempo para limpiar mi nombre: cuando él venga a reivindicar a los suyos”. Micaías se mantuvo firme en la libertad que Dios desea para sus pastores: “Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré” (1 R. 22:14).

Irónicamente, Pablo podría haber seguido siendo un hombre libre, en lugar de convertirse en un prisionero, si se hubiera contentado con atar la Palabra ocasionalmente en su ministerio. Pero era demasiado fiel para comprar su libertad encarcelando la verdad con un silencio pecaminoso: “Sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa” (2 Ti. 2:9).

Si alguna vez ha habido un tiempo de tentación para los pastores, y la necesidad de estimularlos a aferrarse a la paciencia de la Palabra de Dios, es en estos últimos días tumultuosos, cuando la mayoría “no sufrirán la sana doctrina” (2 Ti. 4:3). Para retener la verdad en una generación tan perversa, los ministros deben contar un poder y un valor superiores a los que pueden proporcionar la carne y la sangre.

No es ninguna prueba que un pastor hable la verdad libremente entre sus amigos, sino entre los que la desprecian y se enojan con el mensajero por traer la revelación de su Señor sin contempORIZACIONES. Esto hace aún más gloriosa la confesión de nuestro Señor ante Poncio Pilato, su enemigo mortal. Aunque a veces nuestro mensaje tenga que perturbar la conciencia de los oyentes, hemos recibido nuestra comisión directamente del Dios Altísimo: “Por fortaleza te he puesto en mi pueblo, por torre; conocerás, pues, y examinarás el camino de ellos” (Jer. 6:27).